TODO ES HISTORIA

$ 150

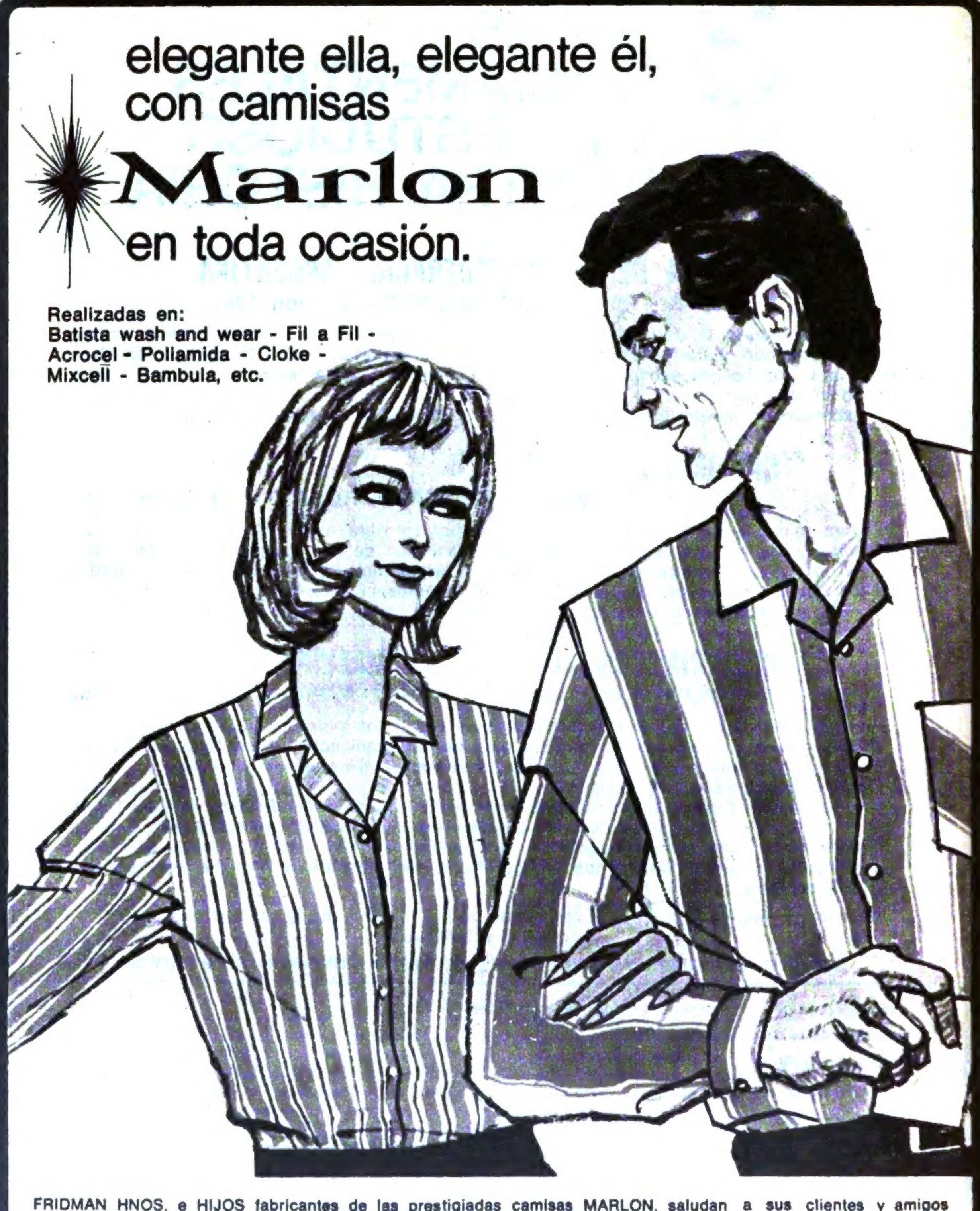
JUAN MOREIRA: DE LA ARENA AL MITO

OS TRES ENUNCIOS DEL ENERAL ALVEAR

LA CONDESA DE LA SELVA

OS VENGADORES E LA PATAGONIA RAGICA (conclusión)




elegante ella, elegante él,
con camisas
Marlon
en toda ocasión.
Realizadas en:
Batista wash and wear - Fil a Fil -
Acrocel - Poliamida - Cloke -
Mixcell - Bambula, etc.



Las reacciones que provocó la tapa del número 14 de nuestra revista y el artículo correspondiente nos mueve a formular algunas reflexiones.

Eva Perón, el personaje cuyo retrato lucía en la portada de esa edición, murió hace 16 años. Puede suponerse, en consecuencia, que casi una tercera parte de la actual población del país (el sector que cuenta menos de 21 años) no alcanzó a percibir físicamente su presencia. Su juicio sobre Eva Perón no se ha elaborado a través de una experiencia personal: sabe de ella lo que ha leído o lo que le han contado.

Sin embargo, son muchos los jóvenes que nos escribieron manifestándose agresivamente en favor o en contra de su figura. Para unos, Eva Perón fue una abanderada mundial; para otros, es una vergüenza que TODO ES HISTORIA haya publicado su retrato...

Confesamos que nos ha dolido esa expresión de intolerancia, de diferente signo, pero idéntica en el fondo. Los jóvenes que nos escribieron traducían sus propios prejuicios, pero también los que alimenta la gente mayor. De este modo es fácil concluir que todavía la mayoría de los argentinos sigue enfrentada drásticamente sobre Eva Perón y la etapa de historia que protagonizó.

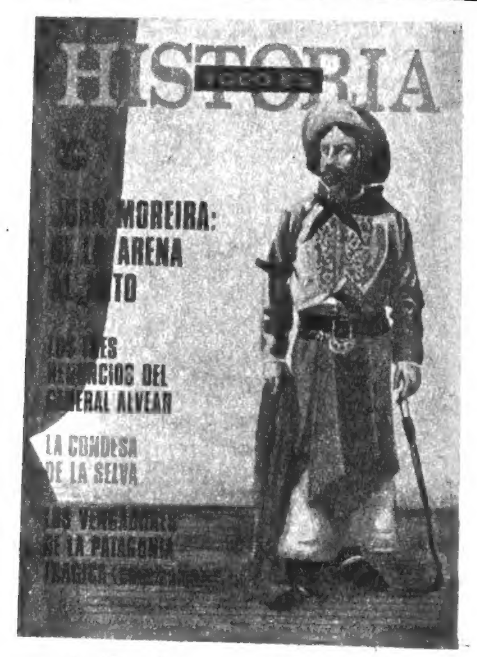
Sin embargo, la perspectiva de tiempo que existe entre ella y nosotros debía haber permitido la elaboración de una visión menos dura. Si en función política su personalidad y su trayectoria despertaron grandes adhesiones y grandes odios, en función histórica debería haberse arribado, 16 años después de su muerte, a una generalizada conclusión mínima. Una conclusión que diera por establecido, por ejemplo, la singularidad de su figura, la sincera devoción con que se consagró a su causa, la conciencia política y social que promovió. Y al lado de esto, los desafueros de palabra y de hecho a que fue arrastrada, lo elemental de su prédica, la secuela de mezquinos intereses que a su vera prosperaron.

Aparentemente estamos lejos de llegar a un asentimiento sobre estos puntos mínimos, que a nuestro entender podrían ser aceptados por quienes la amaron y la detestaron como un principio de entendimiento hacia un juicio histórico más reposado.

Esta verificación es desalentadora porque significa que estamos jugando todavía a divisiones que no se refieran a las cosas grandes del país, sino que profundizan personas y hechos que ya debían estar superados.

Los tiempos del mundo son demasiado exigentes para que nos demos el lujo de pelearnos por el pasado. Exigen que conquistemos el futuro, para que no quedar marginados en una competencia de naciones donde sólo pueden triunfar las más aptas. Pero no puede conquistarse el futuro si no existe una coincidencia mínima sobre el pasado nacional. Eva Perón forma parte de ese pasado próximo. No puede seguir siendo un factor de discrepancia. Así lo creímos cuando publicamos su retrato en nuestra tapa. Ahora, dolidamente, confesamos que nos hemos equivocado.

EL DIRECTOR



Juan Moreira es un mito nacional; su heroica estampa recorrió todos los caminos del país bajo la lona del circo. Encarnó la nobleza, el coraje, la desventura del hombre criollo perseguido por la autoridad, y mil veces peleó y murió sobre la arena, llorado por públicos de toda clase.

HISTORIA TODO ES

REVISTA MENSUAL DE DIVULGACION HISTORICA

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir..."

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

AÑO II - Nº 15 **JULIO DE 1968**

EDITOR: Honegger S.A.I.C.
DIRECTOR: Félix Luna

Redacción:
MEXICO 4256

SUMARIO

Y TAMBIEN

HIPPODROME

COMPAÑIA DE DRAMAS CRIOLLOS

Podestá Hnos.

DON JOSE J PODESTA

HOY - Viernes 1º de Mayo de 1925 - HOY

DOS GRANDES FESTIVALES

BODAS DE ORO ARTISTICAS

Don José J. Podestá

NOCHE a las 21.15 horas

GRANDIOSO EXITO 45ª

José J. Podestá

Juan Moreira

José J. Podestá

50 años de vida artística

tima temporada

REPARTO

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

Jueves, Sábados y Domingos Sec. Vermouth 18.15

Las Tribulaciones de un Criollo

Domingos y feriados, matinée a las 15.15

JUAN MOREIRA

JUAN



de la arena a la gloria

MOREIRA

por
Guillermo Mc Loughlin



Cierta mañana de 1884 se hallaban conversando en el vestíbulo del Politeama Argentino (Paraná y Corrientes) Frank Brown, famoso clown norteamericano, y Alfredo Cattáneo, representante de la empresa. La compañía de los hermanos Carlo, con quienes estaba asociado Brown, estaba finalizando una magnífica temporada de más de cien funciones y, agotado su repertorio, buscaba alguna novedad para despedirse de Buenos Aires antes de partir hacia Río de Janeiro en cumplimiento de un contrato. En ese momento apareció el conocido escritor y periodista Eduardo Gutiérrez, y Cattáneo tuvo una feliz idea.

JUAN MOREIRA

de la arena a la gloria

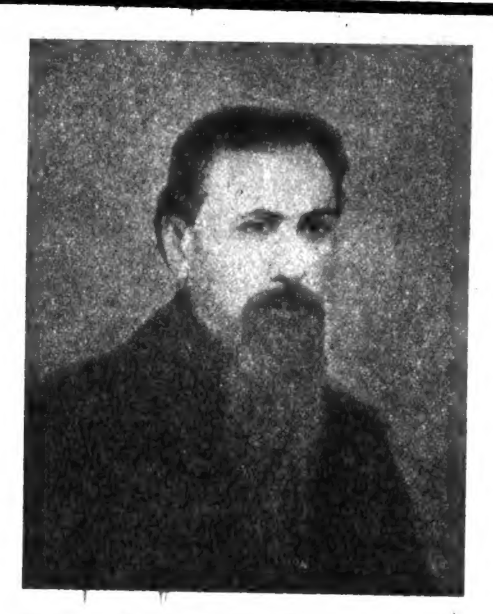
—Eduardo, ¿¿por qué no hace ùsted una pantomima de su "Juan Moreira"? Ese sí que resultaría un gran número, no sólo para una velada de beneficio, sino para infinidad de noches...

Gutiérrez, luego de meditar un momento las palabras de Cattáneo, contestó:

—Efectivamente; sería un gran número... pero quién va a interpretar en esta compañía de "gringos" a Moreira? Se necesitaría un hombre que sepa montar bien a caballo, tocar la guitarra bailar, vestir el chiripá, llevar poncho y pelear... ¡Pelear a lo gaucho!



José J. Podestá en una de sus más famosas caracterizaciones: "Pepino el 88", familiar a todo el público de fines del siglo pasado.



Retrato de Juan Moreira que se encuentra en el Museo Gauchesco de San Antonio de Areco; habría sido dibujado sobre el que existe en un prontuario policial.

—Yo tengo ese hombre —dijo Cattáneo— trabaja en el Humberto Primo; es el payaso "Pepino 88", José Podestá.

Gutiérrez conocía a los hermanos Podestá, y accedió a arreglar su obra en pantomima, con la condición de que José Podestá hiciera el papel protagónico.

Los Carlo, gente que no reparaba en gastos cuando se trataba de dar una nota novedosa, hicieron inmediatamente la proposición a José Podestá, quien la declinó porque su contrato con el empresario del Humberto Primo no le permitía separarse de la empresa. Años después, el propio Podestá diría: "Yo podría haber roto ese compromiso, porque el empresario nos adeudaba 7.000 pesos, pero era un hombre tan bueno y tan decente que no me resolví a dejarlo en la estacada". No obstante surgió la probabilidad de una fusión de ambos circos, y luego de largas conversaciones se llegó a un acuerdo. Al día siguiente, los diarios anunciaban la combinación circense con motivo de prepararse una gran novedad, pero sin decir en qué consistiría.

Con el correr del tiempo, aquella "gran novedad" que se anunció como un simple número circense, la pantomima "Juan Moreira" se transformaría en un jalón importantísimo en la historia de nuestro teatro; en un pilar fundamental sobre el cual se afirmaría la dramaturgia nacional.

Eran aquellos, tiempos de transformación y cambio que conmovían al país en todos los órdenes de su vida. Buenos Aires, lejos de ser "la gran aldea", se transformaba en la capital de una gran nación en marcha: ferrocarriles, inmigración en masa, capitales extranjeros, desarrollo de la agricultura y ganadería; el progreso irrumpe violentamente en la hasta entonces apacible vida argentina. La meta es poner al país a

la altura del desarrollo económico, político y cultural de las naciones más importantes del mundo.

El teatro, como todas las actividades culturales, estaba inspirado también en esta consigna, y se construyen numerosas salas en donde se ofrecen las obras más renombradas de la lírica y dramática universales, y en las cuales actúan intérpretes de la talla de Leonora Dusse, Sarah Bernhardt, Giovanni Grasso (Coquelin), Tomás Salvini, y cantantes como Gayarre, Tina de Lorenzo... Pero paralelamente a este gran teatro, existía también el teatro chico, que consistía en representaciones ofrecidas por teatrillos y circos. Mientras que el primero era sostenido por las clases altas, éste era un género fundamentalmente popular. Sin embargo, las obras de autores argentinos no tenían cabida ni en uno ni en otro; sólo esporádicamente las crónicas recogen un estreno de autor nacional.

Ricardo Rojas dijo en una ocasión, refiriéndose a la actitud que mantenía la clase más importante en aquel tiempo respecto a los espectáculos teatrales: "La burguesía porteña, al aplaudirlos y pagarlos largamente, mostraba en ello un loable refinamiento estético, pero desamparaba con injusta soberbia los ensayos locales".

JOSE PODESTA Y SU "PEPINO 88"

Los circos de aquella época fueron numerosos, y mantenían más o menos las mismas características de los que aún hoy sobreviven. Desarrollaban una vida nómade y anunciaban sus funciones con desfiles y bombas de estruendo; sus programas consistían en números con animales, juegos de trapecio, malabarismos, payasos... y también era frecuente asistir a trozos de óperas, payadas y pantomimas o pequeñas piezas cómicas que no se diferenciaban mucho entre sí y que se basaban en un argumento ensayado varias veces, para que luego los artistas improvisaran libremente lo que se les ocurriera. Esta fue la escuela de los Podestá, artistas intuitivos de gran versatilidad que suplieron su falta de instrucción con una pasión inquebrantable por el teatro. Cuando se le ofreció hacer el papel de Juan Moreira, José Podestá ya se había hecho famoso con su creación "Pepino el 88", una especie de payaso que, además de hacer piruetas y malabarismos, cantaba picantes versos, que él mismo componía, satirizando el momento político, como por ejemplo, estos:

> *"Por causa e la lotería*
> *perdí yo mi capital*
> *y no tengo en el bolsillo*
> *ni un centavo nacional"*

o también:

> *"La basura que se barre*
> *no deja de ser basura...*

Pero "Pepino 88" no sólo buscaba la risa; a veces dejaba caer una gota de emoción, como cuando decía:

> *"Y aunque a ustedes no les cuadre,*
> *tuve padre y tuve madre,*
> *y ahora no tengo siquiera*
> *ni un centavo en la cartera,*
> *ni un perrito que me ladre..."*

Y entonces daba un salto y caía sobre el lomo de su burrito Pancho; extendía los brazos y en esa posición recorría en una vuelta entera el círculo del picadero al compás de la música rítmica en medio de las risas y los aplausos del público.

"No era el clown que se da de bofetadas con el tony, ni el saltimbanqui que dice arbitrariedades e incoherencias —dice Enrique García Velloso en sus memorias— sino un extraño personaje trajeado churriguerescamente, que dialogaba con el jefe de la pista sobre temas de actualidad, a veces en forma tan exageradamente grave, que de su exceso surgía la hilaridad satírica o una mordacidad de niño terrible que iba de rebote a un personaje político, en ocasiones espectador del circo, que era el primero en festejar las chuscadas del payaso..."

Además de su labor como "Pepino el 88", José Podestá se distinguía como trapecista, en combinación con sus hermanos Juan y Pablo (en aquel entonces, un chico), e intervenía en la representación de pequeños sainetes y pantomimas, como "El negro boletero", "El maestro de escuela", y más tarde "Los bandidos de Sierra Morena", "Los dos Sargentos" y "Garibaldi en Aspromonte", de modo que, según el propio Podestá, "no era un novel, ni mucho menos en ese arte".

LA PANTOMIMA "JUAN MOREIRA"

Tres días después del acuerdo entre ambas compañías circenses, la de los Podestá y la de los Carlo, Gutiérrez entregaba la adaptación de su obra en pantomima, y comenzaban los ensayos.

No resultó fácil poner la obra en condiciones de ser representada; la mímica es un arte más

DERECHA: El autor de "Juan Moreira", don Eduardo Gutiérrez. ABAJO: El mismo, en dibujo de Stein publicado en el semanario "El Mosquito", poco después de su muerte.



JUAN MOREIRA
de la arena a la gloria

difícil de lo que suele creerse, y a pesar de la experiencia con pantomimas anteriores, no era lo mismo representar el consabido tony con final a vejigazos y garrotazos, que "Juan Moreira". Toda la acción era expresada por medio de la mímica; sólo se rompía el silencio en el gato con relaciones y en el "estilo" que cantaba Moreira en la fiesta campestre.

Llegado el día del estreno, el ensayo todavía andaba a los tropezones ante la desesperación del maestro coreográfico Pratessi, que le decía a José Podestá, medio en broma medio en serio: "¡Pepe, esta noche nos matan!". Pero en teatro es imposible vaticinar nada, y el número alcanzó un éxito extraordinario. El público, acostumbrado a las clásicas pantomimas, se encontró de pronto, frente a algo completamente nuevo, nunca visto en un circo: era la primera vez que se ponían en la arena caballos, guitarreros cantores, bailarines, y, por lo que es más importante, el tema del gaucho desplazado por la civilización, engañado por el pulpero "gringo", y perseguido injustamente por un alcalde abusón. Todos estos elementos produjeron un impacto tremendo en el público. Podestá había previsto en cierta forma estas reacciones, y por eso, en combinación con Pratessi había puesto especial énfasis en las escenas de las peleas con la "partida" y en los cuadros netamente criollos de la fiesta campestre. Una nota pintoresca que contribuyó en buena parte al éxito final fue el ardid que tramó el propio Podestá con uno de los negros que integraban la "partida" que al final mataba a Moreira. Sin que ni siquiera se enteraran los demás artistas, Podestá le dijo al negro:

—Así que te mate, te caes de bruces en la mitad del puente que une la pista con el escenario y, aunque aplaudan, no te movás hasta que yo te diga.

Y el moreno cumplió exactamente las indicaciones de Podestá. La escena última, en la que el sargento Chirino atraviesa a Moreira con la bayoneta en el boliche "La Estrella" resultó, como se había previsto, de "una emoción indescriptible", y cuando la obra terminó, el público se levantó al unísono en una ovación atronadora dirigida especialmente a José, a Jerónimo (magistral en su interpretación del alcalde Francisco) y a Gutiérrez, que había bajado a la arena. Mientras tanto, el negro seguía tirado en el puente como se le había ordenado, pese a los insistentes reclamos del público, y esto intrigó tanto a la concurrencia que, temiendo una desgracia, se precipitó a la arena para socorrer al presunto herido. Fue entonces que Podestá dio la voz de "¡ahora!", y el negro se levantó ante el aplauso renovado de la concurrencia, riendo a carcajadas y mostrando sus blanquísimos dientes.

Ante el éxito obtenido, la pantomima fue representada trece veces consecutivas, y habrían sido muchas más las funciones, pero la compañía de los Carlo tenía compromisos ineludibles en Río de Janeiro, y los Podestá se unieron a ellos para realizar lo que sería una gira memorable en la capital carioca.

DE LA MIMICA A LA PALABRA

Nuevamente en Argentina, los Podestá se asocian con Alejandro A. Scotti, y compran en La Plata, el Pabellón Argentino, un circo con cuatro cabriadas de madera, cubierto de lona, situado en las calles 7 y 56, en el que debutan el 11 de enero de 1885 bajo el nombre "Podestá-Scotti". Pero un circo de esas proporciones no puede subsistir en una ciudad todavía en cimientos como era La Plata, y se ven obligados a salir de gira por la provincia. En marzo de 1886 la compañía se instala en Arrecifes y las funciones se suceden noche a noche con la carpa llena, pero pronto la asistencia comenzó a disminuir. El circo, para renovar el interés del público, tenía un sistema: luego de las primeras funciones, que tenían la ventaja de la novedad, anunciaba tres o cuatro números nuevos por noche. De esta manera, la compañía podía alargar el tiempo de permanen-



Andrea Santillán, esposa o compañera de Juan Moreira, según una fotografía de "Caras y Caretas" de 1903.



Sgto. Andrés Chirino, matador de Moreira, en el patio de la fonda "La Estrella" de Lobos.



El matador de Juan Moreira, en una fotografía obtenida en 1903 por "Caras y Caretas".



El capitán Francisco Bosch, jefe de la partida que mató a Juan Moreira, según foto de 1874.



Un hijo de Juan Moreira, Valerio, nacido en 1869: guitarrista, guardiacárcel y empapelador.

cia en un mismo lugar, y de esto dependía, precisamente, el rendimiento económico del circo, en reducir al mínimo los días empleados en el viaje y en armar y desarmar el pabellón. En la primera parte del repertorio, estrictamente circense, no tenían los Podestá mayores inconvenientes, pues había una gran cantidad de números que podrían presentarse, pero la segunda, sainetes y pantomimas, comenzó a preocupar a los artistas, ya que ninguna de las obras mantenía ya la atención del público. Fue Egesipo Legris, un pintoresco emigrado político del Uruguay, que oficiaba de representante de la compañía, quien dio la solución al problema.

—Compadre —le dijo un día a Podestá— ¿por qué no hacemos Moreira?

—Lo había pensado, pero desistí porque nos falta todo lo necesario para representarla...

—Si usted se anima a ponerla en escena en seguida, yo me compromete a conseguir todo lo que haga falta.

Diez días después, el 16 de enero, se puso en escena "Juan Moreira" con un éxito notable. Pero lo importante en aquella oportunidad, no fue la representación, ni el suceso obtenido, sino lo que ocurrió a la mañana siguiente cuando José Podestá se encontró con León Beaupuy, el propietario del terreno en donde estaba la carpa. El francés, que era un hombre de cierta cultura y tenía gran afición por las cosas del circo, felicitó calurosamente a Podestá por el éxito de la función de la noche anterior. Al preguntarle éste qué le había parecido "Moreira", contestó:

—Yo he visto muchas pantomimas en Francia, entiendo algo la expresión de la mímica, y sin embargo, anoche me he quedado en ayunas en algunos pasajes de la obra; y si esto me pasa a mí, que he visto tanto, ¿qué no les sucederá a los más negados que yo?

—Observe, amigo León, que junto con la mímica se produce el hecho que la hace comprensible.

—Convenido, pero no siempre. Por ejemplo, ¿Qué dice el soldado al alcalde después de haber ido a ver quien llamaba a la puerta de calle?

—Nada más claro: "Allí esta Moreira".

—¿Y por qué en vez de hacer mímica no dicen: "Señor, allí está Moreira que quiere hablar con usted", no es mucho más claro y más fácil?

"En el acto comprendí todo el alcance de aquellas palabras", cuenta Podestá en sus memorias. "Pensé que la tarea sería en verdad fácil, puesto que mientras se acciona, los artistas dialogan la mímica por lo bajo, para hacer más exacta la expresión muda".

Podestá quedó preocupado por las palabras del francés, y a la mañana siguiente, muy temprano, tomó un ejemplar de la novela y extractó los diálogos adecuados para la acción de la pantomima que había compuesto Gutiérrez. Lo hizo con tal habilidad y acierto, que desde entonces



Esquina de la fonda "La Estrella" de Lobos, en cuyo fondo fue ultimado Juan Moreira.



Patio y aljibe de "La Estrella", desde donde intentó escapar infructuosamente Juan Moreira.

JUAN MOREIRA *de la arena a la gloria*

se reconoce que uno de los méritos indiscutibles de Podestá estriban en la realización del paso que va de la pantomima al drama hablado.

UNA HISTORICA FUNCION

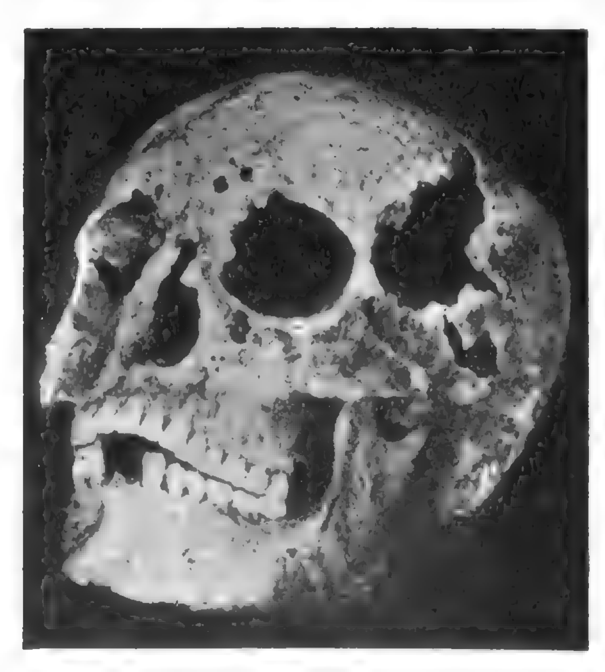
De Arrecifes, la compañía se dirigió a Chivilcoy, y fue allí donde, el 10 de abril de 1886, se representó por primera vez "Juan Moreira" hablado.

Ni bien levantaron el pabellón, comenzó en seguida una campaña publicitaria por toda la ciudad, que consistía en el consabido desfile con bombas de estruendo y en la distribución de un curioso diario-programa editado por el circo, llamado "El Pepino", en el cual los lectores encontraban cosas como éstas: En la sección social: *"Invasión:* Sabemos que varias tribus han pasado la línea de la frontera... con la resolución de asistir a la función de esta noche en el circo "Podestá-Scotti". Más adelante decía: *"Circo:* Hoy se representará por la compañía acrobática Podestá-Scotti, y por vez primera la pantomima "Juan Moreira", de Don Eduardo Gutiérrez. El nombre de Juan Moreira, tipo del verdadero gaucho de otros tiempos, víctima como lo han sido la mayor parte de nuestros gauchos de las iras y venganzas de los comandantes militares y jueces de paz" (aparecido en "El Pepino", en Rosario, el 4 de febrero de 1892).

Por fin llegó la noche de la función; el público colmaba la capacidad de la carpa. Todos esperaban con interés aquella pantomima de la que se había hablado tanto en Buenos Aires, y cual no sería el asombro de los presentes cuando vieron aparecer a Moreira y oyeron las primeras palabras. Esperaban ver una pantomima y se encontraban con una obra hablada. A la sorpresa siguió el interés, y luego el entusiasmo demostrado al final con una gran ovación. Los personajes hablaban con naturalidad, y este fue uno de los factores determinante del éxito; los diálogos se decían de un modo directo y sin artificios literarios. Así, Moreira hablaba en "criollo", Sardetti en "gringo", etc. Además, aparte de la acción misma, los artistas habían puesto especial atención en las escenas de vida campesina que se representaban para dar tintes de mayor realidad al espectáculo: mujeres que asaban carne, costillares expuestos a las brasas; chinitas de largas trenzas; paisanos jugando al truco, bebiendo o bailando; carreras de sortijas, payadas, duelos...

Después de aquella memorable función del 10 de abril, las representaciones se sucedieron hasta el 21 de abril, fecha en que los carromatos del circo se encaminan hacia la ciudad de Mercedes. Acababa de iniciarse toda una etapa en la historia de la dramaturgia nacional argentina. La compañía de los Podestá continuó con sus giras, elevando a la ya legendaria figura del gaucho Juan Moreira a la categoría de ídolo popular, a la altura de Martín Fierro. El éxito de la obra de Gutiérrez inició un período en el que, al decir de Florencio Sánchez, "no quedó gaucho avieso, asesino y ladrón, que no fuera glorificado en nuestra arena nacional". A la sombra de "Juan Moreira" vivieron infinidad de conjuntos teatrales que representaban obras gauchescas de un nivel mediocre para abajo, siempre con las mismas situaciones y personajes (pocas fueron las que escaparon a este denominador común), pero que, no obstante, tienen el mérito de haber iniciado el proceso por el cual se afirmaría un teatro nacional, en contraposición con las tendencias cosmopolitas de las clases cultas, y de haber servido, además, de escuela para las futuras generaciones de actores argentinos, que antes, prácticamente no existían.

Sin embargo, ninguno de los que intervinieron en la historia de la pantomina tuvieron conciencia de su trascendencia para nuestra escena, sino muchos años después. León Beaupuy jamás imaginó aquella mañana que esa conversación con Podestá cambiaría el rumbo de nuestro teatro; el hotelero francés sólo vio en su consejo una finalidad práctica de mayor claridad y, por ende, mayor éxito en la representación. Asimismo, tanto los Podestá y los Scotti como Legris fueron movidos únicamente por la necesidad de asegurar el éxito de su gira cuando resolvieron representar nuevamente Moreira. Gutiérrez tuvo aún menos visión. Podestá, en una carta escrita mucho tiempo después, diría: "Eduardo Gutiérrez no tuvo la visión a que tú te refieres, a pesar del éxito alcanzado en el Politeama Argentino con su pantomima, porque si así hubiera sido, no se habría mostrado tan indiferente cuando lo fui a invitar para que presenciase la representación de



Cráneo de Juan Moreira, hoy en el Museo de Luján. Anteriormente lo conservó Da. Dominga D. de Perón, abuela paterna del ex presidente Juan Domingo Perón.



Así se representaba la obra de Gutiérrez: el Alcalde castiga a Moreira, preso en el cepo, frente a la mirada del gringo Sardetti.



El momento culminante del drama: el sargento Chirino clava en la tapia a Moreira de un tremendo bayonetazo. El público llora...

su "Moreira", arreglado con palabras por mí. Si Gutiérrez, hombre de reconocido talento, hubiera tenido esa visión que tú tratas de concretar, habría afirmado en alguna forma pública o privada la satisfacción de nuestro triunfo, y concebido en seguida, algo más que "Moreira" para la escena; pero su apatía y desapego fueron tales, que nunca presenció su obra teatralizada..."

LA LEYENDA DE JUAN MOREIRA

El verdadero protagonista en la historia de la pantomima que llevó a los Podestá a la fama es el pueblo; sólo por ser un héroe esencialmente popular, Moreira se impuso hasta el extremo de iniciar todo un género, una época dentro de la literatura argentina. La atormentada figura del personaje de Gutiérrez simboliza el conflicto del gaucho engañado por el "gringo" ladino, y perseguido injustamente por el alcalde que aprovecha la ocasión para dar rienda suelta a antiguos rencores; es el hombre de nuestra pampa que, marginado por una sociedad que no lo comprende, se ve obligado a luchar contra la "partida" para defender su libertad, porque sabe que la única justicia a la que puede confiarse es su cuchillo. El pueblo conocía en carne propia todo esto, y rompía en alaridos de entusiasmo cuando en la arena Moreira acuchillaba al pulpero Sardetti, o cuando se enfrentaba solo, en un alarde de valor indómito, a la "milicada"; y vibraba de emoción en la tierna escena en que Moreira se despide de su mujer e hijo. Tan poderoso fue el efecto del héroe en el público, que éste se identificó con él en su antipatía por la "autoridá", y fue por eso que, con frecuencia, los representantes del orden de los pueblos adonde llegaban los Podestá con sus carromatos, ponían toda clase de obstáculos a la representación, pues veían en ella un ataque a su dignidad. Hubo, sin embargo, algunas excepciones, una de las cuales es aludida por el mismo Podestá en sus memorias: los miembros de la Municipalidad de Chivilcoy, sin poder contener su entusiasmo luego de la función, enviaron a los artistas una carta de felicitación y un billete de diez pesos "para contribuir de alguna manera al éxito de la obra". La novela tanto como la pantomima "Juan Moreira", significó, en ese sentido, un acontecimiento fundamental, pues se supera el vacío que en la década del 80 existía entre el pueblo y los escritores. El folletinista, desdeñado por los círculos cultos de Buenos Aires, inicia una literatura popular, y lo que impidió que este puente prosperara, no fue, como dijeron sus críticos, la falta de calidad artística de su obra, sino la inmediata ruptura posterior de esta identidad.

Con "Juan Moreira", Gutiérrez creó uno de los mitos más característicos de la literatura gauchesca, y tanto se extendió la fama de su personaje, que traspasó las fronteras del país, llegando a ser conocido en Francia, Italia y España. En París, por ejemplo, poco tiempo después de haber estado José Podestá con su compañía, se generalizó decir de alguien que se batía en lances a causa de una mujer: "C'est un Moreyra!"

Pero más allá de la leyenda, existe otra realidad: ¿Quién fue Juan Moreira en la vida real? La vida del célebre cuchillero carece casi por completo de datos biográficos, y es esta la razón por la cual se han levantado verdaderas polémicas acerca de la veracidad histórica de la novela. Gutiérrez ha sido, en gran parte, el causante de esta confusión al incluir en su obra párrafos aclarativos como: "Hemos hecho un viaje exprofeso a los partidos que este personaje habitó primero...", o bien: "Hemos hablado con los empleados de policía que lo combatieron..." Pero lo cierto es que el escritor no dejó ninguna de las fuentes de que se valió para reconstruir la vida del gaucho. Son pocos los ptsajes de la novela que tienen algún fundamento histórico —las intervenciones de Moreira en las elecciones de Navarro, la amistad del gaucho con el Dr. Adolfo Alsina y el de su muerte, narrada por el capitán Francisco Bosch, jefe de la partida que intervino en la acción, quien el 1º de mayo de 1874 elevó al juez de Lobos un parte dándole cuenta de la muerte del temible bandolero—. Todos los demás episodios deben atribuirse a la fantasía creadora del autor, o bien a relatos y anécdotas recogidas por éste a través de la imaginación exaltada del paisanaje, que engrandecía exageradamente las andanzas de Moreira y, a menudo, le atribuía hazañas inexistentes. Todo esto explica el porqué de esa aureola sobrenatural que acompañó al gaucho en sus últimos años y del temor religioso que se le tenía.

Es evidente que si bien Gutiérrez se inspiró

JUAN MOREIRA

de la arena a la gloria

en un personaje real, al traspasarlo a su ficción lo idealizó: físicamente, el Moreira de la obra es hermoso, alto, larga melena negra, barba abundante; además es diestro guitarrero y cantor, eximio jinete; de natural generoso, noble, valiente hasta la temeridad, pero al mismo tiempo de tierna sensibilidad. No obstante, los datos fríos, incuestionables, que surgen en cualquiera de las numerosas declaraciones que se le tomaron en los juzgados de paz de Navarro, Dolores, Bragado o Lobos, revelan una realidad diferente. Véase la filiación levantada por el escribano Laudelino Cruz, secretario del Juzgado de Navarro, tomada el 18 de abril de 1874: "*Oficio:* vago y mal entretenido. *Edad:* 46 a 48 años. *Religión:* católico apostólico romano. *Estatura:* regular, alto, grueso. *Color:* blanco y picado de viruelas. *Pelo:* castaño. Usa poco bigote y el mentón rasurado. *Nariz:* aguileña. *Boca:* grande con una herida de bala en el labio inferior. *Ojos:* verdosos. Usa pantalón negro". En una de las declaraciones que le tomaron en Lobos dice que no sabe tocar la guitarra ni cantar; que no tiene mujer ni hijos; que no se sabe que hayan vivido sus padres en ninguno de los partidos teatro de sus fechorías.

En cuanto al episodio de la muerte del pulpero, quien en la novela aparece como el "gringo" que engaña a Moreira y luego es muerto por éste en lucha frente a frente, las declaraciones de los testigos dan una versión muy diferente: Moreira debía al pulpero dinero de copas fiadas; éste resuelve un día no fiarle más hasta que no pague lo que debe. Moreira simula irse, pero vuelve sigilosamente por la trastienda, descarga a traición sus dos trabucos naranjeros sobre el pulpero y la concurrencia y, luego del asesinato, huye...

MOREIRA EN LAS LUCHAS ELECTORALES

La notoriedad alcanzada por Moreira está íntimamente ligada a su participación en las elecciones de aquella época. La primera vez que su presencia se hizo sentir fue en el año 1872, cuando en toda la provincia de Buenos Aires se debatía la candidatura de Eduardo Costa, representante del partido Nacionalista, dirigido por Mitre, y de Mariano Acosta, propuesto por los autonomistas, cuyo caudillo era Adolfo Alsina. El clima que precedía a los comicios era marcadamente violento; aún estaba muy cercana la presentación de la candidatura para la presidencia del jefe autonomista, frustrada por la categórica campaña periodística lanzada en su contra desde las columnas de "La Nación", llegando Alsina a protestar públicamente por las acusaciones que se le hacían y a retar a duelo a José M. Gutiérrez, hermano del escritor y en ese tiempo director de "La Nación", aunque, finalmente, el lance no se efectuó. Los rencores acumulados desde aquellos incidentes amenazaban con hacer de los comicios de 1872 uno de los más violentos de la historia, ya que los contrincantes estaban dispuestos a triunfar a toda costa, sin considerar los medios para lograrlo.

En Navarro, dos meses antes de la elección, los partidos ya se preparaban para la confrontación, y cada uno se esforzaba en tener de su lado los hombres más prestigiosos entre el paisanaje, ya que de esta forma conseguirían más votos. Contra lo que afirmó Gutiérrez, quien en la novela lo hace figurar como autonomista, Moreira era el "hombre fuerte" del partido Nacionalista, y cuando llegó el día, se enfrentó en el atrio electoral con el matón contratado por el bando contrario, un tal Leguizamón, a quien mató con su cuchillo, asegurando así el triunfo para su partido. Los votantes, en estos casos, se limitaban a observar la lucha entre los matones de cada partido, y luego votaban por el del más fuerte. Aunque algunos lo hacían por miedo, la mayoría seguía al vencedor por sincera admiración a su valor y habilidad, en el instintivo "culto al coraje" individual que caracterizaba al criollo en el pasado.

Estos episodios no eran de ninguna manera casos aislados en las elecciones de esa época turbulenta de la historia argentina. Era muy frecuente, especialmente en localidades del interior de las provincias, que el atrio se transformara en escenario de una verdadera batalla campal, cuyo resultado solía ser de algunos muertos y muchos heridos. Era aquél un tiempo de corrupción política, en que se ganaban las elecciones comprando los votos con dinero y haciendo votar a personas inexistentes; en que las armas de los políticos eran la prebenda, la violencia, el fraude, al taba y el asado para los "muchachos del comité".

La actuación electoral más notoria de Moreira tuvo lugar en los comicios nacionales para elección de fórmula presidencial en 1874. Ya entonces, la figura de cuchillero estaba rodeada por un aire fantástico, y su llegada a un pueblo provocaba tanto temor, que ni la policía se atrevía a cruzarse en su camino. En aquella ocasión, los nacionalistas presentaban la candi-



Adolfo Alsina, jefe del Partido Autonomista, a cuyo servicio estuvo Moreira durante un tiempo.




Una pose característica del autor de "Juan Moreira", con su también característico sombrero; DERECHA: su animador escénico, J. J. Podestá.

datura de Mitre, mientras que los autonomistas intentaban imponer la de Avellaneda. En Navarro, las elecciones fueron ganadas en forma aplastante por los mitristas, quienes debieron su triunfo a lo sola presencia de Moreira en el atrio, y se cuenta que en Lobos, cuando los autonomistas amenazaban con superarlos, se hizo correr la voz que Moreira llegaba de Navarro, y se produjo un desbande general, ganando allí también los partidarios de Mitre. No obstante, los nacionalistas sólo consiguieron el triunfo en las provincias de Buenos Aires, Santiago del Estero y San Juan, y aquellas elecciones fueron ganadas por los Alsinistas. Poco después estallaba la guerra civil, en la que Mitre y los demás revolucionarios serían vencidos en La Verde.

No todo, empero, es violencia en la vida de Moreira: En 1866, Adolfo Alsina presentó su candidatura para gobernador de la provincia de Buenos Aires. También éstas eran épocas de crimen y atropello, y los amigos personales del caudillo, sabiendo que su vida estaba en peligro, eligieron un hombre para que fuera su guardaespaldas. Este hombre fue Moreira. Durante el tiempo que permanecieron juntos, la fuerte personalidad de Alsina supo atraerse el aprecio del cuchillero. "Nada más fácil de conquistar que el cariño de un gaucho, cariño que llega a convertirse en una especie de religión invencible. Para esto, basta sólo comprender su corazón, lleno de nobles prendas, y hablarle el lenguaje del afecto, que sus oídos no están habituados a escuchar" (Gutiérrez). A pesar de no ser más que un delincuente, Moreira llegó a sentir un cariño tal por Alsina que, según dice la leyenda, se rehusó a aceptar pago alguno por sus servicios. Fuere lo que fuere, lo cierto es que el Dr. Alsina no dejó de reconocer a Moreira, y apenas el gaucho se separó de su lado, buscó el mejor caballo que pudo encontrar y se lo envió a Moreira junto con una hermosa daga. Y ese fue el overo bayo que se hizo tan legendario como su amo, y el arma, el famoso cuchillo que usó hasta su muerte.

Sin embargo, todo el aprecio que pudo sentir el gaucho hacia Alsina no fue impedimento para que años después, actuara colaborando con sus adversarios políticos. Si bien en un primer momento puede considerarse una traición, resulta en cierto modo explicable si se tiene en cuenta que la lealdad de Moreira estaba comprometida con Alsina, y no con los autonomistas, es decir: con el hombre y no con el partido, y tanto en los comicios de 1872 como en los de 1874, Alsina se abstuvo de presentar su candidatura.

Empero, éste es sólo un pasaje insignificante en largos años de crímenes y bandidaje; un plumazo que no hace más que confirmar ese recóndito fondo de nobleza que llevaba nuestros gauchos por más criminales que fueran. El aprecio de Moreira por el caudillo autonomista se basaba en una especie de respeto hacia un hombre a quien reconoce superior, y que necesitando sus servicios, confía en él y lo trata de igual a igual.

Lo cierto es que Juan Moreira, en violento contraste con el imaginado por Gutiérrez, fue un criminal, un vulgar matón de pulpería como tantos: pendenciero, tramposo en el juego y borracho. Ni siquiera físicamente es posible resistir la comparación: un Moreira casi rubio, de ojos verdosos y picado de viruelas. Como ya se dijo, su itinerario vital es brumoso e impreciso, pero es posible rescatar algunos hechos concretos. Acerca del lugar de su nacimiento se han recogido diversas versiones; mientras algunos afirman que fue Navarro, otros se muestran partidarios de Lobos o Morón, y no falta quienes aseguran que fue en Cañuelas donde Moreira vio la luz. Si es cierto que su apellido verdadero fue Blanco, como muchos han declarado, podría decirse que Moreira nació en San José de Flores, donde en los libros de la Parroquia figura el acta de bautismo de un tal Juan Gregorio Blanco que dice así: "El veinte y cinco de Novbre de mil ochocientos diez y nueve, yo el actual cura vicºbautisé solemnemente puse óleo y crisma a Juan Gregº de cinco días de edad, hijo legmo. de Mateo Blanco y Ventura. Pdno Gregº Mart. Joseph de Warnes." Pero no hay manera de probar si este documento se refiere realmente a Moreira.

También es muy difuso todos lo referente a la supuesta esposa del cuchillero, inmortalizada por la novela en la imagen de Vicenta, un tierno y admirable personaje que luego se convertiría en el prototipo de la mujer criolla. Crónicas posteriores a la muerte de Moreira hablan de una tal Andrea Santillán, con la cual aquel tuvo tres hijos y a quien se ha señalado como su esposa. En realidad, si bien es cierto que el bandolero tuvo relaciones con ella, nunca llegaron a ser marido y mujer, lo que es fácilmente comprobable en el acto de bautismo de uno de sus hijos (de los otros no se ha encontrado ninguna referencia legal), en donde dice que se bautiza solemnemente a Valerio, hijo "natural" de Juan Moreira y Andrea Santillán. Lo más probable es que Andrea Santillán haya sido tan sólo uno de los tantos amoríos que tuvo Moreira en sus numerosas andanzas.

LA MUERTE DE MOREIRA

Mucho más concreta es la visión de su muerte que ha trasmitido el impresionante relato del comandante Francisco Bosch, jefe de la partida que lo ultimó. El Judas de Moreira fue un gaucho apodado "el cuerudo", en cuyo rancho se alojaba a veces el bandolero, y que advirtió a las autoridades que éste iría a pasar unos días al piringundín "La Estrella", en el pueblo de Lobos. En aquella época, la impunidad política de Moreira había desaparecido, y tanto las autoridades de Lobos como las de todas las lo-

JUAN MOREIRA

de la arena a la gloria

calidades que frecuentaba se habían empeñado en reducirlo a prisión a toda costa. Apenas se tuvo noticia —por medio de "el cuerudo"— de que Moreira estaría unos días en "La Estrella", el Juez de Paz, Casimiro Villamayor dio órdenes terminantes de capturarlo al capitán de la partida, Eulogio Varela. Y, para asegurar el golpe, se dirigió al gobernador Acosta solicitándole algunos vigilantes disfrazados. A este despliegue se agregó, además, una fuerza de policía comandada por Pedro Berton, —a la que pertenecía el conocido sargento Chirino—, algunos voluntarios civiles y el comandante Francisco Bosch, a quien se confió el mando de la partida de plaza. Moreira llegó a las once de la mañana, acompañado de su amigo Julián Andrade, y después de un almuerzo "largamente rociado por un par de vasos de vino Carlón, del que toma el cura" se retiraron a sus respectivas habitaciones. Avisados por "el cuerudo" de que Moreira ya estaba en "La Estrella", las fuerzas policiales llegaron a las catorce horas, aproximadamente, y mientras algunos vigilantes quedaron apostados afuera, rodeando el edificio, el resto entró al patio. Como el dueño del establecimiento dijo ignorar dónde se encontraba Moreeira, iniciaron un minucioso registro, pieza por pieza, cuidando de no poner en aviso a los gauchos con ningún ruido. Andrade fue sorprendido mientras dormía sin sospechar el peligro, y fue fácilmente apresado por los milicos quienes creyeron que era Moreira. El comandante Bosch, que conocía físicamente a Moreira dijo:

—Ese no es Moreira, compañeros; es Julián Andrade, otro bandido.

Prosiguieron revisando todas las habitaciones hasta que se encontraron con una puerta cerrada por dentro; no cabía duda: ahí estaba Moreira. Golpearon con fuerza.

—¿Quién es? —preguntó desde adentro una voz aguardentosa.

—Es la justicia —contestó Pedro Berton—; es inútil que se resista, amigo. Entréguese, y no se haga matar.

Moreira, que entretanto había observado a través de la puerta entornada la captura de su amigo y esperaba la acometida ya vestido y con sus armas listas, aprovechó ese intervalo de tiempo para abrir levemente la puerta y echar de la habitación a Laura, su amiga preferida.

—Y a quién he de entregarme? —volvió a preguntar.

—A la policía de Buenos Aires...

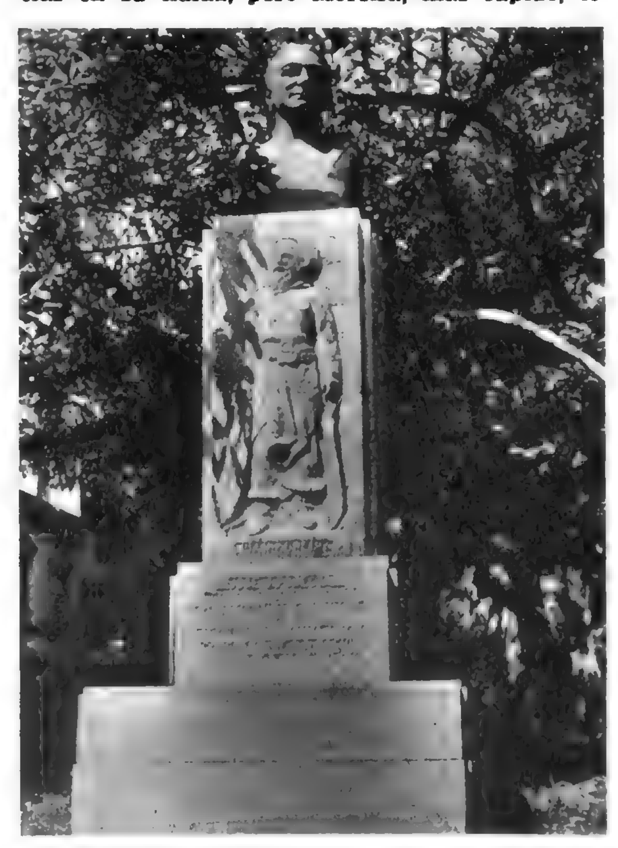
—Me c... en la policía de Buenos Aires— vociferó Moreira, y apareciendo sorpresivamente con un trabuco en cada mano, descargó una andanada hacia los flancos, donde había mayor número de policías y tan rápidamente como salió volvió a entrar en la pieza cerrando la puerta. Los milicos habían quedado tan impresionados con la aparición del cuchillero que permanecieron completamente paralizados. Berton, desesperado, gritaba: "¡Fuego! ¡fuego!", pero sólo sonaron unos pocos disparos mal dirigidos.

—Entréguese y no se haga matar tan sin provecho —insistió Berton— ¡Entréguese a la policía de Buenos Aires!

—¡Aquí no hay más policía que yo, hijos de una gran maula!

Volvió a abrir la puerta y disparó matando a un soldado y destrozando la rodilla a Eulogio Varela. Tampoco esta vez lograron herirlo los soldados, que comenzaban a ser presa del pánico; sólo Bosch atinó a disparar su pistola hiriéndole levemente en la mejilla antes que se encerrara nuevamente en la habitación.

Por tercera vez la puerta se abrió, y apareció Moreira con un sólo trabuco —aparentemente el otro se había descompuesto— y habría matado al capitán Varela si no se le hubiese caído el fulminante. Tiró su arma inservible hacia el rostro del capitán y empuñando su daga saltó al patio. Los soldados, presa del terror, se desbandaron sin hacer caso de las órdenes que vociferaban sus superiores, quedando solos, frente a Moreira, Pedro Berton y el Capitán Varela, quien tenía una pierna inutilizada por el trabucazo que le acertara el gaucho. Berton intentó disparar sobre él, con un rifle abandonado por los policías en su huida, pero Moreira, más rápido, lo



En Córdoba y Libertad (Capital Federal): monolito que recuerda a José J. Podestá y a su máxima creación. Se erigió por ley del Congreso Nacional en 1958.

hirió en la muñeca de un certero balazo. Desesperado, Berton gritaba: "Fuego, fuego sobre él!", pero sus hombres se encontraban a respetable distancia y no tenían intenciones de acercarse. Entonces Varela, a pesar de su rodilla herida, se abalanzó con su espada sobre Moreira, consiguiendo hacerle un rasguño en la frente, mientras que Berton conseguía por fin que los soldados volvieran a la carga. Pero Moreira, presa de un furor salvaje, se adelantó con violentos hachazos amenazando a todos a la vez.

—¡Campo! ¡Campo, maulas! —gritaba, y tanto vigilantes como soldados retrocedían para ponerse fuera de su alcance.

Ya comenzaba a sentir Moreira el cansancio de la lucha, y al ver que a lo lejos los soldados cargaban los remington para hacerle una descarga, dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la pared del fondo, detrás de la cual había dejado su caballo. Sujetó la daga con los dientes y se dispuso a saltar. Pero el sargento Chirino, quien en uno de los embates de Moreira se había escondido detrás del brocal del pozo de agua, salió sopresivamente y le clavó la bayoneta por la espalda con tal fuerza, que Moreira quedó sostenido contra la pared con los pies en el aire. No obstante, en un gesto instintivo de rabia, disparó su pistola por sobre su hombro, hiriendo bajo el ojo izquierdo a Chirino, que cayó de espaldas dando un grito de dolor, Moreira, a pesar de la terrible herida, no dejó de luchar, y aún tuvo fuerzas para adelantarse hacia los policías diciendo:

—¡Aún no estoy muerto, maulas! —y amenazó con su daga haciendo retroceder a los que ya se aproximaban para rematarlo; en seguida se inclinó preparando una puñalada que hubiera matado a Gabriel Larsen, prestigioso alsinista de la zona que miraba a Moreira venir hacia él inmovilizado por el terror, de no ser por la intervención de Eulogio Varela, quien para parar la estocada puso su brazo en la trayectoria de la daga. Moreira amagó una nueva embestida, pero, luego de un vómito de sangre, cayó al suelo. Todos cargaron sobre él y lo remataron, y aún así, antes de lanzar su postrer suspiro, Moreira tiró una última estocada que se perdió en el aire. Era el 30 de abril de 1874.

Así murió Juan Moreira. Fue un final acorde con su larga carrera de asesinatos y atropellos. Pero poco importa ya la crónica del hombre real, por sobre la verdad que revelan los procesos judiciales, está el tipo creado por Gutiérrez. El Juan Moreira que sobrevivió a través del tiempo hasta nuestros días, es aquel gaucho cuya dignidad se rebelaba ante la injusticia; es aquél que, ante la pregunta de su suegro: "¿Y lo has muerto en güena ley?" por toda respuesta levantó su chaqueta mostrando su pecho ensangrentado; es aquél que vive, al igual que Martín Fierro, como uno de los arquetipos más representativos de nuestra tradición literaria. Y fue este mito el que exaltaba José Podesta en las noches de circo, ante un público fervoroso que junto a él, luchaba contra la partida y ajusticiaba a Sardetti. No el Moreira de los prontuarios, asesino y ladrón, sino el otro, gallardo, justiciero, criollazo, arquetipo del gaucho argentino. Y así lo recuerda, piadosamente, la posteridad. ◆





Blasón de Lord Strangford.

Los tres renuncios del General Alvear

Señor Encargado de Negocios de S. M. Cath.ca

Es muy sensible a un Español, que nació con honor, y que procuró acreditarlo entre los gloriosos defensores de la Nación, presentarse ahora a vindicar su conducta en actitud de un delinquente, y con las sombras de rebelde, y enemigo de su Rey. Yo habría ido lejos de los hombres, a ocultar mi vergüenza, sino conservase una esperanza de poder hacer disculpables mis procedimientos, y si conociera menos la clemencia del Soberano, y la indulgencia de sus Ministros enseñados en la escuela de las desgracias. La benigna acogida que he merecido a V. S. y las relaciones que antes de mi salida de B.s Ay.s empezé a tener con la Legación de S. M. en esta Corte, me animan a hacer la exposición de mis operaciones, para que elevándola V. S. al Rey Ntro. S.or se digne recomendarme a su Soberana piedad.

Después de haber servido con el honor, y zelo dignos de la causa sagrada de la Patria, y del distinguido Cuerpo de Carabineros R.s a que pertenecía, baxo de los Grales. Castaños, Infantado, Venegas, y Alburquerque llegué con este Gral. a la Isla de Leon por fines de Diciembre de 1810, y tuve la alta gloria de contribuir a aquella célebre retirada, que salvó a Cadiz. Las desagradables ocurrencias que allí hubieron con respecto a aquel benemérito Gral., los disturbios ocasionados por la disolución de la Junta Central, y de la Regencia nombrada por ella, unido a la pérdida de mi casa, y vínculo en [illegible] me decidieron a retirarme del servicio, para consultar mi futura subsistencia. Pero las novedades ocurridas en B.s Ay.s donde tenía considerables intereses, hacían luego necesaria mi traslación a aquella playa, para ponerlos en cobro. A este objeto pedí mi licencia, resuelto a establecerme con mi familia en este país [illegible] con los restos de mi fortuna entre mis parientes [illegible]. Cuando a principios de 1812 llegué al Río de la Plata [illegible] a consequencia de [illegible]

por
Felipe Cárdenas (h.)

Estamos en Montevideo, una noche de 1842. El doctor Manuel José García, personaje de larga actuación en la política argentina, está revisando su archivo, leyendo viejos papeles y arrojando algunos al fuego. A su lado, el joven Florencio Varela los hojea distraidamente mientras charla con García. Súbitamente un documento llama su atención: es un pliego cerrado, sellado con las antiguas armas de las Provincias Unidas y dirigido a Lord Castlereagh, ministro de Relaciones Exteriores —hacia 1815— de Su Majestad Británica.

—¿Qué es esto? —pregunta Varela— ¿Puedo abrirlo?

Asiente García y Varela empieza a leer algo asombroso. Cuando termina le pide autorización a su amigo para conservarlo. García da su consentimiento; no sabemos si esa noche habló de las circunstancias en que ese documento pasó a su poder. Sabemos, en cambio, que esa fue la primera vez que se conoció una de las gestiones más increíbles de nuestra historia diplomática. Más increíbles y también más lamentables. Al año siguiente Varela entregó el documento a un joven oficial de artillería a quien sabía interesado por cosas históricas. Se llamaba Bartolomé Mitre, que más tarde lo publicaría en su "Historia de Belgrano y de la Revolución Argentina", condenando duramente a su autor.

No era para menos. El pliego en cuestión contenía un pedido de ocupación de estas tierras para que ellas quedaran bajo la protección británica. Estaba firmado por el general Carlos María de Alvear, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata...

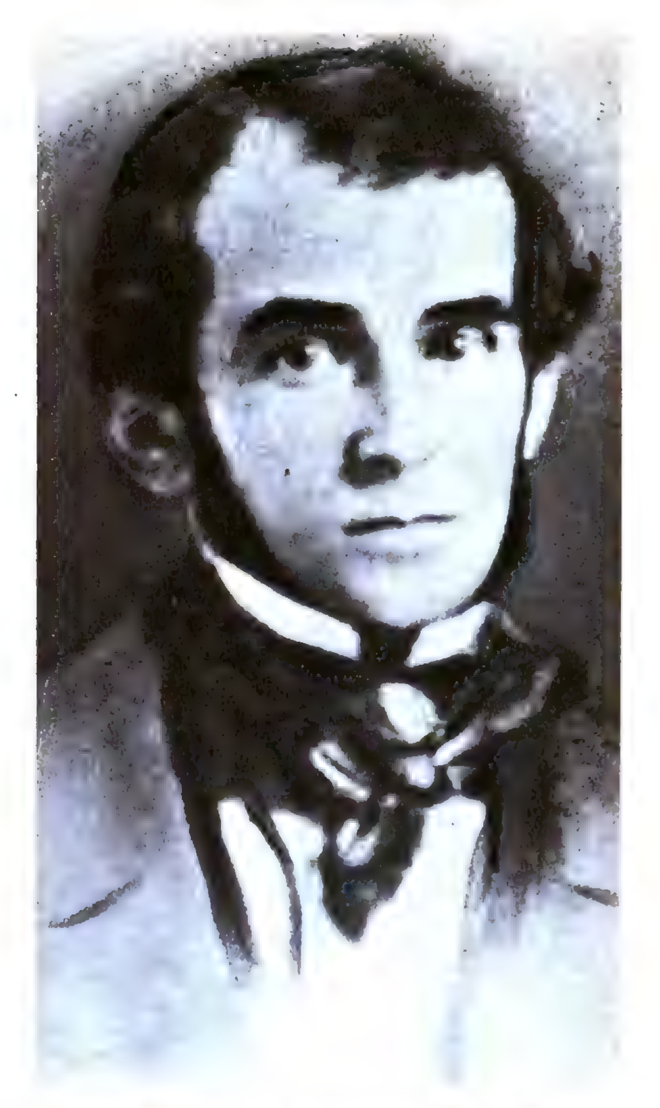
Los tres renuncios del General Alvear

UNA REVOLUCION EN CRISIS

Echemos ahora una ojeada sobre estas tierras en 1814/1815. Lo que fuera hasta cinco años atrás el Virreynato del Río de la Plata, está viivendo tiempos de confusión e incertidumbre. El proceso revolucionario iniciado en 1810 pasa por una profunda crisis jurídica, moral y política. Ocurría que la sustitución del último virrey español por la Junta Gubernativa se había hecho en nombre de los derechos de Fernando VII, cautivo por entonces de Napoleón. Fuera sincera o falsa aquella actitud formal de las autoridades patriotas (los historiadores siguen polemizando sobre la famosa "máscara de Fernando VII") lo cierto es que desde entonces toda la dinámica revolucionaria se había movilizado "a nombre de nuestro Augusto Señor don Fernando VII", las banderas que enarbolaban nuestros ejércitos eran las españolas y la actitud de los dirigentes revolucionarios, salvo algunas pocas excepciones, era la de fieles vasallos, curadores de la real herencia vacante, que solo aguardaban el retorno de Su Majestad Católica al trono para devolverle intactos sus dominios.

Pero héte aquí que ahora, después de la derrota de Napoleón, Fernando VII estaba ya reintegrado al pleno goce de su poder desde mayo de 1814. "Ese maldito Bonaparte nos ha dejado en los cuernos del toro" escribiría Posadas a San Martín en esa época. Efectivamente era así. Ahora, desde el punto de vista moral y jurídico, el alzamiento de 1810 carecía ya de sentido. Solo correspondía al gobierno de Buenos Aires decidirse por uno de los términos de esta alternativa: ratificar su fidelidad al Rey acreditando así la sinceridad de sus reiteradas invocaciones o de lo contrario arrancarse de una vez la "máscara" y declarar que estas tierras querían ser libres e independientes.

Ninguna de las dos cosas se habían hecho a lo largo de los últimos años. Peor aún; se había hecho un poco de las dos. La Asamblea del Año XIII había sancionado una serie de leyes que eran virtualmente el estatuto de un país soberano, con atributos como moneda propia, escudo, himno y escarapela, pero no había dado el paso que debía lógicamente seguir: declarar la independencia. Y por otra parte, el Director Supremo Gervasio de Posadas había decidido enviar a Europa a dos distinguidos patriotas —Bernardino Rivadavia y Manuel Belgrano— con la misión de presentar a Fernando VII los saludos del pueblo del antiguo Virreynato y felicitarlo por su dichoso reintegro al trono. Los enviados llevaban otras instrucciones, por supuesto, pero públicamente su misión se reducía a expresar esos sentimientos de fidelidad y vasallaje.



Florencio Varela: su curiosidad salvó documentos de explosiva significación política.

Decíamos que la crisis era además política. En efecto, el nuevo Estado no acertaba a encontrar las formas adecuadas para adaptarse al nuevo orden creado a partir de 1810. Había pasado de una Junta (1810) y una Junta Grande (1810) a un primer Triunvirato (1812), un segundo (1812) y un Directorio (1814) pero a esta inestabilidad institucional se sumaba el virtual estado de insubordinación en que se hallaba la Banda Oirental (disidente del gobierno central bajo la dirección de Artigas), el Paraguay (aislado de la antigua capital virreynal por decisión de sus gobernantes) y el Alto Perú (perdido para la causa patriota después del desastre de Ayohuma) a lo que podemos agregar también la pérdida de Chile, donde se había restaurado el poder español.

En esas circunstancias, en medio de esta profunda crisis de conciencia que agregaba gravedad a la situación militar, es elegido Director Supremo del Estado al general Carlos María de

Alvear (10 de enero de 1815). ¿Quién era este joven de 26 años de edad, ungido con el máximo poder? ¿Este apolíneo muchacho que en deslumbrante uniforme recibía los plácemes de sus amigos en los salones del Fuerte?

Don Diego Estanislao de Alvear y Ponce de León era un marino de linajuda familia andaluza. En 1770 fue enviado al Río de La Plata para trazar los límites con Portugal. Aquí, una criolla Balbastro lo enamoró y el marino se casó con ella. Tuvo ocho hijos y en 1804 regresó a España. Frente a Cádiz, buques ingleses atacaron el barco en que viajaba. Toda la familia pereció menos don Diego y uno de sus hijos, Carlos María.

Tuvo penosa repercusión en España y América este desastre. No era para menos. Como expuso D. Diego de Alvear a las autoridades británicas, "mi mujer, siete hijos, un sobrino y cinco sirvientes negros, junto con todo mi valioso equipaje, oro y plata, evaluados en la suma de 12.000 libras esterlinas, producto de mi labor en una residencia de veinticinco años en Sudamérica, fueron totalmente perdidos". La Tesorería británica reintegró a Alvear 6.000 libras esterlinas a cuenta. Posteriormente el padre de nuestro personaje se radicó en Inglaterra y casó con una dama de su sociedad, con la que tuvo doce hijos más (totalizando veinte vástagos) viviendo hasta los ochenta años.

El joven Alvear vivió un tiempo en Inglaterra como prisionero distinguido; luego pasó a España para seguir la carrera militar, combatiendo contra los franceses. En 1812 regresa a su patria de nacimiento con un grupo de camaradas americanos; con él viaja el coronel José de San Martín.

Desde que llega a Buenos Aires su familia materna lo agasaja y vincula a lo más granado de la sociedad porteña. Es explicable; Alvear es joven, apuesto, rico, y entroncado con la mejor nobleza española por nacimiento y casamiento. Es el niño mimado de Buenos Aires. Pero Alvear esconde una condición que no resulta difícil detectar a poco que se lo conozca: tiene una tremenda ambición. Se cree destinado a ser el primero... Está convencido que nadie puede compararsele en genio, valentía y buena estrella. Lo obsesiona el ejemplo de Napoleón: primer cónsul a los 30 años, emperador a los 35... ¿Por qué no aspirar también a una gloria napoleónica? Es militar pero hace política activamente: contribuye a derrocar el primer Triunvirato, tiene buenos amigos en el segundo, se maneja con fluidez en la Logia y en la Asamblea del Año XIII de la que es presidente. Solo tiene recelo por un hombre: San Martín. Los demás son, para Alvear, pigmeos que terminará por dominar. A mediados de 1814 obtiene un brillante triunfo militar: logra tomar Montevideo, esa posición que desde 1810 apuntaba como una pistola al corazón revolucionario de América. Esta victoria lo envanece del todo. ¿Quién puede detener en el camino del poder a este joven triunfador? Montevideo es para Alvear lo que ha sido Italia para Napoleón: solo falta una oportunidad para que el apuesto jefe haga su 18 Brumario...

Pero la misma medida de su ambición es la resistencia que suscita. Muchos patriotas desconfían de Alvear. Lo suponen oportunista y creen que es capaz de hacer cualquier cosa para satisfacer su arribismo. Cuando a fines de 1814 su tío, el Director Posadas, lo designa jefe del Ejército del Alto Perú, los oficiales de esta fuerza desconocen su designación y Alvear debe regresar desde Córdoba, desairado y furioso. Pero su apoyo político está bien urdido: la facción directorial necesita un hombre enérgico, un triunfador para sustituir al anciano Posadas. Cuando éste renuncia, la Asamblea consagra Director Supremo del Estado al joven general. Durará tres meses en su cargo, petulante y ostentoso, sin una dirección fija pero con despliegue de un muy chocante protocolo y exhibición de una guardia de caballería que lo escolta cada vez que sale del Fuerte.

Solo tres meses dura el directorio de Alvear porque todo el país lo rechaza. El ejército del Alto Perú, que no lo aceptó como jefe, tampoco lo reconoce como Director. Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos se declaran bajo la protección de Artigas. Mendoza no acepta el nuevo gobernante designado por Alvear y su pueblo impone la continuación de San Martín en el mando local.

Frente a este derrumbe —que no es solo de su persona, digámoslo en honor al rechazado director, sino de toda la política seguida por el Directorio— Alvear se inspira en su admirado Napoleón. Quiere apretar las clavijas. Lanza proclamas restallantes que nadie lee. Emite un decreto imponiendo la pena de muerte a todo el que "de palabra o por escrito, directa o indirectamente ataque el sistema de libertad e indepedencia que han adoptado estas provincias". Hace ejecutar a un oficial sin juicio previo y permite que sus adictos vejen e insulten a los opositores. Pero todo esto resulta contraprodu-



Manuel José García: un personaje del cual pueden decirse muchas cosas...



cente. Hartos de sus desplantes, los jefes del ejército auxiliar situado en Fontezuelas, cerca de Pergamino, se sublevan el 3 de abril —a menos de tres meses de su designación— y después de un par de semanas de desesperadas maniobras Alvear debe embarcarse en un buque inglés, rumbo al exilio.

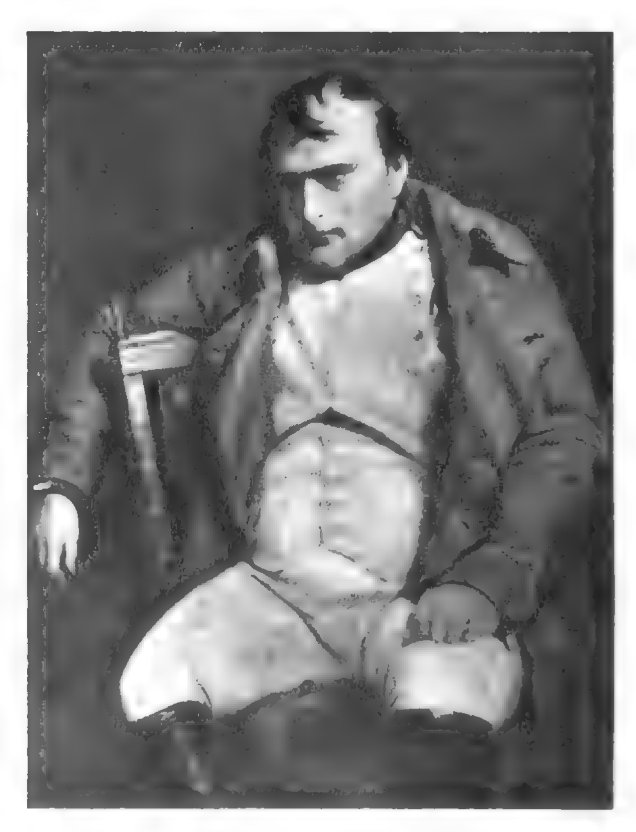
Sin que hubiera mediado una épica marcha como la que Napoleón realizó entre Golfo Juan y París; sin que hubiera apostado su suerte en un peleado Waterloo, los cien días de Alvear habíanse agotado ya... El mismo día de su partida se enarbolaba en el Fuerte de Buenos Aires, por primera vez, la bandera azul y blanca; hasta entonces Alvear había insistido en que se izara el pabellón español...

La caída de Alvear era el resultado de la creciente oposición de las provincias contra un régimen económico de librecambismo que en cinco años había arruinado las industrias del interior y colocado el comercio de Buenos Aires en manos de un grupo de mercaderes ingleses y sus socios criollos. Era el resultado de una política centralista y oligárquica, que desconoció las razonables aspiraciones a federalistas de Artigas y sus seguidores. Pero era también la expresión de una profunda desconfianza popular hacia el directorio —Posadas y Alvear— cuya fe en la revolución parecía tibia y condicionada. La falta de definiciones claramente independentistas, la ambigüedad de la política exterior, la timidez para adoptar los símbolos que ya habían sido adoptados por el pueblo como distintivos de una nacionalidad que aspiraba a ser libre, todo ello había creado un profundo recelo que estallaba ahora, con el detonante de las imprudencias de Alvear. Y en el caso de éste, había funcionado una intuición no fundada en ningún elemento de juicio concreto. Porque lo concreto era que el 31 de enero de 1815 —quince días después de asumir su cargo —un enviado del Director Supremo llamado Manuel José García partía de Buenos Aires rumbo a Río de Janeiro, llevando entre otros papeles una petición a Lord Castlereagh por la que el gobernante de las Provincias Unidas del Río de La Plata pedía a Gran Bretaña la gracia de su dominación.

EL PRIMER RENUNCIO DE ALVEAR

Alvear había elegido bien a su mensajero. El doctor Manuel José García —"alma fría para las cosas pertenecientes a la Patria", como diría el bueno de Posadas en sus Memorias— empezaba con esta misión una trayectoria política caracterizada por su habilidad, su carencia de escrúpulos y su inalterable vocación oficialista. Fue ministro de Rivadavia y también de Rosas; agente diplomático de Pueyrredón y casi del Restaurador, que le ofreció ser ministro en Lima; firmó el ignominioso tratado de 1826 con el Brasil que motivó la caída de Rivadavia, pero poco después aparecía como ministro de Viamonte; gestionó el avenimiento entre Lavalle y Rosas después de la revolución de 1828, lo que indica que gozaba de la confianza de ambos enemigos.

Había sido Secretario de Hacienda del primer Triunvirato, a los 28 años de edad; más tarde sería creador del Banco de Descuentos, de escandalosa memoria en nuestros anales financieros. Fue una especie de Talleyrand vernáculo, cuya influencia en la década 1820/30 no ha sido todavía estudiada en profundo. Era un escéptico, incapaz de ese fervor que hace falta cuando se está al servicio del país; pero suplía esa frialdad, ese desapego por las cosas de la Patria, con un gran talento, una imponente prestancia y una estupenda habilidad para salir bien parado de todas las coyunturas. Hasta ha tenido suerte póstuma: aunque se condena su actuación en las negociaciones de paz con el Brasil, la historia no le ha sido en general demasiado dura. Y hasta se lo ha intentado reivindicar, en una suerte de revisionismo al revés: el banquero Alejandro Shaw, en una conferencia pronunciada en 1966 ante la Academia de Ciencias Económicas, no le ahorra elogiosos calificativos y lo describe como un patriota sacrificado —aunque no dice una palabra de la misión a la que ahora nos estamos refiriendo...



La derrota de Napoleón Bonaparte dejó a los patriotas del Río de la Plata en difícil trance.

En 1815 formaba parte del círculo íntimo de Alvear y el joven director no encontró a nadie mejor para enviar a Río de Janeiro a sondear a lord Strangford, ministro de Su Majestad Británica ante la corte lusitana.

¿Cuál era el pensamiento de Alvear en este negocio? García sólo se refirió a su misión en una oportunidad, un año más tarde, restándole importancia. "...En el país no se tenía por traición cualquier sacrificio en favor de los ingleses y aún la total sumisión, en la alternativa de pertenecer otra vez a España —afirmó—. Tampoco era un secreto, pues lo sabían muchos". Es cierto que algunos de los íntimos de Alvear debieron conocer el "affaire", puesto que el comodoro Bowles, jefe de la estación naval británica en el río de la Plata aludió al ofrecimiento de Alvear en una comunicación dirigida por esos días a sus superiores. Además, el cónsul británico en Buenos Aires envió al Foreign Office una copia de la nota dirigida a lord Castlereagh. Pero fuera de esto, nadie habló del asunto, ni entonces ni más tarde. Era demasiado quemante y valía más olvidarlo...

La intención de Alvear, pues, debe esclarecerse a través de este documento y de otro —idéntico en su sustancia— que García llevaba para lord Strangford. Veamos, pues, en qué razones fundamentaba el Director Supremo su pedido para que Gran Bretaña se adueñara de estas tierras. Manifestaba Alvear que después de cinco años, "los hombres de juicio y opinión" se han convencido que "este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo y que necesita una mano exterior que lo dirija y sostenga... antes que se precipite en los horrores de la anarquía". Desecha la posibilidad de que se retorne a la dominación española porque "todos juran en público y en secreto morir antes que sujetarse a la Metrópoli". "En estas circunstancias —agregaba la comunicación a lord Strangford— solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias, que obedecerán su Gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer, porque conocen que es el único remedio para evitar la destrucción del país..."

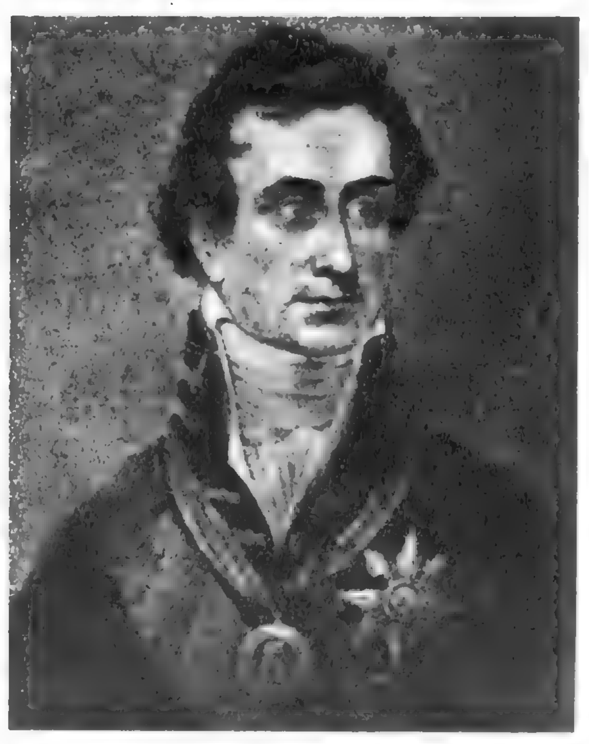
Y para refirmar esta supuesta disposición de los argentinos enfatizaba el Director Supremo: "Yo no dudo asegurar a V. E. sobre mi palabra de honor, que éste es el voto y el objeto de las esperanzas de todos los hombres sensatos, que son los que forman la opinión real de los Pueblos; y si alguna idea puede lisonjearme en el mando que obtengo, no es otra que la de poder concurrir con la autoridad y el poder a la realización de esta medida, toda vez se acepte por la Gran Bretaña". Agregaba que "el proyecto no ofrece grandes embarazos en la ejecución". En efecto, según Alvear, por parte de las provincias "su opinión es apoyada en la necesidad y en la conveniencia, que son los estímulos más fuertes del corazón" (!) y en cuanto a la Nación Inglesa, "no creo que pueda presentarse otro inconveniente que aquel que ofrece la delicadeza del decoro nacional por las consideraciones debidas a la alianza y relaciones con el Rey de España". Pero los ingleses no debían pararse en chiquitas. "Yo no veo que este sentimiento de pundonor —opinaba Alvear— haya de preferirse al grande interés que puede prometer la Inglaterra de la posesión exclusiva de este Continente..."

Finalizaba la nota pidiendo a lord Strangford se dignara a escuchar a García y acordar con él todas las medidas conducentes al propósito enunciado, "en la inteligencia que estoy dispuesto a dar todas las pruebas de sinceridad... y tomar de consuno las medidas que sean necesarias para realizar el proyecto..."

La nota de Alvear (que actualmente está en el archivo del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras) es una mezcla de ingenuidad y cinismo que asombra. La inconsciencia con que pretende disponer de los destinos de las Provincias Unidas, la falacia de sus argumentos y la insistencia en preferir "la necesidad y la conveniencia" a las leyes del honor y del patriotismo, hacen de esta nota algo único —felizmente— en nuestros anales.

Nunca dijo un gobernante argentino palabras tan vergonzosas. Ni siquiera los unitarios de Montevideo que se unieron, en 1845, a Francia e Inglaterra; ni siquiera, un siglo más tarde, los negociadores del tratado Roca-Runciman. Que estas tierras necesitaban el apoyo británico para su lucha emancipadora es algo indiscutible; entre las invasiones inglesas y la Revolución de Mayo, no pocos patriotas soñaban —al igual que el venezolano Francisco de Miranda— una acción estrechamente sustentada en el apoyo británico. Incluso Rivadavia llevaba en su misión a Europa la indicación de sondear la protección que pudiera obtenerse de potencias importantes, empezando por Gran Bretaña.

Pero de esto a las palabras de Alvear hay un gran trecho. Alvear quería convertir estas tierras en colonias británicas y lo proponía lisa y llanamente, desde su posición de Jefe del Estado. Descalificaba la capacidad de sus compatriotas para constituir un país. Borraba de un plumazo



Lord Strangford, ministro británico en Río de Janeiro, según una miniatura de Haines (1808).

Los tres renuncios del General Alvear

todos los sacrificios y esfuerzos hechos a partir de 1810. Dilapidaba los esfuerzos de cinco años de guerra para transferir el dominio español al británico, perpetrando una cruel burla a la voluntad popular reiterada en asambleas políticas y en los campos de batalla.

¿Qué motivaciones pudieron haber llevado al joven general a esta claudicación? ¿Acaso advirtió que el país lo rechazaba con total unanimidad y en la emergencia prefirió echarse en brazos de Gran Bretaña? No, porque García partió de Buenos Aires apenas dos semanas después que Alvear se hiciera cargo del gobierno y no hay gobernante, por apurada que sea su situación, que reconozca su fracaso a una semana de tomar el poder; por otra parte, el 25 de enero de 1815 —día en que está fechada la nota a lord Strangford— todavía no se tenían noticias de las reacciones que la designación de Alvear había provocado en el resto del país. ¿Hubo algún contraste militar de graves consecuencias para las armas patriotas? Tampoco: el frente altoperuano permanecía estabilizado y aún se vivía la euforia de la toma de Montevideo; la situación militar no era brillante, pero tampoco desesperada. ¿Una crisis económica insuperable? De ninguna manera. Aunque el país estaba empobrecido, las rentas aduaneras eran más productivas que nunca y el gobierno disponía de dinero. ¿Sería el pedido de Alvear una maniobra de alta política destinada a separar a Gran Bretaña de España, ofreciéndole el cebo de estas tierras? Aún aceptando que fuera así, la maniobra era demasiado peligrosa. Y además, Alvear no ignoraba que la invariable política de Gran Bretaña respecto del río de la Plata después de las fracasadas invasiones de 1806/07, no residía en la conquista militar, sino en la penetración comercial. A Gran Bretaña le bastaba con tener garantías de comercio libre para sacar de estas regiones un provecho mucho mayor y mucho menos riesgoso.

Entonces, ¿qué motivación indujo a Alvear a echar semejante baldón sobre su persona? Vicente Sierra insinúa concretamente que fue el miedo. Y nosotros compartimos su hipótesis. No, por supuesto, el miedo físico. Alvear era hombre valiente, probado en muchas campañas en España y aquí. Pero sí el miedo a perder su posición. Un miedo que compartían en 1815 muchos dirigentes revolucionarios. Vale la pena un párrafo sobre esto.

Desde 1810 se libraba una lucha sin cuartel entre los insurgentes americanos y los españoles. Los gobiernos de Buenos Aires habían sido los grandes animadores de esta lucha en el sur del continente; por orden de los dirigentes porteños se había fusilado a Liniers, a Nieto, Córdova y Sanz, a Alzaga y muchos otros expectables realistas. Se había desconocido la autoridad del Rey aunque se la proclamara formalmente. De un rey que ahora se encontraba restablecido en la plenitud de su poder y que, además, evidenciaba ser rencoroso y cruel: que lo dijeran los diputados liberales de las Cortes de Cádiz, ferozmente perseguidos por Fernando VII por hechos mucho menos graves que los perpetrados por nuestros dirigentes. Todo hacía suponer que si los españoles llegaban a hacer pie en el río de la Plata, Buenos Aires sufriría un baño de sangre, una "purga" al estilo de la que había clausurado la insurrección de Tupac Amarú, tres décadas antes.

Frente a esta sombría perspectiva señalemos la situación de aquellos que habían adquirido posiciones, poder y riqueza sobre la ola revolucionaria. Esos testaferros criollos de los comerciantes ingleses enriquecidos con el libre comercio, esos tenderos que ahora eran militares temidos y respetados, esos tinterillos que desde ahora eran dirigentes populares, esos curitas que ahora aspiraban a las mitras... Toda la resaca de intereses creados —algunos respetables, otros espúreos— que se forman alrededor de las grandes revoluciones y que inevitablemente las condicionan en mayor o menor medida. Toda esa gente —muchos de ellos sinceros patriotas que solo habían aprovechado el nuevo orden de cosas para acceder a un "status" vedado hasta entonces— tenía miedo del fracaso de la revolución. Temían por sus situaciones personales, por sus bienes, por su libertad, por su vida. No era un miedo infundado; sobraban ejemplos en toda América y en España para entender de qué manera eran tratados los rebeldes.

El Director Supremo del Estado, arribista típico, aprovechador como tantos otros del desorden revolucionario, interpretaba un sentimiento mucho más generalizado de lo que se supone. Y ese sentimiento de miedo lo llevó a agarrarse de



Carlos de Alvear, cuando ejercía sus funciones de ministro argentino en Washington (1845).

un clavo ardiente, inventando un recurso desesperado que no podía tener andamiento por parte de Gran Bretaña ni podía tener ejecución pacífica en el país. Pero a Alvear le faltaban serenidad y grandeza y eso lo perdió. En el otro costado de la Patria, al pie de los Andes, uno de sus antiguos camaradas empezaba a montar, con paciencia de relojero, la organización de su expedición a Chile y movía todos sus hilos para urgir la declaración de la independencia. Y en la frontera norte un aristócrata salteño se vestía de gaucho y se convertía en guerrillero para mantener invulnerable ese frente. Alvear no era San Martín ni Güemes. Era un hombre con miedo a caer de la situación excepcional en que había sido colocado. Y ya se sabe que el miedo —así como la ambición y la carencia de imaginación— es el gran motor de las traiciones.

Finalmente, García no entregó la nota a lord Strangford. Hay que agradecérselo. Había llegado a Río de Janeiro el 24 de febrero. Rivadavia y Belgrano que todavía estaban allí, sondeando al ministro español, se sorprendieron de la llegada de este nuevo agente diplomático argentino cuyo cometido no aparecía muy claro. Después de eludirlos unos días, García habló largamente con Rivadavia y le impuso del contenido de sus pliegos; el antiguo secretario del primer Triunvirato le escribió inmediatamente a Alvear, escandalizado. Pero no por el objeto mismo de la misión de García sino porque Rivadavia tenía instrucciones de buscar "la protección respetable de alguna potencia de primer orden", preferentemente Gran Bretaña, y promover el envío de "un príncipe a su Real Casa" para ser coronado en Buenos Aires. En sustancia, la misma misión que García, aunque con más decoro... Ahora, la llegada del enviado de Alvear significaba que el gobierno quemaba etapas y omitía los pasos previos que debían preceder a esta negociación. De todos modos, Rivadavia y Belgrano —que parece haber sido ajeno a todo esto y cuya presencia en la misión a Europa tendía a disipar temores en la opinión pública, dado su indiscutido patriotismo— partirían enseguida rumbo al viejo mundo y García podía proseguir con su gestión.



Fernando VII: el "Deseado" se convirtió en el "Temido" cuando regresó al trono de sus mayores...

En efecto, días después el enviado de Alvear se entrevista con lord Strangford. Hablaron de generalidades; García apremió al inglés para que éste declarara cuál sería la actitud de su país en caso que la expedición que preparaba España desembarcara en el río de la Plata; el diplomático eludió una respuesta y pidió a su interlocutor una exposición escrita de sus pretensiones. García redactó una nota planteando la gravedad de la situación de las Provincias Unidas y la necesidad que tenían del apoyo británico para evitar las represalias que sobrevendrían contra el pueblo americano en caso de un triunfo español. A su vez, lord Strangford contestó que "todos los principios de la buena fe y el honor nacional le impedían tomar cualquier acción que pudiera tener el menor aspecto de estimular la separación de las Colonias de la Madre Patria". Finalizada la nota de lord Strangford aconsejando perseverar en el sistema de moderación y prudencia que había seguido el Director Posadas "exteriorizando el mismo en invariable deseo de llegar a una reconciliación con España, en condiciones justas y honorables". Lo cierto es que en agosto del año anterior Gran Bretaña y España habían firmado una alianza que imposibilitaba a la primera adoptar ninguna posición favorable a los rebeldes americanos.

En una palabra y como se dice en el lenguaje porteño, Lord Strangford había "largado duro" a García. El diplomático inglés expresaba perfectamente bien, en esta coyuntura, los intereses de su país. A Gran Bretaña no le daba frío ni calor que América siguiera bajo la dominación hispana o con gobiernos independientes, siempre que se garantizara su libertad para comerciar. La infraestructura industrial inglesa estaba en condiciones de abarrotar de mercaderías los puertos de América y no se quería correr el riesgo de apostar una carta todavía indecisa. Los estereotipos de la historia oficial han repetido incansablemente que debemos a Gran Bretaña el apoyo que nos permitió acelerar el proceso emancipador. Eso es verdad, pero a partir de 1822, cuando Canning comprendió que los triunfos de San Martín y Bolívar hacían irreversible el movimiento de independencia. Pero en 1815 la partida estaba todavía muy dudosa; Gran Bretaña estaba ligada a España por compromisos formales y aunque vastos sectores de la opinión liberal británica simpatizaba con la causa rebelde, sus hábiles gobernantes no iban a arriesgar la posición adquirida en el nuevo mundo a partir de 1810, por una cuestión de simpatía o romanticismo.

Por su parte, García comprendió perfectamente la posición inglesa. Era una humillación inútil entregar los pliegos por lo que Alvear ponía estas provincias en situación de vasallaje con Gran Bretaña. Con toda inteligencia —ahorrando al país una vergüenza más— el enviado de Alvear se abstuvo de dar el último paso. Entretanto, su comitente había sido derrocado en Buenos Aires, hecho que se conoció recién a fines de mayo en Río de Janeiro. El nuevo Director Supremo, Ignacio Alvarez Thomas —provisorio hasta que José Rondeau se hiciera cargo— escribió a García preguntándole qué había ido a hacer allá, pues había recibido comunicaciones



dirigidas a su antecesor pero ignoraba el objeto de su misión.

García le constesta, entonces, relatando que fue enviado por Alvear para arrancar al ministro inglés declaraciones de apoyo para la revolución y para convencer al gobierno portugués que no debía prestar auxilios a la expedición española. Era la verdad, pero no toda la verdad... El nuevo gobierno de Buenos Aires, desconfiando de las explicaciones de García pero sin elementos de juicio para desmentirlo, se limitó a pedirle que cesara en sus gestiones y regresara a Buenos Aires, resolución de la que el emisario se notificó en agosto, aunque permaneció en la capital lusitana hasta 1820. En su contestación, García decía algo significativo: "En otra circunstancia podría ser esto (la relación detallada de sus gestiones) útil al gobierno y a mí de alguna gloria; más habiendo mudado también las cosas, quizás vendría a ser pernicioso a los intereses públicos el dar noticias que la indiscreción hará pública o que la malicia teñiría con el colorido del crimen. He resuelto, pues, callar o esperar a que el tiempo traiga una ocasión más favorable".

Pero García no habló más. Sirvió a Pueyrredón, a Martín Rodríguez, a Rivadavia, a Rosas, a Viamonte. Estuvo en todas las intrigas de la política de esos años y salió bien de todas las emergencias. Pero jamás mencionó la misión que Alvear le había encomendado en 1815. Sabía que ella estaba teñida del "colorido del crimen"... Solo un año antes de morir —casi treinta años más tarde— dejó escapar el secreto. Fue una noche en Montevideo, hurgando viejos papeles de su archivo...

EL SEGUNDO RENUNCIO DE ALVEAR

En junio de 1815 llegó Alvear a Río de Janeiro. Venía exiliado, rodeado de algunos partidarios, furioso contra los que lo habían derrocado, sediento de venganza, resuelto a cualquier cosa. En su ira confundía a sus enemigos con la propia Patria: estaba dispuesto a que se hundiera el país y fracasara la revolución, antes que prevaleciera la fracción que lo había volteado.

El ministro español en Río de Janeiro no desaprovecharía la oportunidad para atraer a su causa al importante jefe argentino. Lo hizo invitar a su casa por Manuel José García —con el que mantenía siempre excelentes relaciones— y pocos días después empezaba a obtener algunos frutos. El 30 de junio el ilustre desterrado hace saber al diplomático español que, siendo Director, un emisario del Presidente de Estados Unidos lo había entrevistado para ofrecer armas y dinero a los patriotas y a Artigas. Esta delación —que podía servir al gobierno madrileño para impedir eventuales ayudas futuras de origen norteamericano a los rebeldes— la formulaba Alvear para probar —decía— "sus verdaderas intenciones".

Y trascartón, el ex Director Supremo adjuntaba una prolija nómina "de la fuerza efectiva de línea que tienen las Provincias del Río de la Plata que están en insurrección". Era una información preciosa para el enemigo. Detallaba las tropas de infantería, caballería, artillería y cuerpos cívicos existentes en Buenos Aires, dando unos 10.300 hombres en total; informes que San Martín "enrola en Mendoza 950 hombres y tiene ocho piezas". Aseguraba que Rondeau había dispuesto en el norte de 6.000 hombres en enero pero que solo le quedaban ahora 3.000 "por la deserción", subrayando que lo "acompañan milicias gauchas mandadas por el coronel Martín Güemes". A Artigas le asigna tres o cuatro mil hombres y le hace, sin proponérselo, el mayor elogio al manifestar que "sus dos provincias son las más entusiastas por la guerra". "Sus tropas —agregaba— tienen un valor y constancia admirables". Después anoticiaba que en Córdoba los realistas excedían a los rebeldes, que en Buenos Aires "el pueblo bajo es fanático por la independencia" y terminaba brindando datos sobre las fábricas de fusiles de Tucumán, Córdoba y Buenos Aires.

En suma, la información de Alvear —cuyo original, firmado por él, se conserva en el Archivo Histórico de Madrid, legajo 5843, Nº 181— era una magnífica pieza para la antología de la traición. No hay noticias de que el representante de Fernando VII haya retribuido el "rapport" con dinero; si lo hubiera hecho se justificaría, porque la información de Alvear ahorraba a su monarca muchos sueldos de espías.

Para completar la infamia, dos semanas después uno de los compañeros de exilio de Alvear —Angel Monasterio, què fuera miembro del Consejo de Estado de Posadas y Alvear— hacía llegar al ministro español un plano de Buenos Aires con el plan de defensa que se había preparado para caso de invasión.

Ahora digamos algo. La nota de Alvear a Lord Strangford por la que se ofrecía la sumisión de las Provincias Unidas a Gran Bretaña, era un acto injustificable. Pero era un acto político. Podría, para su comprensión, señalarse algunas circunstancias que eventualmente serían atenuantes; que no existía en 1815 una definida conciencia nacional. Que la revolución estaba detenida en su acción militar. Que el peligro de la expedición española era grave e inminente en apariencia. Que cualquier alternativa, incluso la sujeción a Gran Bretaña, era preferible a regresar al dominio español. La historiografía clásica ha abundado generosamente en esos atenuantes: para muestra remitimos al lector al artículo de Carlos Alberto Pueyrredón publicado en el tomo VII de la "Historia de la Nación Argentina" publicada por la Academia Nacional de la Historia.

Pero el informe de Alvear al representante de Fernando VII detallando las fuerzas patriotas no era ya un acto político. Era un acto individual. Una felonía lisa y llana que ninguna circunstancia puede excusar. Una infamia ciudadosamente expresada para contribuir a la derrota de sus antiguos camaradas, de su pasado, de su Patria,



El Palacio Imperial de Río de Janeiro, sede de intrigas y manejos políticos directamente vinculados con nuestro país, a mediados del siglo pasado.

usando los conocimientos adquiridos en función de Director Supremo de Estado. Por mucho menos se pega, hoy día, cuatro tiros a la gente.

Pero no paró aquí Alvear. Todavía iba a cometer otro acto, mas vergonzoso si cabe.

EL TERCER RENUNCIO DE ALVEAR

Durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear corrió en los círculos especializados de historiadores de España y América, una extraña versión. Se dijo que el presidente argentino había pedido confidencialmente al Director del Archivo Histórico Nacional de Madrid, que hiciera desaparecer discretamente cierta nota que su ilustre abuelo había dirigido en 1815 al Rey Fernando VII. El doctor Alvear quería evitar que la memoria de su antepasado pudiera ser manchada por la existencia de esa comprometedora comunicación. A su vez, el funcionario español, cumpliendo con su deber de custodio del acervo que le estaba confiado, retiró temporariamente del archivo el documento accediendo a la solicitud del mandatario argentino, pero con la precaución de fotocopiarlo previamente.

Esta versión no pudo confirmarse; circuló, como decimos, en los mentideros de los investigadores e historiadores españoles y americanos. Pero lo cierto es que una fotocopia de la nota de Alvear fue entregada por el director del Archivo Histórico Nacional Español al historiador uruguayo Hugo Barbagelata, quien la publicó en 1930 en su libro "Artigas", con la atestación de que el original se conserva en el legajo 5843 del citado archivo.

Es explicable que don Marcelo haya gestionado la destrucción del documento. Su contenido bastaría para descalificar totalmente a un hombre público y convertirlo en el arquetipo del traidor. Este tercer renuncio de Alvear excede en villanía a los anteriores y presenta al ex Director Supremo culminando la vuelta completa de su abyección, completada en ocho meses: desde la intención de entregar estas tierras al dominio británico hasta el pedido de perdón a Fernando VII. Pero antes de entrar a transcribir sus partes sustanciales conviene destacar que la nota no era conocida solamente en la familia Alvear por tradición; ya en su época trascendió su existencia. Refiere Tomás de Iriarte que Belgrano aludió a la misma, en Tucumán, en cierta ocasión en que se hablaba del ex Director, y como Iriarte manifestara dudas de que esa nota existiera, aquel le mostró una copia. Más tarde la suegra de Alvear —que vivía en Madrid y estaba vinculada a la aristocracia española— confirmó la existencia de la nota y manifestó que había llegado en su momento a manos de Fernando VII. Por su parte, preguntado por Iriarte en alguna ocasión sobre este episodio, Alvear le restó importancia afirmando que la dichosa nota no era más que un borrador que tuvo que hacer para que los españoles de Río de Janeiro no lo molestaran durante su exilio, pero que nunca firmó una presentación semejante y por ende jamás llegó a manos del ministro español.

Mentía Alvear. La nota fue firmada por él en fecha 23 de agosto de 1815, en Río de Janeiro, y entregada al ministro español quien la elevó al Rey; éste, la despachó con una seca providencia que lleva fecha 31 de diciembre de 1815: "Más adelante se resolverá". Y la nota pasó al archivo para dormir un sueño de ciento quince años.

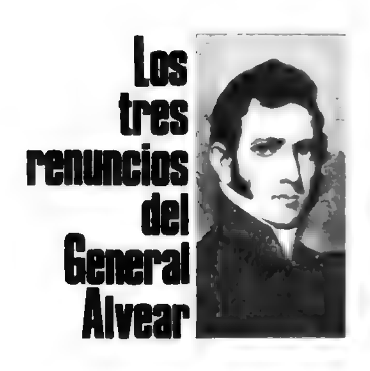
¿Qué era, pues, esta nota? Simplemente, un pedido de perdón al Rey, una solicitud de que se le permitiera pasar a Madrid y una explicación de su vida pública de la que surgía que Alvear había sido un saboteador consciente y deliberado de la revolución.

Comenzaba la nota —dirigida al encargado de negocios de Su Majestad Católica— con este encabezamiento: "Es muy sensible a un Español que nació con honor... presentarse ahora a vindicar su conducta en actitud de un delincuente y con las sombras de rebelde y enemigo de su Rey. Yo habría ido lejos de los hombres a ocultar mi vengüenza, si no conservase una esperanza de poder hacer disculpables mis procedimientos o si conociese menos la clemencia del Soberano y la indulgencia de sus Ministros..." (1)

---

(1) Lo que está entre paréntesis es nuestro, para facilitar la comprensión del texto; los puntos suspensivos indican fragmentos que se omiten por no ser importantes.

Los tres renuncios del General Alvear



En ese tono melifluo y mendicante seguía la larga nota. Dice que se anima a hacer esta expedición por "la benigna acogida que he merecido a V.S. (el diplomático español) y las relaciones que, antes de mi salida de Buenos Aires empecé a tener con la Legación de S.M. en esta Corte". Esta frase confirma la sospecha de que, ya siendo Director Supremo, había tomado Alvear contacto con los representantes de Fernando VII en Río de Janeiro. Después de pedir al ministro español que eleve "al Rey Nuestro Señor" esta exposición y se digne "recomendarme a su Soberana piedad", Alvear empieza a formular una asombrosa versión de su vida pública.

Relata así sus campañas en la península y cuenta que los disturbios acaecidos hacia 1810 así como la pérdida de su casa en Montilla, en España, lo decidieron a pedir su separación del servicio "para consultar mi futura subsistencia". "Pero las novedades ocurridas en Buenos Aires, donde tenía considerables intereses hicieron luego necesaria mi traslación a dicha plaza... A ese objeto pedí mi licencia, resuelto a establecerme con mi familia en ese país y sostenerla con los restos de mi fortuna, entre mis parientes maternos". Relata a continuación que, cuando llegó a principios de 1812 al río de la Plata, ya estaban embargadas sus propiedades a consecuencia del decreto del 12 de enero del mismo año (que establecía el embargo de los bienes de españoles residentes fuera del antiguo Virreynato) y "apenas pude alcanzar su devolución".

En esas circunstancias —explica Alvear— no podía declararse abiertamente en contra de la opinión predominante ni contrariar la política del gobierno, "sin aventurar mi existencia a los furores de la exaltación popular". Por consiguiente "yo tuve al fin que ceder al imperio de las circunstancias y tomar una parte activa en los negocios públicos, animado de las esperanzas de rectificar algún día las ideas que alimentaban al fanatismo de la multitud".

Perfecto: Alvear no vino con San Martín, Zapiola y sus demás camaradas con la intención de luchar por la independencia de su tierra natal sino con el exclusivo fin de salvar los restos de su fortuna. Y aquí no tuvo mas remedio que aceptar las ideas revolucionarias para salvarse de las iras populares. Adelante.

"Quizás el ardor de la juventud y la inexperiencia hicieron que me formase ideas demasiado lisonjeras de mis recursos para mejorar la causa de aquellas Provincias, pero a lo menos la reflexión no me opuso cosa que pudiera estar en contracción con el honor y la justicia". Sigue exponiendo Alvear las contradicciones de aquella época, con las Cortes de Cádiz que sancionaban una constitución con "todos los dogmas de la democracia más exaltada al mismo tiempo que sostenían un despotismo militar sobre los Pueblos de América"; las rivalidades entre las juntas y la Regencia, etc. En toda esa confusión, el inexperto Alvear se persuadió que "podía tomar parte activa en la causa de mi País y hacer abierta resistencia a los Generales y Jefes de aquellos Gobiernos, de España, aunque el celo y virtudes personales de muchos de sus miembros los hiciesen respetables y abriesen un camino a la esperanza de venir a términos de una razonable conciliación".

Continúa describiendo Alvear el panorama de estas provincias, su "anarquía desoladora", el veneno con que los escritores cargaban sus "dosis desmedidas de liberalidad y filosofismo", el "furor febril capaz de las últimas violencias", la masa espantosa de odios, de venganzas y horrores que arrebata sin recursos al pueblo a un precipicio", "los papeles públicos... que lastimaban el decoro de los Soberanos, demolían las bases de la Monarquía y destemplaban los resortes de la subordinación". Y llega a la desoladora conclusión: "Así, insensiblemente, el odio a pocos se hizo común a toda la Nación (española) y a fuerza de sostener su causa... vinieron muchos a mirar con menos horror la independencia absoluta de la Península".

Frente a esto, ¿qué hace Alvear? "...Era forzoso dirigirlo acertadamente (al proceso revolucionario) o resolverse a permanecer insensible a la propia ruina. Estas razones y las invitaciones del Gobierno, peligrosas de resistir, me movieron a tomar una parte activa en la revolución y me empeñaron... en el proyecto de formarme un crédito preponderante para darle un término menos desgraciado". Relata que se adhirió entonces "al partido de los que eran conocidos como más vehemente y acalorados, con el objeto de adquirirme un crédito elevado de Patriota y de tomar ascendiente sobre los que suponía más capaces de una oposición sostenida a las ideas de conciliación". En una palabra, Alvear había fingido ser un revolucionario intransigente, precisamente para dirigir el sector más extremista. "Luego que hube adquirido algún caudal de opinión y ascendiente sobre el Gobierno, empecé a emplearla en favor de algunos sujetos que, siendo distinguidos por las buenas cualidades de su espíritu, eran el objeto del odio de los revolucionarios por su constante sistema de moderación y de paz... Cuando ya me consideré con más fuerzas y que empecé a contar con las personas de mejores luces, formé el plan de hacer un armisticio con el Capitán General don Gaspar Vigodet en términos que sirvieran de base a un proyecto más extendido de una pacificación sólida y general".

Con este propósito "me propuse —continúa Alvear— concentrar el Gobierno y verificar las reformas que juzgué convenientes al mayor secreto y unidad de las operaciones (con los españoles); y porque al mismo tiempo empezasen los Pueblos a volver insensiblemente a las antiguas formas, preparándose así a hacer menos violenta la transición mediata del Gobierno popular al de uno solo". Luego ofrece en abono de lo que dice a Manuel José García, "a quien, por sus notorios principios políticos procuré hacer entrar en las operaciones del Gobierno contra el torren-

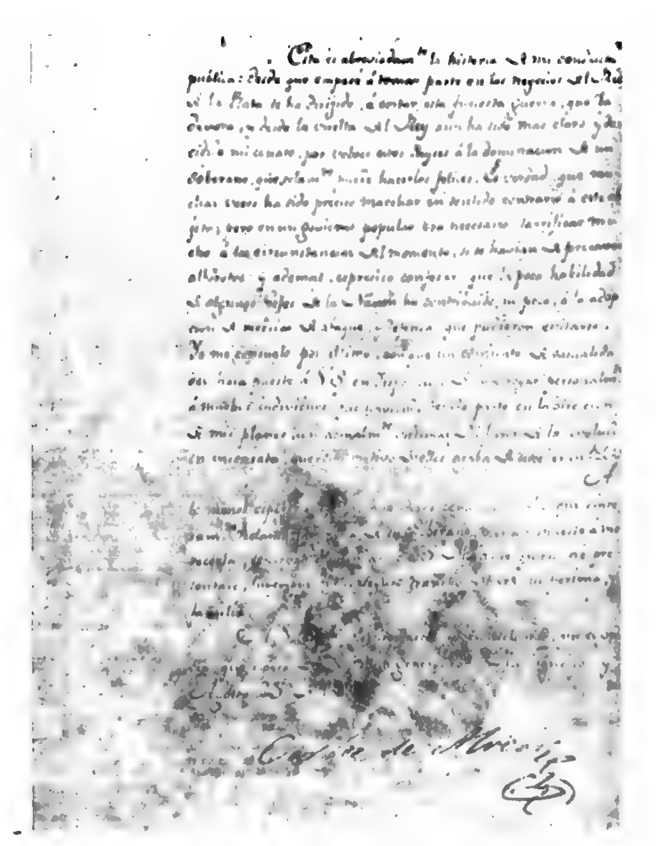
te de la opinión vulgar, que lo señalaba como sospechoso y que estuvo en el secreto de estas mis ideas".

La conducta de Vigodet, al violar el armisticio, frustró este plan, señala Alvear. Es de recordar que Alvear y Vigodet, jefe realista de Montevideo, firmaron un armisticio cuya violación se imputaron mutuamente, aprovechando el jefe argentino para efectuar una rápida operación sobre esa ciudad, que determinó su caída. Pero Alvear interpreta de una manera curiosísima la toma de Montevideo. "Sobrevinieron luego las desgracias de la Plaza de Montevideo, preparadas por la obcecación de su Jefe; y este suceso al paso que dio algún crédito al Gobierno, también aumentó sus dificultades, por el orgullo que inspiró naturalmente a la multitud".

En otras palabras, Alvear tomó Montevideo sin haberlo querido y ese triunfo no buscado dificultó más las cosas al envalentonar a los patriotas. Pero de todos modos, sus planes seguían ejecutándose. "...Don Manuel de Sarratea siguió su viaje a Inglaterra para tratar desde allí los medios de una transacción... (con España)". La noticia de "la feliz restitución del Rey al seno de sus amados súbditos" y el saludo que con ese motivo le dirigió nuestro representante en Londres, Sarratea, permitía creer que "había mudado enteramente el estado de la cuestión y que podría sin riesgo aventurarse un paso decidido, que pusiese un término a esta malvada revolución".

Con ese propósito se mandaron a Rivadavia y Belgrano como diputados ante Su Majestad Católica, "con órdenes, además, de tocar en esa Corte (Río de Janeiro) y presentar a esta Legación despachos relativos a su misión". Laméntase Alvear que la comisión de Belgrano y Rivadavia haya tenido resultados "poco agradables" pero destaca que las contestaciones del ministro español ante la Corte portuguesa "dio un esfuerzo extraordinario a nuestros corazones". Pero "un destino inevitable puso obstáculos inesperados a aquellos designios". Pues Alvear había despachado ofrecimientos de armisticio a los jefes realistas del Alto Perú, Osorio y Pezuela; el primero los rechazó, el segundo los aceptó pero se le sublevaron sus jefes y fue obligado también a rechazar la oferta de paz. Y para peor, Artigas en la Banda Oriental "iba a poner en el último conflicto al país y a alejar por mucho tiempo toda esperanza de orden y sobordinación a la legítima autoridad".

Frente a este panorama, Alvear hará el supremo sacrificio: "Creí necesario aceptar el Mando Supremo, concentrar todas las fuerzas en la Capital poniendo al frente de los regimientos los jefes de mi confianza...; al mismo tiempo di órdenes para la formación de un cuerpo de soldados españoles esparcidos por la campaña de Buenos Aires..." Además, "comisioné a don Manuel José García para que instruyese a la Legación (española en Río de Janeiro) del estado de las cosas y tratase con el Jefe de la expedición que se esperaba en Cádiz los medios de perfeccionar la pacificación del país sin derramamientos de sangre..." Esta afirmación arroja nuevos enigmas sobre la misión de García. Por un lado sabemos que viajó a Río de Janeiro con la intención de entregar estas Provincias a Gran Bretaña. Pero además debía —según aseguró García al sucesor de Alvear— sondear al gobierno por-



El original de la última hoja de la presentación de Alvear al ministro español en Río de Janeiro.

tugués para que no prestara auxilios a la expedición española y obtener del ministro inglés algún apoyo para la revolución. Pero ahora Alvear asegura que García fue enviado a tomar contacto con el jefe de la expedición que se preparaba en Cádiz, para "facilitar la pacificación del país", es decir el sometimiento de las Provincias Unidas a España. Destaquemos que la nota de Alvear que estamos glosando fue escrita en presencia, por consejo o al menos con el conocimiento del propio García, que podía desmentir su afirmación. Todos estos embrollos dan una idea del nivel moral en que se manejaban estos personajes... Pero sigamos con la nota de Alvear.

El sacrificio de Alvear había sido inútil. "Los malvados, que abundan siempre en las revoluciones, agitaron la multitud con las especies favoritas de traición y engaño... Algunos oficiales que por su nacimiento y sus principios debían ser los más interesados en esta obra, faltaron indignamente a las confianzas del Gobierno y reventó una espantosa revolución que aniquiló cuanto se había adelantado". Sus amigos habían sido perseguidos o desterrados. "Yo —declaraba Alvear— con mi familia, así como otros compañeros de desgracia, no hemos trepidado en presentarnos voluntariamente a V. S. (al ministro español en Río de Janeiro) y permanecemos bajo su protección y la de S.A.R. (el príncipe Regente de Portugal) dando con este paso una prueba de la sinceridad de nuestras intenciones".

Resumía su palinodia con un párrafo final: "Desde que empecé a tomar parte en los negocios del Río de la Plata mi conducta se ha di-



rigido a cortar esta funesta guerra que la devora. Y desde la vuelta del Rey aun ha sido más claro y decidido mi conato por volver estos países a la dominación de un Soberano que solamente puede hacerlos felices. Es verdad —confiesa— que muchas veces ha sido necesario marchar en sentido contrario a este objeto; pero en un gobierno popular era necesario sacrificar mucho a la circunstancias del momento..." Se felicita de que el ministro español pueda certificar sus afirmaciones con el testimonio de muchas personas que "habiendo tenido parte en la dirección de mis planes son actualmente víctimas del furor de la revolución insensata que... con motivo de ellos acaba de suceder en Buenos Aires".

Finalizaba suplicando una recomendación ante el Rey "ante quien me presentaré luego que halle seguro transporte para mi persona y familia". Luego, la fecha (agosto 3 de 1815) y la firma. Sin ningún temblor.

Nos imaginamos a Fernando VII paseando sus reales ojos por estos párrafos. También el monarca tenía escritas sus cartitas... Cuando era "el Deseado", cautivo de Napoleón en Valençay —pasando en realidad unas plácidas vacaciones matizadas con aventuras galantes que el Emperador francés le facilitaba— también había escrito abyectas misivas suplicando a su imperial carcelero le concediera el honor de casarse con alguna Bonaparte y condenando a los españoles que tenían la avilantez de resistir el dulce dominio francés... Pero ahora Napoleón estaba viajando rumbo a Santa Elena y el antiguo cautivo era el Rey de España. Y podía estampar al pie de la nota de Alvear una seca providencia, cargada de desprecio y fastidio: "Más adelante se resolverá".

Comprendemos la preocupación de don Marcelo por hacer desaparecer esta efusión de su abuelo. Ningún comentario puede superar lo que la carta misma expresa. El mayor favor que podemos hacer a su autor es pensar que desde el principio al fin es una sarta de mentiras. Que no fue un traidor a la revolución. Que cuando vino a Buenos Aires lo hizo con la intención de servir a su tierra. Que si intervino en política y llegó al máximo poder, lo fue por ambición y por ansia de gloria, no para sabotear desde adentro el esfuerzo argentino y atar al país con míseras intrigas. Que mentía al afirmar que trataba de llegar a una transacción con España, puesto que contemporáneamente ofrecía estas provincias a Inglaterra. Que no es verdad que quisiera retornar al dominio español, ya que decretaba pena de muerte al que directa o indirectamente atacara el sistema de libertad e independencia de estas provincias y aseguraba a Lord Strangford que pública y privadamente el pueblo juraba morir antes que volver al poder español.

El mayor favor que se puede hacer a Alvear es pensar que esa carta fue escrita para obtener su perdón. Finalmente, en la valoración de las canalladas, es preferible ser un mentiroso y un cobarde que un traidor a la Patria...

HACIA UN OLIMPO "CLASE B"

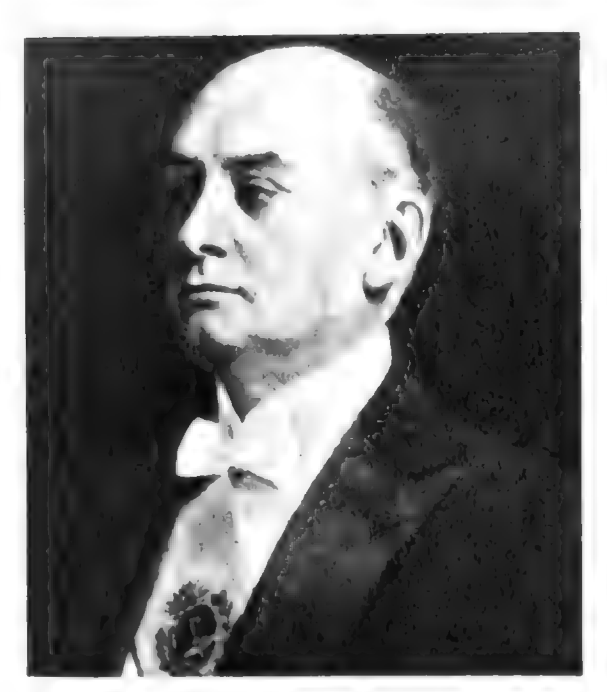
Después de estos episodios, la figura de Alvear se desvanece por algún tiempo en una discreta penumbra. Vive en Río de Janeiro con su familia y luego, cuando las tropas portuguesas invaden la Banda Oriental se traslada a Montevideo donde mantiene buena relación con los ocupantes. En 1820 retorna a su país: Francisco Ramírez y Estanislao López han derrocado al régimen directorial en Cepeda y el inquieto político no quiere estar lejos del teatro de los sucesos. Se une a los Carrera, anda montonereando (¡Alvear, que quería entregar el país a los ingleses para evitar la anarquía!) y se lanza a apoderarse por la fuerza del gobierno de Buenos Aires, apoyado por los caudillos litorales. Dorrego lo derrota en San Nicolás y el frustrado gobernador debe regresar a su exilio.

En 1824 vuelve a Buenos Aires pacíficamente; lo ampara la ley de amnistía. Hay paz en las Provincias Unidas y la figura de Alvear ya no despierta los recelos de antes. Se lo designa ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Londres y Washington. Lo acompaña como secretario Tomás de Iriarte, que luego transmitiría en sus Memorias sabrosos detalles del viaje; en sus ratos de ocio, el diplomático argentino se entretenía coloreando con acuarela las caricaturas de un sangriento libelo contra San Martín que hizo publicar de su peculio pero sin firma Alvear era solamente fiel a sus odios...

Más tarde es enviado a entrevistarse con Bolívar para ganar el apoyo del Libertador en la inminente guerra contra el Brasil. Y posteriormente es designado ministro de Guerra y Marina, dirigiendo en ese carácter las primeras etapas de las operaciones contra el Imperio.

Este es el gran momento histórico de Alvear. Conocía muy bien el territorio de la Banda Oriental, donde se librarían las más importantes batallas entre argentinos y brasileños. Su conducción militar será, más tarde, motivo de muchas críticas de Paz, Iriarte y otros oficiales que sirivieron a sus órdenes. Pero lo cierto es que el escueto y desprovisto ejército republicano obtiene victoria tras victoria bajo su comando y la campaña culmina con el glorioso triunfo de Ituzaingó. Acaso creyó Alvear que ese laurel afirmaría las bases de sus posibilidades políticas; pero en la Argentina la política había desembocado en un turbio alud de guerras civiles.

Durante los diez años siguientes Alvear permanece en Buenos Aires, con esporádicas intervenciones en la política que no podemos detallar aquí. Su figura va ganando el respeto de las facciones a medida que pasa el tiempo. Está por encima de los partidos aunque nadie ignora que si apareciera una coyuntura favorable no vacilaría en darle un manotazo para no dejarla escapar... Pero ahora el primer actor del drama se llama Rosas y el Restaurador no es



El presidente Alvear: las efusiones del abuelo dan trabajo...

hombre de brindar oportunidades a otros. En 1838 es nombrado ministro en Washington; allá va Alvear, frisando en la cincuentena, garboso y bien plantado como siempre. Y allí permanece hasta 1852, criando a sus hijos, sirviendo correctamente al país, manejando dentro de la precariedad de sus medios los hilos de que dispone para difundir y defender la causa nacional en ocasión de los ataques de Francia e Inglaterra. Un historiador norteamericano ha escrito una obra detallando documentadamente este aspecto, el menos conocido tal vez de la trayectoria de Alvear. Los testimonios que transcribe demuestran que nuestro ministro en Washington operó hábilmente con los fondos secretos que le enviaba Rosas para subvencionar a ciertos diarios y ganar voces significativas.

No hay muchos detalles de esos catorce años en Estados Unidos; vivía largos lapsos solos, pues su mujer quedó en Buenos Aires y sus hijos pasaban temporadas con él o en colegios cercanos a Nueva York. No vivía con opulencia; en muchas cartas se quejaba de estar falto de lo más indispensable para llevar el tren de vida que se exigía a un diplomático. En 1848 su casa de Nueva York se incendió y allí perdió Alvear parte de su archivo y —lo que es más lamentable— las memorias que estaba escribiendo. Un hijo que se le murió a temprana edad, acaso el más inteligente de todos, le causó una indecible pena y aceleró su vejez.

Después de la caída de Rosas el nuevo Director de la Confederación le ofrece el cargo de ministro en París. Alvear hubiera podido hacer allí un brillante papel, tanto como el que había desempeñado en Washington, donde llegó a ser un apreciable decano del cuerpo diplomático. Pero el generoso ofrecimiento de Urquiza no pudo hacerse efectivo; en noviembre de 1852 el contradictorio personaje que soñó ser el Napoleón del Río de la Plata entregó su alma. Un buque de guerra trajo sus restos y el país le rindió homenaje: sus malandanzas se olvidaban —o no se conocían— y en su lugar crecía una respetable imagen histórica. Aunque Mitre publicara años más tarde la famosa carta a Lord Castlereagh, Alvear había ingresado al Olimpo de la Historia. Un Olimpo "clase B" —diríamos— pero de todos modos decoroso y ascéptico... Contribuirían a su gloria póstuma no solamente los historiadores clásicos sino sus propios descendientes, de destacada actuación en el país: su hijo Torcuato —primer intendente de la Capital Federal y padre del futuro presidente de la Nación— y sus restantes vástagos, todos de brillante trayectoria en distintas actividades.

Finalmente, había ascendido a una gloria póstuma que compensaba de alguna manera la que el destino le había negado en vida. Pero olvidados papeles que yacían en archivos remotos testimoniaban silenciosamente una etapa de su actuación signada por el oprobio. Y alguna vez saldrían a luz.

¿POR QUE LO CONTAMOS?

Y ahora queremos contestar una pregunta que sin duda muchos lectores se habrán formulado. ¿Por qué contamos estas cosas? ¿Por qué difundimos estos hechos vergonzosos que afectan la memoria de un prócer que tiene estatuas, cuyo nombre está en calles, plazas y pueblos y que fue tronco de un linaje de brillante actuación en el país?

Por varias razones. En primer lugar, porque los hechos que hemos evocado forman parte de la historia argentina y en consecuencia no tienen porqué ser ocultados. En segundo lugar, porque estos renuncios de Alvear marcan, por contraste, la constancia, el coraje y la fe de otros hombres que le fueron contemporáneos y que, mientras el vencedor de Montevideo anadaba en estos trapicheos, se estaban jugando por sacar adelante el país. En tercer lugar, para demostrar que en la historia —como en la vida— es difícil mantener indefinidamente en secreto las cosas malas importantes. En cuarto lugar, para señalar la parcialidad de la historiografía oficial, que desploma impecablemente sus maldiciones contra ciertos personajes mientras que con otros, como Alvear, se muestra inexpicablemente blanda, aun conociendo sus caludicaciones. En quinto lugar, para subrayar que el proceso revolucionario iniciado en 1810 fue protagonizado por hombres comunes y no por semidioses; hombres comunes con sus cobardías y debilidades, algunos de los cuales supieron sacar fuerzas de su propia flaqueza para elevarse sobre las circunstancias y asumir la misión que los tiempos asignaban a cada uno. Y esta es precisamente su gloria. Y en sexto lugar, porque estos hechos nos demuestran que ningún hombre es irredimible; que aun cuando se lleguen a cometer actos innobles, injustificables, siempre está en la condición humana la posibilidad de borrarlos. Diez años después de los episodios que hemos relatado, Alvear daba a la Argentina un inolvidable día de gloria en Ituzaingó; y posteriormente sirvió con lealtad al país. Lo que equivale a decir que no se puede condenar a un hombre porque en algún momento haya sido un equivocado o un canalla y que hay que esperar a que se cumpla la totalidad de su itinerario vital para juzgarlo históricamente. ◆

HISTORIA TODO ES

DE AGOSTO

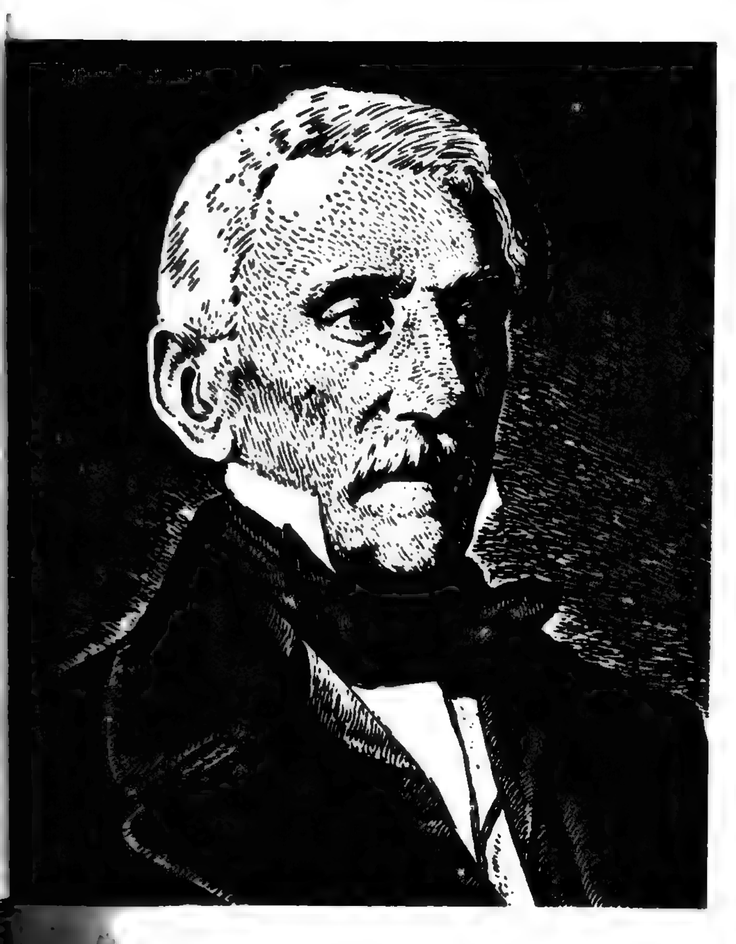
DEDICADA TOTALMENTE AL TEMA:

EL OTRO SAN MARTIN



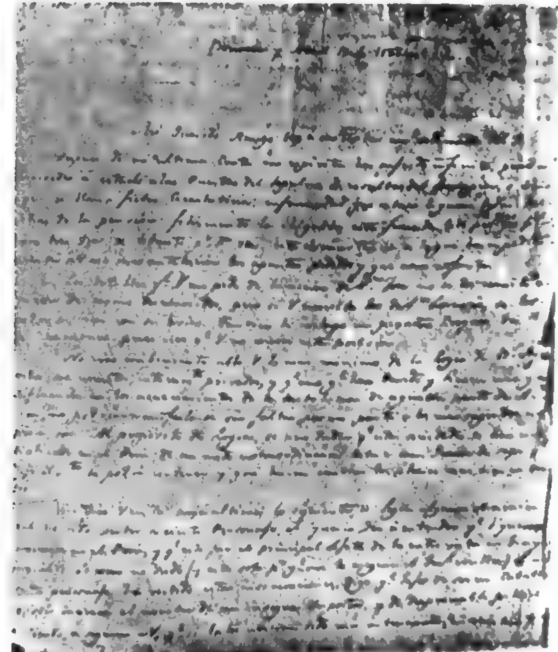
UNA VISION NUEVA Y ORIGINAL DEL LIBERTADOR CON ARTICULOS DE

Vicente Sierra
Enrique de Gandía
Francisco H. Uzal
María Helena Manzoni
Guillermo Furlong
y otros.



y el suplemento de
TODO ES HISTORIA EN AMERICA Y EL MUNDO
dedicado íntegramente al tema
"EL DESENCUENTRO DE GUAYAQUIL"

por MIGUEL ANGEL SCENNA



TODO ES HISTORIA

AGOSTO

rinde así homenaje a la memoria del Libertador, aportando un conjunto de interesantes trabajos sobre su vida y actuación.

LA CONDESA DE LA SELVA



por
Ramón
Tissera

Hacia el suroeste de Resistencia, poco antes de llegar a María Sara, se despeja el bosque y ábrese a la vista el panorama de una pradera apacible, muy extensa, interrumpida en trechos por lagunas, palmares y algarrobos de melancólica belleza. En esa comarca hay un paraje al que la gente del lugar llama La Condesa. Hasta hace algunos lustros podían verse allí los restos de una vetusta edificación de madera invadida por la maleza y las enredaderas silvestres. Los añosos árboles alineados en torno, semejaban un viejo parque desolado. De todo ello queda hoy sólo una cruz de troncos que señala una sepultura solitaria. Es el único testimonio de los sucesos que hicieron legendario el lugar.

El castillo de Cheronne, a cien kilómetros al oeste de París. Allí nació y vivió Alice Le Saige hasta su alejamiento de Francia.



La condesa Alice Le Saige de la Villesbrumme, tal como se presentó en el Chaco en 1888.

LA CONDESA DE LA SELVA

La tradición recuerda a una mujer exótica, radicada en el paraje durante diez años con un establecimiento ganadero, trágicamente desaparecida un verano de 1899. Fue una figura fugaz pero que dejó el prestigio de las vidas excepcionales. Desde luego, comentarios imprecisos transfiguraron la persona real convirtiéndola en una heroína digna de Dumas y Balzac, en una misteriosa excéntrica, fugada del bullicio de las ciudades para refugiarse en la soledad de esos campos, a vivir la nostalgia de un idilio truncado por la ingratitud o la incomprensión. Se habló incluso de que en aquella mansión se ocultaba un hijo del amor, secuestrado después por los indígenas y criado entre las tribus errantes. Pero si descorremos el velo de la ficción, encontraremos que la figura auténtica de Alice Le Saige de la Villesbrumme, mujer de voluntad y pasiones poco comunes, personifica una realidad tan novelesca como la fantasía.

UNA HOJA EN LA TORMENTA

El título de los condes de Chavagnac, que databa de la insurrección de los feudos de Bretaña contra la ocupación inglesa en el siglo XV, ya era poco menos que nominal a mediados del XIX, cuando los últimos descendientes se instalaron en el castillo de Cheronne, al oeste de París. En esta antigua residencia, donde podía remedarse algo del esplendor de otros tiempos, nació Alice de Chavagnac en 1841. Su educación correspondió a las exigencias de su condición: idiomas latinos, música, literatura y matemáticas.

A los veintiocho años contrajo nupcias y adoptó, según la norma francesa, el apellido del cónyuge, también conde: Raúl Le Saige de la Villesbrummee.

Bien pronto, acontecimientos de toda índole atormentan la vida de la aristocrática pareja. Raúl Le Saige, de natural enfermizo y ánimo taciturno, es lo contrario de su esposa, vivaz y emprendedora. Por lo demás, al cumplir cuarenta y cinco años, Alice es madre de seis hijos. Y en el ínterin de la prolífica vida doméstica, París se subleva contra el cerco prusiano y contra el Segundo Imperio; se instaura la tumultuosa Comuna y la Tercera República, y con ello caducan los últimos privilegios que podían quedar a la nobleza de Francia después de la guillotina y de la revolución del 48.

Una difícil situación íntima rompe finalmente la débil armonía hogareña de los Le Saige. En el castillo de Cheronne trabaja un jardinero llamado Magni... Pero Raúl Le Saige no quiso repudiar a su mujer. Convino con ella una separación amistosa. El quedará en Francia con las hijas mujeres y ella viajará a América con los dos varones, Rolando y Javier.



La imagen de Santa Ana procedía del oratorio del castillo de Cheronne. Fue traída al país y emplazada en la estancia a la que dio su nombre. Hoy se encuentra en el Seminario Diocesano de Resistencia.

Alice Le Saige tiene cuarenta y siete años; la edad en que una existencia normal ha de disponerse a consolidar la tranquilidad y la seguridad conseguidas. Empero, es el designio de su vida que se arroje hacia lejanas tierras ignotas, a labrarse otro porvenir distinto al de sus aspiraciones anteriores. Como el símbolo de una clase vencida, a comienzos de 1888 la condesa Alice Le Saige de la Villesbrumme obtiene para ella y sus acompañantes (también viaja Magni) cuatro pasajes de inmigración pagados por la embajada argentina en París. Al embarcarse con destino a Buenos Aires, el equipaje que lleva no es corriente: cuatro baúles, un piano y una imagen de Santa Ana de gran tamaño. En julio del mismo año, los bultos son descargados de un pequeño vapor de tráfico fluvial y depositados sobre el atracadero de Puerto Barranqueras. Alice Le Saige ha obtenido permiso provisorio para instalarse como colona en el campo "Eduardo Arocena", en el Chaco, a ocho leguas de Resistencia.

La cortesía francesa impone a la recién llegada una obligación protocolar que será a la postre su primer afirmación sobre el terreno. Al día siguiente del arribo a Resistencia, concurre a saludar al gobernador. Se presenta con sus hijos, con su título y con todos los atuendos de la elegancia parisiense. Cabe suponer que el general Antonio Dónovan, al enterarse del destino asignado a tanta delicadeza —¡el campo Arocena, detrás del arroyo Saladito, en la jurisdicción de La Palometa!—, se habrá puesto de pie con la impaciencia del estupor, pues su primer intento fue disuadir de la aventura a la visitante, planteándole los riesgos y contrariedades del caso: la distancia, el desamparo, la soledad del lugar, las tribus aborígenes díscolas. Pero Dónovan no podía imaginar la reserva de energía que se ocultaba tras la galantería de la gracieuse personne. Ella insistió en acatar la decisión de la Dirección de Tierras. Por fin, el gobernador

dispuso lo que seguramente ella esperaba: se ofreció como protector para gestionar recursos, elementos y ayudantes.

Mientras Alice tomaba hospedaje en Resistencia, Magni partió para campo Arocena. Lo acompañaba un criollo que sería el capataz de la estancia, Simón Gómez, y un equipo de peones y carpinteros prácticos en construcciones. Can rapidez extraordinaria se levantó una casa sólida, bastante confortable, de dos plantas; también los albergues para las familias del capataz y su personal. Todo el caserío fue rodeado con una empalizada de postes. Cerca del portón de acceso, un mangrullo de ocho metros de altura alcanzaba el horizonte.

En setiembre, Alice pudo mudarse presidiendo una curiosa caravana: tres carretas cargadas con los baúles, el piano y la imagen y una provisión de implementos y víveres, más una escolta de veinticinco soldados a las órdenes de un teniente.

POLLERA DE ESPUMILLA Y 4.000 VACUNOS

Alice encontró en el Chaco varios compatriotas, muchos de condición parecida a la suya, si bien la colonización francesa estaba concentrada preferentemente en Colonia Benítez, lejos de campo Arocena. La inmigración gala que se afincó en el Chaco a fines del siglo pasado, difiere de las otras en cuanto a su composición. A diferencia, por ejemplo, de los colonos italianos y españoles, de típica extracción popular, los franceses eran en su mayoría emigrados políticos o ahuyentados de su patria por la instauración de la República. Esta distinción les quitó mucho ímpetu. Para ellos resultaba penoso adaptarse a las privaciones del nuevo ambiente. Carecían del entusiasmo que daba tanto brío a aquel otro inmigrante pobre, vulgar, que abandonara el viejo mundo de la estrechez y se sintió súbitamente dueño de vastas parcelas de tierra fértil. Ello explica que la colectividad francesa, tan considerable en número como la italiana y la española, no alcanzó la envergadura económica de éstas. Al radicarse Alice acopió una tro-



Rolando Le Saige se había asimilado a las costumbres y a las prendas criollas. Su hermano Javier llegó a ser domador de mucha pericia en Santa Ana.

pilla de redomones y trescientos vacunos; cantidad insuficiente si se sabe que era concesionaria de veinte mil hectáreas. Pero sus preferencias se orientaban a otras preocupaciones. Se esmeró en hacer de su pintoresca mansión un rincón adecuado a sus gustos. Del equipaje salieron tules e imponentes piezas de tapicería para decorar los ventanales de madera rústica. La primera habitación de entrada fue convertida en sala, donde se ubicaron el piano, los cuadros de familia, estatuillas de Venus y Atenea. Ella usaba salto de cama al levantarse y vestía habitualmente botinas de charol, pollera de espumilla y blusa de seda.

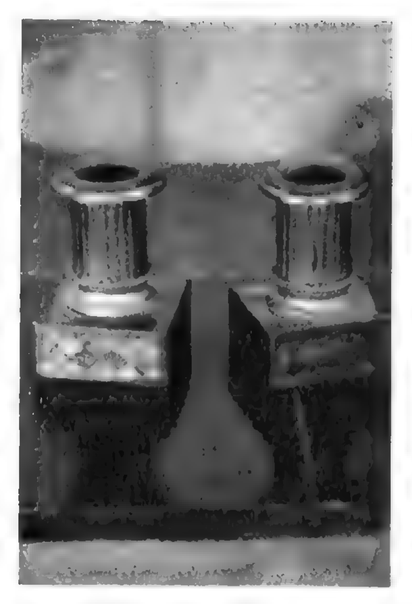
En el patio instalóse el parque de paraísos y un jardín de cuyos canteros, trasplantes y renuevos se ocupaban Magni y la misma Alice. En medio del jardín, sobre un raigón de timbó, fue entronizada la imagen de Santa Ana, que en adelante dio el nombre a la estancia. Además, una condesa que se respeta ha de tener perros de raza: fue adquirido Brujo, un cruza de danés y dogo, del que se obtuvieron crías, entre las que se seleccionó un cachorro notable: Trueno. Ambos fueron acostumbrados a dormir junto a la puerta de entrada como centinelas.

Periódicamente Alice, acompañada de sus hijos Rolando y Javier y del capataz Gómez, todos a caballo, inspeccionaban las inmediaciones o paraban rodeo con los peones. En torno a la cabalgata hacía barullo la jauría capitaneada por Brujo y Trueno. A veces solían llegar hasta dos propiedades vecinas, de los Betirotti y los Imbeld. Estos últimos, franceses alsacianos, hicieron mucha amistad con Alice.

Durante las temporadas de temperatura agradable, Alice solía trasladarse a Resistencia, donde saludaba al gobernador y luego pasaba algunos días en casa de otros amigos, los Baqué, vascos franceses. Quienes la conocieron ponderaban siempre sus modales, su madura belleza y el trato afable que dispensaba a quienes dependían de ella.

Diversas peripecias fueron dando nuevo carácter a la existencia doméstica de Santa Ana. Al poco tiempo de quedar instalado el pequeño grupo colonizador, hubo una deserción: Magni se ausentó al Paraguay, posiblemente distanciado de Alice, porque no regresó jamás.

En 1893, el general Dónovan designa a Rolando subcomisario de la jurisdicción con tres vigilantes a su mando. Es una precaución de



Tinteros que pertenecieron a Alice Le Saige en su juventud, en Francia. (De la colección del Sr. Manuel Meza).



Una esquina céntrica de la ciudad de Resistencia pocos años después de la historia relatada.

seguridad. Pese a su poca edad, dieciséis años, Rolando tiene la responsabilidad prematura del muchacho que acompaña a la madre sola. Su hermano Javier, menos imperativo, es sin embargo un colaborador eficaz; se asimila voluntariosamente al medio y sus costumbres y alcanzará la jerarquía de domador de la estancia.

Un día de 1894 ocurre otro episodio vulgar pero de sorprendentes derivaciones. Llega al establecimiento en procura de trabajo un peón correntino. Viene con su mujer y un hijito. Se les da albergue. Alice se encariña profundamente con el niño, Genaro, al que llamará desde entonces al modo francés: **Yenaró.** Posteriormente los padres se ausentan y dejan a la criatura en poder de la piadosa patrona. Cada mañana, el mínimo huésped acude al lecho de Alice para ser saludado —"**bon jour, petit Yenaró**"— y recibir las atenciones solícitas del afecto. Este niño será la fatalidad que determinará en un instante el desgraciado fin de Alice, y será también el equívoco inspirador de aquella versión romántica del amor contrariado.

En 1895 se ausenta Rolando con destino a Francia. Va a tomar posesión de la herencia que corresponde a su madre pór el fallecimiento del conde de Le Saige, acaecido en 1893. A su retorno, el muchacho es portador de una fortuna presumiblemente de monta. Es el momento en que Alice manifiesta aptitudes inesperadas. Hasta entonces había sobrellevado su situación precaria organizando la hacienda casi como una quinta, un reducto de buen pasar. Ahora, dueña de un capital, empuña decididamente el comando de los negocios. Incrementa su ganadería, adquiere y remuda planteles procurando mejores razas, se desprende de la novillada inferior; viaja a Buenos Aires y formaliza la propiedad de su concesión, a la vez que gestiona la ampliación del predio. En corto lapso es dueña de cuatro mil cabezas y tiene a su cargo cuarenta mil hectáreas. Santa Ana alcanza la categoría de establecimiento principal de la zona.

Otro día el destino golpea nuevamente a la puerta de Alice. Esta vez es Carlos Hardy, el inglés propietario de un importante establecimiento fabril y ganadero en Las Palmas, sobre el río Paraguay [1]. De paso a Buenos Aires, se había enterado de la presencia en el Chaco de la extraña forastera y quería conocerla. Después don Carlos habla del asunto en Las Palmas. El comentario interesa de modo especial al teniente de una Compañía de Caballería de Guardias Nacionales, apostado en el lugar. El teniente se llama Federico Jeanrenaud. Es un apuesto suizo-francés. No esperó demasiado para satisfacer la curiosidad. Antes de una semana cabalga hacia campo Arocena. Regresa en seguida para retirarse de la carrera militar y emplearse como mayordomo en la estancia Santa Ana... ¿Es extraño que la leyenda prospere al lado de la condesa a cuyo conjuro se tuerce el destino de los hombres que llegan a conocerla?

EL RENCOR DE LA TIERRA

Cuando Alice Le Saige desembarcó en Puerto Barranqueras, el Chaco era todavía campo de batalla entre el ejército y los indios. Las fuerzas expedicionarias repetían en el norte del país la misma estrategia de expulsión o sometimiento que en las pampas húmedas del sur; libraban la operación final de limpieza contra las tribus convertidas en guerrillas fanáticas. Es cierto que ya la victoria se había inclinado en favor del ejército. Cinco años atrás, la mayor concentración indígena había sido derrotada en Napalpí; después caían segados por el remington los más valientes caciques: Yaloschi, Cambá y "el inglés". La gran ofensiva comandada por el general Victorica en 1884 y que lanzó cinco columnas desde los cuatro puntos cardinales sobre el Chaco central, había desarticulado la resistencia indígena. Pero quedaban elementos de fricción. La conquista de la selva había dejado como secuela el resentimiento de la población aborigen. Solo algunas tribus optaron por entregarse o quizá resig-

(1): V. "Revolución en la Selva", por Ramón Tissera. TODO ES HISTORIA Nº 12.



Un hechicero y dos aborígenes mocovíes, fotografiados en 1925.

LA CONDESA DE LA SELVA

narse a la superioridad civilizadora. La mayoría emigró a los montes y a las márgenes de los ríos vírgenes, o se mantuvo en tolderías cercanas a los pueblos para hostigar a la colonización con malones y depredaciones de toda especie.

Esta última expresión adquirió nueva peligrosidad, sobre todo porque los aborígenes ya no actuaban por su cuenta. Disponían de armas de fuego, adquiridas a los mercaderes que negociaban con ellos. Además, cada toldería contaba con cierta proporción de refugiados blancos, renegados unos, rebeldes otros, soldados desertores, presidiarios prófugos, peones alzados. Estos asesores, muchos de ellos aspirantes a caciques, azuzaban el rencor indígena e inculcaban principios tácticos a los indios, que aprendieron a golpear los puntos débiles del enemigo, en lugar de estrellarse con avalanchas suicidas sobre los fortines y los acantonamientos bien defendidos.

Por la región de la estancia Santa Ana merodeaban dos agrupamientos aborígenes. Había una reducida toldería de mocovíes, aunque su escaso número no atenuaba su intención agresiva y rencorosa frente a los colonos. Otra toldería de tobas establecía cierto impase ante esa amenaza latente, ya que una antigua enemistad de razas impedía todo entendimiento entre ambas, y por otra parte el cacique Chará, jefe de este sector, estaba cristianizado y apoyaba a los colonos a cambio de trabajo en las cosechas y los menesteres rurales.

La raza mocoví, ruda y fuerte, llegó a las postrimerías del siglo XIX con sus atavismos intactos. La alfarería y un rudimentario arte del tejido con fibras de caraguatá, constituían su mayor evolución. Los hombres se preciaban de ser cazadores y de saber combatir cruelmente cuando era preciso; las mujeres recolectaban los frutos de la tierra. El hechicero de cada tribu era intérprete de las potencias mágicas y médico de la hermandad; curaba las enfermedades y heridas chupando el cuerpo del paciente. Desde tiempos recónditos los mocovíes celebraban la luna nueva y la aparición anual de la constelación de las Pléyades en el horizonte —su único culto— con mucha algarabía y una borrachera general. Por lo común, durante tales festejos la mujer elegía marido, pues a ella correspondía la iniciativa. Si dos muchachas codiciaban al mismo varón, debían disputárselo con una riña.

Ese primitivismo no podía comprender las complicaciones de una civilización que lo desalojaba de sus lares antiguos y le exigía, tan luego a él, que comprendiese las altas finalidades del despojo. (Un criterio generalizado entonces, sostenía que era el indio quien debía aceptar y entender la civilización, y no a la inversa). La conquista de la selva no había sido un recurso educativo; y la subsiguiente ocupación de la tierra por los colonizadores extranjeros, tampoco evidenció que se hubiese contemplado la presencia del aborigen como factor ponderable, a menos que fuera para eliminarlo si no se dejaba computar como accesorio laboral, igual que los instrumentos de labranza.

La conciencia indígena rebelde veía, pues, en el colonizador, la continuación o en todo caso el resultado de las injusticias de la conquista.

LA VICTIMA PROPICIA

Sin proponérselo, sin siquiera saberlo, Alice representaba la usurpación del estado natural de las tribus. La expansión ganadera de Santa Ana, esa ocupación de cuarenta mil hectáreas por las vacas en desmedro de los espacios libres



"Ahí mismo, donde se ven esos lirios, estaba la casa vieja", nos dijo un poblador del paraje La Condesa.

del indio; incluso la ostentación inocente de los lujos y adornos que decoraban los hábitos exóticos de Alice, afrentaban el orgullo humillado de los viejos dueños del terruño.

Pero, además, la astucia primitiva podía intuir que Alice era el lado débil de la civilización; no sólo por su condición de mujer. Aquellos refinamientos de ella y de su estancia indicaban una fragilidad mucho más vulnerable que la vida recia, la terca obstinación del común de los pioneros frente al medio.

Con toda su carga personal de voluntad y energía, la condesa Le Saige era al fin el exponente de una decadencia. Tal vez se alejó de Francia inducida por motivos más importantes que su conflicto matrimonial. ¿Qué perspectiva podía encontrar una noble que acababa de perder hasta su menguado feudo de Cheronne y que conservaba la íntima arrogancia de su rango? Francia estaba dominada entonces por la euforia de los derechos ciudadanos; había alcanzado definitivamente su ansiada democracia republicana en contraste con las monarquías europeas. Para triunfar en ese ámbito era menester confundirse con la multitud niveladora que desde 1871 había abierto las puertas de la abundancia para todos. ¿Por qué no pensar asimismo, que una vez en Buenos Aires Alice percibió también aquí los síntomas del conocido malestar —año 1886—, precursor de las agitaciones que efectivamente se desencadenarían en el 90? Si el único objeto de su viaje hubiera sido evitar el escándalo probable de su situación, en tal caso Buenos Aires habría bastado para un discreto anonimato. Pero su espíritu estaba alertado por otras experiencias aciagas frente a la ciudad moderna y sus tumultos. Prefirió un rincón oscuro en la extremidad de la República Argentina.

Alice no era tampoco una burguesa capaz de allanarse a las posibilidades mediocres de la gran ciudad con tal de subsistir dentro de cierto límite de comodidades. El despecho de su clase declinante, despreciada, podía hacerle aceptable y hasta honroso el ostracismo en una remota región inculta, contraria a todo confort, pero donde por lo mismo era posible recuperar el perdido señorío; aunque no fuera de manera efectiva, siquiera en las formas exteriores. Era en campo Arocena, junto al arroyo Saladito —no en Buenos Aires— donde el plano de la estancia Santa Ana impresionaría como una fascinación. Los peones y los ingenuos colonos se descubrirían respetuosamente al hablar con la turbadora dama vestida de seda, y hasta la llamarían con su título. Allí no imperaba la muchedumbre densa e igualitaria, en la que aun los sencillos tratamientos de "señor", "señora", se otorgan sin distinción, por razones de buena convivencia. Y en efecto, en el actual paraje La Condesa, hoy nadie conoce el nombre de Alice Le Saige, pero los pobladores han recogido la tradición de que el lugar se llama así por una estanciera a la que todos le decían "condesa".

No podía entrar en los cálculos de Alice una sorpresa dramática. Escapando de la multitud, vino a encontrarla en su expresión más siniestra: el malón indígena. Esta rara suerte recuerda aquel relato de la literatura fantástica. A un hombre le predijeron que moriría destrozado por una rueda. Para burlar el vaticinio, el infortunado dedicó su vida a navegar en un velero. Cierta vez en alta mar, un remolino gigantesco absorbió la embarcación y la sepultó en el fondo con su tripulante.

EL LUNES 13 DE MARZO

Acontecimientos de otro cariz se producen en Santa Ana. Imperceptiblemente, como una fuerza subterránea, las circunstancias preparan el desenlace que derrumbará en pocas horas el refugio de bienestar logrado por Alice tras once años de insuitadas aventuras.

En 1898 Javier Le Saige, el domador, viaja a París con un proyecto de vacaciones; pero la tierra natal lo sedujo y no volvió más. Uno menos para defender a Santa Ana.

Un día cualquiera, el cacique toba Chará levanta la toldería para concurrir con sus hombres a poblar la fundación de San Antonio. Los mocovíes quedan dominantes en la región.

El general Obligado, el protector, se retira de la gobernación del Chaco. El sucesor reorganiza la policía y disuelve el destacamento de La Palometa, provocando la renuncia de Rolando Le Saige.

A la madrugada de un sábado —11 de marzo de 1899— Rolando se ausenta con un peón a Resistencia para realizar la acostumbrada provista de mercaderías. Volverá el lunes o el martes. Lleva el propósito de adquirir caballos, porque dos semanas antes, de noche, los mocovíes habían llegado furtivamente hasta Santa Ana alzándose luego con la tropilla que pastaba en los corrales.

El lunes 13, con las primeras luces del alba, el ladrido furioso de los perros sobresaltó a los pobladores de la estancia. Ya se escuchaba el tropel de una caballería. Alguien dio el alerta desde el mangrullo. Alrededor de veinte jinetes se aproximaban a galope tendido, en franca actitud de asalto. Eran indios mocovíes acompañados de dos salteadores blancos. Unos llevaban lanzas, otros carabinas.

Jeanrenaud tomó el mando de la improvisada defensa. Las mujeres y los niños, adentro de la casa; el capataz Simón Gómez, en el patio, como reserva para cubrir los puntos débiles. Jeanrenaud y los peones treparon a la empalizada y abrieron el fuego provocando las primeras bajas. Los agresores se abrieron en abanico. Mientras unos entablaban el tiroteo contra Jeanrenaud, varios jinetes aproximaron las cabalgaduras a un sector desguarnecido de la muralla y saltaron al patio. Simón Gómez cargó a caballo contra los intrusos. Pero la intrépida maniobra concluyó inútilmente. Jinete y cabalgadura rodaron entreverados, al tiempo que varias lanzas y carabinas los ultimaban en el suelo.

Jeanrenaud comprendió sin duda que su desesperada resistencia se desmoronaba y sobrevendría una lucha campal. Ordenó a las ocupantes de la casa desalojar la estancia y huir hacia la hacienda vecina de los Imfeld, mientras los hombres distraían a los atacantes.

LA CONDESA DE LA SELVA

El grupo fugitivo ya ganaba el campo abierto, cuando Alice recordó que en una de las habitaciones había quedado Yenaró. Fue su destino volverse. Un indio "agazapado detrás de unas plantas del jardín, saltó con agilidad felina" y la apuñaló con la lanza. Caída Alice, Jeanrenaud y los suyos acudieron, la levantaron a cuestas y resolvieron batirse en retirada. Llevaban consigo, también, el cadáver de Gómez.

Uno de los peones montó a caballo y acudió a Resistencia en busca de auxilios.

Cuando los atacantes intentaron penetrar en la casa abandonada, dos bravos guardianes los detuvieron. Brujo y Trueno estaban dispuestos a defender la puerta con todos los dientes. Fueron lanceados en sus puestos, y allí quedaron. La turbamulta saqueó la casa, destruyó muebles y adornos. Al retirarse se llevaron a Yenaró. Luego las llamas envolvieron como un torbellino infernal la estructura de madera.

Recién a las cinco de la tarde, Alice terminó su agonía, sobre un lecho en la casa de los Imfeld.

El peón que había corrido a Resistencia, volvió ya entrada la noche con un piquete policial y con Rolando. Al acercarse a la casa de los Imfeld distinguieron la claridad tétrica del velorio en una de las habitaciones.

Al día siguiente, Simón Gómez fue enterrado en el patio de la estancia, en el mismo sitio donde se consumó su sacrificio. Tras la austera ceremonia, todos emprendieron el camino a Resistencia con los restos de Alice. Una lluvia persistente acompañó a la caravana durante el trayecto y la obligó a buscar reparo en los puestos del camino. A la media mañana del miércoles llegaron a destino y se encaminaron hacia el modesto templo parroquial.

¡Qué infausto contraste entre esta última aparición de Alice en Resistencia y aquella primera de 1888, cuando llegara con sus pequeños hijos y su espiritualidad radiante, concitando la admiración de los pobladores! De cualquier modo, la última entrada también vuelve a sacudir los ánimos. Vecinos presurosos se congregan en las veredas a mirar. El insólito cortejo pasa precedido de un carro tirado por bueyes. Allí traen el cuerpo de Alice, en un ataúd burdo de tablones. Detrás marcha el acompañamiento de jinetes embarrados, con las ropas mojadas y el aludo sombrero en la mano. Adelante van Rolando y Jeanrenaud. Rolando apoya la cabeza en el hombro del amigo para llorar. Los demás del rudo séquito son colonos, peones, troperos y la dotación policial que vuelve de su misión inútil.

Al hojear hoy los viejos infolios del Registro Civil de Resistencia, se encuentra un acta que dice así: "...compareció don Federico Jeanrenaud, de treinta y un años, suizo, domiciliado en el paraje La Palometa, y declaró: que el día 13 del corriente a las cinco de la tarde, en el expresado domicilio falleció Doña Alice Lasaige de una herida de lanza; ...que era francesa, de cincuenta y ocho años de edad, viuda, domiciliada en la casa que falleció". Esta lacónica constancia es el punto final de una vida extraordinaria. Simultáneamente, allí nació la otra imagen de Alice, resucitada por su martirio.

IN MEMORIAN

Al año siguiente de la tragedia, Rolando Le Saige vendió la estancia Santa Ana. Se trasladó a Córdoba, y en 1913 regresó a su patria. Sirvió en los ejércitos de Francia durante la primera guerra mundial. Falleció hace algunos años, ya octogenario.

En el paraje La Condesa, el tiempo y las borrascas del trópico devastaron más que el incendio de 1899. Nadie volvió a habitar la envejecida construcción. Finalmente, un nuevo propietario desmanteló los vestigios para utilizar la madera en un galpón.

Manuel Meza, prolijo investigador de la historia chaqueña y a cuya gentileza se debe la información principal de estas páginas, tuvo cuando niño la oportunidad de visitar aquel lugar, viviendo allí las impresiones que escribió tiempo después:

"Habíamos caminado cerca de un kilómetro cuando observamos una casa de dos plantas invadida por la maraña y cuyas paredes eran de madera dura, labrada a hacha. Con mezcla de temor y curiosidad penetramos en la misma. Vimos una escalera que terminaba en la planta alta, donde aún se conservaban dos habitaciones.

"No obstante el estado de abandono, se percibía que allí habían morado gentes de otras costumbres y de otros países.

"Una arboleda de paraísos circundaba la edificación y dos hileras costeaban un camino que, partiendo del patio, conducía hasta cerca de la ruta de Resistencia a Basail. En el patio, a tres metros del pozo de balde, había un palo de quebracho enclavado en el suelo; otro transversal formaba una cruz tosca. Al pie del símbolo, un cerco de pequeños postes demarcaba una tumba. Ninguna inscripción indicaba el nombre de quién allí estaba sepultado.

"A pocos metros un rosal, en el ansia de subsistir, asomaba entre la maraña un gajo con una flor. Una pareja de horneros había construido en uno de los extremos de un alero de la casa, su hermosa alcoba. Al vernos, las dos aves cantaron, como si creyesen que los moradores idos, estaban de regreso." ◆



El único vestigio: la tumba del capataz Simón Gómez, sepultado en el mismo sitio donde murió defendiendo la estancia con sus peones.





EL DESVAN

(Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia)

CURIOSOS TRABAJOS DE LOS NEGROS: LA "NEGRITA DEL COSCORRON"

Es sabido ya que en el Río de la Plata los negros recibieron un tratamiento más humano que en otras regiones de América. Sin embargo, Ricardo de Lafuente Machain aclara que "siempre fueron considerados como mercancía, y hasta los Obispos los miraron como piezas de comercio. Los esclavos apenas ocupaban un grado algo más elevado que los animales domésticos, con los cuales figuraban en inventarios y tasaciones". El mismo autor anota: "Dentro de las casas tenían algunas franquicias que a veces eran justa recompensa de sus buenos sentimientos... Los esclavos ocuparon cargos de confianza y se criaban cerca de sus amos, adquiriendo modales desconocidos entre los de afuera... Desempeñaban empleos variados. Ciertos negrillos, durante sus primeros años, distraían a sus amas y eran algo así como lo que por la misma época eran en Europa los monos y los loros de las grandes damas de la Corte de Francia. Servían, además, para calmar los "vapores", proporcionando un derivativo para sus nervios. Muchas señoras tenían la "negrita del coscorrón", o el negrito que, al raparle la cabeza le dejaban un mechón largo especialmente destinado para los tironeos. No era raro hacerse servir el mate de rodillas, ni que el ama llamara junto a sí a una esclava para darle un pellizco, en función de reprimenda.

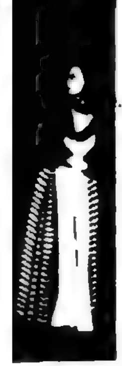
También por su misma calidad de criados íntimos, llenaban comisiones *sui géneris,* como la de sostener encendidas las brasas de los copones de bronce que hacían las veces de las desconocidas chimeneas. Ello requería habilidad para lucirse. La emulación aguzó la inventiva y algunas esclavas llegaron a sobresalir soplando a dos carrillos por entre las manos a la vez que emitían notas suaves, especie de canto".

VAYA Y FIJESE...

En el mausoleo del general Belgrano, que se halla en el atrio de la iglesia de Santo Domingo, el escultor italiano que realizó la obra incurrió en un error que fácilmente puede comprobarse; los soldados de uno de los frisos —que se suponen gauchos— están líricamente vestidos con una especie de túnica o peplo griego; pero lo peor es que revolean las boleadoras teniéndolas en la mano de modo tal que es lo más seguro que a breve término se boleen solos, enredados como chapetones en las sogas...

Algunas estatuas nuestras son un tanto ambulatorias. La de Cornelio Saavedra estuvo durante mucho tiempo en su clásico emplazamiento del cruce de Córdoba y Callao, de donde fue trasladada a Primera Junta. Pero posteriormente volvió a su original emplazamiento, donde ahora se encuentra.

La estatua de Belgrano, frente a la Casa Rosada, también ha sufrido los avatares de la política. Hace no muchos años, la bomba de una revolución le deterioró la suntuosa reja que la rodeaba. Se optó, poco después, por sacar la reja y sustituirla con unas planchas de afeitado césped. Ahora se le ha hecho una especie de plataforma de mármol, en declive, a baja altura.






DE CLIO

por
LEON BENAROS



¿Existió alguna vez en Buenos Aires el oficio de espantador de perros? Sí, y nada menos que con respecto a la Catedral. Los irrespetuosos perros vagabundos, que entonces merodeaban bastante más que ahora, no hacían distingos para sus incursiones y andanzas. Tanto les daba un baldío como un templo. Para hacerles recordar sus deberes de canes respetuosos, tuvo la Catedral de Buenos Aires su "espantador de perros" oficial. Vicente G. Quesada —que con el seudónimo de Víctor Gálvez publicó sus sabrosas "Memorias de un viejo"— recuerda al protagonista de ese insólito oficio, en Buenos Aires, allá por la época de Rosas. "En el elevado muro de la Iglesia Catedral, sobre la calle de San Martín —dice nuestro cronista— se hallaba una pequeña puerta, reservada para los canónigos. Entrando por esa misma puerta, del lado derecho, se hallaban los cuartos del sacristán, que ejercía a la vez las funciones de perrero de la iglesia. Cuando ejercía su papel de espantador de perros, vestía capote de paño, colorado, con esclavina y cuello pequeño del mismo género y color; llevaba su látigo oculto, y los perros desventurados que se hubiesen metido en el templo, cualquiera que fuese el tamaño, la raza y el color, eran echados a latigazos. Aquellos parecían conocerle por el color del capote, y verlo correr por aquellas naves era verdaderamente curioso: el perseguido buscaba una salida para echarse fuera.

De manera que era portero privado de los canónigos y perrero de la iglesia. Desempeñaba tales funciones un mulatillo delgado y ágil, perfectamente afeitado siempre.

Pues bien, este prójimo perseguidor por oficio de todos los perros que se metiesen a la iglesia, consagrado así al papel de espantar a los animales de cuatro patas, tenía la manía de rodearse de bípedos, que hacía entrar a su cuarto, donde se sentaban en sillas de vaqueta, delante de un gran nicho de jacarandá que guardaba la imagen de San Luis Gonzaga, de cuyo santo era devotísimo. Este cuarto era así el centro de reunión de los estudiantes y mozuelos de aquel tiempo, a los cuales el sacristán obsequiaba con mate, que no cesaba mientras tuviese concurrencia. El hacía el papel de sirivente, calentaba el agua, cebaba el mate y lo servía, costeando por añadidura la yerba mate y el azúcar, es decir ponía capital y servicio. No tomaba jamás parte en las conversaciones, guardaba la actitud sumisa de un sirviente, y nadie diría que era el dueño de casa y los otros las visitas. Los papeles estaban invertidos; las visitas mandaban, y el dueño de casa servía con afabilidad melosa; nunca mostró mal talante, ni se atrevió a hacer la mínima observación. Hablaba en voz baja cuando respondía a alguna orden, reducida a observaciones sobre el mate, o a la urgencia de comprar cigarrillos negros, para todo lo cual estuvo siempre listo. Era bueno e inofensivo; oía y callaba".

SITIOS Y CUARTOS

¿Qué es un sitio? ¿Qué es un cuarto? Cuando se habla de los negros de antaño, frecuentemente se los describe en sus sitios, en los que resuenan los tambores de sus candombes. No hace tanto se hablaba de los cuartos de Palermo, en los que se hizo famosa, cuando el tango nacía, la popular "china Dominga". Una nota de Vicente G. Quesada aclara, en uno de sus artículos sobre "La raza africana en Buenos Aires", el punto que se trata de esclarecer. "Sitio —expresa Quesada— llamábase a una extensión de tierra de 17 ½ varas de frente por 75 varas de fondo, o en otros términos cuartos de tierra, que era la manera como se designaba la misma extensión. En aquellos tiempos el Barrio de los Tambores hacía parte de las quintas con cercos de tunas y pitas, pero los negros ponían en el frente de la calle una pared y una puerta para impedir ser incomodados en sus ceremonias y fiestas. Esa pared algunas veces dividía las propiedades linderas, pero en esta parte eran menos exigentes... Cuidaban poco de escriturar en forma la propiedad, y han ocasionado muchos pleitos con el valor creciente de la tierra. Las sociedades no estaban constituídas como personas jurídicas y todo esto ha sido un caos, perjudicial para los socios y sus descendientes".

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA

El 27 de enero de 1923, el anarquista alemán Kurt Wilckens mata en la esquina de Fitz Roy y Santa Fe al teniente coronel Varela. Wilckens declara al ser detenido que ha cometido el atentado para vengar a sus compañeros de ideas, fusilados en la Patagonia. La muerte de Varela conmueve a la opinión pública y actualiza la discusión sobre lo ocurrido en el lejano sur: según la parte oficial, Varela impuso orden quebrando la huelga de peones rurales y sólo había que lamentar la muerte de algunos dirigentes obreros; según la prensa opositora, los gremios de trabajadores y otros testimonios, el jefe militar había reducido a sangre y fuego las columnas de peones alzados y fusilado a alrededor de 1.500 de ellos.

En el verano de 1920, la Patagonia afronta un grave problema económico: la lana ha caído estrepitosamente en el mercado internacional. Eso trae una secuela de falta de dinero y desocupación. La Federación Obrera Regional de Río Gallegos declara la huelga que se propaga con asombrosa celeridad a todo el territorio de la gobernación. El presidente Yrigoyen envía a uno de los militares de su confianza: el teniente coronel Varela, radical hasta la médula. Varela con su regimiento de caballería logra una solución honorable sin disparar un tiro. Se firma un convenio entre patronos y obreros.

Al año siguiente, fines de 1921, vuelve a repetirse el levantamiento de los peones rurales. Señalan que los patronos no han cumplido con lo convenido. Estos, en cambio, solicitan el envío de tropas porque según ellos se trata de una subversión organizada desde el extranjero. Nuevamente Yrigoyen enviará a Varela cuyo proceder es distinto: implanta la ley marcial y derrota y persigue con toda energía a los obreros. La verdad de lo que ocurrió y el grado de responsabilidad de sus protagonistas tratamos de dilucidarlo en esta segunda y última parte.



TRAGICA

por Osvaldo

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

CAPITULO III

¿QUIEN ES EL RESPONSABLE?

Las aciones principales habían terminado. Pero continuaron las operaciones de "limpieza". Y fue casualmente una de estas operaciones menores la que provocó la intervención de los diputados socialistas en el Congreso Nacional. Es que en la acción de Mata Tapera cae muerto —en combate o fusilado— el dirigente socialista Albino Argüelles. Era el único dirigente obrero socialista que intervino en la huelga patagónica. Su muerte tuvo pronto eco en "La Vanguardia" que de ahí en más comenzó a preocuparse por lo que estaba ocurriendo en el sur.

Todo se inicia cuando el 24 de diciembre se recibe en el ministerio de Guerra un despacho telegráfico por el capitán Anaya, segundo jefe del 10 de Caballería fechado en San Julián. Decía así: "El 17 logré caer sobre los campamentos de un grupo de revoltosos en número de 250 hombres en el campo de Mata Tapera a 300 km. al Nordeste de San Julián. Estos operaban aisladamente sobre el sector Deseado-San Julián protegidos por pedreros y serranías. Los revoltosos se resistieron resultando muerto en la refriega el famoso cabecilla Argüelles, paraguayo, alias "Tres Dedos" y 18 más; algunos heridos y 193 prisioneros, 2.000 caballos, 140 mulas, provisiones, 65 armas largas y 61 revólveres".

"La Vanguardia" publicará en tapa pocos días después el retrato de Albino Argüelles. Dirá que fue apaleado primero y fusilado después por los soldados al mando del capitán Anaya en el campamento obrero a 2 leguas de San Julián. En su biografía señalará que Argüelles no es paraguayo sino de Nueva Pompeya, en la Capital, donde nació el 5 de febrero de 1896. "Hallándose sin trabajo salió de la Capital para Santa Cruz donde se internó para ejercer su oficio de herrero. Seis meses antes de ser asesinado por el Ejército Nacional llegó a San Julián. Era afiliado al Partido Socialista desde el 25-V-19".

Luego describirá la acción de Mata Tapera de la siguiente manera: "Un soldado destacado del grueso de la tropa y a gran distancia de ella se precipitó al galope sobre el campamento. Uno de los obreros disparó contra el caballo, hiriéndolo. El soldado retrocedió y unos segundos después la tropa enfiló las dos ametralladoras contra el campamento y disparó más de 500 tiros. Los obreros no respondieron. Procuraron guarecerse de la lluvia de balas echándose en unas zanjas excavadas para cimientos de un edificio. Los obreros se rindieron y fueron formados en filas. De allí fueron sacados Argüelles y el paraguayo Jara, los dos líderes del sector San Julián. Argüelles fue apaleado primero por el sargento Espíndola y luego fusilado. A los demás se los llevó a la estancia San José, propiedad de Menéndez e Iriarte. Allí los encerraron en un corralón. Al español Martense, sindicado como cabecilla, se lo estaqueó con una piedra de punta en la nuca. Lo tuvieron así hasta la noche. El viento lo había cubierto de tierra. A medianoche lo fusilaron. Fueron fusilados también Alfredo Vázquez, argentino, Francisco Depan, argentino; Alba, argentino; Latif, turco; Estanislao, ruso, etc".

El diario "La Montaña", liberal de izquierda, de buen tiraje en Buenos Aires, se hará eco también y publicará un editorial titulado con evidente sorna: "Los terribles bandoleros de Santa Cruz". Dice así: "Parece que el capitán Anaya y una pequeña comisión de soldados a sus órdenes se han cubierto de gloria en un lugar de la Patagonia llamado Tres Taperas, llevado contra 'fuertes contingentes de bandoleros' a las órdenes de un caudillo llamado 'Tres dedos'. El 'recio combate' pasará a la historia de nuestras hazañas guerreras. Y la hazaña es tanto más digna de señalarse cuanto que, aun tratándose de enemigos tan feroces y bien armados como los terribles bandoleros estos han tenido 19 muertos y han dejado en poder de los soldados legales 193 prisioneros. No hubo, en cambio, ninguna baja entre los vencedores. El enemigo se retiró y el pequeño número de soldados que venció en Tres Taperas lo persigue. Esperamos otro recio combate para muy en breve, el cual tendrá iguales características que el de ayer: muchas bajas de los revoltosos, muchos prisioneros, abundante botín de armas largas,



etc., etc., ¡Si serán flojos estos bandoleros patagónicos! Duro con ellos y mucho cuidado en no confundir bandoleros con huelguistas. Los estancieros, encantados. Parece que ya no pedirán más tropas".

Los anarquistas, por su parte, acusarán directamente a Anaya: "En la zona de San Julián operó entusiastamente el chacal que sin duda ha dado mayor muestra de sanguinarismo —por más que no le van en zaga Viñas Ibarra, el capitán Campos y el teniente primero Schweizer—, el capitán Anaya. Tocole en suerte someter a un grupo de 70 y tantos obreros. Rendidos, desarmados y puestos en filas antepuestas frente al contingente de tropas, dio esta orden:

—¡Cabecillas, al frente!

Nadie dio un paso; y dirigiéndose a sus soldados:

—¡A ver, diez argentinos al frente!

Salen todos.

—¡Preparen, apunten, fuego!

Se desploman 10 ó 12 compañeros.

—¡Cabecillas, al frente!

Igual quietud.

—¡Soldados argentinos, preparen, apunten, fuego!

Nueva masacre. Así fueron fusilados todos".

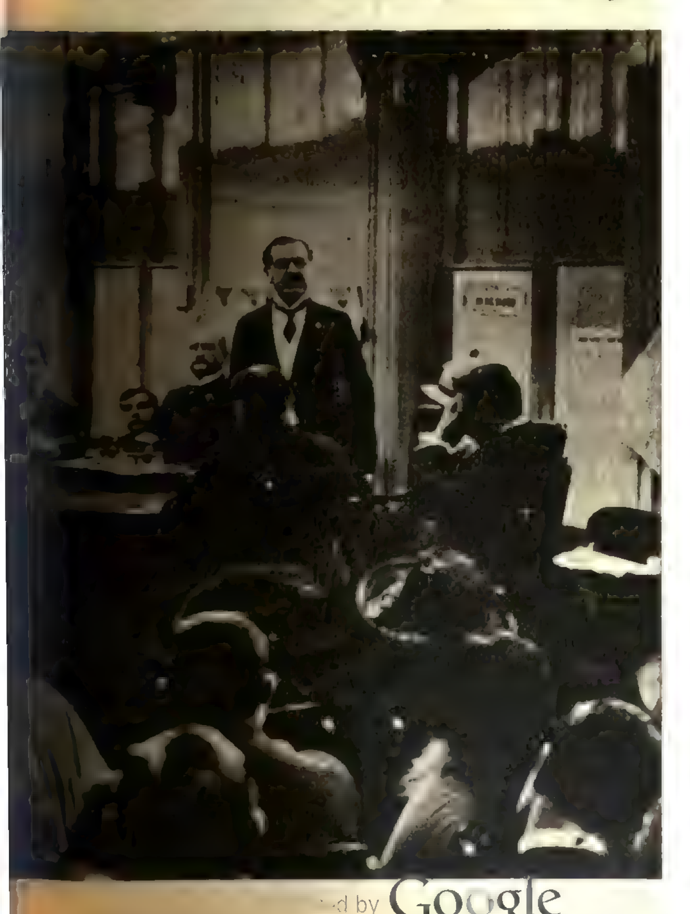
Viñas Ibarra y Anaya tuvieron a su cargo una ardua tarea: la de someter a todos los grupos aislados, desprendidos de las desechas columnas de Outerello, Soto y "Facón Grande". En su escrito, Anaya da otro detalle importante sobre la campaña: los cómplices de los huelguistas. Dice: "Se habían hecho acreedores a sanciones ejemplarizadoras pobladores que comerciaban en el interior y algunos propietarios de establecimientos rurales complicados con los revoltosos que sirvieron a estos mientras simulaban estar colaborando con el ejército. Procedían así movidos por la esperanza de dejar saldadas sin pagar sus deudas una vez triunfante el movimiento. Su precio era la destrucción de los documentos. Esta inconducta fue la que más de una ocasión frustró la oportunidad de haber caído por sorpresa en los campamentos y haberlos sometidos sin mayor derramamiento de sangre. Reflexión un tanto análoga sugirió la conducta de los carabineros chilenos y aún mismo la de algún destacamento militar de aquel país que, comprometido a cerrar sus fronteras como ellos saben hacerlo, hizo la vista gorda durante la presencia de compatriotas delincuentes faltando así al compromiso contraído y dando fundamento a que se sospechara su complicidad".

Los estancieros que recibieron "sanciones ejemplarizadoras" fueron Daniel Ramírez y Antonio López, ambos españoles. El primero servía de espía a los revolucionarios y el segundo de voluntario "saqueando y asaltando estancias". Por otra parte, Alfredo Núñez, administrador de la estancia Pailafón y Cía. fue sorprendido mientras hacía señales a los revoltosos.

La "excursión" —así la denomina el diario "La Prensa— del capitán Anaya duró desde el 26 de diciembre hasta el 13 de enero de 1922. Llevaba 4 oficiales, 63 hombres de tropa y una sección de ametralladoras. Anaya en su misión recorrió 425 leguas a caballo, en automóvil y a pie. Deshizo los grupos huelguistas en Osamenta, La Alianza, Tapera de Casterán, Vega del Zaino, Tres Carros y Estancia Martinovich. Señala "La Prensa" que en estas acciones "los cabecillas de los revoltosos fueron los más temerarios por lo que la mayoría de ellos fueron muertos en los choques. Además del ya mencionado Argüelles, perecieron Alfredo del Giúdice, Juárez, Prieto y el uruguayo Fraco, a quien se sindicaba como matador del estanciero Flaquer".

Los obreros, perdidas las esperanzas puestas en el ejército ausente el gobernador Izza, dirigen ahora sus miradas al juez letrado doctor Viñas. Los anarquistas denuncian en "La Antorcha" que "a fines de diciembre de 1921, días antes de la llegada del gobernador y estando ausente Varela de Gallegos, el capitán Viñas Ibarra quiso sacar de la cárcel a 23 detenidos por cuestiones obreras. El juez Viñas "se negó diciéndole que como juez y como hombre no podía consentir tamaña monstruosidad. Viñas Ibarra, fuera de sí, quiso imponérsele diciendo que allí en Gallegos no había más juez ni más ley que él y que el juez Viñas, como juez, era un inservible y como hombre, una mierda. Y se produjo entre ellos un fuerte altercado del que resultó el doctor Viñas con la cabeza rota (inmediatamente se embarcó para Buenos Aires) y Viñas Ibarra con un balazo en una pierna. Pero los 23 condenados no fueron ejecutados".

Diez años después, Viñas y Viñas Ibarra actua-



Manuel Carlés en una típica asamblea "para obreros" de la Liga Patriótica Argentina: aquí en 1923 explica las razones azules y blancas que obligaron a la represión contra los chilotes de la Patagonia.

rán juntos en el movimiento yrigoyenista contra Justo.

Lo que el ejército creyó necesario hacer para resolver la crisis de Santa Cruz fue tomado como cosa supuesta por la policía territorial. En los puertos santacruceños se procedió a la caza del obrero. Hubo hechos feroces denunciados por la misma prensa territorial y de Buenos Aires. Por ejemplo los crímenes del comisario Sotuyo de Puerto Santa Cruz. Este toma preso a todo el que tiene aspecto de obrero, los hace apalear, les hace arreglar las calles de la ciudad y luego los mete en calabozo. Cuando se le rebelan los hace asesinar. Así ocurre con dos miembros de la Federación Obrera local, un albañil ruso de nombre Miguel Kerenko y otro, español, de apellido Islas. Sus cadáveres son arrojados a la playa. Sotuyo llama al médico del "Almirante Brown" para que certifique la defunción como "muerte natural", pero el médico se niega y denuncia al comandante de la nave que esos dos hombres han sido asesinados. Mientras tanto, Sotuyo mete preso a un comerciante español de Paso Ibáñez, de apellido Oroz, lo acusa de colaborar con los huelguistas y le exige 30.000 pesos para dejarlo en libertad. Oroz paga y Sotuyo lo deja ir luego de haberlo tenido una semana en el calabozo. Pero Oroz va a verlo al comandante Varela y le denuncia el hecho. Varela se indigna y ordena la detención de Sotuyo y su traslado a Río Gallegos, para "pegarle cuatro tiros en la plaza pública". Pero ya ha interevnido el juez Eduardo A. Ortíz —reemplazante de Viñas, y que luego será ejemplar juez nacional del crimen— quien investiga el hecho. Sotuyo es llevado a Gallegos e internado con custodia en la sala de primeros auxilios.

Mientras tanto, la esposa de Sotuyo ha recurrido a un abogado de Puerto Santa Cruz quien, para defender a su marido le ha exigido el pago previo de treinta mil pesos, que la pobre mujer entrega. Se dirige a Río Gallegos para llevar ropa y comida a su marido quien se entera que su mujer ha entregado los treinta mil pesos obtenido de Oroz al abogado. Con toda premeditación le dice a la mujer que trate de pasar por la guardia un revólver porque tiene la intención de huir. La mujer cumple lo que le dice y le entrega el revólver que ha logrado pasar escondido entre sus ropas. Sotuyo, apenas en posesión del arma apunta a su mujer y le pega un tiro en el corazón. El comisario dirá después que la mató porque ésta lo había traicionado al entregar su dinero al abogado. Esto dice de por sí la catadura moral de este forajido que estaba al frente de una comisaría. Sotuyo será trasladado después a Chubut para ser juzgado por el juez federal pero al llegar a Deseado logra zafarse de sus guardias y se arroja desde el buque al mar. Nunca más se supo nada de él.

Un tema del Far West. Aprovechado por el padre de Raul Entraigas para uno de sus relatos de "Perfiles Patagónicos".

Cuando Varela copa el norte de Santa Cruz y somete a sangre y fuego a las huestes de "Facón Grande" se produce un entredicho con la marina. Dos días despues del fusilamiento de ese dirigente obrero y de sus ayudantes llega el capitán de fragata Julio Ayala Torales con fuerzas de artillería de costas a defender la línea Deseado-colonia Las Heras. Julio Ayala Torales es un oficial muy apreciado, de constante buen humor y reconocido como un verdadero caballero en la marina. Es también un yrigoyenista de pura cepa y tal vez por eso le han ordenado que se vaya al sur para ver qué es lo que sucede. Pero cuando llega Ayala Torales, todo está consumado. Tiene una conversación telefónica con el comandante Varela que termina en forma borrascosa. El capitán Ayala Torales no está de acuerdo con los procedimientos del Ejército ni con los fusilamientos de chilotes. Lo dirá después en un informe que pasa a Marina donde dice que los verdaderos bandoleros eran los jueces de paz y los comisarios. Y ordena la detención y procesamiento de varios de ellos.

Ayala Torales tiene que intervenir en una denuncia de violación de la hija de 14 años de un estanciero de esa zona. Ordena el fusilamiento del acusado pero informará después que el preso logró escaparse. Pero a Varela no se le escapa e informará que logró apresar al paisano —un chilote— quien fue muerto "mientras huía". Se produce entonces un distanciamiento entre Marina y Ejército. Los marinos dirán que la violencia de Varela fue innecesaria, y el ejército hablará con sorna de la blandura de los marinos.

Varela, sea como fuere, ha pacificado Santa Cruz ya a fines de diciembre de 1921. Continúan persiguiéndose a grupos aislados, pero se puede decir que la huelga ha terminado. La esquila ha comenzado en la zona costera y también en algunas estancias cordilleranas. Los peones que se han puesto a trabajar no tienen ya nada que temer. "La Antorcha" acusará a Viñas Ibarra de cazar y fusilar sin más trámite a los chilenos que encuentra en los caminos y que no tienen certificado de conchabo. Las cosas están así cuando regresa recién el gobernador Izza, desde Buenos Aires. Viene en "El Argentino" con una compañía de gendarmería para cuidar el territorio. Pero —al igual que el escuadrón de enganchados que viajó con Anaya— era un cuerpo que carecía de toda preparación y disciplina. Estaba integrado por muchachones de extramuros y gente de los suburbios poco afectos al trabajo. Eran los postulantes de comité, para los que ya el gobierno no tenía más vacantes. De repente se abrió este filón para los caudillejos del comité. Entonces se le decía a los postulantes: "¿Querés ser gendarme en la Patagonia? ¡Te lo vas a pasar macanudo, che! Vida de rey en las estancias y allá hay mucha plata, ¿sabés?".

Y muchos agarraban viaje. Y así se formaron los escuadrones con gente pedigüeña, cuchillera y malandra. Durante el viaje Izza bajaba a conversar con ellos. Les hablaba en idioma radical y los tenía más o menos contentos. Pero el constante mareo, el aburrimiento y el alcohol empezó a soliviantar a toda esa gente uniformada como cocoliches. Y al llegar a Puerto Madryn se arma la gran gresca. Se originó cuando un suboficial le pegó una trompada a un gendarme borracho. Allí hubo de todo, registrándose ocho heridos de consideración y el propio Izza tuvo que ponerse en el medio para terminar con la

pelea. Luego, se les dio permiso de bajar a Puerto Madryn. Allí empezaron a recorrer el pueblo al grito de ¡queremos mujeres! Cuando quiso intervenir la policía se originó un recio tiroteo resultando muerto el cabo de policía Carlos Texo y herido de gravedad en ambas piernas el vecino Wootley.

Durante el viaje a Gallegos ocurre un episodio tragicómico del que dice escandalizado "El Orden" de Deseado: "Los gendarmes han promovido tales desórdenes que no fueron capaces ni el capitán del barco ni los oficiales de los gendarmes de reprimirlos y sólo ante la amenaza de hacer fuego revólver en mano por un teniente del ejército que viajaba en ese barco pudo ser desarmado uno de los gendarmes que blandiendo un facón más grande que el del cabecilla de los bandoleros Font, con él, que ya había herido a varios de sus compañeros corrió por el barco a los pasajeros entre los que había un eclesiástico y mujeres atemorizados todos ante la bestia humana que desafiaba e injuriaba con soeces insultos. ¿Cómo no han de recibirse con temores esos hombres pendencieros que no respetan a pobres mujeres a bordo de un barco lleno de autoridades? ¿De qué manera no serán capaces una vez en tierra y a su albedrío? Ante tales actos no pueden menos que abrigarse justas desconfianzas y lo que debería llegarnos como auxilio se mira ya como un castigo. Hemos tenido algo parecido en la llamada policía fronteriza y de esta quedaron recuerdos imperecederos idénticos a los de los bandoleros en cuanto a la forma y acaso peores en el fondo porque esa policía, a cambio de unos miles de pesos hacían pedazos alambrados, arriaban hacienda y desalojaban pobladores con familias enteras sin intervención de la dirección de Tierras hasta que ésta, obligada por sus desmanes tuvo que establecer aquí la oficina actual. Pero cuando ya el jefe de esas fuerzas había hecho su fortuna a puras exacciones y donde pescaron a su sombra otros satélites que empleaba. Es ante todos estos hechos que se clama por la permanencia del ejército entre nosotros seguros de que si éste se ausenta el país del poblador patagónico no ha terminado y que a un peligro se agregará otro más".

El enviado especial de "La Nación" informaba por su parte que "la gendarmería montada ha sido formada por el resabio de inútiles, haraganes y beodos. Los gendarmes en posesión de su cargo no han cesado de distraer la atención: diez de ellos asaltaron la casa de una pobre mujer indefensa que habitaba en el paraje Cañadón Quemado. En las estancias donde fueron destacados varios pelotones de gendarmes no han sido menos perjudiciales sus intervenciones. El día que



El comandante Varela (sentado a la esquina de la mesa) en la ceremonia en que recibió la condecoración de la Liga Patriótica. A la izquierda se ve a Carlés. En el medio (con moñito) Josué Quesada.

salí de Río Gallegos un fuerte hacendado, el señor Lessener, se presentó al jefe de policía rogándole que retirara de su establecimiento los soldados de la gendarmería por cuanto al amparo del uniforme cometían toda clase de hechos delictuosos. Los pobladores claman por el retiro inmediato de estos gendarmes. De otra manera, según me afirman estancieros e industriales tendremos aquí bandoleros uniformados con buenas armas, caballos y sueldos pagados por el gobierno".

Varela, finalizada su campaña, pide al ministerio de Guerra que le permita regresar. Más, pide licencia por enfermedad. Tiene una otitis que le causa muchas molestias. Enterada la Sociedad Rural de Gallegos y los hacendados y gente de fortuna le solicitan que se quede. Llueven telegramas a Buenos Aires solicitando que se nombre gobernador a Varela y se destituye a Izza.

Las cosas han cambiado. Los mismos que habían acusado a Varela de debilidad en su primera campaña son los que ahora alaban su proceder sin contemplaciones. "Durísimo ha sido el castigo —dice "La Nación"— que las fuerzas nacionales en cumplimiento de una misión superior de orden público infligieron a los autores por sus violencias y sus crímenes". Y por eso solicitan un gobierno militar. Saben que en cuanto se vaya Varela puede sobrevenir otra vez el caos con ese gobernador, la policía y ahora la gendarmería montada. Porque peones ya no cuentan: los pobres han recibido tal escarmiento que no levantarán cabeza más...

Pero Varela comunica una y otra vez al ministro de Guerra que las tropas ya nada tienen que hacer allí. Se ordena el regreso de Varela pero se mantiene en el territorio a Anaya y a Campos con cerca de 200 hombres.

Mientras tanto ha llegado a la Patagonia nada menos que el Dr. Manuel Carlés, presidente de la Liga Patriótica Argentina quien quiere pasar revista personalmente a las brigadas del sur. Carlés es recibido en todos los puertos por lo más granado de Deseado, San Julián y Gallegos. Trae las pruebas de que el movimiento obrero del sur ha sido una confabulación anarquista y maximalista cuyas directivas deben buscarse en el exterior. Señala que todo fue planeado por los organismos internacionales terorristas y llevaba como fin destruir la religión, quitar la Patagonia a la Argentina e instalar la dictadura del proletariado marchando desde el sur hacia Buenos Aires. Además no tiene empacho en decir que el culpable de todo este estado de cosas es el gobierno radical de Yrigoyen.



Así era Río Gallegos en 1922; el valor de esta foto es precisamente la de ser de la época en que se desarrollaron los trágicos episodios que dieron fin a la huelga de peones rurales.

El corresponsal en Gallegos de "La Prensa" escribe un despacho fechado el 9 de enero: "Se llevó a cabo la conferencia del Dr. Carlés ante numerosa concurrencia compuesta por las autoridades de la brigada, el comercio, obreros y vecindario respetable de la localidad. Desde el principio, el Dr. Carlés cautivó al auditorio por la oratoria clara, convincente y lo sensacional de sus declaraciones después de explicar los antecedentes y el origen de la Liga y la organización del trabajo libre, indispensable en la Patagonia. Explicó los últimos acontecimientos como efecto de negligencia por parte de los poderes públicos en la solución del problema patagónico. El Dr. Carlés organizó la celebración de un congreso titulado del Buen Sentido entre el vecindario de Río Gallegos y compuesto de estancieros, comerciantes, trabajadores, la brigada y funcionarios de la Patagonia".

"La Vanguardia" ataca duramente a Carlés y lo acusa de estar en connivencia con Yrigoyen. Lo llama "pintoresco charlatán" y le dice: "Posesionado de su papel de salvador del país ya que no del universo entero el antiguo abogado de los taberneros se siente con aliento para grandes cosas y puesto que no ha nacido aun el historiador que ha de legar a la posteridad sus maravillosas hazañas, se adapta modestamente a la humilde tarea de escribir su propia apología en un estilo que se va pareciendo cada vez más al de su compinche Yrigoyen".

Pero Carlés no se inmuta. Visita a los peones hacinados en la bodega del "Asturiano" que son trasladados de San Julián a Río Gallegos para ser juzgados. Allí huele muy mal en medio de esa masa triste y miedosa. Pero Carlés los arenga y poco después declarará ante arrobadas damas y contentos estancieros que el 90 por ciento de los peones le acaban de solicitar poder entrar en la Liga Patriótica para integrar sus brigadas. Además Carlés anuncia que se hará una colecta popular en todo el país para hacer un monumento al Ejército Nacional en Cañadón Quemado en honor de Varela y sus hombres y que está seguro que el principal aporte lo harán los obreros argentinos.

Cuando el "Asturiano" va entrando al puerto de Buenos Aires, Varela presiente que todo lo que le ha prevenido Izza en Río Gallegos es verdad. Le ha dicho con grandes rodeos que su drástica acción en Santa Cruz ha caido mal en los círculos partidarios, en la población en general y para qué decirlo, en la clase trabajadora.

El puerto es un testimonio de que esos rumores son ciertos. No hay nadie. Absolutamente nadie del gobierno ni del ministerio de Guerra. Llegan los hombres que fueron a dar la cara a la Patagonia y no los espera ni un perro. Solamente está formando un cordón invulnerable detrás de los galpones la muchachada de la Liga Patriótica. Carlés le ha dicho a Varela que vaya tranquilo, y ha cumplido. Los anarquistas han dicho que a la llegada de Varela no quedará ninguno con vida. Y allí están los muchachos de Carlés dispuestos a jugarse la vida por los soldados argentinos y su comandante. Los diarios anarquistas han estado publicando diariamente la Lista Negra. Los hombres protagonistas de la represión van a ser iremisibleemnte ejecutados. Primero, Varela; segundo, Anaya; tercero, Viñas Ibárra; cuarto, Campos; quinto, Schweizer. Ya ni los llaman por apellido: Varela es el asesino, ladrón, criminal; Anaya es el chacal y Viñas Ibarra, la hiena.

¡Qué distinto ha sido la llegada a Buenos Aires comparada con la despedida de Gallegos! Allá los poderosos le palmeaban la espalda y le llamaban ya "coronel", lo ascendían de antemano. Le quisieron hacer mil regalos —que él rechazó de plano— le ofrecieron hacer reuniones en su honor, a las que él no concurrió. Y más de uno supo que la organización ganadera y comercial más grande de la Patagonia lo quiso "adorpar" con un cheque "para su familia" que le hubiera alcanzado para un buen pasar. Pero ese militar se ponía rojo de indignación y tenía que contenerse para no sacarlos a todos a salto rana y cuerpo a tierra... Lo de "coronel" en cambio le hubiera gustado porque él creía que sinceramente se lo había ganado. Había ido con cuatro soldaditos y había pacificado la Patagonia. ¿O acaso iban a ascender a los que calentaban las sillas detrás de los escritorios haciéndose lustrar los zapatos por los conscriptos y llenando papeletas?

Pero la verdad estaba allí, en el puerto. No había nadie representando a su querido presidente, como hubiera correspondido. Porque él había cumplido con lo que le dijera don Hipólito: "vaya, teniente coronel y cumpla con su deber". No, los únicos que estaban eran precisamente los hijos de la sociedad, los hijos de las cuarenta familias que odiaban a la chusma radical. Y esos, precisamente, habían venido a ofrendar sus vidas para defender a un oficial radical. Varela no sabe lamentarse pero sí sabe tragar saliva. Va a ir al ministerio de Guerra y va a pedir una audiencia al ministro Moreno. Allí en el ministerio lo acosan los periodistas. En la mirada de los cronistas advierte que hay el mismo destello de curiosidad que en mucha gente que se da veulta para mirarlo: ("¡Ese es Varela, el de los fusilamientos en la Patagonia!"). Cuando el ministro no lo recibe y lo hace atender por el jefe de la secretaría, coronel Alfonso, Varela se da cuenta que está quemado. Que hay una confabulación contra él. Varela insiste ante Alfonso que quiere ver personalmente al ministro de Guerra para entregarle su informe. Después de muchas vueltas, Alfonso le dice que vuelva al día siguiente.

Allí está Varela, firme al otro día. No se va a mover hasta que no lo reciba el ministro. Después de una moderada amansadora, Moreno recibe a Varela y lo escucha en silencio. Várela habla de la valentía de sus oficiales y sus soldados. Moreno le contesta que va a estudiar el informe. El comandante le pide la venia al ministro para solicitar una entrevista con Yrigoyen. Quiere verlo para decirle que ha cumplido con su deber.

Al salir del ministerio lo esperan los periodistas. Varela comprende que tiene que hablar, que tiene que empezar a defenderse. Y habla. Declara: "ante todo hay que mencionar el comportamiento de las tropas a mis órdenes así como del elemento civil que nos acompañó actuando en forma encomiable y digna del mayor elogio durante todo el tiempo". Y aquí comete el error Varela de sacar un recorte de diario para dar más fuerza a su acerto. Pertenece al "The Magellan Times", de Punta Arenas, que terminaba su crónica de uno de los combates diciendo: **todo habitante de la Patagonia debe descubrirse ante el *regimiento* Nº 10 *de* Caballería argentina y los valientes caballeros que iban con él".** Al

día siguiente más de una publicación contraria el gobierno llamaría agente inglés al teniente coronel Varela.

Continúa la declaración de Varela, que será publicada por los diarios del 26 de enero: "Mi opinión acerca del movimiento producido es concluyente en lo que se refiere a su origen: no se trataba de un hecho aislado sino que correspondía a un amplio plan de alteración del orden en todo el país. Diversas comunicaciones, cartas y demás documentos secuestrados a los revoltosos abonan lo que digo con el agregado de que en general pudo apreciarse una determinada tendencia en contra de cuanto significaba la existencia regular de la Nación dentro de cuyo territorio estaban viviendo los revoltosos, en su mayoría extranjeros. La poca atención que prestarán en el primer momento las autoridades civiles y la carencia de recursos y elementos de parte de éstas permitió iniciar la revuelta en inmejorables condiciones alcanzándose enseguida la sublevación merced al imperio de los desmanes que se cometieron mientras aumentaba su parque de armas, caballos, automóviles y aprovisionamientos requisando por la fuerza cuanto encontraron a su paso y efectuaron una verdadera leva de civiles destinada parte a sus cuadros de combate y el resto a servir de rehenes para las emergencias más difíciles. Una vez conocida la situación de las bandas alzadas dispúsose lo conveniente para iniciar la persecución lo que comenzó poco menos que inmediatamente utilizándose una serie de elementos cedidos por los pobladores de la costa y los propietarios de los establecimientos ganaderos. El desarrollo ulterior de la campaña fue ampliamente difundido por los diarios de la capital y a sus crónicas me remito para no repetir detalles sabidos".

Luego relata el episodio de una niña telegrafista que les indicó en Jaramillo el lugar donde se encontraban los huelguistas y la rendición de los hombres de "Facón Grande". Tiene aquí palabras de elogio para los civiles que lo acompañaron en su acción: los señores Mac Donald, Saller, Carton, Hinch, Oerton, Kirchner, y los "chauffeurs" Bozzo y Argañaraz. "Todo cuanto se diga —sigue diciendo— de la actuación de la tropa será poco. La obra de devolver la tranquilidad al territorio fue dura y costosa pues durante más de cuarenta días se luchó incesantemente. Obras de esta naturaleza no deben ni pueden ser echadas al olvido pues ningún premio es suficiente para pagar el esfuerzo hecho por aquellos conscriptos que exponiendo sus vidas cada instante cruzaron los parajes azotados por los bandoleros mostrando siempre de cuanto es capaz el soldado argentino. Considero que la permanencia de las tropas del ejército debe ser definitiva en aquellos parajes además de poder intensificar la vigilancia en cualquier momento, su instalación en los territorios del sur sería una verdadera obra de progreso y de nacionalización de las regiones australes".

Pasan los días y Varela sigue esperando respuesta a su pedido de audiencia con el presidente de la Nación. Los ataques contra Varela son cada vez más intensos. "Crítica", "La Vanguardia", "La Montaña" y todas las publicaciones anarquistas. Con cada buque que llega de la Patagonia viene alguien que relata hechos que hacen parar los pelos de punta.

La opinión pública empuja. Los socialistas tienden las líneas para su lucha contra Yrigoyen. Ahora tienen un asunto que les viene como anillo al dedo. El 4 de febrero (1922) va a ser la proclamación de la fórmula Repetto-De Tomaso. Hay que restarle al Peludo el apoyo de las clases populares. Tiene que quedar bien al desnudo que no es nada más que un complaciente con las clases poderosas. Por eso, el 1º de febrero estalla la bomba en el Congreso: ese hombre tan inteligente y sagaz que se llama Antonio de Tomaso va a tirar sobre la mesa de deliberaciones un tema que a los radicales les va a costar más de una lágrima y más de un voto.

Con simulado desgano, Antonio de Tomaso pide la palabra. La bancada radical está acostumbrada a escuchar a esos socialistas que saben hablar muy bien pero que no pasan de allí. La voz de de Tomaso empieza con tono muy tenue. Apenas si se oye algo más que las de los otros diputados que conversan entre ellos sin prestar atención. Hasta que la voz pega como un puñetazo en los oídos de la bancada mayoritaria:

—Señores diputados, ha ocurrido en el territorio de Santa Cruz una tragedia horrible. Y sin darles pausa les anuncia que les va a hablar del "bandolerismo en la Patagonia". Y mirando fijamente al jefe de la bancada radical le dice:

—El llamado bandolerismo de la Patagonia ha sido un movimiento gremial, Sres. diputados y esta no es una afirmación sectaria, caprichosa o equivocada. La cámara encontrará la prueba en papeles de carácter oficial. Yo sé que los papeles oficiales no se leen con mucha frecuencia en este país. Sin embargo a veces se encuentran en ellos datos interesantes. Y en este caso, para evitar que se atribuya a nuestro juicio un carácter interesado quiero hacer hablar, respecto de lo lo que viene ocurriendo en la Patagonia desde 1920, al propio gobernador del territorio de Santa Cruz, que ha producido a pedido del Departamento Nacional del Trabajo un informe en el cual se relatan con gran acopio de datos las principales características de la vida y del trabajo en aquella región. Se ve por este informe que la masa laboriosa de aquel territorio, que trabaja en las estancias sufriendo las inclemencias de en un aislamiento casi absoluto del mundo y aquel clima sin las más elementales comodidades, soportando una de las vidas más duras que puedan imaginarse está luchando desde 1920 para conseguir de los estancieros —muchos de los cuales son capitalistas que viven en Buenos Aires o en Londres— mejoras de carácter elemental. Algunas de estas mejoras deben merecer atención especial de la cámara porque se refieren a una medida legislativa que los diputados socialistas hemos reclamado varias veces, que la cámara ha aprobado y que ha sido enterrada por el Senado: el pago de los salarios en moneda nacional".

De Tomaso se da tiempo. Explica detalladamente la primera huelga de Santa Cruz, la primera intervención de Varela y los motivos del origen de la segunda huelga. Cuando habla del pliego de condiciones presentado por los obreros

dice: "no se pueden pedir reivindicaciones más sanas, más moderadas ni menos revolucionarias".

Llega a la segunda intervención de Varela. De Tomaso otra vez baja la voz y dice: "En el primer momento creyeron muchos de los obreros que la intervención de la tropa, si se producía como en el año 20, podría servir como un factor amigable, ya que se trataba de un elemento extraño al lugar, que tenía el prestigio de las armas de la Nación y que carecía de interés en el conflicto. En cambio, señores diputados —y aquí levanta la voz y pega un puñetazo en el pupitre— lo que se ha producido lo sabe todo el mundo. Se ha hecho una masacre y para ocultarla se ha fraguado la leyenda del combate, se ha intentado dar la impresión de que allí han habido batallas campales, de que un ejército perfectamente equipado y municionado atacaba a las tropas de la Nación. Todo eso es inexacto. Desde luego hay un dato que todos los diarios recogen, que nadie se ha atrevido a tergiversar porque habría sido imposible hacerlo: ¡no se han producido bajas en las tropas! Es extraordinario que un ejército de bandoleros bien armados, con buenos tiradores, que pelean en batallas campales no causen una sola baja a las tropas nacionales mientras mueren decenas de ellos".

De Tomaso abunda en datos y testimonios y rechaza las aseveraciones de la prensa seria de Buenos Aires: "No maltrataron a ninguna mujer ni siquiera de palabra en todo el camino a pesar de que cruzaron a veces algunas de las estancias más odiadas, contra cuyos propietarios tenían el agravio inmediato de no cobrar su salario desde hacía nueve meses. Se respetó a los hombres casados para no separarlos de sus mujeres y de sus hijos. No se causó a los prisioneros ningún vejamen de hecho ni de palabra. Si se hubiera tratado de bandoleros es evidente que habría habido muertos, lesiones, molestias de hecho, vejámenes de toda naturaleza contra los administradores y empleados de estancias tomados momentáneamente en calidad de rehenes. Y esta sola circunstancia bastaría para mostrar bien a las claras que no se trataba de una banda de asesinos sino de pobres peones desesperados que creyeron que esa actitud propia por otra parte de las costumbres duras de la región era lo mejor para conseguir entenderse con los hacendados a fin de obtener las pequeñas ventajas que reclamaban".



La represión de la segunda huelga ha terminado. El capitán Anaya (en uniforme y sable, a la derecha) quedó al mando de las tropas para vigilar el posterior desarrollo de los acontecimientos.

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

Luego relata la muerte del dirigente socialista Albino Argüelles, acusando al capitán Anaya de haberlo hecho sablear delante de la tropa y luego ordenado su fusilamiento.

En el recinto se ha hecho un profundo silencio. Los conservadores se divierten mirando hacia la bancada radical que parece estar sometida a un baño turco. ¡En qué brete se han metido los radicales justo pocas semanas antes de las elecciones presidenciales!

De Tomaso sigue castigando:

—Se ha fusilado, se ha matado gente al azar, sin razón, sin motivo, sin consejo previo, que no hubiera podido hacerse por otra parte porque esa zona no estaba sometida a la ley marcial. Porque Santa Cruz no se hallaba en estado de guerra y porque la autoridad militar no tenía más papel, cumpliendo las instrucciones que debieron habérsele dado, que imponer el orden tomando a los hombres que hubieran cometido algún delito y entregarlos a las autoridades locales para que, sometidos a juicio, sufrieran más adelante si era el caso, la condena a que se habían hecho acreedores".

Es larga la intervención de De Tomaso y no es hombre que admita interrupción: "Quiero dar una impresión de conjunto de las causas de aquel movimiento, de su verdadero carácter y de los procedimientos de la tropa de los cuales son responsables los jefes y oficiales y, por encima de todos, el coronel Varela, que durante unos días se convirtió en el supremo dictador de la región. Yo no tengo, como no tiene ninguno de mis colegas, ningún odio particular contra el ejército pero queremos que el ejército, que es un organismo de excepción, no se utilice en los conflictos de carácter social para reprimir en sangre, violenta y cruelmente, las aspiraciones de la multitud. Sostenemos que los hombres que cometen delitos deben ser sometidos a las autoridades civiles; para eso hay un código penal del cual nadie se escapa cuando cae en sus redes. Es inadmisible que la fuerza militar pueda ser dura y ciegamente empleada para aplastar movimientos determinados por propósitos tan justos y hasta diría tan santos como estos: las mejoras de las condiciones de vida y de trabajo".

Luego criticará a la policía territorial y a la gendarmería —aquí acota: "oigan los señores diputados que van a votar dentro de unos días más de un millón de pesos para la famosa gendarmería volante, creación arbitraria e ilegal de este Poder Ejecutivo", para luego volver a la acción militar. "Tal es a grandes rasgos —dice el parlamentario socialista— lo que ha ocurrido en Santa Cruz, las causas graves de aquella convulsión que ha sido ahogada en sangre por la autoridad militar. Denuncio y asumo como diputado la responsabilidad del cargo: yo denuncio al teniente coronel Varela por haber abusado de sus funciones, por haber cubierto de oprobio las armas de la Nación que no le pertenecen, por haber ordenado él personalmente o por intermedio de sus subalternos fusilamientos en masa sobre el propio campo de hombres tomados al azar bajo la simple inculpación de ser cabecillas del movimiento, argentinos en muchos casos. Lo acuso de no haber cumplido con el único deber que le incumbía: restablecer el orden si esas eran las instrucciones que había recibido, tomar presos a los hombres que encontrara en el campo y entregarlos a las autoridades locales para que fueran sometidos al procedimiento judicial normal y público que correspondía".

Pero de Tomaso quiere ir más allá de la figura casi desconocida del teniente coronel Varela. Quiere alcanzar a Yrigoyen. Por eso finaliza su discurso diciendo: "¿El señor teniente coronel Varela ha realizado todas estas escenas que yo califico de salvajismo obedeciendo a instrucciones secretas del ministro? Sería interesante establecerlo. Yo no quiero creer que haya un ministro argentino y mucho menos un presidente de la Nación que al enviar tropas al sur para restablecer el orden haya dado la instrucción cruel e impía de fusilar sobre el propio campo a los obreros en huelga".

Lo que pide de Tomaso es una comisión investigadora que estudie las denuncias sobre el propio campo de los hechos. Pero el debate se seguirá siete días después. Los radicales están desorientados y dolidos y quieren primero conversar con don Hipólito sobre tan difícil asunto. Aquí hay un solo camino. Alguien tiene que cargar con los muertos y el desprestigio. Los radicales no pueden echarse ahora todo el pueblo trabajador en contra. Hay que buscar un chivo emisario.

Varela sabe muy bien esto y por esto ha reiterado su pedido de audiencia a Yrigoyen. Pero encuentra oídos sordos. Hasta que un día antes que continúe el debate sobre la Patagonia en Diputados irrumpe en la Casa Rosada con su traje de gala, saluda a todos como si fuera un hombre de la casa y penetra en el despacho presidencial pese a los gestos entre tímidos y desesperados de los secretarios que pululan las antesalas.

Yrigoyen lo recibe sin inmutarse: "A usted justo quería verlo, teniente coronel..." Varela le expone todos los ataques que está sufriendo él y sus oficiales y solicita del primer mandatario que el P. E. dé un comunicado respaldando la actuación de las tropas a su mando y ascendiendo por su valentía a todos los oficiales intervinientes. Para él no pide nada. Le pide que "salga al paso de los diputados socialistas antes de que continúe el debate". Yrigoyen lo ha escuchado en silencio y lo despide con un "vaya usted tranquilo, señor teniente coronel", luego de haber llamado al ministro de Guerra y expresarle lo del decreto que pide Varela.

Pero ya estamos a 8 de febrero y no ha salido ningún decreto. Ni respaldando la actuación del 10 de Caballería ni ascendiendo a nadie.

Ese día en la Cámara de Diputados Héctor González Iramain, socialista, solicita que sobre tablas se vote la creación de una comisión investigadora sobre la actuación de Varela, pide la palabra el yrigoyenista bonaerense Valentín Vergara. Con voz dura y ademán agitado solicita que se rechace la moción "no sólo por el respeto que me merece el ejército y sus oficiales sino

también por el estado mismo de cultura y civilización de la república". La frase impacta a la bancada radical, los conservadores sonríen divertidos y los socialistas se indignan: "esas son nada más que frases lindas".

Pero Vergara no se detiene allí con indignación en la garganta y golpeando el pupitre repetidamente le grita a de Tomaso: "En el sur ha habido un verdadero alzamiento que puso en peligro la vida y la prosperidad de aquellos pacíficos pobladores del sur". Y para dar fuerza a sus argumentos se refiere al doctor Carlés. "Me remito —dice Vergara— al presidente de la Liga Patriótica, doctor Manuel Carlés quien habla de revolución social, de huelga revolucionaria, de elementos alzados que han conspirado contra la paz y la tranquilidad de los habitantes de aquel territorio y que han cometido excesos y actos vandálicos que son una vergüenza para nuestra propia cultura. Pero eso no es todo, hoy mismo he tenido oportunidad de ver en el diario "La Prensa" una comunicación de un enviado especial de este diario que ratifica en todas sus partes lo que expresa el doctor Carlés. Por eso creo de seguridad, de orden, si se quiere una misión evidente que el ejército ha realizado una misión social contra los elementos que habían levantado el pabellón rojo en aquel territorio".

Lo interrumpe de Tomaso para leerle la proclama de Varela y acota: "esto demuestra palmariamente que se tomó atribuciones que ni la constitución ni la ley le otorgaban. La verdad es que ha habido fusilamientos, la verdad es que las tropas han procedido con una severidad y una crueldad que no estaban autorizadas a emplear".

Pero Vergara no se inmuta. Y continúa:

—Los revoltosos que han arrasado y asaltado el territorio son bandoleros que están pululando en aquellas regiones, chilenos en su mayor parte. Voy a seguir citando al doctor Carlés: los anarquistas se levantaron en Santa Cruz contra la Nación y proclamaron la huelga general y con sus ideas, buenas y malas y con voluntarios o forzados, en parajes estratégicos, desarrollaron operaciones de guerra, aprisionaron capataces, trabajadores y gerentes, asaltaron comercios, estancias, destrozaron maquinarias, arrasaron haciendas, sustrajeron automóviles y armas, violaron, fusilaron patrones, cortaron el telégrafo, destruyeron ferrocarriles y libraron batallas contra las fuerzas de línea de la Nación".

—¡Unos verdaderos nenes! —grita el diputado yrigoyenista Mazzoni mientras sonríe con sus dientes para afuera.

Vergara sigue citando fuentes poco radicales:

—Corrobora este informe del doctor Carlés un extenso telegrama enviado por el corresponsal especial de "La Prensa" que dice en una de sus partes: "los obreros honestos no pueden solidarizarse con los revoltosos de la Patagonia pues lo ocurrido en el sur argentino no ha tenido que ver con ninguna huelga ni ha estado en tela de juicio ningún asunto relacionado con el mejoramiento obrero. En la Patagonia, los grupos revoltosos sólo se han dedicado a arrasar caballadas, incendiar estancias, saquear establecimientos comerciales, cortar alambradas, inutilizar las máquinas de esquila y por último llenar de dolor varios hogares con actos de la más repugnante criminalidad.

—Por todo esto, señores diputados —finaliza Vergara— creo que no debemos nombrar ninguna comisión investigadora. Hay elementos de prueba muy respetables que nos están diciendo que los excesos han estado de parte de esos elementos alzados de aquella gobernación. De tal suerte lo que corresponde es que la Cámara solicite los informes sobre estos sucesos".



Antonio De Tomaso, el mejor orador de la bancada socialista, fue el encargado de atacar al gobierno por los sucesos ocurridos en la Patagonia. Su oratoria arrasó los argumentos de los hombres de Hipólito Yrigoyen

En otras palabras, la bancada radical no quiere una comisión investigadora sino un pedido de informes. Pero aquí, González Iramáin, ni corto ni perezoso aprovecha bien la oportunidad. Y por eso, aparentando candor e inocencia se dirige al presidente de la Cámara, el radical Goyeneche, para inquirirle:

—Señor presidente, para no hablar en falso desearía que la presidencia tuviera la bondad de informarme si han llegado a la Cámara las respuestas del Poder Ejecutivo a los pedidos de informes que formulamos a solicitud del diputado Mario Bravo con motivo de algunos conflictos obreros, como los de la semana de enero, por ejemplo. Informes por otra parte que se solicitaron al P. E. también con el voto de los diputados radicales.

González Iramáin nada menos que al pedido de informes sobre la Semana Trágica. El presidente de la Cámara, Arturo Goyeneche recibe el impacto, carraspea y consulta nerviosamente con el secretario y luego de un conciliábulo con éste responde:

—¿El señor diputado se refiere a un pedido de informes del diputado Bravo?

—Sí, señor presidente, de enero de 1919, de hace ya tres años y que fue reiterado varias veces —insiste González Iramáin con el mismo tono de aparente ingenuidad.

La bancada radical se ha quedado dura. Estos socialistas son inocuos para la lucha pero en el debate parlamentario son unos leones. Hay murmullos. Los conservadores siguen con sus rostros

rebozantes de gozo. Para ellos es un espectáculo más que divertido.

El presidente Goyeneche se rehace y contesta con tono prescindente:

—Respecto de ese pedido de informes a que se refiere el señor diputado informa la secretaría que no ha sido contestado.

Este es el momento entonces. Medio parado en su banca, González Iramáin lo apostrofa a Vergara: si en tres años no se ha contestado un informe sobre la masacre de obreros de enero de 1919 cómo usted viene a pedir que todo se reduzca a pedir informes al señor Yrigoyen sobre una masacre aún más grande.

Los radicales aguantan el chubasco pero no se intimidan. Ahora viene la segunda parte de la táctica a emplear. Habla el yrigoyenista Leonidas Anastasi. Es cuando lo mandan al sacrificio al comandante Varela.

—Señores diputados, el doctor Carlés habla de una proclama del comandante Varela que desde luego quiero creer que no puede ser auténtica porque no se me ocurre, no se me pasa ni por un instante por la cabeza la creencia que un militar argentino pueda estampar esta proclama: "el que dispare un tiro contra las tropas será fusilado donde se le encuentre". Proclama de esta naturaleza creo que no se encuentran en todo el archivo de documentos acumulados en contra de los alemanes por la ocupación de Bélgica. Confieso sinceramente que para hallar algo parecido he tenido la paciencia de leer el Climet desde 1914 a 1917, publicación dirigida por franceses en pleno periodo bélico donde muchos cargos resultaban agigantados por la indignación que producían los actos de crueldad de que se tenían noticias. No hay indicación de ningún parte oficial alemán que haya amenazado con esta pena. Demás está decirlo, no existe en las leyes argentinas, no puede existir, y parece realmente una sangrienta ironía que en cuanto acabamos de sancionar el código penal se amenace con sanciones de esta naturaleza. Otro párrafo de la proclama de Varela dice: "si para someterlos se hace necesario el empleo de las armas por parte de las tropas prevéngales que una vez iniciado el combate no habrá parlamento ni suspensión de hostilidades". Esto, señor presidente, es la guerra sin cuartel, y la guerra sin cuartel ha terminado en lo que llamaríamos las edades bárbaras argentinas. No hay indicios creo durante nuestra vida civilizada de que se diga al adversario, aún en el cambo de batalla, dentro de nuestras costumbres, que se haya amenazado con la guerra sin cuartel. Yo me pongo en el mejor de los supuestos, en el supuesto de que se trate de bandoleros. ¡Pero señor presidente, en ninguna parte los bandoleros están castigados con la pena de muerte mientras no cometan el delito de homicidio que no se ha cometido en Santa Cruz, según podré fácilmente demostrar luego!"

La intervención de Anastasi es pausada, con tono grave, como tratando de unificar a la Cámara. Pero los socialistas lo escuchan con desconfianza. Sigue Anastasi:

—Hoy, en ningún código del mundo se castiga con pena de muerte el simple delito de robo en banda porque no ha existido, como digo, delitos que merezcan pena mayor. Este memorial ha sido presentado por el señor Manuel Carlés, presidente de una Liga Patriótica, que recorre el país de un extremo al otro clamando por el trabajo libre, al que se le puede aplicar el concepto tan justiciero y exacto del cardenal Mannig: el canibalismo libre. Sobre la actuación de esta Liga Patriótica darán cuenta aquella célebre comunicación del señor ministro de Guerra, doctor Moreno, prohibiendo a los militares que formaran parte de ella; dará cuenta otra del jefe de Policía de la Capital, doctor Elpidio Gonzalez prohibiendo a los comisarios que en el local de las comisarías se reuniera esta liga, y dará cuenta el sano y justiciero reproche de un hombre íntegro, el doctor Marcó quien terminó por cansarse de los desmanes de la Liga Patriótica. Precisamente, el memorial de Carlés demuestra que la Liga Patriótica llama anarquista a todo trabajador que reclama su salario, que exige mejores condiciones de vida y de higiene. El memorial destruye precisamente la leyenda de los bandoleros de la Patagonia, porque allí mismo se dice que se trataba de una huelga, huelga que compara a las que han ocurrido repetidamente en la Capital, en Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba, Mendoza, Tucumán, Chaco y Misiones. "Los alzados en armas contra la Nación no murieron como soldados", dice el doctor Carlés. Y yo agregaré una noticia que desearía que no se confirmara. Se dice que de los dos mil trabajadores de Santa Cruz han muerto una buena cantidad que eran secretarios y militantes de asociaciones obreras. ¿Qué rara especie de bala es esta que busca en el campo de batalla precisamente a los secretarios de las sociedades obreras, a los organizadores del movimiento de resistencia patronal?

Pero Anastasi al final de su intervención no aprueba la creación de una comisión investigadora. Dice que hay que calmar los ánimos y confiar en que actúen los tribunales militares y esperar en el sano criterio del actual ministro de Guerra.



De Tomaso se da cuenta inmediatamente de la táctica radical y cree ver detrás de ella la mano misteriosa de don Hipólito Yrigoyen que sin estar en el recinto pareciera que manejara las cosas por entre el resquicio de las cortinas, como maneja las demostraciones populares desde la oscuridad de las persianas apenas entreabiertas de la calle Brasil. El diputado socialista pide la palabra y grita sin compasión:

—No hay que quedarse en medias tintas. En este asunto no puede haber dobles juegos. El presidente Yrigoyen "amigo de los obreros" no manda las tropas al sur, él no ha dado las instrucciones de crueldad que se han traducido en los fusilamientos. Pero los hechos se han producido. ¿Quién ha dado las instrucciones al teniente coronel Varela?"

La pregunta suena como un latigazo en el recinto. De Tomaso le deja pendiente medio minuto, un minuto, más. Silencio en la bancada radical. Unos leen, otros miran el techo y por ahí hay quienes agachan la cabeza.

—¡Quién ha dado las instrucciones al teniente coronel Varela! —inquiere de nuevo de Tomaso para luego, bajando la voz exclamar—: ¿o es que el teniente coronel Varela ha procedido por su cuenta?

Lo han dejado solo a Varela. Ni una voz que lo defienda. Nadie que diga: no señor, Varela actuó de acuerdo a las órdenes del Poder Ejecutivo. De Tomaso sigue castigando. Son los pequeños gustos que se dan los socialistas, eternos derrotados por los radicales en las urnas:

—Los diputados del gobierno se dividen. Unos, condenan el bandolerismo y otros critican la bárbara represión militar. Pero ninguno quiere la investigación. ¡En qué quedamos!

—Es nuestro modo de ver —se oye la voz de

Dos polos opuestos que tenían mucho de común. Dos figuras románticas de la política porteña: uno de la derecha y otro de la izquierda. El Dr. Manuel Carlés, defensor acérrimo de la actuación del teniente coronel Varela, y Alfredo Palacios, quien tuvo palabras de censura para la represión de los huelguistas. (Foto de 1938).



Leonidas Anastasi.

—El diputado Vergara —continúa de Tomaso— aparecerá ante los individuos que creen que la Liga Patriótica es la salvadora y guardadora del orden como el hombre que merece sus aplausos; Anastasi pasará ante las víctimas de los sucesos, ante los obreros que han clamado contra la masacre como hombre que ha levantado su voz de protesta. Pero los dos habrán contribuido con su voto a que se mantenga el silencio oficial sobre estos crímenes.

Con voz aparentemente emocionada, de Tomaso termina:

—No hagamos un juego de ocultaciones ni de disimulos. Lo que pasa es que en este caso las víctimas son pobres diablos, como se dice en el lenguaje de los ricos, son peones, son carreros, son ovejeros... En el fondo mucha gente reconoce que aquello es una enormidad pero los halaga que esa lección dura haya sido dada para que otra vez no se repitan pliegos de condiciones, pedidos de aumentos de sueldos y demandas tan revolucionarias y escandalosas como aquella de que en una pieza de 3 por 3 con piso de tierra se aloje a 8 hombres. Se nos piden las pruebas materiales de nuestras denuncias. ¿Quieren los cadáveres? Aseguro a la Cámara que muchos de ellos todavía están insepultos en el campo donde se produjeron los fusilamientos. Todavía llegaría a tiempo la comisión para ver los restos de algunos cadáveres que fueron quemados con nafta derramada sobre ellos por las tropas del ejército".

Este patético final no obsta para que los socialistas pierdan la votación. Votan por la comisión investigadora los socialistas Juan B. Justo, Federico Pinedo, de Andreis, Bravo, de Tomaso, Dickman, González Iramain y Repetto. Dos radicales se rebelan y también votan por la comisión: Amancio González Zimmermann y Ferrarotti. Y tan luego don Antonio Santamarina y don Matías Sánchez Sorondo, lo más granado de la bancada conservadora dan sus votos para que se investigue por qué se ha fusilado obreros. El asunto pasa a comisión. Está definitivamente enterrado. Los que están muertos, están muertos y no los resucita nadie.

Para el único que el asunto no está terminado es para el comandante Varela...

Ni decreto de apoyo ni ascenso para Varela. Pero, don Hipólito Yrigoyen aprieta pero no ahorca. Su complicada táctica, su interminable y misterioso tejemaneje ha encontrado un resquicio y en marzo, Varela es nombrado director de la Escuela de Caballería de Campo de Mayo. No es mucho el consuelo pero por lo menos no lo han despedido. No cree más en los políticos pero contra Yrigoyen, si bien lo ha dejado en la estacada, no alcanza a tener odio. Siempre hay y habrá una explicación: él es bueno, pero los que lo rodean...

En cambio, sus oficiales Viñas Ibarra y Anaya —que ha vuelto con todas las tropas en mayo— no se quedan tranquilos. Los anarquistas siguen atacándolos y amenazándolos y, como oficiales jóvenes quieren una definición. Quieren verlo a Yrigoyen, para lo cual piden la venia correspondiente a su jefe inmediato, el teniente coronel Varela quien se la otorga inmediatamente.

Los dos circunspectos capitanes piden audiencia. Van en sus trajes de gala: con un cuello duro y moño que les hace poner tieso todo el cuerpo. Y allí tienen oportunidad de conocer la

célebre amansadora yrigoyeniana que no sólo es del período del 28 al 30 sino que ya era institución en la primera presidencia. Allí están paraditos los dos oficiales. En la antesala va y viene gente en alpargatas, subcomisarios gordos y mujeres con la cara pintada con colores tropicales. Los capitanes aguantan firme pero evidentemente desentonan con el ambiente de la Rosada. Por ahí tienen que aguantar que dos empleaditos, mientras toman café de pocillos, cascados se pregunten señalándolos: "¿Y estos cosos qué esperan?". Esperan tres horas hasta que alguno de los tantos funcionarios o secretarios les dice: No, miren, el presidente hoy no los va a poder recibir. Así se repite el juego durante quince días consecutivos. Los oficiales pintados de gala esperando para que el Peludo los reciba en su cueva. Pero el Peludo no aparece. A veces creen entrever que desde alguna puerta va a aparecer ese hombre enorme, admirado, misterioso y les va a decir: "a ustedes los estaba esperando". Pero no ocurre nada. Todos los días el consabido: No, miren, el presidente no los va a poder recibir...

Los días transcurren. El asunto de Santa Cruz está pasando de moda. Menos para los anarquistas que siguen martillando con su lista negra: primero, Varela; segundo, Anaya; tercero, Viñas Ibarra...

Se llega así al 10 de octubre de 1922. Faltan dos días para que asuma la presidencia Alvear y para que Yrigoyen regrese a la calle Brasil. Ya no se puede esperar más. Por eso, los capitanes Anaya y Viñas Ibarra se dirigen al teniente coronel Varela por escrito exponiéndoles lo siguiente: "El Palomar, 10 de octubre de 1922. Señor director de la Escuela de Artillería: convencidos de la imposibilidad material de salvar decorosamente los obstáculos que como barrera infranqueable han entorpecido por espacio de 15 días nuestra peregrinación diaria a la Casa de Gobierno donde concurríamos con las venias reglamentarias a objeto de formular un reclamo ante S. E. el señor presidente de la Nación Hipólito Yrigoyen (art. 308, inc. D, Título V, Cap. IX, R.S.I.C.); es que nos dirigimos a usted a fin de dejar constancia de haber cumplido con nuestro deber a pesar de no haber conseguido la entrevista, lo que implica el incumplimiento de las prescripciones reglamentarias (art. 320 R.S.I.C.) y el consiguiente menoscabo de nuestras prerrogativas profesionales. Comandantes de los destacamentos que a las dignas órdenes de usted, tuvimos el honor de ser enviados por el Excelentísimo Señor Presidente de la Nación al territorio nacional de Santa Cruz en noviembre de 1921 a restaurar el orden y a cimentar el imperio de la Constitución y de las leyes allá en aquella desolada Patagonia donde todo vestigio de civilización aparecía totalmente subvertido, dio nuestra actuación vasto tema al comentario y particularmente a la procacidad sin vindicta en el Parlamento y sin castigo en la prensa anarquista cuando debió nuestra abnegación merecer en cambio la consideración y el respeto de la gente culta ya que con la campaña de Santa Cruz se conjuró un peligro que amenazaba la tranquilidad social de la Nación. Pero no fue por cierto nuestro propósito llegar hasta el primer mandatario para hacer el elogio del cumplimiento de nuestro deber, máxime cuando su reconocimiento tácito estaba significado con la promesa de un decreto de que fue usted portador. Llevábamos el propósito de solicitar al Excelentísimo Señor Presidente de la Nación velando más que por nuestros intereses personales, por los prestigios de la institución tan injustamente atacada. En cuanto a la corrección de procederes ejercitados por las tropas a nuestras órdenes, la inmediata instrucción de un sumario que viniera a definir claramente el cumplimiento de la misión encomendada por la superioridad. Y, a cambio de estas peticiones, nacidas de lo íntimo de nuestras convicciones, hemos querido llevar hasta el Excelentísimo Señor Presidente de la Nación nuestras impresiones personales que habrían de haberle significado el conocimiento exacto de las verdaderas causas determinantes de aquel movimiento subversivo desde su origen y hasta de sus responsables. Dios Guarde a usted". (Fdo.) Pedro Viñas Ibarra, capitán; Elbio Carlos Anaya, capitán.

Varela lee el escrito de sus capitanes y no vacila en elevarlo al ministro de Guerra para que se sepa que el presidente de la Nación no ha querido recibir a dos oficiales del Ejército Argentino. Este es el texto de la nota de Varela al ministro de Guerra: "Elevo a la consideración de V. E. la exposición de los señores capitanes don Pedro Viñas Ibarra y don Carlos Anaya a fin de que se estimen las causas que han originado el pedido de audiencia solicitado al Excelentísimo Señor Presidente de la Nación y el fracaso de poder realizar por la vía legal el propósito de poder entrevistarse con el primer mandatario que los reglamentos militares en vigencia les acuerdan. Efectivamente, señor ministro, como lo expresan los señores capitanes, el señor Presidente de la Nación ordenó al señor ministro de Guerra en mi presencia proyectar un decreto a base de los informes entregados al ministerio que levantara el prestigio del Ejército estimulando al personal de jefe, oficiales, suboficiales y tropa por la abnegación y patriotismo con que se había luchado en el sur al restablecer el orden y el imperio de la ley y Constitución. El Palomar, octubre 11 de 1922".

Varela así, sin temor, dejaba establecido oficialmente que Yrigoyen, pese a su promesa, no había cumplido con el decreto prometido.

Pero en cambio había cumplido con ellos el doctor Carlés y su Liga Patriótica. En un acto donde campeó la emoción fueron entregadas medallas de oro a Varela y sus oficiales, medallas de plata a los suboficiales y de cobre a los conscriptos que habían intervenido en la campaña de Santa Cruz. Fue el único testimonio de solidaridad que tuvieron esos hombres. Así lo comprendió Varela quien, a despecho de que podría acusársele de haber actuado en un acto político, concurrió con toda su gente.

La ampulosa oratoria de la época desbordó por los cuatro costados. Sonó primero el clarín y comenzó a hablar Carlés: "Las dianas de la Liga Patriótica saludan a los bizarros escuadrones del 10 y 2 de Caballería que restauraron el orden en las lejanías de la República. Cuando el des-

mán alardeó en los ámbitos del Sud, asolando la civilización incipiente de la Patagonia, allá fue el ejército de línea para cumplir otra vez la misión de amparar la vida, honra y fortuna de la Nación; y allá fue también la Liga Patriótica Argentina llevando la palabra persuasiva a los corazones conmovidos. ¡En el aislamiento y desamparo que vive la Argentina Austral fue fácil a los secuaces del mal de las ciudades llevar su angustia a las chozas de los valles que forman la región maravillosa de los lagos! Y luego que la pueblada amoldó su afán con los intereses de todos, el logrerismo deformó el propósito, urdió la discordia, promovió el desorden y declaró la guerra. Como sucede siempre, los corifeos del desastre llenaron la bolsa y abandonaron el tropel cuando el Ejército debió contenerlo. A no mediar la abnegación de los escuadrones de caballería, la guerra hubiera devastado toda la Patagonia y cincuenta mil rebeldes habrían presentado batalla en la línea del Río Negro".

Y por supuesto, aprovecha la oportunidad para atacar al gobierno: "El pueblo y el gobierno de la Argentina Norte no quieren contemplar los problemas que los fastidia. No importa. Aquí estamos nosotros, la Liga Patriótica Argentina, para ocuparnos de las cuestiones morales y sociales que comprometen la dignidad de la Nación, y los intereses colectivos. La Liga Patriótica es una escuela de moral para depurar las virtudes cívicas y es un cuartel donde se aprende a defender el orden y hacer respetar la nacionalidad. Hoy premiamos la abnegación, el triunfo de la virtud que no necesita la sanción de los poderes oficiales cuando ya fue consagrado por el respeto social a designio del corazón del pueblo".

Agradece Varela sensiblemente conmovido. No quiere honores para él, pero sí para su tropa: "La acción desarrollada por este puñado de valientes —dice señalando a sus oficiales y soldados— encierra tan nobles sentimientos que quedarán reservados para la historia y grabados en los corazones de los habitantes de la Patagonia, mientras corran los siglos a través de los siglos".

Pero de Varela no se acordó nadie. Ni siquiera el nombre de una calle en el más olvidado villorrio de Santa Cruz. Pero sí se acordarían hora tras hora los anarquistas, que desde que llegó de regreso lo acosaban desde la prensa:

"Es bien claro que lucha no hubo..
que hubo crímenes sólo a granel,
masacrando a indefensos hermanos
por mandato de un vil coronel.

El milico es el ser más innoble,
más infame, vicioso y cruel,
y su escuela es escuela del crimen
y su cátedra diaria el cuartel.

No trabajan, no aman, no ríen,
no disfrutan de bella expansión,
pues acatan (sumisos esclavos)
disciplinas que impone el mandón.

Y es entonces que vuelven los héroes
triunfadores a la Capital
coronados de lauros sus sienes
y borrachos de instinto bestial.

Y recibe Varela, el teniente
que lidió por el patrio pavés
los saludos y aplausos cordiales
de Yrigoyen, Elpidio y Carlés.

La reconstrucción del atentado contra Varela. El que hace de Wilckens muestra como éste disparó el último balazo sobre el militar.



LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

Hasta los diarios grandes van cambiando sus interpretaciones. Antes todo era incendio, bandolerismo, violación y asesinato por parte de los huelguistas. Ahora, que estaba todo solucionado se hacían interpretaciones sociológicas. El periodista de moda, Alberto Gerchunoff, escribía en "La Nación" el 5 de febrero de 1922, cuando todavía se oían los tiros en el lejano sur, lo siguiente: "Los bandoleros del sur han dado la ciudadanía a esas gobernaciones semidesiertas al incorporarlas con sus correrías fantásticas a nuestras preocupaciones diarias. El winchester del bandolero de Santa Cruz o Chubut tiene importancia histórica. Es un reformador de la sociedad, según se afirma. Arrasa las estancias con el consentimiento de la Federación Obrera y hace prisioneros a sus propietarios conforme a un plan preparado probablemente en Moscú. Este bandolero reemplaza en las crónicas las viejas sublevaciones de los indios en los obrajes del Norte. De tiempo en tiempo, esos indios se sublevaban; los soldados del gobernador los fusilaban prolijamente en nombre de las instituciones. Un día se supo el origen verdadero de esos hechos. Los indígenas solían cobrar por un semestre de trabajo dinero ficticio emitido por el establecimiento que los empleaba y que se convertía en la especiería con la pérdida de la mitad o bien se les retribuía con un poncho colorado. De pronto aparecía un lenguaraz que conocía el valor de la moneda y reclamaba el pago correcto de sus jornales. Esa exigencia asumía para los mayordomos el aspecto subversivo de un malón. Las fuerzas del Estado solucionaban el conflicto fallando en favor de la capatacía con sus fusiles estrictos".

Dice más adelante el agudo Gerchunoff: "Los latifundios colosales de la Patagonia que los bandoleros atacaron, se han formado antes también con el procedimiento bandolérico que es el origen inicial de la propiedad en esos lugares, y que se ha vuelto venerable porque es esta la virtud sagrada de la posesión. Provienen del derecho del primer habitante sostenida con la escopeta en la mano y de la agresión al primer ocupante, pues en esas latitudes, la razón es la del más fuerte. Allí no hay código, no hay jueces. ¿Qué diferencia fundamental hay entre los hombres que representan en esos territorios la industria y la propiedad y los hombres que se rebelan y encarnan para los que vivimos en la metrópoli pacífica el espectro de la revolución social? En el peor de los casos se les confundirá por la violencia que les es común y por la forma en que unos y otros se substraen a las reglas de la vida civilizada".

"Es que aquellos en quienes se resumen las excelencias de la vida civil, los encargados de la vigilancia del orden y la justicia participan de las ventajas que proporciona esa anarquía. En las tierras patagónicas no hay justicia ni hay autoridad. El juez y el policía se van a Santa Cruz, al Chubut o a la gobernación de Los Andes para solucionar su situación económica, es decir a amasar una fortuna rápida con la prevaricación y con el abuso. Testimonios autorizados lo demuestran. Los jefes de policía imponen a los comisarios, la obligación de remitir mensualmente una suma determinada y esas cantidades se obtienen persiguiendo sistemáticamente a las personas. Claro está, es más difícil someter a esas arbitrariedades al rico estanciero. En cambio, al peón que llega al pueblo con su salario cobrado asegura con sus detenciones constantes la renta buscada. Se les detiene a cada rato y de este modo la jefatura recauda la cifra que ha fijado. Es inútil que se apele ante el juez. Ya sabemos cómo son los jueces que se envían a los territorios: la Cámara de Diputados los procesa con frecuencia y esas investigaciones han revelado a menudo el horror de esa magistratura sólo comparable en su falta de escrúpulos y en su total ausencia de sentido patriótico con los demás funcionarios que completan el mísero organismo administrativo de los territorios. Y eso no es un secreto."

"Tal estado de violencia no puede determinar sino las reacciones violentas y es así como hemos visto a los trabajadores del sur lejano en armas y a los policías fusilarlos en masa". (Aquí Gerchunoff, para no comprometerse demasiado le echa el mochuelo de los fusilamientos a la policía...).

Los párrafos finales de este inteligente escrito



Esta fue la bomba de percusión que empleó el alemán Wilckens en su atentado. En sus posteriores declaraciones diría que la había fabricado él mismo.

de Gerchunoff se dedicaban veladamente a Yrigoyen: "Se considera que esa sublevación ha terminado y que la existencia normal se ha restablecido. El gobierno está satisfecho. Sin embargo conviene no hacerse ilusiones. La Patagonia no ha cambiado de costumbres con la expedición de un regimiento del Ejército. Nosotros hemos abandonado la Patagonia a la confusión y el desastre, y cuando la población fatigada de soportar el vejamen y el ataque estalla en excesos equivalentes al medio en que actúa, descubrimos que nos amenaza el maximalismo —el maximalismo brota de las selvas del Lago Argentino— y nos inunda una sorda indignación patriótica. Lo que más debe indignar no es eso, sino nuestra complicidad con la fosca aventura de los gobiernos inertes".

Pero a pesar de todas las interpretaciones sociológicas, intelectuales, los huelguistas fusilados yacían allá, sin lápidas, al ras del suelo, lamidos por el constante viento patagónico. Solidaridad con ellos no hubo. Sólo del lado chileno una huelga pequeña pero con sentido localista: "por los chilenos fusilados por los argentinos". Los anarquistas de la Capital enredados en interminables discusiones internas no habían podido armar un movimiento de solidaridad. Los socialistas lo habían arreglado todo, como siempre, con un elegante debate parlamentario. Las únicas efectivas y que habían renunciado a la oportunidad de una buena paga fueron las prostitutas de los puertos patagónicos que habían echado a las tropas de Varela de los prostíbulos al grito: "¡fuera, no queremos acostarnos con asesinos!".

Todo lo demás, palabras. Aunque fueran palabras ampulosas como las de Rodolfo González Pacheco al finalizar el informe anarquista publiiado por "La Antorcha": "Los pobladores de la Patagonia son gauchos. Gauchos son y como tales debían vivir hasta hace poco. Y debían vivir bien puesto que no venía de allí precisamente el ejemplo del crimen y del desorden. Todo eso lo llevaron los capitalistas a Santa Cruz como, por lo demás, lo llevan a todas partes. Y con sus industrias, sus agios, sus latrocinios, llegó también el obrero de la ciudad, empapado como una esponja de los ideales de la justicia. El obrero se embarcó en Santa Cruz junto con vuestro egoísmo. Ahí está todo el secreto de los mitines y huelgas que los diarios de los ricos tratan de bandolerías. Es la obra de los obreros, de los camaradas nuestros que llevaron hasta allá la inquietud de sus ensueños. Se hicieron compañeros de los paisanos, les alumbraron la senda hacia la libertad que por momentos se les cerraba. ¡Ah, sí, debió ser para los gauchos como si les regalaran el mejor caballo que soñaron en su vida, la idea anarquista!"

"Se organizaron por miles los arrieros, los manseros, los peones de las estancias. Y recibieron periódicos y folletos de todas partes y en todas lenguas. Y en los pueblos de la costa fundaron centros, escuelas y sindicatos, y a los patrones les impusieron horarios y trato y sueldo. En una palabra: entraron en el concreto mundial del proletariado... Y este es sólo y sólo este es todo el crimen, el delito, la gran culpa que ha suscitado la horrorosa, bochornosa, asquerosa represión del ejército argentino!"

Luego, González Pacheco relata en todos los detalles el fusilamiento de un obrero patagónico y agrega: "esta tarea patriótica continúa, se repite contra 15 ó 20 trabajadores todos los días,



El público reunido frente a la farmacia de Fitz Roy y Santa Fe aguardando que retiren el cadáver del teniente coronel Varela.

hasta alcanzar la suma de mil cien supliciados, escarnecidos y fusilados ¡Gloria, gloria, gloria! Santa Cruz está ya en paz. Fusilados los obreros que no alcanzaron a ganar la cumbre o a echarse en un barco al mar, una celeste tranquilidad —celeste y blanca pues la cubre la bandera de la patria— reina en todo el territorio. Comercio y oro pueden volar y rodar de la costa al Ande, de la cima al valle. Ni gringos gauchos ni gauchos gringos va a salirles al cruce de los caminos. Aquello es suyo como la cueva del tigre, y la noche de las hienas y el mando, el poder, la fuerza de todos los asesinos."

"Pero el porvenir es nuestro. ¡Ah, sí! Tan nuestro como es nuestra esta protesta que levantamos al aire y lanzamos por arriba de la mar y la montaña para que en todas las lenguas y bajo todos los cielos se escupa, se gargajee a la faz de la Argentina esta palabra de oprobio y de crimen: ¡Santa Cruz! ¡Santa Cruz!"

CAPITULO IV

HUELGA GENERAL REVOLUCIONARIA

Retornaremos ahora al 27 de enero de 1923. El comandante Varela, ya cadáver, es llevado a la farmacia de Fitz Roy y Santa Fe. Allí, el farmacéutico Julio Schechtman le aplica dos inyecciones de ergotina pero no hay nada que hacer: ha expirado. En una camilla que traen de la enfermería de los cuarteles, es llevado al Regimiento 2 de Infantería. En el casino de oficiales lo ponen sobre una mesa y lo cubren con una sábana.

La noticia corre de boca en boca: lo han matado a Varela. El lugar del atentado sirve de punto de reunión para centenares de curiosos. Se aglomeran autos, coches y carros. La policía debe intervenir y corta el tránsito por Fitz Roy. A las 10 llegan al R.2 el ministro de Guerra, general Agustín P. Justo. Lo acompaña el coronel Manuel Costa; el jefe de Policía, Jacinto Fernández; el comisario de órdenes, doctor Emilio C. Díaz y el jefe de Investigaciones, Eduardo Santiago. Asediado por los periodistas, Justo dice en voz baja: "esto no quedará impune, el castigo será ejemplar".

En la casa del fallecido, mientras tanto, se han cerrado puertas y ventanas. La viuda —Mercedes Giovaneli de Varela— y sus ocho pequeños hijos (Mercedes, Dora, Héctor, Alfredo, Rodolfo, Margarita, Arturo y Amelia) han sido sacudidos por la tragedia. Casi no hay llantos, la sacudida emocional ha sido tremenda. Eu cuñado de la víctima, el mayor Jorge Giovanelli (hoy octogenario general de división y miembro de la Academia de Ciencias Económicas) atiende en el zaguán a los periodistas y les explica que en repetidas ocasiones, Varela había recibido anónimos amenazantes pero que jamás había pedido custodia para su persona ni para su casa.

Pero tal vez, la verdad iba un poco más allá: a Varela nunca le ofrecieron custodia a pesar de que se sabía el peligro que corría su vida a cada paso. Profunda amargura reina entre los oficiales de caballería que van llegando a ver el cadáver de su jefe. De Campo de Mayo llega el capitán Anaya y los demás oficiales del C.10. Hay dolor en sus rostros, una expresión de sufrimiento viril contenido. Es que el odiado y vilipendiado comandante Varela era muy querido por sus oficiales y suboficiales. Era enérgico, sí, pero tenía un gran sentido de la camaradería militar.

El clima es tenso. Nadie piensa en el anarquista. Si no se lo justifica, por lo menos se admite que actuó en su ley, en la de los suyos, los de abajo. No, para esos jóvenes oficiales hay grandes responsables en todo esto. Y generalizan: los políticos. Hechos así irán preparando un enfrentamiento que se repetirá y agravará décadas después. Los militares dirán con desprecio "los políticos" para definir toda una especie argentina, un mal endémico. Los políticos dirán "los militares" entre guiñadas de ojos y sonrisas de adulación.

Esos oficiales de caballería que están frente al cadáver de su jefe necesitan una explicación. Porque saben muchos detalles e intuyen algo más. Porque el teniente coronel Varela fue usado por los políticos, sacó la cara por ellos. Actuó, equivocado o no, cumpliendo órdenes. No era ni un estadista, ni demasiado inteligente como para dárse órdenes propias y actuar por su cuenta.

Tal vez haya interpretado mal las órdenes recibidas. Pero esos que dieron las órdenes no hicieron absolutamente ningún esfuerzo para modificar la "exageración" de Varela. Lo dejaron hacer. Y una vez que puso las cosas en orden, lo abandonaron. Lo dejaron solo. "Se le fue la mano" comentaban en el más alto nivel. "Se le fue la mano", comentaban los dirigentes de comté. "Se le fue la mano", comentaban "puntos" y "punteros".

El "peludo" guardaba silencio. Alvear guardaba silencio. Pero cuando hubo que definirse y ascenderlo a coronel a Varela —como le correspondía por mérito y antiguedad— los pliegos quedaron demorados en el Senado. Está "en comisión", decían ampulosamente senadores y dirigentes políticos. Y ese comandante Varela, de mirada dura y quijada prominente, se la tenía que tragar, después de haber dado la cara y la reputación por los políticos.

Pero ahora lo habían muerto. Ahora sí que cabía una definición. Ahora ya no molestaba su figura. Ahora había que definirse. ¡Vamos a ver lo que hacen ahora Yrigoyen y Alvear!

Claro, que las cosas han cambiado. Yrigoyen es ahora opositor de Alvear. Se sentía traicionado por su ex embajador en París y actual presidente de la Nación. Había comenzado el período de los personalistas y antipersonalistas.

Don Marcelo T. de Alvear llega sorpresivamente a las 11 de la mañana al Regimiento 2 de Infantería. Su gesto es grave; su rostro, de mármol. Saluda en silencio a jefes y oficiales que rodean el cadáver. Es un momento difícil. Pero los oficiales quedan más conformes, tienen más esperanzas. ¿Se hará justicia ahora a Varela? ¿Lo ascenderán post-mortem? ¿Dirá el presidente de la Nación en forma oficial los méritos del comandante?

¡No... se equivocan! No habrá definiciones. Esta tragedia de la Patagonia se resolverá en otro terreno. Entre los dos sectores en disputa. A balazo limpio. Habrá justicia por propia mano, sin esperar definiciones de los altos poderes, porque no las habrá. Ni para un lado ni para el otro.

En ese lugar y en ese momento en que está don Marcelo T. de Alvear se origina un incidente entre los periodistas y un extraño joven que habla a los gritos, pero de apariencia fina, pelo ensortijado y mirada penetrante. Este joven que nadie sabe cómo se ha metido en el regimiento quiere impedir a los periodistas pasar al lugar donde se halla el cadáver. Grita y amenaza con agujerearlos a tiros a todos los periodistas. ¿Quién es? Es un miembro de la Liga Patriótica Argentina. Se llama Jorge Ernesto Pérez Millán Témperley, ex sargento de la policía de Santa Cruz. Y será el protagonista del tercer capítulo de esta sangrienta secuencia.

El decreto de honores del gobierno de Alvear es una cosa muy chirle. Ni ascenso ni demasiados elogios para el comandante Varela. Pero eso sí, causa extrañeza la ostensible y llamativa presencia del ex presidente Hipólito Yrigoyen en el velatorio del Círculo Militar. Ha aparecido rodeado por todos sus ex ministros y allí, en absoluto silencio y adusto ceño, ha velado a su ex correligionario. Hasta que aparece el presidente de la Nación. Yrigoyen aguardará unos minutos y luego, así como llegó —con todos sus ex ministros—, se irá.

Para los "iniciados" eso significa una demostración cabal del enfrentamiento entre los dos prohombres del radicalismo. En cambio, algunos militares yrigoyenistas interpretarán el hecho como una demostración de desprecio del "peludo" a Alvear por no haber sido este capaz de ascender a un militar radical que se había jugado la cabeza por el partido en 1905.

Al salir a la calle, Yrigoyen recibe el saludo de sus correligionarios que le alcanzan la mano y lo tocan. Sube a un coche con Elpidio González y ordena en voz alta para que lo oigan: "¡a la Chacarita!" Pero a pesar de todo esto, don Hipólito notará la frialdad de los oficiales que en un estado emocional especial se agolpan junto al féretro. Es como si se sintieran traicionados.

Desde ayer están clavados junto al ataúd. Desde que lo sacaron del 2 de Infantería para entregarlos a los familiares, que lo estuvieron velando en su casa de la calle Fitz Roy. A las 8 de la mañana del viernes 26 lo han sacado de allí —en medio de un clima emocional indescriptible— y lo han llevado a la morgue judicial, donde los médicos legistas Klappenbach y del Solar hacen la autopsia: doce heridas graves producidas por la bomba y cinco balazos en la parte superior del cuerpo (dos balazos le han interesado la aorta). Parece que al alemán Wilckens no le ha temblado la mano.

De la morgue lo llevarán al Círculo Militar donde lo aguarda una delegación especial encabezada por el general Broquen, el coronel Pómez, el teniente coronel De la Cuda, los tenientes de la Ciena y Lezica y un piquete de la escuela de Caballería. El Jockey Club también está presente por intermedio del Dr. Joaquín de Anchorena, el general Munilla y el capitán de fragata Guisa Sierra.

Y también está la Liga Patriótica Argentina con su delegación encabezada por el infaltable Manuel Carlés —todo vestido de negro, pechera blanca, moño volador y galera— seguido por el general Pablo Ricchieri, Alberto Cáceres, Ezequiel Pereyra, Francisco Zerda, y otros, con representantes de la Asociación Pro-Patria de Señoritas y de la Liga Patriótica de Chile y del Club Hípico Argentino.

La Liga Patriótica Argentina ha salido a la palestra con un detonante comunicado. En él se consigna "su público protesta por el bárbaro crimen" y que se "tributarán al extinto los honores que corresponden a los que caen en el cumplimiento de su deber". Se pasa una circular telegráfica a todas las brigadas metropolitanas a fin de que concurran en corporación al acto del sepelio y se invita especialmente a las autoridades centrales de la Liga, comisiones internas, y junta de señoras y señoritas. Además de una circular telegráfica a todas las brigadas metropolitanas y del interior. La Liga Patriótica está alerta.

Y Alvear se tiene que tragar la Liga Patriótica, como Hipólito Yrigoyen.

A las 16.30 de ese bochornoso viernes de enero, con casi cuarenta grados, se saca el ataúd del Círculo Militar. Transpiran los militares bajo sus pesados uniformes y los políticos con sus cuellos de brillo y sus conciencias no muy tranquilas. Y los carruajes se van deslizando por calle Florida ante una verdadera multitud de porteños. ¿Qué piensan todos esos hombres del pueblo, que bordean la calle en compacta multitud, todos bajo el rancho pajizo característico del hombre del verano de aquellos tiempos? Sí, es una abigarrada

multitud que se ha dado cita pese a los destructivos rayos del sol para ver "enterrar" al comandante Varela. ¿Qué es?, ¿curiosidad?, ¿indignación? ¿Qué clase de ironía se dibuja en esas mentes vivas de los porteños de la década del veinte al ver pasar tanto militar, tanto personajón político con una falsa máscara de dólor? Ahí va Varela, con sus doce heridas y sus cinco balazos. El pobrecito no es nada más que una víctima de tantos intereses financieros y políticos. Pero tendrá un entierro de lujo, con todos los honores.

En la Chacarita, despedirán sus restos nada menos que el general Agustín P. Justo, el coronel Julio Costa, el capitán de fragata Eleazar Videla, por la Marina; el general Pereyra y el Dr. Manuel Carlés por la Liga Patriótica Argentina y, por último, el único que dice la verdad, el capitán Elbio Carlos Anaya, el segundo de Varela, uno de los que puso la cara y cumplió las órdenes en la Patagonia. El capitán Anaya se desborda en su discurso. Sin nombrarlos acusa a Alvear, a Justo y a Yrigoyen. Y finaliza diciendo con voz ronca de combatiente, como para que la historia ya no tenga duda en cuanto a los responsables de la matanza de la Patagonia: "El comandante Varela se limitó siempre a cumplir con lo que se le ordenaba".

Durante las palabras de Anaya hay un silencio molesto. Pero una vez depositado el ataúd, la multitud se desparrama un poco más aliviada.

Total, la historia seguirá su marcha. La vida seguirá su marcha. Varela es un caído más. Y está enterrado.

Mientras tanto, Kurt Gustav Wilckens tiene que aguantar las consecuencias previstas de su acto. No bien llegado a la comisaría empieza la tarea de ablandamiento. Responde con cortesía a todas las preguntas acerca de su identificación: Kurt Gustav Wilckens, de 36 años de edad, hijo de August Wilckens y de Johanna Harms. Su madre ya falleció pero su padre vive en Alemania, lo mismo que sus cuatro hermanos. Ha nacido en Bromsted, distrito de Seegeberg, provincia de Schleswig-Holstein el 3 de noviembre de 1886. Mide 1.76 m, de cuerpo mediano, cabello rubio, frente ancha y ojos color azul claro. Así figura en el prontuario 44.797 del 13.V.1921 de Orden Social. Allí aparece que en los medios anarquistas actúa también con los apellidos de Christensen o Larson.

Wilckens abandonó Alemania siendo muy joven para establecerse en Estados Unidos. Allá fue minero y entabló relaciones con un grupo de anarquistas nórdicos. Durante la primera guerra mundial fue internado en un campo para civiles alemanes donde estuvo desde el 11-8-17 hasta el 27-3-20, según un documento del Comité Internacional de la Cruz Roja. Dejado libre, se dedicó a la lucha obrera. Era hombre de vanguardia en huelgas y manifestaciones. Por eso mismo se lo expulsó de Estados Unidos teniendo que regresar a Alemania. Poco después embarcó en el vapor "Brabantia" rumbo a Buenos Aires, donde llegó el 29 de setiembre de 1920. Aquí no se le permitió la entrada pese a que tenía en su poder certificado de buena conducta de la policía de Bromsted, y un pasaporte alemán en regla. El director del departamento de Inmigración, Remigio Lupo se opuso tenazmente a dejar entrar al ácrata al país. El departamento jurídico del partido Socialista se hizo cargo de la defensa de Wilckens, presentando un recurso de hábeas corpus. Finalmente, el juez Jantus, falló a favor de la entrada del ciudadano alemán, aplicándole una multa de mil pesos al funcionario Lupo por extralimitarse en sus poderes. Fue un fallo muy discutido en ese tiempo. En contra de Wilckens se había presentado un recorte de un diario norteamericano que llamaba a Wilckens "el rojo más peligroso del Oeste".

Wilckens contesta a la policía en su mal castellano todos sus datos personales. Pero cuando lo empiezan a interrogar sobre el atentado parece olvidar repentinamente ese idioma y sólo sabe decir: "Fuí yo sólo, único autor. Yo solo fabriqué la bomba. Acto individual".

Eso es todo. No logran más nada. Al obrero hay que trasladarlo porque está perdiendo mucha sangre y a ratos se marea y comienza a perder el conocimiento.

Mientras tanto una comisión policial al mando del auxiliar Zabala se dirige a la casa de la calle Sarandí 1461, en el barrio de San Cristóbal. Allí, a los fondos, en una pequeña habitación de madera vivía Wilckens. La comisión policial es recibida por el encargado de la casa, quien informa que en esa habitación vive un señor extranjero muy correcto de apellido Normann. Todos los



inquilinos del limpio conventillo atestiguan de que Normann (Wilckens) es un hombre culto y educado.

El oficial Zabala anota y cuando al "gallego" Barbera se le acaba la cuerda comienza el allanamiento de la pieza de Wilckens, entre el alboroto del vecindario y la alegría de los pibes del conventillo cuando ven volar hacia el patio las cuatro cositas del obrero alemán.

En el segundo patio se van amontonando las intimidades de Wilckens: un retrato de Kropotkine (no podía ser de otra manera), otro del escritor León Tolstoi, un tercero de una chica de rasgos germánicos —que posteriormente Wilckens dirá que se llama Erika y es su novia que vive en Hamburgo—; libros en gótico alemán (que el parte policial para hacer más de rutina el informe dirán que están escrito "en ruso"), una mesita, una vela, una escoba, una manta de algodón, un cajón pulido que hace de bando, un catre y varios cuadernos para estudiar castellano.

Eso es todo. Las cosas han ido volando al patio. Pero el momento culminante que lleva algarabía a los chicos y abre los ojos a la curiosidad un tanto morbosa del vecindario es cuando uno de los vigilantes rompe a patadas los cuadros para ver si "hay algún mensaje secreto" dentro de los mismos.

Río Gallegos en el invierno de 1923. Había vuelto la tranquilidad al territorio. La nieve había cubierto ya los cadáveres de los infelices que habían pagado con sus vidas su derecho de huelguistas.



La policía no se chupa el dedo. Intuye y sabe que Wilckens no ha actuado por sus propios medios. En su habitación no hay ningún indicio de que él haya fabricado la bomba. Y es una bomba que últimamente se han lanzado repetidamente contra las panaderías: objetivo predilecto de los anarquistas. Ellos no dicen: todo el poder a los soviets sino: hay que quemar tranvías o hay que meterle una bomba a un panadero. Una idea universal tan generosa como el anarquismo se pierde en la anécdota del terrorismo sin sentido.

La policía sabe muy bien de los conciliábulos anarquistas y la disciplina de esos extraños hombres. Se imaginan que en el complot, los dirigentes han preguntado quién se ofrece para matar a Varela. Y que de los que se han ofrecido han elegido a Wilckens. Primero, porque lo saben bravo, segundo, por que por ser alemán lo consideran disciplinado, y tercero, porque no tiene familia, tiene sólo una novia, Erika, y ellos no se paran en conceptos "burgueses". Ellos saben que Wilckens no hablará.

Y mientras sucede, por supuesto, todo esto, porque la policía tiene que descubrir, porque sino empiezan a protestar todos, desde la Sociedad Rural hasta las Damas de Beneficencia, se producen las primeras detenciones. El primero es un pobre diablo llamado Anarquisto Martín. Es hermano de un pintor de brocha gorda que acostumbraba a almorzar en una fonda con Kurt Wilckens. Parece que a Anarquisto Martín, la policía lo aporrea. O por lo menos se le va un poco la mano. Lo cierto es que este individuo protesta su inocencia y declara que la culpa de todo lo tiene su padre por haberle puesto Anarquisto de nombre. Que él es un trabajador y nada más. A las 48 horas lo sueltan a Anarquisto sin poder haberle sacado nada positivo.

El juez doctor Malbrán que interviene en la causa del asesinato de Varela es un hombre muy tranquilo. Recién concurrirá al lugar del atentado luego de dormir la siesta, a las 16, a pesar de que al comandante Varela lo han matado a las 7. Malbrán es un hombre de cuna que no comprende a estos extranjeros que vienen a la Argentina a tirar bombas. Y entonces su pregunta clásica, de hombre creyente es la siguiente:

—¿Está usted arrepentido de lo que ha hecho?

Wilckens, idiomáticamente y por convicción ideológica, no comprende lo que quiere decir "arrepentido" y hay que dar muchos rodeos para explicarle lo que quiere decir. Y cuando lo logran, el alemán se olvida de la diferencia de idiomas y responde en forma cortante:

—¡NEIN, oh, Nein!

Luego vendrán las otras preguntas. Se le inquiere por qué aprendió a tener tanto odio al comandante Varela.

—Porque escuché en varias conferencias y leí varios escritos sobre su hazaña de matar obreros en la Patagonia. Y lo maté para que no mate más a nadie.

El juez examina detenidamente el casco de bronce de forma esférica de la bomba utilizada. Adentro iba cargado de pólvora, con trozos de acero y balines, y un tubo con ácido sulfúrico. Investigan la vida de Wilckens desde su llegada al país. De Buenos Aires viajó a Bahía Blanca donde trabajó de lavacoches, de allí fue a Cipolletti a la recolección de la fruta. Terminado esa

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

tarea trabajó como peón de una chacra de un paisano suyo en Villa Iris (Puán).

Pero Wilckens parece un personaje de Knut Hamsun. Es el nórdico del eterno vagar y buscar nuevos horizontes. De Villa Iris volverá a Bahía Blanca donde escucha los pavorosos relatos de los fusilamientos en el lejano sur.

Es evidente que el relato de los episodios ha impresionado al anarquista. Volverá a Buenos Aires para retomar contactos con sus compañeros de ideas. Pero antes trabajará unos meses en Ingeniero White de estibador para hacerse de unos pesos. En Buenos Aires volverá a trabajar de lavacoches en un garage. Todos los días se reúne con sus amigos en un local anarquista de la calle Estados Unidos, cena en alguna fonda cercana y se dirige a su pieza donde se queda leyendo todas las noches "libros de grandes hombres", como dirá él.

En la misma tarde del atentado, la policía hace la infaltable redada de anarquistas y deja tres en calabozo. Además hay testigos que han visto a Wilckens rondar todas las mañanas por la esquina de Fitz Roy y Santa Fe. La sirvienta Fermina González —Fitz Roy 2493— declara que lo veía desde hacía unos quince días cuando ella barría la vereda pero que había creído que la rondaba a ella, ya que el hombre rubio le sostenía la mirada.

En sus declaraciones, Wilckens admitirá que acechaba a Varela. Dirá que el día elegido por él para el atentado había sido el sábado pasado pero que sorpresivamente el militar había salido acompañado por tres de sus pequeños hijos hasta una plaza cercana y que él no quería hacer daño a ningún ser inocente. Lo mismo ocurrió en los días subsiguientes, en que la esposa de Varela acompañaba al comandante hasta la estación Pacífico.

Pero por más que Wilckens declare que ha sido el único responsable, la policía tiene el testimonio de varios conscriptos y testigos de que en la esquina de Fitz Roy y Santa Fe lo vieron conversar con un soldado. Y en el 2 de Infantería descubren a un conscripto que últimamente ha estado pasando prospectos sobre los fusilamientos patagónicos y que además es estudiante de química. Al soldado Badaracco lo traen esposado y luego de la primera sesión de "ablande" empieza a cantar. Dice que efectivamente habló con Wilckens en la esquina de Santa Fe y Fitz Roy pero fue un encuentro de casualidad y estuvieron hablando de cosas circunstanciales. En cambio Wilckens se mantiene firme y dice que nunca vio ni conoce a ningún soldado de apellido Badaracco. La policía está segura de que fue Badaracco quien le señalo a Wilckens quien era Varela. En seguida es detenido el ácrata Manuel Rita sindicado como el organizador de la reunión donde Wilckens fue designado para el atentado.

La policía y el juez ha encontrado la primera contradicción: mientras Wilckens se mantiene firme y dice no conocer a Badaracco, este declara que "hace mucho que lo conoce". Entonces se resuelve hacer un careo sorpresivo. Hacen entrar a Badaracco a la enfermería donde Wilckens está postrado. El alemán pone ojos de ausente pero el soldado se le aproxima con la mano extendida y le dice: —"¿Cómo está, camarada Wilckens?"

Ante esta situación, Wilckens no puede menos que extenderle la mano. El interrogatorio aprieta. Preguntado Wilckens por qué había negado que conocía a Badaracco manifestó que, a pesar de que hace aproximadamente un año y medio le fue presentado ignoraba su nombre pero que al verlo lo reconoció. Wilckens insiste en no tener cómplices agregando que fabricó la bomba en su habitación con elementos que adquirió en diversos comercios cuya dirección no recuerda. El juez le pregunta si sería capaz de fabricar una nueva bomba a lo que aquél contesta que no, porque no tenía las fórmulas que sacó de varios libros que le prestaron compañeros anarquistas en Estados Unidos. Agrega que de ellas se sirvió para fabricar esta bomba y después las destruyó.

Termina el careo. Al separarse Badaracco le extiende la mano al herido y le dice:

—Hasta la vista, compañero.

—Auf Wiedersehen, y lleve recuerdos a los compañeros —responde Wilckens.

Cuando el conscripto custodiado por los agentes llegó al corredor, distante 6 metros de la cama donde se hallaba Wilckens, se volvió y ambos se saludaron sonriendo.

Badaracco declarará posteriormente que cuando Wilckens llegó al país no se le podía entender porque sólo hablaba alemán e inglés. Se entendían a través de Arrigoni, quien entendía algo de inglés. Agrega que Wilckens sufrió un accidente ferroviario en Bahía Blanca donde fue llevado a un hospital. De allí escribió a Arrigoni quien le preparó una cama en su habitación de la calle Sarandí. Cuando Wilckens llegó a Plaza Constitución estaba muy debilitado y pasó algunas semanas en cama siendo visitado por sus compañeros de ideas todos los domingos organizándose así interesantes ruedas de conversación. Agrega Badaracco que el día del atentado él estaba de guardia en el Hospital Militar y que de allí lo sacaron esposado quitándole un folleto sobre los fusilamientos de Varela y un libro del anarquista argentino Apolinario Barrera.

Todo eso es lo que podrá comprobar la policía y el juez. Nada más. A los pocos días el magistrado tendrá que poner en libertad a todos los anarquistas por falta de méritos.

Ese primer domingo en la Penitenciaría permanece Wilckens rigurosamente incomunicado. A través de los muros escucha los sones de la banda del Ejército de Salvación que ha concurrido a la cárcel para ofrecer un concierto a los presos. En tanto, los anarquistas se dan el lujo de hacer una concentración en Plaza Constitución para hablar de los fusilamientos de la Patagonia y de la venganza de Wilckens. Interviene la Policía y se lleva a diez ácratas al calabozo.

En cambio los barrios porteños tienen otras preocupaciones. En una semana comienza el carnaval y es día de gran ensayo de los conjuntos carnavalescos que aspiran a la corona del corso oficial de la Avenida de Mayo. La Prensa informa que ya se hallan anotados las agrupaciones, comparsas o murgas llamadas; "Los nenes de mamá", "Los hermanos Triqui-Traca", "Los curiosos", "Los hambrientos", "Los sobrinos de Manya y Dormi", "La familia Scarola", etc. La ingenuidad de los

nombres nos dicen de la forma que tenía el porteño de divertirse a su modo.

Vamos a reproducir ahora un reportaje a Wilckens que hizo el diario "La Razón" en esos días, luego de que se le levantara la incomunicación. Es el último testimonio vivo sobre él, antes de que cayera aniquilado en su celda. Al periodista le permiten pasar hasta el lecho del enfermo. Le ofrece un cigarrillo que Wilcksen acepta agradecido. La fotografía ha captado el momento en que el preso mira atentamente a los labios del periodista para poder entenderle bien. "Wilckens habla dificultosamente el castellano —dice el cronista— pero lo suficiente para hacerse entender. Por otra parte es hombre de pocas palabras, que piensa lo que dice y elige la frase cuando el asunto es de su agrado, pero que tiene la negativa a flor de labio con rotundos y continuados 'no sé', si se trata de temas que le resultan incómodos. En sus palabras, Wilckens trasparenta un carácter violento, de mucha energía, pero dominado por momentos, y que esconde toda la vehemencia que hay en su fondo. Es Wilckens como se dijo en un primer momento, un anarquista irreducible. Ha leído mucho e interpreta los libros a su manera excluyendo a todos los que no están dentro de su teoría. Carece de cultura literaria y está aferrado en su concepto general de reforma social no encontrando otra panacea para todos los problemas que la anarquía. En el análisis, falla fundamentalmente y demuestra que sus lecturas son fragmentarias y hasta podría decirse rudimentarias. Obcecado en su concepto general se coloca fuera de la realidad y divaga. En su anarquismo absoluto no transige ni siquiera con los soviets de Rusia, a los cuales considera igual a los demás gobiernos burgueses. Cuenta que fue a la escuela en Alemania durante 9 años y luego pasó a un instituto de jardinería. Hizo el servicio militar dos años en un regimiento de infantería. Se trasladó luego a Estados Unidos donde fue minero y allí se hizo anarquista. Manifiesta que la mayoría de sus amigos son anarquistas con los cuales se reunía en donde se encontraban y en determinadas bibliotecas a las cuales acudía a leer sus libros favoritos. En esos sitios se vio con el conscripto Badaracco 'el estudiante', como él lo llama, recalcando la frase. A su juicio, Varela había obrado inhumanamente en los fusilamientos. Resuelto a cometer el atentado dice que seis semanas antes del hecho se trasladó a El Palomar con el objeto de conocer personalmente a Varela teniendo como datos para individualizarlo que era el único militar de esa graduación que usaba en su uniforme los distintivos e insignias de la Escuela de Caballería. Lo vio en la estación y lo siguió a esta capital comprobando su domicilio. Ya con su presa a la vista, Wilckens relata que diariamente iba a la calle Fitz Roy a las 5 ó 6 de la mañana y lo seguía resuelto a cometer el atentado pero que hubo de postergar el crimen en diversas ocasiones porque a veces lo encontraba en compañía de unos niños y otras se le cruzaban personas a las cuales no quería hacer víctimas de la bomba. Su propósito era huir pero las heridas se lo impidieron. Cree que la policía abusa al detener a Badaracco y a cualquier otra persona dado que el atentado 'le pertenece a él exclusivamente'. Cierra el reportaje diciendo que no está arrepentido".



El joven Pérez Millán Témperley el mismo día en que mató al anarquista Kurt Wilckens. En sus ojos y su expresión hay una decisión fanática, de adolescente, aunque tenía unos años más que eso.

Debemos aclarar que "La Razón" era el diario que defendía la tesis de la Liga Patriótica Argentina y, al contrario de "Crítica", trataba de destruir al anarquismo con su prédica.

La sangre derramada en la Patagonia pronto tendría otra víctima más. Estaba pronto para iniciarse el tercer capítulo, tal vez el más oscuro de todos. Su protagonista será un joven de la alta sociedad, Jorge Ernesto Millán Témperley. Y aunque todos los indicios conspiran contra su persona, no quisiéramos ser injustos. Aunque es difícil de tnterpretar su hecho y su personalidad.

La muerte de Varela causó una profunda conmoción en el pueblo. Pero una distinta conmoción a lo que se sintió en el otro hecho tan similar que tiene la historia de nuestro siglo: la muerte de Falcón por Radowitzky. Desde el punto de vista de la opinión subyacente del pueblo, Falcón había "fusilado" a los obreros el 1º de mayo rojo de 1909 y Varela había "fusilado" a los obreros de la Patagonia. Pero en el primer atentado había algo más de rebelión, de ruptura

con los poderes y, el mismo apellido del muchacho judío-ruso hacía trasladar la imaginación del porteño a la región de los Balcanes o a las calles de Petrogrado dándole un tinte extranjero, de un misterioso peligro que se cernía en las esquinas de la soleada Buenos Aires.

En cambio, en lo de Varela había algo de toma y daca, de lucha entre iguales. El mismo autor del atentado era un hombre más bien apuesto, con algo de figura romántica, era un obrero, sí, pero con algo de cultura. No tenía las orejas pantallas como Simón ni era un hombre salido del "ghetto". No era un desesperado como el pobre Simón Radowitzky.

Además en el primer atentado la clase alta gobernante respaldó totalmente la figura de Ramón L. Falcón. Tuvo nombre de calles, monumentos, actos, placas, un permanente recuerdo a su figura que todavía hoy se mantiene. En cambio, al comandante Varela se lo dejó solo. El homenaje que le hizo la Cámara de Diputados estremece por su frialdad. Un solo diputado —el yrigoyenista Felipe Alfonso, de la Capital— dijo apenas cuatro palabras de circunstancias sobre el consabido "militar pundonoroso". Y nada más. Ningún otro diputado se adhirió al homenaje, ni el jefe del bloque radical, ni el presidente de ninguna comisión, nada. Dicha las cuatro palabras sobre el militar que acababa de caer en el atentado, la cámara, en un silencio molesto, pasó a tratar "los temas en carpeta". En el Senado, nada, ni una palabra.

Por su parte, el diario yrigoyenista "La Epoca", que al día siguiente de la muerte de Varela trae una verdadera apología de este jefe militar, se ve en la obligación de rectificarse un poco en la siguiente edición. Alguien ha dado instrucciones de poner los puntos en claro y en un extraño editorial se dice: "Lamentamos tener que enrrostrar una nueva perfidia y esta vez de la peor índole cuando se permite afirmar que el teniente coronel Varela en su segundo viaje al sur llevaba órdenes terminantes del P. E. que, según la manera maliciosa de decir, querría significar que iba con instrucciones semejantes a los hechos que la maldad de cierta prensa le ha atribuido. Falso, absolutamente falso. El teniente coronel Varela recibió del ministro de Guerra las mismas instrucciones que la primera vez y que fueron la regla de la conducta notoria del gobierno que ha terminado por pacificar todas las cuestiones sociales y políticas de la república. **De tal manera, pues, que si fuera posible admitir que el teniente coronel Varela hubiera cometido alguno o algunos de los hechos que malévolamente se le imputan habría faltado temerariamente a las instrucciones recibidas de su gobierno".**

Es decir, en una palabra: si hubo fusilamientos eso va por cuenta y riesgo de Varela y no del gobierno de Yrigoyen ya que, como dice más adelante "La Epoca": "la república entera sabe cuánta magnimidad profesó y sostuvo a todo trance el gobierno anterior y en todo sentido para resolver pacíficamente los problemas sociales.".

Pero es de hacer notar un hecho curioso que habla a las claras de esa figura extraña que fue don Hipólito Yrigoyen. Si bien no hizo nada por borrar la leyenda negra de Varela o por reivindicar su figura, se preocupó por su familia. El fue quien movió los hilos para que el Estado le regalara a la viuda y a sus ocho hijos la casa de la calle Fitz Roy. Era una casa construida con préstamo del Banco Hipotecario, que Varela recién había comenzado a pagar. Yrigoyen habló con el directorio y Alvear estuvo de acuerdo. Fue un gesto muy radical porque hasta estaba en contra de la carta orgánica de la institución. Pero Yrigoyen aconsejó que se hiciera aparecer como una donación voluntaria del personal superior del Banco. Y así se hizo.

Tal vez el "Peludo" con ese razonamiento tan suyo habrá pensado que más útil para la vida y los hijos era un techo y no la gloria del muerto. El 6 de mayo de 1923, el personal superior del Banco Hipotecario concurrió en delegación hasta la calle de la calle Fitz Roy y le entregó las escrituras a la viuda.

Después vino el silencio. Que hasta costó y cuesta romper entre los militares. Por eso a muchos les pareció extraño que el 24 de enero de 1943 el entonces jefe del acantonamiento de Campo de Mayo, el coronel Elbio Carlos Anaya —su segundo en la campaña patagónica— presidiera una ceremonia durante la cual se descubre una placa de bronce en la puerta Nº 5 en memoria del comandante Varela. La ceremeonia se repetirá una segunda vez, el 25 de enero de 1962, en que se descubre otra placa en el 10 de Caballería y se coloca una palma de flores en el Panteón Militar de la Chacarita donde están sus restos.

Las elecciones del 4 de febrero de 1923 hacen olvidar un poco a los porteños el drama de Palermo. Se elige senador nacional. La campaña es dura pero no hay hechos de violencia, salvo los provocados por los anarquistas que no quieren dejar lo de Wilckens como un hecho aislado y la emprenden — de acuerdo a una vieja costumbre— a bombazos contra las panaderías. Además inican una acción para boicotear los comicios. En el café de Triunvirato 860 detienen al mozo Ramón Menéndez, español, de 36 años, mientras repartía boletas para las elecciones con la inscripción: "Voto por la libertad de Kurt Wilckens". El español detenido era dirigente de la Sociedad Internacional de Mozos y de la Sociedad de Resistencia de Mozos. Pero pasan los comicios y ya todo Buenos Aires tiene ojos y oídos sólo para el español. Euforia sólo interrumpida levemente por dos nuevos atentados anarquistas (esta vez bastante feroces) contra la Asociación Mutua de Obreros Panaderos (amarilla, según ellos) de Ombú 214, y en la Agencia de Colocaciones para Panaderías, de Lavalle 1214. Hay 5 heridos y 30 anarquistas detenidos. Pero todo esto no tiene mucha trascendencia porque los porteños lo definen como una "guerra privada entre gallegos panaderos".

Según un comentario de "La Prensa" los carnavales de 1923 han sido "una gran muestra de cultura". Salvo una fenomenal pelea en el interior de un tranvía entre muchachones e integrantes del centro clowns "Victorio y su cría" donde hubo cuchilladas y algunos heridos greves,

y la riña a sillazos y botellazos entre la comparsa "¡Qué quiere con su elegancia!" y una murga de Mataderos, todo ha salido a las mil maravillas, amén de la camada infaltable de chilenos carteristas detenidos.

A todo esto el juez Dr. Malbrán ha tenido que darse prisa en el caso de Wilckens. Su nombre ha salido bastante maltrecho por presentarse al lugar del hecho recién después de dormir la siesta el día del atentado a Varela. Los militares han protestado de tal forma que el mismo Alvear ordena una investigación sobre la conducta del juez. Por eso, a los seis días del atentado, Malbrán dicta prisión preventiva contra Wilckens y ordena el embargo de sus bienes por 50.000 pesos. Para el juez, detrás del atentado hay "asociación criminal de anarquistas liberados.

A mediados de abril de ese año —tres meses después del suceso— Wilckens ya se puede parar con muletas. O las heridas eran muy graves o no se han preocupado mucho por curarlo; la cuestión es que según el último médico que lo revisó para hacerlo trasladar a la cárcel de encausados de la calle Caseros, tendrá que usar dichas muletas mientras viva. Y así es. Claro que el médico no debe haber calculado que al anarquista le quedaban algo menos de dos meses de vida.

Dado de alta a Wilckens se lo traslada al pabellón segundo de la cárcel de encausados. Este se componía de 24 celdas en la planta baja y tres en la alta. Allí están los presos de buena conducta y aquellos a quienes se quiere aislar de los demás penados. Wickens ocupa la primera de las celdas de la planta baja. Es una figura simpática entre los carceleros y los demás presos. En los recreos de los domingos lo rodean porque, aunque en su dificultoso castellano, hace relatos sobre su vida como soldado del Káiser y como minero en Estados Unidos. La celda es pequeña.

Ya estamos a mediados de junio. El jueves 14 —día de visita— lograron verlo su abogado —el director Prieto— y dos amigos anarquistas. Le llevan dos bolsas con fruta. Wilckens relata a su abogado que las amenazas de muerte han aumentado en los últimos días. Algunos carceleros le han dicho que lo van a tratar de envenenar con la comida y que hay un complot de la Liga Patriótica para asesinarlo. Aunque Wilckens trata de restar importancia a los rumores, el doctor Prieto entrevista al director de la cárcel para denunciarle el hecho y reclamar seguridades.

Pero el complot para matar a Wilckens yo está en marcha y la reclamación de Prieto, antes de frenar las intenciones de los vengadores las hace apresurar.

La noche del viernes 15 es para Wilckens otra más. A las 9 hay que estar en el lecho según el reglamento carcelario. Por última vez recorre con su vista las paredes que lo encierra, a él, un transhumante, un libertario. Allí están todos los muebles: dos caballetes para sostener la tarima sobre la cual se asienta el colchón de paja. Y la repisa donde están sus libros no políticos más queridos: el "Werther" y el "Hermann y Dorotea" de Goethe y "Hambre" de Knut Hamsun, además de un tomo de "Cómo aprender castellano". Al lado de ellos están los bolsos con las frutas que le han traído dos "gallegos", fieles compañeros de ideas.

Wilckens se duerme, con ese cansancio infinito que invade a esa hora a los presos y a los pájaros enjaulados. Ya sólo despertará para morir.

El complot ha calculado bien los detalles. Su brazo ejecutor será Jorge Ernesto Pérez Millán Témperley, joven de familia aristócrata, miembro de la Liga Patriótica Argentina y pariente político lejano del teniente coronel Varela (su hermana estaba casada con el capitán Alberto Giovanelli, hermano del mayor Jorge Giovanelli cuya hermana, a su vez, era la esposa del comandante Varela).

Comienza la última noche de Wilckens. A la hora en que él tiene que ir a su lecho, el consagrado escritor Leopoldo Lugones habla sobre nacionalismo en el local central de la Liga Patriótica Argentina.

Hace mucho frío en las celdas y en el pasillo. Las celdas de los presos de buena conducta tienen la puerta abierta de noche por si tienen necesidad de utilizar los retretes generales. Por el pasillo se pasea una figura nerviosa en uniforme de guardiacárcel pero que nada tiene en común con esa gente. Es un joven espigado, de tez bien blanca, de apariencia casi femenina, de rasgos finos y ojos grandes e inquietos. Es la primera vez que hace guardia en ese pabellón. Se pasea nervioso y observa detenidamente —a través de la puerta entreabierta— el sueño del preso de la primera celda: Kurt Wilckens. Faltan ya veinte minutos



Esta es la escalera de mármol, tal cual se conserva hoy, que subió Kurt Wilckens cuando se sintió herido por su propia bomba y que luego bajó para vaciar su revólver contra Varela.

para que termine su guardia. Ahora es el momento. Entra sigilosamente en la celda iluminada. Por reglamento todos los presos duermen con la luz prendida: nunca deben gozar de oscuridad completa.

Allí, durmiendo, está el anarquista extranjero. Una de sus muletas está apoyada contra la pared y la otra al borde de la cama, a su alcance, para poder incorporarse. Pérez Millán Témperley lleva el máuser con ambas manos. Con el caño del mismo empuja brutalmente en la espalda del hombre dormido, que se incorpora como tocado por electricidad y mira al carcelero.

—¿Vos sos Wilckens?

—Jawohl —responde en alemán el sorprendido preso.

Y ya el índice de Pérez Millán aprieta el gatillo y sale la bala a quemarropa. En pleno pecho. Entra un poco por encima del corazón y luego de destrozar el pulmón izquierdo sale por la espalda.

Así fue muerto Wilckens. Los defensores de Pérez Millán dirán luego que el disparo lo hizo por la mirilla (cosa totalmente imposible) o por la puerta entreabierta. Pero la verdad se sabrá en la última carta que escribió Pérez Millán Témperley antes de su muerte. Le disparó a quemarropa.

El disparo —que se fue a incrustar en la pared del fondo de la celda a una altura de sesenta centímetros del suelo— retumbó en celdas y pasillos como un opaco golpe de bombo. Comenzaron a despertarse los presos y a correr los carceleros. Pérez Millán está sumamente nervioso— hace un gesto como si quisiera cerrar la puerta de la celda para cubrir su hecho de sangre. El inspector Luis Conti declarará que las primeras palabras de Pérez Millán, al preguntársele qué había sucedido, fueron las siguientes:

—Yo he sido subalterno y pariente del comandante Varela. Acabo de vengar su muerte. Su voz suena como si estuviera a punto de estallar en sollozos.

Agrega que primero despertó al preso, le preguntó su nombre y recién entonces le descerrajó el balazo.

Minutos después acude el médico de la cárcel, doctor Mazza. El hombre está con vida, dice, pero no podrá resistir más de dos o tres horas. Lo llevan a la enfermería y allí lo dejan, tomándole el pulso de vez en cuando para ver si todavía vive. Pero el anarquista lucha con la muerte. Abre los ojos. No habla. Cuando a las 7 de la mañana



El correo de Río Gallegos, (foto obtenida en 1922) centro de comunicaciones del tte. coronel Varela.

entra su abogado defensor, doctor Prieto, se le iluminan los ojos. Así aguantará Wilckens más de 24 horas, hasta expirar a las 3.10 de la madrugada del domingo.

Mientras tanto, la voz se va corriendo por Buenos Aires: balearon a Wilckens en su celda. Aunque los diarios de la mañana no han podido traer la noticia, no hay centro anarquista ni sindicato obrero donde no se sepa lo ocurrido en la ex prisión nacional.

—Va a ver jaleo por el lado de los obreros —le dicen a Alvear. El presidente, cuando le informan, tiene un gran disgusto y comienza a descargarse con sus acostumbrados gruesos ternos. ¡Bonita complicación! Ahora dirán que lo mandó matar el gobierno. ¿Cómo explicar algo que no tiene explicación? ¿Cómo Pérez Millán pudo entrar de guardiacárcel? Y ¿cómo es que le dieron de custodiar precisamente a Wilckens? Evidentemente, esta vez no se puede explicar todo por medio de la casualidad, porque nadie lo va a creer. Pero algo hay que hacer para calmar a la opinión pública especialmente a los obreros. Alvear pide un informe urgente del hecho al ministro de Justicia e Instrucción Pública, quien sin demora hace llegar al presidente el informe del teniente coronel Juan N. Zeballos, director de la cárcel de encausados. Pero el informe no dice más allá de lo conocido, no explica nada. Entonces Alvear da a publicidad el siguiente decreto: "Atento a los términos de la nota del director de la cárcel de encausados en la que da cuenta del atentado cometido por el guardiacárcel de tercera Pérez Millán en la persona del procesado Kurt Wilckens y siendo necesario establecer las verdaderas causas y circunstancias del hecho para adoptar la resolución administrativa correspondiente, se designa al doctor Lucas M. Fernández, jefe interino de la inspección general de Justicia para levantar una información sumaria a objeto de esclarecer las condiciones en que se ha producido el hecho debiendo también recoger todos los antecedentes que puedan relacionarse con el mismo como igualmente indicar todas las medidas que estime conveniente para evitar la repetición de hechos análogos".

Tal el resultado de la entrevista de 45 minutos que el ministro de Justicia y el jefe de policía mantienen con Alvear. Pero todo ese mamotreto de lenguaje redondamente burocrático no calma a los obreros.

Al contrario, a medida que pasan las horas la agitación crece en esa mañana fría de junio. Y cuando los diarios de la tarde salen con la noticia, cunde por la ciudad un clima de guerra. Es que para los anarquistas, Kurt Wilckens es héroe y mártir, cumplidor fiel del destino tradicional de los que se juegan por las reivindicaciones del hombre, los guardadores de la llama viva de la libertad. La mayoría de los dirigentes están en un estado emocional tal que cuando se encuentran sólo saben decir: huelga general por tiempo indeterminado. Y así es. Al escuchar la opinión de los líderes, los anarquistas más ortodoxos partidarios de la violencia se frotan las manos: ¡por fin ha llegado la oportunidad! ¡Adelante!

Ya a media mañana se tienen las primeras decisiones. Los primeros en declarar la huelga por tiempo indeterminado son los obreros panaderos. Luego le siguen los "chauffeurs", marítimos, pintores, aserradores, los "ladrilleros y anexos", los vendedores de nafta, albañiles y metalúrgicos. A



El árbol donde se abrazó Varela y el zaguán donde lo esperó Wilckens, con la escalera que subió cuando se sintió herido por su propia bomba. Un agente de la época monta guardia.

la una de la tarde la gente del centro recoge volantes con el siguiente manifiesto de los obreros del dulce: "Compañeros trabajadores: acabamos de recibir la noticia de una infamia sin nombre. El hermano Wilckens ha sido asesinado bárbaramente en la prisión nacional por un vil e inconsciente instrumento de los verdugos del pueblo. ¡Hermanos que sentís el dolor de vuestro hermano en vuestra carne! ¡Trabajadores víctimas de este régimen infame! ¡Esta es la hora! ¡La hora de demostrar que todavía bulle la sangre en vuestras venas y que hay sentimientos en vuestra alma!"

Al mediodía la FORA declara la huelga general por tiempo indeterminado. Poco después hace lo mismo la otra central obrera, la Unión Sindical Argentina, hecho que sorprende porque no se creía que la muerte de Wilckens iba a unir de tal manera a los divididos gremios obreros.

En los diarios de la tarde hay una profunda disparidad de criterios. Mientras "La Razón" publica la noticia diciendo en el título "Pérez Millán vengó la muerte del comandante Varela" (luego "Crítica" llamará a "La Razón" el "diario de Pérez Millán"), "Crítica" en un editorial de primera página hace la apología de Kurt Wilckens. Así informa a sus lectores en la quinta edición (es un artículo que traerá cola): "Wilckens, el matador del comandante Varela ha sido asesinado traidoramente esta mañana mientras dormía en

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

una de las celdas de la prisión nacional. El crimen no puede ser más pavoroso ni aparecer revestido de mayor crueldad ante la evidencia del nefando cinismo que trasunta esta empresa sangrienta, si llevada a cabo por un vulgar sicario prevista quizá en las tinieblas en que se escudan la cobardía ingénita y la abyecta avilantez de los réprobos. Wilckens fue para muchos, para la gran masa trabajadora, el vengador de los crímenes cometidos contra los indefensos trabajadores de Santa Cruz levantados en huelga".

"No es justicia —dice más adelante el editorial— la que mata por la espalda aprovechando hasta el sueño de sus víctimas. Allí se percibe el villano temblor del cobarde criminal que ni siquiera ha tenido ánimo de afrontar la serena austeridad de una mirada fluida de alumbramientos. Wilckens hubiera muerto igual, sonriente, de brazos cruzados, inerme, como estaba, en manos del oscuro sayón que se atrevió a cometer ese atroz asesinato. Hubiese muerto como un hombre fuerte, como un generoso soldado de las ideas libertarias que dan vigor y belleza a la médula social de nuestro tiempo".

Luego, en un esbozo de biografía, dice "Crítica": "Wilckens ni siquiera aceptó los buenos oficios de un defensor como tampoco aceptó recibir nada de sus amigos y correligionarios. 'Destinen todo eso al fondo de presos que lo necesitan más que yo. Les agradezco todo pero no tengo necesidad de nada', repetía a sus visitantes. Sereno sufrió los vejámenes de práctica de nuestra policía y de nuestras cárceles; sereno compareció ante los jueces; declaró lisa y llanamente la verdad sin hacer ningún alarde, sin proferir recriminaciones ni declamaciones inútiles, con igual serenidad, perfectamente tranquilo respecto de su suerte ulterior, fuerte en la conciencia del deber cumplido esperó que a su vez se cumpliera su destino".

Lo cierto es que el gobierno teme graves disturbios. El propio ministro Dr. Marcó visita la celda en la que fue herido Wilckens como para dar seguridad a la opinión pública de que se hará justicia y la investigación llegará a sus últimas consecuencias.

El alboroto es grande. Se puede decir que la indignación es general. Evidentemente el hecho no parece tener disculpas. Balear a un hombre preso, dormido e impedido de pararse por sus propios medios es un hecho por demás alevoso y cobarde. Hasta los altos círculos sociales se distancian prudentemente de la actitud de Pérez Millán Témperley porque notan que hay un fondo un tanto repugnante. "La Nación" y "La Prensa" se limitan a describir lo ocurrido. "La Razón" el único defensor de Pérez Millán comienza a insinuar que éste no estaba plenamente en sus cabales cuando cometió el hecho. El único que mantiene a prueba su solidaridad es el doctor Manuel Carlés, presidente de la Liga Patriótica Argentina quien solicita y logra visitar al detenido Pérez Millán.

El domingo por la mañana crece la agitación al conocerse el fallecimiento de Wilckens. Los anarquistas preparan una multitudinaria concentración en el sepelio del "compañero mártir". Esto lo sabe la policía y comienza con tareas de dispersión. Cerca del mediodía se origina un recio tiroteo frente al local de los obreros panaderos, en Bartolomé Mitre 3200. Hay varios heridos, decenas de contusos y detenidos.

Mientras tanto, el abogado Prieto realiza todos los trámites para obtener el cadáver. Pero en tanto el juez Carlos Martínez le indica que vuelva después del mediodía para llevárselo, el comisario Duffey —por orden del ministro Marcó— hará todo lo posible para hacer desaparecer el cuerpo de Wilckens en forma subrepticia.

A las 11.10 sale un carro celular de la policía del corralón policial de Paseo Colón y Belgrano. Se dirige a la morgue de Viamonte y Junín. Allí ya habían llegado dos empleados de investigaciones con un ataúd de pinotea. El subcomisario Dante Buzzo —que dirige esta acción de comandos en medio de gran nerviosismo porque esperan que los obreros se aparezcan de un momento a otro— ordena poner el cadáver dentro del ataúd, subirlo al celular y partir para la Chacarita. Allí llegan cerca del mediodía y lo entierran en una fosa ya preparada al efecto, en un lugar desconocido. (Luego un periodista sabueso descubrirá que los restos de Wilckens fueron enterrados en el lugar denominado "para los pobres", en la calle 3, tablón número 4, sepultura 57 arriba, de la Chacarita).

Durante la tarde, los delegados anarquistas seguirán esperando que el juez les entregue el cuerpo de su ex compañero. El juez Martínez sigue con sus promesas, demorando y confundiendo a los nerviosos dirigentes. Más tarde, el magistrado dirá para disculparse que la policía no le solicitó permiso para inhumar el cadáver y que esto se hizo por orden del juez Luna Olmos.

Esa tarde del domingo, mientras un grupo de hombres parapetados en el local de panaderos dispuestos a "luchar hasta el fin", el grueso de los porteños está con la atención en otro lado: juega la representación argentina con el equipo de Escocia, que nos visita. Se le tiene mucha fe al equipo argentino de que derrote a los maestros del fútbol. Para ello contamos con una delantera famosa: Caricaberry, Ochoa, Zabaleta, Seoane y Orsi. Pero ganan los escoceses.

Al atardecer se oyen roncos gritos de viva, en el local de la FORA. Se acaba de recibir un mensaje de la FORU (Federación Obrera Regional Uruguaya) que dice así en su característico lenguaje de la época: "El corazón de Wilckens ha cesado de latir pero un ideal de amor continúa haciendo palpitar los pechos hermanos que sabrán hacer justicia. Han matado a un hermano y el crimen exige reparación inmediata contra la fiera oculta".

Nuevas muestras de entusiasmo cuando se reciben las notificaciones de los gremios, de los conductores de carros y de los cocheros de plaza al paro por tiempo indeterminado.

Pero lo que más sorprende a los anarquistas es la repentina solidaridad de los socialistas y los maximalistas (comunistas bolcheviques). Evidentemente —y con gran sagacidad— estos últimos quieren copar la figura de Wilckens que ejerce una influencia tremenda en el sentimentalismo de las masas.

Por eso sorprende el editorial de "La Van-

guardia". Los socialistas, días antes, para hacer una concentración y poder llevar la bandera roja habían pedido permiso al ministro José Casás. En la nota le dicen que "junto a la bandera roja llevarán la argentina". Este hecho había causado general indignación, pullas y críticas mordaces entre los anarquistas. "Vean —dirá La Protesta— a qué ha llegado el socialismo reformista, pedir permiso para sacar a relucir la bandera de los obreros del mundo".

Pero los anarquistas juzgan que esta vez —en el caso Wilckens— los socialistas se están portando bien. El editorial de La Vanguardia es valiente: "Un crimen que no tiene atenuantes", se titula. Y dice: "La muerte de Kurt Wilckens es un bárbaro crimen que no tiene atenuantes, doblemente repudiable porque a la alevosía del asesino se suma esta vez el estado absolutamente indefenso de la víctima. Basta esta simple referencia para definir el salvaje delito. En tales circunstancias el crimen resulta condenable y nefando pero, consumado sobre una víctima indefensa y entregada al sueño como ha ocurrido con Wilckens, tiene que resultar aún más monstruoso, repulsivo e incomprensible" [1].

El evidente deseo de apropiarse de Wilckens por parte de los sindicatos socialistas y comunistas, está dado por el manifiesto de la Unión Sindical Argentina, que dice que Wilckens pertenece a todo el proletariado". Dice así: "El valiente camarada Kurt Wilckens con el cual hemos contraído una deuda de solidaridad y de inefable gratitud todos los trabajadores de la República, ha sido cobardemente baleado por un sujeto que a su condición repugnante de guardiacárcel une la de instrumento ocasional de la burguesía para asesinar a nuestro camarada. Permanecer impasibles ante el inicuo atentado implicaría solidarizarse con él y desvirtuar la simpatía que la heroica actitud del vengador de las masacres de Santa Cruz ha despertado en el ánimo de la clase trabajadora. La cobarde agresión de que fue víctima, alcanza a todos los trabajadores.

El lunes 18 el paro es total. No se ve ni un alma por las calles del centro de Buenos Aires. El asunto se pone feo para Alvear. El presidente de la Asociación del Trabajo, Dr. Joaquín de Anchorena llega a la Casa Rosada para pedir la enérgica intervención del gobierno. El ministro Rafael Herrera Vegas declara que lo que más se hace sentir es la huelga de los obreros de la Federación Marítima. En la ciudad de Santa Fe se origina un recio tiroteo frente a la biblioteca obrera Emilio Zola, punto de reunión de los anarquistas y resultan cinco obreros heridos graves y un caballo de la policía muerto. El paro también es total en Rosario y Mar del Plata.

El presidente de la Liga Patriótica, se apersona al jefe de Policía, señor Fernández y le ofrece sus 43 brigadas civiles para restaurar el orden.

Pero el idilio entre anarquistas por un lado y socialistas y comunistas por el otro, dura muy poco. Sorpresivamente, en la mañana del martes, la Unión Sindical Argentina resuelve levantar el
cunstancias el crimen rresulta condenable y ne-
paro a las 18 de ese día. Lo explican con un comunicado muy combativo: "Los asesinos del heroico camarada Kurt Wilckens tienen en la actitud del proletariado un severo aviso, el aviso de que el proletariado organizado sabrá en cualquier momento repeler la cobardía criminosa de de los liberticidas. Trabajadores, a la unidad por la acción". Y sin una palabra más declaran levantado el paro.

Gran indignación en la FORA. Asamblea de dirigentes que deciden mantener "a muerte el paro". Un delegado de acento catalán, solicita que "se limpie de una vez por todas a bombazos

[1] Aquí cabe una acotación que sirve para mostrar que en aquellos tiempos la publicidad también —como ahora— invadía todos los campos. Veamos este aviso comercial publicado por "La Vanguardia", del 20 de junio de 1923. Dice así: "LA AGITACION OBRERA - SU CAUSA. Sin duda alguna que la agitación reinante de estos últimos días se debe al asesinato cometido en la prisión nacional —cosa que nadie ignora— igual que como se sabe que lo mejor que existe para condimentar toda clase de comidas es el famoso producto SALPIKAL. Se vende en todas las buenas cooperativas y almacenes. The Salpikal Products Co. Esmeralda 185."



Llegan y desembarcan los pasajeros en Puerto Deseado. Del lanchón hombres, mujeres y niños; eran bajados en brazos o a babuchas para que no se mojaran los pies. (Foto de 1921.)

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

a traidores, socialistas y maximalistas".

Al mismo tiempo que se levanta el paro, la policía inicia el ataque concentrado, contra el local de los obreros panaderos adheridos a la FORA. El tiroteo es recio. Se balea de lo lindo. Al fuego concentrado de la policía los obreros responden con toda clase de armas cortas. Los anarquistas, sin ningún orden en la defensa gastan todas sus balas a los cinco minutos. Entonces se le mete la caballería, con caballo y todo en el local. Así van limpiando la casa de los fanáticos que se defienden con palos y trozos de hierro. La policía sigue su ataque concentrado y persigue a los anarquistas que huyen metiéndose en la estación Once por la calle Anchorena. El resultado: un obrero muerto, 17 heridos graves, 163 detenidos.

La policía tendrá un agente herido grave —luego fallecerá— y dos heridos leves. Llama la atención el número de caballos policiales baleados. Se dice que los anarquistas de origen ruso y polaco, tienen preferencia de apuntar sobre las cabalgaduras policiales. Tal vez, un propósito subconsciente de vengar el terror sufrido bajo los cascos en sus lejanas tierras, cuando eran reprimidos por los cosacos. Las primeras noticias hablan de muchos muertos y heridos. Es que ha sido una verdadera batalla campal y por milagro sus consecuencias no han sido más trágicas.

Los sindicatos socialistas y comunistas no tienen más remedio que tomar una decisión. Quedarse callados, en esta oportunidad hubiera significado quedar en descubierto. Deciden declarar el paro el día en que "sean inhumadas las víctimas".

"La Vanguardia" aprovecha la oportunidad para atacar al gobierno radical y, de paso, a Yrigoyen. "Desde luego —dice— los primeros responsables de lo ocurrido son el gobierno y el jefe de policía. Uno y otro han copiado los métodos del anterior gobierno y de su instrumento policial más encumbrado, procediendo como en estado de sitio, contra los trabajadores al cercenar el derecho de reunión sin ningún motivo serio, sin necesidad alguna. Ignoramos si es la policía que inspira al gobierno o viceversa". Recuerda luego la Semana Trágica de la que hace responsable a Yrigoyen.

La nueva pérdida de uno de sus hombres, da otra oportunidad a los anarquistas para reiniciar la gran agitación obrera iniciada con la muerte de Wilckens. Cuenta con el paro unánime de los sindicatos y que en el acto del sepelio del obrero panadero muerto se produzca otra gran batalla, que permita aumentar la agitación y continuar con la huelga.

Pero una inteligente maniobra policial desbarató todos esos planes. Hace desaparecer el cadáver de Gombas, lo entierran en lugar desconocido. Ante este hecho los sindicatos socialistas y maximalistas —luego del acostumbrado comunicado de protesta— levantan el paro ya que la resolución era "parar el día del sepelio de las víctimas".

Los anarquistas se sienten defraudados y solos. Con la sangre en el ojo. Llenan la ciudad de volantes violentísimos. Los obreros mosaístas copan la calle Florida tirando volantes con el siguiente texto: "¿Habrá algún mosaísta que pisotee los cadáveres de sus hermanos de causa? ¡Esto es lo que significa el ir a trabajar en estos momentos!".

Pero pese a todo el esfuerzo de algunos sacrificados dirigentes, comienza el desbande. Por cada obrero huelguista que no concurre al trabajo hay diez desocupados que se presentan a ocupar las vacantes. No les afecta los acostumbrados motes de "amarillos" y "crumiros".

En la FORA ocurre lo que pasa con toda batalla perdida. Comienzan las mutuas recriminaciones. Hay acusaciones directas: en las filas hay infiltrados, soplones de la policía, etc. Comienza una pelea interna que es más amarga que la lucha contra los poderosos. La FORA se ve en la obligación de levantar el paro. Lo hace el jueves 21.

Los "únicos que siguen fieles a la memoria de Wilckens" son los obreros empajadores y los mosaístas, que seguirán la huelga "hasta las últimas consecuencias", léase 72 horas más.

El mismo día 21 los socialistas de "La Vanguardia" sacan el tema Wilckens de primera plana, como venían haciendo desde el día del atentado. Para ellos es mucho más importante el problema del presupuesto. Y titulan la primera página de ese día de la siguiente manera: "La cámara celebró ayer una sesión espectaculosa".

La figura de Wilckens entraba ya en el cono de sombra del olvido. Así como los políticos tenían problemas más urgentes que la reinvidicación de la figura de Varela, así los obreros eran empujados por disidencias y reproches mutuos que les llenaban todo el tiempo como para poder ocuparse de ese extranjero rubio que creyó reivindicar a su clase con una bomba de percusión.

Pero en esta galería digna de Edgar Allan Poe que nos entrega la historia de los años veinte de nuestro extraño y paradójico país todavía no nos hemos ocupado suficientemente de la figura de Jorge Ernesto Pérez Millán Témperley. El autor de estas líneas habló con varios que lo conocieron. Todos de la clase alta, algunos de ellos militares. Coincidieron en definirlo como "un bala perdida".

Es decir, su clase no lo reivindica. Si un obrero hubiera cometido el atentado de Pérez Millán, exactamente el mismo, su clase lo hubiera reconocido, lo hubiera mirado sino como un héroe, por lo menos como un hombre que se sacrifica por los demás. Porque claro, contra el obrero está la policía, está el gobierno, está la justicia. Entonces se tiene que valer de cualquier medio dialéctico o no para eliminar a los que él cree su peor enemigo. Es decir, el terrorista o activista obrero va de abajo hacia arriba.

Pero un hombre que parte de arriba, que tiene una educación especial, que desde chico le enseñan lo que es la caballerosidad, donde hay principios viriles como el duelo en donde se va a la muerte luego de cumplir ciertos requisitos de honor, evidentemente va hacia abajo si hace lo que ocurrió con Wilckens. Porque eso de matar a un tipo dormido, encerrado en una celda, no es para un hombre de la cultura familiar de un Pérez Millán Témperley.

Por eso se abren todos los de su ambiente. Sólo uno le permanece fiel, lo seguirá asesorando, lo visitará a menudo: el doctor Manuel Carlés, presidente de la Liga Patriótica Argentina.

Pérez Millán era hijo de Ernesto Pérez Millán y de Florencia Témperley. Cuando mató a Wilckens tenía 24 años de edad. Ya de adolescente creó problemas a sus padres por su carácter díscolo. A los 17 años tuvo una entrada a la policía por haberse escapado del hogar. Quería sobresalir de cualquier manera y no someterse a alguna disciplina o estudio especial. A los 21 años se afilia al comité de la 18 de la Capital de la Unión Cívica Radical. En ese lugar es un poco el hombre clave de la "autodefensa". Sabe manejar armas y tiene fama de muchacho bien, pendenciero y violento. Allí le ofrecerán "engancharse" para la Patagonia, y él acepta.

Pérez Millán irá a integrar la policía territorial de Santa Cruz, formada en su mayor parte por elementos indeseables de los comités radicales de los suburbios de la Capital. El resto lo conocemos por su relato reproducido anteriormente. Pérez Millán, después de su experiencia patagónica regresará a Buenos Aires. Como estaba sumamente nervioso, sus padres lo hicieron atender por el doctor Scarano, director del Hospicio de las Mercedes, quien lo tuvo un mes en observación.

A principio de 1922, Pérez Millán —a través de sus amigos radicales— consigue ingresar como cadete guardacostas en la aduana de la Capital. Le gusta llevar uniforme y pertenecer a un cuerpo militarizado. Once meses después era dejado cesante por inconducta, aunque él sostendrá que su salida se había producido por renuncia.

Recurre nuevamente a sus amigos radicales quienes le ofrecen el corretaje de avisos para el diario partidario "La Epoca". Allí anduvo bastante bien aunque evidentemente no era su medio. Ya tenía otro círculo de amigos: la Liga Patriótica. Eran un fanático admirador del doctor Manuel Carlés.

Así llegó el 25 de enero de 1923, la muerte del comandante Varela. Pérez Millán sentía un profundo agradecimiento por quien lo había rescatado en el Canal de la última Esperanza. Durante el velatorio no se separó del ataúd y con gesto desencajado y palabra altisonante decía a todo el que se aproximaba, que él iba a vengar la muerte del comandante. Y cumplió su palabra. Para ello se produce el extraño episodio de su ingreso al cuerpo de guardiacárceles el 27 de enero, es decir el mismo día del sepelio de Varela. ¿Quién hizo posible tal ingreso?

Saber quien fue el que recomendó a Pérez Millán en esa circunstancia sería dar con la punta del ovillo del complot para la muerte de Wilckens. Pero los verdaderos artífices del nuevo crimen quedarían siempre en las sombras.

El alta como guardia efectivo la recibirá Pérez Millán el 9 de febrero. El respectivo nombramiento está firmado por el ministro Dr. Marcó y el director de la cárcel. Pero nunca se sabrá por recomendación de quién, qué influencia llevó al asesino de Wilckens hasta la puerta de la celda del anarquista...

CAPITULO V

LA ULTIMA VENGANZA

Han pasado más de dos años de la muerte de Wilckens. Pero todavía no se ha agotado la capacidad de venganza. En el pueblo ya nadie nombra a Wilckens. Sobre el comandante Varela se ha tendido un incómodo silencio. Y en cuanto a los sucesos de la Patagonio van adquiriendo más sombra y misterio a medida que pasa el tiempo.

¿Qué ha pasado con el vengador de la muerte del comandante Varela? Pérez Millán Témperley ha sido alojado en el hospicio de las Mercedes. Lo cierto es que hay amigos que no lo han aban-



Los techos de Río Gallegos de 1922. Al fondo, las chimeneas del frigorífico.

donado. En un principio estuvo en una habitación especial de la Penitenciaría —y no en la cárcel de encausados como le hubiera correspondido— con una guardia que lo protegía día y noche de cualquier atentado. Luego vino la sentencia del juez García Rams que lo condena a la mínima pena que puede dársele a un hombre que cometió un atentado con las circunstancias agravantes conocidas. Lo condena a ocho años de prisión —el fiscal había pedido doce— basándose para ello "en las manifestaciones de Pérez Millán en su declaración indagatoria sobre su vida anterior, sus aventuras, su idealismo, sus inclinaciones artísticas, la neurastenia que padecía, su intervención en las luchas que sostuvo en el sur con los huelguistas revolucionarios, las escenas de vandalismo que presenció, su pasión amorosa con su primera novia, su inclinación a la vida errante y la falta de armonía en sus relaciones con la familia". Añade que "las anomalías psíquicas del prevenido así como también su conducta intachable anterior y su juventud lo colocan en la situación de aplicarle el mínimo de la pena: 8 años".

En abril de 1925, Pérez Millán será trasladado al hospicio. Sus amigos y familiares creen que allí podrá estar más seguro. Para hacer posible el traslado, el informe médico dirá que Pérez Millán "padece de delirio sistematizado de persecución de los degenerados". Con tamaño diagnóstico, es trasladado al hospicio, el pabellón de los enfermos mansos. Allí estará con los enfermos de categoría, en celdas duales. Su compañero de habitación será otro joven de la sociedad: José Eugenio Zuloaga. El 8 de noviembre Pérez Millán y Zuloaga se pelean a puñetazos y son separados. El primero será llevado a la celda de enfrente. Todas estas celdas duales tienen acceso a un pabellón donde habitan once enfermos de pocos recursos. Entre estos últimos está un yugoslavo llamado Esteban Lucich, nacido en Dubrovnik, de 26 años de edad. Es pequeño de estatura, un poco jorobado. Todos lo tienen como un "loquito bueno" aunque está precisamente allí por haber muerto de un balazo al médico Francisco de la Vega, seis años antes. Lucich había sido mucamo del facultativo pero éste lo despidió porque notó signos de locura en su sirviente. La reacción del yugoslavo fue esperarlo y asesinarlo. Por eso fue condenado a 17 años y medio de presidio pero, a los pocos meses, fue trasladado de la penitenciaría al hospicio de la calle Vieytes por sus manifiestos signos de locura.

En el hospicio, Lucich es una figura simpática. Se gana unas monedas haciendo de mucamo a los enfermos con recursos. Les lustra los zapatos, les tiende las camas, les barre las celdas. Nunca se enoja, es para todos nada más que un "loquito bueno". Llegamos así a la mañana del 9 de noviembre de 1925. Pérez Millán ha dado signos de nerviosidad y desaliento. El día anterior —domingo— lo ha visitado solamente su padre. No lo ha hecho el Dr. Carlés ni ningún miembro de la Liga Patriótica. Pérez Millán se siente abandonado y por eso, muy temprano, sin tomar siquiera el desayuno, se ha sentado a la mesa de su celda y se ha puesto a escribir. "Voy a desenmascarar a más de uno" dice a su compañero de pieza. Así continúa hasta la hora del almuerzo, en que deja de escribir, ingiere taciturno pocos alimentos y continúa con su carta.

A las 12.30, el "loquito bueno" Lucich pide con su humildad característica pasar al pabellón de los enfermos pudientes. Habitualmente no lo hace porque es su costumbre de todos los días pasar directamente. No tiene ningún inconveniente y llega a la celda que ocupaba Pérez Millán hasta el día anterior. Pregunta por él. Zuloaga le contesta que ahora está enfrente, en la cuarta celda. Lucich cruza el pasillo se asoma a la puerta y ve que Pérez Millán está escribiendo sentado a la mesa. Lucich lo ve de costado, da un paso adelante, saca una pistola del bolsillo de su chaqueta de enfermo, apunta a Pérez Millán y le dice:

—¡Esto te lo manda Wilckens!

Pérez Millán se da vuelta sorprendido y recibe un balazo en el costado izquierdo del pecho. Como un gato, Pérez Millán se tira al suelo, cuerpo a tierra, y así se salva de que el segundo disparo no lo alcance. La bala va a incrustarse en la pared. De un nuevo salto toma de los brazos al contrahecho Lucich y lo arroja al suelo. Este dispara de nuevo y el proyectil hiere superficialmente en el pubis al ex sargento Pérez Millán y va a alojarse en su muslo izquierdo. Pero ya domina la situación, arrebata el arma



Julio Ayala Torales, jefe de la Infantería de Marina, radical yrigoyenista, y enviado por Yrigoyen ante las denuncias de los fusilamientos de Varela. Ayala Torales repudió la matanza de obreros y señaló que los verdaderos culpables fueron los comisarios y los jueces de paz.

al yugoslavo y comienza a golpearlo. Entre los gritos histéricos de algunos enfermos llega un enfermero y libera a Lucich de los brazos de Pérez Millán.

Lucich es puesto en chaleco de fuerza mientras Pérez Millán es trasladado de urgencia a la enfermería. La herida que tiene en el pecho es de gravedad aunque los médicos que lo revisan tienen confianza en salvarlo. Más, el médico que lo opera dice que tendrá para treinta días en cama.

Los balazos del hospicio de las Mercedes despiertan nuevamente toda una historia ya dormida, desagradable para el gobierno, para el ejército y para muchos políticos. Teme que el pueblo en general considera "tabú" porque nunca se explicarán ni se investigará. Vuelven las imágenes de los fusilados en el lejano sur, las escenas de incendios y violaciones, la figura controvertida del coronel Varela y la extraña presencia de un obrero nórdico vengando a compañeros de piel cobriza.

¿Pero es que ha sido posible este atentado con todas las previsiones que se han tomado para que a Pérez Millán no le alcance la larga mano de la venganza? ¿Acaso no estaba en el lugar más seguro?

¿Es acaso Lucich un anarquista? No, no lo es. No tiene antecedentes políticos. Es evidente que Lucich ha sido armado, es instrumento de alguien. El enchalecado Lucich es interrogado. Pero repite como un loro algo que parecería le hubieran metido en la cabeza: "el revólver lo encontré en la mesa de Pérez Millán. Como él me atacó a puñetazos yo le disparé para defenderme".

No pueden continuar con el interrogatorio porque el alienado está en tal estado de excitación que hace imposible cualquier diálogo ordenado. Pero a cargo de la investigación está nada menos que el inspector Santiago, jefe de la división de Investigaciones. Es una cabeza lúcida, tiene rápida inteligencia y olfato de sabueso. A él no se le van a escapar las cosas así nomás. A los dos minutos de interrogar a Lucich se da cuenta que no ha obrado de "motu propio". Que detrás de él hay alguien muy inteligente y osado. Y se hace traer la lista de todos los internados y de todo el personal. Santiago lee rápidamente las listas, y de repente pega un salto y dice como si ya todo hubiera estado esclarecido:

—¡Boris Wladimirovich!

Exactamente: Boris Wladimirovich. Como si estuviésemos viviendo un relato de la revolución rusa, de los conjurados búlgaros o de la mano negra servia. En el hospicio de las Mercedes está internado nada menos que Boris Wladimirovich, traído desde el penal de Ushuaia hace pocas semanas. ¿Pero cómo es posible que Boris Wladimirovich esté justamente en el loquero de la calle Vieytes?

Santiago lo hace traer. Y lo traen en vilo porque Boris está casi paralítico. Están frente a frente. El sabueso policial lo mira con furia y Boris Wladimirovich le responde con una sonrisa como diciéndole: esta vez les gané la partida.

¿Quién es este Boris Wladimirovich? Parece una figura entresacada de un cuento de Hemingway o de Jack London. Gran bigote negro, pelo ensortijado, ojos vivos, pañuelo al cuello.

"La Prensa" hará la siguiente descripción de este prototipo de anarquista: "El agitador Germán Boris Wladimirovich condenado a 25 años de prisión por haber asaltado la agencia de cambios Perazzo no es un delincuente vulgar. Posee una vasta ilustración, ha escrito varios libros, ha desempeñado cátedras y participado en los más importantes congresos anarquistas realizados en Europa por los expatriados rusos años antes de la revolución, pero el alcoholismo y el abuso del tabaco lo degeneraron haciéndolo un abúlico en que llegó a nuestro país y luego casi un inconsciente. El asalto al agenciero Perazzo con objeto de proveerse de fondos para fundar un diario de agitación prueba un tanto su desequilibrio. Sin embargo, cuando está bien se revela al hombre culto y gusta de exponer ideas con tono persuasivo para captar voluntades. Así ha estado en la penitenciaría y en Ushuaia de donde se le trajo últimamente porque su equilibrio mental sigue fallando y además padece de contracción de los miembros inferiores. Está en tratamiento, la mayor parte de los días en cama porque camina con dificultad, y ésto en determinados momentos".

Bastante acertado el juicio de "La Prensa" pero se cometen varios errores que luego serán rectificados. Parece que Wladimirovich no es loco sino que se "hace el loco". Que si asaltó a Perazzo no lo hizo por desequilibrio sino para cumplir con sus ideales. Que es un intelectual, sí, pero en él se da una cosa que es rara en otro intelectual: la acción. Wladimirovich es uno de los más avezados bombistas que han conocido las calles de Moscú, Leningrado, París y Barcelona. No ha venido a la Argentina por ser un "abúlico" sino por la tremenda masacre que en Rusia hicieron los bolcheviques de sus "camaradas obreros anarquistas". En lo único que no se equivoca "La Prensa" es que Wladimirovich tiene gran pasión por el alcohol: el mejor regalo que le pueden hacer sus camaradas de ideas es una botella de 'vodka' legítimo. Es gran amante de las bebidas blancas y, ante todo, es un ruso sanguíneo. Pese a sus ideas antiburguesas es un hombre típico de la estepa, que gusta cantar canciones nostálgicas y llora cuando se acuerda de la "madrecita" Rusia.

Para un policía integral como el inspector Santiago, la presencia de Wladimirovich en el hospicio de las Mercedes es mucha casualidad. ¿Cómo es que lo han traído? Comienzan a revisar el legajo. Wladimirovich comienza a estar "loco" en Ushuaia cuando Pérez Millán hace ya mes y medio que está en el manicomio de Vieytes. Es evidente que a Boris le han hecho llegar la noticia. Según el médico de Ushuaia, el anarquista da evidentes signos de enajenación: no come, se lo pasa cantando viejas canciones rusas, gesticula, no puede caminar y hasta aparece arrodillado orando, cosa que, evidentemente, para un anarquista debe ser un signo de locura sin remedio...

Como además de Wladimirovich, en Ushuaia está el "santo" Simón Radowitsky —lo que ya es explosivo para un penal— el director de la cárcel no encuentra ningún inconveniente en pedir el traslado de Boris Wladimirovich a Buenos Aires para que se lo trate en un manicomio. Y el único establecimiento donde mandan a los presos locos es el de Vieytes, cosa que sabe muy bien el informado Wladimirovich.

Es así como el anarquista —luego de largo papeleo— es trasladado al hospicio de las Mercedes. Allí es metido en un pabellón donde se hallan recluídos 16 delincuentes dementes. Y es desde

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

allí donde lo sacan en vilo para llevarlo a la presencia del inspector Santiago. Pero aunque para Santiago el único que pudo ser el instigador del atentado contra Pérez Millán es Wladimirovich, va a ser muy difícil probarlo. Más cuando el autor —Lucich— sólo sabe repetir que él sacó el arma de fuego de la mesa de la víctima. Por eso, Wladimirovich sigue sonriendo. No podrán probarle nada. Y la venganza por la muerte de Wilckens se ha cumplido.

La bala que penetró en el pecho de Pérez Millán se desvió hacia la cavidad del abdomen interesando el estómago e intestinos. Aunque la operación fue exitosa, el herido se va debilitando poco a poco. Al lado del lecho está su padre y el doctor Manuel Carlés. A medianoche el corazón comienza a fallar. A las 5.35 de la mañana, Pérez Millán expira. La venganza se ha cobrado una nueva víctima. Es el fin del cuarto acto del drama que comenzó en la lejana Santa Cruz.

Todo el mundo habla de la "última carta que escribió Pérez Millán". Está inconclusa. El doctor Manuel Carlés la hará publicar en "La Razón". No deja de tener párrafos de interés y, por sobre todo, es un documento de época, del sentir de cierta parte de la juventud de la pequeña burguesía para arriba.

La carta está dirigida "Al señor presidente de la Liga Patriótica Argentina, Dr. Manuel Carlés, al Dr. Domingo Schiaffino, al señor Josué Quesada y a los honorables miembros de la misma". En sus primeros párrafos les solicita que intervengan para lograr su indulto para el 1 de enero.

Más adelante dice textualmente: "Mis queridos compatriotas: me considero con todo el alma guardián de las tradiciones y glorias de la patria. Los saludo como amigo que sabe ser amigo y defender a sus amigos ausentes, porque amigos llamo a todos lo que digan que este suelo en que nacimos y tenemos nuestros intereses siempre será argentino mientras no muera el último argentino y mientras viva en el recuerdo grato el símbolo azul y blanco coronado por tantos sacrificios".

A continuación se queja del abogado defensor quien le pidió que se hiciera el loco: "tuve que aceptarle primero a mi primer defensor y después a mi segundo defensor el pasar por loco en la creencia de que no lo estaba desde la infancia, en vista de que de otro modo —yo, el que me creía cuerdo— vi que nadie se animaba a defenderme".

"¿Por qué fui condenado? —se pregunta más adelante—. Tengo que decir algo al respecto. Fui condenado enfermo por el juzgado del crimen y la Cámara de Apelaciones en lo Criminal porque maté a un asesino alevoso y malevo de un teniente coronel del Ejército Argentino, sujeto aquel que en banda, con la complicidad de otros, degolló en mi presencia a siete camaradas míos en el levantamiento anarquista del sur".

(Como se ve, Pérez Millán no se arrepiente en lo más mínimo de la muerte de Wilckens y lo hace aparecer en los hechos del sur y en el tiroteo de El Cerrito cuando el anarquista alemán no estuvo jamás en Santa Cruz).

Continúa Pérez Millán relatando en su última carta el episodio de Lago Argentino: "Circunstancia en que yo, herido por bala de winchester cerca de la ingle, fui arrastrado por los campos y montañas en potros chúcaros y bellacadores durante 45 días en que mi mirada vio flamear un trapo rojo y otro trapo que representaba la bandera malsana del soviet pues los revoltosos envalentonados tenían el "Reglamento del Ejército Rojo de Operaciones", que en éste se inspiraban para la organización del movimiento revolucionario que su culminación sería la guerra civil o revolución social, según los revoltosos. Cuántas veces un traidor rojo al pedirle agua por la sed que me abrasaba me dio de beber café oscuro con el salivazo de otros miserables y cuántas veces sentí un trapo tocar mi escarapela y era el abanderado rojo que me estaba incomodando".

Y ahora viene el párrafo donde habla de cómo mató a Wilckens donde se evidencia que no fue desde la puerta de la celda ni por la mirilla sino literalmente a quemarropa: "Cuando yo maté el ácrata Hurt G. Wilckens (q.e.p.d.) fue en actitud de 'preparen arr' brazos abajo, o sea en el momento de la amenaza sin la idea fija aun de lo que pensaría hacer, es que el dedo índice tembló por una tensión nerviosa, flexionando en la cola del disparador, y salió el tiro que resultó mortal en forma automática. La trayectoria del proyectil en el cuerpo de la víctima está demostrando la verdad con luz meridiana".

Luego, la carta queda inconclusa: "Tengo que decir más respecto a mi condena". El párrafo fue interrumpido por los disparos de Lucich.

Pérez Millán Témperley será sepultado en la Recoleta. El ataúd está casi cubierto por una palma de flores blancas unidas por una cinta argentina. Es sacado del lugar del velatorio —Callao 418— en medio de roncos gritos de vivas al ejército argentino y a la Patria y mueras al anarquismo, al maximalismo y a los perturbadores. Durante toda la noche han hecho guardia junto al féretro grupo de jóvenes de la organización "Amigos del Orden", colateral de la Liga Patriótica. En un aviso en los diarios, los "Amigos del Orden" han invitado a "todos los camaradas" al sepelio.

En la Recoleta hay oficiales del Ejército, de la policía y miembros de los guardiacárceles. Habla en primer término el Dr. Manuel Carlés —quien llama a Pérez Millán mártir de la defensa de las tradiciones patrias, de la familia y de Dios—, el coronel Oliveros Escola —quien repite varias veces que la muerte de Péres Millán no quedará sin condigno castigo— y el sargento archivista Eduardo Romero.

Cuando todo terminó, los jóvenes abandonaron el viejo cementerio apretando los dientes, echando la culpa de todo a los radicales y con más odio aún a todos esos obreros que osaban levantarse contra el orden establecido.

A la policía se le urgía el esclarecimiento de los hechos. Santiago contaba solamente con un magro as de triunfo: Wladimirovich, pero éste era un hueso duro de pelar. Lo estaba "haciendo pasear" por los calabozos de las comisarías próximas, en una tarea de ablande. Pero el anarquista, acostumbrado a policías mucho más bravas, aguantaba bien todo este chicaneo de no

dejarlo dormir, sacarlo a cualquier hora de algún calabozo para meterlo en otro, no darle de comer, recibir alguna que otra patada de botín policial. Para él era todo un juego de niños, más cuando por ahí encontraba algún agente bien criollo que le alcanzaba un pucho de cigarrillo o un mate por entre las rejas.

El inspector Santiago había comenzado a transpirar cuando le llegó una ayuda. Un muchacho de 18 años a quien en el hospicio llamaban el "italianito". Sonriente y haciendo hasta reverencias. Es Alejandro Orselli, italiano de 20 años de edad, calificado como débil mental pero que no parece serlo. Porque él lo ha visto todo y comienza su relato ante el predispuesto inspector Santiago: "el domingo, en horas de visita vi como un hombre que estaba junto con otros dos le entregaba una pistola a Boris Wladimirovich. Lo estuve siguiendo a Wladimirovich quien aprovechando la confusión se dirigió hasta donde estaba Lucich y le entregó el arma metiéndosela en el bolsillo del pantalón".

Rápidamente Santiago procede. No necesita más. ¿Quienes fueron los tres visitantes de Boris Wladimirovich? Allí está el libro de visitas. Se llaman Timofey Derevianka, ruso; Simón Bolkosky, ruso, y José Vázquez, español. Se organiza una gran acción para prenderlos. Mientras tanto llegan los antecedentes. Los tres son anarquistas. Bolkosky, es un conocido agitador anarquista que huyó de Rusia en 1918. Está afiliado a la Federación Rusa Sudamericana. Fue uno de los que incendió la iglesia del Sagrado Corazón en la Semana Trágica. La policía le aplicó la ley de residencia en 1919 pero Hipólito Yrigoyen se negó a firmar el decreto. Es decir, lo "puso en el cajón" y de allí no salió.

Timofey Derevianka profesa gran admiración por Wladimirovich. En una asamblea anarquista del 4 de enero de 1919 (en la cual la policía tenía un espía) Derevianka dijo que su amigo Wladimirovich aconsejaba que debía procederse de inmediato a aplicar la violencia. Agregó que Wladimirovich entendía de fórmulas de explosivos y que convenía que divulgara estos conocimientos en asambleas más numerosas. Derevianka estuvo detenido en 1921 por participar de una huelga. Ultimamente había organizado una colecta para hacer llegar los fondos a Wladimirovich cuando éste estaba en Ushuaia.

Eduardo Vázquez Aguirre vino al país en 1906 y también es un conocido agitador anarquista. Dirigió la Sociedad de Resistencia de la Unión Tranviarios y estuvo en el local de la Sociedad de Chauffeurs el 21 de mayo de 1921 cuando éste fue asaltado por un grupo de jóvenes de la Liga Patriótica hiriendo el anarquista Vázquez a uno de ellos en un brazo. Vázquez estuvo muchas veces preso. El 9 de mayo de 1923 por cuestiones de trabajo, agredió con un revólver al jefe de la estación Caballito de subtes y fue condenado a un año y dos meses de prisión. Había sido guarda del Anglo pero fue echado por participar en la huelga de la Semana Trágica. Es proveedor de explosivos y fue sorprendido arrojando tachuelas con el objeto de pinchar las gomas de los autos de alquiler en la huelga de chauffeurs.

Los tres son detenidos e interrogados durante días enteros. Pero Santiago sabe que ninguno de los tres va a hablar. Los tres coinciden en que fueron a llevarle frutas a Wladimirovich y no revólveres. Pero el que comienza a hablar es ahora Lucich, el asesino, el asesino del asesino de Varela... Con los días se van tranquilizando y comienza a aclararse su desvariada mente. Dice que hace veinte años se ausentó de Yugoeslavia raíz de la muerte de sus padres. Trabajó como camarero durante cuatro años a bordo de buques alemanes que hacen la travesía del mar del Norte. Llegó a nuestro país a bordo del "Spezia". Y ahora viene lo que para Santiago es muy interesante: "cuando maté al médico —dice Lucich— me encerraron en el pabellón 15 de la cárcel de encausados donde estaba detenido Boris Wladimirovich. Allí lo conocí. Por eso vi con alegría cuando el 12 de setiembre lo trajeron a Boris al hospicio. Desde ese día nos hemos visto todas las mañanas pues se trata de un amigo ilustrado que posee varios idiomas".

Para el investigador no puede haber dudas. Wladimirovich ha sido el instigador de la venganza. Para los anarquistas era cuestión de prestigio cobrarse la muerte de Kurt Wilckens. El arma se la entregó alguno de los tres visitantes. Luego, Wladimirovich habló con el desequilibrado Lucich —sobre el cual tenía gran influencia— y le dio las instrucciones de cómo debía matar a Pérez Millán. Hasta le dijo la frase que tenía que pronunciar, para que quedara bien en claro de que se trataba de una vengaza: "esto te lo manda Wilckens".

Pero a pesar de todo, el juicio contra Wladimirovich no prosperará. Los testigos son dos débiles mentales: el "italianito" Orselli y el propio Lucich. Sus declaraciones no valen para la justicia.



El "loquito" Lucich, un enfermo mental a quien armaron los anarquistas para eliminar a Pérez Millán Témperley y así vengar la muerte del alemán Kurt Gustav Wilckens.

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRAGICA

Total, Wladimirovich ya no saldrá de la cárcel. Tiene prisión perpetua por el asalto a la casa de cambio Perazzo. En una de las sentencias más increíbles de nuestra justicia le han dado la pena máxima. Mientras pistoleros profesionales entraban y salían de las cárceles con penas mínimas, al anarquista lo encierran hasta el fin de sus días. Se basan que el otro compañero del asalto, el anarquista Babby mató a un agente de policía al ser perseguido. Ese tiroteo fue en un lugar muy distante del asalto. Wladimirovich había huido por otro lado y no hizo uso de su arma de fuego. Pero los jueces consideraron que debían caer también sobre él el delito de Babby.

Así, día tras día, Buenos Aires se irá metiendo en el verano de 1925. Y el silencio irá cubriendo la celda de Boris Wladimirovich. El drama de la Patagonia irá quedando cada vez más atrás. La muerte de Pérez Millán ha sido el clima definitivo. Ya los diarios no tendrán material nuevo para informar, pasará a ser tema de alguna obra literaria o de algún artículo histórico.

CONCLUSION

Lo de "Patagonia Trágica" lo usamos teniendo precisamente en cuenta el drama de los levantamientos obreros, utilizando un título que no nos pertenece. El título es de Borrero, aquel discutido periodista español que causó sensación con su libro así llamado y que hasta hace pocos años era una lectura "tabú" y se leía a escondidas. Tan poco se ha leído ese libro que muchos creen todavía que se refiere al tema que nosotros hemos tratado. No es así. "La Patagonia Trágica" de Borrero es una recopilación de apasionados artículos periodísticos publicados por su autor en diarios de Río Gallegos luego de haber sido dejado cesante de su cargo de apoderado de la Sociedad Importadora y Exportadora de la Patagonia y la Ganadera Menéndez Behety. Ese libro es un ataque a los latifundistas y dice "su verdad" acerca de cómo se valieron los primeros estancieros patagónicos para obtener sus tierras, alude a matanzas de indios y a la vida miserable que llevaban los peones. Luego de "Patagonia Trágica" Borrero promete la segunda parte, titulada "Orgía de Sangre", en la que describirá la represión de los movimientos obreros de 1921 y 22. Pero en el interín, Borrero se hace radical. Entonces, a pedido de Yrigoyen no publicará "Orgía de Sangre". Esto es sugestivo y el mismo juez Ismael Viñas —íntimo amigo de Borrero— así lo atestiguará muchos años después en el prólogo a la segunda edición de "La Patagonia Trágica": "Su vinculación con don Hipólito Yrigoyen determinó que no publicara la segunda parte, llamada Orgía de Sangre". Borrero llegará a ser ministro sin cartera en Santiago del Estero en el gobierno de Maradona. Los originales de "Orgía de sangre" nunca pudieron ser encontrados. En este sentido, Viñas escribe: "Sus papeles, sus documentos, le fueron robados de sus baúles cuando murió en el hospital Muñiz el 21 de enero de 1931, de tuberculosis pulmonar, según su partida de defunsión Nº 74, sección 2ª".

Sólo ha quedado el anuncio publicitario que prometía la próxima aparición de "Orgía de sangre" y de él podemos entrever qué es lo que se proponía Borrero. Dice así: "En breve aparecerá la segunda parte de 'La Patagonia Trágica' titulada 'Orgía de Sangre', en la que tras una descripción detallada de los movimientos obreros ocurridos en la Patagonia y terminados con las horrorosas matanzas de 1921, se deslindarán responsabilidades, señalando con pruebas indubitables a los verdaderos autores morales y materiales de tales matanzas, quienes con fines inconfesables ponen todo su empeño en arrojar sombras siniestras sobre un eminente y austero ex mandatario de la Nación y sobre la memoria de un pundonoroso militar argentino, primera víctima propiciatoria de los sucesos de Santa Cruz, cuya memoria se hace de todo punto preciso reivindicar, cumpliendo el deber fundamental de restablecer la verdad histórica".

El ex mandatario de la Nación era Yrigoyen y el militar pundonoroso, Varela. Borrero iba a sustentar la teoría de que los culpables de todo eran la Sociedad Rural, los Menéndez Behety y las sociedades anónimas inglesas y norteamericanas; que Varela fue un engañado por ellos y que Yrigoyen no tuvo absolutamente ninguna responsabilidad.

Contra esa teoría está la otra: que el movimiento obrero de Santa Cruz fue una gran maniobra internacional planeada en Moscú —con el visto bueno del gobierno chileno— para sovietizar la Argentina y quitarnos la Patagonia.

Y hay una tercera, la que aún hoy es sostenida por Alberto Sautú Riestra —estudioso y protagonista en los conflictos con Chile— quien sostiene que fue Ibáñez del Campo (posteriormente presidente chileno) quien planeó los movimientos obreros patagónicos, que los dirigentes sindicales fueron involuntario instrumento de esos designios y que Varela y Viñas Ibarra —a quienes él sitúa en el movimiento nacionalista castrense que denomina "tenientismo"— fueron perfectamente conscientes que al actuar lo hacían para defender el suelo patrio.

No participamos de ninguna de estas tres teorías, aunque pueda haber detalles defendibles en cualquiera de las tres. En la primera, es cierto que el estado de cosas provocado por la falta de condiciones de trabajos dignas para los trabajadores fue motivo primordial del levantamiento. Pero eso sólo no ocurría en la Patagonia ni en estancias extranjeras. Hubo en esa época movimientos obreros en todas las regiones del país en protesta por las malas condiciones de vida.

De la segunda teoría sólo podemos decir que el movimiento obrero de la Patagonia llama la atención por la unanimidad y la rapidez con que se extiende en todo el territorio de Santa Cruz, cosa que no ocurrió en ninguna otra parte del territorio argentino. Pero así como se extendió allí murió. No encontró real solidaridad en ninguna otra parte. Los anarquistas de Buenos Aires no puideron hacer ningún movimiento simultáneo de apoyo o de repudio de los fusilamientos. Sólo fueron palabras, protestas, ataques. Pero en cambio, cuando lo matan a Wilckens, cuando el hecho se produce en la Capital, la reacción es instantánea y la solidaridad es total. ES QUE LA PATAGONIA QUEDABA DEMASIA-

DO LEJOS. CUANDO LAS NOTICIAS LLEGABAN, EL TIEMPO LAS HABIA ENFRIADO. Los anarquistas y maximalistas enviaron delegados al sur, sí, pero para que se informaran de lo que estaba sucediendo, no para mandar y organizar. Y esto es tan cierto, que todos los dirigentes del movimiento son gente de allá, que actuaron en ese medio, salvo el socialista Argüelles que había ido a residir allá un tiempo antes. Las armas de los huelguistas no provienen de Buenos Aires ni de Moscú. Son los winchester, los "savage", que se importaban en Punta Arenas y en Santa Cruz para la venta en esas regiones. Provienen del comercio particular y, si nos atenemos a los partes de Varela, no alcanzan a una por hombre prisionero.

En cuanto a la participación del gobierno de Chile o de sus fuerzas armadas, no hay ninguna prueba que lo demuestre. Al contrario, todos los diarios chilenos —salvo los de izquierda— saludaron la intervención de Varela. El mismo Varela, cuando desembarca en Buenos Aires al término de su segunda intervención, declarará ante los periodistas que está reconocido por la ayuda que le prestaron las autoridades chilenas. El mismo Anaya reconoce que Varela pudo entrar en territorio chileno por un paso y volver por otro para sorprender a los obreros alzados. El gobierno chileno en ningún momento presentó protesta oficial por el fusilamiento sin juicio previo de sus connacionales. Esta protesta sólo la llevó a cabo la Federación Obrera Magallánica declarando un paro.

No podemos negar que tal vez el gobierno chileno haya visto con buenos ojos las dificultades por la que atravesaba Argentina en el apetecido territorio patagónico. Pero tan injusto sería sostener que fue un levantamiento inspirado por Chile como que los trasandinos sostuvieran que las tremendas huelgas que ellos sufrieron en la zona magallánica fueron pagadas y dirigidas por Hipólito Yrigoyen.

Lo notable es que, cuando explota la bomba en la calle Fitz Roy, comienzan de nuevo a rodar teorías extrañas. Los radicales sostenían que a Wilckens le había pagado la oposición para crearle dificultades a Alvear, los yrigoyenistas a ultranza hacían nacer la sospecha que Wilckens era un agente de Alvear que había obrado para hacer volver sobre el tapete el asunto de la Patagonia y recordar que todo había sucedido por culpa de Yrigoyen. Y no faltaba aquel que sostenía que Yrigoyen le había deslizado la bomba a Wilckens para librarse de Varela, que era hombre que "sabía muchas cosas comprometedoras".

Hay argumento para todo. Pero sigamos con los hechos: para acabar con las versiones y terminar con el problema de la Patagonia hay dos hombres de fría cabeza y a quienes el sentimentalismo no les llega: el presidente Alvear y su ministro de guerra, Justo. Por empezar, éste, al pedido de audiencia presidencial que los capitanes Viñas Ibarra y Anaya le han elevado por intermedio de Varela, les responde lisa y llanamente: NO HA LUGAR. Y 24 horas después del atentado contra Varela, Justo —por orden de Alvear— hace llamar a Anaya y Viñas Ibarra, los dos hombres que están en la lista negra de los anarquistas y les ofrece una permanente guardia policial. Como no aceptan, de un plumazo, a uno lo destina a San Luis y al otro a Paso de los Libres. Así acabaron con el problema, las versiones y las teorías.

• • •

Lo que tal vez el lector espere de esta investigación es una definición clara y terminante sobre el número de huelguistas muertos. Nada más di-



Pérez Millán Témperley en su lecho de muerte, en la enfermería del hospicio de Vieytes. La venganza de los anarquistas le ha llegado a través del alucinante Boris Wladimirovich.

ficil, cuanto más que no se llevaron listas ni siquiera se preguntaron los nombres de quienes fueron ajusticiados o muertos en el combate (para expresarnos según las dos versiones).

Veamos: los anarquistas de "La Protesta" denunciaron que fueron fusilados 1.500 obreros (es decir, las tres cuartas partes de los huelguistas, que alcanzaron un número total de 2.000); los socialistas de "La Vanguardia" hacen suya la misma versión: 1.500 fusilados; los anarquistas de "La Antorcha" señalan que "1.100 compañeros fueron fusilados, degollados o muertos a golpes". En el congreso de unificación sindical de 1923 los dirigentes que se refieren al tema insisten en el número de 1.500.

Si nos remitimos a los partes oficiales de Varela, Viñas Ibarra y Anaya, los muertos en combate o al tratar de huir apenas si llegan a 57 y "varios más". En efecto, este es el balance según los partes militares: Punta Alta, 11 muertos; Bella Vista, 20; Corpen, 8; "La Anita", "varios revoltosos muertos"; Jaramillo-Tehuelches, "Facón Grande y varios revoltosos muertos"; Mata Tapera, "Argüelles, Leiva y 18 más, muertos". Es decir llegamos así a la suma de 57 y "varios más". Sobre este tema tanto el general Anaya como el coronel Schweizer insistieron al autor de esta nota que la única verdad era la consignada en los partes. Preguntamos la opinión a un ex alto jefe de la Marina que intervino en la protección de vidas y haciendas con sus tropas en la parte norte de Santa Cruz. Sus cálculos se elevan a "entre 280 y 300 obreros muertos". El mismo número calculó un ex gerente de un frigorífico austral: entre "250 y 300 fusilados". Pero nos hizo la salvedad que él sólo puede dar el testimonio de haber visto los cadáveres de 14 obreros fusilados en el camino a Paso Ibáñez (hoy Comandante Piedra Buena). Durante más de dos años esos cadáveres quedaron a la intemperie ya que el viento había levantado la poca tierra que cubría la precaria tumba. Es muy posible que entre esos cuerpos se hallara el del dirigente Avendaño.

Por su parte, el representante de los estancieros, Correa Falcón calcula —en su folleto de 1958— en una forma bastante curiosa el número de obreros del campo muertos. Dice: "cabe suponer, por las informaciones obtenidas de fuente fidedigna en esa época, que las bajas poco debieron exceder de la vigésima parte de aquella abultada cifra" (se refiere a los 1.500 muertos según fuente obrera). Es decir, en buen romance, algo más de 75 obreros caídos.

A casi cincuenta años de los episodios es muy difícil constatar el númeo real de ejecutados. Sólo una investigación imparcial en aquel tiempo sobre el terreno hubiera podido llegar a una comprobación más o menos cierta. Pero el voto de la bancada radical negó el nombramiento de una comisión parlamentaria integrada por todos los sectores para que se trasladara al lugar de los hechos y de allí saliera la verdad.

Después, con el correr de los años, nadie tuvo interés en iniciar una investigación a fondo. Otros hombres venidos de Chile cubrieron en seguida las vacantes dejadas por los muertos. Y el territorio a las pocas semanas volvió a tener el ritmo de antes: sus grandes zafras laneras, sus villorrios de cinc rodeados eternamente por el viento, y sus riquezas escondidas.

• • •

Seamos sinceros. ¿Quién se acuerda hoy del teniente coronel Varela, de Kurt Wilckens, de Ernesto Pérez Millán Témperley, de Boris Wladimirovich?

Con el teniente coronel Varela fueron injustos todos aquellos que hoy continúan siendo poderosos porque el comandante supo resolver el problema. Sin el "degollador" Varela tal vez no existirían ya las sociedades anónimas ni las estancias, ni el veraneo de los nietos en Punta del Este. Tal vez ya ni siquiera la Patagonia pertenecería a la Argentina.

¿Por qué si Ramón L. Falcón, quien supo destruir las concentraciones anarquistas a sablazo limpio, tiene un monumento, placas por todos lados, calle principal en el corazón de Buenos Aires, y todos los años hay un acto oficial en su homenaje, por qué a Varela se lo esconde, se lo olvida? ¿Por qué es tan desagradecida con él la clase a la que —creemos que en forma incons-

Frente de la casa del comandante Varela, tal cual se conserva hoy. Esta fue la casa que por intermedio de don Hipólito Yrigoyen se regaló a la viuda. Hoy, ironías del destino, alberga a una organización mutual obrera.



ciente— favoreció con su actitud?

Mientras la policía sigue fiel a Falcón a 60 años de su muerte, el Ejército pareciera avergonzarse del comandante Varela. Salvo el fiel Anaya y algunos oficiales de caballería que todos los años se reúnen ante su tumba, los demás guardan silencio. Al contrario. El último gobierno municipal radical —el de Francisco Rabanal— tenía ya proyectada rebautizar la calle Fitz Roy por la de Héctor B. Varela. Y justamente esto se paralizó con la revolución militar de junio de 1966.

¿Y de Wilckens? ¿Qué obrero se acuerda de él? Nadie. ¿Qué sindicato recuerda el aniversario de su muerte? Ninguno. ¿Cuál de los intelectualizados anarquistas de hoy pierde un minuto de tiempo en recordarlo? Ninguno. Sus huesos hace mucho tiempo fueron a parar al osario común.

¿Y del mismo Jorge Ernesto Pérez Millán Témperley —quien dentro de todo en vez de ir a veranear a Mar del Plata o pasar una vida blanda prefirió servir a su clase con la violencia— qué organización nacionalista lo recuerda?

¿Y del alucinante Boris Wladimirovich? ¿Encontrará alguna vez un Dostoiewski que lo interprete y lo describa? Pareciera que jamás. Que ya hubiera dejado de existir entre los vivos y los muertos.

¿Qué se hizo, por fin, del recuerdo de esos jefes de la huelga más extendida de nuestro país, la de Santa Cruz? Facón Grande, Avendaño, Outerello, Argüelles, Leiva...? No ha habido nunca ni siquiera una copla popular que los recuerde, ni la poesía de algún calenturiento de la justicia y las reivindicaciones. Sobre sus tumbas el único que ha gemido ha sido el desolador viento patagónico.

Pero sobre los grandes y pequeños protagonistas de estos episodios aparece en el trasfondo de todo la figura de Hipólito Yrigoyen. No lo decimos con el fin de culparlo. Es muy posible que lo sucedido en la Patagonia sea un producto de un mal entendido. Producto de la ambigüedad. "Vaya, teniente coronel, y cumpla con su deber". Ambigüedad de un presidente que se definió en la Sociedad de las Naciones enfrentando a todo el mundo pero que no pudo definirse con precisión en ese conflicto entre patronos y obreros. Le hubiera bastado justificar cualquier represión con el clásico "peligro exterior" que tanto usan los gobiernos cuando tienen problemas domésticos. Pero Yrigoyen no se justificó. Los diarios de la época lo llenaron de barro y él no se defendió. Guardó una dignidad estática. Como cuando en el 30 la gente bien le tiró por la ventana de su casa la camita de hierro y sus cuatro sillas de patas chuecas. Ese silencio ayudó a que Yrigoyen pasara a la historia sin responsabilidad manifiesta ni por la Semana Trágica ni por la Patagonia Trágica.

Hemos tratado de revivir episodios que fueron escondidos con vergüenza y con preconceptos. Hemos tratado de destruir leyendas negras con la verdad. Que nadie, por interés particular esconda lo ocurrido. Para que esos episodios tan vividos, tan apasionados, tan sangrientos sirvan de lección. Una sola lección: terminar con la violencia, venga de donde venga. Porque violencia engendra violencia, inevitablemente.

Total, para qué sirvió tanta violencia. El tiempo se encargó de hacer la simbiosis: la casa del teniente coronel Varela está hoy ocupada por la mutual de una organización obrera... ◆

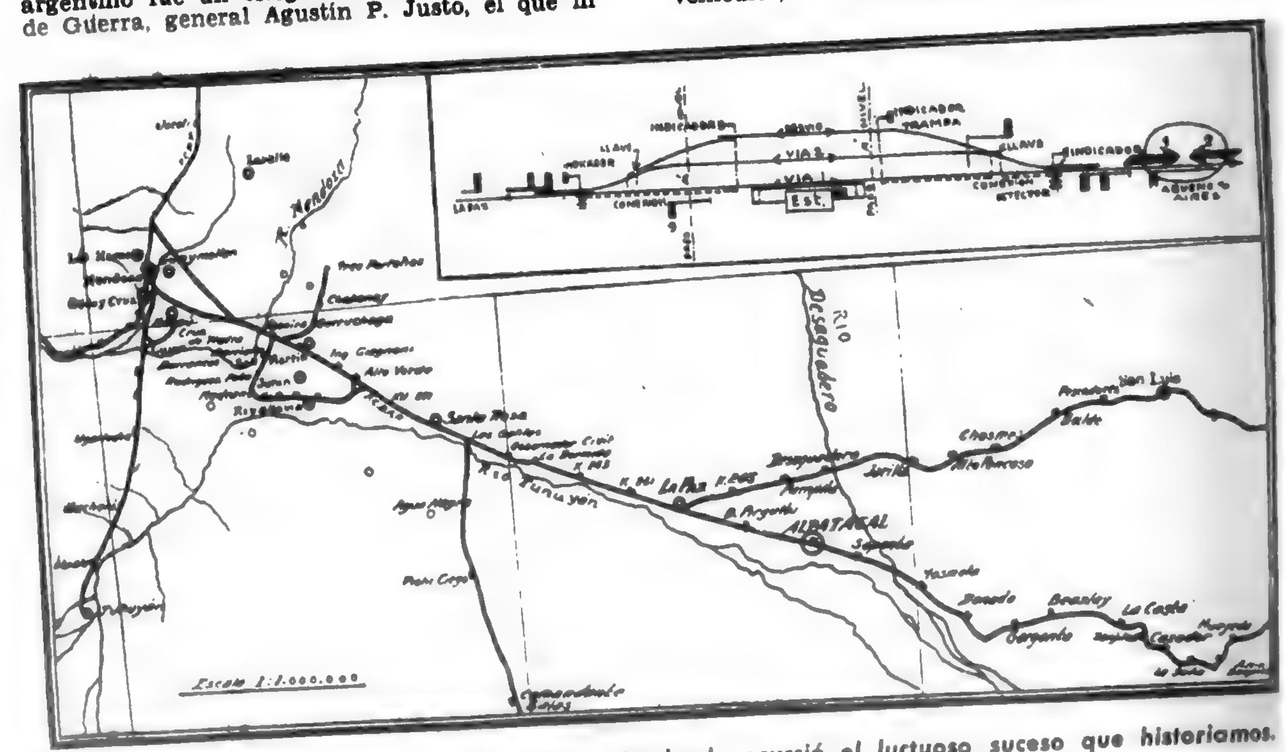


PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

JULIO DE 1927

JUEVES 7. — El tren especial que venía de Mendoza y en el que viajaban 200 cadetes de la Escuela Militar de Chile, al mando del director de la misma, coronel José María Barceló Lira, con el propósito de testimoniar su adhesión a la celebración de la fecha de nuestra Independencia, chocó con otro convoy que corría de Buenos Aires a Mendoza, a 100 metros de la estación Alpatacal sobre la línea del ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico (ahora San Martín). La primera noticia del accidente recibida por el gobierno argentino fue un telegrama llegado al ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, el que inmediatamente se trasladó a la residencia del presidente de la República, doctor Alvear, y lo informó de lo ocurrido. El primer magistrado junto con los ministros de Guerra, Marina, Relaciones Exteriores y otros miembros del Poder Ejecutivo, se trasladó a la embajada de Chile para expresar su pésame.

De acuerdo con los partes telegráficos transmitidos, el tren especial de tropas que venía de Mendoza estaba formado por dos locomotoras, furgones, coches de primera y de segunda clase, dormitorios y comedor. Viajaban junto con los doscientos cadetes y su director, 13 oficiales, el agregado militar argentino, mayor Escobar, 48 músicos y ordenanzas. Se atribuye el accidente a que el personal de máquinas del tren especial no obedeció las señales de peligro de la estación Alpatacal, estando los cambios dispuestos para recibir al tren número 3 que corría procedente de Buenos Aires, y el tren especial pasó la estación tomando de talón dicho cambio, que fue roto, produciéndose el choque. Este tren corría a una velocidad aproximada de 60 kilómetros por hora, y aunque las señales funcionaban bien, había algo de niebla. El tren número 3 resultó con la locomotora y el vagón de encomiendas completamente destrozados. Del tren especial sólo se salvaron seis vehículos de los quince que lo componían, habiendo en consecuencia 9 vehículos destrozados. Resultaron muchos muertos, de los cuales 14 no pudieron ser identificados, pues los rostros y cuerpos de la mayor parte de las personas que perecieron apretadas entre los escombros y que sufrieron además los efectos destructores del fuego, pues se produjo un incendio, han quedado tan desfigurados que hace imposible casi su identificación. Se informó que faltan 2 cadetes y 2 soldados del ejército chileno. Del personal de la empresa faltan 13; de éstos, varios eran de los coches comedores, un inspector de vehículos, un maquinista, un fogonero, un peón



Hoja de "La Prensa" con el plano de la región donde ocurrió el luctuoso suceso que historiamos.



LA PRENSA — Viernes 9 de julio de 1927

EL TRAGICO SUCESO TUVO HONDA REPERCUSION EN NUESTRO PAIS Y EN LA NACION HERMANA

La noticia, divulgada rápidamente en esta capital y en Santiago, provocó expectación que se mantuvo durante todo el día — El ejército nacional exteriorizó sus sentimientos y resolvió suspender todas las fiestas que había organizado con motivo de la efemérides patria — Informes oficiales y de la empresa del Ferrocarril Pacífico sobre la forma en que ocurrió el hecho y las medidas adoptadas para el socorro de las víctimas

OTRAS INFORMACIONES

El titular de "La Prensa" expresa con claridad la repercusión de la catástrofe

de la calefacción y un camarero. Fueron posteriormente identificados los cadáveres de los cadetes Ubaldo Medina, Guillermo Ferri y Oscar Martínez, y entre los muertos fueron hallados tres soldados de tropa. El director de la Escuela Militar de Chile, coronel Barceló Lira, resultó herido de gravedad y con conmoción cerebral; el agregado militar argentino resultó con contusiones. El fogonero del tren especial y el maquinista y fogonero del tren número 3, fueron llevados muy graves en el tren de los heridos a Mendoza; también fue trasladado a dicha capital el resto de los cadetes y tropa chilena. A consecuencia del choque se produjo un incendio en el que la delegación de la Escuela de Chile perdió la caballada y el equipaje. El tren número 3 perdió también parte del equipaje, de las encomiendas y la valija postal.

El gobernador de Mendoza, doctor Orfila, inmediatamente que tuvo conocimiento de la catástrofe ferroviaria informó de ello a los ministros del Interior y de Guerra, y puso en acción todos los elementos de la provincia para auxiliar a los militares chilenos a su llegada a la capital de la provincia, a donde fueron trasladados en un tren de auxilio.

Se anuncia desde Mendoza que los cadetes chilenos reanudaron su viaje desde aquella capital para Buenos Aires. El contingente está formado por 120 cadetes de los 200 que iniciaron el viaje en Chile. Los mismos vienen a las órdenes del mayor Néstor García y cuatro oficiales. Esta determinación de proseguir viaje fue tomada a última hora, de acuerdo con las indicaciones oficiales de Chile. No obstante la magnitud de la catástrofe que enluta al pueblo y ejército chilenos, el gobierno de la nación hermana ha dispuesto que los cadetes de la Escuela Militar cumplan la misión de confraternidad que se les ha confiado, continuando viaje a esta capital. Se dispuso también que los heridos que no sea indispensable hospitalizar en Mendoza, deben regresar a la patria junto con los cadáveres que serán velados allá hasta que la Escuela, ya de regreso, pueda rendirles el homenaje correspondiente en su inhumación. Los cadetes han perdido todo su equipo de parada en el incendio que siguió al choque de trenes.

Con motivo del anuncio de la llegada a Buenos Aires de los cadetes que se han salvado de la catástrofe, y como un homenaje por el grave accidente que han experimentado, las autoridades militares y navales, los miembros de las delegaciones extranjeras y una gran cantidad de personas, se preparan para tributarles una gran manifestación de simpatía. Por tal razón, se ha resuelto que en vez de descender del tren en la estación Palermo, como estaba dispuesto, lo hagan en Retiro del ferrocarril Central Argentino (ahora Mitre). El Círculo Militar y otras instituciones del Ejército y de la Armada han invitado a sus asociados a concurrir a la estación.

El doctor Manuel Augusto Montes de Oca, presidente del directorio local del ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, entregó en nombre de la empresa una declaración que, entre otros conceptos, dice: "La catástrofe se debe indiscutiblemente a la fatalidad. En los anales del ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico no se registra ningún choque de trenes que haya producido muertes de pasajeros. El convoy que conducía a la Escuela Militar estaba a cargo de dos maquinistas bien caracterizados, con muchísimos años de servicio y con un concepto intachable sobre su competencia y demás condiciones requeridas. Venía en el tren un inspector de máquinas, empleado desde el año 1905, cuya jerarquía y capacidad daba las mayores garantías, y el resto del personal fue cuidadosamente elegido hasta el punto de que los dos fogoneros de la locomotora estaban en condiciones de ser maquinistas".

Entrevistado [illegible] Gómez, argen-

PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

tino, de 39 años de edad, que iba a cargo del tren especial que conducía a la delegación militar chilena, manifestó: "Fueron sólo algunos segundos. Un estruendo ensordecedor y al mismo tiempo que se apagaba la luz, sentí sacudidas violentas y golpes en todo el cuerpo. Me pude asir de la mesa con todas mis fuerzas y sentí por momentos que mi cuerpo azotaba para un lado y otro, y que mis piernas se elevaban y caían. El coche comedor en que íbamos se había dado vuelta. Después de algún trabajo, a tientas, y luego de darnos algunos golpes, conseguimos salir tres camareros y yo por las ventanillas que habían quedado mirando al cielo. Iluminado en la noche oscura por las llamaradas de las locomotoras, cuyas calderas habían estallado, se me presentó a la vista un espectáculo horrible. Los dos trenes se habían embestido de frente, y las locomotoras al chocar tan súbita y violentamente se habían elevado en la parte delantera, mientras a continuación los demás vagones formaban una verdadera montaña. La confusión fue enorme, pues casi la totalidad de los pasajeros fueron sorprendidos mientras dormían. El frío helaba hasta los huesos. El incendio estallado violentamente se propagaba con rapidez extraordinaria



Misa de Campaña oficiada en Alpatacal, al día siguiente de la tragedia.

a los demás vagones, favorecidos por el fuerte viento que soplaba del sur".

Los ferroviarios que fueron entrevistados por los periodistas manifestaron unánimemente que la catástrofe ocurrida en Alpatacal es la de mayor importancia que se ha registrado en la República. Añadieron que no debían extrañar las horribles consecuencias de la misma, pues se trataba de un tren arrastrado por dos locomotoras con un peso total de más de 1.000 toneladas que va a chocar a una velocidad de 60 kilómetros sobre otro tren más liviano, pero también de gran peso, que corría en dirección contraria. Así, pues, las tres máquinas se levantaron formando una sola masa de hierros destrozados, por el efecto del violentísimo choque y por la explosión de las calderas.

SABADO 9. — El tren especial en que viajaba la delegación militar desde Mendoza llegó a Retiro y de pronto se vio descender en actitud gallarda al abanderado con el estandarte chileno firmemente asido entre sus vigorosos puños. Fue un momento emocionante, pues todo ese hormiguero humano que aguardaba con contenido entusiasmo prorrumpió en una estruendosa salva de aplausos, y descubierto, vitoreó a Chile. Manos blancas, manos femeninas, acariciaban la bandera y la hacían ondear. El público no se cansaba de aplaudir.

Ocurrida la lamentable desgracia al instituto de Chile, todas las delegaciones, en un hermoso gesto de confraternidad y como homenaje por el contraste sufrido, resolvieron ceder el puesto de honor a la cabeza del desfile militar a los cadetes chilenos durante el desfile de tropas en Buenos Aires, pues lo tradicional es que las delegaciones extranjeras desfilen de acuerdo con el orden de llegada al país.

DOMINGO 10. — Se informó desde Mendoza que, como consecuencia de las disposiciones adoptadas por el gobierno de aquella provincia y como acto de adhesión al duelo público provocado por la lamentable catástrofe ferroviaria, ningún acto oficial ni público se realizó en conmemoración de la efemérides patria.

Han llegado a esta capital los restos de algunas de las víctimas de la luctuosa colisión de trenes. Los féretros llegaron acompañados por sus deudos y por delegaciones de las entidades ferroviarias del país. Momentos antes de llegar el tren a esta capital, la delegación de ferroviarios que venía acompañando los restos resolvió descender todos los féretros en la estación Santos Lugares, para ser velados en el local de la Confraternidad Ferroviaria.

En la catedral metropolitana fue oficiado un solemne funeral en memoria de las víctimas de Alpatacal, dispuesto por las autoridades nacionales y eclesiásticas argentinas. Asistieron el presidente de la Nación, doctor Alvear, y su señora, Regina Pacini de Alvear; el vicepresidente, señor Elpidio González; cuerpo diplomático y altos funcionarios.

El señor Jorge A. Miles dirigió una nota al ministro de Obras Públicas, doctor Pablo Torello, en la que le dice que, como homenaje a los cadetes caídos y al ejército chileno, solicita que la Estación Alpatacal sea denominada, en adelante, Húsares de Marte, regimiento que prestó escolta al primer director supremo de Chile, general O'Higgins.



La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTORICO NACIONAL, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.

PIERINA DEALESSI (Cap. Federal) — En su carácter de integrante de la Comisión Permanente pro Restitución Nacional de Eva Perón, nos escribe ("Prehistoria de Eva Perón", Nº 14) señalando el párrafo que dice: "En octubre del 45 Evita estuvo escondida en mi casa. Creía que habían matado a Perón y tenía miedo que la mataran también a ella. Nunca me olvidaré la cara que tenía cuando entró a mi casa." Al respecto manifiesta la lectora Dealessi: "La frase ha sido mal recogida por el cronista. Yo he dicho que Evita solía visitarme en mi departamento y así lo hizo un día del mes de octubre del 45. Llegó preocupada, expresándome sus inquietudes sobre los momentos que se vivían. Permaneció en mi casa dos o tres horas y se retiró. Nadie ignora que estuve al lado de Evita en las buenas y en las malas. Así como venero su memoria, admiré, en su vida, su extraordinaria personalidad, su gran ternura y su muy probada valentía. Mal podía haberme referido a 'miedo' al hablar de Evita, conociendo su gran carácter y su notorio valor personal." **No obstante lo afirmado por la lectora Dealessi, la Dirección de esta revista posee las cintas magnetofónicas que registran las entrevistas de la misma con nuestro colaborador Jorge Capsitsky, quien ha reflejado con entera fidelidad sus manifestaciones.**

VARIOS LECTORES — Nos señalan que ("Prehistoria de Eva Perón", Nº 14) la "vedette" que tuvo problemas con el episodio del cardenal en el teatro Maipo no fue Tita Merello sino Sofía Bozán. **Efectivamente, el cambio de nombre de las conocidas actrices se debe a una trasposición mental involuntaria.**

MARCELO A. BARBERAN (Capital Federal) — Nos escribe ("Prehistoria de Eva Perón", Nº 14) manifestando, entre otras cosas: "No me cuento entre los que la amaron ni entre los que la aborrecieron. Tenía dieciséis años cuando murió, y recuerdo perfectamente dos cosas: lo sorprendente que me pareció su vida, sin medida común con lo que cabía esperar en la Argentina que conocimos, y lo conmovido que me dejó su muerte. Creo que su vida fue un violento llamado para que los argentinos sintiéramos la necesidad de conocer nuestro país como es de veras, con un mínimo de humildad y de conciencia crítica. En este sentido nos ha dejado el sabor desconcertante de lo diferente. Humanamente, en cambio, no me parece tan desconcertante su carácter. Lo será para los argentinos de este siglo que no supimos conocer a "la Delfina" ni a doña Encarnación, a las mujeres entre la gente de gobierno." **Y para aclarar este último concepto nos envía un ingenioso poema que lamentamos no poder reproducir por falta de espacio, pero por el cual felicitamos cordialmente al lector Barberán.**

JOSE RODRIGUEZ (Capital Federal) — Nos felicita por el artículo "La Reforma y un Reformista" (Nº 12) y nos solicita una nota sobre la participación de los reformistas en el derrocamiento de Yrigoyen. **El tema será tratado en una nota amplia sobre la caída del caudillo radical, a publicarse próximamente.**

CARLOS C. PALACIO (Capital Federal) — Nos señala que el velero ("Piedra Buena, el Buen Patagón", Nº 13) que aparece en la pág. 35 no es una goleta sino una barca de tres palos o barca a secas; pregunta si es un error del epígrafe o si la fotografía no reproduce el buque de Piedra Buena. **La fotografía es la del "Cabo de Hornos", cuya comandancia ejerció Piedra Buena hasta su muerte y la hemos tomado del libro "Piedra Buena, el Caballero del Mar", de Raúl Entraigas, al igual que la denominación marina de la nave.**

LUIS ANSALDI (Berazategui, Bs. As.) — Nos felicita por nuestra publicación y nos remite trabajos de su producción, **que mucho agradecemos.**

ANTONIO OSVALDO CURA (Milagro, La Rioja) — Critica la nota "Cómo se pobló América" (Nº 12, suplemento) en la parte que alude a la teoría del poblamiento del continente por los hebreos. **Todos tienen derecho a tirar sobre el pianista.**

MIGUEL A. PALERMO (Coronda, Santa Fe) — Nos observa que se alude a la Universidad de Córdoba como "Casa de Trejo", siendo que el Obispo Hernando de Trejo y Sanabria no fue el fundador de esa casa de estudios. **Efectivamente, parece ser así, pero lo cierto es que el común ha asociado a la universidad cordobesa con el nombre del ilustre Obispo del Tucumán. El padre Avelino I. Gómez Ferreyra está preparando para TODO ES HISTORIA una nota que aclara definitivamente la cuestión que preocupa al lector Palermo.**

BENJAMIN V. MENDEZ (Salta) Nos envía una carta con interesantes acotaciones o rectificaciones a la mayoría de los números publicados hasta ahora de nuestra revista, la que reproducimos por considerar de interés:

"EL DESVAN DE CLIO (Nº 1): El "acta de matrimonio" de Amblayo no existe, y se trata de un "chiste", "alzada", "cargada" o como quiera llamársele, que hace algunos años hice circular, obsequiendo copias y sosteniendo, con las mismas palabras con que se la presenta, su origen; y tan no existe, que no se expresa ni cita el expediente o libro en que figura. Pido disculpas al colaborador. PROCESO A LOS RESPONSABLES DE BARRANCA YACO Nº 3): El coronel J. Antony King, en su obra "Veinticuatro años en la República Argentina" (1817-1841), poco conocida y traducida del inglés por el ex



presidente del Superior Tribunal de Tucumán, doctor Juan Heller (ed. 1921), al referirse a los sucesos anteriores y posteriores al asesinato de Quiroga, dice: "La activa imaginación del general (Quiroga), no era, sin embargo, tan rápida como la del genio superior del día (Rosas). No bien sintió que su poder era supremo, Rosas, cual un espíritu gemelo de Ricardo III, vio dos arañas que deslizábanse por su camino, y no podía sentirse contento hasta que su benigna planta las aplastase. Quiroga y López (Estanislao) habían terminado su obra a satisfacción suya, y su agúda facultad de percepción podía descubrir que aquellas vidas no eran ya de posible utilidad" ... "Muerto y enterrado Quiroga, los pensamientos de Rosas volviéronse hacia su amigo enfermo, de Santa Fe, el gobernador López, y tan vehemente fue su solicitud por la salud y el bienestar de este hombre, que le mandó, en efecto, un médico de su propia elección, para que le atendiese en sus dolencias; pero, sin embargo, López fue de mal en peor y murió finalmente, sin que nadie quedase para atreverse a discutir la autoridad o compartir las glorias del dictador; 'las rastreras arañas' habían sido realmente aplastadas."

EL DESVAN DEL CLIO: La Historieta de la Historia (Nº 7). No sé si será error de imprenta o del señor Benarós, pero se han equivocado de rey, pues en 1749 no había nacido aún el inefable Fernando VII (hijo de Carlos IV y de María Luisa de Parma), lo que ocurre en 1784, y que fue coronado en 1814. La nota se refiere a Fernando VI, hijo de Felipe V (Borbón) y de María Luisa de Saboya, nacido en 1712, coronado rey en 1746 y muerto en 1759.

LECTORES AMIGOS (Nº 9): Los conceptos que reproduce la carta del señor Edgardo A. Coria referentes a la fundación de la Biblioteca Nacional atribuída a Mariano Moreno, pertenecen al señor Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), ex Director de la misma, publicados en su libro "El Año X" (3ra. ed., p. 264 y sgts.).

LECTORES AMIGOS (Nos. 10 y 12): Don Juan Luis Hogan se enoja con el señor Adolfo Casablanca porque éste ignora el apellido de los dueños de la casa donde fue muerto el general Juan G. Lavalle, y le aconseja que así como él fue a Jujuy, se haga un viajecito a los EE.UU. y acuda a la biblioteca del Philadelphia Hall donde encontrará "un relato fiel y minucioso de la muerte del prócer", del que es autor el capitán de navío Enrique Sinclair, y a continuación reproduce, casi textualmente, el artículo publicado por "La Prensa" en su suplemento dominical del 19 de mayo de 1963 bajo el título **"La muerte de Juan Lavalle según el testimonio de un compañero del prócer"**, escrito por el Sr. Walter J. Green, que en una de sus partes dice: "Por rumbo equi-" vocado habían llegado a Los "Cerrillos, a la estancia de los "Cánepa, lugar histórico, don-" de en el año 1822 los generales "Güemes y Rondeau firmaron "el famoso 'Tratado de la Paz "de Los Cerrillos' que, con tan-" to fervor, elogiara el general "San Martín." A su vez, y ante la nota del señor Hogan, don José María Salomón se enoja con la revista, preguntando por qué no se comentó la carta ni se aclaró la cuestión de inmediato, y luego viene la respuesta de la Dirección. Ahora bien: en 1822 el general Güemes no podía firmar ningún tratado ni nada, porque ya había muerto el año anterior (17 de junio de 1821), y los elogios del general San Martín al pacto, que se firmó el 22 de marzo de 1816, están contenidos en la carta que le dirige al general Guido el 12 de abril del mismo año. Y si los datos e informes de los señores Casablanca-Sinclair-Green-Hogan, son tan fieles y minuciosos como el referido, el señor Salomón tendrá que investigar la muerte de Lavalle por su cuenta.

CIELITO NUBLADO POR LA MUERTE DE DORREGO (Nº 10): Para no hacer demasiada extensa esta carta, me remito al concepto que le merece al doctor Adolfo Saldías, federalista y biógrafo de Rosas, el coronel Dorrego, en su obra "Historia de la Confederación Argentina" (Cpts. II, XI, XII y XIII). **¿POR QUE FUSILARON A CHILIVERT?** (Nº 11): Una versión atribuye esta ejecución a una exigencia de los brasileros a Urquiza, como venganza, porque en la batalla de Ituzaingó (20 de febrero de 1827), Chilavert, que tenía a su cargo la escasa artillería argentina, les despedazó la infantería y artillería del general alemán Braün y luego en la de Caseros (3 de febrero de 1852) les hizo volver las caras.

GUEMES EN EL BANQUILLO Nº 12): El coronel King, al que antes me he referido, tuvo trato con el general Paz, y fue testigo presencial de las batallas de La Tablada y Oncativo. También conoció a Güemes, a quien trata de "miserable" y "brutal asesino", y relata entrevistas poco cordiales. Si bien Paz, como dice A. Cornejo, no conoció a Güemes, pero sí a King, y éste a Güemes, me permito suponer que llevado de su animosidad o quizá odio, a más de su amistad con el "Presidente de la República de Tucumán", Bernabé Aráoz, pudo haber mal informado a Paz acerca del general Güemes, agregando así una figura falsa de nuestro prócer a la que los enemigos interiores hacían de él. Pero, sea como fuere, es del caso repetir las palabras del mismo general Paz: "Si Güemes "cometió grandes errores, sus "enemigos domésticos nos "fuerzan a correr un velo sobre "ellos, para no ver sino al cam-" peón de nuestra Independen-" cia y al mártir de la Patria." Y con esto, señor Director, doy por terminada la presente (por fin, dirá Vd.), y al saludarlo con mi más alta consideración, le prometo no reincidir, y cuando encuentre algo en la revista que crea está equivocado, no esperaré a que se junte mucho".

LUCIANO TREJO (Carlos Tejedor, Bs. As.) — Nos envía documentación sobre la Semana Trágica ("La Semana Trágica", Nº 5) y los sucesos de Santa Cruz de 1921-22 ("Los Vengadores de la Patagonia Trágica", Nos. 14 y 15) agregando recuerdos personales sobre participantes en esos hechos, que mucho agradecemos.

WILLIAM L. F. HORSEY (Olivos, Bs. As.) — Nos escribe aportando nuevos e importantes datos ("Piedra Buena, el

Buen Patagón", Nº 13) sobre los salvatajes de náufragos que hizo el protagonista de la nota y la acción de los misioneros ingleses en Tierra del Fuego, **que mucho agradecemos.**

LUIS E. GIULIODORI (Capital Federal) — Nos felicita por nuestro aniversario y nos pide la publicación de un artículo con la historia del gaucho Antonio Rivero, "defensor de nuestras Malvinas". **Hace varios meses que estamos empeñados en encontrar a un escritor que pueda hacer un trabajo objetivo e imparcial sobre el discutido personaje; hasta ahora no hemos tenido éxito en nuestro intento. Seguiremos probando.**

MANUEL AUGUSTO DOMINGUEZ (Capital Federal) — Nos felicita por el artículo sobre Luis Piedra Buena (Nº 13) y pide se recuerde al capitán de fragata Héctor R. Ratto, que fue uno de sus primeros biógrafos. **Cumplimos con esta mención el pedido del lector Domingues.**

ALBERTO RICARDO ABELENDA (Capital Federal) — Nos felicita, como docente, por nuestra publicación, y nos solicita una nota sobre la infancia de Bartolomé Mitre. **Por no tener previsto un artículo sobre ese tema, sugerimos al lector Abelenda recurra a la "Gran Enciclopedia Argentina", de D. Abad de Santillán, o cualquier biografía sobre el prócer.**

EDUARDO C. ARCE (Capital Federal) — Nos solicita la publicación de una nota sobre la vida de Vicente del Castillo, contador general de la provincia de Entre Ríos en tiempos de Urquiza y ministro de Hacienda de la Confederación Argentina, del cual nos envía copias de interesantes documentos. **Con mucho gusto estudiaremos esa posibilidad.**

DIEGO DE UNZUE ARZENO (Puerto Belgrano, Bs. As.) — Nos pide un artículo sobre el cuarto almirante argentino, D. Ramón González Fernández. **Con mucho gusto estudiaremos la posibilidad de hacerlo.**

LAUREANO LANDABURU (Capital Federal) — Nos escribe una carta que ("De la Torre contra todos", Nº 14) **reproducimos en su parte sustancial:**

En el Nº 13 de "Todo es Historia" se ha publicado una extensa nota de Juan M. Vigo titulada "De la Torre contra todos" que contiene referencias que no se ajustan a la verdad y apreciaciones arbitrarias sobre la actuación de mi padre, el ex senador Laureano Landaburu, en el famoso debate de las carnes. Para enaltecer la figura de De la Torre no es necesario el tratamiento descomedido e injusto hacia quienes fueron sus ocasionales adversarios. A objeto de poner las cosas en su lugar, le dirijo estas líneas, solicitándole quiera publicarlas en la revista bajo su dirección. Los senadores de la mayoría de la Comisión Investigadora del Comercio de Carnes (Landaburu y Serry), jamás pensaron, como expresa el autor de la nota, que podía hacerse una investigación "a piacere". Al comienzo, apenas se conoció la forma como estaba compuesta la Comisión, De la Torre tuvo oportunidad de manifestar en el Senado su complacencia por la elección de sus miembros. Ello se explica, en parte, por cuanto De la Torre y mi padre mantenían desde muchos años atrás una relación amistosa y habían sido, en un tiempo, correligionarios y después, diputados nacionales durante la misma época. En el año 1916, mi padre fue elector de la fórmula De la Torre-Carbó, que triunfó en San Luis, y en 1917, candidato a gobernador de dicha provincia por el Partido Demócrata Progresista, el mismo de De la Torre. Posteriormente, el Partido Demócrata Progresista de San Luis se fusionó con otras fuerzas políticas para formar el Partido Liberal, pero De la Torre y mi padre siempre mantuvieron la misma amistad, como lo demostraron durante el período en que fueron compañeros en la Cámara de Diputados. El contador designado por la Comisión Investigadora a propuesta de mi padre, a quien el autor de la nota agravia gratuitamente, fue el Prof. José González Galé. La personalidad de González Galé es ampliamente conocida por todos los que han cursado estudios de Economía en nuestro país: miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, fundador de la cátedra de Biometría en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, rector del Colegio Nacional Carlos Pellegrini, y autor de numerosas obras de su especialidad. El episodio del secuestro de documentos del Norman Star y de la detención de Mr. Tootle son referidos en la nota de manera inexacta. El denunciante que promovió el allanamiento al barco no fue De la Torre, sino Alfredo L. Palacios, y quien ordenó esa medida y posteriormente la detención de Mr. Tootle, tampoco fue De la Torre, sino mi padre, que presidía la Comisión. Y los despachos de mayoría y minoría de la Comisión, como lo reconoció el propio De la Torre en la sesión del Senado del 18 de junio de 1935 (pág. 192), concordaban en todos sus puntos, salvo uno, de importancia secundaria. Dijo en esa ocasión De la Torre: "De los diez puntos del despacho de la mayoría, yo no disiento en el fondo sino en el Punto 7º referente a los precios que se pagan en Australia por los novillos y esa divergencia sobre un punto accesorio...". Si se desea juzgar con criterio imparcial todo lo ocurrido en el debate de las carnes y, en especial, la actuación de mi padre en el mismo, nada mejor que leer el Prólogo que para el libro de mi padre "En el Senado", escribió Alfredo L. Palacios, protagonista también del debate y que votó el despacho de la mayoría. Este prólogo fue reproducido por Palacios en "Próceres y Estadistas", bajo el título de "Laureano Landaburu, Demócrata Intergérrimo y Austero". Dice Palacios en ese prólogo:

"En el (debate) que se produjo con motivo de la investigación del comercio exterior de carnes, Landaburu fue el miembro informante de la mayoría y Don Lisandro de la Torre, figura nacional por su talento, por su elocuencia y su carácter, el representante de la minoría. Los dos grandes senadores estaban de acuerdo en lo fundamental y pusieron de manifiesto la situación intolerable que sufría el país, frente a entidades extranjeras, tan fuertes como los poderes públicos. Esas entidades obstaculizaban la investigación del Senado, oponiéndose al examen de sus libros y elementos de contabilidad que la Comisión consideraba indispensable conocer. Fue necesario el arresto compulsivo del presidente de un frigorífico para resistir las órdenes de los investigadores, así como por la destrucción



"de los elementos de prueba. "Casi simultáneamente un diario extranjero decía con altanería, que si la investigación "estaba de acuerdo con las leyes, era ya tiempo de que empezaran a cambiarse las leyes. "Recuerdo que pocos días después, denuncié ante la Comisión presidida por Landaburu, el embarque clandestino "de libros y papeles realizado "por un frigorífico en el vapor "Norman Star que se encontraba en el puerto de Buenos "Aires, listo para zarpar a Inglaterra así como el envío de "tres remesas de libros y papeles a la República del Uruguay. Tuve conosimiento de "la maniobra delictuosa por "tres obreros argentinos, quienes me expresaron que los "papeles y los libros se encontraban en la carbonera del "barco mencionado, colocados "en más de veinte cajones con "el rótulo de corned beef, cubiertos por bolsas de estiércol. "La acción enérgica y decidida "del Presidente Landaburu, "que ordenó al allanamiento "del Norman Star, permitió el "secuestro de los papeles, entre los cuales aparecieron algunos de verdadera utilidad "para la investigación, como "ser planillas de costos, gráficos con precios, etc. Landaburu demostró en el debate "que el comercio de exportación de carne y subproductos, "se realizaba bajo un régimen "de monopolio contrario a los "intereses del país, pues perturbaba arbitrariamente y en "beneficio propio los precios de "compra en la Argentina; que "los frigoríficos habían cometido innumerables abusos, derivados de la falta de clasificación racional del ganado y "las carnes, y habían violado "las obligaciones prescriptas "por el Código de Comercio en "materia de libros. Demostró "asimismo, que las ganancias "de los frigoríficos eran 'exhorbitantes"; que los frigoríficos no habían pagado sino "parcialmente a los ganaderos, "los beneficios obtenidos por la "mejora del cambio contrariamente a lo que afirmaba el "Ministerio de Agricultura; y "por último, que era necesario "un reajuste en las operaciones de cambio, correspondientes a los embarques de los frigoríficos hechos sobre los valores de aforo, lo que significaba el reconocimiento de la "irregularidad de las concesiones a determinadas empresas, "en la negociación de las divisas. Por todo eso, Landaburu "proponía que mientras rigiera "el Convenio de Londres, debía "procurarse la concesión de la "cuota disponible a la Corporación Argentina de Productores de Carnes o a entidades "o empresas que, surgidas de "la ley fueran extrañas a todo "monopolio: 'La Argentina —dijo entonces Landaburu— "debe orientar su política permanente hacia la eliminación "de toda traba en el comercio "exterior y hacia la conquista "de nuevos mercados libres.' Yo "intervine en el debate, expresando mi voto favorable a los "proyectos presentados por la "mayoría de la Comisión, porque ellos tendían a atenuar "la dolorosa situación del país "frente al monopolio extranjero y expoliador, pero declarando que se había invertido, "en ese debate, el orden y la "jerarquía de los factores en "juego, pues el valor humano, "descuidado por los gobernantes era el primordial, aun tratándose del complicado problema del precio de los novillos...".

La Dirección de TODO ES HISTORIA lamenta que el artículo "De la Torre contra todos" haya lastimado los muy respetables sentimientos del Dr. Laureano Landaburu. El propósito del autor de la nota fue establecer una verdad histórica y la Dirección entiende que nuestro colaborador Juan M. Vigo se ha ajustado a la verdad al referirse a la actuación del senador Laureano Landaburu. En este sentido mantiene lo dicho en la nota rechazando el calificativo de "arbitraria e injusta". Los párrafos que siguen responden a la carta del doctor Landaburu, punto por punto; las citas se refieren al tomo 2º de "Obras de Lisandro de la Torre" (Ed. Hemisferio).

1º) En primer término no se ha dicho que el senador Landaburu creyó que la investigación iba a hacerse "a piaccere", sino que esto lo creyó la mayoría del Senado, que es distinto. Y eso no se puede poner en duda, teniendo en cuenta el posterior comportamiento de esa misma mayoría, cuando De la Torre puso al descubierto las maniobras de las empresas y sus cómplices nativos.

2º) Lo que interesa no son los "curriculum vitae" de los contadores, sino su actuación en la investigación de las maniobras frigoríficas. Refiriéndose al académico doctor González Galé y al señor Lascurain, dijo De la Torre:

"No dominaban la materia frigorífica por falta de especialización, y no estaban en condiciones de satisfacer las exigencias de la investigación. Como ninguno de los contadores había sido propuesto por mí, mi posición era delicada para solicitar su cesantía." (pág. 409). Más adelante añade: "Lo primero que se pidió a los contadores fue el establecimiento en forma clarísima del costo de la carne que comprende el costo de los novillos y los gastos. En vez de una expresión clara de estos costos, hay un verdadero galimatías que no he podido descifrar." (pág. 412). "A propósito del examen de los libros de este frigorífico (La Negra) yo dejé constancia en los libros de la Comisión de que los contadores González Galé y Lascurain, no habían ahondado todo lo que correspondía en la investigación de las ganancias." (pág. 130). "El estudio realizado de esa manera resulta incompleto y de dudosa o ninguna utilidad" (412). "Las maniobras para elevar los costos y eludir la declaración de las ganancias, están a la vista, pero los contadores González Galé y Lascuarain no las descubren y cuando las descubren no concretan su alcance y sus resultados"." Esto sugiere un fraude y en vez de concretarlo, los contadores aceptan que el precio de la carne sea de 51 centavos. Es decir, aceptan en silencio la maniobra que estaban encargados de descubrir y revelar en números precisos" (413).

Y este es el juicio que De la Torre hace de los tres contadores:

"Señalo a la gratitud de los ganaderos argentinos el laborioso e inteligente informe que el contador Yasky ha realizado.

La investigación pasará y el informe del contador Yasky quedará inconmovible en su carácter de pericia seria, sincera, inteligente, desapasionada y hasta desinteresada, por cuanto el honorario que va a percibir es, a mi juicio, la mitad de lo que vale su pesado trabajo de nueve meses. **"En cambio, los informes de los otros dos autorizados contadores no especializados en la materia, no han aportado luz alguna y no dejan un saldo que pueda ser valioso para el porvenir. El informe de la mayoría ni siquiera los menciona y en el libro de actas de la Comisión ha quedado la prueba ilevantable de sus deficiencias" (406).**

3º) El episodio preliminar al secuestro de los libros del buque "Avila Star" fue relatado al autor de la nota por dos testigos directos: el arquitecto Alberto Astudillo y el Sr. Angel Cairo. Cairo estaba en el pesaje y comunicó de inmediato la presencia de los cajones al Sr. Manuel Montero, jefe de fiambrería. Este, a su vez, lo puso en conocimiento de Astudillo, quien le avisó a De la Torre. Este fue "uno de los avisos" que recibió De la Torre. Otros obreros pudieron haberse comunicado con Palacios, confirmando lo que se dijo en el artículo, de que debía enorgullecernos la conciencia nacional de los trabajadores, que vigilaban y actuaban en defensa de la Nación, mientras la mayoría de los de arriba hacían la vista gorda o se jugaban simplemente a favor del imperialismo extranjero.

4º) El arresto de Tootell tenía que disponerlo necesariamente el presidente Landaburu. Pero hay razones más que suficientes para suponer que habrá sido a instancias de De la Torre, teniendo en cuenta, sobre todo, el comportamiento de Landaburu en muchos casos en que se ofendió a De la Torre y se trabó su acción.

5º) Es verdad que don Lisandro discrepó muy poco con lo que decía el informe. Su discrepancia estaba con lo que el informe callaba. "¿Por qué no lo he firmado?" —se pregunta el insobornable luchador santafesino, y en seguida se contesta: "Porque no encara todas las cuestiones surgidas de la investigación y no contiene soluciones proporcionadas a la gravedad de las situaciones que se han puesto en evidencia. Lo considero, por eso, como ya dije, incompleto e impreciso" (113). Si el señor Landaburu (h) hubiera leído tan sólo doce líneas más adelante de donde extrae su cita, hubiera encontrado los siguientes párrafos de De la Torre: "Omite el reconocimiento de que las empresas argentinas que trabajan en conjunto su ínfima cuota de 4 % realizan ganancias que prueban la posibilidad de emanciparse del monopolio extranjero, demostrando que la venta de la carne argentina en Gran Bretaña es perfectamente factible por intermedio de los consignatarios locales." "Omite toda referencia al dumping en el comercio interno..." etc. "Omite toda referencia a los costos de industrialización..." etc. "Omite toda referencia a las maniobras de los frigoríficos..." etc. "No ha consignado en forma alguna la vida de los obreros que trabajan en los frigoríficos en condiciones antihigiénicas y en miserables condiciones, ganando salarios insuficientes" (113). Refiriéndose al proyecto de la mayoría de la Comisión relativo a la clasificación y tipificación de las carnes, dice: "Si hubiera de aplicarse durante durante la vigencia del monopolio, sería dar un cuchillo a los frigoríficos, que lo emplearían contra los pequeños productores." Pocas líneas más adelante añade: "El proyecto es prematuro; antes, habría que torcerle el pescuezo al monopolio, que el despacho de la mayoría deja intacto" (115 y 116). Para no dejar dudas, remacha en la página 161: "El señor senador Landaburu quiere implantarlo bajo un régimen de monopolio y entregarlo a los frigoríficos como un arma; es un proyecto de clase el del señor senador" (pág. 161). "El despacho de la mayoría puede equipararse a un velo echado sobre un asunto indefendible" (242).

Se podrían llenar páginas con citas de este estilo, que prueban la responsabilidad de nuestro colaborador y todo lo que calla porque no hacían al fondo del asunto, porque es desagradable remover una herida y hasta por razones de buen gusto.

6º) Lo que dice Alfredo L. Palacios en el prólogo aludido, lo desmienten múltiples expresiones del propio De la Torre. En la pág. 267 dice: "Sostengo que el señor senador (Landaburu), como presidente de la Comisión encargada de interrogar a los testigos, me oponía obstáculos para que no interrogara ampliamente al jefe del Control de Cambios, no obligaba al testigo a declarar y le ofrecía en forma no justificada que contestase por escrito, y a mis preguntas más sencillas las llamaba polémicas, **y yo me veía en el caso de soportarlo todo, temeroso de que pudiera disolverse la Comisión si se producía algún incidente" (267).**

Más adelante, después de leer párrafos de la versión taquigráfica de las sesiones de la Comisión, dice: "Los señores senadores juzgarán de la comodidad y la facilidad que he tenido en esta investigación. He silenciado estas desagradables incidencias, y estaba resuelto a silenciarlas hasta el fin, cuando el señor senador por San Luis, a propósito de nada, a propósito de una ligera alusión perfectamente legítima y culta a algún punto revelado por la investigación, del que la mayoría de la Comisión no se había ocupado, me lanzó un airado desafío: 'Lo desafío a que pruebe que no he cumplido con mi deber en todos los casos.' Bien —concluyó De la Torre—. No quiero ahondar un asunto desagradable, pero les pregunto a los senadores si el presidente de la Comisión Investigadora procedió bien cuando les permitió a un testigo sin escrúpulos que no contestara a mis preguntas, y cuando, en lugar de intimarlo a que contestara, lo estimulaba a dar explicaciones interminables fuera de la cuestión, y salía con que no era posible conciliar la naturaleza del interorgatorio con la forma en que se debía contestestar". (269) "Al natural empeño que yo ponía en descubrir las mentiras que decía el testigo, le llamaba hacer polémicas, y mientras lo dejaba hacer su gusto, **me cohibía a mi el derecho de investigar con ese argumento de las polémicas". (270).**

La dirección de TODO ES HISTORIA cree que estas citas bastan para acreditar la veracidad y responsabilidad con que nuestro colaborador Vigo ha fundamentado su nota y lamenta, vuelve a decir, que el doctor Landaburu se haya visto en el caso de poner en duda su justicia.

JAIME B. J. GARCIA RODRIGO Y GIFRE (Presidencia Sáenz Peña, Chaco). — Aporta un dato que puede ver valioso ("La Bandera blanca y celeste...", Nº 14) señalando que en el famoso Atlas Histórico del Conde las Casas (traducción castellana, edición de 1826) que posee por herencia de su abuelo, figura la bandera argentina con tres franjas horizontales, siendo azul la del centro y blancas las otras dos —es decir, blanca, azul y blanca—. Aparentemente, pues, reproduciría la segunda bandera de Macha, cuyo significado se ha subrayado en nuestro artículo. **Agradecemos vivamente al lector García Rodrigo y Gifre su importante aporte a este debate sobre el origen de nuestra bandera.**

ALBERTO R. CESAR (Córdoba). — Señala lo que cree un punto oscuro ("La Bandera Blanca y Celeste... Nº 14) relativo al paradero de la bandera roja y gualda, española, que Rivadavia habría enviado a Belgrano para que éste la izara en sustitución de la patriota. Pregunta qué se hizo esa bandera y también de dónde salió la primera bandera de Macha y cuál sería su importancia, para ser guardada tan celosamente. **Dejamos librada a la erudición de nuestro colaborador Miguel Angel Scenna esta respuesta.**

WLADIMIR C. MIKIELIEVICH (Rosario). — Nos escribe una carta que por considerar de interés reproducimos en lo sustancial.

"En el número extraordinario del diario rosarino "La Tribuna", edición del 19 de junio del año pasado, publicamos un extenso trabajo titulado "La Bandera de Belgrano", donde se analizan los distintos aspectos en divergencia con respecto a la bandera que Belgrano izara en Rosario el 27 de febrero de 1812. Si el autor del artículo "La Bandera blanca y celeste...", que se incluye en el número 14 de la excelente revista que Ud. dirige, lo hubiera leído, no sostendría como lo hace en el punto sus conclusiones, que "Belgrano no se llevó la bandera consigo al norte, de modo que la jurada en Jujuy debió ser distinta a la de Rosario, no solo materialmente, sino también en la distribución de colores..." Dice también el señor Miguel Angel Scenna, autor del artículo que nos ocupa, que la bandera quedó en Rosario porque "jamás las banderas son propiedad privada del comandante sino que pertenecen al cuerpo militar que las enarbola". He aquí algunos aspectos que el señor Scenna no tuvo en cuenta para emitir su conclusión del punto 5º, la que rectificamos afirmando que la bandera izada en Rosario el 27 de febrero, fue la misma bendecida y jurada en Jujuy el siguiente 25 de mayo y "deshecha" por su creador en julio de 1812.

1º) El 27 de febrero Belgrano escribe al Triunvirato dando cuenta del izamiento de la primera bandera nacional; la comunicación finaliza con esta solicitud: "espero que sea de la aprobación de V.E.".

2º) La nota del Triunvirato del 3 de marzo, desaprobando el izamiento, no la recibe Belgrano; fue dirigida en forma reservada al coronel Manuel Belgrano y cuando llega aquí, el destinatario se encuentra viajando al Norte. Ha partido el día 2 y su sucesor en el comando de las baterías, no puede recibir, menos aún violar el oficio reservado destinado al ausente.

3º) El sucesor, que lo es Gregorio Ignacio Perdriel, el 3 de marzo (al día siguiente de la salida de Belgrano) pide al Triunvirato se le remitan dos faroles de talco, dos banderas nacionales y dos anteojos de larga vista para el servicio de las baterías. El ing. A. Fernández Díaz ha escrito que esas banderas nacionales eran para hacer señales, opinión tan increíble como lo sería si Perdriel hubiera pedido banderas de señales para enarbolarlas como símbolo nacional.

4º) En Jujuy, el 25 de mayo Belgrano hace retirar de su posada la bandera para proceder a su bendición y jura.

5º) En el oficio del 18 de julio donde Belgrano hace su descargo por haber izado por dos veces la bandera nacional, tres veces sobre cuatro que se refiere a ella, motivo de la represión del Triunvirato, escribe Bandera con inicial mayúscula, siendo que tratándose de otras banderas siempre lo hace con inicial minúscula.

De lo consignado inferimos que Belgrano llevó consigo la bandera cuando partió de Rosario. No pudo dejarla a Perdriel haciendo caer sobre éste la responsabilidad de enarbolar una bandera pendiente de autorización; tampoco hacerla bendecir ni jurar, ceremonias estas dos últimas, lo mismo que la confección de la bandera, atribuidas a María Catalina Echevarría de Vidal, motivo de tradiciones y aún de trabajos completamente al margen de la verdad histórica, conforme lo demostramos en publicaciones aparecidas hace más de una década. La bandera no había sido oficializada; entonces no pudo pertenecer al cuerpo que guarnicionaba las baterías, por lo que el argumento del señor Scenna sobre la "propiedad" del símbolo es aplicable al caso. ¿Por qué Belgrano hace bendecir y jurar la bandera en Jujuy el 25 de mayo? Porqué habían transcurrido cerca de tres meses desde que pidiera su aprobación; al no recibir respuesta en ese lapso entendió contar con el silencioso consentimiento".

Misma respuesta que al lector César.

TODO ES HISTORIA, Nº 15, JULIO DE 1968. Editores responsables: HONEGGER S.A.I.C. Director: Félix Luna. Redacción, administración y talleres: México 4256. Teléfonos: 90-9118 (redacción) y 90-8354 (administración). Registro de la Propiedad Intelectual Nº 928451. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribución Capital Federal: Antonio Rubbo, Garay 4226. Interior y exterior: SADYE S.A.I.C., Belgrano 355, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO | TARIFA REDUCIDA | CONCESION Nº 8240

PRIMERA COLECCION DE ENSEÑANZA INTEGRAL DEL FOLKLORE

Tres elementos que permiten la enseñanza integral del folklore y una manera nueva de apreciar los valores vernáculos: el Gran Manual de Folklore, con la participación de los más importantes folklorólogos del país, que abre la puerta a la danza, la música, el comerío, el atuendo y otros aspectos del folklore; las "Setenta y Siete Danzas" bajo la dirección de Juan de los Santos Amores, complemento indispensable para el aprendizaje de los bailes nativos en un disco de alto valor musical; y "El Canto del Viento", la obra máxima de Don Atahualpa Yupanqui, en el que resume la experiencia de toda una vida dedicada a la frecuentación de las cosas de la tierra.
Un Gran Manual, cuatro discos y un libro al servicio integral del folklore.





Las Setenta y Siete Danzas nacen de estos discos para promover el gusto por el baile nativo.

El gran Manual de Folklore: un esfuerzo literario de la más alta jerarquía.

"El Canto del Viento", la más expresiva creación literaria de Don Atahualpa Yupanqui.

totalmente en CUOTAS

SOLICITE INFORMES A:

EDITORIAL VERBO S. R. L.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN TODO EL PAIS
ALSINA 1450 - 4º PISO - CAPITAL FEDERAL


EN SU
BIBLIOTECA
NO DEBE
FALTAR
TODO ES HISTORIA
HISTORIA
LA SEMANA TRAGICA
VIDA Y MUERTE DEL
ULTIMO
SERVICIO
SECRETO
DE PERON
Regale a sus amigos, a sus hijos, a sus compañeros de trabajo, la colección de los seis primeros números de TODO ES HISTORIA encuadernada a todo lujo. Pídala personalmente o por correo a HONEGGER S.A., México 4256 con cheque o giro postal por $ 1.250 (franqueo incluido). ¡Una lectura para toda la vida!

TODO ES

HISTORIA



$ 1.50

EL OTRO SAN MARTIN



Hablar de don José de San Martín sin retórica es algo bastante riesgoso. Hay organismos que se sienten dueños del prócer y apuntan con toda su artillería contra quienes se animen a decir algo del Libertador que no coincida exactamente con lo convencional. Pareciera que sólo se puede hablar de San Martín en tono de efemérides oficial o de fiesta escolar.

La cosa se explica. Desde hace un siglo, aproximadamente, no cesa de alimentarse el mito de San Martín. En esa época, la joven Nación necesitaba un héroe máximo sobre cuyo ejemplo pudieran forjarse valores nacionales con un denominador arquetípico. Todos contribuyeron a echar toneladas de mármol y bronce sobre la carnadura humana de San Martín: historiadores, gobernantes, educadores, escritores... El resultado fue hacer del Libertador algo tan lejano y sobrehumano que ha perdido ya su vibración y en torno a su memoria sólo hay lugares comunes, retórica, convenciones establecidas y mantenidas a través de una vasta complicidad.

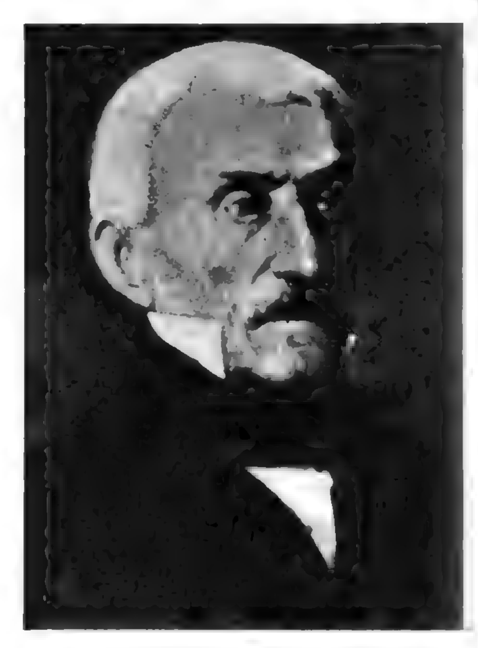
Este proceso de mitificación de San Martín se cumplió acabadamente. Ahora ya no sirve más. Insistir en la imagen convencional es hacer peligrar lo que antes fue útil, agostar la ejemplaridad del personaje y vaciarlo enteramente de su admirable y suscitante contenido. Seamos sinceros: durante un siglo el semidios aquél, incapaz de debilidades o renuncios, infalible e invencible, hierático y ecuestre, remoto, misterioso, convocó el fervor de discursos oficiales, recitaciones escolares y erizados dictámenes académicos. Ciertamente se hizo justicia a San Martín. Pero a cambio de esa justiciera exaltación de su personalidad se le fue extrayendo el alma, se lo convirtió en una entelequia sin carne ni sangre.

El presente número de TODO ES HISTORIA quiere iniciar, modesta y respetuosamente, una nueva visión de nuestro héroe máximo. Una visión que apunte a su totalidad humana y cuyo juicio no esté aplastado por el culto del héroe. Que lo considere en su dimensión de hombre, susceptible de errar, pecar o dudar, tal como ocurre con todos los hombres. Sólo mirándolo así —creemos— podrá seguir teniendo San Martín una vigencia realmente fecunda en el espíritu nacional.

Pero a la vez estamos seguros que así, liberado de su plinto y colocado a mero nivel humano, el Libertador ganará en grandeza porque ganará en humanidad y así podrá ser comprendido mejor, amado mejor.

Con esta intención hemos preparado este número, dedicado a "El Otro San Martín". ¿Cuál es este "otro"? Es aquel que empezamos a sentir oscuramente, en el fondo del corazón, cuando callan las marchas sonoras y se apagan los ecos de los altavoces de la fiesta. El que sentimos como un viejo amigo, un vecino de siempre, un compañero de los siglos al que podríamos llamar con los nombres de la amistad sin que en nada perdiera su autoridad, su magisterio perenne. El otro San Martín es el que ha escapado al mármol y al bronce y viene hacia nosotros, desde el fondo del tiempo, con una sonrisa y una luz de atardecer aclarándole la tez morena...

EL DIRECTOR



Despojado del bronce con que lo revistió la primitiva historiografía, San Martín ya no es para los argentinos un mito sino un hombre cuya grandeza reside en la férrea superación de sus propias limitaciones.

TODO ES HISTORIA

REVISTA MENSUAL DE DIVULGACION HISTORICA

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir...".

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

AÑO II · Nº 16 — AGOSTO DE 1968

EDITOR: Honegger S.A.I.C.
DIRECTOR: Félix Luna

Redacción:
MEXICO 4250

SUMARIO

Y TAMBIEN


LA GRATITUD NACIONAL AL GENERAL EN GEFE Y EJÉRCITO VENCEDOR EN CHACABUCO Y MAIPO
por el Congreso
para perpetuar la gloria
de Chacabuco

LA VIDA SECRETA DE SAN MARTIN

por Enrique de Gandía

El general José de San Martín es uno de los personajes de la historia americana cuya vida ha sido más discutida. Es también una de las vidas que tiene, en apariencia, más misterios. Estos misterios dejan de serlo si se les examina serenamente, a la luz de una documentación inobjetable y con un puro sentido crítico. El mayor inconveniente que halla en su estudio la vida de San Martín es la tradición de los viejos historiadores. Estos historiadores, empezando por Mitre, han hecho trabajos dignos del más alto y continuo respeto; pero los prejuicios que a ellos los envolvieron han sido heredados por los historiadores que les sucedieron y ha costado y cuesta mucho trabajo romper moldes y disipar leyendas y errores. El respeto a los errores pasados, que con el tiempo se convierten en tradiciones patrióticas, ha llegado en la Argentina y en América a un grado tal de sectarismo, que los primeros investigadores que se han atrevido a decir ciertas verdades han sido perseguidos como enemigos de la patria.

LA VIDA SECRETA DE SAN MARTIN

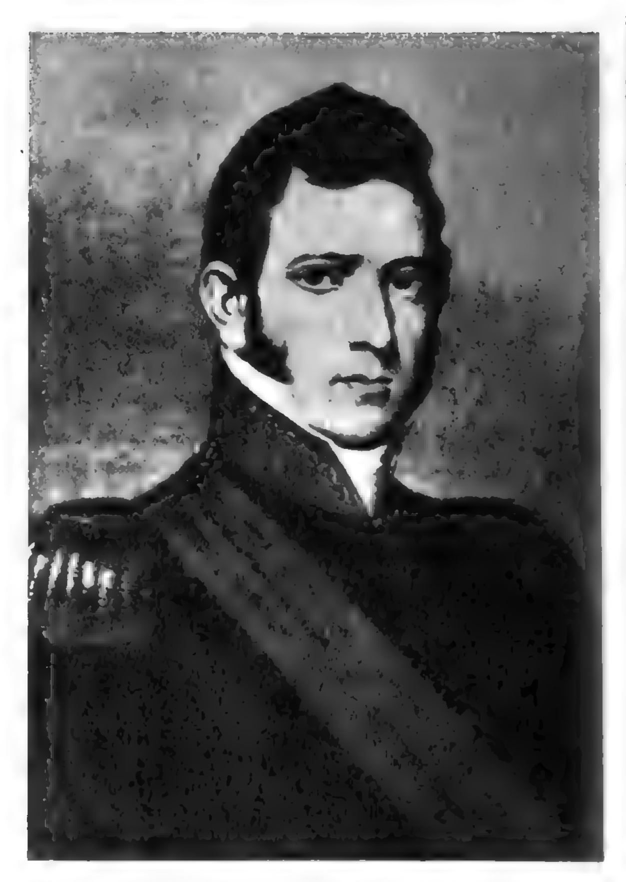
Hay una resistencia al cambio —ley sociológica bien conocida— que vence los esfuerzos mejor intencionados. La resistencia a cualquier innovación que disipa conceptos petrificados no sólo se encuentra en lectores comunes, sino en instituciones sabias, en diarios y en profesores eminentes. En el futuro se les mirará con lástima, si es que se recuerda sus nombres; pero, entretanto, amargan las existencias de los historiadores honestos, llenan de obstáculos sus caminos y luchan denodadamente para mantener en pie las antiguas sombras.

La desconfianza de los tradicionalistas a veces resulta justificada. En su obstinación, en su testarudez, han impedido a veces improvisaciones y audacias revolucionarias de historiadores inexpertos, deslumbrados por hallazgos repentinos. El estudioso desapasionado no debe dejarse arrastrar por teorías o suposiciones que no estén fuertemente documentadas. La historia nunca es suposición, siempre debe ser certeza; la certeza no se alcanza con imaginaciones, con inducciones ni con deducciones: se logra con la base de documentos indiscutibles. Cuando esta documentación no existe, todo lo que se supone es, con seguridad, un error; cuando la documentación es patente, puede hablarse con tranquilidad.

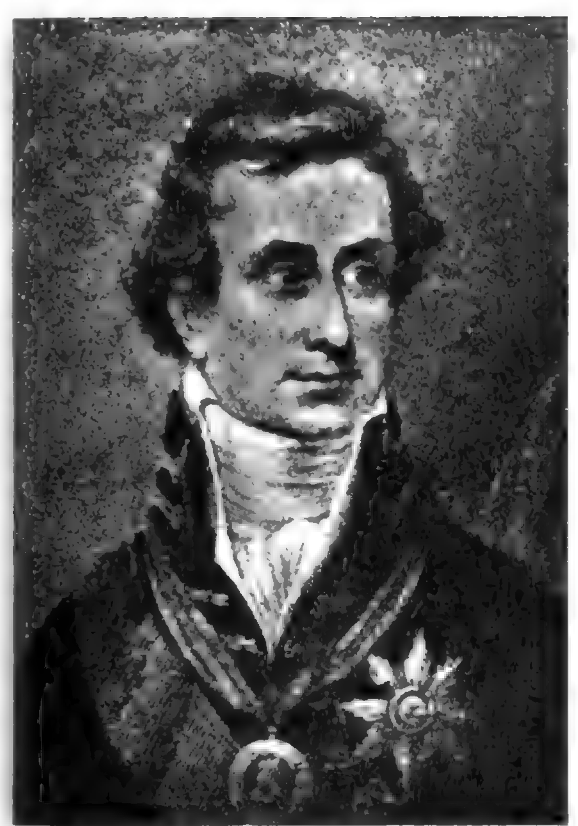
Es por estas razones que los intentos de demostrar que San Martín no había nacido en el año 1778, en Yapeyú, sino en otro año o en otro país, en el Uruguay, han caído en el vacío. La no existencia de la partida de bautismo de San Martín no invalida las referencias personales que traen otros documentos. No creemos que este punto vuelva a tocarse mientras no aparezcan pruebas que muy posiblemente no surjan jamás. Tampoco es posible seguir repitiendo que San Martín estudió en el glorioso Seminario de Nobles, de Madrid. Los registros de alumnos no mencionan el nombre de San Martín. En cambio, figura inscripto desde muy niño en el regimiento de Murcia, donde comenzó su verdadera carrera militar. Estos pormenores, que aún afean no pocos manuales y obras de divulgación, no tienen mayor importancia frente a otros hechos que la moderna historia de las ideas ahonda severamente para explicar el origen de la gesta sanmartiniana y de la verdadera independencia de América.

LAS IDEAS POLITICAS DE SAN MARTIN

Los historiadores no siempre se han ocupado de las ideas políticas de San Martín. No obstante, hay que conocerlas porque ellas explican su vida y sus ideales. Mientras San Martín vivió en España, los políticos españoles se combatían con dureza. Estaban los partidarios del viejo rey Carlos IV, de su mujer Luisa de Parma y del favorito Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. Estaban sus contrarios, que ponían sus esperanzas en el joven príncipe de Asturias, más tarde Fernando VII. Estaban los afrancesados, que veían con placer la substitución de la decaída dinastía de los Borbones por la brillante y poderosa de los Bonaparte, y estaban los legitimistas, los tradicionalistas, los fieles a Fernando, que no concebían que el pueblo español admitiese a un rey intruso, aun rey que no habían elegido y no contase con la aprobación de las Cortes. Estaban los absolutistas, partidarios de un gobierno despótico, en manos del rey, fuese Carlos IV o fuese Fernando VII, que miraban con horror cualquier intento de Constitución, y estaban los constitucionalistas, como Jovellanos y tantos otros, que soñaban con una reorganización del reino español y una Constitución que pusiese límites al poder del soberano y reconociese nuevos derechos a los españoles. Por último, estaban los católicos a machamartillo, los partidarios de la Inquisición, los que habían logrado el regreso de los jesuitas, y estaban los liberales, los anticlericales, los masones, que combatían con todas sus armas al clericalismo estrecho y la Inquisición. Por último, estaban los enemigos de todo sueño separatista de los americanos y los que juzgaban inevitable una separación de América y España para que en el Nuevo Mundo hubiese libertad de conciencia y de ideas políticas y una Constitución. Los separatistas imaginaban una América libre y unida, con un monarca que sería un descendiente de los incas o un príncipe europeo.



Gral. Carlos María de Alvear: ¿verdadero fundador de la Logia de Londres? Enrique de Gandía lo sostiene.



Lord Strangford: observando atentamente lo que sucede en el Río de la Plata, en correspondencia con su cónsul.

San Martín era masón, de ideas constitucionales y anticlericales, respetaba el catolicismo como religión, pero detestaba la Inquisición. Era monárquico y soñaba una América libre y unida. No creía en la eficacia del gobierno de Carlos IV o de Fernando VII. Además, era hombre de cultura y hablaba el francés a la perfección, sin que se sepa, con seguridad, dónde lo aprendió tan bien.

LOS PARTIDOS POLITICOS EN BUENOS AIRES

La política internacional europea y americana creó partidos políticos en Buenos Aires. Es otro aspecto de nuestra historia que los estudiosos corrientes han descuidado. No hablamos de los partidos políticos durante la Colonia: los partidarios y los enemigos de los jesuitas, los defensores del Príncipe de la Paz y sus enemigos, etcétera, sino de los partidos que surgieron con la lucha de los españoles en contra de Napoleón (revolución del 2 de mayo de 1808 en Madrid).

Había hombres que esperaban un triunfo y un regreso de Carlos IV y del Príncipe de la Paz y hombres que habrían dado la vida para que no volviesen ni uno ni otro. Había hombres que consideraban una suerte que hubiese terminado la dinastía borbónica y empezase la de los Bonaparte. Había hombres que conspiraban para entregar estas tierras a Gran Betaña como un protectorado. Había hombres que llamaban a la infanta Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII y mujer del regente de Portugal, para que viniese a reinar en Buenos Aires como reina de toda la América española. Había hombres, como los del partido de Martín de Alzaga, que querían convertir el virreinato en una república independiente. Había hombres que consideraban lógico y justo suspender a las autoridades existentes y crear una Junta de gobierno, como las de España, que gobernase en nombre de Fernando VII hasta que un Congreso resolviese qué se debía hacer en el presente y en el futuro. Y había ambiciosos, mediocres, que soñaban ocupar el sillón del virrey, ser reconocidos como un virrey más, por cualquier gobierno de la península, y seguir como siempre, sin Congreso, sin Constitución, sin autogobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo.

San Martín no tuvo oportunidad de alinearse en ninguno de estos partidos porque llegó a Buenos Aires en 1812 con ideas políticas bien definidas.

SAN MARTIN Y LA MASONERIA

El problema de si San Martín era masón o no era masón ha inquietado a muchos espíritus. Hace unos años, algunos historiadores, movidos por el propósito preconcebido de demostrar que San Martín no fue masón y que la masonería argentina de la época de la Independencia no era masonería, sino un conjunto de políticos que utilizaban los procedimientos masónicos para entenderse, sostuvo esta extraña tesis. La invención, antihistórica, por no decir absurda, que hizo sonreír a los verdaderos masones, fue aceptada por los historiadores empeñados en demostrar una tesis indemostrable y aún cuenta con partidarios que la defienden por principio o por órdenes superiores. La publicación que hicimos nosotros de las monumentales memorias del general Tomás de Iriarte —la obra autobiográfica más extensa del mundo y el aporte documental, inédito, de mayor trascendencia en este siglo de historia americana— terminó con todas las dudas: Iriarte habla de la masonería del tiempo de San Martín y del suyo propio como de la verdadera masonería. Las confusiones de quienes supusieron teorías imposibles sólo pueden ser repetidas por semidoctos o polemistas de mala fe. El masonismo de San Martín fue confesado por él mismo cuando declaró al general Miller que, por el secreto que le imponía su orden, no podía hablarle de la acción de las sociedades secretas. La masonería de Bélgica acuñó una medalla en su honor y se la entregó personalmente. Se encuentra en el Museo Mitre y es la única que nos hace conocer el perfil de San Martín. La documentación, enorme, en que San Martín habla de "la sociedad", de "los amigos", etcétera —todos términos masónicos que nadie puede discutir—, prueba hasta la saciedad que aquella masonería era masonería y que San Martín era un perfecto masón. No traemos otras pruebas, que exhibió magistralmente Barcia Trelles en sus luminosos estudios sanmartinianos, porque es simplemente innecesario.

La comprobación, el conocimiento, de que San Martín era masón, en otros tiempos escandalizaba y aterrorizaba a espíritus suspicaces y temerosos. Hoy, la tolerancia que ha nacido del Concilio Vaticano II hermana a todos los creyentes en Cristo y permite hablar de un tema a historiadores no masones, como nosotros, que antes no se atrevían a tocarlo o no tenían autorización para estudiarlo.

LA VIDA SECRETA DE SAN MARTIN

LA LOGIA NUMERO 3 DE CADIZ

Los historiadores de la Argentina y de América no han hablado nunca de la Logia número 3 de Cádiz hasta que nosotros hicimos notar su existencia en un extenso estudio sobre Mariano Moreno, réplica al libro **Año X**, de Hugo Wast, que publicaron casi simultáneamente las Universidades del Litoral y de Bahía Blanca. Más tarde reprodujimos ese estudio en nuestro libro **Mariano Moreno: su pensamiento político** y ahora resumimos nuestra demostración. El conocimiento de esta Logia gaditana es imprescindible para comprender no sólo la vida oculta de San Martín, sino una de las fuerzas más poderosas que actuaron en la política hispanoamericana de la Independencia.

Todos los historiadores se han referido, con lujo de palabras inútiles, a la Logia de Londres, la Gran Reunión Americana. La mayoría de los historiadores han atribuido la fundación de la Logia londinense a Francisco de Miranda y han dicho que esa Logia 'era matriz de la de Cádiz". Así escribe, por ejemplo, Bartolomé Mitre en su clásica **Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana**. Agrega Mitre que, en esa Logia, Bolívar juró en manos de Miranda y que San Martín y sus compañeros fueron iniciados también en ella en el quinto y último grado. Barros Arana, mejor informado por Andrés Bello, escribió que San Martín fue el fundador de la asociación, pero Mitre lo refutó diciendo que padecía un error. No seguimos la huella de todos los repetidores. Hoy sabemos algo definitivo por un documento que dio a conocer el historiador español José Guillén y Tato, director del Museo Naval de Madrid, en el **Boletín de la Academia Chilena de la Historia** (Santiago de Chile, segundo semestre de 1960, año XXVII, núm. 63). Fuimos los primeros, repetimos, en analizar el contenido de este documento. Revela lo siguiente:

El corsario de Puerto Rico **San Narciso**, llamado también **El Valiente Rovira**, apresó el 3 de enero de 1812 al bergantín inglés **La Rose**, cuyo sobrecargo era Juan Brown y cuyo capitán era John Moake. Iba de Londres a Caracas y llevaba cuatro cartas del venezolano Luis López Méndez, agente de la Junta de Caracas en Londres, y dos de Carlos de Alvear.

Las cartas de Alvear son una revelación extraordinaria en la historia de la masonería hispanoamericana y demuestran un hecho inesperado: la Gran Logia de Londres, que se suponía fundada por Miranda o por San Martín, lo fue, en cambio, por Carlos de Alvear. En una de sus cartas, Alvear escribe a su "Hermano" don Rafael Mérida, que "me hallo aquí acompañado de los Hermanos que en oficio indico" y añade: "Pienso salir el mes que entra con los Hermanos arriba expresados para Buenos Aires y desde allí comunicaré a usted lo que ocurra..." Inmediatamente agrega: "Aquí he establecido una Logia para servir de comunicación con Cádiz, Filadelfia y ésa, como también para que encuentren abrigo los Hermanos que escapen de Cádiz..." Anota los nombres de unos masones que iban a huir de Cádiz y le dice: "Si usted no puede desde ésa comunicarme lo que ocurra directamente a Buenos Aires, puede hacerlo por la vía de Londres, remitiéndoselo al Hermano López Méndez, diputado de esa capital, que creo probablemente quedará de Presidente de esta Sociedad". Acompaña varias listas de masones y en una se lee: "Lista de los Hermanos admitidos en la Sociedad de Caballeros Racionales número 7". Eran los siguientes: "Manuel Moreno, natural de Buenos Aires; Luis López Méndez, ídem de Caracas, Andrés Bello, ídem de ídem, y el marqués del Apartado, ídem de ídem".

Tenemos en las palabras transcriptas la declaración rotunda de Alvear de que fue él quien fundó la Logia número 7 de Londres: "Aquí he establecido una Logia para servir de comunicación con Cádiz..." El hombre que la estableció no fue Miranda, como han creído y creen tantos historiadores, ni fue San Martín, como creyeron Bello y Barros Arana, sino Alvear, como nunca se dijo. Presidente de la Logia quedó López Méndez, venezolano. Sabemos, también, quiénes fueron los masones admitidos en la Logia de Londres.

La fundación de la Logia de Londres tiene una importancia inmensa en la historia secreta de la independencia hispanoamericana. A ella se le han atribuido infinidad de resoluciones. Todo lo que

BATALLON DE INFANTERIA LIGERA
VOLUNTARIOS DE CANPO MAYOR.

"Hoja de Hechos" de San Martín, depositada en el Archivo del Alcázar de Sevilla y entregada al presidente Arturo Frondizi en 1960, que detalla su trayectoria militar en España.

se diga de ella y no esté documentado, con documentos a la vista y no con imaginaciones, suposiciones, deducciones, etcétera, no pasará de fantasía indignas de estudios serios. No debe volver a repetirse que fueron Miranda o San Martín los fundadores. La fundación por resolución de Alvear vuelve a confirmarse en otra carta al presidente de la Logia número 4, fechada en Londres el 28 de octubre de 1811. En ella le dice que "habiendo llegado a esta ciudad con los Hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villa Urrutia y Chilavert, hemos fundado por orden de la Logia número 3 una con el número 7, y hemos recibido a los Hermanos que acompaño en la lista que va con el número 4. Queda de Presidente de la Logia número 3 el Hermano Ramón Eduardo Anchoris..."

La Logia número 3 de Cádiz fue, por tanto, la que dio vida a la Logia número 7 de Londres que tantos historiadores supusieron fundada por Miranda. La Logia de Cádiz databa del año 1802, como hace constar Bernardo O'Higgins en sus recuerdos. Es indudable que se trataba de una Logia masónica, como confirman otros documentos, y que sus miembros, como Alvear, San Martín, Holmberg, Zapiola y otros, eran perfectos, incuestionables, masones.

LA LOGIA LAUTARO

Los mismos historiadores que sostuvieron, con una falta de conocimientos y sentido crítico sorprendente, que San Martín no era masón y que la masonería a la cual pertenecía no era masonería, sino alguna otra cosa que ellos mismos no saben definir, afirmaron, con igual inconsciencia, que la Logia Lautaro fundada por San Martín y Alvear en Buenos Aires no era masónica, sino una sociedad política que se disfrazaba con símbolos masónicos.



General José Matías Zapiola, compañero de San Martín en su viaje al Río de la Plata y camarada del Libertador en sus campañas militares por tres países del continente.

Ahora bien: la Logia de Cádiz, número 3, tenía por nombre Logia de Caballeros Racionales. El general Enrique Martínez, gran masón que actuó en 1810 y años posteriores, recuerda en sus memorias que en 1812 "llegaron de Europa S.A.Z.C. (San Martín, Alvear, Zapiola y Chilavert), que traían encargo de establecer la Sociedad de Caballeros Racionales cuya fundación había sido hecha en Santa Fe de Bogotá..." Martínez, afirma, rotundamente, que "a esta Sociedad se incorporaron todos los masones y toda la parte civil, militar, eclesiástica y el comercio, y se ramificó con tal velocidad que ya nada se hacía en las provincias sin que fuese de acuerdo de ella". San Martín fue en Mendoza "el venerable", es decir, el jefe. La masonería "hizo que se reuniese el Congreso de Tucumán y declarase la Independencia y nombró Director a Pueyrredón..."

El viejo general José Matías Zapiola dio al general Mitre unos informes que coinciden perfectamente con los datos que consignan las cartas de Alvear. No hay una sola contradicción. Zapiola refiere que la Sociedad de Londres "estaba relacionada con la de Cádiz y otras" y que en esa ciudad conoció a los personajes que menciona Alvear en las cartas capturadas por el corsario español. No hay duda ninguna, como síntesis, de que la Logia de Londres fue fundada por Alvear, con la colaboración de sus amigos San Martín y otros, por orden de la Logia de Cádiz, y que esos mismos hombres crearon la Logia masónica Lautaro de Buenos Aires.

LA INFLUENCIA DE LA POLITICA NAPOLEONICA

Hemos demostrado que San Martín fue masón y actuó en las Logias de Cádiz, de Londres y de Buenos Aires. Cabe ahora una pregunta que mucha gente se ha hecho y no ha tenido respuesta o, mejor dicho, las pruebas de la respuesta. ¿Por qué San Martín dejó España y pasó a América? Se ha contestado que San Martín se fue de España para luchar por la independencia de América. Las pruebas de este aserto eran sus campañas militares y sus ideales. Eran hechos vistos a posteriori, no eran documentos que explicasen el porqué de esos hechos.

Mitre fue el primero en referir que San Martín pudo salir de España gracias a la ayuda del noble escocés lord Macduff, conde de Fife, y del agente diplomático Carlos Stuart: "Pudo obtener un pasaporte para pasar subrepticiamente a Londres". Un historiador muy posterior, bien conocido, basado en la palabra subrepticiamente, imaginó que San Martín huyó de España disfrazado. Por fortuna, José Pacífico Otero descubrió en el Archivo Militar de Segovia la autorización que se le otorgó el 6 de setiembre de 1811 para partir a Lima. No tuvo necesidad, por tanto, de disfrazarse ni de acudir al conde de Fife para lograr un pasaporte, como se ha venido sosteniendo. Recibió del gobierno español sus papeles en regla, con un excelente informe sobre su vida y su conducta y el 14 de setiembre de 1811 se embarcó en Cádiz rumbo a Londres. Ya sabemos que con él iban otros amigos, todos

LA VIDA SECRETA DE SAN MARTIN

masones, y que llevaban el encargo secreto, de la Logia número 3 de Cádiz, de fundar otra en Londres con el número 7.

Nos hallamos en un instante de la vida de San Martín que constituye uno de sus grandes secretos y que los historiadores no descubrieron hasta que nosotros exhibimos los documentos correspondientes. José Pacífico Otero, en su monumental obra sobre San Martín, escribe que el futuro Libertador "declaróse desde un principio partidario de aquella libertad que España desconocía y que, sin embargo, buscaba para sí en lucha épica con un déspota". En ésta una hermosa frase, pero un poco anacrónica. En 1811 todavía no estaba en juego ninguna libertad americana ni España desconocía ningún derecho de los americanos. En cambio, acierta Otero cuando, frente al insondable misterio de su decisión, confiesa su curiosidad: "¿Cómo y por qué medios llegó San Martín a esta evolución ideológica y doctrinal a la vez?" Otero supone que San Martín llegó a ella "por instinto y por propia comprensión de los acontecimientos". Y agrega: "Es ésta una página de su vida sobre la cual pocos son los pormenores que conocemos..."

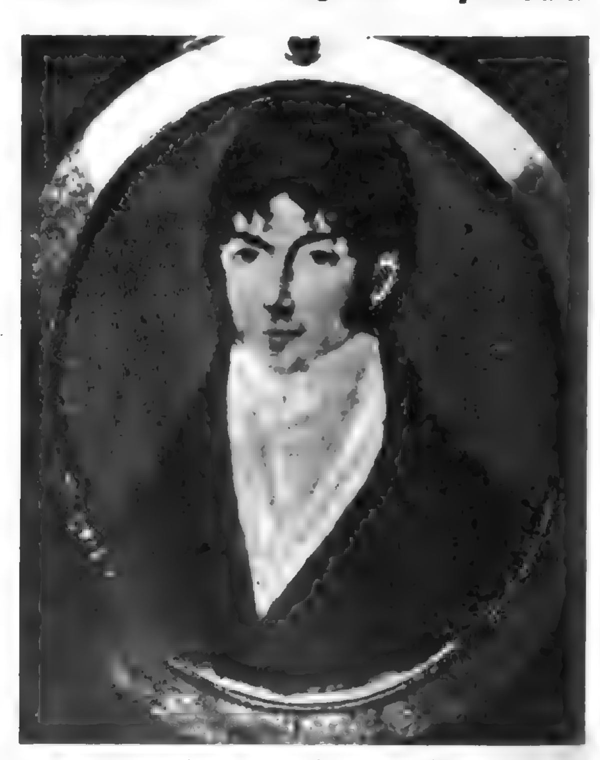
Empezamos por saber que la masonería tuvo en San Martín, en estos meses, una influencia enorme. Lo sabemos por los documentos del corsario español, que hemos analizado, y por lo que declara el mismo San Martín en una carta al mariscal Castilla, del 11 de setiembre de 1848. "En una reunión de americanos en Cádiz —dice San Martín— sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etcétera, resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar".

La "reunión de americanos en Cádiz" es la Logia número 3 que conocemos gracias a la documentación del corsario. Pero la resolución que los llevó a regresar cada uno al país de su nacimiento no se debió al cálculo, profético, adivinador, de que se había de empeñar una lucha. Se debió, como veremos, a causas más poderosas que una suposición o intuición acerca de un futuro que nadie podía imaginar. Fue la adhesión a una política que no era por cierto española, sino francesa, y que San Martín y sus acompañantes conocieron gracias a la acción que entonces desempeñaban las Logias masónicas. Debemos aclarar que la masonería entonces estaba dividida en dos grandes ramas que respondían a influencias muy diferentes. Una rama respondía a la influencia inglesa; la otra, a la francesa, dirigida por Napoleón. Esta rama, la masonería de orientación política francesa, tenía en Cádiz muchos masones que se comunicaban constantemente con los masones españoles. Son elocuentes los documentos que se refieren a estos contactos.

Hemos sido los primeros en revelar a los estudiosos de estos temas que San Martín y sus compañeros salieron de España de acuerdo con un perfecto plan napoleónico-masónico. Los documentos divulgados por nosotros han causado sensación, pero algunos historiadores tradicionalistas, que no se resignan a renunciar a enseñanzas infantiles, han querido quitarles valor. El encadenamiento de lo que ellos revelan con el conocimiento que ahora tenemos de las actividades masónicas de la Logia número 3 de Cádiz, de San Martín, Alvear y otros "amigos", de la Logia número 7 de Londres y de la Logia Lautaro de Buenos Aires, les da una importancia trascendental. Además, hay que unir estos hechos a la política napoleónica referente a América y al partido francés que existía en Buenos Aires. Estos puntos históricos han sido siempre un misterio o un simple desconocimiento en la historia argentina y el hecho de haber sido nosotros quienes llamamos la atención sobre ellos nos trajo solapadas oposiciones.

NAPOLEON Y AMERICA

El estudio de la política napoleónica en América cuenta con excelentes estudios. Carlos Villanueva le dedicó un trabajo fundamental hace años. Nosotros escribimos un libro sobre Napoleón y la independencia americana. En pocas palabras podemos resumir el problema. La guerra civil que existía en España entre liberales y tradicionalistas, por una parte, y afrancesados y partidarios de la nueva dinastía de los Bonaparte, representada por el rey José I, hermano de Napoleón, que reinaba en Madrid, inquietó profundamente a las provincias y colonias americanas y las llevó a una guerra civil paralela en



Juan Martín de Pueyrredón en 1806, según un óleo original de Camponeschi.

que se enfrentaron los partidarios de juntas o gobiernos locales y los sostenedores del Consejo de Regencia que desde Cádiz pretendía gobernar sobre toda América. Antes de que se realizaran estos hechos y en años sucesivos, hasta el 1812, Napoleón consideró muy seriamente el destino de los virreinatos y gobernaciones de la América española. Podían caer en manos de Gran Bretaña, su mayor enemiga; podían convertirse en un refugio de la familia real española, que él había aprisionado, o de sus descendientes, y ser, en todo tiempo, un enemigo poderoso de Francia; podían transformarse en un reinado de la infanta Carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII y mujer del regente de Portugal: otros enemigos suyos que no le perdonarían jamás la conquista de Portugal y su huida al Brasil; podían caer bajo la influencia norteamericana y, por último, podían ser un campo de expansión de Rusia, otra enemiga suya, que había instalado fuertes en California y había tratado con Miranda la posible invasión de la América española.

Para evitar estas posibles soluciones, que habrían redundado todas en perjuicio de Francia, Napoleón trató de que los americanos reconociesen al rey José y envió con esta misión a no pocos emisarios al Nuevo Mundo (no olvidemos al marqués de Sassenay que vino a Buenos Aires en tiempos de Liniers). El triste fin de todos los emisarios y el convencimiento de que los hispanoamericanos no aceptarían nunca, salvo grupos de excepción, a un rey ilegítimo, impuesto por la fuerza, que el pueblo español no había elegido ni confirmado, hizo pensar a Napoleón en la única salida que tenía el caos español y la guerra civil americana: la independencia del Nuevo Mundo para que no perteneciese a los Borbones, ni a Gran Bretaña, ni a Portugal, ni a Estados Unidos, ni a Rusia, y fuese, por el contrario, una inmensa nación o un conjunto de naciones totalmente independientes. Es así cómo envió a hacer propaganda en favor de la independencia y a luchar por ella a San Martín y a los demás masones de la Logia número 3 de Cádiz.



Napoleón Bonaparte dirigió la masonería francesa con fines políticos.

LA REVELACION DE MARIANO CASTILLA

Mariano Castilla había nacido en Buenos Aires, vivía en Londres y trabajaba como espía del ministro Jorge Canning para averiguar las intenciones y actividades de los españoles e hispanoamericanos que en Inglaterra podían tener ideas favorables a Napoleón. De él existen unos documentos que hizo copiar en el Archivo del Foreign Office de Londres el ministro argentino Luis L. Domínguez y que sus descendientes donaron al Archivo General de la Nación Argentina (División Nacional, Sección Gobierno, Gran Bretaña, Copia de documentos del Archivo de Londres, Donación de la Sucesión Luis y Carlos Domínguez... S. I., C. 4º, A. 4, Nº 3). También se halla una traducción en el Archivo General de Indias, de Sevilla (Sección IX, Estado, América General, Legajo 13). Esta copia la recibió el embajador español Fernán Núñez del vizconde de Castlereagh y la envió a Ignacio de la Pezuela, en el Perú, desde Londres, el 26 de agosto de 1812.

El primer documento de Mariano Castilla es una carta del 13 de agosto de 1812, fechada en Londres, en Lack Place, Queems Elms, y dirigida a Roberto P. Staples, representante de los comerciantes ingleses de Buenos Aires que se hallaba momentáneamente en Inglaterra. Está escrita en inglés. La hemos reproducido en parte en nuestro libro citado San Martín: su pensamiento político (Buenos Aires, 1964). Vamos a glosarla. Empieza Castilla por referir que en el pequeño buque George Canning habían embarcado quince o veinte pasajeros que, no bien llegados, encontraron los medios para acomodarse en el ejército. Castilla suponía que el navío había llegado a Buenos Aires en el mes de febrero de 1812. En realidad, como es notorio, San Martín y sus amigos masones embarcaron en Londres en enero de 1812 y llegaron a Buenos Aires el 9 de marzo. No eran quince o veinte personas, sino menos. Los nombres conocidos son los de Francisco Vera, Francisco Chilavert, Carlos de Alvear, Antonio Orellano y Eduardo Holmberg, el artillero, además de San Martín. Fueron saludados por La Gaceta de Buenos Aires con palabras en que se explicaba a los lectores que esos "individuos... han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que merecen por sus sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la

LA VIDA SECRETA DE SAN MARTIN



Carlos IV, rey de España, y su familia (a la derecha, su primogénito Fernando VII).

patria". Sabido es que con ellos venían también José Matías Zapiola y otros señores no mencionados por la Gaceta. Volviendo a Castilla, no dudaba que Staples debía haber observado los cambios que habían tenido lugar en el sistema político no bien llegados esos viajeros. Y agregaba: "Y am informed by persons interested and whom are now in London that those passengers were sent and supplied with money by the French Government, the negotiation was oponed by the Aide de Camp of Marshall Victor some time a prisioner in Cádiz, but who was liberated and sent to France at the secret instigation of the before montioned gentlemen". En español: "He sido informado por personas interesadas y que se encuentran ahora en Londres que esos pasajeros fueron enviados y proveídos de dinero por el Gobierno francés; la negociación fue iniciada por el edecán del mariscal Victor, durante un tiempo prisionero en Cádiz, el cual fue liberado y enviado a Francia por secreta instigación de los antes mencionados caballeros".

Estas líneas constituyen una revelación valiosa. Nos dicen que los pasajeros de la George Canning, o sea, San Martín y demás masones, partieron por encargo u orden del Gobierno francés, el cual los había proveído de dinero. El edecán del mariscal Victor, durante su prisión en Cádiz, se había puesto en contacto con San Martín y sus amigos. Nos consta que el edecán francés era masón. Su entendimiento con los otros masones fue rápido. Lo pusieron en libertad, pasó a Francia y se organizó el viaje. Añadimos que los contactos de españoles y de franceses por medio de la masonería fueron confesados por Carlos de Alvear en más de una oportunidad.

Mariano Castilla agrega que entre los pasajeros se hallaba un barón alemán, oficial de ingenieros, y, si no estaba mal informado, llevaba consigo despachos del emperador francés. Había también un coronel San Martín, que había sido ayudante y principal partidario del desaparecido marqués de Solano, gobernador de Cádiz. Castilla no tenía la menor duda, por su pasada conducta, que estaba a sueldo (is in the pay) de Francia y era un enemigo de los intereses británicos, "pero lo que me confirmó en mi opinión del predominio de los intereses franceses en el consejo de Buenos Aires es la elección del general Pueyrredón en el gobierno ejecutivo".

La revelación de un San Martín masón y pagado por el gobierno francés para dirigirse a la Argentina puede ser discutida, pero nada tiene de inverosímil dentro de la política de aquellos momentos. Castilla empezaba a señalar y a destacar el predominio que tenía el partido francés en Buenos Aires y lo demostraba el hecho de que Pueyrredón había entrado a formar parte de la Junta ejecutiva, o sea, del llamado Triunvirato.

Otras cosas decía Castilla: por una carta que había recibido y otras que había visto, dirigidas al señor Aguirre y al señor Caldevila y además otros señores, "parece que la elección de Pueyrredón fue asegurada por la aplicación de unos miles de dólares, que puede usted estar seguro debe haber sido dinero francés, porque en Buenos Aires no se habría hallado a nadie que hubiera gastado su dinero en favor de Pueyrredón".

El francesismo de Pueyrredón fue confesado por él mismo en una serie de cartas que publicó la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y que no es posible discutir. Castilla expresa a Staples que Pueyrredón era el autor de la correspondencia con los ministros del rey José que un señor Cooke le había dado para traducir. "Este es el Pueyrredón —agregaba— que era llamado el hombre de confianza y el amigo en el cual se podía confiar..."

Había, pues, en Buenos Aires, un partido afrancesado. Hemos ido más hondo en este problema en el tomo III, **Las ideas políticas de los hombres de Mayo**, de nuestra **Historia de las ideas políticas en la Argentina**.

LOS INFORMES DE ROBERTO P. STAPLES

Roberto P. Staples, como dijimos, era el representante de los comerciantes ingleses de Buenos Aires. Vivió largos años en esta ciudad. El 18 de noviembre de 1813, desde Buenos Aires, escribió a Hamilton, esquire, para decirle, entre otras cosas, que los pasajeros llegados en el velero **George Canning**, desde Inglaterra, San Martín, Alvear y el barón de Holmberg, se encontraban entre los hombres más destacados de Buenos Aires. "El primero mandaba la caballería; era particularmente un hombre activo y había adquirido popularidad. El segundo mandaba la infantería, y el último, el departamento de ingeniería". Staples recordaba que en una carta suya del pasado mes de abril de 1812, al Foreign Office de Londres, "podía encontrar



General Tomás de Iriarte, cuyas memorias editó y anotó el autor de este artículo.

que esas tres personas le habían sido presentadas como pertenecientes a los intereses franceses. Ellos tenían gran influencia en Buenos Aires; pero aún no se podía establecer una opinión definitiva. Si llegase una fuerza francesa que alejase el temor de tropas provenientes de España, la situación que ellos tenían los habría hecho formidables".

El temor a los franceses era grande en Buenos Aires, pero en la ciudad no faltaban sus partidarios. Los ingleses lo sabían y no dejaban de informar de todo ello al gobierno de Londres. Lord Strangford, ministro inglés en Río de Janeiro, también obtenía sus informes. Manuel Aniceto Padilla y, principalmente, Saturnino Rodríguez Peña, eran sus mejores informantes. En un memorial anónimo que recibió antes del 25 de mayo de 1810 puede leerse lo siguiente: "Los procedimientos del virrey Cisneros no son menos alarmantes. Su Excelencia está bien al corriente que mientras persigue a las personas que se supone que se hallan en los intereses de la princesa del Brasil, mantiene una interrumpida amistad con los jefes del Partido de la Independencia, como Alzaga, Villanueva y el resto. Combine este hecho con la circunstancia de haber ofrecido Bonaparte la independencia a nuestras colonias y el resultado será obvio".

El informante de Lord Strangford vinculaba la invitación a hacerse independientes que Napoleón había ofrecido a los americanos con el partido que en Buenos Aires —el partido del calumniado e incomprendido Martín de Alzaga— trabajaba, secreta y abiertamente, por la independencia. El informante hacía pensar a Lord Strangford en el peligro que podían representar tantas fuerzas unidas. Sabido es que ese informante, sin duda Saturnino Rodríguez Peña, era un enemigo de la independencia y un ferviente partidario de la infanta Carlota Joaquina. Lo indudable es que en Buenos Aires existía un partido afrancesado y que San Martín y sus amigos, por medio de la Logia número 3 de Cádiz, de los Caballeros Racionales, habían llegado con la misión napoleónica y masónica de luchar por la independencia de América.

Staples todavía hacía saber a su gobierno y al vizconde de Castlereagh, el 22 de junio de 1812, que en Buenos Aires el partido francés había ganado muchas influencias y que cuando la popularidad inglesa decayó, fueron enviados despachos a Francia por intermedio de Norte América. El mismo general José Manuel de Goyeneche había renovado las negociaciones sobre principios franceses.

Cuando Napoleón cayó, la noticia causó profunda impresión en Buenos Aires y en todas partes donde había afrancesados. Gervasio Antonio de Posadas, que simpatizaba con Napoleón, comprendió que la política debía cambiar fundamentalmente y que era necesario volver a acercarse a los antiguos reyes de España, Carlos IV y Fernando VII. Así se lo escribió a San Martín el 18 de julio de 1814: "El maldito Napoleón la embarró al mejor tiempo; expiró su imperio, cosa que los venideros no creerán en la historia, y nos ha dejado en los cuernos del toro. Yo soy de parecer que nuestra situación política ha variado mucho y que de consiguiente deben también variar nuestras futuras medidas".

La masonería ya no recibiría influencias de Francia ni Napoleón podría alentar a los separatistas americanos. Inglaterra, la nación que más ayudó a España a mantener la unión con los americanos y más instó a los americanos a no separarse de España, logró, por la presión de Lord Strangford, que el gobierno argentino enviara a Londres a Rivadavia, Belgrano y Sarratea con una increíble misión. Los representantes argentinos debían ofrecer a Carlos IV y a Fernando VII el gobierno y la posesión de estas tierras; debían, en una palabra, cumplir los juramentos de Mayo de fidelidad a Fernando VII. Los representantes realizaron su misión, pero pidieron al rey Fernando una condición, sin la cual no se llegaría a ningún acuerdo: un gobierno democrático, liberal y constitucional. Fernando VII se negó y Belgrano informó de ello al Congreso de Tucumán, que declaró la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud el 9 de julio de 1816.

LAS CONSPIRACIONES DE 1812

En el año de 1812, en que San Martín y sus amigos masones llegaron de Londres, hubo dos auténticas y poderosas conspiraciones en Buenos Aires y una conspiración imaginaria. El Triunvirato de Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana ignoró las dos conspiraciones auténticas y se encarnizó en una conspiración que nunca existió. Las conspiraciones reales fueron la de Posidonio da Costa y su grupo de comerciantes portugueses y algunos españoles, que pretendían traer a la infanta Carlota Joaquina a reinar en Buenos Aires, y la de San Martín y otro grupo de políticos criollos que respondían al clamor de la ciudad indignada por el autoritarismo despótico del Triunvirato y, en especial, de Rivadavia. La historia tradicional conocía una revolución

LA VIDA SECRETA DE SAN MARTIN

auténtica, la que estalló el 8 de octubre, y suponía real la atribuida a Martín de Alzaga. La de Posidonio da Costa era por completo ignorada. Hoy se sabe la verdad acerca de estos hechos complejos y obscuros.

Posidonio da Costa, viejo capitán portugués, gordo, rico y defensor fanático de la causa de la infanta Carlota, conspiró secretamente para lograr sus fines. Se puso de acuerdo con el general portugués que se hallaba en el Uruguay para que invadiese Buenos Aires e hiciese posible el reinado de la infanta.

El Triunvirato de Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana oyó hablar de posibles conspiraciones. Alzaga había dado origen, en 1809, con su revolución del primero de enero, a una serie de leyendas. Se decía de él que quería matar a todos los españoles que tuviesen más de siete años de edad y otras fantasías que circulaban entre negros y gente baja. Estas leyendas fueron repetidas al ser ejecutado un emisario de Goyeneche que visitó en Buenos Aires al obispo don Benito de la Lue y Riega. El Triunvirato tomó sus medidas. En primer término encargó a un sacerdote que envenenase al obispo don Benito y luego procedió a extorsionar a Alzaga. Le quitó gruesas sumas de dinero y terminó por ordenar su captura. Alzaga, para salvarse, intentó esconderse, pero pronto fue descubierto, interrogado y, a las pocas horas, fusilado y colgado en la Plaza de la Victoria. El hombre que había salvado dos veces a Buenos Aires de las invasiones inglesas y había proyectado por el, primero la independencia argentina y un gran congreso en el cual resolver los problemas de la nueva nación, había sido muerto por orden principal de Rivadavia. Pueyrredón se había opuesto a esas ejecuciones absurdas, en que fueron asesinados unos cuarenta inocentes, acusados por enemigos personales de ser enemigos de la dictadura rivadaviana, pero había tenido que rendirse a la prepotencia de Rivadavia y firmar nuevas sentencias de muerte. Lo indudable es que la conspiración de San Martín y sus amigos masones fue adelante y, no bien terminadas las últimas muertes, estalló el 8 de octubre de 1812. El Triunvirato fue barrido. Rivadavia y San Martín quedaron, desde entonces, eternamente enemigos. En cambio estrecharon su amistad Pueyrredón y San Martín. Los unía su condición de masones y sus ideas afrancesadas.

La revolución del 8 de octubre de 1812 hizo posible la Asamblea de 1813, integrada en su mayor parte por viejos masones, que separó la Iglesia y el Estado, abolió la Inquisición y los instrumentos de tortura y tomó una serie impresionante de medidas antimonárquicas y liberales.

LAS IDEAS RELIGIOSAS DE SAN MARTIN

Se ha discutido si San Martín era un perfecto católico, un deísta o un ateo. Cada historiador ha querido llevar el agua a su molino. Algunos estudiosos, un poco convencidos por el testimonio elocuente que exhibían, sostuvieron que San Martín era un perfecto católico, ferviente devoto de la Virgen de las Mercedes. En efecto: en una carta que San Martín escribió a su amigo Tomás Guido, conocido masón, el 3 de octubre de 1816, le rogó que le contase lo que ocurría en Europa y le dedicase "media hora cada correo, que Dios y Nuestra Madre y Señora de las Mercedes se lo recompensarán". Con este documento —incomprendido en su ironía— fue fácil divulgar y probar que San Martín era un católico devoto. Los que así lo hicieron eran desconocedores de una ineludible documentación histórica o simples polemistas de mala fe. Pasaron por alto u ocultaron los testimonios que aquí vamos a reproducir.

El 6 de abril de 1830, cuando supo en Bruselas que la Sala de Representantes rosista había hecho gestiones para relacionarse con Roma, San Martín volvió a escribir a Guido con estos términos: "¿Están en su sana razón los representantes de la provincia para mandar entablar relaciones con la Corte de Roma en las actuales circunstancias? Yo creía que mi malhadado país no tenía que lidiar más que con los partidos, pero desgraciadamente veo que existe el del fanatismo, que no es un mal pequeño; afortunadamente nuestra campaña se compone (con razón de su educación) de verdaderos filósofos, y no es fácil empresa moverla por el resorte religioso. ¿Negociaciones con Roma? Dejen de amortizar el papel moneda y remitan un millón de pesos y conseguirán lo que quieran". Estas líneas nos hacen saber qué pensaba San Martín respecto a los intentos de acercamiento con Roma. Los despreciaba y creía innecesarios. Hablaba de los gauchos como de verdaderos filósofos que tenían la suerte de no estar en contacto con la religión y suponía que se podía comprar a la "Corte" romana con un millón de pesos. Los católicos sabemos que así no habla un hombre de nuestra religión.

En la misma carta, San Martín agrega: "Yo ya soy viejo para militar; hasta se me ha olvidado el oficio de destruir a mis semejantes; por otra parte, tengo una pacotilla (y no pequeña) de pecados mortales cometidos y por cometer; 'ainda mais'. Usted sabe mi profundo saber en el latín, por consiguiente esta ocasión me vendría de perilla para calzarme el obispado de Buenos Aires; y por este medio no sólo redimiría todas mis culpas, sino que, aunque viejo, despacharía las penitentes con la misma caridad cristiana como lo haría el casto y virtuoso canónigo de Navarro de feliz memoria. Manos a la obra, mi buen amigo; yo suministraré gratis a sus hijos el Santísimo Sacramento de la Confirmación, sin contar mis oraciones, por su alma, que no escasearán. Yo creo que la sola objeción que podrá oponerse para esta mamada es mi profesión; pero, los santos más famosos del almanaque, ¿no han sido militares? Un San Pablo, un San Martín, ¿no fueron soldados como yo, y repartieron sendas cuchilladas sin que ésto fuese un obstáculo para encasquetarse la mitra? Basta de ejemplos".

Un buen católico no se expresa en esta forma irrespetuosa, no se considera capaz de "calzar" el obispado de Buenos Aires y no declara

que despacharía a las penitentes como lo hacía un canónigo a quien se le achacaron aventuras femeninas. Tampoco dice que administraría "gratis" el sacramento de la confirmación, que le dedicaría, en broma, sus oraciones, y que hubo santos —lo cual es bien cierto— que repartieron cuchilladas...

En los párrafos finales de esta carta tan reveladora de los verdaderos sentimientos que San Martín tenía por el catolicismo, le dice a Guido: "Admita usted la santa bendición de su nuevo prelado, con la cual recibirá la gracia de que tanto necesita para libertarse de las pellejerías que le proporcionará su empleo". Es el hombre que se burla de los obispos, de sus bendiciones y de la gracia.

En otra carta a Guido, del primero de noviembre de 1831, San Martín escribe: "La guerra fratricida que tanto ha deshonrado y destruido esas desgraciadas provincias es concluida. Gracias sean tributadas al gran Alah por tan señalado beneficioso. El haga (como se lo pide con todo fervor este vil gusano y gran pecador) que la paz sea de tan larga duración como cuenta siglos el curso del majestuoso Río de la Plata". En vez de dar gracias al Dios de los cristianos, San Martín las tributa al gran Alah de manera bien irónica. Un católico, un deísta, no escriben de este modo. San Martín no pide a Dios una larga paz. La pide a Alah, el dios de los musulmanes.

El 6 de diciembre de 1832, San Martín escribió nuevamente a Guido. Había sabido que el fanatismo religioso había aumentado durante el gobierno rosista y quería tener informes seguros. "Dígame usted con franqueza —rogaba a Guido— a qué grado se halla en nuestra patria la tolerancia religiosa, pues por los rumores que corren parece que la cosa no anda muy segura. Viva la patria". El hombre que en sus máximas para su hija le había recomendado la tolerancia en materia de religión, sin hablar una palabra del catolicismo, estaba inquieto. Guido le contestó que las cosas iban "muy mal, mi amigo. Hemos tenido libros quemados, matrimonios deshechos entre protestantes y católicos, y otras mil maravillas; el espíritu de este país resiste esas medidas antisociales y la fuerza que las apoya es insignificante para sostenerla. El gobierno ha tenido que prestarse últimamente a la creación de un templo de presbiterianos y con él son ya dos de distintas comuniones cristianas que existen en Buenos Aires".

San Martín oscilaba entre el deísmo y el ateísmo; era masón y se burlaba buenamente del catolicismo, de los obispos, de sus bendiciones y del Papa, a quien suponía fácil de comprar con un millón de pesos. No atacó nunca a la Iglesia ni al clero. No fue como Esteban Echeverría, que ansiaba ver arrasada la Roma pontificia. San Martín era un volteriano que sonreía frente a las ceremonias y a las creencias del catolicismo. Al final de su vida dedicó su sable a Rosas porque creyó que defendía la independencia de la patria; pero no volvió nunca a la Argentina porque no podía soportar la atmósfera rosista, no era federal, y, además, se le hacía irrespirable el ambiente católico de Buenos Aires.

Estas conclusiones no agradarán a ciertos espíritus estrechos. Son lo que dicen los documentos, las palabras firmadas por San Martín. Ojalá otras pruebas destruyan estos testimonios y creen una nueva y definitiva visión interna del Padre de la Patria.



San Martín y sus compañeros desembarcan en el puerto de Buenos Aires desde la "George Canning".

LOS ESPIAS DE



SAN MARTIN

A través de la historia, los grandes conductores han tenido como base para orientar sus actividades políticas y militares, servicios secretos más o menos bien organizados. José de San Martín no podía falta a esta regla y buscando en sus archivos personales, encontraremos que su campaña para libertar a Chile, fue planeada minuciosamente en base a las informaciones de sus espías. El 10 de mayo de 1815, el entonces ministro de Guerra designa al sargento mayor Diego de Guzmán e Ibáñez y al teniente de artillería Ramón Picarte, "para que pasen al Estado de Chile, con el importante fin de promover en él la insurrección contra el gobierno español, y que sirviendo de espías cerca del enemigo, instruyan a San Martín sobre cuantas noticias crean interesantes, bajo precauciones que se les previniera".

por Jaime E. Cañás



Al declararse independiente en 1816, la patria sólo consistía en algunos islotes de territorio. La mayor parte estaba ocupada por los indios, y el resto bajo el poder de los caudillos y ejércitos realistas. Este interesantísimo mapa, tan insospechado para la mayoría de los argentinos de hoy, ha sido extraído de "La conquista del desierto", obra muy seria y completa del Tte. Cnel. Juan C. Walther.

El 2 de junio de 1815, la misma autoridad comunica a San Martín que "satisfecho este gobierno de los nobles sentimientos que animan a los ciudadanos, Miguel Ureta y su hermano político, Pedro Alcántara de Uriola, les encarga pasen a Chile para explorar en el punto de miras e intenciones del enemigo, y que en su desempeño deben ajustarse a las instrucciones reservadas que les imparta San Martín".

Pero los espías y agentes secretos no duran en las guerras modernas, como tampoco duraban en las de antaño. Así es que el ministro de Guerra, Ignacio Alvarez, acusa recibo de una comunicación reservada enviada por San Martín: "...dejo impuesto a S. E. el Director de Estado, de la prisión de Diego Guzmán, Ramón Picarte (éste escapó más tarde) y demás individuos a que V. S. se refiere, pero supuesto haberse cumplido este contraste por nuevas relaciones en el Reino de Chile, espero S. E. avisar a V. S. puntualmente las noticias que se adquieran en lo sucesivo que habrán de servir a las combinaciones de gobierno...".

Diego Guzmán e Ibáñez, bajo el seudónimo de Víctor Gutiérrez, uno de los mejores agentes de San Martín en tierra chilena, logró enviar al jefe de nuestro ejército una lista muy completa de la tropa, armamento y disciplina del enemigo. Agregaba a sus "reports" el nombre y característica de los oficiales hispanos de mayor influencia, como también el panorama general del Reino chileno en lo que a organización política se refiere.

Durante 1815 los españoles habían sofocado las revoluciones de Quito, Venezuela y Nueva Granada. Lima constituía el centro político militar de los realistas. Las informaciones que recibía el gobierno patrio, señalaban la posibilidad de un ataque a Cuyo desde Chile, ocupada por los soldados de Marcó del Pont. Entonces San Martín adoptó un sistema de informaciones realista y eficaz.

LA BUSQUEDA DE INFORMACIONES EN CHILE

Ante la escasez de agentes capacitados, San Martín adoptó dos sistemas clásicos: el celular y el radial. El primero permitía operaciones en un área grande y flexible. Fue impuesto a los agentes que trabajaban en busca de informaciones sobre el ejército hispano, en los grupos políticos locales infiltrados entre el invasor. El segundo sistema, San Martín lo aplicó solamente para misiones muy especiales en lugares distantes o de difícil acceso.

Ambos sistemas fueron de suma eficacia; el radial fue utilizado en menor grado, pero su resultado lo tenemos en las operaciones del espía Juan Pablo Ramírez (a) Antonio Astete, quien tras un estudio visual sobre el terreno de Chacabuco, informó a San Martín de varios detalles de sumo interés, como el valor operativo de la cuesta de Chacabuco como punto clave para un acción futura del Ejército de los Andes.

El sistema celular fue más usado. Los centros de espionaje divididos en células estaban situados en las casas de los patriotas chilenos que gozaban de la confianza de los españoles. Ciudades como Santiago, Coquimbo, Concepción, Talca y Curicó, eran muy activas en sus operaciones.

La selección de los agentes se basaba en el uso de emigrados chilenos, muchos de los cuales pertenecían a familias de alta situación social, y se habían ofrecido voluntariamente para estos trabajos. Algunos tenían títulos universitarios. Todo el conjunto estaba bien ubicado en el contexto social chileno, lo que facilitaba su infiltración.

Debemos destacar a hombres como el Dr.



Un espía fuera de serie: el abogado y militar Manuel Rodríguez, que proveyó a San Martín de preciosas informaciones.

Manuel Rodríguez (a) El Español, Antonio Merino (a) El Americano, Jorge Palacios (a) El Alfajor, Juan P. Ramírez (a) Astete, y muchos otros olvidados por la historia, pero siempre recordados por sus jefes y amigos.

El doctor Manuel Rodríguez fue quizás el mejor agente secreto que tuvo San Martín. Había nacido en Chile el 25 de febrero de 1785, graduándose en leyes a los 24 años de edad en la universidad de San Felipe.

Rodríguez participó en 1811 en los acontecimientos políticos como diputado por Santiago ante el Congreso de su patria. Hombre de gran valor personal, se incorporó al ejército como capitán y fue secretario del general J. M. Carré, al que acompañó en la desgraciada campaña de 1813. Después de Rancagua emigró a Mendoza, donde conoció a San Martín; el Gran Capitán conoció inmediatamente el valor de la personalidad de Rodríguez. Y entre ambos nació una gran amistad.

Una vez enviado a Chile, Rodríguez trabajó intensamente en la zona central de su país. Enviaba informes sobre la formación y actividad de los ejércitos hispanos, organizaba células de espionaje y subversión. Su actividad era tal que ya se había puesto precio a su cabeza. Mitre lo recuerda en sus obras: "...Fue el alma y jefe de la insurrección popular que precedió a la reconquista de Chile..."

Rodríguez participó en la batalla de Maipú, y el 26 de mayo de 1818 fue asesinado por un oficial hispano, Antonio Navarro.

Otro de los agentes que se destacaron fue Domingo Pérez, cuya cubertura era la de un hombre de negocios que viajaba continuamente desde Chile a Mendoza. San Martín lo utilizó como agente de enlace entre su mando y las células infiltradas en territorio del enemigo...

GUERRA PSICOLOGICA...

El oficio dirigido a San Martín por el ministro de Guerra, Ignacio Alvarez, con fecha 1 de febrero de 1816, dice así:

"...Le recomiendo estrictamente que además de hacer esfuerzos para adquirir siempre noticias concretas del seno del enemigo, procure por medio de sus agentes, inspirar desconfianzas al gobierno de Chile en aquellos individuos que hoy tienen más influencia en su administración, especialmente de algunos jefes militares, valiéndose al intento de cartas u otros resortes, que los califiquen en concepto de Marcó del Pont, en sus rivales o patriotas ocultos, para debilitar de este modo los apoyos con que hoy se sostiene la causa del Rey. Ponga V. S. en movimiento todos los arbitrios que sugiere la política y la necesidad en tales casos, en el bien entendido que no hay uno solo que no sea honesto. Si V. S. considera útil en su resultado alarmar a Chile, seducir sus tropas realistas, promover la deserción, desfigurar los sucesos, desconceptuar sus jefes, infundir temor a los soldados enemigos y procurar desconcertar los planes de Marcó, deben cuidado de V. S."

Si la tarea de organizar redes de espionaje en campo enemigo, es difícil y llena de sacrificios, la de engañar al enemigo es todavía mucho más difícil. Requiere una organización casi perfecta, un plan perfectamente coordinado, numerosos agentes seleccionados por su fidelidad y capacidad, y sobre todo personas bien vinculadas al gobierno, con dotes personales psicológicas bien entrenadas. Esto es lo que en épocas históricas se denominaba la intriga...

Tenemos un hecho bastante curioso. El 23 de enero de 1816 se fugó de Buenos Aires el Dr. Antonio Garfias, un agente pro-realista. El gobierno supo por sus informantes que le seguían la pista no lo suficientemente cerca, que Garfias se había embarcado rumbo a Chile. Los conocimientos del Dr. Garfias sobre el estado de los negocios eran buenos y profundos, por ello se temía que su comunicación al gobierno hispano de Chile, podría perjudicar a las Provincias Unidas del Plata.

Por carta se da instrucciones a San Martín para "minarle con tiempo y opinión y alarmar el celo de Marcó del Pont contra la persona de Garfias..." "Haga usted esparcir la voz —agrega el comunicado— por medio de sus agentes en Chile, de que este individuo lleva comisión reservada de este gobierno y oportunamente remita V. S. al mismo algunas cartas con instrucciones aparentes, a fin de que caigan en manos de Osorio. Garfias arrojará contra sí la presunción de ser americano y esta circunstancia puede favorecer el proyecto..."

Tampoco falta la correspondencia fraguada por San Martín para engañar al enemigo

(desinformación) sobre sus propias intenciones. Generalmente enviaba correos bajo la estricta orden de no presentar resistencia ante el enemigo con planes falsos de invasión. De esta forma logró que Marcó del Pont dudara desde dónde iba a llegar la invasión del Ejército de los Andes, pues muchos de los correos capturados señalaban la parte sur de la cordillera como la mejor para el cruce...

Agregaba el Gran Capitán a su campaña de informaciones falsas a los indios. Sabía que éstos mantenían contacto con los españoles y eran incapaces de guardar un secreto. Por ello gustaba de indicarles detalles de sus planes, sabiendo que a los pocos días éstos llegarían a oídos de Marcó del Pont.

El sacerdote hispano Francisco López actuaba como espía para Marcó del Pont; sus mejores agentes estaban ubicados en Mendoza como simples residentes españoles, los señores Maza y Zorraquín. Pero San Martín cuidadosamente los había "dado vuelta", y convertidos en agentes dobles. Ambos escribían los informes que el mismo San Martín les dictaba, y luego tras firmarlos, los enviaban a Chile por medio del agente de enlace del padre López. De esta forma Marcó recibía una gran suma de cartas falsas sin saber a qué atenerse...

EL INGENIERO ESPIA

San Martín necesitaba estar muy seguro de los pasos que su ejército utilizaría para atravesar los Andes. La fortificación de estos pasos por los españoles sería de una importancia clave para el resultado de su ejército expedicionario.

"Llamó —dice Mitre— a su ayudante de campo, el Ing. Alvarez Condarco y le dijo: 'Mayor, voy a confiarle a usted una comisión muy delicada. Que me reconozca los pasos de Los Patos y Uspallata, y que levante dentro de su cabeza un plano de los dos sin hacer ningún apunte, pero sin olvidarse de ninguna piedra..."

San Martín entregó un pliego del acta de la Independencia para que los realistas cuando lo recibieran lo rechazaran, y de esta forma el ingeniero espía pudiera regresar sano y salvo. Agregó Alvarez Condarco a su misión algunas recomendaciones de españoles residentes en Mendoza que colaboraban con San Martín. El espía-ingeniero se puso en marcha el 2 de diciembre de 1815 (?) y al llegar al primer puesto enemigo, se hizo el enfermo, cosa calculada, pues era de noche. A la mañana siguiente pudo observar con la salida del sol los detalles del paso de Los Patos. Como era de esperar, al llegar frente a las autoridades hispanas, su copia del pliego fue quemada, y el espía devuelto por el otro paso, que era más corto, el de Uspallata.

La memoria de Condarco trabajó intensamente y cuando arribó a Mendoza todavía con el sudor en su ropa, dibujó de memoria los detalles de los pasos. El croquis sirvió a San Martín para sus cálculos certeros.

Entre las distintas instrucciones dictadas por San Martín para el paso de los Andes, encontramos algunas de gran interés, especialmente las dirigidas al general Las Heras:

"...El primer objeto que debe proponerse, es el de sorprender a la guardia enemiga en términos, si es posible, que nadie pueda llevar aviso. Si lo consigue y con los informes que adquiera de las fuerzas del enemigo del valle y crea oportuno el atacarlo, lo verificará..."

En otra instrucción leemos:

"...Posesionado de Chacabuco procurará introducir en la capital el mayor número de espías que puedan saber el movimiento que hace el enemigo, de los que dará continuos partes al jefe de vanguardia..."

La psicosis del espionaje era tal, que Marcó del Pont envió al Intendente de Concepción el 4 de febrero de 1817 el siguiente oficio:

"...Mis planes están reducidos a continuos cambios y variaciones según ocurrencias y noticias del enemigo, cuyo jefe en Mendoza es astuto para observar mi situación, teniendo innumerables comunicaciones y espías infiltrados alrededor de mí y trata de sorprenderme..."

El Plan de Operaciones de San Martín trazado el 15 de junio de 1816, era el siguiente:

— Invadir Chile por los pasos de Uspallata y Los Patos.
— Cortar el centro de las fuerzas enemigas, previamente divididas.
— Atacar la masa de ellas y apoderarse de Santiago rápidamente.

Para lograr poner en marcha dicho plan, debía primero desorientar al adversario acerca de la forma y lugar de invasión, y luego

dirigir las marchas de su ejército en forma de poder envolver al enemigo.

Todo esto se logró gracias a la actividad operativa de sus espías chilenos en su faz desinformativa, y a la actividad de las células de agentes que le entregaron la posición, número, forma y objetivos de los españoles a tal punto que San Martín tenía la lista de los oficiales de los cuerpos más pequeños...

Su información sobre el ejército realista era tal, que ni los mismos oficiales hispanos llegaban a tanta información y tan veraz. Inicialmente Marcó del Pont tenía sus efectivos concentrados en Valparaíso, Santiago y el valle del Aconcagua. Pero la actividad informativa y de guerra psicológica fue esparciendo las tropas de Marcó por todo Chile. Cuando del Pont preguntó a sus consejeros cuál era la mejor forma para luchar contra San Martín, su secretario Judas Tadeo Reyes, fue el de más visión. El citado le recomendó que concentrara los 5.000 veteranos en Santiago y el resto llenarlo con milicias, esperando la invasión. Cuando Marcó se dio cuenta que San Martín ya había cruzado los Andes, comprendió que había perdido la guerra... por otra guerra... ¡la psicológica!



Antonio Alvarez Condarco (1780-1855): en su privilegiada memoria se levantó el plano de los pasos cordilleranos.

EL CONTRAESPIONAJE

San Martín también cuidó este aspecto de la seguridad. Prohibió el paso por la cordillera rumbo a Chile a toda persona que no tuviera un salvoconducto especial firmado por él mismo. Organizó un registro sobre los viajeros que iban y venían de Chile a tal punto que logró detener y ubicar a muchos espías, entre ellos el célebre padre López.

Impuso severas penas a los que "comunicaran verbalmente o por escrito informaciones al enemigo haciendo alguna señal, revelando el santo u otro secreto: serán ahorcados a las dos horas..."

El 2 de noviembre de 1815 elevó al gobierno "un plan para los delitos de espionaje e infidencia" en forma más radical y severa que se hacía entonces. Dicho proyecto fue rechazado, pues "el gobierno no podía alterar las leyes establecidas en los diferentes casos..."

Uno de los casos de contraespionaje lo tenemos en la persona de Miguel Castro, un sospechoso detenido en un puesto avanzado de la cordillera. Castro, que intentaba hacerse pasar por minero, no pudiendo justificar esa profesión, fue remitido a Buenos Aires. Allí fue interrogado por una comisión especial, que constató que no llevaba ningún implemento de minero y que en la zona donde fue hallado no había ninguna mina ni yacimiento...

LOS FONDOS...

Los espías recompensados con dinero fueron pocos; la mayoría lo eran por patriotismo. En un oficio dirigido por el ministro de Estado Zañartú a San Martín en 1817, le dice:

"...Los meritorios agentes que han desempeñado el peligroso encargo de espionaje en este país, durante la dominación tiránica, son seguramente acreedores a toda consideración por sus servicios. El gobierno dispuso gratificarlos con la entrega de varias cuadras de terrenos en los lugares elegidos por ellos..."

Pero San Martín era hombre realista; sabía que un buen agente necesita fondos para pagar a sus informantes, y corromper a los indicados. En una de sus cartas dirigida al gobierno, encontramos la proposición de remitir cartas (letras de cambio) sobre sujetos chilenos al servicio de la causa americana. Pero el Gran Capitán prefería él mismo ocu-

parse de los fondos enviándolos por medio de sus agentes de enlace a sus espías. Es común ver su firma en las órdenes de pago. En un oficio del 24 de enero de 1816, San Martín informa al Director Supremo de haber remitido a Guzmán y Picarte la cantidad de 1.200 pesos.

En su planilla de recibos y órdenes de pa-
En su planilla de recibos y órdenes de pago a los agentes secretos tenemos:

1815: 233 pesos.
1816: 3.823 pesos y 171 onzas de oro.
Total: 4.056 pesos y 171 onzas de oro.

TRANSMISION DE MENSAJES

En lo referente a la forma de transmisión no existen pruebas concluyentes de que se usaran claves o cifrados, pero no sería extraño de que este sistema se utilizara, más sabiendo lo precavido que era San Martín. Sin embargo, existen constancias de que a San Martín el Gobierno le envió una tinta simática en vez de una clave, pero posiblemente la reservó para transmisiones muy importantes, y por ello no quiso confiarla a sus agentes secretos comunes.

Los medios más usuales del transporte del material eran los caballos y mulas, pero se sospecha que se empleaban otros medios, pues el agente Segovia dice así en un párrafo de un mensaje dirigido a San Martín:

"...Sea como fuere vuestra correspondencia ha de continuar si no por esa vía será por los aires, pues lo adverso de la estación es corto obstáculo para privarnos del sumo gusto que las de usted nos proporciona..."

Esta frase nos indicaría que las palomas mensajeras eran conocidas por los espías americanos...

San Martín exigía que los mensajes fueran cortos y reales. Pues sus agentes secretos tenían la costumbre de enviar cartas largas con detalles que no eran importantes. En un mensaje dirigido por Manuel Rodríguez, el espía chileno, a San Martín, le decía:

"...Aunque usted quiera cartas cortas, ésta se ceñirá estrictamente a sus instrucciones..., etc."

¡La carta de Rodríguez tenía solamente 14 carillas...!

ESPIAS EN LIMA

En el Perú, el centro de la reacción realista, San Martín no descuidó el espionaje. En su carácter de generalísimo del Ejército Unido, se dirigió en nombre de los aliados al virrey del Perú por medio de un espía-parlamentario, el oficial argentino Domingo Torres. Este partió de Valparaíso el 1 de noviembre de 1817 en la fragata inglesa Amphion. En Lima, Torres bajo la excusa de tener la misión de regularizar la guerra y canjear prisioneros, actuó con astucia, provocando intrigas en el frente adversario, aprovechando las discrepancias entre la Serna y el virrey Pezuela.

Los agentes de San Martín se concentraron en el veterano batallón realista Numancia, una élite de buenos y bravísimos guerreros que ya estaban cansados de tanta promesa de refuerzos y de pelear tan lejos de sus tierras. Mientras esto sucedía, las famosas damas limeñas llevaban a cabo una obra maestra de seducción. Finalmente se consiguió que el propio comandante del batallón, el colombiano Tomás Here, se pasara a la causa revolucionaria con todos sus hombres.

Además, San Martín hizo levantar listas negras con los nombres de los ciudadanos que no comulgaban con la revolución; estableció control sobre el clero y para evitar suspicacias designó a un sacerdote —el padre Beltrán— como jefe de maestranza.

Leemos ahora una de sus cartas dirigidas al enemigo, cansado de pelear sin solución inmediata. Es un modelo de guerra psicológica que hoy día es utilizado en los combates modernos:

"Preguntad a vuestros jefes dónde están los ejércitos españoles que antes han peleado desde México hasta el Río de La Plata; cuál ha sido el fruto de la sangre que han vertido y de las fatigas que han experimentado. Preguntadles qué objeto se proponen en sacrificaros, sabiendo que vuestra suerte ha de ser igual a la que han tenido todos los que combatieron contra la causa americana. Preguntadles, en fin, con qué recursos cuentan, dónde están las fragatas Prueba y Venganza, con la corbeta Alejandro, cuya entrega os han ocultado en sus boletines, y qué noticias tienen de los navíos de España con que os alucinan, porque ya no tienen más esperanza sino en la falsedad y la impostura..."

De esta manera, San Martín preparó el camino de la victoria, usando la inteligencia, la mente fría y brillante de sus espías. ♦





EL DESVAN

(Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia)

GRANDEZA MORAL DE SAN MARTIN

Es singular fortuna para los argentinos tener el tutelaje moral de su héroe máximo: San Martín. En él se dan los signos del altísimo talento militar, práctico y expeditivo, cuidadoso y previsor, junto a las virtudes ciudadanas más acrisoladas: la honradez, el desinterés, el despego por los bienes materiales, la hombría de bien en su dimensión máxima, el patriotismo sin alardes.

El general San Martín estaba formado para el arte de la guerra y, sin embargo, su equilibrio moral lo despojaba de todo lo que pudiera significar vanagloria de Vencedor y Libertador.

La naturaleza se ensañó no poco en este físico excepcional, que pagó el precio de sus muchas campañas al costo de enfermedad e insoportables dolores. ¿Qué no sufrió, sin quejas? Reumatismo, gastralgias, graves desórdenes estomacales, disnea, aun algún vómito de sangre, que la maledicencia consideró inexistente, inventado pretexto para dejar el mando del ejército del Norte. El garboso soldado de Yapeyú tuvo que atravesar en parte las cuatro cordilleras del paso de los Andes, llevado en camilla por sesenta de sus granaderos. Allí se vio también, vestido al uso de paisano, en su mula de seguro paso, ordenando pacientemente todos y cada uno de los detalles de la hazaña gloriosa.

¿De qué no fue acusado el "Santo de la Espada", como bien lo ha llamado Ricardo Rojas? Aun de ladrón, ¡él, hombre de manos limpísimas, que donó la mitad de su sueldo en Mendoza y que llevó al máximo escrúpulo el manejo de los dineros públicos! ¿Y no se quiso también descubrirle aspiraciones de coronación real, adjudicándosele el mote de "Rey José"? Otros pretendieron rebajarle la fama, tratándole despreciativamente de "cholo", con lo que no hacían sino certificar su inmenso cariño y devoción por la causa de América, representada en la del pueblo.

La hazaña sanmartiniana —que en páginas insuperables y de severa documentación ha relatado Mitre— no admite muchos paralelos, porque integra la gloria militar con las más altas virtudes del ciudadano irreprochable.

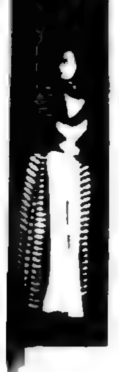
Su grandeza moral tiene tanta altura como la de los más elevados picos de las cuatro cordilleras, "mar de montañas, que atravesó con su Ejército Libertador...".

Con prosa concisa y evocadora, que denuncia la pluma de un verdadero escritor, el general Gerónimo Espejo, oficial del Ejército de los Andes, dejó, en sus recuerdos de soldado, que tituló "El paso de los Andes" (1882), una imagen precisa y fiel del Libertador. Espejo nació en Mendoza, en 1801. En 1816 ingresó como cadete al cuerpo de ingenieros del Ejército Libertador. Estuvo presente en Chacabuco, en Maipú y en otras batallas decisivas. En 1820 se embarcó hacia el Perú, acompañando a la campaña libertadora de San Martín. Actuó en Lima, desempeñó una misión en Guayaquil, que San Martín le encomendó; combatió a las órdenes de Sucre y, en su extensa actuación militar, le tocó combatir a Quiroga en Oncativo, a las órdenes de Paz, y en Rodeo de Chacón, contra el mismo caudillo. En su larga vida fue, además de guerrero, diputado, senador, tesorero del Banco Nacional, subsecretario interino del Ministerio de Guerra y Marina, etc. Murió el 18 de febrero de 1889. Entre sus obras, se cuentan "La campaña del general Alvarado a Intermedios", "La primera campaña del general Arenales a la Sierra", "Entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil", "Rasgos biográficos del general Juan Bautista Pringles", etc.

La verdaderamente irreemplazable estampa sanmartiniana de Espejo dice:

"El general San Martín era una estatura más que regular; su color, moreno, tostado por las intemperies; nariz aguileña grande y curva; ojos negros grandes y pestañas largas; su mirada era vivísima; ni un solo momento estaban quietos aquellos ojos; era una vibración continua la de aquella vista de águila: recorría cuanto le rodeaba con la velocidad del rayo, y hacía un rápido examen de las personas, sin que se le escaparan aun los pormenores más menudos. Este conjunto era armonizado por cierto aire risueño, que le campaba muchas simpatías.

El grueso de su cuerpo era proporcional al de su estatura y, además, muy derecho, garboso, de pecho saliente; tenía cierta estructura que revelaba al hombre robusto, al soldado de campaña. Su cabeza no era grande, más bien era pe-






DE CLIO

por
LEON
BENAROS

SAN MARTIN
VISTO POR UN COMPAÑERO
DE ARMAS

queña, pero bien formada; sus orejas medianas, redondas y asentadas a la cabeza; esta figura se descubría por entero por el poco pelo que usaba, negro, lacio, corto y peinado a la izquierda, como lo llevaban todos los patriotas de los primeros tiempos de la Revolución.

La boca era pequeña: sus labios algo acarminados, con una dentadura blanca y pareja; usó en los primeros años un pequeño bigote y patilla corta y recortada; ésta fue su costumbre general desde que fue de intendente a Mendoza. Lo más pronunciado de su rostro, eran unas cejas arqueadas, renegridas y bien pobladas. Pero, en cuanto fué ascendido a general, se quitó el bigote.

Su voz era entonada, de un timbre claro y varonil, pero suave y penetrante, y su pronunciación precisa y cadenciosa. Hablaba muy bien el español y también el francés... Cuando hablaba, era siempre con atractiva amabilidad... Su trato era fácil, franco y sin afectación, pero siempre dejándose percibir ese espíritu de superioridad que ha guiado todas las acciones de su vida... Jamás prometía alguna cosa que no cumpliera con exactitud religiosa. Su palabra era sagrada. Así todos, jefes, oficiales y tropa, teníamos una fe ciega en sus promesas.

Su traje, por lo general, era de una sencillez republicana. Vestía siempre en público el uniforme de Granaderos a Caballo, el más modesto de todos los del Ejército, pues no tenía adornos ni variedad de colores, como otros cuerpos usaban en aquel entonces.

Su vestido familiar dentro de casa era una chaqueta de paño azul, larga y holgada, guarnecida por las orillas y el cuello con pieles de marta de Rusia y cuatro muletillas (botones largos) de seda negra a cada lado para abrocharla por delante; en invierno, un levitón o sobretodo de paño azul hasta el tobillo, con bolsillos a cada costado, a la altura de la cadera, y por delante botonadura dorada para abrocharlo... En su sistema alimenticio (dice Pueyrredón) era parco en extremo... Siempre asistía a la mesa, pero a presidirla de ceremonia o de tertulia. El comía solo en su cuarto, a las doce del día, un puchero sencillo, un asado con vino de Burdeos y un poco de dulce. Se le servía en una pequeña mesa, se sentaba en una silla baja, y no usaba sino un cubierto; y concluida su frugal comida, se recostaba en su cama y dormía un par de horas... Por la tarde, después de la mesa, volvía al trabajo del escritorio, para lo que era incansable, y por la noche, después de tertuliar con algunas visitas, tomaba una pequeña colación y se recogía a su cuarto a descansar.

En el trato social era muy afable y atento, lo que comúnmente se llama un hombre amable y simpático... Era muy rígido observador de la disciplina, así como del aseo del traje de sus subordinados.

Siempre que hablaba de la oficialidad del Regimiento que había creado y educado, lo hacía con palabras de fervoroso entusiasmo, quizá para prestigiarla ante el público, pues en las ocasiones que llegaba a tocarse este punto, solía decir: 'De lo que mis muchachos son capaces, sólo yo lo sé; quien los iguale, habrá, pero quien los exceda, no'.

El general San Martín era de una inteligencia perspicaz, discreta y privilegiada. Como militar, era tan diestro como experimentado en el servicio de campaña: estratégico como pocos; matemático hasta las trivialidades y previsor sin igual... Como político, era observador, creador, administrador, con una pureza y tacto exquisitos. De una laboriosidad infatigable, y popular en sumo grado. Estas eran las cualidades que lo hacían apto para el mando".

Gerónimo Espejo

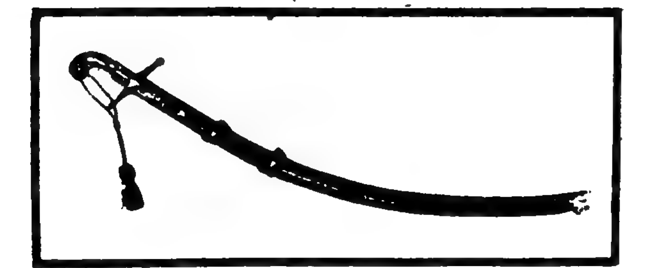
EL DESVAN DE CLIO

EL SABLE DE SAN MARTIN

Quizás, estrictamente, no pueda hablarse de "el sable de San Martín", sino de "los sables de San Martín", pues por lo menos cuatro lo acompañaron a lo largo de sus gloriosas campañas. Pero el que los asume a todos y es considerado, por antinomadia, el sable sanmartiniano, es el que legó a Rosas por testamento, adquirido en Londres, hermoso sable de tipo morisco, de recto gavilán de bronce y vaina negra, de cuero graneado, como de jabalí.

La moda de este tipo de sable oriental la impuso Napoleón en Francia para sus generales. De regreso de la campaña de Egipto, con el reciente recuerdo de los sables de los militares de Oriente —más bien alfanjes— indicó a los armeros franceses que le hicieran sables semejantes a aquellos modelos. Así nacieron los "corvos", que en manos de bravos como San Martín alcanzaron más brillante fama que la de sus templadas hojas.

El "corvo" de San Martín fue donado para el Museo Histórico Nacional por mediación de su activo director, Adolfo P. Carranza. Después de varias sustracciones, que trajeron escándalo y preocupación, y respondieron a motivos políticos, se custodia ahora en el Regimiento de Granaderos a Caballo.



MAL DE PUNA, DERRUMBADEROS Y ALTURAS DE 4.000 METROS EN EL PASO DE LOS ANDES

El general San Martín concibió su plan para el paso de cuatro cordilleras, y más aún, para el paso a través de un mar de montañas. Nos referimos al paso del grueso del ejército por el camino de Los Patos. La geografía da la prueba irrefutable, mas si se quiere la del documento, y veamos éste, firmado por el Libertador y dirigido al gobierno de Buenos Aires desde San Felipe, el 8 de febrero de 1817. "Camino de cien leguas, cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, profundas angosturas, cortado por cuatro cordilleras. Tal es el camino de Los Patos. Pero si vencerlo ha sido un triunfo, no lo es menos el haber principiado a vencer al enemigo". Vencerlo ha sido un triunfo, palabras que nos dan la medida del esfuerzo demandado.

Las cuatro cordilleras del camino seguido por el general San Martín son, desde su salida de Mendoza: la precordillera de La Rioja, San Juan y Mendoza, llamada, en el sitio del pasaje, sierra del Paramillo; la cordillera del Tigre, la cordillera de Espinacito, la cordillera andina que sirve de límite a la Argentina y Chile. Entre los rasgos notables de la región sanmartiniana que influyeron en el paso, se cuenta el río de Los Patos, el que da nombre al camino... Ese río fue el tenaz opositor al paso del general San Martín. Su profundo cajón impidió al ejército transitar por su orilla, necesitado como estaba de llegar en línea recta al valle de Los Patos, de donde parten, como varillas de un abanico desplegado, seis caminos hacia otros pasos de la cordillera limítrofe, la cuarta. El río obligó al Libertador a cruzar la tercera cordillera en camino de rodeo, cordillera la más escabrosa de todas, la de Espinacito, donde el ejército, al descender del paso de cuatro mil metros de altura (mil más que el de la cordillera limítrofe), quedó materialmente colgado en la espiral de su pendiente. La hueste fue a dar al valle de Los Patillos, tobogán perpendicular al valle de Los Patos y orientado de norte a sur. Los soldados habrán elevado la vista hacia la dentada cumbre... Camino como para vuelo de águilas. Así llegó el ejército al valle de Los Patos desde el norte, habiendo emprendido la marcha desde una posición meridional. El valle vecino, el Valle Hermoso, es una vega...

LA FAMILIA DE SAN MARTIN

PADRE: Juan de San Martín. Nacido en Cervatos de la Cueza, Castilla la Vieja (España), el 3 de febrero de 1728. Fallecido en Málaga (España), el 4 de diciembre de 1796. Era hijo de Andrés de San Martín e Isidora Gómez.

MADRE: Gregoria Matorras. Nacida en Villa de Paredes de Nova, Castilla la Vieja (España), el 12 de marzo de 1738. Fallecida en Orense (España), el 29 de marzo de 1813. Era hija de Domingo Matorras y María del Ser.

HERMANOS: Juan Fermín; Manuel Tadeo; Justo Rufino. HERMANA: María Helena.

ESPOSA: María de los Remedios de Escalada. Nacida en Buenos Aires, el 20 de noviembre de 1797. Hija de Antonio José de Escalada y Tomasa de la Quintana y Aoiz, ambos criollos. Contrajo enlace con José de San Martín el 12 de noviembre de 1812. Falleció en Buenos Aires, el 3 de agosto de 1823. En el epitafio de la tumba, el Libertador la llama "esposa y amiga".

HIJA: Mercedes San Martín. Nacida en Mendoza, el 23 de agosto de 1816. Embarcada con su padre rumbo a Europa el 10 de febrero de 1824. Casada en París con Mariano Balcarce, el 13 de diciembre de 1832. Fallecida en París, el 28 de febrero de 1875.

NIETAS: María Mercedes, nacida en la Argentina. Josefa Dominga, nacida en París.



Los animales se reponen del forzado ayuno... Entre los factores que agrandaron aquel esfuerzo debe mencionarse el mal de **puna**, lo que se llama "la agresión de la altura".

El Libertador pudo conjurar el peligro proveyendo de mulas a su infantería; lo conjuró a medias, como puede leerse en su carta dirigida al general Miller: "La puna —dice— atacó a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados". Otro factor adverso fue el clima de desierto. Aumentó las penurias: faltó pasto a los caballos y mulas, combustible para los fogones, agua suficiente, "sin agua en toda la tirada", palabras del itinerario de San Martín. En este clima de bruscos cambios de temperatura, se fragmentan las rocas. ¿Cómo obstaculizó el material suelto de las rocas destruidas el paso de la hueste libertadora? Fácil es suponerlo, si se recuerda que las sendas faldean la montaña, al pie de los "derrumbaderos", "despeñaderos", "resbaladeros", al pie de las "faldas arrancadas".

Así son llamadas las faldas cubiertas por los fragmentos de la roca destruida. El espectador cree ver la obra de millones de picapedreros que trabajaron sañudamente para reducir la roca a polvo.

Eduardo Acevedo Díaz (h)

SAN MARTIN Y SUS NIETECITAS: ALEGRIAS DE UN ABUELO

El viejo guerrero de los Andes había concentrado sus postreras alegrías en aquellas niñas. A parte alguna de la ciudad iba sin ellas. En sus paseos de la tarde, ellas le servían de guía, y él, a su vez, de protección. El abuelo achacoso y las nietas tenían celebrado un tácito contrato de mutuo amor y de tiernos servicios retribuidos. Así, ambas le habían bordado un gorro de casa, que él usaba con orgullo, dejándose llamar "cosaco" por aquellas malvadas... que eran para su alma un solo ídolo dividido en dos existencias, y en pago del regalo, el viejo capitán cubría de besos sus sueltas cabelleras. Habíales también puesto a ambas en represalias de su apodo, afectuosos sobrenombres... A la menor, que es la que sobrevive, y es hoy la señora de Gutiérrez Estrada, llamábala sólo por su infantil cautela. "la viejita", y solía decirle: "Tú no morirás de cornada de toro".

Su hermanita no tuvo igual presagio y murió por la traición de un remedio. Tal es la existencia de San Martín en sus postrimeros años: un poco de sol, el ancho mar y sus dos radiosas nietas en las que había vuelto a encontrar sus ojos, ya apagados. En cuanto a su hija y a su esposo, ellos eran solamente dos intermediarios entre aquellas sombras y esas alegrías...

Benjamín Vicuña Mackenna

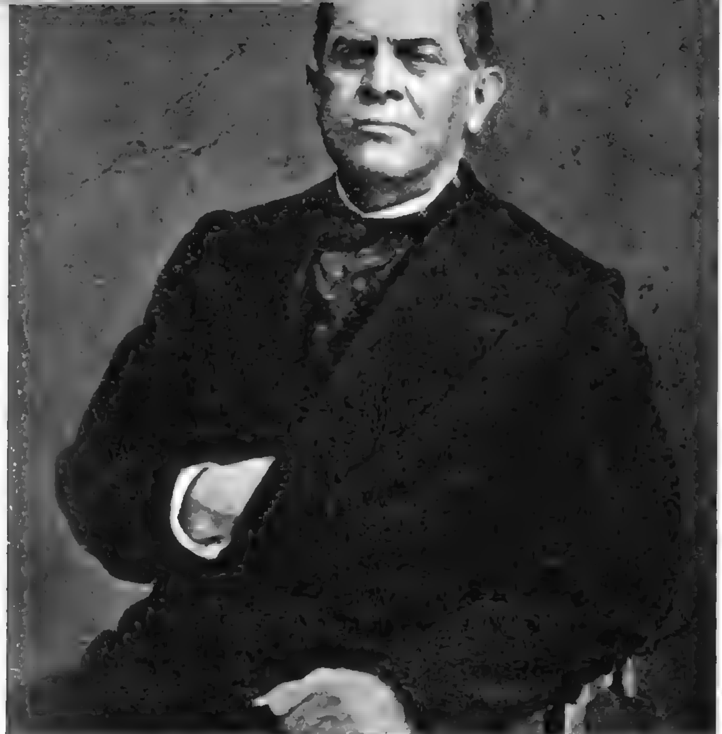
MUERTE DE SAN MARTIN

(17 de agosto de 1850)

El 17 el general se levantó sereno y con las fuerzas suficientes para pasar a la habitación de su hija, donde pidió que le leyeran los diarios. Hizo poner rapé en su caja para convidar al médico que debía venir más tarde, y tomó algún alimento. Nada anunciaba en su semblante ni en sus palabras el próximo fin de su existencia. El médico le había aconsejado que trajera a su lado a una hermana de caridad. El señor Balcarce salió en la mañana del mismo día a hacer una diligencia acompañado por don Javier Rosales, a quien comunicó las esperanzas que abrigaba en el restablecimiento del general y su proyecto de hacerlo viajar, tan lejos estaba de prever la desgracia que le amenazaba, y tanta confianza le inspiraba el estado de su padre (político) en este día y los anteriores. El señor Rosales procuró disipar esas ilusiones que podían hacer más sensible el golpe que él consideraba inmediato, y sus tristes predicciones no tardaron, por desgracia, en realizarse. Después de las dos de la tarde, el general se sintió atacado por sus agudos dolores nerviosos al estómago. El doctor Jardon (Jackson), su médico, y sus hijos, estaban a su lado. El primero no se alarmó y dijo que aquel ataque pasaría como los precedentes. En efecto, los dolores calmaron, pero, repentinamente, el general, que había pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al señor Balcarce, con palabras entrecortadas, que la alejara, y expiró casi sin agonía. Es más fácil comprender que explicar la aflicción de sus hijos, en presencia de esa muerte tan súbita e inesperada.

En la mañana del 18 tuve la dolorosa satisfacción de contemplar (en su lecho) los restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho, otro en una mesa entre dos velas que ardían al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó ese cadáver. Bajé en seguida a una pieza inferior, dominado por los sentimientos religiosos que se levantan en el corazón del hombre más incrédulo al aspecto de la muerte. Un reloj de cuadro negro, colgado en la pared, marcaba las horas con un sonido lúgubre, como el de las campanas de la agonía, y este reloj se paró aquella noche en las tres, hora en que había expirado el general. ¡Singular coincidencia...! El reloj de bolsillo se detuvo también en aquella última hora de su existencia.

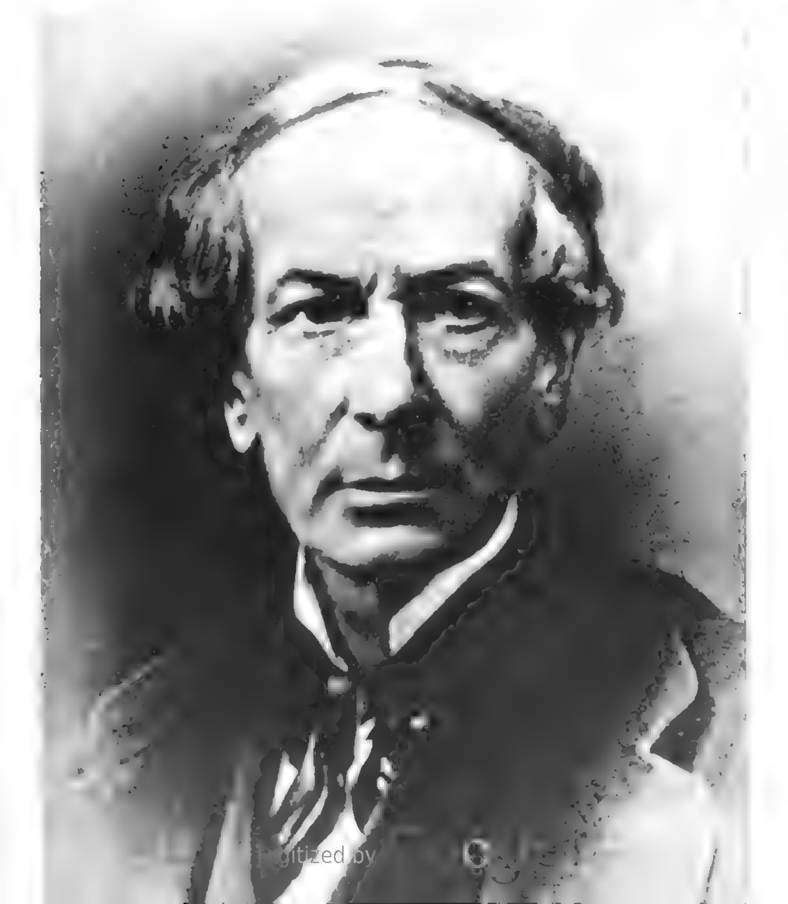
FELIX FRIAS



por
Vicente
D. Sierra

LOS HEREDEROS

Domingo Faustino Sarmiento: a través de San Martín, desprecio hacia los caudillos militares americanos. Juan Bautista Alberdi: también heredó el viejo odio directorial y unitario contra San Martín.



San Martín no conoció la gloria versátil de la popularidad. Los que estaban obligados a que sucediera lo contrario optaron por combatirlo. Sus amigos más fieles fueron pocos, y sobre todo se destacaron Manuel Belgrano, Tomás Guido, Bernardo O' Higgins y Vicente López y Planes. Los primeros en separársele fueron algunos miembros de la Lautaro, encabezados por Carlos María de Alvear, quien nunca alcanzó ni siquiera a disimular la envidia que sentía por San Martín.

Muchos militares que hasta su llegada al país eran considerados hábiles guerreros a caballo, no ocultaron su rencor a quien les demostró que carecían de tal habilidad y les enseñó el arte de la guerra por la caballería, dotándola de armas de nuevo tipo, entre otras la lanza, que hizo fabricar con cañas tacuaras. En alguna época, para desacreditarlo ante la opinión popular, se le llamó "el rey José", difundiendo y dejando que se creyera, que su afán era coronarse rey del país. Es que estaba adornado de una integridad moral que no le permitió ser hombre de ninguno, para serlo sólo de su ideal emancipador. Hasta los caudillos populares, como Juan Bautista Bustos, Estanislao López, Francisco Ramírez y Gervasio José de Artigas, desconfiaron en algún momento sobre la lealtad de San Martín, desconcertados por una conducta que no se acomodaba al módulo dominante, o engañados por las trapacerías de José Miguel Carrera.

DEL ODIO A SAN MARTIN

Entre los que lo odiaron se destacan dos personajes de singularísimo prestigio intelectual: Sarmiento y Alberdi, y otro de mal ganado prestigio político: Bernardino Rivadavia. Los dos primeros figuran entre los acreditados enemigos de Rosas, y es evidente que por tal motivo, miraron a San Martín sin ningún amor y trataron de negarle los derechos al procerato con que hoy ocupa un puesto de honor en el panteón de nuestros héroes.

En una de las piezas del epistolario de Yungay, Sarmiento, con fecha 9 de julio de 1852, escribía a Alberdi:

"...Desmadryl hace un Panteón de hombres célebres de Chile: la obra es acabada. Se necesita la biografía de San Martín, y usted podría hacerla breve, espiritual, **salsisante**, instructiva. San Martín fue una víctima; pero su expatriación fue una expiación. Sus violencias, pero sobre todo, la sombra de Manuel Rodríguez, se levantó contra él y lo anonadó. Haga usted resaltar este hecho para precavernos. Esta justicia silenciosa, pero inflexible que lo alejó para siempre de la América. Hoy es Rosas el proscripto. Sus afinidades las encuentra en el apoyo que prestó al tirano por lo que usted ha dicho: por el sentimiento de repulsión al extranjero. El ejército de los Andes se sublevó en Lima por razones generales; pero el sentimiento, la pasión eficiente, fue el resentimiento que causaba a los argentinos, el verse despojados de su bandera, esto es, de su gloria nacional, para izar las nuevas banderas de los estados libertados, dándoles el aire de **condottieri**. También él se sublevó contra su gobierno en las **Tablas**, y su ejército se sublevó contra él. ¿Se encargará usted del trabajo? Fundemos de una vez nuestro tribunal histórico. Seamos justos, pero dejemos de ser panegiristas de cuanta maldad se ha cometido. San Martín castigado por la opinión, expulsado para siempre de la América, olvidado veinte años, y rehabilitado por los laicos, como Montt, el doctor, el letrado, es una digna y útil lección".

¿Quién era ese Manuel Rodríguez, cuya sombra, según Sarmiento, había anonadado a San Martín? En los pueblos hispanoamericanos se ha desarrollado una mitología histórica, y Chile no escapó a tenerla, incluyendo en ella a los hermanos Carrera, y a Manuel Rodríguez, personaje devoto de aquéllos. Las presiones de Luis y de Juan José Carrera y los éxitos de San Martín, que alejaban toda posibilidad de que José Miguel Carrera recobrara el gobierno de Chile, del que lo había despojado O'Higgins, por el apoyo que le prestara San Martín; lo cual, dice el historiador chileno F. A. Encina, **"había exaltado las pasiones de los jefes CARRERINOS hasta un grado que hoy no podemos representamos..."**. Dicho autor agrega: **"La desaparición de San Martín y sus argentinos constituía para ellos un desideratum ante el cual sacrificaban gustosos fortunas, hogar, patria, independencia y cuanto representaba valor a los ojos de los contemporáneos"**. Al producirse el desastre de Cancha Rayada circuló la versión de que San Martín había muerto, lo que ofreció a los carreristas la esperanza de lograr lo que buscaban, ofuscados por el odio. También circuló el rumor de la muerte de O'Higgins, todo lo cual a poco se modificó, diciéndose que ambos jefes habían huido al otro lado de los Andes. En tales circunstancias, Manuel Rodríguez abandonó su puesto de auditor de guerra para pasar a Santiago; donde, aprovechando el desconcierto de la población, se prepararon pobladas, dirigidas por agitadores, logrando realizar una especie de Cabildo Abierto en el que Rodríguez dio cuenta de que el ejército había sido totalmente deshecho, que O'Higgins había fallecido y San Martín, abatido y desesperado, huía a Mendoza. Supuestamente muerto O'Higgins, la Asamblea designó a Rodríguez para tomar el gobierno, pero el regreso de O'Higgins puso al descubierto la farsa, con lo que la situación cambió. Dos días después San Martín entraba en Santiago mientras Rodríguez huía, corrido de ella. Otra maniobra para destruir a O'Higgins y a San Martín se intentó dos días después de la gloriosa jornada de Maipú, terminando en un fracaso, el que provocó que sus connacionales lo asesinaran en Tiltil, el 24 de mayo de 1818.

No nos interesa ocuparnos de la idealización de que fue objeto la personalidad de Manuel Rodríguez, sobre todo en las últimas capas del bajo pueblo chileno; a pesar de que no encarnó ningún concepto doctrinario. Durante quince años se sumó a todos los conatos anarquizantes fallidos. La historiografía chilena ha comenzado a destruir su idealización, comprendiendo que, por su coraje, audacia, astucia y espíritu aventurero se había hecho de él un mito, porque supo halagar los instintos populares; pero con tal ceguera, que había aceptado que Chile no se independizara, si la independencia venía traída por San Martín. ¡Y es Sarmiento quien pretendía que el **condottieri** era San Martín y el héroe... Rodríguez!

Alberdi ya había escrito antes del pedido de Sarmiento una biografía de San Martín, pero se negó a hacerla en las condiciones impuestas, por lo que el 2 de setiembre de 1852 Sarmiento le volvió a escribir, diciendo:

LOS HEREDEROS DEL ODIO A SAN MARTIN

"...Yo le indiqué a usted que escribiese la biografía de San Martín, porque ya lo había usted hecho antes, insinuando que podía hacerse justicia ahora, etc. Sin ser mi ánimo que fuese una detracción, porque yo no aconsejaría a nadie nada que no fuese honorable. Creía que una alabanza eterna de nuestros personajes históricos, fabulosos todos, es la vergüenza y la condenación nuestra".

Pero Alberdi escribió sobre San Martín algunas páginas que, posiblemente, habrían gustado a Sarmiento. Lo hizo en su obra "Grandes y pequeños hombres del Plata", para destacar que, si algún día un poeta como Byron, **"señor o milord y no lacayo"**, visitara estos pueblos y recogiera sus crónicas y leyendas, **"no serán los Carrera los menos apreciados"**. Veamos otros conceptos de Alberdi:

"Fue fortuna para Chile que la Revolución Argentina tuviera que buscar en su territorio el camino que debía llevarla a la libertad de las cuatro provincias argentinas del Norte. Pero si San Martín hubiera faltado, Chile no habría carecido de libertadores, y en el Perú mismo hubiese sido reemplazado como lo fue, en efecto, por Bolívar. Su ausencia no perjudica más que a la República Argentina, a quien le costó cuatro provincias...'. Ningún hombre es necesario en este mundo cuando la Providencia ha creado la necesidad de un gran cambio".

Como se ve, Alberdi acusa a San Martín de haber abandonado las provincias del Alto Perú para libertar a Chile y usar a este país para pasar al Perú. Alberdi no dice que fue el Congreso rivadaviano de 1826 el que dispuso que dichas cuatro provincias estaban en libertad de hacer lo que les viniera en gana: independizarse, o unirse a las del Río de la Plata. Alberdi no dice que Bernardino Rivadavia abandonó a San Martín en el Perú. No dice que la prensa rivadaviana se burló prácticamente del emisario que San Martín envió a Buenos Aires en demanda de apoyo militar para atacar en la frontera de las cuatro provincias altoperuanas, pero dice que cuando la Providencia interviene no necesita de hombre alguno. ¡Soberbia lección de metodología histórica! En virtud de ella, el autor de "Bases" agrega:

"A Chile le habrían sobrado igualmente los libertadores, y, sin San Martín, repito, no habría tardado en ser libre por los Carrera. Esos sí que eran el genio de la acción y de los recursos. ¡Nada menos fueron que mártires de su impaciencia de acción liberal y patriótica!"

Para Alberdi, San Martín ni siquiera se destacó como militar; no le encuentra ningún rasgo genial, y se pregunta: "¿Dónde está entonces el genio de San Martín? ¿En que pasó cañones a través de los Andes? ¿Por eso sería otro ANIBAL? Comparaciones pueriles". Evidentemente, si sólo se hubiera tratado de pasar cañones, no sería otro Aníbal, ya que éste no los pasó en los Alpes, puesto que aún no se habían inventado. Pero la torpeza de Alberdi llega a tal punto que dice: **"La gloria en el arte de transportar es muy preciosa, pero pertenece más bien a la industria"**; de lo que cabe deducir que el paso de los Andes pudo haber sido hecho —según Alberdi— por cualquier empresa de mudanzas...



Uno de los infortunados hermanos Carrera (Juan José), según un dibujo de Rojas.

Este odio a San Martín alcanzó tal magnitud en la época de Rivadavia, que el encargado en Buenos Aires de negocios de Chile, Miguel Zañartú, se hizo eco de ella en una serie de cartas dirigidas a O'Higgins. Con motivo de llegar a Buenos Aires la noticia de la entrada de San Martín en Lima, el 24 de octubre de 1821, Zañartú escribía diciendo:

"Ya está el camino libre y puedo hablar a V. sin reservas. Sin tal seguridad, no me atrevería a denunciarle el vergonzoso, el estúpido y criminal silencio que se ha guardado en este país a presencia del sublime triunfo sobre Lima y feliz derrota de Carrera. Parece que la mayor parte de estos hombres, devorados ya por un espíritu de envidia hacia Chile, ya de indignación contra San Martín, olvidan sus ventajas efectivas y propios intereses. Sus pequeñas almas verían con un ojo tranquilo y acaso placentero, la destrucción de un ejército cuyo triunfo no les da las glorias pomposas que satisfacen su hueca vanidad".

Vuelve Zañartú a escribir el 14 de noviembre, y refiriéndose al gobierno de Buenos Aires dice: "Los pobres hombres siguen, creo que en odio a San Martín, una ruta tan contraria a la opinión general, que para este solo principio cada día pierden más su partido, a pesar de que en materia de rentas y Gobierno... han hecho cosas buenas". El día 28, en una nueva carta, informaba que el gobierno de Tucumán había pedido ser provisto de armas para habilitar una expedición de 600 hombres que se preparaban para enviar al Alto Perú a apoyar a San Martín, y agregaba: "Pero todo se le negará... Todo lo que sea obrar conforme a las ideas de San Martín, se reprueba aunque tenga la aceptación universal!".

Desde Bruselas, el 20 de octubre de 1827, San Martín escribía a O'Higgins, y al referirse a la renuncia de Rivadavia, decía:

"Ya habrá usted sabido la renuncia de Rivadavia; su administración ha sido desastrosa, y sólo ha contribuido a dividir los ánimos; él me ha hecho una guerra de zapa, sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que el establecer gobiernos en América. Yo he despreciado tanto sus groseras imposturas, como su innoble persona".

¿Cómo explicar este irracional odio a San Martín? El lo dijo, en carta a O'Higgins, desde Montevideo, el 5 de abril de 1829: **"La situación de este país** (se refiere a la Ar-

gentina) **es tal que al hombre que lo mande no le queda otra alternativa que la de someterse a una facción o dejar de ser hombre público; ESTE último partido es el que yo adopto".** Para comprender estas palabras hay que recordar que en aquel entonces, Lavalle se había dirigido a San Martín para encontrar en él un elemento que lo sacara del enredo en que había caído al encabezar la revolución de diciembre de 1828 y el asesinato de Dorrego. San Martín pudo ser entonces el hombre que salvara a los rivadavianos del lío en que se habían metido por odio a cuanto oliera a pueblo, y San Martín se negó. San Martín era el que en 1812 puso fin al Primer Triunvirato, expresión neta del localismo porteño y de su minoría dirigente mercantilizada; el mismo San Martín que, ante el alzamiento de los pueblos en 1820, se negó a salvar a la oligarquía del puerto. Ese San Martín que se negó a entrar en los cuadros de la politiquería sucia de los prohombres del liberalismo rivadaviano, tenía que ser odiado por aquellos que lo odiaron. Herederos de ese odio fueron Alberdi y Sarmiento; aumentado en ellos el desapego al héroe, por el hecho de que legara su sable de Chacabuco y Maipú a Juan Manuel de Rosas, el hombre que consolidó la independencia nacional, como con verdad, dijo el héroe de los Andes.

Pero San Martín era un prestigio legítimo; a tal punto, que más tarde, Alberdi y Sarmiento variaron sus puntos de vista sobre él, condicionándolo a olvidar que no había sido político, sino puramente militar; confundiendo los términos, o sea política con politiquería. Ningún gran general, y San Martín lo fue, puede no ser político, ya que las guerras son esencialmente actos políticos. Justamente, de alta y trascendental política fue la campaña de Chile y Perú; de la más elevada política fue dejar terminar la campaña a Bolívar. Toda política tiene una finalidad, y San Martín fue leal a la suya; a tal punto, que hasta supo emprender el duro camino del renunciamiento, con tal que su finalidad se realizara, sacrificando su gloria. Política que no podía comprender un Rivadavia, inflado de vanidad hasta lo grotesco, y menos un Sarmiento tan pagado de sí mismo, que cuando en 1857 Mitre lo hizo elegir, junto con Vélez Sársfield, miembros de la legislatura local, en carta privada informando sobre tal favor, decía:

"Es una felicidad para Buenos Aires que hayamos sido nombrados senadores; era menester que algunos hombres de talento y de capacidad entrasen en las Cámaras para dirigir la PLEBE e ilustrar el juicio de TANTOS IMBECILES QUE HEMOS INTRODUCIDO". ◆

Ultimos momentos de José Miguel Carrera, con sus compañeros Benavidez y Alvarez, momentos antes de ser fusilados.



SAN MARTIN

por Ernesto Quesada



Y SU MUJER

SAN MARTIN Y SU MUJER

En 1915, el doctor Vicente Quesada leyó ante la Junta de Historia y Numismática la conferencia que se reproduce seguidamente. Quesada fue diplomático, historiador, escritor y político de vasta actuación en el país. Por su origen social y trayectoria, tuvo oportunidad de recoger las últimas tradiciones transmitidas por testigos vivientes referidas a San Martín; además, en la época en que pronunció su conferencia, la figura del Libertador, reverenciada por todo el país, no había sido llevada al carácter de mito intocable que adquirió más tarde.

Es por eso que Quesada habló libremente de un tema que ha sido siempre "tabú" dentro de la historiografía sanmartiniana: el de las relaciones del Libertador con su esposa. Vagas referencias, molestos silencios y un blanco que muchas voces interesadas en detractar a San Martín trataron de cubrir malévolamente, hicieron de este tema algo esotérico y brumoso.

En esta conferencia —recogida en la revista "Fray Mocho" del 29 de octubre de 1915— Quesada expone con crudeza lo que se dijo en su época, lo que se exageró y lo que puede haber sido verdad, en las relaciones conyugales de San Martín. Los largos alejamientos del prócer del seno de su hogar, la aparente frialdad de su trato hacia su "esposa y amiga", su inexplicable permanencia en Mendoza mientras ella agotaba las últimas etapas de su enfermedad, adquieren en la versión de Quesada una lúcida explicación.

Dejamos al lector el juicio definitivo sobre esta conferencia, que expresa, además, la visión de San Martín por un historiador argentino hace más de medio siglo.◆



La plaza principal de la ciudad de Mendoza, tal como existía en la primera mitad del siglo pasado, antes del terremoto; por aquí pasearon su más largo período matrimonial.

Realmente hay algo de trágico en San Martín. Su figura de héroe se agiganta más en la desgracia que en la fortuna, y es mil veces más grande al rehacer el camino de Lima a Buenos Aires, solo, abandonado, y de todos vilipendiado, que al emprenderlo pocos años antes lleno de entusiasmo y consagrado por victorias sucesivas.

Al llegar a Mendoza, la triste realidad se impuso a sus meditaciones...

No podían hacerle justicia los coetáneos, y le era menester beber hasta las "heces" del cáliz de la amargura. No era San Martín hombre de amedrentarse por ello, y poco significaba eso para él, que obraba en cumplimiento de un deber inflexible. Su único juez tenía que ser la posteridad, y tranquilo y estoico confiaba en su juicio. Razón tenía: la justicia histórica le ha proclamado grande entre los grandes, no sólo en la prosperidad, sino, sobre todo, en la adversidad.

Eso explica porqué se detuviera en Mendoza. Pero, ¿por qué demoró allí dos años, mientras su familia: su esposa y su hija, se encontraban en Buenos Aires? Si estaba resuelto al ostracismo absoluto y a ausentarse para siempre de la patria, ¿por qué no siguió viaje hasta la capital, y, unido a los suyos, se embarcó para el viejo mundo adonde había resuelto retirarse? En lugar de eso, se deja estar dos años en Mendoza y sólo se resuelve a venir cuando la muerte de su esposa le impone el cuidado de su única hija y viene entonces a recogerla para partir, casi sigilosamente, en un velero rápido. ¿Cuál es la explicación de conducta semejante?





Alrededores de Mendoza —como éste, dibujado por Alcide D'Orbigny pocos años después de la estadía del Libertador— fueron conocidos y visitados por el matrimonio San Martín.



El punto es oscuro y muy delicadas las conjeturas que para aclararlo pueden hacerse. Por de pronto, llama la atención el hecho singular de que, a su llegada a Buenos Aires, en 1824, no sólo lo evitan los hombres de gobierno, sino que nadie lo visita, ni siquiera los miembros de la influyente familia de su esposa, con excepción del general Manuel Escalada. La frialdad que le demostró la sociedad corrió pareja con la de su familia, y justificó, aparentemente, el desvío del gobierno. Porque si éste es explicable como comprensible retribución de la famosa "desobediencia de San Martín", ¿cómo es explicar que sus amigos no lo rodearan, que la sociedad no lo retuviera, y que, sobre todo, la familia patricia, dentro de la cual estaba casado, tampoco lo agasajara, y menos que se creyera obligado a hacerle el público desaire de afectar ignorar su presencia? Es indudable que la razón de ser de este hecho no puede buscarse tan sólo en la actuación política y militar de San Martín.

Acostumbrose en la primera época de la Independencia debatir con ardor y sin medida todo lo que atañía a los hombres públicos, estampando en las gacetas y en los panfletos de entonces hasta los más recónditos secretos de la chismografía política y social. San Martín no escapó a esa plaga...

En un opúsculo anterior he mencionado un libelo escandaloso, atribuido al bando carrerista-alvearista y que parece ser debido a la pluma, para el caso empapada en curare, del habilísimo chileno Diego José Benavente. La caricatura allí mencionada forma parte de una serie sugerente, y el Museo Histórico posee otras dos, una de ellas admirablemente coloreada, que la tradición supone inspiradas por el espíritu ático de Gandarillas, otro chileno fiel al credo carreriano. En ellas es tratado San Martín sin piedad, del punto de vista de su vida pública y privada.

Esas publicaciones dan una explicación inexplicable de la frialdad y desvío con que fue acogido San Martín. Menester es dejar, una vez por todas, restablecida la verdad histórica, siquiera sea duro levantar el velo que parece encubrir esa faz de la vida del héroe...

Puede decirse que han concluido de desaparecer los coetáneos del grande hombre. Más aún: van en camino de extinguirse los que con ellos departieron y de sus labios pudieron recoger la tradición genuina y la explicación última de las cosas que aquellos libelos han desfigurado. Estamos viviendo en medio de la tercer generación, y aquella tradición, a fuerza de ser transmitida de unos a otros, corre el peligro de ser desfigurada involuntariamente. Fijemos, pues, los rasgos salientes de la leyenda, controlando las exageraciones de los foliculários con las revelaciones de los que estuvieron en la intimidad de los sucesos. El matrimonio de San Martín con Remedios de Escalada fue un ruidoso acontecimiento social. El uno, era un "soldadote" —como afectuosamente le llamaban los que de cerca le trataron—, es decir, un militar cuadrado que sólo había vivido en los cuarteles y los campos de batalla; la otra, era una dama delicadísima, hija mimada de un padre poderosamente rico, y que la sociedad de entonces consideraba como una joya verdadera por su educación, sus sentimientos y su belleza. Era la unión ideal de Marte y de Venus, pero la Venus casta e impecable. La carrera de San Martín poco lugar dejaba a las dulzuras del amor. Su destino le vedaba los en-

cantos del hogar tranquilo y de los goces exclusivos de la familia. Sus soldados estaban quizá más cerca de su corazón que los miembros de su propia casa: y en esto no ha constituido excepción a la historia de los grandes guerreros de todos los tiempos, los que han lastimado inflexibles el corazón de quienes de su cuello se abrazaran.

Sin embargo, la hija que nació de esa unión dominaba por completo la ternura del corazón de acero de aquel padre. Había hecho que su mujer viniera a reunírsele a Mendoza, durante la larga residencia que le requirió la preparación del ejército con que debía vencer en Chacabuco y Maipú. La señora Remedios hizo el viaje —¡y qué viaje atravesar la pampa inconmensurable de Buenos Aires a Mendoza!— en la clásica "galera", acompañada de doña Encarnación Escalada de Lamson y de doña Mercedes Alvarez de Segura. En Mendoza, su casa fue pronto el centro de la vida social de la ciudad, y sus salones se vieron concurridos por lo más granado de los hombres civiles y militares que gravitaban alrededor del astro mendocino. Sólo la había acompañado de



Mausoleo del general José de San Martín, en la catedral metropolitana de Buenos Aires.

ésta, como regalo especial de su amante padre, don Antonio de Escalada, una bellísima esclava, la mulata Jesús.

La esposa de San Martín, gracias a la simpatía que inspiraba y a su tacto, realmente superior, ayudó a su marido de manera eficaz, eliminándole obstáculos, suavizándole resistencias y calmando las irritaciones del amor propio de muchos, más de una vez heridos por el proceder inflexible del gran capitán. Este no conocía los circunloquios, sino que reprendía sin consideración y castigaba sin misericordia: llenos están los archivos de las notas, secas y severas, en que separaba del ejército oficiales distinguidos... "por díscolos". La señora Remedios, con la penetración finísima de una matrona delicada, suavizaba en lo posible las asperezas del marido, evitaba los excesos de su severidad, y más de una vez fue la providencia de oficiales que veían cortada para siempre su carrera por causa de una falta pasajera, y a veces, leve. Era, pues, muy popular y muy querida. Matrona hasta la punta de los dedos, imponía respeto al más osado y, en medio de una ciudad convertida en cuartel, su figura hermosísima y pura hacía el efecto de aquellas diosas antiguas que retemplan el ardor y conquistan la veneración de las gentes, paseando su persona inmaculada en medio de las máculas inevitables de todo campamento.

Se realiza, por fin, la soñada campaña. Chacabuco y Maipú hacen inmortal el nombre de San Martín. Necesita éste venir rápidamente a Mendoza, siempre en busca de elementos para consolidar sus triunfos. La voz pública decía que seguiría hasta Buenos Aires, para conferenciar allí con Pueyrredón... De repente, levanta su casa de Mendoza, envía a la capital, con una escolta de 25 hombres, a su esposa, acompañada de algunas amigas fieles, como la que fue señora de Lawson, dejando todo arreglado para partir por el próximo correo. En Buenos Aires se le esperaba con entusiasmo, y su esposa fue recibida con agasajos extraordinarios: hasta los poetas de la época le dedicaron quintillas... pero San Martín no vino: cambió aparentemente de resolución y regresó a Chile. Escribió diciendo que los sucesos de ultra cordillera hacían allí indispensable su presencia, y volvió a Santiago, a fin de preparar la expedición al Perú.

Y así pasaron dos años. ¿Qué había sucedido? Coincidió la brusca partida de doña Remedios con una violenta resolución de San Martín, que hirió a dos oficiales de mérito, relegó a Mendoza a Murillo y Ramiro, alejándolos del teatro de la guerra; y agrega la crónica que aquella medida fue acompañada de tales aditamentos —la rapadura de ambos, entre otros— que les quedaron agraviadísimos, y ello quizá explica el porqué, más tarde, se sublevó Murillo con el famoso "1º de Cazadores de los Andes". La murmuración coetánea quizo explicar aquella violencia, que se ejercía justamente con dos brillantes y hermosos oficiales, por haber sido éstos tertulianos infaltables a casa de la señora de San Martín; y se atribuyó a intrigas de aquella esclava mulata antes recordada, que San Martín diera oídos a la calumnia de que aquellos subalternos se hubieran atrevido a galantear a su esposa. Nada más lejano de la verdad: ni sombra de duda puede caber al respecto.

¿Prestó realmente oídos San Martín a la baja calumnia? No es posible creerlo; por lo menos, no se conoce documento alguno que dé pie a ello. Se cita, es cierto, un párrafo escabroso de una carta suya a Pueyrredón, pero no puede interpretarse esa frase, un tanto soldadesca, sino como una broma de sal gruesa y de cuartel. El libelo correntino antes citado pretende, sin embargo, que se le atribuía esa idea, y que por ello decretó la separación de su esposa y mantuvo inflexible tal línea de conducta hasta la muerte de aquélla. No la volvió a ver, en efecto. Pero más probable es que, parodiando la debilidad de Otelo, prestara oídos al veneno de la esclava Jesús, que representó el papel del ruin Yago. Por otra parte, los libelistas de la época van más allá; pretenden que recompensó a la Jesús hasta el punto de que de ella tuvo un hijo, gallardo mulato cuya sorprendente semejanza con San Martín ha sido familiar a la población de Lima, donde ha muerto hace poco, y donde residió por haber seguido a su madre al ejército expedicionario desde Chile al Perú. Ha sido realmente voz pública en la ciudad del Rimac que aquel mulato era bastardo del héroe: lo único que puede decirse —contemplando su retrato, que aquí mandó un diligente investigador, el peruano Domingo de Vivero— es que la semejanza, si casual, era maravillosa. Por supuesto, si desliz hubo, fue pasajero; San Martín alejó de sí a la mulata, y en Lima ni siquiera pudo acordarse de ella, interesado como estaba en galantear a la seductora Rosa Campuzano para arrancarle los secretos de los generales realistas, que la habían hecho su Egeria.



Tabaquera de San Martín, que se conserva en el Museo Histórico Nacional.

San Martín contrajo matrimonio con Remedios de Escalada cuando estaba en pleno período de instrucción de sus Granaderos en el cuartel de Retiro.

SAN MARTIN Y SU MUJER

La leyenda de la mulata y su hijo, por otra parte, se encuentra implícitamente rebatida por este solo hecho: cuando San Martín vino a Buenos Aires, hizo grabar, en la tumba de su esposa, esta sentida inscripción: "Aquí yace Remedios Escalada de San Martín, esposa y amiga del general San Martín". ¿Cómo conciliar ese homenaje póstumo con el resentimiento que se le atribuye y que aparentemente justifica su alejamiento sistemático? ¿Era acaso arrepentimiento? No: era el testimonio del cariño profundo, pero rudo, del guerrero que, sin quererlo quizá, no dejó de ser "soldadote", como afectuosamente se le denominaba...

El hecho es que, en 1824, los acontecimientos habían trastornado un poco la posición de fortuna de la familia de Escalada; pero la llegada de D. Bernabé, que traía de Filipinas una cuantiosa fortuna, convirtió a éste en el centro de la familia. Pues bien: D. Bernabé Escalada —habitando la quinta patronímica, que fue después de Bunge y más tarde de Navarro Viola— no simpatizaba con San Martín, y, al anuncio de su viaje, anunció a la familia su resolución de no verlo, significando que todos los que lo estimaran deberían hacer lo mismo. Tal indicación fue una orden. El vacío que hizo alrededor del héroe la familia de su esposa fue, pues, absoluto: sólo el general D. Manuel se atrevió a visitarlo. Y San Martín se sintió tan sorprendido que ni siquiera reclamó personalmente su hija, que estaba en poder de la abuela, sino que la hizo pedir por interpósita persona; se embarcó silenciosamente con ella y, para demostrar su agradecimiento al general Manuel Escalada, lo dejó como apoderado para la gestión de sus pocos intereses...

Hasta su muerte guardó San Martín la impresión profunda que le produjeron el desvío de sus conciudadanos y el desaire de su familia. Cuando, diez años más tarde, vino a ésta su hija Mercedes, ya casada con Balcarce, fueron tibias las relaciones con la familia materna, con excepción de la del tío. Y, hasta su muerte, guardó San Martín el silencio más profundo respecto de este incidente de su vida.

¿Por qué se preocupó de él la posteridad? Sencillamente porque cambió el destino de aquel grande hombre, porque lo alejó del país y privó a éste de la justa influencia y de los sesudos consejos del héroe.

Si San Martín hubiera estado en armonía con su esposa y en íntimo consorcio con la poderosa familia de ésta, la sociedad de Buenos Aires le habría abierto los brazos, lo habría retenido en su seno, ¡y quién sabe cuán diversos hubieran sido los destinos posteriores de la patria! Aquella influencia ponderadora del gran capitán de los Andes se perdió para su país justamente cuando le hubiera podido ser útil. Un acontecimiento nimio decidió lo contrario; tal, en el curso torrentoso de ciertos ríos, sucede con un árbol cualquiera que cae en su cauce: el río se desvía, tuerce su curso gracias al embancamiento que se forma alrededor del árbol caído.◆

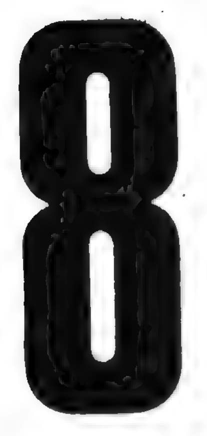


Puerta de la casa donde murió el Gral. San Martín, en Boulogne-sur-Mer.



Sepulcro de Da. Remedios Escalada de San Martín, en la Recoleta. San Martín mismo hizo colocar la inscripción.

LAS GRANDES REVOLUCIONES DE LA HISTORIA



VOLUMENES

Elegante y sólida encuadernación. Cada tomo contiene interesantes ilustraciones. Por primera vez traducidos al castellano, cinco trabajos históricos de valor excepcional.

El conocimiento histórico no es nunca un conocimiento vacío y sin aplicación. Las verdaderas revoluciones, que señalan las grandes transformaciones, serán la guía para la comprensión de los hechos sociales pasados.



LA REVOLUCION FRANCESA
de Bernardo Fay

LA REVOLUCION INGLESA
de I. Deane Jones

LA REVOLUCION MEXICANA
de Charles Curtis Cumberland

LA REVOLUCION NORTEAMERICANA
de George Otto Trevelyan

LA REVOLUCION RUSA
de William Henry Chamberlin

Estos estudios permitirán el acrecentamiento del *sentido histórico*, que además de hacernos tomar conciencia del acontecer que nos empuja y en cierto modo nos determina, nos asegura la forma de evadirnos de los falsos profetas que pronostican revoluciones allí donde hay cambios solamente, y viceversa. El lector común y el estudioso no verán en estos trabajos reflexiones moralizantes ni tendencias fácilmente detectables, sino toda la complejidad del proceso histórico, referida con lucidez y limpieza.



EDITORIAL ORIENTE S. A.

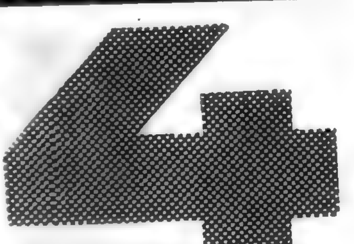
JUNIN 558, PISO 1º • T. E. 46-0966 y 45-0873 • BUENOS AIRES

Agradeceré informes acerca de "LAS GRANDES REVOLUCIONES"

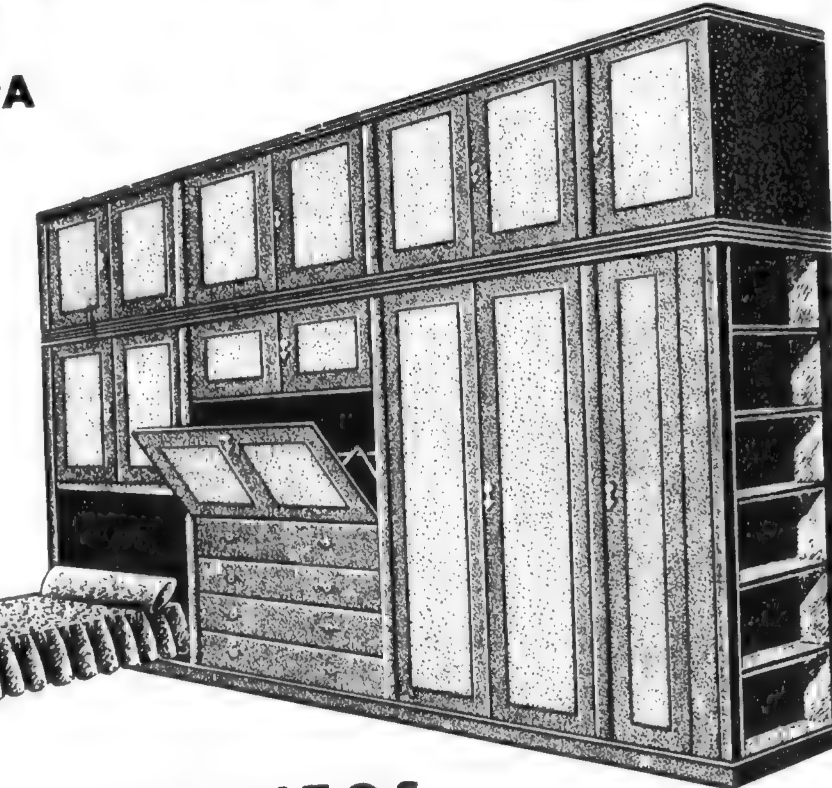
NOMPRE Y APELLIDO ....

DIRECCION .... LOCALIDAD ....

PROVINCIA .... FF. CC. ....



SOLUCIONES CON EL GRAN FUNCIONAL



GUARDARROPA CAMA BIBLIOTECA BAR

Este estupendo mueble cumple integralmente con las fundamentales necesidades del habitat.

Pero... si lo desea, cualquiera de los tradicionales modelos AMPLACARD, pueden estar dotados, separadamente, de estos 4 elementos TAN VENTAJOSAMENTE FUNCIONALES.

VARIEDAD

- En blanco o lustrados.
- Pintados al tono de su elección.
- Tapizados con telas vinílicas Carpenter formando hermosos paneles
- Divisores de ambiente, guardarropas por un lado; bauht, bar y biblioteca por el otro.
- Con super-cama extensible en su interior.
- Decorados al estilo Luis XVI.
- 60 medidas standard o proyectos especiales.

CREDITOS EXCEPCIONALES

Todo AMPLACARD lleva en su interior la chapita que lo identifica.

AMPLACARD®

ENVIENOS ESTE CUPON Y RECIBIRA GRATIS MATERIAL ILUSTRATIVO Y UNA HERMOSA AGENDA PARA USO PERSONAL

AMPLACARD

NOMBRE ....

CALLE Y Nº ....

LOCALIDAD ....

PROVINCIA .... F.C. .... D.D. 6

Para Concesionarios dirigirse a CORPORACION INDUSTRIAL ARGENTINA San Luis 3123 - Buenos Aires

EL PASO DE LOS ANDES

Grande fue San Martín en Chacabuco y en Maipú, pero es posible, y hasta probable, que antes y después de él haya habido genios de la guerra, iguales y tal vez mayores. El duque de Alba, en Mühlberg; el duque Filiberto de Saboya, en San Quintín; Condé, en Rocroi; Pedro el Grande, en Poltava; el general Gates, en Saratoga; Napoleón, en Austerlitz y en Jena; Wellington en Talaveras, en Los Arapiles y en Waterloo, para sólo citar los grandes estrategas y las grandes batallas anteriores a San Martín y a sus triunfos militares en Chile, parecen estar en el mismo plano de grandeza. Sólo los peritos en estrategia militar podrán decir quién fue más y quién fue menos.




por
Guillermo
Furlong
S. J.

EL PASO DE LOS ANDES

Pero en la acción militar de San Martín hay algo que no tiene igual, ni antes ni después de él, y es el haber cruzado la cordillera de los Andes, al frente de un ejército de 5.423 hombres, con todos los pertrechos, municiones y vituallas, habiendo tenido la mayor parte de la tropa que ascender hasta los 5.000 metros de altura.

Sólo quien haya cruzado la cordillera, en tren o en auto, puede formarse alguna idea de lo que fue el cruzarla en 1817, ya que para aproximarse a la realidad de entonces, es menester eliminar, mentalmente, la amplia carretera que hoy existe; es menester suprimir la mayoría de los puentes, y el túnel, de que se valen, así los trenes como los autos, para acortar distancias y evitar terribles ascensos y descensos. En 1817 nada de eso había. La carretera no era tal; sólo era un camino, de treinta a cincuenta centímetros de anchura, desigual y pedregoso. Era un camino de mulas, y había que viajar con la lentitud de esos animales.

Los caminos no eran caminos, ya que no merecen ese nombre los que tuvo que recorrer San Martín con todo su ejército; sólo eran huellas empinadas y tortuosas, senderos de cornisa, por los que no podía pasar vehículo alguno y todo era conducido a lomo de mula. Hoy como otrora, los caminos tipo cornisa constituyen el 60 por ciento de la ruta trasandina, a lo menos en territorio argentino, pero si hoy esos caminos tienen una amplitud de tres y aun de cuatro metros, en 1817 su anchura apenas llegaba, en los pasos mejores, a un metro.

Véanse algunos testimonios de viajeros, anteriores y posteriores a 1817. Diego de Rosales, escribía a mediados del siglo XVII "que el camino del Aconcagua es el más usado, pero de subidas altísimas y laderas donde apenas cabe el pie de la cabalgadura, y en discrepando un poco, cae en horribles profundidades y ríos arrebatados y de grandes piedras".

Un siglo más tarde, a mediados del XVIII, escribía Pedro Lozano que para cruzar la cordillera sólo hay "una senda en que apenas caben los pies de una mula, a cuyos lados se ven, de la una parte, profundísimos precipicios, cuyo término es un río rapidísimo y, de la otra, peñas tajadas y empinados riscos, en donde, si tropieza la cabalgadura, cae volteando, despeñada hasta el río. En partes del sendero no se puede uno fiar de los pies de la bestia, ni aun apenas se camina seguro en los propios, por ser las laderas tan derechas y resbaladizas, que pone grima el pisar en ellas".

Roberto Próctor, que cruzó la cordillera en 1823, seis años después que San Martín había hecho arreglar los caminos y aun abrir algunos nuevos, refiere cómo en algunos puntos, y por espacio de algunas yardas, la senda no tenía más de quince o diez y ocho pulgadas de ancho. Mayer Arnold, que cruzó la cordillera años más tarde, se refiere a "las cortaderas o pasos con sendas tortuosas de una vara más o menos de ancho, sobre la falda de un monte de greda y ripio".

Si San Martín ordenó arreglar los caminos, como escribe Próctor, suponemos que ese arreglo se reduciría a hacer desaparecer el ripio, barriéndolo hacia el abismo que siempre sigue a los caminos-cornisa, no sólo molesto para el tránsito de los hombres y de las bestias, pero hasta peligroso para éstas y para aquéllos. Otro tanto debieron de hacer en los lechos guijarrosos de ríos secos y en los pocos caminos del valle o en plano bajo, ya que todos estos son inmensos pedregales, que si no impiden, ciertamente obstaculizan el tránsito.

Notemos, antes de proseguir en esta lucubración, que la voz "paso" es muy inexacta, ya que no hay pasos en la cordillera. si por pasos se entienden abras, callejones o desfiladeros más o menos planos, entre montes, más o menos ingentes. Existen sí desfiladeros. pero no es dado transitar por ellos, esto es, no en el fondo sobre suelo firme y seguro, sino en las alturas y por caminos abiertos a pico, entre los cien y los quinientos metros de altura sobre el fondo de las cortaduras o lecho de los ríos. Tanto si se va por Uspallata, como por Los Patos, que son los caminos más viables, y fueron los elegidos por San Martín, sólo hay como un décimo del trayecto, donde se va en las bajuras y no en las alturas.

Llevar un ejército de 5.423 hombres, con 9.280 mulas, 1.500 caballos y 16 piezas de artillería, además de sobrestantes, anclotes, vituallas, forraje y municiones, por tales sendas y con todas las dificultades causadas por la estrechez e inseguridad de las mismas, a las que hay que añadir la falta de agua, en unas ocasiones, el exceso de agua en otras, los intensísimos fríos de noche, y aun en pleno día, el mal de montaña o soroche, la falta de pastos para el ganado y de leña para hacer fuego y para disponer el rancho, etc., etc., y todo esto, no por espacio de uno o dos días, sino por espacio de veinte días, es algo superior a toda ponderación. Es una hazaña que raya en la esfera de lo impracticable, de lo imposible.

El dicho del poeta tiene aquí su más plena aplicación: "El solo atreverse, es heroísmo". Aun el viajero de nuestros días que está por cruzar la cordillera, siente un justificado temor al iniciar la travesía y lo siente, y asaz fuertemente, en muchos momentos de la misma. Repetimos lo que escribimos otrora, describiendo nuestro viaje a Chile, desde Mendoza: "Por camino seguro y bien pavimentado, enfilamos hacia Villavicencio, donde habíamos de internarnos en el corazón mismo de la cordillera. Mendoza está a 761 metros de altura sobre el mar, y al llegar a las montañas que rodean a las célebres termas, ya estábamos en los 1.200 y asomaba el sol sobre las cumbres, que dejábamos debajo de nuestra ruta. Nuestro auto, cual si fuera un felino que huyera despavorido, saltando cuestas, que es algo más bravo que saltar matas, o como si fuera un acróbata que desplegara sus habilidosas contorsiones, ascendía con vertiginosa rapidez hacia las nieves eternas, mientras allá abajo, quinientos, mil metros debajo, veíamos los rojos techos del Hotel Villavicencio. Nada extraño es que la mayoría de los viajeros sea presa de vivas emociones al contemplar cómo se suceden los abismos al lado del camino. Los abismos y las repentinas curvas. A cada momento se ve cómo el

camino parece concluir y el coche va a rodar al precipicio, pero, al llegar a la meta temida, el chófer toma la curva. En medio de la inquietud que se apodera de todo viajero, pensamos más de una vez en la bravísima ascensión del general Las Heras, que recorrió esta misma ruta, y la tropa que le acompañaba".

Pero si hoy día los ascensos y descensos de rápido declive, y las curvas y los recodos, de rápido pronunciamiento, embargan los espíritus, es de presumir el efecto que producirían sobre los que viajaban con anterioridad a la apertura de la carretera actualmente existente.

El ya citado Lozano, que había cruzado la cordillera a mediados del siglo XVIII, pudo decir con toda verdad que "la inmensa altura de estos disformes montes parece competir con el cielo. Ni Pirineos, ni Alpes, ni otros de los más elevados montes que sabemos, pueden correr pareja con ellos y quedaría vanaglorioso el Olimpo tan celebrado, de merecer le admitiesen por competidor. No parece sino que unos montes han sido sobrepuestos a otros montes, siendo aquí realidad ejecutada por el Soberano Autor de la Naturaleza, la fábula soñada por los poetas en los de Pelión y de Osa. Cuatro días se gastan en subir a la cumbre más alta, de lo que propiamente se llama cordillera, y se cree pasar la esfera de la media región del aire, donde el viento es ya tan sutil y delicado que con dificultad basta para la respiración, y fuera de respirar más aprisa y con mayor vehemencia, es diligencia forzosa aplicar pañizuelos a la boca, o por dar más cuerpo al aire, o para templar su frialdad demasiado, y atemperarlo de modo que no se sofoque el corazón humano".

Rosales, ya citado, está en lo cierto al decirnos que la cordillera es como "una muralla de soberbios montes amontonándose unos sobre otros, de tal arte, que el primero sirve de escala o de grada para el segundo, hasta subir a tan grande altura que sobrepuja con mucho las nubes... y son en su comparación niños o pigmeos los Alpes, los Pirineos y Apeninos de Italia y otros gigantes de soberbia grandeza".

Pero nada arredró a San Martín. Nada de eso le arredró, pero todo esto le conturbó. El mismo lo escribía así a Tomás Guido, en carta del 14 de junio de 1816: "Lo que no me deja dormir, es no la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes".

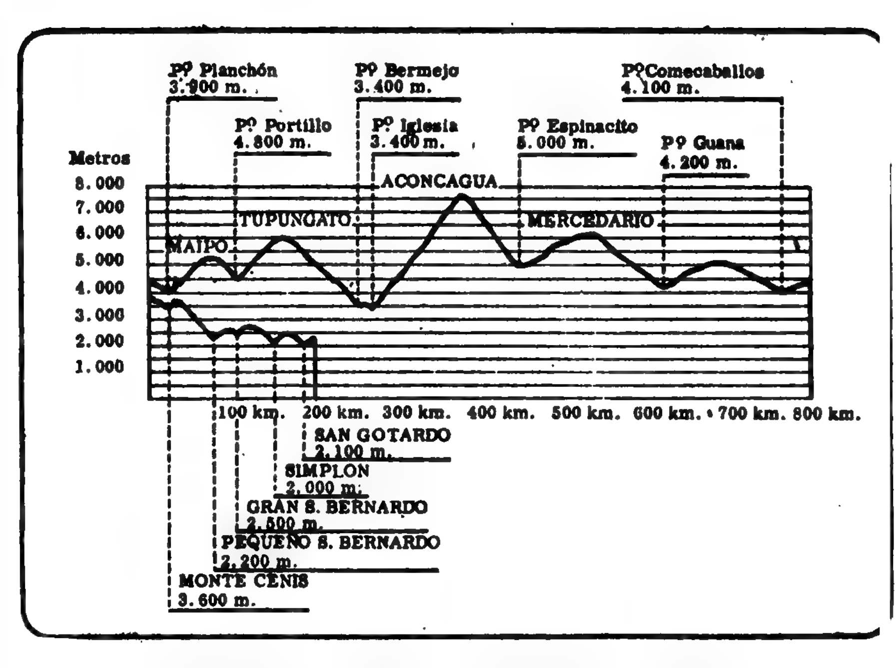


Gráfico comparativo del paso de los Andes por San Martín y del paso de los Alpes por Napoleón Bonaparte.

El camino, así por Uspallata como por Los Patos, supone el cruzar cuatro cordilleras, con otros tantos empinados ascensos y otros tantos precipitados descensos, casi siempre por rutas, hoy discretamente anchas, pero otrora, inconcebiblemente estrechas. Pero no era el camino, aunque tan abrupto y rebelde, tan traidor y falso, la única dificultad que hubo que vencer el gran soldado de la Patria.

Estaba también la falta de agua. Singular paradoja: abunda el agua en la cordillera, y es precisamente, costeando ríos de buen caudal y de excelente calidad, que se hallan los caminos, y, no obstante, no hay agua, o sólo la hay en contados puntos. Es que en la Cordillera, sobre todo del lado argentino, tiene lugar el tormento de Tántalo: estar al lado, a pocos metros, de abundante agua y no poder beberla. La razón es muy sencilla: entre la senda que lleva el viajante y el río, hay 100, 200, 500 o más metros de montaña tan perpendicular que no hay cómo bajar, y en caso de bajar, no hay cómo subir otra vez. Si no es en alguno que otro punto, donde el río y camino se encuentran a igual, o casi igual nivel, no hay que pensar en utilizar el agua del río Mendoza, si se hace el viaje por Uspallata, o el agua del Río de los Patos, si se toma la otra ruta principal.

San Martín conocía esta realidad y por eso reguló las jornadas según hubiese, o no, posibilidad de agua. He aquí algunas líneas del itinerario a seguir, por el grueso del ejército: "1ª jornada... con monte y agua a una legua, antes de la parada; 2ª jornada... sin agua alguna; 3ª jornada... con agua dos leguas antes, en el carrizal; 4ª jornada... sin agua en toda la tirada; 5ª jornada... poca agua; 6ª jornada... sin agua; 7ª jornada... sin agua toda (la jornada); 8ª jornada... con agua, etc.

Haciendo la travesía por jornadas, según los sitios donde había agua para saciar la sed de 5.000 hombres y de más de 10.000 bestias, quedaba eliminada una de las dificultades más grandes.

No hay agua, sino en contadas ocasiones, pero no hubo entonces, ni hay al presente, pasto alguno adecuado para las bestias, ni leña alguna para los fogones, fuera del valle de Uspallata y del Valle Hermoso, en los que el ejército podía estar acampado durante algunos días. En todos los restantes nada podría hallarse a uno y otro fin, ya que el clima desértico de la cordillera hace que ésta sólo ofrezca rocas, desnu-

EL PASO DE LOS ANDES

das de toda vegetación, y valles cubiertos de inmensos pedregales. En la aridez de las laderas sólo se ve, de vez en cuando, unos arbustos espinosos y retorcidos, entremezclados con pastos duros que hasta los 4.000 metros constituyen el tapiz vegetal como estepa arbustiva. A excepción del valle de Uspallata y del Valle Hermoso, no había que pensar en hallar forraje para los animales, si bien en algunos puntos existía y existe el pasto puna, gramínea tan dura como poco digerible.

Fue pues, necesario llevar a lomo de mula, todo el necesario forraje para alimentar las 10 mil bestias durante unos veinte días. Desgraciadamente no se llevó el suficiente, puesto que no pocas mulas, que eran sin duda las peor alimentadas, desfallecieron de puro flacas. Así lo manifestó el mismo Beltrán, a cuyo cargo corría el acarreo de la artillería. **"Estoy sin mulas, decía, porque con el trabajo se caen de flacas"**.

Otro producto de primera necesidad, del que se debió llevar la necesaria cantidad, fue la leña, para hacer fuego y disponer el rancho de cinco mil hombres, y ahuyentar el intenso frío de las noches, aunque en esto segundo hubo poco gasto, por cuanto, en no pocas ocasiones, se llegó a prohibir el hacer fuego por el peligro de que sirviera de guía a los espías enemigos. Próctor recuerda cómo no es posible hallar arbustos algunos con qué hacer fuego, y que la manera, usada por los arrieros, consistía en juntar cantidad de bosta seca de mulas, que siempre había en las sendas. El día en que las fuerzas de Las Heras se aproximaron a la cumbre, y a ella ascendieron en la oscuridad, por temor a ser sorprendidos prohibió ese general el que se encendiera fuego, aun para preparar los alimentos. La tropa sólo pudo contar con una ración de galleta y una porción de vino. Gracias a las aguadas que se pudieron utilizar, y gracias a la leña de que iba provisto el ejército y a la bosta que había en los caminos, sobre todo en los puntos más amplios de los mismos, usados como corrales, el ejército cocinaba de ordinario su rancho.

Todos los comestibles fueron traídos desde Mendoza por la misma tropa a lomo de mula, o en las mochilas, y condimentados con grasa y ají picante. Con la sola adición de agua caliente y harina de maíz tostado se preparaba un potaje tan agradable como sustancioso. Sobre las mulas cargueras iban 3.000 arrobas de charquizán, además de galletas de harina, maíz tostado, vino, aguardiente, ajos y cebollas. Estos últimos tubérculos eran para combatir la puna o soroche. Las provisiones de 15 días, para 5.000 hombres, ocuparon 510 mulas y las cargas de vino para ración diaria, 113 mulas. Según Miller, el número de reses en pie, vacunos todos ellos, llegaba a 463.

En las zonas cercanas a la cumbre, los días, según las horas y según la ubicación en que se encuentra uno, son muy calurosos o muy fríos, y las noches son frigidísimas siempre, así en las proximidades de la cumbre, como lejos de ella. En enero de 1949, pudimos escribir que **"los días cordilleranos son fríos y las noches frigidísimas, pero no tanto como en Los Paramillos, por donde se pasa antes de llegar a Uspallata, y como en Las Cuevas, por donde se pasa después. Los viajeros, que íbamos en el coche, nos abrigamos al salir del mismo, en estas dos localidades, y, no obstante el abrigo, volvimos bien pronto a encerrarnos en el vehículo"**, a causa de la destemplada temperatura.

A quince y veinte grados bajo cero llega el frío en algunas noches de verano, y aun en pleno día, como en aquel en el que pasamos por Las Cuevas, había bajado a —2°. A las siete del día anterior, según se nos informó, la temperatura había sido de —9°. ¡Y pensar que toda la tropa, desde San Martín hasta el último soldado, tuvieron que dormir a lo arriero, no una, sino muchas noches, usando por cama la montura, el poncho y el jergón, y todo ello sobre el duro suelo! La nieve que indefectiblemente cayó sobre ellos algunas noches, fue un reconfortante, como suele acaecer, y la escena matutina debió de ser singularísima en esas ocasiones, ya que el frío más intenso es el de las primeras horas de la mañana, y todos los bagajes, cargas y armas estarían cubiertos de nieve, y las aguas y demás líquidos estarían helados, y los animales ateridos de frío.

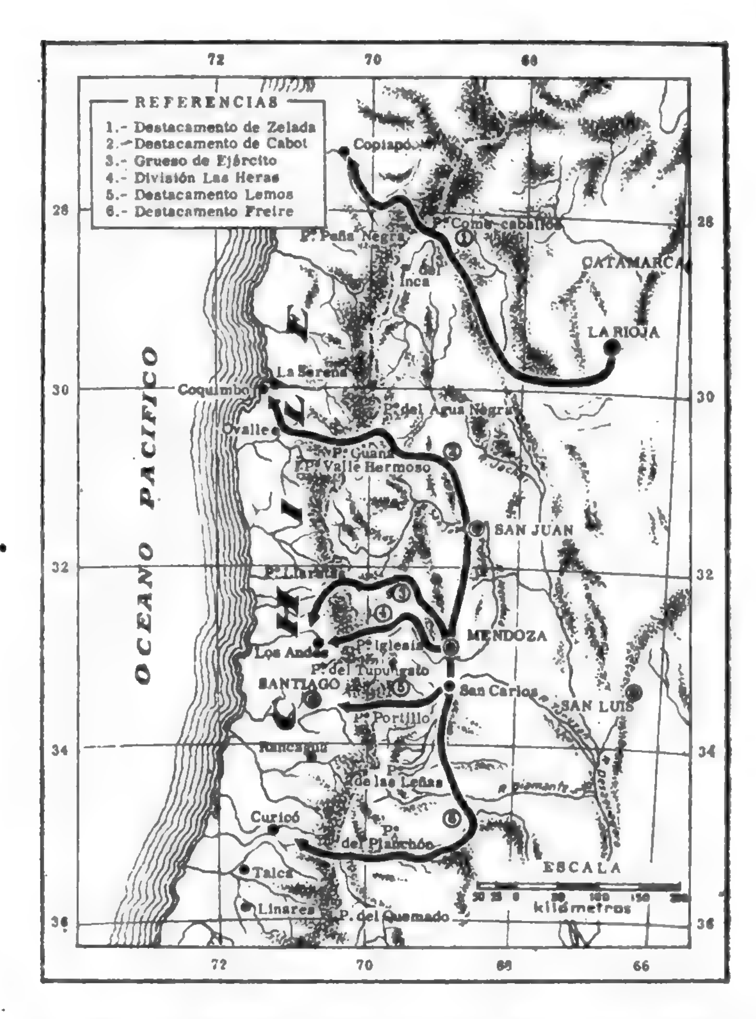
Erick Krumm, que en 1938 recorrió el camino seguido por San Martín, describe lo que era el dormir y despertarse: **"Lo que más pena daba era el ver a los animales husmeando en la nieve, en busca de pasto, con las 'velas' de hielo colgándoles de las crines, de la cola e incluso de las pestañas. La nevada continuaba hasta alcanzar en algunos lugares a los 30 centímetros"**.

Para defender a sus soldados contra el frío, adoptó San Martín dos medidas extraordinarias: el proporcionar a la tropa zapatos, que abrigaran bien los pies, y el distribuir a la misma buena cantidad de alcohol, que les llevara calor al organismo. No olvidó proveerlos de ponchos forrados y muy abrigadores, pero creyó que lo más importante era un buen calzado, así para caminar por caminos pedregosos, como para defenderse del frío. Con los desperdicios de cuero de las reses, hizo construir tamangos o zapatones altos y anchos, y los hizo forrar interiormente con trapos y lana. En su bando del 17 de octubre de 1816, ordenando recoger trapos de lana para forrar los tamangos, manifestaba San Martín que ello era necesario **"por cuanto la salud de la tropa es la poderosa máquina que bien dirigida puede dar el triunfo, y el abrigo de los pies es el primer cuidado"**.

No obstante todos estos medios, es indecible lo que debió sufrir la tropa, sobre todo los hombres no acostumbrados a climas fríos. Digamos que también se proveyó de protección a las bestias, contra las inclemencias andinas. Proveyó a caballos, mulas y vacas de la llamada enjalina chilena o abrigo forrado en pieles. Desechó los forrados de paja, por el peligro de que las bestias los comieran, por falta de otra alimentación.

Como puede colegirse de todo lo dicho, aquellas veinte o más noches cordilleranas debieron ser atrozmente terribles, y es posible que más de un soldado hubiera desertado, si la soledad,

LAS SEIS EXPEDICIONES MILITARES



Las rutas de invasión de Chile por la cordillera: el gráfico da una idea de la proyección geográfica del plan de San Martín.

Como es sabido, fueron seis las rutas de invasión, dos primarias y cuatro secundarias. El grueso del ejército o columna de Soler tomó la ruta llamada corrientemente de Los Patos. Abrió la marcha desde el Plumerillo el 19 de enero, tomó por Jagüel, Yalguaraz, Río de los Patos, salvó el alto cordón del Espinacito por el paso homónimo, situado a 5.000 metros. El 2 de febrero inició el paso de la cadena limítrofe por el Paso de las Llaretas.

Esta columna tropezó con las mayores dificultades, pues fue preciso escalar cuatro cordilleras. La división de Las Heras siguió por el camino llamado de Uspallata y el valle del río Mendoza; tras de librar las acciones parciales de Picheuta y Potrerillos atravesó el cordón limítrofe por los pasos de Bermejo e Iglesias el día 1º de febrero. El 8, dando curso a las precisas instrucciones recibidas Las Heras entraba triunfante en Santa Rosa, quedando establecida, en la misma fecha, la reunión con la división principal que el día anterior había salido victoriosa en la acción de Las Coimas.

Para operar contra la provincia de Coquimbo partió de Mendoza un destacamento a las órdenes del teniente coronel Cabot; en San Juan fue reforzado con una partida de ochenta milicianos.

La división de Cabot, tomó por Talacasto, Pismanta y escaló la mole andina por el paso de Guana. Luego de promover la insurrección en aquella región trasandina y arrollar a sus oponentes, el 15 de febrero entraba triunfante en Coquimbo.

Por el extremo norte, el ejército de Belgrano cooperó, destacando un contingente de ochenta milicianos y cincuenta infantes dirigidos por Zelada y Dávila.

El 5 de enero salieron de Guandacol, desde donde pasaron a Laguna Brava, efectuando la travesía de la cordillera principal por el paso de Come-Caballos; sorprendiendo a las avanzadas realistas, el 13 de febrero, Copiapó caía en poder de los patriotas.

Con un pequeño contingente, el capitán Lemos debía invadir por el camino del Portillo; sus instrucciones le prevenían **"proporcionar las marchas en términos que el 4 de febrero antes de romper el día, quede sorprendida la guardia de San Gabriel, en el camino del Portillo"**, y era su objeto **"hacer entender al enemigo que todo el ejército marcha por el Portillo"**.

Salvado este paso, practicó el cruce de la cordillera por el boquete de Piuquenes; las malas condiciones del tiempo le impidieron copar la fuerza enemiga, cual era su propósito y así ésta pudo escapar. Posteriormente, Lemos se reunió con el grueso del ejército.

Finalmente, por el paso del Planchón pasó la fuerza del teniente coronel Freire, quien partió el 14 de enero de Mendoza, siguió por el camino de Luján, San Carlos y San Rafael, llegando el 1º de febrero al paso del Planchón por el que franqueó la cordillera.

EL PASO DE LOS ANDES

gar otra: la puna o soroche que causa graves trastornos somáticos, muchas veces letales. Es un fenómeno terrible, aun en los hombres más sanos, pues unas veces llegan a sufrir desvanecimientos, otras a sentirse asfixiados.

San Martín trató de aminorar las consecuencias de la puna, propinando abundante ajo y cebolla a sus soldados, y facilitando a los atacados el viajar en mula. Escribe Espejo que "toda la infantería iba montada hasta la primera noche de vivac, en el descenso de la cordillera, para precaver o disminuir la fatiga que el soroche produjera en la tropa. No obstante esto, entre los artículos de la proveeduría se llevaban cargas de cebollas, de ajos y de vino para racionar la tropa en las jornadas peligrosas, que la experiencia ha enseñado ser antídotos poderosos que de ordinario precaven el mal o lo curan".

Como es de suponer, ni ese antídoto, ni el hacer que la infantería montara las mulas, salvó a la tropa de los graves males y aun de males mortales que causa la puna. El proveer a los soldados de mulas sobre qué montar, a lo menos en los trayectos más expuestos a la puna, era una buena medida, pero esta medida no fue tan eficiente como podría creerse, ya que suponía el ensillar y desensillar, labor que en las alturas se hace poco menos que imposible para los afectados por la puna. Lo cierto es que, como escribía San Martín a Miller, "la puna atacó a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados".

Bajo los terribles y angustiosos efectos de la puna, aquellos hombres no sólo tenían que ensillar y desensillar; tenían que llevar el peso de su ropa, mochila cargada, armas y municiones, y tenían que cargar con parte del menaje de cocina, y tenían que conducir las arrias de mulas y las recuas de ganado, y tenían que llevar a pulso, unas veces y, sobre zorras, otras veces, ya subiendo con cabrestantes, ya bajando por medio de los mismos, los pesadísimos cañones. Eran 500 los milicianos que tenían a su cargo esa labor, pero fue menester que todo el ejército participara en ese acarreo, ya que los vehículos fabricados para el transporte, así de la artillería como de un puente transportable y de los cabrestantes, no sólo resultaron inútiles en dos tercios del camino, sino que el acarreo de los mismos resultaba otra pesada carga.

Había caminos por los que era absolutanente imposible arrastrar la artillería. San Martín no ignoraba esta realidad y así se explica el que hiciera retobar todas las piezas con cueros vacunos, así para que no se deterioraran en las posibles caídas y golpes, como para poder sujetarlas más fácilmente con cuerdas y sogas, y poder llevarlas alzadas sobre el suelo, en los camino estrechos, y para poder descenderlas y subirlas con cabrestantes en los pasos difíciles. Por el camino de Uspallata, el más corto y el menos arriesgado de los caminos seguidos por el ejército de los Andes, se llevaron así 2 obuses de a 6, y 10 piezas de a 4, según refería después San Martín, y nos informa, además, que "eran conducidas por 500 milicianos con zorras y mucha parte del camino a brazo y con el auxilio de cabrestantes para las grandes eminencias", así para subirlas como para bajarlas.

Es imponderable lo que estas operaciones exigían de hombres cansados y fatigados, sobre todo en las cercanías de la cumbre, cuando la puna los tenía a todos ellos, con poquísimas excepciones, desalentados, medio asfixiados, con terribles dolores de cabeza y de oídos, con angustias en todo el diafragma incapacitados de agacharse y aun de subir una pendiente suave, casi plana. A ex-



Batalla de Maipú: San Martín aparece en una pequeña lomada, terminada ya la acción, recibiendo a los prisioneros españoles.

la distancia y el desamparo del yermo, no se lo hubieran impedido. el fenómeno, a haberse realizado, no nos habría de extrañar, ya que aquella vida era humanamente intolerable y el que la soportara un ejército de 5.000 héroes, fue un fenómeno inaudito.

Caminar con suma fatiga durante todo el día y pasar veinte o más noches sin cuarteles, sin carpas, sin techo alguno, hasta sin la más rudimentaria comodidad, en zonas frigidísimas, bajo todas las inclemencias más bravías de los Andes, y todo ello sin una queja, que sepamos, sin una deserción y sin una señal de descontento, es por cierto un hecho único. A todas las dificultades indicadas, hay todavía que agre-

cepción de muy pocos, no eran hombres habituados a esas alturas.

Para cruzar los ríos colmados de agua, fue necesario llevar dicho puente, armarlo y desarmarlo cada vez que se usara. Era un puente de maromas, de una extensión de cuarenta metros, utilizable en todos los pasos difíciles, sobre todo en el cruce de ríos cajones. Los milicianos tuvieron que cargar también con el traslado de dos anclotes. "Se llevaban, escribe Espejo, para suplir las funciones de cabrias o cabrestantes en los grandes precipicios, adhiriéndoles aparejos o cuadernales de toda clase, según los casos".

Espejo indica que no fue necesario usar los anclotes para salvar los cañones, aunque sí para salvar la carga de las mulas, que caían a los abismos menos profundos, pero sabemos por Beltrán que, en las cortaderas, un cañón rodó al abismo y fue rescatado sin otros perjuicios que la ruptura del eje, y que más de treinta cargas fueron igualmente rescatadas.

No nos consta, pero suponemos, que en puntos de ascenso tan marcados como los de Picheuta y Puente del Inca, y en descensos tan vertiginosos como el de Caracoles, si no los anclotes, ciertamente las cabrias debieron de ser sumamente serviciales. Tan empinado es el ascenso hasta la cumbre como precipitado el descenso, una vez pasada la misma. Las ochenta y seis vueltas cerradas en la cuesta de los Caracoles "parecen estrangular el camino entre el abismo y la montaña", y por eso debió ser "penoso el descenso de la columna del general Las Heras". No hay que olvidar que para pasar por el llamado Paso de la Iglesia, tuvo que subir novecientos metros más arriba del túnel que ahora utilizan, así los trenes como los autos.

Cuando se tiene presente este cúmulo de dificultades, muchas de ellas superiores a las más robustas fuerzas del hombre, se llega a barruntar, lo que debió ser aquella empresa sin segundo en los anales de historia argentina y aun americana y universal.

El general Leopoldo R. Ornstein que con tanto saber histórico y militar se ha ocupado del paso de los Andes, ha escrito que "algunos tratadistas han establecido un parangón entre el paso de los Andes con el de los Alpes por Aníbal, primeramente, y por Napoleón después. La similitud es muy relativa, por cuanto difieren en forma muy pronunciada las dimensiones y características geográficas del teatro de operaciones, como también los medios y recursos con que fueron superadas en cada caso ambas cadenas orográficas. Esas diferencias son, precisamente, las que presentan la hazaña de San Martín como algo único en su género".

En efecto: Aníbal cruzó los Alpes por caminos que, ya en esa época, eran muy transitados, por ser vías obligadas de intercambio comercial, y aunque no pueda afirmarse que su transitabilidad fuese fácil, tampoco debe considerarse que pudiera presentar grandes dificultades, puesto que el general cartaginés pudo llevar consigo elefantes, carros de combate y largas columnas de abastecimiento.

San Martín atravesó los Andes por empinadas y tortuosas huellas, por senderos de cornisa, que sólo permitían la mar-

Aunque los contemporáneos no suelen ser los justos apreciadores de las hazañas de los grandes hombres, **El Censor**, en su sección del 20 de febrero de 1817 daba el Post Scriptum o última noticia:

"Ha llegado el correo de Mendoza: toda la Expedición está de la otra parte de las Cordilleras; todas las cartas aseguran que ya debe haber tomado la capital de Santiago, de donde huía el enemigo, cuyos planes han sido desconcertados; nuestro ejército marcha ya cubierto de gloria".

Y en el nº 76, correspondiente al 27 de ese mes y año, bajo grandes rótulos, **"Espléndida campaña de Chile"**, leemos:

"Este interesante suceso es uno de los más brillantes de nuestra historia militar. Una fuerza preparada para resistirnos, por el espacio de más de dos años en un país lleno de toda clase de recursos, es deshecha por una de nuestras divisiones, fatigada por precipitadas marchas sobre las asperezas de unas sierras nevadas y fragosas con una celeridad increíble. Parece que la tropa enemiga era excelente, pero su general no ha manifestado superioridad de talentos. El confiaba demasiado en sí mismo; este es un defecto, que nosotros heredamos, como ha aparecido en varios encuentros. El procede de una noble soberbia, que suele ser infeliz, cuando se pelea contra un ejército de patriotas, bajo la pericia militar de un héroe que, a la frente de los escuadrones, decide las batallas con sable en mano. A las veces un acaso nos arrancó la victoria... Mas no siempre había de obstinarse la fortuna contra el valor y el genio, ni había de confundir siempre las esperanzas más bellas del género humano. Sin duda la causa de la libertad acaba de hacer una adquisición magnífica; un país extenso, sobre manera fértil y hermosísimo, bajo el clima más grato del mundo, bien poblado de hombres robustos, de almas vigorosas y constantes, de espíritus fuertes, y al mismo tiempo dóciles; un mercado ventajoso, puertos en un mar pacífico, plazas fuertes, ricas minas, peltrechos navales, todas las producciones europeas tal vez mejoradas, mezcladas hasta cierto punto con las de la zona ardiente... Lino, cáñamo, maderas, hierro, cobre, plata, oro..., ¿quién puede numerar tantas ventajas y preciosidades?"

Pero el entusiasmo harto fundado del editor se desborda en el número del 6 de marzo:

"Vendrá el tiempo en que esta empresa, ardua y heroica, se ponga en paralelo con el pasaje de los Alpes por Aníbal y Napoleón. Somos nosotros partes muy interesadas para que presumamos decidir con imparcialidad. ¡Cuántas dificultades se han vencido! ¡Cuántos peligros! Llevar 5.000 hombres sobre peñascos, por desfiladeros, por cuestas escarpadas, en montes altísimos cubiertos de eterna nieve; hacer 100 leguas de este camino singular, solitario, y cuyo aspecto inspira horror, sin esperanza de retirada. ¡Cuántos motivos para el asombro! El genio, el valor, el amor de la Patria, el noble anhelo de la gloria lo vencen todo. Los Alpes, los Pirineos, los Andes se han superado: no hay barreras para los héroes".

EL PASO DE LOS ANDES

cha en fila india, imposibilitado materialmente de llevar vehículos y debiendo conducir a lomo de mula su artillería, municiones y víveres, aparte de haber tenido que recurrir a rústicos cabrestantes e improvisados trineos para salvar las más abruptas pendientes con sus cañones.

¿Habría podido Aníbal franquear las cinco cordilleras de la ruta de Los Patos, escalando con elefantes y vehículos los 5.000 metros del paso Espinacito?

Terminemos estas líneas, recordando cómo Vicente Fidel López nos dice que "los escritores alemanes de la escuela de Federico, en una época (1852) en que buscaban ejemplos y lecciones para su ejército, consideraron digno de ser estudiado el paso de los Andes, como un modelo, deduciendo de él enseñanzas nuevas para la guerra", y observa que "la poca atención que, en general, se ha prestado al estudio de la guerra en América del Sur, hace más interesante la MARCHA ADMIRABLE que el general San Martín efectuó a través de la cordillera de los Andes, tanto por la clase de terreno en que la verificó, como por las circunstancias particulares que la motivaron. En esta marcha, así como en la de Suwarof por los Alpes y la de Peerofski por los desiertos de la Turannia (Turquestán), se confirma más la idea de que un ejército puede arrostrar toda clase de penalidades, si está arraigada en sus filas, como debe, la sólida y verdadera disciplina militar. No es posible llevar a cabo grandes empresas sin orden, gran amor al servicio y una ciega confianza en quien los guía. Estos atrevidos movimientos de los caudillos que los intentan, tienen por causa la gran fuerza de voluntad, el inmenso ascendiente sobre sus subordinados y el estudio concienzudo, practicado sobre el terreno, en que van a ejecutar sus operaciones, para llevar un exacto conocimiento de las dificultades que presente y poderlas aprovechar en su favor, siendo su principal y más útil resultado enseñarnos que las montañas, por más elevadas que sean, no deben considerarse como baluartes inexpugnables, sino como obstáculos estratégicos". ◆

COMPARACION DE DOS HAZAÑAS

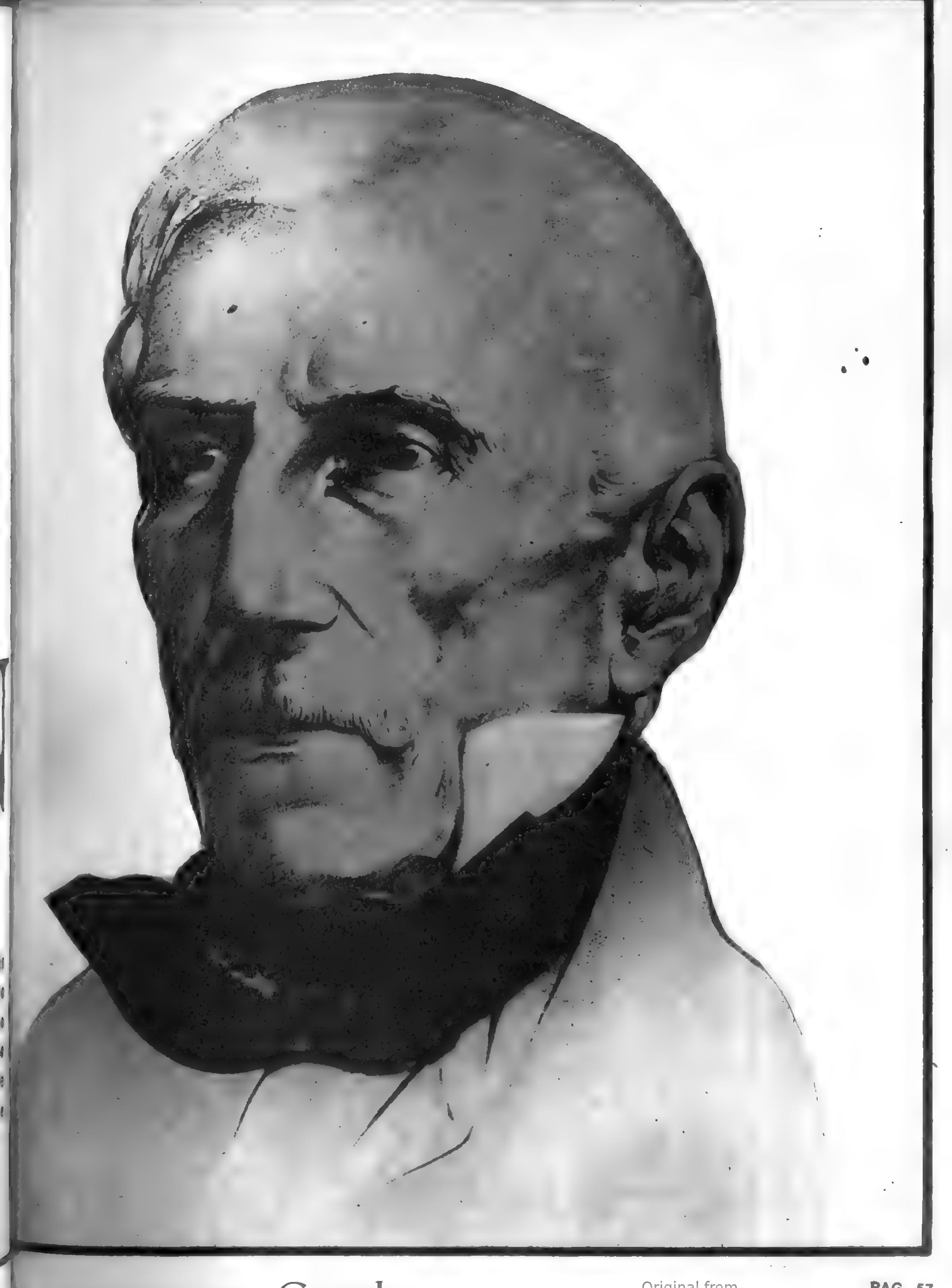
NAPOLEON	SAN MARTIN
Conduce el grueso de su ejército por el Gran San Bernardo, salvándolo a 2.500 metros de altura, con todos sus vehículos y artillería, incluso la pesada.	Conduce el grueso de su ejército por la ruta de Los Patos y traspone 5 cordilleras, de las cuales la más elevada es franqueada por el Espinacito, a 5.000 metros de altura, sin poder llevar ningún rodado.
Acompaña el avance principal con cuatro destacamentos segundarios: Destacamento Thurreau, por el Monte Cenis (3.600 metros). Destacamento Chabrán, por el Pequeño San Bernardo (2.200 metros). Destacamento Moncey, por el San Gotardo (2.100 metros).	Acompaña el avance principal con una división menor y cuatro destacamentos secundarios: División Las Heras, por los pasos Iglesias (3.400 metros) y Bermejo (3.300 metros). Destacamento Zelada, por el paso Come-Caballos (4.100 metros). Destacamento Cabot, por el paso de Guana (4.200 metros). Destacamento Lemos, por el paso Portillo y paso Piuquenes (4.500 metros). Destacamento Freire, por el paso Planchón (3.800 mts.).
Amplitud del frente de operaciones: 160 kms.	Amplitud del frente de operaciones: 800 kms.
Ancho de la zona montañosa alpina: 100 kms.	Ancho de la zona montañosa andina: 350 kms.
Alturas máximas franqueadas. Con el grueso: 2.500 metros. Con destacamentos: 3.600 metros.	Alturas máximas franqueadas. Con el grueso: 5.000 metros. Con destacamentos: 4.500 metros.
Recorridos máximos y mínimos: 280 y 135 kms. respectivamente.	Recorridos máximos y mínimos: 750 y 380 kms. respectivamente.
Recursos: en la zona alpina existían varios centros poblados y valles con producciones diversas.	Recursos: en la zona andina era total la ausencia de poblaciones. Valles áridos sin productos de ninguna clase.

LOS ENEMIGOS DE SAN MARTIN

Por
FRANCISCO
HIPOLITO
UZAL

"Triste cosa es no tener amigos, pero más triste debe ser no tener enemigos. Porque quien enemigos no tiene, señal que no tiene talento que haga sombra, ni carácter que abulte, ni valor que le teman, ni honra que le codicien, ni casa digna y buena que le envidien."

(GRACIAN)





Hablar de los enemigos de San Martín puede saber a irreverencia. Todavía existen resabios de cierta mentalidad congelada en el preconcepto, adscripta tozudamente al panegírico o el denuesto, según la personalidad de quien se trate. Es preciso reconocer, sin embargo, que es hora ya de superar tan poco edificante actitud, porque la historia es una ciencia, y ésta debe servirse, en todos los casos, de la verdad, "dígala Agamenón o su porquero". El tema, a pesar de todo, no deja de resultar escabroso.

San Martín no fue un bronce, ni un mítico semidiós, sino un hombre de carne y hueso como nosotros, con las mismas pasiones que a nosotros nos agitan y, en mayor o menor escala, con nuestras virtudes y con nuestros defectos.

Esto, que parece algo lesivo a la figura del Libertador, resulta todo lo contrario. ¿Qué valor tendrían, el casi inverosímil paso de los Andes, los triunfos de Chacabuco y de Maipú, la expedición marítima, la entrada triunfal en Lima y la fundación de la independencia de los peruanos, llevados a cabo por un ente sobrenatural?

Si los concibió y les dio realidad un ser humano, con los precarios medios que sabemos y las luchas múltiples que tuvo que superar para concretar su empresa, obviamente la conclusión es una sola: se trata de un grande hombre, de un hombre genial, y eso le permitió llegar a ser un prócer de su talla y dejar escrito uno de los capítulos más brillantes de la historia.

San Martín tuvo enemigos. En gran medida, porque las proyecciones triunfales de su personalidad excitaron en algunos de sus contemporáneos —presuntos émulos— esa envidia de que nos habla Gracián, y que con frecuencia yace latente, como un sedimento amargo, en el fondo del corazón humano. Pero acabamos de decir que no fue una divinidad infalible sino un hombre, nada más que un hombre. Como tal, cometió errores, no siempre fue estrictamente justo, y alguna vez gravitaron en sus actos, los afectos y las antipatías personales. No sería lógico, por consiguiente, eximirlo por completo de responsabilidad en relación con sus adversarios.

Afrontemos el escabroso tema de hablar de los enemigos de San Martín, de dejarlos hablar a ellos mismos, con sus propias y en muchos casos tremendas y apasionadas palabras. Será algo así como la contraparte de la historia frecuentada, como el violento contraluz, que sorprende algo y desagrada más, pero que nos ubica mejor en el verdadero clima moral de la época, y nos habilita para evaluar correcta y justicieramente los acontecimientos del pasado.

Cuanto mayores son los obstáculos a superarse, tanto más vale el definitivo triunfo. En esa convicción, al exponer las grandezas y miserias implícitas en los entretelones de la epopeya, marginando la pueril dicotomía entre lo bueno y lo malo, habremos insuflado calor humano a la personalidad del héroe, rescatándola del bronce para reverenciarla comprensivamente en nuestra mejor intimidad.

CON ALVEAR Y OTROS, HACIA LA PATRIA

Corría febrero de 1812 cuando la fragata "George Cánning" surcaba las aguas "del borrascoso Atlántico" rumbo al cuadrante sur, ignorando que albergaba en su seno el destino de América.

El 18 de marzo informaría "La Gaceta" de Buenos Aires que el día 9 habían desembarcado de ella, entre otros, el teniente coronel D. José de San Martín y el alférez de carabineros reales D. Carlos María de Alvear y Balbastro. Dos compañeros de causa, aparentemente dos amigos, cuya rivalidad, empero, no tardaría mucho en hacerse notoria.

Mientras a Alvear, acaudalado y con una parentela que lo ligaba a numerosas y conspicuas familias porteñas, la sociedad le abre sus puertas sin reservas, San Martín es poco menos que un desconocido. Su casamiento con Remedios de Escalada, celebrado el 12 de setiembre —a los seis meses de su arribo, por lo que algunos lo interpretan como "razón de Estado"— del que fueron testigos el propio Alvear y su esposa, María del Carmen Quintanilla, lo acerca a su vez a una familia poderosa y, por ende, a todo el medio social. No emparejaba con ello la situación del émulo, pero acortaba distancias.

"Cada día estamos más como aturdidos del arte e ingenio de Alvear en una corta edad", escribiría Posadas, con más alarma que admiración respecto de su sobrino, el inquietante niño prodigio de la familia. Palabras de signo premonitorio, de quien ya advertía las implicancias de una ambición avasalladora.

Se produce la revolución del 8 de octubre que derroca a Rivadavia, y el segundo Triunvirato convoca a la Asamblea, de acuerdo con las rígidas consignas de la Logia. "En ella (la Asamblea) aún no ha asomado la división —Cánter, Hist. de la Nac. Argentina, t. 6, primera parte, pág. 12—; los objetivos de Alvear son paralelos con los de San Martín". Pero el enfrentamiento llega, y fue en el seno de la sociedad secreta, donde pronto quedaron caracterizadas las dos tendencias. "El gobierno de amigos sólidos que él (San Martín) creyó haber constituido con la formación de la Logia Lautaro y con el golpe militar del 8 de octubre de 1812, fue minado y dividido por la rivalidad del joven Alvear" (B. del Carril, conf. el 16-VIII-1960), quien logra en poco tiempo influencia predominante e impone al gobierno una política represiva contra Artigas, mientras procura institucionalizar la dictadura. En total desacuerdo, San Martín "se duerme" —en términos masónicos— y su rival, Venerable de la Logia, queda en ella con el control absoluto. "La Logia alimentaba en su seno —R. Piccirilli, conf. el 13-VIII-58— el germen de la discordia. Una cabeza alta, nutrida de ambiciones, marchaba hacia el predominio avasallante".

Cuando la Asamblea —por razones que no es del caso tratar aquí— deja de lado la declaración de independencia, la decepción y el fastidio de San Martín fueron muy grandes, y resuelve alejarse. Acepta viajar al norte para reemplazar a Belgrano. Cuenta José María Rosa ("Hist. de la Nac. Argentina", t. III, pág. 73) que "Alvear, que aparentemente mantenía buenas relaciones con él, lo acompañó en la salida



Bernardino Rivadavia: "una cordial enemistad".

de la ciudad. 'Ya cayó el hombre', dijo satisfecho al volver del Puente de Márquez". Mitre pone esa misma frase en boca de Alvear, "en portugués". Quedaba despejado el camino.

En efecto, cuando San Martín partió, los alvearistas de la Logia aprobaron un proyecto sobre la concentración del poder: sería Posadas el elegido, tío del ambicioso líder, a quien se le reservaría la gloria militar de la emancipación. Comenzaría a prestigiarse en Montevideo, recogiendo los laureles ganados por Artigas y Rondeau. Luego reemplazaría a San Martín al frente de los ejércitos de la patria, y se convertiría en el más grande hombre americano. El destino, sin embargo, había dispuesto las cartas de otro modo.

Mientras San Martín logra hacerse nombrar gobernador intendente de Cuyo y desde Mendoza, con paciencia de monje, elabora su fabuloso plan, Alvear escala las más altas posiciones en la capital rioplatense, hasta alcanzar el poder. Aunque lo ejerce dictatorialmente, su fuerza es más aparente que real: el ejército del norte al mando de Rondeau, explicablemente resentido contra él, y Artigas y sus hombres en las provincias litorales, no le eran adictos. Tampoco podía contar —lo sabía bien— con la guarnición de Cuyo. Por eso cuando San Martín, demostrando su consumada habilidad política, solicita licencia, el Director Supremo se apresura a concedérsela "por tiempo indeterminado" y envía a Perdriel a reemplazarlo en el gobierno. Este no pudo cumplir materialmente su cometido por la resistencia del pueblo de Mendoza. Reunido en cabildo, resuelve enviar a Buenos Aires a un diputado especial, designándose a Juan de la Cruz Vargas para presentarse ante Alvear y pedir la anulación de la medida. Vargas escribe que el Director lo recibió cordialmente y le ofreció mostrarle las cartas en que San Martín solicitaba su relevo temporario por "razones de salud". Ya que el pueblo había decidido lo contrario, le aseguró que se allanaba gustoso, celebrando también "la rápida mejoría" del gobernador-intendente. Vargas agrega que esto último fue dicho por Alvear con velada ironía.

En ese momento Bernardo Monteagudo era diputado por Mendoza, volcando su apasionada elocuencia al servicio de Alvear, e intrigando —¡quién lo hubiera dicho!— contra el futuro Libertador. Ello da pie a esta frase en una carta de Vargas: "Me reservo para otra ocasión y con mejores conocimientos hablar a V. S. de nuestro diputado, el señor Monteagudo". El 17 de abril, después de Fontezuelas, escribe una larga carta que comienza diciendo: "Cayó el tirano con su infernal pandilla; ya podemos comunicarnos libremente, pues la inseguridad personal nos rodeaba..." A su vez, Alvarez Thomas escribe a San Martín desde Fontezuelas, adjuntando el manifiesto en que desconoce a Alvear y le solicita colaboración para el gobierno provisorio. Resulta evidente que San Martín, desde la distancia, también urdía la caída "del tirano". Ante ese requerimiento reúne a los jefes en Junta de Guerra, plegándose todos al movimiento y dando un extenso documento aprobando lo actuado por Alvarez Thomas, enviando copia del mismo al general Rondeau en el ejército del norte y al general Artigas, "jefe de los orientales". Asimismo, "a las demás provincias de la coalición". Firman, además de San Martín, José de Susso, Marcos Balcarce, José Villanueva, Juan Gregorio de las Heras, Bonifacio García, Pedro Regalado de la Plaza, Pedro José Campos, Juan Mosso y Manuel José Sarobe.

Pero entre San Martín y Alvear, a diferencia de lo ocurrido con Rivadavia, los hermanos Carrera y lord Cochrane, no se produjo nunca una franca ruptura, un agravio personal directo: la ficción amistosa fue sostenida hasta el final. Por eso desde el ostracismo en el Janeiro, el ex Director Supremo escribe a su viejo camarada, el 2 de febrero de 1816, esta plañidera carta, en cuyas entrelíneas leemos un evidente complejo de culpa: "Ignoro el grado de resentimiento en que Ud. pueda hallarse con respecto a mí; pues nuestros comunes enemigos han tratado incesantemente de afinar la discordia entre los dos, pero como por una parte mi conciencia nada me reprocha con respecto a Ud., y por otra el conocimiento que tengo de sus virtudes me mueven, paisano mío, a escribirle a Ud. para que si tiene algún valimiento en el gobierno de Buenos Aires, se empeñe con él para que me devuelvan mis bienes embargados...", etc. "Carmencita manda a Ud. mil memorias, y a Remedios, a la cual se los dará Ud. de mi parte". Y el 28 de febrero de 1818 le dice, también desde Brasil: "...no olvidará a un amigo desgraciado que ha sabido apreciar a usted...", lamentando no haber recibido respuesta de dos anteriores. Como hombre de armas, habrá comprendido el remitente que quien se hallaba embarcado en una empresa como la campaña de Chile, no podía prestar cumplida atención a la correspondencia particular, máxime si le era dirigida a Buenos Aires. A esa inteligencia se debe, sin duda, que continuara insistiendo a pesar de todo.

Es evidente que San Martín se ocupó del pe-

LOS ENEMIGOS DE

dido, y así se lo trasmite a su cónyuge, desde Buenos Aires, la mujer de Alvear. La intervención del Libertador debe haber tenido lugar en el viaje que efectuó al Plata en compañía de O'Brien, después de Maipú. Y entonces el "amigo", ya desde Montevideo, le remite la siguiente carta: "Carmencita me ha hecho saber además el interés con que ha tomado mis cosas; yo conozco muy bien las razones que usted da y veo la necesidad de sujetarse a su prudente consejo, hasta que circunstancias más felices pongan a usted en disposición de hacer eficaces sus deseos en obsequio mío. Tenga usted la bondad de ponerme a los pies de Remedios y de mandar en lo que guste a éste su invariable y verdadero amigo..."

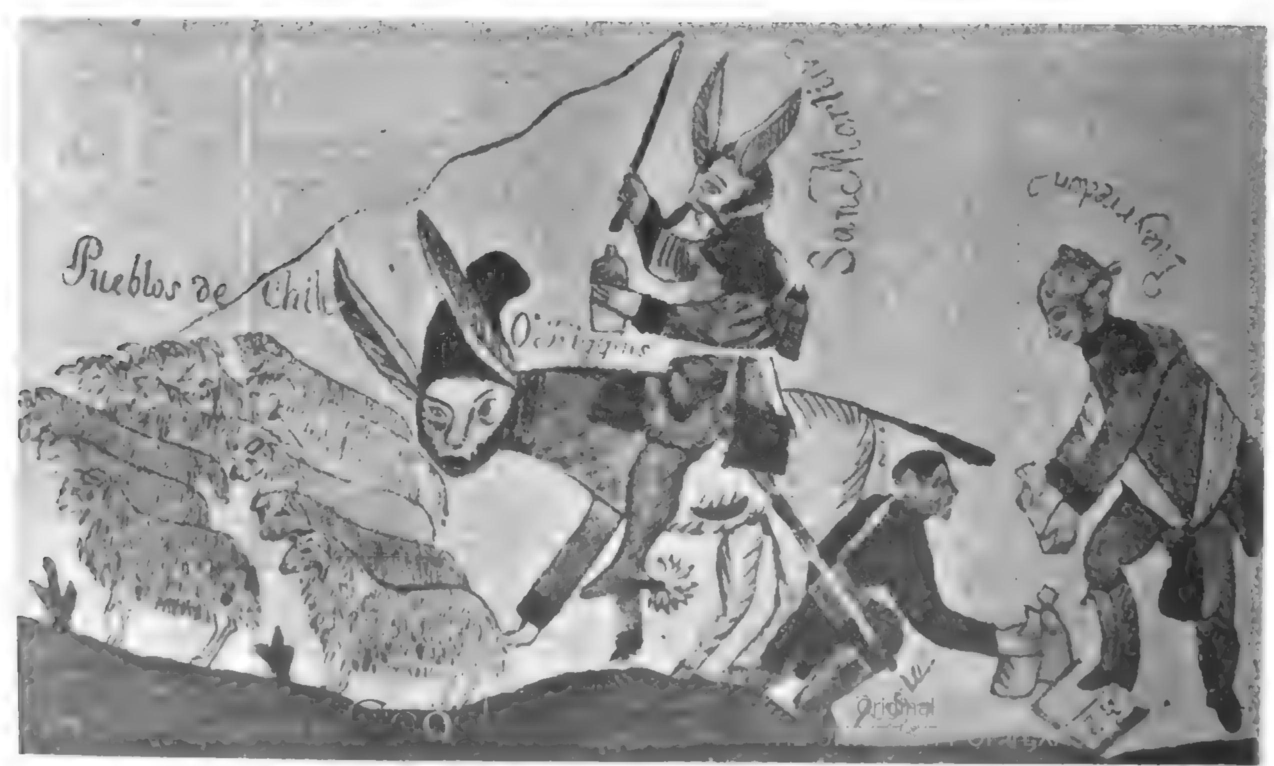
Esta correspondencia de necesidad no fue óbice para que en 1819, en el mismo Montevideo y junto a José Miguel Carrera, comience contra el Libertador una actividad de panfletista que no conoció límites: calumnias, caricaturas, acusaciones de toda índole, etc.

Uno de los serios historiadores de San Martín. José Pacífico Otero, se explica el "encono antisanmartiniano" de Alvear en un sentido de complejo psicológico: mientras uno se fija el objetivo final, se traza la conducta para llegar a él, y al servicio de eso adecúa el resto de las acciones de su vida, el otro obedece la fruición incontrolada de la ambición personal dominante, y entonces las circunstancias, nada más que las circunstancias, lo guían, ora hacia un bando, ora hacia el otro. Esa es la diferencia entre San Martín y Alvear.

Ello explicaría la actitud de este último, cuando en 1815, desde Río de Janeiro, presenta un largo documento ante Fernando VII, verdadero acto de contrición, profesión de fe antirrevolucionaria. Se declara vasallo del rey de España, y justifica su actuación anterior, explicando que desde la influencia del poder iba a ser más eficaz para servir a su soberano, el único que a estos pueblos "puede hacerles felices". Ante el silencio despectivo del gobierno español, intercede su suegra, doña Joaquina Camacho de Quintanilla, con el mismo resultado. Estos documentos, existentes en archivos españoles, han sido tildados de apocrificidad en su hora; nadie discute hoy, a la luz de comprobaciones irrefutables, su carácter de auténticos[1].

Hasta Rivadavia, en 1818, trató de convencer a Alvear en el sentido de su alejamiento de la política. Pero pudo más la influencia funesta de Carrera y el común "encono antisanmartiniano" que los caracterizaba, y la imprenta del chileno comienza a trabajar febrilmente. Uno de los argumentos utilizados por la señora Camacho de Quintanilla en favor de su yerno, en alguna de

1 V. "Todo es Historia Nº 15: ("Los Tres Renuncios de Alvear").



Una de las caricaturas con que se trató de ridiculizar a San Martín, O'Higgins y Pueyrredón: el héroe chileno figura como una mula montada por San Martín, conduciendo al "Pueblo de Chile" como carneros.

las numerosas presentaciones ante Fernando VII, fue que Alvear había sido útil a la causa de España al provocar la discordia entre los criollos. Eso es exacto, sobre todo si tenemos en cuenta la perturbación que en la hora culminante le podía ocasionar a San Martín; ha sido útil, pero no creemos que lo haya sido deliberadamente.

El comodoro Bowles, que siguió de cerca tantos acontecimientos de la independencia, interpreta con agudeza que Portugal, desde la Banda Oriental, procuraba fomentar la desunión entre nosotros. Dice concretamente —año 1819— que "Alvear y Carrera dejaron Montevideo con unos pocos hombres, hace más o menos una quincena y se embarcaron (al parecer hacia Santa Fe) en una lancha armada, pero no hay informes ciertos de su situación actual. No puede haber duda alguna de que están protegidos e instigados por el gobierno portugués..."

En noviembre de 1818 le escribe Pueyrredón a San Martín: "Los virtuosos de Montevideo han desplegado su furor, inundando esta capital con libelos de varias calidades, llenos de suciedades asquerosas contra usted y contra mí, contra Belgrano, Secretarios de Estado, etc. Alvarez está encargado de remitir a usted una colección completa de los que han salido hasta ahora. Todo es impreso en Montevideo, entre Alvear, Murguiondo, Carrera, etc. Dos de dichos papeles se contraen a decir que tenemos dos logias de francmasones y en ellas comprenden a medio pueblo. Yo no siento sino que en ella me hayan asociado a Chilavert y a algún otro con que jamás he tenido ni podré tener amistad". A O'Higgins le decía: "San Martín mostrará a usted una colección de libelos que han derramado Alvear, Carreras y Cía., de Montevideo..." Resulta muy verosímil la hipótesis de que el general portugués Lecor, en posesión de la Provincia Oriental, los protegiera y aun los incitara a la lucha, aunque lo negó reiteradamente ante los reclamos de Buenos Aires.

También del ya citado comodoro Bowles es una carta que despacha desde Buenos Aires el 19 de noviembre de 1818 a su ministerio, en su calidad de secretario del Almirantazgo, de la que extraemos este sugestivo parágrafo: "...El general San Martín es el único de los vinculados con el gobierno actual que se muestra enemigo de la conexión con la corte del Brasil, y creo que es debido en gran parte a esta circunstancia, que sea atacado de la manera más virulenta: Alvear, Carrera y Brayer son sin embargo sus mortales enemigos; el último de los nombrados publicó una vindicación de su propia conducta durante la campaña de Chile, que acaba de ser contestada por San Martín y cuyo texto trataré de conseguirlo para remitirlo".

De los impresos aludidos de Montevideo, hubo de todos los matices, según se desprende de estas palabras del propio Alvear, en carta a su amigo Manuel José García: "Remito a usted un **Manifiesto**, un **Aviso** y una **Proclama** y otro papel de Carrera. El **Manifiesto** a mi juicio está muy bien, los otros son incendiarios y no los apruebo. Yo he hablado a Carrera sobre ésto, pero él está muy exaltado y no oye a nadie; ¡bien es verdad que el golpe de sus hermanos ha sido tremebundo!"

En 1825, estando ya San Martín en su primer exilio en Bélgica, Alvear publica en Buenos Aires y luego en Chile un libelo con la apariencia de Autobiografía del Libertador, que lo deja muy mal parado. Años más tarde, Ernesto Quesada lo atribuyó a Benavente, el conspicuo amigo de Carrera. Es un error, como lo prueba D. Guillermo Feliú Cruz, transcribiendo un apunte autobiográfico del aludido Benavente, que dice así: "Como escritor se me han atribuido infinidad de publicaciones en las cuales no he tomado parte alguna. En Buenos Aires, cuando tuve la imprenta con Gandarillas, escribí poco en el 'Censor'; en seguida, cuando fue mía, publiqué un folleto intitulado **¿Qué dicen los chilenos?**, cuya tirada se perdió; en Montevideo ayudé al general Carrera y al general Alvear en todos sus escritos; siendo de este último la **Vida del General San Martín**, que Ortega reimprimió en Santiago y que algunos me han atribuido". (G. Feliú Cruz: "Un libelo sobre el General San Martín", Santiago de Chile, 1929).

En 1824 se encontraba Alvear en Londres. Por las frases que vamos a transcribir de esta carta de Valentín Gómez, datada en Buenos Aires el 11 de setiembre de ese año, puede reconstruirse la que recibió de su corresponsal. Veamos: "Mi amado amigo: He recibido con singular placer su muy estimada del 25 de junio. Veo por ella que San Martín se ha conducido en Londres como un aturdido y me ha sido sumamente grato que usted haya contrastado tan prudentemente. Nuestro Rivadavia ya concluirá la obra. Este será oído con preferencia, y San Martín quedará en el último ridículo (¡sic!) y mucho más cuando lleguen las últimas noticias del Perú, que verá Ud. en esos impresos. Ya es tarde, amigo mío, para monarquías".

Escapa a la intención de esta nota, y sobre todo a sus posibilidades por razones de espacio, el comentario crítico de los elementos que suministramos. Pero en este caso no resistimos la tentación: hombres de gobierno argentinos, saboreando complacidos el presunto ridículo de San Martín en Europa. Resulta curioso que San Martín sea un aturdido y Alvear, en cambio, el de la prudente conducta; que el Libertador, surgido de sociedades secretas de clara orientación republicana, sea el monárquico, porque en un momento dado creyó que era necesario apelar a la monarquía, contrariando sus íntimas convicciones, para salvar a esta América del caos; ¡y que lo reproche desdeñosamente un señor que recorrió media Europa buscando un reyezuelo para el Río de la Plata! Los directoriales nunca le perdonaron a San Martín su genial desobediencia...

En Estados Unidos, Alvear escribió otra biografía del Capitán de los Andes, pero un incendio destruyó casi toda la edición. Algunos ejemplares perdidos han circulado como curiosidad, pero ya son prácticamente inexistentes. Mejor así, sobre todo para el autor.

El transcurso de los años, la madurez y quizás algún reproche de la propia conciencia, serenaron las pasiones de aquel brillante y ambicioso alférez de carabineros. Ituzaingó primero, y una eficaz representación de su patria en el extranjero, rehabilitaron a Alvear. Cuando tuvo conocimiento de la muerte de San Martín, le escribe a Guido una carta en que se lee esta bella frase: "Estoy cierto que el gobierno hará llegar a Buenos Aires los restos de ese distinguido Capitán, para que reposen en medio del pueblo que ha defendido y que ha cubierto de gloria con sus heroicas hazañas".



RIVADAVIA Y SAN MARTIN: ENEMISTAD A PRIMERA VISTA

De la influencia creciente de la Logia Lautaro "procede el disgusto de Rivadavia con San Martín, que el tiempo no logró apaciguar. Rivadavia, como muchos otros, que supieron levantar y constituir una nación, que contribuyeron a libertarla, fue hombre como nosotros, con pasiones y virtudes, con la ansiedad y la voluptuosidad del poder. Sólo el héroe militar José de San Martín, y el héroe civil, Mariano Moreno, contituyen la excepción". (J. Cánter, Hist. N. Arg., Acad., t. 5, 1ra. parte, p. 256).

"Yo llegué a Buenos Aires a principios de 1812 —dice San Martín en carta al mariscal Ramón Castilla, presidente del Perú, escribiéndole desde Boulogne-sur-mer el 11 de setiembre de 1848—; fui recibido por la Junta Gubernativa de aquella época, por uno de los vocales con favor, y por los dos restantes con una desconfianza muy marcada". Entre esos dos restantes se encontraba Rivadavia, eje del gobierno —Primer Triunvirato— y pocos meses después derrocado por la revolución del 8 de octubre de ese mismo año, en la que participó activamente San Martín.

Se volteó un gobierno que había perdido el rumbo de la revolución: el objetivo de los hombres de la Logia, sin fisuras hasta ese momento, era pelear la independencia sin máscaras. Llegar a los campos de batalla con divisa propia, con derecho propio, con legitimidad. En una palabra, el paso previo era declarar la independencia. El Primer Triunvirato se perdió en una lucha de facciones, y la asamblea representativa de todos los pueblos de la nación no llevaba miras de cumplir su cometido. Cuando fue disuelta llegó la oportunidad. Es la primera vez en que San Martín y Rivadavia se enfrentan. No lo olvidaría el voluminoso triunviro.

Pasaron algunos años, densos de luchas, victorias y derrotas, euforias triunfales y vicisitudes angustiosas. Pero un guerrero distinto a los demás, que elabora con paciencia sus proyectos más atrevidos en la soledad del gabinete, para que luego se traduzcan en acontecimientos realizados con matemática precisión, le dio a la causa de América los triunfos decisivos de Chacabuco y de Maipú. Se iba a pegar el gran salto, para plantar la bandera que había sido acariciada por las brisas del Plata, en las llanuras sedientas del ecuador. Fue cuando el gobierno de Buenos Aires traba su lucha con los caudillos del litoral; fue cuando se le ordena a San Martín volver con sus tropas, para mezclarse en la guerra civil. No era sólo éso: era abandonar al Gran Plan, desertar de la guerra grande de la independencia, de la Causa que lo trajo de regreso a su patria. En la alternativa dramática, San Martín no duda: desobedece, comprendiendo todas las implicaciones de su actitud. Nunca le perdonaron los hombres del partido directorial, que perdieron el gobierno a raíz de Cepeda y Pilar, esa valiente decisión, que no alcanzaron a comprender. Rivadavia entre ellos.

Sólo esperaban la oportunidad para cobrarse lo que creían una deuda. Para desgracia, sobre todo de la Nación Argentina, la oportunidad llegó.

San Martín desaloja de Lima, corazón del poderío español en América, al ejército enemigo. Pero éste no había sido vencido: por razones estratégicas se había desplazado a la sierra. Pero su resistencia podría no tener fin. Güemes había muerto, y el firme pivote que iban a ser sus gauchos, se diluye a la muerte del caudillo.

No era sensato, después de tanto esfuerzo, jugar a una sola carta la suerte de América. Entonces envía al comandante peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente, como emisario ante los gobernadores Bustos, de Córdoba, y Martín Rodríguez, de Buenos Aires. Le ofrece a Bustos, que proporcionaría —junto con las otras provincias— alrededor de dos mil hombres, el mando de la fuerza. Buenos Aires prestaría una ayuda pecuniaria y facilitaría el parque.

"Póngase Ud. a la cabeza del ejército —dice el Libertador al gobernador cordobés— que debe operar sobre Salta: la campaña es segura si Ud. me apoya los movimientos que 4.500 hombres van a hacer por Intermedios al mando de Alvarado: éste lleva órdenes de ponerse a las de Ud. Yo espero un buen resultado; la Patria lo exige y el honor de nuestras provincias lo reclama. No hay que perder un momento, mi amigo: la cooperación de esa división va a decidir enteramente la suerte de la América del Sud".

El peruano apunta en su diario que halló en Bustos la mejor disposición para reclutar fácilmente esos hombres. E incluso el más patriótico desprendimiento. Conocedor de la política porteña y de la pequeñez de algunos "grandes hombres", se desentendió del nombramiento con que lo había honrado San Martín. Para eso envió a su sobrino, el Dr. Francisco Ignacio Bustos, acompañando hasta Buenos Aires a Gutiérrez de la Fuente. Lo hace portador de una carta para Martín Rodríguez, en que le dice: "Cualquiera que sea el jefe, prepararé todos los auxilios que estén en mi esfera sin reservar nada a tan sagrado interés".

Hermosa actitud, que todavía la historia —como muchas otras— no ha valorado en todo cuanto vale. Revela desinterés personal; supremo interés por la causa de la patria; y aguda perspicacia política. Los hombres de Buenos Aires quedaban sin pretextos para retacear la colaboración.

El gobernador era Rodríguez, pero su ministro Rivadavia era el alma de la situación. El derrocado de 1812; el directorial afectado en su partidismo cuando el guerrero genial, inspirado en su patriotismo, desobedece y no baja a Buenos Aires. Los directoriales de entonces —llamados después unitarios— subordinaron la nación al partido, y no olvidaron la reiterada osadía de San Martín. El peruano Gutiérrez de la Fuente no quería creer lo que veía. Más de un mes peregrinó, de las antesalas de Rodríguez a las de Rivadavia, de las de Rivadavia a las de Rodríguez, sin ningún resultado.

En el periódico rivadaviano "El Centinela", en cuyas columnas se atacaría rudamente a San Martín, su redactor Juan Cruz Varela dice despectivamente en la edición del 28 de julio: "Tenemos en el territorio de las Provincias Unidas



Juan Bautista Bustos, caudillo de Córdoba: fue uno de los pocos que respondió afirmativamente al llamado de San Martín para auxiliar desde el Plata a su ejército.

un enviado del gobierno del Perú que viene particularmente encargado de mover la organización de un ejército para operar por Potosí sobre los enemigos. El enviado trae comisiones, según cartas particulares, para el coronel mayor Bustos y para los tenientes coroneles Urdininea y Heredia que deben encargarse del mando del ejército, luego que Buenos Aires largue un parque y algunos dineros. Esto último tiene grandes dificultades en las circunstancias en que esta provincia debe, por su propia conservación, emplear los fondos públicos y los instrumentos de guerra en afirmar, al menos, la frontera del sur, ya que no es posible hacer lo mismo con la del norte, para librar totalmente la campaña de las incursiones de los bárbaros. Además, Buenos Aires tiene al frente, en Montevideo, un enemigo que es necesario empujar o, cuando menos, contener".

En buen romance, por medio de "El Centinela", Rivadavia le dice a San Martín que no le dará un solo peso ni un solo elemento de guerra. No es el caso que no se lo diera a San Martín: no se lo da a la patria. Sería del caso preguntarse: ¿tenía derecho un gobernante argentino, por más antipatía que sintiera por el Libertador. de negarle a su país esos elementos, que tanta influencia tendrían en el futuro? ¿No será el caso de rendir cuentas al porvenir sobre una acción tan negativa?

El argentino San Martín, que había llevado a cabo la hazaña de llegar al ecuador desde el Río de la Plata, tuvo que apelar a la colaboración de Bolívar, y ya sabemos en qué condiciones la prestó. En lugar de Bustos entró Sucre al Alto Perú, y la región se desmembra de las Provincias Unidas y se crea un nuevo Estado.

Por eso, cuando San Martín, que tuvo que dejar que el venezolano terminara la empresa, regresa a su patria y se instala en Mendoza. Rodríguez y Rivadavia desconfían de él, le temen. Suponen su justo resentimiento y creen que conspira. Lo vigilan por medio de Del Carril, gobernador de San Juan. Remedios de Escalada, su mujer, agoniza en Buenos Aires: se dispone a viajar para llegar a tiempo. Veamos lo que le cuenta confidencialmente a Guido sobre el particular: "¿Ignora Ud. por ventura, que en el año 23, cuando yo por ceder a las instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós, resolví en mayo venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como a un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración —¡y en qué época!— en la cual ningún gobierno de la Revolución ha tenido más regularidad y fijeza? ¿Y después de estos datos, no quiere Ud. que me ponga a cubierto, no por mi vida, que la sé despreciar, pero sí de un ultraje que echaría un borrón sobre mi vida pública? Convenga Ud., amigo, que la ambición es respectiva a la condición y posición en que se encuentran los hombres, y que hay alcalde de lugar que no se cree inferior a un Jorge IV". Está clara en esta última frase la alusión a Rivadavia y su enorme presunción.

Es en esa hora de suprema amargura, cuando al dolor ante la pérdida inminente de su "compañera y amiga" se suma el que le causa la ingratitud agraviante de las autoridades de su propia patria, a él, que viene de fundar la libertad de las patrias americanas; algo lo neutraliza y le hace entrever la justicia futura: es la contrafigura, respecto de los doctores constitucionalistas de la gran ciudad, es decir, es el caudillo, representado en este caso por D. Estanislao López, el santafecino. Se entera casualmente de la intentona contra el Libertador, y espontáneamente le escribe: "Sé de una manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de V.E. a aquella Capital, será mandado juzgar por el gobierno en un Consejo de Guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes de 1819 haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir a Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú. Para evitar ese escándalo inuadito y en manifestación de mi gratitud y la del pueblo que presido, por haberse negado V.E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del Ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que a su solo aviso estaré con mi provincia en masa a esperar a V. E. en el Desmochado para llevarlo en triunfo hasta la Plaza de la Victoria". Estos eran los caudillos "bárbaros". Creemos que el recio pecho del veterano de tantos campos de batalla no habrá podido evitar que la emoción le nublara la vista al leer esa carta.

Siempre alentó San Martín bucólicas inclinaciones, y por eso su propósito concreto, al regresar del Perú, fue dedicarse a la tranquilidad de la vida del campo en su chacra de "Los Barriales", en Mendoza. La prensa rivadaviana, representada por el "Argos", "El Centinela" y "La Abeja Argentina" no le dieron punto de reposo: tuvo que expatriarse. Pero ni aun en el extranjero lo dejan en paz. He aquí lo que le cuenta a su amigo D. Vicente Chilavert desde Bruselas: "He tenido el honor de atravesar en compañía de Ud. el borrascoso Atlántico; sin trepidar me entrego nuevamente a sus caprichos, creyendo que en sus insondables aguas se ahogarían las



innobles pasiones de los enemigos de un viejo patriota; pero contra toda esperanza, el 'Argos' de Buenos Aires se presenta sosteniento los ataques de su conciliador hermano 'El Centinela' y protegido de Eolo y de Neptuno atraviesa el océano y en el mes de las tempestades arriba a este hemisferio con la declaración de una nueva guerra. Aquí me tiene, paisaño, sin saber qué partido tomar. En mi retiro de Mendoza yo proponía una federación militar de provincias; vengo a Europa, y al mes de mi llegada un agente del gobierno de Buenos Aires (que sin duda acude a los consejos privados del ministro francés) escribe que uno u otro americano residente en Londres tratan de llevar (metido en el bolsillo) a un reyecito para con él formar un gobierno militar en América. He aquí indicado al general San Martín... Por lo expuesto, no sé ya qué línea de conducta seguir...", etc. Su impacable enemigo lo persiguió más allá del mar. Los testimonios son interminables.

Leamos este documento de O'Higgins, que desde su "Hacienda de Montalván, en el Valle de Cañete", dirige a San Martín el 16 de agosto de 1828, porque es demostrativo de otro aspecto de esta innoble persecución: la descarada violación de la correspondencia. Dice así: "Hasta la evidencia se podría asegurar que las ocho o diez cartas que veo por su apreciable del 29 de setiembre del año pasado, se han escamoteado, como las que he escrito a Ud. paran en poder del hombre más criminal que ha producido el pueblo argentino. Un enemigo tan feroz de los patriotas como don Bernanrdino Rivadavia estaba deparado por arcanos más oscuros que el carbón, para humillarlos y para la degradación en que su desastrosa administración ha dejado a un pueblo generoso que fue la admiración y la baliza de las repúblicas de América del Sud. Este hombre despreciable no sólo ha ejercido su envidia y su encono en contra de Ud.; no queda satisfecha su rabia; y acudiendo a su guerra de zapa, quiso minarme en el retiro de este desierto, donde por huir de ingratos, busco mi subsistencia y la de mi familia con el sudor de mi frente. Yo nunca lo conocí personalmente, y él sólo me conoce por mis servicios a la patria; y me escribieron de Buenos Aires que por su disposición se dieron los artículos asquerosos que aparecieron contra mi honradez y reputación en los periódicos de Buenos Aires de aquella afrentosa época. ¿Qué quería hacer conmigo este piadoso administrador de Caín?" El destinatario le contesta: "Mi admiración no es poca al ver, me dice usted, no haber recibido más cartas mías que una desde El Havre de Gracia y otra de Bruselas de 3 de febrero de 1825, es decir, que se han extraviado o, por mejor decir, me han escamoteado ocho o diez cartas más que le tengo escritas desde mi salida de América; ésto no me sorprende, pues me consta que en todo el tiempo de la administración de Rivadavia, mi correspondencia ha sufrido una revista inquisitorial, la más completa. Yo he mirado esa conducta con el desprecio que me merecen sus autores".

Cuando su enemigo Rivadavia cae del gobierno, San Martín, desde Europa, emprende el regreso a su patria, donde aspiraba a pasar sus últimos años. La fatalidad quiso que llegara a la vista de Buenos Aires en momentos en que el partido unitario decretaba, con el fusilamiento del gobernador Dorrego, el comienzo de la lucha fratricida. Consecuente con las normas fundamentales que reglaron su vida, el Libertador ni siquiera desembarca y resuelve alejarse, ahora para no volver. Desde Montevideo escribe a su siempre recordado O'Higgins, a quien nada le oculta: "El objeto de Lavalle —se refiere al ofrecimiento que se le hiciera del gobierno de Buenos Aires, después de muerto Dorrego— era el que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantir a los autores del movimiento del 1 de diciembre. Pero Ud. reconocerá que en el estado de exaltación a que han llegado las pasiones, era absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión, sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos. Los autores del movimiento del 1 son Rivadavia y sus satélites y a Ud. le consta los inmensos males que estos hombres han hecho, no sólo a este país sino al resto de la América con su infernal conducta; si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres, pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un hombre de bien a un malvado".

La antítesis entre el Libertador y Rivadavia asumió perfiles tajantes, algo así como dos individualidades total y absolutamente incompatibles. Un violento incidente personal, que casi los lleva al duelo, en el terreno del honor, aventó para siempre la posibilidad de la paz. Fue en Londres, la noche del 22 de marzo de 1825, en casa de unos comunes amigos americanos.

Nadie puede afirmar a ciencia cierta el motivo circunstancial de la agria discusión suscitada entre ambos. No falta historiador que la haya atribuido a discrepancias sobre formas de gobierno.

No se nos ocurre verosímil la hipótesis, dado que fundamentalmente los hechos han probado que sobre el particular no existían diferencias: San Martín se educó en el culto del liberalismo republicano, aunque también, como muchos otros próceres, expuso su opinión favorable al establecimiento de una monarquía —contrariando sus propios ideales— si con ello creía salvar a su patria de la anarquía y el desorden. En cuanto a Rivadavia, teóricamente republicano asimismo, aunque cargado de sentido aristocrático, que desde el gobierno fue la representación cabal del déspota ilustrado, alentó las aventuras monárquicas con la constitución de 1819, cuando la afanosa búsqueda de un príncipe europeo para coronarlo en el Río de la Plata provocó la violenta sublevación de los caudillos federales.

No tiene fuerza, pues, el argumento, demasiado teórico, especulativo y doctrinario, y en el que ambos contendores coincidían antes que discrepaban. ¿Por qué no los grandes hechos concretos que los llevaron por distintos rumbos? Creemos más bien que allí estuvo sobre el tapete la con-

ducta del gobernante de Buenos Aires y el aislamiento a que fue condenada por él la gran empresa emancipadora protagonizada hasta ese momento por el vencedor de Maipú. Las cartas que hoy se conocen, sobre todo por parte del propio San Martín, a Guido, O'Higgins, Chilavert y otros, demuestran la profunda huella que dejó en su alma la incomprensión de ciertos compatriotas, desprovistos de proyección histórica y visión de futuro y, principalmente, de sentido nacional.

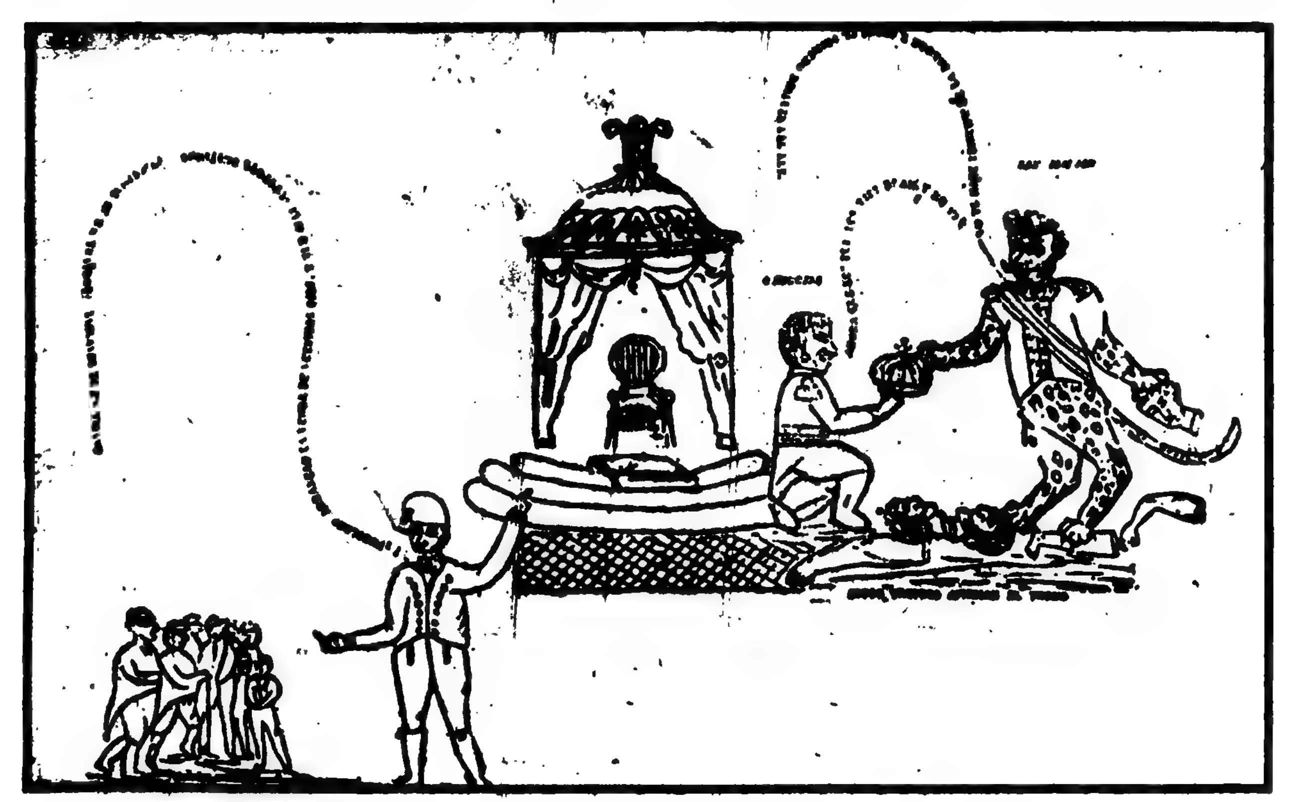
El Dr. Diego Paroissien, médico y diplomático argentino, aunque de origen inglés, fue testigo del violento altercado, consignando en su diario que Rivadavia estuvo realmente muy "descortés". Agrega que durante la cena recibió una nota de San Martín pidiéndole que fuera al instante. Lo hace así, y al llegar San Martín le pide sea portador, ante Rivadavia, de un reto a duelo, porque deseaba castigarlo por su descomedida actitud.

Comprende el amigo que motivos no faltaban, pero también arguye, ayudado ahora por la feliz presencia de García del Río, que tal lance constituiría un desagradable escándalo para América y el comentario penoso de todo el mundo. Lograron disuadirlo, pero las profundas diferencias que separaban a ambos personajes se ahondaron definitivamente.

Poco antes del ruidoso incidente, don Bernardino escribe a Manuel José García, en setiembre de 1824, en estos sugestivos términos, elocuente expresión del alcance de su antipatía: "Con respecto a este señor —se refería al Libertador— guardaré el decoro que se deben todos los hombres públicos, y que me debo a mí mismo; pero por lo que he visto y sentido con tanto dolor en dos conversaciones que tuve con él, y en que me esforcé inútilmente por hacerlo entrar en razón, es de mi deber decir a Uda. para su gobierno que es un gran bien para ese país que dicho general esté lejos de él (¡sic!). Él por acá pierde cada día su concepto, aun entre sus más afectos: a los cinco días de mi arribo salió precipitadamente para Bruselas, por donde fue seguido por el señor Paroissien".

A su vez, Rivadavia recibe desde Buenos Aires interesantes noticias sobre San Martín, que podrían ser de valor, utilizadas convenientemente en aquellas vísperas de guerra con el Brasil, para la siempre intrigante diplomacia inglesa y más aún para el Imperio. Su amigo personal D. Ignacio Núñez le comunica el 21 de enero de 1825: "El general San Martín ha escrito al coronel Dorrego, pero no sé lo qué dice: lo que sí sé es que Dorrego se ha introducido con uno que otro representante nacional y apurándolo para que diese algún paso con tendencia a llamar al general San Martín para tomar el mando de una expedición sobre la Banda Oriental. Éste es ahora el gran punto de la oposición, y sus bocanadas deben haber causado alarma a los brasileños de Montevideo..." ¡Cómo no se iban a alarmar, si hubiera llegado al frente de nuestras fuerzas el general vencedor de la cordillera de los Andes!

Rivadavia regresa en vísperas de asumir la presidencia, pero poco antes San Martín había escrito al gobierno argentino ofreciendo sus servicios. Al llegar al gobierno su implacable enemigo no insiste, por dos razones fundamentales: porque estaba convencido que sería desairado en su actitud; y por haber sido designado Alvear —después de Rodríguez—, dando lugar a que los suspicaces interpretaran su gesto torcidamente.



Otra caricatura contra San Martín; el héroe, disfrazado de tigre, acepta la corona que le brinda O'Higgins, pisando sobre cabezas degolladas.



Cuando se entera del cambio de gobierno reitera su ofrecimiento, tal como se lo dice al general Miller en carta del 16 de octubre de 1827: "Ya habrá Ud. sabido la ruptura con el Brasil, la abdicación de Rivadavia y el nombramiento de López en su lugar. Este cambio en la administración me ha obligado a ofrecer mis servicios a Buenos Aires: si ellos son aceptados, marcharé inmediatamente que se me avise..."

En esos días le escribe también a O'Higgins en estas muy expresivas palabras: "Ya habrá Ud. sabido la renuncia de Rivadavia; su administración ha sido desastrosa, y sólo ha contribuido a dividir los ánimos; él me ha hecho una guerra de zapa sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que el de establecer monarquías en América; yo he despreciado tanto sus groseras imposturas como su innoble persona. Con un hombre como éste al frente de la administración, no creí necesario ofrecer mis servicios en la actual guerra contra el Brasil, y por el convencimiento en que estaba de que hubieran sido despreciados".

No se redujo a Rivadavia —primer figura directorial-unitaria— la animadversión contra San Martín. Por extensión, fue común a todo el unitarismo. José María Paz, gobernador interino, da cuenta a Lavalle, que estaba en campaña, de la llegada del "Rey José", agregando sugestivamente: "Calcule Ud. las consecuencias de una aparición tan repentina". Es evidente la prevención y la desconfianza.

Florencio Varela publica en "El Pampero" del 12 de febrero (1829) un recuadro intitulado "AMBIGUEDADES", con este irreverente texto: "En esta clase reputamos el arribo inesperado a estas playas del general San Martín, sobre lo que diremos, a más de lo expuesto por nuestro coescritor 'El Tiempo', que este general ha venido a su país a los cinco años, pero después que ha sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil"

El día 10 de febrero lo hostiliza "El Tiempo", que entre otras galanterías le dice que "...tampoco ignorará que en este país no hay hombres precisos". Y dos días después: "Adónde iríamos huyendo de nuestra patria, que la ignominia y el desdoro que publicaremos de ella, no nos cortejasen también".

De regreso en Buenos Aires desde Mendoza, en 1823, San Martín hace una visita de cortesía a su ex oficial Lavalle. Este lo narra así a su camarada de armas Enrique Martínez, con fecha 3 de enero de 1824: "¿Qué le diré a Ud. del ex Rey José? Luego que llegué me visitó, vestido de negro... Cuando le pague la visita al ex Rey, ¿qué conversaciones...? Habla pestes del Perú y dice que el sistema representativo no puede permanecer ni en Buenos Aires ni en otra parte de América; aquí está muy desconocido..." No es precisamente afecto ni respeto lo que traduce Lavalle...

En Mendoza, en 1823, el canónigo Sarmiento y Francisco Ortiz de Ocampo, oculto bajo el seudónimo de "Amigo de la Paz", publican un folleto para difamar al Libertador. Se lo hace saber Corvalán en carta de 29/XII/23, aludiendo a Ocampo", "su antiguo amigo, y a quien ha dispensado Ud. distinguidos aprecios cuando estuvo en ésta y perseguido por sus rivales o sus maldades...", etc.

En la Logia que contribuyó a fundar y de la que fue conspicuo miembro, con la suprema jerarquía de Venerable, tuvo San Martín grandes y embozados enemigos. El general Miller le escribe al respecto, el 9 de abril de 1827: "Yo no sé si convendría exponer los males que causó la Logia establecida en Buenos Aires y cómo por ella quedó Ud. casi con las manos atadas, cuando era necesario obrar con actividad y hacer un ejemplo con algunos jefes cuyas intrigas y escandalosa conducta fueron apoyadas por dicha Logia".

Por sus compromisos, por su honor, San Martín solicitó a Miller —que estaba preparando un libro histórico— guardase silencio en torno a la Logia.

Zañartú, enviado chileno en Buenos Aires durante la campaña emancipadora, le escribe a O'Higgins: "Hay en este pueblo una disolución social, no por explosión de mina preparada sino porque los señores de la 0-0 (Logia) no se hubieran entendido entre sí. Este gremio se compone de sujetos muy miserables. Ellos decretaron la guerra de Santa Fe, a la que me opuse con un calor proporcionado a las consecuencias que preveía. Me siguieron tres o cuatro. Pero el provincialismo pudo más que el interés general. Desde entonces me separé porque advertí que las deliberaciones ya iban tomadas de antemano y que sólo buscaban comodines. Tuve mis altercados algo acres con V. (debe aludir al Venerable de la Logia), el cual se agradó seguramente tanto de mi separación, que me habría forzado a ese partido aunque yo no lo hubiese tomado, porque nunca más me citaron... San Martín no tiene en ese cónclave secuaces. Unos lo envidian, otros le temen y ninguno le ama. Él bien lo conoce y ha recelado que la orden para empeñarlo en una guerra con los montoneros tiene por objeto hacerle perder opinión. (Véase aquí la clave de muchas cosas). Yo entiendo que no se engaña, porque aquí hay unos cubileteros primorosos, y es lo único para lo que les da el naipe".

UNA SESION SECRETA

Cuenta José María Rosa (Hist. de la Nac. Arg., t. 3, pág. 321 y 322), que "Valeper, Logia secreta que funcionaba en Buenos Aires compuesta, entre otros, de Valentín Alsina, Diego Alcorta, Crisóstomo Lafinur, Manuel Belgrano (sobrino del general), Francisco Pico, Baldomero García, Angel Saravia, Ruperto Godoy e Ireneo Portela, discutió en su sesión del 7 de julio de 1822 el problema de si ¿Conviene o no a Buenos Aires emprender, ayudada por las demás provincias, una expedición libertadora de las del Perú? Las exposiciones, que constan en las actas editadas de la Contribución histórica y documental (t. 1), expresan la opinión de la juventud de las luces en el momento de llegar Gutiérrez de la Fuente.

En su favor estuvieron: **Godoy, para quien** —prosigue Rosa— 'Buenos Aires **estaba** en el deber de socorrer a las provincias después que les hizo emprender y amar la Revolución... San Martín tenía aún mucho que hacer, los enemigos abundaban en recursos y los pueblos no tenían un apoyo', y **Lafinur**, que dijo 'que la gloria y el interés mismo de Buenos Aires exigían altamente esta empresa, pues de ella reportarían ventajas el comercio interno y que a ella se seguiría el reconocimiento de la independencia... y pasando de aquí a hacer varias reflexiones sobre las ventajas que reporta a esta provincia al invertir en una expedición las mismas sumas que está invirtiendo en objetos de ninguna utilidad pública', concluyó que aquélla absolutamente convenía.

En su contra se manifestó la mayoría: Alsina, partidario del aislamiento de Buenos Aires, entendió que "al separarse espontáneamente las demás provincias de Buenos Aires, y al reconcentrar sus fuerzas y recursos **habían abjurado de los bienes de la antigua alianza y contraído la obligación de defenderse a sí mismas**; que así, ni Buenos Aires tenía un deber en prestar auxilios a las demás ni las provincias podían exigirlo"; el pacifista **Saravia** porque "a más de la despoblación que ocasionaría a Buenos Aires ese ejército, el gobierno se desacreditaría al abrazar esta empresa pues **Buenos Aires aborrece lo militar**"; el legalista **Pico**, porque no había convenciones que obligasen a tomar esta medida..., (la circunstancia) que Buenos Aires tenía recursos y las provincias no, no argüía conveniencia como se había dicho (Lafinur) sino todo lo contrario, pues por esto mismo **gravitarán sobre Buenos Aires los gastos consiguientes a la guerra a 800 leguas de su seno**, y a más sobrevendrían la despoblación y alteración de su marcha actual; **Alcorta**, receloso de San Martín, habló "de las grandes dificultades para la elección del jefe (pues) que **serían enemigos de Buenos Aires**, y la necesidad de formar en tal caso un **congreso prematuro y perjudicial a ésta**". Como Godoy insistiese en "el deber para Buenos Aires de mantener el espíritu público de los Pueblos y hacer el último esfuerzo", **Alsina** replicó que "la despoblación que sería consiguiente a Buenos Aires por la marcha de un ejército, traería **la ruina de la agricultura, que es la única fuente de nuestra riqueza, a más que Buenos Aires goza en el día, sin necesidad de expedición alguna, de la quietud, comercio y demás bienes de una absoluta independencia**... que sus rentas eran para atender a lo indispensable según el actual sistema de Hacienda **y no para sufragar otros gastos**". (Con el nombre de ese señor existen actualmente calles, plazas, etc., en homenaje a su memoria...) Y seguimos con la transcripción que hace José M. Rosa de esa increíble sesión de la Logia: "Lafinur, "haciéndose cargo de las dificultades explanadas" quiso todavía sostener la conveniencia de la expedición auxiliar diciendo "que si esta medida comprometía el orden, y seguridad no convenía, pero había un sobrante de nuestras rentas, pues el crédito público y otros establecimientos que ha plantificado esta provincia no eran tan necesarios como una expedición... que si había obstáculos, tanto mayor sería la gratitud de los Pueblos... que no era obstáculo la distancia pues al principio de la Revolución se había llevado a una mayor"; pero **Pico** le hizo notar "la gran diferencia entre los recursos y estado de la provincia a principio de la Revolución a los de ahora"; **Saravia** rechazó la afirmación de Lafinur "**que el establecimiento de un crédito público fuese de una importancia inferior a una expedición, pues aquél afianzaba nuestra quietud y prosperidad**..." No insistieron más los disidentes —termina el mencionado autor— y la Logia se pronunció por la negativa".

Dejemos de lado por ahora —ya que no es materia para tratar aquí— el fondo de ese increíble debate. Veamos en él, en cambio, a un grupo de hombres de gobierno a quienes, salvo dos, no podríamos calificar precisamente como de amigos de San Martín... Eran, en verdad, esos "cubileteros primorosos" a que se refiere Zañartú. La Logia, esa sociedad de "amigos sólidos" a que alguna vez se refirió el Libertador, volvía a escapársele de las manos como en tiempos de Alvear.



Esta caricatura (impresa en 1821 en Londres) muestra a San Martín ("se le escapó la corona") con las cabezas de Carreras, Manuel Rodríguez, Mendizábal, Murillo, Prieto y Conde.

JOSE MIGUEL CARRERA Y SUS HERMANOS, PAGINA TRAGICA EN LA VIDA DEL LIBERTADOR

Cuando después de Rancagua se produce el



dramático éxodo del pueblo chileno a través de la cordillera, y Mendoza en pleno brinda a sus hermanos en desgracia el tesoro imponderable de la hospitalidad sin retaceos, tienen lugar las primeras incidencias entre San Martín, a la sazón gobernador-intendente de Cuyo, con José Miguel Carrera y sus hermanos. La división profunda que aquejaba a los chilenos, en dos bandos irreconciliables encabezados respectivamente por los hermanos Carrera y por O'Higgins, se proyectó en la tierra cuyana y fue la verdadera causa de los rozamientos iniciales.

José Miguel Carrera, que había desempeñado la suprema autoridad en su país antes de la reacción de los españoles, pretendía ostentar su jerarquía en jurisdicción argentina, con el objeto visible de mantener su prevalencia respecto de O'Higgins y los suyos. Su naturaleza altiva, no desprovista de prepotencia, se afirmaba, en este caso, en varios centenares de soldados de los que no se separó. Alojado con ellos en el Cuartel de la Caridad, en sus incursiones fuera de su alojamiento desacataban abiertamente a las autoridades regulares, cometiendo impunemente toda clase de tropelías. Se hace cada día más insostenible la situación, hasta que San Martín, en previsión de hechos irreparables, invita a Carrera para que con sus hermanos Juan José y Luis, más los integrantes de su supuesto gobierno viajero, "se trasladen a San Luis, hasta que el Superior Gobierno de este país resuelva lo que corresponda".

A esta prudente determinación Carrera contesta airadamente: "Sólo puedo responder que primero sería descuartizarme, que dejar yo de sostener los derechos de mi patria".

Naturalmente, San Martín no podía soportar este flagrante desacato a su investidura, inadmisible desafío de quien así pagaba el asilo generoso. Pero actúa con una gran serenidad, seguro de sí. Además, no tenía entonces en la ciudad fuerzas para contrarrestar a los soldados de Carrera. Para ganar tiempo, con el sentido político que siempre lo caracterizó, comunica al chileno que en Mendoza no hay más autoridad que la que él representa, pero que remite el parte de la incidencia a Buenos Aires, para que resuelva en definitiva el Director Supremo. Simultáneamente ordena a Las Heras con sus auxiliares, que estaba en la cordillera, regresar urgentemente, hace traer las milicias de la campaña y con la colaboración de O'Higgins, el general Mackenna, Freyre y otros, se apronta a terminar con la perturbación. Rodea el Cuartel de Caridad y envía a Carrera esta conminación sin réplica posible: "Todos los emigrados quedan bajo la protección del gobierno de las Provincias Unidas, como debían haber estado desde que pisaron su territorio, quedando libres de toda obligación respecto de una autoridad extraña que ha caducado. Ya no tiene V.S. ni los vocales que componían aquel gobierno, más representación que la de unos ciudadanos de Chile, sin otra autoridad que la de cualquier emigrado, por cuya razón y no debiendo existir ningún mando sino el del Supremo Director o el que emane de él, le prevengo que en perentorio término de diez minutos entregue V.S. al ayudante que conduce éste, la orden para que las tropas que se hallan en el Cuartel de Caridad, se pongan a las inmediatas del Comandante General de Armas, D. Marcos Balcarce. La menor contravención, protesta o demora a esta providencia, me lo hará reputar a V.S. no como a un enemigo, sino como a un infractor de las sagradas leyes de este país. Dios guarde a V.S. muchos años. Mendoza, 30 de octubre de 1814. — José de San Martín".

Parece que dentro del cuartel alguien intentó resistir, pues el informe de San Martín dice textualmente: "...intimé rendición al Cuartel, que al momento de resistirla fue asaltado y rendido".

Antes de esa actitud extrema, hubo un intercambio de notas cuyo tono caldeó el ambiente político de Mendoza, pero su gobernador agotó todos los recursos antes de apelar a la fuerza. Veamos, por ejemplo, esta insolente respuesta de D. Luis, el menor de los tres, ante la invitación (u orden) de radicarse en San Luis: "Las trabas de la subordinación militar que he jurado me quitan la libertad de ejecutar órdenes que no fluyan por el jefe de las banderas en que estoy alistado y del gobierno superior que nos manda. Por eso V.S. se servirá disculpar la falta de efecto a las suyas para marcharme a San Luis. Ellas seguramente saldrían contra los autores del temor que las causa, en expresión de V.S., si, bien considerada la conducta de mi manejo, se dictasen conforme al mérito, a la justicia y a la razón, de que creo no haberme separado, señor gobernador, y que estoy persuadido seguirá siempre V. S. en sus disposiciones. Dios guarde a V. S. muchos años. Mendoza, octubre 20 de 1814. Luis de Carrera".

El trámite del confinamiento de los Carrera y sus principales colaboradores a San Luis no fue fácil. En una de las notas de José Miguel al gobernador, le adjunta un memorial firmado por 138 de sus amigos, entre los cuales es curioso anotar el nombre de Fray Luis Beltrán, a quien confiaría luego San Martín importante responsabilidad. Dichos amigos le dicen a Carrera: "Cuando a V. E. se arroja a la Punta de San Luis, nosotros tememos peor suerte, nosotros tememos ser degollados, sin reputación y como delincuentes".

Ambos bandos en que se dividían los chilenos envían emisarios ante el Director Supremo, para interesarlo a su favor: por los amigos de O'Higgins viajan Irisarri y Mackenna; por el otro bando, Luis Carrera y José María Benavente.

El Director Posadas aprobó todo lo actuado por el gobernador de Cuyo, convalidando así su autoridad. La mayor parte de los soldados chilenos se incorporó al Ejército Libertador que se estaba formando en Mendoza. San Martín invitó a comparecer a su presencia a los Carrera, Diego Luis Benavente y el presbítero Uribe. "Nos presentamos al buen San Martín —dice despectiva o irónicamente José Miguel— y después de una conversación bastante insustancial, nos previno que era preciso quedásemos presos. Díjele que aquel trato no nos era extraño, que en la Villa de los Andes se lo había anunciado al comandante Las Heras, delante de quien se lo decía. San Martín me pidió que tuviese conformidad, y le dije que pocos meses antes me lo habían enseñado los



Uno de los más constante enemigos de San Martín: el almirante Cochrane (grab. de Turner).

españoles en calabozos y cargado de cadenas. Por último, quedamos los cuatro en un indecente calabozo y con centinela de vista". La resistencia armada ofrecida a su orden, obligó a San Martín a adoptan esa medida, que poco tiempo después dejó sin efecto. Pero las líneas estaban tendidas...

A poco de llegar D. José Miguel a Buenos Aires se produce el acceso de Alvear al poder. La antigua enemistad de éste con San Martín, más el ingrediente de la influencia de Carrera, hubieran desbaratado antes de la hora del destino, los grandiosos planes que se gestaban en Cuyo. Llegó Fontezuelas, y los proyectos no fueron interferidos.

El caudillo chileno, instalado en Buenos Aires, toma contacto con el nuevo Director, Alvarez Thomas, a quien presenta un proyecto propio de llevar la libertad a Chile, en el cual no pierde la oportunidad de atacar a San Martín: "Una pequeña expedición sobre Chile se ha mirado como una fábula alegre; y acaso se graduaría de locura pretenderla en el día, si la proposición se hiciera a los hombres superficiales —la alusión es notoria— que en mejor ocasión defraudaron nuestra empresa. Su bien éxito era seguro si, reorganizados en Mendoza, se nos hubiera permitido volar a Coquimbo, donde se sostenía el patriotismo".

Con plausible prudencia, el nuevo Director solicita la opinión de San Martín, quien desecha la idea con abundantes y sólidos fundamentos. Expresa ante todo que no deben "desperdigarse las fuerzas...", pero también responde a la alusión personal: "Don José Miguel Carrera se queja de haber sido arrestado por inteligencias las más degradantes ante el gobierno pasado: tenga V.E. a bien pedir la correspondencia escandalosa en que insultaron a este gobierno los pocos días de su permanencia en ésta; pero mejor y con menos trabajo oiga V.E. lo que le diga el ministro de la guerra, don Marcos Balcarce, testigo personal de los sucesos, y el que impondrá igualmente a V.E. sobre los asuntos del citado proyecto, pues su permanencia en Chile y su carácter reflexivo le han hecho adquirir conocimientos preciosos". A su vez, San Martín consulta sobre el partido que en Chile debía tomar el gobierno, en caso de triunfar la gran empresa del Ejército Libertador. Alvarez Thomas, que ya ha podido apreciar la alternativa, en forma muy reservada le responde: "Ya que es preciso que domine uno de los dos partidos en que están divididos los chilenos, me decido por el de los Larraines". (Los enemigos de O'Higgins). Ya estaba, pues, la consigna oficial, digamos así, del gobierno de Buenos Aires, para reglar la conducta del Libertador.

Carrera viajó a Estados Unidos, donde logró formar una pequeña escuadra para llevarla a Chile; San Martín recibe la información anticipadamente, y comprende que si llegara con sus barcos frente a Valparaiso, mientras el ejército libertador cumplía su campaña, ante la imposibilidad de armonizar a los dos partidos, se caería sin remedio en la guerra civil. Así lo informa a Buenos Aires, y en enero de 1817 recibe esta respuesta: "Aún antes de recibir el oficio de V. E. de 15 del pasado sobre el embarazo que debe producirle la presencia de los Carrera en Chile durante sus operaciones militares, tenía resuelto el Director Supremo no se permitiese de modo alguno la traslación de esos individuos a aquel reino". Confidencialmente escribía Pueyrredón a San Martín: "Para asegurarme de toda responsabilidad ulterior en el intento de Ud. de alejar a los Carrera, será de suma importancia que Ud. acumule materiales y me los remita, en términos que justifiquen mi conducta. Sin ésto, no podré tomar una medida tan seria, pero sí puedo asegurar a Ud. que mientras yo mande no se acercarán a Mendoza". San Martín sugirió se le aleje a Carrera con una misión diplomática, cosa que, como veremos más adelante, no fue aceptada.

El chileno llega con sus barcos a Buenos Aires pocos días antes del triunfo de Chacabuco, y entrevista a Pueyrredón, hablándole de sus problemas con San Martín y O'Higgins. El 24 de febrero llega la gran noticia de la victoria del 17, y otra vez el Director Supremo se comunica con el Libertador: "Descuide Ud. sobre los Carrera, que no irán a Chile por más que hagan. ¿Quiere Ud. creer que no han venido a felicitarme por motivos tan plausibles para ellos mismos? Son el demonio". Pero el 26 lo hace, e insiste en su plan hacia el Pacífico. Pueyrredón lo entretiene y convence de la utilidad de comunicarse con O'Higgins —su mortal enemigo—, a lo que accede. Al referirse a la independencia de Chile, Carrera le dice con sinceridad: "Desgraciadamente supe que ya había pasado la cordillera el ejército de Mendoza y que difícilmente podía ser su consorte en esta lucha gloriosa".

Ya en Montevideo, con la colaboración de Alvear, comienza a usar la imprenta volante que trajo de Estados Unidos. En un manifiesto de estrecho chilenismo, en instancias en que la lucha



adquiría latitud continental, expresa: "Nosotros hemos peleado, hemos derramado nuestra sangre para destruir la tiranía, no para cambiar de tiranos... Quiero sí, que los chilenos reúnan todos los esfuerzos de su valor y de su carácter, para que la sangre preciosa de sus hijos no sirva de pedestal a la grandeza de sus nuevos conquistadores".

El escritor chileno Vicuña Mackenna, panegirista apasionado de los tres hermanos a quienes dedica su obra "El Ostracismo de los Carreras", dice sin embargo de José Miguel: "Aun en lo más delicado de sus emociones de ternura, brotábale súbita la llama del rencor, y con frecuencia sus mensajes de terneza concluían en una maldición: "¡Antes no hay otra cosa que hacer sino ahorcar a cuatro bribones!" (Entre ellos, por supuesto, San Martín). Y también esto: "De Riquelme (O'Higgins), lástima que no tenga mil pescuezos, para medio pagar!" Y agrega V. Mackenna: "Estos móviles de odio, por una parte, y la aspiración de justificarse por la otra, le habían hecho ponerse a la obra de escribir un manifiesto..."

En la misma obra se refiere el autor —que mencionamos por ser el testimonio de un chileno apasionado por sus compatriotas— a la conspiración urdida por los Carrera contra el gobierno de O'Higgins y contra el general San Martín, que acababa de triunfar en la gloriosa cuesta de Chacabuco, en estos términos: "Cegados pues por una deslumbradora ilusión, se proponían armar en la vecindad de Santiago dos partidas de hombres resueltos; y capitaneados éstos por ambos, caer Luis sobre O'Higgins, y Juan José apoderarse de San Martín; conducir a éstos a las serranías inmediatas de Alhué, hacerles firmar su propia deposición del gobierno y del ejército, y una vez desarmados, desterrar al general chileno a su hacienda de las Canteras y juzgar al caudillo argentino por un consejo de guerra, que Juan José, en su saña, suspiraba por presidir. Se levantaría pronto un ejército de diez mil hombres; las fuerzas argentinas serían obligadas a repasar los Andes en libertad (¡qué odio a lo argentino!), pero el chileno que las siguiese tendría pena de la vida; y muy en breve con estos elementos (¿qué elementos?) se marcharía a la ocupación del Perú..."

Luis y Juan José Carrera salieron de Buenos Aires rumbo a Mendoza disfrazados y viajando separadamente, pero fueron descubiertos y llevados detenidos a Mendoza. El gobernador Luzuriaga escribe a San Martín que "un inglés alto, flaco, de semblante agrio... con encargo de asesinar a Ud. cuando le avisen". Y le informa de la detención y proceso por conspiración, mientras en Chile se les sigue por alta traición. San Martín estampa de su puño y letra estas palabras en el margen del oficio: "Recomendar a Luzuriaga trate con consideración a Luis Carrera". Todavía no se había detenido a Juan José. Y a O'Higgins le escribe: "Mi amado amigo: Los planes de los Carrera y sus cómplices están enteramente descubiertos; pero, mi amigo, no cabe en mi imaginación cómo hay hombres que por una ambición o pasiones personales quieren sacrificar la causa de la América". A lo que contesta el gobernante chileno: "Un ejemplar castigo y pronto es el único remedio que puede cortar tan grave mal; desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América; arrójese a sus secuaces a países que no sean como nosotros tan dignos de ser libres". Adviértase la diferencia de criterio, entre el juicio sereno de San Martín, y la terminante resolución de O' Higgins. Todo esto ocurre en medio de los febriles preparativos para la gran batalla contra los españoles, que no habían sido totalmente liquidados después de Chacabuco. Es de imaginarse la multitud de problemas a resolver por quienes tenían la máxima responsabilidad en esa guerra. Es decir, que el proceso de los Carrera constituía un problema más, en quienes cargaban con el peso de un cúmulo de problemas de trascendencia histórica y continental.

El 17 de enero de 1818 el Director Delegado de Chile remite a San Martín el original de la causa seguida en Mendoza para que designase a los integrantes del Consejo de Guerra, pero el general argentino contesta lo siguiente: "Nadie con más sumisión obedece las órdenes de ese gobierno supremo como yo, pero permítame V.E. no les dé el debido cumplimiento sin antes exponer las razones que mi delicadeza no me permite ocultar. Es demasiado público los incidentes y disgustos que mediaron entre los señores Carrera y yo a su llegada a Mendoza con motivo de la pérdida de Chile; estos disgustos crecieron principalmente con don Juan José; por otra parte, los jefes que deben juzgarlos, la generalidad me consta están prevenidos contra ellos, y aunque estoy muy convencido del honor que asiste a todos los jefes del Ejército Unido y la imparcialidad que guardarían en el juicio, sin embargo la sentencia que recayese no sería mirada en el público como justa, y se creería emanada de mi influencia. Yo como general en jefe debía intervenir en el Consejo para su aprobación o desaprobación. Estas razones creo que en la justificación y rectitud de V.E. deberán ser atendidas, para eximirme a mí tanto como a los jefes del Ejército Unido, de un compromiso que dejaría su honor al descubierto". Sólo un hombre de la calidad de San Martín asume una actitud de tan extraordinaria delicadeza, mientras es absorbido, como dejamos dicho, por problemas que le quitarían el sueño. De esta manera, el proceso "se detuvo en seco", al decir de Busaniche. Piensa este autor que el objetivo del general era, eso sí, mantenerlos en seguridad hasta después de la batalla decisiva, para después lograr su sobreseimiento.

Vicuña Mackenna no conoció esos dos documentos, y por eso carga las tintas sobre la responsabilidad de San Martín. Pero la interferencia fatal se llamó en este triste caso Bernardo Monteagudo.

Sigamos sucintamente los días de un almanaque teñido de tragedia aquende los Andes, mientras en los llanos de Maipú la sangre fraterna de argentinos y chilenos aseguró la independencia de Chile y preparó la triunfal expedición hacia la ciudad de los virreyes. El 5 de abril tiene lugar

la jornada victoriosa sobre el enemigo común; el 8 son fusilados, de resultas del proceso en Mendoza, Luis y Juan José Carrera; al día siguiente llega a esa ciudad la noticia de Maipú; después de la batalla, el 7 ó el 8, la esposa de Juan José implora a San Martín por su marido, e ignorando ambos el fusilamiento, el argentino se dirige a O'Higgins en estos términos: "Excmo. Señor: Si los cortos servicios que tengo rendidos a Chile merecen alguna consideración, los interpongo para que solicite se sobresea en la causa que se sigue a los señores Carrera. Estos sujetos podrán tal vez algún día ser útiles a la patria, y V.E. tendrá la satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en beneficio público". No sin reservas, O'Higgins accede con fecha 10 de abril: "Excmo. Señor. La respetable mediación de V. E. aplicada en favor de los Carrera, no puede dejar de producir, en toda su extensión los efectos que V. E. se propone, y aun cuando la patria peligrase por la existencia de estos hombres, V. E., en quien descansa la salvación de este Estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto de su pretensión". De inmediato, despacha el Director de Chile carta para Luzuriaga en ese sentido.

José Miguel, en un manifiesto titulado "Un aviso a los pueblos libres", llama "farsa ridícula" a ese intercambio de notas entre los próceres mayores de Argentina y de Chile. Y siguiéndolos en esa interpretación, se produjeron algunos historiadores chilenos del siglo XIX; hoy nadie suscribiría afirmación semejante: la luz de una mayor documentación y el mejor conocimiento de la psicología de los personajes, aventan toda duda sobre el episodio.

Ante la grave acusación de José Miguel, San Martín se encrespa, y produce dos documentos, que no alcanzaron a publicarse: uno constituye la relación minuciosa y objetiva de todos los pasos del proceso y la mediación que le cuyo en favor de los inculpados; en el segundo, responde enérgicamente a las alusiones de asesino aleve y de instigador, que aparecen en la mencionada proclama de Carrera. Perdiendo la serenidad que le es característica, dice así en tono casi iracundo: "Yo no he mandado ejecutar a sus hermanos... yo no he sido el árbitro de la vida de sus hermanos, y también le aseguro que así como era un auxiliar y perteneciente a estas provincias, si hubiera nacido en Chile le habría ahorrado al gobierno de Mendoza el trabajo de ejecutar a sus hermanos y de que éstos hubieran intentado una segunda conjuración para envolver a la provincia de Cuyo en los horrores que querían verificar en el Estado de Chile. Repito no haber tenido la menor parte en la ejecución de sus hermanos y vuelvo a repetir también que si me hubiera hallado de gobernador de Mendoza, mucho antes lo hubieran sido."

En la "Gaceta de Buenos Aires" del 24 de mayo de 1820, aparece una carta que a un "corresponsal suyo" envía San Martín desde Santiago de Chile, de la que extraemos este parágrafo que para nuestro caso reviste interés: "Por las comunicaciones del diputado Zañartú, como por otras varias cartas particulares de ésa, se sabe que Carrera estaba levantando una fuerza con el objeto de venir a atacar a Chile. Desprecio altamente a este genio de la discordia porque cuento con el honor del Ejército Unido, pero es para mí una cosa inconcebible cómo en ésa se permite un atentado de esa especie: hazme el favor de decirme qué hay sobre este particular. José de San Martín".

Lo cierto es que las distancias eran muy grandes en esos lueñes días. Las versiones contradictorias permitían que cada uno, en última instancia, imaginara los sucesos a su paladar. Aquí transcribimos breves frases de la carta en que uno de los íntimos de la familia Carrera da cuenta a José Miguel de la suerte de sus hermanos: "Mi querido general: Mi pluma se resiste a escribiros que vuestros valientes y amados hermanos don Juan José y don Luis ya no existen. **Fueron asesinados por orden de San Martín** (el subrayado es nuestro) después de la victoria del 5 de abril que dio a Chile la independencia. Se les juzgó por un Consejo de cinco abogados a las dos de la tarde del día 8, y a las oraciones fueron conducidos a la plaza pública donde ambos se abrazaron, tomaron sus puestos y dieron las voces a los tiradores. Es necesario, mi general, precaver vuestra existencia. **El brazo del asesino está suspendido sobre vuestro pecho** (el subrayado es nuestro). En efecto, se susurra que se han ofrecido treinta mil pesos por vuestra vida, y que una persona ha cruzado el río con ese objeto. Vuestra hermana está postrada en cama, hubo un momento en que tuve pocas esperanzas por su vida. Ahora creo pasado todo peligro. La señora doña Mercedes se ha esforzado en obtener un pasaporte para ésa. La familia está buena. Adiós. Kennedy".

Es fácil imaginar, en un espíritu de por sí turbulento como el del mayor de los Carrera, el efecto de una carta semejante. Sea esto un descargo para todas las depredaciones que cometiera luego en territorio argentino, mientras se encaminaba a su vez a un destino trágico. A San Martín y a O'Higgins, sus inconciliables enemigos, los odiaba ahora con toda la vehemencia de su corazón. Lo leemos en el manifiesto "A los Pueblos Libres" a que ya nos referimos. Dice así: "¿En dónde están nuestros hermanos, nuestros compañeros Juan José y Luis Carrera? ¿Cuál la suerte, cuál el destino de esos ciudadanos ilustres?... Perecieron en el patíbulo como criminales el día 8 de abril. ¡Día funesto y espantoso en los fastos de Chile! Pueyrredón, San Martín y O'Higgins: ved aquí sus bárbaros asesinos... Después que los Carrera han sido asesinados porque gemían, porque aspiraban a su independencia, nadie puede ya pronunciar impunemente el nombre de Libertad. Están decretados los destinos de Chile. ¡Una provincia oscura de la Capital del Río de la Plata!... Compatriotas: ¡que mueran los tiranos para que la patria sea libre e independiente! Ya no tiene Chile otros enemigos que esos viles opresores. Sepultadlos en las cavernas más profundas de los Andes, para que sus cuerpos inmundos sirvan de pasto a las fieras carnívoras de su especie, y vuestra justa cólera dé escarmiento a los ambiciosos y a los malvados. Yo secundaré vuestros esfuerzos gloriosos desde cualquier distancia adonde me lleve el destino. La sangre de los Carrera pide venganza. ¡Venganza, compatriotas! ¡Odio eterno a los déspotas de Sud América! José Miguel Carrera".

Para eso, exclusivamente, vivió desde entonces José Miguel: venganza y odio eterno. Si ante la historia no se justifica, desde un punto de vista humano podemos explicarnos esa tremenda reacción, máxime en un hombre de sus pasiones, y no muy dotado de equilibrio moral.

Se acerca la crisis del año 20, cuando los pueblos del interior reaccionan contra el centralismo de Buenos Aires. Carrera se engancha en ese movimiento, aunque sus motivaciones no son po-



líticas sino exclusivamente personales; pero ve allí la oportunidad de encauzar sus propósitos. Por eso le escribe a su hermana Javiera, anticipando la llegada de López y Ramírez a los campos de Cepeda: "... Ya ves cómo la impotente Santa Fe castiga a esos cobardes orgullosos, sin haber echado mano de los auxilios de Entre Ríos y Corrientes... Aún no es nada, ¡sigue la danza! y en poco tiempo verás cosas muy lindas..." Su hermana Javiera, a su vez, le escribo lo que sigue: "Yo digo de mi parte: Madre mía de los desamparados, ya es tiempo que limpies a Chile de todos los malvados".

En procura de cualquier medio para llegar a su patria, en pleno 1820 informa a su mujer que se ha unido a los indios: "Yo los contemplo y trato de asegurarlos en mi amistad para lo que pueda convenir... Si no es por San Juan, iremos a Chile por los indios, a ver qué hace San Martín y el huacho".

El 27 de abril de ese año, el caudillo chileno dirige "un oficio insultante" al Cabildo de Buenos Aires, desafiándolo, como "al monstruo de San Martín, al traidor O'Higgins, y a cuantos serviles componen su séquito", a que lo desmintieran. Se queja que llamen aventurero a quien tanto ha hecho por la patria y en pago ha visto morir a sus hermanos "por las órdenes del asesino titulado general del Ejército de los Andes, ejecutado por el verdugo Luzuriaga"..., etc.

En otro escrito público, al referirse a San Martín y a O'Higgins, expresa que "el cobarde y afeminado Luzuriaga no fue más que el verdugo de esos monstruos sanguinarios que vomitó el infierno para oprobio del nombre americano. ¡Aleves! Tiranos", y, en fin, otros elogios por el estilo.

A su cuñada Ana María Cotapos, esposa de José María, le escribe a fines de 1818: "Voy a moverme, a vengarte, a vengar y a vengarme".

Durante su estadía en Montevideo, Carrera intima con un grupo de franceses, que al poco tiempo viajan a Buenos Aires y poco después a Mendoza, para cruzar a Chile. Uno de ellos, el coronel Robert, le escribe a Carrera estas muy sugestivas líneas: "Yo creo que si llegamos a Chile, nuestro encargo será fácil y el resultado pronto; no se trata sino de deshacerse de dos hombres, y cuando se está decidido, la cosa no es difícil. Creo, pues, asegurar a Ud., mi general, que muy pronto será Ud. dueño de sus enemigos, o nosotros habremos probado a Ud. nuestro celo y nuestra adhesión de la manera más inequívoca". A buen entendedor... (V. Mackenna, op. cit., pág. 150).

Y así, sin rumbo, aliado de López y Ramírez, derivando luego sólo, con su partida de fieles que no lo abandonaron, se encamina más bien mecánica que deliberadamente, hacia la ansiada venganza contra el "aventurero audaz y codicioso sin límites", que "destruyó la provincia de Cuyo haciéndola sufrir los grandiosos costos de una expedición"...

Se encaminó hacia la venganza, pero encontró la muerte. San Martín surcaba el océano, proas hacia el Perú.

"LAST, NOT LEAST", DICEN LOS INGLESES (ULTIMO, NO INFERIOR). LORD COCHRANE, CASI ULTIMO EN EL ORDEN CRONOLOGICO, ES EL DIFAMADOR MAXIMO DE SAN MARTIN, MAS ALLA DE LA MUERTE

"El objeto de la presente expedición —consigna un oficio que O'Higgins hace llegar a manos del almirante el 19 de agosto de 1820, víspera de la partida— es extraer al Perú de la odiosa servidumbre de España elevándola al rango de una potencia libre y soberana y concluir por ese medio la grandiosa obra de la independencia continental de Sud América. El capitán general del ejército, don José de San Martín, es el jefe a quien el gobierno y la república han confiado la exclusiva dirección de las operaciones de esa gran empresa..." El objeto de esta nota es evidente: conocedor ya el gobernante chileno de las intemperancias que gastaba el altivo lord, quiso despejar equívocos y confusiones, para aventar eventuales desinteligencias. Desgraciadamente, fue un propósito frustrado.

Debe ser fatal, cuando se rozan dos vigorosas personalidades, que se altere el equilibrio, y devenga la armonía en tensión y discordia. Este "innoble pugilato" al decir de Mitre, hizo daño a la causa e hizo daño también a sus protagonistas. El Delegado chileno en el Perú, D. Luis Cruz, escribe sobre la mala salud con que encontró a San Martín: "...Él confiesa que la conducta de Cochrane ha sido el origen de su enfermedad, por lo que le exaltó su malversación, pero no quiere prescindir de negocios que han de incomodarle". (L. Cruz, carta de 13/XI/1821, Lima).

Las diferencias se sintieron a poco de partir, aunque ambos personajes procuraron evidentemente disimularlas. Pero a pesar del oficio que parcialmente reproducimos, acordando la única y máxima autoridad a San Martín, el inquieto almirante consigue hacer firmar a veintitrés oficiales suyos, en la cual marginan por completo a San Martín, declarándose exclusivamente subordinados al almirante, cuyos poderes "no pueden transferirse a otro". Sólo no firmaron Guise y Spry, "...aquél por hallarse arrestado— dice Cochrane— y éste por estar resentido conmigo..." A renglón seguido presentaban la renuncia colectiva de sus cargos, con lo que creaban la perturbación consiguiente.

"Al proceder así (retirar la renuncia) sólo lo hacía por afecto al general O'Higgins —dice Cochrane— cuya bella índole, demasiado condescendiente... O'Higgins, semejante a otros muchos buenos capitanes, no desarrolló en el gabinete aquel tacto con que tan brillantemente había servido a la patria en el campo de batalla, tacto indispensable, aún cuando el general San Martín, con su habilidad peculiar, de volver en provecho suyo las proezas de los otros, se esforzase en llevar la palma, porque la gloria era en realidad de O'Higgins".

En sus memorias, lord Cochrane se refiere al senado de Chile en estos términos: "Es de este cuerpo que emanaron todas las vejaciones diri-



José Miguel Carrera, de brillante e infausta trayectoria en los anales históricos de Chile y Argentina: su enemistad con San Martín trascendió a toda su familia.

gidas contra mí, según personas que escribieron acerca de Chile, instigadas por San Martín; pero yo no tengo pruebas para tomar sobre mí la aseveración de un hecho tal, aun cuando la conducta del expresado general hizo más que probable esta opinión".

"Sin embargo —dice más adelante— no quedaban dudas de que San Martín hubiese sido cómplice en muchas de las incomodidades que se ocasionaron a la escuadra y a mí; pues que al acusarle una vez de ésto me respondió: "Que sólo quería ver hasta cuándo el Supremo Director permitiría que el espíritu de partido se opusiese a la prosperidad de la expedición", añadiendo: "Pierda Ud. cuidado, milord, yo soy el general del ejército y Ud. será el almirante de la escuadra". (Cochrane, "Memorias", págs. 79 y 80).

También trata de hacer aparecer a su antagonista como cobarde, y sin ninguna prueba, como en la mayor parte de sus aseveraciones, narra lo siguiente: "El general San Martín, al llegar a Pisco, no quiso entrar en la villa, bien que las fuerzas españolas no contasen allí más que 300 hombres escasos. Haciendo desembarcar las tropas al mando del mariscal (sic) Las Heras, se marchó costa abajo en la goleta Moctezuma. Los habitantes se retiraron, entretanto, al interior, llevándose consigo sus ganados, esclavos y aún los muebles de sus casas. Una conducta tal de San Martín causó gran descontento en el ejército y la escuadra, puesto que había un contraste con la primera toma que se hizo de dicha plaza el año anterior, por el teniente Charles y el mayor Miller, acompañados de un puñado de hombres".

Y aquí vuelve a insistir con la misma finalidad, tratando al mismo tiempo de hacer aparecer una diferencia a favor de la escuadra y —por supuesto— de sí mismo: "El día 12 (noviembre de 1820) el ejército volvió a desembarcar, con manifiestas demostraciones de descontento por parte de los oficiales, quienes se hallaban naturalmente celosos de la gloria de la escuadra, por no permitírseles tomar parte alguna en ningún género de empresas. El general San Martín, a fin de mitigar este sentimiento, acudió a una superchería (sic) casi increíble, cuya tendencia era inculcar en el espíritu del pueblo chileno la idea de que **¡el ejército era quien había capturado La Esmeralda y no la escuadra!** (subrayado original). El mismo San Martín llegó a afirmar que la empresa no había sido el resultado de sus planes, a los cuales yo había asentido, cuando era un hecho evidente que yo, dudando de sus confidentes, había tenido que ocultar hasta la intención de dar tal ataque. He aquí un extracto del boletín que dió el ejército en esta ocasión: "Antes de separarse el general en jefe y el vice almirante de la escuadra, se concertaron en llevar a cabo un proyecto memorable capaz de sorprender a la intrepidez misma (subrayado original) y hacer eterna fama de la expedición libertadora del Perú. Aquellos valientes soldados que por tanto tiempo habían sufrido con constancia heroica la más cruel opresión, y el tratamiento más inhumano en los calabozos de Casas-Matas, acaban de llegar a nuestro Cuartel General. Ni promesas halagüeñas de libertad ni amenazas de muerte han podido derrocar su lealtad a su país; bien por el contrario, esperaron con aliento el día en que sus compañeros de armas vendrían a arrancarlos de su infortunio y a vengar los insultos que en sus personas recibiera la humanidad ultrajada. Esta gloria estaba reservada al Ejército Libertador (s. orig.), cuyos esfuerzos arrancaron a la tiranía estas honrosas vidas. Que ésto se publique para satisfacción de estos individuos y del ejército a cuyas armas deben su libertad..." "De este modo, —continúa Cochrane—, se hizo aparecer ante el pueblo de Chile que el ejército había capturado la fragata y conseguido la libertad...", etc.

Cuando San Martín, consecuente con sus madurados planes, que no permitió que alterara el deseo de presas del lobo de mar inglés, ocupa con su ejército la gran Capital del poderío español en América, obligando a desalojarla al virrey y al ejército enemigo, procede a proclamar la independencia del Perú, en el marco de la más imponente solemnidad. Por supuesto, en esa memorable circunstancia es invitado Cochrane para estar junto al general. Y aquí es preciso reconocer que éste cometió un grave error o una notoria injusticia, que para el caso es lo mismo: manda hacer y distribuir medallas recordatorias de la magna fecha, en las cuales omite por completo a la escuadra y su innegable y valiosa colaboración. Este es el texto acuñado: "Lima obtuvo su independencia el 28 de julio de 1821, bajo la Protección del general San Martín y el Ejército Libertador". ¡Cochrane y los marinos ignorados!

Es extraño esta falta de tacto en quien, precisamente, se distinguió siempre por su agudeza política, siendo quizás esta condición la que le permitiera el máximo aprovechamiento de sus virtudes estrictamente militares.

Es de imaginarse, por ende, el resultado contraproducente en el ánimo del jefe de la escuadra, teniendo en cuenta la tensa situación que ya existía. Todo esto nos hace pensar que un cambio se había producido en la naturaleza misma de San Martín, que por otros síntomas que acusa en esta última etapa de su gran campaña, pareció no ser el mismo que vencía a los "maturrangos" en la cuesta de Chacabuco. Cochrane quedó muy ofendido, y si bien no justificamos sus increíbles extralimitaciones, muy poco caballerescas, reconocemos que en este caso tuvo toda la razón de su parte. Esto no contribuyó a armonizar los esfuerzos.

Además, el pago de los sueldos de la escuadra venía constituyendo un motivo de preocupación, ante los constantes reclamos del almirante y la imposibilidad en que se hallaba San Martín para satisfacerle. El marino pone en boca de su propio secretario el relato de un violento diálogo que sostuvieron, cuya versión es como sigue: "Al día siguiente, 4 de agosto, no sabiendo lord Cochrane que San Martín había cambiado de



título, fue a palacio y rogó al general en jefe propusiese un medio para pagar a los marineros extranjeros, que habían cumplido sus contratos. San Martín respondió a estoque "él nunca pagaría a la escuadra chilena a menos que no fuese vendida al Perú, y que entonces el pago sería considerado como parte del precio de adquisición". Lord Cochrane le respondió que "con semejante criterio, la escuadra chilena sería transferida al Perú por el simple pago de lo que se debía a sus tripulaciones por servicios rendidos a ese Estado". San Martín frunció las cejas y volivéndose a sus dos ministros, García y Monteagudo (el alvearista de 1815), les ordenó retirarse, a lo que se opuso Su Señoría, haciendo presente que "como no sabía bien la lengua española, deseaba se quedasen como intérpretes, por el temor que pudiera considerarse ofensiva cualquier expresión mal entendida". San Martín se volvió entonces hacia el almirante y le dijo: "¿Sabe Ud. milord, que yo soy el Protector del Perú?" —"No", le respondió Su Señoría. "Pues yo mandé a mis secretarios informasen a usted de ello" repuso San Martín. "Es inútil ahora —le replicó Su Señoría— puesto que Ud. me lo acaba de comunicar personalmente; pero espero que la amistad que ha reinado (¿?) entre San Martín y yo, continuará existiendo entre el Protector del Perú y mi persona". San Martín entonces, restregándose las manos, dijo: 'Lo único que tengo que decir es que yo soy el Protector del Perú'. (A nosotros se nos ocurre poco verosímil esta respuesta, conociéndolo al hombre a través de muchos testimonios, por lo que recordamos que ésto es sólo un relato del secretario personal del marino inglés). 'El modo con que pronunció esta última frase —continúa ahora el secretario— excitó al almirante, quien adelantándose dijo: 'Entonces es a mí a quien compete, como oficial de Chile, y por consiguiente el más caracterizado para representar la nación, pedir se cumplan todas las promesas hechas a Chile y a la escuadra; pero ante todo y principalmente, a la escuadra'. San Martín repuso: '¡Chile, Chile! Yo nunca pagaré un real a Chile, y en cuanto a la escuadra, puede Ud. llevársela adonde guste y marcharse cuando quiera: con un par de bergantines tengo lo bastante'. Luego le dijo: 'Olvide, milord, lo pasado'. Su Señoría respondió: 'Lo haré cuando pueda'. Y se retiró".

Dice el secretario a continuación — o el mismo Cochrane por medio de su amanuense— que el almirante, desengañado ya del hombre, recapituló cuanto de él se decía en punto a luchas internas (con alusión al fusilamiento de los Carrera) y llegó a la conclusión de que su vida no estaba segura en tierra...

Al pie de lo que atribuye a su empleado, Cochrane agrega: "Una circunstancia ha sido omitida en la presente narración. El general San Martín al conducirme hasta la escalera tuvo la temeridad de proponerme siguiese su ejemplo, esto es, faltase a la fe que ambos habíamos jurado al gobierno de Chile, apropiase la escuadra a sus intereses y aceptase el grado más elevado de Primer Almirante del Perú. Es casi excusado decir que deseché proposiciones tan deshonrosas (¡sic!) San Martín, al ver mi negativa, me declaró en un tono irritado 'que ni pagaría a los marineros sus atrasos ni la recompensa que les había prometido".

Resulta evidente el objetivo de todo eso, que fue cuidadosamente publicado por Cochrane: enajenar a San Martín el apoyo de Chile, la amistad de O'Higgins y su prestigio en la nación hermana. Fuerza es confesar que ese avieso propósito rindió resultado, pues durante muchos años su nombre fue pronunciado con desapego y antipatía. Un chileno de Chillán escribía a O'Higgins en octubre de 1822: "El odio que le tienen (los chilenos a San Martín) es el yegua". "Odio yegua", que es un modismo regional, significa odio profundo, incurable o algo equivalente.

En una carta del 7 de agosto de 1821, el inglés le dice al Libertador que le va a decir la verdad, por lealtad y por "un deber de amistad en pago del apoyo que Ud. me prestó cuando en otro tiempo se tramaban planes y complots viles para expulsarme del servicio de Chile". Es decir, que existía una deuda de gratitud, que no se tuvo en verdad muy en cuenta, aunque se la menciona: Hechos son amores...

A esa carta amable en el tono, responde el destinatario con estos conceptos: "Yo he ofrecido a la tripulación de la marina de Chile un año de sueldo de gratificación y me ocupo en el día de reunir los medios de satisfacerlo; reconozco también por deuda la gratificación de 50.000 pesos que Ud. ofreció a los marineros que apresaron la fragata Esmeralda, y no solamente estoy dispuesto a cubrir ese crédito sino a recompensar como es debido a los bravos marineros que me han ayudado a libertar el país; pero Ud. debe conocer, milord, que los sueldos de la tripulación no están en igual caso, y que no habiendo respondido yo jamás de pagarlos no existe de mi parte obligación alguna". (No podría decir tal cosa si Cochrane tuviera alguna prueba de lo contrario). "En la comisaría de aquel Estado —prosigue— deben existir los cargos de oficiales y marineros, y en el respectivo ministerio el rol y sus alcances; y aunque supongo justo que en la escasez del erario de Chile se le indemnicen de algún modo sus gastos expedicionarios, esto será para mí una agradable atención, pero de ningún modo reconoceré el derecho de reclamarme los sueldos vencidos".

La intransigencia por ambas partes, en esta diferencia que mereció ser resuelta con sentido práctico, cualquiera fuera el concepto, en homenaje a los sagrados intereses en juego, no pudo sin embargo ser superada.

El tozudo marino, en cambio, no repara en agravio de todo calibre y de pérfida intención: "En cuanto a su promesa de dar a los marineros la paga de un año de recompensa por sus servicios —dice en la pág. 162 de su escrito— nunca la cumplió ni pensó cumplirla (¡sic!); mientras que los 50.000 pesos prometidos a los que capturaron la Esmeralda, y que dice 'estaba tratando de recoger', hacía tiempo que los había recogido y en cantidad mucho mayor de los españoles, guardándoselos".

Más adelante (pág. 166): "Conociendo el Protector mi ánimo para no reconocer su autoridad

usurpada...", es otro el adjetivo que le dedica: usurpador.

San Martín tuvo problemas con el arzobispo de Lima, al que entregó los pasaportes para que volviera a España, lo cual aprovecha su terrible antagonista para calificar la medida como "un acto de demencia política".

El puntilloso marino cuenta que una feliz casualidad le permitió apoderarse del tesoro del Estado, que San Martín trató de poner a buen recaudo, embarcándolo, ante la posibilidad de un contraataque de los españoles. Es paradójico que quien cometía un acto duro de calificar, pretende adivinar las más deshonestas intenciones en su enemigo, y así lo propala con inexcusable ligereza: "Este dinero había sido enviado a Ancón bajo el pretexto de ponerlo a salvo de cualquier ataque de las fuerzas españolas, pero con el ánimo quizá de hacerlo servir a las miras ulteriores del Protector".

Fueron inútiles las notas conminatorias de Monteagudo, para que restituyera ese importante caudal del Estado peruano. Transcurrió el tiempo, pero el almirante no cambió de parecer. Leamos lo que él mismo confiesa: "Después de cerca de cuarenta años que han transcurrido —ya San Martín había muerto— y de una dilatada reflexión, no puedo reprocharme el paso que di apoderándome del dinero del gobierno protectorio. San Martín y yo fuimos encargados, cada uno en su esfera (esto no es exacto. recordemos el oficio del gobierno de Chile, poniendo toda la expedición en una sola mano, la del Capitán de los Andes), de independizar al Perú de España y de dar a los peruanos las mismas instituciones libres de que Chile gozaba".

Pero la edad no llevó serenidad al espíritu de este hombre, aunque a su regreso a Inglaterra sufrió graves medidas disciplinarias, y sólo mucho más adelante logró su rehabilitación. El odio a San Martín también parece haber sido, como dirían los chilenos, "odio yegua", si nos atenemos a estas notas, a diez años de haber expirado en Boulogne su rival de entonces: "Aun cuando mi fortuna para que fuese igual a la suya, dependía tan sólo del consentimiento que yo prestase al daño que él había hecho a Chile (¡sic!) y en apoyarlo en el daño mucho mayor que estaba causando al Perú, creí de mi deber no sacrificar mi propia estimación y prostituir el carácter de mi profesión, prestándome a servir de instrumento a tan viles maquinaciones. Hice cuanto estuvo de mi parte, por retraer a San Martín de las consecuencias de una ambición tan mal dirigida; pero mis advertencias fueron desatendidas, cuando no despreciadas".

Fue un verdadero drama en plena epopeya, con mucho de tragedia griega. Por ejemplo, cuando narra Cochrane, a su modo, el clima de Lima en 1822, y cargando las tintas dice: "Se había formado una casi guardia real, compuesta de los principales jóvenes de la ciudad, que servían de escolta al Protector cuando salía al público; precaución no del todo inútil, a pesar de hallarse los limeños desarmados. En una palabra, los limeños tenían una república que hormigueaba de marqueses, condes, vizcondes y otros títulos de monarquía, a cuyo fin todos creían se encaminaba el Protector". El testimonio de Bolívar y de muchos otros, y sobre todo, los acontecimientos ulteriores, demostraron que no era así.

Al producirse el regreso de San Martín a Chile —para pasar de allí a Mendoza— dice el almirante: "Los patriotas de Chile ansiaban que yo arrestase (¡sic!) a San Martín, y estoy cierto que si así hubiese procedido los hombres del poder no se habrían quejado; pero yo preferí dejar que el gobierno siguiese su propio curso. Al día siguiente (se refiere al regreso del Libertador a Sgo. de Chile) San Martín partió para Santiago en uno de los carruajes del Director, acompañado de una escolta, cubriendo esta muestra de honor con el temor que había por la seguridad individual del Excmo. Protector, hecho algo fundado si se atiende a la justicia con que el pueblo chileno apreciaba su conducta pasada".

Al margen de ese comentario, el lord inglés se dirige al gobierno chileno solicitando, en virtud de cargos que enumera, la formación de un sumario al vencedor de Chacabuco y de Maipú. Los hombres que entonces detentaban el poder oficial salvaron a Chile de caer en un oprobio semejante. Pero leamos algo de Cochrane sobre el asunto: "Excmo. Señor: Don José de San Martín, antiguo comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias de Chile (no eran sólo de Chile) para libertar al Perú, habiendo llegado hoy a Valparaíso y hallándose ahora bajo la jurisdicción de las leyes de Chile, no pierdo un instante en informar a V. E. que si fuese del beneplácito del gobierno formar un sumario acerca de la conducta del mencionado D. José de San Martín, estoy pronto a probar el haberse apoderado violentamente de la autoridad suprema del Perú, en contravención a las solemnes promesas por ante V. E. el Supremo Director de Chile; el haber intentado seducir a la marina de dicho Estado; el recibir y recompensar a desertores del servicio chileno; el colocar sin derecho alguno a las fragatas Prueba y Venganza bajo la bandera del Perú; y otras demostraciones y actos hostiles a la república de Chile. Firmado de mi puño el 12 de octubre de 1822, a bordo del buque O'Higginis, en la bahía de Valparaíso. Cochrane".

Hay todavía más; siempre en esta histórica controversia hay todavía más. La saña de los campeones, sobre todo del lado del marino, no se agotó nunca: fue hasta más allá de la muerte. Para tener una pauta aproximada de una larga carta de descargo que el lord dirige a San Martín, registramos estas breves frases, aunque verdaderamente de antología: "...Además, no tiene Ud. la decencia de hacer citaciones correctamente..." "...Lo que Ud. prometió y lo que negó son igualmente inimportantes..." "...Si el señor Monteagudo es capaz de negar la verdad como Ud. ha dicho, lo creeré entonces personalmente delincuente de todas aquellas maldades, por las cuales fue botado del gobierno de Lima, pero por fin ahora creo que Ud. era el solo autor de ellas..." No se muestra arrepentido de haberse apropiado del tesoro del Perú, porque eso lo ha "salvado de la mortificación y la vergüenza de parecer embaucado por un hombre como Ud..." Como se puede apreciar, se había perdido la línea lamentablemente. Anotemos una diferencia: San Martín actuó principalmente a través de sus ministros, y no directamente, salvo en contadas oportunidades; además, pasado el momento de furor, el Libertador no volvió sobre el asunto. Ya dijimos, en cambio, que Cochrane se ocupó de este enfrentamiento hasta cuarenta años después, muerto San Martín.

Hallándose en Bruselas, en su primer exilio, el general le escribe al también general Miller, su viejo amigo, esta simpática carta: "Bruselas, 16 de octubre de 1827: ...Ha hecho Ud. muy bien en asegurar a lady Cochrane no haberla



visto en ninguna calle de Bruselas; una sola vez la vi, pero a larga distancia, y a la verdad que estaba bien apetitosa (Ya dijimos que el prócer era un hombre...), pues me pareció estaba más gruesa de lo que la había conocido; si la hubiera encontrado, esté Ud. seguro le hubiera ofrecido mis respetos, pues las diferencias que han mediado entre su marido y yo no deben ser trascendentales a su amable esposa. Si Ud. la ve, tenga la bondad de devolverle su cariñoso recuerdo". Y así, con esta nota menos amarga, cerramos este capítulo.

OTROS ENEMIGOS DE SAN MARTIN

El general Miguel Brayer, ex oficial napoleónico, había sido contratado por Carrera. Venía precedido de gran prestigio, como desde tiempo inmemorial sucedió en América con todo lo que tuviera procedencia europea, aunque no valiera mucho. O menos.

Era conocida su escasa simpatía hacia San Martín, quizás por esa vinculación con el caudillo chileno. Lo cierto es que en momentos en que se iba a librar la batalla de Maipú, quince días después del desastre de Cancha Rayada, ante una lucha que sería necesariamente decisiva, confirma su actitud derrotista al solicitar en jefe su venia para retirarse, pretextando razones de salud. San Martín no se la concede, pero Brayer insiste, en forma que, según el código militar, era suficiente para el fusilamiento.

Se reprime San Martín, pero en tono despectivo y enérgico le dice: "Señor general: el último tambor del Ejército Unido tiene más honor que usted". Dio grupas y comunica al ejército de inmediato que el general Brayer "quedaba en suspenso del empleo por indigno de obtenerlo". Mientras sus compañeros de armas se llenaban de gloria en Maipú, el oficial francés regresaba lentamente a Santiago. Años después publicó un folleto contra el Libertador y el coronel Heres...

En octubre de 1821, en momentos en que las circunstancias imponían a las fuerzas que habían desembarcado en la tierra de los Incas una inactividad insoportable, el coronel D. Tomás Heres, que comandaba el escuadrón "Numancia", fue protagonista de una intriga: de la sumaria investigación quedó sindicado como el promotor de una conspiración para derrocar a San Martín. Éste se vio obligado a destituirlo, no sin comprender lo peligroso de la situación; por esos días, el gobierno de Buenos Aires —Martín Rodríguez, Rivadavia— le negaba toda ayuda, condenándolo al aislamiento, según quedó dicho.

Un sordo malestar dejó como secuela este desdichado asunto, y de resultas del mismo pide su separación del ejército el general Las Heras, reemplazándolo en su puesto Rudecindo Alvarado.

RIVA AGÜERO. Cuando en Perú se desencadena la guerra civil, en 1823, José de la Riva Agüero, a la sazón presidente de la república, desde Trujillo le escribe a San Martín pretendiendo embarcarlo en ese tipo de lucha. Datada el 22 de agosto del mencionado año, y con un cierto tono como de autoridad que imparte órdenes, le dice: "A lo que dije a Ud. el día 3 de este mes, añado que es llegado el caso de venir a prestar sus servicios".

Le pinta una situación lisonjera, política y militar, y agrega: "Cuantos fusiles pueda Ud. traer de Mendoza, Córdoba y otras partes, sírvase Ud. hacerlos venir donde yo me halle, en la inteligencia que sería pagado su importe y de que con éstos hará Ud. un servicio notable al Perú". Luego agrega también que si Bolívar no llega en tres días, él se pondrá al frente de las tropas, que están en Huauras y que en cualquier momento puede entrar en Lima.

Lo que buscaba era enfrentar en la guerra civil a San Martín y Bolívar y es por eso la violenta carta con que le contesta el general argentino (22 de octubre de 1832): "Al ponerme Ud. semejante comunicación, sin duda alguna se olvidó que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la Libertad del país, que Ud. sí, que sólo Ud. ha hecho desgraciado. Si a la Junta Gubernativa y a Ud. ofrecía mis servicios, con la precisa circunstancia de estar bajo la orden de otro general, era en consecuencia de cumplir al Perú la promesa que le hice a mi despedida, de ayudarlo con mis esfuerzos si se hallaba en peligro. Como lo creí después de la desgracia de Mosquera. Pero, ¿cómo ha podido Ud. persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín (a los que Ud. no se ha dignado contestar antes) fuesen jamás dirigidos a un particular y mucho menos a su despreciable persona? Es inconcebible su osadía grosera al hacerme la propuesta de emplear mi sable en una guerra civil. ¡Malvado! ¿Sabe Ud. si éste se ha teñido jamás en sangre americana?" Le reprocha la invitación así como la disolución del Congreso, al que Riva Agüero declara traidor, y que fue paciente obra de San Martín. "¿Habrá un solo oficial capaz de servir contra su patria? ¡Y más que todo, a las órdenes de un canalla como usted!" Y finaliza abruptamente: "¡Eh, basta! Un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado".

Podrían citarse otros nombres, de escasa trascendencia por lo poco que significaron, o porque su malquerencia con San Martín fue solo en un aspecto, o en un momento dado. Alvarez Condarco, v. gr., que disfrutando toda la confianza de San Martín, a la que es cierto que se hizo acreedor, defeccionó más tarde. Es cierto asimismo que se arrepintió de ello. Y algunos otros.

¿Qué queda del balance? El hombre que ha luchado contra la precariedad de medios, sacándolo todo como milagrosamente de la nada, que enfrenta a un enemigo poderoso, con una concepción estratégica que es el asombro de los estudiosos, y que eso lo ha logrado debiendo superar el drama de tantos enemigos en el frente interno, que parece que se turnaran para no dejarle al vencedor de la cordillera, ni una sola noche sin insomnio.

San Martín no fue querido en su propia patria; no fue querido en Chile; no fue querido en Perú. Sólo Mendoza tiene el honor insigne de haber deparado al grande hombre, quizás los momentos más felices de su vida. Pero eso es tema para quien se refiera a los amigos del Gran Capitán. ◆

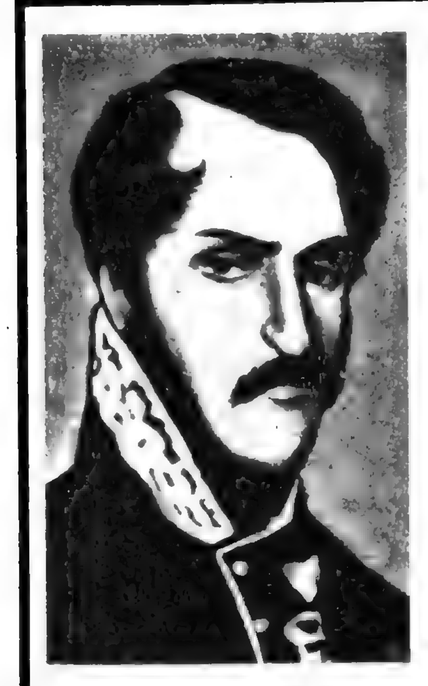




por
María
Elena
Manzoni

CRONOLOGIA DEL GENERAL JOSE DE SAN MARTIN

La cronología, la trayectoria, la nostalgia... El famoso óleo de Luis de Cervi reconstruye alguno de los muchos instantes en que San Martín, ya anciano, habrá revivido los episodios liminares de su vida, subrayados en el presente artículo.



José de San Martín, padre del Libertador.



Gregoria Matorras de San Martín, su madre.

1728 - Nace en Cervatos de la Cueza (Castilla la Vieja) D. Juan de San Martín.

1738 - Nace en Villa Paredes de Nava (Castilla la Vieja) Gregoria Matorras, hija de D. Domingo Matorras y de D. María del Ser.

1767 - Gregoria Matorras se traslada a Buenos Aires con su primo Jerónimo.

1770 - Se casan por poder Juan de San Martín y Gregoria Matorras.

1774 - Juan de San Martín pasa a regentear a pueblos de Misiones y se instala como Teniente Gobernador en Yapeyú.

1771 - Nace María Elena de San Martín.

1772 - Nace Manuel Tadeo de San Martín.

1774 - Nace Juan Fermín Rafael de San Martín.

- Nace Justo Rufino de San Martín.

1778 - **El 25 de febrero nace en Yapeyú, José de San Martín.**

1781 - Se traslada con su familia a Buenos Aires, donde se instalan.

1783 - Se embarca con su familia en la fragata "Santa Balbina" rumbo a España.

1786 - Ingresa en el Seminario de Nobles de Madrid, institución encargada de "la educación de la nobleza del reino"; adquiere en este instituto conocimientos de matemáticas, ciencias naturales, geografía, latín, francés, retórica, música, dibujo, esgrima y baile.

1789 - **El 1º de julio solicita su incorporación como cadete al Regimiento de Murcia, iniciando su instrucción militar.**

1791 - Interviene en las luchas entre españoles y moros; su batallón refuerza la Guarnición de Orán, que es asediada durante treinta días.

1793 - Se incorpora al ejército de Aragón, y al poco tiempo pasa al del Rosellón que actuaba bajo el mando del General Ricardos, habilísimo general español, que en ese momento combate al ejército de la República Francesa. Interviene en los combates de Masden y Truilles, distinguiéndose en la defensa de Torre Batera, de Creu del Ferro, ataque a las Alturas de San Marsal y baterías de Villalonga, así como la salida de la Ermita de San Lluc, y acometida al reducto artillado de los franceses en Banyuls del Mar; **por su comportamiento es ascendido a la clase de Subteniente.**

1794 - Por su participación en los combates de Port Vendres y la resistencia de la Guarnición de Collome, **es ascendido a Teniente Segundo.**

1796 - Fallece su padre en Málaga (España).

1797 - Interviene en la lucha que España, aliada a Francia, ha declarado a Inglaterra. Esta vez el Murcia está a bordo de la Escuadra Española del Mediterráneo, participando en el combate naval del Cabo de San Vicente.

1798 - Es atacada y vencida la fragata española Santa Dorotea; está presente en el combate.

1801 - Actúa en el incruento sitio de Olivenza, episodio militar de la "Guerra de los Naranjos", entre España y Portugal.

1802 - Como consecuencia de la Paz de Amiens, el Murcia bloquea Gibraltar y Centa.

1804 - **En Cádiz le otorgan el título de Capitán Segundo de Infantería ligera de Voluntarios de Campo Mayor.**

CRONOLOGIA DEL GENERAL JOSE DE SAN MARTIN



Remedios de Escalada de San Martín, "esposa y amiga".

1807 - Por el Tratado de Fontainebleau, España y Francia planean tomar y repartirse Portugal; el Regimiento de Voluntarios de Campo Mayor forma parte de las tropas españolas que deben ocupar el Sur de Portugal.

1808 - Ante la irresoluta actitud del Capitán General de Andalucía, Gral. Francisco María Solano, de bombardear la escuadra francesa surta en Cádiz, el pueblo se amotina y está dispuesto a ultimarlo. Su ayudante José de San Martín, organiza la defensa del lugar que ocupa Solano; sus esfuerzos son vanos, **salvando milagrosamente su vida.**
- Es destinado al ejército de Andalucía didirigido por el Gral. Marqués de Compigní. Cumple una meritoria labor en Arjonilla, **siendo ascendido a Capitán del Regimiento de Borbón.**
  Un mes después, cumple un heroico papel en Bailén.
- Interviene en la batalla de Tudela.

1810 - Es nombrado Ayudante del Campo del Campo del Marqués de Compigní.

1811 - Forma parte del Regimiento de Sagunto.
- **Viaja a Londres**, poniéndose en contacto con las sociedades secretas que allí funcionan.

1812 - **Se embarca en Londres en la fragata George Canning**, teniendo como destino el Río de la Plata. Sus compañeros de viaje son Carlos de Alvear, Francisco Chilavert, Matías Zapiola, Francisco Vera, Antonio Orellano, Barón Eduardo de Holmberg.
- El 16 de marzo, el Triunvirato le reconoce el grado de **Teniente Coronel de Caballería**, encomendándole la formación del Regimiento de Granaderos a Caballo.
- El 12 de Setiembre **contrae enlace**, en la Catedral de la Ciudad de Buenos Aires, con D. María de los Remedios de Escalada.
- Funda con sus compañeros de viaje la Logia Lautaro, organización de marcados fines políticos.
- Es uno de los actores de la Revolución que, el 8 de octubre, derroca al Primer Triunvirato.
- El 7 de diciembre **es ascendido a Coronel y se lo nombra Jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo, por él formado.**

1813 - El 3 de febrero se desarrolla el Combate de San Lorenzo, en las Barrancas del Río Paraná. Su importancia radica en el hecho de haber detenido las incursiones enemigas por las costas de los ríos interiores y por haber hecho comprender a los hombres de Buenos Aires la necesidad de organizar una escuadra que asegurara el dominio de los ríos.
- En el mes de marzo, fallece su madre en Orense (España).
- El 3 de diciembre se lo nombra **Jefe de la Expedición de auxilio al Ejército del Alto Perú**, con la orden de tomar el mando de dicho ejército, por la ineptitud militar demostrada por Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma.
- Se lo nombra **Mayor General del Ejército.**

1814 - **Reemplaza a Belgrano** en el mando del Ejército del Norte.
- Al conocer la situación del ejército auxiliar del Perú, y en el cargo de General en Jefe del mismo, concentra las tropas en Tucumán, para protegerlas del enemigo y reorganizarlas.
- Recomienda a Martín M. de Güemes por su desempeño, recibiendo éste el grado de Teniente Coronel del ejército.
- El 29 de mayo, por razones de salud, deja el mando del ejército del Norte y se dirige a Córdoba.
- El 10 de agosto **es nombrado Gobernador Intendente de Cuyo**; nombramiento que fue hecho a su pedido.
- El 16 de septiembre se le ordena "prepare la defensa de Mendoza", ante la posibilidad de un ataque enemigo.
- El Director Posadas le anuncia en carta confidencial, el viaje a Mendoza de D. Remedios de Escalada de San Martín.
- El 16 de octubre, en Mendoza, nombra al Coronel Mayor D. Marcos Balcarce, Comandante General de Armas de la Provincia de Cuyo.
- En el mes de octubre, ordena por bando **"que todo individuo que se halle en dispo-**

sición de poder llevar armas y no estuviese alistado en los cuerpos cívicos, lo verificase en el término de ocho días". (Mendoza)

- En el mismo mes, recibe en Mendoza la noticia del desastre de Rancagua; llegando a ésta dos jefes importantes, Carrera y O'Higgins, entre quienes existen grandes divergencias, y parte de la tropa en retirada.
- El 30 de octubre, mediante un golpe militar, determina que los emigrados chilenos quedan bajo la protección del Supremo Gobierno de las Provincias Unidas, remitiendo a Buenos Aires a los partidarios de Carrera.
- En noviembre remite un plan al gobierno de San Juan, para fomentar la agricultura.
- Ordena por bando la entrega de todas las armas blancas y de chispa del ejército chileno, con severas penas al que no lo hiciese.
- En noviembre, oficia al Gobierno de Buenos Aires, sobre las medidas para fomentar revoluciones en Coquimbo y Huasco (Chile); apoyándose su plan.
- En diciembre, envía al Cabildo de Mendoza una bandera tomada en Montevideo.

1815 - En enero es nombrado Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, D. Carlos de Alvear; debido a las tirantez existente desde 1813 entre ambos, este nombramiento lo afecta, pidiendo que se le otorgue una licencia.

- El 4 de febrero, comunica por bando el Decreto del Gobierno Nacional que indulta a todos los desertores del Ejército que se presenten a las autoridades en el término de un mes.
- El 15 de febrero, en Mendoza, el Cabildo Abierto reunido a pedido de la población, **exige que continúe en el Gobierno retirando su pedido de licencia.**
- El 28 de febrero Manuel Moreno le oficia para que continúe al frente del Gobierno de Cuyo, ordenándole a Perdriel que regrese a Buenos Aires.
- El 2 de abril dispone que todo americano, desde la edad de 14 años y hasta los 45, se aliste en los cuerpos del ejército en el "perentorio término de un mes".
- El 21 de abril, el Cabildo se adhiere al movimiento de Fontezuela, negando obediencia a Alvear. (Mendoza)
- En junio informa al Director Supremo sobre lo irrealizable del plan remitido por J. M. Carrera, dando los lineamientos de cómo él lo realizaría.
- El 15 de mayo parte a Retamo para reparar su salud, dejando el mando político al Coronel Mayor Francisco A. Ortiz de Ocampo.
- El 16 de mayo dicta un bando estableciendo las normas que deben regir la elección de diputados a la Asamblea Nacional que se reunirá en Tucumán.
- El 11 de julio el Gobierno Nacional comunica la partida de oficiales y tropas con destino a su ejército.
- El 11 de agosto ordena la conscripción de recursos para la construcción de un cuartel para las tropas (El Plumerillo).
- En agosto **renuncia al mando militar de Cuyo, para facilitar la Expedición a Chile.**

1816 - Marcha a reconocer los caminos de la Cordillera adyacentes a Mendoza, dejando el mando político en el Cabildo y el militar en el Coronel J. M. Zapiola.

- José Aldao, estando de servicio en el camino de Uspallata, emprende un reconocimiento sobre la cumbre de la Cordillera y descubre una avanzada española en Juncalillo, a la que toma.
- Llegan a Mendoza 900 fusiles y otros artículos de guerra.
- El Congreso de Tucumán elige Director Supremo a J. M. de Pueyrredón.
- Escribe a Guido manifestándole su decepción: "Estamos a mediados de mayo y nada se piensa; el tiempo pasa y tal vez se pensará en expedición cuando no haya tiempo".
- Funda una filial de la Logia Lautaro en Mendoza.
- En el mes de mayo, oficia al Director Supremo sobre sus propósitos militares, solicitándole una audiencia para exponérselos.
- Envía a Buenos Aires a Alvarez Condarco para exponer un plan de operaciones ofensivo-defensivo, con el fin de invadir Chile.
- Pueyrredón y San Martín deciden reunirse en Córdoba "para arreglar asuntos del servicio".
- En junio parte a San Luis para entrevistarse con Pueyrredón; delega el mando



Mercedes de San Martín, hija del Libertador.



Mariano Balcarce, su hijo político.



Mercedes Balcarce y San Martín, nieta mayor.



Josefa Balcarce y San Martín, nieta menor.

CRONOLOGIA DEL GENERAL JOSE DE SAN MARTIN

militar en O'Higgins y el político en el Ayuntamiento.

- Desde Córdoba escribe a Godoy Cruz, poniéndolo al corriente de su conversación con Pueyrredón.
- En agosto **es nombrado General en Jefe del Ejército de los Andes**, siendo este Decreto, el primer instrumento legal de la creación del ejército de los Andes.
- Jura y hace jurar a los jefes y oficiales del ejército de los Andes, por la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sancionada en Tucumán.
- En agosto, **nace en Mendoza su hija Mercedes Tomasa.**
- Solicita desde Mendoza autorización para comunicar a Chile la declaración de la Independencia. El gobierno aprueba su solicitud, y nombra Gobernador Intendente interino de Cuyo, en caso de ausencia, al coronel Toribio de Luzuriaga.
- En septiembre envía al gobierno el Estado General de fuerzas y armamentos: 1591 hombres de infantería y 670 de caballería.
- En octubre manda formar en San Juan, un cuerpo denominado Legión Patriótica de Chile, compuesto por emigrados chilenos.
- En noviembre le notifica a Pueyrredón sobre la situación del ejército, su preparación y los últimos aprontes que está realizando en estos momentos.
- En diciembre Pueyrredón le remite las instrucciones reservadas que deberá observar en la campaña a emprender.

1817 - El 5 de enero, en Mendoza, se celebra en la Iglesia la jura solemne de la Patrona del Ejército y en la Plaza Mayor, la bendición de la Bandera.

- En el mismo mes sale una partida a las órdenes del coronel Cabot, para invadir por el camino de Calingasta la provincia de Coquimbo; y el Teniente Coronel Freire parte hacia el Paso del Planchón, teniendo por objetivo la ciudad de Talca.
- Se pide al Gobernador Intendente de Cuyo que tome medidas drásticas para terminar con las deserciones, y que se ocupe de ocultar la marcha del ejército.
- En enero parte Las Heras rumbo a Uspallata, y el comandante Melián rumbo a Los Patos.
- **El 19 de enero emprende su partida hacia Chile el grueso del Ejército, encabezado por San Martín**, pasando por el Paso de los Patos.
- Parte la reserva del Ejército de los Andes dirigida por Bernardo de O'Higgins y emprenden la campaña los escuadrones de Granaderos a Caballo.
- Oficia al Gobierno de Buenos Aires que, debiendo emprender la campaña a Chile, hace regresar a su esposa a esa ciudad, asignándole una cuota de 80 pesos mensuales de su sueldo.
- En enero sale la Artillería al mando del comandante Plaza y la maestranza dirigida por el coronel Beltrán.
- En febrero el general Estanislao Soler triunfa en el combate de Achupallas, y el



San Martín se presenta ante el Congreso de Tucumán, en Buenos Aires, después de haber emancipado Chile, en mayo de 1818. El cuadro es de Reinaldo Giúdice, que lo pintó en 1899.

comandante Ramón Freire, en Vega de Cumpio, el teniente coronel Francisco Zelada en el combate del Guasco y el teniente coronel Cabot sorprende al enemigo en Cañada de los Patos; Las Heras entra en Villa Nueva.

- En febrero, desde San Felipe de Aconcagua, informa al Gobernador Intendente de Cuyo (Luzuriaga), que el ejército de los Andes ha ocupado los pueblos de Aconcagua y los Andes.
- El 12 de febrero vence en Chacabuco.
- El 14 de febrero llega a Santiago el ejército de los Andes.
- En el mismo mes, el Cabildo Abierto lo elige Director de Chile, y al no aceptar el cargo, es reemplazado en forma interina por el gral. Bernardo de O'Higgins.
- Da las instrucciones a las que debe sujetarse Gregorio de Las Heras como Jefe del Ejército que parte hacia el Sur de Chile con el fin de terminar con los restos del ejército enemigo.
- Comunica al Gobierno de Mendoza, San Juan y La Punta, la victoria de Chacabuco.
- En marzo se le acuerda una pensión vitalicia a su hija Mercedes Tomasa.
- Sale de Santiago con destino a Mendoza, para luego seguir a Buenos Aires.
- Comunica al Gobernador Intendente de Cuyo que D. Bernardo de O'Higgins lo reemplaza interinamente como jefe del ejército que está en Chile.
- Parte hacia Buenos Aires, en busca de apoyo para llevar a cabo su Campaña al Perú.
- En abril consigue que Pueyrredón se decida a establecer una escuadra que domine el Pacífico.
- En mayo, el Gobierno de Buenos Aires le ordena envíe 2.0000 hombres para combatir en la Banda Oriental.
- En junio Bernardo de O'Higgins lo nombra General en Jefe del Ejército de Chile.
- En julio deja al mando del ejército a Antonio González Balcarce, por razones de salud.
- El Cabildo y el Gobierno de Chile le donan una chacra, que es aceptada.
- En diciembre oficia al Gobierno de Chile sobre la necesidad de armar una flota, para combatir al Gobierno de Lima.

1818 - En enero O'Higgins y sus ministros Zañartú, Villegas y Zenteno firman en Concepción el acta de proclamación de la Independencia de Chile.

- El 20 de enero envía a O'Higgins su plan para batir a Osorio, diciendo que se deben reunir todas las tropas en el Norte.
- El 19 de marzo el ejército de los Andes, bajo su mando, es sorprendido en Cancha Rayada cerca de la ciudad de Talca; salvándose del desastre la División encabezada por el coronel Gregorio de Las Heras.
- Llega a Rancagua y a los pocos días entra en Santiago para reorganizar su ejército.
- El 5 de abril triunfa en Maipú, asegurando la libertad de Chile.
- Invita al virrey Pezuela, a poner fin a la guerra.
- Parte a Buenos Aires para gestionar ayuda para la Expedición a Lima.
- En mayo El Congreso de las Provincias Unidas resuelve que "para perpetuarse la gratitud de las Provincias se dé a sus sucesores y descendientes una finca de propiedad del Estado".
- En el mismo mes llega a Buenos Aires, y el Director Supremo junto con el Congreso Nacional, en sesión especial, lo felicitan por el triunfo de Maipú.
- Parte a Mendoza.
- En agosto oficia al gobierno de Cuyo, solicitando 6.000 caballos, que considera necesarios para la seguridad del Estado.
- En septiembre pide 500.000 pesos para el ejército.
- Renuncia al mando del Ejército Unido, tomando esta actitud para decidir a los gobiernos de Buenos Aires y Chile a apoyar la expedición a Lima.
- Renuncia también al cargo de General de los ejércitos chilenos.
- En octubre la escuadra chilena hace su primera incursión en el Pacífico; la formación de la misma se debe al esfuerzo de O'Higgins y San Martín.
- Parte hacia Chile, dejando en Mendoza escrito su testamento, por el cual le confiere a su esposa Remedios de Escalada de San Martín "un poder amplio y tan bastante "como se requiere y sea necesario para "que perciba y se haga cargo de todos los "bienes que tiene y posee".
- El 23 de octubre hace detener, por el Gobierno de Cuyo, 1.164 onzas de oro traidas de Chile por el correo que debían llegar a Buenos Aires con el fin de ser utilizadas como fondos para preparar la Expedición a Lima.
- El 13 de diciembre se da a conocer su proclama dirigida "a los limeños y habitantes de todo el Perú: a pesar de todas las combinaciones del despotismo, el evangelio de los derechos del hombre se propaga en medio de las contradicciones... Los anales



Anverso de la medalla acuñada en Bruselas por la logia "La Parfait Amitié" en 1825 en homenaje a San Martín: su interés reside en que el perfil fue acuñado con el modelo a la vista, por el grabador Simón.

CRONOLOGIA DEL GENERAL JOSE DE SAN MARTIN

del mundo no recuerdan revolución más santa en su fin, más necesaria a los hombres, ni más augusta por la reunión de tantas voluntades".

- Pide 300.000 pesos al Gobierno Nacional para preparar la Expedición al Perú, enviándosele 100.000.
- Le remite al Gobierno de Buenos Aires la situación financiera del Ejército de los Andes.

1819 - El 12 de enero comunica al Gobierno de Buenos Aires "en descargo de su responsabilidad, que el ejército de su mando se encuentra en el más deplorable estado de abandono por parte del Gobierno de Chile, que parece no pensar más en la Expedición al Perú". Adopta esta actitud, para que el Gobierno chileno tome la responsabilidad de ayudarlo y respaldarlo en su empresa.

- El 16 de enero oficia al Gobierno de Chile a adoptar una actitud definitoria sobre la campaña a Lima. O'Higgins le ofrece las reservas chilenas decidiéndose a ayudarlo en todo lo que esté a su alcance.
- Alvarado vence en Bío-Bío.
- El 29 de enero en Curimán (Chile) esboza el plan de campaña para realizar la expedición al Perú por el Pacífico.
- El 8 de febrero se sublevan los prisioneros españoles instalados en San Luis; este hecho lo hace regresar a Mendoza, sumado al de querer mediar en la guerra civil del Litoral.
- El 26 de febrero envía una nota al Litoral para que se suspendan las hostilidades pidiendo que se le dé prioridad a la lucha contra el español, que es "un enemigo más pujante y temible".
- En febrero, desde Rodeo del Medio ordena al general Balcarce, que lo reemplaza en la jefatura del ejército, que le envíe a Mendoza 2 escuadrones de cazadores.
- Tiene conocimiento de que el general Belgrano se dirige hacia el Litoral con su ejército.
- En marzo desde San Luis oficia al general en Jefe del Ejército de los Andes, con asiento en Chile, que se dirija a Mendoza.
- El 13 de marzo desde Mendoza envía notas a Gervasio de Artigas y Estanislao López, dándoles la situación y marcha del ejército al mando de Belgrano, hacia el Litoral: y la posibilidad de que ocurra lo mismo con el ejército de los Andes, afirmando en carta a López "mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas".
- El 17 de marzo parte para Buenos Aires.



Casa de la calle Bolivar Nº 11 (frente a Plaza de Mayo) regalada a San Martín por el Congreso después de Maipú. Aquí residió su hija.

- En marzo Bernardo de O'Higgins y Tomás Guido, de acuerdo con la logia de Santiago se oponen a la política del Director de hacer repasar al ejército de los Andes, pues la mayoría del contingente es chileno.
- En marzo llegan a Buenos Aires noticias de un presunto levantamiento contra Fernando VII, que impediría la salida de la expedición hacia Sud América.
- El 25 de marzo llega a un acuerdo con Pueyrredón, ya que no había inminente peligro exterior, para que 2.000 hombres del ejército de los Andes quedaran en Chile.
- Cansado, disgustado e incomprendido por el Gobierno de Buenos Aires, **solicita su retiro absoluto de todo negocio público sin sueldo alguno.**
- El 25 de abril se produce la ofensiva realista por el norte, ordenándole se dirija con todo su ejército para apoyar a Belgrano.
- **Acepta el título y cargo de Brigadier de los Ejércitos chilenos.**
- Le anuncia Belgrano que D. Remedios E. de San Martín ha estado en su campamento rumbo a Buenos Aires.
- El 28 de mayo Gregorio de Las Heras avisa al Gobierno Nacional que se ha hecho cargo de la División del Ejército de los Andes.
- El 21 de junio pide al Gobierno de Buenos Aires se le permita pasar a prestar servicios al Estado de Chile, donde es Brigadier, **presentando su renuncia a todos los empleos que posee.**
- El 10 de julio Pueyrredón lo invita a que se reúna en Buenos Aires con él, para tra-

tar problemas políticos urgentes; se excusa de no acudir por no poder dirigirse a Buenos Aires.
- El 28 de julio le propone a O'Higgins que la escuadra chilena salga al mar para desbaratar la anunciada expedición española.
- El 15 de agosto pide a la población de Cuyo que se apronte para la defensa ante el inminente peligro que significa la expedición española al Río de la Plata.
- El 29 de agosto comunica al gobierno de Mendoza que para el 1º de octubre deben estar listos para comenzar la marcha los cazadores a caballo, los cazadores de infantería que se hallan en San Juan, y los Granaderos.
- **El 4 de septiembre renuncia al mando del Ejército Unido.**
- El 22 de octubre desde Mendoza pide al Cabildo que interceda ante los caudillos de la Banda Oriental y Santa Fe para que terminen su enfrentamiento con Buenos Aires. Anuncia a Buenos Aires que, junto con los 3 Cabildos de Cuyo, han mandado representantes al Litoral; sin embargo, ante la oposición del gobierno de Buenos Aires, deben suspender el viaje.
- El 28 de diciembre escribe al Gobernador Intendente de Cuyo sobre acuerdos con la Municipalidad por los auxilios para el ejército de los Andes.
- **En diciembre parte de Mendoza hacia Chile.**

1820
- El 14 de enero llega a Santiago, donde es recibido por el pueblo y el general B. de O'Higgins.
- El 28 de enero el Gobierno chileno lo **nombra General en Jefe del Ejército Libertador del Perú.**
- Envía comisionados para tratar con el Gobernador de Córdoba, Juan Bautista Bustos; hace un llamado a la concordia entre el Gobernador y Buenos Aires.
- El 26 de marzo, en Santiago, por nota a Gregorio Las Heras **presenta su renuncia al mando del Ejército de los Andes.**
- El 2 de abril los oficiales del Ejército de los Andes firman en Rancagua (Chile) el acta por el cual todos juran **ratificar su obediencia a San Martín, como General en Jefe del Ejército Expedicionario.**
- El 6 de mayo es nombrado **General en Jefe del Ejército Libertador del Perú.**
- El 23 de junio, en Santiago, el Senado aprueba las instrucciones a las que debe ajustarse en la posterior expedición al Perú. O'Higgins no se las entrega, por considerar que las mismas lo subordinarían demasiado.
- El 22 de julio desde Valparaíso llama a cooperar en la campaña al Perú a los habitantes del Río de la Plata.
- **El 20 de agosto parte desde Valparaíso la expedición Libertadora del Perú.**
- El 7 de septiembre desembarcan en la Bahía de Paracas la División del general Las Heras.
- El 11 del mismo mes, termina de desembarcar en Paracas el resto del ejército, acampando en Pisco.
- El 3 de octubre se prepara una expedición que marchará sobre la sierra a las órdenes del coronel mayor Arenales, tomando posesión de Ica a los pocos días.
- Al estar divididos políticamente en el Perú los realistas en "constitucionales" y "serviles", el virrey Pezuela piensa que no va a poder resistir la invasión y decide reunirse para negociar con San Martín en Miraflores. Tomás Guido y García del Río representan a San Martín, pero como es rechazada la propuesta que sustentaba la independencia de América, continúan los enfrentamientos bélicos.
- El 12 de octubre oficia al Gobierno de Buenos Aires, para que desaparezca la guerra civil, que cunde en el país.
- El 15 de octubre una división del coronel mayor Arenales, al mando del teniente coronel Rojas, destruye en Nazca a la división española, dirigida por el coronel Quimper.
- El 21 de octubre crea por Decreto la bandera peruana "dividida por líneas diagonales en 4 cuerpos; blancos los dos de los extremos superior e inferior, y encarnados los laterales, con una corona de laurel ovalada; y dentro de ella, un sol saliente por detrás de sierras escarpadas que se elevan sobre un mar tranquilo".
- El 24 de octubre se embarca junto con su ejército rumbo a la Bahía del Callao.
- El 29 de octubre Juan Lavalle obtiene un triunfo en Cangallo. Arenales, por su parte, toma Huamanga (Perú).
- Llega al Puerto de Ancón; Cochrane, con parte de la escuadra, toma por sorpresa a la fragata realista Esmeralda.
- Desde Ancón (Perú), comunica a B. O'Higgins de la situación favorable que presenta la campaña.
- Desde el Cuartel General de Supe, hace un llamado a los españoles, diciendo que se les respetará si no presentan lucha.
- El 2 de diciembre se presentan en Supe, 22 oficiales y 85 sargentos y soldados argentinos, que se hallaban prisioneros en El Callao.
- El 3 de diciembre se pasa a las filas del Ejército Libertador el Regimiento de Numancia, compuesto de 800 plazas y su dotación completa de oficiales y armamentos.
- En diciembre, Arenales vence a los españoles en Pasco.
- El 23 de diciembre desde Huara (Perú), escribe a B. O'Higgins manifestándole de que la situación se le plantea favorablemente.



Vista parcial de Valparaíso y su bahía, desde donde partió San Martín en agosto de 1819 para emancipar al Perú.

CRONOLOGIA DEL GENERAL JOSE DE SAN MARTIN

- El 24 de diciembre la Intendencia de Trujillo convocada por el Marqués de Torre Tagle, se pronuncia por la Independencia; y como consecuencia inmediata de este acto, el Norte del Perú queda bajo su influencia.

1821 - El 4 de enero la Intendencia de Piura adopta la misma decisión que la de Trujillo.
- El 9 de febrero el General José de la Serna reemplaza al General Pezuela como Virrey; propone Chancay como lugar de entrevista para discutir una posible solución.
- El 5 de marzo el Gobierno de Buenos Aires dispone acordar una pensión vitalicia de 600 pesos anuales a su hija María Mercedes Tomasa.
- El 20 de abril Arenales parte del cuartel general de Huara, para una segunda expedición a la Sierra.
- El 4 de mayo se reúnen en Punchauta sus representantes con los del virrey de la Serna, firmando un armisticio.
- El 2 de junio se realiza la histórica entrevista de Punchauta entre San Martín y De la Serna, en la cual acuerdan la vigencia de un armisticio.
- El 26 de junio le anuncia a O'Higgins de la partida de Arenales, de las negociaciones de Chancay y de la cantidad de enfermos que tiene en su ejército.
- El 1º de julio redacta su proclama a los limeños.
- El 6 del mismo mes el ejército realista al mando del Virrey De la Serna, evacua Lima.
- El día 10 entra en Lima, tomando posesión de esta ciudad el Ejército Libertador.
- El 15, el Cabildo Abierto convocado en Lima proclama "que la voluntad general está decidida por la Independencia del Perú de España y de cualquier otra extranjera".
- El 19 de julio escribe a O'Higgins anunciándole la toma de Lima.
- El 28 de julio se proclama y jura en la Plaza Principal de Lima, de acuerdo a lo resuelto en el Cabildo del día 15, la Independencia Peruana. Asistió al acto juntamente con su Estado Mayor y todas las Corporaciones.
- El 2 de agosto se proclama protector del Perú.
- El 4 de agosto, desde Lima, da garantías a los españoles para que continúen pacíficamente en el ejercicio de su industria. Nombra al Coronel José de la Riva Agüero Presidente del Departamento de Lima.
- El 6 de agosto oficia a O'Higgins de las causas que lo han llevado a asumir el mando supremo en el Perú.
- El 7 del mismo mes, asegura a los vecinos de Lima la inviolabilidad de sus domicilios.
- El 25, Canterac inicia desde la sierra una campaña contra Lima.
- El 28 de agosto suprime el derecho de "mita" y decreta la fundación de la Biblioteca de Lima.
- El 11 de septiembre Canterac y el ejército realista se tienen que retirar vencidos, firmándose la capitulación en El Callao.
- El día 20 O'Higgins lo honra con el grado de Capitán General de la República Chilena.
- El día 21 se rinde la fortaleza del Callao, la cual posee un inmenso parque de Artillería, armamentos y útiles navales.
- El 8 de octubre otorga en el Palacio Protectoral de Lima, el Estatuto Provisional para el mejor desenvolvimiento de la región hasta que se dicte una constitución.
- El 16 de octubre se instaura la Orden del Sol.
- El 26 del mismo mes los realistas realizan una nueva avanzada sobre Lima; da las instrucciones que deben observarse para la emergencia.
- Le escribe Bolívar pidiéndole la colaboración de sus fuerzas para la campaña de Guayaquil.
- El 27 de diciembre por decreto convoca a los pueblos del Perú, para nombrar diputados al Congreso Constituyente a reunirse el 1º de mayo de 1822.
- El 31 de diciembre escribe a O'Higgins dándole cuenta de la situación disconforme que reina en el Perú, anunciándole que Las Heras, Enrique Martínez, Mariano Necochea han dejado Lima y se dirigen a Santiago.

1822 - El 20 de enero transfiere la administración civil en el Marqués de Torre Tagle, dirigiéndose a entrevistarse con Simón Bolívar.



"Estandarte del bravo español don Francisco Pizarro" que San Martín devolvió al Perú por legado testamentario.

siempre me ha manifestado, han recompensado con usura, todos mis esmeros haciendo mi vejez feliz. Yo le ruego continúe con el mismo cuidado y contracción la educación de sus hijas (a las que abrazo con todo mi corazón) si es que a su vez quiere tener la misma feliz suerte que yo he tenido: igual encargo hago a su Esposo, cuya honradez y hombría de bien no ha desmentido la opinión que había formado de él, lo que me garantiza continuará haciendo la felicidad de mi hija y nietas.

7º Todo otro Testamento ó Disposición anterior al Presente queda nulo y sin ningún valor.

Hecho en París a veynte y tres de Enero del año mil ochocientos cuarenta y quatro, y escrito todo él de mi puño y letra.

José de San Martín

Artículo adicional

Es mi voluntad el que el Estandarte que el bravo Español Dn. Franco. Pizarro tremoló en la Conquista del Perú, sea devuelto a esta República (apesar de ser una propiedad mía) siempre que sus Goviernos hayan realizado las Recompensas y honores con que me honró su primer Congreso.

José de San Martín

En el Nombre de Dios Todo Poderoso a quien reconozco como Hacedor del Universo: Digo yo José de San Martín Generalísimo de la República del Perú, y Fundador de su libertad, Capitán General de la de Chile, y Brigadier General de la Confederación Argentina, que visto el mal estado de mi salud, declaro por el presente Testamento lo siguiente:

Primero, dejo por mi absoluta heredera de mis bienes, habidos y por haber a mi única hija Mercedes de San Martín actualmente casada con Mariano Balcarce.

2º Es mi expresa voluntad el que mi hija suministre a mi hermana María Elena, una Pensión de mil francos anuales, y a su fallecimiento, se continúe pagando a su hija Petronila, una de 250 hasta su muerte, sin que para asegurar este don que hago a mi hermana y sobrina, sea necesaria otra hipoteca que la confianza que me asiste de que mi hija y sus herederos cumplirán religiosamente esta mi voluntad.

3º El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América del Sud, le será entregado al General de la República Argentina Dn. Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como Argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los Extranjeros que trataban de humillarla.

4º Prohíbo el que se me haga ningún género de Funeral, y desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al Cementerio sin ningún acompañamiento, pero sí desearía el que mi Corazón fuese depositado en el de Buenos Ayres.

5º Declaro no deber ni haver jamás debido nada a nadie.

6º Aunque es verdad que todos mis Anhelos no han tenido otro objeto que el bien de mi hija amada, debo confesar que la honrada conducta de ésta, y el constante cariño y esmero

Anverso y reverso del testamento ológrafo de San Martín, dado en París el 23 de enero de 1844 y protocolizado en 1850 en la misma ciudad. Figuran aquí los dos legados: el del sable a Rosas y el del estandarte de Pizarro al Perú.

- El 6 de febrero se embarca rumbo a Paita, a fin de encontrarse con Bolívar en Quito, pero no puede realizar su propósito.
- El 15 de marzo se modifica la bandera peruana, componiéndose de 3 franjas transversales: blanca la central y encarnadas las laterales con un sol en el centro.
- El 7 de abril Tristán es totalmente vencido cerca de Ica (Perú).
- El 16 de mayo da instrucciones a Antonio Gutiérrez de la Fuente, que será su enviado a Chile y a las provincias del Plata en busca de ayuda.
- En mayo se desarrolla la batalla de Pichincha, venciendo Sucre a los realistas.
- El 26 de junio escribe a O'Higgins presentándole su plan para atacar a España en su mismo territorio, para lo cual tiene las fragatas Prueba, Venganza, Macedonia, cuyo objetivo sería arruinar el comercio español.
- El 11 de julio Bolívar llega a Guayaquil e invita oficialmente a San Martín a reunirse con él para sentar las bases de la unidad americana.
- El 13 de julio acepta la propuesta de Bolívar.
- El día 15, se firma en Lima un Tratado de Unión, Liga y Confederación, ofensivo-defensivo, entre Colombia y Perú.
- El 25 de julio un complot organizado por civiles peruanos y por militares del ejército libertador, deportan al extranjero a Bernardo de Monteagudo.
- El 26 de julio se entrevista en Guayaquil con Bolívar. Embárcase al día siguiente para Lima.
- El 5 de septiembre Antonio Gutiérrez de la Fuente le informa que el Gobierno de Buenos Aires no concurrirá en su ayuda, en la guerra del Perú.
- El 20 del mismo mes instala el Congreso Constituyente del Perú; el que le confiere el título de Fundador de la Libertad del Perú y el de Generalísimo de las armas del Perú.
- El mismo día, se embarca en el puerto de Ancón, en el Bergantín Belgrano.
- El 12 de octubre desembarca en Valparaíso, donde lo recibe el Gobernador de la plaza, José Ignacio Zenteno. O'Higgins lo hospeda en Santiago.
- El 29 del mismo mes, la Junta de Representantes no acepta la moción del Cabildo, de hacerle un recibimiento con los honores que le corresponden.
- En diciembre padece de fiebre tifoidea.
- Recibe numerosas cartas que le piden que intervenga para que O'Higgins deje el poder.

CRONOLOGIA DEL GENERAL JOSE DE SAN MARTIN

1823 - En enero parte para Mendoza, instalándose en su chacra "Los Barriales".
- Nicolás Rodríguez Peña le escribe desde Santiago de Chile "anunciando que es vox pópuli en Lima su regreso, y que si no lo hace, Perú se pierde".
- **El 3 de agosto fallece en Buenos Aires, María de los Remedios Escalada de San Martín; se traslada a Buenos Aires.**
- Contesta negativamente al pedido de una junta de jefes del ejército peruano, que desean que vuelva al Perú.

1824 - El 10 de febrero se embarca en el navío "Le Bayonnais" rumbo a Europa, acompañado de su hija Mercedes Tomasa.
- En abril desembarca en el puerto francés del Havre.
- En mayo se embarca para Inglaterra en el Lady Wellington, rumbo a Southampton, dirigiéndose de inmediato a Londres.
- En diciembre llega a Bruselas (Bélgica), donde se instala.

1827 - Julio 27: Presenta su renuncia Rivadavia, tras cuya caída generalizóse en Buenos Aires la creencia de su regreso.
El gobierno de López pensó llamarlo, pero no concretó su intención.
- Noviembre 6: Escribe desde Bruselas a O'Higgins anunciándole haber ofrecido sus servicios al gobierno de Buenos Aires y agrega: "Antes no lo había hecho, porque el carácter de Rivadavia no confrontaba con el mío."
- Diciembre 7: Escribe a Vicente López felicitándolo por la designación y ofreciendo sus servicios para intervenir "en la justa aunque impolítica guerra en que se halla empeñada nuestra patria".
- En diciembre sale de Amberes, iniciando su viaje por Francia (Lille, Tolón, Marsella, París).

1828 - En agosto y noviembre realiza cortos viajes a Inglaterra.
- El 21 de noviembre se embarca en Falmouth (Inglaterra) para América. Lo hace en el navío "Countess of Chichester" con el nombre de J. Matorras.

1829 - El 6 de febrero llega al Puerto de Buenos Aires teniendo conocimiento de la Revolución de diciembre de 1828 y de la muerte de Dorrego; por estas causas no desembarca. Recibió la visita de amigos y emisarios del Gobierno, ofreciéndole cargos políticos a fin de que afianzara la situación de Buenos Aires.
- El 13 de febrero su navío recala en Montevideo y es recibido por autoridades y personalidades tales como Juan Lavalleja, Gabriel Pereira, Eugenio Garzón, etc.
- En abril regresa a Europa a bordo del "Countess of Chichester".
- En junio parte de Londres para Bruselas.

1831 - Fija su residencia cerca de París; encontrándose con su amigo, el Marqués de Aguado.

1832 - En noviembre se dirige a París (Francia).
- En diciembre contrae enlace su hija Mercedes Tomasa de San Martín con D. Mariano Balcarce.
- Mercedes de San Martín de Balcarce y su esposo se embarca para Buenos Aires.

1833 - En octubre nace en Buenos Aires, María Mercedes Balcarce y San Martín.

1834 - En abril compra una casa en Grand Bourg cerca de París (Francia).

1836 - En julio nace en Grand Bourg José Balcarce y San Martín.

1838 - En agosto conoce el bloqueo francés al Río de la Plata y ofrece sus servicios al gobierno argentino.

1839 - En julio el Gobernador Juan Manuel de Rosas lo nombra Ministro Plenipotenciario en el Perú, pero no acepta el cargo.
- En septiembre le escribe desde París Gabriel Lafond, pidiéndole una entrevista para requerir informaciones verídicas de los hechos en que actuó.

1841 - En diciembre Miguel de la Barra le anuncia que el Presidente de Chile, D. Manuel Bulnes, lo invita a regresar al país donde "tendrá un retiro honorable en el seno de sus amigos que no dejan de ser bastantes".

1842 - El 12 de abril muere su protector y amigo Alejandro Aguado, Marqués de las Marismas del Guadalquivir.
- El 22 de junio contesta la carta que le enviara Miguel de la Barra, anunciándole que ha recibido la carta del Presidente de Chile y lo ha llenado de satisfacción.
- El 6 de octubre el Congreso de Chile dicta una ley que dice: "El General D. José de San Martín se considerará por toda su vida, como en servicio activo en el ejército y se le abonará el sueldo íntegro correspondiente a su clase, aún cuando resida fuera del territorio de la República."

1844 - El 23 de enero redacta y firma su testamento en París.
- El 20 de febrero lo visita en su residencia de Grand Bourg, Florencio Varela.
- El 10 de mayo se le visa su pasaporte a Madrid, para recorrer diversas regiones de España, mas no llevó a cabo este viaje.
- El 27 de diciembre Juan Manuel de Rosas, en su mensaje de fin de año, tiene conceptos elogiosos hacia su figura.

1845 - El 30 de junio escribe a J. M. de Rosas, agradeciéndole los conceptos vertidos sobre su persona.
- El 18 de octubre D. Gregorio de Las Heras le escribe desde Chile, presentándole a Domingo Faustino Sarmiento.
- El 8 de diciembre F. A. Pinto le anuncia desde Santiago que su hijo lo visitará, pues desea conocerlo.
- En julio viaja por Italia (Livorno, Nápoles, Roma, Civitavecchia).
- El 28 de diciembre, desde Nápoles, le escribe a Federico Dickson, Cónsul General de la Confederación Argentina en Londres, afirmando la imposibilidad de que Francia e Inglaterra concreten con éxito el bloqueo



Reconstrucción del dormitorio de San Martín en la casa donde falleció en Boulogne Sur-Mer, Francia.

contra la Confederación, respecto al cual dice: "El sólo afectará a un corto número de propietarios, pero a la masa del pueblo, que no conoce las necesidades de estos países, le será bien indiferente su continuación." En el caso de querer llevar la contienda adelante, afirma: "Yo no dudo un momento, podrán apoderarse de Buenos Aires, con más o menos pérdida de hombres y gastos, pero estoy convencido que no podrán sostenerse mucho tiempo en posesión de ella."

1846 - El 11 de enero, desde Nápoles, le escribe a Rosas manifestándole todo su apoyo moral, ya que está muy débil y enfermo para luchar, contra el abuso y agresión de la fuerza de Inglaterra y Francia.

- El 12 de febrero se publica en un diario inglés, su carta dirigida a Federico Dickson, teniendo una posible repercusión en el gabinete inglés.
- El 26 de septiembre escribe a J. M Pinto respecto al orden que impera en Chile: "su patria ha resuelto el problema (confieso mi error, yo no lo creí) de que se pueda ser republicano hablando la lengua española".

1847 - El 20 de febrero desacredita a las memorias del General Lamadrid, afirmando que son nada más que un conjunto de mentiras:

"Como argentino, como americano, como hombre cuya posición en la época a dicha memoria debe tener un gran valor, declaro que cuanto ella contiene es un tejido absurdo de infames y groseras imposturas."

- El 24 de junio se le visa su pasaporte en París.

1848 - El 10 de marzo se le visa su pasaporte en París.

- El 16 del mismo mes, se traslada a su residencia en Boulogne-Sur-Mer.
- El 5 de octubre escribe al General J. M. Pinto, anunciándole que a causa de las convulsiones revolucionarias de París, ha trasladado su residencia a Boulogne-Sur-Mer.
- El 29 de octubre escribe a Rosas agradeciéndole el nombramiento de su yerno Mariano Balcarce, para la Embajada argentina en París.
- El 9 de diciembre le escriben desde Lima, que por considerarlo "Fundador y Protector de la Libertad del Perú" lo han inscripto en la sociedad "Fraternidad, Igualdad y Unión" por ellos formada.

1849 - El 19 de febrero se le visa el pasaporte en París, para vivir en Boulogne-Sur-Mer.

- El 15 de marzo escribe a la sociedad Fraternidad, Igualdad, Unión aceptando el honor del nombramiento y agradeciéndoselo.

1850 - El 6 de mayo escribe a Rosas agradeciéndole la habitual mención de su nombre en los mensajes anuales.

- **El 17 de agosto fallece en su domicilio, calle Grand Nº 125 de Boulogne-Sur-Mer (Paso de Calais - Francia), a los 72 años.** ◆

Para adquirir un conocimiento completo y una comprensión total de los alcances del grandioso plan sanmartiniano, es preciso tener en cuenta dos cosas:

a — Algunos principios estratégicos en los que San Martín basó su plan.

b — La situación de las Provincias Unidas en el período 1814-1815.

a) — PRINCIPIOS ESTRATEGICOS EN QUE SAN MARTIN BASO SU PLAN.

1. — *Lucha en dos frentes es guerra perdida:* es lo que le pasó a Alemania en las dos guerras mundiales; una vez que los aliados lograron abrirle dos frentes de lucha, tenía perdida la guerra a un plazo más o menos largo.

2. — *Plaza sitiada es plaza tomada:* salvo contingencias ulteriores imprevistas que afecten al ejército sitiador, la ciudad o zona sitiada terminará por rendirse. Tal el caso de Montevideo que se rindió en 1814, después de resistir dos años de sitio.

3. — *A medida que un ejército se aleja de su base de operaciones se debilita:* Exactamente lo que ocurrió a nuestros ejércitos en el Alto Perú; mientras operaban en territorio propio, vencían (Tucumán y Salta); cuando se alejaban, eran derrotados (Huaqui, Vilcapujio, Ayohuma, Sipe-Sipe). A los ejércitos realistas les ocurría lo mismo, invirtiendo los nombres.

b) — SITUACION DE LAS PROVINCIAS UNIDAS EN 1814

En el Norte, derrotado el ejército patriota en Vilcapujio y Ayohuma, dominaban los realistas, amenazando invadir las provincias de Salta y Jujuy.

Por el Oeste, vencidos los patriotas chilenos en Rancagua,



En el Nº 13 de TODO ES HISTORIA abrimos un concurso para todos los alumnos de secundaria del país, invitándolos a enviar un artículo de tema libre y en la línea periodística de la revista. El premio —se anunciaba— consistiría en los honorarios renunciados por nuestro colaborador Víctor Litter con ese fin. Tenemos la satisfacción de presentar al ganador de ese concurso, estudiante de 4º año Nacional del Colegio Santo Domingo de Trelew (Chubut). El trabajo de Carlos Centeno, en su brevedad, contiene una magnífica síntesis del plan político-militar de San Martín y nos ha parecido digno de hacerse acreedor al premio fijado. Nos han llegado otros trabajos, algunos de ellos muy importantes; la Dirección de TODO ES HISTORIA está considerando la posibilidad de publicarlos en números próximos.

por Carlos Centeno

EL PLAN DE SAN MARTIN

los realistas podían cruzar en cualquier momento la cordillera.

Por el Este, los realistas ocupaban Montevideo y con su escuadra dominaban los ríos y costas. Por allí podían fácilmente recibir refuerzos de España después de la derrota de Napoleón. Simultáneamente los portugueses representaban siempre una continua amenaza con sus pretensiones de ocupar la Banda Oriental.

Por el Sur, dominaban los indios que, si bien no constituían un peligro serio, sin embargo había que distraer fuerzas para contenerlos.

Como puede apreciarse, la situación de las Provincias Unidas era la de una plaza sitiada, con cuatro frentes que cubrir y con un solo ejército diezmado en Tucumán, lejos de su base de abastecimiento (Buenos Aires).

Los españoles, buenos estrategos, desarrollaron un hábil y perfecto plan, que si no hubiéramos contado en esas circunstancias con un hombre genial como San Martín, la revolución habría sido dominada.

A todo esto debe añadirse la situación internacional: las revoluciones americanas habían sido dominadas todas, excepto la de Buenos Aires. En Europa, derrotado Napoleón, los monarcas habían vuelto a sus tronos, entre ellos Fernando VII, cuyas tropas podían ahora ser empleadas para recuperar sus rebeldes provincias de ultramar.

EL PLAN DE SAN MARTIN

San Martín, militar de escuela, con más de 20 años de experiencia y de elevado talento, capta lo difícil y peligroso de la situación y ve que estamos irremediablemente perdidos. Sólo dos soluciones son posibles de intentar:

— Una, *política*: entregar el país a la "Protección" de Portugal (lo que pretendía un grupo de hombres de Buenos Aires), o de Inglaterra (proyecto de Alvear), o pactar con España (intentos de Rivadavia y Asamblea del año XIII).

Cualesquiera de estas soluciones significaba perder la soberanía, invalidar la revolución y traicionar el destino argentino en Sud América.

— Otra, *militar*: eliminar de algún modo los cuatro frentes, romper la posición de sitio, pasar al ataque y abrirle dos frentes a los realistas.

A pesar de las dificultades que este plan entrañaba, San Martín no duda; antes que la pérdida por entrega, elige la lucha.

Comprende que el frente del Este puede ser contenido por Artigas y una pequeña escuadra. Afortunadamente a mediados de 1814, Montevideo cae en poder de los patriotas; pero no disminuye el peligro portugués, siempre alerta para, en la primera oportunidad, lanzarse a ocupar la Banda Oriental.

Los frentes del Norte y Oeste serán afrontados con dos ejércitos, de manera que, mientras uno contenga por el Norte, el otro ataque por el Oeste; desde ese momento se abrirá el cerco que tiende el enemigo.

Luego, cuando el ejército de los Andes (Oeste) llegue a la costa peruana y arroje a los realistas al interior, el ejército del Norte remontará el Altiplano y abrirá el segundo frente de lucha, colocando a los realistas en situación de plaza sitiada. Los papeles se habrán invertido y la victoria será sólo cuestión de tiempo.

Mientras el ejército de los Andes cumple gloriosamente y con calculada precisión la primera parte del plan trazado por San Martín, cruzando la cordillera de los Andes y reconquista Chile con las victorias de Chacabuco y Maipú, Güemes contiene a los realistas en la frontera y el ejército del Norte se prepara en Tucumán, a las órdenes de Belgrano, para entrar en acción en el momento oportuno.

Cuando San Martín prepara la ejecución de la segunda etapa de su plan, el Perú, graves acontecimientos tienen lugar en Buenos Aires; por la mala política de sus gobernantes estalla la guerra civil. San Martín y Belgrano reciben orden de acudir para sofocar la rebelión de los caudillos federales.

Cumplir con la orden significaría abandonar el plan a mitad de camino, perder el ejército tan trabajosamente logrado y postergar indefinidamente la victoria final, por eso San Martín desobedece e inicia bajo su propia responsabilidad y el auspicio del gobierno chileno la campaña del Perú.

El ejército del Norte acude al llamado del Director Supremo, pero las tropas al mando de Bustos se sublevan en Arequito, perdiéndose para la patria y para la campaña del Gran Capitán. Este hecho no hace más que confirmar los temores que presentía San Martín.

San Martín ha desembarcado en Perú y ocupado Lima. La flota domina el mar; los realistas, refugiados en el interior, ya no pueden recibir auxilios; ya están en situación de plaza sitiada.

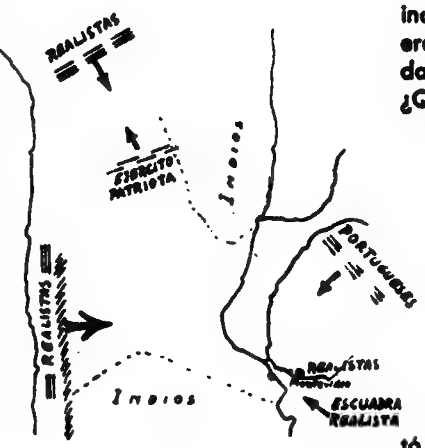
Para completar esta tercera y última etapa, San Martín había contado con el ejército del Norte para que abriera el segundo frente de lucha; pero los hombres de este ejército auxiliar que durante tres años habían esperado el momento de entrar en acción, cuando ésta se presenta, son llamados por el Director Supremo a intervenir en la lucha civil; se resisten sublevándose en Arequito.

Güemes también ha caído en 1821.

LA TERCERA Y ULTIMA ETAPA NO PUEDE CUMPLIRSE

Desaparecido Güemes, des-

Situación del país en 1814



aparecido el ejército del Norte, San Martín debe demorar su acción para no correr el riesgo de ser derrotado; envía un comisionado, Antonio Gutiérrez de la Fuente, a Bustos, gobernador de Córdoba, para que con las demás provincias forme con urgencia un ejército que avance desde Salta y ataque a los realistas.

El enviado halló en Bustos y las demás provincias la mejor disposición y fácilmente hubieran reclutado los 2.000 hombres que pedía San Martín; pero estas provincias estaban consumidas. Buenos Aires debía contribuir con armas y dinero.

Bustos, conociendo las susceptibilidades de los hombres de Buenos Aires, declina el ofrecimiento de San Martín de ponerse al frente de ese ejército, quitando así todo pretexto a Buenos Aires para eludir la colaboración.

Gutiérrez de la Fuente percibió perfectamente el clima adverso que habían creado a San Martín los partidarios de Rivadavia: "Todos los diputados estaban complotados al efecto y la mayor parte eran eternos enemigos de San Martín, incluso los tres ministros" (que eran Manuel J. García, Rivadavia y el Gral. Cruz), escribe. ¿Qué hace Buenos Aires?:

— entretiene al enviado de San Martín durante más de un mes
— ridiculiza el proyecto de Bustos (el ataque a San Martín es indirecto).
— inicia negociaciones de paz con los enviados del rey para la cesación de la guerra.

Así, la oposición porteña mató el proyecto.

San Martín vio que su plan peligraba y actuó con rapidez. Avisado del resultado de la gestión de Gutiérrez de la Fuente aun antes que éste regresara, y ante el peligro de no poder terminar la campaña y de que se tramitase la paz con España, toma el camino de Guayaquil para entrevistarse con Bolívar.

San Martín advierte claramente que Bolívar quiere terminar solo la campaña. Nuestro Libertador que no tenía ambiciones de predominio personal, elige el ostracismo voluntario, facilitando así a Bolívar la terminación de la guerra.

CONSECUENCIAS

La actitud hostil de Buenos Aires obligó así a terminar imprevistamente su gloriosa campaña. El General Sucre (subalterno de Bolívar) ocupó el Alto Perú en lugar de Bustos, y así al ser derrotados definitivamente los españoles este territorio se separó de las Provincias Unidas, cosa que probablemente no hubiera ocurrido si en ese momento hubiese estado ocupado por tropas argentinas. La posibilidad de ser cabeza de una gran confederación sudamericana se perdió definitivamente. ◆

La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTORICO NACIONAL, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.



MARIA MARTA SARAVIA (Capital Federal). — Nos pregunta si el 25 de mayo de 1810 hubo paraguas frente al Cabildo, como tradicionalmente se afirma. **Que ese día fue lluvioso eso es indiscutible; que los paraguas ya estaban inventados es también un hecho; que los había en Buenos Aires, también; por consiguiente, aunque no haya una constancia fehaciente de que los paraguas estuvieran presentes en esa jornada, fue así.**

WLADIMIR MIKIELIEVICH (Rosario). — **Contestando a las preguntas que formuló anteriormente ("La Bandera blanca y celeste..." Nº 14), transcribimos la respuesta que nos envía nuestro colaborador Miguel Angel Scenna:**

Mi reconocimiento por haberse detenido en la nota aparecida en el número 14 de TODO ES HISTORIA, pero considero aventurada su primera aseveración: que si yo hubiera leído su trabajo "La Bandera de Belgrano" no hubiera escrito el punto 5º de mis conclusiones. Después de leer ese meritorio trabajo, suscribo en un todo lo dicho.

El señor Mikielievich sustenta su parecer en varios puntos: 1º) Belgrano escribe al Triunvirato desde Rosario dando cuenta del izamiento de la bandera y diciendo que "espera" sea de la aprobación del mismo. El distinguido historiador rosarino toma al pie de la letra la expresión esperar, como si Belgrano quedara aguardando el visto bueno del Triunvirato. Considero más natural tomar el verbo esperar como expresión de esperanza, y lo interpreto como si Belgrano hubiera escrito: "Confío que será de la aprobación de V. E.".

2º) Afirma acertadamente el señor Mikielievich que la reprimenda del Triunvirato, fecha 3 de marzo, no la recibió Belgrano sino su sucesor en el mando, Gregorio Ignacio Perdriel, pero asegura que estando dirigida en forma "reservada", éste "no puede recibir, menos aún violar el oficio destinado al ausente". Nos gustaría entonces saber qué pasó con ese oficio, porque si Perdriel no lo abrió, como asegura el señor Mikielievich, lo debió remitir inmediatamente a Belgrano. Empe-



ro, éste jamás recibió la nota del Triunvirato en ningún momento y en ningún lugar. Dicho con las palabras de Belgrano: "Nunca llegó a mis manos la contestación de V. E." No siendo admisible que un oficio del gobierno se pierda misteriosamente, debió ser abierto por Perdriel, sin cometer por ello nada escandaloso ni aberrante. Cuando un ejército está en campaña, en plena guerra, si el jefe es relevado, el sucesor tiene derecho a imponerse de las comunicaciones oficiales a su antecesor, sin que por ello sea violador de correspondencia, como lo da por sentado el mismo Belgrano "...la que se remitirá al comandante del Rosario, y la obedecería, como yo lo hubiera hecho, si la hubiese recibido".

3º) El pedido de Perdriel de que se le envíen dos banderas nacionales es un punto fuerte de la tesis del señor Mikielievich, pero de ningún modo decisivo, aun sin tener en cuenta la interpretación del ingeniero Fernández Díaz al respecto.

4º) El uso de mayúsculas para la palabra Bandera, en el oficio del 18 de julio firmado por Belgrano, no me parece tan probatorio como a mi distinguido oponente. Precisamente en el punto que con más justeza podía referirse a la bandera de Rosario: "Dispongo la bandera para acalorarlos y entusiasmarlos", justamente allí la escribe con minúscula.

5º) Para demostrar que Belgrano llevó consigo la bandera de Rosario a Jujuy y que aún no la consideraba propiedad del ejército, el señor Mikielievich dice que el 25 de mayo de 1812 hace retirar de su posada la bandera, como señalando que si la tenía él, no pertenecía a la tropa. Pero olvida el señor Mikielievich que después de jurada y bendecida pública y solemnemente en ese mismo día, es decir cuando la bandera ya no podía pertenecer sino al ejército, el mismo Belgrano informa: "Formados en columna me acompañaron a depositar la bandera en mi casa". Vale decir que esa prueba tampoco nada prueba, sino que Belgrano era depositario de la enseña.

6º) Afirma el señor Mikielievich que Belgrano, en Rosario, "no pudo dejarla a Perdriel haciendo caer sobre éste la responsabilidad de enarbolar una bandera pendiente de autorización; tampoco hacerla bendecir y jurar..." Pero lo cierto es que la enarboló. Y cuando una bandera se enarbola al frente de un cuerpo militar, por ese solo hecho pasa a ser propiedad del mismo, o no se enarbola en absoluto.

7º) El mismo señor Mikielievich encuentra dificultades con su tesis cuando Belgrano, sin autorización de ninguna especie, levanta la bandera en Jujuy y la hace bendecir y jurar. Tenía tanto permiso entonces como en Rosario. Y el señor Mikielievich intenta explicarlo subjetivamente: "¿Por qué Belgrano hace bendecir y jurar la bandera en Jujuy el 25 de mayo? Porque habían transcurrido cerca de tres meses desde que pidiera su aprobación; al no recibir respuesta en ese lapso entendió contar con el silencioso consentimiento".

Con todo el respeto que nos merece la autoridad intelectual del señor Wladimir Mikielievich, no podemos aceptar esa afirmación —que es el único en sostener— mientras no aporte alguna prueba más convincente que la simple deducción.

ALBERTO R. CESAR (Córdoba). — Contestando a las preguntas que formuló anteriormente ("La Bandera blanca y celeste..." Nº 14), transcribimos la respuesta que nos envía nuestro colaborador Miguel Angel Scenna:

Agradezco mucho los elogiosos conceptos que me dirige. Lamento haber sido involuntariamente oscuro en algunos puntos, que a continuación trato de aclarar.

El misterio de las banderas de Macha aún no está dilucidado, incluso aceptando la tesis del ingeniero Fernández Díaz. La primera hace rato que es considerada "bandera histórica". Respecto de la segunda (blanca-celeste-blanca), un dictamen de la Academia Nacional de la Historia, aprobado por unanimidad el 7 de octubre de 1958 dice: "Si la bandera de Macha conservada en el Museo Histórico Nacional, es considerada divisa nacional, la segunda bandera estudiada por el distinguido historiador Fernández Díaz

merece las mismas consideraciones históricas, desde que fue guardada con idéntico celo como la primera y le corresponde análoga exégesis".
Pero si bien el problema abre un ancho campo a la investigación, debe tenerse presente lo dicho en el mismo dictamen: "No ha podido precisarse hasta la fecha el primer ejemplar de nuestra enseña patria, ni el destino que le cupo a nuestra bandera desde el histórico día que fue enarbolada en las barrancas de Rosario".

Suponiendo que Rivadavia haya mandado a Rosario una bandera rojo y gualda, pregunta el señor César: "¿Qué se hizo de esa bandera? ¿Cayó en poder de los realistas después del desastre de Ayohuma?" De ningún modo. Recuerdo al señor César que el descalabro de Ayohuma se produjo después de quedar consagrado el uso de la bandera celeste y blanca bajo la tácita aprobación de la Asamblea del Año Trece, de modo que en ese momento ya no se usaban banderas españolas.

El señor César se pregunta por qué en Titiri se guardaron cuidadosamente dos banderas y no una sola. Reitero lo dicho en la nota: en Ayohuma desaparecen dos abanderados sin que caigan en poder de los españoles las respectivas banderas. Ellas serían las ocultadas en Titiri. Finalmente, la exacta identificación de ambas sigue aún en el campo de las hipótesis.

LUCIANO F. MOLINAS (Rosario). — Nos escribe una carta que transcribimos textualmente y que mucho agradecemos:

"He leído como tantos en esta ciudad en la revista TODO ES HISTORIA su artículo titulado 'De La Torre contra todos-Historia de un saqueo y su denuncia'.

Se ha leído muchísimo y he recibido muchas felicitaciones, encargándome algunos que se las haga llegar a Ud. Por mi parte se las transmito muy sinceramente. Es un magnífico trabajo de una gran objetividad y de juicios acertados e irrebatibles.

Una sola cosa quiero significarles. Ud. se hace eco de la leyenda de que De la Torre llevaba barba, a raíz del duelo con Hipólito Yrigoyen. Se viene ésto repitiendo y no es verdad.

En la página de Historia, De la Torre hizo referencias al episodio, diciendo que se trataba de un lance de dos hombres que no sabían tirar las armas, heridos ambos y más intensas las de él.

Pero la leyenda de la barba no es exacta. Tengo en mi poder la fotografía sacada el mismo día de su promoción como abogado en compañía de todos sus condiscípulos, y allí aparece ya con barba, que la usó siempre. Esa fotografía la tengo frente a mi escritorio con otras de recuerdos muy gratos e íntimos, y naturalmente se la he mostrado a muchos. Quiero ahora que vamos a celebrar este año el centenario de su nacimiento, difundir esa fotografía sin más propósito de que se vea la realidad de un hecho que el tiempo ha alterado. Divulgaré la fotografía y naturalmente le haré llegar a Ud., pero al hacerse esa divulgación sólo me propongo que la gente vea por sus propios ojos la realidad de un hecho desfigurado y, desde luego, sin mención en absoluto al lance que originó todo ésto".

RAUL H. RIVERO (Buenos Aires). — Nos escribe una carta que transcribimos por considerar de interés:

"Por la presente quiero hacerle llegar mi felicitación por el prólogo del Nº 14. En el cual pone como ejemplo para todos los argentinos la construcción de la "estación Termini" de Roma; la cual cimenta su modernísima arquitectura sobre restos de antiguas murallas.

Lamentablemente en nuestro país ese ejemplo no se cumple; día a día vemos que el progreso siempre nace de la destrucción. Ahora mismo, en este preciso instante, casas, iglesias, barrios y árboles están desapareciendo.
CASAS: Los grandes palacios de la familia Pereyra Iraola, Saint, De Ridder, Anchorena - Verstraeten que siguen la loca carrera hacia el abismo del Blaquier, el Carú, y otros tantos que sería muy largo detallar.

IGLESIAS: La capilla de Nuestra Señora de Sión, que está a punto de ser objeto de una reforma que destruirá sus regias pinturas.

BARRIOS: Las obras de prolongación de la avenida "9 de Julio".

ARBOLES: Las primeras cuadras de la calle Virrey Liniers, donde por cada nuevo edificio que se construye desaparecen los árboles de la vereda.

Todos sin excepción somos culpables de esta realidad, por haber olvidado que la mejor forma de honrar a la patria es pre-



servando los testimonios de su historia".

Esperamos gustosos su colaboración para levantar por lo menos, un censo de los edificios y objetos que corren peligro de desaparecer.

FRANCISCO M. MAJCEN (Buenos Aires). — Nos señala que en el suplemento Nº 5 de nuestra revista ("Juárez"), la autora expresa que el general Santa Ana venció a los texanos en la batalla de San Jacinto, cuando en verdad en esta acción fue derrotado el ejército de México, el 21 de abril de 1836 por Sam Houston. A raíz de esto, fue tomado prisionero Santa Ana, quien para salvar su vida no reparó en reconocer la independencia de Texas.

ROBERTO CARLOS DIMARCO (Junín-Buenos Aires). — Nos envía una carta que transcribimos, por considerarla de interés:

"Tengo el agrado de dirigirme al señor director, a los efectos de hacerle llegar documentación que he obtenido en el archivo de periódicos de mi ciudad y que considero pueden aportar un complemento a la nota que sobre la trayectoria artística de Eva Perón fue publicada en el Nº 14 ("Prehistoria de Eva Perón") bajo la responsabilidad del periodista Jorge Capsitaki.

Año 1932 — En esa época, Junín contaba con una audición llamada la "Hora Selecta", auspiciada por la casa del señor Primo Arini, y por donde desfilaron grandes figuras juninenses: músicos, cantores, recitadores, etc. El día jueves 11 de agosto de 1932, en la audición de ese día, junto a otros artistas, se presenta Eva Duarte, en números de recitado.

Año 1932 — En el escenario del Cine-Teatro Crystal Palace se realiza el miércoles 31 de agosto de 1932, una velada, que abarca diversos números y que culminó con la representación del sainete en tres cuadros original de Florencio Chiarella "Corto Circuito", y donde Eva Duarte asumió el papel de Dorita.

Año 1933 — En el "Teatro Italiano", la noche del viernes 20 de octubre de 1933, se realiza una velada teatral y musical y donde Eva Duarte actúa en la primer parte, en números de recitados para posteriormente encarar el papel de Vilma en el sainete de Chiarella, "Arriba, Estudiantes".

Todos estos antecedentes están documentados y en mi carácter de lector de primera hora de la revista de su dirección, se las hago llegar, con la salvedad que pueden existir otras actuaciones, pero cuyas referencias yo no poseo".

JUAN ANDRIANI (Capital). — Nos envía una carta que transcribimos, por considerarla de interés:

Al leer la carta enviada por el señor Laureano Landaburu a la redacción de esta revista (Lectores amigos) en el número 15, quisiera hacer algunas acotaciones.

Que la investigación se haría "a piacere", como Ud. dice, no creo que lo haya pensado el senador Landaburu sino la mayoría del senado, especialmente aquellos que tenían interés de que el monopolio inglés se mantuviera.

Creo que la amistad entre De La Torre y Landaburu no tiene importancia en el debate, ya que dos personas íntegras como los nombrados no mezclarían su amistad en el Senado.

La denuncia del embarco de documentos, prueba fehaciente de la abundancia de ganancias, la hizo Alfredo L. Palacios que en el mismo Senado dijo:

"Al día siguiente del allanamiento los tres trabajadores argentinos fueron expulsados de la empresa extranjera y solicité, entonces, del presidente de la comisión, que se interesara por los que habían prestado un servicio al país.

El doctor Landaburu, con su nobleza habitual, realizó las gestiones necesarias, y a los pocos días me manifestó, con cierta molestia: 'No se puede. Se considera, a mi juicio, equivocadamente, que dar trabajo a esos obreros significaría favorecer la delación.

En antesalas protestó de esa actitud, ignoro de quién, y don Ricardo Silveyra, director de Yacimientos Petrolíferos, que me escuchaba, se acercó y me dijo: 'Puede usted ofrecer trabajo a mi repartición a esos obreros', y ahí trabajan.

Perdonen los señores senadores que insista en este asunto, pero para mí tiene importancia.

¿Delatores —pregunto yo— los obreros argentinos que se indignaron ante la maniobra delictuosa de la empresa extranjera?

¿Seré, entonces, yo, delator por haber llevado la denuncia a la comisión?

¿Será, acaso, también delator el ciudadano Agustín P. Justo, presidente de la República, que poco tiempo después de mi intervención, hizo llegar al doctor Landaburu la misma denuncia presentada por los obreros, que se anticiparon al gesto patriótico del primer magistrado?

Delación, señores, viene del latín, delatio, delationis.

Los romanos, que desconocían la institución del ministerio público, otorgaron recompensas a los que hacían condenar a cualquiera, y la cuarta parte de los bienes del condenado se otorgaba a los delatores; quadruplatores, se llamaban por eso.

Hoy es delator el que hace una denuncia anónima y el anónimo, frecuentemente, es un elemento de perfidia y de venganza.

De ahí, que resulte absurdo llamar delatores a los criollos que, por defender a su país, denunciaron públicamente a los delincuentes y perdieron su trabajo".

En cuanto a los informes de la comisión, dice Palacios: "Yo tributo mi aplauso a la mayoría de la comisión que defiende los intereses del país con claridad y firmeza...

Sr. Landaburu: Muchas gracias.

Sr. Palacios: ...pero no lo escatimo para el representante de la minoría, gran figura parlamentaria por su talento, por su elocuencia y por su carácter.

La minoría de la comisión acepta las conclusiones de la mayoría, excepto en un punto accesorio y declara que no se ha hecho, sin duda, el despacho a gusto del ministro de Agricultura, pues significa su derrota.

Aun así lo considera incompleto, especialmente, en lo que respecta a la responsabilidad del Poder Ejecutivo, respecto de las maniobras dolosas de los frigoríficos.

Afirma, además, con razón, que el comercio interno va en camino de ser absorbido por las mismas empresas que monopolizan la exportación, pues dumping o sea la venta a menos del precio de costo, se practica en las carnes bovinas, violándose la ley de represión de los trusts.

Para la minoría que adentra más en el problema, tratado con tanta amplitud aunque en aspectos restringidos, lo urgente es concluir con el monopolio, del cual deriva la vigilancia de precios arbitrarios; monopolio que se creó y subsiste por la inacción del gobierno argentino y de los ganaderos, y que ha sido consolidado y legalizado por el convenio de Londres.

Por eso, en su declaración, expresa que al vencimiento del convenio de Londres, previa denuncia, debe establecerse en substitución del monopolio de hecho de las compañías frigoríficas actuales, el monopolio del Estado, que podría otorgar permisos de exportación a las empresas que se comprometieran a mantener una relación razonable entre los precios de venta y los de compra.

Los despachos de la mayoría y de la minoría de la comisión han planteado el problema del comercio de carnes con claridad, en un aspecto restringido, pero el debate lo ha obscurecido y desviado con derivaciones políticas".

Estas frases fueron dichas por Palacios en el Senado el 12 de setiembre de 1935 y se las envío para reivindicar la imagen de Alfredo Lorenzo Palacios, algo deteriorada en su respuesta a la carta enviada por el señor Landaburu. Sin llegar a ser socialista, soy un gran admirador de Palacios y los hechos de este debate los saqué de su libro "Petróleo, Monopolios y Latifundios".

AQUILES GASPAR (Capital). — Nos envía una carta que transcribimos, por considerarla de interés:

Todo no es historia. Leo textualmente en el artículo "La Semana Trágica", de Nicolás Babini, publicado en su revista (Año I, Nº 5, setiembre de 1967, página 21) la siguiente información, cuya fuente no se especifica.

(...) Yrigoyen sintió el impacto de las postergadas reclamaciones populares. Para dar forma a su preocupación requirió el concurso de personas de jerarquía intelectual y mantuvo largas entrevistas con José Ingenieros (...)

Deseo aclarar que Yrigoyen e Ingenieros no mantuvieron entrevista alguna. En dos ocasiones (abril de 1919 y agosto o setiembre de 1920) Yrigoyen manifestó su deseo de reunirse con Ingenieros y éste se hallaba dispuesto a aceptar la invitación, pero presiones políticas del momento impidieron al presidente concretar no sólo la entrevista, sino también su pro-

yecto de reformas sociales.

La fuente de información más segura al respecto es un memorial escrito por Ingenieros y que detalla el episodio. Otra fuente es una carta de Ingenieros al director de La Vanguardia y aparecida en este diario el 20 de abril de 1920, donde dice, entre otras cosas:

(...) Es inexacto, por fin, que yo haya concurrido a ninguna reunión o conferencia con el señor presidente de la Nación, doctor Yrigoyen, a quien no tengo el honor de conocer ni de vista.

Mayores precisiones hallará Ud. en el libro Entre Yrigoyen e Ingenieros. Un episodio de la historia argentina contemporánea (Buenos Aires, Meridión, 1957), donde Delia Kamia da a conocer el citado memorial, hasta entonces inédito, del archivo de su padre, José Ingenieros. Presumo que la autora, que en pág. 73 elogia y glosa cuidadosamente el trabajo Enero de 1919. Los hechos y los hombres de la "Semana Trágica" (Bs. Aires, S.E.P.A., 1956), tomará en lo sucesivo con mayores reservas las investigaciones históricas de su autor, el señor Nicolás Babini.

HECTOR C. DEI CASTELLI (Haedo, Buenos Aires). — Nos escribe solicitando un artículo sobre el caudillo Andresito, creador de la bandera misionera. Es un personaje muy interesante y del cual trataremos de ocuparnos.

RODOLFO C. V. VAI (Capital Federal). — Nos escribe una larga carta refutando afirmaciones de "La Bandera celeste y blanca", Nº 14, que nos parecen exactas. Hemos remitido la carta al autor para que él le responda si cree necesario.

MARIO FOLGORONA (Coronel Suárez, Buenos Aires). — Nos felicita y defiende la objetividad de nuestra revista, frente a lo afirmado por el lector Héctor López (sección "Lectores amigos", Nº 13). Gracias por su deferencia.

ROBERTO T. AMONDARAIN (San Antonio de Areco). — Nos escribe enviándonos unas fotos del accidente ferroviario de Alpatacal, para el archivo, lo que mucho le agradecemos.

ISABEL GARBARINI (Río Cuarto, Pcia. de Córdoba). — Sr. Director: la aparición de una revista sobre historia, como la que usted dirige, ha venido a llenar un gran vacío dentro del panorama periodístico del país, y a mi juicio ha demostrado en un año la objetividad con que sus colaboradores tratan de escribir.

Su revista ha desenterrado hechos o situaciones que la historia clásica argentina había dejado de lado, cobrando nueva vigencia en algunos casos, o aportando datos y testimonios desconocidos hasta ahora y que contribuyen a ampliar la visión histórica.

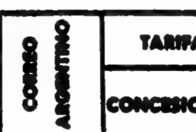
Sin embargo, existen temas que aún no han sido tratados y que pueden ser de interés para los lectores, entre ellos: 1) - La verdadera personalidad de Mariano Moreno, su significado político, histórico. Su muerte, ¿cómo ocurrió? 2) - La historia de las Logias secretas y de la masonería en nuestro país. 3) - El desarrollo de las artes y el teatro, sus primeros exponentes. 4) - Quiénes fueron las primeras damas de la república, su actuación durante el gobierno de sus maridos.

Creo que también hay que tratar de incluir temas policiales, de amores célebres, etc., porque "Todo es Historia" y de ese modo apreciar mejor las cosas de nuestra historia.

Sería conveniente que la revista apareciera impresa en mejor papel y en color, aunque encarecería el costo. Creo que esta publicación ha obtenido éxito, pero le ha faltado una promoción efectiva y que abarque mayores sectores.

Se han recibido muchas cartas de lectores relativas al artículo sobre Eva Perón publicado en el Nº 14. A ellas se ha referido nuestro Director ("Amigo Lector", Nº 15) por lo que se ha resuelto no publicar las que se refieren a ese tema.

TODO ES HISTORIA, Nº 16 AGOSTO DE 1968. Editores responsables: HONEGGER S.A.I.C. Director: Félix Luna. Redacción, administración y talleres: México 4256. Teléfonos: 90-9118 (redacción) y 90-8354 (administración). Registro de la Propiedad Intelectual Nº 928481. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribución interior y exterior: SADYE S.A.I.C., Belgrano 355, Buenos Aires.



PRIMERA COLECCION DE ENSEÑANZA INTEGRAL DEL FOLKLORE

Tres elementos que permiten la enseñanza integral del folklore **y una manera nueva de apreci**ar los valores vernáculos: el Gran **Manual de Folklore, con la par**ticipación de los más importantes **folklorólogos del país, que abr**e la puerta a la danza, la música, **el comerío, el atuendo y otros** aspectos del folklore; las "Setenta **y Siete Danzas" bajo la direcci**ón de Juan de los Santos Amores, **complemento indispensable** para el aprendizaje de los bailes **nativos en un disco de alto va**lor musical; y "El Canto del Viento", **la obra máxima de Don** Atahualpa Yupanqui, en el que re**sume la experiencia de toda** una vida dedicada a la frecuenta**ción de las cosas de la tierra.**
Un Gran Manual, cuatro discos y un libro al servicio integral **del folklore.**

Las Setenta y Siete Danzas nacen de estos discos para promover el gusto por el baile nativo.

El gran Manual de Folklore: un esfuerzo literario de la más alta jerarquía.



"El Canto del Viento", la más expresiva creación literaria de Don Atahualpa Yupanqui.

totalmente en CUOTAS

SOLICITE INFORMES A:

EDITORIAL VERBO S. R. L.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN TODO EL PAIS
ALSINA 1450 - 4º PISO - CAPITAL FEDERAL


EN SU BIBLIOTECA NO DEBE FALTAR
TODO ES HISTORIA
HISTORIA
LA SEMANA TRAGICA
VIDA Y MUERTE DEL ULTIMO SERVICIO SECRETO
LOS DEGOLLADORES
Regale a sus amigos, a sus hijos, a sus compañeros de trabajo, la colección de los seis primeros números de TODO ES HISTORIA encuadernada a todo lujo. Pídala personalmente o por correo a HONEGGER S.A., México 4256 con cheque o giro postal por $ 1.250 (franqueo incluido). ¡Una lectura para toda la vida!

17

TODO ES HISTORIA

LA TRAICION A LA REVOLUCION DEL 90

EL GOBERNADOR LOCO

LAS MUJERES DE SARMIENTO

MENDOZA DESTRUIDA

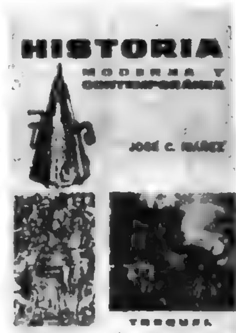
$ 150

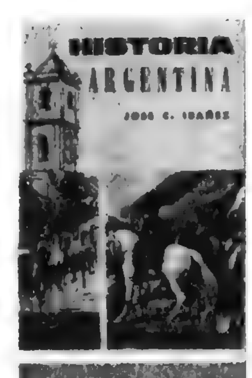
los libros de texto más completos y didácticos

para la enseñanza de la historia

por el Prof. JOSÉ C. IBÁNEZ



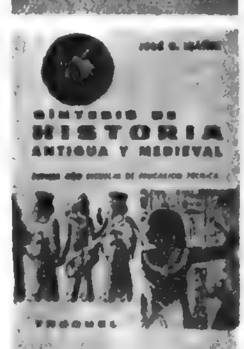












CICLO BÁSICO

1er. año: HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL

2do. año: HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

3er. año: HISTORIA ARGENTINA

SEGUNDO CICLO

4º año Bach.: INSTITUCIONES POLÍTICAS HASTA 1810

5º año Bach.: INSTITUCIONES POLÍTICAS DESDE 1810

4º año Normal: HISTORIA ARGENTINA (MAGISTERIO)

5º año Normal: HISTORIA DE LA CULTURA ARGENTINA

ENSENANZA TÉCNICA

1er. año: SÍNTESIS DE HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL

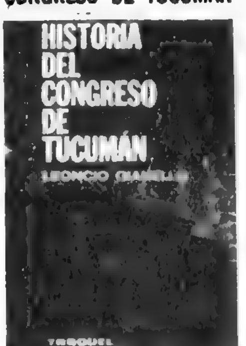
2do. año: SÍNTESIS DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORANEA

3er. año: SÍNTESIS DE HISTORIA ARGENTINA

Otra obra fundamental para el estudio de nuestra historia

HISTORIA DEL CONGRESO DE TUCUMAN

LEONCIO GIANELLO





EDITORIAL TROQUEL

SOCIEDAD ANONIMA

SAN JOSÉ 157 T. E. 38-0118/0349

LA EDAD MEDIA

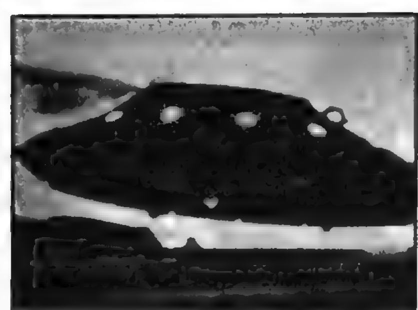
LA ANTIGUA GRECIA



LOS PLATOS VOLADORES

EL KU KLUX KLAN

STRAVINSKY



CHINA ROJA

EL KREMLIN

EL LOUVRE

MIGUEL ANGEL



JESUCRISTO

PICASSO

HIROSHIMA



DE GAULLE

La historia de los grandes sucesos del mundo los hombres que los forjaron, el análisis de las personalidades más discutidas, en documentos inéditos!

TODO EN CADA CAPITULO DE
“PRIMERA DIMENSION”
LUNES 23.15
TELEONCE





En el Nº 2 de "Nuestra Historia", revista del Centro de Estudios de Historia Argentina, leemos la siguiente referencia sobre nuestra revista: "Muchas son las críticas que escuchamos sobre esta publicación mensual, enderezadas casi todas ellas hacia el acento sensacionalista de sus artículos". *El órgano colega nos defiende de esas críticas diciendo que* "tan severos censores desconocen la existencia de importantes publicaciones similares, que hallan simpática acogida en medios más habituados al rigor científico que el nuestro". *Y agrega que TODO ES HISTORIA* "inaugura entre nosotros un tipo de revista destinada al gran público, que tiene ya larga existencia en Europa", *señalando que* "Francia, por ejemplo, cuenta con "Historia", también de aparición mensual, y en la que colaboran sin remilgos ni pudibundez prominentes miembros de la Academia Francesa y del Instituto, con artículos que parecerían igualmente sensacionalistas a nuestros colegas".

Agradecemos la defensa que hace de nosotros "Nuestra Historia", así como los simpáticos conceptos que siguen a este párrafo. Pero quisiéramos, por nuestra parte, agregar algunas reflexiones a este tema del sensacionalismo.

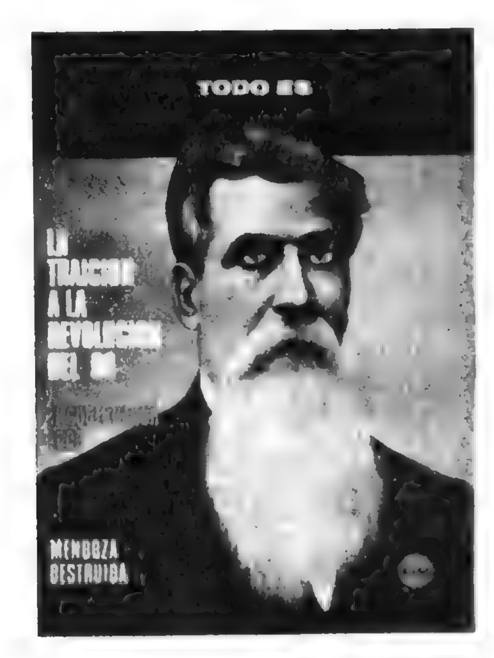
TODO ES HISTORIA no es sensacionalista. Lo que ocurre es que algunas de sus notas atañen a hechos históricos que, naturalmente, tienen que producir sensación. Cuando contamos que hace menos de 40 años se fusiló en la Patagonia a un número de obreros rurales que oscila entre los 500 y los 1.500; cuando ponemos a plena luz tres renuncios incalificables cometidos por un prócer que tiene estatuas y avenidas en el país; cuando recordamos el odio que profesó Rivadavia a San Martín; cuando sacamos del marco de la leyenda y colocamos en el plano histórico a mitos populares como Pancho Sierra, la Madre María o Juan Moreira; cuando resucitamos personajes como Simón Radowitzky, episodios como el naufragio de la "Rosales" o sucesos como el negociado del Palomar, estamos dando a nuestros lectores una sustancia de historia que por su sola virtualidad es sensacional. Lo es porque se han ocultado, han sido olvidados o se han falseado. Porque en algunos casos ha existido una acción interesada tendiente a oscurecer la verdad y en otros casos han sido arrojados al granero inmenso de la historia, de donde nuestros colaboradores los han rescatado.

Pero nuestra revista no es sensacionalista ni lo será jamás. Entendemos por sensacionalismo aquello que trata de dar un tono deliberadamente espectacular a lo que no justifica semejante tratamiento; o tratar temas que halaguen pasiones mezquinas, que sean equívocos o pongan la verdad al servicio del interés comercial. Ningún lector de buena fe que haya seguido nuestras entregas puede decir que nosotros hayamos incurrido en semejantes caídas.

TODO ES HISTORIA no tiene miedo a la verdad ni está embanderada en ninguna secta, facción o partido. Por eso tomamos los temas que nos parecen de interés para nuestro público. Generalmente son sensacionales y nos parece bien que sea así. Pero nos respetamos demasiado a nosotros mismos y respetamos demasiado a nuestros lectores, para que caigamos en la pantanosa trampa del sensacionalismo.

Esto es lo que queríamos agregar a la defensa con que nos ha honrado un órgano que comparte con nosotros la pasión por la historia verdadera

EL DIRECTOR



Leandro N. Alem, el caudillo romántico de Buenos Aires. Fue la contrafigura austera y popular de los próceres del régimen político contra el cual combatió hasta caer, víctima de su propio ardimiento. Nunca lo amó tanto el pueblo argentino como en esas jornadas tumultuosas de julio de 1890, cuando la Revolución del Parque.

TODO ES HISTORIA

REVISTA MENSUAL DE DIVULGACION HISTORICA

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. . .".

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

AÑO II - Nº 17

SETIEMBRE DE 1968

EDITOR: Honegger S.A.C.I.
DIRECTOR: Félix Luna

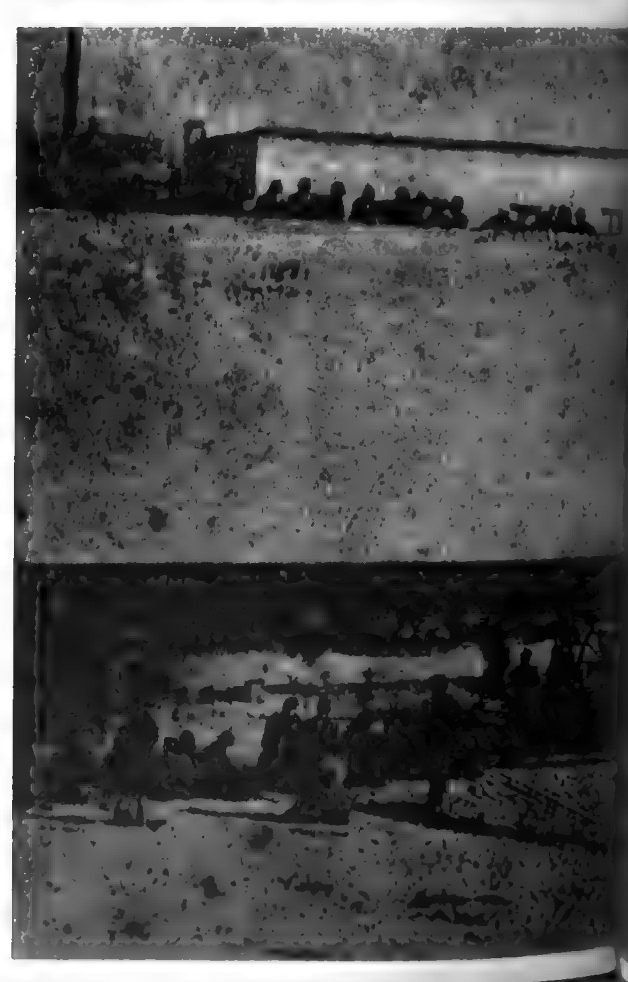
Redacción:
MEXICO 4256

SUMARIO

Y TAMBIEN



La Revolución del 26 de julio de 1890 es un acontecimiento político único en la historia argentina. Marca con precisión el momento en que la ciudadanía toma conciencia como tal reclamando, ásperamente, su lugar como factor de poder. A partir de allí la opinión pública cobra importancia primordial, ya no se prescindirá de ella en futuras combinaciones políticas y se inicia un proceso institucional que culminará con la sanción de la Ley Sáenz Peña. El 90 es el punto de partida de la evolución de nuestra incipiente democracia hacia un grado de madurez. Tan unánimemente ha sido reconocida esta

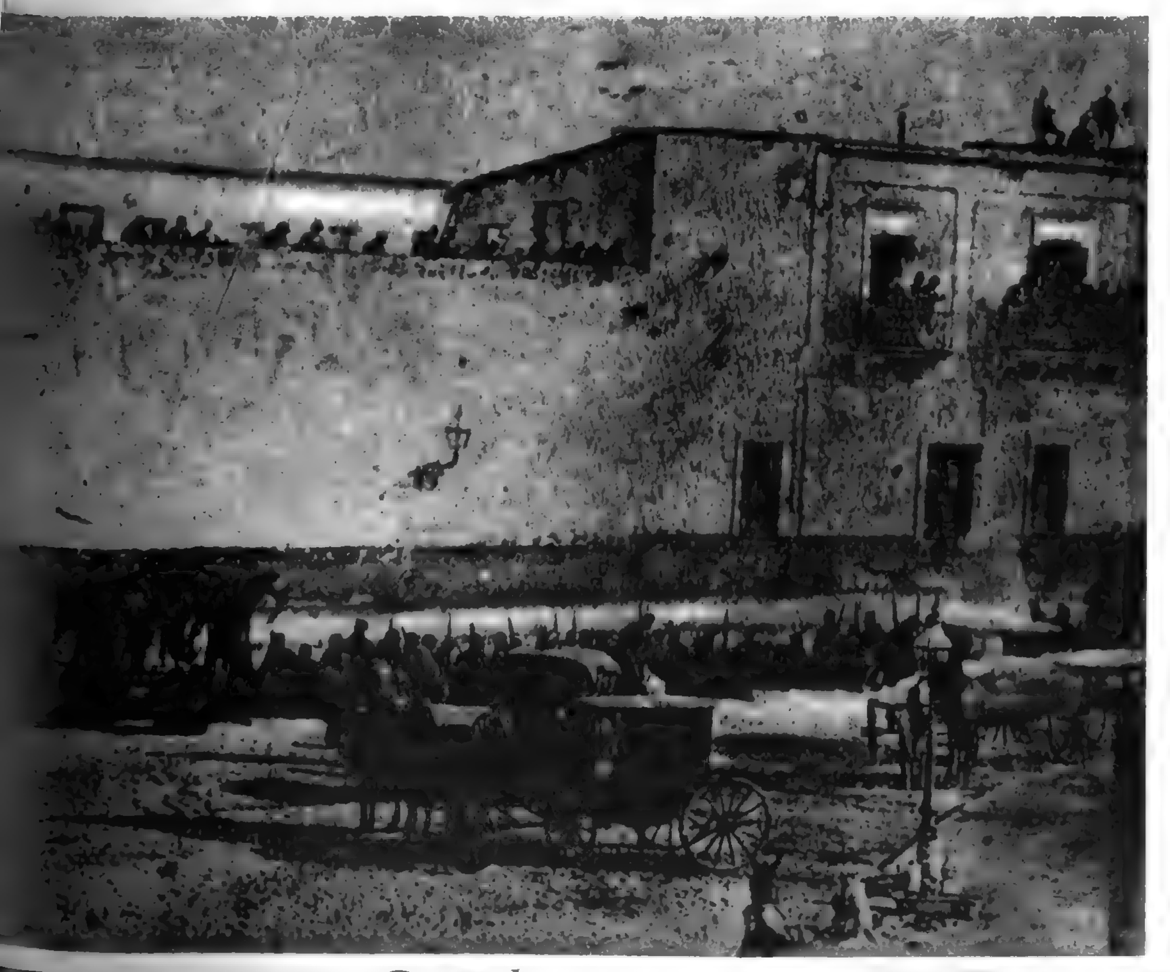


por Adolfo Casablanca

LA REVOLUCION DEL 90

importancia, que todas las fuerzas que han protagonizado nuestras luchas cívicas durante más de un siglo y medio, han contado entre sus blasones y exhibido como bandera de combate "la gesta del Parque". Los distintos radicalismos, desde los de intransigencia total hasta los antipersonalismos que entraron en la Concordancia del 32; los católicos, los demócratas progresistas, los movimientos de inspiración marxista y los nacionalismos de ultra derecha, se enorgullecieron de que sus hombres hubieran participado en la violenta reacción de Julio

El Parque de Artillería ocupado por los revolucionarios. Julio de 1890.



LA TRAICION A LA REVOLUCION DEL 90

El Parque fue la pila bautismal, el altar de iniciación de toda una generación de políticos entre los que se cuentan: Marcelo T. de Alvear, Delfín Gallo, Juan B. Justo, Lisandro de la Torre y José Félix Uriburu; fue también el fuego purificador donde veteranos de amplia y variada trayectoria como Aristóbulo Del Valle, Leandro N. Alem, Bernardo de Irigoyen, José Manuel Estrada, Vicente Fidel López, Hipólito Yrigoyen y el mismo Bartolomé Mitre (en Europa cuando los sucesos, pero adherido al movimiento) inician una nueva etapa en su acción pública con nuevas ideas o, al menos, con nuevas tácticas.

Es obvio que un hecho político con tantos y tan dispares hijos, haya tenido una sucesión complicada, por lo que la Revolución del 90, antecedente de tantos movimientos de opinión, haya sido analizada y explicada conforme a las ideas que luego abrazaron sus autores, lo que hizo perder la imparcialidad de sus juicios. Se hizo difícil opinar sobre los sucesos revolucionarios sin rozar intereses políticos o susceptibilidades personales, provocando polémicas agrias donde lo personal predominaba siempre sobre lo objetivo. Pero ha pasado ya un lapso prudencial para encarar el estudio de la Revolución del 90 con la imparcial objetividad que exige la crítica histórica; los héroes del Parque han desaparecido, al igual que sus adversarios, la opinión pública se polariza desde hace más de veinte años en torno a otras consignas que las del 90; ya no hay intereses políticos en juego que turben la razón. Es justo que nos planteemos ya ciertos interrogantes básicos: ¿Cuáles fueron las causas de la Revolución del 90? ¿Cómo se desarrollaron los hechos revolucionarios? Con respecto al primero son conocidas las opiniones vertidas "a posteriori", sabemos que para los católicos fue una justa reacción contra "las leyes laicas" de los gobiernos de Roca y Juárez; que para el radicalismo fue el primer enfrentamiento partidario contra un régimen al que derrotaría finalmente en las urnas; que para los nacionalistas fue una manifestación de la ira popular contra los vendepatrias que entregaban nuestra economía; para los marxistas fue la aparición violenta de nuevas clases, la pequeña burguesía y el proletariado urbano, en la lucha por el poder.

No se rebatirán aquí estas opiniones, ni se tendrán en cuenta, aunque algo de cierto haya en todas ellas; se tratará, en cambio, de dar una imagen de los hechos del Parque y de las causas que los motivaron, por el análisis frío de los documentos de la época y de los testimonios que al respecto han vertido sus protagonistas, pero, tomando de éstos, sólo aquello que se refiere a los acontecimientos en sí, despojándolos de la hojarasca de las subjetividades. Se intentará reconstruir los acontecimientos en su momento, explicándolos conforme a la mentalidad argentina de entonces, y no a la de después y menos a la de ahora.

ANTECEDENTES

Comencemos por ver el proceso de gestación de la Revolución del 90, estableciendo las razones que impulsaron a civiles de todas las tendencias, hermanados con buena parte de las fuerzas armadas, a lanzarse a la calle para derrocar un gobierno. Las banderas que se agitaron entonces fueron dos, solamente dos y muy brevemente pueden expresarse así: **respeto al sufragio universal y honestidad en el manejo de los fondos públicos.** Como el gobierno no ofrecía garantías para el logro pacífico de estos objetivos, debía ser depuesto por la fuerza de las armas.

Don Miguel Juárez Celman había llegado al poder impuesto por su concuñado, Julio Argentino Roca, al margen de la opinión pública y con el apoyo de los gobiernos provinciales que le aseguraron, además, amplísima mayoría en ambas Cámaras.

Recordemos aquí que Roca llegó a la Presidencia en el 80 como líder victorioso de los hombres del interior; la ocupación de la ciudad "capitalizada" fue un laurel más que se agregó a las sienes de un militar que había ganado otros en el Paraguay, en las luchas del 74 y en el desierto. No es la ocasión de polemizar sobre los verdaderos méritos de Roca pero, indudablemente, era un militar de sólido prestigio y un político de gran habilidad. Supo acaudillar a los jefes de las situaciones provinciales, pudo doblegar la altivez de los intransigentes porteños, y se puso al frente de un movimiento que se convirtió, durante su gobierno, en la única fuerza política nacional. El parto de sucesor fue fácil: Juárez no tuvo oposición seria ni en los gobiernos pro-



Aristóbulo Del Valle: verbo revolucionario, sus discursos denunciaron en el Senado la política económica del gobierno de Juárez.

vinciales ni en las fuerzas armadas ni en la banca extranjera, únicos factores de poder que se tenían en cuenta. Era indudablemente impopular, pero eso no importaba mayormente. Los dos primeros años de su gobierno transcurrieron en paz, gozó de una tregua política. Mitre manifestó que "juzgaría al gobierno por sus hechos, olvidando lo espúreo de su origen"; Sarmiento dio su última batalla contra Juárez, retirándose luego al Paraguay, donde murió poco después; no quedaban a la vista figuras de relieve que pudieran hacer oposición al régimen y Juárez se sentía muy seguro en su sitial. Pero, a partir del "crack" bursátil del 88, prolegómeno de la crisis del 89, se comienza a manifestar un malestar en todos los niveles; la ciudadanía siente la necesidad y el deber de gravitar en los acontecimientos políticos con el arma que la Constitución le da, y las malas costumbres políticas le niegan: el voto. La lucha por el sufragio libre comienza a unificar opiniones dispersas y sin un partido orgánico que las represente.

Comenzó a exigirse también corrección en el manejo de los fondos públicos y seriedad en los gastos de la administración. El malestar económico provocado por la crisis alteró los ánimos y las críticas al despilfarro presupuestívoro y a los escandalosos negociados que enriquecían a algunos hombres del régimen, se multiplicaron. La crítica era justa y la aspiración de corrección y honestidad totalmente lógica y, aunque estaba equivocada en sus fundamentos, fue factor determinante en el proceso de unificación de opiniones previo a las jornadas del Parque. El país sufría una crisis y se imputó la responsabilidad de la misma al gobierno, incapaz y deshonesto administrador, cuando en realidad, y eso lo sabemos hoy, el responsable era el sistema, lo administrara quien lo administrase.

La economía nacional se manejaba de la manera que convenía a los intereses del capital extranjero, principalmente inglés. La Argentina era un productor inagotable de materias primas, fruto de la actividad agropecuaria. Eran transportadas hasta el puerto, a veces parcialmente elaboradas, para embarcarse en bodegas extranjeras. Desde que salían de manos del productor pasaban por ferrocarriles, silos, depósitos de consignatarios y exportadores, aseguradores, molinos o frigoríficos, que pertenecían sin excepción a firmas extranjeras. Toda utilidad derivada del transporte y comercialización de nuestros productos se convertía en divisas que emigraban del país. Como los países compradores cuidaban celosamente el equilibrio de sus balanzas de pagos, nos imponían la compra de artículos manufacturados que, por una parte, imposibilitaban nuestro desarrollo industrial y, por otra, se repartían con un criterio odioso. Eran abundantes y baratos si contribuían al buen funcionamiento del sistema: alambrados, bolsas, semillas, padrillos, material ferroviario, etc.... Eran, no tan abundantes, pero a buen precio los artículos suntuarios que permitían a la oligarquía agropecuaria nacional vivir "a la europea", en caricaturesca imitación del lujo de París y Londres, en un derroche que ofendía nuestras costumbres nacionales y contrastaba rudamente con la pobreza de las clases menesterosas. Los artículos destinados al consumo de éstas eran de baja calidad y de precios elevados, encarecidos más aún por los derechos aduaneros. Es obvio destacar que el transporte y la comercialización de todos estos artículos estaban en manos de firmas extranjeras, cuyos dividendos ocasionaban nuevas evasiones de divisas. La Aduana era la fuente principal de recursos fiscales y resultaba, aun en tiempos normales, insuficiente. En períodos de crisis, al disminuir las importaciones, los déficit se agudizaban y el gobierno recurría entonces a empréstitos leoninos por los que se endeudaba progresivamente al país. Ya durante el gobierno de Roca no alcanzaron tampoco los empréstitos y se recurrió a la inconversión, es decir que el papel moneda no se cambiaba por oro, el precio de éste subió y con él todos los precios, en un proceso inflacionario que se agudizó en tiempos de Juárez por las emisiones incontroladas de papel moneda, llamadas clandestinas, porque se realizaron sin el debido control parlamentario.

La crisis fue una consecuencia del sistema. Hoy la llamaríamos "cíclica". Y el gobierno de Juárez sólo la agudizó, por el crecimiento desmedido de la burocracia. Había que satisfacer a "la clientela", y por el otorgamiento de créditos indiscriminados, por la banca oficial y privada, a los paniaguados del régimen que se lanzaron a especulaciones financieras sin mayor respaldo. Estas especulaciones "salían bien" mientras la expansión inflacionaria iba en aumento, pero fracasaron al producirse la crisis, con la consiguiente contracción del mercado, quedando el tendal de quebrados con créditos impagos. Los bancos no pudieron hacer frente a sus obligaciones y los damnificados fueron multitud. La



General Manuel J. Campos: la figura ambigua cuya responsabilidad en la derrota de la Revolución del Parque se aprecia en una nota.

opinión pública de la época condenó al gobierno como responsable pero no censuró al sistema; no hubo un concepto claro al respecto ni en el mismo seno de la Junta Revolucionaria, a tal extremo que al discutirse en ésta la designación de quién debía ejercer la Presidencia en caso de triunfar, se opuso, a la indiscutida personalidad de Alem, la de Vicente Fidel López, y no por sus méritos morales e intelectuales (que los tenía), sino porque sus relaciones con la banca inglesa, la famosa Baring Brothers en particular, aseguraba al futuro gobierno una fácil solución a los problemas financieros que sin duda tendría que afrontar.

La culpa de la crisis del 89 fue de Juárez y su círculo. Así lo admitieron hasta los hombres del régimen que apoyaron la Revolución, precisamente para salvar un sistema que los beneficiaba, y al que veían peligrar por inepcia de sus conductores ocasionales.



El capitán Leandro N. Alem, sentado, en la época de la guerra al Paraguay; parado, su hermano Lucio (militar) y un amigo.

Ya tenemos entonces las dos banderas que convocaron a la ciudadanía a la lucha armada: sufragio libre, honradez administrativa. Fueron las únicas, claras y amplias, pero insuficientes. No hubo detrás del movimiento de Julio un plan de gobierno, un plan político, un plan económico. El liberalismo suponía que el juego limpio entre las fuerzas políticas, resolvería todos los problemas: eran las ideas de la época, y por ellas se jugaron los hombres de la época.

Tal era el panorama opositor. ¿Qué pasaba mientras tanto en las filas del gobierno? Miguel Juárez Celman vivía, aun en pleno "crack", en el mejor de los mundos. Las situaciones provinciales, heredadas de Roca, no le eran hostiles; en el Congreso, sólo la voz de Del Valle le hacía oposición; se rodeó de jóvenes inexpertos, aduladores y exquisitos, que gozaban de las prebendas oficiales abusando de la buena fe del presidente. Tan fuerte se sentía éste, que apartó a Roca de la jefatura del Partido Nacional, prescindió de él para gestar la candidatura presidencial de Ramón J. Cárcano, entonces treintañero, en contra de la del propio Roca; se sentía tan fuerte como para despreciar al "gringo" Pellegrini, su vice y figura de singular relieve político. El "zorro" y el "gringo" se alejaron de Juárez mientras éste se hundía, sin advertirlo siquiera, frente a una oposición cada vez más agresiva y ante problemas financieros que no atinaba a resolver.

En este cuadro comienzan a desarrollarse los acontecimientos que desembocarán en la madrugada del Parque: una oposición firme y agresiva, prácticamente unánime, frente a un gobierno ejercido por un hombre sin carácter, vanidoso e ingenuo que, por una autosuficiencia sin asidero alguno, perdió el apoyo de las figuras máximas del partido que lo llevó al poder, y sin los medios materiales mínimos que se requieren para gobernar.

Así planteadas las cosas, ¿cómo fue posible que la Revolución no triunfara? ¿Cómo fue posible que el régimen, que se caía solo, salvara la situación y continuara al frente del país un cuarto de siglo más? Respuesta a estos interrogantes la encontraremos al analizar los hechos que configuran el proceso revolucionario.

LOS HECHOS

Los acontecimientos previos al levantamiento son conocidos y, ya que en general no hay controversia sobre ellos, bastará enumerarlos cronológicamente con comentarios muy someros.

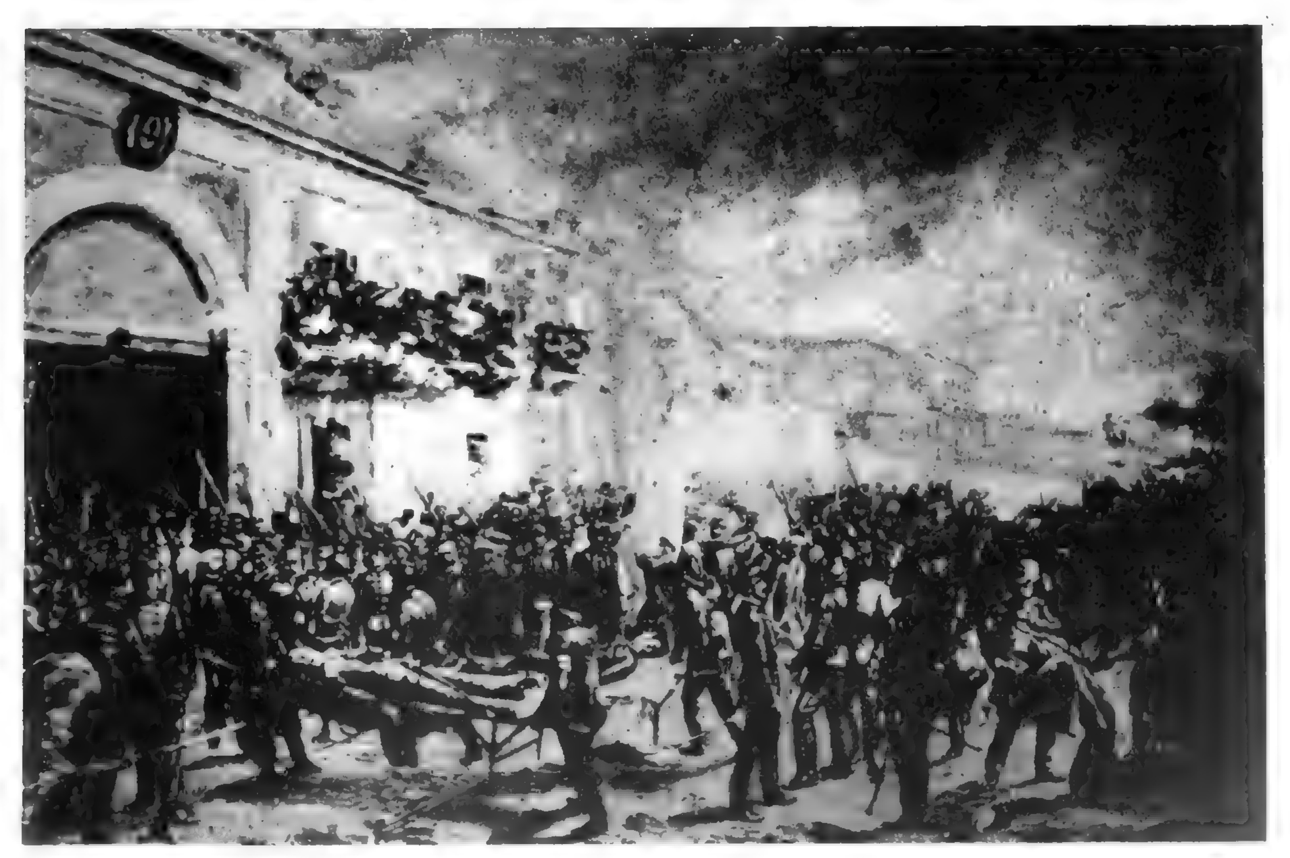
El poder personal de Juárez llega a la cima a mediados de 1889. Alejados de él Roca y Pellegrini se convierte en "el Unico". Los jóvenes oficialistas expresan su incondicional adhesión al presidente en una cena que tiene lugar el 20 de agosto, donde se proclama la candidatura de Ramón J. Cárcano. El Unicato tiene ya Rey y Príncipe Heredero. El mismo día el diario "La Nación" publica un artículo firmado por Francisco Barroetaveña, titulado "Tu quoque, juventud" (En tropel al éxito), donde fustiga acremente la incondicionalidad de los jóvenes juaristas. Lo urticante de esta página periodística provoca la reacción de un grupo de jóvenes independientes que, rodeando al autor, organizan un movimiento de opinión al que llaman Unión Cívica de la

Juventud que realiza su "meeting" (como entonces se decía) inaugural en el Jardín Florida el 1º de setiembre de 1889. Fueron invitados al acto personajes prestigiosos de la otra generación y concurrieron al mismo, ocupando la tribuna junto a los jóvenes independientes, Leandro N. Alem, Aristóbulo Del Valle, Vicente Fidel López, Delfín Gallo y Pedro Goyena. Bernardo de Irigoyen y Bartolomé Mitre excusaron su asistencia por razones de salud, pero adhirieron al acto. El compromiso contraído en este acto fue formal: la juventud arrastraría a la ciudadanía a los comicios para derrotar al gobierno, y al grito de "Viva la honradez política y administrativa" cruzaron las calles porteñas hermanados en un solo abrazo, católicos y masones, nacionalistas y autonomistas, pandilleros y chupandinos, unitarios y federales. Se abría una etapa nueva en la vida política nacional, enterrando tras ella los viejos rencores. Ya en octubre de 1889 se deja de lado el agregado "de la juventud"; la Unión Cívica quiere serlo Nacional, o simplemente Unión Cívica. Se inauguran clubes parroquiales en la capital y en algunas provincias; la ciudadanía concurre a ellos conjurada por la juventud y la voz de los viejos líderes. Las elecciones para la renovación de la Cámara están próximas; serán el 2 de febrero del 90, y es menester ganarlas como paso previo a la victoria decisiva que se logrará en la presidencial del 92.

La Unión Cívica, movimiento de coalición política, se presenta con fuerza arrolladora y la juventud le ha dado ya un jefe indiscutido: Leandro N. Alem. Esta preeminencia pudo haber herido la susceptibilidad del mitrismo que consideraba a don Bartolo, en sus 70 años, poco menos que una estatua viviente. Pero esto no impidió que la coalición tomara fuerza y se aprestara a la victoria electoral. Dos hechos del gobierno cambian los planes de la Unión Cívica y definen su carácter revolucionario: los registros electorales (padrones) se confeccionan viciosamente asegurando el triunfo del gobierno; una manifestación multitudinaria en San Juan Evangelista es agredida y disuelta por la policía. La acción cívica se ve coartada en sus esperanzas institucionales. A la Unión sólo le queda el camino de la revuelta.

En un par de meses de cuidadosos preparativos se llega al "meeting" del Frontón Buenos Aires donde quince mil personas, cifra inusitada en aquella época, proclaman la dirección partidaria: abrió el acto Bartolomé Mitre y lo sucedieron en la tribuna F. Barroetaveña, Leandro Alem, Vicente F. López, A. Del Valle, Mariano Varela, Pedro Goyena y José Manuel Estrada. Una vez más "don Leandro" se llevó los mejores aplausos; era el ídolo, el primero entre los grandes de su hora. Los descalabros financieros y los abusos de la prepotencia oficial fueron los temas preferidos en los discursos. La arenga fogosa reemplazó al discurso doctrinario: la multitud se pronunciaba decididamente por la revolución y los dirigentes lo sabían y lo preparaban.

Desde el 1º de setiembre Alem había acariciado la idea de una sublevación popular. No quería asumir la responsabilidad de instaurar el milita-



Así reconstruyó el pintor Darré una de las escenas vividas dentro del Parque de Artillería por los revolucionarios durante las jornadas de Julio.

Alem en plena actividad electoral (1893), rodeado de un grupo de correligionarios, entre ellos Barroetaveña y Manuel Fierro; adviértase el delantal blanco que usaba Alem "de entrecasa".



rismo en el país; pero el ejército y la escuadra vivían también el clima revolucionario, y recibió y aceptó la adhesión incondicional de muchos oficiales y jefes a partir de aquella jornada inicial. Los coroneles Figueroa y Espina fueron los primeros en informarle que el ejército vería con buenos ojos una revolución; luego Manuel J. Campos compromete su adhesión, y lo hacen también los generales Viejobueno (Domingo y Joaquín), los coroneles Yrigoyen y Morales, y el mayor Bravo. Hay clima revolucionario en la calle y en los cuarteles, sólo falta organizar el movimiento y a ello se abocan Alem y Del Valle. Y decimos Alem y Del Valle porque éstos fueron los principales gestores de la sublevación de Julio; se habrá disentido sobre cuál fue el más importante, pero nadie les niega a ambos la paternidad del movimiento. Alem aportó su enorme popularidad entre las masas suburbanas, su gran poder de convicción, su actitud mesiánica; Del Valle su demoledora actuación en el Senado, su espíritu disciplinado y organizador, su prestigio intelectual y ambos, la intachable honradez de su conducta, su dedicación total y su infatigable constancia.

Mientras tanto el gobierno comienza a sentir la presión popular y, como consecuencia de ella, el 10 de abril del 90 renuncia el ministerio en pleno. El nuevo gabinete tiene figuras de prestigio y no incondicionales del gobierno, con las que se espera llegar a una transacción. El mismo día del "meeting" del Frontón Buenos Aires se hacen públicos sus nombres y se anuncia, además, que Roca y Cárcano han declinado sus candidaturas presidenciales. Pero ya es tarde para conciliar, los cívicos están jugados y se aprestan sin contemplaciones al levantamiento armado.

Los trabajos prerrevolucionarios duraron poco más de dos meses, desde fines de abril a mediados de junio; los cabildeos y cambios de opinión fueron mucho menores que lo previsible, dado la heterogeneidad de las fuerzas coaligadas, y se llegó finalmente a la constitución de una Junta Revolucionaria, de la que dependía la conducción militar del operativo, y que designó al gobierno provisional que debía reemplazar al de Juárez Celman. La Junta trazó un plan revolucionario que, aceptado por los jefes militares, debía cumplirse inexorablemente.

La Junta estuvo constituida por los generales Manuel J. Campos y Domingo Viejobueno; los coroneles Julio Figueroa y Martín Yrigoyen; el teniente coronel Joaquín Montaña y los doctores Leandro N. Alem, Aristóbulo Del Valle, Mariano Demaría, Miguel Goyena, Juan José Romero, Lucio V. López, José María Cantilo, Hipólito Yrigoyen, Manuel A. Ocampo y M. Navarro Viola.

El Gobierno Revolucionario que sucedería al de Juárez sería presidido por Leandro N. Alem, y sus ministros serían: del Interior: Juan E. Torrent, Relaciones Exteriores: Bonifacio Lastra, Hacienda: Juan José Romero, Guerra: Joaquín Viejobueno, Justicia: Miguel Goyena. Campos y Figueroa apoyaron la candidatura presidencial de Mitre, pese a lo imposible de la misma ya que el interesado estaba en Europa. En lo demás hubo

unanimidad. Los mismos Campos y Figueroa serían jefes del movimiento militar, descartándose otros militares de igual o superior graduación por razones no siempre igualmente atendibles: Joaquín Viejobueno debía partir en comisión al sur y no podía negarse sin despertar sospechas; su hermano Domingo debía alejar de Buenos Aires al coronel Gil, del 9 de Infantería, cuya presencia podía entorpecer el levantamiento de este cuerpo; el general Racedo por haber sido hasta las vísperas ministro de Juárez y el coronel Mariano Espina por.:. no se sabe bien, o al menos —testimonios a la vista— no se entiende bien. Alem reconoce que, junto con Figueroa, fue el primer jefe que ofreció su adhesión y que fue entrevistado por él y Del Valle. En estas conversaciones no se lo informó sobre las fuerzas comprometidas y Espina, creyéndose solo con la tropa a su mando, resolvió llevar las cosas adelante reclamando toda la responsabilidad del movimiento militar y, consecuentemente, su jefatura. Esto no fue aceptado por Alem y Del Valle, que conocían los nombres de los generales comprometidos y así, ignorando Espina algunas cosas y procediendo conforme a lo que sabía, y ocultando Alem y Del Valle informaciones que podrían modificar su criterio, se llegó a la madrugada de Julio. Destaquemos que Espina, a diferencia de Campos y Figueroa, no era mitrista.

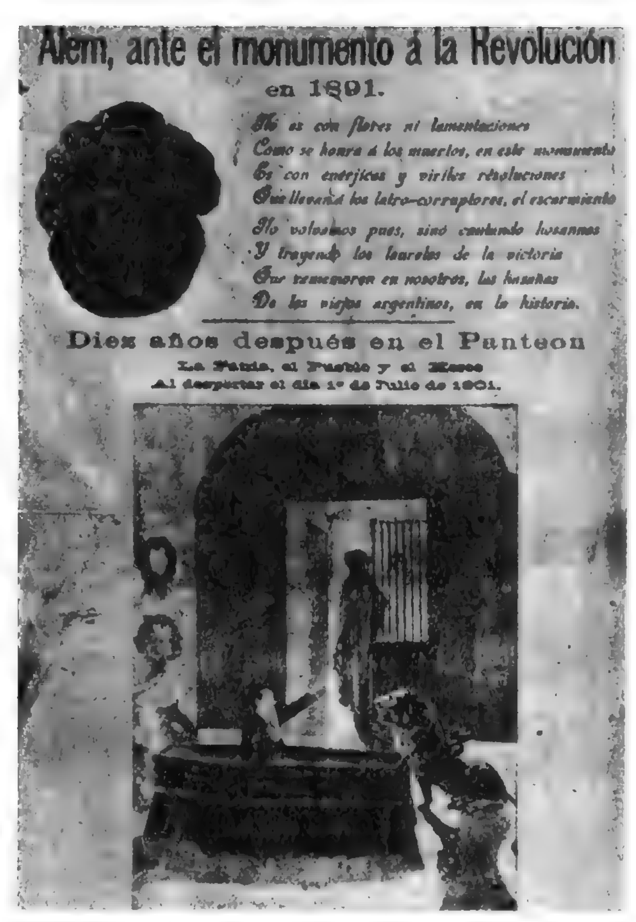
EL HOMBRE

Pero aquí es indispensable hacer un paréntesis para hablar del hombre que fue protagonista principal de la Revolución del Parque; el argentino intransigente de largas barbas blancas a cuyo conjuro tantas fuerzas dispares se unieron y que sintetizó en su persona la dinámica romántica de la Revolución.

Leandro Alem —la "N" de su supuesta inicial no representaba ningún nombre— había nacido en Buenos Aires en 1842. Tenía 10 años cuando —según una invariable tradición— contempló el cadáver de su padre colgado en la Plaza de la Concepción: el viejo Alen, rosista convencido, había tenido que ver con la Sociedad Popular Restauradora, y cuando los antiguos unitarios tomaron el poder en Buenos Aires, en setiembre de 1852, le ajustaron cuentas fusilándolo al lado del comisario Ciriaco Cuitiño.

Es posible que el espectáculo de su padre ajusticiado haya incidido en el carácter de Alem, además de modificar la grafía del apellido, que el caudillo cambió al convertir la "n" final en "m". Lo que se sabe es que la niñez de Leandro fue pobre y oscura. Su madre debió hacer labores domésticas para sostener su hogar; una hermana cometió durante su adolescencia una falta que el Buenos Aires de esa época debió comentar sin piedad, al huir con un sacerdote. No fue fácil la niñez ni la juventud de Leandro Alem; sin embargo, el caudillo nunca fue un resentido ni un hombre triste. Cierta melancolía y una sensibilidad que por momentos se convertía en susceptibilidad exagerada daban a su personalidad un toque difícil. Pero jamás reprochó a Buenos Aires el fusilamiento de su padre ni la soledad que rodeó sus primeros años.

Alem participó desde su juventud en las luchas civiles y políticas. Recibido de abogado, creció en su Balvanera natal la fama de su oratoria encendida y de su coraje personal. Era un letrado que defendía a pobres y desdichados. Nunca se enriqueció con su profesión ni dejó el es-



Cada aniversario del fallecimiento de Alem renueva a través de las décadas, el recuerdo del gran caudillo radical. En 1901 circuló este grabado alusivo y sus correspondientes versos.

tilo orillero y suburbano que había aprendido en la frecuentación constante de los compadritos de ese tiempo. Por ese contacto con el pueblo, Alem adquirió una intuición sagaz, una sensibilidad popular que más tarde lo convertirían en líder adorado por las multitudes. Peleó en la guerra contra el Paraguay, de la que volvió herido y enfermo; más tarde acompañó al general Wenceslao Paunero en una misión diplomática ante la corte de Río de Janeiro. Pero su destino lo llevaba a la política; a la ardiente y riesgosa política de esa época, donde las elecciones se ganaban a balazos y la gravitación personal debía adquirirse derramando fervor entre la gente. Alem fue diputado provincial y nacional varias veces. Discípulo de Adolfo Alsina, aprendió de él los modos políticos populares. No quiso entrar en la Conciliación que el jefe autonomista urdió con Mitre, y poco a poco Alem fue quedando solo.

En 1880 su voz fue la única que se opuso a la capitalización de Buenos Aires. Autonomista acérrimo, creía que entregar la ciudad-puerto al poder presidencial significaba liquidar el federalismo, dando al presidente el instrumento de opresión de las provincias. Durante varias sesiones habló Alem, en un inolvidable contrapunto con José Hernández, el autor de "Martín

LA TRAICION A LA REVOLUCION DEL 90

Fierro", que defendió la capitalización. Después de esta actuación legislativa Alem se alejó de la política. El país entraba en la era de Roca y voces como la de Alem estaban demás dentro del proceso vertiginoso que vivía la Argentina...

El movimiento cívico de 1889 lo sacó de su casa. La juventud buscaba hombres limpios para conducirla. ¿Qué otro que Alem? El intransigente, el que nunca había entrado en la componenda del régimen roquista... Hasta su figura parecía adecuada justamente para un movimiento como el de la Unión Cívica: pálido, barbado, ojos ardientes, traje negro. Un apóstol incansable que se lanzó con entusiasmo juvenil a la labor cívica y revolucionaria. Más aún: un poeta —porque Alem lo era, con el tono romántico que todavía prevalecía en esos años— eternamente enamorado de un ideal inalcanzable, tozudo en su fiel soltería, pobre como siempre. Buenos Aires adoró a Alem. Y lo convirtió en su líder antes de la Revolución y también después de ella.

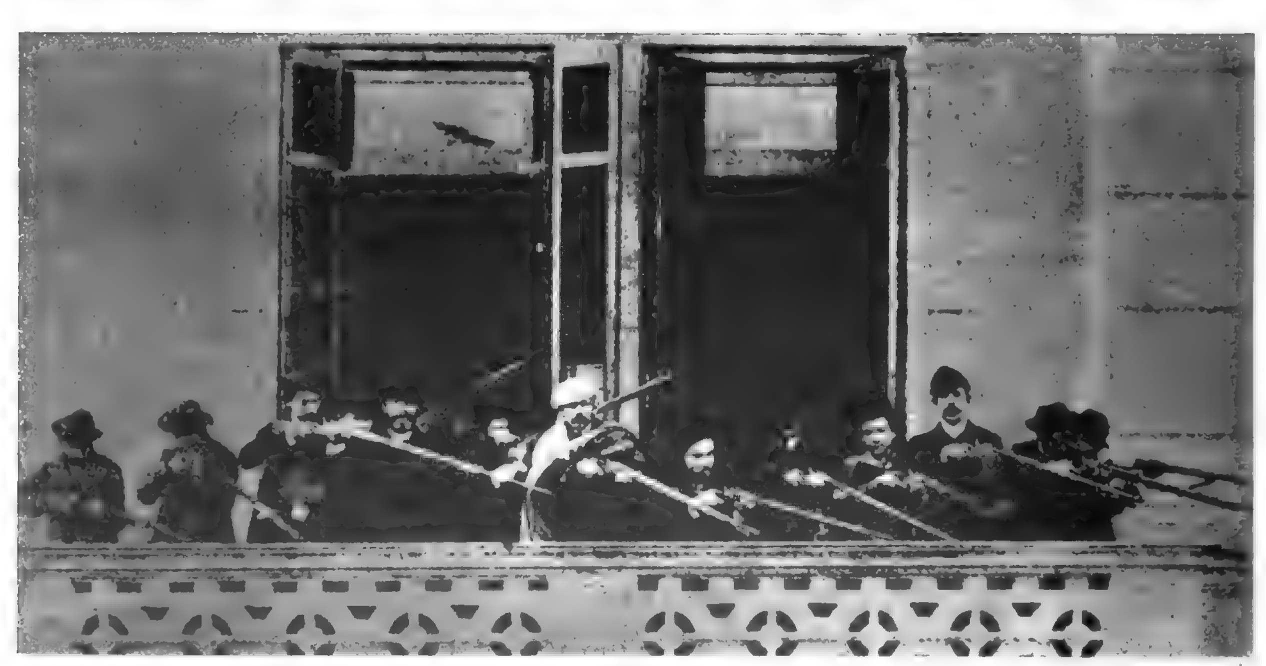
En 1891 su nombre pudo ser el que encabezara la fórmula presidencial de la Unión Cívica. El declinó el honor y prefirió ser el animador de esa fuerza cívica, recorriendo todo el país en una campaña que fue la primera que se hizo con las características modernas. Córdoba, Santiago, Tucumán, Mendoza, San Luis, el litoral conoció físicamente a Alem, vibró con su oratoria y quedó prendado de su figura. Los años posteriores exigieron de él la máxima constancia. Las elecciones que preparaba a costa de grandes sacrificios le eran ganadas mañosamente; las revoluciones que urdía su vocación de conspirador eran derrotadas; el partido que había elaborado como un artífice se le dividía... Un grupo de fieles lo seguía devotamente; y el pueblo lo rodeaba con su aliento multitudinario. Pero después de la crisis, bajo la conducción de Pellegrini y el equipo gobernante, el país se recuperaba rápidamente y la voz de Alem volvía a ser olvidada.

Sufrió cárcel y destierros. Nada parecía abatir el vigor de su voluntad, la gran virtud del hombre según él. Su pobreza ya era desesperante y un amor que había pasado sobre su vida se le convertía en inalcanzable. Poco a poco empezó a madurar en él la idea de la autoeliminación. "Para vivir inútil, estéril y deprimido, mejor morir...", pensaba. Sus amigos intentaban sacarlo de su depresión, pero esa vieja melancolía que Alem arrastraba desde su niñez lo dominaba cada vez más. A veces bebía, buscando en la ginebra un olvido del fracaso que eran su vida política y su vida personal.

Una noche, en julio de 1896, convocó a un grupo de íntimos a su casa. Cuando los tuvo a su alrededor, se puso a conversar con ellos como en los viejos tiempos. En un momento dado pidió permiso para salir un momento a la calle a buscar unos datos que le faltaban. Tomó un coche de alquiler y se hizo llevar al Club del Progreso. En el trayecto se pegó un tiro. Había dejado unas conmovedoras cartas a su hijo, a algunos amigos y a su hermana, y un "Testamento Político" donde quedaban acuñadas algunas frases que tendrían larga vigencia en la vida política argentina: "Que se rompa pero que no se doble".

Todo el pueblo lo lloró y un periodista dijo al día siguiente: **"Alem era el único argentino que tenía derecho a matarse"**. Ha quedado como una de las grandes figuras políticas del país, por la sinceridad y limpieza moral de su trayectoria, por el fervor conque se dio a sus ideales.

Pero esto ocurrió más tarde. Ahora estamos en 1890, en el preciso momento en que la Revo-



Cantón de la esquina de Piedad (hoy Bartolomé Mitre) y Talcahuano; los civiles han posado para la fotografía exhibiendo ostentosamente sus armas.

lución promovida por Alem está por estallar.

El plan aprobado por la Junta era simple y de éxito seguro si podía realizarse en sus primeros pasos; las fuerzas comprometidas saldrían de sus cuarteles a las cuatro de la mañana del día a señalarse y se concentrarían en el Parque de Artillería (hoy Plaza Lavalle), y aumentarían sus cuadros con grupos de cívicos armados. Los cuerpos que formaban parte de la conjura eran la mitad de la guarnición porteña y llevaban sobre las fuerzas gubernistas una amplia ventaja en armamento, porque tenían la totalidad de la artillería y los depósitos del Parque. Concentrados aquí los sublevados avanzarían sobre la Aduana y el Retiro, donde se acantonaba el grueso de las fuerzas leales; la victoria sobre éstas era segura por la superioridad numérica, de armamento, por el factor sorpresa y por el apoyo de la Escuadra que amenazaría estos puntos desde el río. Luego se tomaría la Casa Rosada para constituir el nuevo gobierno, que intimaría la rendición a las fuerzas leales que quedaran. Luego se enviarían expediciones auxiliares a las provincias para deponer a los gobiernos provinciales. La Unión Cívica daría la tónica popular al movimiento en todo el país. Aprobado el plan y elegido el gobierno, se fija como día de la sublevación el 21 de julio.

Pero el 18 ocurre un hecho catastrófico para los intereses revolucionarios: el mayor Palma, que había comprometido su participación en el movimiento, delata el plan personalmente al presidente Juárez, quien se encontraba en la casa de Roca en una reunión de familia. Ambos estadistas, políticamente distanciados, mantenían su relación de concuñados. Roca y Juárez se informan simultáneamente del secreto de la Revolución y se toman medidas. El 1º de Infantería, cuerpo presuntamente rebelde, es enviado al Chaco; el 9º, también sospechoso, es enviado al cuartel del 11º de Caballería, donde debe permanecer bajo vigilancia; Campos y Figueroa son detenidos e incomunicados; los demás cuerpos sospechosos y los dirigentes civiles del movimiento son estrechamente vigilados, día y noche, por la policía. La Junta Revolucionaria lo da todo por perdido y suspende el levantamiento del 21.

Campos, arrestado en el 10º de Infantería, es puesto bajo la vigilancia personal del coronel Toscano, su jefe y roquista incondicional; además se responsabiliza al general Supisiche, jefe de la Brigada a que pertenece el 10º, de la seguridad del importante prisionero.

Se llega así a 22 de julio y, en esta fecha, comienzan a ocurrir cosas sin aparente lógica. La policía es retirada de las calles; los jefes de la conspiración entran y salen con libertad de los cuarteles sospechosos. Alem señala, no sin ingenuidad, las infantiles tretas conque despistaba a los agentes que lo seguían: simulaba salir a pasear con su familia y luego descendía del coche, para continuar con su labor conspirativa sin ser molestado. Un testigo y actor en los sucesos, de veracidad indudable, nos ha informado que entre los días que corrieron del 22 al 27, los cívicos cargaban armas en cualquier "mateo", y las llevaban a las casas del Parque elegidas como cantones; nuestro informante explicaba el fenómeno de que no eran molestados por la unanimidad que alcanzaba el sentir revolucionario; es de pensar que pudiera haber otro motivo. Pero la Revolución estaba entonces sin jefe, con Figueroa y Campos detenidos, los Viejobueno y Mitre ausentes, Racedo vetado por los cívicos; reaparece en escena Espina cuyos servicios en definitiva no se aceptan, aunque éste propone tomar el 10º y libertar a Campos para compartir con éste el mando.

Campos, mientras tanto, sostiene una conferencia de una hora a puertas cerradas con Roca, pese a su incomunicación; ésta le es levantada luego y conversa con los oficiales del 10º, que le manifiestan su adhesión. Se entrevista también con los jefes revolucionarios.

Curiosamente, este general detenido por conspirador, conspira más que nunca...

Hace así saber a la Junta que el día que le señalen saldrá del 10º, al frente de este regimiento, para encabezar en el Parque la Revolución como estaba programado. La Junta fija el 26 para el estallido. Sólo hay dos dificultades aparentemente graves que superar: que el 9º



Un revolucionario del Parque; al clásico uniforme se agrega la cucarda de colores verde, rosa y blanca, que será desde entonces la insignia radical.

pueda salir pese a la vigilancia a que lo somete el 11º, sin necesidad de combatir dentro del cuartel, con la alarma consiguiente; y, segundo, que el 10º pueda sublevarse, liberando a Campos, estando en el cuartel el coronel Toscano cuya influencia en la tropa era tal, que su sola presencia bastaría para impedir el levantamiento de este cuerpo, cualquiera fuese la posición de los oficiales. Para vencer la segunda dificultad se ideó un plan novelesco: se le daría un narcótico al coronel, que, preparado por el Dr. Torino, Del Valle hizo llegar al regimiento y que no pudo ser suministrado porque el austero Toscano sólo tomaba mate amargo, y se lo cebaba él mismo... Como se verá, no hizo falta este recurso.

El primer problema tuvo una solución increíble. El 26 a las 3 de la madrugada, el 9º recibe orden de salir del cuartel a realizar ejercicios de tiro en los bajos de Palermo. El 11º, notificado de la orden, lo dejó partir con todo su armamento para que se plegara con comodidad a la Revolución. Levalle, ministro de Guerra, dijo ignorar siempre el origen de estas órdenes. En cuanto al problema Toscano, se resuelve de manera más pintoresca aún. En tiempos normales este jefe era famoso por sus temidas rondas nocturnas: jamás dejaba el cuartel después de las 7 de la tarde y sus hábitos eran espartanos. A cualquier hora se presentaba en las cuadras o en los retenes de guardia, perfectamente vestido. ¿Cuáles no serían sus precauciones cuando en su Regimiento estaba detenido el jefe de una sublevación contra el gobierno? Pese a todo, y no habiéndosele suministrado el narcótico, los oficiales resuelven sublevar al 10º. Levantan la tropa y la hacen formar armada en el patio del cuartel; Toscano no se despierta. Campos es liberado y colocado al frente de las tropas que salen en formación; Toscano no se despierta. Uno de los soldados deja caer su rémington escapándosele un tiro que sonó, entre los muros del cuartel, "como un cañonazo" ¡y Toscano no se despierta! Eso a las 4 de la mañana; a las 5 Toscano estaba en el Retiro a las órdenes del gobierno y conduciendo en persona las primeras cargas contra el Parque...

El plan revolucionario se cumple paso a paso en su etapa más difícil. La concentración se produce en el Parque donde se encuentra "abundante munición", dejada allí a disposición de los revolucionarios por su ausente jefe, Domingo Viejobueno. Entrecomillo lo de "abundante munición" porque esto es otra historia. Sólo falta batir a los leales sorprendiéndolos en sus cuarteles. No obstante esto Campos resuelve no atacar, y en el Parque se canta el Himno mientras se prepara un asado... ¡Revolución argentina al fin!

LA REVOLUCION

Mientras tanto el director del Colegio Militar, cuerpo sublevado, informa a Levalle de la Revolución y éste se constituye en el Retiro donde instala su cuartel general. Del Valle y Tedín, en gesto versallesco, avisan a Sáenz Peña y a Salustiano Zavalía, ministros de Juárez, de la iniciación del movimiento; éstos trasmiten la novedad al presidente, que se refugia en el Retiro. Roca y Pellegrini (no se sabe informados por quién) ya están allí. Levalle con las tropas de la Aduana y del Retiro forma una columna y avanza por Santa Fe hacia la Plaza Libertad. Da órdenes para que las fuerzas leales, bomberos, policía, y los regimientos del Once y del Arsenal se concentren allí. Es evidente que los rebeldes debían destruir la columna de Levalle antes de que esta concentración se produzca y hubiera sido muy fácil; bastó el fuego graneado de los cantones de avanzada de los cívicos y unos disparos de artillería para producir grandes bajas entre los gubernistas que, si no se desbandaron, fue por el predicamento del heroico Levalle. Pero el grueso de las fuerzas revolucionarias no apoyó este ataque por orden de Campos, orden que le costó mantener. A las 8 de la mañana el subteniente Balaguer, al mando de una sección, estuvo a punto de tomar la Plaza Libertad, donde el gobierno había instalado su cuartel general. Informado de esto Campos dice a los gritos al subteniente Uriburu: "Vaya donde está el sub-

BOLETIN NUEVO

NOTICIAS IMPORTANTES

Martes 29, 2 de la tarde

La escuadra argentina, de acuerdo con los revolucionarios, está haciendo disparos sobre la casa del ex-presidente Juarez y el Palacio de Gobierno.

El general Campos, jefe de los revolucionarios, está conferenciando con los demás jefes acerca de los medios más acertados para tomar la casa de gobierno.

Sus propósitos son el evitar víctimas.

Las fuerzas gubernistas andan mal avenidas.

Corren rumores de que uno de los batallones de gobierno aguarda un momento oportuno para pasarse á la Union Cívica.

Muy importante

Los ministros se hallan reunidos.

Se dice que todos se disponen á renunciar.

Esto no agrada á Juarez que aun no perdió de todo sus esperanzas.

La Union Cívica y el general Campos están decididos á terminar de una vez, bombardeando las casas de toda la camarilla de Juarez.

La renuncia de Juarez se espera de uno á otro momento.

VIVA EL PUEBLO LIBRE

No obstante el cerco, los revolucionarios lograron hacer imprimir durante las jornadas de Julio algunos boletines difundiendo noticias favorables a su causa.

TODO ES HISTORIA

teniente Balaguer y ordénele que vuelva a su puesto; si no le obedece, péguele un tiro".

Pese a la inacción de Campos el fervor de los cívicos en los cantones y la eficacia de la artillería causa grandes bajas en las fuerzas gubernistas, y al promediar el día 26 la situación de éstas es insostenible. La Junta exige al jefe militar que cumpla el plan y éste posterga con evasivas su cumplimiento, apoyado en su resolución por su segundo, el coronel Julio Figueroa. Como detalle acotemos que éste, detenido también por la delación de Palma e informado que la revuelta sería el 26 a la madrugada, pidió permiso a sus custodios para dejar su prisión la noche del 25 para atender un "importante asunto de familia"; el permiso le fue concedido y se incorporó al movimiento. Huelgan los comentarios...

Mariano Espina, al advertir el movimiento, fue al Retiro, midió las fuerzas gubernistas, se dirigió al Parque y se puso al frente de su regimiento y a las órdenes de Campos, informando que un ataque inmediato sería forzosamente coronado por el éxito. Tampoco fue escuchado.

A la noche del 26 se suspendió el fuego. El gobierno recibe el refuerzo de la artillería de costas, traída a marchas forzadas desde Zárate y de toda la munición del Arsenal: las fuerzas se emparejan.

En la mañana del 27, Mariano Espina resuelve, por su cuenta, avanzar por Talcahuano, flanquear Plaza Libertad y tomarla; apoyado por la artillería inicia con éxito el movimiento y, cuando el mismo está a punto de triunfar plenamente, es sorprendido por los clarines de ambos bandos que ordenan el cese de fuego. ¿Qué había ocurrido? Pellegrini y Del Valle habían convenido un armisticio de 24 horas. Espina retrocede y se considera traicionado.

Los revolucionarios propusieron el armisticio porque Campos hizo saber que quedaban 40.000 tiros en el Parque y que, con esa munición, era inútil seguir la lucha. Pellegrini lo aceptó porque eso daba tiempo al gobierno de recibir del interior nuevos y decisivos refuerzos. En efecto, durante el armisticio llegaron el 2º de Infantería de Córdoba y numerosos batallones de la provincia de Buenos Aires.

¿Había o no municiones en el Parque? Viejobueno aseguró que dejó cerca de 400.0000 tiros de distinto tipo y, al ocupar el Parque las fuerzas leales, remitieron de vuelta al arsenal 200.000 disparos. Al entrar Campos al Parque no objetó la falta de munición, o porque ésta estaba, o porque no comprobó el punto, lo que sería de por sí un error indisculpable. Los rebeldes intentaron aprovechar el armisticio para buscar municiones en la ciudad y fracasaron. Ambos bandos enterraron a sus muertos; entre éstos se encontraba el coronel Julio Campos, hermano del jefe de la Revolución. Esta triste circunstancia evitó que al general se le hicieran recriminaciones inmediatas por su actitud pasiva.

La suerte ya estaba echada. El armisticio se prorroga y se entra en conversaciones para la rendición. Sin municiones y frente a fuerzas que los superan en número y armamento, la Revolución está perdida. Los días 27 y 28 hay tiroteos aislados en los cantones, los cívicos resisten, pero el 29 se firma una capitulación definitiva. La Revolución está vencida. Cuesta desarmar y disolver a tropas y civiles revolucionarios, que se sienten traicionados y se vuelven contra sus jefes. El gobierno tiene ya elementos suficientes como para destruir totalmente al movimiento. Levalle quiere hacerlo y Juárez lo apoya; Pellegrini y Roca se oponen y las condiciones son generosas. No habrá sanciones para los sublevados. Los civiles abandonan el Parque llevando sus armas. Los días que corren del

Barricadas fabricadas con adoquines —en la mejor técnica de la guerra subversiva— obstruyeron algunas esquinas, como esta en Talcahuano y Piedad.



29 de julio al 3 de agosto son fríos y lúgubres. De día las calles están abandonadas; la ciudad llora a sus muertos. Por las noches tiroteos aislados demuestran que los cívicos siguen en pie y balean a los vigilantes.

Juárez conoce el patetismo del abandono. Casi no le quedan fieles. Manuel Dídimo Pizarro, "el Payo", pronuncia las palabras lapidarias que preceden su renuncia al Senado. Es hombre del régimen pero afirma: "La revolución está vencida, pero el gobierno está muerto". Los días 4 y 5 son de perturbación popular; los cívicos están en la calle, Alem recorre las parroquias. A su influjo las multitudes quieren volver a la lucha, parece que se gesta una nueva revolución. Los legisladores piden a Juárez su renuncia. Esta es aceptada por 61 votos contra 22 en Asamblea presidida por Roca. Mansilla da un ejemplo de dignidad y sienta una sana tesis política: "Si el presidente es culpable no puede renunciar, debe ser sometido a juicio político; si es inocente debemos sostenerlo. Aceptar su renuncia es una cobardía de todos, porque si hay culpas todos somos culpables". Pero Juárez ha terminado su gobierno y asume Pellegrini, que completará su período.

ANALISIS

De la fría relación de los sucesos surgen interrogantes que no pueden ser dejados de lado por un crítico objetivo e imparcial. ¿Por qué se llevó a cabo una sublevación cuando el gobierno conocía todos los hilos de la trama? ¿Por qué una vez realizada la sublevación, no se cumplió el plan que la hubiera llevado a la victoria sin duda alguna?

Ninguna de estas preguntas es original y muchos se las han formulado, dando a las mismas distintas respuestas. Nosotros arriesgaremos la nuestra intentando desenmarañar el ovillo. Para esto hay que buscar una punta y nos es más cómodo tomar la del final.

Concluidas las jornadas de Julio hay muchos derrotados: los rebeldes y Juárez, y dos vencedores: Roca y Pellegrini. Este porque asume la Presidencia, justa aspiración para un político de sus títulos; aquél porque toma nuevamente la jefatura del Partido Nacional y se convierte en el árbitro de la política argentina. En política los resultados no suelen ser casuales. Aun con el margen aleatorio que esta difícil actividad tiene, y siempre, sin prueba en contra por cierto, debe presumirse que los vencedores lo son porque han manejado los acontecimientos, manejándose ellos en los acontecimientos de manera más hábil que el adversario.

En este caso tales vencedores no eran ingenuos que dejaban librada su suerte a los desconocidos arcanos del destino. Roca "el Zorro", Pellegrini "la gran muñeca", sabían manejarse en política y lo hacían extraordinariamente bien. No podía compararse su dominio frío y calculador de las situaciones, por difíciles que fueran, con la quijotesca y noble ingenuidad de Alem, o con el puritanismo doctrinario de Del Valle, o la romántica fogosidad de los jóvenes cuyo arquetipo en la hora fue Francisco Barroetaveña; ni mucho menos con la vacua suficiencia de Juárez que proclamaba que "prefería ser engañado a desconfiar".

El suponer que Roca y Pellegrini manejaron los sucesos del Parque no sólo no es arriesgado, sino que es afirmar un hecho probable. Tan lo es, que hay pruebas para acreditarlo.

Producida la delación de Palma el gobierno conoce ya lo suficiente como para evitar el estallido revolucionario, y toma las medidas que

Fuerzas del gobierno acampadas en Plaza Libertad, a las órdenes del general Nicolás Levalle; al fondo, el Palacio Miró.



cuadran; pero conoce también lo suficiente para saber que el régimen corre un peligro mortal. La suficiencia, a la vez engreída y candorosa de Juárez, no le habrá permitido ver el riesgo inminente, pero éste no habrá escapado a la sutil penetración de Roca y Pellegrini.

Con la represión total de la revuelta en cierne no se prestigiaría al gobierno ni se resolvería ninguno de los problemas político-financieros que afrontaba. Podría con ello prolongar la duración del proceso, pero no modificar el desenlace; si la oposición, levantada en masa y hermanada con el ejército, era también reprimida en masa, se solidificaría su unidad y, postergando el estallido, sólo se aumentaría su violencia. Roca y Pellegrini, para perpetuar el régimen, debían dividir la oposición y calmarla, y no unirla y enardecerla. Conocen perfectamente el mosaico que constituía la Unión Cívica, sabían que las diferencias entre autonomistas y liberales no estaban del todo borradas y que los partidarios de Alem y de Mitre disputaban en su seno la conducción del movimiento. Por otra parte Juárez Celman era ya "un caso perdido". Si abandonaba el gobierno sería un alivio para todos, y un triunfo para el que obtuviera su cabeza. Entonces, ¿por qué no permitir que la Revolución avanzara hasta el punto de provocar la caída de Juárez, pero sin desplazar del gobierno al Partido Nacional, haciendo gustar a los opositores el sabor de la victoria? Luego sería el momento de dividir fuerzas, ofreciendo posibilidades halagüeñas en la nueva situación a crearse. Naturalmente, el plan era peligroso; si la Revolución estallaba, escapándose de sus manos, podría ser el fin del predominio del Partido Nacional; pero la Revolución estallaría, tarde o temprano, y el poder se perdería lo mismo. Mejor era provocar la revuelta ahora que se conocían sus secretos, y podría ser manejada con ciertas garantías de seguridad aunque se trataba de una bomba peligrosa. Roca y Pellegrini sintetizan la situación: los alsinistas, con Alem al frente, dirigen políticamente el movimiento; los mitristas, con Campos y Figueroa, tienen la conducción militar. Ergo, hay que pactar con éstos. Aceptada esta conjetura inicial los acontecimientos se desarrollan con una lógica que no se ha tenido en cuenta hasta ahora. Roca y Pellegrini, con reflexiva audacia, juegan la carta peligrosa. El Zorro podía dar órdenes al ejército y a la policía a espalda de los ministros de Guerra y del Interior, y aun con la anuencia de ellos; él estaba más cerca de Zavalía y Levalle que Juárez. Roca podía violar la incomunicación de Campos y convenir con él los términos en que se le permitiría ponerse al frente de las tropas sublevadas. Para esto bastaba alentar los deseos y aspiraciones, patrióticos y desinteresados, del general rebelde. Mucho se ha hablado de la "traición" de Campos. Se lo ha imaginado aceptando órdenes de Roca. Pero, ¿no es más fácil imaginárselo a Roca poniéndose a las órdenes de Campos? Diciéndole, por ejemplo: "Ustedes tienen razón; Juárez es una calamidad pública y ha sido un grave error del Partido Nacional llevarlo a la Presidencia. Como antiguo jefe de ese partido quiero reparar este error; me comprometo a sublevar a los oficiales del 10º para que lo liberen a usted, porque a usted le corresponde el honor de encabezar esta cruzada. Juárez renunciará, yo se lo garantizo, no hará falta ni derramar sangre de



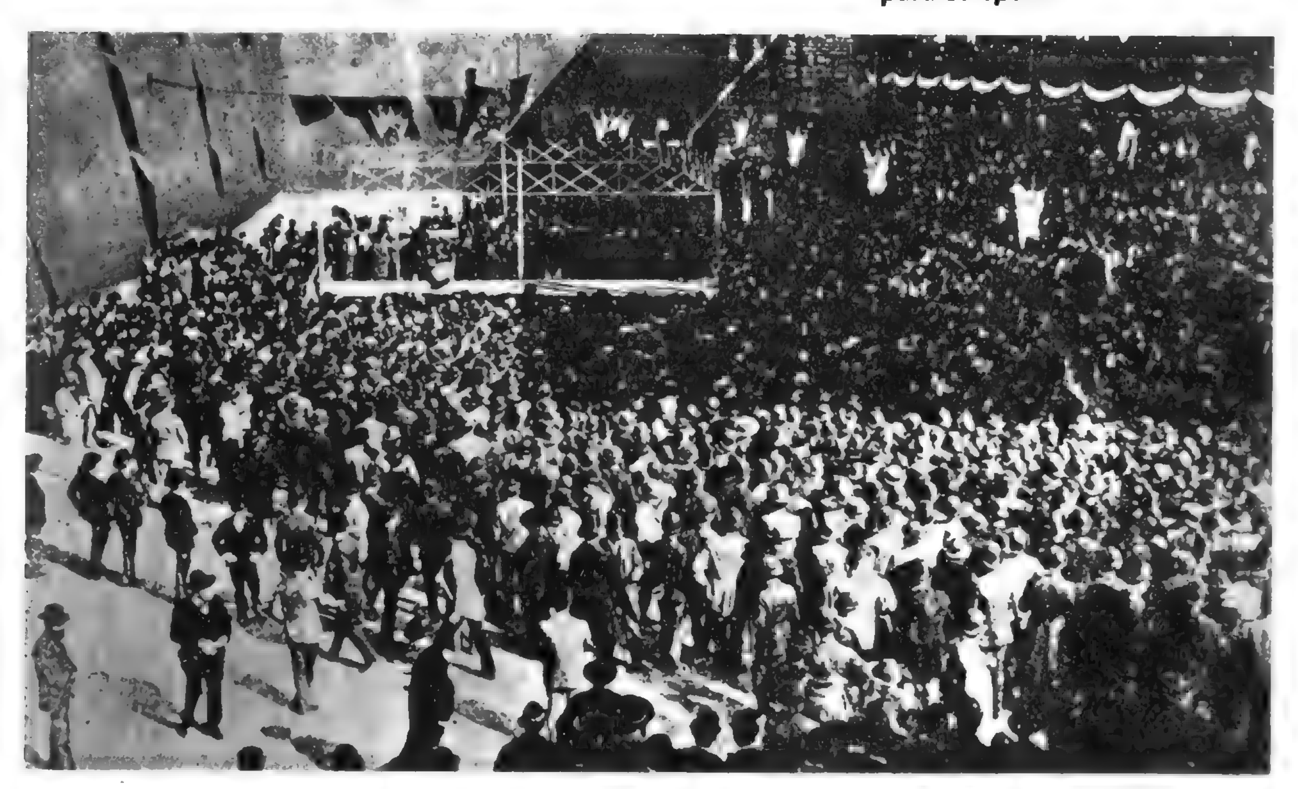
Consola-escritorio que se encontraba en la tradicional casa de Alem en Cuyo (hoy Sarmiento) al 1700.

hermanos; la sola presencia del pueblo y del ejército en armas derrocará al gobierno. Eso sí, exijo una condición". Cabe aquí una pausa dramática previa a la desconfiada y anhelante pregunta de Campos: "¿Qué condición?" "Que Mitre asuma la Presidencia del país, es la única salida. O la Junta Revolucionaria lo designa como tal, o yo le ofrezco la candidatura para 1892". ¿Qué podía contestar Campos, que temía a Alem y consideraba, con toda la honestidad de su patriotismo, que Mitre era la gran solución? Es posi-



El Palacio Miró sufrió considerables daños en ocasión de la Revolución de 1890; esta fotografía le fue tomada al día siguiente del cese del fuego.

Abril de 1890; en el Frontón Buenos Aires los cívicos realizan una concentración que fue enorme para su época.



ble incluso que Roca le haya sugerido que Mitre era el nuevo candidato de la Junta, en cuyo caso la revuelta podía triunfar plenamente y sin peligro; Campos lo cree y por eso "le sienta como un tiro" la noticia que recibe en el Parque que Alem seguía siendo el presidente de la Revolución. Campos acepta conducir la sublevación hasta provocar la renuncia de Juárez si Alem es candidato, y conducirla a la victoria si lo es Mitre. Al serlo Alem, ocurrió lo que ocurrió.

Roca no engañó a Campos. Lo indujo, sí, en desmedro de su honor, a defraudar la confianza que en él depositara la Junta Revolucionaria. Pero cumplió su promesa al arrancarle a Juárez su renuncia, evitando la masacre de los opositores cuando el gobierno se hizo fuerte. Y, más tarde, cuando Mitre volvió de Europa, le ofreció la Presidencia. Además, el 31 de agosto de 1890, Bartolomé Mitre es reconocido por el gobierno en su jerarquía de teniente general de la Nación y si no fue presidente, lo fue en su lugar Luis Sáenz Peña, hombre de las jornadas iniciales del Jardín Florida y sus ministros fueron, entre otros, Mariano Demaría, Aristóbulo Del Valle y Lucio Vicente López, hombres del Parque.

Con el "sí" de Campos, que posiblemente comprometió a Figueroa, lo demás son menudencias. Media palabra aquí, y la policía "afloja" y "hace la vista gorda"; otra allá, y Toscano no se despierta aunque "le disparen un cañonazo en la oreja"; y otra más allá y el 9º sale de madrugada "a hacer ejercicios de tiro". Un jefe alsinista podría arruinar la combinación; el riesgo se llama Espina, que no era hombre de componendas, pero ese riesgo lo cubre Campos con su intransigencia de compartir el mando con este jefe.

Campos también cumple, evita la lucha frontal, limita su acción a concentrar y exhibir su fuerza en el Parque. Debe haberse sentido engañado y ridículo mientras no se produjo la renuncia de Juárez, pero ésta llega al fin. Hace lo imposible por evitar derramamiento de sangre y lo consigue parcialmente. Como toque dramático de los sucesos, queda su hermano tendido en los tiroteos que se producen. La naturaleza del pacto Campos-Roca impide se formulen comentarios a posteriori. Es de las cosas que no se comentan. Sus autores fueron discretos. La amplísima documentación que existe sobre los sucesos del 90, proveniente del sector revolucionario, ignora el punto. Los hombres del gobierno, Roca y Pellegrini, callaron también. El éxito político de la maniobra dependía del secreto que la cubriera. La indignación de los cívicos al saberse instrumentos de Roca, para permitir que éste recuperara su poder, hubiera sido indescriptible; para los hombres del Partido Nacional, la actitud de Roca hubiera sido una traición evidente, pactando con el enemigo cuando podía reprimir tranquilamente la revuelta con la violencia. Nada ganaba con hablar y todo lo perdería en cambio. Por eso calló Roca, y calló Pellegrini; Juárez, chivo emisario de tirios y troyanos en la emergencia, calló también y hasta su muerte.

Felizmente para los curiosos de la historia, siempre hay rendijas donde se filtra una infidencia, donde se escapa un rencor y, en este caso, las hay.

Para cerrar esta nota, y sin comentario alguno por ser innecesario, se transcribirán, en lo que concierne al tema, dos cartas de los principales protagonistas de las jornadas de Julio en el campo gubernista: Juárez Celman y Roca.

La de Juárez está dirigida a su confidente y amigo, el ingeniero Agustín González, tutor y preceptor de sus hijos, cuya educación orientaba en Londres, lejos del clima de obsecuencia que los rodearía en la Argentina. Está fechada en Buenos Aires, el 14 de agosto de 1890 y estos son sus términos: "He sido víctima de la conjuración más cínica y más ruin de que haya memoria en los anales de la miseria humana, cuyo protagonista era un hombre a quien había profesado una vieja y leal amistad, y con quien me ligaban otros vínculos que no ha sabido respetar. Ni yo ni mi familia mantendremos relaciones, de ningún género, con Roca. Siento comunicarle este detalle, y lo hago con violencia a fin de que mis hijitos y usted sepan, que en adelante, tampoco deben tenerlas. Evito detalles que sería mortificante mencionar. Me he trazado como línea de conducta guardar el más absoluto silencio y sólo lo rompo en este caso". Debe agregarse que entre los descendientes de don Agustín González se dio siempre por sabido que la Revolución del 90 fue cosa de Roca, y no de otro.

Y la otra prueba: carta de Julio A. Roca a Enrique García Mérou, fechada en Buenos Aires el 23 de setiembre de 1890.

"Mi querido García: Por fin he tenido el placer de recibir carta suya. He leído con vivo placer la interesante relación de su viaje y de su conversación con el general Mitre. Los acontecimientos que han tenido lugar aquí, y que han dado por tierra con el doctor Juárez, se desencadenaron más pronto de lo que yo esperaba. Ha sido una providencia y una fortuna grande para la República que no haya triunfado la Revolución ni quedado victorioso Juárez. Yo vi claro esta solución desde el primer instante, y me puse a trabajar en ese sentido. El éxito más completo coronó mis esfuerzos, y todo el país aplaudió el resultado, aunque haya desconocido al autor principal de la obra..."

Y otro documento más, éste original del propio Campos. En 1891 los generales Mitre y Roca arriban a un "acuerdo", por el cual el primero sería candidato a presidente de las fuerzas oficialistas y de la Unión Cívica. El "acuerdo" provocó gran conmoción entre las filas cívicas, muchos de cuyos integrantes consideraron la actitud de Mitre como una traición. En esa oportunidad, el general Campos —junto con otros amigos de Mitre— manifestó su adhesión al "acuerdo" y una persona le envió un mensaje aplaudiendo su actitud. La respuesta de Campos fue muy significativa en relación con su actuación en el Parque, un año antes. Dijo así: "Mi actitud decidida en favor del acuerdo es consecuencia lógica de la que asumí en la Revolución".

Mas claro... agua. Estas tres piezas dan la clave del fracaso de un movimiento popular que, pese a haber sido derrotado, constituye un episodio de fundamental importancia en la historia política contemporánea de nuestro país. ◆



El escritorio de Alem: diplomas, títulos masónicos y los retratos de San Martín, V. Sársfield y Paunero.

LA DESTRUCCION D

Raúl Marcó del Pont



MENDOZA



La tarde del Miércoles Santo (20 de marzo de 1861) era tranquila y apenas algo fresca. Los últimos resplandores del sol, oculto ya tras los Andes, formaban una aureola entre anaranjado y rojo por sobre las crestas de la sierra, a medida que la luna en su segundo cuarto menguante comenzaba a iluminarse. Los templos se iban colmando de fieles; la iglesia matriz, San Agustín, San Francisco, Santo Domingo, La Merced, la Caridad. En el centro se observaba la acostumbrada animación, sobre todo en el pasaje recién terminado —"Sotomayor"—, lugar predilecto de la juventud mendocina de la clase pudiente, y en el Club El Progreso, donde se acababa de prender el alumbrado a gas, novedad instalada también en la tienda "A la moda de París", en el "Hotel de France", en la casa de fotografía de Alexander y otros negocios principales.



Todavía hoy se ven en Mendoza restos de murallas, vestigios de lo que fueron orgullosos edificios de la época colonial; son los testimonios desgarrantes de uno de los más trágicos sucesos que vivió la región de Cuyo, cuando la bella ciudad de la Alameda se hundió en la tierra.

LA DESTRUCCION DE MENDOZA





El gobernador de Mendoza en 1861, coronel Laureano Nazar; (izquierda), el jefe de la comisión de auxilios D. Lucas González.

Entre la gente de abolengo y posición social que ocupaba los cargos públicos, se notaba por esa época cierta actitud vanidosa por el progreso edilicio y refinamiento alcanzado, aunque sólo fuese en la epidermis de un liberalismo declamatorio, porque en la realidad se mantenían apenas disimulados los resentimientos y las enconadas rivalidades políticas entre viejos federales y federales de nuevo cuño, intereses en pugna en lo económico, en una sociedad empobrecida por la intranquilidad que perduraba a 8 años de Caseros, con odios familiares y pequeñeces de aldea.

A las ocho y media de la noche, se escucharon de pronto extraños ruidos subterráneos, y simultáneamente el suelo comenzó a moverse bajo los pies de la gente, que perdiendo el equilibrio, caía o se tambaleaba. Lo mismo ocurría con los muebles y objetos diversos. ¡Mendoza se derrumbaba!

Nadie atina a pensar, dominado por un terror colectivo, ante el espectáculo que sigue de inmediato: la caída de cornisas y luego de techos y muros, levantándose nubes de polvo (la edificación es casi toda de adobe y barro).

Aquellos que han conocido parecidas circunstancias, como los chilenos, comprenden de lo que se trata, y al tiempo que buscan lugares libres alejándose de los derrumbes, advierten a los demás: "¡Temblor! ¡Temblor!".

Los ruidos subterráneos y los movimientos oscilatorios continúan, derrumbándose lo que en el primer remeso quedó en pie, en medio de la espantosa confusión.

Hasta los más serenos y templados son dominados por el miedo y la desorientación. La mayoría se siente inmovilizada por lo imprevisto y violento del fenómeno, mientras la oscuridad se hace más densa a medida que avanza la noche y las nubes de tierra lo cubren todo, ahogando y desfigurando a la gente.

Los que han podido ganar espacios libres claman por los que han quedado entre las ruinas, atrapados. Y claman también los ausentes: ¿Qué será de ellos? ¿Dónde los habrá sorprendido el temblor?

El desorden no puede ser mayor. Los gritos de los heridos que piden auxilio, se une a los de quienes tratan de ayudar, y el alboroto de los animales domésticos, numerosos en una población de economía casera muy difundida. En medio de la oscuridad se trata de reconocer al familiar, al amigo, al vecino, o al simple semejante. Algunos gritan sus nombres: y fulano!". O llaman: "¿Dónde está ?" mengano .

Escenas terribles se repiten en todas partes. Familias que desesperadamente se abrazan pensando en el fin del mundo. Solitarios, casi perdida la razón ante la evidencia de las pérdidas sufridas. O los que corren despavoridos en busca de los seres queridos, pasando como fantasmas. Crisis nerviosas. Imprecaciones: "Castigo del cielo". Se oye rezar el trisagio..

El que puede, se libra de obstáculos y sale de entre los escombros por sus propias fuerzas o ayudado por la acción solidaria de otros que han tenido más suerte. Algunos, temerarios, enfrentan el peligro de sucumbir bajo nuevos derrumbes y entran en las casas o lo que fueron casas, buscando a sus familiares allí atrapados.

Los muertos y los heridos, confundidos, van siendo colocados en lugares alejados de la edificación, y finalmente se piensa en la plaza, que pronto se convierte en hospital de emergencia, aunque poco se puede auxiliar por carencia de medios de toda clase.

El gas del centro y los fogones encendidos en las casas de familia para preparar la cena han dado origen a numerosos incendios, que se propagan porque nadie atina a combatirlos.

Más que curas, reciben consuelo los moribundos. Y así, muchos que no murieron en los derrumbes, terminan sus sufrimientos allí.

Con los primeros resplandores del nuevo día se contempla un cuadro desolador. No se ve una casa en pie (sólo se mantuvo el teatro por la estructura del techo, aunque desvencijado e inservible).

La gente llora o deambula desorientada. Pocos son los que no han constatado la pérdida de algún familiar. Son muchos los desaparecidos. Los muertos y heridos aumentan a medida que se escarba en las ruinas.

Las grandes tragedias sumen a los individuos y a los pueblos en la inercia y hasta en la degradación.

Es así cómo, aunque inadvertidos por la confusión, ya la primer noche comienza el saqueo por gente desesperada y evadidos de la cárcel que quedó también en ruinas.

Los que han sobrevivido a la tragedia, están dominados por el más grande abatimiento, sin comprender la magnitud del sacudón espiritual, más profundo y doloroso que las pérdidas materiales.

Se calcula que esa noche sucumbió la mitad de la población de Mendoza.

Es necesario que transcurra un lapso de varias horas, para que renazca en las mentes un poco de calma. Se impone sobreponerse al dolor y la angustia, al estupor y desorientación producidos ante la desolada y cruda realidad. Unos tienen el triste consuelo de encontrar a sus muertos. Otros quedan sumidos en la terrible duda al no aparecer los seres queridos.

A todo esto, comienzan las críticas al gobierno. Se pregunta dónde está el gobierno, y luego se

señala la inoperancia de sus tardías medidas para organizar el caos imperante.

Según un diario de autor anónimo, "hasta el día 23 en que el gobierno hace carnear 3 reses y reparte gratis la carne entre la población, se careció de tan elemental alimento, pero en todos esos días continúa el saqueo de la ciudad, y los incendios. Los cadáveres insepultos en las calles amenazan infestar el ambiente. Las autoridades permanecen impasibles. Recién el día 24 se promulga un bando exigiendo permiso para entrar en las propiedades, y se sigue repartiendo carne gratis, aunque al día siguiente ya se la cobra a dos pesos la arroba. Finalmente se promulga un bando en donde se establece la pena de muerte a los que se encuentren robando".

Por un lado se critica la falta o inoperancia de las medidas, y por el otro se critica que se haya fusilado ese día a 6 sujetos sin sumario previo.

En una crónica de los hechos, Eusebio Blanco en juicio cáustico del gobierno señala "que sólo vive de las pasiones políticas, rodeándose de soldados para oprimirlo en vez de llamar a su lado a los vecinos para arbitrar con ellos los medios de atenuar el mal y los sufrimientos que se experimentaban..."

Este juicio se escribió 14 años después de ocurrido el terremoto.

Veamos entretanto, lo que ha ocurrido con las autoridades. Es cierto que el gobernador Laureano Nazar corrió presuroso a su establecimiento para socorrer a su familia, en cuyo seno lamentó la muerte de 3 hijos entre otros.

Nazar pertenecía a una familia distinguida, y era sobrino del ya extinto y famoso fraile Aldao. Tenía el apoyo de los federales de "la primera hora", diríamos hoy. Como consecuencia, era mal visto por los vencedores de Caseros y sus parciales, en especial la gente ilustrada, como que duró poco en el gobierno, debiendo emigrar a Chile. En 1861 era un hombre de 45 años. Ni antes ni después del terremoto, la historia lo recuerda en lugar destacado.

No ocurre lo mismo con el entonces joven capitán de 26 años don Manuel J. Olascoaga, mendocino que estaba a las órdenes de Urquiza y ya contaba con una meritoria foja de servicios como militar, periodista, educador, hombre de ciencia, o sea que era de esos hombres ilustrados y múltiples que se improvisaban y necesitaba la patria en ese período aún turbulento en que se estaba gestando la organización del país. Ya había actuado en varias provincias y de vuelta al terruño, se encuentra como testigo presencial de la terrible hecatombe que le arrebata a sus padres y otros miembros de la familia.



Este antiguo grabado reconstruye la plaza principal de Mendoza, después del terremoto; algunas nuevas construcciones pueden apreciarse.

Espíritu sensible, esta tragedia lo tuvo postrado bajo una crisis de la que se salió recién al segundo día, para hacerse cargo de la situación. (Al fallecer con el grado de coronel, a los 66 años, Olascoaga es recordado como uno de los mayores talentos mendocinos de su época, con actuación en Córdoba, Entre Ríos, Buenos Aires y Chile.)

Según Julio Leónidas Aguirre, Olascoaga se improvisó dictador, y en medio de las ruinas y los incendios, en presencia de foragidos, ordenaba a los soldados para que desentierren las armas del cuartel y se organicen. A los civiles les distribuía elementos de trabajo para remover, llevar y traer lo necesario, "porque yo lo mando", porque es necesario... y guay del que se resista. ¡Ya se las habían de poner con Olascoaga! Hace de juez y de gobernador. Muerto todo el personal del correo, lo improvisa al pie de un grueso sauce en La Alameda, y envía chasquis en todas direcciones. El señor Nicolás Villanueva proporciona dinero para los mensajeros.

El gobernador Nazar, posteriormente oficializa y aprueba todas las medidas tomadas por el joven oficial, incluso los fusilamientos.

Varios años más tarde, Olascoaga en un escrito, como justificando excesos, dice: "Lo deplorable es que se juzgue como si hubiesen ocurrido estas cosas en circunstancias normales... ¿Quién estuvo completamente cuerdo en los días cumbres de aquella espantosa tragedia?... Varias cabezas exaltadas creyeron ver cosas que no han ocurrido, como una supuesta salida del gobernador á tambor batiente de la ciudad... confundiéndose con alguna posible salida de expedición policial para combatir a los bandidos, saqueadores y otros malhechores". Y sigue: "El saqueo de las ruinas se hizo en la más completa impunidad, porque en los primeros momentos todos fuimos sorprendidos por esos actos de pillaje y horrendos crímenes que se cometieron. ¡Quién había de pensar que en esas horas de general terror surgiesen aquellas fieras humanas...!" Luego agrega que "se fusilaron en el mismo sitio donde eran sorprendidos los delincuentes o castigados a sablazos para escarmiento..."

Olascoaga achaca a los chilenos esos delitos de saqueo y demás tropelías, obnubilado tal vez por un apasionado nacionalismo, cuando las cuestiones de límites con Chile, el recuerdo de los hermanos Carrera y el roce cotidiano con la numerosa colectividad trasandina fomentaba prejuicios y resentimientos con nuestros vecinos.

Con los sanjuaninos también tenían los mendocinos muchos rozamientos y viejas heridas.

Fresco estaba el asesinato del gobernador de San Juan, Antonino Aberastain, ordenado directamente por el coronel Clavero al día siguiente de ser hecho prisionero y derrotado en el combate de "Rinconada del Pocito", el 11 de enero de ese año 1861 por tropas del gobernador de San Luis, coronel Juan Sáa, apoyadas por fuerzas del gobernador de Mendoza, coronel Laureano Nazar.

¿Fue una venganza por la muerte de José Antonio Virasoro, el anterior gobernador sanjuanino?

Secuela de crímenes políticos, reguero de sangre que se remonta a la muerte también alevosa del ya anciano ex gobernador sanjuanino Nazario Benavidez, como que fue perpetrada en su celda

LA DESTRUCCION DE MENDOZA

de prisionero, previo un burdo juicio, por supuesta sedición.

En todos estos hechos, Mendoza tuvo participación, ya sea alentando la revancha de los vencidos, o interfiriendo con su influencia en los cambios políticos de la vecina provincia cuyana.

Así se explican las prevenciones conque fueron recibidos los ofrecimientos de ayuda del gobierno sanjuanino por el de Mendoza (una vez conocido lo del terremoto, al día siguiente, por relación de un jinete que por su cuenta traspuso la distancia entre ambas ciudades con la mayor celeridad), especialmente el envío de tropas, que el recelo local hizo suponer una posible invasión disimulada.

Se llegó a decir que, sabedor el gobierno de San Juan de la destrucción de Mendoza por el terremoto, fue alegremente festejado, lo que no se ha podido confirmar, como tantas cosas que se dicen o se propagan con alguna intención.

Las derivaciones políticas de la situación caótica porque atravesaba Mendoza se fueron agudizando, pasados los primeros momentos.

Miembros de la legislatura se reunieron en un barranco, a falta de local, destruido por el sismo, para tomar medidas que competían al ejecutivo ausente. El día 30 la Legislatura invita al gobernador para que asista a las reuniones donde se nombrarán distintas comisiones de sanidad, curación de heridos, sepultura de cadáveres en putrefacción que hace imposible respirar el aire, demolición de escombros para el tránsito en algunas calles, arreglo de canales para el uso del agua, seguridad pública, pago de trabajos, recepción de donaciones, y demás auxilios.

El gobernador no concurrió y, por el contrario, consideró esta actitud de los representantes del pueblo como violatoria de su autoridad, pese a que se estableció bien claramente que era de carácter municipal. En las acaloradas discusiones no faltó quien propusiese la deposición de Nazar, y se criticara acremente su conducta.

El miedo a las represalias fue otro elemento perturbador que se sumó a los ya muchos convergentes en hora tan crítica.

Olascoaga hace comentarios risueños (años después) de esas actitudes y reacciones de los legisladores.

Pasados los grandes acontecimientos que conmovieron a un pueblo, como dice Olascoaga —ahora con ánimo sereno, pero reconociendo que él era el más exaltado—, se recuerda y se cuenta lo sucedido, con excesiva subjetividad, ya que el hombre es necesariamente apasionado y emotivo.

Respecto a este fenómeno trágico que destruyó Mendoza, existen numerosos relatos, crónicas e incluso informes científicos a los que sería largo resumir aquí.

Nos limitaremos a recordar que un relojero de Buenos Aires constató (ignorando por supuesto lo que ocurría en ese momento en Mendoza) un extraño fenómeno que no era otra cosa que el registro del movimiento sísmico por los péndulos de los relojes parados, que comenzaron a oscilar justamente "a eso de las ocho y media pasado de la tarde del día 20 de marzo de 1861".

Se ha dicho que el sabio francés Bravard, inspector general de minas de la Confederación, había predicho el terremoto del 61, pero por desgracia él quedó también como tantos bajo los escombros de la ciudad y no pudo corroborar lo que se le atribuyó. Eso sí, expuso la teoría de las corrientes eléctricas como causa de terremotos y que Mendoza estaría expuesta a ellos por esa causa, en contradicción con la teoría generalizada de los volcanes en erupción.

Se ha dicho que se vieron meteoros en el cielo unos días antes; se dijeron muchas cosas, asociándolas a las causas del fenómeno.

Lo cierto es que toda una ciudad fue destruida, sucumbiendo más de la mitad de su población. En las capas más humildes de la población el número de muertos anónimos fue impresionante.

Es lógico que entre la gente importante, se notara la ausencia o se mencionara a los muertos rescatados.

¿Cuántos, y quiénes murieron en ese terremoto? De muchos jamás se sabrán los nombres. A los ya indicados habría que agregar una larga lista de pesonas de figuración y categoría como Martín Zapata, Lucio Godoy, José A. Delgado, Julián Aberastain, Jesús Mayorga, Felipe Cobo, Ignacio M. Palacios, Carmelo García, Emeterio Regueyra, Alejandro Correas, Nicanor de las Heras, Emilio Villanueva (padre de Benito, entonces niño aún), Nicolás Alvarez, una hija de Alvarez Condarco, seis hijos de Francisco E. Calle, un hermano de Emilio Civil, miembros de las familias Arroyo, Anzorena, Videla, Galigniana y tantos más, la mayoría de las monjas de María y pupilas; de las monjas de los jesuitas sólo se salvaron ocho. Infinidad de sacerdotes como Carlos Coria, Juan E. de Jesús Videla, Miguel Güiraldes, Funes, Amparán, etc.

Y aquí llegamos en nuestro relato, a un aspecto emotivo de solidaridad humana: el auxilio que fue llegando con la mayor premura de distintos puntos del país, y de Chile, y voces de aliento de varios países extranjeros.

Pero antes debemos recordar a los que del seno de la propia ciudad destruida, surgieron para ocuparse de aliviar tanto dolor y destrucción. El coronel Juan de Dios Videla, de 46 años de edad, ex comandante de la frontera sud y ex gobernador interino de Mendoza, espontáneamente fue de los primeros en proveer al auxilio de la población, y su seguridad. Fue presidente de la comisión oficial nombrada por Nazar, integrada por Narciso de la Reta y Domingo Bombal.

Él también perdió a varios miembros de su familia. Su pariente, el coronel Juan de la Cruz Videla, vecino de la Cruz de Piedra, concurrió con sus soldados al auxilio de la ciudad devastada. Estos militares ordenaron fusilamientos manu militari, de forajidos.

Se recuerda a Pompeyo Lemos, José Benito Guiñazú, y otros vecinos espectables que sobrevivieron y estuvieron en condiciones de ayudar.

Mendoza, ciudad aislada y alejada de otros centros de población, ve llegar, recién el día 25 de marzo algunos carruajes particulares desde San Juan como primer auxilio. La ayuda oficial se anuncia y concreta con el arribo de una comisión presidida por el ministro de Gobierno de San Juan, Tristán Echegaray, y el presidente de la Sala, Manuel José Zapata y numerosa comitiva. El día 29 llega una comisión de San Luis integrada por autoridades a ofrecer ayuda... El día 31 llega don Lucas González, administrador de Rentas del Ro-



Uno de los ciudadanos que prestó ayuda a las víctimas: don Domingo Bombal.



El doctor Martín Zapata: otra de las víctimas del terremoto de Mendoza.



Don Emilio Villanueva, padre del doctor Benito Villanueva, también pereció en la tragedia.



El doctor Abraham Lemos, siendo practicante en Córdoba fue a Mendoza integrando la comisión.

sario, con ayuda enviada por Derqui, y una comisión sanitaria compuesta por los médicos Pedro Pardo, Melitón González del Solar (que redacta un informe) y Francisco Soler; Nicolás Matienzo, farmacéutico Eloy Escobar y otros, con botica completa y 60 tiendas de campaña.

No sin sufrir varios contratiempos al cruzar la cordillera, llega de Chile una importante ayuda, como desmintiendo recelos y prejuicios ultranacionalistas, presidida por Wenceslao Díaz, a quien debemos un interesante informe, y completada por el farmacéutico López Muñoz, practicantes Teodoro Baeza, Adolfo Díaz, Tomás Bate, cirujano y médico marino inglés J. W. Leahy, el flebótomo José D. García, llegando el 6 de abril a la destruida Mendoza con todo lo necesario para la asistencia de un gran número de enfermos, medicamentos, carpas, ropa, etc. Constatan que el gobernador se ha ausentado de la ciudad. Con los escombros se improvisaron galpones como salas hospitalarias precarias.

Con estos elementos se organiza la asistencia hospitalaria a heridos, enfermos y desamparados. Se instalan varios hospitales precarios a cargo de diversos facultativos y se toman medidas de conjunto.

De San Juan llegaron los médicos Amado Laprida y Eduardo Keller primero, uniéndose el médico porteño Manuel Blancas, el puntano Northon y Pedro Orden y diversos practicantes, entre los que se cuentan el futuro doctor Abraham Lemos, Ramón Videla (mendocinos) y otros.

De Córdoba arribaron los doctores Posse, González y Molina y practicante Piñero.

La mayor dificultad la encuentran estos hombres de ciencia en las condiciones de los pacientes, después de varios días a la intemperie, y sin haber recibido los primeros y más elementales auxilios. Todo hay que improvisarlo con lo que se ha traído y con lo que se puede aprovechar de los restos de la ex ciudad.

Los mendocinos, restañadas sus heridas y enterrados los muertos, volvieron a su proverbial laboriosidad constructiva. De la vieja ciudad colonial destruida, surgió una ciudad más dinámica y de nuevas características.

Tres siglos de historia quedaron sepultados bajo las ruinas.

Coincidente con su destrucción, Mendoza al renacer, aúna los esfuerzos de los nativos con los inmigrantes que van llegando cada vez en mayor cantidad, y se van ensamblando las viejas costumbres y modalidades del cuyano, con el activo y a veces ambicioso extranjero que viene a "hacer la América" pronto.

Los espíritus se aquietan por una mayor prosperidad que, desgraciadamente, no suprime del todo la miseria de las capas más humildes de su población, ni impide el lucro desmedido.

Las desgracias se relegan al recuerdo cada vez más lejano, para dar lugar a un presente donde el factor económico es más imperativo y excluyente.

Han transcurrido más de cien años desde aquel luctuoso 20 de marzo de 1861, sin que todavía se haya calmado el torbellino de emociones engendradas en el dolor, ni que se haya olvidado su magnitud.

Fue punto de referencia de ancianos hasta hace poco: "Para el terremoto me contaba mi padre, o mi abuelo" ..."No sé cuántos años tengo, pero para el terremoto ya había nacido"... "Eso sucedió a los ...años del terremoto"... y así, a través de las generaciones, se trasmite no ya un dato exacto, ni la relación directa de circunstancias determinadas, sino un poco de una nebulosa melancolía cuando alguien piensa que esta pujante ciudad surgió de sus cenizas, y en esas cenizas mezcladas con otras estaban las de sus antepasados. ◆

Los auxilios que llegaron desde San Vicente fueron organizados por don José Benito Guiñazú.



El jefe de policía de Mendoza en 1861: don Ulises Martínez, sobrepasado por los acontecimientos.





EL DESVAN

(Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia)



RIVADAVIA, "EL SEÑOR PRESIDENTE"

Quizá no haya en toda la historia argentina personaje tan alternativamente exaltado y execrado como Bernardino Rivadavia. El considerado "más grande hombre civil de la tierra de los argentinos", es, visto a la luz de otros criterios, un soñador fatuo o, en todo caso, ajeno a las reales necesidades del país, cuyos humos presidenciales y quehacer político tuvieron no poca culpa en la guerra civil que nos ensangrentó durante años. Lo curioso es que, cuando el melancólico exiliado intentó regresar, sin que se le permitiera la estada en nuestra tierra, en la época de Rosas, fue nada menos que Juan Facundo Quiroga, su enemigo, quien le envió un emisario ofreciendo salir de garantía con su fortuna personal, para que se permitiese a Rivadavia residir en tierra argentina. En Brasil, Florencio Varela obtuvo algunas confesiones de Rivadavia, cuyas constancias se perdieron en un naufragio. Nadie, quizá, tuvo tantos enemigos como el creador de la "enfiteusis" local. El propio general José de San Martín jamás simpatizó con el grave personaje, aunque no dejó de guardarle respeto como estadista. Curiosa y apasionada es la página de Tomás de Iriarte, que en sus *Memorias* hace un agrio retrato de "el señor presidente", visto de entrecasa, en una solemnidad en extremo aparatosa, con el testimonio de quien fue secretario de "don Bernardino", Ignacio Núñez, autor de unas conocidas "Noticias Históricas", y tenido también por morenista fervoroso. Dice Iriarte: "Haré mención de una invitación que me hizo el presidente (Rivadavia), para comer en familia, porque me proporciona la oportunidad de manifestar ciertos rasgos característicos de aquel elevado personaje. El principio de la comida fue silencioso. El respeto y reconocimiento eran tan profundos como en la iglesia. El vino, como entonces era ya de costumbre, se servía por los criados. Las botellas estaban fuera de la mesa, en un aparador ex profeso. La copa en que el presidente bebía se diferenciaba de las de los convidados en que aquélla era de más magnitud. Los criados no servían el vino sino a una señal del presidente, y éste, en el espacio que mediaba entre seña y seña para los convidados, hacía dos o tres para que le sirvieran a él sólo en su copa regia. Bien chocante era por cierto este ceremonial, o, por mejor decir, tan mezquina grosería. Sin duda que el presidente tenía más confianza en su cabeza (no siempre fuerte) que en la de sus huéspedes.

Al fin el silencio fue interrumpido por el metal de la voz






DE CLIO

por LEON BENAROS

del presidente. Hasta que él no despegó los labios ninguno, pero ni su misma esposa, había osado mover los suyos; pero desde que el presidente habló la conversación se hizo general, porque fue un permiso otorgado por su excelencia con sólo hablar.

A los postres le trajeron su hijo menor en brazos. Sin mirarlo le hizo algunas fiestas y después con la mano la señal imperativa y muda de que se lo llevasen, como cuando en las antiguas comedias de Calderón y Lope de Vega se hacía uso del enfático monosílabo (sic) "Despejad". Todo esto me pareció una farsa ridícula, muy a propósito para apéndice de la comedia francesa *Le bourgeois gentilhomme*. Recordaba la elegante llaneza, la dignidad sin pretensión y el buen tono sin afectación del presidente de los Estados Unidos, Jaime Monroe, y, ¡qué posiciones tan diferentes! Aquél era jefe de un Estado poderoso y respetado. Pero estas comedias de familia, en las que los manjares no eran por cierto de muy exquisito gusto, no eran ni la sombra, en cuanto a etiqueta, de la fatua fantasmagoría de que el presidente hacía revestir cuanto le rodeaba para darse grandes aires.

Sería muy cansador entrar en tan minuciosos como miserables detalles, y para que pueda formarse una ligera idea bastará decir que en una ocasión, ocupando el doctor Agüero, ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, una cabecera de la mesa como vicepresidente, llamó la atención de los convidados poniéndose en pie con una copa de vino en la mano y profiriendo con tono de solemnidad las palabras: 'El presidente bebe'; su Excelencia lo hizo así, en efecto, se entiende que en la copa grande.

Pero ya que deliberadamente me he lanzado en el camino de las anécdotas que imprimen un color profundamente ridículo en algunas acciones de don Bernardino Rivadavia, referiremos una que hemos oído a don Ignacio Núñez, y que puede servir de prototipo entre las más extravagantes. Núñez había servido con entusiasmo y sincero fervor durante el ministerio de Rivadavia. Algo más: le había sido muy útil en el ministerio como oficial mayor y propagador acalorado de las nuevas doctrinas introducidas por aquel hombre de Estado. Tenía, pues, títulos incontestables a su estimación y aprecio. Así es que Núñez lo acompañó a Londres en calidad de secretario de la legación; pero muy luego, se apercibió que Rivadavia había completamente cambiado de sistema en su trato diario y familiar, que se había llenado de viento (lo mismo que me sucedió a mí con Alvear). Para el carácter de Núñez la nueva situación era insoportable. En Londres continuó Rivadavia bajo el mismo pie de sistematizada importancia, de ostentación, de autoridad, de actos de superioridad ofensiva y muy marcados. Núñez toleró cuanto pudo, bien que su adhesión a la persona del ministro empezase a desvirtuarse.

Cuando regresaron juntos a Buenos Aires, Rivadavia tomó la cámara del buque para él sólo y pagaba por ello doble pasaje. Comía solo y nunca se dignó invitar a su mesa al secretario. Venían varios pasajeros y entre ellos personas de buen tono, a quienes chocaban mucho los aires de rajá que se daba Rivadavia.

El día que avistaron la primera tierra en la costa de la Banda Oriental, por un efecto del júbilo que en tales casos se apodera de todos los corazones, Rivadavia, por primera vez, se allanó a honrar con su presencia la mesa común en donde los pasajeros tomaban el té. Era éste un acontecimiento".

EL DESVAN DE CLIO

"MI BUENOS AIRES QUERIDO"... HACIA 1890

Todo tiempo pasado fue mejor... pero no tanto. La nostalgia embellece la realidad, la recubre de un piadoso velo que oculta sus defectos y mejora aquello que evoca, con su toque de poesía. No faltan, sin embargo, testigos objetivos, y aun crueles, que ponen las cosas en su lugar. Aunque a veces exageran, y por ser realistas sólo ven el lado oscuro de las cosas... Ejemplo de esa objetividad más bien agria y enardecida, pero con su punta de verdad, es el informe que Francisco Seeber, cuando fue designado Intendente Municipal de la ciudad de Buenos Aires por el presidente Juárez Celman, hizo conocer: "No creo obra fácil ordenar la marcha de una ciudad como Buenos Aires, totalmente mal empedrada, con tres mil cuadras sin afirmado alguno, con hospitales y lazaretos repletos, con pantanos inmundos en sus alrededores; con cincuenta mil habitantes en la Boca del Riachuelo...; con tres mil conventillos donde viven 150.000 habitantes, todos construidos en flagrante oposición a las ordenanzas vigentes, donde la gente vive apiñada tradicionalmente, durmiendo diez personas en un solo cuarto, violando las reglas de la higiene y de la moral; con casas de tolerancia y escándalo en los barrios más aristocráticos, inmediatas a las iglesias y a las escuelas; con escasas plazas, y paseos mal trazados, con ornamentaciones ridículas y descuidadas, plazas de donde es preciso huir en verano por falta de sombra; alamedas de árboles funerarios; asilos de mendigos donde no cabe un pobre; cementerios en que se violan las reglas más fundamentales de la higiene; mataderos inmundos, donde la hacienda que comemos nadaba en el fango para llegar a ellos,

TRAPITOS AL SOL: CREDITOS BANCARIOS PARA AMIGOS Y... COMPADRITOS DEL "REGIMEN"

Carlos D'Amico —que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires— es de los funcionarios que no tuvieron pelos en la lengua. Con el seudónimo de Carlos Martínez publicó, curiosamente datado en México, un libro que levantó ampollas sobre la actuación política de algunos de sus contemporáneos en la provincia de Buenos Aires, libro del que hubo luego edición argentina, y que se ha reeditado con nombre y apellido del autor, con su título: "Buenos Aires, sus hombres, su política" (1860-1890).

D'Amico critica severamente la concesión de fáciles créditos oficiales como sistema de proselitismo: "...La causa que más poderosamente ha influido en la crisis es el mal empleo de los capitales de los Bancos; porque emplear el capital de un Banco en darlo a interés al cinco por ciento de amortización es malo, pero no quita el crédito al establecimiento, si los que han recibido el crédito son personas de responsabilidad, que sin duda alguna harán frente a sus compromisos; pero prestar como medida política por adquirir o conservar partidarios, prestar para especuladores de tierras, para negocios sin base, ni otro fundamento que el artificio de la inflación de los valores; prestar para el juego en la Bolsa, en las canchas de pelota, en los circos de carreras, o en los tiros a la paloma, es prestar para no ser pagado; y no sólo aumenta la crisis por la desnaturalización de la institución bancaria, no sólo la aumenta por el descrédito en que caen esos establecimientos, que manejados con prudente firmeza servirían de eje a medidas salvadoras, sino que la acrece, la cría, la desarrolla por el aumento artificial de los valores, por la suposición de falsos negocios; es como la leña que aumenta la hoguera ya existente, o forma la hoguera que no ha existido.

Hemos incorporado ese abuso a las causas permanentes, porque no es de ahora, excepcionalmente, que los mandatarios han impuesto esa marcha a los Bancos; ello viene de lejos.

Adolfo Alsina, que era caudillo popular, cuando subió al gobierno de la provincia, empezó a mandar cartas de recomendación a favor de sus amigos, que eran muchos. Sea dicho en honor de aquel patricio, rara vez recomendó a quien no había de pagar. Vino luego el bueno de D. Carlos Casares, que amplió más las recomendaciones, unas veces por servir a Alsina, a quien reconocía como jefe, otras por atender verdaderas y legítimas necesidades del comercio y de la industria y muchísimas otras por bondad de carácter, porque era incapaz de no servir a quien veía necesitado y le pedía el servicio con insistencia. El Dr. Rocha llevó lejísimo el sistema; aunque permitía que el directorio del Banco descontara algo por su cuenta, exigía que se diera siempre a sus recomendados. Roca en el gobierno nacional no permitió otros descuentos que los que él autorizó. D'Amico fue una excepción: no recomendó a nadie, pero bajó sin amigos. Vinieron: Juárez, en la Nación, y Paz en la provincia. Juárez hizo lo que Rocha: dejó cierta libertad al directorio del Banco Nacional; pero exigió con imperio que fuesen atendidas todas sus recomendaciones, que generalmente recaían en políticastros y especuladores. Paz llevó eso hasta el cinismo, como todo: durante su gobierno, el presidente del Banco iba a su casa o a su despacho y allí Paz sacaba su lista, y la entregaba para el descuento del día siguiente; y ¡guay! si se daba más o menos de lo que él mandaba; los descuentos de cédulas hipotecarias no tenían más diferencia, sino que Panelo no iba ni a la casa de Paz ni a su despacho, iba... ¡a otra parte! Y en esas listas, allá iban a carradas los *compadritos* de los corrales, los estafadores reconocidos, los tramposos inveterados, los griegos de la carpeta; toda la crápula, toda la canalla que en dos o tres años ha aumentado en ocho millones los créditos incobrables del Bancos, y que todavía los aumentarán en dos millones más; ¡y en cada lista seis o siete hombres honrados para sacarlos de testigos, por la moral!".

y permanecía empantanada dentro de los corrales hasta el momento del sacrificio, a veces sin alimento alguno durante ocho días; con mercados y puestos de carne insuficientes y sucios, con mala, escasa y cara luz; con tráfico de vehículos desordenado; con empresas de tranvías mal servidas, y concesiones en todas las calles, y aun duplicadas en las más angostas; con ferrocarriles que cruzan a nivel las calles de más circulación, y que no han construido barreras siquiera; con teatros donde no se han cumplido las ordenanzas y peligra la vida de los espectadores; con montones de tierra del barrido de las calles, que no se remueven, y la quema de basuras inmediata a centros poblados; con un escaso servicio de barrenderos, de carros de limpieza, de barrido y de riego; con las obras de salubridad, cinco compañías de gas y otras de luz eléctrica, que remueven y descomponen diariamente los afirmados; con compañías de teléfonos que cruzan con alambres y cables las calles y obstruyen las veredas con postes, ¡y con perros sueltos que rabian y muerden a la gente, y a los que no se puede matar sin que todos se subleven!"

Después de esa radiografía testimonial, es el caso de consolarse: algo, más bien, hemos progresado...

HISTORIA CHICA: "DON PEPE EL DE LA CAZUELA"

En los teatros del viejo Buenos Aires, la "cazuela" era lo que vulgarmente se conoce por "gallinero". Sitio más libre, menos protocolar que el palco para las damas de entonces, frecuentado por niñas de la sociedad —a favor del más libre ambiente para hablar de novios o chismes del día— y también por alguna que otra morena señorona.

Un cronista comenta: "¡Cuántas cartas y billetes se leían allí, que unas a otras se mostraban en confianza, a pesar de la sonrisa maliciosa de *don Pepe el de la Cazuela*, que todo lo pispaba con sus grandes ojazos de gato enamorado!

Este personaje, de un carácter afeminado, y cuyo verdadero nombre era José Zapucci, se había hecho célebre entre el elemento femenino de los teatros. Almacenero en sus buenos tiempos, arruinado luego por veleidosos amores, que siempre le fracasaron como su comercio de comestibles y bebidas (a las que también era aficionado), no faltó alma caritativa que le hiciera sentar plaza de acomodador en la cazuela del *Argentino*, de la que luego pasó a la del *Victoria* y más tarde a la del *Colón*.

Allí se lo pasaba don Pepe alegremente, en las noches de función, acomodando cazueleras, refrescándolas en los entreactos con horchata de pepitas de durazno, machacadas, *agrio* de naranjas, que solía permutar a veces por el aceptamiento de suspiros inofensivos o chicoteos extravagantes, dichos en su media lengua ceceosa y estrafalaria.

Y cuando le soplaba Apolo —y aunque no le soplara, lo mismo—, endilgábales a las primeras de cambio, en prosa o en verso, estupendos monólogos de abortivos teatrales que en sus ratos de chifladura cómico-lírico-poética, engendraba su reblandecido cacumen. Por supuesto que todo aquello hacía la sin igual chacota de las turbulentas cazueleras entre quienes, por otra parte, nadie como él sabía poner orden y paz".

por Silvia Drei



Doña Paula Albarracín, una de "las mujeres de Sarmiento": la madre bíblica, laboriosa y apoyo perenne de su hijo.





Domingo Faustino Sarmiento con barba a la unitaria y todo el cabello, en la época en que tuvo a su hija Faustina.



Benita Martínez Pastoriza, la esposa: un volcán de pasión y de celos que terminó por hundir en el fracaso a su matrimonio.



Aurelia Vélez Sársfield, la amiga, la confidente, el apoyo espiritual que ayudó a Sarmiento en momentos decisivos de su vida.

MUJERES DE SARMIENTO

—"DESDE HOY SOY VIEJO".
Y ESTALLO EN LLANTO.

Sabemos que era propenso a la emoción. Esta llegaba rápida. Envolvente viento húmedo, lo estremecía un poco, lo zurraba levemente, cobraba el tributo tácito, y partía. El recuperaba entonces, vivificado, el caudal de su jocundia, de su torrentoso poderío, de su feroz arrebato. Y estrenaba otra nueva risa.

Pero ahora el llanto de Sarmiento era un bronco entrechocar de aire y sal a puertas cerradas. Las manos, esas manos "llenas de verdades" clavaban las uñas hacia adentro, y fuera amarilleaba la impotencia en los nudillos.

Dominguito, trémulo a sus espaldas, le dijo tal vez lo más hermoso que pueda decir el hijo al padre, y lo más viril que puede decir un hombre a otro:

—No llore. Un viejo como usted...

¿Por qué lloraba Sarmiento?

LAS MUJERES DE SARMIENTO

LAS SANTAS MUJERES

En la madrugada del 11 de setiembre de 1888, Sarmiento pide a su nieto Julio Belin: "Ponme en el sillón para ver amanecer".

Una brusca contracción lo dobló, y su "corazón agrandado" se detuvo.

Días antes había escrito a su amigo Madero: "Soy de bronce; soy un tacho de bronce; pero como ha estado tanto tiempo al fuego, ya está un poco gastado y muy abollado también".

¿En qué tiempo, en qué fuegos, se había gastado el bronce?

A ochenta años de su muerte, Sarmiento sigue vivo, tan vivo como en los bravos días de la lucha; él, como Rosas, aún es causa de división entre los argentinos. Luis de Paola en el prólogo a las "Memorias", dice muy sensatamente: "Una solemnidad mortuoria no es el mejor homenaje para varón tan peleador".

Fue de todo: político, educacionista, escritor, periodista, sociólogo, militar. Y en ese todo se dieron cien hombres distintos: violento, pacifista, tormentoso, suave, crédulo, depresivo, alegre, silencioso, conversador hasta la charla, duro, tierno. Y siempre profundamente humano.

Su vida política ha sido prolijamente exhumada por historiadores, biógrafos, admiradores y detractores. Moldeo, desgaste, abolladura del metal sometido a tan altas temperaturas, nos es múltiplemente conocido. Y, sin embargo, de todos los fuegos, hay uno, el más secreto, y al mismo tiempo el más potente, que permanece celosamente oculto, severamente custodiado por cancerberos fantasmales, sin tiempo, sin forma, vigentes sólo a través de tradiciones, costumbres, apariencias: la vida amorosa de Sarmiento. Parecería existir un acuerdo de partes para no descorrer el velo.

Y pese a ello, el rastreo es muy fácil. Lo indica el mismo Sarmiento cuando dice: "En París compré una copia de la Venus de Milo, en cuya base puse esta inscripción: «A la grata memoria de las mujeres que me amaron y me ayudaron en la lucha por la existencia»". Y agrega: "Hay las mujeres de la Biblia, hay las de Shakespeare, hay las de Goethe. ¿Por qué no he de tener para mí las mujeres de Sarmiento?"

Y paralelamente a las mujeres nacen las obras. Si Shakespeare tiene su Ofelia, su Desdémona, su Julieta; Goethe su Margarita, su Ifigenia, su Carlota de Werther, Sarmiento tiene sus "Recuerdos de Provincia"; su "poema del degüello", "Facundo"; y "Treinta Años Después" —o "La guerra y sublevación del Chacho"—, agregado en la vejez para complacer el pedido de una mujer. Pese a no tener personaje femenino determinado, las tres obras respiran la presencia de la mujer, tumultuosa a veces, serena otras.

En lejanías, se estira el tiempo de la infancia sanjuanina. Bajo la famosa higuera, la lanzadera va y viene sobre el telar, infatigable, tenaz en la producción de las doce indispensables varas de lienzo vendidas en día sábado a seis pesos. Con la pequeña industria casera, aquella sosegada y bravía doña Paula Albarracín paga a peones y maestros la construcción de la casa familiar. Epica se alza la figura materna; fundida en ternura, admiración y alta valoración humana la devuelve el hijo en las páginas conmovidas de "Recuerdos": "la casa de mi madre, la obra de su industria..."

Toda la vida de Sarmiento, esa descomunal capacidad de trabajo "que por años hace huir de sus párpados el sueño" y que rinde a secretarios y escribientes exhaustos, mientras él, anciano ya, sigue escribiendo, polemizando, durante noches enteras hasta la hora del almuerzo del día siguiente sin apercibirse de ello, le llega por ejemplo y heredad materna.

Cuando en la quinta de Yungay, en Chile, escribe "Recuerdos", doña Paula ya septuagenaria, cruza la cordillera aportando informes, datos, fechas, que su buena memoria ha registrado. Cómodamente atendida, sus 76 años inquietos se lamentan: "¡Esta es la primera vez de mi vida que estoy mano sobre mano!" Y Sarmiento cuenta en sus "Memorias" que había que inventarle tareas "para que no cayera en el marasmo".

El culto del hijo por la madre está presente en toda su obra. Habían convenido entre ellos, que en el momento de la muerte, él acudiría junto al lecho materno. En 1861, en marcha hacia el



En la calle Sarmiento, al 1200, en la Capital Federal, subsiste —convertida en edificio público— la casa donde vivió varios años el gran sanjuanino.

interior con la expedición militar de Paunero le escribe (noviembre 22): "No le permito morirse antes que yo llegue". Al llegar a San Luis pregunta a un sacerdote que procedía de San Juan: "¿Y mi madre?" "Yo la ayudé a bien morir el 21, y me encargó decirle si lo veía que lo bendecía y que no había podido esperarlo más", respondió el clérigo. Como un poema luminoso, útil y triste, similar a los lejanos faroles de papel de las aldeas, confiesa Sarmiento la historia de su madre.

Tímida y señaladora luz que le hace escribir en su "Diario de Viaje" al ser designado presidente de la República: "Hubiera deseado que mi pobre madre viviese para que se gozase en la exaltación de su Domingo".

Doña Paula Albarracín encabeza la lista de las Mujeres de la Biblia, las Santas Mujeres en la vida de Sarmiento.

"¡Extraño fenómeno! —se asombra— Desfavorecido por la naturaleza y la fortuna, absorto desde joven en un ideal que me ha hecho vivir dentro de mí mismo, descuidando no sólo los goces, sino hasta las formas convencionales de la vida civilizada, desde mis primeros pasos en la vida sentía casi siempre a mi lado una mujer, atraída por no sé qué misterio, que me decía acariciándome: Adelante, llegarás".

Amistades profundas, de abnegada solicitud maternal van a jalonar su vida. Doña Paula de Oro fue su madrina y protectora. Niño pequeño, colgado a sus polleras, iba por las callejas de San Juan escuchando el relato de las grescas familiares que sostenía la buena mujer en defensa de su sobrino.

Ella fue el intermediario indicado para que su hermano, el clérigo Oro, "fraile avispado, que corría mundo, andaba en pendencias, y bailaba donairosamente con las mozas", además de entreverarse con la política federal, se ocupara de su educación.

Después, doña Angela Salcedo, viuda de Soriano Sarmiento, trata de prepararle un porvenir económico. Para ello lo pone al frente de su negocio, una especie de tienda-mercería donde se vende desde yerba hasta alpargatas. Dos años en que aprendió muy poco de comercio y mucho sobre las teorías de Ackermann, la vida de Cicerón y la biografía de Franklin.

Ya hombre adulto, ministro en Estados Unidos, mantendrá activa correspondencia con Juana Manso, de la que una vez dijo: "Fue el único hombre en tres o cuatro millones de habitantes en Chile y Argentina, que comprendiese mi obra de educación y que inspirándose en mi pensamiento, pusiese el hombro al edificio que veía desplomarse. ¿Era una mujer?"

Es interesante rescatar un fragmento de esta correspondencia: "Cuando usted recibió el bautismo de San Esteban, el primero de la larga lista de lapidados, no era a la escritora, a la lectora, a la educacionista. ¿Qué importa todo eso para excitar pasiones de ese género? Era, ¿lo creerá usted?, a la mujer inteligente. ¿Sabe usted de otra argentina que ahora o antes haya escrito, hablado o publicado, trabajado por una idea, compuesto versos, redactado un diario?

¿Se rompe así nomás la tradición del servilismo oriental que legaron a la mujer los árabes, dejándole la mantilla para que oculte el rostro, el sentarse en el suelo en la mezquita, que sólo la española conserva en la iglesia cristiana? Una mujer pensadora es un escándalo. Ay, pues de

En esta humilde casa, casi una cabaña, residió durante sus últimos días Sarmiento, en los alrededores de Asunción del Paraguay; la naturaleza tropical la rodea.

aquel por quien el escándalo venga. ¡Y usted ha escandalizado toda la raza!

¡Sufra usted, por lo tanto, con la pena tanta dicha!

Entra usted, pues, en el camino de esas mujeres que hicieron una obra magnífica que otros siguieron o seguirán después. ¿Por estar usted sola, allá, es menos meritoria la obra?"

En 1845, en su primer viaje a los Estados Unidos conoce a los esposos Mann. Cuando vuelve, en 1865, Horacio Mann ha muerto y en la inauguración de su estatua en Boston, consolida lazos de afecto con la viuda del gran educador. Una activa correspondencia se inicia entonces entre María Mann y Sarmiento, correspondencia que sólo cesará con la muerte de ésta, en 1884.

En 1865 ella tenía la "seducción" de 61 años y él 54. La relación es netamente amistosa, nutrida por la admiración incondicional de ella y el reconocimiento afectuoso de él.

Mujer muy vinculada, le introduce en el círculo de sus amistades más notables. Conocido por todos era su estribillo: "¿Cómo? ¿No conoce al ministro argentino?" Y ahí nomás comenzaba el consabido panegírico. Traduce el "Facundo" y gracias a su empeño y diligencia, la versión inglesa aparece en el mismo año 65 junto a los capítulos más representativos de "Recuerdos de Provincia".

Refiriéndose a ella, a quien llama "mi ángel viejo", escribe desde Boston: "Vive para mí, para ayudarme, para hacerme valer. El corazón le arrastra. Mi biografía le absorbe todo el tiempo que le dejan otros deberes. Será un hecho histórico de grande influencia en la América del Sur que la mujer que ayudó a Horacio Mann en su grande obra en el norte preste su cooperación simpática a sus continuadores en el sur de América".

Con esta mujer excepcional, igual que con la Manso y Aurelia Vélez Sársfield, Sarmiento puede tocar todos los temas: política, educación, arte, religión. Estando a cargo de la Presidencia le escribe extensísimas cartas hundido a veces en el más profundo desaliento; brillante, esperanzado, proyectando el futuro del país, otras. Las decepciones, los altibajos de su ánimo, el asesinato de Urquiza —tenía millones, familia, y

LAS MUJERES DE SARMIENTO

setenta años. Lo encontré gobernador y yo no podía hostilizarlo. El por su parte deseaba hacer olvidar sus malos antecedentes. Sus criaturas y generales querían sucederle y como a Tiberio ahogado entre almohadas, lo acometieron en su casa y lo asesinaron, haciéndose nombrar gobernador el asesino mismo"—, la posterior guerra contra Jordán, la dificultosa contratación de las maestras norteamericanas, la epidemia de fiebre amarilla, su sordera, las desgracias familiares, todo desfila febril, precipitado, en las frondosas cartas.

Ella desde su casa de Cambridge, donde recibía "con la simplicidad de la Nueva Inglaterra", rodeada de sus tres hijos ya hombres, tendía alas, protegía, motorizaba al a veces vapuleado espíritu: "No es usted para mí un hombre, sino una nación".

María Mann, junto con Paula Albarracín, Paula de Oro, Angela Salcedo y Juana Manso, forman la galería de las mujeres bíblicas en la vida de Sarmiento, las Santas Mujeres, en las que se encarna el amor eterno, amor faro, aliento y guía.



Dominguito: el hijo entrañable de Sarmiento, de la carne o del afecto, pero de todos modos su obra humana más querida.

Al lado de ellas están las otras: una que "abría puertas blandamente" para que él pasara; otra, "volcán de pasión insaciable" que llenaba dolorosamente el fondo de su existencia.

INTERLUDIO Y UNA HIJA

1831. Triunfo definitivo de Quiroga en Chacón. Sarmiento emigra a Chile. Tiene 20 años, el exilio, la pobreza y un frondoso anecdotario sanjuanino.

En San Francisco del Monte consigue un puesto de maestro. Mezclada entre los discípulos, una muchacha ávida bebe sus palabras. Anda también por sus veinte años, chilenos en gracia, en intensidad, humanos en esperanza. Es ella, Jesús del Canto, quien abre el intenso capítulo amoroso del ardiente cuyano. Le deja una hija, Faustina, que llevará el apellido paterno y que luego se unirá en matrimonio con el imprentero francés Julio Belin, dando origen a la familia Belin Sarmiento.

¿Se arrepintió alguna vez de esta, su primera etapa amorosa?

Así podría interpretarse un pasaje de "Mi defensa", primera obra literaria escrita en Chile en 1843 y en la cual contraataca a Domingo Godoy, quien desde un periódico le llama entre otras lindezas "asesino, corrompido y rufián". Sarmiento desnuda su origen, la pobreza casi mísera de su familia, la ignorancia, oscuridad y atraso de su provincia natal, su pasión por el estudio, sus luchas políticas, su educación al lado del clérigo Oro, su conducta como hijo, hermano y amigo. Todo dicho a borbotones, a latigazos, tomando aliento en la llanura y volviendo a trepar hasta las cumbres para desde allí largar su grito en encrespados ecos, con esa su iracundia que asombrará a Rosas...

Sin embargo, cuando tiene que defender su moral privada dice en velada disculpa: "No he sido un santo, ni he aspirado jamás a un dictado tan difícil de merecer. Mis costumbres han sido más o menos las de todos los jóvenes y en la serie de vicisitudes que forman el cuadro de mi vida, hay uno que otro momento de olvido que de buena gana quisiera rayar ahora de la lista de mis acciones".

¿Entre ese "uno que otro momento de olvido" figurará su breve relación con Jesús del Canto?

Aparentemente la madre desaparece de la vida de Sarmiento, aunque éste en su último viaje a Chile deposita flores sobre su tumba. En cambio, la hija Faustina queda firmemente ligada al padre, tanto que con ella y su nieta María Luisa emprende el viaje al Paraguay en su último año; y es al hijo de Faustina, Julio Belin Sarmiento, a quien demanda ese último amanecer al que su corazón agotado no llega.

Jesús del Canto queda en la frontera chilena como una leve figura nimbada, amarillenta y tenue, mordisqueando el secreto de su anonimato.

EL AMOR CHILENO

A fines de 1845 por recomendación del ministro chileno Montt, se embarca para Europa. Lleva como misión fundamental el estudio de la organización primaria, más todo lo referente a inmigración y colonización. Recorre España, Francia,

Estados Unidos, Africa, Suiza, Austria, Alemania.

Pasan casi tres años. El 24 de febrero de 1848 atraca en Valparaíso el barco que lo trae de regreso a la patria del exilio; el 19 de mayo del mismo año sucede lo incre[illegible]: Sarmiento se casa.

Por el encendido tono de sus escritos, por el arrebato, por la pujanza de su palabra, alguna vez fue llamado el "montonero intelectual" de las letras argentinas. Nada más cierto. Escribe a sablazos, al galope, embistiendo vientos, derribando enemigos, a la vanguardia siempre, aunque a veces se sorprenda peleando solo frente a molinos milenarios...

Esta actitud literaria de Sarmiento se repite en una relación amorosa que imprevistamente culmina en boda. Es un amor "montonero", brioso, rápido, inmediato; y casi sin noviazgo sale de la parroquia de San Lázaro, en Santiago, convertido en marido de Benita Martínez Pastoriza, viuda de Castro Calvo.

¿Quién es esta mujer que irrumpe así, con sus grávidos treinta años, la marca de un hijo, dos ojos intensos y un amor desmedido, en la vida de Sarmiento?

Benita Martínez Pastoriza era hija del hispánico José Martínez Cruz y de una desenvuelta y patriota dama sanjuanina, Juliana Pastoriza.

Muy joven es llevada a Chile por su tía y madrina, esposa de don Domingo Castro y Calvo, dueño de minas en Copiapó. A poco de la llegada de Benita, muere su madrina, y la ahijada y sobrina contrae nupcias con el flamante viudo y tío político. Ahora Benita es "la legítima dueña de casa" y como tal abre sus puertas a todo exiliado que llega de la Argentina. Inteligente, sensitiva, hermosa —aunque Sarmiento posteriormente la llame "la fea" en forma harto despectiva—, en su casa se nuclean intelectuales, políticos, revolucionarios. No debería ver esto con buenos ojos el achacoso señor Castro y Calvo; pero Benita hace, deshace, ordena, y todo cae, sumiso, al imperio de su carácter. Cuando Sarmiento, asiduo concurrente a las reuniones de Benita, parte a Europa, es recién nacido Dominguito, hijo del matrimonio. Durante esta separación no hay prueba de correspondencia entre ambos, pese a la gran amistad existente con la familia Castro y Calvo.

A su regreso a Santiago, Benita es viuda de Castro y Calvo; a los tres meses señora de Sarmiento. Dominguito, de escasos tres años, pasa a llevar el apellido de su padrastro. En ningún momento firmará con el auténtico apellido paterno y pasará a la historia con el nombre de Domingo F. Sarmiento (h).

La pareja, consagrada marido y mujer, se retira a la quinta de Yungay en los alrededores de la ciudad; "la alegre prisión de Yungay" como él la llamaba entonces.

En ese mismo año publica "Educación Popular", resumen de lo aprendido en tres años de viajes y estudio sobre enseñanza en los países visitados.

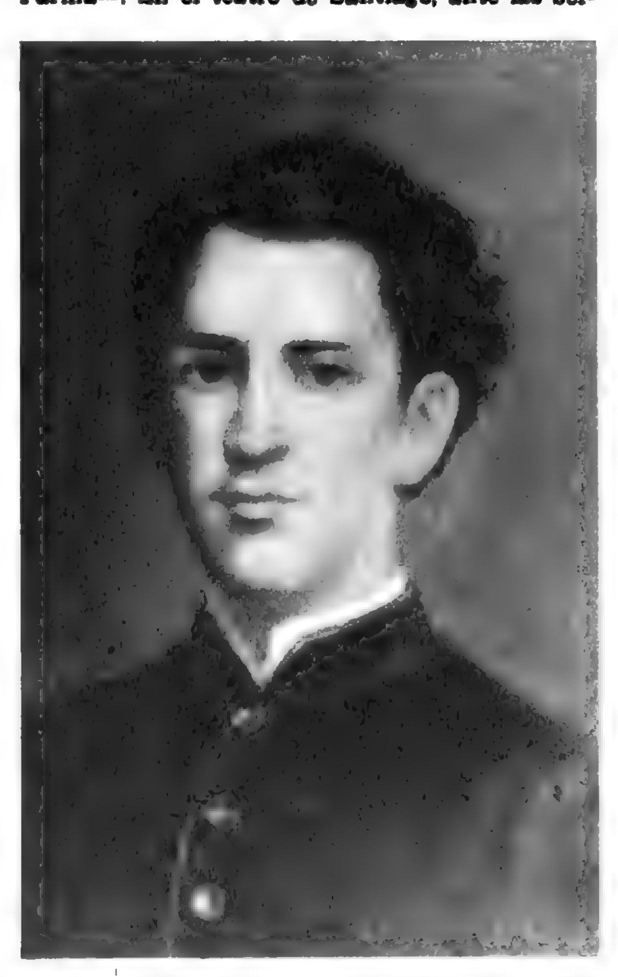
En el dulce calor del hogar chileno, Benita hace guardia. Dominguito, inocente, juega con soldaditos de plomo y bate con su espada flamígera legiones de enemigos...

Seis años pasan en el retiro chileno. Desde La Tribuna, La Crónica, El Consejero del Pueblo, combate, encarnizado, a su eterno enemigo: Rosas.

A fines de 1850 lanza "Recuerdos de Provincia", dirigido a un centenar de patriotas —presumibles organizadores de la República— y sabiendo de antemano que va a ser leído por millares de habitantes chilenos y argentinos. Libro bravío, rugoso y de honda ternura, "Recuerdos" resquebraja insidias y destaca un Sarmiento esclarecido, sagaz, ambicioso, que muestra con orgullo su único pergamino: su vida.

En el crudo invierno chileno, una Benita trémula, fervorosa, lee las carillas precipitadas de evocación, de colorido, de devastadora vitalidad. Pese a que no la nombra, es el libro de su amor con Benita. "La literatura más que la historia tendrá que hacerle justicia a Benita Pastoriza", dice Porfirio Fariña Núñez. El parto luminoso de "Recuerdos" necesitaba esa presencia femenina, "la alegre prisión de Yungay", la soledad, la vigilancia, y el amor violento incontenido.

Esta mujer reunía todo para formar una pareja feliz con Sarmiento —incluso el hijo del matrimonio anterior era entrañablemente querido por su padrastro, cariño que no ha dado poco que hablar y que luego trataremos—; inteligente, rica, patriota, excelente madre, pero... demoníacamente celosa. Alucinada por sus celos monstruosos lleva el matrimonio al fracaso. "Ni a sol ni a sombra dejó en paz a su consorte —dice Fariña—. En el teatro de Santiago, ante las bel-



Domingo Fidel Sarmiento, capitán del ejército nacional, poco antes de morir en Curupaytí, el 22 de setiembre de 1866.

LAS MUJERES DE SARMIENTO

dades chilenas, haciale imposible la vida al crítico de Victor Hugo; en las calles ocurría idéntico fenómeno cuando el autor de 'Facundo' recibía el saludo de las negras que habíanle servido en su propio hogar".

"La alegre prisión de Yungay" quedó reducida "a la prisión".

En 1851, apenas conocido el pronunciamiento de Urquiza, Sarmiento retorna a su patria junto con otros siete argentinos, entre ellos Mitre y Paunero. Va esperanzado al encuentro con el alto jefe militar; aspira a una posición espectable, un papel directivo. Veinte años de prédica fogosa, el exilio, su talento político y literario, lo avalan. La desilusión es atroz: el caudillo le ofrece el cargo de boletinero del Ejército Grande. Pero rápido se repone del cruel sarcasmo y acepta. "No hay puesto chico para los hombres grandes", y los boletines redactados con su lenguaje incisivo, crudo, son clarinadas vividas que despiertan los pueblos, los sacuden, y los fraternizan con el ejército en marcha. Sarmiento intencionadamente agranda su figura, destaca la fuerza intelectual desarrollada por los proscriptos, en oposición a la fuerza material encarnada, según él, en Urquiza.

Ambos chocaron desde el primer momento; Urquiza veía en él al intelectual ensoberbecido, aún más al decir de Palcos, al lírico presuntuoso; Sarmiento descubría en el caudillo extraordinarias dotes militares, pero temía un muy posible viraje político. Llegados a Buenos Aires, la desconfianza de los viejos unitarios y de los federales se centró en torno al caudillo entrerriano. El, en demostración de no haberse pasado a las filas adversarias y de que no perseguiría a los admiradores de Rosas, ordenó el uso del cintillo rojo. Y entró en la ciudad con galera de felpa y poncho blanco...

Sarmiento no transigió con el uso de la cinta escarnecida; este fue el motivo aparente de su relevo en el ejército y su ulterior retorno a Chile; pero detrás del temido color punzó, su fino olfato de "rastreador" preveía el enfrentamiento armado entre Buenos Aires y el resto de la República. Necesitaba poner distancia para poder apreciar con exactitud la realidad y atacar a Urquiza en una guerra sin cuartel.

De nuevo en su quinta de Yungay, se debate en una espiral que cada día lo apresa más, hasta el ahogo. Emocionalmente se asfixia, políticamente se siente muerto; reclama a la Argentina "el derecho canónico de Vélez", ejemplares del Nacional, su tan anhelado grado de teniente coronel hábilmente soslayado por Urquiza, y otorgado a Mitre durante la campaña del Ejército Grande...

Más prisionero que nunca, bajo "los emparrados" jardines, muerde la culpa de su infelicidad matrimonial y se acusa y compadece a su mujer "a la cual no le he dado sino penas para devorar" (carta a Mitre, noviembre del 54).

En 1855 emprende nuevamente el retorno a la patria acuciado por la fiebre política. Pero Sarmiento es de una multiplicidad compleja: el político, el civilizador, el educacionista va a la lucha; el hombre, Domingo Faustino Sarmiento, va, sin saberlo, al encuentro de un nuevo amor. Entre ese amor "porteño" y el amor "cuyano" mantendrá dentro suyo una guerra, tan despiadada como la que desangraba entonces el suelo de la patria.

EL AMOR PORTEÑO

La había conocido en 1840, en el Montevideo del éxodo unitario. Ella entonces tenía nueve años y se llamaba Aurelia Vélez Sársfield. La amistad con el padre, don Dalmacio Vélez Sársfield, el "viejo Vélez", habrá permitido al sanjuanino columpiar a la niña frágil "alto, más alto", hasta tocar la copa de los árboles. La volvió a ver adolescente, después de Caseros, otra vez camino del destierro. Y luego de tres años de ausencia, la encontró mujer hermosa, inteligente, escritora, política. Había crecido como la ciudad, embelleciéndose. "Criada y educada entre códigos, bancos, traducciones latinas, Aurelia Vélez comportóse como un hombre", dice Fariña Núñez.

Viajera incansable devoró geografías milenarias: Europa, Palestina, Egipto; la piel fresca de Sudamérica, Montevideo, Río de Janeiro, Asunción del Paraguay; los ribazos del Tigre; el airado erizarse de la llanura en la tierra cordobesa. Era indudablemente del "tipo" de las mujeres de Sarmiento.

En el cenáculo de los Vélez Sársfield, bajo el imperio de la personalidad fascinante del "viejo Vélez" y de la fascinación aún más peligrosa de su hija, en un medio culto, ilustrado, Sarmiento debió sentirse, acaso por única vez, totalmente feliz.

Recién llegado al país desempeñaba cuatro cargos conjuntos: concejal de la Municipalidad, jefe del Departamento de Escuelas, senador y periodista de El Nacional, en reemplazo de Mitre. Atiende los cuatro cargos simultáneamente con esa su capacidad sobrehumana para el trabajo heredada de la tenaz hilandera sanjuanina. Luego en las noches, todas las noches, tertulia en el "hogar amoroso de los Vélez".

Pero Benita, sin su amado prisionero se impacienta en la otrora "alegre prisión". Y a fines de 1857 llega a Buenos Aires con su hijo Dominguito.

Aparentemente y como sucede a menudo, ambas familias estrechan relaciones. El "viejo Vélez" refuerza a Dominguito en sus clases del Instituto con lecciones privadas de geografía y matemáticas. Posiblemente, alguna vez las señoras salen de compras juntas...

Todo está tranquilo, en orden. Sarmiento y Vélez en la lucha; Aurelia y Benita cuidando los manes del hogar; Dominguito rindiendo admiración a su padre, al maestro Vélez, amando entrañablemente a su madre, proyectándose como digno hijo de tal padre.

Hasta que una noche la bomba estalla: Aurelia Vélez ha huido de su casa. Esa noche, la risa burlona de Facundo apelotona sombras, forma un bollo sarcástico, y lo tira en la puerta cancel de los Vélez Sársfield.

En la tragedia de Barranca Yaco es Facundo el indiscutido protagonista; los demás personajes quedan en el olvido. Uno de estos personajes está estrechamente vinculado al "viejo Vélez": don José Santos Ortiz.

Santos Ortiz, secretario de Facundo Quiroga

ex gobernador de San Luis, aliado y amigo personal del Tigre, contrajo enlace con Inés Vélez, hermana de don Dalmacio y tía de Aurelia. El acercó a Facundo al hogar de los Vélez Sársfield y es posible que el ya notable jurista haya actuado como letrado de sus bienes.

El infortunado secretario terminó su vida al lado de su jefe, "en manos de aquellos asesinos que no respetaron edad ni condición", al decir de Rosas en su "Mensaje" de 1835. Viuda Inés, con hijos pequeños, en total indigencia, ya que los bienes de su marido fueron embargados por un señor Calderón —que había sido ordenanza de Ortiz—, pasando posteriormente a otras manos, es acogida en el hogar de los Vélez hondamente conmovidos por la tragedia. "El hijo del consejero de Facundo y la hija de Vélez debieron al correr del tiempo sentirse fuertemente atraídos por un fuerte amor juvenil", dice Zinny.

La única realidad es que Aurelia Vélez huyó de su casa junto con su primo hermano Pedro Ortiz Vélez y posteriormente contrajo nupcias con él. Pasados ocho meses Pedro Ortiz se presenta inopinadamente en casa de su suegro, acompañado de su mujer. Desde esa noche Aurelia queda para siempre en casa de su padre, suprime el apellido de su esposo, y nunca más vuelve a hablar de él.

Del marido lo único que trasciende es su inmediato viaje a Chile.

El padre solícito, atendió aún con más amor a la hija; pero Aurelia llevaba bien puesta en la sangre la paterna herencia de serenidad, altivez y orgullo. Mientras tanto, en el hogar de los Sarmiento las cosas no andaban mejor. Benita, de por sí irritable, llegaba ahora al paroxismo.

Sarmiento, ya definitivamente enamorado de Aurelia, sitiado por su mujer y dolorido hasta el furor por el asesinato del gobernador de San Juan, su amigo entrañable Aberastain, resigna la cartera de gobierno de Buenos Aires y toma el camino de la pampa. La hora le parecía propicia para terminar con todo linaje de caudillismo, inclusive el de Urquiza para quien reclama "Southampton o la horca". Llevaba una antorcha de furia dentro del pecho por la muerte de Aberastain, de amor imposible por Aurelia, de rechazo tenaz por su mujer.

Al galope desbocado de fuegos tan intensos lle-



El lápiz de Stein caricaturiza en este dibujo a Adolfo Alsina, Domingo F. Sarmiento y Dalmacio Vélez Sársfield, sin imaginar que estos dos últimos personajes estaban unidos secretamente por Aurelia.

LAS MUJERES DE SARMIENTO

gó a San Juan: "Hice setenta y cinco leguas de una sola jornada".

Ahora sí, iba a vengar sin piedad el asesinato de su amigo. En el desierto de Facundo, renacía un Facundo enardecido pidiendo a gritos venganza, escarmiento y exterminio del caudillaje. Y clamando para sí un poco de paz, de olvido de ese amor entre el cual ponía leguas de cielo y tierra.

ENTRE DOS GUERRAS

Se hizo cargo del gobierno con el ánimo muy abatido —cosa muy rara en él—, señalan los historiadores. Debía ahora sostener dos guerras: una externa, otra interna y tremendamente suya. La primera contra Angel Peñaloza, el Chacho, desataría con el tiempo un conflicto de serias proporciones y aún hoy es incriminado por el bárbaro final; la segunda determinaría su alejamiento por varios años del país.

Tenía entonces "encargo del presidente de la República de no considerar el combate contra la montonera como guerra civil sino de policía, ni más ni menos que si se tratara de una banda de vulgares salteadores".

Acosado Peñaloza en Olta, aldea riojana, se rinde junto con su guardia. El mayor Irrazábal lo hace degollar y clava su cabeza en una lanza "para escarmiento de los paisanos que le siguieron en sus tropelías". Clavero fue condenado por un tribunal militar y, luego de fusilado, expuesto al público durante tres horas. Dos actos de barbarie; más aún en el caso del Chacho, que era un general de la Nación y al cual no se le sustanció el más sumario juicio previo. Esta muerte terrible reservó muchos tragos amargos a Sarmiento. El se hizo responsable de la misma considerando que la República no podía hallarse a merced de los caudillos, y que había que liquidar de una vez por todas los sistemas arcaicos. "Tan seguro estaba de obrar bien que no hesitó en hacerse gallardamente responsable del hecho, afrontando la impopularidad y manteniendo enhiesta la cabeza entre los rayos y centellas que sobre ella llovían implacablemente".

Si la situación política de Sarmiento durante la gobernación era borrascosa, lo era aún más su vida privada.

"En aquel tiempo —anota Carlos O. Bunge en «Sarmiento»— solía escribir a Dominguito y aun a su mujer. Como transcurrieran una vez dos o tres semanas sin que éstos recibieran correspondencia alguna, el joven hizo averiguaciones en el correo. Supo allí que desde San Juan, llegaban regularmente cartas de Sarmiento, mas no para ellos, sino para una humilde viejecita, que apenas sabía leer. Parece que doña Benita y su hijo se incautaron entonces de una de esas cartas, y descubrieron que era una misiva de carácter galante, dirigida a una dama joven y hermosa..."

Dos de las cartas de Sarmiento a Aurelia Vélez y una respuesta de esta última fueron publicadas en la revista "La Quincena" en los años 1894-95. El contenido de las mismas nos exime de comentarios.

Primera carta: "He debido meditar mucho antes de responder a su sentida carta de usted, como he necesitado tenerme el corazón a dos manos para no ceder a sus impulsos. No obedecerlo, era decir adiós para siempre a los afectos tiernos y cerrar la última página de un libro que sólo contiene dos historias interesantes. La que a usted se liga era la más fresca y es la última de mi vida.

Acepto de todo corazón su amistad, que será más feliz que no pudo serlo nunca un amor contra el cual han pugnado las más inexplicables contrariedades. Hoy se añaden peligros para usted sola; y aquella «afirmativa» conque la amenazaron la darían los que no la comprenden, y esto por mi causa, y por agentes que pueden salir de mi lado.

Los que tanto la aman no me perdonarían haberla expuesto a males que no me es dado reparar. Ante esta responsabilidad, todo sentimiento egoísta debe enmudecer de mi parte, y con orgullo puedo decírselo, han enmudecido.

Cuando esté su corazón de usted tranquilo en el puerto contemplaremos como se lo dije el otro día, la mar serena, y hablaremos sin temor de los escollos conque hubimos de estrellarnos.

Me acojo a la amistad que me ofrece, y que la creo tan sincera como fue puro su amor. En pos de pasiones que nos han agitado, hasta después de conocernos el uno al otro, es una felicidad que el cielo nos depara, salvar del naufragio, y en lugar de aborrecernos cuando ya no nos amaremos poder estimarnos siempre. Sólo así gozaremos de la felicidad que hemos buscado en vano. No conservo resentimiento alguno, por los últimos incidentes que han turbado nuestras relaciones. No tenía usted el poder de herirme; y cuando me entregaba el papel que contenía la explosión de desahogos no motivados, leí en sus ojos que nada había quedado en su pecho.

Me siento aliviado de un gran peso, y creo que quedará usted lo mismo al leer esta; y así como cuento en ser creído en los motivos y los fines, cuento conque la generosidad de sus sentimientos le hará alejar toda sugestión de amor propio que en manera alguna está interesado. Me ha presentado usted dos caminos para llegar de nuevo a su corazón, y he tomado el que menos dificultades para usted traería, pues que no son las espinas las que me arredran de tomar el otro. Cuando pueda le daré el beso en la frente, que para este caso le tenía ofrecido su

Sarmiento".

La segunda carta es mandada desde Mendoza, donde se encuentra Sarmiento de paso en su marcha hacia San Juan (1861).

Segunda carta: "He recibido tu recelosa carta del 8 de diciembre, extrañando mi silencio y recordándome posición y deberes que no he olvidado. Tus reproches inmotivados me han consolado, sin embargo; como tú, padezco por la ausencia, y el olvido posible, la tibieza de las afecciones me alarman. Tanto, tanto hemos comprometido que tiemblo que una nube, una preocupación, un error momentáneo, haga inútiles tantos sacrificios.

Te quejas de no haber recibido en quince días cartas; y sobre este delito fraguas ya un ultimátum. ¿Pero si no hubiese sido posible escribirte con seguridad?

¿No has visto que a tu padre, a tu madre, a



Una de las legendarias escenas de la vida de Sarmiento: cuando siendo todavía un niño, enseña a leer a los paisanos del pueblito de San Luis, donde vivió un tiempo con un tío suyo.

alguien de los tuyos escribo para recordarte que mi alma anda rondando cerca de ti?

Y si esas cartas no se han recibido todas, ¿no temes que alguna tuya se perdiese?

La verdad es sin embargo que tu amiga me alarmó con prevenciones que me hicieron temer un accidente, pues ella anda muy cerca de las personas en cuyas manos una carta a ti, o tuya sería una prenda tomada. He recibido tu primera carta, y una segunda en que me decías que no tenías voluntad de escribirme, nada más. ¿Y con este capital crees que quedan justificados tus amargos reproches?

Sé, pues, justa y tranquilízate. No te olvidaré porque eres parte de mi existencia; porque cuento contigo ahora y siempre.

Mi vida futura está basada exclusivamente sobre tu solemne promesa de amarme y pertenecerme a despecho de todo; y yo te agrego, a pesar de mi ausencia, aunque se prolongue; a pesar de la falta de cartas cuando no las recibas. Esos años que invocas velan por ti y te reclaman como la única esperanza y alegría en un piélago de dolores secretos que tú no conoces, y de estragos causados por nuestro amor mismo

A mi llegada a Mendoza avisé a Juanita que escribiese, no pudiendo hacerlo yo, para que supieses mi llegada. ¿El correo está franco? ¿Por qué no escribes sin intermediarios? Hazlo en adelante y abandona el tema de las quejas, que dan a tus cartas un carácter desabrido haciendo más insoportable la separación.

Necesito tus cariños, tus ideas, tus sentimientos blandos para vivir. Un amigo de Córdoba me escribe; no puedo disimularte que he recibido una impresión penosa al leer su carta, porque veo en ella reflejar un profundo desencanto que mucho he apercibido en el fondo de tu pensamiento. Atravieso una gran crisis de mi vida. Créemelo. Padezco horriblemente, y tú envenenas heridas que deberías curar. Al partir para San Juan te envío mil besos, y te prometo eterna constancia. Tuyo, Sarmiento".

Contestación a ambas cartas: "He tenido un momento de placer al leer tu carta. Me ha parecido encontrar en ella algunas palabras dirigidas a mí. Estoy pasando días horribles con tu retiro, es preciso que esto acabe. ¿No son bastante los obstáculos que el destino y la sociedad ponen a nuestro amor? ¿Y hemos de tratar de hacernos pesada nuestra situación con dudas y desconfianzas indignas de nosotros? Haya paz entre nosotros y sobre todo confianza. Yo la he tenido absoluta en ti, y no es sin razón que la exija para mí. Tal vez crees tener razón para estar resentido, y aunque a primera vista parezca, no la hay. Te he escrito todos los días que tú no me has escrito, he tenido la carta en mis manos pero una invencible timidez ha hecho que no encuentre momento a propósito para dártela. ¿Creerás o más bien comprenderás lo que por mí pasa? Yo misma no lo comprendo bien.

Te amo con todas las timideces de una niña, y con toda la pasión de que es capaz una mujer. Te amo como no he amado nunca, como no creí que era posible amar. He aceptado tu amor porque estoy segura de merecerlo. Sólo tengo en mi vida una falta y es mi amor a ti. ¿Serás tú el encargado de castigarla? Te he dicho la verdad en todo. ¿Me perdonarás mi tonta timidez?

Perdóname, encanto mío, no puedo vivir sin tu amor.

Escríbeme, dime que me amas, que no estás enojado con tu amiga que tanto te quiere. ¿Me escribirás, no es cierto?

LAS MUJERES DE SARMIENTO

Este era el contenido y la intensidad de la correspondencia mantenida en esa época.

Aquella carta en manos de Benita —"la prenda tomada"— determinó el veloz envío del hijo a la gobernación de San Juan. Curiosamente, el joven llega en misión pacificadora; Benita Pastoriza está dispuesta a perdonar y a comenzar de nuevo. Pero Sarmiento era de los que creían "que había que cortar de raíz los males". De ahí en adelante su mujer será para él eso: un mal.

¿Qué conversación de hombres, de padre a hijo, tuvieron en ese invierno sanjuanino Dominguito y Sarmiento? Se deben haber tocado raíces muy profundas, muy dolorosas, para que Sarmiento llorara frente a su hijo y confesara su impotencia:

—Desde hoy soy viejo.

Y sin embargo, la admiración del hijo llega incólume, virginal:

—No llore. Un viejo como usted...

El mediador retornó a Buenos Aires. Traía para la madre tan querida, tan esperanzada en su gestión, la realidad dolorosa: la separación irrevocable exigida por el padre.

El amor "montonero" había durado 14 años; el otro amor, el gran amor "porteño", duraría hasta el último minuto de su vida.

Es necesario poner distancia, más distancia aún; la llanura, el desierto, la montaña, no es suficiente. Reclama el océano, otro continente, un idioma distinto, una nueva piel que cubra sus llagas de viejo luchador. Y se embarca para Nueva York en carácter de ministro plenipotenciario.

En la costa quedan Dominguito y Aurelia, sus dos grandes amores; y también su gran rencor, su dolorosa frustración: Benita.

LA DUDOSA FILIACION DE DOMINGUITO

Dominguito había crecido. Al estallar la guerra del Paraguay en mayo del 65, contaba 20 años.

La ternura "excesiva" de Sarmiento por su hijo adoptivo se convirtió al correr de los años, en adoración manifiesta. Culto visible en el libro, la estatua, el recuerdo permanente.

Cuando en 1888 Sarmiento realiza su último y definitivo viaje al Paraguay, en busca de aquel clima tan necesario a su salud, al llegar a Corrientes subieron al barco hombres públicos, maestros de escuela, estudiantes, etc. El primero en hablar en nombre del magisterio fue Manuel Cabral. Recordó escenas jocosas de "Recuerdos". Sarmiento permanecía sentado, arrebujado en sus mantas, con la cornetilla puesta al oído y riéndose como una criatura. Cabral se creyó obligado a comentar el próximo arribo del barco a Curapaití y promediando el discurso improvisado nombró a Dominguito. Sarmiento comenzó a sollozar. "Pidió al nieto, Augusto, un libro —La Vida de Dominguito—, púsole una dedicatoria y lo entregó al orador. Dificultosamente se incorporó, abrazó a Cabral y durante un momento confundiéronse el libro, el amigo y el progenitor, en medio de aquel cuadro de terrible congoja humana".

Habían pasado 23 años, y en la vieja piel rebelde esa herida tampoco cicatrizaba.

Según Fariña Núñez, la tradición oral atribúyele a Sarmiento la paternidad de Dominguito. Dice el mismo historiador que esa paternidad está delatada por "la voz de la sangre" y que la confirma "la confesión literaria". (Efectivamente, Sarmiento a menudo repite en sus trabajos "mi madre y Dominguito", e incluso en carta a Mansilla llegó a jurar por ambos.)

"El retrato en miniatura existente en el Museo Nacional, Sala Sarmiento —sigue diciendo Fariña—, muestra claramente los rasgos del progenitor. Es un retrato parecido a Sarmiento; con los belfos salientes, la nariz ñata, los ojos avizores de 'rastreador', la frente amplia y con aquella expresión característica de Sarmiento". Agrega además todos los caracteres psicológicos y de conducta en que se repite en el adolescente la personalidad fogosa e intrincada del padre.

Frases referidas a su paternidad parecerían delatar a Sarmiento. En "Vida de Dominguito", en capítulo referido a Curupaití, dice: "¡Ay!, el padre que guía", "la imagen grabada en la memoria paterna", "el padre del capitán Sarmiento inmolado en Curapaití". En "Las Ciento y Una": "...que yo he perdido mi único hijo varón". En carta a Juana Manso: "su anciano padre", "padre del héroe", "su hijo único", etc., etc.

Durante la presidencia de la República tenía Sarmiento tan enconados enemigos que en una oportunidad de las tantas que iba a visitar la tumba de su hijo en la noche, al amparo de sombras piadosas, fue visto por alguien de la oposición en momentos en que volvía a su casa, desmelenado, imprecando, suplicando a esa hora de silencio algo, algo que lo conformara. Al día siguiente salió un comentario en los diarios sobre la libidinosa conducta del primer magistrado, al cual se había visto, borracho, al regreso de una incalificable orgía a altas horas de la madrugada.

La muerte del hijo acercó momentáneamente a los padres. El autor necesitó de los datos fielmente registrados por la madre para completar la biografía del hijo amado. Estaban los dos muy ancianos.

Habían pasado 38 años desde aquel luminoso "Recuerdos de Provincia". "Facundo" quedaba tal vez aún más lejano, en la primera etapa del amor "montonero". La última fue el libro póstumo: "Vida de Dominguito".

EL ULTIMO LLAMADO

Aurelia Vélez Sársfield, desde Buenos Aires, conducía la carrera política de Sarmiento. Su vida estaba dedicada a él y a su padre.

El por su parte, ya sea en sus "Memorias", en cartas, en el diario "Un viaje de N. York a Buenos Aires —23 de julio a 29 de agosto de 1868—, dedicado a ella y sólo a ella, la lleva dentro suyo, permanente, con alegría casi siempre, a veces con un muy velado reproche. "¿Quejóse usted de no haber satisfecho su deseo? Olvidaba que aún estaban sangrando profundas heridas de mi corazón, y que mi ánimo no estaba despejado aún de amargos recuerdos", le dice en el comienzo del mencionado diario. Y luego: "En este viaje que me propongo describir, el viajero sólo es el protagonista; y dedicado a usted sólo su lectura, dale la seguridad para llevar a cabo la idea, a toda hora del día ha de estar presente usted en mi memoria. Viviré, pues, anticipadamente en

su presencia, y cada escena que describa, tendrá a usted como espectador, complacido acaso de recibir este diario tributo".

En los 36 días del viaje traspasa todo a los ojos de Aurelia. Despedida de amigos —"el más querido el Hudson"—, Chicago, Cambridge, Washington, Mrs. Mann, Longfellow, la bahía de Nueva York, el mar, gaviotas, los amados delfines —"¡y pensar que ninguno de ellos está destinado a ser senador o presidente de la República Argentina!"—, el recuerdo emocionado de otros viajes en buque de vela, "el vehículo puramente humano" con caminitos señalados por vientos, la alegría de ver olas, puestas de sol, "la de anteayer fue bella; el sol se deslizó por un agujero a guisa de hogar de chimenea que le había preparado una nube", y la política "que me vuelve como cosa indigesta"...

Y las mujeres... El día 4 de agosto refiriéndose a las pasajeras de cubierta dice: "¡Oh, Calvino! ¡Cuánto daño ha hecho tu fanatismo! La mujer puritana es como las hembras de las aves pintadas de los trópicos. Es parda, sin moños, sin galas".

En cambio, en días anteriores no le oculta su admiración por Ida Wickerahamm. "Es mi maestra de inglés, enseñado en interminables coloquios provocados ex profeso para enseñarme a hablar": "...es Mrs. Ida, esbelta, pálida, y casi morena, tipo rarísimo entre americanos del norte y acusa la sangre francesa (De Lacey) que corre por sus venas". "...es el tipo de belleza de la edad media antes que Rafael hubiese introducido en las madonas las más bellas formas griegas. Su frente es irreprochable y el tocado que usa muestra que sabe hacerla valer. Dice que cuando jovencita la llamaban 'la reina de la pradera'..." "...y juraría que me amaba en el fondo de su corazón si no estuviese seguro que mis años y posición le permitían abandonarse sin las reservas de su sexo a la confianza que inspira un confidente".

¿Sentiría celos Aurelia de "la reina de las praderas"? Se deduce que no, pese a que la relación con Ida Wickershamm, según una anotación de Luis de Paola en las "Memorias", "constituye un extraordinario capítulo de la vida de Sarmiento", y la correspondencia de ella a él continuó hasta abril de 1882 de acuerdo al testimonio de las cartas que quedan. Días pasados, el profesor de universidades norteamericanas Enrique Anderson Imbert leyó en la SADE parte de dicha correspondencia, con la que integrará un trabajo titulado en principio "Una aventura amorosa de Sarmiento en Chicago".

Anderson Imbert utilizó más de dos horas en leer parte de esta correspondencia. En esa época Sarmiento tenía 55 años e Ida 25. Ella estaba casada con un médico cuáquero, "otro ser encantador" manifiesta Sarmiento en la carta a Aurelia; pero evidentemente a Ida no le debía resultar tan "encantador" ya que posteriormente se separó de él.

La correspondencia leída en la SADE manifiesta a mujer apasionada y muy rebelde a las convenciones victorianas de la época: "¡Quiero ser gitana, rebelarme, tratar de vivir intensamente! ¡Tú dirás que estas son palabras, nada más que palabras, pero estoy segura que ninguna mujer podrá ocupar mi lugar! Estudiaré español con un buen profesor como tú y si me regañas porque no aprendo, te daré un beso..."



Poco después del fallecimiento de Sarmiento se tomó esta fotografía, en la que el prócer aparece derrumbado sobre el sillón en que murió; papeles y objetos personales ponen un toque de hogar.

LAS MUJERES DE SARMIENTO

En la estadía en París él le compra un vestido de seda rojo, un abanico negro y dorado, y un collar. Ella en carta posterior le comenta: "El vestido me quedó justo al cuerpo. ¿Quién sino tú puede haber calculado tan bien mis medidas?"

Durante la presidencia, en el auge de la guerra con el Paraguay, Ida le sugiere: "¿Por qué no reúnes suficiente pólvora y terminas con ese López (mariscal al frente del ejército paraguayo) y sus indios, o al Congreso le das un purgante para que puedas volver aquí, a mi lado? Cuando termines la presidencia podrás escribirme cartas más largas, ¿verdad?"

Y en otra: "¿No puedes dejar la presidencia para venir a pasear conmigo por el lago Michigan?"

Divorciada de su marido, le pide que la traiga con el grupo de maestras norteamericanas. Él le responde enviándole una foto demostrativa de su vejez. Ella le contesta: "¡Te veo como siempre!"

Ida Wickershamm, de acuerdo a esta correspondencia, estuvo muy enamorada de Sarmiento; sentimiento que evidentemente éste no compartió en su totalidad.

Hablar sobre mujeres con una mujer como Aurelia debía resultarle divertido a Sarmiento. Ya refiriéndose a ella la palabra adquiere recato, compostura, una especie de señorío medieval: "Hay otra que ha dirigido mis actos en política; montado guardia contra la calumnia y el olvido; abierto blandamente puertas para que pase en mi carrera, jefe de estado mayor, ministro acaso; y en el momento supremo de la ambición, hecho la seña convenida, para que me presente en la escena en el debido tiempo".

Y luego el cuchillo ya injertado como una hernia congénita. Benita: "Otra hay y ésta llena dolorosamente el fondo de mi existencia, volcán de pasión insaciable, inextinguible, el amor en ella era un veneno corrosivo que devora el vaso que lo contiene y los objetos sobre los cuales se derrama. ¡Dios le perdone el mal que hizo, que se hizo a sí misma, por el exceso de su amor, de sus celos, de su odio!"

Dentro del laberinto confuso y dramático que es la vida sentimental de Sarmiento, alguna que otra vez asoma la anécdota graciosa determinada por esa su imponderable jocundia.

Refiere Carlos O. Bunge que siendo Sarmiento presidente de la República, Carmen Nóbrega, señora de Avellaneda, dama muy piadosa a la cual no le venía nada bien esto de las separaciones de los matrimonios, y que además era muy amiga de la abandcnada Benita, invitó al presidente a almorzar a su casa unas estupendas empanadas tucumanas. Sarmiento, famoso buen diente, tocó el timbre a las doce en punto, regustando de antemano las prometidas empanadas. A todo esto, la señora de Avellaneda también había invitado a doña Benita y aguardaba con ella en la sala.

Sarmiento avanzó a paso decidido por el zaguán. De improviso se detuvo en seco, se golpeó fuertemente la frente con la mano, dio media vuelta y salió al galope gritando: "¡Aquí hay olor a mi mujer!". O Sarmiento era un intuitivo, o doña Benita tenía un olor especial...

En cambio, todas las noches, la "tertulia" en lo de los Vélez continuaba, indestructible al tiempo, distancia, oposición.

Dice Fariña que Aurelia Vélez debe haber sido una mujer excepcional. Y es posible que sí, dado que en 30 años que duró su relación, hasta la muerte de Sarmiento, ninguna otra mujer ocupó su lugar.

Con ella al lado, él podía hablar de sus quimeras como si fueran hechos concretos, palpables, allí, al alcance de la mano; de política, de literatura, de viajes, de Facundo, de las estrellas...

Y además de las noches, estaban los días, con el pensamiento de ella desde El Nacional, desenvolviendo el itinerario de sus viajes, la impresión inolvidable de Sarah Bernhardt en "Teodora", un triste atardecer en las Barrancas y el consuelo de tres nardos...

Mucho, mucho en común, y fuertemente entretejido.

Cuando ella le pide una segunda parte de "Facundo", más ajustada a la realidad, Sarmiento desde Estados Unidos le responde: "No tocaré con mi trémula mano de viejo a mi juvenil 'Facundo' para complacerla a usted, cuyo juicio y cariñosa tutela respeto y acepto. Pero pienso agregarle un complemento: 'Treinta Años Después, la guerra o sublevación del Chacho'. ¿Qué le parece la idea?".

Dos libros entre dos amores: "Facundo" o el amor "montonero"; "Treinta Años Después" o el amor "porteño".

Desde disímiles geografías el llamado constante se repite a través de los años. El 20 de mayo de 1865, recién llegado a Nueva York, él, que necesitaba océanos de distancia, le incita: "Y a propósito de juventud, ¿por qué deja usted disiparse la suya como planta pegada al suelo, usted libre de cuidados y obligaciones, y no se resuelve a tomar el vapor que se establecerá en noviembre entre Buenos Aires y Nueva York?...

¡Si fuera yanqui! ¡Si viese ferrocarriles, vapores, hoteles, calles llenas de jóvenes solteras, solas, viajando como las aves del cielo, seguras, alegres, felices!"

Y desde Asunción llega el último llamado. "Díjome usted que vendría de buena gana al Paraguay; créilo con placer aunque no fuera más que como las promesas de las madres, o de los que cuidan enfermos...

Bien me dijo de venir. Venga pues al Paraguay. ¿Qué falta le hacen treinta días para consagrarle seis a un dolor reumático, cinco a la jaqueca, algunos a algún negocio útil, y muchos a contemplar que la vida puede ser mejor? Venga. Juntemos nuestros desencantos para ver sonriendo pasar la vida, con su látigo cuando castiga, con sus laureles cuando premia. ¿Qué? Es de reírsele en las barbas".

En ese "¿Qué? Es de reírsele en las barbas" hay tal amargo reproche a la vida, a las circunstancias, al absurdo...

Pero pese a ello, aún a los 77 años sigue reclamando esa tajada de felicidad tenazmente negada.

Y Aurelia Vélez fue al Paraguay. Para recibirla Sarmiento plantó jazmines y diamelas.

Luego, la muerte cerró "la última página" de este tremendo enemigo de caudillos, el perseguidor infatigable de las huellas de Facundo; de este Sarmiento "montonero" intensamente amado por mujeres, desdibujado y solo como un recién nacido. ◆

JUSTINIANO POSSE:

una trágica muerte y su lección política

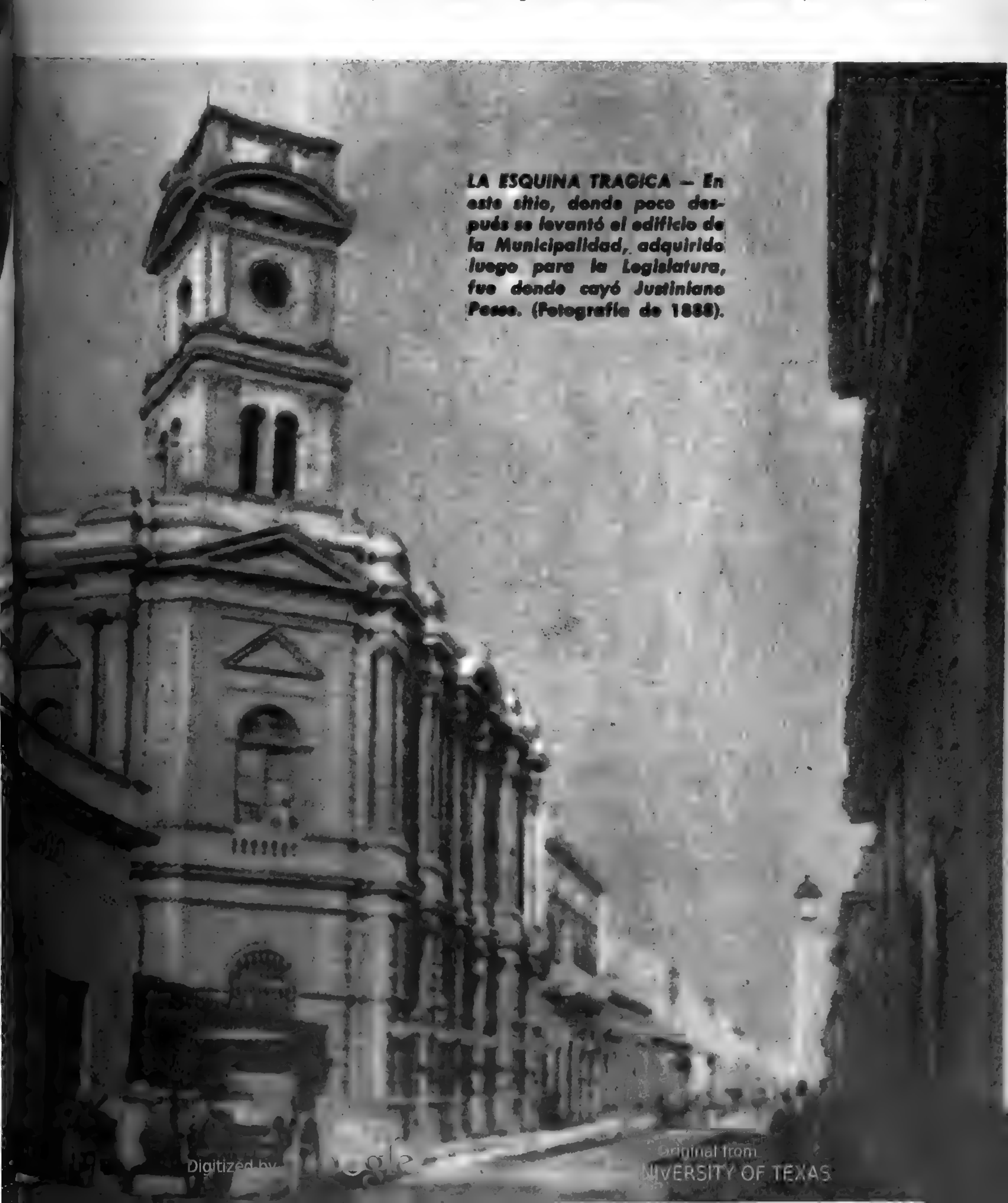
por Alfredo Terzaga



A la entrada del **San Jerónimo,** cementerio principal de Córdoba, una tumba coronada por un altivo busto llama la atención del visitante. Por si ello fuera poco, la palabra "Asesinado", grabada en grandes letras, recuerda todavía, con acusadora insistencia, la tragedia que desgarró a la sociedad cordobesa de hace cien años, y que despertó profundos ecos en la República, ya de por sí conmovida por la sangrienta campaña que se llamó de "pacificación", y por los negros nubarrones que desde la Banda Oriental preanunciaban el inminente estallido de la guerra contra el Paraguay. Es la tumba de Justiniano Posse, que fue gobernador de Córdoba desde marzo de 1862 hasta julio de 1863, y que murió asesinado, efectivamente, en una oscura revuelta de campanario, el 2 de marzo de 1865. Hasta unos meses antes, había sido el jefe indiscutido del partido cordobés de los liberales autonomistas, o liberales **ultras,** como también se les llamó.

"...CONOCEIS LA SUMA DEBILIDAD DE LOS PODERES DE LA PROVINCIA, Y SU INSUFICIENCIA PARA EXISTIR DE OTRO MODO QUE A LA SOMBRA DEL PODER PROTECTOR QUE ELLAS HAN CREADO POR LA DELEGACION DE SUS PRINCIPALES FACULTADES...".

(De la renuncia del gobernador Justiniano Posse, Córdoba, julio 17 de 1863).



LA ESQUINA TRAGICA* — *En este sitio, donde poco después se levantó el edificio de la Municipalidad, adquirido luego para la Legislatura, fue donde cayó Justiniano Posse. (Fotografía de 1888).

JUSTINIANO POSSE:

LA CIUDAD DE ANTAÑO

Córdoba era entonces una ciudad pequeña, casi una miniatura de ciudad, pese a su tradición, a la importancia de su comercio y a su papel de llave política del interior. En medio siglo de vida independiente había crecido su cinturón de quintas, y en sus suburbios multiplicábanse los molinos, las curtiembres y los negocios de hospedaje con despacho de bebidas. Pero la ciudad misma, concentrada en el perímetro de tres o cuatro manzanas a cada lado de la plaza, permanecía casi como Sobremonte la dejara a fines de la Colonia: construcciones de piedra o adobe —algunas con el lujo de un piso alto— con sus muros blanqueados y sus rojizos techos de dos aguas, todos de teja, se alineaban sobre calles enarenadas donde el paso de las carretas marcaba profundas huellas. Sobre este conjunto pequeño pero homogéneo, alzábase, imponente, la gran cúpula de la Catedral, y las torres de San Francisco y de la Compañía de Jesús.

Desde 1861, el año de Pavón, una cuarta silueta se empinaba sobre la ciudad, al borde de la calle "Ancha": la iglesia de Santo Domingo, cuyas torres, recubiertas de la brillante cerámica obsequiada por Urquiza, reflejaban el primer rayo de sol sobre una Córdoba de treinta mil habitantes.

En contraste con el tamaño de su espacio, el espíritu de la ciudad bullía en la vida social y universitaria; en las preocupaciones de su comercio y sus artesanías sobrevivientes; en la absorbente pasión por la política; en un periodismo doctrinario y combativo, y en las diversiones que, según las clases sociales y la hora, se repartían el favor público: las carreras cuadreras, el teatro, las reuniones de extramuros y las riñas de gallos. Detrás de Santo Domingo, en la primera cuadra de la actual calle Ayacucho, que entonces era pleno suburbio, levantábase el edificio circular del reñidero; allí, entre apuestas y picotazos sangrientos, se caldeaban los ánimos de un público asiduo, poco dispuesto a respetar las prescripciones del viejo reglamento, por lo menos en cuanto éste prohibía "palabras picantes, obscenas, ni en manera alguna ofensivas a la moderación y decencia..."

Los estudiantes universitarios, ansiosos de sacudir el peso de una tradición vetusta, nutrían las filas de los políticos más nuevos, usaban en las solemnidades altos sombreros de tubo y buscaban con fruición los libros prohibidos. En 1867, un alumno del Seminario de Loreto sería expulsado por habérselo encontrado... ¡leyendo a Renán! Esta misma juventud era también la que ponía su pluma en periódicos como *El Imparcial* o en *El Eco de la Juventud*, trasformado este último, a partir de 1862, en el famoso *Eco de Córdoba*, dirigido por los hermanos Luis e Ignacio Vélez.

QUIEN ERA POSSE

Había nacido en Córdoba en 1820, y cursado la carrera de medicina en Buenos Aires, donde se recibió en 1844. Vuelto a la ciudad natal, ejerció en ella el cargo de "protomédico", del que fue destituido por el gobernador don Manuel López en 1852. A la caída de éste, comenzó a actuar abiertamente en política, y fue uno de los organizadores de la oposición contra los federales del "Partido Constitucional", quienes, bajo la dirección del gobernador Alejo Carmen Guzmán, respalda-



UNIVERSITARIOS CORDOBESES — La juventud universitaria de Córdoba, anhelante de renovación, formó en las huestes del jefe autonomista. En primera fila, marcado con una cruz, el joven Miguel Juárez Celman. (Fotografía tomada en 1868)



COMO EN LA COLONIA — *La Córdoba de la época de Posse no había cambiado casi desde los años de la Colonia. He aquí una casa típica de la ciudad de entonces: la vivienda que fue de Sobremonte, en la esquina de las actuales calles Alvear y Rosario de Santa Fe. (Fotografía anterior al año 1889)*

ban la política de Urquiza y de su ministro Santiago Derqui. El grupo de Posse, donde actuaban, entre varios, Tomás Garzón, Aureliano Cuenca, Antonio del Viso, los hermanos Modestino, Laureano y Manuel Pizarro, Filemón Posse, los hermanos Vélez, Mariano Echenique y Alejo Román, apoyaba en cambio a otro cordobés que luego sería gobernador de la provincia: el Dr. Mariano Fragueiro.

Las disidencias locales no impidieron que Justiniano Posse fuera elegido dos veces diputado al Congreso Nacional del Paraná.

Allí lo conoció Lucio V. Mansilla, quien ha dejado de Posse un retrato vigoroso e inolvidable, al mencionar su andar majestuoso con la cabeza erguida, sus ojos oscuros, grandes y chispeantes; sus labios carnosos, su palabra cortante, su risa fácil y sus dientes afilados. La descripción de Mansilla no se limita a los rasgos físicos: "Era uno de esos a quienes si una muerte prematura o el puñal homicida no los detiene, van lejos, aun sin elegir los medios, con tal que los fines sean grandes". Y agrega: "Quería más, porque su mirada inquieta se paseaba por toda la redondez del país, que conocía palmo a palmo, sabiendo de memoria sus hombres, sus cosas, sus necesidades, lo mismo que sabía en qué cavidades están las vísceras del cuerpo humano".

Ramón J. Cárcano, por su parte, describe así la personalidad de Justiniano Posse, en los párrafos que le dedica en su ensayo *"Pacificación de Córdoba"*: "Temperamento inquieto y recio, obraba sin vacilaciones, erguido, personal, agresivo y arbitrario. No caía nunca en la inacción ni en debilidades bruscas. La expresión de sus emociones era siempre la manifestación impetuosa de energías estables. Sus convicciones adquirían forma externa y militante, sostenidas y responsables. La inteligencia se mostraba de acuerdo con el carácter. Procedía como pensaba, y en su esfuerzo se preocupaba sólo de vencer resistencias y no de ganar voluntades".

"Nunca estaba derrotado, porque nunca abandonaba el campo; y cuando el adversario parecía triunfante, él redoblaba la energía, alzaba el gesto, y resonaba en sus labios el grito de guerra".

ALIADOS CONTRA RUSOS

Fue Posse inventor de un término que haría fortuna en el vocabulario político de las provincias del interior. Exhortando a todos los adversarios de Derqui y de Guzmán a mantener una estrategia común, los llamó el *partido de los aliados;* por contraste, designó como *rusos* a los federales. La ocurrencia le fue inspirada por la guerra de Crimea.

Cuando la tensión entre Buenos Aires y la Confederación llegó a su punto culminante, el presidente Derqui se trasladó a Córdoba e intervino la provincia, cuyo gobernador, don Félix

JUSTINIANO POSSE:

LA CIUDAD DE ANTAÑO

Córdoba era entonces una ciudad pequeña, casi una miniatura de ciudad, pese a su tradición, a la importancia de su comercio y a su papel de llave política del interior. En medio siglo de vida independiente había crecido su cinturón de quintas, y en sus suburbios multiplicábanse los molinos, las curtiembres y los negocios de hospedaje con despacho de bebidas. Pero la ciudad misma, concentrada en el perímetro de tres o cuatro manzanas a cada lado de la plaza, permanecía casi como Sobremonte la dejara a fines de la Colonia: construcciones de piedra o adobe —algunas con el lujo de un piso alto— con sus muros blanqueados y sus rojizos techos de dos aguas, todos de teja, se alineaban sobre calles enarenadas donde el paso de las carretas marcaba profundas huellas. Sobre este conjunto pequeño pero homogéneo, alzábase, imponente, la gran cúpula de la Catedral, y las torres de San Francisco y de la Compañía de Jesús.

Desde 1861, el año de Pavón, una cuarta silueta se empinaba sobre la ciudad, al borde de la calle "Ancha": la iglesia de Santo Domingo, cuyas torres, recubiertas de la brillante cerámica obsequiada por Urquiza, reflejaban el primer rayo de sol sobre una Córdoba de treinta mil habitantes.

En contraste con el tamaño de su espacio, el espíritu de la ciudad bullía en la vida social y universitaria; en las preocupaciones de su comercio y sus artesanías sobrevivientes; en la absorbente pasión por la política; en un periodismo doctrinario y combativo, y en las diversiones que, según las clases sociales y la hora, se repartían el favor público: las carreras cuadreras, el teatro, las reuniones de extramuros y las riñas de gallos. Detrás de Santo Domingo, en la primera cuadra de la actual calle Ayacucho, que entonces era pleno suburbio, levantábase el edificio circular del reñidero; allí, entre apuestas y picotazos sangrientos, se caldeaban los ánimos de un público asiduo, poco dispuesto a respetar las prescripciones del viejo reglamento, por lo menos en cuanto éste prohibía "palabras picantes, obscenas, ni en manera alguna ofensivas a la moderación y decencia..."

Los estudiantes universitarios, ansiosos de sacudir el peso de una tradición vetusta, nutrían las filas de los políticos más nuevos, usaban en las solemnidades altos sombreros de tubo y buscaban con fruición los libros prohibidos. En 1867, un alumno del Seminario de Loreto sería expulsado por habérselo encontrado... ¡leyendo a Renán! Esta misma juventud era también la que ponía su pluma en periódicos como *El Imparcial* o en *El Eco de la Juventud*, trasformado este último, a partir de 1862, en el famoso *Eco de Córdoba*, dirigido por los hermanos Luis e Ignacio Vélez.

QUIEN ERA POSSE

Había nacido en Córdoba en 1820, y cursado la carrera de medicina en Buenos Aires, donde se recibió en 1844. Vuelto a la ciudad natal, ejerció en ella el cargo de "protomédico", del que fue destituido por el gobernador don Manuel López en 1852. A la caída de éste, comenzó a actuar abiertamente en política, y fue uno de los organizadores de la oposición contra los federales del "Partido Constitucional", quienes, bajo la dirección del gobernador Alejo Carmen Guzmán, respalda-



UNIVERSITARIOS CORDOBESES — La juventud universitaria de Córdoba, anhelante de renovación, formó en las huestes del jefe autonomista. En primera fila, marcado con una cruz, el joven Miguel Juárez Celman. (Fotografía tomada en 1860)



COMO EN LA COLONIA — *La Córdoba de la época de Posse no había cambiado casi desde los años de la Colonia. He aquí una casa típica de la ciudad de entonces: la vivienda que fue de Sobremonte, en la esquina de las actuales calles Alvear y Rosario de Santa Fe. (Fotografía anterior al año 1889)*

ban la política de Urquiza y de su ministro Santiago Derqui. El grupo de Posse, donde actuaban, entre varios, Tomás Garzón, Aureliano Cuenca, Antonio del Viso, los hermanos Modestino, Laureano y Manuel Pizarro, Filemón Posse, los hermanos Vélez, Mariano Echenique y Alejo Román, apoyaba en cambio a otro cordobés que luego sería gobernador de la provincia: el Dr. Mariano Fragueiro.

Las disidencias locales no impidieron que Justiniano Posse fuera elegido dos veces diputado al Congreso Nacional del Paraná.

Allí lo conoció Lucio V. Mansilla, quien ha dejado de Posse un retrato vigoroso e inolvidable, al mencionar su andar majestuoso con la cabeza erguida, sus ojos oscuros, grandes y chispeantes; sus labios carnosos, su palabra cortante, su risa fácil y sus dientes afilados. La descripción de Mansilla no se limita a los rasgos físicos: "Era uno de esos a quienes si una muerte prematura o el puñal homicida no los detiene, van lejos, aun sin elegir los medios, con tal que los fines sean grandes". Y agrega: "Quería más, porque su mirada inquieta se paseaba por toda la redondez del país, que conocía palmo a palmo, sabiendo de memoria sus hombres, sus cosas, sus necesidades, lo mismo que sabía en qué cavidades están las vísceras del cuerpo humano".

Ramón J. Cárcano, por su parte, describe así la personalidad de Justiniano Posse, en los párrafos que le dedica en su ensayo *"Pacificación de Córdoba"*: "Temperamento inquieto y recio, obraba sin vacilaciones, e r g u i d o, personal, agresivo y arbitrario. No caía nunca en la inacción ni en debilidades bruscas. La expresión de sus emociones era siempre la manifestación impetuosa de energías estables. Sus convicciones adquirían forma externa y militante, sostenidas y responsables. La inteligencia se mostraba de acuerdo con el carácter. Procedía como pensaba, y en su esfuerzo se preocupaba sólo de vencer resistencias y no de ganar voluntades".

"Nunca estaba derrotado, porque nunca abandonaba el campo; y cuando el adversario parecía triunfante, él redoblaba la energía, alzaba el gesto, y resonaba en sus labios el grito de guerra".

ALIADOS CONTRA RUSOS

Fue Posse inventor de un término que haría fortuna en el vocabulario político de las provincias del interior. Exhortando a todos los adversarios de Derqui y de Guzmán a mantener una estrategia común, los llamó el *partido de los aliados;* por contraste, designó como *rusos* a los federales. La ocurrencia le fue inspirada por la guerra de Crimea.

Cuando la tensión entre Buenos Aires y la Confederación llegó a su punto culminante, el presidente Derqui se trasladó a Córdoba e intervino la provincia, cuyo gobernador, don Félix

de la Peña, estaba en secreto entendimiento con la provincia segregada, a través de su ministro el Dr. Luis Cáceres. Puso Derqui en el gobierno, como delegado suyo, a un prestigioso "ruso", el Dr. Fernando Félix de Allende, quien desterró de Córdoba a los dirigentes "aliados" reputados más peligrosos, como Justiniano Posse, Tomás Garzón, Modestino y Laureano Pizarro, que fueron enviados a Paraná. De allí algunos pasaron a Buenos Aires, y a ello se debió que Laureano Pizarro fuera ayudante de Mitre en Pavón, y que Modestino, su hermano, muriera en la misma batalla cumpliendo funciones de cirujano. También estuvo en Pavón, con las fuerzas porteñas, el joven Marcos Juárez, que con sus diez y siete años era por entonces uno de los "pollos" entusiastas de Justiniano Posse.

PAVON DIVIDE A LOS ALIADOS

Recogiendo el símil creado por Posse, Manuel D. Pizarro —futuro ministro de Roca— definió así, para el caso de Córdoba, los resultados inmediatos de la derrota federal: "Los *aliados*, no teniendo ya a su frente a los defensores de Sebastopol, rompieron la alianza y se presentaron en el estadio de la política local con banderas y tendencias propias".

Estas tendencias propias se concretaron en dos sectores distintos y rivales: el grupo de los *liberales nacionalistas*, en todo partidarios de Mitre, acaudillados por don Félix de la Peña; y el grupo de los "ultras", o *liberales autonomistas*, cuyo jefe fue el Dr. Justiniano Posse. El partido de Posse, si bien declaraba adherir a Mitre en su publicado programa de "unificación nacional", se oponía decididamente a toda ingerencia de Buenos Aires en las cuestiones locales.

El general Wenceslao Paunero, que intervino desembozadamente en las cuestiones electorales de Córdoba, y que en su correspondencia con Mitre daba por descontado el triunfo de su candidato el Dr. Marcos Paz —quien había estado ya dos meses en el gobierno—, no pudo ocultar su desagrado al ver que Justiniano Posse y el grupo de los "ultras", levantando la bandera de la autonomía, obtenían el triunfo en las propias barbas del ejército de línea. Comentando esta derrota de Paunero, el entrerriano Martín Ruiz Moreno escribiría más tarde: "Los cordobeses lo vencieron, demostrando una energía cívica rara en aquellos tiempos".

UN GOBERNADOR DIFICIL

Dueño Posse del gobierno, volvió a chocar con Paunero a raíz de las elecciones de diputados para el Congreso Nacional, elecciones que Posse ordenó suspender, en señal de protesta por la presencia de soldados y oficiales en los atrios. Mientras ello ocurría, la prensa autonomista trataba de "jenízaros" a las tropas de Buenos Aires estacionadas en Córdoba. La disputa se trasladó a Mitre,



WENCESLAO PAUNERO — Las combinaciones políticas de los cordobeses le hicieron perder la paciencia y derrotaron su influencia. Para él, Córdoba era una "Babel de chismes viejos".

pues éste se negó a relevar a Paunero, como Posse pedía, y además el Congreso Nacional rechazó a los diputados cordobeses. Para terminar de caldear el clima entre Córdoba y Buenos Aires, Posse sostuvo también un entredicho con el ministro nacional Vélez Sársfield, a raíz de cuestiones vinculadas con las atribuciones impositivas de la provincia...

Meses más tarde —todo esto ocurría en el curso del año 1862— se creyó hallar una fórmula de arreglo con la integración de una lista que reunía nombres autonomistas y nacionalistas (correligionarios de Posse y de Peña, respectivamente) como candidatos para nuevas elecciones de diputados nacionales. Paunero se dispuso a volver a Buenos Aires.

POSSE FRENTE A LOS "RUSOS"

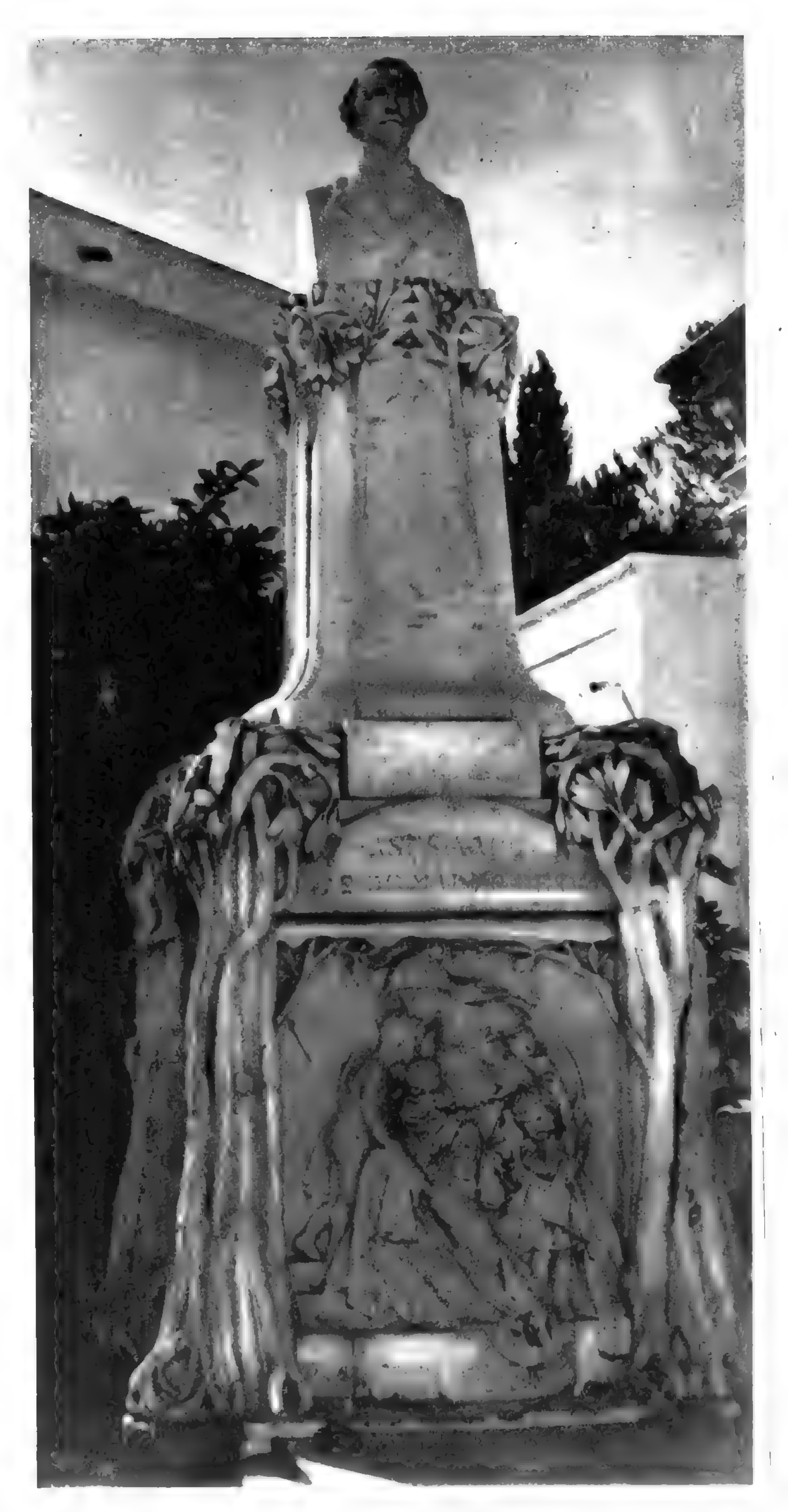
Durante su diputación en el Congreso del Paraná, Posse había mantenido relaciones de amistad con algunos dirigentes *rusos*, como el Dr. José Severo de Olmos. Este, que después de Pavón se había retirado a vivir a Santa Fe, aconsejó a sus correligionarios apoyar al nuevo gobierno de Córdoba, para defender el principio de autonomía. Esta táctica sensata, única que permitían las circunstancias, no fue, seguramente, ajena al triunfo que los autonomistas habían obtenido frente a Peña y Paunero. Pero Justiniano Posse, hombre de temperamento recio —según Cárcano lo juzgara— no era capaz de aceptarla como permanente. Como si "Sebastopol" no hubiera caído, mantuvo, frente a los federales de la masa, una política violenta y hasta despótica, que llegó al extremo de enviar los presos con causas pendientes a los cuerpos de frontera, sin conocimiento de sus jueces naturales. El partido de los *rusos*, proscripto y con sus hombres silenciados, tuvo un nuevo motivo de agravio contra el jefe liberal.

Pero luchar contra los federales, que eran mayoría indiscutible en el pueblo, y al mismo tiempo contra Paunero y el grupo de Peña, que tenían el respaldo de Buenos Aires, era empresa excesiva para cualquiera. Fue esta guerra en dos frentes la que terminó por perder a Justiniano Posse.

REVOLUCION FEDERAL

Después de haberse retirado Paunero con su ejército, desde Villa Nueva en dirección a Rosario, estalló contra Posse, dentro de la ciudad de Córdoba, un movimiento *ruso* acaudillado por Simón Luengo, al que pronto se sumó la invasión de los riojanos del general Peñaloza. Esta revolución, comenzada por un alzamiento de presos a los que Luengo proporcionó armas, se convirtió de inmediato en un gran movimiento popular. El Chacho saludó a las milicias cordobesas desde los balcones del Cabildo, y un nuevo gobernador, el *ruso* don José Pío Achával, dio una proclama que finalizaba con vivas al general Urquiza, y en que exhortaba a liberar las demás provincias del yugo de Pavón, para que pudieran gozar de "la Constitución sin reformas".

Paunero volvió, derrotó a los federales en la triste jornada de *Las Playas*, el 28 de junio de 1863, e infligió a los vencidos un cruelísimo trato que la ciudad no olvidaría. Justiniano Posse fue repuesto formalmente en su cargo, aunque su renuncia se pedía a gritos en la propia casa del general vencedor, frecuentada por los elementos adictos al sector "nacionalista". Para su conciencia de gobernante celoso de la autonomía, era demasiado el deber su investidura a las bayonetas de Buenos Aires, y a las famosas sableadas del bárbaro Sandes, quien después de haber ordenado el fusilamiento de prisioneros sobre el campo de batalla, instaló, en el actual barrio General Paz de la capital cordobesa, un campo de concentración para los sobrevivientes. Posse envió, pues, su renuncia a la Legislatura y en ella, refiriéndose a Paunero, juzgó acremente "la fatal conducta del hombre que hoy humilla a Córdoba". Reconoció también la contradicción existente entre el ejercicio del gobierno autónomo y la tremenda fuerza del "poder protector" que las provincias habían aceptado al delegar sus facultades. Como liberal que era, no llegó Posse a lamentar el suceso de Pavón, pero su renuncia fue, de hecho, una acusación retrospectiva, pues la "delegación de facultades" que él mencionaba, no era otra que la que había permitido la acumulación de poderes nacionales en la persona del general Mitre.



La tumba de Justiniano Posse, en el cementerio San Jerónimo, de Córdoba. (Foto de Juan Antonio Mastronardi).

JUSTINIANO POSSE:

DESPUES DE LAS PLAYAS

Si Pavón había dividido irreconciliablemente a los liberales cordobeses en mitristas y autonomistas, la sangrienta carnicería de Las Playas introdujo, a su vez, profundas disensiones en el propio partido de Justiniano Posse. Mientras los liberales *nacionalistas* unían sus esfuerzos a Paunero para acelerar la renuncia de Posse, algunos elementos jóvenes del autonomismo, como Mariano Echenique y Manuel D. Pizarro, iniciaban una intensa prédica para lograr el levantamiento de la proscripción que pesaba sobre los *rusos*, y establecer con sus adversarios un juego limpio dentro de los resortes constitucionales. Habían comprendido la lección esencial de Las Playas, esto es, que la guerra en dos frentes era imposible y suicida. Al mismo tiempo, su actitud tendía a poner en primer plano el elemento que era común a autonomistas y a "rusos", o sea el sentimiento federal, en sentido no partidario.

POLITICA DE APERTURA

Mientras Justiniano Posse se retiraba momentáneamente de la acción pública, para refugiarse en un desdeñoso silencio, sus amigos autonomistas conseguían derrotar otra vez a Paunero en las nuevas elecciones, al elegir, con apoyo de los federales desplazados, un gobierno que combinaba a *rusos* moderados y a liberales *ultras*, bajo la dirección de don Roque Ferreyra, amigo de los primeros. Wenceslao Paunero, tan seguro de sus armas y del respaldo de Buenos Aires, desesperaba ya de entender nada... Así se explica que en carta a Mitre del año anterior —en vísperas de la elección de Posse— dijera de Córdoba que *"este pueblo es la Constantinopla griega de la República Argentina"*, agregando: *"¿Quién diablos ha de querer ser gobernador en esta Babel de chismes viejos?"*

En el 64, los liberales mitristas intentaron contra Ferreyra una revolución que fracasó. La alianza entre los autonomistas y los elementos "rusos" les quitaba el sueño... El mismo año, y con motivo de los trabajos para elegir diputados nacionales, los federales manifestaron su voluntad de apoyar a los autonomistas, con la sola condición de que Justiniano Posse no integrara la lista. No podían olvidar ni la dureza de su gobierno ni la acción de Las Playas.

Este rechazo, que le vedaba el reingreso a la vida política, y que muchos de sus amigos aceptaron, fue, al parecer, lo que colocó a Justiniano Posse en el camino de un final sangriento. Opositor contra Derqui primero, contra Paunero y contra Mitre después, se lanzó esta vez a conspirar contra la situación que habían creado sus propios correligionarios.

LA MUERTE DE POSSE

El gobierno de Ferreyra, respaldado por el batallón "Córdoba Libre", cuyo jefe era Romualdo Pizarro, hermano de Manuel, tenía los hilos de la conjura y estaba dispuesto a desbaratarla de un golpe. El santo y seña de la conspiración, que se conocía por infidencias, fue dado desde el propio cuartel del batallón, de modo que cuando los grupos revolucionarios se lanzaron al ataque, a mediodía del 2 de marzo de 1865, ya estaban perdidos.

En cuanto a Posse, se dio orden de detenerlo, pero aquí las cosas se complicaron trágicamente. Refugiado en la casa de Saturnino Laspiur, Juez Federal, de allí fue a sacarlo un piquete, y mientras lo llevaban preso al edificio del Cabildo, se topó en la calle —en la esquina de la actual Legislatura— con otro piquete mandado por un oficial de filiación *rusa*, el teniente Vásquez, quien en el acto ordenó hacer fuego sobre el prisionero.

Los soldados vacilaron y el oficial hubo de repetir la orden. Caído Posse, fue ultimado a golpes de arma blanca. A una cuadra de distancia, desde una de las torres de Santo Domingo, fray Olegario Correa fue espectador del suceso e impartió su absolución a la víctima...

Como jefes militares de la revolución intentada por Posse actuaron el capitán don Pedro Cires —que había intervenido en la conjura mitrista del año anterior— y el capitán don Justiniano Argüello. Cires halló la muerte en el ataque contra el cuartel. Entre los elementos civiles contábase Marcos Juárez.

Miguel Juárez Celman, entonces estudiante universitario, no intervino, al parecer, en los trabajos de la conspiración, pero figuraba entre los elementos jóvenes que se habían mantenido fieles al jefe del autonomismo, a pesar de la política de entendimiento con los *rusos* practicada por el otro sector de los ultras. Al ser detenido Marcos Juárez, Miguel fue de los que se presentaron al Cabildo para protestar por la muerte de Posse y solidarizarse con su hermano.

Esta divergencia entre ambos sectores autonomistas, ahondada por el trágico fin de quien fuera su jefe común, explica la posterior enemistad entre Miguel Juárez Celman y Manuel D. Pizarro, pese a que ambos serían correligionarios dentro del roquismo. No es exagerado, por eso, decir que en el Senado de la Nación, durante el famoso discurso del 90 ("La revolución está vencida, pero el gobierno está muerto"), el fantasma del antiguo jefe seguía enfrentando a los dos cordobeses...

En el escándalo provocado por la tragedia, los liberales mitristas vieron la oportunidad de desalojar a los autonomistas del gobierno de Córdoba, y aunque habían exigido a gritos la renuncia de Posse después de Las Playas, trataron de obtener beneficios políticos de su muerte, presentándola como un asesinato friamente premeditado. La campaña mitrista contó con un inestimable aliado en *El Eco de Córdoba*. Luis Vélez, en efecto, que se había separado ya del grupo de los "ultra", escribió en su periódico: "El asesinato del Dr. Posse demanda justicia, y nosotros la pediremos sin vacilar y hasta que ella sea alcanzada".

Enviado por Mitre viajó a Córdoba, Rawson, ministro del Interior, y trató inútilmente de conseguir la renuncia de Ferreyra o, por lo menos, la salida de los *ultras*, cuyos elementos más combativos eran los hermanos Pizarro. Al estallar la guerra del Paraguay, tuvo que volverse a Buenos Aires con las manos vacías.

Ferreyra caería, con todo, pero un año más tarde, derrocado por la segunda revolución de Simón Luengo, y sólo para ser reemplazado por un *ruso* más neto, como era el Dr. Mateo J. Luque. Este, para poder gobernar, tuvo que llegar a un acuerdo con la facción mitrista. Ma-

nuel D. Pizarro, que había sido el campeón de la política de entendimiento entre autonomistas y "rusos", abandonó Córdoba y se fue a vivir a Santa Fe, donde llegaría a ser ministro del gobernador federal Servando Bayo, y Senador Nacional, por la misma provincia, en 1880.

AJUSTE DE CUENTAS CON EL PASADO

Fue precisamente Manuel D. Pizarro —es cierto que muchos años después— quien, al escribir sobre la época de Justiniano Posse y sobre las circunstancias que condujeron a su muerte, hizo con el pasado el ajuste de cuentas que Posse no se atrevió a hacer del todo en su renuncia del 63. En su memorial sobre la Intervención Rawson, publicado en Córdoba en 1908, Pizarro escribió lo siguiente:

"La revolución de marzo de 1866 tiene, en efecto, su verdadera historia en el movimiento político de una época de general desorden; época de agitaciones y de violencias, de dolores y de lágrimas para todos, en la cual, a fin de hacer prosperar la revolución triunfante en Pavón, y de fundar un nuevo orden de cosas en la República, se convulsionaban todas las provincias; se condenaban al servicio militar, en masa y sin forma de juicio, a los que en la acción de Las Playas escaparan con vida a la carnicería e inhumana lanza de Sandes; se incendiaban las aldeas y poblaciones rurales de La Rioja, en una guerra salvaje de exterminio; y, en fin, se enarbolaba sobre una pica, en Olta, la cabeza de *Chacho*, prisionero de guerra, brutalmente sacrificado en nombre de la paz, del orden y de la civilización de la República..."



IGLESIA DE SANTO DOMINGO — Desde el campanario, fray Olegario Correa presenció la tragedia e impartió su absolución a la víctima.
(Foto de Juan A. Mastronardi)

LAS LECCIONES DE LA TRAGEDIA

Las actuaciones del proceso con motivo de la muerte de Posse no arrojaron más luz que la que podía derivar de la responsabilidad personal de los oficiales a cargo de los piquetes. Se comprenderá, con todo, que no es nuestro propósito hacer una crónica policial del suceso, sino indicar algo de mayor interés para la historia política, como es la lección que se desprende de la vida y la muerte de Justiniano Posse.

Posse había levantado valientemente la bandera de la autonomía provincial, en momentos particularmente difíciles, pero no había aceptado la política de apertura que permitiera respaldar esa bandera con una auténtica adhesión popular.

Si la nueva generación liberal pretendía hacer *autonomismo consecuente*, tenía forzosamente que recoger esa consigna de manos del partido en que ella era tradicional, es decir, del partido de los *rusos*, creando así un nexo histórico y vivo entre el viejo federalismo y los nuevos autonomistas.

Iniciados en política bajo el hechizo de su personalidad vigorosa, los amigos y discípulos de Justiniano Posse aprendieron de él las primeras lecciones de ese autonomismo, pero no imitaron su obstinada inflexibilidad "liberal". En la década del 70 al 80 supieron elaborar una nueva política, capaz de contar con el apoyo de elementos federales no sólo en Córdoba, sino también en otras provincias.

De entre esos correligionarios de Justiniano Posse bastará recordar a algunos: *Antonio del Viso*, su antiguo ministro cuando los choques con Paunero, que llegó a ser ministro de Roca; *Miguel Juárez Celman*, artífice de la famosa Liga de Gobernadores, y presidente de la República en el 86; *Manuel D. Pizarro*, campeón de la federalización de Buenos Aires en el Congreso de Belgrano, y también ministro del tucumano; o *Marcos Juárez*, quien "limpiaría" el recuerdo de su actuación porteña en Pavón, al luchar como jefe de un batallón cordobés, contra la rebelión de Tejedor, en las jornadas del 80. Los cuatro fueron gobernadores de Córdoba. ◆

por

Justo Piernes

Francisco



Así lo vio París cuando en la década de 1920-1930, en sucesivos viajes brindó a Europa la emoción del tango.



LA VIDA DE Francisco Canaro (un músico de tango) no es la vida de un hombre de carne y hueso. Es algo más. ¿Es la vida del tango? No: aún es más. ¿La vida de una ciudad? Nos quedamos cortos. Es la vida de un país. Pero también es la vida de un siglo. Un siglo que comenzó asombrándonos con el cruce aéreo del Río de la Plata y que terminará poniendo hombres en la luna. Todo eso es Francisco Canaro (fallecido en 1964 a los 76 años de edad). Y quizá, como prueba de todo lo que representa la imaginación de los pueblos, un latiguillo, un chiste que surgió con la pretensión de mortificarlo, de tomarle el pelo, se convierte en la base de su monumento.

—CUANDO CANARO YA TENIA SU ORQUESTA...

o Canaro

700 TANGOS EN EL SIGLO DE UN PAIS

Francisco Canaro

Y el chiste se mezclaba con la llegada de Solís a la cuenca del Plata, o con la batalla de Caseros, o con la toma de la Bastilla. Sin embargo, el chiste no causará gracia, una vez que en realidad se haya penetrado en esta historia. Porque ese chiste (**"cuando Canaro ya tenía su orquesta..."**) es lo que se dice un chiste serio. Verídico.

Tan verídico que Canaro **"ya tenía su orquesta"**, cuando debía ir en diligencia para viajar de un pueblo a otro a tocar tangos; porque **"Canaro ya tenía su orquesta"**, cuando ni se soñaba con grabar discos; y ya la tenía cuando la radiotelefonía era una utopía; y la tenía cuando el tango sólo se podía tocar en las **"casas pecaminosas"**; y la tenía desde muchos años atrás. Porque **"Canaro ya tenía su orquesta"**, cuando el tango ni se conocía y la gente bailaba la mazurca.

Canaro ya tenía su orquesta, cuando se inauguró la radiotelefonía; cuando el automóvil reemplazó a la diligencia; cuando el tango penetró en los salones aristocráticos; cuando la televisión abrió un increíble escenario en cada hogar. Y más aún: **"Canaro tuvo su orquesta"**, desde el presidencial bigote de Carlos Pellegrini, hasta el arrugado rostro de Arturo Illia, pasando por el "boom" de Hipólito Yrigoyen y de Perón, por las angustias de una **"semana trágica"**, y de medio centenar de revoluciones, comenzando por la romántica del Parque, acaudillada por Leandro N. Alem.

Hoy, cuando todo ese andar histórico es para la nueva generación nombres para calles, don Francisco Canaro aún está fresco en la memoria de todos. Murió en su escritorio cuando se disponía a realizar una grabación. Trabajando, con la misma naturalidad que vivió. Aún surgía en las pantallas de televisión, con su rostro sumido y sus manos huesudas tomando la batuta para hacer tocar a toda una orquesta nueva los sones viejos de sus tangos, que marcaron a fuego 58 años dedicados a esa pasión que fue la pasión de la **"bella época"**, cuando la Corrientes angosta no cerraba los ojos ni de noche ni de día y cuando a la gente no le interesaba la cotización del dólar.

Fue testigo y actor del avance de un siglo increíble, y su triunfo, fue la obra de un titán. De un hombre que se hizo vendiendo diarios en las calles de aquel Buenos Aires de fines del siglo XIX; que vivió junto a sus padres y sus nueve hermanos en una pieza de conventillo; que pintó muchas puertas del Congreso de la Nación; que se fabricó un violín con una lata de aceite, para aplacar su sed de música acuciada por la pobreza; un titán que enraiza sus comienzos con Arolas, Bardi, Vicente Greco (que es mismo que decir el nacimiento del tango); y e tuvo el mismo denominador común de la América llena de playas para el desembarco de la ilusión del inmigrante; el hijo de un matrimonio italiano que llegó al Uruguay a trabajar y que siguió trabajando en la Argentina hasta su muerte.

Murió en pleno disfrute de esa grandeza. Una



Buenos Aires hacía anchas sus calles. Una época quedaba atrás. Francisco Canaro ubicó el tango en los nuevos escenarios que él abría al tiempo nuevo.

grandeza que dio lugar a otro slogan sobre Canaro, tan serio como el de la orquesta.

—Tiene más plata que Canaro...

Se decía de quien había logrado acumular una de las más grandes fortunas del país. Y era verdad. Francisco Canaro dejó más de quince casas de departamentos y depósitos bancarios por 23 millones de pesos. Canaro era un hombre rico desde hace muchos años. Tanto, que en 1930 le prestó 500 pesos a Carlos Gardel en el hipódromo que nunca retornaron, porque el propio Zorzal se encargó de desanimarlo:

—Olvidate, Pirincho, de los 500 mangos... Yo soy un pobre... y vos tenés toda la guita del país...

NACE UN "PIRINCHO"

Pero la historia de esa **"guita"** arranca triste y trémula, junto a la voz de un gorrión que aún no tenía 10 años, pregonando sus diarios. La voz de aquel pibe se escuchaba en Entre Ríos y San Juan en 1898...

La partera no dijo ¡varón! Miró al recién nacido y no pudo contener un comentario:

—Parece un pirincho...

Es que el bebé, que acababa de nacer en el año 1888 en San José (Uruguay) tenía el copete del pajarito criollo. Su mechón parado abrió el bautizo de Pirincho, que le llegó antes de su propio nombre: Francisco. El mismo nombre de su padre, un italiano tan acriollado, que no aceptó el triunfo de los blancos acaudillados por Aparicio Saravia, y se exilió voluntariamente a la Argentina.

Dijimos al calificar un momento de la vida argentina, la "bella época". Nada tiene más verdad que aquello de que todo "es según el color del cristal conque se mira". Porque aquélla era, en efecto, la "bella época" para quien tenía.

Pero ¡pobre el que no tenía! Y eran legión. Buenos Aires estaba siendo invadida por aquella inmigración laboriosa. Los conventillos comenzaban a tomar carta de ciudadanía para señalar la forma de vivir de la mayoría de sus habitantes. Una pieza se alquilaba en doce pesos (si estaba en el fondo) y a 18 (si daba a la calle). Un baño para 10, 15 ó 20 familias. Enormes patios con sus lavaderos colectivos. Mujeres fregando día y noche. Peleas para ganar "la soga" donde colgar la ropa. Hombres de rostros cansados regresando del trabajo o de la cola de los aspirantes a conseguirlo. Buenos Aires dio duro trato a quienes la convirtieron en una gran ciudad: no fue justa ni benigna con ellos.

El viejo Canaro no pudo eludir ese destino. Trabajaba un día sí y el otro no. Su mujer y sus ocho hijos, hacinados en una pieza de cuatro por cuatro en el inquilinato de la calle Alberti casi esquina Estados Unidos, en el barrio de San Cristóbal, que era el "punto intermedio" entre el centro y el suburbio. Pirincho y Rafael (los dos mayores) iniciaron la lucha por la vida. Y como miles y miles de pibes de la época, sólo tenían como salida una ocupación: vender diarios. Un oficio que tuvo su accidentado comienzo de costumbre, cuando Pirincho y Rafael Canaro se tomaron a golpes con "Sapito" y "el Pelao", los vendedores oficiales de San Juan y Entre Ríos. Aquello terminó en la comisaría, con Pirincho sangrando de la nariz. Y una explicación:

—¿Por qué hice esto? Porque mis hermanitos están con viruela. El médico le ha dicho a mis padres que si no alquilamos otra pieza nos vamos a enfermar todos. Y mi padre no tiene dinero.

El comisario dio una solución salomónica. Dejó a los Canaro en la esquina de San Juan y Entre Ríos y a "el Pelao" y "Sapito" la de Entre Ríos y Garay. Hoy el nieto de "el Pelao", heredó San Juan y Entre Ríos.

—Mi abuelito siempre me habló de Canaro cuando estaba en el apogeo de su fama. Yo heredé la parada y un cuadro que tenía mi abuelo con una dedicatoria de Canaro que decía así: "Al Pelao y en recuerdo de aquel trompis en la nariz que selló una amistad eterna".

Escapando de la viruela la familia Canaro se mudó a la calle Sarandí, cerca de Carlos Calvo, siempre en el barrio de San Cristóbal. Aquí vivía un zapatero ("Don Chicho") que tocaba la guitarra. Fue don Chicho quien enseñó a Canaro los tonos y a sacar algunos acordes. Canaro soñaba con tocar el violín. Pero un violín costaba quince pesos ("Mi sueldo de un mes vendiendo diarios"). Surgió allí una de esas anécdotas increíbles. Pirincho acometió la empresa de fabricar su violín propio. Utilizó una lata de aceite como caja de resonancia y con la ayuda de otro chico ("el Tuerto"), que se daba maña, le acopló un mango y las cuerdas.

—Aunque parezca extraño aquel violín sonaba. Y logré algunas piezas. El primer tango que toqué con ese violín "puro de oliva" fue "El llorón", recordaba Francisco Canaro.

EL PINTOR DEL CONGRESO

"Pirincho" acababa de cumplir 16 años. A esa edad resolvió dejar la venta de diarios y se dedicó a otro oficio. Fue pintor. Trabajó en la obra del Congreso de la Nación y solía comentar que "muchas de sus puertas y ventanas han sido pintadas por mí". Canaro ganaba tres pesos con cincuenta por día, un buen jornal.

—Así pude ayudar a mis padres y de paso juntar el dinero para comprar un violín de verdad.



Esto fue en 1950. Canaro seguía dando guerra a la gran generación tanguera del 40. Aquí con Azucena Maizani, que cantó por primera vez junto a Canaro, Sabina Olmos y Charlo, otro producto de la inquietud de "Pirincho".

Francisco Canaro



Los diarios porteños del 25 de agosto de 1926 publicaron esta foto de Canaro, haciéndose eco de sus triunfos en París. "Recibe hoy la música popular argentina, el más elocuente homenaje por su triunfo en el exterior" decía uno.

Y Canaro compró el violín. No le costó 15 pesos, sino que consiguió otro con el mango flojo, pero a ocho pesos.

Así nació un trío. Pirincho en el violín. Rodolfo Duclós en el bandoneón y Martín Arrevillaga en el mandolín. Fue por pura afición, pues tocaban en las fiestas del barrio "por el chocolate y las masas". Pero Canaro ya no pensaba en otra cosa: quería ganarse la vida como músico y revolviendo cielo y tierra consiguió su primer trabajo. Fue en Ranchos, a 100 kilómetros al sur de Buenos Aires, cuando lo que hoy es una progresista localidad eran cuatro casas, tierra y vacas. Una de esas casas lo había contratado a Canaro. Se trataba de un prostíbulo. No era un lugar tranquilo y apto para el lucimiento musical, pues los "propietarios" de las chicas se peleaban todas las noches cuchillo en mano. El trío tocaba más para "tapar el barullo de las luchas que para entretener a la concurrencia".

Los musiqueros de Buenos Aires, que habían llegado a Ranchos en diligencia, terminaron su trabajo bruscamente. Uno de los "propietarios", los acusó de "estar trabajando a las chicas" y los tres debieron dejar Ranchos antes de quedar allí en el camposanto, "porque el tipo tenía varios finados en su libreta". Pero la experiencia de Ranchos fue muy importante. Canaro comprobó que, en efecto, podía ganarse la vida como músico.

Cuando Pirincho llegó "corrido" desde Ranchos al conventillo, se encontró con una novedad. Había un nuevo inquilino, que "tocaba el fueye de oído" y que luego se convertiría en uno de los pilares del tango argentino: Vicente Greco.

—Aprendí mucho con él. Greco era puro instinto, pero un fenómeno en el bandoneón. A su lado, mi violín sonaba distinto. Greco influyó mucho para fortificarme como músico.

Pero esto ocurría en 1906. Buenos Aires ofrecía muy pocos lugares para el tango. Y por eso siguió en el campo y en las "casas pecaminosas". Viajes en diligencias con un nuevo trío que ya hacía roncha. Canaro en el violín, Vicente Loduca en el bandoneón y nada menos que Samuel Castriota, en el piano, el mismo que se consagraría años después con un tango inmortal: "Mi noche triste".

Una temporada en San Pedro. Y otra en Arrecifes. Ya Canaro tenía alguna fama "en el campo", pero había muchos problemas. Uno de ellos lo obligó a que abandonara Arrecifes. Un matón llamado "el Zorro" había dejado la cárcel y fue a buscar a "la Gallega", una chica de la casa donde actuaba y que mantenía un idilio con Canaro. Se desenvainaron los facones en el patio y la dueña, doña Eufemia Molina, le dio un consejo:

—Largate, pibe. Vos no sos de este ambiente. Si comienzas a las puñaladas estás perdido. Irás a la cárcel o a la tumba.

Esto resolvió a Canaro a hacer el gran intento. Y lo hizo. Año 1908. Canaro tenía 25 años. Buenos Aires contaba con su "primera catedral del tango", en el barrio de la Boca. Era un rincón de la gran aldea, donde se vivía la euforia nocturna, donde se mezclaban los marineros de los barcos que recalaban en el Riachuelo, con los muchachos del barrio y los "niños bien" del centro que iban a "tirar manteca al techo".

Funcionaban varios "café concert" (extranjerizante nombre que escondía a los cabarets de comienzo del siglo). Allí el tango era el amo. Y para confirmarlo hagamos nombres: los hermanos Greco, Genaro Espósito (el "tano" Genaro); Roberto Firpo; el "alemán" Bernstein y la formidable atracción de Angel Villoldo.

En el café "Royal" de Suárez y Necochea, el trío Canaro comenzó a hacer roncha. Se lució con el tango "Una noche de garufa". El título dice poco. Su autor es el tango: Eduardo Arolas. Canaro lo describía como "buen mozo, de pestañas largas y hermosa dentadura. Simpático y entrador. Murió en París. Con él perdió el tango uno de sus más legítimos cultores".

Pero también allí las trifulcas de los "niños bien" con los muchachos del barrio, obligaba muchas veces a tocar "para tapar el ruido y evitar la presencia de la policía". La prosperidad de Canaro se inició cuando se disolvió el trío y "Pirincho" pasó a la orquesta de los hermanos Greco. Allí comenzaron "los sueldos como la gente" y también una época en que el tango se abrió cancha en el centro. Roberto Firpo fue el "primer adelantado", cuando con su quinteto, que marcó toda una época, apareció en el tinglado

del café "Iglesias", en la calle Corrientes al 1500. La orquesta de Greco, donde tocaba Canaro, hacía triplete, en la Boca, en lo de Laura (junto a Hansen los más famosos patios de tango de toda la historia) y en el café "El Estribo", de Entre Ríos al 700, a cinco cuadras de donde no hacía muchos años vendía diarios. Por ese tiempo terminó el conventillo para Canaro y para Greco. Ya eran músicos prósperos y que no les faltaba trabajo.

Por eso Canaro no se hizo mucha mala sangre cuando, abierto de Greco y encabezando un trío con **José Martínez** (piano) y **Pedro Polito** (bandoneón), debió dejar el salón "Nueva Granada" que era la guarida del legendario bailarín "El Cachafaz". Ocurrió que llegó en son de desafío otro bailarín famoso (el "rengo" Cotongo). El Cachafaz "robó" bailando "El Choclo", a lo que siguió un tiroteo iniciado por el perdedor.

—Lo único que pude hacer —refirió Canaro— fue ordenar cuerpo a tierra a los otros muchachos del trío...

Y luego el comisario anunciando que podían buscarse otro lugar para tocar, porque el salón sería clausurado **"hasta que se cayeran las paredes"**.

EL BAILE DE LOS INTERNADOS

1910: Argentina cumplía 100 años como Nación. El tango afirmaba su penetración. En el Centro había más de 30 locales donde se ejecutaba el tango. Y fue ese año muy especial para Canaro. Allí estrenó su primer tango: **"La barra fuerte"**. Buenos Aires era el **"boom"**, el París sudamericano. Y el tango era un **"capote absoluto"**. Por esos entonces un **"muchacho gordo"** que cantaba tonadas camperas irrumpió en el tango. Debutó cantando "Mi noche triste" (de Castriota) y lo convirtió y se convirtió en un suceso espectacular. ¿Su nombre? **Carlos Gardel**.

Canaro enhebró dos éxitos en el año 1912. **"Pinta brava"** y **"El internado"**. Este último fue su homenaje a los bailes que animó durante muchos años en el recordado **"Palais de Glace"**, en el día de la primavera. Eran organizados por los estudiantes que recibían el título de médico. La fama de esos bailes, que luego se efectuaron en el **"Pabellón de las Rosas"**, estaba directamente relacionada con bromas macabras. Que consistían en traer manos de muertos que extraían de la morgue y que eran posadas en los hombros de las muchachas que accedían a bailar. La frialdad de la mano llamaba la atención, primero, y luego el gran espanto que era celebrado ruidosamente por los asistentes. Otras veces daban la mano que se desprendía de su dueño y quedaba en poder de la aterrada niña. Esos bailes terminaron por edicto policial, cuando los **"estudiantes se pasaron"** al llevar la cabeza de un italiano que se había suicidado esa misma mañana y que emergía tenebrosa sobre una sábana.

De esos bailes Canaro recogió un premio moral, de esos que no tienen cotización "en la Bolsa". Sintiéndose enfermo recibió con gran sorpresa al famoso doctor **Enrique Finochietto**. No lo conocía. Le hizo un tratamiento, en base a consultas con los más famosos médicos de la época, y cuando llegó el momento de pedirle la cuenta, recibió esta respuesta:

—No es nada; Usted, maestro, me ha pagado por anticipado con aquella felicidad que viví cuando muchacho en los bailes de los internados...

Don Francisco Canaro ya había dejado atrás los 30 años y era uno de los propietarios del Buenos Aires tanguero. Allí comenzó su gran evolución. Invitado a formar una orquesta para ir a tocar a Rosario (la ciudad que llegaría incluso a superar a Buenos Aires nocturno con sus variantes de juego y mujeres), tuvo el ojo de elegir dos bandoneones de la **"nueva ola"**. Nada menos que **"el pibe de La Paternal"**, **Osvaldo Fresedo**, y un uruguayo muy "botija" que se estaba desperdiciando: **Minotto**. Fresedo pasó luego a buscar su propio destino llegando a ser estrella indiscutida. Minotto no abandonó a Canaro hasta su muerte. Fue el arreglador orquestal de todos sus éxitos en revistas musicales montadas por Canaro luego del año treinta. Pero hizo más. **"Inventó"** el contrabajo como parte de una orquesta de tango. Fue una pegada: el exótico instrumento no se separó más del fueye ni del tango. Carlos **Thompson** fue el padre de los contrabajistas de tango, que llevó la innovación de Canaro a la ciudad de Rosario.

EN TANGO EN LA SOCIEDAD

Canaro era la estrella del cartel del **Pigall** (que luego se transformaría en el mundialmente famoso **Tabarís**, de la calle Corrientes), cuando le llegó la oferta que le faltaba para recibir su absoluta consagración. Un caballero habitué del Pigall, lo llevó a ver a una señora de la aristocracia. Canaro la recordó siempre con gran afecto.

Francisco Canaro

—Se llamaba nada menos que Paz Anchorena. Y sus recomendaciones me causaron mucha gracia: Quiero que comprenda que las señoras y niñas que frecuentan mi casa son de distinta condición a las que ustedes acostumbran a tratar en los cabarets donde ustedes actúan. Quiero que los músicos se porten como si no estuvieran en la fiesta. Nada de miradas intencionadas ni de guiños. Quiero que no tomen una sola copa mientras dure el baile; Y sobre todo no deben cantar la letra de ningún tango, y mucho menos esa que dice "la catrera está cabrera"...

Aquella fiesta, donde los músicos de tango tocaron por primera vez en el mundo con smoking; aquella fiesta que es historia porque fue la primera vez que el tango debutó oficialmente en la sociedad porteña, se realizó en el **"Palacio de los Paz"**, donde hoy se encuentra el Círculo Militar, frente a la Plaza San Martín. Canaro se hizo famoso entre la gente de la aristocracia y desde esa noche, actuó dos veces por semana en fiestas de la sociedad. Para Canaro era un sueño. Para el tango, también. Las baldosas rotas del patio de las "casas pecaminosas" del comienzo de este pionero del tango, con sus paicas y malevos, aparecía allá a lo lejos, como una pesadilla.

Y Francisco Canaro siguió **"rompiendo los moldes"**. Una noche acabó con la leyenda que el **"tango era una cuestión de machos"**. Le gustó la pinta de una chica que concurría al **Pigall** y la invitó a cantar un tango en el escenario. Hubo estupor y descreimiento. La presentó como **"Azabache"** (por el negro color de sus cabellos). Fue un suceso. Y no era para menos. Aquella chica que Canaro puso en órbita se llamó y aún se llama, Azucena Maizani, la "ñata gaucha", que llenó otros 30 años de tango.

Ya no lo podía parar nadie. Tenía ideas revolucionarias. En los carnavales de 1921, el teatro Opera lo contrató para amenizar los bailes y como el presupuesto era grande, enloqueció a la ciudad tanguera formando una orquesta de ¡32 músicos! Nunca se había hecho nada parecido.

El 10 de marzo de 1925 es otra fecha histórica para Canaro y el tango. Ese día, a bordo del **"Lutería"**, la orquesta de Francisco Canaro salió para París. La famosa ciudad luz conocía el tango a través de **Pizarro** y el "tano" **Genaro**. Canaro lo consagró por completo. Hubo lucha al comienzo porque el sindicato de músicos de Francia se oponía. Para **"Pirincho"** no existían vallas. Como había una cláusula que permitía actuar a **"atracciones especiales"**, disfrazó a la orquesta. A su hermano Rafael lo puso a tocar el **"serrucho"**; una dama que había llevado el músico **Ferrazano**, de contrabando con gran disgusto de Canaro, sirvió de paisana y cantaba como podía canciones de **"la pampa de los gauchos"**. Se llamaba Asprela.

—Fue un corso. Todos de gauchos. Mi hermano con el serrucho y la piba Asprela, cantando y simulando tocar la guitarra. Pero era "atracción especial". La trampa consistió en que por cada canción con serrucho y con la piba Asprela, le metíamos cinco tangos auténticos.

Y el tango como la piba Asprela se metió de contrabando en París. Fue un suceso. Tanto Canaro, como el "tano" Genaro y Pizarro trabajaban a la tarde (en confiterías) y por la noche en los cabarets. Luego se reunían todos a la madrugada a cenar.

—Llegamos a abrazarnos y llorar juntos, al enterarnos de los llenos completos de los locales donde se tocaba el tango. En el "Florida", donde estaba nuestra orquesta (decía Canaro), había que reservar las mesas con quince días de anticipación.

DE PARIS A NUEVA YORK

En pleno suceso en París, Canaro tuvo una oferta sorpresiva. Un empresario norteamericano, **Ray Goetz**, le hizo una oferta para tocar el tango en los **Estados Unidos**. Y "Pirincho" aceptó, sabiendo que en Norteamérica jamás se había oído hablar de tango. En ese momento Canaro tenía tres orquestas. La de París (que dejó bajo la dirección de sus hermanos **Juan y Rafael**); la de Buenos Aires (con **Minotto** y el pianista **Ricardi**) y la nueva para los Estados Unidos, para lo cual hizo viajar desde la Argentina a **Di Cicco** (piano), **Ernesto Bianchi** y **Luis Petrucelli** (bandoneón); **Emilio Puglisi** (violín) y **Romualdo Lomero** (batería). Y una cancionista profesional, **Linda Telma** (lo mejor de su época).

Eran los "años locos" de la postguerra. La gente se quería distraer a cualquier precio. Los avio-



Diana Maggi brindó su capacidad indiscutiblemente reconocida en la temporada del Astral que Canaro realizó en 1961.



Tres nombres inolvidables: Carlos Dante, Tita Merello y Francisco Canaro. En Radio El Mundo, el 28 de enero de 1958.

nes chocaban a propósito en el aire; otro se estrellaba contra una casa; se arrojaban a las cataratas del Niágara dentro de un barril de cerveza; había tipos que se lanzaban al río Hudson desde lo alto del puente de Brooklyn.

Frente a tanta locura desatada, un grupo con violines y bandoneones para tocar el tango, la desconocida canción del Río de la Plata... Debutó en el club Mirador, en la séptima avenida de Nueva York. El promotor norteamericano distribuyó miles de volantes explicando cómo era el tango y cómo se bailaba. Hoy, a 40 años, vale la pena reproducir el "panfleto", que tenía como "filosofía", presentar el tango como "un remanso de tranquilidad". Así proponía bailarlo el manager Ray Goetz:

1. El caballero comienza con el pie derecho y la dama con el pie izquierdo. Haga tres pasos caminando y deténgase en el cuarto compás con ambos pies juntos, inclinándose un poco.
2. Luego de la detención haga otros cuatro pasos. El caballero debe cruzar el pie izquierdo frente al pie derecho, dando vueltas y deteniéndose en el cuarto compás de la música.
3. Después viene el paso de costado. El caballero comienza con el pie izquierdo, la dama con el derecho que lo cruza sobre el izquierdo. Luego juntos se detienen en el cuarto compás.

Existía una advertencia: **"Dé tantas vueltas como guste. Guardando el ritmo de la música se puede dar vuelta a la derecha o a la izquierda con movimiento de vals lento que es parte del ritmo del tango".**

Francisco Canaro recordó esta experiencia con gran cariño.

—El empresario Ray Goetz no sabía hablar castellano, pero era un enamorado del tango. El lo bailaba como lo explicaba. Era una risa. Durante muchas semanas la gente bailó el tango de esa manera. Pero les agarraba el surmenage cuando Casimiro y su compañera (una pareja de bailarines canyengues que había llegado también de Buenos Aires) hacía las exhibiciones. Había caras de espanto cuando Casimiro se mandaba la sentada o le aplicaba un taquito en el trasero de la compañera, o en el momento en que metía su tamango puntiagudo entre los dos pies de la muchacha con la fuerza de un shoteador. Nosotros teníamos miedo que alguno de los yonnis tangueros tuviera la ocurrencia de imitar a Casimiro, porque estábamos seguros de que alguna de las bailarinas iba a morir de un puntapié...

Francisco Canaro saltó a la fama en los Estados Unidos la noche en que participó del festival monstruo de inauguración del famoso Paramount, la sala más lujosa de la época. Esa misma noche se le ofreció un contrato por dos años para recorrer todas las ciudades de la Unión. Canaro no aceptó:

—Ni a mí, ni a los muchachos nos gustaba Estados Unidos. Y además desde Buenos Aires me llegaban noticias alarmantes. La "nueva ola" estaba empujando y mi corona peligraba...

La "nueva ola" que refería Canaro eran **Julio De Caro y Juan de Dios Filiberto.** El primero con su orquesta sinfónica; el boquense con sus composiciones inolvidables. Cuando Canaro llegó a Buenos Aires, después de dos años de ausencia, se encontró conque la "nueva ola" hacía estragos, porque para colmo surgía otro: **Pedro Maffia.**

—Aquellos "pibes" ya no tocaban de oído ni por instinto. Sabían música. Eran músicos que podían tocar el piano, el violín o el bandoneón, en el Teatro Colón. Allí no había cuento.

Francisco Canaro



Así se le conoció en su época de gran fama. Batuta en mano. Ojos penetrantes. Si parece que ya se escuchan los sones de "Sentimiento gaucho".

CUANDO "DESCUBRIO" LA RADIO

Canaro prolongaba su confesión. "Ya lo mío era algo así como pura fama. Los pibes representaban la realidad del momento. Me puse a pensar algo para que no me exterminaran. La verdad es que la pegué..!"

Y fue así. En 1928 la radio comenzaba a despuntar en la Argentina con la fuerza de las grandes novedades. Canaro no dio la guerra de frente a la nueva ola. Usó la estrategia. Y mientras todos sus amigos lo llamaban loco, Canaro armó la orquesta y recorrió el país, pueblo por pueblo, ciudad por ciudad. Nadie en el país quedó sin escuchar la orquesta de Canaro.

Y este fenómeno, "Pirincho" lo explicaba científicamente:

—La radiotelefonía ya había pasado la etapa de los experimentos. Pocos años más y sería la gran explosión popular.

Y así ocurrió. Muy pronto la radiotelefonía llegó a todos los rincones de la Argentina. Y la orquesta de Canaro era la única que se había visto en todas partes. En consecuencia, se convirtió de entrada en el programa más escuchado. Fue la primera gran estrella de la radiotelefonía argentina.



En ocasión de celebrar en 1956 sus Bodas de Oro con el Tango, recibió el Disco de Oro de Odeon.

Cobró sumas fabulosas. De aquella gira "científica" (perder posiciones en Buenos Aires para ser impacto en todo el país), quedó otro hecho histórico dentro del tango, pero común para la vida de Canaro. Cuando formó la orquesta para salir al campo, llevó a un chico que comenzaba a cantar: Charlo. Otra estrella auténtica del tango que Canaro puso en órbita. Como ya había ocurrido con Azucena Maizani. Y como había pasado con Irusta y Fugazot, a quienes Canaro llevó a París, recién salidos de un concurso de aficionados, juntándolos con el pianista Demare para formar el trío tanguero que tuvo ¡veinte años de éxito en Europa!

Año 1930. Argentina había experimentado su primera revolución militar triunfante de la era moderna. Hipólito Yrigoyen, el caudillo, había sido volteado. El país cambiaba de fisonomía. La "bella época", caía estrepitosamente. El mundo estaba en crisis. La "olla popular" marcaba la existencia de la miseria llevada al extremo. El país conoció los primeros contrastes colectivos. Un caserío infernal se alzaba en Puerto Nuevo. Era el "abuelo" de todas las Villas Miseria que con el tiempo se harían una institución porteña. Buenos Aires dejó de reír. Se ensanchó la calle Corrientes. Cayeron los grandes bastiones del tango. Aparecieron los bares automáticos y las pizzerías. El trabajo forzado del doble empleo acababa con la bohemia.

Canaro no tenía problemas económicos. Estaba en la cresta de la ola. Pero siguió como el número uno, porque él había descubierto antes que ninguno el negocio de la radiotelefonía. En ese año dejó de tocar el violín. Y nunca más lo tomó en público. Canaro era el dueño de su destino: director y empresario. Había superado la "barrera de los 40 años" y cuando andaba en la vida "con una rienda en cada mano", apareció el imprevisto. Comenzó a sentirse mal. A fatigarse. Se le metió en la cabeza que "tenía rayados los discos". Resolvió aislarse por completo y viajó a Rosario de la Frontera. Antes de partir, lo vio Luis César Amadori para pedirle una música.

—Siempre tenía alguna en un cajón. Se la di. No le tenía confianza. Era una musiquita cualquiera. La tenía hecha desde hacía varios años.

Le dio la música a Amadori con una recomendación. Que le pusiera una letra donde no hubiera ni paicas ni malevos, que se extinguían rápidamente.

Canaro calificó esos dos meses en Rosario de la Frontera, como trágicos. La imagen de la enfermedad no se le apartó y una tarde resolvió volver a Buenos Aires a embarullarse con el ruido.

—Cuando llegué a Retiro encontré que me estaban esperando don Jaime Yankelevich y Benjamín Gache. Uno de Radio Belgrano y el otro de Radio Splendid. Comenzaron a ofertarme dinero. Yo no sabía qué pasaba, pues creía que en estos dos meses todos se habían olvidado de mí.

La explicación, sin embargo, era sencilla. La música que le dejó a Amadori había resultado un suceso sin precedentes. La letra de Amadori, sin paicas y malevos, dio en la tecla. Fue un tango inolvidable: **Madreselva**.

—Yo tuve mucha suerte. En dos meses no había escuchado radio ni leído los diarios. Ni siquiera estaba enterado que Amadori hubiera terminado de ponerle letra. Esta la "ligué" de arriba...

Pero pese a "Madreselva" siguió enfermo. Lo curó **Ivo Pelay**, que no era médico sino autor teatral. Una tarde lo fue a ver para proponerle hacer a medias una comedia de tango. Canaro se negó diciendo que debía descansar y que con el dinero que ganaba en la radio le sobraba.

—Lo que a vos te falta es trabajar más, para tener menos tiempo para pensar...

El consejo "clínico" le dio resultado. Canaro trabajó un año y en 1932, cuando subió el telón de la primera comedia musical argentina (**"La Muchachada del Centro"**) estaba curado. Y de paso surgió para Canaro un filón nuevo. Otra perla para su collar de innovador. Batió todos los récords: 900 representaciones. Un año y medio sin parar, a teatro lleno.

Fue así que **"el enfermo"** siguió haciendo de todo. Teatro, radio, bailes, cine, grabaciones. A su propuesta, Carlos Gardel grabó sus nuevos discos con fondo de orquesta típica en vez de las guitarras. Y allí intimó con el Zorzal. De Gardel decía Canaro:

—Carlitos era tan virtuoso como ser humano que representaba la perfección. Nada le caía mal. Pero tenía algo especial, que hacía que aunque estuviera de jarana nadie le podía faltar al respeto.

GARDEL AL DESNUDO

Dicho esto con la aclaración de que **"Carlitos era capaz de cualquier cosa en materia de bromas"**. Y va una, como ejemplo.

Una tarde calurosa estaban grabando "Madreselva" en Odeón, cuando se descompuso el ventilador de la sala. Gardel, mientras ensayaba, se iba quitando la camisa, la camiseta, el calzoncillo. Quedó en medias y con los anteojos que usaba para ver mejor la letra, como única indumentaria, mientras exclamaba: **"Con la guita que tienen estos gringos bien podrían tener un ventilador nuevo"**.

En eso apareció uno de los "gringos", un técnico alemán famoso por su mal genio.

—¡Qué es esto, señor Gardel...!

—Esto quiere decir, viejito, que no te conviene hacerte el ruboroso porque me pasaron el santo que vos en Alemania eras una buena mandarina...



Lo que quedaba del gran pionero del tango, meses antes de su muerte. A su lado Ranko Fujisawa, la japonesa defensora del tango en su patria.

El alemán se fue sin enterarse de nada. Volvió al rato muerto de risa. Se había ido a informar lo que quería decir **"buena mandarina"**. Y Gardel, terminó de grabar "Madreselva" con la ropa conque su madre lo había traído al mundo...

Del 30 al 40 fueron años extraordinarios para Canaro. Ganó el dinero que quiso. Siguió con la radio y las comedias musicales. A su lado pasaron **Marianito Mores** (en él se inspiró para la obra **"El muchacho de la orquesta"**) y los cantores Famá, Antonio Maida y Roldán.

El agujero económico se lo hizo el cine. Fundó la empresa filmadora **"Río de la Plata"**, con **Jaime Yankelevich y Juan Cossio**. La primera película fue **"Idolos de la radio"**, que dio gran resultado. Luego hicieron **sapo** en otras cinco. Canaro se quedó solo con la empresa. Intentó otra película: **"La muchacha del circo"**. Para lo único que le sirvió fue para que años después le secuestraran las copias, pues en el film hacía un pequeño papel una actriz que recién despuntaba: **María Eva Duarte**... La mala suerte del cine no terminó ahí para Canaro. Se asoció con **Luis Sandrini** para filmar **"El diablo andaba en los choclos"**. Cuando vieron la proyección en privado se asustaron y vendieron los derechos por el dinero que habían gastado.

Demás está decir que el que compró los derechos se cansó de ganar dinero con la película...

Desde entonces se sacó los **"berretines de la cabeza"** y siguió únicamente con el tango. En **Brasil** alcanzó un éxito clamoroso. **En Chile** se salvó de morir en el terremoto de 1938. Esa noche debió haber debutado en Concepción. Del teatro no quedó un ladrillo en pie, pero Canaro había tenido que viajar a Buenos Aires, por el fallecimiento de su madre.

Volvió a Chile. Actuó dos meses. Fue todo a beneficio de las víctimas de la catástrofe. Canaro, que tenía fama de **"amarrete"**, ni siquiera aceptó

Francisco Canaro

el pago de los viáticos. Es posible que la fama venga del hecho de que nunca se le vio a "Pirincho" participar en farras de artistas, ni siquiera en una boite. Tampoco tenía vicios. A veces iba al hipódromo "para acompañar a algún amigo".

La "generación del 40" intentó darle un golpe final a Canaro. Ya su época había terminado para los muchachos de 20 años. La juventud pedía otra cosa. Esa otra cosa que le dio D'Arienzo, Pugliese, Troilo, D'Agostino, Castillo, Caló, Fiorentino, Angelito Vargas. Los tangos de Mores. Sí, en el 40 se registró la "revolución del tango".

Pero Canaro era fundamentalmente un hombre estratégico. El mismo lo reconoció:

—Yo ya no podía cambiar. No podía inventar nada nuevo. Los chicos del 40 eran extraordinarios. Grandes cantores. Grandes músicos. Tocaban para la gente de su edad. Contra eso nadie la talla. Ir a la pelea con esa muchachada era estrellarse contra la pared...



El 24 de noviembre de 1964 festejó Canaro sus 76 años. El popular Pipo Mancera en "Sábados Circulares" le brindó con la torta de tres pisos, igual número de velitas que de años, un ramillete de flores y otro de lágrimas.

Y en esto Canaro resultó un fenómeno fuera de serie. Y lo fue porque aún en "el cuarenta", cuando los nuevos arrasaban, Canaro batía todos los récords de recaudaciones en sus bailes en el Luna Park.

Quien escribe esta historia hizo por aquel entonces una investigación de ese fenómeno que no tenía explicación natural. Sí, fui al Luna Park una noche. Fui a convencerme. Y me convencí muy rápido.

EL SECRETO DE "PIRINCHO"

Una de las parejas del baile la formaban mi madre y mi padre. Cuando lo vi a Canaro, días antes de que el corazón le fallara, le hice esa confesión. Y "Pirincho", me respondió con otra:

—...ese fue mi secreto, hijo. Yo no te podía convencer a vos que dejaras a Troilo o a D'Arienzo. Por eso me encerré en lo mío. Seguí tocando para mis muchachos. Y dos de mis muchachos eran tus padres...

Y es verdad. En aquel baile del Luna Park había miles y miles de "muchachos de arriba de 40". Bailaban una y descansaban nueve. Pero estaban con Canaro. Y Canaro conocía a sus muchachos y sus limitaciones. Les tocaba suavemente. Y les daba números folklóricos en medio del baile, para que reposaran de la fatiga de la "milonga". Y sobre todo les hacía recordar. Aquella noche, mis dos viejos, que apenas si hablaban lo indispensable en la mesa, volvieron a ser novios...

La "historia nueva" de Canaro está muy fresca: 700 tangos; uno de los fundadores de SADAIC; se dio el lujo de ir a tocar tangos a Japón a los 70 años de edad; vivió dedicado al tango hasta último momento. De vez en cuando se presentaba en televisión como "testigo viviente" del tango. Iba a charlar. A dejar para las generaciones nuevas otros testimonios demostrativos de que el tango no se hizo solo. Que hubo que hacerlo desde abajo. Rompiendo barreras. Y siguió siendo testigo de la despedida de hombres que se fueron. Al lado del último caminito que recorrió Juan de Dios Filiberto. Junto a Julio Sosa, fallecidos en el mismo año que Canaro, en 1964.

Canaro habló de lo que había representado la muerte de Julio Sosa, sin saber que su vida estaba próxima a su fin:

—Vea lo que pasó con el entierro de Sosa. Una multitud bajo la lluvia, paseando a su ídolo caído por Corrientes. Es que eso es el tango. Reciprocidad social. Emoción entre el que lo ejecuta y el que lo escucha. Comunicación del corazón. Por eso aquí se pueden desgañitar cantando twist...

Ese hombre ya anciano, que "se le veían los huesos", seguía definiendo a su tango:

—Yo tuve oportunidad de tener cantores mejores que los que me acompañaron, pero me quedé con los míos. Porque yo exigía más corazón que voz. Más sentimiento que técnica. Los cantores que cantan mirando el reloj o pensando en la billetera no llegan a nadie, no penetran, resbalan. El tango es para cantarlo con "tutti". Gratis o por dinero, pero poniendo siempre el "cuore"...

¡Fin! ¡Cuántas cosas han ocurrido con el tango y con el país y con el mundo desde que Canaro ya tenía su orquesta! Francisco Canaro, "Pirincho", hizo tanto en tanto tiempo que ni siquiera necesita el monumento que lo perpetúe.

Su monumento está hecho en el silbido de la gente de un pueblo.

En 1960 los directores del Club del Tango de Osaka (Japón), brindaron a Canaro un hermoso presente en la muñeca llamada Buke Musume (Señora de guerrero samurai). El maestro aparece recibiendo el obsequio en el Brasil Marú.

El Japón supo de la actuación singular de la orquesta de Francisco Canaro. En 1961 allí también llevó al tango con todo su señorío.





JACINTO DE LARIZ EL GOBERNADOR LOCO

El crepúsculo del 8 de enero de 1641 cayó con peso de luto sobre la Ciudad de la Trinidad, Puerto de Santa María de los Buenos Aires. Acababa de fallecer don Ventura Moxica, caballero de la Orden de Santiago, gobernador titular de la enorme provincia del Río de la Plata. La cálida noche se cernía sobre la ciudad niña fundada sesenta años atrás, alzándose rezos y lamentos en tanto el sol cadente teñía de rojo la barranca a pique del río, cubierta de matorrales y espinillos, donde se alzaba la chata construcción del Fuerte.

por Miguel Angel Scenna

JACINTO DE LARIZ

El pobre caballero de Santiago no tuvo tiempo de gustar el mando. Desembarcó solemnemente el 13 de diciembre de 1640, se recibió del cargo con todo el aparato del protocolo, y se murió veintiséis días después. La capital que ahora lo lloraba era un lamentable caserío poblado por algo más de un millar de habitantes blancos, más algunos cientos de indios y negros. Pero debe destacarse que la mayoría de los vecinos eran hijos de la tierra, americanos puros, como que la Ciudad de la Trinidad —que por ese nombre era entonces conocida— había sido fundada y poblada por criollos, conducidos por el vasco Juan de Garay.

Un montón de ranchos de adobe —alrededor de cuatrocientos— con techos de paja y caña, habitaciones de tierra apisonada donde tener una puerta de madera era lujo de exquisitos, ya que lo usado para dar paso a los interiores era un simple cuero de vaca prendido del dintel. Como los solares repartidos por el Fundador eran grandes, las casas se construyeron de acuerdo al tamaño, con señalado desprecio por el espacio, sumando patios con inmensidad de plaza, que a su vez precedían a una huerta copiosa, tupida de árboles frutales de toda estirpe.

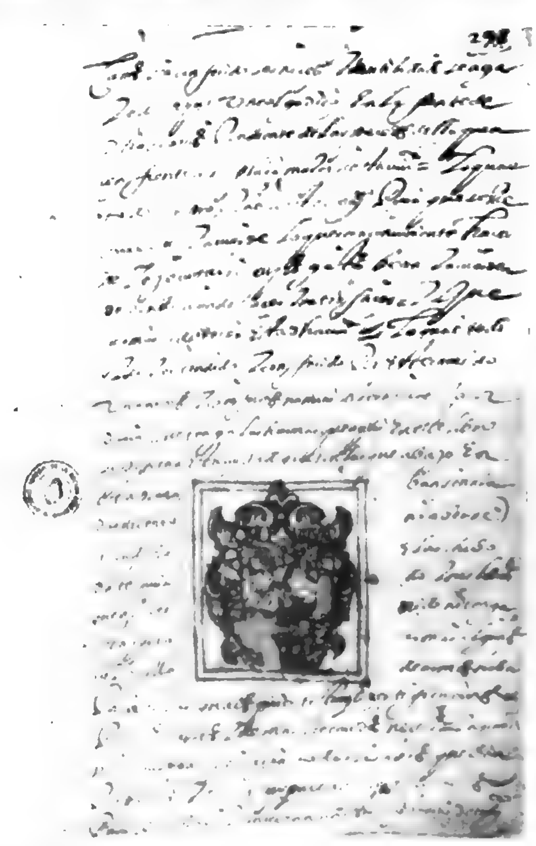
Garay diseñó la Ciudad de la Trinidad sobre un terreno relativamente alto comparado con la irremediable chatura del contorno, pero en esa costa aluvional resultaba a veces difícil averiguar dónde terminaba el río y comenzaba la tierra firme; por eso el ejido urbano estaba rodeado de pantanos, bajíos, charcas y bañados por el punto cardinal que se quisiera. Cuando llovía —y solía ocurrir con esplendidez— las calles se convertían en riachos torrentosos donde era aventurado meterse. Calles anónimas, por supuesto (la primera nomenclatura porteña es de 1734), salvo los nombres que espontáneamente les daba el pueblo.

Pobres como ratas desnutridas en comparación con los españoles de otras partes del imperio, los habitantes tenían espesas fumarolas mentales, con aires que envidiarían hasta en la suntuosa corte virreinal de Lima. Chapaleaban barro, extensos potreros baldíos separaban sus casas, bandadas de murciélagos compartían sus habitaciones, pero comían en vajilla de plata, eran servidos por enjambres de esclavos, gustaban de los tapices, colgaduras y cuadros, y se daban la vida más rumbosa posible. Carne abundante y barata, frutas y legumbres en cantidad, permitían una buena mesa. Sólo el vino y el pan eran caros (recordemos que el trigo o la harina debieron importarse hasta el siglo pasado). Por lo demás, faltaban o escaseaban muchos artículos de primera necesidad, y como la ciudad no producía nada —característica que los siglos no han borrado— el vivir un poco decentemente se hacía a veces difícil.

El comercio hubiese podido mejorar las cosas, pero una oligofrénica disposición de la corona española cerró el puerto de Buenos Aires, con prohibición expresa de mercar, echando candado a esa espléndida boca natural hacia el Atlántico. El que deseaba comprar un sombrero, una mantilla o un mueble de calidad, debía esperar que las pesadas carracas atravesaran el océano de España a Panamá, para que de allí las mercancías pasaran el istmo, fueran embarcadas hacia el Perú, vuelta a ser desembarcadas, para seguir el interminable camino de medio continente, trepando el altiplano para descender lentamente hacia las pampas platenses. Cuando llegaban costaban un ojo de la cara.

La medida estuvo a punto de matar a Buenos Aires. A comienzos del siglo XVII tenía menos habitantes que en el momento de la fundación, porque la falta de horizontes, la estrechez de posibilidades, obligaban a los emprendedores a sacudir el polvo de los zapatos e ir a probar fortuna en otro lado. Y como suele ocurrir en tales casos, los que se iban solían ser los mejores.

Pero los que se quedaron se las supieron arreglar. La necesidad obligó a los porteños a ser avispados desde el vamos. Como estaba prohibido el comercio legal, la mayoría se dedicó al ilícito, y pronto la ciudad fue un estupendo emporio del contrabando, donde se trampeaba al fisco en gran escala y con ánimo esforzado. Así fue echando adelante la Ciudad de la Trinidad, subsistiendo y soslayando los peligros de consunción que la amenazaban. Especialmente se contrabandeaba con los portugueses de Brasil. Casualmente, de unos cincuenta extranjeros residentes en la ciudad, 46 eran portugueses y casi ninguno con permiso de residencia. Todo bajo la mirada



Acta del 5 de noviembre de 1649 del libro del Cabildo de Buenos Aires, con el dibujo original del escudo porteño.





Retrato del obispo fray Cristóbal de la Mancha y Velasco —según un grabado de Pla y Valor— con su firma autógrafa.

benévola de las autoridades, que toleraban el asunto por simple razón de sobrevida y como única posibilidad de ver alguna vez un sueldo entero.

Además estaban los acaparadores, que coleccionaban mercancías con unción, manejaban precios, provocaban alzas y recaudaban espléndidas ganancias con escaso sudor de la frente, pese a las severas leyes ya entonces vigentes contra el agio y la especulación (que nadie inventó nada en nuestros días). Y entre acaparadores y contrabandistas, medio mundo trampeaba confortablemente a la ley, merced a oportunas contribuciones en efectivo al bienestar de los funcionarios. Que la coima fue una sólida institución porteña desde que el Fundador inauguró la historia de la Reina del Plata.

Paupérrima, desolada y fea, la Ciudad de la Trinidad era, empero, irreductiblemente orgullosa. Todavía le escocía el placer de la Real Cédula de 1617, que partió en dos la provincia cuyo centro era Asunción, creando las gobernaciones de Guayra y del Río de la Plata, correspondiéndole ser capital de la última. Aquella gobernación rioplatense era un enorme territorio vacío, y si bien Lima con su virrey seguía siendo el centro natural de la autoridad en el continente, quedaba lo bastante lejos como para que su sombra no llegara a orillas del Plata, y las cosas siguieran como siempre. Cada tanto se amenazaba con drásticos cambios, con aplicación de severas medidas, con apretar el torniquete. Pero los porteños no necesitaron cuatrocientos años para curtirse frente a los rayos puritanos que de vez en cuando sacuden las alturas. Ya entonces eran escépticos. La experiencia les había enseñado que las mejores intenciones suelen ser buenas precisamente porque no pasan de intenciones. Al respecto, los gobernadores que se sucedieron en el poder fueron maestros consumados, cuyas lecciones no fueron desaprovechadas por los pobladores de la Ciudad de la Trinidad.

La corona española mostraba una constante, persistente preocupación en cuidar la fachada de sus delegados; cada gobernador designado para el Río de la Plata fue un señorón de alcurnia y blasones, con honores en la tierra y antepasados en el cielo, abundando los caballeros de la Orden de Santiago y los apellidos retumbantes. Pero aquellos nobles fidalgos de solar conocido no solían ser tilingos en sus manejos y tomaban la vida como venía. No ignoraban la pobreza esencial, irremediable, de la gobernación que les tocaba en desgracia, y llegaban dispuestos a sacar alguna compensación del sacrificio. Nunca está de más prevenir una vejez tranquila, pero algunos exageraron.

El primer gobernador titular, Diego de Góngora, fue tan emprendedor que antes de partir se preocupó en llenar la bodega de su nave con abundante contrabando, para negociarlo amistosamente entre sus administrados. Se le fue tanto la mano que en el juicio de residencia posterior lo encontraron culpable, debiendo pagar una sabrosa multa. Exactamente lo mismo le pasó a su sucesor interino. El detalle no desalentó al segundo gobernador titular, que contrabandeó a seis manos, ayudado cariñosamente por sus dos hijos. Además estuvo a punto de agarrarse a cañonazos con el obispo por un asunto de jurisdicciones. No llegó la sangre al río porque el obispo amenazó con rayos eclesiásticos a los artilleros, cuando ya éstos apuntaban a la casa episcopal. El tercero, Pedro Esteban Dávila, tuvo otras inclinaciones. Parece que en lo del contrabando fue honesto y puro. Prefería vivir en concubinato público con varias mujeres simultáneamente y quedarse con un porcentaje razonable de lo que recaudara el fisco. Huyó de Buenos Aires antes de que se concretara su juicio de residencia. El cuarto, Mendo de la Cueva y Benavídez, fue mucho mejor que los anteriores. Tan sólo fue excomulgado por el obispo. De Ventura Moxica no hay nada que decir. Lo único que hizo en Buenos Aires fue morirse.

Cuando Discépolo escribió aquello de que "la honradez la venden al contado y la moral la dan por moneditas", no sólo denunciaba un hecho circunstancial, sino que señalaba una tradición cuatro veces centenaria. Por eso, cuando los porteños dieron cristiana sepultura a los restos del caballero Moxica, pudieron pensar que lo único que les estaba faltando para completar la colección era un gobernador loco. Y la corona les dio el gusto.

JACINTO DE LARIZ

PRESENTACION DE DON JACINTO

Cinco años permaneció Buenos Aires sin titular, sucediéndose los interinatos. Fue nombrado don Rodrigo de Mendoza, vecino de Lima, y se le expidieron los diplomas correspondientes, pero debió ser hombre sabio porque declinó el honor, prefiriendo quedarse en casa. Entonces, residiendo el rey don Felipe IV en Zaragoza, estampó su firma, el 2 de mayo de 1645, sobre los documentos que nombraban gobernador del Río de la Plata al maestre de campo don Jacinto de Lariz, destacado militar y, por supuesto, caballero de la Orden de Santiago.

Pocos, muy pocos historiadores se han detenido en la extraña personalidad de este hombre. Quien mejor lo ha estudiado es Enrique Peña, en el único libro que conocemos dedicado expresamente a ese gobernador. En nuestros días, Vicente Sierra, en el segundo volumen de su monumental **Historia de la Argentina**, le dedica páginas imprescindibles para su comprensión. Sin estos autores y su meritorio esfuerzo, las siguientes líneas no hubiesen sido posibles.

¿Quién era este señor Jacinto de Lariz? Un militar que llevaba a cuestas un pasado peleador de primer orden, como que había intervenido en todos los frentes en que España se vio empeñada durante la Guerra de Treinta Años, que no fueron pocos ni tranquilos. Luchó con los testarudos holandeses en Flandes y anduvo entreverado en las batallas de Italia contra los innumerables enemigos que coleccionaba España. Si bien ya en decadencia, los famosos tercios españoles, otrora invencibles, todavía tallaban firme, y con ellos se destacó nuestro hombre, que recorrió el escalafón militar hasta llegar a maestre de campo, ganando para su pecho la cruz de caballero. Tamaña carrera colaboró a que don Jacinto forjara de sí mismo un elevadísimo concepto, así como de la trascendental importancia de su persona.

El Consejo de Indias debió pensar lo mismo cuando propuso a Felipe IV el nombre de Lariz para gobernador del Río de la Plata. El beneficiado aceptó graciosamente la distinción, posiblemente considerándola una razonable justipreciación de sus enormes méritos.

Como no se programaba ningún viaje al Río de la Plata, y tal vez apurado por recibirse del mando, el flamante gobernador tomó el camino más largo para llegar a destino. Embarcó en un buque del imponente convoy que anualmente cruzaba el Atlántico hacia Panamá, dispuesto a entrar en sus dominios vía Pacífico. A principios de 1646, Lariz alcanzó felizmente la ciudad de Lima, presentándose al virrey, don Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera. El alto personaje debió encontrar algo extraño en ese maestre de campo que se decía gobernador del Río de la Plata, apareciendo del lado contrario y sin las credenciales correspondientes. Ocurría que en el traslado de Panamá a Lima, don Jacinto, ansioso de llegar, se adelantó a su equipaje, que quedó rezagado en algún lugar desconocido del trayecto, y en ese equipaje venían los papeles. En vez de esperarlos, se presentó de cuerpo presente al virrey, alegando su necesidad de seguir viaje. El marqués reunió su consejo para discutir el asunto. Los graves señores examinaron las constancias que pudo presentar el recién llegado, y llegaron a la conclusión que, efectivamente, don Jacinto de Lariz no era ningún impostor, sino el legítimo gobernador del Río de la Plata. Dignamente reconocido como tal, el virrey le extendió un certificado especial que garantía su condición de mandatario, para que en ausencia del diploma correspondiente fuera reconocido por el suspicaz Cabildo de Buenos Aires y las personas que en esos momentos ejercieran provisionalmente el mando. Como don Jacinto tenía un hermanastro residente en Mendoza, decidió desviar por allí su itinerario para darle un abrazo. El marqués de Mancera le facilitó los trámites, le consiguió una nave y lo despidió con su bendición. Desde El Callao navegó hasta la costa chilena, tramontó la cordillera y llegó a Mendoza; tuvo el gustazo de echar un párrafo con su pariente, el general Francisco de Lariz y Deza, pero no se demoró mucho en tierra cuyana, pues deseaba llegar a destino, y a mediados de 1646 entraba en la Ciudad de la Trinidad, siendo pomposamente recibido. Gobernaba como interino don Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, que impuesto de los papeles firmados por el virrey acató la autoridad real y entregó los símbolos del mando al titular. También resignó sus símbolos el teniente de gobernador, pero don Jacinto, caballerescamente, le rogó siguiera en el cargo en tanto tomaba una resolución al respecto, tras lo cual se aposentó en el Fuerte en



Escudo de Buenos Aires aprobado en 1649, según el dibujo del escribano del Cabildo don Gregorio Martínez Campusano.

medio de la general aprobación y respeto. Pocas semanas después convocaba al Cabildo, y orgullosamente les presentaba el diploma original de su nombramiento, que al fin había terminado la larga peregrinación tras las huellas de su dueño.

La paz que señaló los primeros meses de la gobernación estuvieron cerca del idilio, cosa rara en verdad; una calma chicha presidía las relaciones entre el obispo, el gobernador, los cabildantes. Las ruedas de la administración giraban bien lubricadas, sin el menor chirrido que delatara la próxima descompostura de la máquina. Aquello era demasiado lindo para durar, y las sedantes relaciones de las primeras semanas sólo resultaron la calma que anunciaba el espléndido temporal que se avecinaba, y que los porteños tardarían mucho en olvidar.

AQUEL VIEJO BUENOS AIRES

Tal vez influyera el ambiente físico de la Ciudad de la Trinidad, espantosamente chato, desoladoramente feo, irremediablemente opaco. La Plaza Mayor era totalmente distinta a como estamos habituados a concebirla; ni el más remoto parecido la ligaba a la posterior Plaza de la Victoria que solemos unir en el recuerdo al típico Buenos Aires colonial. El llamado Fuerte era mucho más pequeño y menos imponente que la construcción que un siglo después se levantaría en el mismo lugar [1]; apenas era un fortín de adobe con algún refuerzo de material, chico, petiso, sin la menor ferocidad, con diez cañoncitos de hierro y un foso alrededor, más un puente levadizo. Era tan frágil su contextura que vuelta a vuelta debían repararlo, y los porteños recordaban que, en 1619, un formidable aguacero casi lo disolvió en barro, teniendo que ser reconstruido de nuevo. Resguardado por 150 soldados, su prestigio no sólo era militar, puesto que allí residía el gobernador desde los tiempos de Hernandarias, que fue el primero en establecerse en él en medio del airado crepitar de críticas de los vecinos. Pero sentó precedente y todos sus sucesores siguieron el ejemplo.



Escudo de Buenos Aires que estuvo en el dosel del Cabildo, actualmente en el Museo Histórico Nacional.

Del otro lado de la Plaza, donde hoy está la Catedral Metropolitana, se alzaba trabajosamente la Iglasia Mayor, que pese al nombre era un triste rancho poco distinto de los demás. Es digno de recordar en qué términos describió ese templo el primer obispo de Buenos Aires, fray Pedro Carranza. Los siglos no han despulido el incomparable estilo del decepcionado pastor que describía: "Buenos Aires tiene una sola iglesia de clérigos y es tan indecente, que en España hay lugares en los campos de pastoreo y ganados, más acomodados y limpios. En la iglesia no hay sacristía, sino una vieja, corta e indecente de cañas, lloviéndose toda, con suma pobreza de ornamentos, que ni casulla, ni capa ni frontal hay para celebrar los oficios divinos, ni órganos, ni libros para cantar. El Santísimo Sacramento está en una caja tosca y mal parada, una capa vieja o dos y un mal frontal. No hay tablas, sino cañas en el techo, con cantidad de nidos de murciélagos, todo lleno de polvo, y un retablo viejo de lienzo y sin coro, ni cosa que huela a devoción o decencia..."

En cuanto al Cabildo, ofrecía las mismas o peores incomodidades —faltaban 14 lustros para que empezara a levantarse el famoso edificio que se ilustraría en 1810—, y por ello los cabildantes preferían reunir el cuerpo en sus casas particulares o en el Fuerte, cuando el dueño de casa condescendía a prestar alguna dependencia.

La Plaza Mayor era un potrero mal cuidado, que servía de mercado y paseo donde se floreaba la única belleza de que podía jactarse Buenos Aires: sus mujeres, espléndidas criollas de inmejorable estampa, que solían tener a mal a los pocos forasteros que caían por la ciudad. Un holandés, Acarate du Biscay, que visitó Buenos Aires allá por 1657, dejó este invalorable testimonio: "Sus mujeres son extremadamente bellas, bien formadas y de un cutis muy terso; y sin embargo, tan fieles son a sus maridos que ninguna tentación puede inducirlas a aflojar el nudo sacro..." Parece que los lances le fallaron al holandés...

Las diversiones eran pocas y no frecuentes. La espaciada llegada de alguna nave, por ejemplo. A veces la Plaza Mayor se improvisaba en ruedo y había corridas de toros a las que nadie dejaba de asistir, pero fuera de ello y de algunas celebraciones religiosas, las diversiones debían inventarse o buscarse en el teatro de la vida. Y en ello las autoridades no decepcionaron al pueblo. Fue raro el gobernador que no tuvo estruendosos escándalos con el obispo, con puebladas, gritos, rodar de cañones y sonoras excomuniones, que alegraron las horas grises de la pequeña aldea. También estaban los piratas, que solían pintar una nota de suspenso. Desde el vamos fue Buenos Aires presa codiciada por los aventureros del mar. A sólo tres años de la fundación, en 1583, la primera proa pirata se dirigió hacia

1 Ver TODO ES HISTORIA Nº 8, "La Rosada, sede del poder".

JACINTO DE LARIZ

la Ciudad de la Trinidad, comandada por un apellido temible: John Drake, sobrino del celebérrimo Francis, a quien su condición de delincuente internacional valió el título de sir y la gloria de echar las bases del British Empire. Pero Juancito Drake compartía con el tío sólo el apellido. Le fue bastante mal. Naufragó mucho antes de llegar a la meta, se salvó con un par de compañeros en la costa uruguaya, fue preso por los charrúas, escapó después de un año y cruzó el río en una canoa. Entró remando tristemente en la ciudad que pensara tomar a cañonazos. Un papelón de antología. Con sus compañeros fue a dar a la cárcel y de allí en adelante lo esperó un largo destino entre rejas, conociendo las prisiones de Buenos Aires, Santa Fe, Asunción, Lima...

De vez en cuando se acercaban corsarios franceses, ingleses, holandeses o dinamarqueses, que amagaban sin que nunca pasara mayormente nada, pues si bien el Río de la Plata tiene anchura de mar, en esta costa su profundidad es de zanja y era riesgoso acercarse sin hacerse pedazos contra un banco de arena.

De acuerdo, pues, en que la vida colonial no fue todo lo dormida que suele creerse, no por ello deja de ser cierto que era bastante aburrida, y en la chatura general del contorno —físico y espiritual— el mejor paisaje venía a ser la vida ajena, como aún ocurre en los pueblitos de campaña. El chisme, el rumor, las hablillas, alimentaban los corrillos, aceitaban las tertulias, condimentaban las reuniones, y fue precisamente por allí donde empezaron a andar mal las cosas con el caballero Jacinto de Lariz.

LA PRIMERA EXCOMUNION

Ocurrió que el gobernador comenzó a expresar la opinión que le merecían algunos distinguidos vecinos en voz un poco alta. Solía referirse a ellos con el mismo aprecio e igual distancia conque suele hablarse de las cucarachas. Don Jacinto consideraba que el día que aceptó el mando de la gobernación hizo un invalorable favor a ese montón de palurdos que poblaban el caserío de la Trinidad, y no perdía ocasión de manifestarlo. Especialmente le reventaban los cabildantes, tal vez porque era tan hinchados y prosopopéyicos como él mismo. En las reuniones del alto cuerpo comenzó a mostrar el desdén olímpico que le merecían todos y cada uno de los eminentes señores, a los que trató como un hato de miserables pordioseros. Es de imaginar los sentimientos de los agraciados, que alentaban de sí mismos inmejorable opinión y se consideraban la flor y nata de la gobernación, una especie de aristocracia por autodeterminación. Como don Jacinto no los podía ver, siguió el camino más corto, es decir, dejó de verlos: fue espaciando cada vez más las reuniones del Cabildo, hasta que finalmente lo convocó nueve veces en todo 1651 y apenas tres en 1652.

Con eso había suficiente para dar que hablar a la gente y animar cualquier tertulia, pero el gobernador no se declaró contento y extendió su majestuoso desdén nada menos que a la propia figura del obispo, fray Cristóbal de la Mancha y Velasco. Los dos llegaron casi al mismo tiempo a la Ciudad de la Trinidad, ya que el obispo se hizo cargo de la diócesis unos tres meses después que don Jacinto de la gobernación. Aparte de que uno era militar y el otro dominico, que de Lariz era español neto y de la Mancha criollo, nacido en Lima, tenían un interesante punto de contacto: ambos eran irreductiblemente orgullosos. Se ha dicho que la arrogancia del mitrado era tan larga como su apellido, en lo que tal vez se ha exagerado (me refiero a la arrogancia, no al apellido), pero estaba de Dios que ambos debían chocar inexorablemente. El primer síntoma nació a raíz de las misas que oficiaba el obispo y a las que debía concurrir Lariz. De acuerdo al protocolo, los servicios religiosos no podían empezar antes de la llegada del gobernador con su comitiva, y el sutil mandatario comenzó a retardar sádica y perceptiblemente su pomposa irrupción en la Iglesia Mayor. Allí quedaba el obispo, de brazos cruzados, mordiendo su indignación, mientras la concurrencia de los primates porteños cambiaba miradas, viendo pasar la hora y hastiándose heroicamente hasta que al cabo entraba imponente, distante, majestuoso, el bendito maestre de campo.

Parece que el obispo aprovechó algún sermón para echarle indirectas al gobernador, porque éste intensificó su agresividad. Caía a misa y seguía el oficio hasta el momento en que el obispo subía al púlpito. Simultáneamente, don Jacinto se levantaba, salía ostentosamente del templo y se iba a tomar aire a la plaza hasta que



le informaban que el sermón había terminado. Entonces volvía a entrar y continuaba los rezos. Aquello no podía continuar así, sobre todo con fray de la Mancha, que no era precisamente seráfico.

La característica corresponde a casi todos los obispos de la época en esta zona, que fueron hombres de pelo en pecho, nada mojigatos cuando había que cantar cuatro frescas en la barba de quien fuera. De allí los repetidos conflictos entre el poder espiritual y el temporal que sacudían a Buenos Aires, y no podía ser de otra manera. Para manejar aquellos pobladores individualistas y ariscos hasta la delincuencia, para habérselas con gobernantes y administradores venales y tramposos, era menester colocar al frente del clero a quien fuera capaz de tocar el mismo diapasón y devolver los golpes con igual fuerza. Aquella era una sociedad bravía, por momentos temible, donde no corría la mansedumbre. Con decir que al cuatrerismo se lo consideraba "ser uso y costumbre en estas partes y no ser delito". Y si los cuatreros eran honorables, podemos imaginar el resto. Si el obispo no demostraba de entrada que era tan hombre como el que más y obraba en consecuencia, el clero hubiera sido barrido, triturado por aquella sociedad con encogidos escrúpulos y bajo sentimentalismo.

Al llegar Semana Santa se intensificaron las diferencias. Era costumbre que en la procesión el gobernador llevara en sus manos el guión o cruz de la comunidad, de modo que el obispo se lo entregó a Lariz, pero éste, displicentemente, se lo pasó a un soldado para que lo llevara en su nombre. No contento con el desplante, cuando los miembros del Cabildo se dispusieron a tomar las varas del palio para llevarlo —también de acuerdo a la costumbre— se negó en redondo, alegando que si bien el gobernador debía ir detrás del palio, los cabildantes tenían que marchar atrás de su augusta persona. El escándalo animó singularmente a la Plaza y la terquedad inconmovible de don Jacinto no dio muestras de ceder, por lo cual la celebración pareció destinada al naufragio. Finalmente el obispo logró un arreglo de circunstancias: el guión lo llevó el deán, el palio algunos sacerdotes, detrás fue el victorioso don Jacinto y más atrás los mustios cabildantes.

Además, y para terminar de fastidiar al obispo, don Jacinto comenzó a retrasar el pago de los diezmos debidos a la curia, amenazando de ese modo dejar en seco la caja episcopal. De modo que al cumplir un año de gobierno Lariz se las había arreglado para alentar en Buenos Aires una nutrida oposición, próspera y creciente, que comenzó a considerar insoportable la petulancia del mandatario. En reuniones y corrillos ya se decía que don Jacinto estaba loco; era la única explicación de sus extrañas actitudes y caprichos incomprensibles. Pero las cosas no quedaron en rumores. El obispo se encargó de elevar un circunstanciado informe, debidamente atestiguado, a la Real Audiencia de Charcas, dando cuenta del proceder arbitrario del gobernador. Lo malo fue que don Jacinto se enteró de los preparativos.

El obispo de la Mancha y Velasco cometió a su vez un error que abrió el flanco para la venganza del gobernador. La curia había recibido el beneficio de un importante legado procedente de un rico feligrés fallecido. Eran dos casas, el producto de cuya venta debía destinarse al socorro de los pobres. El obispo soñaba con crear un seminario en la ciudad, y vio en el legado la oportunidad de concretar el anhelo; una de las casas fue destinada a seminario e inmediatamente dispuesta como tal. Lástima que pasó por alto un trámite imprescindible: para abrir el seminario se requería permiso del gobernador, y don Jacinto, enterado de que el mitrado elevaba notas donde precisamente no le arrojaba flores, no tardó en proceder lo más estrepitosamente posible. Un buen día se apersonó con nutrida escolta de soldados en el flamante seminario, echó a todo el mundo afuera a empujones, vació escrupulosamente todas las dependencias, arrojó los muebles a la calle y dio por clausurado el seminario, amenazando con sacar a bofetadas al que tuviera la peregrina idea de volver a entrar. Tras fulminar de esa manera, el iracundo don Jacinto volvió a casa pisando fuerte, no sin dejar una respetable guardia frente al inmueble clausurado.

Aquello era demasiado. El obispo llegó a la conclusión de que su paciencia había funcionado bastante y no se le podía exigir más. No estaba el gobernador de regreso en el Fuerte, cuando ya monseñor de la Mancha le iniciaba juicio criminal en esta tierra y lo despojaba de sus derechos al cielo, ya que al procedimiento legal apareó el eclesiástico, excomulgando solemnemente a Jacinto de Lariz. El voluminoso expediente contra el gobernador estaba listo para iniciar viaje a Charcas. Faltaba la correspondiente firma de escribano, y entonces el obispo encontró dificultades, ya que no hubo escribano



La Plaza Mayor de Buenos Aires antes de que Jacinto de Lariz fuera gobernador del Río de la Plata.

JACINTO DE LARIZ

dispuesto a mezclarse en el asunto. No por admiración al gobernador, por supuesto, sino por temor a las represalias de don Jacinto, que solían ser contundentes. De modo que los papeles fueron despachados sin ese requisito legal.

EL ORO DE LOS JESUITAS

Hacía tiempo que se hablaba en Buenos Aires de que los jesuitas habían descubierto minas de oro en la extensa región de sus misiones, ubicadas dentro de la gobernación del Río de la Plata. Se aseguraba que los misioneros habían ocultado cuidadosamente su descubrimiento, explotándolas en silencio sin dar parte correspondiente a las autoridades reales. Los rumores parecieron cobrar cuerpo cuando apareció un indio guaraní llamado Ventura, afirmando saber con exactitud el emplazamiento de las minas clandestinas, por haber trabajado en ellas.

Don Jacinto paró la oreja, intuyendo una coyuntura favorable. Por un lado podía lucirse ante el rey descubriendo algunos yacimientos auríferos, y por otro tenía la excusa para salir de Buenos Aires en momentos que el ambiente se había tornado irrespirable, con altísima tensión. Era prudente tomarse unas vacaciones lo más lejos posible del obispo. Como excusa, exhumó una vieja orden real a su antecesor Dávila para que visitara las misiones jesuíticas. Como aquel gobernador, demasiado ocupado con sus amantes, no se molestó en cumplirla, Lariz encontró que le venía de perlas para sus propósitos. Le pasó el plumero y afirmó que debía cumplirla en el acto. El Cabildo desaprobó el viaje —tal vez para fastidiar al gobernador— alegando la amenaza de las naves portuguesas, que podían amagar un golpe contra Buenos Aires. Era menester que el gobernador se quedara, en su condición de tal y como militar experimentado. Pero no era el Cabildo quien pudiera torcer las determinaciones de don Jacinto, así que en agosto de 1647 abandonaba la Ciudad de la Trinidad al frente de cuarenta soldados, llevando consigo al guaraní Ventura, sin olvidar un experto en la identificación de yacimientos auríferos, de nombre Martín de Vera. En Santa Fe hizo un alto para reforzar su corta escolta con veinte hombres más. Aprovechó para visitar algunas reducciones franciscanas a ambos lados del Paraná, y finalmente llegó a Corrientes mes y medio después de la partida de Buenos Aires. Durante su estancia en aquella ciudad, recibió dos interesantes cartas que lo reforzaron en la idea de que estaba a punto de hacer descubrimientos sensacionales. Una de ellas era del obispo de Asunción, fray Bernardino de Cárdenas, en la que acusaba a los jesuitas de haber trampeado al fisco en sumas millonarias por intervalo de cuatro lustros. También el mitrado se explayaba en largas consideraciones que dejaban bastante mal a los hijos de Ignacio de Loyola, y finalizaba poniendo en guardia al gobernador contra aquellos habilísimos truhanes, que indudablemente tratarían de envolverlo y engañarlo. Lariz creyó en la información prestada, aunque tal vez ignorara que fray Bernardino, de la seráfica orden de San Francisco, era un violento comejesuitas que no podía ver a sus hermanos en Cristo ni en pintura. La segunda carta era del colega de don Jacinto, Diego Escobar de Osorio, gobernador de Paraguay, que ratificaba la anterior y aseguraba la existencia de las minas de oro clandestinas. En suma, lo que el gobernador y el obispo de allende el Paraná esperaban de Lariz era que barriera del mapa a los jesuitas, anticipándose un siglo a Carlos III.

Promediaba octubre de 1647 cuando don Jacinto puso pie en la primera reducción dirigida por la Compañía de Jesús. No encontró nada sospechoso, y un poco desorientado escribió a monseñor Cárdenas y al gobernador Escobar pidiéndoles datos un poco más concretos. Que le dijeran en qué lugar exacto estaban las dichosas minas, y de ser posible que le mandaran alguna persona de confianza que supiera algo de primera mano sobre ellas. Las respuestas de ambos dignatarios coincidieron en lo nebulosas, pero eso sí, afirmaban rotundamente que minas había, aunque en el momento de entrar en precisiones la claridad se empañaba visiblemente. Claro que piadosamente ponían en guardia al gobernador, ya que los jesuitas ocultaban tan bien su tesoro en lo más profundo de selvas impenetrables, que era muy difícil alcanzarlo, y si por casualidad lo encontraba, debía extremar las precauciones, pues la Compañía había organizado un perfecto sistema de defensas. Las minas eran reductos cubiertos por poderosos fuertes y torreones bien artillados, para enviar junto al Creador a los indiscretos. ¡Y pensar que faltaban tres siglos para que Ian Fleming inventara a James Bond!

Lariz siguió recorriendo una tras otra las reducciones sin encontrar más que orden perfecto, situaciones en regla, todo escrupulosamente ajustado a la ley. Tal vez ya hubiera entrado en sospechas sobre la existencia de las opulentas minas y empezara a mirar demasiado fijo al indio Ventura, pues éste un buen día se hizo humo omitiendo despedirse.

Lo notable es que don Jacinto, que solía andar mal con todo el mundo, se llevó muy bien con los jesuitas, pese a la excomunión que llevaba a cuestas. La mutua cordialidad abrió camino para que ambas partes se allanaran con franqueza. Los sacerdotes pusieron un día las cartas sobre la mesa, manifestando que todos sabían por qué y para qué andaba por allí el gobernador. Y bien, había visitado las reducciones, había investigado libremente y no había sacado nada en limpio. Pero como aún podían quedarle dudas, lo invitaban a que procediera como mejor le pareciera para llegar a una conclusión final y de esa manera, o las minas aparecían, o se desechaba para siempre la absurda acusación.

Don Jacinto aceptó en el acto, complacido, y puso en marcha un método interesante para llegar a la verdad. Ordenó pregonar un bando entre los indios ofreciendo al que denunciara la ubicación de las minas, un sabroso premio en efectivo, más el grado de capitán en el ejército, uniforme incluido. Si por casualidad había alguna mina, con ese procedimiento no dejaría de aparecer. Se presentó un indio afirmando saber dónde estaba el oro. Los ojos de don Jacinto debieron brillar. Allá mandó al experto Martín de Vera para que encontrara el precioso metal.



Galerías subterráneas que formaron parte del Fuerte de Buenos Aires; hoy integran el Museo de la Casa de Gobierno.

El lugar señalado era un arroyo, pero por más que dio vueltas, don Martín no halló el menor rastro de nada que se pareciera al oro. Indudablemente el buen indio denunciante quiso ingresar al ejército con escaso esfuerzo.

A su vez, los jesuitas habían tendido redes para dar con el guaraní Ventura, primer motor del asunto. La pesquisa dio frutos, el indio fue apresado y llevado a presencia de don Jacinto. El gobernador lo recibió solemnemente, rodeado de funcionarios y sacerdotes. Su primera pregunta fue de dónde había sacado aquello de las minas de oro. Y la respuesta dejó a Lariz con la boca abierta. Ventura negó en redondo que alguna vez en su vida hubiera denunciado al gobernador la existencia de ninguna mina. Fue inútil el estallido de don Jacinto, que rojo de ira mandó meter en el potro al mentiroso hasta que confesara. También fue inútil. Ventura estaba dispuesto a que lo despedazaran, pero no a hablar. Al cabo Lariz ordenó aplicarle 200 azotes y dejarlo en libertad. Casualidades de la historia: aquel guaraní embustero tenía exactamente el mismo nombre que el negro que dos siglos después mandó al cadalso a Martín de Alzaga... y no faltan indicios de que el segundo Ventura fue tan mentiroso como el primero.

A fin de año el gobernador estaba de regreso en Buenos Aires con las manos vacías. Había hecho el papelón del siglo y era consciente del traspié, pero obró con ecuanimidad, tratando de ser justo con los calumniados jesuitas. Les concedió permiso para nuevas reducciones que proyectaban y elevó un informe al rey alabando la obra de la Compañía entre los guaraníes. Aconsejó a la corona no gravar a los indios con tributos excesivos y declaró que los hijos de Loyola eran totalmente inocentes del infundio de explotar minas de oro clandestinas.

LA IMAGINACION DE DON JACINTO

La ausencia suele ser un excelente paliativo de rencores y discordias. Cuando el gobernador regresó de su tournée misionera, encontró los ánimos más encalmados y mejor dispuestos hacia su persona. Por otra parte, él cuidó de portarse bien y de ese modo las autoridades porteñas vivieron una segunda luna de miel. Por entonces llegó el fallo de la Real Audiencia de Charcas sobre el litigio entre el gobernador y el obispo. El alto tribunal procedió salomónicamente, poniendo las cosas en su lugar y tratando de echar aceite sobre las encrespadas aguas del conflicto. Señalaba bonachonamente que el obispo y el gobernador debían tratar de llevarse bien; al primero le comunicó que no podía crear un seminario sin previa autorización real y sin haber provisto adecuadamente su subsistencia, y respecto de la excomunión del gobernador, devolvió los pliegos por no ajustarse a lo prescripto por ley, manera elegante de darla por levantada. En cuanto a don Jacinto, lo conminó a entregar los diezmos adeudados al obispo, prohibiéndole retenerlos en adelante, le explicó que debía llevar la cruz en las procesiones y le instruyó que los cabildantes debían llevar las varas del palio, debiendo en adelante ajustarse a esas normas... ¡Ah! También que llegara temprano a misa.

Como el obispo no se hablaba con el gobernador, monseñor de la Mancha le mandó dar conocimiento de la sentencia a través de un amigo común. Lariz estuvo de acuerdo en todo menos con pagar, alegando que no había dinero en caja.

Por un tiempo las cosas anduvieron bien y los viejos rivales pudieron dedicarse cada uno a sus asuntos en paz. El obispo subió los aranceles de misas y entierros y dispuso se edificara un templo a San Juan Bautista, germen de la futura parroquia de ese nombre y antecesora de la actual iglesia que se levanta en la calle Alsina.

También el gobernador se dedicó a sus cosas. No hace falta decir que eran menos espirituales. Consistían esencialmente en seguir el camino trazado por sus antecesores en el asunto del contrabando. Esto no era novedad para nadie; lo novedoso fue el sistema que empleó don Jacinto, absolutamente inédito.

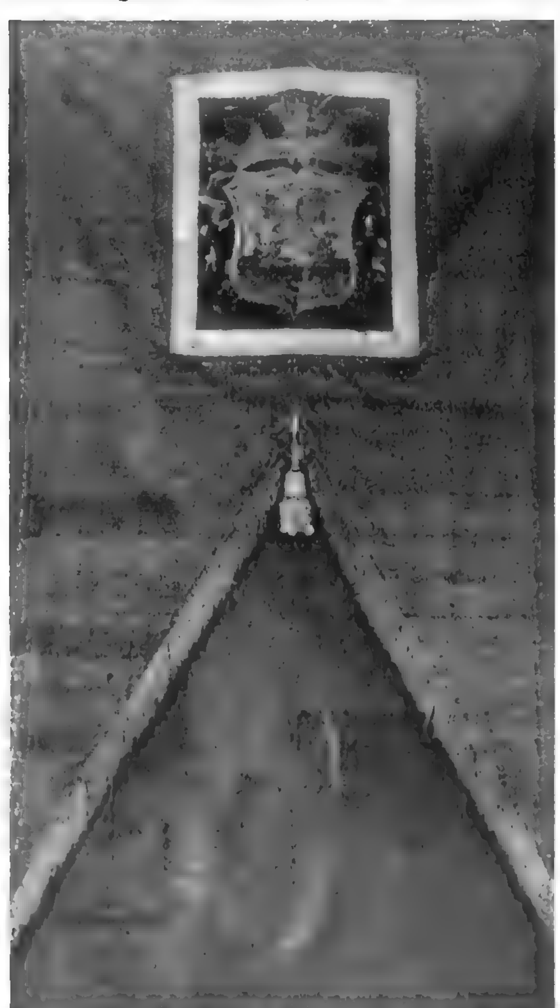
Un día los porteños vieron que en la ribera aparejaba y era cargado un buque beatíficamente nominado "San Pedro". Como el puerto estaba estrictamente cerrado al comercio y los porteños perdieron la inocencia desde el tiempo de la Fundación, estuvo claro para todos que aquel santo se disponía a contrabandear con las colonias portuguesas con la bendición —y participación— del gobernador. El patrón del buque que se preparaba a vista y paciencia de todo el mundo, Francisco Fernández Barroza, llenó la nave de cueros, naturalmente después de untar abundantemente la mano de don Jacinto con una buena coima. El feliz marino se hizo a la mar y tiempo después la "San Pedro" estaba de regreso en Buenos Aires, atiborrada de negros para vender como esclavos. El viaje había sido gloriosamente lucrativo. El contento debía invadir el rostro de don Fernández, cuando Jacinto de Lariz le cayó encima con todo el peso de la ley. Apenas el ancla tocó fondo, el gobernador, sin dar cuenta a la justicia, ordenó confiscar la carga y arrojó dentro de una celda al desventurado capitán. Para que éste no hablara demasiado, lo juzgó y condenó drásticamente, omitiendo el fastidioso trámite de concederle una defensa. Después ordenó rematar a los negros confiscados, y cuando la última moneda de la subasta cayó en la caja, se presentó reclamando el tercio de esa suma, premio que le correspondía en su condición de denunciante, y que tuvieron que entregarle. De

JACINTO DE LARIZ

ese modo el emprendedor don Jacinto ganó a dos puntas en la transacción.

El procedimiento era muy interesante, pero tenía un serio inconveniente: en adelante difícilmente otro capitán se aventurara a tratar con el gobernador. Por ello éste debió imaginar algún sistema nuevo para embolsar una suma interesante. Y lo encontró. Escribió a su colega, el gobernador portugués de Bahía, don Salvador de Correa de Sáa y Benavidez, confiándole haber recibido permiso real para abrir el puerto de Buenos Aires e invitándolo a un intercambio comercial entre ambas ciudades, por lo cual sería muy bien recibida una nave portuguesa bien cargada de mercancías.

Fuera del hecho de que la apertura del puerto era un magnífico embuste, don Salvador Correa



Estandarte del Alférez Real que ondeó en Buenos Aires hasta 1811, con el escudo de la ciudad, creación de Lariz.

mordió el anzuelo con todo entusiasmo. Al principio dudó un poco, pero sus consejeros lo impulsaron a aceptar la invitación.

No era posible que un caballero de la Orden de Santiago como Jacinto de Lariz faltara a su palabra. Y allá fue una nave colmada de negros y sacos de azúcar por un considerable valor. Por si acaso, el gobernador de Bahía agregó a un sacerdote capuchino que llevaba consigo la carta de Lariz, como salvoconducto en caso de que los vientos hubiesen cambiado. El buque ancló frente a Buenos Aires, todos desembarcaron y al principio las cosas fueron bien. Incluso el fraile pasó a saludar a don Jacinto, que lo recibió en el Fuerte, tomando de sus manos una atenta carta del gobernador Correa. De pronto la plácida situación varió con la violencia de un rayo. Todos los marinos portugueses, junto con el capitán y el fraile, fueron a dar a la cárcel y las mercancías confiscadas. Lariz obró en este caso con su clásico estilo expeditivo y directo. Había que callar al capuchino en primer término. En consecuencia, y por su cuenta y riesgo, lo despojó de los hábitos y lo envió para ser juzgado bien lejos, al otro lado de la cordillera. Suponemos que previamente don Jacinto destruyó minuciosamente su correspondencia con el gobernador Correa. Luego vino la subasta de los bienes confiscados. No se olvidaron de nada. Salieron a la venta pública los negros, el azúcar, e incluso la nave en que viajaron. Pasado lo cual, don Jacinto se presentó virtuosamente a cobrar el tercio como denunciante.

Todavía estaba contando el dinero cuando se avisó de la presencia de una nave en el puerto. El incauto Correa había despachado otro buque sin esperar noticias de la suerte del primero. ¡Albricias!, pero la segunda embarcación procedió con más prudencia. Desembarcó solamente el capitán, que declaró a las autoridades haber llegado gracias al permiso otorgado por el gobernador. Había que silenciar a ese hombre tan conversador. Aparentando una honorable indignación, Lariz metió preso al capitán y comunicó a la tripulación que sólo lo entregaría previo pago de rescate, consistente en ochenta negros en buen estado. Aquel capitán no debió ser muy amado por sus marinos, pues éstos prefirieron quedarse con los ochenta negros. Sin perder tiempo levaron anclas y se mandaron mudar, dejando al comandante en tierra.

Don Jacinto tomó las cosas a la tremenda y extralimitándose en sus funciones condenó a muerte, por su cuenta, al pobre capitán, que fue ejecutado sin juicio ni defensa. Todo lo anterior viene demostrando que en los procesos mentales de Lariz había indudablemente una profunda rayadura, que por momentos lo convertía en un tío peligroso. De allí que en Buenos Aires comenzara a reinar una suerte de terror, donde cada vez eran menos los que se atrevían a discutir con el gobernador o poner públicamente en tela de juicio sus procedimientos. En su anormalidad, aquel hombre no conocía escrúpulos. Así, y tal vez con el fin de ocultar su jugarreta con el gobernador portugués, denunció a Lima la inminencia de un ataque procedente de Brasil, acusando de paso a los jesuitas misioneros de estar en connivencia con los posibles invasores. Llamativa acusación en quien tuviera tantos elogios para la Compañía de Jesús.

Pero antes de seguir examinando la pintoresca manera de gobernar de don Jacinto, bueno es concluir con el tema de los manejos monetarios


3 OBRAS
FUNDAMENTALES
PARA EL ESTUDIOSO
DE NUESTRA
HISTORIA


ORIENTE

de éste, que le iban significando apreciables sumas en efectivo. Desde ya, con el puerto no podía contar más después de lo ocurrido, pero entonces echó mano de un procedimiento que las mismas autoridades superiores le sirvieron en bandeja: una reforma monetaria.

El procedimiento que desde siempre han seguido los gobiernos para tapar sus baches financieros ha consistido esencialmente en diluir el valor de la moneda, quedándose con la diferencia. En nuestros tiempos de moneda papel se emiten billetes entusiastamente, poco menos que a mimeógrafo. La mayor cantidad de circulante quita valor a cada billete individual. Es lo que en buen romance se llama inflación. Antaño, cuando lo que circulaba eran monedas de metales nobles, se fijaba la cantidad exacta de oro o plata que debía llevar cada pieza. Era la "ley" de la moneda, y desde que el mundo era joven cuando un gobierno andaba en apuros echaba mano del recurso de disminuir la cantidad de metal precioso en circulación, reemplazándolo por otro más pedestre. España, que tenía siempre las finanzas por el suelo, recurrió a ese fraude legal de manera crónica. A tal extremo llegaron las cosas que las monedas que circulaban eran de cualquier metal menos el que teóricamente le correspondería ser. Había que poner punto final a tan tremenda desvalorización, y el virrey dispuso desde Lima una amplia reforma monetaria. Mandó volver a sellar la moneda que en esos momentos se acuñaba, estampándole encima su valor real, al tiempo que ordenaba otra acuñación con nuevo sello. Además la moneda en circulación, en tanto no fuera reemplazada por la nueva, debía marcarse con un punzón especial que reducía su valor nominal al real. Don Jacinto de Lariz recibió las órdenes del virrey y pescó la oportunidad al vuelo. Sin perder tiempo pagó sus cuantiosas deudas en moneda al valor nominal, antes de resellarla, con lo que se ganó un buen pico; además, se apresuró a cambiar todo el dinero malo que tenía por el nuevo de buena ley, pero trocándolo a la par, y además exigió que los pagos a su augusta persona se hicieran con la nueva moneda. Es difícil decir cuánto ganó en el enjuague, pero es indudable que aquel gobernador de Buenos Aires, hoy olvidado, no tenía nada que aprender de muchos ministros de finanzas de nuestros baqueteados días.

EL ESCUDO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

No todo habría de ser fraude, escándalo y arbitrariedades en los anales del gobierno de don Jacinto. Algo bueno tenía que tener, y lo notable es que ese tilde positivo de su gestión ha sido asombrosamente persistente en los siglos, como que el escudo distintivo de la capital argentina procede de los tiempos de Lariz. Más aún, fue él mismo, pésimo gobernante hoy borrado de la memoria de los porteños, quien sugirió la conveniencia de confeccionarlo.

Ocurrió que en la reunión del Cabildo correspondiente al 5 de noviembre de 1649, don Jacinto, que no perdía oportunidad de mostrarse agrio con el augusto cuerpo, lo criticó despectivamente, echándole en cara a los señores cabildantes que no usaran la ropa adecuada que indicaba el protocolo y que carecieran de las mazas de plata que todo cuerpo digno de ese nombre debía tener. Además la ciudad no tenía escudo, y ello era verdaderamente intolerable. ¿Cómo era posible que esa mísera ciudad que se honraba con tener a Jacinto de Lariz por gobernante careciera de símbolo heráldico? Los cabildantes aguantaron el chubasco y revisaron los libros en busca de antecedentes, sin encontrar nada absolutamente que se refiriera al tema escudo. Lo cual nos demuestra que la burocracia porteña estaba ya bastante adelantada y había alcanzado el adecuado grado de ineficiencia digno de un pueblo evolucionado. Pues escudo había, y estaba debidamente consignado en las actas capitulares que aquellos señores tenían delante de las narices. Cierto que no había ningún dibujo del mismo, pero sí una circunstanciada descripción. Y aquel símbolo tenía un valor imponderable, como que había sido diseñado por el mismo Fundador, don Juan de Garay, y presentado al primer Cabildo porteño el 20 de octubre de 1580, cuatro meses después de dejar establecida la Ciudad de la Santísima Trinidad.

Aquel olvidado escudo estaba concebido de la siguiente manera: un águila negra sobre fondo de plata, sosteniendo en la garra derecha la Cruz de Calatrava en rojo. Al pie del águila madre, cuatro aguiluchos "demostrando que los cría", según el acta respectiva. Se ha discutido mucho el significado del águila, pero razones no le faltaron a Garay: en las armas de los Habsburgo reinantes en España figuraba un águila negra, y un águila negra campeaba en los escudos de Ortiz de Zárate y de Torre de Vera, siendo el primero suegro del segundo y éste a su vez superior de Garay, que fundó Buenos Aires en su nombre. En cuanto a los cuatro aguiluchos, representarían a las cuatro ciudades que debía fundar Ortiz de Zárate de acuerdo a la capitulación real de 1569. La Cruz de Calatrava es explicada en la misma acta como símbolo del "propósito firme de ensalzar la Santa Fe Católica y servir a la corona real de Castilla y León". Para colmo aquel escudo tuvo sanción oficial, ya que fue aprobado por el Consejo de Indias el 20 de setiembre de 1591. Después cayó en el olvido con bastante rapidez, distorsionándose a través del tiempo, y así inexplicablemente en 1615 se habla de las armas de Buenos Aires como de un pelícano con cinco hijos. La degradación del águila a pelícano y el aumento de la prole de cuatro a cinco nunca fue satisfactoriamente explicado.

De modo que cuando don Jacinto echó en cara destempladamente a los cabildante el no tener escudo de la ciudad, éstos pudieron taparle la boca con el diseñado por el mismísimo Garay, pero como no lo sabían, aceptaron la reprimenda y confeccionaron otro. Y si alguien tiene la culpa de este segundo escudo no es de ningún modo Jacinto de Lariz, sino los ignorantes que formaron el Cabildo en 1649.

Fue así que el 5 de noviembre se escribió esta espléndida barbaridad: "Atento a no haberse hallado en el archivo de este Cabildo y sus libros que haya tenido ni tenga hasta ahora armas algunas cuyo sello de armas sirva para sellar cua-



El escudo reglamentario de la ciudad de Buenos Aires. modelo actual.

lesquiera testimonios, certificaciones, pliegos, cartas y demás recaudos necesarios". Barbaridad, porque en los archivos del Cabildo estaban los antecedentes que aquellos miopes no vieron. Tanto estaban, que todavía siguen estando.

El nuevo escudo, dibujado bastante deficientemente en la misma acta, tal vez por el escribano Gregorio Martínez Campusano, se asienta sobre un pergamino de contornos irregulares, "con evidente influencia de la heráldica alemana", según Humberto F. Burzio, rematado en la parte superior por una flor de lis borgoñona. El campo del escudo, según el mismo autor, es típico del español anterior al siglo XVIII, cuya bordura ostenta el nombre de la ciudad, con abreviaturas en monograma en algunas de las sílabas de sus palabras, que completo dice: "CIVDAD DE LA TRINIDAD PVERTO DE BVENOS AIRES". La parte superior del campo la ocupa una paloma de frente con el pico hacia la izquierda, las alas desplegadas y rodeada de un halo radiante. En la parte inferior un diseño de aguas agitadas sobre las que se destaca un ancla íntegra, en posición acostada, mostrando todas sus partes.

La interpretación del escudo es elemental y su concepción deriva del nombre de la ciudad: la paloma representa al Espíritu Santo, símbolo de la Santísima Trinidad, las aguas al Río de la Plata y el ancla al puerto de Buenos Aires. Si bien no hay indicación alguna en lo que a color respecta, se infiere por las normas de la heráldica que el cielo sobre el que se destaca el Espíritu Santo debe ser azul, y las aguas del campo inferior blancas por la plata del río al que representan.

De ese modo Jacinto de Lariz dejó su impronta indeleble en nuestra historia.

LA SEGUNDA EXCOMUNION

Don Jacinto no era hombre para vivir en paz. Cuando no tenía un buen conflicto a mano, no tardaba en fabricarlo. Especialmente vengativo, perseguía infatigablemente a todo el que consideraba opositor a su persona, y solía obrar con tal arbitrariedad y rapidez —con prescindencia total de la legalidad— que pronto fue el hombre más temido por este lado del continente. Su gobierno fue una franca dictadura con destellos de despiadada tiranía, que gestaron las primeras horas de terror que vivieron los porteños.

Especialmente le seguía molestando la simple presencia del obispo, monseñor de la Mancha, al que le resultaba difícil doblegar, y como el obispo también estaba tallado en madera dura, no podía tardar en romperse la frágil paz establecida gracias a la Audiencia de Charcas. La chispa que encendió la mecha fue una desorbitada disposición del gobernador, que por sí y ante sí ordenó que en adelante no fuera admitido en el fuero real ningún sacerdote, ni en causa propia ni ajena, pudiendo sólo intervenir en juicio a través de tercero sujeto a fuero real, es decir, no perteneciente al clero regular o secular; tampoco estas personas podrían actuar como albaceas testamentarias.

Al gobernador se le fue la mano, pues carecía de atribuciones para tanto, sin contar conque contravenía abiertamente la legislación vigente. A monseñor de la Mancha y Velasco se le debió venir el alma al suelo al enterarse de la nueva e inesperada salida del gobernador. Empero, se tragó lo que pensaba, trató de tomar las cosas con calma, y le dirigió una cortés nota a don Jacinto solicitándole respetuosamente que dejara sin efecto la drástica medida. Lariz no se molestó en contestar e ignoró en absoluto las gestiones del obispo. Entonces monseñor de la Mancha perdió la paciencia, sintió que la sangre le subía a borbotones y en un rapto de furor comenzó a fulminar en masa, excomulgando al gobernador, al escribano que legalizó la disposición y a todos cuantos tuvieran que ver, de lejos o de cerca, con ella. Envió la lista de los interdictos a todos los templos y pidió se les diera máxima difusión. Era el 12 de febrero de 1650. Una semana después recibía una amenazadora carta de don Jacinto que, no siendo hombre de letras, no tardó en dejar la pluma para seguir las vías de hecho. El 22 de febrero irrumpía inesperadamente en la casa episcopal, se dirigía al despacho del obispo, y ya frente a monseñor se desahogaba sin la menor inhibición, insultándole a gritos y diciéndole en el riquísimo idioma español todo lo que pensaba de él, que era bastante.

Fuera de sus cabales, el gobernador iba coleccionando desaguisados y cavando su propia fosa. Los oficiales reales de justicia, sobre los que pasara por alto en ocasión de confiscar la "San Pedro" y los cargamentos portugueses, elevaron protestas a la Audiencia de Charcas, y ésta ordenó a Lariz que en adelante cumpliera los requisitos legales, dando el parte correspondiente. Don Jacinto no perdonó esa denuncia y para vengarse dejó cesante al oficial real que consideraba principal responsable del "soplo" a la Audiencia, prescindiendo del pequeño detalle de que, como gobernador, no podía remover a ningún oficial real.

Entre el gobernador y el obispo de Buenos Aires, la Audiencia de Charcas tenía trabajo asegurado. El segundo fallo emitido a raíz de la nueva desinteligencia entre ambos mandatarios también fue ecuánime: a don Jacinto le ordenaron dejar sin efecto su inconsulta disposición que afectaba a todo el clero, y a monseñor de la Mancha que levantara la excomunión y remitiera a Charcas todos los antecedentes, para juzgar al respecto. Empero, en este último dictamen había algo que favorecía la situación personal del obispo ante el gobernador. Para levantar la excomunión, don Jacinto debía trasladarse

a la Iglesia Mayor, reducto de su enemigo, y soportar una ceremonia donde el rival tendría la voz cantante. Algo humillante para Lariz, pero haciendo de tripas corazón se avino al acto público, que sobrellevó con rostro de hierro. Tan metálico estaba, que cuando el escribano le pidió que jurara obediencia a la Santa Madre Iglesia, no se dignó contestar. Varias veces le repitieron la invitación, incluso a voz en cuello, pero no se dio por enterado. Ante el asombro incrédulo del obispo y los asistentes, permaneció impertérrito, con los labios sellados.

LA TERCERA EXCOMUNION

Normalmente, un gobernador permanecía cinco años en funciones antes de ser relevado. Plazo no muy largo en condiciones corrientes, pero tratándose de don Jacinto, hasta un mes se parecía mucho a la eternidad. Además gobernó siete años. La pachorra del Consejo de Indias alargó su gestión a pesar de las quejas que se apilaban en sus oficinas.

Y los últimos años fueron los peores, gracias a sucesivas disposiciones y ocurrencias estrambóticas del siempre inédito don Jacinto. Lo que soportó entonces Buenos Aires fue una desembozada tiranía a lo sátrapa. Respecto de la orden de la Audiencia conminándolo a derogar la medida contra el clero, retrasó cuanto pudo su publicación y finalmente la dio a conocer presentándola como obra de su propia magnanimidad y soberano deseo.

Los repetidos choques con diversas personalidades —y vivía chocando permanentemente con todo el mundo— exacerbaron sus odios y deseos de venganza hasta puntos inconcebibles. Un día se enojó con un escribano y lo echó de la ciudad; otra vez la gresca fue con un segundo escribano, que también fue expulsado; al cabo tomó el toro por las astas y desterró a todos los escribanos en masa. El destierro era una de sus medidas favoritas y solía emplearlo con mano abierta, generosamente, previa confiscación de los bienes del inculpado. Todo ello, por supuesto, sin molestarse en procesar a nadie ni meterse en engorrosos trámites jurídicos.

Solía ensañarse sádicamente con aquellos que tenía entre ojos, y de esa manera no se limitó a cesantear ilegalmente al oficial real que lo delatara en el asunto de la "San Pedro", sino que escarbó pacientemente en su vida y encontró con alegría que el padre de aquél era portugués. Lindo flanco para castigar al enemigo, prescindiendo del hecho de que el anciano tenía noventa años de edad y llevaba setenta residiendo en Buenos Aires. Una expeditiva orden del gobernador desterró al pobre viejo casi centenario sin apelación posible.

Estas medidas no deben considerarse meramente como caprichos de niño malcriado. Los destierros, expulsiones y encarcelamientos obedecían a una progresiva psicosis de angustia que iba haciendo presa del gobernador, hasta desembocar en un verdadero delirio de persecuciones. Como buen dictador, don Jacinto veía enemigos hasta debajo de la alfombra; un miedo patológico hizo presa de él y a toda hora temía ser apuñalado, envenenado o derrocado. De allí esa furia implacable que descargaba a golpes de ciego contra todos los que ganaban su desconfianza.

En larga carta al rey, monseñor de la Mancha denunció la grave situación que atravesaba el Río de la Plata, señalando acertadamente que don Jacinto era "incapaz" para ejercer el mando. Tras extenderse sobre la falta de cultura de Lariz —la cual, efectivamente, dejaba mucho que desear—, concluía que únicamente servía para soldado... siempre que estuviera bajo las órdenes de otro. Y para rematar gráficamente su opinión, afirmó que prefería vivir entre moros antes que seguir bajo el poder de Lariz.

El ambiente de terror que pesaba sobre la Ciudad de la Trinidad tenía que desembocar necesariamente en otra gresca de proporciones. El momento llegó cuando don Jacinto se enojó con un capitán de nombre Antonio Martínez, al que puso de inmediato en la lista negra. Para comprender hasta qué punto era temido el gobernador, baste decir que el aterrado Martínez, tan pronto se supo marcado, no perdió tiempo en refugiarse en el convento de Santo Domingo, y no contento con ello abandonó el uniforme militar, tomando los hábitos de la orden. Pero ni aún así estuvo a salvo de las iras de don Jacinto, que pasando por encima de las inmunidades eclesiásticas, se puso al frente de un pelotón de soldados, forzó las puertas del convento, invadió los claustros hasta encontrar a Martínez, al que sacó a la rastra para arrojarlo sin contemplaciones en prisión.

Frente al atropello, el obispo volvió a fulminar al gobernador con la excomunión, tercera que coleccionaba en su agitada vida de católico (pero no mucho). Y para demostrarle a monseñor de la Mancha que le importaba un rábano lo que el mitrado pudiera resolver, siguió obrando de acuerdo a su soberana voluntad, mostrando además un creciente desprejuicio en cuanto a las normas de urbanidad en uso. Por ejemplo, había mandado construir junto a las puertas del Fuerte unos bancos de material, frente a la Plaza Mayor, y como ese verano fue especialmente caluroso, don Jacinto tomó costumbre de ir a dormir la siesta afuera, tumbándose en paños menores sobre ellos. De ese modo los vecinos y vecinas que pasaban por allí tenían ocasión de ver al gobernador play boy prácticamente desnudo, convertido en espectáculo central de la aburrida plaza.

Naturalmente, nadie dudaba en Buenos Aires que Lariz estaba irremediablemente loco y así se lo ha considerado hasta nuestros días. Cabe preguntarse pues si realmente lo fue, y vale aquí lo que en otra ocasión dijimos al respecto desde estas mismas páginas: locura no es término médico y loco no tiene significado psiquiátrico. Para Enrique Peña era un demente, término que implica una severa disminución de las capacidades mentales, y si bien don Jacinto no fue una lumbrera, demostró en muchas ocasiones poseer intacta su inteligencia. Mucho más nos gusta el término fronterizo que le aplica Vicente Sierra. Como se desprende de la palabra, el fronterizo es el individuo cuyos procesos mentales bordean los imprecisos límites de la normalidad y a veces los trascienden. Destaquemos que ello puede ocurrir preservándose más o menos intacta la inteligencia. De ningún modo el alterado mental tiene porqué ser un "opa" u oligofrénico. Pero una característica importante de la llamada locura es



Vista en detalle del escudo de Buenos Aires que estaba en el dosel del Cabildo y actualmente se encuentra en el Museo Histórico Nacional.

que el individuo —aún con plena conservación de la inteligencia— no es consciente de su estado. Tampoco el "loco" suele serlo las veinticuatro horas del día. Hay períodos lúcidos, a veces largos, en que se procede con absoluta normalidad, aunque es frecuente que el deterioro cerebral se acentúe con los años.

Todos esos elementos los encontramos en Jacinto de Lariz. Sus primeros tiempos en el poder, su gira por las misiones jesuíticas, no poseen sombra de anormalidad. Esos intervalos "buenos" se acortaron sensiblemente y al final de su gestión parecieron esfumarse definitivamente. Sumemos ahora las características de la personalidad de este hombre, de acuerdo a lo narrado: un majestuoso yoísmo, un imponente egocentrismo que intentó avasallar cuanto le salió al paso; don Jacinto se sentía infinitamente superior a los demás y estaba convencido que hacía, pensaba y decía las cosas mucho mejor que cualquiera; tampoco se sentía limitado por ninguna prescripción legal, moral o formal, pisoteando tranquilamente lo que no estaba de acuerdo con su criterio; finalmente, dio francas muestras de exhibicionismo; desde ya, una hipertrofia tal del yo implica un juicio aberrante, y el de don Jacinto lo fue en grado heroico.

Lo anterior nos permite suponer que Jacinto de Lariz fue un paranoico. Este tipo de personalidad se considera grandioso, invencible, dueño absoluto de la verdad. Y cuando uno de estos individuos llega al poder inevitablemente se torna peligroso, pues considera que todo aquel que discute o disiente lo hace movido por bajos motivos de envidia o rencor, y como tal debe ser implacablemente destruido. Y cuando el aparato de un Estado cae en manos de uno de estos tíos, fácil es imaginar el resto. También es frecuente en el paranoico el delirio de persecuciones y el afán de mostrarse, escucharse, exhibirse. Dios sabe lo feliz que hubiera sido don Jacinto con un micrófono en la mano.

Para terminar, Sigmund Freud opinaba que la paranoia sobreviene a raíz de una aberración sexual, específicamente la homosexualidad (nótese al pasar que los más feroces dictadores de nuestro tiempo, esos que suelen hablar cuatro o cinco horas seguidas extasiados de su propia voz, son individuos aparentemente sin apetito por el sexo opuesto). El creador de la psiquiatría moderna explicaba el proceso diciendo que la inclinación del paranoico por los seres de su propio sexo termina sublimándose y revertiendo ese amor sobre sí mismo, precisamente por pertenecer a dicho sexo. Ese autoaprecio genera el monstruoso egocentrismo del paranoico, que termina considerándose el mejor exponente de la humanidad.

Lo escrito valga sólo a título de hipótesis y no como diagnóstico terminante. No sabemos hasta qué punto don Jacinto fue un homosexual o mostró tendencias en ese sentido, pero creemos, sí, que fue un paranoico con todas las de la ley.

FIN DE UNA HISTORIA

El año 1651 sería de larga recordación en Buenos Aires. Al correr de sus meses la estrepitosa personalidad del gobernador se dejó sentir en peso, sin raptos de lucidez o mejoría. Su vesanía se desplegó libremente, sometiendo al pueblo porteño a momentos de verdadero horror. Como bien afirmara el obispo, era un hombre totalmente incapacitado para gobernar, y sin embargo debieron aguantarlo hasta que el Consejo de Indias se resolvió finalmente a reemplazarlo, enviando al sucesor que todos esperaban como a un salvador. En tanto, día tras día se sumaban desmanes y atropellos. Endeudado hasta las cejas, don Jacinto no trepidaba en pedir dinero incansablemente, que nadie se atrevía a negar, pese a saber que jamás volverían a verlo. Indiscriminadamente confiscaba bienes, de los que se apoderaba en todo o en parte, seguía desterrando a los que no le gustaban e incluso condenaba a muerte sin más apelación que su propia voluntad. La peligrosidad del gobernador alcanzó tales extremos que a la larga hubiera provocado un estallido popular de prolongarse la situación. Tal vez éste fue retardado por otra calamidad que entonces se abatió sobre Buenos Aires. Una virulenta epidemia asoló la castigada ciudad, con espantosos índices de mortalidad. La peste se prolongó casi un año entero y estuvo a punto de vaciar la Ciudad de la Trinidad. Especialmente se ensañó con los esclavos negros —tal vez fueran sus introductores—, que murieron en relación de 2 a 1 con los blancos, y cubrió de luto a los habitantes. Los escasos médicos y la medicina empírica de entonces nada pudieron hacer, y cuando comenzaron a caer los sacerdotes el propio obispo salió a recorrer los lechos de enfermos en pleno cumplimiento de su misión espiritual. El gobernador, en cambio, no sabemos que haya hecho nada, fuera de atrincherar su preciosa persona en el Fuerte.

Luto, terror, desaliento. Entonces apareció en el puerto una nave providencial.

JACINTO DE LARIZ

Un caluroso día del verano de 1652, exactamente el 19 de febrero, se avistaron las velas de un buque. Tal vez don Jacinto estuviera tirado durmiendo la siesta en público cuando le dieron la noticia. La voz corrió por el vecindario y creció la espectativa mientras la embarcación se acercaba, echaba anclas y bajaba los botes. Allí venía un señor de campanillas. Y lo era de veras. Poco después se presentaba en el Fuerte el maestre de campo don Pedro de Baygorri Ruiz y extendía sus credenciales; era el nuevo gobernador del Río de la Plata. Un enorme suspiro de alivio sacudió la Ciudad de la Trinidad. Todo Buenos Aires se arrojó a la calle para festejar el fin de la tiranía, vivar al nuevo gobernador, insultar en paz a Jacinto de Lariz. Los dos maestres de campo y caballeros de la Orden de Santiago (porque no hace falta decir que Baygorri lo era) cumplieron con el traspaso de mando y luego el nuevo gobernador se dispuso a dar cumplimiento a su deber de iniciar juicio de residencia a su antecesor. Y entonces encontró mucha tela para cortar. Debió quedar con la boca abierta. Allí no faltaba nada, había de todo: abuso de poder, opresión, defraudación, turbios manejos monetarios, violación de disposiciones reales, etc., etc. Tan espantado quedó que metió preso de inmediato a don Jacinto. Era tanto lo que se debía examinar, tanto lo que se tenía que decir, que el juicio demandó más de un año. Bien afirma Vicente Sierra que "es el más severo que registra nuestra historia". Baygorri lo condujo con altura e imparcialidad, y el 12 de diciembre de 1653 firmaba la sentencia, que tomamos del citado autor: "Lo condenó a doce años de suspensión de empleos y trece de destierro en Chile; al pago de mil pesos ensayados, doce mil pesos corrientes y siete mil trescientos pesos de cuatro reales; privación perpetua de oficios de justicia, expropiación de todos los bienes ganados ilícitamente en su gobierno y restitución a las cajas reales de cuarenta y siete mil novecientos veinte reales. Y todo esto sin llegar a agotar cuantos cargos le fueron formulados, los que se dejaron al juicio del Consejo de Indias".

Don Jacinto esperó sentencia a la sombra. Después partió para siempre de la Ciudad de la Trinidad en medio de la alegría general, custodiado como un delincuente. Volvió por donde llegara, es decir Mendoza primero, Chile después, Lima al cabo. Una vez en la Ciudad de los Reyes el otrora arrogante don Jacinto suplicó humildemente al virrey que aflojara el rigor de su prisión, dándole la ciudad por cárcel. Atento a su condición de maestre de campo y caballero, el virrey no tuvo inconveniente en soltarlo bajo palabra. Hizo mal, pues Lariz no solía comprometerla por mucho tiempo, así que no tardó en desaparecer de Lima.

Que un caballero huyera como un ratero tras violar su palabra era entonces algo inaudito, y para el virrey representaba una afrenta personal, por lo cual ordenó dar vuelta el virreinato y pasarle peine fino hasta dar con Jacinto de Lariz. Y dieron con él nomás. Lo hallaron miserable y enfermo, yaciendo en el lecho de un hospital de San Andrés, cerca de Pisco. Ya no podía esperar piedad ni consideraciones, y el virrey no las tuvo. Lo despachó inmediatamente hacia España, poniendo en manos del Consejo de Indias los detalles de lo ocurrido.

Con tan hermosos antecedentes, el ex gobernador —ahora un pobre diablo— no podía forjarse ilusiones. A principios de 1569 el Consejo de Indias dictó sentencia definitiva sobre el caso, fallo de incomparable severidad y dureza: expulsión e inhabilitación por el resto de sus días de todo cargo público; confiscación de bienes hasta sumas que dejaban en la calle a don Jacinto; destierro perpetuo de las Indias y prohibición expresa de acercarse a ellas a menos de veinte leguas; destierro de España por diez años. Los consejeros hubieran seguido adelante porque no estaban agotados los cargos, pero en vista de que el proceso corría peligro de eternizarse y como las penas dictadas ya eran bastante feroces, decidieron dejar allí las cosas y poner el "cúmplase" a lo dispuesto.

La severidad de la sentencia estuvo de acuerdo con la pésima administración de Lariz, y de paso demostró que el Consejo de Indias podía castigar muy duro a los malos gobernantes.

Allá fue don Jacinto al destierro, alejándose hacia las brumas del olvido y la locura. Entre ellas desapareció definitivamente de la historia. Tal vez no haya sido el único loco que nos gobernó, pero fue indudablemente el primero, y ninguno de los que vinieron después pagó tan cara su vesanía.

VICISITUDES DE UN ESCUDO

Por espacio de casi un siglo no aparecen referencias al escudo de la ciudad de Buenos Aires debido a la inquietud de Jacinto de Lariz. Empero, no hay duda que se siguió usando. El 4 de



El águila imperial con sus aguiluchos, teniendo en la garra la Cruz de Calatrava.

mayo de 1744 el Cabildo resolvió retocar el dosel de la sala capitular, por su mal estado, y en ese dosel pintado al óleo por mano anónima, figuraba el escudo ciudadano, de modo que si se dispuso una restauración es porque hacía rato que presidía las reuniones del cuerpo.

Todavía se conserva ese óleo en el Museo del Cabildo, y tiene su importancia porque en él figuran las dos naves no previstas en el diseño de 1649, si bien fuera del campo. El citado óleo ostenta el escudo real español de los Habsburgo, flanqueado por una imagen de la Santísima Virgen a la derecha y a San Martín de Tours, patrono de la ciudad, a la izquierda. Debajo del escudo real se encuentra el de la ciudad de Buenos Aires. Hay diferencias en el diseño del campo en relación al de 1649. Este era del tipo español anterior al siglo XVIII, mientras que el segundo es de estilo más moderno. En cuanto a los elementos del campo, la paloma del Espíritu Santo aparece apreciablemente más chica y sin halo, y en la parte inferior las aguas agitadas han sido reemplazadas por un estanque tranquilo, mientras el ancla, en vez de aparecer íntegra, se ha hundido dejando sobre la superficie apenas una uña. Fuera del campo aparecen dos naves, iguales, de tres palos, navegando en sentido opuesto, es decir con las proas enfrentadas, o "de vuelta encontrada" como dicen los marinos. Por qué razón se pintaron esas naves es un misterio. Se ha tratado de explicarlo como un homenaje a la Virgen del Buen Aire, cuya imagen se asocia siempre a buques de ese tipo. Pero hay otro misterio más difícil de explicar. La leyenda que bordea el escudo también ha variado y dice: LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE LA SANTISIMA TRINIDAD Y PUERTO DE SANTA MARIA DE BUENOS AIRES. Y aquí se nos queman los papeles si intentamos fechar la obra, porque ya vimos que el óleo presenta el escudo de los Habsburgo, que reinaron en España hasta 1701, mientras que el título de muy noble y muy leal le fue conferido a Buenos Aires en 1716, cuando ya reinaban los Borbones, y la evidente contradicción se convierte en rompecabezas para historiadores, siendo difícil datar con exactitud el cuadro.

Así las cosas, queda por explicar de qué manera esas naves advenedizas que estaban a los costados siguieron navegando y se metieron dentro del campo del escudo para no volver a salir más. Ocurrió en 1747, en ocasión de ser jurado en Buenos Aires el flamante rey Fernando VI. Festejando el acontecimiento se acuñaron medallas, y en ellas aparece por primera vez la pareja de naves que han ingresado victoriosamente al campo del escudo. Por qué, no se sabe. Se ha echado la culpa al alférez real don Francisco Rodríguez de Vida, bajo cuyo cuidado corrió la acuñación. A lo mejor le gustaban los buques y consideró una lástima dejarlos afuera. Este tercer escudo porteño tiene campo adaptado a la medalla, vale decir que es redondo, arriba está la Paloma, sin halo, con el pico apuntando a la izquierda y abajo un ancla entera sobre un río con suave oleaje. Las dos naves se representaron navegando en el mismo sentido, con las proas a la izquierda del observador. Para demostrar la libertad de criterio que ya existía en torno al escudo, diremos que hubo otra acuñación simultánea, también dedicada a Fernando VI, donde la Paloma apunta el pico al otro lado, el ancla se ve sobre un río con oleaje y las naves están representadas de vuelta encontrada. Vale decir que había para todos los gustos.

Los mismos elementos se repiten, con las inevitables variantes, en las medallas conmemorativas de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, pero en tanto, hacia 1797, aparece un modelo que para nosotros posee mucha importancia: el escudo del Consulado, cuyo cuño de bronce se conserva actualmente en la Academia Nacional de la Historia. Es la primera vez que en nuestro suelo aparece un escudo oval. Rematado en el extremo superior por la corona real, presenta en la parte de arriba del campo la Paloma con el pico a la derecha, abajo una enorme ancla con un brazo sumergido, y en medio dos naves proa a proa, pero navegando en escorzo, como destinadas a cruzar derroteros. Decíamos que este escudo tiene importancia porque su óvalo es exactamente igual al que tendría después el escudo nacional argentino, y sus colores —azul o celeste arriba, blanco abajo— también son idénticos, y para remate que en el Consulado trabajó Manuel Belgrano. Hace tiempo ya que Carlos Roberts emitió la hipótesis de que el general abogado tomó de ese escudo los colores de la bandera.

Hacia el 25 de mayo de 1811 aparece una medalla acuñada para festejar el primer aniversario de la Revolución, y en ella figura el escudo porteño. Al respecto ha escrito Humberto Burzio: "Esta pequeña pieza.... constituye uno de los enigmas de la medallística argentina, ya que no se ha logrado encontrar una explicación satisfactoria del motivo de su troquelado y la identidad de la autoridad oficial o particular que dispuso su confección". En torno lleva la leyenda VIVA LA EXCELENTISIMA JUNTA, y el escudo aparece rematado por la corona real. Lo más llamativo es que presenta una sola nave; la otra fue misteriosamente omitida.

Lo cierto es que desde antes de la Revolución de Mayo, y hasta mucho después, en un lapso que abarca las invasiones inglesas y la Guerra de Independencia, fue frecuente la representación del escudo porteño, ya en las banderas militares de los cuerpos que defendieron la ciudad, ya en el estandarte real que fue paseado por última vez en 1811, ya en condecoraciones y distintivos de varias fuerzas que lucharon en años posteriores. Sería largo describir uno por uno cada ejemplar en las variantes que presentan, que son interminables. Más interesa señalar que el uso del escudo se mantuvo en forma más o menos permanente hasta que en diciembre de 1821 Bernardino Rivadavia suprimió el Cabildo como institución, momento a partir del cual el escudo, símbolo íntimamente ligado a ella, sufre un eclipse perceptible.

Cuando treinta años después, el 2 de setiembre de 1852, se organizó la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, la Comisión de Educación de la misma, formada por los señores Domingo Faustino Sarmiento, Gabriel Fuentes y Emilio Agrelo, estudió el problema de los símbolos urbanos y en su dictamen aconsejó retomar el escudo tradicional de 1649, con "dos navíos anclados en mar espumoso plateado, con una Paloma volante en medio, en campo celeste, que simboliza el Espíritu Santo". Por primera vez eran claramente señalados los colores del escudo. Lo más llamativo, empero, es que no se dice palabra del ancla, otro elemento con pesada carga tradicional. Tal vez la omisión se debiera a que

los concejales consideraron superflua su mención después de decir que las naves debían aparecer ancladas a palo seco (es decir, con las velas recogidas) y no navegando. De ese modo, y a pesar de la omisión, los escudos esbozados a partir de entonces solieron presentar la uña de un ancla sobresaliendo de las aguas en la parte inferior del campo. El 22 de julio de 1856 el escudo de la ciudad de Buenos Aires fue oficializado, señalándose en los considerandos que se lo aprobaba para conservar la tradición del viejo Cabildo porteño.

De allí en adelante, al extenderse el uso del escudo municipal, se asistió a una esplendorosa proliferación de variantes al infinito, donde la fantasía de cada dibujante dio libre vuelo a su poder creativo. A tal punto llegaron las cosas, que en un momento dado fue imposible encontrar dos escudos iguales. La Paloma aparecía más grande, más chica, volando de frente, de costado, hacia arriba, hacia abajo, con halo, sin halo, con el pico a la derecha, a la izquierda, o de frente. Las aguas del río presentaban cualquier gama, entre la chatura de espejo de un estanque hasta el furioso oleaje de un vendaval. Sobre ellas el ancla subía y bajaba incesantemente, hundiéndose hasta dejar fuera trabajosamente una uña, ya sobresaliendo hasta quedar toda al descubierto, volcada tanto a la derecha como a la izquierda. Pero donde la variación alcanzó el apogeo fue en las naves: ya navegaban una detrás de otra, como aparecían de vuelta encontrada o presentadas en escorzo. Podían estar en un mismo plano, o la derecha más cerca del observador, o viceversa. Y como faltaban precisiones sobre el modelo o tipo de las embarcaciones, éstas podían ser exactamente iguales o distintas, con dos palos, o tres, o cuatro, bergantines, fragatas, carabelas, o una de cada tipo, a gusto del consumidor. En cuanto al aparejo lo mismo: podían estar empavesadas como para un carnaval o totalmente desprovistas de adornos. Incluso aparecieron inopinadamente con banderas argentinas al tope... ¡Banderas argentinas en naves del siglo XVI!

Después de convertirse en Capital Federal, Buenos Aires conservó el escudo y siguieron las variedades, alentadas ahora por el gusto finisecular, que solía recargar entusiastamente con detalles asombrosos a cuanto símbolo le caía a mano. En medio de la anarquía, hacia 1910, Enrique Peña presentó el primer trabajo a fondo sobre los orígenes y antecedentes del escudo municipal, siendo también el primero en describir detalladamente el frustrado escudo de Juan de Garay y darlo a conocer gráficamente a través del pincel de Miguel Velasco.

Aquel desorden no podía durar indefinidamente, y se le dio un corte con la ordenanza del 3 de diciembre de 1923, aún vigente, que fija las características del símbolo porteño: el campo debe ser en elipse, similar al del escudo nacional; la Paloma debe ser vista de frente, con las alas desplegadas, el pico vuelto a la izquierda y rodeada por un halo radiante, conservándose los detalles fijados en 1649. También las aguas del río deben aparecer rizadas, pero al llegar al ancla la ordenanza se aparta de aquel primer modelo y la prescribe semihundida, con parte de la caña y una uña sobre la superficie. En cuanto a los buques, principales promotores de la fantasía general, se dispuso fueran representados en un mismo plano, de igual tamaño, vistos por el costado de babor, es decir orientados en un mismo sentido. Uno de ellos debe ser una carabela con dos castillos, 4 mástiles verticales, bauprés, trinquete con dos vergas en el castillo de proa y en los tres palos restantes antenas de aparejo latino. El otro debe ser un bergantín con dos mástiles verticales, aparejo redondo en el trinquete y latino en el palo de mesana. Las dos naves con banderas castellanas en los topes y flámulas rojas en las penas.

Vale decir que sin asesoramiento marino es bastante engorroso representarlo sin equivocarse.

La primera nave, la carabela, simboliza la erección del asiento por Pedro de Mendoza, considerado tradicionalmente como primera Fundación de Buenos Aires. El bergantín de dos palos representa a la Fundación (considerada segunda) por Juan de Garay.

Estos detalles insumieron a tal punto la atención de los concejales, que se olvidaron de precisar los colores. Ni una palabra sobre ellos dice la ordenanza, si bien se ha seguido en este punto lo dispuesto por la comisión de 1852, y en los restantes lo que indique la lógica.

La complicación de los detalles del escudo municipal siguen pesando, con ordenanza y todo. Aún se presentan innumerables escudos que no responden estrictamente a lo reglamentado. Empero, vamos mejorando, y puede decirse que, salvo algunas variantes secundarias, se han fijado dentro de límites razonables las características del símbolo porteño.

Terminemos diciendo que de vez en cuando emergen pujos tradicionalistas que aconsejan abolir el actual escudo y retomar el de Juan de Garay, por considerarlo el único legítimo. Estamos de acuerdo en que no tuvo suerte el Fundador y que mereció más respeto de parte de sus continuadores en sus desvelos por dejar un símbolo duradero, que para colmo fue aprobado por el Consejo de Indias. Pero es lo único en que estamos de acuerdo. El escudo de Garay no se usó jamás y nunca tuvo representación gráfica hasta el siglo XX, en que fue publicado casi como una curiosidad histórica. Además, ¿qué tendrían que hacer ahora, en nuestros días, el águila negra de los Habsburgo o la Cruz roja de Calatrava en el escudo porteño? ¿No se ve mucho mejor con la Paloma del Espíritu Santo y las naves que simbolizan el nacimiento de Buenos Aires como ciudad?

Por otra parte, ¿cuál posee más valores tradicionales? ¿El de Garay, que nunca tuvo expresión pública? ¿O el de Jacinto de Lariz, que presidió la sala capitular del Cabildo, flameó en las banderas victoriosas sobre los ingleses, fue adoptado por la Junta de Mayo y adornó gallardetes, espadas, botones de uniformes y brazaletes de guerreros de la Independencia? Este es nuestro escudo. Y debe seguir siéndolo, como que en él estuvieron estampados premonitoriamente los colores argentinos desde mucho antes de haber en el mundo una Argentina. ◆

COLECCION

OBRAS ETERNAS

CARACTERISTICAS:

Volúmenes de unas 1.500 págs., 14 por 18 cm. Impresos en papel biblia, encuadernados en cuero flexible, con estampaciones en seco y oro.

Los escritores más representativos de la literatura mundial.

Al interés de los nombres se añade el de la variedad de los géneros y escuelas representados en ella y de las diversas antologías que la enriquecen.

Es la base indispensable de cualquier biblioteca formada o en vías de formación.

AUTORES:

Balzac, Baudelaire, Blasco Ibáñez, Calderón de la Barca, Cervantes, D'Annunzio, Dickens, Dostoyevski, García Lorca, Goethe, Ibsen, Lope de Vega, Mark Twain, Maupassant, Molière, Nervo, Pérez Galdós, Quevedo, Shakespeare, Stendhal, Tolstoi, Wilde y muchos más.

EN CUOTAS DESDE $ 1.000.- MENSUALES



En todas las buenas librerías o en

AGUILAR

ARGENTINA S.A. DE EDICIONES

Av. Córdoba 2100 - T.E. 46-6400 y 6559 - Buenos Aires

CORDOBA: Deán Funes 501 **ROSARIO:** 3 de Febrero 1080

MONTEVIDEO (R.O.U.): Andes 1406

Deseo recibir lista completa de la Colección. Me interesan especialmente los siguientes autores:..............................

....

....

Suscríbanme gratuitamente al boletín bibliográfico bimestral "Pregón".

NOMBRE ....

PROFESION ....

DOMICILIO ....

LOCALIDAD..............................

T-9/65

PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

SETIEMBRE DE 1949

MIERCOLES 28. — Informó el Ministerio de Marina que desde el 21 del corriente no se tienen noticias del rastreador "Fournier", que zarpó en aquella fecha de Río Gallegos en viaje a Ushuaia. A su bordo se embarcaron alrededor de 70 hombres. Añade la información que buques y aviones de la Armada se encuentran empeñados desde el 25 del corriente en la búsqueda del rastreador, cuya ruta era el estrecho de Magallanes y los canales fueguinos, travesía ésta que normalmente se cubre en tres días. El paso del "Fournier" fue registrado el día 21 a las 16.30 por la Primera Angostura. La mala visibilidad reinante en la zona dificulta grandemente la búsqueda.

CARACTERISTICAS DE LA NAVE

El rastreador, cuyas condiciones marineras han sido probadas en varias oportunidades, fue construido en los astilleros Sánchez, de San Fernando, e incorporado a la marina de guerra en el mes de agosto de 1939. Tiene un desplazamiento de 500 toneladas y sus dimensiones son: 55 metros de eslora, 7,20 de manga y cala 8 pies, pudiendo desarrollar una velocidad de 15 nudos. Es impulsado por dos motores Diesel de 10 cilindros de 1.000 H.P. cada uno. Posee dos cañones de 101.6 milímetros y dos ametralladoras antiaéreas de 20 milímetros, teniendo capacidad para el transporte de minas y las instalaciones necesarias para el fondeo de éstas. La plana mayor está integrada por el capitán de corbeta Carlos A. Negri, comandante del buque; el teniente de fragata Luis H. Lestani, segundo comandante; y los guardiamarinas José Daniel Lamas y Osvaldo R. Moutin. Este último del cuerpo de ingenieros maquinistas.

INTENSIFICACION DE LA BUSQUEDA

Las autoridades navales han dispuesto la intensificación de la búsqueda, pero las tareas se cumplen con serios tropiezos debido al mal tiempo que reina en esta época del año en aquella zona de la Patagonia. La acción de los aviones navales que vuelan por aquellas regiones del sur se ve neutralizada por la intensa niebla y las tormentas de nieve. Varios buques partieron desde distintos puertos patagónicos, y también se sabe que prestan su colaboración unidades de la marina de Chile. El patrullero chileno "Lautaro" salió a recorrer las aguas del canal Beagle para tratar de localizar al "Fournier". Hasta ahora, las tentativas de comunicarse por radiotelefonía con la nave buscada han sido infructuosas.

DESDE MONTEVIDEO

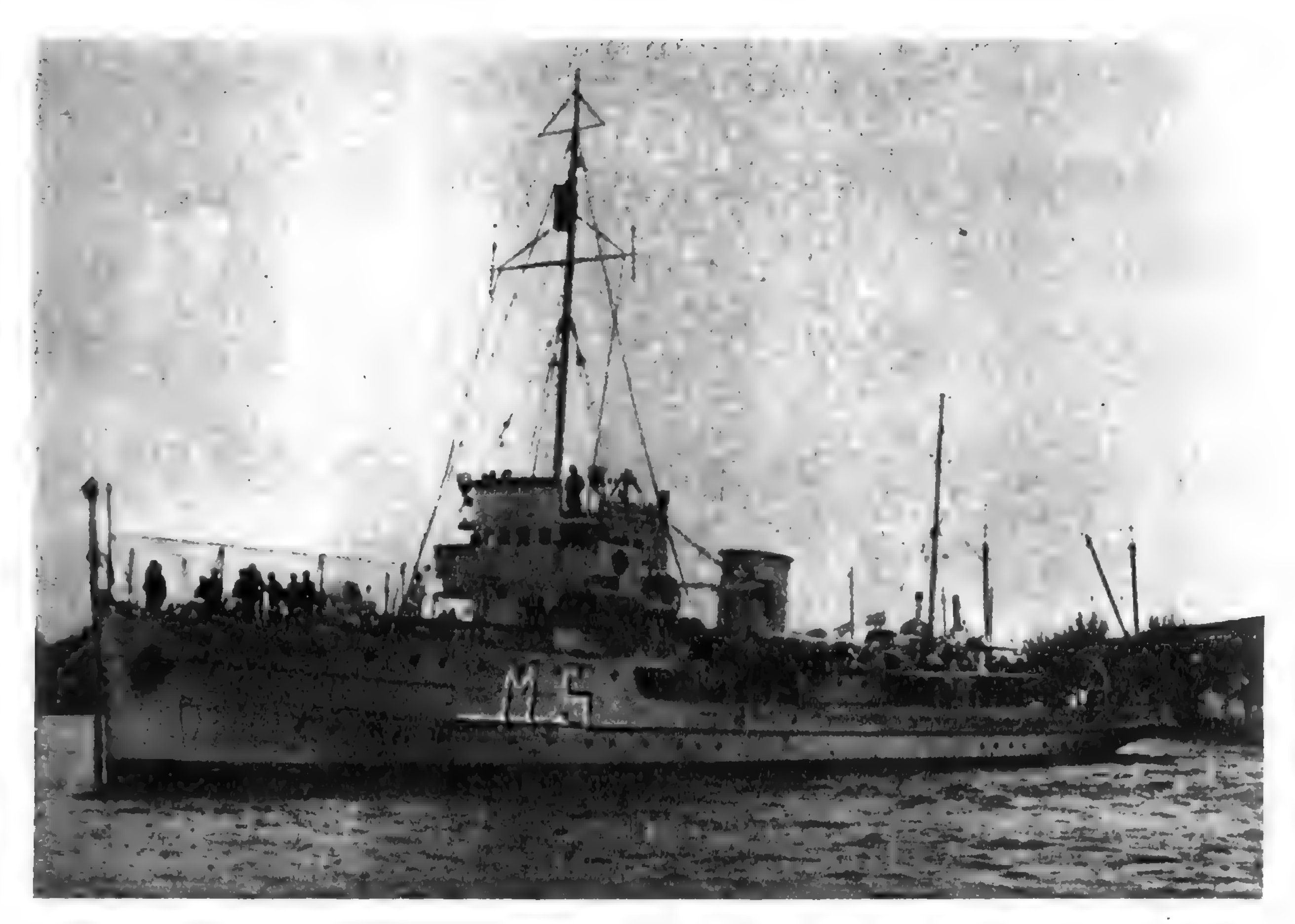
Se informa de la capital uruguaya que ha sido captado allí un aviso de Radio Pacheco, de Buenos Aires, a los navegantes, solicitando a los barcos en alta mar que den los informes que tengan sobre el rastreador argentino.

JUEVES 29. — Tampoco ayer se tuvieron noticias del rastreador "Fournier", que zarpó de Río Gallegos el 21 del actual rumbo a Ushuaia por el estrecho de Magallanes. La ausencia de noticias de la nave causa inquietud, porque la travesía entre ambos puntos se realiza habitualmente en tres días, y han transcurrido nueve desde la tarde del 21 que se la vio por última vez al pasar por Primera Angostura. El derrotero del buque entre Río Gallegos y Ushuaia corre por una línea central reconocida y sondeada por la marina, que siguen normalmente los buques que por allí navegan; no están, sin embargo, reconocidas las zonas contiguas a ese derrotero, cubiertas de "cachiyuyos", algas y piedras, que pueden dar origen a accidentes. Se admite oficialmente la posibilidad de que el "Fournier", por alguna razón, hubiese recalado en cualquier punto apartado del derrotero o se hubiese detenido con desperfectos en las instalaciones eléctricas, en las pequeñas ensenadas de la zona. Por lo que se refiere a la búsqueda, las tormentas de nieve y los acantilados de la región pueden dificultar la visión de los pilotos de los cuatro aviones navales



Capitán de corbeta Carlos A. Negri, comandante del rastreador "Fournier".

Teniente de fragata Luis H. Lestani, segundo comandante de la nave desaparecida.



El rastreador "Fournier" parte de San Fernando hacia el viaje que sería, trágicamente, el último...

—se opina en el Ministerio de Marina— que desde la base de Río Gallegos recorren la zona.

UNA GRAN MANCHA DE ACEITE

Se anunció desde Punta Arenas que una gigantesca mancha de aceite en la entrada del canal Magdalena, frente al canal San Gabriel, y cuyo origen no ha sido determinado, fue lo único que encontraron los aviones de la fuerza aérea chilena que exploraron la ruta del canal de Beagle en busca del rastreador argentino, del cual no se tienen noticias desde hace varios días. El comandante del apostadero naval de ese cuerpo, contralmirante Rafael Santibáñez, contestando un radiograma del jefe de la base naval argentina de Puerto Belgrano, en el que se solicitaban datos sobre el "Fournier", informó que el buque fue avistado el miércoles 21 del corriente desde Punta Delgada, en el estrecho de Magallanes, a las 16.35, y que de acuerdo con la distancia que separa a ese punto de Ushuaia, debía haber llegado a destino 48 horas después. Añadía que desde entonces no se tienen otras noticias de la nave. La subsecretaría de Marina y el comando en jefe de la fuerza aérea chilena informaron que el patrullero "Lautaro" y los aviones que exploran la zona del canal de Beagle en busca del rastreador no han encontrado a éste, por lo que se lo cree perdido. La búsqueda proseguirá dirigida por el contralmirante Rafael Santibáñez, de la base naval de Punta Arenas. El mal tiempo continúa dificultando las operaciones. Un avión correo de la línea aérea nacional chilena del servicio Santiago-Punta Arenas, hizo un detenido reconocimiento de tres horas sobre los canales Cockburn y Bárbara, las islas Santa Inés y Clarence y la zona del canal de Beagle, sin encontrar rastros.

CARGAMENTO DE POLVORA

VIERNES 30. — Se admite la posibilidad de que haya podido ocurrir un suceso imprevisto, pues se sabe que el buque trasportaba para Ushuaia un considerable cargamento de pólvora y explosivos.

EL DOCTOR WERNICKE

Como consecuencia de una autorización superior, usual en esas regiones, se embarcó en el rastreador "Fournier" el doctor Raúl Wernicke, vicedecano de la facultad de Agronomía y Veterinaria, miembro de dos academias, físico y químico que ha ejercido el profesorado en varias facultades de la Universidad, y es autor de investigaciones y trabajos científicos de mucho mérito. Junto con el doctor Wernicke viajaba su hijo Julio, estudiante de medicina. Ambos son padre y hermano político del comandante de la nave, capitán de corbeta Negri, y hace algunas sema-

PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

nas se trasladaron al sur para efectuar el viaje en el buque desaparecido.

COLABORACION CHILENA

Se informa desde Santiago de Chile que la Armada de aquel país aceptó un pedido de la Argentina para que se conceda permiso a naves de nuestro país para recorrer los canales chilenos, uniéndose a la búsqueda que practican buques del país hermano con el fin de localizar al rastreador. Asimismo, fueron autorizados aviones militares argentinos a volar sobre territorio chileno con el mismo objeto. Las tormentas de nieve, la niebla y los acantilados de la región, fueron factores que se sumaron para dificultar los trabajos de reconocimiento que prosiguieron sin resultado positivo.

INDICIOS DE NAUFRAGIO

LUNES 3 DE OCTUBRE. — Informó el Ministerio de Marina que noticias de fuente chilena hacen saber que pobladores de la zona hallaron en las proximidades de Punta Cono, en la boca del canal Gabriel, dos botes que se presume sean del rastreador "Fournier". Se trata por todos los medios disponibles de identificar la procedencia del hallazgo. Fueron vistos también palos, maderas y tablas flotando a la entrada del canal Gabriel, aunque no se ha podido identificar si pertenecen al buque.



Guardiamarina José Daniel Lamas de la oficialidad del rastreador.

Guardiamarina Osvaldo R. Moutin, ingeniero maquinista del "Fournier".

CONFIRMACION DEL NAUFRAGIO

La subsecretaría de Marina expidió un comunicado que dice textualmente: "El rastreador 'Fournier' naufragó en Punta Cono, a la entrada del canal Gabriel, 60 millas al sur de Punta Arenas. Pobladores de la región han encontrado dos botes en la costa. Tres buques de la marina buscan náufragos en las inmediaciones. La nave hundida ha sido vista desde un avión, confirmándose en esa forma la noticia de su naufragio. Por otra parte, el hallazgo de botes, de elementos pertenecientes al buque y de un cadáver que no ha sido identificado, en las cercanías de Punta Cono, certifican la triste realidad del accidente. El Ministerio de Marina ha dispuesto el envío de elementos de buceo para poder llegar al casco de la nave hundida y ha destacado comisiones formadas por el personal de los buques que participaron en las tareas de la búsqueda, para que recorran la costa en procura de posibles sobrevivientes".

RESTOS DE NAUFRAGOS

Se informó desde Punta Arenas que los restos de los infortunados comenzaron a aparecer, revelando así el dramático secreto de la desaparición de la nave argentina. El cadáver de un tripulante fue encontrado asido a un salvavidas y yacía en la playa, mientras que en una balsa se avistó a tres tripulantes, al parecer muertos, en la caleta llamada Zig-Zag, donde también se ven varios salvavidas abandonados, probablemente arrojados por el mar o dejados por los sobrevivientes que pueden haberse internado en la isla Dawson en busca de refugio, ya que la costa es inhóspita. La primera noticia del hallazgo la suministró un avión "Catalina" enviado desde la base naval de Puerto Belgrano.

CARACTERISTICAS DE LA ZONA

La multitud de accidentes geográficos que existen en el estrecho de Magallanes lo hacen notablemente dificultoso para la navegación. De ahí que deba ser recorrido con el máximo de precauciones, no obstante ser una zona puntualmente cartografiada. La tierra en esa parte austral del continente sudamericano da la impresión objetiva de un desplazamiento producido a raíz de un cataclismo. Ello explica esa pronunciada irregularidad y ese afloramiento de rocas que imponen a los buques una derrota zigzagueante. Al iniciarse el crepúsculo vespertino, los navíos son dirigidos al refugio costero más próximo en virtud de las irregularidades apuntadas, pues hay cientos de bahías y caletas, y allí deben quedar fondeados hasta que el amanecer permita reanudar la marcha. La isla Dawson, frente a cuya Punta Cono naufragó el "Fournier", se halla dentro de los límites de la provincia chilena de Magallanes, que administrativamente está constituida por tres departamentos: Ultima Esperanza, Magallanes y Tierra del Fuego. La isla Dawson forma parte de este último, cuya capital es la ciudad y puerto de Porvenir, ubicada en la isla Grande. Dicho departamento, cuya extensión no está aún determinada con precisión, tiene unos 4.900 habitantes, de los cuales alrededor de 1.700 viven en la capital y el resto diseminado en haciendas próximas. ◆

La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTORICO NACIONAL, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.



EDELMIRO A. CORREA FALCON (Capital Federal). — Nos escribe una carta, que por considerar de interés, reproducimos en lo sustancial:

"No conocía la revista que usted dirige; pero, hace pocos días, un amigo, distinguido periodista y escritor, me informó de la aparición de «Los vengadores de la Patagonia Trágica». He leído ese trabajo, que me pareció interesante, pero he encontrado en su texto una serie de errores, algunos de ellos calumniosos y malignos. Tomados al azar, quiero rectificar ciertas afirmaciones, para que la verdad no quede envuelta en infundios debidos a la fantasía afiebrada del autor.

Ni el señor Adolfo J. Pozzo ni yo debimos nuestros cargos administrativos al período de la primera presidencia del señor Yrigoyen. Nuestra misión a Santa Cruz fue una comisión confiada al señor Pozzo, Oficial Mayor del Ministerio del Interior, quien, a su vez, me propuso como secretario. Esa misión se desempeñó conforme a las instrucciones recibidas, con corrección, con decencia.

Jamás tuve conferencias con el teniente coronel D. Héctor B. Varela sobre los asuntos que lo llevaron al territorio de Santa Cruz. Unos días antes de llegar a Puerto Santa Cruz, en febrero de 1921, me solicitó caballos para montar a su tropa; para satisfacer ese pedido telegráfico, hice concentrar 500 caballos de silla en Cerro Fortaleza, lugar equidistante entre Puerto Santa Cruz y Lago Argentino y para trasladar la tropa hasta el lugar donde estaban reunidos los equipos, se pusieron a su disposición los camiones necesarios. No tuve ninguna otra intervención, pues el gobernador titular, nombrado en setiembre de 1920, llegó a Río Gallegos en febrero de 1921 y se hizo cargo de su puesto.

Conocí al teniente coronel Varela poco después de su primera misión pacificadora, reunidos con otras personas alrededor de una mesa de té. No tuve posterior contacto con él.

Es una burda patraña la afirmación de que yo me hubiera declarado enemigo de los obreros, así como de que los hacendados desconocieron el convenio subscripto con la Federación Obrera; si alguno lo desconoció, fue un hecho aislado en el que no intervino la Sociedad Rural de Río Gallegos.

Abandonado mi cargo en febrero de 1921, no tuve intervención alguna en asuntos administrativos con posterioridad, de manera que es absurdo pensar que por mi consejo se remitieran a Buenos Aires 24 activistas.

Nunca circuló la moneda chilena en el territorio de Santa Cruz, por la sencilla razón de que siempre tuvo menor valor que la nuestra y nadie la aceptaba. Se estaría en lo cierto si se dijera que algunas transacciones se hicieron en libras esterlinas, en tiempos más o menos lejanos.

Pese a que la F. O. R. A. me consideraba el enemigo número uno de los obreros, en elecciones libres, en 1924, fui electo concejal e intendente de Río Gallegos por un período de ley. La mayor parte de mis electores fueron obreros. ¿Cómo explicaría el autor de «Los vengadores de la Patagonia Trágica» esta adhesión de la gente del pueblo?

Muchas veces fui blanco de la ira de los pillos con motivo del ejercicio de mis funciones; pero, en cambio, siempre he gozado de la estima y consideración de los hombres de bien.

En 1926, poblé un campo fiscal sobre la frontera, en la zona de Lago Argentino, valiéndome de un crédito acordado por un amigo argentino y allí he permanecido hasta 1960. En esos treinta y cuatro años, mis trabajadores jamás se quejaron por el trato o los salarios que recibían en mi estancia".

En carta posterior el lector Correa Falcón agregó que "las funciones del señor Adolfo J. Pozzo, fallecido hace años, databan de muchos años anteriores a la presidencia del señor Yrigoyen. En cuanto a mis servicios dependientes del Ministerio del Interior, tuvieron su iniciación durante la presidencia del Dr. Roque Sáenz Peña.

Releyendo «Los vengadores de la Patagonia Trágica», observo que el autor considera «sugestivo» que yo haya encontrado noble el gesto del comunista Antonio Soto, negándose a secundar los propósitos de asesinato de ciertos sujetos que propiciaban ese medio para eliminarme. Supongo que el reconocimiento de un gesto de hidalguía de un enconado adversario en ideología, cualquiera fuera su condición social, honra a quien reconoce ese rasgo y por eso lo hice público en mi folleto «Los sucesos de Santa Cruz, 1919-1921»".

Consideramos natural la reacción del lector Correa Falcón, ya que él perteneció a una de las fracciones en lucha en los sucesos patagónicos. Pasamos a contestar ahora los "errores" que, según él, existen en la nota de Osvaldo Bayer:

a) Que ni el señor Pozzo ni Correa Falcón debieron sus cargos a Yrigoyen.

El autor no sostiene eso. El autor dice textualmente: "Los dos, Pozzo y Correa Falcón, habían sido nombrados por Yrigoyen creyendo que le iban a ser fieles". Pero se refiere al cargo de interventor de Pozzo y al de secretario general



de la Gobernación de Correa Falcón. Nada tiene que ver aquí que Pozzo haya entrado a la administración pública muchos años antes, ni que a Correa Falcón lo hubiera hecho ingresar Sáenz Peña como empleado. Si Yrigoyen los envió a esas misiones es porque indudablemente les tendría confianza.

b) "Jamás tuve una conferencia con el teniente coronel Varela sobre los asuntos que lo llevaron al territorio de Santa Cruz".

El general Anaya dice textualmente: "Varela se da cuenta que el nudo de todo el conflicto se halla en Río Gallegos y viaja entonces a la capital del territorio acompañado solamente por el teniente 1º Anaya y otro oficial. Allí conferencia con el gobernador interino Correa Falcón. Las referencias que le da éste no se ajustan totalmente a la verdad. En inspecciones que el propio Varela hace a establecimientos cercanos a Río Gallegos comprueba que las depredaciones cometidas por los huelguistas no son del carácter que se le quiere asignar".

c) "Es una burda patraña la afirmación que yo me hubiera declarado enemigo de los obreros".

Sin embargo, el lector Correa Falcón, en su carta —con orgullo evidente— dice: "Pese a que FORA me consideraba el enemigo número uno de los obreros"; y, siendo gobernador, en su mensaje a la población la palabra más suave que emplea para los huelguistas fue la de "forajidos" (citado en el escrito del general Anaya).

d) "Es una burda patraña que los hacendados desconocieran el convenio suscripto con la Federación Obrera".

Hay que recorrer los distintos comunicados de la FORA de Río Gallegos para darse cuenta que pese a las exageraciones que podían contener, algo de verdad habría, más cuando se denuncia a establecimientos con nombres y apellidos de sus dueños como incumplidores del convenio. La falta de cumplimiento del convenio fue uno de los principales argumentos de De Tomaso en el Congreso, que nadie se atrevió a refutar.

e) "Es absurdo pensar que por mi consejo se remitieran a Buenos Aires 24 activistas".

La FORA (Gallegos), en un comunicado que reprodujeron "La Antorcha" y "La Protesta", hace esa acusación. No hemos encontrado en el diario "La Unión" —inspirado por el lector Correa Falcón— ningún desmentido en esa época de tal aseveración. Correa Falcón, indudablemente, era el personaje más definido, de más carácter y claridad de los que estaban en contra del movimiento huelguístico. Creer que hombres como el gobernador Izza o su representante Cefaly Pandolfi tomaron de motu proprio una medida tan drástica sin tener el respaldo de un consejo de personas influyentes, sería casi absurdo. Pero, dada la aclaración del lector Correa Falcón, damos traslado de ella a nuestro colaborador Osvaldo Bayer, para que la tenga en cuenta.

f) "Nunca circuló moneda chilena en Santa Cruz".

Nos sorprende su aseveración. Uno de los puntos exigidos por la FORA Gallegos y aceptados por la Sociedad Rural en la primera intervención Varela era la de que "los jornales debían pagarse mensualmente y en moneda argentina". Es posible que en la costa se haya pagado en moneda argentina, no así en los establecimientos fronterizos.

g) "En 1924 fui elegido concejal e intendente. La mayor parte de mis electores fueron obreros".

No nos llama la atención. Después de la represión de Varela en 1922, muchos obreros pasaron a formar parte de la Liga Patriótica Argentina.

Con respecto a su elogio del "noble gesto del comunista Antonio Soto", es fácil que resulte sugestivo ya que éste fue acusado siempre de haber traicionado el movimiento huelguístico, huyendo con el dinero de la FORA y desapareciendo. Fue el único dirigente importante que no pagó con su vida. Con esos antecedentes fácil es comprender que Soto haya tenido "gestos nobles" para con los representantes de los hacendados. Pero más llama la atención la cita que hace el lector Correa Falcón de Soto, cuando es sabido que aquél no necesitaba que nadie lo ayudara para defender su vida. Los testimonios de Rodolfo Nickman y del general Anaya siempre estuvieron de acuerdo en admirar el coraje personal del lector Correa Falcón quien, pese a todas las amenazas de muerte, trabajaba con la ventana abierta a la calle en su despacho de la Sociedad Rural y no necesitaba de guardaespaldas para andar por la calle o el campo.

OSVALDO FURLANI (González Chaves, Pcia. de Bs. As.). — Nos escribe una carta que reproducimos por considerar de interés:

Me tomo la audacia de escribir algunos comentarios, sobre el artículo "Los vengadores de la Patagonia Trágica", que espero tengan alguna utilidad.

Desde ya pido se me disculpen los errores que contengan estas líneas, pues sólo tengo una instrucción autodidacta.

Desde los 18 años (tengo 38) he trabajado como obrero rural y estibador, y también desempeñado cargos gremiales en la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (F. A. T. R. E.) que nos agrupa en todo el país, lo que me da oportunidad diaria de alternar con obreros de mi gremio, los que principalmente en la rama estibadores, tenían los de más edad una gran tradición oral de la historia del movimiento obrero.

Bien, al finalizar el artículo mencionado, se dice: "No ha habido nunca ni siquiera una copla popular que los recuerde, ni la poesía de algún calenturiento de la justicia, etc".

Al respecto, convivía en esta localidad hasta el año pasado en que falleció, un anciano compañero, que casi

diariamente, con prodigiosa memoria recitaba varias largas composiciones, en décimas del tipo de las milongas camperas, donde se relataba en verso todo lo expuesto en el artículo.

También recuerdo haber oído otros similares, de boca de cosecheros trashumantes; la memoria de los hechos se conserva muy vívida en esta capa de trabajadores (algunos viejos han sido protagonistas). Lógicamente, es difícil obtener confidencias. Recuerdo a un compañero ambulante de apodo el "Vasco", que fue soldado conscripto y le tocó actuar; decía que a algunos prisioneros vio introducirles a golpes cantos rodados en la boca, rompiéndoles los dientes y otras atrocidades. Todavía vive; tal vez lo vea otra vez y le documentaré el relato.

En un antiguo y casi ilegible libro de Actas, que aún debe estar en el Sindicato seccional local, me dijeron que hay muchos datos, pues en su primer origen fue fundado por la FORA; también hay viejos sellos, un carnet y otros papeles, pero todo deteriorado.

JORGE FELIX GOMEZ (Estancia Dora Elena - SALADAS). — Nos envía una carta que transcribimos por considerar de interés:

"Hoi cayó a mis manos la Revista "HISTORIA", i lo felicito así como a los que contribuyeron a su ejecución. Hacia falta en el País.

"La historia, ojalá se hubiese hecho en base a tradición escrita, así no se habrían deformado hechos, que después ni aun la filosofía de la Historia los ubica en su justeza. El Nº 14, justamente el que está en mis manos, trae «Los vengadores de la Patagonia tragica», este articulo justamente, es el que hizo que me obsequiaran con la Revista HISTORIA. Yo figuro en ese artículo como integrante de la primera tropa del 10 de Caballería que llegó a Santa Cruz (Rio Gallegos).

"De los militares que actuamos, pocos son los que «DURAMOS», pues la mayoria se han ido... Posiblemente el Decano sea el General Elbio Anaya (yo tengo 70 años i fuí el mas joven). Lamentablemente, en esa Campaña, no habia tiempo a que se pudieran confeccionar Diarios de Guerra, pues las circunstancias habria que haberlas vivido! ...De todas maneras, se ve la buena voluntad del Autor, i de los que contribuyeron con sus informes. Felicitolos.

"Los motivos del «Movimiento Obrero» fueron provocados por «Moviles», que quedarán en el silencio de la Historia... Yo tenia hasta el Año 1930, entre mis papeles, algunos documentos recogidos, de los «huelguistas» cabecillas (p.e. El Toscano) que demostraban que el «Movimiento», estaba conectado a otro que debia reventar en Misiones, i que los BOLCHEVIQUES, desde no se donde lo alentaban.

"También en manos de uno que lo entregué a los carabineros Chilenos, i que «arrancó» de manos de ellos... i que despues supe por boca de un Carabinero, que «se habia equibocado 'mi sargento' pues hera Chileno, i 'Oficial'». ¿Cree Ud. que la Diplomacia puede sacar a luz estas cosas? ¿No le parece que Laguna del Decierto, Isla Lauri, Palencia, Etc... dan la solución? Yo perdí esos papeles al dejar mis efectos en Granaderos a Caballo, el año 30, debí salir para Mendoza (cosas de las revoluciones...). Los tenia listos (disculpe la aclaración, para mandarselos a mi hermano el Dr. Hernan Félix Gómez, historiador Correntino que a lo mejor usted lo leyó, alguna vez).

"En Rio Gallegos, me encontré con un amigo de Bs. As. (un mozo Kanicoba, creo hijo de un sastre i que la Policia, lo habia hecho emigrar, como heramos compañeros de «milonga» teniamos confianza, como Mozo de un Bar, habia recogido «versiones» que demostraban que la agitación, no fue tanto LABORAL, sinó provocada desde Buenos Aires. Nuestro Gobierno ademas, en esa época, a los que cumplian en el Presidio, solo les daba pasaje a Santa Cruz. Imajinese la calidad de jente que habia en ese Territorio Argentino! Aunque a usted le paresca exageración el 25 de Mayo de 1921, la unica Bandera Argentina que flameaba en Rio Gallegos estaba en Un Lupanar, pues la de la Gobernación, Sub-Prefectura, etc... se habian roto con los vientos. Desde entonces llamabamos entre los oficiales jovenes a ese lugar «El Consulado Argentino».

Solo en Paso Ibañez, en esa época habia algunos alamos, el resto del sur del territorio, es una sabana sin arboles; se usa como leña la TURBA, i las estancias no tienen o tenian elementos de construcción. Los peones esquiladores desde luego (los temporarios) dormian en los galpones laneros. Los ovejeros, que son los permanentes, tenian exelentes casas habitación. Nunca vi un PESO CHILENO, eso si supe que se les pagaba en vales para La Importadora y Exportadora de la Patagonia. En mi tropa llevaba un soldado conscripto de la zona (hijo de una Gallega, viuda de un Sr. Mac Donal, este conscripto también me informó, no recuerdo ahora su nombre.) No pretendo defender a los estancieros, ni la forma en que debieron poblar esas tierras (ya que un estanciero de apellido Dicke me contaba que cuando él empesó a «poblar», le pagaban UNA LIBRA ESTERLINA, por cada cabeza de indio que entregaba a Menendez Beeti.) Se non e vero...

"Puedo asegurarle, eso si que «El Toscano», fue de lo peor i que es posible que por pudor, las mujeres maltratadas, no acusaran..."

NICOLAS BABINI (Capital Federal). — Nos escribe una carta que transcribimos, por considerar de interés:

El lector Aquiles Gaspar aclara, en la pág. 97 del Nº 16, que Yrigoyen e Ingenieros, contrariamente a lo afirmado por mí, no mantuvieron ninguna entrevista. En abono de su afirmación menciona un memorial del propio Ingenieros y cita una carta que éste remitiera a "La Vanguardia" en abril de 1920. La aclaración del señor Gaspar es correcta: Ingenieros e Yrigoyen nunca se entrevistaron. Cuando escribí las notas que sirvieron de base para mi libro sobre la Semana Trágica (en la revista "Cara o Cruz", en 1954) mi única fuente de in-



formación al respecto fue el testimonio verbal de una persona vinculada a los protagonistas, pero que no había participado en ninguna reunión. El libro de la hija de Ingenieros (firmado con el seudónimo de Delia Kamia) apareció tres años después y confieso que no lo tuve presente al rehacer la crónica para "Todo es Historia". Esto en cuanto a las largas entrevistas que no mantuvo Yrigoyen con Ingenieros.

Pero el lector Gaspar omite referir las entrevistas que sí mantuvo Ingenieros con representantes personales del presidente y a pedido de Yrigoyen, que tuvieron lugar los días 26 y 27 de abril de 1919 en el domicilio del Ing. Manuel J. Claps, "persona de la intimidad del presidente y a quien éste —según el propio Ingenieros— acostumbraba encargar la tramitación de asuntos reservados o confidenciales". Estas reuniones se originaron en el deseo expreso de Yrigoyen de tener con Ingenieros "una entrevista reservada sobre las graves cuestiones obreras que se planteaban en el país, las que parecían hacer crisis en vísperas del próximo 1º de mayo". Alegando no tener representación de ninguna organización obrera ni fuerza política, lo que a su juicio quitaba valor práctico a la entrevista, Ingenieros propuso que se reuniera antes un "consejo de personas interesadas en el asunto y concordes sobre la cuestión de fondo", sugiriendo que participaran del mismo "radicales que pensaran como el presidente, sindicalistas de la Federación Obrera (se refería a la F.O.R.A. del IX Congreso) y dirigentes del P. Socialista". Claps transmitió la sugerencia a Yrigoyen, quien se manifestó "enteramente de acuerdo con lo convenido".

La reunión se realizó con la asistencia, aparte de Ingenieros y del dueño de casa, de Adolfo López Prieto (estrechamente vinculado al presidente), Julio Bello y J. Daniel Infante, radicales, Julio Arraga (amigo personal de Yrigoyen) y Emilio Troise, sindicalistas de la F.O.R.A. del IX, Pascual Guaglianone, anarquista, y Leopoldo Herrera, ambos educadores de prestigio. Ingenieros menciona además, la presencia de otras cinco personas jóvenes de filiación radical, cuyos nombres no recuerda. La reunión concluyó pasada medianoche y se reanudó al día siguiente, en cuya oportunidad Ingenieros redactó cuatro puntos para "orientar la política económica del gobierno". Claps quedó encargado de transmitirlos a Yrigoyen, junto con el ofrecimiento de Ingenieros de entrevistarse con él si le parecía oportuno. Para entonces Yrigoyen había manifestado que ya no consideraba prudente que se encontraran, lo que le fue reiterado a Ingenieros poco después del 1º de mayo, pese a que los temidos desórdenes no se habían producido.

Las entrevistas directas, efectivamente, no se realizaron. Primero por culpa de Ingenieros, que no se consideró suficientemente representativo, y, luego, por culpa de Yrigoyen, quien temió alarmar más aún a sus excitados opositores de derecha (a la sazón y gracias a un famoso discurso sobre el "significado histórico del movimiento maximalista" pronunciado en noviembre de 1918, Ingenieros se había convertido en una especie de amenaza fantasmal). Pero desde el punto de vista de la comunicación entre ambos personajes y de los fines perseguidos por el presidente Yrigoyen, el efecto fue casi equivalente al de un contacto personal. Queda en pie el hecho de que Yrigoyen pidió el consejo de personas de jerarquía intelectual y que Ingenieros no se lo negó.

JOSE ORONO (Salta). — Envía conceptos que, por considerar de interés, reproducimos:

Me dirijo a Ud. para referirme a la página de esa revista "El desván de Clío" del mes de julio, donde dice "vaya y fíjese" y se refiere a la estatua del general Belgrano que está frente a la Casa de Gobierno.

En los años que yo conocí y visité muy a menudo dicha estatua y todos los otros rincones históricos de la capital, o sea marzo de 1952 al 4 de mayo de 1958, jamás tuvo dicha estatua una suntuosa reja que la rodeaba, sino 4 esquineros de bronce de aproximadamente 70 centímetros de alto y una cadena gruesa también de bronce de eslabones alargados, cada uno de ellos de aproximadamente 12 cm.

Posiblemente pueda haber tenido dicha cerca ocho puntales y no cuatro, aunque no lo creo, puesto que la cadena de puntal a puntal caía suavemente hasta casi quince centímetros del suelo.

La bomba o metralla destruyó uno de los esquineros, el que da hacia el Correo Central (no el que está hacia la Catedral, le ruego que me interprete), y cortó la cadena en ese sitio.

Días después sacaron cadena y pilares y quedó la estatua sin cerco.

Eso es todo lo que sé y afirmo.

EDGARDO F. MURRAY (Capital Federal). — Nos escribe una carta, que por considerar de interés, reproducimos:

Con referencia al artículo publicado en el número de la revista de su celebrada dirección, del mes de febrero ppdo., en el que se evocaba al inolvidable navegante solitario Vito Dumas, y siendo que ahora se rememora a través de distintas formas su figura, empero, no puedo omitir recoger una queja, una recriminación, que no por común, deja de tener su rigor para marcar el olvido de los "memoristas oficiales" de recordaciones y aniversarios.

Dice Pedro Olgo Ochoa en la página 49, de dicho ejemplar: "...porque no hay que olvidar que durante el viaje de Dumas, la Segunda Guerra mundial se encontraba en su

punto máximo. Y esto de por sí, agrega incuestionablemente, una trascendencia mayor. Y también, con la diferencia que Sir Francis Chichester, fue recibido por su Majestad, la reina Isabel II; mientras que aquí, no hay una calle, ni una plaza, ni una estatua, que recuerde y exalte la memoria de este valeroso deportista náutico..."

Efectivamente, Vito Dumas no cuenta con ese tipo de presencia —algunos homenajes ya han comenzado a concretarse; ejemplo, la emisión postal— que a veces resulta más anónima que el pequeño prestigio que quiere implicar, y si también es cierto que cuenta, a su favor, con la memoria popular que nunca deja de perdurar, también es cierto, Sr. Director, que en su momento, años atrás, el deportista que hoy redescubrimos, fue honrado por el gobierno que encabezaba el general Juan D. Perón, acordándosele un título de oficial de la Marina de Guerra, en condición de retiro —sin seguridad, creo que era el de teniente de navío—, con mención a su actuación sobresaliente y única en tal tipo de empresas.

Considero que el conocimiento de lo precedente mejoraría un tanto la evidente repercusión que intentos como los de Vito Dumas, y otros tantos deportistas, ya sea individual o colectivamente, provocan en el medio gubernativo, y más cuando, como en este caso, la satisfacción del éxito fue completa pues estaba libre de cualquier interés.

ROQUE V. POLICICCHIO (Capital Federal). — Nos escribe contestando a Gaio Grandenigo (Nº 14 - Pág. 96):

Ni Amaro Villanueva, ni el profesor Salvatore Candido, fueron contemporáneos de Garibaldi. Corresponde en esta emergencia —con el fin de disipar dudas y colocar a los personajes históricos "fuera del bronce"— recordar los juicios vertidos sobre Garibaldi, de alguien que lo trató y convivió en la ciudad de Montevideo. Esa persona fue el brigadier general Tomás de Iriarte.

Las memorias del señor brigadier general Iriarte han sido consideradas como de valor extraordinario, único en la historiografía argentina y americana e insuperable en las riquezas de sus datos (Enrique de Gandía - Textos fundamentales, selección y comentarios de las Memorias del general Iriarte - Cía. General Fabril Editora - Tomo 1).

A tal erudito argentino no le faltan motivos para dar tal calificación a las memorias aludidas. Constituyen las piezas más extraordinarias que puedan leerse, existiendo tal emoción en sus páginas que "el lector cree a veces, ser él también uno de los protagonistas del relato que está leyendo". Al Dr. Gandía le cabe el inmenso valor de haber propiciado su publicación con la colaboración del señor Arcadio Fascetti.

Para conocer las impresiones del brigadier general sobre Garibaldi y sus legionarios, es conveniente conocer el medio donde va a actuar el italiano, los hombres y el gobierno de Montevideo en esa época.

Iriarte tiene juicios categóricos sobre los hombres. Veamos algunos: del general Bauzá - ministro de la Guerra del gabinete del presidente Suárez, que es simultáneamente Comandante General de las Armas y jefe del Ejército de la capital montevideana—, dice que carecía de opinión propia, hombre sin saber, ni instrucción profesional, carente de capacidad para inventar y que a todo lo que no puede comprender dice "amén", si es que el pronunciar este disílabo no le cuesta un gran esfuerzo. Y agrega una sentencia lapidaria: "Algunos de sus contemporáneos lo han calificado de imbécil".

De Santiago Vázquez —ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores—, da la siguiente impresión: "Alma de la Administración y de hecho 'único director de la guerra'; civil que no entiende la guerra, pero el que con su habilidad como estadista y diplomático había salvado a Montevideo".

Al coronel Melchor Pacheco y Obes, antecesor en el cargo de Bauzá, lo identifica como quien le prometiera a Garibaldi, una vez evacuada la República por los enemigos, concederle un buque de guerra, para transportar a dicho jefe y sus legionarios a Italia.

Desde ese momento en la política lugareña, Garibaldi se convierte en uno de sus más acalorados partidarios, pagando Pacheco tal adhesión con las preferencias que acordaba a la legión italiana en uniformes, raciones y armamentos. Tal hecho motivaba los recelos y disgustos del jefe de la legión francesa, coronel Thiebaut, y de sus legionarios.

En esa época, la ciudad de Montevideo, sitiada por las fuerzas del general Oribe, era un verdadero caos. Iriarte sostiene que en plena calle 18 de Julio —la más céntrica— los guardias nacionales trataban de asesinarse entre sí, y que a la aparición de los serenos se les desarmaba y se les castigaba.

Los propios jefes tenían actos incalificables. En oportunidad de renunciar la Jefatura de Operaciones por tierra en la margen del río Uruguay, por desavenencias con el Gobierno, Venancio Flores solicita también su pasaporte y como se tardaba en entregárselo, sin autorización y sin anunciarse entró al propio despacho del presidente y luego de un cambio de palabras, profirió amenazas contra el ministro Vázquez llamándolo ladrón y malvado, y al presidente de la República "viejo inepto y criminal". Demás está decir que no hubo castigo alguno.

La indisciplina era tan extraordinaria que se ha dado el caso, que una noche el primer edecán del presidente (coronel Ordóñez) sorprende peleando a legionarios italianos y al amonestarlos para que se separen, recibe una lluvia de palos y cuando el mencionado militar se da a conocer, recibe por respuesta que nada importaba su clase, que se ingería en lo que no le concernía y continuaron apaleándolo. Dos serenos que acuden en defensa del expresado son recibidos a balazos, que hieren a uno de ellos; al otro lo hieren de una puñalada siendo finalmente desarmados, ambos serenos.

Tal clima era una consecuencia de la falta de disciplina de los cuerpos que ac-



tuaban en la defensa de la plaza. La tropa abandonaba los cuerpos de su dependencia para servir a otros, según su capricho y buen placer. Los jefes de las legiones (Thiebaut y Garibaldi) y los de las fuerzas nacionales lo toleraban, algunos para conservar el número de su legión, siendo los propios jefes quienes seducían a la tropa.

Los italianos con su jefe Garibaldi a la cabeza, no eran bien mirados por la población sana de Montevideo. Las autoridades nada hacían, ni podían hacer ante el desborde de la soldadesca, pues los legionarios italianos sólo obedecían a Garibaldi y a su segundo, el teniente coronel Ansani.

Al ocupar Colonia se entregaron al saqueo y la embriaguez; los italianos de la legión eran hombres desalmados y facinerosos y los que habían embarcado en la expedición, eran los que más se habían distinguido como hombres pendencieros y de desorden. Cómo estarían conceptuados que Iriarte puntualiza que "desde que se han ido de Montevideo han disminuido los casos de asesinatos, robos y pendencias, y que en los pueblos donde ellos pongan la planta, han de dejar perpetuo recuerdo de sus atrocidades".

Colonia fue entregada a los excesos de los invasores, y quienes más se distinguieron en los actos de barbarie fue el comandante del primer Batallón de Nacionales Batle y los italianos de Garibaldi, quienes saqueaban las habitaciones de los particulares, entraban en los almacenes de abasto apoderándose de cuanto encontraban, vendiendo a vil precio e inutilizando artículos de valor.

En la toma de Gualeguaychú —el comandante Villagra vencido por las fuerzas combinadas—, se rinde con su guarnición y obtiene su libertad y la de los suyos mediante el pago de 400 onzas de oro que entrega a Garibaldi.

Garibaldi, al desembarcar en el Arroyo de la China, sufre un contraste. A raíz de ello dice Iriarte: "Los italianos de Garibaldi son valientes, no son soldados. (Tengamos en cuenta que esta es la apreciación de un profesional de carrera como es Iriarte, graduado en la Escuela de Artillería de Segovia.) Son hombres desalmados y verdaderos piratas de mar y tierra, con inclinación dominante al saqueo y al pillaje. Su jefe Garibaldi carece de conocimientos militares, siendo un aventurero cuya única calidad es el valor".

Por otra parte, el "guerrero de ambos mundos" cuidaba bien sus intereses particulares y el producto del pillaje de las poblaciones ribereñas, pues en pos de su escuadrilla arrastraba 50 ó 60 buques de cabotaje, apropiados como presas con sus cargamentos.

Además y siguiendo a la escuadrilla, buques tripulados por italianos eran los que recibían el botín, que se remesaba a Montevideo, pues dice Iriarte: "Garibaldi al paso que aumenta su fortuna, adquiere popularidad entre sus compatriotas".

Iriarte, que trató en Montevideo a Garibaldi en forma personal y que tuvo oportunidad de ver y presenciar cómo actuaban los legionarios italianos, los ha calificado "de verdaderos facinerosos, pero que se batían bien".

¿Tal aspecto de indisciplina y relajamiento era propio de la legión itálica y de su jefe Garibaldi? No. Iriarte, siempre veraz y objetivo, también nos da la pauta de cómo actuaban los legionarios franceses con su jefe Thiebaut, personaje éste que se había enriquecido descaradamente por medio de las raciones que manejaba a su arbitrio.

Era el creador de la legión francesa, habiendo sido un comerciante fracasado y arruinado. Cuando sus compatriotas lo eligieron para tal cargo comienza el vuelco de su suerte y hace una fortuna personal.

La dilapidación que se hacía de las raciones de las legiones era escandalosa, mientras familias orientales padecían de hambre. La indisciplina y el afán de lucro eran tan grandes, que todos los jefes que mandaban cuerpos armados y en especial los extranjeros, se conducían según su soberano capricho.

No comparto en consecuencia las expresiones del señor Galo Grandenigo, cuando lo describe a Garibaldi como un idealista combatiendo por ideas liberales y comparándolo a San Martín y a Belgrano, y recalcando que como liberal hacía la guerra a los tiranos, fueran ellos un Rosas o un Borbón.

Las ideas liberales de Garibaldi brillaron por su ausencia en las contiendas rioplatenses y, siguiendo a Iriarte, resultó ser el jefe de un cuerpo de piratas, asaltantes de indefensas poblaciones ribereñas, que cuando actúan en la propia ciudad de Montevideo la población sana de la misma tiembla ante los hechos y actitudes que adoptan. Bien lo recuerda Iriarte que, la noche que se embarcan para la expedición, alborotaron todo Montevideo y que dos noches antes de su partida habían asesinado a una infeliz mujer.

No sé si estas líneas volverán a llenar de estupor al señor Grandenigo. Si desea la ratificación de lo expuesto, los tomos hasta ahora publicados de las citadas memorias y en especial los que se referían al sitio de Montevideo, le brindarán la oportunidad de hacerlo.

TODO ES HISTORIA Nº 17. SETIEMBRE DE 1968. Editores responsables: HONEGGER S.A.I.C. Director: Félix Luna. Redacción, administración y talleres: México 4256. Teléfonos: 90-9118 (redacción) y 90-8354 (administración). Registro de la Propiedad Intelectual Nº 928451. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribución interior y exterior: SADYE S.A.I.C., Belgrano 355, Buenos Aires.

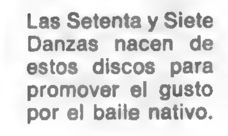
CORREO ARGENTINO | TARIFA REDUCIDA | CONCESION Nº 8240

PRIMERA COLECCION DE ENSEÑANZA INTEGRAL DEL FOLKLORE

Tres elementos que permiten la enseñanza integral del folklore y una manera nueva de apreciar los valores vernáculos: el Gran Manual de Folklore, con la participación de los más importantes folklorólogos del país, que abre la puerta a la danza, la música, el comerío, el atuendo y otros aspectos del folklore; las "Setenta y Siete Danzas" bajo la dirección de Juan de los Santos Amores, complemento indispensable para el aprendizaje de los bailes nativos en un disco de alto valor musical; y "El Canto del Viento", la obra máxima de Don Atahualpa Yupanqui, en el que resume la experiencia de toda una vida dedicada a la frecuentación de las cosas de la tierra.
Un Gran Manual, cuatro discos y un libro al servicio integral del folklore.







Las Setenta y Siete Danzas nacen de estos discos para promover el gusto por el baile nativo.



El gran Manual de Folklore: un esfuerzo literario de la más alta jerarquía.



"El Canto del Viento", la más expresiva creación literaria de Don Atahualpa Yupanqui.

totalmente en CUOTAS

SOLICITE INFORMES A:

EDITORIAL VERBO S. R. L.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN TODO EL PAIS
ALSINA 1450 - 4º PISO - CAPITAL FEDERAL


EN SU BIBLIOTECA NO DEBE FALTAR
TODO ES HISTORIA
LA SEMANA TRAGICA
VIDA Y MUERTE DEL ULTIMO SERVICIO SECRETO DE PERON
Regale a sus amigos, a sus hijos, a sus compañeros de trabajo, la colección de los seis primeros números de TODO ES HISTORIA encuadernada a todo lujo. Pídala personalmente o por correo a HONEGGER S.A., México 4256 con cheque o giro postal por $ 1.250 (franqueo incluido). ¡Una lectura para toda la vida!


TODO ES
HISTORIA
$150
EL PELIGROSO OFICIO DE PRESIDENTE
LA HISTORIA DE LOS TRANVIAS PORTEÑOS
TÚPAC AMARU y la emancipación americana

EL MENSAJE ESCRITO ES COMO SU FIRMA

Y usted y su empresa necesitan distinguirse entre todos.
Su correspondencia tiene que tener personalidad, distinción y belleza.
Solo hay una manera de conseguirlo: con la

OLIVETTI TEKNE

En el siglo XX y medio, ya no puede
simplemente hablarse de escritura a máquina.
Hoy se habla de

TEKNESCRITURA



OLIVETTI ARGENTINA S.A.





En esta entrega de TODO ES HISTORIA iniciamos una nueva sección, que aparecerá en todos los números en la medida que ello sea posible. En sus páginas publicaremos documentos que nunca han sido editados y que, a nuestro juicio, tienen valor histórico.

La sección " Los Documentos " tiene una historia que merece contarse. Entre las muchas personas que llaman telefónicamente a nuestra Redacción o vienen a ella para traernos sus sugestiones, formular críticas o simplemente saludar a quienes consideran —y con razón— sus amigos en la común pasión por el pasado argentino, un día, no hace mucho, apareció un caballero que dijo poseer un acervo relativamente importante de papeles de valor histórico. Nos preguntó si teníamos interés en verlos y le contestamos afirmativamente. En este punto debemos confesar que el ofrecimiento de nuestro visitante no nos asombró ni nos entusiasmó; son bastantes las personas que nos han hecho ofrecimientos parecidos, sin que nunca se haya concretado su realización.

A los pocos días llegó nuestro interlocutor. Esta vez venía con un impresionante paquete y lo empezó a abrir delante nuestro, que íbamos pasando sucesivamente del escepticismo a la esperanza y de ésta al asombro. Porque, efectivamente, tal como nos había anunciado, el visitante tenía en sus manos un conjunto de papeles de indiscutible valor histórico. Cartas de Oribe, del fraile Aldao, de Peñaloza, de Rosas, partes de guerra de la Coalición del Norte y muchos otros. Frente a nuestras preguntas, nuestro amigo nos explicó que es descendiente de un personaje muy allegado a Oribe y que esos papeles estaban en poder de su familia desde un siglo atrás; recién ahora alguien —él mismo— se proponía clasificarlos, copiarlos, salvarlos, en suma, de los estragos del tiempo. No venía a vendérnoslos ni a averiguar su precio. Nos los quería mostrar, simplemente cómo se muestra a un amigo un bien que se aprecia ...

Hemos pensado que muchos lectores de la revista pueden tener, tal vez sin apreciar su valor histórico, papeles y documentos de sumo interés. A todos los convocamos para que los salven del olvido. En nuestras páginas pueden publicarse, para que los investigadores del pasado los aprovechen, les confieran la trascendencia que cada documento tiene.

El gesto de nuestro amigo —algunos de cuyos papeles se publican en esta edición— nos ha conmovido porque demuestra que TODO ES HISTORIA se ha convertido en un núcleo promotor de iniciativas útiles. Queremos abrir la posibilidad de que otros sigan este ejemplo. De este modo permitirán el acceso a documentos hasta ahora cerrados a la investigación. Y para nosotros será grato y estimulante saber que nuestra revista alienta la apertura de archivos familiares, repositorios esotéricos o escondidos, que ahora pueden dar a luz sus tesoros, al conjuro de una publicación donde pueden encontrarse todos los que aman el país a través de su pasado.

EL DIRECTOR



La pedrada que asestó un demente a Julio A. Roca durante el último año de su presidencia, es un símbolo de los peligros a que están expuestos los ciudadanos que desempeñan la primera magistratura de la Nación.

TODO ES HISTORIA

REVISTA MENSUAL DE DIVULGACION HISTORICA

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir...".

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

AÑO II - Nº 18 OCTUBRE DE 1968

EDITOR: Honegger S.A.I.C.
DIRECTOR: Félix Luna

Redacción:
MEXICO 4256

SUMARIO

Y TAMBIEN

EL PELIGROSO OFICIO DE PRESIDENTE

por Adolfo Enrique Rodríguez

En todas las épocas y países se han llevado a cabo atentados —las más de las veces sin éxito— contra la vida de quienes representan en su momento el poder del Estado. Podrán variar las circunstancias, pero siempre tendrán un común denominador: proveer un cambio en la conducción política, en el rumbo o forma de gobierno y aun hasta en los destinos de un pueblo (siempre que no hayan sido la obra de un demente). En nuestro país, la prédica violenta característica del movimiento anarquista llegó con la inmigración masiva europea (española e italiana especialmente) después de 1880, y tuvo inicial arraigo, debiendo ser combatida a través de las leyes Nº 4144 de "Expulsión de Extranjeros" del 23 de noviembre de 1902, y la Nº 7029 del 28 de junio de 1910, de 'Defensa Social'.



El atentado contra el presidente Sarmiento; el dibujante Meeton reconstruyó el hecho con histórica fidelidad. Mientras el trabuco estalla, los restantes asesinos preparan sus puñales envenenados para el "remate".



EL PELIGROSO OFICIO DE PRESIDENTE

La Argentina no ha sido excepción al hecho generalizado del atentado político o anarquista y su historia policial registra como escenario en Buenos Aires, entre los años 1873 y 1929, es decir en poco más de medio siglo, seis intentos personales y directos a igual número de primeros mandatarios. Ninguno resultó fatal al agredido y en sólo uno el atacado sufrió ligera herida. En cuanto a los agresores, en cinco casos fueron detenidos, y en uno muerto por el personal policial a cargo de la custodia del presidente, en legítima defensa.

Caracterizó a cinco de los acontecimientos la serenidad y sangre fría de los atacados y el pasar inadvertidos dos sucesos a los protagonistas pasivos. Unánimemente hubo reacción popular y el periodismo, funcionarios, clero, fuerzas vivas, opositores, cuerpo diplomático y gobiernos extranjeros hicieron llegar sus felicitaciones al gobernante por el fracaso del atentado, oficiándose misas de acción de gracias y hasta manifestaciones públicas de adhesión exteriorizando indignación, porque tal clase de intentos repugna a la hidalguía del pueblo argentino y concita hasta el apoyo del adversario político.

Salvo el caso de Sarmiento (en que los autores materiales fueron delincuentes comunes, porque actuaron por promesa remuneratoria) y el que afectó a Roca, en los de Quintana, Figueroa Alcorta, de la Plaza e Yrigoyen medió ideología anarquista. En el primero, el presidente no tenía protección alguna y salvó la vida por una circunstancia fortuita. En los cinco últimos no se probó participación de terceros, habiendo los autores obrado por propia iniciativa y corriendo grave riesgo por estar persuadidos de la utilidad pública de su acción. A cada uno de ellos nos hemos de referir a continuación.

En naciones de régimen monárquico, la penalidad de los códigos consignaba para el regicidio o su tentativa, por tratarse de crímenes calificados de "lesa majestad", la de muerte. En un sistema republicano como el nuestro, aun antes de la abolición de la pena máxima por la vigencia del Código Penal actual, lógico es que ella estuviese excluida por imperio constitucional desde 1853 por causas políticas. Ello explica porqué los protagonistas de los sucesos que historiamos salvaron la vida y sólo fueron condenados a penas de prisión, las que no siempre cumplieron en su totalidad por haber muerto en la cárcel, ser indultados por el Poder Ejecutivo conforme a las atribuciones del mismo en la materia, o haber fugado.

ATENTADO A SARMIENTO



Un domingo de 1873, en la Boca, se reúnen varios individuos. Un tal "Aquiles" apodado el "Austríaco", Francisco Güerri, Pedro Güerri y su amigo "Eva"; el primero de ellos ofrece la suma de $ 10.000 por una muerte. Se compromete a proveerlos de armas y a sacarlos del país. Esto último es muy importante.

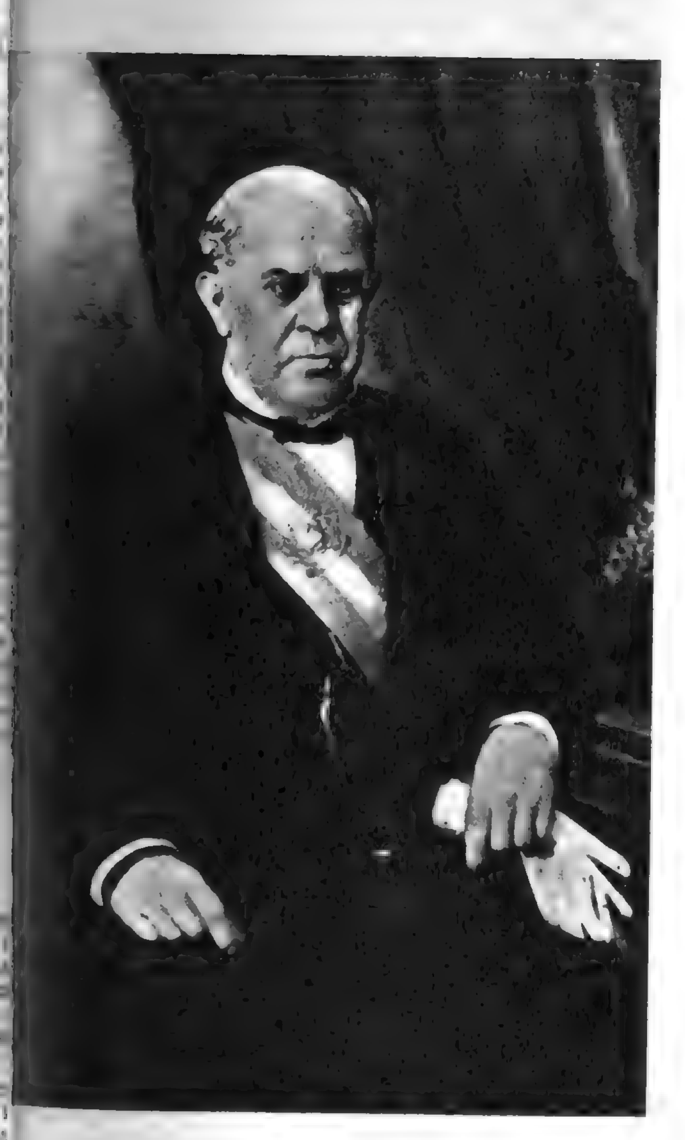
¿Por qué es tan importante esta última condición? Porque "Aquiles" ofrece $ 10.000 por la muerte de un presidente: Domingo Faustino Sarmiento.

Reciben en sucesivas entregas tres mil pesos y el atentado se concreta para el 23 de agosto. Ese día, a las ocho de la noche, Sarmiento en su coche tirado por dos caballos se dirige desde su domicilio ubicado en Maipú entre Tucumán y Temple (hoy Viamonte) por la primera al sur, hacia la casa de su amigo el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, en la calle Cangallo. Cuando el coche llega a Corrientes, los tres sujetos que lo aguardaban se abalanzan sobre el rodado. El que está más próximo extrae de entre sus ropas un trabuco, afirma el arma sobre su mano izquierda y hace fuego.

Los fragmentos de la boca del cañón y el exceso de pólvora en la carga le destroza la mano, perdiendo el dedo pulgar.

Los proyectiles se incrustan en la pared frontera de una casa de la calle Maipú, entre Co-

Francisco y Pedro Güerri, los "bravi" a sueldo que intentaron matar a Sarmiento; el primero todavía está herido.



Domingo Faustino Sarmiento en la época de su presidencia.

rrientes y Parque (hoy Lavalle), a un metro y medio de altura del pavimento.

A pesar de las intenciones de los atacantes, el presidente resulta ileso, pero el estampido encabrita a los animales, que con esfuerzo son dominados por el cochero José Morillo, y el coche prosigue su marcha hacia la casa del doctor Vélez Sársfield. Su ocupante, ensimismado en sus cavilaciones o debido a su sordera, recién se entera del atentado por referencias de su cochero y de un sirviente de su amigo; más tarde el jefe de Policía, D. Enrique O'Gorman, corrobora estas declaraciones.

Mientras Sarmiento proseguía su camino, en el lugar de los acontecimientos intervenía la policía. Atraídos por la detonación se aproximan el oficial inspector Floro Latorre y el vigilante Joaquín Soto, quienes alcanzan a distinguir a los agresores que ya emprendían la fuga.

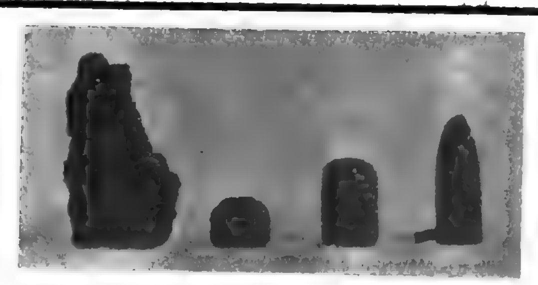
Perseguidos por la autoridad, Francisco Güerri y Pedro Güerri son apresados en la casa de Corrientes 145 (numeración antigua). El primero de los detenidos está herido. Portaban un puñal que estaba envenenado con sulfato de estricnina, y posteriormente se comprueba que los proyectiles utilizados en el fallido suceso también estaban envenenados con bicloruro de mercurio, según informe del químico doctor Miguel Puiggari que los examinó.

Los detenidos son ambos italianos, de 21 años, solteros, marineros, sin vínculo de parentesco pese al apellido. Son interrogados por el comisario Raimundo Arana y niegan en principio sus intenciones, explicando lo ocurrido como una riña con un tercero que huyó haciéndoles el disparo y abandonando el arma. Esta explicación no contenta al comisario Arana, que continúa su interrogatorio hasta que al día siguiente terminan relatando el encuentro del domingo anterior en la Boca. Inmediatamente la policía dispone la búsqueda de "Aquiles" y de "Eva"; la pesquisa está a cargo del comisario de órdenes (cargo hoy equivalente al de subjefe de la Policía Federal) Avelino B. Anzó.

"Aquiles" resultó ser Aquiles Segabrugo, italiano de 38 años, alto, de ojos pardos y de cabellos, pera y bigotes rubios. Solía concurrir a la casa de sus suegros en Belgrano y Rioja. Cuando el comisario Adolfo Tuñer allanó la misma, se encontró conque Segabrugo había viajado a Montevideo.

Con autorización superior marchó tras él. Días después se le sumó Anzó, pues el jefe O'Gorman quiso apresurar la detención del prófugo. Al no localizarlo ambos regresan a Buenos Aires. Aquí ya había sido detenido "Eva" por los oficiales escribientes Justo Cháves y Juan Antonio Williams al desembarcar de un vapor. Su nombre era Luis Casimir, también de nacionalidad italiana, marinero de 21 años, soltero. Al igual que los Güerri, admite su vinculación con el "Austríaco" y su participación en el suceso.

Comenzó entonces una verdadera novela. Segabrugo, mientras tanto, continúa en Montevideo y se hospeda en el "Hotel del Vapor". Procedente de esa ciudad llega un telegrama que entera al comisario de órdenes, de esta situación. Se decide entonces, que el comisario Irineo Miguens viaje hasta la vecina ciudad y se hospede en el mismo hotel, pero no llega a encontrarse con el "Austríaco", pues éste que estaba ausente nunca regresó. La policía uruguaya lo encontró muerto de dos tiros, por lo que Miguens se dispuso a regresar a Buenos Aires. Su barco, el "Porteña", fue abordado en horas de la noche por revolucionarios jordanistas al mando del teniente coronel Luis Severo Bergara. Los pasajeros, excepto Miguens, fueron desembarcados en la costa uru-



Trozo del trabuco y proyectiles usados para el atentado contra Sarmiento; se exhiben actualmente en el Museo Sarmiento.

guaya. El "General Garibaldi", de la Armada argentina, persigue al "Porteña", que huye río Uruguay arriba y encalla próximo a la frontera brasileña.

Miguens, con anterioridad ha sido abandonado a la altura de Maldonado, de donde regresa a Montevideo. Aquí, las noticias aseguran que el asesino de Segabrugo es el jordanista doctor Carlos Querencio, quien afirma haber obrado en defensa propia.

En Buenos Aires se comentan los hechos como clara demostración para silenciar a quien, como el "Austríaco", podía revelar sus entretelones. No hay que olvidar que el rumor público ya presagiaba con anterioridad un atentado contra el presidente, que se hallaba en plena represión del caudillo entrerriano Ricardo López Jordán. Además, el momento era propicio pues arreciaba la crítica periodística y la oposición en el Senado, culpándose a Sarmiento de la inactividad militar en la provincia de Entre Ríos y de preparar la sucesión presidencial en la persona de Nicolás Avellaneda.

Al margen de la anterior versión que fue la oficial, circuló otra según la cual Miguens en Montevideo, al tener noticia de la muerte de Segabrugo, obrando con celeridad penetró en su habitación del hotel, inspeccionó su equipaje y se apoderó de documentos que revelaban la trama. Debían ser muy comprometedores, ya que a ello siguió el abordaje del "Porteña" y la detención de Miguens por Bergara, que recuperó los papeles e impuso al primero la condición de libertarlo bajo palabra de honor de no revelar el contenido de aquellos, o de lo contrario, fusilarlo. En la disyuntiva, Miguens habría optado por la primera alternativa, cumpliendo con la palabra empeñada.

Judicialmente el hecho fue encuadrado por el fiscal doctor Ventura Pondal en la ley 2 título 23 de las Partidas, aún vigentes en nuestro país, y pidió para los Güerri y Casimir la pena de muerte. La condena no fue tan grave ya que el juez doctor Octavio Bunge, sentenció a Francisco Güerri a veinte años de prisión y a quince a Pedro Güerri y a Luis Casimir. Con posterioridad, la Cámara del Crimen que integraban los doctores Francisco Alcobendas, Juan E. Barra y Tomás Isla, confirmó la sentencia de los Güerri y rebajó a diez años la impuesta a Casimir, con costas.

Sólo este último la cumplió íntegramente, porque Pedro Güerri falleció en la cárcel el 30 de abril de 1883 y Francisco Güerri (el autor del disparo) fue indultado el 4 de enero de 1890 por el presidente doctor Miguel Juárez Celman. De todos los que atentaron contra la vida de presidentes argentinos, fue quien más años permaneció en prisión: casi 17.

Nueve años después del atentado, cuando ya el hecho era sólo un recuerdo, llega a manos de Sarmiento una carta en la que unos presidiarios piden que interceda ante la Justicia para lograr la conmutación de sus condenas, diciendo que "habían sido seducidos y dominados por un criminal" y actuado como "unos pobres locos extraviados". Firman esta carta los Güerri.

Y ese hombre combatido y con muchos enemigos que en 1873 había desoído las advertencias reiteradas del gobernador de Santa Fe, D. Simón de Iriondo y de otras amistades como el matrimonio Olave, y se había mostrado indiferente ante la posibilidad de ese atentado contra su vida, después de nueve años se muestra nuevamente indiferente y no presta atención a este pedido de sus agresores...

ATENTADO A ROCA



Oleo de Blanes existente en el Congreso Nacional.



El teniente general Julio Argentino Roca, en la época de su presidencia.

El vigésimo cuarto período de sesiones del Congreso Nacional, iba a tener una inauguración muy distinta a la esperada.

Un presidente pálido, con una venda en la frente y la banda presidencial sobre el uniforme manchada de sangre, haría su aparición en el recinto de sesiones.

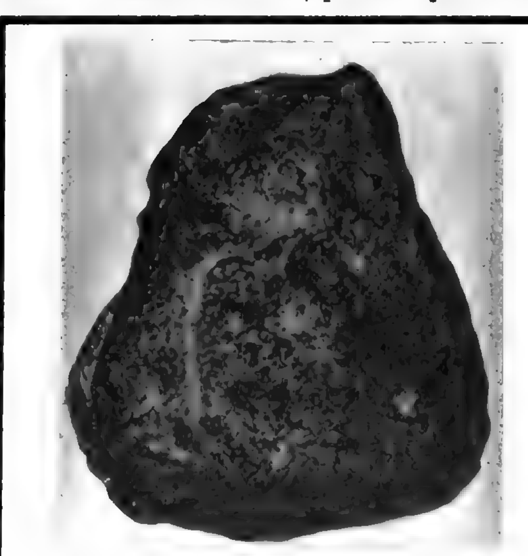
Cinco meses antes de finalizar su primer período presidencial, el general Julio Argentino Roca leería la última parte de su mensaje aclarando que "un incidente imprevisto me priva de la satisfacción de leer mi último mensaje que como presidente dirijo al Congreso de mi país. Hace un momento, sin duda un loco, al entrar yo al Congreso, me ha herido en la frente no sé con qué arma". Al finalizar anunció que se retiraba del gobierno "sin odios ni rencores para nadie, ni aun para el asesino que me ha herido". Con anterioridad a su aparición en la sala, el ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor Eduardo Wilde, le había practicado una cura de emergencia en la secretaría de la Cámara de Diputados.

El general Roca, el 10 de mayo de 1886 se convirtió así, para la historia, en el segundo presidente víctima de atentados. Ese día a las tres de la tarde, acompañado de ministros y funcionarios civiles y militares se dirigió a pie desde la Casa de Gobierno al Congreso Nacional, que en ese entonces se hallaba en la esquina de Balcarce y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen).

Las inmediaciones de la Plaza de Mayo albergaban a una multitud que presenciaba el paso del primer magistrado. De esa multitud surgió un individuo que, en momentos en que las tropas presentaban armas y la banda ejecutaba la marcha de Ituzaingó, con una voluminosa piedra que apretaba en su mano derecha se arrojó sobre Roca y, ante el asombro de los presentes, lo golpeó en la frente, produciéndole una herida en el parietal derecho de siete centímetros de extensión y profunda hasta el hueso.

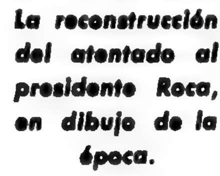
Su brazo en alto ya presagiaba un nuevo golpe, pero antes de que pudiera repetir el ataque, el ministro de Guerra y Marina, doctor Carlos Pellegrini, lo inmovilizó entre sus gigantescos brazos, mientras que el senador David Argüello lo tomaba de los cabellos, hasta que el comisario Baldomero F. Cernadas se hizo cargo de él y lo envió a la comisaría 2ª.

El atacante resultó ser un correntino de 36 años nacido en la ciudad de Goya; su nombre era Ignacio Monjes, había actuado en la guerra del Paraguay integrando las tropas correntinas y tomado parte en las luchas contra López Jordán y en las revoluciones de Corrientes, alcanzando el grado de sargento mayor. Emigró luego a Uruguayana (Brasil), donde estableció un comercio de almacén que fue destruido por las tropas brasileñas. Por esta razón regresó a Buenos Aires y se empleó primero en la Empresa de Tranways a Belgrano, y más tarde en una fábrica de ladrillos de la ciudad de La Plata. Militaba en el Partido Liberal dados sus antecedentes de familia unitaria; por esa época se hos-

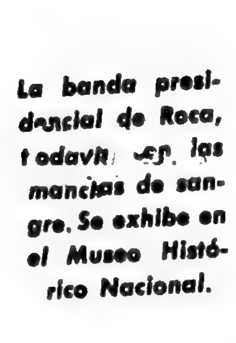


Piedra conque fue agredido Roca por Monjes. Se exhibe en el Museo Histórico Nacional.





La reconstrucción del atentado al presidente Roca, en dibujo de la época.



La banda presidencial de Roca, todavía con las manchas de sangre. Se exhibe en el Museo Histórico Nacional.

pedaba en la casa del doctor Manuel F. Mantilla, en Perú 99.

Monjes declaró que quiso dar muerte al presidente "por considerarlo responsable de la situación política, que era insoportable desde hacía un año y medio y con la intención de salvar a la patria, cuya libertad ambicionaba". En una ampliación de la indagatoria, señaló que al intentar eliminar a Roca, perseguía mejorar la situación con un cambio de gobierno y que aunque tuvo la intención de matarlo, no quiso cometer un asesinato.

La situación del país en la década del 80, dado el auge inmigratorio, trajo la introducción de ideas disolventes y, por otro lado, el triunfo de los provincianos contra los porteños se materializó por la sanción de la Ley de Capitalización del 20 de setiembre de 1880. Cabe destacar que el grueso de los inmigrantes quedó en la Capital, y si sumamos a esto el hecho de que Buenos Aires fuera el lugar de residencia de las autoridades, lógico es que aquí fuera donde hicieran eclosión las doctrinas exóticas, que instigaron a Monjes a atacar al primer magistrado para salvar a la patria, de acuerdo con sus declaraciones.

Inmediatamente de ocurrido el hecho, se levantó una corriente de opinión favorable a su persona, debido a sus antecedentes epilépticos, lo que debía ser tomado en cuenta para eximírsele de la pena.

Los médicos de los Tribunales, doctores Julián M. Fernández y Marcelino Aravena, reconocieron que Monjes era en realidad epiléptico pero, aunque su responsabilidad debía ser atenuada, ello no obstaba a que se le responsabilizara criminalmente.

El juez de primera instancia doctor Carlos Miguel Pérez (secretaría Román Bourel) lo declaró convicto y confeso por tentativa de homicidio, con premeditación y alevosía, más las agravantes de ser la víctima autoridad pública, y lo condenó a diez años de presidio a cumplir en la Cárcel Penitenciaria, inhabilitación absoluta para ejercer cargos del Estado por el tiempo de la condena y la mitad más, e interdicción civil mientras sufriera la misma.

La Cámara Comercial, Correccional y Criminal integrada por los doctores Felipe Yofré, Juan E. Barra, Octavio Bunge, Justo P. Ortiz y Julián L. Aguirre, confirmó con costas la sentencia apelada y la atenuó con pena de penitenciaría más benigna, pues no incluía trabajos duros y penosos ni la prohibición de recibir auxilios desde el exterior, que aquélla en cambio establecía.

Los biógrafos del general Roca, suelen repetir que Monjes fue condenado a veinte años y que por mediación del primero, el presidente José Evaristo Uriburu lo indultó el 9 de julio de 1896.

El favor no tuvo sin embargo estas características, ya que Monjes tuvo una pena de diez años, de acuerdo con el fallo del juez del 10 de mayo de 1887 (exactamente un año después del atentado), y la confirmación de la Cámara el 3 de setiembre de 1888, con la aclaración de que el plazo corría a partir del 6 de julio de 1887.

No fue ésta la única ocasión en que se atentó contra la vida del general Roca. En 1891, siendo ministro de gobierno de Carlos Pellegrini, el menor Sambrice le hizo un disparo de revólver, el 19 de febrero, del que salió ileso por haberse incrustado el proyectil en el coche que viajaba. Pero esa es otra historia y nuestro personaje ya no era presidente.



ATENTADO A QUINTANA

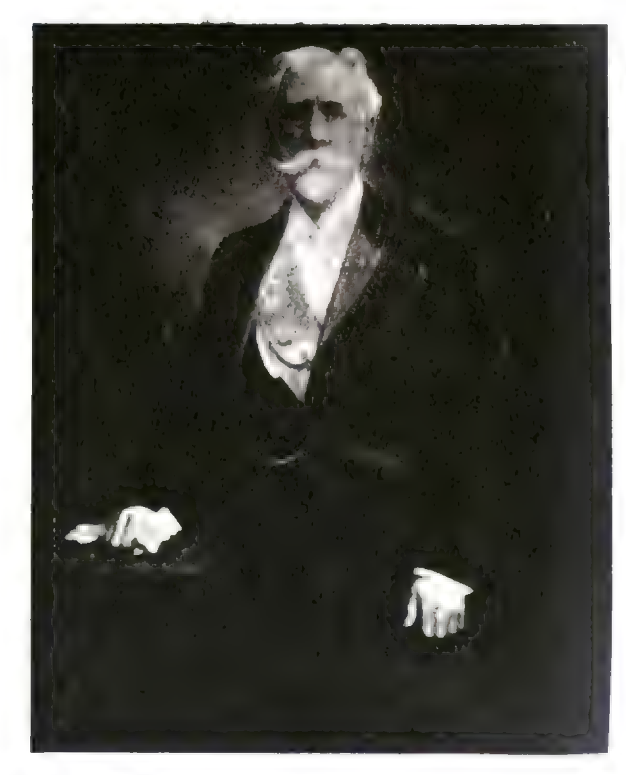
Reconstrucción del atentado al presidente Quintana; el agresor intenta huir por plaza San Martín mientras un policía corre tras él, y el edecán presidencial cae al pavimento.

Año de 1905, año de honda conmoción política, año que se inició haciendo crisis con la fracasada revolución del 4 de febrero de la que fue jefe e inspirador un futuro presidente: D. Hipólito Yrigoyen, año del primer atentado presidencial de carácter anarquista...

Buenos Aires, 12 de agosto, dos y veinte de la tarde. Bajo una pertinaz garúa avanza por la calle Santa Fe al este, el cupé presidencial conducido por el vigilante Antonio Mazato, rumbo a la Casa de Gobierno. Desde su domicilio de la calle Artes 1245 (hoy Carlos Pellegrini), y acompañado por el capitán de fragata José Donato Alvarez, el doctor Manuel Quintana comenzaba un día más de su labor ejecutiva. Cuando al sobrepasar Maipú y enfrentar la plaza San Martín, un hombre que pese a la lluvia se encontraba sobre la escalinata, con las manos en el bolsillo del sobretodo, descendió y avanzó hasta el centro de la calle. En su diestra esgrime un revólver, y a un metro y medio de distancia apunta a la ventanilla y lo acciona sin resultado, corre a la par y vuelve a apretar la cola del disparador otra vez sin éxito, y dando la espalda arroja el arma y huye hacia la plaza.

El edecán quiso apresarlo y a pesar de estar el coche en marcha, bajó de él, pero a consecuencia de la humedad de la calzada resbaló y cayó. Tras el cupé seguía otro coche en el que viajaba el comisario Felipe J. Pereyra de la Comisaría de Pesquisas (hoy Dirección de Investigaciones), quien tenía a su cargo la vigilancia de la Casa de Gobierno y la responsabilidad de la custodia del primer magistrado.

Se dirige sobre el agresor y tras breve lucha lo



El doctor Manuel Quintana durante la época de su presidencia.

reduce, con la colaboración del agente José Casanova de facción en Santa Fe y Esmeralda; lo condujo entonces al Departamento de Policía, que ya funcionaba en su emplazamiento actual.

El doctor Quintana serenamente siguió su camino pero al llegar a la calle Florida, debido a la humedad del pavimento costaló uno de sus caballos del coche, que arrastró en su caída a su pareja, por lo que ascendió a otro vehículo de alquiler y en él llegó a la Casa de Gobierno a las tres y veinte. Ya allí, formuló declaraciones en las que evidenciaba que no le había sorprendido el atentado. "Estaba usted en lo cierto cuando me anunció ha tiempo ciertos planes. Pero recuerde lo que le dije entonces: he resuelto no tener miedo", díjole al director de la Penitenciaría Nacional, ex comisario y ex secretario general de la Policía de la Capital (hoy Policía Federal), D. Antonio Ballvé.

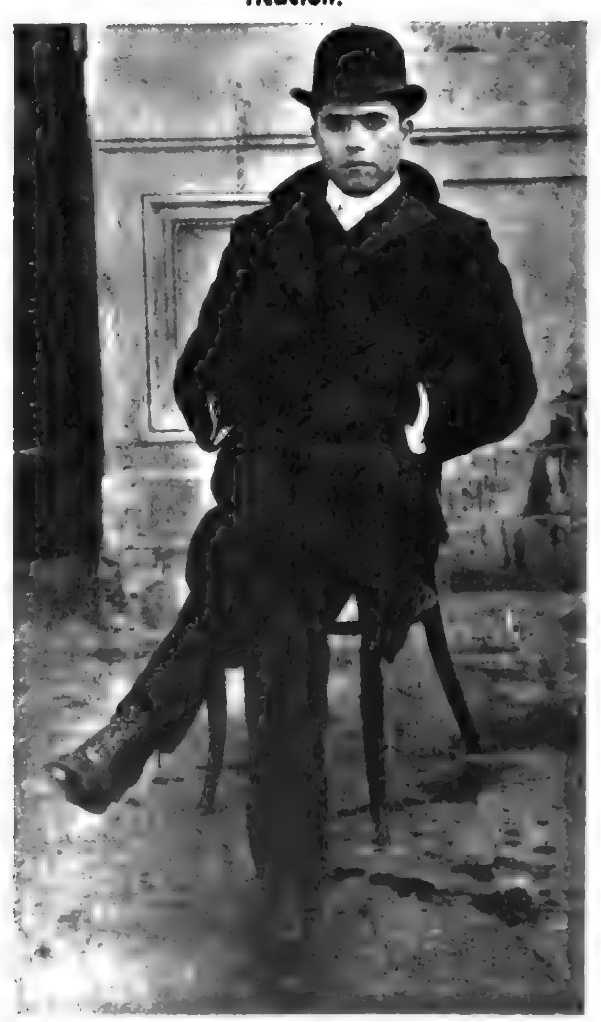
A la ciudadanía porteña no le extrañó el suceso, ya que el país se hallaba en pleno florecimiento de ideas anarquistas, y además llegaban noticias de la lejana Europa, en las que se afirmaba se había atentado en París contra Alfonso XIII y el presidente Loubet. Por entonces se agitaba también la llamada "cuestión social", cuya víctima propicia habría de ser en 1909 el jefe de Policía coronel Ramón L. Falcón, y por otra parte se habían expulsado del país a más de cincuenta extranjeros indeseables de acuerdo con las disposiciones de la ley Nº 4144.

Un extranjero sería precisamente quien atentara contra el doctor Quintana, pues su agresor era un catalán con tres años de residencia en el país. Salvador Enrique José Planas y Virella, de 23 años, declaró ser tipógrafo y sin ocultamientos y espontáneamente reconoció ser anarquista, habiendo actuado por iniciativa propia y sin cómplice alguno.

Planeó el atentado con la intención de eliminar al presidente, y así mediante su reemplazo, guardaba la esperanza de que el sucesor pudiese corregir la honda injusticia social que padecía la clase obrera. Su meta ideal de progreso era que llegase al poder un político de la talla del uruguayo Batlle y Ordóñez. Su plan para conseguir estos propósitos había sido meditado en forma meticulosa y prolija, a punto de abandonar días antes su empleo en la imprenta de Tailhade y Roselli, para disponer de más tiempo y estudiar todos los detalles del hecho. Se preocupó de observar durante varios días el domicilio del presidente, interiorizándose de sus horas de salida y llegada, además de su trayecto habitual. Otra de sus medidas precautorias, fue afeitarse el bigote el día anterior, en la peluquería de Montevideo 652, para evitar así ser reconocido por los policías de la residencia presidencial. Por última vez realiza una nueva inspección de la misma y se aposta en la plaza San Martín, desde donde consuma el atentado, pero fracasando en su proyecto dado el mal estado de los proyectiles.



El agresor de Quintana: Salvador Enrique José Planas y Virella, antes y después de afeitarse el bigote con el propósito de dificultar su identificación.



El estudio del arma usada indicó que se trataba de un revólver tipo Smith Wesson de cinco tiros, calibre 38, modelo 1871, cargado con todos los proyectiles, dos de los cuales presentaban señales de la aguja del percutor, lo que indicaba que se había intentado al menos ese número de disparos. En el bolsillo de Planas y Virella, se encontraron otras cinco balas.

Una vez más admitió su culpabilidad, ya que ratificó sus declaraciones ante el juez de ins-

trucción doctor Servando E. Gallegos (secretaría Luis Espinosa), diciendo que "había acariciado desde el martes anterior la idea de eliminar al presidente de la República, por considerarlo culpable como jefe del Estado del malestar general del obrero, y en la esperanza de que el que le sucediese pondría remedio a ese malestar".

La defensa sostuvo que su cliente era irresponsable de sus actos, pues había procedido bajo la influencia de una crisis emotiva. Los médicos, por su parte, informaron que no padecía de alienación mental y que no era un fronterizo, ni predispuesto a la locura. Sin embargo, consideraron podría haber procedido bajo crisis emotiva provocada por un amor contrariado y una carta de sus padres desde España, en la que le hacían saber de sus premuras económicas. El juzgado, por aquello de que en caso de duda ha de estarse a lo que sea favorable al acusado, consideró esas circunstancias como atenuantes, pero de todos modos tomó en cuenta las agravantes del Código Penal entonces vigente, pues el hecho "había sido ejecutado en personas que ejerzan autoridad pública"; entendiendo que de acuerdo con la ley Nº 4189 (art. 17, inc. 1º), correspondía al homicidio consumado la pena de veinte años, pero hecha la reducción prevista por el artículo 3º de la citada ley, falló imponiéndole por tentativa de homicidio trece años y cuatro meses de prisión.

La Cámara, integrada por los doctores Ramón Méndez, Carlos Miguel Pérez, Miguel Esteves, Diego Saavedra y Benjamín Basualdo, la redujo a diez años de presidio, con costas y accesorías legales, debiéndose computar desde el 29 de abril de 1907. El preso fue remitido a la Penitenciaría Nacional, donde se le asignó el número 610, y se lo destinó al Taller de Imprenta, sección Composición, donde se desempeñó como aprendiz.

Pero lo que aparentemente sería el final de la historia, tuvo un matiz inesperado. Planas y Virella no sólo sería el primer anarquista que intentó matar a un presidente, sino que sería también uno de los agresores presidenciales que huiría de la cárcel. Efectivamente, el día 6 de enero de 1911 a la una y treinta de la tarde, trece reclusos de la Penitenciaría Nacional fugaron de ella a través de un túnel cuya boca de acceso se hallaba en el jardín del establecimiento. Entre los prófugos estaba Planas y Virella, quien nunca fue hallado.

La custodia interna de la cárcel la realizaban 54 guardianes, afectados a muy diversas tareas y distribuidos en distintos turnos. La vigilancia externa la proveía el Ejército Nacional con soldados conscriptos de Infantería, de servicio en los torreones sobre la calle Juncal, entre las doce del mediodía y las dos de la tarde. Dos de ellos fueron considerados responsables "por negligencia en el desempeño de su servicio de guardia". El 11 de abril siguiente el Consejo de Guerra Permanente para Tropa falló la causa condenando a Francisco Gastón y Francisco Spandori, del Regimiento 1 de Infantería, a 10 meses de prisión.

Como ya se señaló, entre los evadidos estaba Planas y Virella, quien nunca fue hallado por la policía. Esta consideró que salió furtivamente del país con nombre supuesto, regresando a su patria. Las averiguaciones pertinentes para localizarlo no dieron resultado, ya que se perdió el rastro y esta historia pasó a formar parte de los archivos policiales con la peculiaridad de ser el primer atentado presidencial anarquista.

ATENTADO A FIGUEROA ALCORTA



El doctor José Figueroa Alcorta durante la época de su presidencia.

En medio de un agitado y confuso clima político, y próximas a realizarse en todo el país las elecciones para la renovación de la Cámara de Diputados, la opinión pública fue sacudida por la noticia de un nuevo atentado criminal en la persona del presidente. Ese 28 de enero de 1908, víspera de carnaval, la noticia señalaba que al presidente Figueroa Alcorta le había sido arrojada una bomba.

Una vez más la persona de un presidente era la víctima de la violencia... Una vez más el momento político por el que atravesaba el país era crítico...

El doctor José Figueroa Alcorta se hizo cargo del Poder Ejecutivo después de acaecida la muerte de su antecesor, el doctor Quintana, ocurrida el 12 de marzo de 1906. Había ocupado la vicepresidencia, y asumió la primera magistratura carente de apoyo político. Sufrió la presión del general Roca, que aspiraba a un tercer mandato y obstaculizaba su gestión controlando el Senado por intermedio del Partido Autonomista Nacional.

Al decretarse la intervención a la provincia de Corrientes en diciembre de 1907, hizo eclosión la crisis. En represalia a tal actitud, el Senado se negó a tratar el Presupuesto para 1908. Figueroa Alcorta clausuró entonces el período extraordinario de sesiones y por decreto puso en vigencia el Presupuesto de 1907. Los legisladores intentaron sesionar, pero el jefe de Policía, Ramón L. Falcón, hizo ocupar el Congreso con 100 bomberos a las órdenes de su jefe, el coronel José María Calaza, impidiéndoles el acceso. Los

senadores y diputados opositores, por tal motivo suscribieron dos inoperantes documentos de protesta.

En tal estado de intranquilidad sucede el atentado terrorista. Ese 28 de febrero, a las seis y media de la tarde, frente al domicilio presidencial, Tucumán 848, aguardaba el oficial inspector José González de la comisaría 3ª, con personal a sus órdenes, la llegada del jefe de Estado. La vigilancia se había acentuado en razón de que días antes le fue enviada a la primera dama una canasta de fruta que contenía una bomba explosiva, que debía estallar a una hora determinada. Para ello, el reloj despertador que la accionaba tenía combinado un mecanismo con su campanilla envuelta en papel de lija y fósforos adheridos al percutor. Estos al arder por frotamiento encenderían la mecha, que provocaría la explosión. El anónimo remitente de tan siniestro presente no previó que el frotamiento, al accionar el percutor del reloj, no sería suficiente para que se inflamaran los fósforos; fracasando por consiguiente este intento.



Francisco Solano Rejis, agresor del presidente Figueroa Alcorta.

Truco fotográfico del atentado contra Figueroa Alcorta; detrás del presidente aparece el agresor arrojando la bomba.

No sería éste el único intento terrorista. El que nos interesa en particular, comenzó cuando un hombre en las inmediaciones de la finca presidencial, aguardaba oculto en el zaguán de una casa lindera, en el número 842. Este personaje oculto era un joven que simulaba esperar el paso del tranvía, justificándose su presencia en ese zaguán, ya que allí se protegía de la lluvia. Nervioso apretaba entre sus brazos, contra el cuerpo, un paquete envuelto en papel madera y atado con piolín y alambre. Detenido el vehículo del doctor Figueroa Alcorta, luego del habitual trayecto desde la Casa de Gobierno por las calles Rivadavia, Florida y Tucumán, el presidente descendió seguido de su edecán de turno, capitán de fragata Ernesto Anabia. Al advertir la presencia de su víctima, el joven se aproximó corriendo y arrojó a sus pies el bulto, e inmediatamente emprendió la fuga en veloz carrera. Sereno, aunque sorprendido, el mandatario atinó a alejar de sí el paquete, cuya envoltura se había incendiado y desprendía una densa humareda.

El personal alejó del lugar al doctor Figueroa Alcorta, quien penetró en su domicilio, mientras que uno de sus lacayos, Juan Casanova, desde el pescante dio voces de alarma gritando, a la vez que señalaba al prófugo: "¡Atájenlo... Atájenlo...!" Al escucharlo, el oficial inspector Luis Ayala que venía por Tucumán, desde la calle Maipú, desenfundando su revólver intimó al terrorista para que se detuviera, y con dos vigilantes lo condujo a la comisaría 3ª. En el trayecto, el prisionero sacó un puñal que llevaba en la cintura, pero fue inútil porque lograron desarmarlo. Mientras, otros policías arrojaban baldes de agua sobre la humeante bomba, que luego un agente llevó a la comisaría.

El detenido fue conducido al Departamento de Policía, ante el comisario de Investigaciones José Rossi, y allí declaró ser Francisco Solano Rejis, salteño de 21 años, soltero, y de profesión mosaiquista. Admitió su acción y al igual que Planas y Virella, expresó que quiso asesinar al presidente por considerarlo responsable de las causas del malestar obrero. Por su mal proceder, lo calificó de tirano y afirmó que estaba convencido de que había obrado para el bien de todos. El agresor no registraba antecedentes penales de ninguna clase.

Al allanar su domicilio, una habitación en la calle Avellaneda 352, se secuestraron varias retortas y vasos graduados, un frasco de clorato de potasio, otro de ácido clorhídrico y un folleto: "Fabricación de explosivos", del cual era autor un teniente coronel español.

Con posterioridad se declaró comunista-anarquista y dijo haber procedido de acuerdo a sus convicciones, pero sin conexión con organización alguna, sin cómplices ni instigadores. En otro tiempo perteneció a sociedades gremiales, pero se había alejado de ellas desengañado de la conducta y ambiciones personales de sus dirigentes. En cuanto a la bomba, la confeccionó en su habitación y la llevó en un tranvía hasta la Casa de Gobierno a las dos de la tarde. Como el doctor Figueroa Alcorta ya había penetrado en la misma, deambuló a la espera de la hora de regreso al domicilio presidencial, donde decidió arrojar el artefacto.

Como los anteriores agresores presidenciales, lamentó el resultado negativo de su acción y en su indagatoria ante el juez de instrucción doctor Ernesto C. Constansó (secretaría Giménez), añadió que no tenía nada personal contra el doctor Figueroa Alcorta, pero sí contra el presidente de la Nación por lo que él representaba. Además explicó que venía preparando el atentado desde hacía un año, por considerar que la clase trabajadora estaba oprimida. Ratificó no tener cómplices y afirmó estar en pleno uso de sus facultades, con lo que evidenciaba su deseo de hacer frente a las responsabilidades resultantes de su proceder.

En cuanto al artefacto explosivo se envió el mismo al Arsenal de Guerra. Allí, el teniente 1º químico Carlos R. Santillán lo examinó y consignó en su informe que se trataba de un recipiente cilíndrico de latón, de dieciocho centímetros de largo, por dieciséis de diámetro, de casi seis kilos de peso que contenía trescientos setenta y dos clavos y ciento cuarenta y nueve remaches, dos balas de revólver, un trozo de alambre de hierro, fragmentos de vidrios y determinados ácidos. Su mecanismo de percusión falló, pues debía estallar al chocar contra el pavimento, por rotura de los frascos que contenían los líquidos, y mezclarse los mismos generando gases expansores. Esto ocurrió por insuficiencia de la proporción de uno de los ácidos, que impidió producir el calor necesario, aunque sí lo bastante para provocar que los papeles en que estaba envuelto se incendiaran por recalentamiento.

El agente fiscal pidió que se impusiera al reo una condena de veinte años de penitenciaría, y la defensa rebatió el dictamen alegando que el acto no era punible porque la bomba no pudo explotar dado lo defectuoso de la carga, de modo que siendo imposible la ejecución del delito, no podía responsabilizarse al acusado como autor de tentativa de homicidio previsto por la ley 4189.

El juez del crimen doctor Ernesto Madero (secretaría Julián Byron), lo condenó a veinte años de presidio, con diez días de reclusión solitaria en los aniversarios del delito, y cinco años de vigilancia de la autoridad sobre su persona, después de cumplida la condena. La Cámara integrada por los doctores Carlos Miguel Pérez, L. López Cabanillas, Miguel Esteves, Diego Saavedra y Ramón Méndez confirmó la sentencia, a contar del 8 de marzo de 1909.

El detenido fue destinado a la Penitenciaría Nacional, donde se le asignó el número 335 y se le destinó al Taller de Litografía como aprendiz. Aquí no tardó en hacerse amigo de Planas y Virella, y juntos emprendieron la fuga ya mencionada anteriormente. La policía sospechó que lo acompañó a España. Francisco Solano Rejis no alcanzó a cumplir tres años de la pena, mientras que su amigo español llegó a permanecer poco más de cinco años de presidio.

Esta evasión de los trece penados, motivó no sólo la condena de los dos soldados por negligencia en la guardia, sino que el 14 del mismo mes, enero de 1911, el Poder Ejecutivo, en acuerdo de ministros, creó un cuerpo especial de seiscientas plazas para la vigilancia de las cárceles nacionales, con el nombre de Guardia Cárceles, dependiente del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Así se corrigieron los defectos de la vigilancia externa, y los soldados conscriptos del Ejército Nacional retornaron al cumplimiento de sus funciones específicas.

EL PELIGROSO OFICIO DE PRESIDENTE

ATENTADO A VICTORINO DE LA PLAZA

La celebración del centenario de la Declaración de la Independencia fue el marco de otro signo de intemperancia y descontento que, como en otras oportunidades, se materializó en una agresión a la persona del presidente.

El doctor Roque Sáenz Peña, elegido para el período 1910-1916, falleció el 9 de agosto de 1914. Le sucedió su vicepresidente, el doctor Victorino de la Plaza, al que él mismo propusiera para tal cargo, a la Junta Ejecutiva del Partido Unión Nacional en vísperas electorales, prefiriéndolo a otros candidatos. El doctor de la Plaza actuó en los primeros años de la guerra mundial, en la que nuestro país no intervino por haber declarado la neutralidad que mantuvo hasta el final de la misma, aun ante la presión de las potencias aliadas y en medio de numerosos conflictos obreros, debido al elevado costo de la vida y la insuficiencia de los salarios para hacer frente a ello.

Sólo le restaban tres meses para abandonar la presidencia, y ya su sucesor Hipólito Yrigoyen había resultado electo, habiéndose aplicado y cumplido en su integridad la ley Sáenz Peña el 2 de abril. Esto y su edad de setenta y seis años que traía aparejado el alejamiento definitivo de la escena política, hicieron inexplicable a todas luces el atentado del 9 de julio.

A las tres y media de la tarde, la Plaza de Mayo aparecía congestionada de público. El presidente, teniendo a su derecha al embajador de la República de Bolivia doctor Villazón, y a su izquierda al enviado especial de la República de los Estados Unidos del Brasil, doctor Ruy Barbosa, y rodeado de sus ministros, contemplaba el paso de la última formación del desfile militar, la de Gimnasia y Esgrima. Seguidamente los Exploradores precedidos de una banda musical y luego una columna cívica. De esa columna surgió un individuo de la primera fila que extrayendo un revólver y sin detenerse, apuntó hacia el balcón presidencial. El proyectil dio contra una moldura, treinta centímetros debajo del mismo y en la diagonal del presidente. Intentó un segundo disparo que falló, mientras la multitud presa del pánico se dispersaba.

Sin embargo, algunas personas próximas al agresor se precipitaron sobre él con intención de lincharlo. La policía lo rescató de los exaltados y lo desarmó, no sin que sufriera dos lesiones en la cabeza, una de ellas producto de un bastonazo. La detención la realizó el agente de Investigaciones Manuel Barral, junto con su igual Juan Silva Straw, el sargento del Departamento Gregorio Morales, el señor Juan Yanzi Oro, el ingeniero Virgilio Raffinetti y el señor Alfredo Jorge Mailhé. Yanzi Oro le pegó en la mano derecha para desarmarlo; al hacerlo el tambor del revólver se abrió y cayeron al pavimento los proyectiles, de los cuales se extravió una de las cuatro balas; sin embargo se recuperó la vaina servida y hasta el proyectil disparado.



El doctor Victorino de la Plaza, durante la época de su presidencia.

Al grito de "¡Autócrata!" y "¡Viva la anarquía!" fue apresado. La policía tuvo que formarle un círculo para evitar la ira del público, pues se vio incluso a una señora que, extrayendo el pinche que sujetaba su sombrero, intentó agredirlo. Para su seguridad fue trasladado a la guardia de Granaderos de la Casa de Gobierno, luego a la comisaría 2ª y por último a la alcaidía del Palacio de Justicia.

El detenido era Juan Mandrini, porteño, soltero, de 24 años, frentista, quien en presencia del juez de instrucción, doctor José Antonio de Oro, y del comisario Toranzo se negó a declarar, por lo que se dispuso su incomunicación. Al día siguiente, revió su actitud y refirió que la pena capital aplicada a los autores de la muerte del señor Carlos Livingston, los pescadores Lauro y Salvatto, lo sublevaron en forma tal que quiso

producir un acto de protesta resonante, no encontrando nada mejor que simular un atentado al presidente de la Nación. Con tal motivo se ubicó frente a la Catedral, y cuando el doctor de la Plaza pasó con su carruaje hacia la Casa Rosada temió herir a él o a alguno de sus acompañantes con el revólver calibre 7 de marca ilegible, que se le secuestró con posterioridad. Cambió de ubicación y se acercó hasta la Casa de Gobierno, frente al balcón presidencial para presenciar el desfile militar. Ya había desistido de sus propósitos homicidas y se retiraba de la plaza, cuando una avalancha lo empujó hasta enfrentar nuevamente al balcón y un vértigo (según sus palabras) le hizo sacar el arma y disparar, pero con cuidado de no herir a nadie.

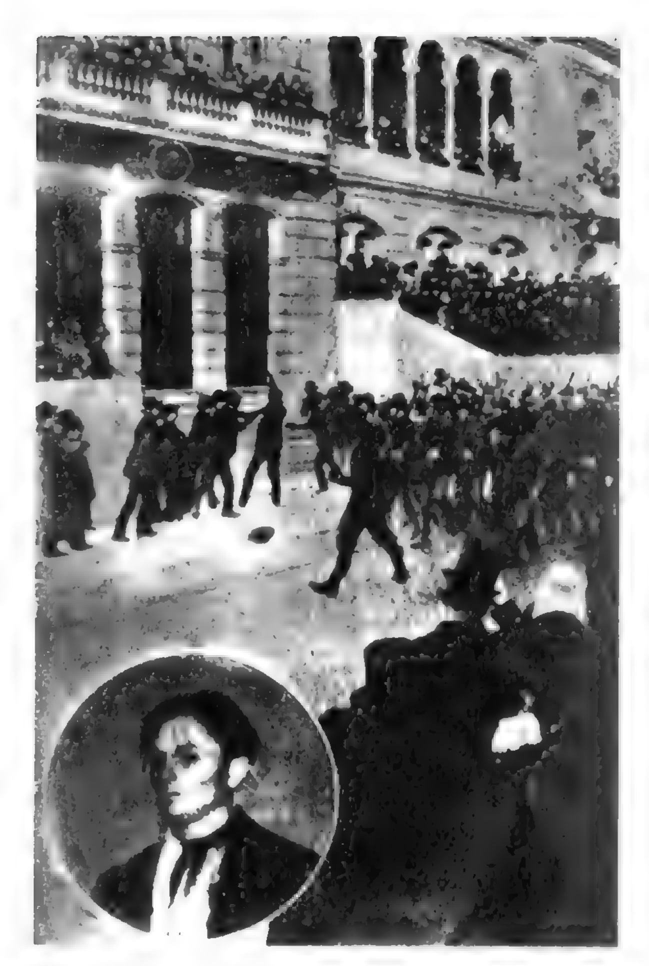
"Ese loco merece que lo condenaran... por mal tirador", fueron las palabras del anciano presidente, quien en un primer momento no se percató del peligro sufrido, ya que se enteró de lo ocurrido por referencia de los funcionarios que lo rodeaban. El presidente declaró ante el juez, mediante un informe, no haber tenido conocimiento directo de los hechos, creyendo que todo procedía de la detonación de un petardo explotado entre el público, no habiendo experimentado la sensación de un atentado contra su persona.

Tan mal elegidos estaban el sitio y la ocasión, que la primera reflexión que surgió fue que no podía tratarse más que de una acción de un loco o un desequilibrado; a pesar de lo cual el médico de policía, doctor Carlos de Arenaza, dictaminó que lo encontraba ligeramente excitado, y con aceleración del ritmo cardíaco —120 pulsaciones por minuto—, pero normal y por consiguiente responsable de su proceder.

El fiscal doctor Victorino Ortega al expedirse en el proceso, rechazó como prueba de que no hubo intención de matar, la circunstancia de que Mandrini al hacer el disparo dio vuelta la cara (esto fue corroborado por los testigos), y que a pesar de esto hizo funcionar repetidas veces el percutor. Tampoco se consideró importante el hecho de que según algunos hubiera gritado "¡Viva la anarquía!". Importante sí era que los médicos legistas que lo examinaran consideraran que carecía de capacidad de imputación jurídica. La fiscalía no estaba de acuerdo en que fuera absolutamente irresponsable. Podía ser un fronterizo, pero no tanto que le impidiera un claro conocimiento de sus actos. El acusado había explicado su delito en forma razonable y coherente, con una defensa hábil, negándose a ser un asesino. Por todas estas causas fue declarado responsable.

La causa no fue proseguida por tentativa de homicidio, porque el hecho se calificó de "disparo de arma de fuego". Por estas razones, sólo se le condenó a un año y 4 meses de presidio y el juez del crimen doctor Juan R. Serú, el 1º de febrero de 1918, en oficio dirigido al jefe de Policía doctor Julio Moreno, al comunicar la sentencia hacía saber que la pena se encontraba compurgada dado el tiempo que Mandrini llevaba detenido en la Alcaidía 1ª Sección de la Policía, desde donde se lo puso en libertad.

De todas las tentativas de homicidios presidenciales, ésta fue sin duda la más absurda y ridícula, y su autor el que menos tiempo purgó sus culpas, porque en realidad fue considerado por todos o algunos, incluso el doctor de la Plaza, como un demente.



Truco fotográfico del atentado contra de la Plaza; en círculo, el agresor. El redondel, abajo del balcón de la Casa de Gobierno, marca el lugar del impacto. (ABAJO): Mandrini, esposado, es conducido a la comisaría 2ª.



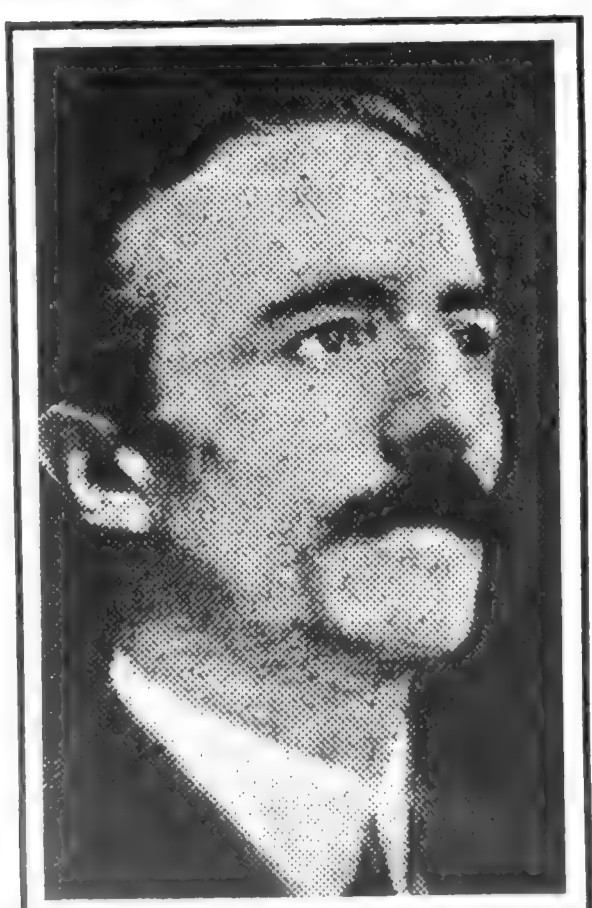


EL PELIGROSO OFICIO DE PRESIDENTE

ATENTADO A HIPOLITO YRIGOYEN

El último atentado presidencial que registra nuestra historia ocurrió el 24 de diciembre de 1929, a las once horas. Llega a la modesta casa de la calle Brasil 1039, como lo hace diariamente, el automóvil conducido por el chófer Eudosio L. Giffi. Veinticinco minutos después asciende al mismo D. Hipólito Yrigoyen, acompañado de su médico el doctor Osvaldo Meabe. En el asiento delantero se ubica, al lado del conductor, el subcomisario Alfredo Piccia Bonelli, de la Policía de la provincia de Buenos Aires, encargado de la custodia.

Inician la marcha en dirección al este; el vehículo traspone la calle transversal, Bernardo de Irigoyen y el Pasaje Internacional, donde se halla de vigilancia el agente de Investigaciones Carlos María Sicilia, de la Policía de la Capital.



Gualterio Marinelli, agresor de Yrigoyen.

Segundos después, frente al número 924 de la calle Brasil (acera norte), donde está instalado el hotel "Tigre", emerge del zaguán un hombre que extrae de entre sus ropas un revólver y apunta al automóvil. Hace dos disparos. Después tres más. El chófer Giffi maniobra en zig-zag para dificultar el blanco.

El ataque es repelido por el subcomisario Piccia, que es herido de gravedad en el abdomen, ya que viajaba del lado derecho desde donde procedió el disparo; y el agente Sicilia, que desde su puesto se corrió al lugar y también resulta herido en la pierna izquierda. El personal de la custodia que viajaba detrás en un doble faetón, efectúa algunos disparos.

Cae instantáneamente muerto el atacante frente al número 912, hasta donde se había desplazado, herido de cinco balazos. Su cuerpo es llevado a la comisaría 16ª, próxima al lugar, donde fue observado larga y pensativamente por Yrigoyen. El presidente vuelve a su domicilio, y a la una de la tarde inicia con tranquilidad sus tareas oficiales desde la Casa de Gobierno.

Un año antes, el 12 de octubre, había resultado electo por segunda vez para ocupar el sillón presidencial, después de una elección consagratoria que fue calificada de "plebiscito" (838.583 votos contra 414.026). Venía a reemplazar al doctor Marcelo T. de Alvear, también del partido Unión Cívica Radical, pero de la fracción escindida, la "Antipersonalista", que llamó "Personalista" a los seguidores de Yrigoyen y en su afán opositor hizo migas con los conservadores. El radicalismo yrigoyenista calificó a esa unión de "contubernio".

El presidente tenía entonces setenta y siete años, sus energías ya no eran las mismas que lo distinguieron durante su primera presidencia de 1916 a 1922, y si en ese tiempo meditaba con lentitud sus decisiones, ahora directamente no las adoptará, lo que será utilizado por la oposición para pregonar que han decaído sus facultades y lucidez mental y afirmar que está secuestrado por un círculo. Tampoco los hombres que lo acompañan en su segundo período son de la altura de los del primero; y ciertos actos de su gobierno como las cesantías de empleados públicos, reincorporaciones y ascensos militares, intervención a las provincias de Mendoza y San Juan, prohibición de algunos actos públicos y disolución de otros, la "amansadora" y los desmanes del clan radical, provocaron su desprestigio y llevaron a la revolución del 6 de setiembre de 1930 que lo depuso y lo confinó a la isla Martín García.

Eso ocurriría casi un año después del atentado, cuyo autor caía fulminado por las balas policiales que actuaban en defensa del primer magistrado. El cadáver fue identificado como Gualterio Marinelli, italiano de 44 años, llegado al país en 1905, instalando un taller de mecánico dental en Brasil 811 (como se advierte, muy próximo al lugar de los hechos). Su deceso impidió toda investigación precisa y abrió paso a toda clase de conjeturas.

La policía contaba para la pesquisa con dos elementos: su filiación y el arma utilizada. Por esta vía estableció que el italiano era un anarquista y estaba sindicado como integrante del grupo de esa ideología denominado "Nueva Era", aunque por entonces estaba alejado de esas actividades. El arma era un revólver marca Iver



El doctor Hipólito Yrigoyen durante la época de su presidencia.

Johnson's, de cinco tiros, calibre 32 corto, adquirido veinte días antes y con el que se probó que había efectuado prácticas de tiro para ejercitarse en su manejo.

Su muerte, como ya se ha dicho, abrió paso a las conjeturas, y los periódicos sensacionalistas y opositores señalaron que Marinelli no era el autor y sí la víctima casual de un error policial, pues habrían confundido al verdadero agresor con el mecánico dental, aclarando que el primero huyó a favor de la confusión (la policía no se animó a negar el hecho). Las críticas fueron muy severas por no haberlo apresado vivo. También se aseguró que Marinelli murió acribillado, presentando entre veinte y treinta heridas de bala. La autopsia practicada por los médicos legistas doctores Martín R. Arana y J. Manuel Ocampo vino a probar que el cuerpo albergaba cinco heridas, dos en el rostro, una en la caja torácica, una en el pecho y una en el omóplato, de las cuales tres eran mortales. Otra versión decía que Marinelli pretendió acercarse al automóvil portando una carta, que el personal de un hospital donde estuvo internado le entregara para hacerla llegar hasta el presidente en procura de mejoras. Esto planteó el interrogante de por qué fue él el depositario de la misiva, si no estaba vinculado al primer magistrado ni al partido oficialista. Por otra parte, la carta nunca apareció.

El presidente debió presentar un informe a requerimiento del magistrado judicial. Yrigoyen en síntesis y con claro estilo policial, ya que fue comisario de la Policía de Buenos Aires entre 1872 y 1877, detalladamente hizo su relato, que transcribimos a continuación porque implica claro mentís a quienes aún hoy quieren presentar los hechos de otra forma:

"Buenos Aires, 26 de diciembre de 1929.

Al señor juez de instrucción en lo criminal de la Capital Federal, doctor Manuel Rodríguez Ocampo. S/D.

En contestación al oficio de V. S. en que se sirve solicitar mi informe acerca del atentado ocurrido, cúmpleme manifestar a V. S. lo siguiente:

El día 24, a las 11 y 30 minutos aproximadamente, partí de mi domicilio en dirección a la Casa de Gobierno, acompañado por el doctor Osvaldo Meabe. En circunstancias en que viajábamos por la calle Brasil con rumbo al este y pocos metros después de trasponer la calle B. de Irigoyen, percibí un estampido cuya naturaleza no definí claramente, inquiriéndoselo entonces al doctor Meabe, quien, mirando rápidamente hacia la derecha, me contestó de inmediato: «Son tiros, señor», a la vez que instó al chófer para que apresurara la marcha. Apercibido así de la situación ordené al chófer que se detuviese, en cuya circunstancia el agresor que había hecho el primer disparo desde la vereda, tuvo tiempo de alcanzar el coche y ya sobre la portezuela, a mi derecha, me hizo tres nuevos disparos consecutivos; uno de los cuales perforó el cristal y los otros dos dieron en la caja del coche al lado de mi asiento.

Detenido ya el automóvil pude bajar, comprobando que el agresor estaba herido, tendido en el suelo y el empleado que va siempre conmigo, Alfredo Piccia, lo estaba también, así como el agente de Investigaciones Carlos Sicilia, de servicio en la calle.

Resolví entonces la traslación de los heridos a la comisaría, concurriendo yo mismo a ella, donde me enteré que el agresor había muerto; dispuse la comunicación del suceso al juez de turno, remisión del hospital a los heridos, y des-



pués llegué a mi domicilio, para tranquilizar a mi familia, continuando en seguida el viaje a la Casa de Gobierno.

Debo agregar que en días anteriores había notado en las inmediaciones de mi casa al agresor, a quien supuse una de las tantas personas que, diariamente, salen a mi paso para saludarme, dado el convencimiento infinito que tengo, de razón y de conciencia, de no haber hecho jamás mal a nadie, en sentido alguno, y sí todo el bien que estuvo a mi alcance, a cuantos llegaron hasta mí, fuera quienes fuesen.

Dios guarde a V. S.

H. Yrigoyen".

El sumario se instruyó por tentativa de homicidio en la persona del presidente y por homicidio a Marinelli. Lo hizo el juez doctor Manuel Rodríguez Ocampo, quien dispuso una pericia balística, que fue practicada por el comisario Miguel Viancarlos y los tenientes Baldomero Gayán y Angel Miguel, del Ejército Nacional. Los peritos afirmaron que el proyectil extraído del vientre del subcomisario Piccia, y de la puerta del auto presidencial, procedían del arma de Marinelli.

Más tarde otros sucesos vinieron a corroborar la culpabilidad del atacante. Un allanamiento practicado por el propio juez en el taller dental del nombrado, condujo al secuestro de un documento que peritos calígrafos y familiares de Marinelli reconocieron como de puño y letra de éste. En él, a manera de testamento ológrafo, expresaba su deseo de que cuanto poseía pasara a pertenecer a su compañera, "pues circunstancias de la vida, podían colocarlo en situación de no volvería a ver". Además, se acreditó que doce días antes vendió su taller y depositó el dinero en el banco.

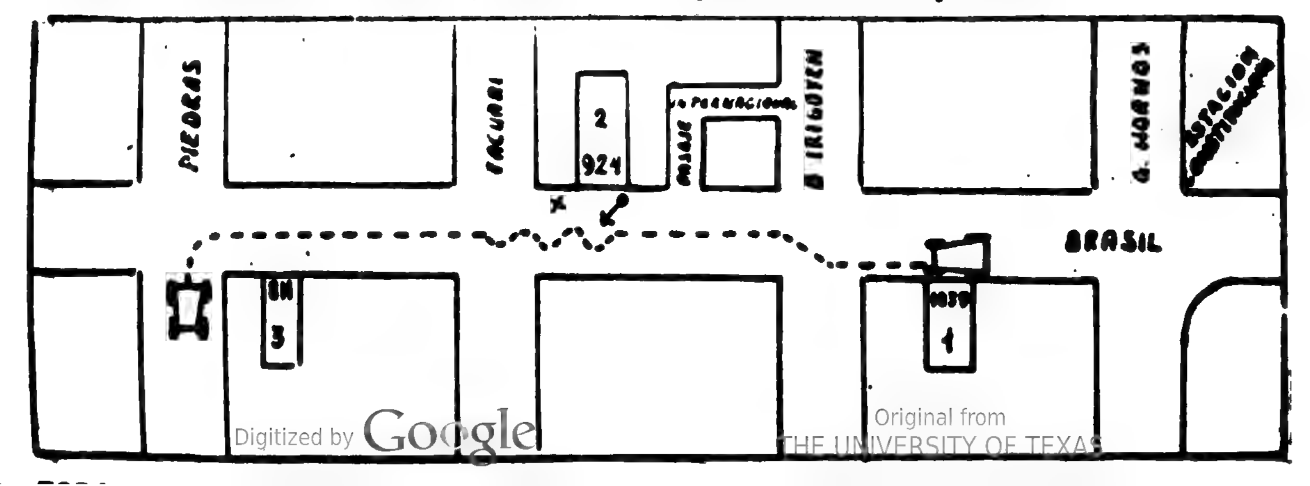
Todas estas pruebas llevaron al juez doctor Rodríguez Ocampo a concluir que Marinelli actuó por iniciativa propia, sin instigadores ni cómplices. La prensa oficialista en cambio, sostuvo que los diarios eran los verdaderos responsables, por su prédica.

El funcionario judicial consideró que el atentado había sido premeditado larga y minuciosamente, debido a ciertos hechos curiosos que así lo indicaban, como el alquiler del taller sobre la misma calle por la que a diario pasaba el presidente, la compra del revólver y la práctica de tiro, la venta posterior del taller y el depósito bancario, los antecedentes anarquistas y la carta-testamento tan sugestiva. Por todo ello sobreseyó la causa con respecto a Marinelli, declarando extinguida la acción penal por su fallecimiento. En cuanto a los policías Piccia y Sicilia, los sobreseyó definitivamente porque su acción no era punible por haber obrado ante la agresión ilegítima que se llevó contra Yrigoyen y, como lo evidenciaban sus heridas, en defensa propia.

Los periódicos de la época reprodujeron gráficamente la ceremonia de inhumación de los restos de Marinelli, sin que encontraran oposición de parte de la autoridad. Tampoco la tarea periodística fue obstaculizada un año más tarde, cuando la Corporación de Protésicos Dentistas (de la que había sido Marinelli socio fundador) realizó un homenaje a su memoria y sobre su sepultura, en el cementerio de la Chacarita, colocó una placa con esta inscripción: "A Gualterio Marinelli, VOX POPULI, VOX DEI. ¡Salve!". Esto ocurrió un 30 de julio de 1930, cuando todavía guiaba los destinos del país, aunque por poco tiempo, D. Hipólito Yrigoyen, y la tremenda, increíble inscripción, no acarreó ninguna sanción a nadie...

Ser presidente es un gran honor. Pero es también un riesgo. El riesgo se da en muchos terrenos y no todos tienen que ver con la integridad física del titular del poder. Pero, como hemos visto y a pesar de ser, felizmente, excepciones, el riesgo puede ser real y concreto. Esperemos que los casos que hemos reseñado sean los únicos y últimos de nuestra historia, y que la violencia, en todas sus formas, quede excluida para siempre como elemento político. ◆

Plano del atentado contra Yrigoyen; la línea indica el trayecto recorrido por el automóvil del presidente y el zig-zag realizado por el chófer Giffi para eludir los disparos. La flecha indica la casa de donde salió el agresor y la cruz, el lugar donde cayó muerto. Con el Nº 3, la finca donde Marinelli tenía su taller de mecánico dental. Las calles tenían, como se observa, las mismas direcciones de tránsito que ahora.

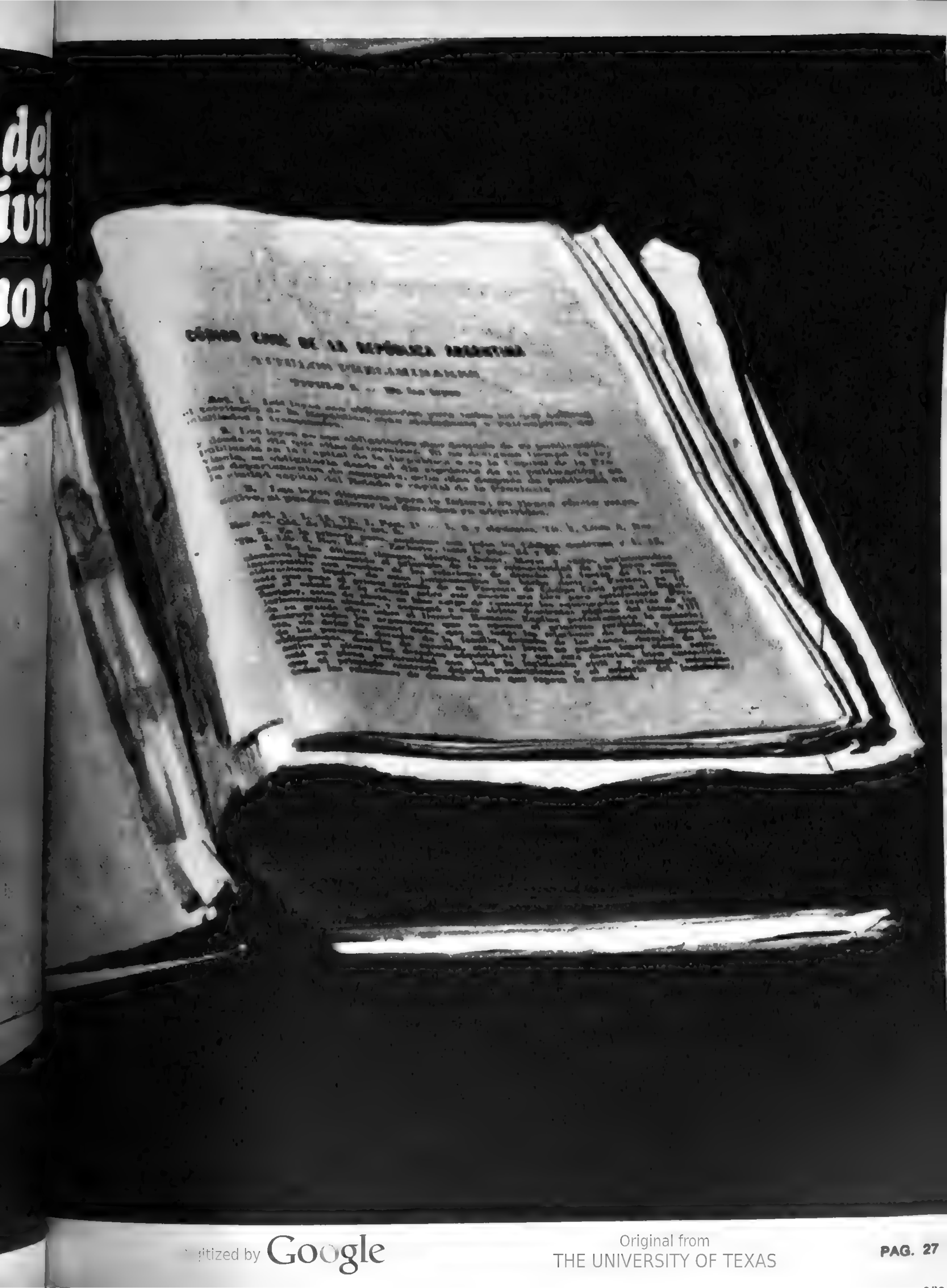


PEDRO II, ¿abuelo del código civil argentino?

Alberdi criticó el proyecto de Código Civil elaborado por Vélez Sársfield, sosteniendo que era una obra del imperialismo brasileño.

por Alberto González Arzac





PEDRO II, ¿abuelo del código civil argentino?

Muy poco se ha hablado de nuestro Código Civil desde el punto de vista político, a pesar de que las instituciones del derecho privado son, en gran medida, las encargadas de reglar en los hechos las directivas que el derecho constitucional imparte tanto en el plano político como en el económico. En efecto, toda la actividad del hombre que trabaja, ama, comercia, consume, cultiva su espíritu, dentro de una comunidad políticamente organizada, queda concretada en actos jurídicos cuyo alcance fija el derecho privado, pero cuyas características fundamentales deben encontrarse en las orientaciones políticas y económicas de la Constitución. El Código Civil regula las dos grandes llaves que abren los portones por donde el ser humano inicia su tránsito en la vida social: la familia y la propiedad. Las normas constitucionales acuerdan tanto a una como a otra las particularidades esenciales, íntimamente ligadas al sistema económico que rige en los países, y las normas del derecho privado modelan en forma definitiva el ordenamiento permitiendo que en los hechos sea aplicado el sistema de la Constitución.

No es de extrañar entonces que quien, con mayor agudeza, haya abordado el tema de nuestro derecho civil vinculándolo al tema político, fuera Juan Bautista Alberdi, el padre de la Constitución de 1853.

LA POLEMICA

Tras haber dado a conocer Dalmacio Vélez Sársfield el proyecto de Código Civil que le encargara el gobierno nacional, el mismo fue puesto a consideración de los juristas. Las críticas de Alberdi se dieron a conocer poco después, en una carta abierta redactada en París en noviembre de 1867, a la que Vélez contestó personalmente desde las columnas de "El Nacional" el 25 de julio de 1868. Aun cuando esas críticas asumieran mayor importancia en su dimensión política, abarcaron algunos otros aspectos importantes de la obra de codificación que por su carácter técnico no corresponde analizar aquí: la inobservancia de la legislación vigente hasta ese entonces, la superlativa extensión del Código, las fuentes doctrinarias y legislativas del mismo, la relación con los derechos individuales consagrados en la Constitución, la clasificación entre derechos absolutos y relativos, la omisión de legislar sobre registros civiles, el régimen matrimonial, la condición jurídica de la mujer, la tradición, etcétera. Ello no obstante, Alberdi se ocupó de recalcar que no hacía una crítica "del Código en sí mismo, sino del espíritu del Código proyectado"; su epístola no tenía por objeto "el examen detallado y prolijo de tan vasto trabajo", sino sus orientaciones en general, o sea el espíritu del Código, como las llamó utilizando un vocablo usado por el codificador.

Vélez Sársfield aprovechó aquella característica de la crítica alberdiana para reprocharle que no había tenido "la deferencia de leer una sola página de la obra". "No conoce mi trabajo", decía; "no critica ni recomienda disposición alguna de las contenidas en el Código; escribe sólo, como lo dice, sobre el proyecto en general; pero aun para esto era indispensable conocer siquiera las principales resoluciones".

Es evidente que Vélez aprovechaba el carácter de la nota de Alberdi para acusarlo de una total ignorancia sobre su trabajo, lo que queda desvirtuado con la simple lectura de las críticas, donde se hizo alusión a artículos en particular. Pero quienes realizaron una crítica detallada del proyecto fueron el doctor Vicente Fidel López (íntimo amigo de Alberdi, que había polemizado ya con Vélez en el célebre debate sobre el Acuerdo de San Nicolás), quien se encontraba expatriado voluntariamente en Montevideo a raíz de los sucesos de junio de 1862, que escribió en la "Revista de Buenos Aires" en julio y agosto de 1869; y el doctor Alfredo Lahitte (que firmó con el seudónimo de "Un abogado argentino") en artículos aparecidos en "La Nación Argentina", en octubre de 1869. A ambos contestó el doctor Vic-



Juan Bautista Alberdi: un código prematuro, preparado para servir indirectamente a los intereses comerciales brasileños.

torino de la Plaza (colaborador de Vélez en los manuscritos del proyecto) una vez sancionado el Código, desde las columnas de "El Nacional".

Alberdi sostuvo en su crítica que el Código proyectado "considerado en abstracto puede tener el mérito científico que se quiera, sin que eso le impida ser en cuanto a su credo social un Código ateo, sin fe política, sin patria, sin ley constitucional que lo gobierne, sin mira ni mente nacional; que tanto puede ser Código de un Imperio como de una República, del Brasil como del Plata". Y agregaba que ese "es el grande inconveniente natural de los códigos dados para países nacientes: tienen forzosamente que ser copias sobre un punto en que toda copia es imposible".

La fama de Alberdi como polemista provenía de sus célebres "Cartas Quillotanas" (llamadas así porque las escribió en Quillota, Chile), que databan de 1853, donde lució toda la agudeza de su genio frente a "Las ciento y una", escritas nada menos que por la pluma vibrante de Sarmiento. No obstante, hay quienes sostienen que tanto en la faz polémica como jurídica Alberdi no se mostró a la altura de sus antecedentes en esa oportunidad; pero en realidad sus críticas debieron haber merecido un estudio histórico más detenido.

Tanto Vélez como Alberdi dan pruebas, en esta polémica, de sus innegables talentos. Uno y otro expusieron razones que la historia debe confirmar o destruir, pero que son indispensables para conocer las orientaciones de nuestro derecho.

Como Vélez había desafiado a Alberdi diciendo que "no puede rehusarse a escribir en particular sobre los títulos del Código", éste prepararía una continuación de sus críticas que se conservó inédita, y que sus Escritos Póstumos recogieron bajo el título "Efectos del sistema federal en la unidad tradicional de la legislación civil de las Repúblicas de Sud América". Más tarde habría de referirse en forma incidental al Código Civil en varias oportunidades, en especial en su sátira "Luz del día".

Cabral Texo es uno de los pocos autores que han otorgado importancia al análisis de las críticas alberdianas. Comentaba Levene que también Juan Agustín García había incluido el tema en un curso sobre Alberdi, que —lamentablemente— no pudo luego desarrollar.

ALBERDI Y VELEZ

Util es señalar que al entablarse la polémica tanto Vélez como Alberdi tenían un completo conocimiento el uno del otro, para saber hasta qué punto pudo haber malentendidos y para poder leer entre líneas lo que no surge de los párrafos textuales. Se conocían personalmente, conocían las ideas y las obras, el pensamiento político, jurídico, económico, filosófico, las pasiones, las virtudes y defectos, las ambiciones, los intereses que estaban detrás de los argumentos que esgrimían tanto Vélez como Alberdi. Los equívocos, pues, muy excepcionalmente pueden admitirse en la polémica; y cuando existieron no tuvieron sino explicación en el afán de deformar el pensamiento del contendor frente a terceros, aun cuando los polemistas, entre partes, sabían muy bien a qué se estaban refiriendo.

Vélez era unos diez años mayor que Alberdi, y siendo aquél profesor, y éste estudiante aún, tuvieron el primer desencuentro: Alberdi, en su "Fragmento preliminar al estudio del derecho", criticó a Vélez por sus adiciones al libro "Instituciones de Derecho Real de España", escritas por el profesor de la Universidad de Guatemala Dr. José María Alvarez, que se utilizaba como texto de enseñanza en la Escuela de Jurisprudencia de Buenos Aires. La vida de Vélez está rodeada de anécdotas, y una que se refiere a aquel momento fue recogida por Avellaneda. Dice que como Alberdi citaba al jurista Cujas a cada página en el libro mencionado, Vélez le habría enseñado una obra de Cujas diciéndole: "Se lo muestro para que no se diga que usted lo cita sin conocerlo siquiera por su tamaño". Aun cuando la ironía de estas palabras era muy propia del ingenio de Vélez, Groussac —al reproducir la anécdota— puntualizó ya que la obra de Alberdi no citaba nunca a Cujas; y Chaneton, historiador del codificador, sostuvo también que la misma era apócrifa. Fácil es deducir esto si se tiene en cuenta que Vélez frecuentó la amistad de Alberdi recién en Montevideo, tiempo después de la publicación del "Fragmento". El mismo Vélez recuerda ese hecho en la polémica al decir: "Hacía veinticinco años que me había separado de mi joven amigo, que acababa de recibirse de abogado en Montevideo".

El trato que ambos se dieron en el intercambio de cartas revela el grado de amistad a que llegaron en esos momentos. Alberdi también dio a Vélez el trato de "mi honorable compañero", "mi hábil amigo", e hizo constar que el ejemplar que tenía en sus manos del proyecto de Código Civil lo debía "a un galante origen: un regalo de su eminente autor, mi antiguo amigo".

Mayer, en su obra sobre Alberdi, registra gran correspondencia con Vélez. En una oportunidad, al visitar Alberdi las Cortes europeas, recordó a Vélez al encontrarse, precisamente, ante un retrato de Cujas ("Cuyacio", como lo llamaba Vélez), diciendo que "sus grandes ojos, nariz pronunciada, color oscuro y expresión toda de la fisonomía tiene no sé qué cosa que recuerda a nuestro doctor Vélez Sársfield".

En el momento de producirse la polémica entre Alberdi y Vélez era presidente de la Nación el general Bartolomé Mitre, por quien ambos —personalmente— sentían cierto desprecio. El implacable Carlos D'Amico recordó en una obra muy difundida sobre hombres de Buenos Aires, una crítica de Vélez a Mitre, al que llamó "el mejor poeta entre los militares y el mejor militar entre los poetas", y relató la siguiente anécdota: "Un día el doctor Avellaneda, practicante del estudio del doctor Vélez Sársfield, viéndole cerrar la Historia de Belgrano, inició la conversación preguntándole: «¿Qué tal es ese libro, eh?». El viejo Vélez, como le decían en Buenos Aires, no lo podía pasar a Mitre, y tomando esa sonrisa mefistofélica que le era peculiar cuando iba a decir alguna maldad y aquel acento cordobés que tan útil le era en los momentos apurados, le contestó: «Déjeme, pues, señor, si es la historia de un zonzo contada por otro zonzo». Y en seguida nomás se puso a dictarle aquellos célebres artículos con amargas críticas a ese libro".

Pero así como la política había acercado a Vélez y Mitre en la defensa de los intereses de Buenos Aires, al autoproscripto Alberdi —defensor de las provincias interiores de la Confederación— lo había alejado de ambos, y al comentar aquellas críticas históricas había dicho: "La dis-

PEDRO II, ¿abuelo del codigo civil argentino?

cusión entre Véles y Mitre, sobre los verdaderos autores de la Revolución y de la Independencia argentina, con motivo de Belgrano y Güemes, es completamente pueril; discusión de muchachos de escuela o de viejas majaderas".

Difícil es determinar si las primeras hostilidades entre ambos salieron de Vélez o de Alberdi, puesto que los dos se embarcaron en sectores políticos opuestos. En 1862 Vélez, desde "El Nacional", decía refiriéndose a Alberdi: "Es incomprensible cómo hombres dotados por la naturaleza de talento y brillante imaginación, juegan con los destinos de la patria, como si los hombres y las sociedades fuesen muñecos a quienes se puede hundir en la miseria o volverlos a la felicidad por medio de un rasgo de pluma". Y Alberdi le reprocharía a Vélez expresando alguna vez: "Como España en otro tiempo, Buenos Aires emplea los brazos de sus mismos colonos para mantener en coloniaje a las provincias; el cordobés Vélez Sársfield es el autor de los pactos de noviembre y junio, que facilitaron la ejecución de esa reforma (la de 1860) de opresión y explotación de una Nación".

OPORTUNIDAD DE LA CODIFICACION

Alberdi adhirió desde su juventud al historicismo iusfilosófico, que conoció a través de Lerminier. Su "Fragmento preliminar al estudio del derecho" traduce la impronta romántica de la Escuela Histórica alemana del siglo XIX, brillantemente expuesta y propagada universalmente por Savigny, que sostenía que el derecho no era una creación abstracta, sino un producto del espíritu del pueblo (Volksgeist), que tiene en la costumbre su expresión más inmediata. La posición filosófica de Alberdi era pues coherente con su oposición a la sanción de un Código Civil argentinos. El derecho civil, en su concepto, debía legislarse por leyes sueltas, porque ese método "tiene por guía y colaborador a la experiencia, que es la reveladora de las leyes normales, de que deben ser expresión fiel las que dan los Congresos prudentes y sensatos".

Pese a haber citado a la doctrina jurídica de Savigny entre sus fuentes, la labor de Vélez Sársfield fue de codificación en un momento en que el país estaba bastante distante del logro de un "florecimiento intelectual excepcional", dentro del cual el gran jurista alemán justificaba la elaboración de códigos. La contradicción que ello implicaba fue duramente remarcada por Alberdi: "Lástima que el ilustre y grave Savigny, cuya doctrina figura citada entre las fuentes del Código argentino, no haya servido más bien como guía del autor y de su gobierno en su grande idea de oposición a la manía de dar códigos civiles; olvida el consejo sabio de Savigny sobre que la sanción del Código debe ser precedida de un poderoso desarrollo de la inteligencia y de la civilización del país". Y buscando el exitismo político, Alberdi relacionaba el proyecto de Código con claras alusiones al presidente Mitre diciendo: "En Roma fueron los códigos la última expresión de un Imperio que desaparecía, pero en Sud América son el testamento de un abogado, o el monumento de la vanidad de un presidente, que, no pudiendo perpetuarse por una dinastía, se contenta con perpetuar su nombre por un Código. ¡A qué dar códigos civiles, que han de ser meros trajes franceses de moda puestos al viejo derecho civil de otros siglos!".

CODIFICACION Y POLITICA INTERNA

Las críticas de Alberdi alcanzaron una significación mayor cuando se refirieron a la relación entre la codificación postulada y la política interna de nuestro país. Recuérdese que después que el Ejército de la Confederación, a las órdenes de Urquiza, venció en Cepeda a las fuerzas del Estado de Buenos Aires comandadas por Mitre (23 de octubre de 1859), se celebró el pacto de unión nacional —llamado de San José de Flores (11 de noviembre de ese año)— que había dispuesto la incorporación de Buenos Aires a la Confederación, con la sola condición de que en el término de veinte días se reuniría una Convención Provincial de aquel Estado, que propondría las reformas convenientes a la Constitución nacional dictada en 1853 y que, a su vez, serían sometidas a la sanción definitiva de una Convención Nacional ad-hoc. Es necesario remontarse hasta esa fecha para poder tomar el sentido de la polémica sobre el particular. Los hombres de Buenos Aires en esa emergencia (y sobre todo Véles, que fue el cerebro jurídico de los porteños), debiendo incorporarse a la Confederación, habían propuesto reformas que quebrantaban el poder del gobierno central, y que habían sido duramente criticadas por Alberdi, quien defendió la Constitución dictada en 1853 sobre su modelo de las "Bases".

El gran argumento utilizado por los convencionales provinciales de Buenos Aires para proponer aquellas reformas había sido el de acercar más la Constitución argentina a la de los Estados Unidos de Norte América. El propio Vélez en su discurso en la Asamblea había manifestado: "La comisión no ha hecho sino restituir el derecho constitucional de los Estados Unidos, en la parte que se veía alterado. Los autores de esa Constitución no tenían ni los conocimientos, ni la experiencia política de los que formaron el modelo que truncaron".

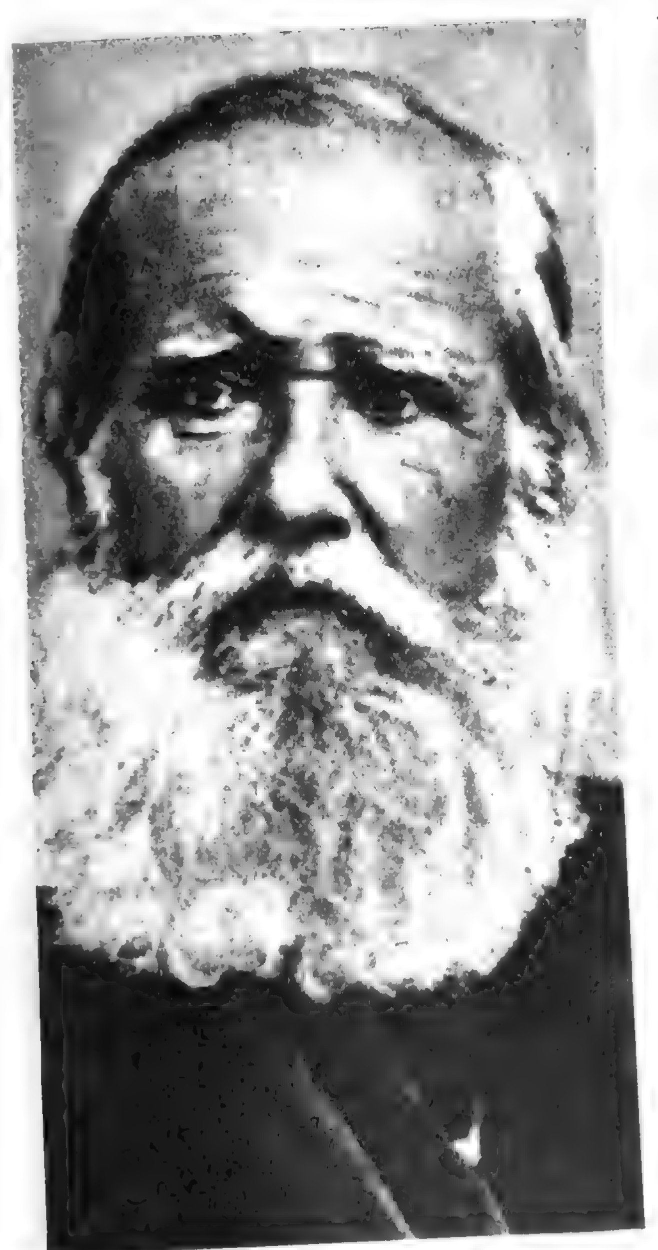
Pero cuando los papeles cambiaron porque fueron las fuerzas de Buenos Aires las que derrotaron al general Urquiza en Pavón (17 de setiembre de 1861), y el general Mitre tuvo que asumir la responsabilidad de asegurar en los hechos la unidad nacional, vio cómo aquel quebrantamiento del poder central era un boomerang vuelto en su contra: la Legislatura de Buenos Aires, por atribuciones reservadas en la reforma de 1860, rechazó el proyecto del propio Mitre de federalización de la capital, y sólo en virtud de la llamada "ley de compromiso" el presidente podía tener un asiento para ejercer sus funciones; y las demás provincias tenían una tendencia a manejarse independientemente, respaldadas por los principios consagrados en el 60.

Una de las primordiales medidas para restaurar la primacía del poder federal, dándole armas efectivas para que pudiera asegurar la unidad

nacional, era la sanción de un Código Civil que diera bases uniformes a toda la legislación argentina. De allí que, desde el punto de vista de la política interna, la obra de Vélez ha sido casi tan trascendental como lo fue en su momento las "Bases" de Alberdi.

Pero Alberdi, líder en el exilio de un movimiento político ya fracasado (el de las provincias interiores de la Confederación), utilizó con destreza el argumento relativo a la dualidad de criterio de los políticos porteños, en su último intento de hacer fracasar la codificación proyectada: "La Constitución (de 1853) —decía— no fijó el plan de reforma, si había de ser por códigos o por leyes graduales y sucesivas. Es verdad que ella dio al Congreso la facultad de dar el Código Civil, pero no hizo del ejercicio de esa atribución un deber directo y especial. Antes de la reforma (de 1860), la ejecución de ese artículo hubiera sido posible. Después de refundida en el molde de la Constitución de Estados Unidos, el Código Civil es un contrasentido, un absurdo jurídico que no se concibe en los reformistas argentinos de 1860. ¿Y quiénes eran ellos? El mismo presidente que ha decretado más tarde la confección del Código Civil y el mismo jurisconsulto que había recibido el encargo de ejecutarla".

"Ya que tanto respeto inspiran hoy los Estados Unidos de América —agregaba Alberdi—, ¿por qué no seguimos el ejemplo de su circunspección en materia de legislación civil? Los que reformaron la Constitución argentina de 1853, dando por razón que no se parecía bastante a la de Estados Unidos, son los que hoy pretenden dar un Código Civil para toda la Confederación Argentina".



El supuesto "abuelo del Código Civil" según Alberdi: don Pedro II, emperador del Brasil.

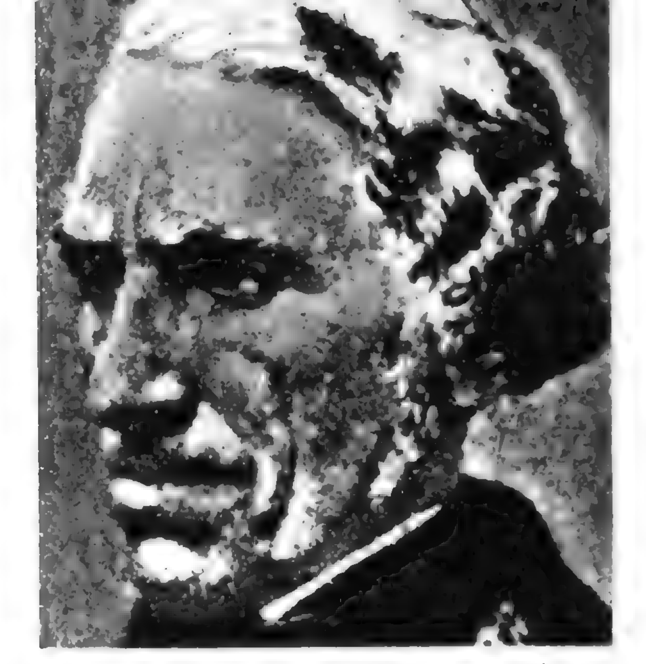
CODIFICACION Y POLITICA INTERNACIONAL

El tema en que las críticas de Alberdi alcanzaron mayor énfasis es el que se refiere a la relación entre el proyecto de Código Civil y la política internacional de nuestro país. La rivalidad entre el Brasil y Argentina era ya tradicional, porque estaba originada en la existente entre las coronas de Portugal y España. Vicente G. Quesada, en su tomo sobre "La política imperialista del Brasil", ha historiado la vieja ambición portuguesa de traer sus fronteras hasta el Río de la Plata, anexándose la Banda Oriental. Las aspiraciones, heredadas por el Brasil, provocaron la guerra argentino-brasileña, librada por mar y tierra en 1827, con las batallas de Juncal y Pozos, donde Brown venció a la escuadra imperial del Brasil, y las de Ituzaingó, Camacuá y otras, en que Alvear derrotó a sus ejércitos. El espíritu de los argentinos era por excelencia rival al Brasil; nuestro régimen republicano se contraponía a su régimen monárquico; nuestro origen español a su origen portugués; nuestro régimen de libertad a su régimen de esclavitud.

Pese a ello, en 1865 el gobierno del general Mitre había firmado el Tratado de la Triple Alianza, por el cual Argentina, Brasil y Uruguay se unían para luchar contra Solano López, el dictador paraguayo. Ello no obstante, no era —desde un punto de vista político— totalmente atinada la confesión de Vélez de que su proyecto de Código Civil tenía por principal fuente al "proyecto de Código Civil que está trabajando para el Brasil el señor Freitas, del cual he tomado —decía— muchísimos artículos".

Puede dar una pauta de la mala impresión que causó en nuestro país esa manifestación de Vélez, el hecho de que, mientras más de mil artículos del proyecto fueron casi traducciones de la obra de Freitas, al redactar las notas el codificador sólo lo indicó como fuente en 23 oportunidades.

Y no sólo aquí se tuvo una pésima sensación al advertir la influencia brasileña en nuestra codificación: la renombrada Revue des Deux Mondes (que tanto predicamento tuvo en la for-



Doctor Dalmacio Vélez Sársfield: en su polémica con Alberdi defendió la oportunidad y originalidad de su Código

mación de nuestros juristas) también denunció que el Imperio del Brasil, para llevar adelante sus planes de expansión en el Plata, había iniciado la maniobra de hacer adoptar a la Argentina sus propias leyes y había conseguido "la colaboración de argentinos necios o cómplices".

Todo parecía indicar que la diplomacia brasileña estaba encaminada a que sus aspiraciones imperialistas se consolidaran mediante una agresividad comercial, para la cual la filiación común de la legislación tenía una importancia esencial. El talento del jurisconsulto Augusto Texeira de Freitas (que estaba dando a conocer el "Esbozo", trabajo encargado por el emperador del Brasil para encarar la codificación civil de ese país) podría haberse convertido así en una verdadera escuela jurídica latinoamericana, detrás de la cual estaban escondidas las pretensiones de predominio de su patria. Vélez, desde Buenos Aires, lo llamaba "sabio jurisconsulto brasileño", y sostenía que estimaba sus trabajos "sólo comparables con los del señor Savigny".

Alberdi, con su notable visión política, vislumbró la posibilidad de que el Código se convirtiera en un arma poderosa para el comercio brasileño. Su actitud no estaba bien predispuesta hacia el Imperio, cuya última intromisión armada se había hecho presente en el derrocamiento de Rosas, pero que había seguido interfiriendo en la política nacional. Cabral Texo ha comentado al respecto: "Como es notorio, hasta muy entrado el siglo XIX ha sido una tendencia de la política externa brasileña el querer ejercer la hegemonía en los asuntos rioplatenses; Alberdi, en 1865, había escrito sobre esto un viril y patriótico artículo, donde por desgracia llegaba hasta el denuesto, titulado: «Las disensiones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil".

Encontró así Alberdi que la influencia de Freitas sobre Vélez no era sólo una influencia doctrinaria, sino que era la concreción de la intromisión brasileña en el Río de la Plata: "Después de la infiltración financiera, diplomática y militar, aparecía la infiltración jurídica", según apunta Mayer en su biografía. "Los códigos —decía Alberdi— son las mejores máquinas de conquista. Napoleón llevaba el suyo entre los armones de sus cañones; no teniendo un Código Civil pronto y listo, el Brasil ha mandado a Buenos Aires lo que tiene: una introducción doctísima del señor Freitas".

Así como en el plano de la política internacional Alberdi objetó la Triple Alianza, en el plano de la política legislativa consideró que era su deber luchar contra una codificación que permitiría a los intereses brasileños actuar en nuestro país como en su patria misma; e hizo públicamente su acusación: "Si el modelo predilecto entre todos los códigos conocidos para la composición de su proyecto —decía a Vélez—, ha sido, según nos declara él mismo, un proyecto de Código Civil para el Imperio del Brasil", era porque la política de los hombres de Buenos Aires había llevado al país a "la alianza permanente con el Brasil, en que el presidente nominal tiene que buscar el poder real. El tratado de alianza del 1º de mayo de 1865 y el proyecto de Código Civil, que enfeudan la República Argentina al Imperio del Brasil, no son más que el resultado lógico de esa situación de cosas".

Tras su denuncia, Alberdi lanzó la frase efectista de polemista avezado: "La adopción de un proyecto de Código brasileño, con preferencia a tantos otros códigos célebres y acreditados por la experiencia, acaba de confirmar la natural conjetura de que el Código argentino es la obra de la política del Brasil, más bien que la de la política argentina, y que si el padre de ese Código es Mitre, don Pedro II es el abuelo".

La contestación de Vélez no podía contener —por su condición de político oficialista y la mesura que ella le imponía en cuestiones relacionadas con la política exterior— más que una débil refutación de las afirmaciones de Alberdi: "Ahora —decía— toma otro nuevo motivo, la guerra con el Paraguay, y ya juzga que mi trabajo es un corolario del tratado de alianza y que lleva idénticas miras, la subordinación de la República al Imperio. ¿Qué contestar a todo esto? Diremos solamente que el error, como la verdad, tienen su lógica; que hay espíritus que empeñados una vez en un mal camino son arrastrados a descender todas las gradas de un abismo, donde no se precipitaría la ignorancia misma". Y reconociendo en cierto modo la imprudencia política de su mención a Freitas, expresaba: "En mala hora dije en mi oficio de remisión que entre las fuentes que me habían servido para la composición del primer libro, tenía como muy principal el proyecto de Código Civil que trabaja el señor Freitas para el Imperio del Brasil".

En 1869 Alberdi insistiría en sus críticas, publicando sus observaciones al Código Civil junto con otros folletos en un volumen titulado "El Imperio del Brasil ante las democracias de América".

El consejo final dado por Alberdi en su carta abierta tenía por finalidad hacer fracasar la sanción del proyecto de Código Civil: "El Código de las Partidas —decía— esperó un siglo para recibir su sanción; el Código Civil francés esperó veinte años... De la sanción de los códigos debe ser como de la canonización de los santos, no se debe proceder a ella, sino después de haberlos hecho el blanco de la crítica de todo el mundo por muchos años. Guarde entre tanto el Código del doctor Véles el mérito que realmente tiene, de un trabajo de ciencia que hace honor a su laboriosidad cuanto menos; pero no tome el título de Código argentino, porque en realidad no lo es ni puede serlo. Creemos poder decir, sin afectación, que un Código argentino dejaría de ser de utilidad para la República si tomase por sistema excluir todo lo que contiene el proyecto".

Vélez Sársfield fue más drástico en su réplica: "El doctor Alberdi ha escrito sobre mi proyecto de Código por sólo la manía conque nació de escribir folletos. Ha escrito más folletos en Buenos Aires, en Montevideo, en Chile, en Europa, que los años que tiene, sin que su gran talento se demuestre una sola vez en una obra didáctica".

Si se analizase la polémica en confrontación con los hechos, en forma inmediata, es indudable que Véles Sársfield sería el dueño de la razón, porque la ley 340, sancionada el 25 de setiembre de 1869, dispuso que "el Código Civil redactado por el doctor Dalmacio Véles Sársfield, se observará como ley en la República Argentina desde el 1º de enero de 1871", y esa ley tiene aún vigencia.



Bartolomé Mitre: bajo su presidencia trabajó Vélez Sársfield, preparando el proyecto de Código Civil.

Pero Alberdi había dejado flotando en el ambiente una profecía: "Hemos de cambiar todos los días los derechos del padre de familia, las condiciones del matrimonio, las bases de la propiedad, el sistema de los contratos, la regla de la sucesión hereditaria, como cambian las atribuciones de los gobernadores y comandantes militares de campaña".

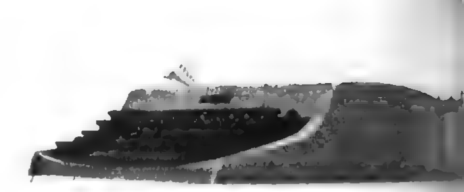
El apresuramiento en la sanción del Código Civil, hizo que en 1872 debiera limitarse el valor de la edición hecha en Buenos Aires a lo que estuviera conforme al texto de la impresa en Nueva York, con una planilla de correcciones agregada como fe de erratas. En 1882 se sancionó otra planilla con 285 correcciones. Después comenzaron a dictarse leyes que modificaron el texto original, se creó el Registro Civil y se dictó un nuevo régimen legal del matrimonio. Indirectamente el Código Civil fue reformado también por las leyes de patentes de invención, régimen minero, crédito inmobiliario, otras que concedieron privilegios especiales o que incidieron en los regímenes de escrituras públicas, protocolización de documentos, patria potestad, extinción de obligaciones, locaciones de cosas, representación voluntaria o necesaria, publicidad de derechos reales, etc. La ley 11.357, del año 1926, concedió derechos civiles a la mujer, y en virtud de ella más de la mitad de la población pasó a gozar de la capacidad que el Código sólo reconocía al hombre mayor de edad. Posteriormente se agregaron otras leyes: de propiedad intelectual, de locaciones urbanas y arrendamientos rurales, adopción de menores, propiedad horizontal, venta de inmuebles en lotes y a plazos, y muchas más. Recientemente se procuró adecuar —dijo el mensaje del ministro Borda— "el derecho civil a la época presente", y la ley 17.711 introdujo modificaciones sustanciales en el Código, dando nuevas orientaciones en el derecho de familia, en el de propiedad, en las normas que rigen las relaciones contractuales, en la naturaleza y los términos de innumerables acciones, etcétera.

No es el caso discernir si Alberdi o Vélez tenían razón. Vélez fue el gran jurista que hizo posible un objetivo político muy superior a la polémica jurídica: nos dio una herramienta de la unidad nacional. Alberdi nos enseñó a mirar las leyes con el lente de la política, sin cuya ayuda es muy difícil comprenderlas.

Tal vez sean hoy más las "leyes sueltas" que rigen nuestros actos que las disposiciones del Código Civil aún aplicables. Los principales actos de la vida (el nacimiento, el casamiento, la muerte), los contratos más usuales (la compraventa de inmuebles, o de automotores, u otros muebles prendables) están regidos por las leyes ulteriores al Código Civil; de los 4.051 artículos que éste tiene, los más comúnmente aplicables han sido derogados o modificados o suplidos, y hay leyes que rigen derechos que el codificador no previó (como la propiedad horizontal o la propiedad intelectual). Alberdi, entonces, también estaba en lo cierto cuando hablaba de la imposibilidad de legislar todos los actos humanos con una sola sanción, en un solo momento. Pero ha sido la obra de Véles Sársfield la que ha dado organicidad a todo nuestro derecho privado y la que ha impartido unidad, aun a las leyes que innovaron sobre lo que él había legislado. ◆







EL DESVAN

(Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia)

LA MADRID Y SUS HERIDAS: TERAPEUTICA DEL CHUPON

No fue venturosa para La Madrid su campaña en Tucumán. Graves heridas molestaban al bravo soldado. En sus **Memorias** cuenta la curiosa pero eficaz terapéutica que procuró alivio a la producida por un profundo bayonetazo: "Mandé colocar en la posta de Palmitas una vanguardia de 300 hombres de milicias, a las órdenes del coronel José Ignacio Helguero. Yo entretanto seguía con dos heridas abiertas: la de la espalda que profundizaba hacia el pulmón izquierdo y la nueva de las costillas, sin poderme libertar todavía de una larga mecha conque conservaba abierta para mantener la supuración de la estocada que tenía detrás de la oreja derecha, ni poder hacer uso todavía de mi brazo izquierdo. Se me mantenía a una dieta rigurosa y estaba en extremo aniquilado; aùn las costras en algunas de las heridas de la cabeza no habían acabado de caer, y conservaba cerrado uno de los conductos de la nariz. Así que llegué de Santiago, sabiendo un viejo de la campaña que conservaba todavía abierta la herida de la bayoneta, había dicho que no sanaría mientras no se me chupara la herida, y que sólo él podía hacerlo si yo quería. Se me avisó al instante por el comandante y coronel Zerrezuela y me mandó en seguida a dicho viejo. Así que llegó éste y me vio la herida, díjome: «Ya estaría esta herida sana si yo la hubiera visto desde el principio y chupádola; la bayoneta ha entrado o resbaládose para la parte de abajo y el humor no puede salir sino sacándolo con la boca a fuerza de chuparlo. ¿No ve, señor, cómo lo sacan?», me dijo, viendo que exprimían con la mano, de abajo para arriba, para extraer el humor. «Va a ver ahora la diferencia», y poniendo no sé qué en la boca la aplica a la herida, y me dio un chupón tan fuerte y continuado que sentí su impresión desde el fondo de la herida, como si me extrajeran algo con un fuelle; en seguida escupió una porción de humor, se enjuagó la boca con vino aguado y repitió otra con el mismo éxito. En efecto, sentí un consuelo, pues conocía visiblemente que se me había descargado de un peso. Acaricié mucho al viejo y quedó establecido en mi casa; mandé ponerle cama en mi mismo dormitorio y siguió siendo mi médico de cabecera, pues el doctor Berdía me dijo que era verdaderamente el mejor medio para poder extraer todo el humor".

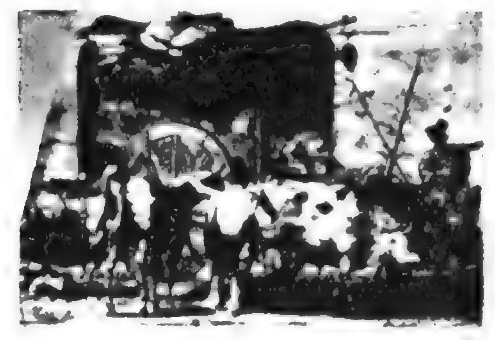
LA HISTORIA EN PILDORAS

La "Biblioteca Pública" —hoy Biblioteca Nacional— recibió, como señalable contribución, el caudal de libros que habían pertenecido al doctor Manuel Azamor y Rodríguez, obispo de Buenos Aires designado en 1784, que se hizo cargo del obispado en 1788 y lo desempeñó hasta su fallecimiento, ocurrido el 2 de octubre de 1796. Este interesante personaje era hombre culto y aficionado a la poesía. Escribió, en décimas, una paráfrasis y traducción del "Miserere" y, entre sus libros, se halló un ejemplar de las enseñanzas de Sócrates, a través de Platón, con anotaciones en latín de puño y letra, y observaciones que demostraban las inquietudes de este prelado.

* * *

Cuando contaba apenas 26 años de edad, el astrónomo norteamericano Juan M. Thome fue contratado para prestar servicios en el observatorio de Córdoba, del que fue director desde 1883. Había nacido en Palmira (Pensilvania), en 1843. La labor que desarrolló en el observatorio fue realmente admirable. Hizo más de dos millones y medio de observaciones celestes, fijó la posición de 600.000 estrellas, observadas por lo menos tres veces cada una, desde el paralelo 22º de declinación austral hasta el 62º, y publicó su "Durchmusterug Argentina", formidable catálogo celeste de gran valor científico para su época, que enumera las estrellas visibles en nuestro cielo hasta la décima magnitud y fija muy aproximadamente su posición.







DE CLIO

por
LEON BENAROS

LA VIDA DE FRONTERA HACIA 1875

Es necesario recordar lo que era (hacia 1875) la vida de frontera, en un cuerpo de caballería, para darse cuenta de lo que importaba ingresar al Ejército con aquel destino y en la más subalterna de las clases. Todo era malo, áspero e ingrato. Los cuarteles —algún nombre hay que dar al sitio donde las tropas se reunían— eran pocilgas infectas, miserables rancherías construidas con adobe o tierra apisonada, sin abrigo, húmedas, tétricas, oscuras, con más apariencia de tapera que de humanas viviendas. El racionamiento solía reducirse a una piltrafa de carne flaca, negra, que se aderezaba calentándola, más que asándola, sobre el rescoldo de los fogones alimentados con estiércol. Los víveres, ocho onzas de galleta, dos de arroz y media de sal por día y por cabeza, eran artículos de lujo que llegaban tarde, mermados, y de espantosa calidad a veces.
Solía hablarse de una ración de vicios de entretenimientos, compuesta de yerba, tabaco, jabón y papel de fumar; pero se daba el caso de que durante largas e interminables temporadas, la yerba era reemplazada por el **té pampa** o el **tomillo**, y la picadura del naco brasileño por el **chamico** de los campos.
El vestuario, que a falta de alojamiento y por excesos de la lluvia y del frío podía ser, cuando menos, abrigado, se reducía a un traje de brin que solía llegar, cuando llegaba, en lo más crudo del invierno, o de paño burdo para seis veranos; de un poncho para diversas temporadas; de dos camisas y dos calzoncillos para toda la vida; de un par de botas y un kepí.
Por lo que al sueldo se refiere, el haber de un soldado era, en principio, de seis pesos mensuales, pero, en realidad, no se cobraba sino a razón de un mes cada dos años.
Bien es cierto que, después de no pagarse, no vestirse ni dar de comer a las tropas, para hacer frente a los compromisos de honor que pesaban, en materia de finanzas, sobre la República, dijo el presidente Avellaneda aquella frase hermosa y elocuente, que el tiempo va borrando de la memoria del país: "Ahorraremos con el hambre del Ejército". En cambio, ese Ejército impago y sin raciones, desnudo y sin cuarteles, iba, paso a paso, conquistando la pampa, en lucha cruel y heroica con el indio y el desierto.

Comandante Manuel Prado

EL DOCTOR PORTELA Y LA HERIDA DE MITRE

Pocos recuerdan que el doctor Ireneo Portela (1802-1861) fue quien salvó la vida al general Bartolomé Mitre, con motivo de la herida que el autor de la "Historia de San Martín" sufrió en 1853, en la frente, y que pudo serle fatal. Un cronista anota: "Los médicos que lo habían asistido en los primeros momentos habían vendado la herida (de Mitre), creyendo que era el mejor remedio para lograr una reacción favorable. Cuando llegó Portela, sus colegas se habían retirado y el enfermo continuaba gravísimo.
"El distinguido médico, cargando con todas las responsabilidades, arrancó los vendajes y pudo darse cuenta de que estaba procediendo bien; había presión en la masa encefálica y el desenlace iba a ser fatal. Entonces Portela, solo, efectuó la operación que salvó la vida de su amigo y del importante hombre de Estado, arrancando los pequeños fragmentos de hueso por medio de la trepanación".

EL DESVAN DE CLIO

YESQUERO, AVIO, ALMOFREZ Y PETACAS EN LAS TROPAS DE CARRETAS DE SALTA AL PERU

Las antiguas tropas de carretas emprendían verdaderas expediciones en que todo debía preverse: desde el alimento hasta la seguridad. Entre los enseres que un buen capataz de carretas no olvidaba, por imprescindibles, estaban el servicial **yesquero**, el **avío**, el **almofrez** y las **petacas**. La antañona significación de estas voces, algunas incorporadas al usual vocabulario criollo, nombraban realidades bien conocidas para los viajeros de ayer, particularmente los que se avenían al largo viaje norteño de Salta al Perú.

"Llamábase yesquero —recuerda Bernardo Frías, rememorando aquellos tiempos— al instrumento triple de producir el fuego para encender el cigarro. No servía para nada más, al menos que sepamos. Era la santísima trinidad de la chispa; el eslabón, el pedernal y la mecha. Esta, larga y redonda a semejanza de una víbora, se guardaba en el aparato llamado el **yesquero**, por contener la **yesca**, o mecha incandescente. Era de oro, de plata o de bronce, según el lujo usado en sus dijes personales por el patrón; que los capataces sólo de bronce o de cuerno lo usaban, y también los arrieros. Unido al pedernal en una sola apuñada, dábase un golpe con el eslabón de acero, saltaba la chispa, encendía la mecha y con toda libertad entre vientos y huracanes, se transmitía al cigarrillo el fuego, y el fumador complacido comenzaba a lanzar por boca y narices los humos del tabaco que, después de dar su vuelta por los pulmones, escapaban por aquellos canales de sus oscuras prisiones, tendiendo al aire alas tan leves que no alcanzaban a elevarse un metro sin disiparse y desaparecer ante la vista humana, que la de Dios podía perseguirlos todavía.

"No entonces hacían como hoy se hace todavía, servir la mano de pantalla, cuando no el sombrero, para que el viento, en campo libre y abierto, no apague con sus alas impiadosas la llamilla del fósforo, conque en la edad presente se encienden los tabacos. Porque esto de que hablamos ocurría en la época antigua de la dominación española por América, y los fósforos se inventaron por 1824, introduciéndose en el uso por cierto que un poquito después.

"Las petacas no eran otra cosa que baúles de piel vacuna, correctamente fabricados por los artesanos de las provincias argentinas, cuyos habitantes traficaban a caballo de unos pueblos a otros, siendo tales los de Cuyo y del antiguo Tucumán, no entrando en lo dicho ni los porteños ni los restantes moradores de las otras provincias litorales.

"Tenían aquellos baúles la particularidad no sólo de no llevar en su confección elemento alguno tomado de la naturaleza, a excepción de la piel de toro que los formaba; ni una astilla de madera, ni un clavo ni clavija para asegurar sus junturas, a no ser el candado para su seguridad contra uñas y manos ligeras, sino de garantizar contra humedad y mojazones; pues aquel pellejo de que estaban formados era capa impermeable que lo impedía.

"Con cintas de la misma piel se aseguraban en santa y segura unión sus partes; y aun con ellas se tejían sus adornos, que consistían en guardas de cintas cruzadas, dando algo parecido a la guarda griega. Su tapa venía a ser machihembrada o algo parecido, con la caja, en una porción de diez centímetros; y su aspecto general limpio y decente, tanto, que se usaban las petacas como baúles ordinarios en las casas de campo, y aun en las de pueblo, cuando el viajero que las ocupaba frecuentaba el oficio.

"Decentes y limpias se ha dicho, y causará extrañeza la afirmación si eran de piel de vacuno construidas; más todavía si agregamos que aquel cuero era sin curtir, y solamente secado al sol; pero se disipará toda duda en añadiendo que estaban tan limpias de pelos, tan peladas, que su semblante ya no era ni negro, ni overo, ni hosco, ni barroso, ni nevado, ni castaño —que eran los colores principales conque los gauchos de las provincias interióres señalaban los colores del ganado vacuno—, sino blanco pálido en nuevas, estando de más el decir que cuando llegaba la vejez, tanto así por el tiempo como por el uso, quedaban como todas las cosas viejas y usadas, no autorizadas para sacar la cara a la discusión...

"Nos queda por decir algo del **almofrez**, que ya no lo encontramos en uso cuando comenzamos a contar nuestros días, pero sí lo hallamos conservado en los rincones donde fueron a dar las cosas un día útiles y en moda, y caídas después en desuso y olvido de muerte.

"Esta fue la suerte que le cupo al **almofrez**.

"Por su sonido es una palabra árabe, de las muchas que salpican el español; y consistía en un gran saco o funda de suela cuadrilonga, como las petacas, donde se guardaba la cama del viajero, y se lo colocaba entre ambas petacas sobre la mula. Tenía, en una de sus caras, un gran bolsillo asegurado con tapa, donde se conducía la correspondencia. Su material y su confección preservaba de las lluvias que sorprendían en el camino al viajero, le mojaran la cama; prenda más indispensable que el pan, y más deseada cuanto más larga era su jornada hecha".



7.244.897 dólares

Es la cifra exportada por IBM Argentina durante el año 1967 a 85 países de 5 continentes.
Mano de obra argentina y la participación de 600 empresas proveedoras locales, produjeron las máquinas para procesamiento de datos que durante los últimos 7 años fueron exportadas por valor de 26.000.000 de dólares, dando a conocer y prestigiando la Industria Argentina en el mundo entero.

IBM

IBM WORLD TRADE CORPORATION
Av. R. Sáenz Peña 933 — Buenos Aires
La Plata - B. Blanca - Rosario - Santa Fe
Córdoba - Mendoza - Tucumán

Lago

Los indios decían que el Espíritu del Lago no soportaba la presencia de hombres. Se enojaba; tanto, que con las olas de sus aguas agitadas barría las playas con tal furia, que ni siquiera permitía recoger la necesaria para beber. Sin embargo, la noche del viernes 16 de febrero de 1877, al pie de un mástil improvisado con un remo, en cuyo tope flameaba la bandera azul y blanca, los cinco tripulantes de un bote durmieron orgullosos y contentos: eran los primeros navegantes del lago Argentino.



Argentino

por Juan Lucio Almeida

Lago Argentino

Los primeros cristianos que llegaron a la desembocadura del río Santa Cruz, fueron los tripulantes del **Santiago**, de la escuadra de Magallanes fondeada en San Julián en 1519, cuando al mando del piloto Serrano adelantaba un reconocimiento hacia el sur. El **Santiago** dejó su casco entre los escollos de la bahía Santa Cruz, inaugurando así el inmenso cementerio de barcos que se extiende a lo largo de la costa atlántica, desde el río Negro hasta el estrecho.

Doscientos sesenta y dos años después, el 4 de enero de 1782, el piloto José de la Peña zarpó de San Julián con el bergantín **San Francisco de Paula**, rumbo al sur, para efectuar un reconocimiento del puerto y ría de Santa Cruz, según disposición de Antonio de Viedma. El piloto levantó la carta correspondiente, y aunque sólo cumplió en parte lo encomendado, dio por finalizada la operación en los últimos días del mismo mes.

Antonio de Viedma fundó San Julián en 1780, en cumplimiento a las medidas preventivas tomadas por la Corte de España, consistentes en establecer fuertes y poblaciones desde el Río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes, ante la alarma provocada por el famoso libro de Falkner aparecido en Inglaterra en 1774.

Viedma tenía el problema de la falta de maderas para la construcción. Los indios le anoticiaron que hacia el poniente, en las nacientes del río Santa Cruz, las había en abundancia, por lo que resolvió hacer un reconocimiento de la región. El 7 de noviembre de 1782, a las ocho y media de la mañana, salió de San Julián acompañado por el subteniente León de Rozas; el capitán del **Belén**, 2º piloto Joaquín Gundin; el caballerizo Ignacio Fernández, marinero Bernardo Camós, peones Fernando Morales y Martín Chinchilla, y el cacique Yucamelo con 44 de sus indios. Galopando por bajos y lomadas en dirección sudoeste, a unas veinticinco leguas encontraron el río Chico. Lo cruzaron con el agua a la cincha. Los indios dijeron que ese río desagua en el Santa Cruz, lo que es correcto. Dijeron también que es el desagüe de una laguna que se encuentra muy lejos hacia el noroeste. Esto ya no es correcto. Siguiendo el mismo rumbo, catorce leguas más adelante encontraron el río Chalía. Aquí los indios dijeron que tal río nace en otro lago situado en las montañas, entre las cabeceras del Chico y las del Santa Cruz, lo que tampoco es correcto. Siguiendo el curso del Chalía, recién pudieron vadearlo unas ocho leguas más arriba. Y cuando habían andado otras ocho leguas, llegaron por fin al gran lago inmediato a la cordillera, donde los indios cometen un nuevo error al decir que de él se desprende el río Santa Cruz. Acotemos que también Musters se equivocó al decir que Viedma cruzó dos veces el río Chico, tomándolo luego por dos ríos distintos. Viedma costeó el lago unas doce leguas hacia el noroeste; calculó en catorce su largo, y en cuatro o cinco su ancho. Así fue cómo Antonio de Viedma descubrió el lago que hoy lleva su nombre; mejor dicho, encontró un lago del cual ya tenía noticias. En cuanto al objetivo principal de su expedición, encontrar árboles que le proveyeran maderas adecuadas para las construcciones de San Julián, la suerte le fue adversa, pues los que pudo examinar no servían más que para leña; y el 3 de diciembre llegó de regreso al punto de partida.

En el año 1834 Fitz Roy y Carlos Darwin, con tres botes y un total de 25 hombres, remontan el río Santa Cruz hasta 140 millas desde su desembocadura tratando de descubrir sus nacientes, pero abandonan la empresa por cansancio y falta de víveres. Posteriormente se producen dos intentos chilenos, uno de ellos con lancha a vapor, y ambos resultan infructuosos.

Los indios tehuelches habían hablado al comandante Luis Piedra Buena de un lago que había en las cordilleras, del cual afirmaban que nace el Santa Cruz. En 1867 Piedra Buena propone y auspicia una expedición. Pone al frente de la misma a un marino inglés, G. H. Gardener, quien con cuatro compañeros, Mac Dougall, Peterson y Hansen, llegan al lago, con lo que su existencia queda confirmada. Pero Gardener y sus compañeros realizaron a caballo la expedición, de manera que solamente vieron el río y parte del lago desde las orillas. Gardener no bautizó el lago; solamente lo menciona como **Santa Cruz River Lagoom** (lago del río Santa Cruz).

¡POR FIN LOS ARGENTINOS!

En 1873, el comandante Lawrence, de la goleta de guerra **Chubut**, dispone otra expedición hacia las nacientes del río Santa Cruz. El 6 de noviembre, el subteniente de la Armada Argentina, Valentín Feilberg, de 21 años de edad, acompañado por cuatro marineros, sale de la isla Pavón remontando el río con un bote de la goleta. A los veinte días llegan al lago. Feilberg y los cuatro marineros son los primeros hombres blancos que navegan íntegramente el río Santa Cruz; y también los primeros argentinos que avistan el lago. Pero no pueden nave-



garlo por falta de víveres y el mal tiempo reinante. Antes de emprender el regreso, el jefe de la expedición labra un acta, la coloca en una botella y la entierra al pie de un mástil improvisado con un remo, al tope del cual deja flameando la bandera argentina (1). Fue éste un extraordinario esfuerzo, puesto que no contaron con la ayuda de caballos para la sirga. Feilberg cree que el lago que drena sus aguas por el río Santa Cruz, es el descubierto por Viedma en el año 1782.

LA EXPEDICION DE FRANCISCO P. MORENO

Nuestro célebre "Perito Moreno" nació en Buenos Aires el 31 de mayo de 1852. Sin ser militar, a los veinticinco años de edad ya era un veterano del desierto. En 1873 había realizado un viaje a Carmen de Patagones, en cuyas inmediaciones había recogido más de sesenta cráneos, unas mil flechas o puntas de lanzas y otros silex tallados, que trasladó a Buenos Aires para incorporarlos a su Museo. En 1874, a bordo de la goleta **Rosales**, de la Armada Nacional, al mando de Martín Guerrico, había estado en Santa Cruz, con el propósito de remontar el río hasta más allá de donde lo habían hecho Fitz Roy y Darwin, pero el prematuro regreso de la goleta a Buenos Aires dejó pendientes sus planes. En 1875-76, había llevado a cabo una expedición al País de las Manzanas, teniendo por toda escolta a su asistente, al cacique amigo Miguel Linares y cuatro indios más. Malos vientos soplaban por los toldos de Sayhueque; sin embargo, Moreno había logrado convencer al Superior Gobierno y avanzar hasta el Nahuel Huapi; fue el primer hombre blanco que desde el Atlántico llegó al maravilloso lago. ¡Vaya intrepidez de muchacho! ¡Qué despliegue de serenidad y astucia debió hacer para regresar vivo a Buenos Aires! Y pensar que en 1879 volvió a las tolderías de Calenfú, y nuevamente solo. Algún día remozaremos esos episodios.

El lago San Martín y los montes Lavalle, según el dibujo de la edición original del libro del perito Moreno.



¿Era Moreno nada más que un obsesionado "busca huesos"? Decididamente, no. Meditaciones suyas escritas dos años antes de su expedición al lago Argentino, pichón de hombre aún, dan una acabada idea sobre la rica fibra de su calidad humanística y patriótica: "¡No comprendía cómo una nación viril, dueña de uno de los pedazos más hermosos y más fértiles de la tierra, no se preocupaba de estudiarla para utilizarla en todos sus recursos; buscaba la causa de ese abandono y la encontraba en los fáciles goces materiales del gran centro —Buenos Aires—, en el que inconscientemente concentrábamos todas nuestras aspiraciones, envueltos en el cosmopolitismo que nos absorbía, arrullando nuestra vanidad de dueños de una tierra generosa y contentándonos con el recuerdo de glorias pasadas que, en nuestra holganza, admirábamos como esfuerzo de hombres diferentes de los del día, sin pensar un segundo que todos los hombres son iguales cuando aman y veneran de la misma manera el suelo en que han nacido!". Ahora, el mediodía del 21 de diciembre de 1876, entraba en la bahía de Santa Cruz, dispuesto a retomar el cabo que dejara suelto en 1874.

PREPARATIVOS

Apenas repuesto de su viaje a Nahuel Huapí, Moreno decidió su exploración a las nacientes del río Santa Cruz. Ya Buenos Aires le abría todas las puertas. Contando con la inestimable ayuda de Estanislao S. Zeballos y el prestigio de la Sociedad Científica Argentina, consiguió el apoyo del presidente Avellaneda, quien por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores, puso a su disposición los elementos necesarios; elementos que, en rigor de verdad, a pesar de no ser muchos, no eran los más adecuados. Pidió un bote liviano y le dieron un pesado casco de ocho remos. ¿Cuántos remeros le asignaron? Dos y medio: José Pedro Gómez, un brasileño negro, flojo como el que más; Francisco Gómez, correntino, marinero de ríos; y Abelardo Tiola, grumete de 12 ó 14 años de edad. El propio Moreno tendría que prenderse al cuarto remo. Pero... se cumplió el expediente. ¿Cómo estaría caratulado?... ¿"Bote para uno que quiere ir a un río"?...

El traslado lo hizo a bordo de la goleta Santa Cruz, comandada por don Luis Piedra Buena (2). En esas jornadas de interminable bordejar, muchas veces tuvo lugar el intercambio de relatos; uno de sus legendarias andanzas marineras, otro de las espeluznantes aventuras entre puelches y mapuches, a las que se sumaban las anécdotas de su larga experiencia como práctico del puerto de Buenos Aires del contramaestre Francisco B. Estrella, que cansado de tal rutina se había

---

(1) Ver TODO ES HISTORIA Nº 7, "Patagonia: Descubriendo el Misterio".

(2) Ver TODO ES HISTORIA Nº 18: "Piedra Buena, el Buen Patagón".

Lago Argentino

embarcado con Piedra Buena en busca de escenarios más acordes con su espíritu aventurero. Fácil fue para Moreno entusiasmarlo y engancharlo en la expedición, con lo que agregó un elemento de gran valía a su magro team de bogadores.

El mismo día 21 de diciembre, al arribar el buque a la bahía Santa Cruz, Moreno hace echar el bote al agua y comienza el ascenso del río en procura de la isla Pavón. Al atardecer la marea llega a su máxima bajante, lo que hace imposible continuar con la embarcación, por lo que resuelve dejarla a cargo de los dos marineros y el grumete hasta el nuevo repunte de las aguas, y él con Estrella siguen andando por tierra con la intención de llegar esa misma noche a destino; pero equivocan ruta y vencidos por la sed y el cansancio deciden pasar la noche en un desplayado. ¡Qué han de dormir! Patalean y manotean hasta el amanecer para contrarrestar las nubes de mosquitos que asedian y pican. Recogiendo puntas de flechas de piedra, cuchillos de piedra, rascadores y boleadoras pulidas, avistan por fin la isla Pavón, desde donde la vida civilizada se anuncia mediante una sutil columna de humo que se eleva de las casas, relinchos de caballos, cacarear de gallinas, ladrar de perros. Nada más que por gusto de armar alboroto los viajeros gritan y desenfundan revólveres disparándolos al aire; responden furiosamente los perros, un hombre otea el horizonte desde los techos y un gaucho cruza a caballo el brazo del río que separa la isla de la meseta sur, e inmediatamente llega una rara figura de sombrero negro, envuelta en un quillango: es Isidoro Bustamante, gaucho santiagueño, veterano cazador de la Patagonia, antiguo conocido de Moreno, uno más que ha de sumarse a la expedición; y estrechan luego la mano de don Pedro Dufour, cuñado de Piedra Buena. Reina alegría general, sobre todo en los pobladores de la isla que habían pensado que los gritos y tiros eran de náufragos, o desertores chilenos de Punta Arenas. Vadean el río y llegan a la casa. Aquí se encuentran con un oficial de la Armada Nacional, de 22 años de edad, el subteniente Carlos María Moyano, mendocino, que con el andar del tiempo habría de figurar entre los más esclarecidos exploradores de la Patagonia, que recorrió minuciosamente. Este oficial era el representante del Gobierno argentino en Santa Cruz, y tenía instrucciones del Ministerio de Relaciones Exteriores para ayudar a Moreno en todo lo que le fuese posible. ¿Cómo lo hizo? Acompañándolo en la expedición. Y con él quedó completado el elenco; eran siete: Francisco P. Moreno, científico y explorador; Carlos María Moyano, subteniente de la Armada Nacional; Francisco B. Estrella, marino, contramaestre; Isidoro Bustamante, experto cazador de la Patagonia; Francisco Gómez, marinero de ríos; José Pedro Gómez (a) "Patricio", marinero, brasileño, negro haragán; y Abelardo Tiola, grumete, asistente de Moreno.

Al atardecer llegó el bote a la isla y de inmediato se dedican a acondicionarlo para la ascensión del río; lo calafatean y le construyen cajones para los víveres y objetos que han de llevar. Todos reunidos, festejaron la Nochebuena en la isla. El año anterior el comandante Piedra Buena la había celebrado en el Cabo de Hornos, Moreno a orillas del río Limay.

El 2 de enero de 1877 vieron señales de humo hacia el oeste, anunciando la aproximación de indios que llegaban a Pavón para cambiar quillangos y plumas de avestruz por azúcar, yerba, galleta y aguardiente. La visita resultó muy oportuna puesto que Moreno ya tenía resuelto salir a buscarlos por la zona de San Julián, donde algunas tribus solían acampar en invierno hasta el tiempo en que comienza la parición de los guanacos. Necesitaba caballos para la sirga, que en la isla no los había, y era su propósito comprar o alquilárselos a los indios. Remontar el río implicaba una profunda penetración por territorio de exclusivo dominio indígena, y como el contingente que se disponía a hacerlo era muy reducido, se imponía la necesidad de contrarrestar el desdén de los bárbaros por lo menos con una apariencia pomposa. Se vistieron de gala los marineros, se colocó su uniforme y colgó la espada a los tiros Moyano, recurrió a un sobretodo adornado con botones dorados y galones que reservaba para ocasiones solemnes Moreno, y se izó la bandera nacional. Pero el protocolo exigía también un título equiparable al de cacique... y Moreno adoptó el de comandante.

La comitiva tehuelche estaba encabezada por María, a quien acompañaban cuatro indios: Haikokelteish, anciano centenario de cuerpo espigado y elevada estatura, medio loco, o loco del todo, que relataba viejos acontecimientos co-



Remontando el río Santa Cruz, a fuerza de sirga y brazos...

mo si los hubiera presenciado, tal, por ejemplo, el recordar cuando había españoles en San Julián y conocer a los cristianos cuando fueron al "Agua Grande" (Viedma, 1782); Gencho, uno de los hijos de María; Chesko o Juan Caballero, indio ladino, intérprete de Piedra Buena en los viajes a Tierra del Fuego; y Gennayo, la pereza personificada, que quería dormir porque estaba muy cansado.

—¿Y de qué?

—¡No hacer nada, pues!

Largamente conferenció Moreno con María, quien comprendía el español. Le mostró las ilustraciones del libro de Musters y le refirió lo que el inglés decía de sus amigos los tehuelches; la india reía complacida y traducía a sus compañeros; lo había conocido y lo recordaba perfectamente.

—Musters mucho frío tenía; muy bueno pobre Musters.

Le regaló un quillango de cueros de avestruz, y Moreno le correspondió con dos mantas de bayeta punzó, con lo que quedó sellada una firme amistad; igual regalo hizo a los otros indios. Les parecía increíble que pudieran subir en bote el Santa Cruz.

—¿Corre mucha agua hasta las "aguas grandes"?

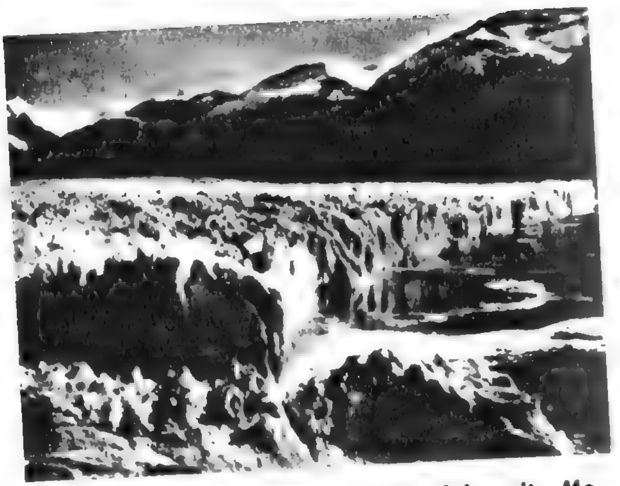
—Sí, corre mucho, pues.

—¿Hay muchas piedras?

—Sí, hay muchas piedras, pues.

Moreno les propuso alquilarles caballos para la expedición, comprometiéndose a ir a buscarlos a sus toldos. María le auguró buena acogida en los toldos de su marido, al tiempo que cariñosamente guardaba en una bolsita, para su hija mayor, Shelsom, unas galletitas y unas pasas de higos que le dio Moreno.

El día 3 regresó la comitiva india a sus toldos situados al noroeste de Pavón, en la margen sur del río Chalía. El 5, Moreno, morador de la isla, Moyano, Isidoro y el gaucho Cipriano García, partieron con igual destino en busca de los caballos. Llegaron el 7 después de mediodía. Allí los recibió el jefe, Cochingan; hospitalario tehuelche que en Buenos Aires reemplazó en el cacicazgo a Orkeke al morir éste en 1883 (1). Cochingan se sintió muy honrado por la visita de un "comandante"; pero lamentablemente su caballada estaba en muy mal estado como consecuencia de las últimas boleadas. María y su pelado, un perro faldero, tenían dos caballos disponibles, que quizás pudieran utilizar en caso de llegar a un acuerdo por el precio del alquiler. Este consistió finalmente en yerba y azúcar, aunque María debió recurrir a grandes ruegos para que el pelado consintiera en ceder uno de sus matungos, siempre y cuando estuviese bien pagado; era un perro de gran fortuna, dueño de cuatro caballos; y de todo el ganado vacuno que poseía la tribu (cuatro vacas, un toro y un ternero), dos vacas y el toro eran de propiedad del pelado, así dijo María. Por el mismo precio que los anteriores alquiló otros dos caballos al gigante Bera, a cuyo toldo llegó envuelto en un quillango, por lo que los perros centinelas, confundiéndolo con un tehuelche, no le mascullaron las pantorrillas. No pudo conseguir que el mestizo Tetao le alquilara alguno de sus equinos; pretextó que el bote era muy grande, y que su peso quebraría el espinazo del caballo que lo cargase. No hubo modo de hacerle entender que los caballos eran para remolcar el bote, y no para llevarlo sobre el lomo. Allí vivía Chesko o Juan Caballero, que aunque había visitado Buenos Aires, las porteñas no habían conmovido su corazón. ¿Razones? Losha, su novia, la china más bella de los toldos, y también la más coqueta. Solamente amor platónico; pues los padres de ella, conscientes de la juventud y hermosura de la regalona, exigían un precio de ¡seis caballos! y el pobre Chesko no tenía siquiera uno. Moreno contribuyó en mucho para que el fuego del amor que ella sentía por él no se apagara tan pronto, regalando al romeo mantas rojas, espejos, cuentas y sortijas, presentes que luego recibía la avivada india retribuyéndolos con sonrisas.



Ventisquero que lleva el nombre del perito Moreno, en el lago Argentino.

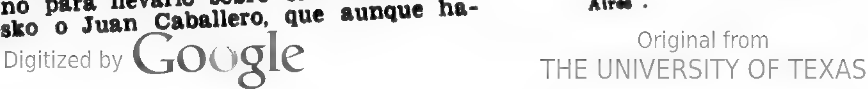
El día 9 emprendieron el regreso con los cuatro caballos alquilados, de los cuales uno estaba manco, otro rengo además de ser tuerto, y un tercero llagado en el lomo. Al despedirse convinieron con los indios un encuentro en las nacientes del río Santa Cruz; Moreno les dijo que allí en el lago les regalaría víveres. Los incrédulos tehuelches se burlaban amigablemente de los cristianos; llevarles víveres justo allí, donde "el agua es tan brava, que muchas veces no permite que las mujeres recojan la suficiente para beber". El 11 a mediodía llegaron a la isla, resueltos a iniciar el viaje a la brevedad posible.

RIO ARRIBA

15 de enero de 1877. Lista la embarcación con los víveres; lista la caballada que ya ha sido cruzada a la ribera norte, por donde comenzará el ascenso; listos los hombres; se izan las banderas en el mástil de la isla y en el del bote; se descargan los revólveres al aire aplomando los adioses y deseos de buen viaje: "No llevan ustedes suficientes elementos". "Qué importa. ¡Adelante!".

No se crea que la labor consiste en afirmarse en las bancadas y bogar despreocupadamente río arriba, jornada tras jornada. ¡Qué esperanza! Se boga nada más que para cruzar el río! Después la tarea cambia. El brasileño, a quien han apodado "Patricio", se encarga de la sirga, vale decir, remolcar el bote desde la costa con el caballo; el correntino Francisco sonda perma

(1) Ver TODO ES HISTORIA Nº 10: "Orkeke en Buenos Aires".



nentemente con el bichero buscando profundidad y manteniendo la embarcación a cierta distancia de la orilla, para que las ramas no entorpezcan el remolque; el contramaestre Estrella maniobra el timón orientando siempre la proa a la correntada; Moyano, con la aguja de marear sigue las ondulaciones del río, comparándolas con la carta de Fitz Roy; Abelardo, el grumete, se encarga de cuidar la tropilla, mientras Isidoro, el cazador, se aleja a bolear algo para la cena; Moreno, por tierra y por agua, dirige la sirga y junta objetos para las colecciones. El negro "Patricio" está convencido que marcha hacia la muerte segura; sus compañeros, viéndolo tan flojo y miedoso, le han hecho creer que Moreno odia a los brasileños y que lo ha incorporado a la expedición tan sólo por darse el gusto de matar a uno, ya sea ahogándolo en el río, haciéndolo comer con los pumas o entregándolo a los indios. Y convencido de que no regresará vivo, recurre al ardid de hacer mal las cosas para que Moreno resuelva no llevarlo. Deja que el caballo marche a voluntad, con lo que el bote presenta los costados al torrente y vara a cada momento; tiene que cruzar un pantano, maldice; se interpone al paso un matorral espinoso, remaldice; el viaje es puro sufrimiento, y las murmuraciones suben cada vez más de tono. El río crece con rapidez, las aguas salen de su cauce natural cubriendo los matorrales de la costa y el camino se pone difícil y engorroso. Atribulado por los rigores de su suerte, el negro no se fija en un rápido producido por una gran mata de incienso casi cubierta por la inundación, y cae al río con caballo y todo, recibiendo el bautismo del Santa Cruz al cual tanto le teme. Reacciona; comprende que de nada le valdrá seguir haciéndose el maleta, toma aliento, y empieza a mejorar su servicio.

Pero esto no es más que el comienzo; no solamente para el negro sino para todos. La marcha exige día a día más y más sacrificios físicos, y un temple de titanes. Veamos un poco el diario de Moreno. "Enero 19 — Trabajamos muchísimo hoy, es un día cruel; caminamos poco a poco y con dificultades enormes; las dos orillas son a pico; la del sur, más baja, nos deja ver la línea fértil que separa el cascajo de la roca terciaria; los matorrales en el norte son sumamente incómodos y el río corre con tanta fuerza que forma ondulaciones; perdemos más camino que el que ganamos; y a mediodía nos encontramos más abajo del paraje donde hemos dormido anoche. Más de una vez tenemos que soltar la cuerda del remolque, pues los que lo llevamos por tierra nos encontramos en inminente peligro de ser arrastrados por el río. Nada resiste a la correntada de un recodo: la cuerda se corta cada vez que hacemos esfuerzos un caballo y tres hombres, y los borbollones de agua que saltan la proa del valiente bote son tan altos que pueden inundarlo. El brasileño tiembla y no habla: ha llegado para él el momento de prueba. Nadie se fija en las espinas que nos traspasan las piernas; el rápido y el bote son centros de nuestras miradas. Estamos sobre él. Estrella y Patricio a bordo, tratan, el primero en el timón, el segundo en la proa con un remo, de mantener esta última fija hacia la corriente;



Isidoro en plena labor: empujando el bote con el agua en el pecho, hacia el objetivo deseado.

ya casi tocamos el fin, cuando la cuerda se corta nuevamente y la embarcación tuerce con velocidad y retrocede cerca de una milla por el centro del canal. Debemos volver al mismo trabajo, pero esta vez con mejor éxito; descargamos parte de las provisiones, aligeramos el bote y hacemos con la pala un pequeño canal, por el cual avanza dejando atrás el rápido. A las tres de la tarde volvemos a encontrar otra barranca elevada de cien pies y casi a pique, sumamente arbustosa; la cruzamos con peligro, pero con felicidad; es el punto llamado por Fitz Roy, Swim Bluff, promontorio a cuyo pie se extiende una hondonada que sirve de estuario, en invierno, a las aguas de las mesetas vecinas. Es tristísimo paraje.

Acampamos a las cinco de la tarde en una excelente rinconada, bien abrigada. Aquí parece que acampó Fitz Roy, pues hallamos viejos troncos hachados y huesos quemados hace largo tiempo. El señor Moyano caza un guanaco con el revólver, y los dos marineros descansan y pescan luego algunas truchas, que comemos fritas en grasa de avestruz. La cena es abundante y consuela nuestros estómagos, vacíos desde la noche anterior, y ansiosos de encontrarse repletos después de las grandes fatigas del día. Por no permanecer ocioso, pongo mis iniciales en grandes piedras, para señalar nuestro paso por este punto.

Enero 20 — ¡Qué mal día se prepara hoy! Desde temprano principian los apuros. He pasado una mala noche; el trabajo de ayer ha extenuado mi gente, sobre todo en el último momento, al pasar una muralla perpendicular cubierta de médanos y en las cuales nos ha costado trabajo hacer pie para sirgar el bote. Tenemos las manos quemadas por la soga y las piernas y pies ulcerados por las piedras y las espinas. No puede exigir más esfuerzos, y voy creyendo que, aun a pesar de la decidida voluntad que tenemos, el buen éxito no coronará mi empresa. Los remolinos terribles por en medio de los cuales ha cruzado el bote, se han grabado en mi cerebro y su vista no se aparta de mi espíritu. El padecimiento moral principia y me tiene agitado. Es demasiado el peso que llevo encima; hay momentos en que yo mismo

considero tentativa loca la empresa, pero la razón vuelve y no me doblego, a pesar de que las dificultades van sucediéndose progresivamente. Me desconsuela el ver mis pobres marineros, rudos, pero fieles, no murmurar, aunque hay razón para ello. La muralla penosa está frente a nosotros y no pueden haber olvidado el atroz momento del paso. Los premio, al despertarme, con la ración de galleta que me corresponde, es decir, una que parto en dos y que no desdeñan. ¡Qué exigua gratificación!

Al levantarme hoy me he derramado el jarro de café hirviendo sobre un pie, lo que me hace sufrir bastante. Continuamos la sirga. Hacemos media milla sin serias dificultades, pues ya no lo van siendo para nosotros los arbustos que incomodaban tanto al salir de Pavón; la costumbre y el encuentro de otros mucho más grandes las hacen olvidar y no nos causa extrañeza ni mucha pena, el encontrarnos de un momento a otro, arañado el rostro por una rama atrevida de barberis, o casi cruzado el pie por una espina de cactus. En los barriales, que están tan sueltos que no se puede emplear el caballo pues desaparecería entre ellos, nos hundimos algunas veces hasta cerca de la cintura y, para adelantar camino, hay que hacer dos trabajos: remolcar y arrancarnos de una arcilla pegajosa que parece absorbernos. Nuestras caras parecen brotar sangre; el calor de la mañana y la excitación nerviosa, nos tienen agitados, y la perspectiva de una inmensa meseta a pique, en un recodo del río, nos pone casi fuera de nosotros. Trabajamos como fanáticos y no nos fijamos en obstáculos. La corriente ha aumentado y los rápidos van siendo más frecuentes: llega un momento en que parece imposible adelantar; las orillas del sur son a pique, y no nos dejan paso; la del norte, por la cual vamos, presenta aún mayores dificultades; las vueltas del río se hacen más seguidas, y las aguas, al costearlas, forman remolinos que mantienen el bote en continua oscilación. Al pasar un serio rápido, el pobre Patricio se asusta: con grandes esfuerzos hemos ido tirando los tres por dentro del agua, pero el miedo se apodera de él, y creyendo ahogarse, se lanza dentro del bote. Este suceso casi nos lleva a una pérdida segura. Como cada hombre tiene su lugar señalado en el trabajo, basta que falte uno para que éste se modifique, y la menor alteración en él, aquí, puede perdernos. El señor Moyano ha sido encargado de llevar la punta de la cuerda por tierra, para enredarla en alguna mata, en caso de que la fuerza de la corriente arrastre la embarcación y a los hombres que la remolcamos; Francisco Gómez sigue llevando la cuerda a la cincha y cinco metros más atrás le sigo yo, haciendo el mismo trabajo dentro del agua, y Patricio, al costado del bote, trata de que éste conserve la proa a la corriente; Estrella dirige el timón. Con la falta de Patricio, la embarcación que se siente libre, se inclina y presenta su flanco al rápido; el agua la asalta y ya la imagino así perdida; me lanzo al agua, pero pierdo pie; una poderosa fuerza de absorción me arrastra hacia el fondo del torrente, y pareciendo que me hace girar, me vuelve a la superficie; creo que he trazado con mi cuerpo una espiral en medio del cauce del Santa Cruz. Felizmente, al ascender al nivel, puedo apoderarme de la cuerda que Francisco hace esfuerzos por no largar, arrastrándose en el suelo. Es tal la velocidad del agua que me cuesta trabajo sujetarme, y empleando una frase vulgar, diré que algo me ha tirado de las piernas tratando de arrancarme de la cuerda. Si mi buena suerte no me hubiera ayudado, de seguro que hoy blanquearía mi cráneo en algún rincón del Santa Cruz. Es casi imposible salvarse de uno de estos remolinos durante las inundaciones.

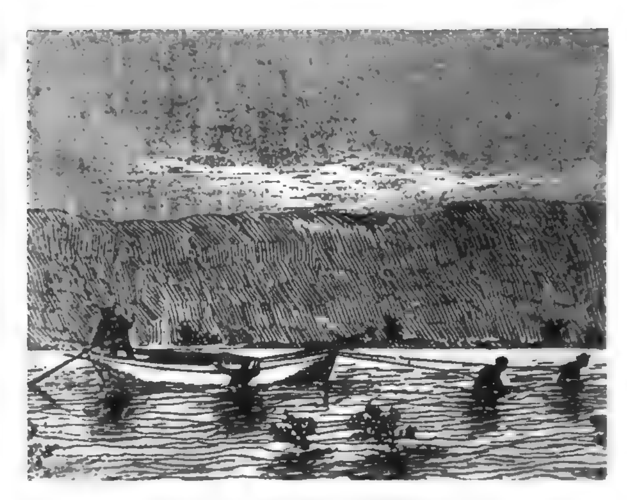
Hay que cruzar al sur para pasar un nuevo rápido y perdemos tres horas en andar cien metros... Aquí se ven elevados barrancos, algunos de trescientos pies...

Atacamos la alta muralla, pero hay que tomar precauciones; un previo reconocimiento me muestra rocas que hacen bullir el agua al pie, y el paredón geológico a pique, no permite que cerca de ella la costeen los hombres; el río lleva una velocidad de ocho millas. Embarco toda la gente y sólo quedamos yo y Abelardo en tierra; Isidoro va conduciendo los caballos a través del valle. Hago que Abelardo monte la briosa yegua, que es la que destino para los pasos difíciles, ponemos toda la cuerda disponible y ¡adelante! He embarcado a todos porque en este punto, si no se está prevenido, el bote puede zozobrar y perderse irremisiblemente; además, en caso de que la soga se corte, el bote arribará a la costa contraria y la sirga tendrá que buscar camino por


Boleando guanacos: un deporte indio que heredaron los criollos.

nentemente con el bichero buscando profundidad y manteniendo la embarcación a cierta distancia de la orilla, para que las ramas no entorpezcan el remolque; el contramaestre Estrella maniobra el timón orientando siempre la proa a la correntada; Moyano, con la aguja de marear sigue las ondulaciones del río, comparándolas con la carta de Fitz Roy; Abelardo, el grumete, se encarga de cuidar la tropilla, mientras Isidoro, el cazador, se aleja a bolear algo para la cena; Moreno, por tierra y por agua, dirige la sirga y junta objetos para las colecciones. El negro "Patricio" está convencido que marcha hacia la muerte segura; sus compañeros, viéndolo tan flojo y miedoso, le han hecho creer que Moreno odia a los brasileños y que lo ha incorporado a la expedición tan sólo por darse el gusto de matar a uno, ya sea ahogándolo en el río, haciéndolo comer con los pumas o entregándolo a los indios. Y convencido de que no regresará vivo, recurre al ardid de hacer mal las cosas para que Moreno resuelva no llevarlo. Deja que el caballo marche a voluntad, con lo que el bote presenta los costados al torrente y vara a cada momento; tiene que cruzar un pantano, maldice; se interpone al paso un matorral espinoso, remaldice; el viaje es puro sufrimiento, y las murmuraciones suben cada vez más de tono. El río crece con rapidez, las aguas salen de su cauce natural cubriendo los matorrales de la costa y el camino se pone difícil y engorroso. Atribulado por los rigores de su suerte, el negro no se fija en un rápido producido por una gran mata de incienso casi cubierta por la inundación, y cae al río con caballo y todo, recibiendo el bautismo del Santa Cruz al cual tanto le teme. Reacciona; comprende que de nada le valdrá seguir haciéndose el maleta, toma aliento, y empieza a mejorar su servicio.

Pero esto no es más que el comienzo; no solamente para el negro sino para todos. La marcha exige día a día más y más sacrificios físicos, y un temple de titanes. Veamos un poco el diario de Moreno. "Enero 19 — Trabajamos muchísimo hoy, es un día cruel; caminamos poco a poco y con dificultades enormes; las dos orillas son a pico; la del sur, más baja, nos deja ver la línea fértil que separa el cascajo de la roca terciaria; los matorrales en el norte son sumamente incómodos y el río corre con tanta fuerza que forma ondulaciones; perdemos más camino que el que ganamos; y a mediodía nos encontramos más abajo del paraje donde hemos dormido anoche. Más de una vez tenemos que soltar la cuerda del remolque, pues los que lo llevamos por tierra nos encontramos en inminente peligro de ser arrastrados por el río. Nada resiste a la correntada de un recodo: la cuerda se corta cada vez que hacemos esfuerzos un caballo y tres hombres, y los borbollones de agua que saltan la proa del valiente bote son tan altos que pueden inundarlo. El brasileño tiembla y no habla: ha llegado para él el momento de prueba. Nadie se fija en las espinas que nos traspasan las piernas; el rápido y el bote son centros de nuestras miradas. Estamos sobre él. Estrella y Patricio a bordo, tratan, el primero en el timón, el segundo en la proa con un remo, de mantener esta última fija hacia la corriente;



Isidoro en plena labor: empujando el bote con el agua en el pecho, hacia el objetivo deseado.

ya casi tocamos el fin, cuando la cuerda se corta nuevamente y la embarcación tuerce con velocidad y retrocede cerca de una milla por el centro del canal. Debemos volver al mismo trabajo, pero esta vez con mejor éxito; descargamos parte de las provisiones, aligeramos el bote y hacemos con la pala un pequeño canal, por el cual avanza dejando atrás el rápido. A las tres de la tarde volvemos a encontrar otra barranca elevada de cien pies y casi a pique, sumamente arbustosa; la cruzamos con peligro, pero con felicidad; es el punto llamado por Fitz Roy, Swim Bluff, promontorio a cuyo pie se extiende una hondonada que sirve de estuario, en invierno, a las aguas de las mesetas vecinas. Es tristísimo paraje.

Acampamos a las cinco de la tarde en una excelente rinconada, bien abrigada. Aquí parece que acampó Fitz Roy, pues hallamos viejos troncos hachados y huesos quemados hace largo tiempo. El señor Moyano caza un guanaco con el revólver, y los dos marineros descansan y pescan luego algunas truchas, que comemos fritas en grasa de avestruz. La cena es abundante y consuela nuestros estómagos, vacíos desde la noche anterior, y ansiosos de encontrarse repletos después de las grandes fatigas del día. Por no permanecer ocioso, pongo mis iniciales en grandes piedras, para señalar nuestro paso por este punto.

Enero 20 — ¡Qué mal día se prepara hoy! Desde temprano principian los apuros. He pasado una mala noche; el trabajo de ayer ha extenuado mi gente, sobre todo en el último momento, al pasar una muralla perpendicular cubierta de médanos y en las cuales nos ha costado trabajo hacer pie para sirgar el bote. Tenemos las manos quemadas por la soga y las piernas y pies ulcerados por las piedras y las espinas. No puede exigir más esfuerzos, y voy creyendo que, aun a pesar de la decidida voluntad que tenemos, el buen éxito no coronará mi empresa. Los remolinos terribles por en medio de los cuales ha cruzado el bote, se han grabado en mi cerebro y su vista no se aparta de mi espíritu. El padecimiento moral principia y me tiene agitado. Es demasiado el peso que llevo encima; hay momentos en que yo mismo

considero tentativa loca la empresa, pero la razón vuelve y no me doblego, a pesar de que las dificultades van sucediéndose progresivamente. Me desconsuela el ver mis pobres marineros, rudos, pero fieles, no murmurar, aunque hay razón para ello. La muralla penosa está frente a nosotros y no pueden haber olvidado el atroz momento del paso. Los premio, al despertarme, con la ración de galleta que me corresponde, es decir, una que parto en dos y que no desdeñan. ¡Qué exigua gratificación!

Al levantarme hoy me he derramado el jarro de café hirviendo sobre un pie, lo que me hace sufrir bastante. Continuamos la sirga. Hacemos media milla sin serias dificultades, pues ya no lo van siendo para nosotros los arbustos que incomodaban tanto al salir de Pavón; la costumbre y el encuentro de otros mucho más grandes las hacen olvidar y no nos causa extrañeza ni mucha pena, el encontrarnos de un momento a otro, arañado el rostro por una rama atrevida de barberis, o casi cruzado el pie por una espina de cactus. En los barriales, que están tan sueltos que no se puede emplear el caballo pues desaparecería entre ellos, nos hundimos algunas veces hasta cerca de la cintura y, para adelantar camino, hay que hacer dos trabajos: remolcar y arrancarnos de una arcilla pegajosa que parece absorbernos. Nuestras caras parecen brotar sangre; el calor de la mañana y la excitación nerviosa, nos tienen agitados, y la perspectiva de una inmensa meseta a pique, en un recodo del río, nos pone casi fuera de nosotros. Trabajamos como fanáticos y no nos fijamos en obstáculos. La corriente ha aumentado y los rápidos van siendo más frecuentes: llega un momento en que parece imposible adelantar; las orillas del sur son a pique, y no nos dejan paso; la del norte, por la cual vamos, presenta aún mayores dificultades; las vueltas del río se hacen más seguidas, y las aguas, al costearlas, forman remolinos que mantienen el bote en continua oscilación. Al pasar un serio rápido, el pobre Patricio se asusta: con grandes esfuerzos hemos ido tirando los tres por dentro del agua, pero el miedo se apodera de él, y creyendo ahogarse, se lanza dentro del bote. Este suceso casi nos lleva a una pérdida segura. Como cada hombre tiene su lugar señalado en el trabajo, basta que falte uno para que éste se modifique, y la menor alteración en él, aquí, puede perdernos. El señor Moyano ha sido encargado de llevar la punta de la cuerda por tierra, para enredarla en alguna mata, en caso de que la fuerza de la corriente arrastre la embarcación y a los hombres que la remolcamos; Francisco Gómez sigue llevando la cuerda a la cincha y cinco metros más atrás le sigo yo, haciendo el mismo trabajo dentro del agua, y Patricio, al costado del bote, trata de que éste conserve la proa a la corriente; Estrella dirige el timón. Con la falta de Patricio, la embarcación que se siente libre, se inclina y presenta su flanco al rápido; el agua la asalta y ya la imagino así perdida; me lanzo al agua, pero pierdo pie; una poderosa fuerza de absorción me arrastra hacia el fondo del torrente, y pareciendo que me hace girar, me vuelve a la superficie; creo que he trazado con mi cuerpo una espiral en medio del cauce del Santa Cruz. Felizmente, al ascender al nivel, puedo apoderarme de la cuerda que Francisco hace esfuerzos por no largar, arrastrándose en el suelo. Es tal la velocidad del agua que me cuesta trabajo sujetarme, y empleando una frase vulgar, diré que algo me ha tirado de las piernas tratando de arrancarme de la cuerda. Si mi buena suerte no me hubiera ayudado, de seguro que hoy blanquearía mi cráneo en algún rincón del Santa Cruz. Es casi imposible salvarse de uno de estos remolinos durante las inundaciones.

Hay que cruzar al sur para pasar un nuevo rápido y perdemos tres horas en andar cien metros... Aquí se ven elevados barrancos, algunos de trescientos pies...

Atacamos la alta muralla, pero hay que tomar precauciones; un previo reconocimiento me muestra rocas que hacen bullir el agua al pie, y el paredón geológico a pique, no permite que cerca de ella la costeen los hombres; el río lleva una velocidad de ocho millas. Embarco toda la gente y sólo quedamos yo y Abelardo en tierra; Isidoro va conduciendo los caballos a través del valle. Hago que Abelardo monte la briosa yegua, que es la que destino para los pasos difíciles, ponemos toda la cuerda disponible y ¡adelante! He embarcado a todos porque en este punto, si no se está prevenido, el bote puede zozobrar y perderse irremisiblemente; además, en caso de que la soga se corte, el bote arribará a la costa contraria y la sirga tendrá que buscar camino por



Boleando guanacos: un deporte indio que heredaron los criollos.

allí. También, lo confieso, veo serio peligro en llevar la cuerda por sobre la meseta; el caballo debe ir retirado de ella, lo menos cinco metros, y la gran inclinación de la soga, vista la gran altura a que la llevamos (más de 100 pies), hace que roce los cantos de la muralla y que se enrede en las matas o grietas verticales del abismo. Hay que seguirla para impedir estos estorbos y el menor descuido puede lanzar al agua (es decir, a la muerte) a quien haga este trabajo. No debo exponer a nadie; ninguno más que yo tiene la responsabilidad de esta expedición y, por lo tanto, yo debo afrontar el peligro.

Hemos subido a la meseta y he principiado mi trabajo; los esfuerzos son grandes, mi corazón parece querer estallar y el pañuelo mojado que llevo en la frente se calienta, tanta es la sofocación que me produce el ascenso con la cuerda. El bote se desliza con trabajo, pero adelanta; la valerosa yegua no afloja y resuella con fuerza al adelantar inclinada, pero la muralla se resiste, no se deja vencer fácilmente; de pronto la correntada es tan fuerte, que el bote arrastra el remolque y no hay más remedio que largar la cuerda; ésta silba, chicotea las piedras, pero no me envuelve. El bote, sintiéndose libre, ha remolineado; el torbellino de la correntada lo ha hecho girar, pero obedece al brazo fuerte del buen Estrella, que no deja el timón; los marineros no pierden ánimo, están listos a los remos, hacen fuerza, y un momento después, luego que puedo arrastrarme hasta el borde del precipicio, veo al blanco bote que cruza ondulando, descendiendo veloz al este, y que trata de tomar la orilla opuesta. Toca la costa a quinientos metros más abajo y distingo a la gente que no se acobarda y que principia el trabajo del frustrado ascenso. Esta gran vuelta que Fitz Roy llama Swamp Bend (vuelta del pantano), es difícil dejarla atrás, sobre todo con la actual inundación. Desde el punto en que me encuentro, domino el valle desolado, y distingo a lo lejos al incansable Isidoro que bolea avestruces".

No hay jornadas mejores que éstas; peores sí, y muchas. En tal intenso trajinar, asediados unas veces por la voracidad de los pumas, el hambre y las tormentas otras, van venciendo la rebeldía del río en avance de torturante lentitud; hasta que un día... "¡Los Andes están en el fondo del horizonte! Sus atrevidas moles azules se destacan severas, coronadas sus cumbres de blanca nieve, pues ninguna nube las oculta..."

El 10 de febrero llegan al paraje donde Fitz Roy y Darwin suspendieron su exploración con los botes, una rápida vuelta del río hacia el sur, para seguir a pie un día más rumbo a la cordillera. Recién el 12 consiguen superar el difícil tramo y continúan río arriba, que ahora desciende nuevamente del oeste. Al día siguiente, después de haber andado unas seis millas a rumbo, Moreno, al observar el cansancio de los marineros, resuelve acampar. Presiente que el lago ya está cerca, e impaciente, monta a caballo y avanza solo. Llega al lugar desde el cual Fitz Roy emprendiera el regreso de su excursión a pie, es decir, frente a la "Llanura del Misterio". Avanza recto hacia el oeste; poco a poco el terreno pedregoso va cambiando hasta entrar en una zona de médanos. Exije al máximo a la bestia galopando por entre bandadas de pechos colorados, y tropillas de guanacos y avestruces. Ve pasar un zorro blanco con una avutarda entre las mandíbulas. Refresca el aire; hay olor a agua y se oye cercano el ruido de olas que baten contra las rocas. Clava espuelas a su monta que asciende y desciende jadeando la cadena de médanos, hasta caer extenuado en un embudo formado por los remolinos de viento entre la arena movediza. El ruido es mucho más sensible; trepa la loma de arena y encuentra el grandioso lago. Moviéndose a la distancia ve un cristalino témpano que balancea, fantástico, su blanco castillo abrillantado por el sol rutilante, en el centro de las aguas que se extienden hacia el oeste. El caballo llega a su lado, monta, y penetra en el lago hasta mojarse todo lo posible. Cabalga luego por la costa hasta encontrar el punto donde nace el Santa Cruz. Encuentra el remo dejado por Feilberg, que conserva al tope restos de la bandera azul y blanca, y en la base la botella con el acta. Al oscurecer llega al campamento y da la buena nueva a sus compañeros.

Al atardecer del 14 entran el bote en el lago y lo varan al pie del médano donde Feilberg había plantado el remo con la bandera... "Es éste un momento que no olvidaré: Moyano, Isidoro y Abelardo han llegado; los dos primeros trayendo la caza sobre el caballo; la tropilla baja gozosa a beber en las aguas del lago, mientras los perros ladran a las olas y a los pequeños palos que ellas arrastran... El pequeño grupo que con la cabeza descubierta rodea la bandera sobre el árido médano, promete cumplir con su deber y seguir adelante, mientras los escasos recursos lo permitan. Esta modesta ceremonia, verdaderamente espontánea, me impone el compromiso de cruzar el lago; mañana lo intentaré". Hace un mes que han salido de la isla Pavón. Brindan con coñac. Se dan luego un festín con carne de guanaco, de avestruz, un piche, fariña frita, postre de dulce de leche, café, galletitas, con agua del lago por bebida. Y duermen bajo la misma mata de calafate que sirvió de asilo a Feilberg, cuatro años antes.

Al amanecer del día 15 el lago está tranquilo. Con el sol naciente Moreno lo bautiza: "¡Mar interno, hijo del manto patrio que cubre la cordillera, en la inmensa soledad, la naturaleza que

Un puma cazado: para cenar o para cuerear.



te hizo no te dio nombre: la voluntad humana desde hoy te llamará «Lago Argentino»! ¡Que mi bautismo te sea propicio; que no olvides quién te lo dio, y que el día en que el hombre reemplace al puma y al guanaco, nuestros actuales vecinos; cuando en tus orillas se conviertan en cimientos de ciudades los trozos erráticos que tus antiguos hielos abandonaron en ellas; cuando las velas de los buques se reflejen en tus aguas, como hoy lo hacen los gigantes témpanos y dentro de un rato la vela de mi bote; cuando el silbido del vapor reemplace al grito del cóndor que hoy nos cree fácil presa, le recuerdes los humildes soldados que le precedieron para revelarte a él y que en este momento pronuncian el nombre de la patria, bautizándote con tus propias aguas!"

LAGO ARGENTINO

Si inadecuado resultó el bote para remontar el río por su extremado peso, malas son también sus condiciones marineras para enfrentar el lago. Ocupan la mañana en reacondicionarlo lo mejor posible, especialmente el timón que ha quedado muy averiado. Arman una carpa en la que dejan víveres, el baúl con libros y las colecciones. Cargan a bordo dos guanacos charqueados y provisiones para quince días. Almuerzan y están listos para zarpar; pero la leyenda india se hace realidad, se enoja el Espíritu del Lago y un temporal de mil diablos obliga a los huincas a sacar el bote y vararlo en la playa, lo más lejos posible para que el furioso oleaje no lo despedace. No pasan ociosos la tarde; examinan el desagüe que forma el Santa Cruz y a caballo costean hacia el norte, hasta la desembocadura de un río que Moreno supone es el mismo que Viedma viera salir del lago descubierto por él y que los indios dijeron era el Santa Cruz; y a fe que supone bien, es el río Leona, aún no bautizado. Al anochecer regresan al campamento en Punta Feilberg.

Amanecer del viernes 16 de febrero de 1877. Quietud. Sigilosamente embarcan cinco hombres de la expedición; el cazador y el grumete quedan a cargo del campamento. Con el pabellón al tope, gozosa ondula la embarcación sobre las aguas azules; el primer rayo del sol abrillanta la blanca vela inflada por la brisa, y allá, al otro lado, las cumbres imponentes de los Andes emergen de entre la bruma rosada. Los hombres navegan en el lago. Han caído en la emboscada. El furibundo Espíritu fingía solamente su sueño. Llegan turbonadas de vientos contrarios, bullen las aguas, la espuma blanquea la superficie y las corrientes juegan con el bote arrastrándolo fuera de rumbo; una poderosa ola lo arroja sobre un banco, lo tumba, lo cubre y lo inunda. Los hombres no se acobardan. Embarcan nuevamente y tratan de orientarlo a la desembocadura del río del norte. Luchan contra el viento cuando el Espíritu lo empuja con violencia hacia el desagüe del Santa Cruz, donde en caso de caer los remolinos lo harían añicos entre las rocas; no pueden tampoco ganar camino hacia Punta Feilberg. El bote es tan pesado y de tan malas aptitudes marineras que en lugar de montar la ola penetra dentro de ella o la choca con violencia. La vela es inútil, hay que manejarlo a remo, sólo dos remos, puesto que dos hombres están continuamente en la maniobra de desagote, mientras Estrella tiene ardua tarea en el timón, que a cada golpe de la marejada en popa se sale de su lugar. Exhaustos, maltrechos y calados hasta la médula, a mediodía consiguen ganar la costa y desembarcar en una angosta y profunda caleta, al refugio de todos los vientos, al oeste de la desembocadura del río que baja del norte. El agua, quieta y transparente, refleja el blanco casco del aporreado bote; no se alarman los patos, las avutardas y las gallaretas; no huyen los jilgueros que saltan de rama en rama; un loro se posa en el mástil y observa extrañado. Moreno, satisfecho, mira a sus compañeros, a quienes les prometiera al salir de Pavón: "Navegaréis donde flotan témpanos; hollaréis tierras vírgenes".

Ha cumplido. Y esa noche, después de una excursión que Moreno y Moyano realizan al norte, hasta encontrar el río, los cinco tripulantes del bote duermen orgullosos y contentos. Son los primeros navegantes del lago Argentino.

Un día y medio permanecen en la caleta, acorralados por el Espíritu. El 18 por la tarde izan vela y ponen proa al oeste en dirección a los témpanos que parecen islas de cristal. Pasan frente a uno que traslada una roca negra sobre su cima. Otro, que se hunde con gran estruendo, produce una ola que choca contra el bote. De donde ha desaparecido surgen conos blancos que se desparraman y balancean al impulso del agua alborotada. Se acercan a los ventisqueros que se encuentran frente a Castle Hill, y su contemplación permite a Moreno valorar la obra de los navegantes polares. Se levanta mal tiempo y el cacheteo de las olas arroja violentamente la embarcación sobre la costa sur. A duras penas logran salvarla y Patricio, en voz baja, maldice a los Andes majestuosos. Están al pie de un promontorio que Moreno bautiza "Punta Walichu". El Espíritu del Lago está alerta y los días 19, 20 y 21 no pueden navegar. Moreno, Moyano y el brasileño, en una excursión a pie, encuentran unas barrancas verticales cubiertas por signos trazados por mano humana, de los que Moreno copia más de cien; encuentran también, enterrados, gran cantidad de huesos tallados de guanaco, cuchillos, rascadores y una hachuela de piedra; y en una cueva un cuerpo humano, bastante bien conservado, que ha sido inhumado envuelto en cueros de avestruz y cubierto con pasto y tierra, sobre el cual hay dos cuchillos de piedra y una punta de flecha. Gran susto de Patricio al ver la momia. Pero nosotros, sin asus-



tarnos tanto como el negro y con mayor comodidad, podemos actualmente observarla en la sala de antropología del Museo de La Plata.

El 22, Moreno sube una vez más a la cima de Punta Walichu. Desde allí descubre en el centro del lago un enorme témpano que viaja empujado por el temporal. Comprende que en ello está la clave de la superstición indígena: "Uno imponente, inmensamente grande, va y viene en sus aguas, dominándolas viaja continuamente; jamás desaparece; alborota sus aguas cuando van hombres a beberlas". Ve también que desde Punta Feilberg, Isidoro le hace las señales de humo convenidas para cuando llegaran los indios de Cochingan. Y con el mismo telégrafo patagónico le contesta: "¡Allá vamos!" Porque hacia el norte otros lagos esperan su visita.

Al principio la navegación es normal y esperan llegar a destino antes de que los alcance la noche. Pero sobreviene la calma; la calma que precede a la tormenta. Se desatan las iras del Espíritu furibundo y a las siete de la tarde el temporal ruge en todo su esplendor. El bote no aguanta la vela mayor y sólo dejan la pequeña foque para aprovechar la furia del viento; los remos apenas tocan las crestas de las olas. La noche llega, algo truena en las inmediaciones: son los fragmentos del gran témpano arrancados por el furioso chubasco del noroeste; en cualquier momento la embarcación puede estrellarse contra ellos o la gran masa misma. A medianoche se encuentran en el centro del lago a merced de la gruesa marejada que exige una desesperada labor de desagote. A las dos de la mañana creen distinguir costa inmediata; más aún, suponen encontrase cerca de la desembocadura del río del norte. No pasa mucho cuando una veloz correntada les hace girar el bote, que recibe de costado el viento y el oleaje. Distinguen sombrías barrancas y oyen el estruendo de las olas que chocan; entonces caen en cuenta de que están siendo arrastrados hacia la naciente del Santa Cruz. Rugen las rompientes; las olas encontradas se abalanzan y llenan la embarcación: puede ser el principio del fin. La circunstancia impone orientar el bote a la costa, a riesgo de un naufragio, antes que perecer destrozados contra las rocas de la boca del río. Al acercarse a tierra las aguas embravecidas tumban el bote, se lanzan todos al lago con serio peligro de ser aplastados por la embarcación, que una gran ola arroja sobre la playa. Han embicado a quinientos metros del campamento; los víveres están a la miseria, pero la momia se ha salvado preservada en un grueso sudario de lona.

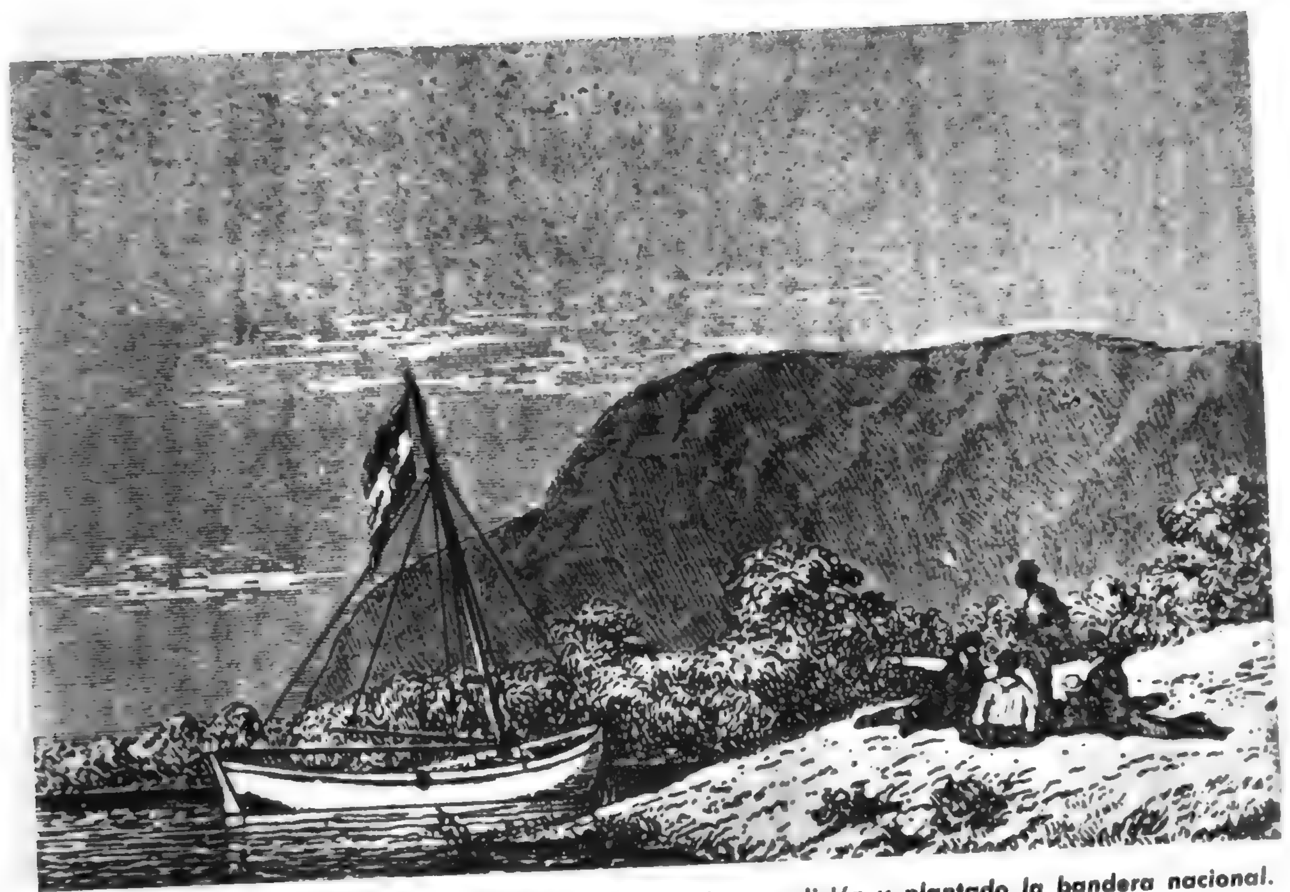
Tremendo alboroto se arma cuando llegan al campamento. Para ponerse a salvo del ataque de los perros enfurecidos y hambrientos, tienen que internarse en el agua en la que casi han perecido ahogados. Isidoro y Abelardo no pueden creer que vengan del otro lado del lago. La sorpresa de los indios se traduce en gritos. La china María, el gigante Bera, su mujer y la madre, la coqueta Losha, todos en fin, lloran prorrumpiendo en alaridos y enrostran a Moreno su tentativa sacrílega contra el "agua que hierve", y afirman que ese temporal es un castigo del Espíritu encarnado en el témpano fantástico. Para colmo, en ese instante, en medio de la oscura noche y el horroroso tronar del agua en la costa, aparece una viva luz y se oye un estruendo como el disparo de un fusil; el rayo ha caído muy cerca; y luego otro fogonazo, pero sin ruido alguno.

EXCURSION AL NORTE Y REGRESO A PAVON

En nada son consecuentes los indios con los huincas por la pérdida de víveres. Moreno les había prometido víveres en el lago y hay que cumplir con la palabra, de lo contrario será un mal cristiano. Un cuero de guanaco joven, una especie de órgano, una colección de bolsas hechas con cueros de gatos salvajes y otros recipientes, son llenados con azúcar, yerba, fariña y algunas galletas; también les regala un pequeño órgano, cuyas melodías alegran en grado sumo a los tehueiches. Música en las riberas del lago Argentino. Un poco de aguardiente del que Moreno tiene para las colecciones estimula el espíritu de los indígenas. La madre de Losha se empeña en comprar al brasileño; ofrece tres yeguas por él. El negro cree posible la transacción y llorando pide a Moreno que no lo esclavice; comprende que él es un haragán pero jura que hay hombres que aún lo son más. Moreno concuerda y no lo vende.

El 24 de enero, Moreno, Moyano, Isidoro y Estrella salen a caballo hacia las tolderías de Cochingan, distante unos cincuenta kilómetros al norte del río Santa Cruz. Los tehuelches que han estado en el campamento marchan adelantados con instrucciones de encender fuegos sobre los cerros para indicar el camino. Tras dos días de cabalgar los blancos llegan a los toldos; el hercúleo Collohue los recibe en la cima de un cerro, montado en su potro y desparramando melodías del organito por las mesetas. Permanecen dos días con los indios, durante los cuales Moreno confecciona una tabla con medidas antropométricas, y anota más de setecientas voces con miras a un futuro diccionario tehuelche. De allí la expedición continúa llevando como guía al indio Chesko, el novio de Losha. Encuentran la laguna Tar, descubren el lago San Martín, bordean el Viedma y Moreno confirma la comunicación entre este lago y el Argentino mediante el río Leona. Sucede que el 3 de marzo Moreno camina solo hacia el río para dejar en la orilla una botella con la prueba de su visita. Al pasar por unos matorrales una leona salta sobre él, arañándole las espaldas y la cara tratando de morderle el cuello. Rueda por el suelo pero sin asustarse rápidamente se incorpora; el revólver se lo ha prestado a Estrella; sólo lleva consigo la brújula-prismático en su estuche; utilizándola a modo de boleadora y escudándose con el poncho se defiende de nuevos ataques de la fiera, que alcanza a rasguñarle en el pecho y las piernas, hasta que consigue llegar al campamento donde las armas de fuego hacen lo suyo. Y así fue cómo el río recibió tal bautismo y una leona flaca y hedionda pasó a la historia...

De regreso en el lago Argentino, sin haberlo navegado nuevamente el 10 penetran en el río Santa Cruz, donde luego de bajar un trecho arman campamento. Desde allí, Moreno, Moyano e Isidoro inician una última excursión a caballo bordeando el lago hacia el oeste, hasta alcanzar el punto que Moreno bautiza "Punta Bandera". El 15 por la tarde se encuentran de regreso en el campamento del bote. Al día siguiente emprenden el descenso del río de manera tan veloz como lenta ha sido la ascensión. En venti-



En las tierras vírgenes del lago Argentino: ha llegado la expedición y plantado la bandera nacional.

trés horas y media de navegación desandan el camino hecho en un mes. Cuando el 19 llegan frente a la isla Pavón, la margen norte del río está ocupada por varios toldos tehuelches. Los expedicionarios disparan los rifles al aire; un clamoreo salvaje contesta el saludo. Los hombres montan en pelo sus potros y, entre el aullido de los perros, los lanzan a media rienda sobre la costa emitiendo alaridos y tratando de comprender qué demonios trae el río. Chesko les contesta con voz estentórea, sacudiendo al aire su quillango. ¡Un indio bajando el Santa Cruz en bote! En los toldos se arma una vocinglería infernal; las muchachas se agrupan palmoteando en la barranca en momentos en que llega el hercúleo Collohue haciendo rayar su flete.

—¡Coom'ant! —saluda a gritos. Recién comprende todo: es el "comandante" que llega de las "Aguas Grandes".

"...Veo no muy lejano el día en que la hélice alborote las aguas de los lagos Argentino, Viedma y San Martín, y los de aún más al norte, y llene de vida la región hoy desierta... El lago Argentino con sus bosques y los valles hermosos que lo rodean ofrece al hombre elementos de vida lucrativa. Los paraderos tehuelches pueden convertirse en ciudades argentinas. Las maderas del monte Buenos Aires, del monte Avellaneda y del monte Félix Frías, lo mismo que los campos hermosos que hay en esas inmediaciones, en manos de una población trabajadora, proporcionarán ganados para alimentar miles de hombres, y dedicándose allí al corte de los hermosos árboles, que luego de arreglados en balsas las aguas del lago y del Santa Cruz se encargarán de llevar al Atlántico, contribuirá esa población con las maderas necesarias a la construcción de las futuras colonias argentinas del litoral patagónico. Los habitantes de la bahía Santa Cruz no verán entonces descender como ahora, un bote como el mío, sino grandes embarcaciones que traigan al Atlántico las riquezas del corazón de la Patagonia y de los Andes. Donde hoy no hay más que soledad y desamparo; donde se ha visto, con distintos intervalos, pequeñas expediciones luchar contra dificultades que sólo el entusiasmo allana, hemos de ver colonias permanentes y florecientes y la hoy poco visitada bahía Santa Cruz ha de ser el puerto más frecuentado de los mares del sur. Ese día, conocidas las regiones que acabo de visitar y las que aún me quedan por recorrer, las siguientes palabras del doctor Tejedor: «Si porvenir marítimo ha de tener un día la República Argentina, él está en la Patagonia» será una hermosa realidad".

Así meditaba Moreno el 20 de marzo de 1877 bajo el techo de los ranchos de la isla Pavón. Hoy, a noventa años de entonces, sólo podemos contestar a su lírica con este dato que debería ser un desafío a la vocación creadora de nuestros compatriotas: la densidad demográfica de la Patagonia es de 0,4 habitantes por kilómetro cuadrado, de los cuales la mitad no son argentinos... ◆

PERFILES DE UNA FIGURA NOVELESCA:

EL CORONEL DON MANUEL BAIGORRIA

por Edilio Ricardo Pigatto



El coronel Manuel Baigorria, en su ancianidad, cuando evocó sus recuerdos en sus poco conocidas "Memorias".



"El coronel Baigorria en la Villa del Río Cuarto a seis días del mes de mayo de mil ochocientos sesenta y ocho años, no teniendo en qué distraerse, se ocupa en recordar ligeramente de su pasada y agitada vida".

Así inicia el coronel don Manuel Baigorria sus "Memorias", escritas en tercera persona y descuidado estilo. No obstante ello, y que diversos pasajes resultan poco claros, a la vez que la cronología de algunos sucesos aparece alterada, el documento resulta de indudable valor histórico.

Y pudo decir en lugar de agitada, novelesca vida, pues fue la suya una existencia rica en aventuras y alternativas no comunes.

El coronel Baigorria es una de esas muchas figuras discutidas que nuestra trajinada historia política nos ofrece. Cronistas de su tiempo lo juzgaron duramente. Lucio V. Mansilla, en una plática con el cacique Baigorrita, ahijado de aquél, dijo: "Baigorria es mal cristiano y mal indio, a unos y otros ha traicionado". Estanislao S. Zeballos, quien más extensamente se ha ocupado de su personalidad, en una parte de su libro "Painé y la Dinastía de los Zorros", lo adjetiva "el salvaje coronel Baigorria", aunque en otros pasajes del mismo, como así también en "Calfucurá y la Dinastía de los Piedra", detalla muchos de sus rasgos de nobleza y, al describir su apariencia física, manifiesta que "el aire de su fisonomía era plácido y de bondad".

Sin embargo, es Zeballos quien más ha contribuido a difundir una imagen falsa del personaje.

Huelga decir que no pueden ser los contemporáneos los calificadores más justos. El paso del tiempo, que aquieta las pasiones, y la distancia, que ofrece una más amplia perspectiva, permiten apreciar con mayor objetividad. Por eso podemos ahora decir que fue, simplemente, uno de los tantos hombres que se movieron a impulsos de sus ideales —a menudo confusos—, en el complicado tablero de la política de un país embrionario; ni mejor ni peor que otros a quienes la historia trató con más benevolencia, con debilidades humanas, con aciertos y errores, con procedimientos a veces tremendos, pero que, si consideramos el escenario y la época en que actuaron, aunque no podamos justificarlos, se explican.

De esas "Memorias", que la Junta de Estudios Históricos de Mendoza sacó a luz hace años, he tomado los párrafos que van entre comillas, que reflejan su pensamiento y personalidad y, en algunos casos, desmienten hechos considerados siempre como verdades históricas.

Manuel Baigorria era un joven hacendado en su San Luis natal, "donde se había consagrado al cuidado de 500 vacas y algo más de toda especie, que había adquirido con su trabajo, cuando en 1827 el gobernador don Luis de Videla, su protector, lo llama a su servicio como mozo de mano para sus secretos políticos".

Poco después, el coronel Pringles es designado comandante de las Milicias Provinciales y pide a Videla dos ayudantes. Uno de ellos es Baigorria "en clase de cadete, con el fin de que aprendiese el servicio. Pringles se esmeró en enseñarle y Baigorria en aprender".

En días previos a la batalla de Oncativo, Quiroga marcha con su ejército hacia el río Quinto y Baigorria es comisionado a fin de que procure establecer la composición de esa fuerza. Desde la copa de un frondoso árbol ubicado a la vera del camino, cuenta las divisiones y el armamento de Facundo. Sus datos sirvieron para que el general Paz trazara los planes que habrían de darle el triunfo. Y por esa acción, "en vista de su patriotismo y denuedo", le extiende los despachos de alférez.

Luego, en 1831, las armas unitarias, al mando del general Videla Castillo, son vencidas por Quiroga en los campos de Chacón (Mendoza), y entre los muchos prisioneros que éste hace está el alférez.

Veintiocho oficiales y varios civiles son fusilados. Estanislao S. Zeballos sostiene que Baigorria no corrió esa suerte por haber estado durmiendo en el momento de las ejecuciones, quedando olvidado en el calabozo, y que luego de algún tiempo pidió altivamente a Quiroga ser liberado, lo que le fue concedido en el acto, como tributo a su coraje. Baigorria, por el contrario, afirma que salvó la vida por casualidad, y porque el Tigre de los Llanos ignoraba que él figuraba entre los presos, y narra el momento así: "Cuando anunció el ronco clarín la muerte de sus compañeros, él salió al corralón llevando un peine en la mano, se moja el pelo y sigue paseándose por el recinto, cuando entra un oficial con cuatro hombres y no encontrando ningún oficial sale, y entonces un oficial de Quiroga que estaba preso allí, le dijo en alta voz: «Vea, capitán, allí está un oficial puntano», a lo que el buen soldado respondió con ironía: «Calle usted, su adulón, que yo llevo lo que se me entrega». Pasados tres meses de detención, hizo una presentación escrita al gobernador de Mendoza, que dio por resultado su liberación".

Por la sola circunstancia de no haber quien llenara la formalidad de entregarlo al pelotón, escapó a un final oscuro, en plena juventud.

Espíritu inquieto y de convicciones unitarias arraigadas, nuevamente busca la lucha. Trata en seguida de reincorporarse a los suyos y marcha hacia San Luis y de allí a Río Cuarto, donde se entera del fusilamiento del coronel Echeverría y otros oficiales unitarios, ejecutados en La Carlota por orden de Manuel López (Quebracho). Esto altera sus planes y le obliga a una huida constante. Desaparecidos sus superiores y amigos, vive algún tiempo como un guerrillero en las inmediaciones de San Luis, y tras rechazar varias propuestas de amnistía que el gobierno le hace llegar, por considerarlas carentes de garantías, ve en el desierto su única salvación, ya que no cree posible atravesar inadvertido las provincias de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires para dirigirse a la Banda Oriental.

Ante el disminuido grupo de perseguidos, desalentados por la sucesión de reveses; la mayoría dispuestos a someterse a las autoridades federales, su voz se alza para decir: "Yo en este día en el lugar denominado El Cerrillo, juro morir antes que ser mandado por el déspota de Buenos Aires, usurpador del derecho de los pueblos donde nací". "...Y luego de una triste despedida, emprendieron la marcha unos para un destino y los otros para otro".

* * *

Y se pierde en el mar de pajonales. Va con un compañero, el teniente Neyra. ¿No parecen Martín Fierro y Cruz?

Llegados a los dominios ranqueles, se los acogió con reserva, pero sin hostilidad.

"Neyra no ocultaba su desesperación y Baigorria procuraba reanimarlo: «Compañero, ¿por qué llora?» Neyra le contestaba: «¿Cómo no he de llorar, cuando nos hallamos en este país desgraciado, moriremos tal vez sin auxilio alguno y quedarán nuestros huesos tirados en el desier-

to?» Baigorria, conservando la resolución que tenía hecha, le decía con aire de sonrisa: «¿No sabe usted que todo lo creado desaparece? ¿No sabe usted que Dios dispone de los suyos? Si él ha dispuesto y está nuestro destino acá, nos ha traído, y si no es así algún día hemos de salir. No hay que abandonarse a la desesperación». Todo fue inútil, al fin se lo llevó su presentimiento". Como Martín Fierro, Manuel Baigorria quedó solo en tierra de infieles.

Pero los hombres capaces se abren paso en todas partes, incluso en la toldería del bárbaro, donde el valor personal es, precisamente, lo único que se respeta. Los caciques Yanquetruz, primero, y luego Painé, y especialmente Pichún, hacen de él un consultor. La política con sus intrigas llega a los aduares. Rosas lleva su campaña al desierto, y el consejo y ayuda del refugiado unitario son invalorables para los ranqueles. Sin embargo, el precio de la hospitalidad se paga en todas partes, y el huésped ha de acomodarse a las costumbres del dueño de casa. Baigorria debió adaptarse a las de los indios, y los pueblos fronterizos lo vieron más de una vez encabezando malones al lado de Pichún, Painé, Guete y Elán.

Un día llevan un ataque a Río Cuarto, y mientras dirige una carga, en un encuentro personal con el capitán Sebastián Domínguez, éste le parte el maxilar de un sablazo. La herida es enorme, "a extremo de tener la lengua en el aire". "Sus amigos los indios, sacándole algunos huesos le lavaron la herida con orines, y ataron con gran prolijidad, lo que después de sus sufrimientos y ayudado del cielo le conservó la vida". "Sus compañeros siguieron dándole agua y alimentándolo con huevos entre crudos por espacio de un mes y diez y siete días, que recogió acción en los labios".

La cicatriz, que cruzaba la cara de sien a barba, le acompañó para siempre, y acerca del hecho se creó una versión falsa, que Zeballos y J. W. Gez difundieron en sus obras más tarde, al atribuir esa herida a un duelo sostenido con el entonces capitán D. Juan Saá, en el combate llamado de la Laguna Amarilla.

El amplio relato que hace el actor, desvirtúa esa especie. Por otra parte, el doctor Laureano Landaburu, en un documentado estudio también publicado por la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, ha demostrado con argumentos y testimonios irrefutables, que Baigorria no intervino en dicha acción.

Los hermanos Juan, Francisco y Felipe Saá, puntanos también y también perseguidos, llegaron a tierra ranquel, siendo acogidos por Baigorria, su viejo compañero de causa, a cuyo amparo vivieron bastante tiempo. Pero de pronto se fueron, creándole problemas que veremos más adelante.

Su vida, en los veintidós años que permaneció en el desierto, soportó momentos terribles. "En una oportunidad, anduvo en los campos cuatro meses, sufriendo la riguridad (sic) de un invierno crudo, más cuando no tenía camisas, calzoncillos, poncho ni sombrero. Su cuerpo se hallaba sólo envuelto en una jerga usa-





Medalla conmemorativa del centenario del combate de Paso del Durazno, librado por Baigorria y 80 guardias nacionales contra medio millar de indios de Calfucurá.

da; su cama era una carona de potro. Se vio en la necesidad de sacar el cuero de un caballo y se abrigó con él muy conforme de sus circunstancias".

Diversas alternativas se suceden en ese lapso: fallidos intentos revolucionarios, a los que está ligado, intrigas de toldería —que el prestigio también engendraba la envidia allí—, gestiones de Rosas para obtener su cabeza, malones, amores con indias y cristianas...

Entretanto, afincado a inmediaciones de la laguna de Trenel, o del Recado, llega a mandar unos 300 hombres, grupo que él denomina Escuadrón de Voluntarios, en su mayoría proscriptos, aunque no faltan desertores y simples perdularios.

Un día los Saá, que vivían bajo su techo (digo bien techo, porque en el desierto no tuvo toldo a lo indio, sino un rancho, a lo gaucho), se le separan llevándole muchos de los suyos, con miras a utilizarlos en una intentona revolucionaria sobre San Luis, a la que Baigorria se había opuesto tenazmente. Poco después obtienen el indulto del gobierno de dicha provincia y salen definitivamente de la pampa. La situación de Baigorria, que había quedado debilitada, pasa a ser francamente comprometida, ya que los desconfiados caciques creyeron que todo era una maniobra suya en preparación de su propia salida. Entonces aparece el hombre implacable. Su furia no tiene límites. Enristra su lanza y los persigue: "...A Juan Pérez, Felipe Barrasa, Tristán Velasque y Calisto Juárez, los mató él en la persecución, porque se habían fugado llevándole toda la caballada". Así explica esa matanza que hizo en parte indignado por la defección en que incurrieron, pero más que todo por la imperiosa necesidad de demostrar que era ajeno a la misma.

Por la evasión de sus subordinados, el cacique Galbán, que había sucedido a Painé, ordenó su muerte, pero, ¿en la vida de qué aventurero faltó la mujer enamorada? La hija de un capitanejo lo amaba, y le advirtió de la trama. Baigorria se casó con ella, y esa unión, que lo vinculaba por la sangre a la tribu, desvaneció la conjura. No obstante vinieron otras, que venció con su coraje, esperando a quienes debían asesinarle con un facón bien afilado, una pistola al cinto y un poncho listo para envolver el brazo izquierdo, hasta que el que lo había sentenciado, vencido sin lucha, le invitó a almorzar. O haciendo "rayar" su caballo en medio de un parlamento, donde la turba enfurecida pedía su eliminación, para increpar al cacique diciendo: "¡Baigorria no miente nunca!", mudando los mueras por vivas a su nombre.

Muchas fueron las invasiones en que intervino junto a los indios, y ello crea este interrogante: ¿era en realidad un renegado, un hombre que al contacto de los salvajes se había convertido en uno de ellos? A la luz que sobre su azarosa vida hacen sus "Memorias", se puede responder que no fue así. Se advierte su preocupación cuando debía entrar a los pueblos con aquéllos, pues conocedor de sus hábitos bárbaros, sentía la impotencia de no poder evitar los desmanes que invariablemente cometían. Por ello, rehusaba apoyar las intentonas que proponían los Saá. Además, las incursiones eran el medio habitual de vida entre los salvajes. Se maloqueaba por necesidad. El indio no sabía trabajar, y en contraposición había adquirido todos los vicios de la civilización, sin asimilar ninguna de sus virtudes. Y, ya lo dijimos, era el precio de la hospitalidad.

Pero aun en medio del malón se distinguía del salvaje porque no era ladrón ni asesino, y más de una cautiva debió a su intercesión el haber escapado a un martirologio terrible.

Cierta vez es asaltada una galera en el camino a Córdoba, siendo hecha prisionera una famosa artista. Baigorria interviene. Procura atenuar los rigores del viaje hasta los lejanos toldos, y una vez allí, donde el respeto es virtud que no se practica, él lo tiene para con ella. Tiempo después, esa cautiva delicada pasa a ser su mujer, tal vez por gratitud. En otra ocasión, un malón acampa en la noche cerca del pueblo de Cruz Alta. Luciana Gorosito, una cau-

tiva, es despertada por Baigorria, quien le dice:

—Aprovecha. Huye. Allí está tu pueblo. Abraza a tus padres y diles que Baigorria no es un bárbaro, sino un desgraciado que debe seguir a los indios para conservar la vida.

Muchos otros desdichados debieron también la libertad a su ayuda, que de ser descubierta podía significar su fin.

Sobre sus malones con los ranqueles poco habla en sus "Memorias". Parece querer echar un manto de olvido sobre ellos, cuando dice: "Por no hacer una injuria a su patria, al dejar escrita su vida omite referir innumerables hechos de armas, como de aventuras que obtuvo en los veinte años que permaneció entre los salvajes".

Vivía obsesionado por la idea de retornar a la civilización, y según el general Juan Saá, una vez le dijo con desaliento: "Se cumplirá mi destino. Moriré aquí. ¡Como un bárbaro!" Y él mismo revela que "en los últimos años de su estancia esa vida salvaje le resultaba imposible y buscaba consuelo en la soledad. Al desaparecer la luz del día, su espíritu se abatía. Recordaba de su país; de quién había sido y quién era en la actualidad triste. Empezaba por hacerle cargos a Dios y hablaba de este modo: «Señor, ¿hasta cuándo quieres probarme? ¿Qué pude hacer que no hicieron tantos otros a quienes perdonásteis?», ...hasta que llegó el 52 y Urquiza voltió (sic) al tirano".

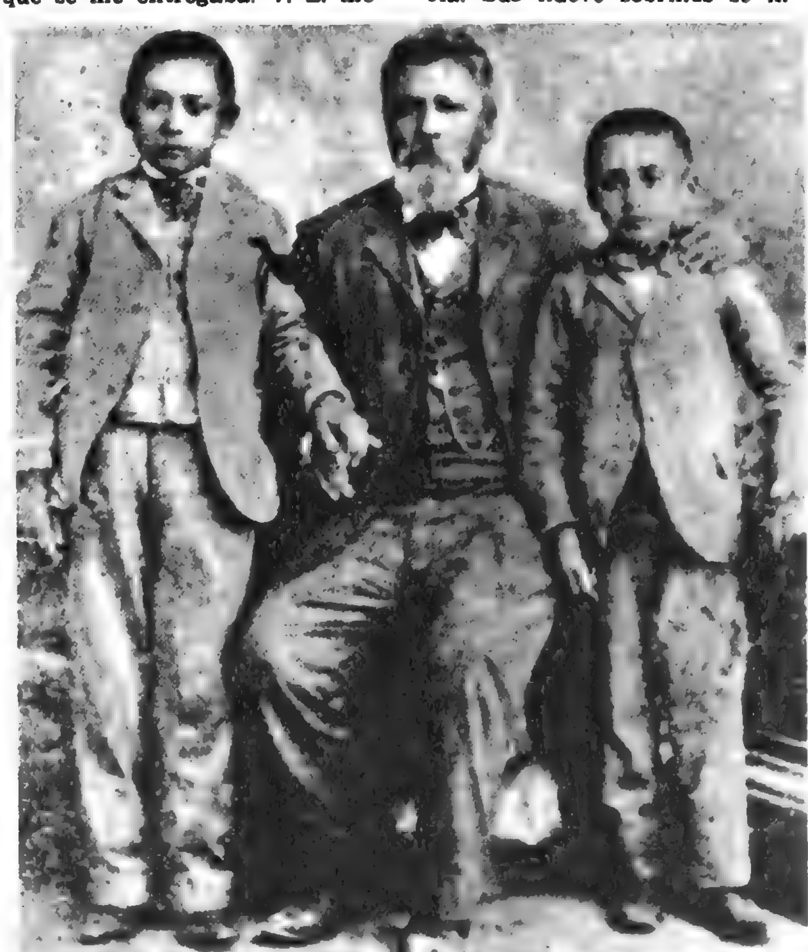
* * *

Entonces vuelve a San Luis y abraza de nuevo a su madre y hermanos para pasar luego a Buenos Aires, donde recibe de Urquiza, con el grado de coronel, el cargo de Comandante de la Frontera desde el Plata a los Andes.

Cuando está gestándose la revolución del 11 de setiembre de 1852, los conjurados de Buenos Aires y Santa Fe procuran atraérselo por intermedio de los coroneles Gorordo y Oroño. El primero, que había sido su compañero de destierro, le dice para convencerlo: "Amigo, este es el momento de aprovechar y restituirnos los años que hemos perdido. Infaliblemente creamos nuestro nombre y labramos nuestra fortuna". La respuesta de Baigorria es terminante, y revela su firmeza de principios: "No me cabe duda de cuanto usted me dice, pero hasta acá, todavía, no he aprendido a ser hoy con uno y mañana con otro, que por lo que hace a la fortuna no me lisonjea".

El general Paz, con igual fin, lo llama, y en tono de reproche le recuerda la causa común que defendieran. La contestación que da no desmiente la anterior: "Es verdad, mi general, pero recordará V. E. que en el año 30 en la Capilla de Cosme, al ceñirme la espada de alférez, yo cuidé de preguntar qué programa iba a defender con la espada que se me entregaba. V. E. me dijo: «La causa que va a defender es la organización de nuestra patria». Estas palabras, señor, las he tenido presentes veinte años entre los salvajes, deseando que mi sangre le costase a mi patria para constituirse, y hoy que un vencedor de la tiranía me ofrece leyes, a éste he ofrecido mis servicios; y conforme no pude serle inconsecuente a V. E., así también no podré serle a este otro". Y Baigorria queda al servicio de la Confederación Argentina y de su presidente, Justo José de Urquiza.

En 1855 crea en la frontera sur de Córdoba el 7º Regimiento de Caballería, dos compañías de Infantería y una de Artillería. Sus nueve sobrinos se in-



Cacique Justo Coliqueo y sus hijos; amigo invariable de Baigorria, una de sus hijas fue mujer del coronel (Del libro "La Conquista del Desierto", de Juan C. Walther).

corporan y son sus oficiales. Dos de ellos se destacan: Antonino Baigorria, que llegará a coronel, a quien Río Cuarto considera con justicia su defensor en grado heroico; y Francisco Baigorrí [1], que alcanza la jerarquía de capitán, y tiene también larga actuación en la lucha con el enemigo secular.

La Confederación y Buenos Aires están separadas. Baigorria es el plenipotenciario del gobierno de Paraná en la relación con los ranqueles y pampas. El Fuerte 3 de Febrero, sobre el río Quinto, es su comando. Allí se mueven todos los hilos de la política con los indios y el coronel es su directo ejecutor.

Su influencia es grande. Coliqueo es incondicional suyo y hasta el famoso Calfucurá le es adicto. El hombre que los acompañó en sus correrías durante más de cuatro lustros, merece toda la confianza de los caciques. No falta la intriga, y en misiones que cumple ante aquéllos procura la tranquilidad de las fronteras confederadas, guiando los malones sobre los campos de la escindida Buenos Aires, como un modo de hacerle la guerra.

Sobreviene Cepeda, y allí está Baigorria con su Regimiento, observando valiente conducta, acuchillando a la caballería porteña.

Es arrogante, y si considera justa una posición no titubea en defenderla sin medir las posibles consecuencias.

Una vez observa a su jefe, el general Juan Esteban Pedernera, que tiene en su Cuerpo un instructor que no es necesario, por cuanto todos los soldados son veteranos, señalando que eliminándolo se evitaría al erario un gasto inútil. Pedernera, que protege la posición del instructor, dice: "No se olvide que quedan potros que domar". Baigorria responde: "Sí, pero esos nosotros mismos los hemos vuelto potros". Pedernera preguntó: "¿Y cuáles son esos?". La respuesta fue:

—Son los que tiene su señoría como peones en su establecimiento, los que tiene el comisario en el de él. Los dos que tiene el comandante López; los dos que tiene el comandante Felipe Varela en su servicio fuera del Cuerpo. Todos estos hace más de dos años que no forman, y no será extraño que hayan perdido la disciplina.

El general contestó con desagrado: "No es la primera vez que me da con esto; pero buscaré peones para conchabar".

En otra oportunidad se expropiaron caballos para una campaña. Finalizada ésta, los dueños quieren cobrar mayor cantidad de animales que la entregada. Baigorria se opone tenazmente a la pretensión, y cuando, a fin de terminar la cuestión, el ministro del ramo le ordena que abone, en lugar de hacerlo, replica: "Soy un soldado bastante delicado, y no permitiré que mi gobierno pague lo que no ha gastado", poniendo de manifiesto su condición de administrador responsable.

En la amistad fue siempre incondicional. Lo que narramos a continuación basta para demostrarlo. Al ser derrotados los unitarios, fue encarcelado en San Luis el hijo de su amigo el gobernador Videla. Baigorria, que vivía perseguido, se acercó por la noche a su casa. Se vistió con ropas de su madre, de físico muy parecido al suyo, y haciéndose preceder por sus dos jóvenes hermanas —que simulan una visita al preso acompañadas por su progenitora—, cubierto con un rebozo, y con dos pistolas amartilladas, para llegado el caso vender cara su libertad, entra a la cárcel, corriendo el riesgo de ser reconocido, nada más que para dar un último abrazo al desgraciado joven que ha sido desterrado.

Al producirse la revolución a Fragueiro en Córdoba, su devoción por Urquiza sufre un en-

---

(1) Parece que el apellido en su origen fue Baigorrí. El coronel en sus "Memorias" lo acentúa, es decir, lo escribe Baigorría.

Se trata, pues, de un apellido deformado.

Es de notar que el granadero Baigorria, que con el sargento Cabral salvara al general San Martín en San Lorenzo, es citado como Baigorrí por algunos autores. También era oriundo de San Luis, y aunque el vínculo no está probado, puede suponerse con fundamento que perteneció a la misma familia.

Actualmente existen las familias Baigorria y Baigorrí, emparentadas entre sí y con el coronel. Muchos de los datos que conforman esta nota han sido proporcionados al autor por miembros de las mismas.

friamiento, al verse enfrentado a un dualismo que no comparte ni comprende. Las instrucciones previas que como jefe militar tenía recibidas, eran de sostener con sus armas a cualquier gobierno provincial amenazado por movimientos sediciosos. Lo hace así en tal ocasión, y es desautorizado.

Urquiza, que con Derqui había prohijado el movimiento, le reprocha el haber marchado sobre Córdoba en apoyo de Fragueiro. He aquí su respuesta: "No estoy arrepentido. Me basta con haber conocido desde que tuve uso de razón que en un país constituido el Ejército Nacional es para centinela del orden, y yo no tengo a qué preguntar por quién es creada una revolución para repelerla".

Al ser asesinado en San Juan el gobernador Aberastain su desilusión es total, y cuando, para colmo de males, recibe orden de subordinarse con sus fuerzas a las del general Juan Saá, su enemigo irreconciliable, implicado en aquel hecho, ya no duda y resuelve pasarse con hombres y bagajes al bando de Mitre.

A uno de sus sobrinos, que procura disuadirlo de esa decisión, que considera arriesgada y comprometedora, le dice:

—Teniente, ¡qué chico es usted, amigo! ¿No tiene presente la revolución a Fragueiro por el mismo presidente de la República; la disolución del Cuatro por un gobernador de provincia, los asesinatos en San Juan, y que el asesino en lugar de ser castigado, ha sido elevado, en premio de sus delitos? ¿No se desengaña usted que nuestro gobierno es una farsa? No, amigo, el hombre verdaderamente patriota observa las leyes, cumple con ellas y cuando las ve violar, si puede las hace respetar. Si somos desgraciados como usted dice, nos quedará la satisfacción que por no lavarnos las manos en la sangre de nuestros pueblos, hemos dado el paso que vamos a dar; yo no seré por cierto verdugo de mi patria. El que no se anime a ir conmigo, quédese, que yo, con los que sean de mi mismo modo de pensar, me voy.

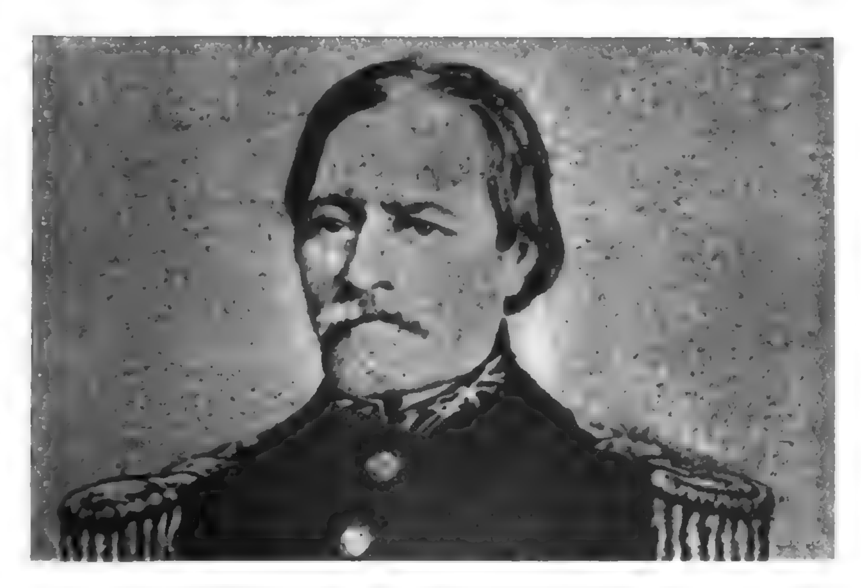
Con cierta melancolía, anota: "A Urquiza, como vencedor de la tiranía, sentía dejarlo, pero no pude menos que hacerlo". En Pavón, colocada su división en la que formaban indios mandados por su invariable amigo Coliqueo, en la extrema izquierda del ejército porteño, "hizo conocer su decisión y valor". Según Sarmiento, crítico parco en el elogio, el 7º de Baigorria "tuvo la gloria de ser el único cuerpo de Caballería que peleó con éxito, saliendo reunido del campo, cuando el resto de la Caballería había flaqueado por todas partes".

Acerca de aquella aparente defección, el general Mitre, muchos años después, al deponer como testigo en el expediente por el que la esposa del coronel (la última) gestiona una pensión, expresa: "La incorporación del coronel Baigorria al ejército de Buenos Aires al frente de su Regimiento y de los indios amigos que lo acompañaban, fue un acto de patriotismo, no motivado por ningún interés sórdido, por cuyo servicio no recibió más recompensa que un corto auxilio y su reconocimiento en el empleo militar que la Confederación le había reconocido".

Unificado el país, retorna a su puesto en la frontera, y cuando el malón se presenta lo ataca sin dubitación, como así también a la montonera, estando presente en el sangriento combate librado en Las Playas contra el Chacho. En 1864, antes de marchar al Paraguay, Mitre le encarga, como antes lo hiciera Urquiza, de la relación con los indios y del comando de la frontera, puesto en el que permanece hasta su retiro, en 1865.

Sin embargo, cuando en 1873 el entonces coronel D. Julio A. Roca es comandante en Río Cuarto, el viejo soldado siente renacer sus bríos de antaño, y vuelve a montar a caballo. Acompaña a Roca en sus incursiones por la pampa, haciéndole conocer todos los secretos y detalles de ese desierto donde había pasado veintidós años de duro ostracismo.

Pero ya experimenta el cansancio de ese galopar incesante que ha sido su vida, e intuye que el fin no está lejos. Entonces se arrima al pago natal. Pobre de bienes materiales, puesto que "la fortuna no lo ha lisonjeado" y sólo ha capitalizado recuerdos de un largo andar en las luchas civiles, guerra de fronteras, malones, amores e ideales, retorna a San Luis y allí, el 21 de junio de 1875, cierra sus ojos para el último sueño. ◆



Vieja foto del coronel Manuel Baigorria, conservada por sus descendientes.

ADQUIERA SU AMPLACARD EN ESTOS PRESTIGIOSOS CONCESIONARIOS

CAPITAL

HARROD'S
Florida 877

AMPLACARD RAVEL
Callao 416

AMPLACARD ZAFFARONI
Sarmiento 1383

AMPLACARD ATLANTIC
Av. San Juan 2874

AMPLACARD CABILDO
Cabildo 2964

AMPLACARD OSCAR
Rivadavia 8005/8360

AMPLACARD CONGRESO
Rivadavia 2243

AMPLACARD RIMA
Av. Entre Rios 1147

AMPLACARD GURHOGAR
Corrientes 2876

AMPLACARD BARBARO
Castro Barros 603

AMPLACARD CARUCCI
Nazca 5274

AMPLACARD SCARONE
Rivera Indarte 243

AMPLACARD KULIGOVSKI
Pueyrredón 460

AMPLACARD SIRLIN
Corrientes 1166

AMPLACARD ARGELIA
Paso 551 - Locales 11 y 12

AMPLACARD GAROFALO
Córdoba 6100

AMPLACARD EL SOL
Av. San Martin 3180

AMPLACARD SIERRA
Seraza 2086

AMPL. PALACIO DEL SUEÑO
Suipacha 865

AMPLACARD RIVADAVIA
Rivadavia 2176

AMPLACARD GERARD
Corrientes 4402

AMPLACARD SEÑAL
Fco. Lacroze 2432/Cabildo 752

AMPLACARD LA ESTRELLA
Gral. Artigas 5456

AMPLACARD PALETTE
Olavarría 1055

GRAN BUENOS AIRES

AMPLACARD DEYA
Rivadavia 199
QUILMES

AMPLACARD GERLI HOGAR
Bustamante 599
GERLI

AMPLACARD NORTE
Av. Mitre 1840
FLORIDA

AMPLACARD SIMM'S
Av. Santa Fe 1165
MARTINEZ

AMPLACARD MASCOPE
Av. Maipú 3789
OLIVOS

AMPLACARD BETTER
Andrés Ferreyra esq. Moreno
CASEROS

AMPLACARD BUENOS AIRES
Ing. Amoretti 461
CIUDADELA

AMPLACARD DIAMANTE
Calle 43 esq. 11
LA PLATA

AMPLACARD GERLI HOGAR
Belgrano y Alsina
LONGCHAMPS

AMPLACARD AFRA
Av. Maipú 2648
OLIVOS

AMPLACARD SIMM'S
Av. Centenario 2299
BECCAR

AMPLACARD RIVERA
Av. Cazón 401
TIGRE

AMPLACARD ECHEVERRIA
Mitre 551
SAN MARTIN

AMPLACARD LA ARMONIA
Rivadavia 13892
RAMOS MEJIA

AMPLACARD PARODI
Av. Mitre 2609
AVELLANEDA

AMPLACARD DRANOVSKY
Av. Roca 869
BURZACO

AMPLACARD AFRA
Scto. Belgorria 2477
MUNRO

AMPLACARD LECHUGA
Av. 11 de Setiembre 3470
VICTORIA

AMPLACARD CALANDRA
Av. Santa Fe 1976
MARTINEZ

AMPLACARD HURLINGHAM
Eduardo VII 1227
HURLINGHAM

AMPLACARD EL AVION
Av. Cro. La Argentina 3078
MORON

AMPLACARD LANUS
Ituzaingó 1100
LANUS

AMPLACARD NASSER
Solis y 25 de Mayo
RAFAEL CALZADA

AMPLACARD TESLER
Av. 51 Nº 635
LA PLATA

AMPLACARD VAQUER
Av. H. Irigoyen 1846
SAN FERNANDO

AMPLACARD LORENZANO
Av. Vélez Sársfield 4237
MUNRO

AMPLACARD MAIPU HOGAR
Estrada 1049
VILLA MAIPU

AMPLACARD MORENO
Belgrano 627
MORENO

INTERIOR

AMPLACARD NECOCHEA
Calles 62 y 55
NECOCHEA - Bs. As.

AMPLACARD SINAY
Rivadavia 232
CAMPANA - Bs. As.

AMPLACARD PIETROBON
Belgrano 32
JUNIN - Bs. As.

AMPLACARD BUENOS AIRES
Sarmiento y Pampa
NEUQUEN

AMPLACARD CONTI
Entre Rios 674
CONCORDIA - Entre Rios

AMPLACARD PARIS
Sta. Maria de Oro 156
RESISTENCIA - Chaco

AMPLACARD CORDOBA
Holanda 309 - B. Los Naranjos
CORDOBA

AMPLACARD GLORIA
Rivadavia 2802
MAR DEL PLATA - Bs. As.

AMPLACARD SILBERMAN
Justa Lima 499
ZARATE - Bs. As.

AMPLACARD FERNANDEZ
Merced y San Martin
PERGAMINO - Bs. As.

AMPLACARD EL PROGRESO
PILCANIYEU
Río Negro

AMPLACARD LA AGRICOLA
CRESPO
Entre Rios

AMPLACARD LA ESQUINENSE
25 de Mayo 627
ESQUINA - Corrientes

AMPLACARD MENDOZA
Tucumán 584
DORREGO - Mendoza

AMPLACARD TRIGO
Catamarca 1687
MAR DEL PLATA - Bs. As

AMPLACARD MONDANI
25 de Mayo 1075
SAN PEDRO - Bs. As.

AMPLACARD FRETIN
SAN MANUEL
Buenos Aires

AMPLACARD TAMARRO
España 40
RIO GALLEGOS - Santa Cruz

ACPLACARD LA FAVORITA
Colón 756
GOYA - Corrientes

AMPLACARD ROSARIO
Santa Fe 4486
ROSARIO - Santa Fe

AMPLACARD GIGLIO
Av. Mitre 80
SAN RAFAEL - Mendoza

AMPLACARD BAHIA BLANCA
Corrientes 1033
BAHIA BLANCA - Bs. As.

AMPLACARD GALARDI
Marinero Panno y 1ra. Junta
VILLA RAMALLO - Bs. As.

AMPLACARD ARTUCH
Estrada 65
TRES ARROYOS - Bs. As.

AMPLACARD URUGUAY
9 de Julio 870
C. DEL URUGUAY - Entre Rios

AMPLACARD MAGALDI
Tucumán 299
RESISTENCIA - Chaco

AMPLACARD SPAGHI
San Jerónimo 2230
SANTA FE

AMPLACARD PACE
Entre Rios 73
MENDOZA

10 Razones para confirmar que Ud. compra lo mejor...



1 - **PUERTAS** - Tratadas especialmente para eliminar torceduras.

2 - **CANTOS** - Encajan en techo y piso con lengüetas encoladas a nivel.

3 - **ARMADO** - Con plaqueta enchavetada, inamovible, de gran consistencia.

4 - **PISOS Y TECHOS** - Embutidos a nivel. Travesaños de refuerzo complementario.

5 - **ESTANTES** - Más grandes, movibles y graduables sobre soportes de bronce.

6 - **CAJONES** - Encolados y malletados sistema americano.

7 - **FONDO** - Marco y soportes encolados y atornillados. Total aislación de agentes externos.

8 - **MADERAS** - Estacionadas y secadas por el sistema de "circulación continua".

9 - **TERMINACION** - Insuperable. Nuestros muebles tienen personalidad.

10 - **CONFIANZA** - Su compra está garantizada por el prestigio de la marca.

TRIPLEX

Modelo ideal para preservar la individualidad, aún en este aspecto del habitat. Tres unidades independientes e iguales se hallan contenidas en un solo AMPLACARD. Si la necesidad lo exige, también puede ser DUPLEX.

ENTONCES... RECHACE IMITACIONES!



Exija en el mueble la chapita que identifica la marca...

AMPLACARD®

Para Concesionarios dirigirse a
CORPORACION INDUSTRIAL ARGENTINA San Luis 3123 - Buenos Aires

LOS DOCUMENTOS

EN TORNO A LA MUERTE DE LAVALLE

Por los motivos que se explican en la sección "Amigo Lector", del presente número, iniciamos en esta edición una sección fija titulada "Los Documentos", en la que publicaremos los instrumentos testimoniales inéditos que nuestros lectores quieran acercarnos. Se inician estas entregas con tres documentos relativos a la debatida muerte del general Juan Lavalle, sobre la cual el lector puede encontrar una apasionante tesis en el Nº 7 de TODO ES HISTORIA ("La Muerte de Lavalle, Enigma para Historiadores", por Adolfo Casablanca) que fue refutada y comentada posteriormente por otros lectores (V. Nº 10, sección "Lectores Amigos" y sgtes.).

Los tres documentos que se publican a continuación pertenecen al archivo familiar del señor Aníbal Gómez Llambí, descendiente de uno de los ministros del general Manuel Oribe, quien ha tenido la generosidad de cedérnoslos para su difusión. Destacamos el ejemplo del señor Gómez Llambí, en la seguridad de que muchos lectores y amigos de TODO ES HISTORIA están en condiciones de aportar elementos de juicio no conocidos hasta ahora, para el mejor conocimiento de nuestro pasado.

VIVA LA FEDERACION

Sr. Gral. Don Manuel Oribe

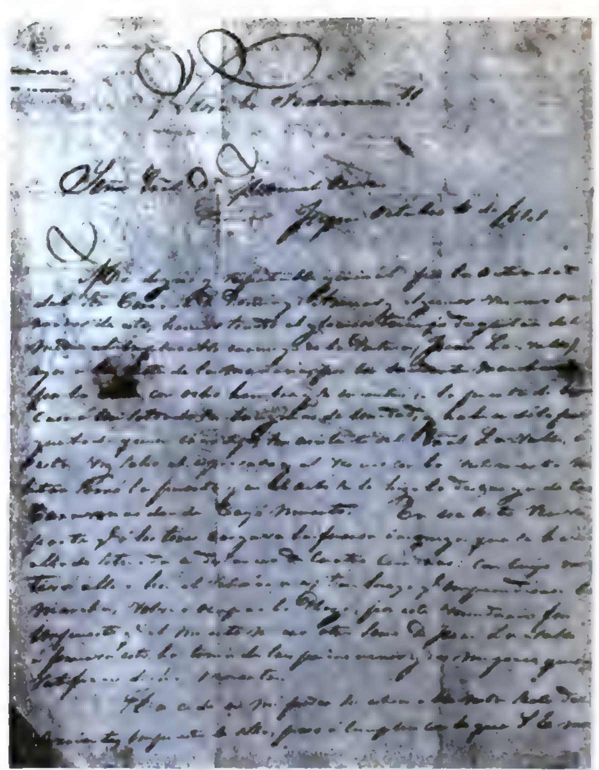
Jujuy, Octubre 10 de 1841

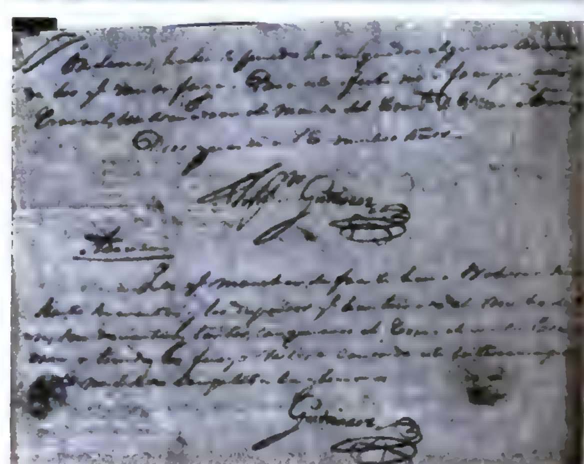
Mi digno y respetable General:

Por la actividad del Sr. Coronel Don Domingo *Arenas y algunos vecinos honrados de esta, hemos tenido el glorioso triunfo de quitar del medio al implacable enemigo de la Patria (Juan Lavalle).*

Ayer a las siete de la mañana por un incidente marchaba por la calle con ocho hombres y se encontró en la puerta de una casa a un soldado con insignias de unidad, y habiéndole preguntado quien era, dijo ser asistente del General La*valle, a esta vez salió el expresado y al vernos con la vestimenta militar cerró la puerta y en el acto se le hizo la descarga de tres carabinas donde cayó muerto.*

En ese acto recibí parte que a los tiros cargaba la fuerza enemiga que se había hallado situada a distancia de cuatro cuadras, con cuyo motivo hayé a bien el retirarme; tan luego que emprendieron la marcha volví a ocupar la Plaza, por este vecindario fui impuesto que el muerto no era otro sinó D. Juan Lavalle.





Afirman esto la toma de tres prisioneros y dos mujeres, quienes ratifican dicha muerte.

Ha sido en mi poder su estimable nota siete del corriente, impuesto de ella, paso a cumplir con lo que S. E. me ordena; haber si puedo hacer quedar algunas armas de los que van en fuga. Para este efecto me ha franqueado el Coronel, *un escuadrón al mando del* Comandante Don Pedro Aramayo.

Dios guarde a V. E. muchos años.

GUTIERREZ

Adición: *Los que marchan de frente hacia Bolivia serán ciento cincuenta, y los dispersos que han tomado el rumbo de Orán son docientos y tantos, con quienes el Coronel con su escuadrón a tenido un fuego vivo, a causa de este interrumpimiento no ha sido completa la gloria.*

GUTIERREZ

¡Viva la Federación!

Lista de los individuos q. formaron la partida q. dió merecida muerte al asecino Sallbaje Juan Lavalle, a saber

Comand.te D. Angelino Gutierrez
Capitan, D. Matias Baca
id. D. José Antonio Portal
id. D. Marcos Ruiz
Ayudan.te D. Juan Manuel Ruiz
Ciudadano D. Florencio Ramos

Tiradores.
Sargento Pedro Pinto
Miliciano Juan Guerra
Rafael Sambrano
Joaquin Peralta

Lanceros.
Sargento Nicolas Fernandez
Cabo Gregorio Panique
id. Juan Zardina
Milic.o Vicente Cardozo

Jujuy Feb.o 13 de 1842

Fortunato Blanco

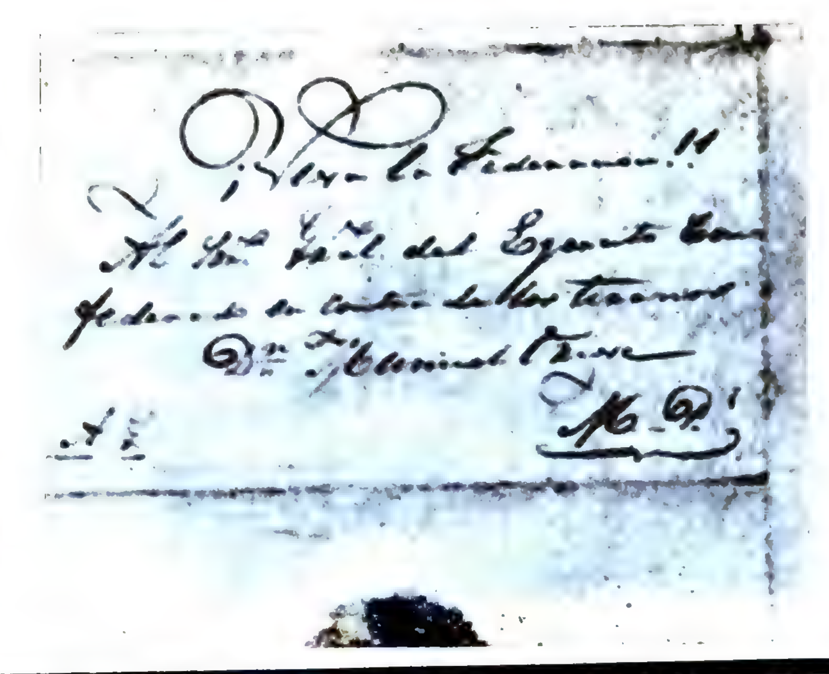
VIVA LA FEDERACION

Lista de los individuos que formaron la partida que dió merecida muerte al asesino Salvaje Juan Lavalle, a saber

Comandante:	*D. Angelino Gutiérrez*
Capitán:	*D. Matías Baca*
„	*D. José Antonio Portal*
„	*D. Marcos Ruiz*
Ayudante:	*D. Juan Manuel Ruiz*
Ciudadano:	*D. Florencio Ramos*
Tiradores	*Sargento Pedro Pinto*
	Miliciano Juan Guerra
	Rafael Sambrano
	Joaquín Peralta
Lanceros	*Sargento Nicolás Fernández*
	Cabo Gregorio Panique
	„ Juan Zardina
	Miliciano Vicente Cardozo

Jujuy, Febrero 13 de 1842
FORTUNATO BLANCO

LOS DOCUMENTOS



¡¡Viva la Federación!!
Al Sr. Gral. del Ejército Confederado en contra de los tiranos
Dn. Manuel Oribe
A. Q.
M. P.

Al dorso se lee:

Viva la Federación. Al Sr. Gral. del Ejército Confederado en contra de los Tiranos Dn. Manuel Oribe.
A. Q. M. P.

VIVA LA FEDERACION

El Teniente Coronel
Jefe de la partida que dió muerte al Salvaje
Juan Lavalle.

Jujuy, Febrero 13 de 1842. Año 33 de la libertad, 21 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Al Excelentísimo Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia Coronel de Ejército, Don Mariano Iturbe.

Excelentísimo Sr.

Está en poder del infrascripto la apreciable nota de V. E. fecha de ayer en la que le ordena pase con la brevedad posible la nómina de todos los individuos que formaron la partida que él encabezó y con la que dió muerte al famoso asesino *Juan Lavalle*.

La adjunta lista es la de los Federales que acompañaron al que suscribe el día 9 de Octubre y con quienes tuvo la gloria de hacer correr la venenosa sangre del más inmundo salvaje.

El infrascripto y todos sus compañeros rebozan en placer al creerse sin duda los destinados por el cielo para purgar su patria de aquel insigne traidor, que con sus crímenes procuró más de una vez cubrirla de luto, de oprobio y de ignominia.

Dios guarde a V. E. muchos años:

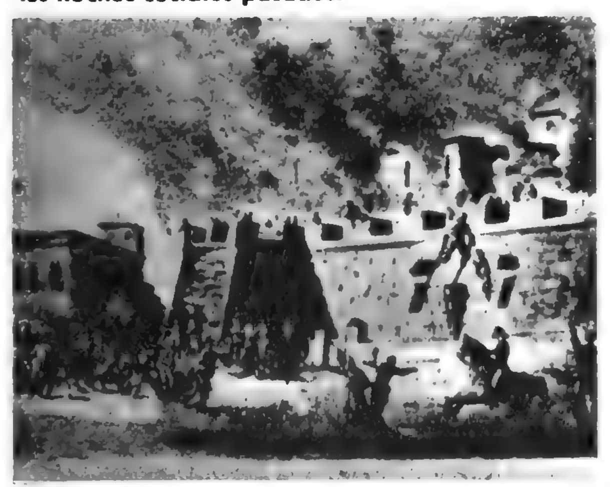
FORTUNATO BLANCO

LAS GRANDES REVOLUCIONES DE LA HISTORIA

8 VOLUMENES

Elegante y sólida encuadernación. Cada tomo contiene interesantes ilustraciones. Por primera vez traducidos al castellano, cinco trabajos históricos de valor excepcional.

El conocimiento histórico no es nunca un conocimiento vacío y sin aplicación. Las verdaderas revoluciones, que señalan las grandes transformaciones, serán la guía para la comprensión de los hechos sociales pasados.



LA REVOLUCION FRANCESA
de Bernardo Fay

LA REVOLUCION INGLESA
de I. Deane Jones

LA REVOLUCION MEXICANA
de Charles Curtis Cumberland

LA REVOLUCION NORTEAMERICANA
de George Otto Trevelyan

LA REVOLUCION RUSA
de William Henry Chamberlin

Estos estudios permitirán el acrecentamiento del *sentido histórico*, que además de hacernos tomar conciencia del acontecer que nos empuja y en cierto modo nos determina, nos asegura la forma de evadirnos de los falsos profetas que pronostican revoluciones allí donde hay cambios solamente, y viceversa. El lector común y el estudioso no verán en estos trabajos reflexiones moralizantes ni tendencias fácilmente detectables, sino toda la complejidad del proceso histórico, referida con lucidez y limpieza.



EDITORIAL ORIENTE S. A.

JUNIN 558, PISO 1º • T. E. 46-0966 y 45-0873 • BUENOS AIRES

Agradeceré informes acerca de "LAS GRANDES REVOLUCIONES"

NOMPRE Y APELLIDO ....

DIRECCION .... LOCALIDAD ....

PROVINCIA .... FF. CC. ....

el tranvía

por
Miguel Angel
Scenna



Estamos al filo del siglo. El 22 de agosto de 1968 se cumplieron exactamente cien años de la primera concesión para una línea particular de tranvías en la ciudad de Buenos Aires. Una centuria cabal, para un país que cuenta con ciento cincuenta años de historia independiente, es un lapso enorme que abarca los dos tercios de su existencia. Y sin embargo, a lo largo de todo ese siglo, los viejos e inolvidables tranvías traquetearon cansinamente sobre sus paralelas de acero, infatigablemente fatigados, ruidosos y bamboleantes, siempre con aire de viejos pero eternamente presentes, hasta desaparecer —ayer casi— de las calles porteñas. Ningún medio de transporte urbano ha durado lo que ellos, y es difícil que mañana alguno logre siquiera acercarse a tal perdurabilidad, de la que ni las instituciones de nuestro país pueden jactarse.

porteño



el tranvía porteño

Todos hemos vivido la era del tranvía. Solamente los muy jóvenes van creciendo sin la experiencia de sus chirridos quejumbrosos deslizándose entre la doble telaraña de rieles y cables, que en algún momento cubrieron por entero a la ciudad. Quedan algunas vías sobrevivientes, emergiendo del asfalto para recordar al porteño un Buenos Aires que fue, como aquellas que en la avenida Corrientes marcan aún la desaparecida vereda norte de la calle angosta, antes del fastuoso ensanche que la convirtió en río de luces. Por todos lados queda ese recuerdo: frente a la Casa Rosada y en Villa Devoto, en la calle Maipú y en Villa Urquiza, en Flores, Barracas o Palermo, y tardará mucho en desaparecer.

Jamás por ellas volverá a deslizarse el rodado de acero, de modo que la única manera de viajar hoy en tranvía por Buenos Aires es a través de la máquina del tiempo del recuerdo histórico.

Historia pequeña, dirán algunos, pensando que "la otra" es la grande. No hay tal. La historia no tiene tamaño. Sólo tiene historiadores. Por otra parte creemos que la esencia histórica no sólo surge de las personalidades, sino también de las cosas, aun las pequeñas. Puesto que, a fin de cuentas, nada es más cierto que aquello de que **todo es historia**.

ANTES DEL TRANVIA

Saltemos pues un siglo atrás, y veamos cómo se las arreglaba el porteño para trasladarse de un punto a otro. Hasta después de Caseros no hubo más transporte interurbano que la diligencia, la carreta o el caballo, y dentro del ejido urbano, para visitar a un amigo, despachar un trámite, o simplemente pasear, se debían gastar suelas si no se poseía dinero suficiente para mantener caballo propio o carruaje, que sólo empezó a abundar apreciablemente después del éxodo de don Juan Manuel.

El Ferrocarril Oeste (hoy Sarmiento) fue el pionero en la intentona de achicar distancias, y eso a su vez trajo a la rastra el primer medio de locomoción urbano que conoció Buenos Aires. En efecto, si bien la estación terminal quedaba en la actual plaza Lavalle, vale decir que no estaba demasiado lejos de ningún punto de la ciudad de entonces, la empresa, cuidadosa del bienestar de los usuarios, estableció en mayo de 1858 un servicio de ómnibus a caballo que pronto cubrió cuatro líneas, que partiendo de las calles Defensa, Perú y Piedras (todas entre Chile y México) y de la plaza Concepción, convergían hacia el galpón que servía de estación ferroviaria, en el solar que hoy ocupa el teatro Colón.

El ómnibus a caballo, prácticamente olvidado en nuestros días, no pasaba de ser una diligencia chica, con puerta de acceso en la parte posterior, provista de una escalerilla, con asientos convenientemente incómodos y elásticos de dudosa suspensión, arrastrado por un par de caballos. Si bien los desvelos de la empresa eran loables, oficiar de pasajeros en uno de esos armatostes no entraba en la categoría de los placeres. Entonces Buenos Aires sufría una verdadera manía empedradora, que en aras del progreso quería acabar con las calles de tierra, y para cumplirla se pavimentaba de cualquier modo, cubriendo las calles con un delgado manto de piedras sin estudiar nivelaciones, sin preparar contrapiso ni prever desagües de ninguna especie. Simplemente, se emparejaba un poco la tierra, nivelándola a ojo de buen cubero con la basura recolectada en la ciudad, y encima enfilaban cascotes desparejos traídos de Martín García, mal recortados y casi en bruto. La calle quedaba pavimentada, pero era mejor no transitar por ella.

Ese fue el "empedrado a bola" de negra memoria, tan tortuosamente desparejo que el viaje más simple se convertía en suplicio de saltos y sacudidas. Como no había base debajo del pavimento, el paso de los audaces carruajes que por allí se aventuraban lo desnivelaba más, produciendo pozos, hondonadas y colinas petisas, que presagiaron en cierta forma la triste era de los baches porteños. Además, la basura empleada dejaba sentir su presencia. En el verano los detritus fermentaban activamente debajo de las piedras recalentadas por el sol, y de ellas emergía un olor insoportable, para gloria de abundantes poblaciones de moscas y mosquitos.

El ejemplo del Ferrocarril Oeste hizo escuela. Hacia 1866 Buenos Aires contaba con cuatro estaciones terminales. Aparte de la ya mencionada, estaba la del Ferrocarril Norte (después Central Argentino, ahora General Mitre) en Retiro, la del Ferrocarril Sud (actual Roca) en plaza Constitución y finalmente la de un desaparecido y curioso pionero de los rieles argentinos, el Ferrocarril de la Boca. Curioso porque la estación terminal se levantaba al final de la calle Venezuela cuando aún no existía el Paseo Colón, es decir con el río casi lamiéndole los andenes, vecindad que obligó a levantar las vías sobre un alto andamiaje de hierro y madera que bordeaba la ciudad sobre las toscas del río. Este primer tren elevado ofrecía a los pasajeros un interesante panorama a vuelo de pájaro y era la delicia del piberío de San Telmo y las barriadas sureñas, que aprovechaban las vías del ar-



matoste para trepar por ellas o jugar a su sombra, entre los charcos del inmediato río y bajo la trepidación de los trenes que pasaban por arriba.

Pues bien, en 1866 el Ferrocarril Sud poseía una línea de tranvías que de plaza Constitución iba por la calle Lima y concluía el recorrido en la plaza Montserrat, y el Ferrocarril del Norte mantenía otra que, por el entonces Paseo de Julio, unía la Aduana Nueva, a espaldas de la actual Casa Rosada, con la estación de Retiro. Pero naturalmente, esas líneas estaban esencialmente destinadas a los usuarios del ferrocarril.

En aquel tiempo algunas grandes ciudades europeas y estadounidenses pusieron en marcha líneas de ómnibus a vapor para transporte urbano.

También Buenos Aires los tuvo. Hubo por lo menos un servicio dependiente del Ferrocarril Oeste, pero no sería con ómnibus a vapor que los porteños evitarían las caminatas, y cuando el explosivo aumento de población debido a la marea inmigratoria aconsejó implantar un transporte urbano de pasajeros, el ganador de las preferencias fue el tranvía a caballo.

EL MONSTRUO DE HIERRO

Casi simultáneamente aparecieron tres firmas interesadas en aventurar capital en líneas de tranvías con tracción a sangre.

Había que ser pionero de pelo en pecho para salir con novedades de tal calibre, ya que de entrada aparecieron las dificultades. Cuando corrió la voz de lo que se programaba, se levantó una compacta masa opositora, capaz de desanimar al más pintado. Se creó una intensa expectativa y se suscitaron largas polémicas, sin contar la verbosa acritud de los tradicionalistas. Decían que el trepidar de los pesados armatostes sobre los rieles de acero provocaría el aflojamiento de los cimientos de las casas, el derrumbe de las paredes (¡de esas formidables paredes con anchura de dique, del siglo pasado!), la desvalorización de las propiedades, en fin, una serie de calamidades, aparte del espantoso peligro

Don Federico Lacroze, pionero del transporte urbano, cuyo nombre estuvo asociado a los tranvías porteños durante muchos años.



Los antiguos Portones de Palermo, de donde partieron en 1897 los primeros tranvías eléctricos de Buenos Aires.

el tranvía porteño

que correrían los peatones, de ser arrollados por las máquinas infernales. A todo esto, las máquinas infernales serían arrastradas por un par de humildes caballos, como cualquier otro vehículo que transitaba por la ciudad, de modo que el vértigo de la velocidad difícilmente pudiera espantar a los más prudentes. Lo que no impidió a un influyente diario aconsejar en tono desgarrador al Concejo Municipal, que mandara una ambulancia detrás de cada tranvía para recoger los muertos y heridos.

Y no se crea que la oposición venía de individuos ignorantes o de papúes atrasados. Nada de eso. Los quejosos reunían algunos de los apellidos más ilustres: Achával, Estrada, Basualdo, Anchorena, Muñiz, Mallo, Escalada, Terrero, Roverano, etc., que se sentían directamente afectados, pues los rieles pasarían frente a sus domicilios...

Con la mitad del "Quién es Quién" porteño en contra, había que tener coraje para seguir adelante, pues aquellos apellidos, con el enorme peso de su influencia en las altas esferas, auguraba una oposición dura y tenaz. Y el primero que se les animó fue un joven de treinta años llamado Federico Lacroze. Treinta años nada más, pero aprovechados a fondo. De muchacho se había radicado en Chivilcoy, y entregado a los negocios rurales amasó una imponente fortuna. Pero su destino no se cumpliría en la ganadería. De entrada comprendió el filón que serían los tranvías, y demostrando ser un sagaz hombre de empresa formó sociedad con su hermano Julio, y dio origen a la compañía que se llamaría Tramway Central.

Ganó la partida el 22 de agosto de 1868, cuando las Cámaras provinciales le otorgaron la anhelada concesión, cuyo contrato se firmó el 29 de diciembre de ese año. Por el mismo se preveía una línea de sesenta cuadras de extensión, que partiendo de Victoria (Hipólito Yrigoyen) y Balcarce, iba por la primera hasta Entre Ríos, doblaba hasta Rivadavia, bajaba por ésta hasta la calle Rioja, por ella hasta Piedad (Bartolomé Mitre), luego por Callao hasta Cangallo, bajando por ésta hasta 25 de Mayo, por donde llegaba al punto de partida. Se convino que en verano se efectuarían 30 viajes por día de ida y otros tantos de vuelta, reduciéndose a 26 los viajes en invierno. Además quedó escrupulosamente consignado que "la velocidad media de los carruajes no podrá pasar de seis millas por hora". Pasado en limpio, 6 millas horarias equivalían a unas 76 cuadras. El que resuelva hacer el experimento llegará a la conclusión de que si uno estaba apurado, más le convenía ir a pie.

La firma de la concesión no apaciguó a los augures del pesimismo. Por ello hubo que tomar nuevas medidas, tendientes a resguardar la seguridad pública. Como los peatones debían ser cuidados, se impuso la obligación de que adelante del peligroso vehículo, a unos treinta metros, marchara un empleado a caballo, con el expreso propósito de soplar una estridente corneta antes de llegar a las esquinas, clarinada de aviso que advertía hasta al más distraído que por allí se acercaba el espantoso engendro de



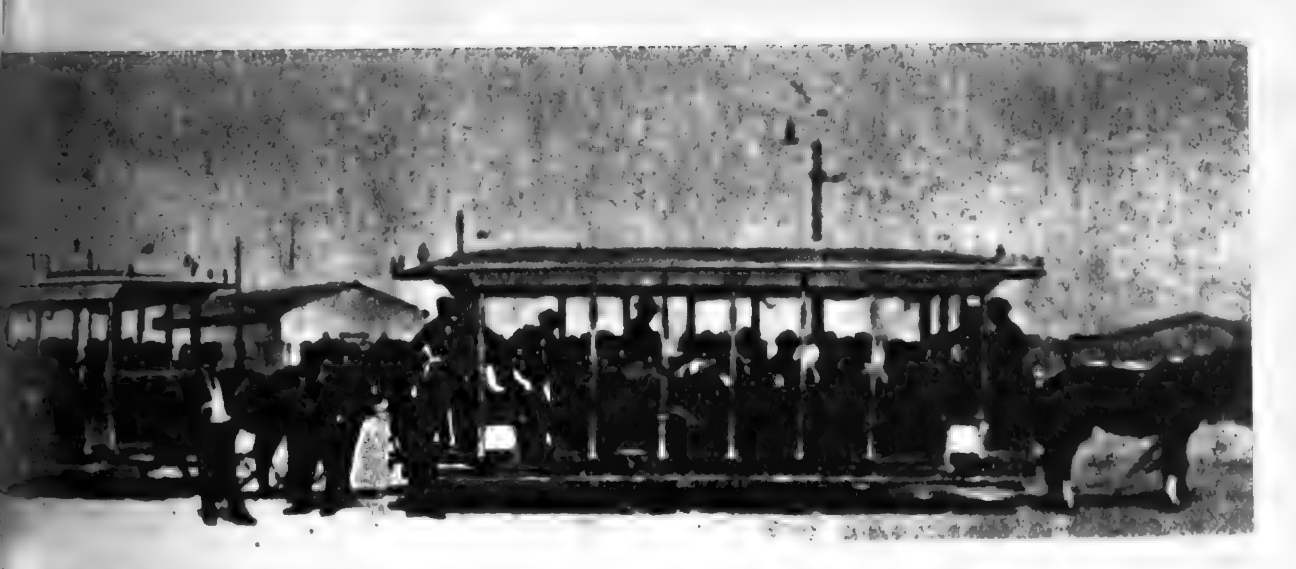
hierro. Además, aparte de los dos sufridos jamelgos que arrastraban el tranvía, se impuso la presencia de un tercer rocinante cuando se debiera remontar una pendiente. Aquí las autoridades estuvieron bien, ya que pronto la práctica demostró que incluso tres caballos podían ser insuficientes para llevar cuesta arriba la mole. En tales casos se bajaban los pasajeros y ponían el hombro.

Las dificultades no escasearon en ningún momento. Al tender los rieles se tropezó con el inconveniente de que algunas calles eran excesivamente estrechas, planteándose verdaderos rompecabezas para trazar las curvas en las esquinas. Además, el descontento popular planeaba permanentemente, amenazando desembocar en conflicto abierto.

Cuando finalmente el primero de los dos tranvías de la empresa salió a rodar por las calles al tranco lerdo de los matungos, la espectativa popular alcanzó el apoteosis. Al frente, como trompetero, cabalgaba orgullosamente Juan Lapegua, veterano de la Guerra del Paraguay, haciendo sonar el cuerno; el servicio de los dos coches era atendido por Pedro Picarel y Francisco López, ambos españoles, y en función de guardas Hilario y Baldomero Fernández, argentinos. El piberío en masa revoloteaba como enjambre de moscardones en torno al carromato, los vecinos se metían en las casas atrancando las puertas y previendo calamidades, las viejas se persignaban e invocaban al santoral, otros disparaban doblando por la esquina más cercana, y no pocos admiraban el gallardo coraje de los pocos valientes que se animaron a subir y que displicentemente miraban desde allá arriba, apoltronados en sus asientos.

EL TRANVIA LLEGA A FLORES

El otro pionero fue Mariano Billinghurst, que obtuvo su concesión en 1869, a los 59 años de edad. Este hombre merece ser recordado con respeto y admiración, pues su vida estuvo siempre volcada hacia la comunidad. Sin ser político profesional, nunca estuvo ajeno a las lides políticas desde sus tiempos de muchacho. Se enorgullecía de ser hijo del primer extranjero que obtuvo carta de ciudadanía argentina, y gustaba contar cómo, siendo un adolescente, levantó del suelo, en la lejana ciudad de Lima, el ca-



El tranvía que trasladaba a los pasajeros desde Dársena Sur hasta el centro; atrás, una zorra con los equipajes.

dáver de Bernardo de Monteagudo. Se llevó mal con Juan Manuel de Rosas y debió emigrar. Regresó y ocupó cargos públicos, al tiempo que alentaba el progreso material del país y protegía cuanta institución de carácter social se fundaba. Era un hombre de negocios que llegó a poseer una abultada fortuna, pero al revés de otros, nunca cerró la bolsa y siempre estuvo dispuesto a arriesgar capital en empresas progresistas, o dar parte de ella a la sociedad de que formaba parte.

Aquella primera línea de Billinghurst vino a ser, en cierta forma, la aristocrática de las calles porteñas. Partía de Rivadavia y Suipacha, seguía por ésta hasta la Calle Larga (avenida Quintana) y llegaba a la Recoleta. Fue la preferida de la muchachada de la alta burguesía. Pero aclaremos: aquellos hijos de familias cada vez más solventes, cuyas fortunas engordaban prósperamente gracias al desarrollo económico general, no solían viajar en tranvía. Se trasladaban en carruajes cada vez más suntuosos y alhajados, que llegaron al colmo después de 1885, con caballos especialmente importados para arrastrar verdaderas carrozas faraónicas. Pero si no viajaban en tranvía, vieron en el novedoso vehículo un interesante motivo de esparcimiento. Los niños bien (o "los indios", como entonces los llamaban) se juntaban en patota y alquilaban un tranvía de la empresa de Billinghurst para dar un paseo; desalojaban al conductor y las enguantadas manos de los señoritos tomaban las riendas y se lanzaban por esas calles de Dios, echándole bromas a los peatones, jorobando a los paseantes y exigiendo el máximo rendimiento de los poco fogosos caballos. Se divertían mucho. A veces sus amigas de sociedad eran previamente alertadas y los esperaban en algún punto del trayecto, y en medio de la algazara general subían o no al vehículo, según les gustara la invitación del conductor de turno. Todo acababa jaraneramente y nadie, ni la policía, ni las autoridades, ni la empresa, lo tomaban a mal. Eran cosas de los muchachos...

También de 1869 es la tercera línea. Los hermanos Méndez obtuvieron concesión para tender rieles que, de 25 de Mayo y Cuyo (Sarmiento) iban por ésta hasta Callao, doblaba, se metía por Cangallo y seguía hasta Centroamérica (Pueyrredón), cerca del Ferrocarril Oeste. Esta línea

el tranvía porteño

fue la cenicienta tranviaria, ya que a la inversa de Lacroze o Billinghurst, los hermanos Méndez andaban cortos de capital y debieron recortar presupuesto por donde pudieron. La misma vía servía para ir y volver, lo que en sí no era novedad. Contaba solamente con dos coches, uno yendo y otro viniendo, y cada tanto en el trayecto había un desvío, donde se metía un tranvía para esperar que el otro pasara cuando se encontraban. Al llegar el coche a la terminal, el conductor desenganchaba los cansinos caballos, los llevaba hasta el otro extremo del vehículo y los uncía a la segunda plataforma, listo para regresar.

Tampoco esto era novedad, pero sí lo que sigue. Como la empresa tenía poca plata y le resultaba pesado pagar jornal a un conductor y un guarda por coche, intentaron suprimir a éste, reemplazándolo con un par de alcancías colocadas en los extremos del tranvía. Indudablemente los hermanos Méndez alentaban una celestial confianza en la pureza ciudadana y consideraron que cada pasajero abonaría virtuosamente su viaje, poniendo una moneda en la alcancía. Amargo fue el despertar, que demostró cuánto más barato hubiera sido emplear un guarda. En las alcancías aparecieron botones, chapitas, discos de lata, puchos de cigarrillos, y muy de tarde en tarde una honesta moneda de curso legal...

Dado el impulso inicial, las líneas se fueron multiplicando. Billinghurst emprendió el tendido de nuevos rieles, que unirían Plaza de Mayo con plaza Constitución, tomando a las calles Defensa y Brasil como eje.

Por la misma época Santiago Calzadilla logró una concesión que permitía explotar una línea que uniera el centro de la ciudad con la Boca, entonces separada del casco urbano. Pero no llegó a poner manos a la obra, pues los hermanos Lacroze le compraron la concesión y firmaron contrato con las autoridades el 27 de setiembre de 1870. Los rieles partían de la esquina de Potosí (Alsina) y Perú, iban por ésta hasta la calle Brasil, doblaban en Casa Amarilla y terminaban su recorrido en la Boca.

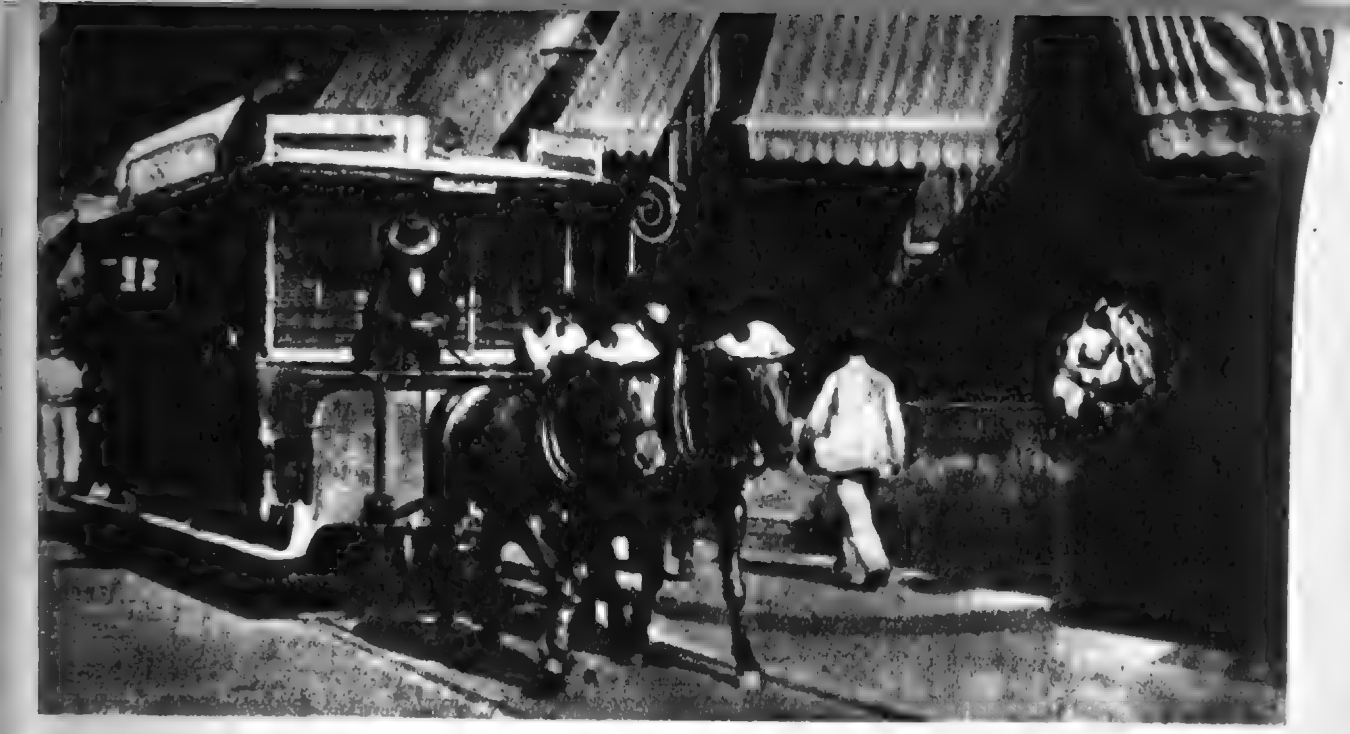
Pero la obra de más aliento, de imponente envergadura para la época, fue la emprendida por Billinghurst: su proyecto de una línea tranviaria que uniera Plaza de la Victoria con el pueblo de San José de Flores. Imaginemos lo que era eso. En aquel tiempo la ciudad de Buenos Aires llegaba trabajosamente hasta plaza Once, que era un suburbio casi de extramuros. Más allá se extendían las quintas de Almagro, habitadas por robustos vascos, llenas de tambos y de frontones que trepidaban bajo los impactos del jai-alai. Más allá, pleno campo, con abundancia de baldíos. Al cabo, bordeando el camino, aparecía la extensa quinta de los Lezica, cuyo residuo persiste convertido en Parque Rivadavia. Después de ella, hacia el oeste, se levantaba una pulpería que sirvió de núcleo poblador, en la actual esquina de Emilio Mitre y Rivadavia. La veleta de latón que coronaba y simbolizaba a la pulpería, extendió el nombre de ésta al lugar, y de ese modo el caballito blanco que señalara los vientos pampeanos se perpetuó en los tiempos para enraizarse en el barrio de Caballito, que hoy ocupa el centro geográfico de una enorme ciudad.

Después seguían el campo, los cercos vivos, las quintas, los potreros, hasta llegar a San José de Flores, que lejos de ser una población advenediza, podía jactarse de una larga historia propia, que arranca de 1776..., pero cedemos el tema a otro historiador. Lo cierto es que en 1870 Flores quedaba lejos y a veces no era fácil llegar a él. Antes de inaugurarse el ferrocarril, recuerda Taullard que se iba a Flores en "carretitas toldadas, tiradas por un par de bueyes mansos que atropellaban con los profundos pantanos y que empleaban siete horas cuando menos siempre que el camino no estuviera muy malo". Después llegó el Ferrocarril Oeste, con un galponcito de estación en Almagro y otro en Caballito como paradas intermedias, y anotemos de paso que los rieles del tren, a causa de los peligrosos baldíos caballitenses, pasaban por allí sobre un terraplén elevado.

Lo que Billinghurst meditaba, era convertir al tranvía urbano en medio de unión casi inter-

El típico tranvía a caballo, con los asientos ocupando todo el ancho del vehículo y la pasarela exterior.





Tranvía de 1900, cuando ya se había reemplazado la clásica corneta del mayoral por la campana que hemos conocido hasta hace pocos años.

urbano, atraído por ese pueblito que, aparte de gozar de las preferencias de muchos veraneantes, se poblaba aceleradamente con la inmigración. Era una verdadera aventura, que muchos consideraron locura. Pero echó manos a la obra y los rieles comenzaron a alargarse por el antiquísimo Camino de los Reinos Arriba, que hoy llamamos avenida Rivadavia.

Un desastre interrumpió la obra. El feroz estallido de la epidemia de fiebre amarilla a comienzos de 1871, estuvo a punto de echar a pique todo, y por largos meses las tareas quedaron detenidas. El mismo Mariano Billinghurst dejó sus negocios de lado y se metió de cabeza en la lucha contra el temible flagelo, incorporándose a la celebérrima Comisión Popular. Al cabo todo pasó, y con ese enorme poder de recuperación de pueblo joven, Buenos Aires retomó su ritmo de vida y aun lo aceleró, como queriendo recuperar tiempo perdido. A fines de 1871 Billinghurst anunciaba orgullosamente que ya estaba terminada la línea a San José de Flores. Tamaño acontecimiento debía celebrarse con todas las de la ley. Don Domingo Faustino Sarmiento, presidente de la República, y don Emilio Castro, gobernador de Buenos Aires, fueron especialmente invitados para la inauguración oficial, en medio de una fiesta cuidadosa y aparatosamente orquestada, con abundante escenografía. Empero, el festejo estuvo a punto de aguarse. El 29 de octubre, día anunciado para el acto, llovió torrencialmente y se debió postergar la celebración.

Finalmente el 1 de noviembre tuvo lugar el acto inaugural, con todos los caracteres de una apoteosis entre principesca y pueblerina. Una larga caravana de nada menos que treinta tranvías se concentró en Plaza de la Victoria, con el personal engalanado de punta en blanco como para un desfile militar. Rompió la marcha el primer tranvía, en el que viajaba una banda de música completa —bombo incluido— atronando el espacio con vigorosas marchas. En el segundo coche, exquisitamente alfombrado, encintado y embanderado, iba don Domingo Sarmiento, contento como un chico, charlando animadamente con Emilio Castro y Mariano Billinghurst, disfrutando de las ovaciones populares y feliz de inaugurar tamaño símbolo de progreso. Detrás venían los otros veintiocho tranvías, todos adornados, todos llenos de funcionarios nacionales y provinciales, de importancia rigurosamente decreciente hacia la cola del convoy.

En Plaza de la Victoria los despidió una entusiasta multitud. A lo largo de la calle Rivadavia se congregaron espesos racimos humanos, que saludaron estruendosamente el paso de la procesión. Al llegar a plaza Once otra compacta muchedumbre los esperaba, esta vez de a caballo, que rodeando el coche de las autoridades le formaron escolta como guardia popular, aclamando al presidente, que radiaba felicidad y contento.

Ya en descampado, la banda seguía dándole de lo lindo a metales y tambores, como espolón sonoro del viaje triunfal. Similar a un enjambre de moscas, la multitud de jinetes rondaba el coche presidencial, complicando las cosas hasta extremos peligrosos. En el afán de acercarse a don Domingo y verlo de cerca, se apretaban al tranvía en marcha con riesgo de caer bajo las ruedas. Otros marchaban delante metiendo los caballos en las vías, cruzando de un lado para otro y entorpeciendo al conductor, que debió adelantar con exasperante lentitud.

Pero todo tiene un fin, y al cabo la procesión entró triunfal en San José de Flores, donde hacía largo rato esperaba otro numeroso gentío —dicen que 5.000 personas— congregado en la plaza. Al aparecer el coche presidencial, nuevos clamores ovacionaron a Sarmiento. Mientras verdaderas avalanchas humanas se cerraban sobre los tranvías, a duras penas el coche principal pudo acercarse al punto de destino. Sarmiento, Castro y Billinghurst descendieron dificultosamente para trasladarse al edificio de la Municipalidad. Rojo de sofocación, apretujado hasta el colmo de su no abundante paciencia, el presidente de la Re-

pública volvió a ser Sarmiento a secas y se abrió paso a codazo limpio, hendiendo el gentío con sus robustos hombros.

Una vez en la Municipalidad, el ajetreado mandatario debió aguantar a pie firme un tupido chaparrón de oratoria en medio de abundantes brindis, que sólo escuchaban los más cercanos al orador, ya que la gritería seguía con entusiasmo. Finalmente tomó la palabra don Domingo, que tampoco fue escuchado más allá de un par de metros. Pero se le oyó claramente, al levantar su copa, brindar porque algún día San José de Flores fuera capital de la República... ¡Nadie negará que, en cierta forma, el brindis de Sarmiento fue profético!

LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL "TRANGUAY"

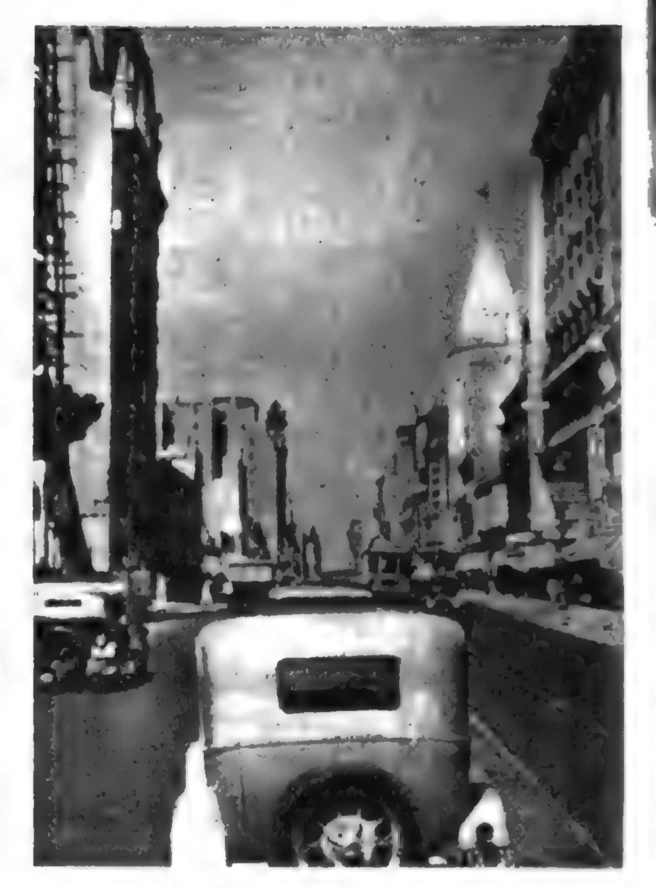
Aquellos tranvías a caballo eran mucho más chicos que los posteriores, eléctricos, que conocimos. Poco tenían de imponente y su capacidad era reducida. Los había abiertos y cerrados; los primeros sólo tenían techo y piso, unidos por barras de hierro de las que se servía el pasajero para ascender o descender. Los asientos solían ser paralelos a las vías, vale decir que el usuario se sentaba mirando de frente a la vereda, lo cual permitía un placentero paisaje ciudadano, donde era frecuente encontrar conocidos, dando lugar a importantes cambios de galerazos entre los caballeros que viajaban y los que pasaban por la calle. Naturalmente, eso era muy lindo en verano, y siempre que no lloviera...

Porque si a uno lo pescaba la lluvia en el tranvía, podía salirle caro. Ya señalamos que las calles estaban mal niveladas y carecían de desagües, por lo cual en días de chaparrón se convertían en zanjones torrentosos que podían arrastrar apreciable caudal, ya que el diseño de las calles conservaba mucho del aspecto colonial: estrechas, con angostas veredas, que a veces se levantaban medio metro sobre la calzada, formando un desfiladero ideal para las avenidas de agua. De allí que bajo un inesperado aguacero el viaje en tranvía pudiera prolongarse indefinidamente, pagando los usuarios resignadamente viaje tras viaje, de ida y de vuelta, esperando que escampara.

No exageramos. Véase esta noticia de La Prensa, publicada el 13 de febrero de 1871: "Con motivo de la fuerte lluvia de ayer a la tarde, los tramways hicieron un buen negocio. Todas las personas que en ese viaje subieron a los carruajes del de la calle Suipacha, tuvieron forzosamente que continuar hasta el mercado Constitución, pues era imposible descender".

Tramway era el nombre importado del vehículo, pero el término se aporteñó rápidamente, trastrocado en tránguay, y así se llamó por muchísimos años, hasta bien entrado el presente siglo. La palabra tranvía apareció tardíamente y tardó en imponerse definitivamente.

En los primeros tiempos cada viaje estaba aromado por un aire de familia, de camaradería esencial, que luego el tiempo borró para siempre. En aquella feliz época no había paradas preestablecidas; tampoco era obligatorio ascender y descender en las esquinas; el tranvía paraba en cualquier parte, a mitad o principio de cuadra.



La calle Corrientes, en 1937: la ciudad se moderniza pero el tranvía sigue siendo el medio de transporte insustituible...

donde le venía bien al pasajero, incluso frente a la puerta de su domicilio, y no era raro que al descender un anciano el guarda dejara su puesto para ayudarlo y acompañarlo unos pasos, mientras el resto del pasaje esperaba tranquilamente, sin indignarse por lo que hoy haría echar espuma a los porteños.

Entonces no había apuro, y como nobleza obliga, también el personal podía detener el vehículo por razones particulares, por ejemplo comprar cigarrillos o tomar un mate al paso, de manos de una sirvientita.

Se cuenta que cuando el tránguay pasaba por Cuyo (Sarmiento), entre Rodríguez Peña y Callao, se detenía y el conductor preguntaba "si el doctor iba a gustar viajar"; y sólo cuando Alem mandaba decir que no, recién el vehículo continuaba...

Claro que no todo era idilio. Si bien reinaba más cortesía que en nuestros días, a veces estallaban trifulcas entre el guarda y los pasajeros. Un problema serio emergió el día en que aquéllos fueron provistos de pesados cilindros de plomo donde iban arrollados los boletos, pues no fue raro el caso de que el empleado zanjara la discusión sacudiéndolo por la cabeza del pasajero.

El jinete pregonero que marchaba unos metros delante del tranvía dando cornetazos, no tardó en desaparecer. Era una figura barroca, producto del bizantinismo burocrático. Lo que persistió fue la corneta, verdadero cuerno de caza, que pasó a alojarse dentro del vehículo, colgada de

una cinta de cuero, ya del techo del tranvía, ya del cuello del conductor.

Encargado éste de hacer ruido, se tomó la misión a pecho y agregó un toque personal al uso de la corneta. Algunos alcanzaron las cimas del preciosismo logrando arrancar del poco dúctil instrumento algunas notas características, que no sólo servían para anunciar que el tranvía se acercaba, sino para aclarar quién lo manejaba. Era tan individualista la época que hasta el más humilde ciudadano se negaba a la masificación y buscaba un elemento distintivo que lo destacara del conjunto.

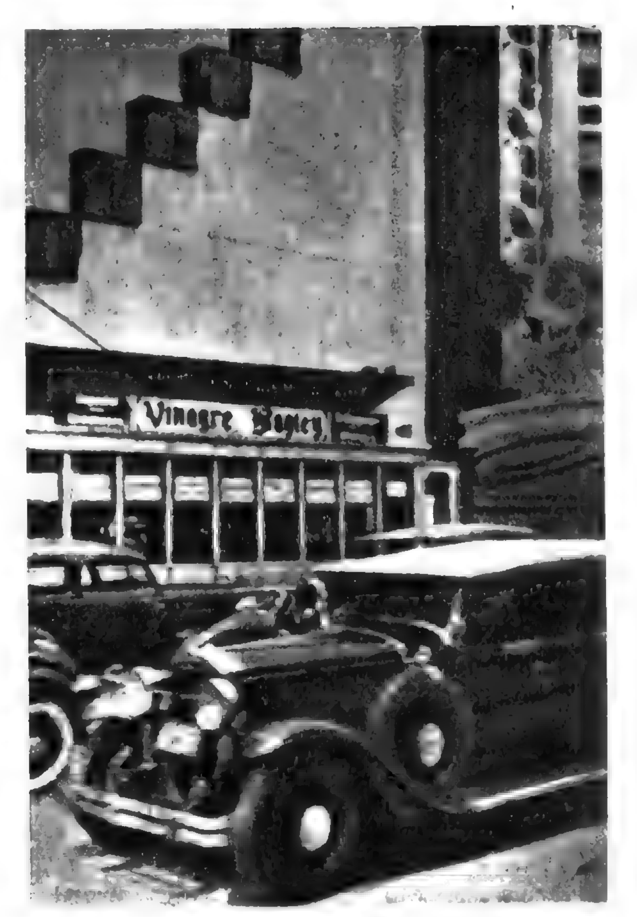
Compañero del conductor era el guarda, encargado de cobrar el precio del pasaje. Pero hubo inconvenientes. Muchos pasajeros altruistas, al descender devolvían el boleto, carente de numeración o clave especial, y el guarda lo revendía en provecho propio. La operación se difundió con el nombre de degüello, y tanto se expandió que las empresas no tardaron en inventar el antídoto. Así nacieron los boletos numerados, las planillas y los inspectores, gérmenes éstos a su vez de nuevas dificultades, generadas en la impresionante independencia de criterio que suele hacer gala el porteño. Cuando el inspector se acercaba y solicitaba gentilmente el dichoso boleto era muy fácil que el pasajero, mirándolo de arriba abajo, lo rechazara con un: "No se me da la gana". Como recuerda Borges, la presencia del inspector implicaba una desconfianza, una sospecha "juris et de jure" sobre los pasajeros. Compadrito hubo que se insertó el boleto en la parte más íntima de la indumentaria masculina, bien a la vista, desafiando con ojos furibundos al inspector para que se animara a sacarlo de allí... Y allí venían los líos, a veces con gresca, detención del tranvía e intervención policial.

Al principio no hubo mucha exigencia tocante a uniformes, y la masa de conductores y guardas se reclutó entre los criollos de los suburbios de la ciudad. Luego, en forma lenta y gradual, fueron apareciendo los inmigrantes, hasta que al cabo la mayoría fueron españoles o italianos poco menos que recién llegados. Era natural que esos empleos, con sus escasas exigencias, atrajeran a una inmigración compuesta en gran cantidad de trabajadores analfabetos, muy pobres y no especializados.

El conductor, sobre todo el criollo, llevó al centro su elegancia orillera, gorra sobre las cejas o requintada, tupida cabellera, clavel o un cigarrillo en la oreja, piropo listo en los labios para regalar a las chinitas que se cruzaran al paso. Tal como lo evocó muchos años después Homero Manzi, personificándolo en el Roque Barullo del tango "Cornetín": Con su tránguay sin cuarta ni cinchón / sabe cruzar el barrancón de Cuyo / El cornetín colgado de un piolín / y en el ojal un medallón de yuyos. / El cuerno listo al arrullo / si hay percal en un zaguán.

Precisamente esos compases del cornetín dieron a conocer a los habitantes del centro un estilo musical de las orillas, simple y pegadizo, con algo de equívoco y picaresco: el queco, padre —o a lo sumo tío— del tango que se iba gestando en los arrabales.

Empero, pronto el conductor tuvo un serio competidor ante el mundo femenino en otra figura que se agregó a las líneas tranviarias. Sabemos que en los primeros contratos se fijó en tres el número de caballos reglamentarios para subir pendientes y también sabemos que fueron insuficientes. Como no era razonable que los pasajeros se bajaran a empujar como galeotes, se recurrió a los cuarteadores, gente diestra, conocedora, especializada. Con su linda estampa de mozo robusto y bien plantado, el cuarteador estaba lejos de ser un obrero del montón: era un verdadero aristócrata del trabajo, muy bien pago y considerado por todos. Además, manejar un tranvía, cualquiera lo manejaba, pero ¡cuartearlo era otra cosa!, algo que suscitaba respeto y admiración.



...y su armazón, ya vetusta, campea frente al Cine-Teatro Opera, de reciente construcción.

Finalmente, dos palabras sobre un nuevo elemento de distracción pública que el tranvía aportó a las calles porteñas. En nuestros días la minifalda ha dejado casi sin trabajo a la imaginación (también demostró palmariamente que podría estar muy por debajo de algunas magníficas realidades); un siglo atrás las mujeres exageraban para el otro lado y usaban faldas barredoras, que convertían a las piernas femeninas en puras entelequias para el resto de la ciudadanía. Cuando las mujeres se animaron a subir a los tranvías apareció la ganga, ya que para ascender al escalón de acceso algunas audaces alzaban la falda nada menos que diez centímetros y los paseantes masculinos engordaban el ojo con el desusado espectáculo de un tobillo femenino...

SERVICIO FUNEBRE EN TRANVIA

En 1870 el tranvía llegó a la Boca, en 1871 a Flores y en 1872 a Belgrano. La telaraña se extendía rápidamente y los tentáculos de hierro

el tranvía porteño

llegaban cada vez más lejos, demostrando de paso que eran un estupendo negocio. Pero si muy pronto los porteños descubrieron que el tranvía era infinitamente más inofensivo de lo que pensaran y que resultaba sumamente útil, no por ello dejaron de reavivarse cada tanto los rescoldos del disconformismo, que seguía viendo espantosos peligros en la novedad. Incluso hubo conatos de pueblada con motivo del tendido de algunos rieles por ciertos barrios bravíos, pero las cosas se fueron calmando por sí solas ante la aceptación general. Uno de los últimos hervores populares ocurrió a raíz del primer accidente fatal protagonizado por un tranvía, y del que resultó víctima un pobre anciano que se disponía a descender del coche. Antes de que éste se detuviera, perdió pie y fue a caer bajo las ruedas en marcha. La gente se apelotonó escandalizada, el conductor se salvó milagrosamente de ser linchado, y gracias a la intervención policial no convirtieron en fogata al tranvía.

Pese a todo, el asunto era lucrativo. Proliferaron las líneas y las compañías. La creciente extensión de los rieles también aconsejó la presencia de estaciones donde esperar la hora de salida de los coches. La primera perteneció a la Compañía Tramway Central, de Federico Lacroze, y estaba ubicada en la calle Cangallo, entre Suipacha y Artes (Carlos Pellegrini), justamente frente a la celebérrima confitería Godet, donde se podía endulzar la espera con una suculenta taza de chocolate.

Las dos empresas más poderosas seguían siendo la de Billinghurst y la de Lacroze. El 19 de julio de 1887, esta última inauguró una línea que habría de ser famosa. Partiendo de Centroamérica (Pueyrredón) y Corrientes, iba por ésta hasta el cementerio de la Chacarita, entonces un desolado descampado, aislado del casco de la ciudad. Vale decir que seguía el mismo trayecto, a nivel, que hoy recorre el subterráneo B. La línea venía más que a punto y demostraba el sentido de futuro de Lacroze. El primer cementerio de la Chacarita se habilitó apresuradamente a raíz de la epidemia de fiebre amarilla, en 1871. Contaba con escasas siete hectáreas (actual plaza Andes) y se llenó antes de lo previsto.

Primitivamente fue servido por un ramal del Ferrocarril Oeste, donde efectuó sus últimos viajes la locomotora La Porteña. Pero la Chacarita quedaba espantosamente lejos y a trasmano, siendo de difícil acceso para los núcleos ciudadanos de escasos recursos, que eran precisamente los que iban a dar con sus huesos allí. Además, movilizar un cortejo fúnebre a esa distancia y atravesando barriales, costaba un ojo de la cara. Al federalizarse la ciudad, y ante el empuje inmigratorio creciente, la flamante Intendencia municipal amplió el cementerio hasta las noventa hectáreas actuales, que lo convierten en uno de los enterratorios urbanos más grandes del mundo, habilitado el 9 de diciembre de 1886. Era más urgente que nunca facilitar el acceso al mismo, problema que resolvió Lacroze con ribetes inéditos, ya que aceptó el compromiso de poner en marcha un servicio de pompas fúnebres en tranvía.

Dice el artículo 7º del contrato de concesión: "Don Federico Lacroze se obliga por el presente contrato a hacer con las nuevas líneas de tranvías concedidas, a la vez que el servicio general de pasajeros, el transporte de cadáveres hasta el enterratorio general de Chacarita".

El artículo 8º preveía categorías en la atención funeraria: "El servicio fúnebre se dividirá en tres categorías, a las que corresponde un equipo especial que el concesionario deberá tener preparado, con aprobación y acuerdo de la Intendencia municipal, antes de ser entregadas al servicio público las líneas que este contrato autoriza".

Es claro que los que llevaban la mejor tajada eran los usuarios que podían pagarse un tranvía fúnebre de primera categoría, con todo el bombo pertinente y a la hora que se les daba la gana, como se lee en el artículo 9º: "Los servicios de segunda y tercera clase tendrán un horario especial, que la Intendencia fijará oportunamente, teniendo en cuenta las necesidades del caso. En cuanto al servicio de primera clase, se hará en la forma que la empresa acuerde con los interesados".

El principal problema que solucionaba la Municipalidad a través de dicho contrato era el de las personas fallecidas, sin recursos o sin parientes, de allí que el artículo 10º especificara: "En el servicio de tercera clase la empresa se compromete a transportar gratis los cadáveres procedentes de los hospitales, asilos de la ciudad, Departamento de Policía, etc., así como los de los pobres de solemnidad, cuyo carácter se justifique ante la Intendencia municipal".

Para poner bien en orden las cosas, el artículo 11º señalaba que en la intersección de las calles Corrientes y Bermejo (Ecuador) se instalará una estación fúnebre, donde serían depositados los cadáveres y de donde saldrían los tranvías enlutados rumbo a la Chacarita. Pero no era una disposición absolutamente restrictiva, ya que a continuación se aclaraba: "El servicio fúnebre podrá, además, efectuarlo la empresa desde cualquier punto de las mismas líneas, sin estorbar en manera alguna la circulación establecida".

De este modo Buenos Aires tuvo su servicio de pompas fúnebres con tranvías a caballo. En un coche iba el difunto, tratando de conservar más o menos el boato de su categoría en vida; en otro iban los afligidos deudos a llorarlo en el ancho campo que abre el hiato entre dos mundos.

APARECE LA COMPAÑIA ANGLO ARGENTINA

En los primeros y heroicos tiempos las líneas —como hemos visto— fueron sustentadas por capitales argentinos. Como demostraron ser un brillante negocio, no tardaron en aparecer capitales extranjeros ansiosos de ser invertidos en tranvías. Ya en 1870 apareció en las calles el primer tendido de la Compañía Anglo Argentina, dependiente a su vez de un poderoso consorcio internacional, que de entrada empezó a pujar por el primer puesto con sus modestos once kilómetros de recorrido. Lo hizo fagocitando una tras otra y pacientemente a las líneas menores y para ello empleó un sistema eficaz, si bien poco novedoso, ya utilizado por otras compañías en la implacable guerra competitiva desatada: trazaba una línea paralela y cobraba menos el boleto. Naturalmente, aguantaba mejor el capital más sólido, que casualmente era el del Anglo Argentina; al otro no le quedaba más recurso que



A punto de irse, el tranvía eléctrico dejó paso a su antepasado, el tirado a caballo, para la postrera evocación.

vender antes de naufragar irremediablemente. Ya en 1882 la extensa red de la Anglo contaba con cuatro estaciones en la ciudad, cifra sólo igualada por la Compañía Ciudad de Buenos Aires; la empresa de Lacroze sólo tenía una, lo mismo que la Compañía Boca y Barracas.

Las cifras del censo de 1887, a unos veinte años del comienzo de la historia, certifican el impresionante boom de aquel medio de transporte que empezara entre tantas dificultades. En ese año la ciudad contaba con 433.375 habitantes, incluyendo los de las recién anexadas Flores y Belgrano, y por sus calles se deslizaban 149 kilómetros de vías tranviarias, sobre las que rodaban 277 coches arrastrados por 3.797 caballos, que en el curso del año transportaron la bonita cantidad de 36.277.659 pasajeros. Las cifras señalaban orgullosamente que Buenos Aires alcanzaba aceleradamente a las mayores ciudades del mundo.

El proceso de concentración capitalista no se detuvo y alcanzó importantes metas cuando la Anglo Argentina compró en bloque la empresa de Billinghurst, golpe financiero felizmente renovado el 1º de mayo de 1889, cuando aquella compañía concretó la adquisición de la empresa de Federico Lacroze, con excepción de la línea de la calle Corrientes, que siguió en poder del primitivo dueño. La operación se fijó en la interesante suma de medio millón de libras esterlinas.

La vieja compañía de Lacroze no desapareció del todo e inició una nueva y muy fructífera etapa, pero ya no como empresa argentina. Convertida en sociedad anónima con un capital de dos millones de libras, sus rieles volvieron a extenderse, hacia plaza Italia, Saavedra, Villa Urquiza y la celebérrima línea que unió Chacarita con San Martín. Don Federico Lacroze quedó al frente de la empresa como administrador general, dirigiendo a la compañía en sus primeros escarceos ferrocarrileros, y si bien este punto escapa a nuestro tema, no puede dejar de mencionarse que fue el iniciador del Tranvía Rural a Vapor, con punto de partida en Chacarita y con ramales adentrándose en la campaña. Ese fue el germen del posterior Ferrocarril Central de Buenos Aires, hoy General Urquiza, cuya estación terminal lleva con justicia el nombre del pionero.

Los dos grandes iniciadores de la era del tranvía desaparecieron con pocos años de intervalo. En 1892 falleció Mariano Billinghurst a la respetable edad de 82 años; a principios de 1899 se extinguió la vida de Federico Lacroze, a los sesenta.

EL TRANVIA ELECTRICO

La última década del siglo pasado tuvo novedades en lo que a tranvías respecta. Fueron años inquietos, movedizos, que navegaban entre crisis económicas y pujanza capitalista, conflictos políticos y malestares sociales. Buenos Aires tenía más gente que nunca, pletórica de inmigrantes. Junto a fabulosos palacios versallescos, la humillante promiscuidad del conventillo. Alem agitaba la diestra con el pañuelo en alto; Roca callaba socarronamente, con la sorna encendida en los ojos encapotados. Se funda el Partido Socialista y los anarquistas empiezan a dar dolores de cabeza a la policía. Junto a "La Nación" y "La Prensa", ya añejos, aparece "El Perseguido. Voz de los explotados", órgano del anarquismo,

el tranvía porteño

que en su primer número anuncia piadosamente: "Aborrecemos el pasado porque es la causa del presente; odiamos al presente porque no es otra cosa que la imitación más intensa y más feroz del pasado".

Conflictos laborales, inseguridad política, malestar económico, inquietud general. Pero había algo que nadie ponía en duda: la inagotable capacidad de progreso de la Argentina, su futuro de gran nación, destinada a codearse con las primeras potencias del mundo.

El 30 de setiembre de 1890, a escasos tres meses del naufragio de Juárez Celman, fue sancionada la ley Nº 2736, cuyo protagonista era el tranvía. El señor Antonio Lavandeira había elevado un proyecto por el cual se proponía dotar a la ciudad de Buenos Aires de un tranvía elevado de curiosas características. Inventado por Le Tellier y patentado en la Argentina, consistía más bien en lo que hoy llamamos un alambrecarril. Sería una línea sustentada en sólidos pilares de hierro asentados en las veredas, con una altura de unos cuatro o cinco metros del suelo, a nivel del primer piso de las casas. Dichas columnas —que hubieran afeado indeciblemente a una ciudad ya poco hermosa— tenían por misión mantener el cable bajo el que se deslizaría, suspendido en el aire, el vistoso tranvía. Naturalmente, había que hacer algo para facilitar el acceso, y los inventores estaban en dudas entre dos soluciones: o bien andenes comunes allá arriba, con escaleras hasta la calle, o si no ascensores cada tantos metros. El Congreso Nacional se entusiasmó con la idea y, aparentemente sin saber bien lo que hacía, dio su aprobación para lo que parecía un evidente signo de progreso. Buenos Aires sería la única ciudad del mundo que poseería ese monstruo. El presidente Carlos Pellegrini dio su visto bueno, la ley siguió su curso legal... y no pasó nada más. La idea del tranvía elevado, gestada antes de la Revolución del 90, cuando cualquier disparate parecía un negocio genial, se fue a pique junto con la euforia económica que lo gestara.

Pocos años después se presentó algo más positivo. Una empresa inglesa, con sede central cómodamente instalada en Londres, y con un capital de 600.000 libras esterlinas, encargó al ingeniero norteamericano Charles Bright el estudio y puesta en marcha de una novedosa línea de tranvías. El nombre de la empresa lo dice todo: Compañía Tranvías Eléctricos de Buenos Aires. Gran revuelo en la ciudad, enorme espectativa en todas las capas sociales... y en las otras compañías.

Se tendieron rieles en un trayecto cortito, como para ver qué pasaba: sólo abarcaba algo más de treinta cuadras, y se tomó cuidado en que fuera lo bastante periférica como para que no ocurriera algún inesperado desastre en el tránsito urbano. Partiendo de la intersección de Piedad (Bartolomé Mitre) y el Paseo de Julio (Leandro Alem), seguía por el Bajo hasta Retiro y Recoleta, bordeando el casco urbano. Luego se metía por Centroamérica (Pueyrredón) y seguía por Las Heras hasta lo que hoy es plaza Italia. Empero, ya estaba prevista la primera prolongación, que llegaría hasta el desaparecido hipódromo de Belgrano.

En aquel tiempo la desembocadura de la avenida Sarmiento estaba cerrada por tres enormes puertas de reja metálica, sostenidas por sólidos pilares de mampostería. Eran los Portones, que daban nombre a ese barrio de malevaje y peringundines.

La noche del 22 de abril de 1897 fue testigo del gran acontecimiento. Partiendo de los Portones se internó en las sombras porteñas, cautamente, como con recelo, el primer tranvía sin caballos, el primero que "andaba solo", como comentaban asombrados los vecinos, y que recién abandonaría las calles setenta años después. Arrojando espectaculares chispas en las curvas, soltando destellos azules del trole, especie de pértiga en el techo que llamó mucho la atención,



Una escala de edificios altos y bajos —resabios de la vieja Corrientes— dan la fisonomía del centro en 1942.



El primer tranvía eléctrico subterráneo, inaugurado en 1913 por la Anglo: una verdadera proeza técnica.

aquel enorme tranvía rojo, capaz de llevar nada menos que cuarenta pasajeros sentados (casi el doble que sus modestos hermanos a caballo), hendió la noche triunfalmente, mostrando en su parte anterior un extraño dispositivo casi a ras de las vías, llamado "salvavidas", creado con el supuesto de que si alguno caía delante del vehículo en marcha, el conductor podría soltar el artefacto para que levantara al desdichado como con cucharita y sin daño. Además, no más corneta. El tranvía se anunciaba con un timbre que el conductor manejaba a pedal. Para remate, los ciudadanos que aquel 22 de abril subieron al eléctrico recibieron una agradable sorpresa al pagar el boleto. Mientras el más barato de los tranvías a caballo costaba 25 centavos, he aquí que el progresista y lujoso vehículo costaba tan sólo ¡veinte centavos!

El tranvía eléctrico, si bien novedad, no era primicia, ya que en la ciudad de La Plata hacía rato que transitaban, pero de todas maneras el éxito de los Eléctricos de Buenos Aires debió conmover... a los accionistas londinenses. Fue simplemente sensacional. Los coches rojos pusieron una nota distintiva alegremente recibida por la ciudad, que estuvo lejos de oponer los reparos de treinta años atrás a su predecesor. Incluso se le perdonó que a poco de la inauguración falleciera la primera víctima bajo sus ruedas, pese al mentado "salvavidas". Eran cosas del progreso. Como lo era también el extraño modo de conducirlos, con una llave manual que regulaba la velocidad en nueve puntos. Era tan progresista el asunto que hasta al conductor se lo dejó de llamar con esa honesta y castiza palabra, prefiriéndose nominarlo motorman, que parecía sonar mejor.

¿Qué podían hacer los viejos tranvías a caballo frente al portento? Aquel coche rojo que partió una noche de los Portones marcó su sentencia. ¿Qué podían dar los tristes jamelgos andando las calles a paso cansino, frente a esos poderosos nueve puntos, que hasta merecieron la honra de un tango? Velocidad, comodidad, economía: tres razones para que desapareciera el tranvía a caballo. Que tiempo después se esfumaba para siempre.

Claro está que las otras compañías entendieron que era cuestión de electrificarse o morir de inanición, y por ello rápidamente Buenos Aires vio aparecer cables aéreos por todas partes. En 1902 se electrifica la Anglo Argentina y en 1908 concluye idéntico proceso la Lacroze, esta última con una interesante particularidad: que era la única en poseer usina propia. Entretanto, también en 1897, se inaugura la compañía de tranvías eléctricos La Capital, que llegaba hasta Flores.

EL TRIUNFO DE LA ANGLO ARGENTINA

Durante un tiempo la reina de los rieles fue la Compañía Eléctricos de Buenos Aires. Sus coches con motores de 25 HP en cada eje apenas admitían competencia. Además, cada tanto reservaba sorpresas al público a través de innovaciones. Un día asombró a la ciudadanía poniendo en circulación los imperiales, enormes coches de dos pisos que ofrecían la aventura de pasear por la ciudad, mirándola de arriba. Otra vez sacó a relucir coches con acoplado, novedad en que les ganó a los Lacroze, que luego harían una institución del sistema.

Las otras compañías seguían las huellas afanosamente, luchando por las preferencias del porteño. Cada una de ellas con su color distintivo, pusieron una nota alegre en las calles, mezclando el rojo de los Eléctricos con el inmortal verde de los Lacroze y el amarillo ictérico de la Anglo. Y a medida que los tranvías a caballo desaparecían y más cables sobrevolaban las ca-

el tranvía porteño

lles, más intensa era la despiadada pelea por el mercado. La puja volvió a repetirse y otra vez terminó ganando la Anglo Argentina. Una tras otra se fue fagocitando a las rivales, en el siguiente orden: primero la Ciudad de Buenos Aires, segundo la Buenos Aires y Palermo, en tercer lugar La Capital, luego la Nueva, después La Gran Nacional y la Metropolitanos, y finalmente la pionera, Eléctricos de Buenos Aires. Cuando se quiso acordar, la Anglo Argentina poseía, en 1910, la red tranviaria más grande del mundo.

Un sencillo cuadro nos dará una idea de lo bien que les fue:

Año	Kms. de vía	Coches
1870	11	39
1880	19	77
1890	49	210
1900	105	438
1909	528	2.000

Pasajeros	Ingresos	Estaciones
1.200.000	483.501	2
2.900.000	774.540	3
15.800.000	1.954.106	7
28.590.000	2.967.493	7
240.000.000	25.600.000	15

Para justificar esta serie de anexiones y explicar la hermosa colección de rivales, la Compañía Anglo Argentina adelantó varias razones, entre ellas la abundancia de líneas paralelas y antieconómicas, mientras vastas regiones suburbanas estaban desprovistas de servicio. Era una razón atendible, si bien una compañía que se esmeró en tender líneas paralelas a la competencia fue, precisamente, la Anglo Argentina.

También dicha empresa aseguró que la centralización permitiría reducir tarifas y tender racionalmente las líneas hacia la periferia de la ciudad. Justo es reconocer que cumplió con ambas promesas.

Una vez en poder de la máxima extensión de la red tranviaria porteña, las tarifas fueron unificadas dentro del perímetro de la capital, fijándola en diez centavos por viaje, con prescindencia total de la longitud del recorrido, lo que significó un apreciable beneficio para los usuarios, ya que nunca antes se había fijado precio tan modesto. Hasta entonces se cobraba varias veces esa suma, especialmente en los viajes largos. Y aquella monedita de diez centavos siguió siendo el precio único del pasaje en tranvía por espacio de más de cuarenta años, lo que convirtió a Buenos Aires en la ciudad de transportes más baratos del mundo. Posteriormente al inaugurarse el subterráneo, se implantó el boleto combinado, que permitía viajar a nivel y bajo tierra al precio único de 15 centavos.

LO QUE LA CIUDAD DEBE AL TRANVIA

Por decenios el tranvía no tuvo rival en las calles. No lo fueron los coches de plaza, las "victorias" otrora tan abundantes, impensadamente bautizados por Armando Discépolo con el estreno de Mateo; eran relativamente costosos, lerdones



Durante décadas fue el tranvía el único medio de transporte desde los barrios más alejados.

y limitados. Apenas servían para "hacer pinta" por las calles del centro o para cobijar algún romance al paso con velos de discreción. En cuanto a los vehículos de motor a explosión, tardaron su buen tiempo en ofrecer una competencia eficaz. Si bien el ómnibus aparece en los primeros años del siglo con una modesta e inofensiva línea de Plaza de Mayo a plaza Lorea, su precio más elevado y su corto trayecto no tenía nada que hacer con el tranvía. Además, y por mucho tiempo, las líneas de ómnibus se vieron constreñidas en su radio de acción a la parte céntrica, pavimentada, de la ciudad. Era aventurado meterse por calles de tierra —lo eran casi todas las suburbanas de entonces— que con cuatro gotas de lluvia se convertían en barriales. Y por ellas pasaba el tranvía tranquilamente.

En los inicios del siglo, la Anglo Argentina encaró una planificación de líneas hacia los despoblados baldíos periféricos de la ciudad, empalmando con las estaciones ferroviarias. A medida que el proyecto se llevó a cabo, trajo como consecuencia una apreciable descongestión del superpoblado centro. La gente de escasos recursos, que con sus ingresos no podía ni soñar en poseer una casa en el casco tradicional y que muchas veces debía pagar alquileres altísimos (no son de ahora estos gajes), encontró una oportunidad en las afueras. Se multiplicaron los loteos, se abrieron calles, se levantaron casas modestas allá por donde pasaba el tranvía. Barrios enteros se alzaron en pocos años de la nada, a veces separados del centro por temibles barriales y anchos descampados silvestres, pero sin peligro de quedar aislados, porque el tranvía no dejaba de andar sobre sus seguros rieles así diluviara, con un intervalo de pocos minutos entre coche y coche, mucho más frecuente que el mejor servicio ferroviario. Sistema que alcanzó la cumbre cuando se establecieron los servicios nocturnos y el boleto obrero, fijado en cinco centavos.

De ese modo, en base a lotes baratos, con casitas levantadas gracias al ahorro de obreros y empleados, merced al servicio de locomoción rápido y de bajo precio del tranvía, nacieron barrios enteros. Barrios que hoy se llaman Villa Devoto, Villa del Parque, Villa Urquiza, Villa Luro y tantos, tantos otros, que ahora van tomando aires residenciales.

La explosión edilicia que llevó a Buenos Aires hasta romper sus costuras y derramarse sobre la provincia, se debió en buena parte a los viejos y venerables tranvías.

Y hubo líneas inolvidables, cuyo recuerdo sigue palpitando en el corazón de muchos porteños; líneas de trayecto homérico, que hilvanaban barriadas en rosario interminable. La más recti-

tar la capital argentina por la avenida Rivadavia, desde Plaza de Mayo hasta Liniers. Todavía por debajo de la elevada avenida General Paz persiste la curva de rieles por donde pegaba la vuelta. Pero era una excepción. Casi todas las otras líneas parecían proyectadas con total desdén de la distancia o basadas en el concepto einsteniano de que la recta no existe. El 86, por ejemplo, trepaba afanosamente la cuesta de Rivadavia al costado de la Casa Rosada, la emprendía por Cangallo, se recorría de punta a punta las avenidas Díaz Vélez y San Martín y terminaba su recorrido en el fondo de Villa Devoto, rozando la provincia. El 84 salía de plaza Constitución y después de una serie de vueltas mis-

el tranvía porteño

teriosas iba a parar a Villa del Parque, al otro lado de la ciudad. El 99 partía a pocos metros del Dique 4 de Dársena Norte y daba por finalizada su trayectoria en las sombrías y arboladas callecitas de Vélez Sársfield. Allá estaba el 35, que parecía especialmente gestado para burlarse de las rectas: arrancaba de Retiro, pasaba por Belgrano, se metía en Villa Urquiza, doblaba en todas partes y llegaba triunfal a Villa Devoto. ¿Y qué decir del 22? Salía de Plaza de Mayo, enfilaba hacia el sur y llegaba Dios sabe dónde, bien adentro de la provincia.

EL TRANVIA SUBTERRANEO

Un día los porteños cayeron en la cuenta de que el tránsito de las calles céntricas se estaba poniendo demasiado tupido. Coches y tranvías se apelotonaban en atascamientos insolubles. Esto no ocurrió el año pasado, sino en 1908. Ya entonces se comentaba que era imposible andar en el centro y que los tranvías entorpecían el tránsito con su caravana de coches avanzando a paso de tortuga cansada.

En el año citado, la Anglo Argentina propuso a las autoridades una solución para resolver tan dramático problema: levantar los rieles comprendidos entre las calles Victoria (Hipólito Yrigoyen) y Cuyo (Sarmiento) de norte a sur, y de 25 de Mayo a Esmeralda de este a oeste, y construir una red de subterráneos divididos en tres líneas: la primera uniría Plaza de Mayo con Primera Junta; la segunda, partiendo también de Plaza de Mayo, iría en diagonal hasta Talcahuano y Viamonte, para seguir por ésta hasta Callao, y la tercera uniría Retiro con Constitución siguiendo la calle Lima en casi todo su trayecto. Los tres subterráneos empalmarían con líneas a nivel y descongestionarían sensiblemente la zona céntrica...

Reléase la fecha, porque no es error de imprenta: 1908. Cualquier parecido que pueda existir con el tan conversado Plan Cóndor será pura coincidencia...

Aprobado el asunto, se echó manos a la obra con el primer tramo de la primera línea, entre Plaza de Mayo y plaza Once. Los trabajos se hicieron a cielo abierto, es decir, rompiendo la calle y cavando en zanja. Por mucho tiempo la Avenida de Mayo estuvo clausurada y los curiosos se detenían a mirar las cuadrillas de obreros en el fondo de la imponente excavación. Los rieles se tendieron rápidamente, y pronto fue familiar a los porteños el sonido peculiar del timbre de las zorras transportando materiales. El mismo timbre que después tuvieron —y siguen teniendo— los coches de la actual línea A. No faltaron por cierto los percances, a veces muy graves, como el que aconteció hacia 1912 a la altura de la calle Solís, al desprenderse un manto de tierra que sepultó a seis obreros.

Al cabo estuvo terminado el primer tramo y tiempo después el segundo. El subterráneo llegó a Primera Junta... y allí sigue estando, en una ciudad varias veces más populosa, más complicada y más abarrotada que aquella en la que fue gestado para descongestionar el tránsito.

Respecto de las otras líneas proyectadas, se quedaron en proyecto. Ninguno de los rieles céntricos sentenciados a desaparecer corrió el menor peligro y siguieron prestando servicios hasta durar más que los mismos tranvías. Recién en la década del 30, con el ensanche de la calle Corrientes, aparece la empresa Lacroze con subterráneo propio, uniendo la Chacarita con el Correo Central, actual línea B, y poco después la Compañía C.H.A.D.O.P.Y.F —con ribetes de escándalo— pone en marcha el servicio subterráneo entre Retiro y Constitución. Estas líneas más modernas se abrieron directamente en túnel, en excavación cerrada, dejando tranquilo el tránsito a nivel. La última empresa citada concretó también uno de los primitivos proyectos de la Anglo, a través de la línea en diagonal que une Plaza de Mayo con Palermo. Introdujo también la novedad de sus coches chicos y confortables made in Germany y sus coloridos cuadros murales en mosaico en cada estación, cuya contemplación podía elevar el espíritu del pasajero mientras esperaba la llegada del convoy.

LA CRISIS DEL TRANVIA

Pero volvamos un poco atrás. Los tiempos de la Primera Guerra Mundial marcan el apogeo del tranvía y su indiscutido predominio como trans-



El centro de Buenos Aires, hacia 1940, muestra pocos automóviles y muchos tranvías.

LA EDAD MEDIA

LA ANTIGUA GRECIA



LOS PLATOS VOLADORES

EL KU KLUX KLAN

STRAVINSKY



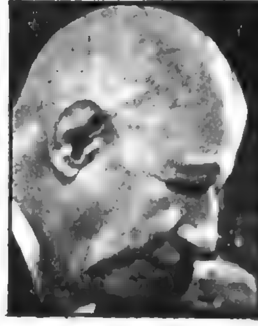
CHINA ROJA



EL KREMLIN

EL LOUVRE

MIGUEL ANGEL



JESUCRISTO

PICASSO

HIROSHIMA



DE GAULLE

La historia de
los grandes
sucesos del mundo,
los hombres
que los forjaron,
el análisis de
las personalidades
más discutidas, en
documentos
inéditos!

TODO EN CADA CAPITULO DE
"PRIMERA DIMENSION"
LUNES 23.15

TELEONCE

11

el tranvía porteño

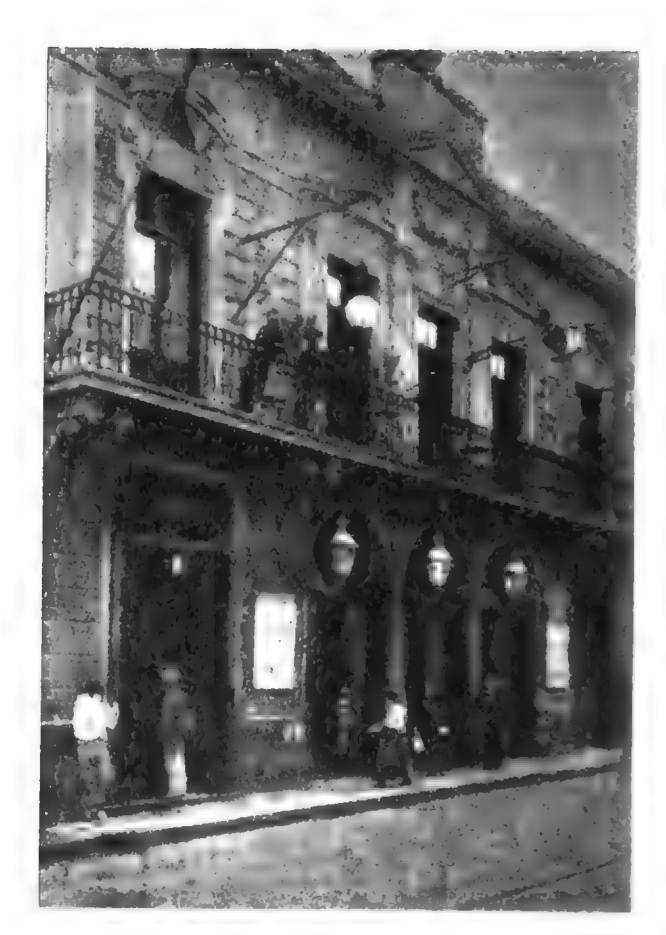
porte urbano, así como el ferrocarril señoreaba en el interior como máximo transporte interurbano. Uno y otro estaban sólidamente afincados en manos inglesas y eran tan británicos como la Union Jack. Pero no es eso tan llamativo cuanto que éste y aquél empezaron siendo argentinos, movidos a fuerza de capital nacional y empresa porteña. Después los vientos cambiaron, y sería largo entrar en detalles poco felices. Baste decir que durante la primera presidencia de Roca —tan ilustre en otros aspectos— se impuso la tesis de que los capitales foráneos administran mejor las cosas, y casi con alegría se fueron vendiendo las empresas y bienes argentinos, orgía que alcanzó su máximo nivel con Juárez Celman, en cuyos cuatro años de mandato se vendió todo lo vendible e incluso algo más, con el firme y sincero convencimiento de que estaban ayudando a progresar aceleradamente al país. Diversos capitales de distinta procedencia entraron en la Argentina, pero a la vuelta de pocos años, y en lo que a transportes respecta, no quedaban sino los ingleses.

En la década del 20 las circunstancias cambiaron sensiblemente, merced a la rápida expansión del motor a explosión. El automóvil comenzó a ganar las calles y las preferencias populares, pasando a ser el vehículo familiar por excelencia. Cualquiera que pudiera reunir unos $ 3.000 estaba en condiciones de adquirir uno flamante e independizarse del tranvía. Simultáneamente el camión de carga se lanza a las rutas del interior y comienza a competir con el ferrocarril en el transporte de mercancías. Dentro de la ciudad, los ómnibus van siendo más frecuentes, abarcan trayectos más largos, y muchas de sus líneas están en manos de particulares. Y, además, aparecen los taxis. En aquellos años de auge económico y euforia general, el porteño, rastacuero por convicción y vocación, desdeñó al tranvía y los transportes populares. Así tuviera que andar tres cuadras tomaba un taxi, medio de locomoción que daba cierto status y que conoció entonces momentos de gloria. Además, todo aquel que no podía pagarse auto propio, se daba el gustazo de transitar con chófer, a lo gran señor, por pocos centavos. Claro que cuando se trataba de viajar lejos, mejor era tomar el tranvía.

Con tanto broncar de motores en las calles, la simple marcha del progreso urbano parecía destinar al tranvía a una desaparición lógica y más o menos rápida. Ya resultaban excesivamente lentos y molestaban al tránsito céntrico, provocando atascamientos impresionantes.

Inesperadamente reventó la crisis del 30 y aquella euforia económica se desfondó de golpe. Despidos en masa, desocupación, quiebras en cadena, olla popular, miedo, mucho miedo, hicieron que los porteños se tornaran prudentes y contaran las moneditas. Vuelta a viajar en tranvía sin mayores pretenciones. Años de negra mishiadura y estos versos de Nicolás Olivari:

Aburrido carro de hierros económicos,
diez centavos de ruido a hierro viejo.



El viejo teatro Apolo, Corrientes al 1200, por cuyo frente corrían los tranvías que iban hacia Chacarita.

Un guarda metafísico que fuma
a espaldas de un espectro de inspector.

Nadie tomaba un taxi ni para remedio y la mala se les dio fea a los chóferes. Faltos de pasajeros, cortado su medio de subsistencia, se vieron abocados al problema de cambiar de oficio o encontrar una salida al dilema. La desesperación, que a veces es una consejera incomparablemente buena, propuso una solución: juntas fuerzas (y coches) para recorrer trayectos determinados, fijos, a bajo precio. Tres o cuatro pasajeros compartían el taxi, que habiendo dejado de ser individual se lo llamó colectivo. Fue una idea genial y un triunfo impresionante. Más rápido que el ómnibus, más cómodo que el tranvía, de precio accesible a todos los bolsillos, se expandió mucho más rápidamente de lo que previeran sus creadores.

Así nació el colectivo, invento porteño hasta la médula, surgido de la inspiración creadora de un grupo de taxistas en crisis. Pero si la innovación plació sobremanera a todos los porteños, no gustó nada a los tenedores de acciones de la Anglo Argentina en Londres. La antigua hegemonía ferrocarril-tranvía se venía abajo irremediablemente, acosada por camiones, ómnibus y colectivos, que pronto saldrían también a las rutas para unir ciudades. Indudablemente, los tranvías estaban destinados a desaparecer y los capitales

ingleses a buscar otros horizontes. Y sin embargo...

LA CORPORACION DE TRANSPORTES

Un día los miembros del Commonwealth firmaron el Pacto de Otawa para apuntalar sus economías, y el gobierno argentino enfermó de histeria. ¿Cómo era posible que Inglaterra, la Madrastra Patria, dejara de comprar en la Argentina? ¿Qué sería de nuestras vacas, de nuestro trigo, y de sus respectivos dueños? Inglaterra no podía dejarnos en la estacada, había que correr a Londres a conversar el asunto. Justamente, había que devolver la visita del Príncipe de Gales (que había estado en Buenos Aires una década atrás): linda excusa para que el vicepresidente de la Nación se hiciera invitar a presión y se fuera a la capital del Imperio, con abierto disgusto de los gobernantes ingleses, que consideraban "inoportuna" la visita.

Allí el vicepresidente de la Nación Argentina, hijo del Conquistador del Desierto, Julio A. Roca, dijo galantemente que "**la Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del imperio Británico**". Con punto de partida tan generoso, los gratamente sorprendidos ingleses comprendieron que les estaban ofreciendo un país en bandeja, y no es culpa de ellos si aprovecharon a fondo la oportunidad. El resultado fue el famoso pacto Roca-Runciman, el más vergonzoso de la historia argentina. De acuerdo al mismo, "Gran Bretaña no se obligaba... a nada sustancial con la Argentina; en cambio ésta contraía todos los compromisos... a favor del Reino Unido... Este tratado protocolizó, fortaleciendo, la vieja sumisión de la economía argentina al Imperio Británico" (Carlos Ibarguren). En el Senado argentino bramó Lisandro de la Torre: "**En estas condiciones no podría decirse que la Argentina se haya convertido en un dominio británico, porque Inglaterra no se toma la libertad de imponer a los dominios británicos semejantes humillaciones**".

Escapa al enfoque de esta nota estudiar en detalle el pacto Roca-Runciman, que ha dado mucha tela a sus exégetas. Fue, en suma, el "estatuto del coloniaje", como lo llamó Julio Irazusta, y precisamente uno de sus puntos obligaba al gobierno argentino a dar "trato benevolente" a las empresas británicas de servicios públicos y a proteger sus intereses. Y esto trajo larga cola.

La punta de la madeja estaba en esos ferrocarriles y tranvías cada vez más acosados, cada día menos florecientes. Cuando el vicepresidente argentino andaba en Londres, la Anglo Argentina, dependiente a su vez del poderoso grupo SOFINA, cuyos intereses abarcaban todos los continentes, deslizó en sus oídos la sugerencia de "coordinar" los transportes de Buenos Aires, amalgamándolos en provecho propio. De ese modo las empresas británicas pensaban detener su vertiginosa declinación financiera. Ya el capital inglés no podía jugar de "civilizador" y a partir de este momento se torna francamente retardatario, al fijar una situación vencida en el tiempo. El capital inglés ya ni pretende invertirse para ganar sirviendo, sino que ansía mantenerse para ser servido.

El medio de protección a los intereses británicos por ellos representados, consistiría en expropiar las líneas urbanas particulares de ómnibus y colectivos, fundirlos a los tranvías en una sola empresa y dar el mando de todo a los financistas de Londres. La infamia se llamó Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires. "El organismo, deliberadamente mal planteado, no sólo constituía una iniquidad al quitar a los unos su legítima fuente de ingresos, para dar a los otros una ganancia abusiva, sino en que los despojados colectiveros eran pequeños artesanos, criollos o extranjeros, pero todos radicados en el país, el fruto de cuyo negocio quedaba íntegro entre nosotros, mientras los favorecidos por el cambio eran, en su mayoría, tenedores de títulos extranjeros, cuyos cupones de renta debían pagarse con exportación de divisas" (Julio Irazusta).

Y así, al tiempo que el gobierno se comprometía a proteger a los ya anticuados ferrocarriles, el despojo que originó a la Corporación de Transportes permitió seguir andando a los tranvías, cuando ya empezaban a radiarlos de servicio en algunas ciudades. Con lo cual los porteños tuvieron uno de los peores servicios de transportes urbanos a los pocos años de haber tenido uno de los mejores.



El tranvía formó parte del paisaje porteño,



...y la clásica parada ante el lustrador.

el tranvía porteño

La discusión parlamentaria de la ley de coordinación de transportes fue turbia, agitada, y dejó trascender claramente que el asunto apestaba. En el Senado, Alfredo Palacios pronunció estas elocuentes palabras (citadas por Alberto Ciria): "Una experiencia personal, señores senadores, puedo citar para demostrar que las leyes que en este momento se debaten sólo beneficiarán a los capitales extranjeros radicados en la República Argèntina. El discurso que pronuncié en esta Cámara el día 2 de agosto de 1936 para dejar constancia de mi protesta por la intervención del gobierno y de la diplomacia de Inglaterra, a favor de estas leyes que tratamos, fue sintetizado en el gran diario londinense **The Times** (3-VIII-36). Al pie, una nota decía para ilustración de los lectores. 'Las leyes de coordinación a que aquí se refiere el legislador argentino, tienen por objeto proteger a los ferrocarriles y tranvías de Buenos Aires, en los cuales se ha invertido mucho capital británico'."

Costó reunir los votos para que la ley pasara. No se podía perder uno; por ello el diputado conservador doctor José Arce fue llamado urgentemente y se trasladó en avión desde Santiago de Chile para emitir el suyo. De este episodio le quedó a Arce el sobrenombre de "San Martín al revés" conque lo bautizó el dirigente de FORJA Luis Dellepiane; "porque —explicaba Dellepiane— San Martín cruzó los Andes del naciente hacia el poniente para independizar a Chile, y Arce cruzó la cordillera del poniente al naciente para contribuir al sometimiento de la Argentina...".

La ley así votada, Nº 12.311, creadora de la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires, afectaba a las 52 compañías urbanas que prestaban servicios. De las 52, cuarenta rechazaron de plano la aberrante ley, y de ellas la gran mayoría pertenecía a capitales argentinos. Las doce empresas que aceptaron complacidas eran todas, claro está, de capitales británicos.

Los pobres colectiveros trataron de defenderse como pudieron, mediante huelgas o tratando de sustraer sus vehículos a la confiscación. Hubo de todo, desde juicios del gobierno a las empresas rebeldes, hasta fugas en masa de colectivos fuera de la ciudad, buscando refugio en la provincia. Todo fue en balde. La Corporación de Transportes fue impuesta, pese a ostentar desde el vamos el dudoso honor de ser la institución más impopular que vieran los siglos en la ciudad porteña.

Pero eso carecía de importancia para ciertos sectores. "Hacia 1937, pues, el país estaba aherrojado económicamente más de lo que jamás estuviera, y su dependencia de los intereses británicos era más estrecha que nunca. Se había cumplido la postulación que formulara Roca en 1933: ahora sí, la Argentina era parte del Imperio Británico" (Félix Luna).

LA CRISIS DEL TRANSPORTE

De manera que a partir de 1937 la otrora bien servida ciudad de Buenos Aires pasa a tener un mal servicio de transportes, que irá empeorando



sensiblemente con el discurrir de los años, deteriorándose el material rodante sin ser repuesto y apareciendo la punta de un déficit creciente, que pronto se hará crónico, y cuya causa esencial se hallaba en la pésima administración de la Corporación de Transportes.

Pero los tenedores de acciones extranjeros no corrían peligro, ya que el "pagano" de dicho déficit era el generoso gobierno argentino, gracias a los compromisos contraídos. Todo estaba garantido, menos el bolsillo del contribuyente argentino, que debió oblar en beneficio de la ineficiencia ajena.

La Segunda Guerra Mundial agravó seriamente el problema, al cortarse bruscamente la importación de elementos esenciales para reposición de material. Allá seguían andando los tranvías, cada vez más viejos, cada día más lentos, cada semana más escasos. Mientras el servicio tranviario raleaba, la angustia crecía en el transporte automotor. Faltaba nafta, y sobre todo neumáticos, y una cantidad creciente de ómnibus y colectivos debieron ser retirados de circulación por falta de rodados. Todo ello en una ciudad que crecía con el aporte inmigratorio interno, que pronto alcanzaría cifras comparables al externo de antaño. Cada día más gente y menos vehículos. Se imponen las paradas alternadas,



Los últimos tranvías se fueron rodeados por el cariño y la nostalgia: el barrio de Belgrano despidió bulliciosamente al "31".

cada dos cuadras. Y como no se pueden agregar coches, se sacan asientos. Algún genio administrativo idea el tranvía para ir sólo de parado: hileras de agarraderas colgadas del techo y ningún asiento. Daban la impresión de coches-jaula para transporte de ganado.

Otra inspiración emerge de los talentos burocráticos: puesto que sobran vías tranviarias con escaso uso y colectivos parados por falta de neumáticos, pues nada mejor que colocar ruedas de acero a los últimos y meterlos en las vías. Aparece así un vehículo híbrido, altamente pintoresco, que si demostraba que teníamos un pésimo servicio de transportes, también probaba que poseíamos los mejores improvisadores del mundo. El colectivo-tranvía, reuniendo los inconvenientes de ambos, duró un breve cuarto de hora y se esfumó en el olvido.

Pero el problema persistía. Las terminales de cada línea se convirtieron en verdaderos campos de asalto. Masas humanas se concentraban a la espera de un coche, y tan pronto aparecía se abalanzaban sobre él a lo montonero, entre tropiezos, empujones y codazos. Subir a un tranvía se convirtió en un acto de arrojo y conseguir un asiento, en hazaña de contornos épicos. La abundancia de accidentes e incidentes, aparte del hecho de que las mujeres no podían viajar a menos de ser cabales amazonas, indujo a la creación de las famosas "colas", hasta entonces desconocidas para los ariscos porteños. El otro inconveniente, planteado por la circunstancia de que los pocos vehículos en circulación transitaban con racimos humanos colgados de cuanto punto de apoyo aparecía a mano, se solucionó con ordenanzas policiales y con la aparición de coches con puertas automáticas.

En tanto, el feo asunto de la Corporación de Transportes seguía hirviendo subterráneamente. En 1942 se nombra una comisión legislativa encargada de investigar a fondo las entretelas del escandaloso *affaire*. Presidida por el diputado socialista Iñigo Carreras, fue reuniendo elementos, y ya tenía prácticamente copados a los responsables, prometiendo destapar una olla muy interesante, cuando un día el almanaque anunció que era 4 de junio de 1943.

EL FINAL DE LA HISTORIA

El derrumbe del gobierno de Ramón Castillo fue alegremente saludado por la gran mayoría de la población. En Plaza de Mayo la inquina popular se desahogó con la Corporación de Transportes, dedicándose a cazar tranvías, ómnibus y colectivos para quemarlos... con lo cual, aparte de demostrar lo que pensaban de la empresa, agravaron el problema del transporte, sin contar conque quedó en la nada la investigación de Iñigo Carreras.

En los siete años que corren de 1937 a 1944, las constantes subvenciones acordadas por el gobierno a la Corporación para cubrir su floreciente déficit, llevó a la justicia a dictaminar que, siendo el gobierno nacional el principal accionista de la empresa por las grandes sumas invertidas, ésta pasara a depender del Ministerio del Interior, quedando bajo la administración de un fideicomiso. En tales circunstancias, y a tres años de la Revolución de junio, sube al poder Juan Domingo Perón, y su gobierno hereda el elefante blanco de la Corporación, verdadero barril sin fondo, imposible de llenar con otra cosa que no fueran promesas. Por ello los años que van de 1946 a 1950 marcan el auge de la crisis del transporte, y las medidas que se tomaron —a pesar de ser abundantemente orquestadas y estruendosamente promocionadas— apenas fueron paliativos, ninguno de los cuales apuntó a las causas de los males; se acortó el recorrido de muchas líneas tranviarias para que el mismo número de coches, cubriendo un trayecto menor, diera un servicio más eficiente. Se importaron los primeros ómnibus Mack para reemplazar a los ya más que obsoletos que circulaban; se carrozaron colectivos más grandes y espaciosos; Fabricaciones Militares produjo tranvías, pero todo ello en una escala insuficiente para mejorar las cosas. Incluso algunas medidas las agravaron: se dispuso la introducción del trolebús en Buenos Aires con fines de reemplazar al tranvía. Curiosa iniciativa, ya que el trolebús, costosísimo como vehículo, era casi tan antifuncional como el mismo tranvía, sin contar conque la cada vez más deficiente provisión de energía eléctrica (que alcanzó extremos muy graves) dejaba frecuentemente parados a trolebuses y tranvías en cualquier parte del recorrido, atascando el tránsito. Además, por cada línea de trolebús sonoramente inaugurada, había dos líneas de tranvías u ómnibus silenciosamente suprimidas, por lo que resultaba una extraña manera de combatir la crisis.

En setiembre de 1948 las Cámaras resolvieron

liquidar la Corporación de Transportes, pero aún habría de subsistir bastante, más o menos a los tumbos. En 1949 pasó a depender del flamante Ministerio de Transportes, con un déficit fabuloso y en alegre aumento, y finalmente fue comprada en 1951 a los accionistas ingleses por 410 millones de pesos (tenía entonces un pasivo de 1.385 millones). A principios de 1951 nace a la luz la empresa estatal Transportes de Buenos Aires, que en los cuatro años siguientes se las arregla para quintuplicar el déficit heredado...

Lo demás es historia reciente. Fueron necesarios varios años para hallar un principio de solución a la crisis del transporte porteño, que todavía presenta grietas sensibles. Esa solución se encontró en la privatización de los servicios, iniciada por el mismo Perón en 1951, y que permitió volver al colectivo particular a las calles. Desaparecieron los monstruosos trolebuses (que fue el tipo de vehículo que menos duró en Buenos Aires) y, finalmente, no pudo postergarse más una medida que llevaba veinte años de atraso: la supresión de los tranvías.

Llegó el día prefijado y, como una despedida a la ciudad que sirviera por un siglo, un último tranvía corrió por los viejos rieles, dejando subir a todo el mundo, en un ambiente de fiesta con una gota de nostalgia. Terminada la vuelta, el tranvía entró en la historia a banderas desplegadas, cerrándose tras él las puertas del "nunca más".

Ya no estaba Homero Manzi, el poeta de la añoranza, de las cosas idas, para cantar al último tranvía, pero otro poeta barbado le brindó sus versos, precisamente con ese título. Agustín Cuzzani abrió el corazón de la poesía para que en él entrara el inolvidable y prosaico tranvía... ¡Qué hermosa estación terminal en el recuerdo! ♦



Y así se fueron los tranvías finales, símbolo de una época que pasó y perdura en el recuerdo porteño.


RICARDO ROJO
My Friend Che


Ricardo Rojo
mi amigo el Che
Editorial Jorge Alvarez
RICARDO ROJO
CHE GUEVARA
VIE ET MORT D'UN AMI
MEU AMIGO CHE
RICARDO ROJO



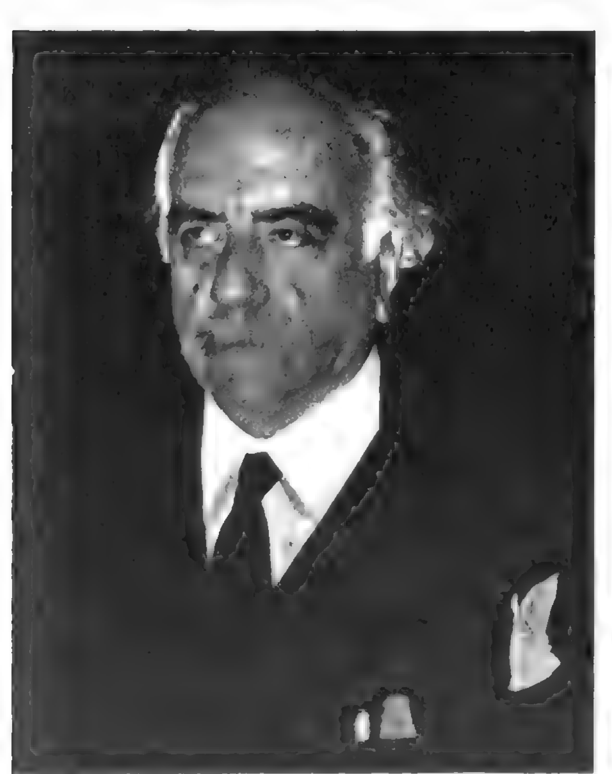
PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO



El coronel Juan D. Perón: el 9 de octubre renunció a sus cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo.

OCTUBRE DE 1945

MARTES 9. — Los periodistas fueron convocados a una reunión de prensa en la Casa de Gobierno, donde el doctor Quijano expresó: "Quiero comunicarles que en la reunión de gabinete de esta mañana el gobierno resolvió llamar a elecciones para el mes de abril. A pedido mío y como un homenaje al Día de la Raza, que es el día de la propia argentinidad, solicité que el decreto se firmara el 12 de octubre". Después añadió: "El señor vicepresidente de la República, coronel Perón, en su oportunidad contrajo un compromiso íntimo consigo mismo que significaba un compromiso con el pueblo de la República y con las instituciones armadas, de renunciar a todas las funciones que desempeñaba actualmente, así que el Poder Ejecutivo resolviese el llamamiento a elecciones. Anticipándose en dos días a la fecha del decreto, el coronel Perón ha presentado su renuncia de vicepresidente de la Nación, de ministro de Guerra y de secretario de Trabajo y Previsión".



El doctor J. Hortensio Quijano, ministro del Interior del gobierno "de facto" de Farrell, que anunció la renuncia de Perón.

SE PRODUCEN DISTURBIOS

Apenas conocida la noticia del coronel Perón, se reunieron en la zona céntrica y, particularmente, frente a las pizarras de los diarios, grupos numerosos de personas que exteriorizaron ruidosamente sus impresiones. La policía, ubicada en cantidad apreciable en distintos lugares, tomó intervención e invitó a la concurrencia a dispersarse. En un momento dado se formaron en la avenida Roque Sáenz Peña y la calle Florida dos grupos de opiniones antagónicas, y en esas circunstancias se oyeron varios disparos de armas de fuego. La policía volvió a cargar entonces y mediante el empleo de gases consiguió dejar momentáneamente expedito el lugar, comprobándose que habían resultado heridas tres personas. Estas fueron conducidas en distintos vehículos a la Asistencia Pública.

ACEPTACION DE LA RENUNCIA DE PERON

MIERCOLES 10. — Se da a conocer un decreto por el cual se acepta la renuncia presentada

por el coronel Juan Domingo Perón a los cargos de vicepresidente de la Nación, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión, y se le dan las gracias por "los muy importantes y patrióticos servicios prestados a la Nación". Por otro decreto se nombró secretario de Estado en el departamento de Guerra al general Eduardo Jorge Avalos. Finalmente, fueron aceptadas las renuncias presentadas por el jefe y el subjefe de la Policía Federal, coroneles Juan Filomeno Velazco y José Domingo Molina, respectivamente, a quienes también se les dan las gracias por los "importantes y patrióticos servicios prestados".

PERON EN LA SECRETARIA DE TRABAJO

El coronel Perón concurrió al edificio de la Secretaría de Trabajo y Previsión con el propósito de despedirse del personal de ese organismo. Después salió al balcón, y desde allí pronunció un discurso que inició así: "Considero que en esta hora un empleo en la Secretaría no es un puesto administrativo, sino un puesto de combate, y los puestos de combate no se renuncian: se muere en ellos". Y añadió: "Si la revolución se conformara con dar comicios libres no habría realizado sino una gestión en favor de un partido político. Esto no pudo, no puede ni podrá ser la finalidad exclusiva de la revolución".

DESAUTORIZACION DE RUMORES

JUEVES 11. — La Secretaría de la Presidencia de la Nación dio a conocer el siguiente comunicado, que se propaló también por radiotelefonía: "A fin de desvirtuar rumores circulantes relacionados con la renuncia del señor coronel Juan D. Perón de las funciones que desempeñaba en el gobierno, los que hacen aparecer al señor general don Eduardo J. Avalos, actual ministro de Guerra, como dispuesto a apoyar la candidatura del primero a un alto cargo en el gobierno futuro, el presidente de la Nación comunica al pueblo la absoluta falsedad de tales especies. El gobierno está firmemente dispuesto a adoptar todas las medidas tendientes a asegurar la realización del proceso electoral dentro de las más completas garantías".

MANIFESTANTES DISPERSADOS

A media noche se reunieron en las inmediaciones de las calles Florida y Córdoba unas 300 personas, entre las que se contaban numerosas damas, las que se organizaron en manifestación y avanzaron por la arteria citada en primer término en dirección al sur, profiriendo voces contra el ex vicepresidente de la Nación. La columna, que era encabezada por varias personas que llevaban banderas argentinas, siguió luego por la avenida Corrientes. Simultáneamente, en la esquina de Corrientes y Maipú se reunió un grupo de 50 personas, quienes daban vivas al coronel Perón, pero la rápida intervención policial las obligó a dispersarse. Posteriormente también fue dispersado el primer grupo. A lo largo de la calle Corrientes, hasta Pellegrini, se mantuvieron servicios extraordinarios de vigilancia para evitar la reunión de personas.

DECLARACION DEL MINISTRO DE GUERRA

El ministro de Guerra declaró en reunión de prensa lo siguiente: "Desde este momento cambia la política del país. No hay candidaturas oficiales y el ejército únicamente desea la unión de todo el pueblo. Los militares —agregó— se limitarán a desempeñar sus funciones específicas". A la vez, se informó al país que, a raíz de versiones relativas a que existían propósitos de alteración del orden, las mismas carecían de fundamento y que reinaba la más absoluta tranquilidad.



El coronel Domingo A. Mercante: su actuación en la Secretaría de Trabajo lo convirtió en un colaborador insustituible de Perón.

PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

LEVANTANSE CLAUSURAS DE DIARIOS

El ministro del Interior dispuso que fuera le- vantada la clausura que pesaba sobre [illegible] diarios de esta capital y del interior [illegible] La medida referente al cierre de los [illegible] había sido adoptada últimamente.

LIBERTAD DE PRESOS POLITICOS

El jefe interino de la Policía Federal, [illegible] Aristóbulo Mittelbach, dispuso la libertad de [illegible] dos los detenidos políticos con motivo de [illegible] sucesos que tuvieron origen en el conflicto uni- versitario. También recobró su libertad el [illegible] de la Universidad de Córdoba, doctor R[illegible] Martínez.

RENUNCIA DEL GABINETE

VIERNES 12. — Los sucesos políticos que en los últimos días determinaron la expectativa general del pueblo de la República, culminaron al anunciarse oficialmente que los ministros del Poder Ejecutivo habían presentado sus renuncias al presidente de la Nación. Casi simultáneamente con esa noticia, se difundió otra en la que se daba cuenta del nombramiento del vicealmirante Héctor Vernengo Lima para desempeñar la cartera de Marina. Están, pues, provistos los ministerios de Guerra y de Marina. El primer magistrado estudia lo concerniente a la aplicabilidad del Estatuto de los Partidos Políticos, para resolver oportunamente sobre el particular. Los últimos días, pródigos en rumores y acontecimientos, habían dejado en el ánimo público general expectación. Se mencionó con insistencia la presentación por parte de las Fuerzas Armadas de un petitorio al presidente, cuya respuesta se esperaba para las 10 de la mañana del día de ayer, en el que se solicitaba cambiar totalmente el gabinete o pasar el poder al presidente de la Corte Suprema de Justicia.

EN LA PLAZA SAN MARTIN

A partir de las 10 de la mañana fue reuniéndose concurrencia frente al local del Círculo Militar, para asociarse a la demostración colectiva en favor del retorno a la normalidad. No tardaron en producirse las primeras manifestaciones de entusiasmo. Los más decididos lograron proveerse de algunas banderas arrancadas del frente del edificio del Círculo y procedieron a colocarles crespones. En seguida se entonó el Himno Nacional, y a partir de ese instante comenzó a corearse el estribillo: "¡El gobierno a la Corte!" Se encontraban entonces frente al local de referencia, entre otros, los doctores Alfredo L. Palacios, Bernardo Houssay, Pedro Ledesma, Carlos del Campillo, Leopoldo Silva, J. Rojo, N. Pessagno, Carlos Saavedra Lamas, Pedro Groppo, etcétera. En determinado momento hizo su aparición en uno de los balcones del Círculo el vicealmirante Vernengo Lima, que fue muy aplaudido por la concurrencia, y dirigió la palabra al público, expresando en un pasaje de su discurso: "Es la primera vez en mi vida que tengo el honor de improvisar delante de una cantidad de gente que tiene su corazón en el mismo lugar donde yo tengo el mío". Partieron entonces del público voces diciendo: "Lo que no ignoramos es nuestra posición: ¡el gobierno a la Corte, el gobierno a la Corte!" Después de otras interrupciones, al reanudar el orador su discurso, la multitud volvió a repetir: "¡El gobierno a la Corte!", en repetidas oportunidades. Después de aplaudir al almirante Vernengo Lima, fue cantado el Himno Nacional.



El general Edelmiro J. Farrell, presidente "de facto" de la Nación desde febrero de 1944 hasta junio de 1946.

INCIDENTES

En circunstancias en que numeroso público estaba congregado en la plaza San Martín para seguir las alternativas de los hechos, un destacamento policial de más de 100 agentes de infantería y otros tantos de caballería, se hizo presente en el lugar y procedió a dispersar a la muchedumbre. Se suscitó inmediatamente un intenso tiroteo, cuyo origen no fue posible establecer, pero que causó gran alarma entre el público y ocasionó muchas víctimas. En esta emergencia murió el prestigioso médico doctor Eugenio Ottolenghi. Otros incidentes análogos se reprodujeron esa noche en otros puntos de la ciudad, aunque no de la gravedad de aquél. ◆



La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTORICO NACIONAL, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.

EDUARDO L. COLOMBRES MARMOL. — Nos escribe con referencia a "El Desencuentro de Guayaquil" la siguiente carta:

En principio ha quedado demostrado en repetidas publicaciones que la versión castellana de la carta de San Martín a Bolívar del 29 de agosto de 1822 —reproducida en el apéndice del folleto de Juan Bautista Alberdi editado en París en 1844— no es exactamente igual en su redacción a la difundida un año antes por el capitán Gabriel Lafond de Lurcy, por provenir los aludidos textos de diferentes modelos y ser originarios de distintos archivos. En efecto, mientras la versión francesa es la traducción del original cuyo portador fue un comandante colombiano de la entera confianza de ambos Libertadores, en cambio la versión española es la réplica del correspondiente borrador existente a la sazón entre los papeles que acompañaron a San Martín en el exilio. Debidamente clarificados estos antecedentes, hasta ahora oscuros, es necesario rectificar de inmediato otro episodio histórico, a efectos de dejar categóricamente dilucidado, también, si en verdad hubo o no alguna participación del General de los Andes en la revelación de la controvertida carta.

Como es corriente por parte de los académicos argentinos insistir sobre una imaginaria visita de Alberdi a San Martín, sin medir las implicancias de tal afirmación, se hace imprescindible poner en claro que, cuando Alberdi concurrió en 1843 a Grand-Bourg, casona situada en Evry-sur-Seine, en los alrededores de París, San Martín se hallaba viajando por el interior de Francia. En tales circunstancias, el escritor tucumano fue agasajado, exclusivamente, por quienes lo habían invitado; vale decir por don Mariano Balcarce y por su señora, doña Mercedes de San Martín y Escalada.

Es de suma importancia dejar debidamente acreditado lo que acabamos de puntualizar porque, siendo ésta la realidad, se seguiría, en consecuencia, que nuestro héroe, al no haber estado presente aquel día en su casa, nunca pudo ser quien exhibió el borrador de la carta, como tampoco pudo hablar del documento con Alberdi, cuyo texto, no obstante, apareció luego transcripto en su folleto "Biografía del general San Martín, acompañada de una noticia de su estado presente". De reflejo pierden también todo fundamento las patrañas sobre la existencia de cualquier tipo de superchería y de falsificación de cartas, según se insiste en decir en determinados círculos. Nuestro enfoque está indirectamente abonado por Pacífico Otero, quien expresa:

"Por mucho tiempo y hasta el presente háse creído que dicha carta fue confiada por San Martín (a Lafond) para lanzarla a la publicidad. De este antecedente, que **no responde a la verdad**, sacan partido ciertos historiadores para atacar a San Martín, generalizando la especie de que si a alguno correspondía proceder a su publicación, no era a él, sino a Bolívar, que había sido el destinatario".

Pero atengámonos a la recordada visita de Alberdi y vayamos a las pruebas de lo que nos proponemos demostrar. Como la única fuente conocida al respecto es la relación que hace el propio Alberdi en sus "Impresiones y Recuerdos", no resta otro recurso sino analizar paciente y minuciosamente lo que él mismo anotó durante los días de esa residencia en París. Su relato nos informa que el **primero de setiembre**, a las once de la mañana, estando él —Alberdi— en la casa de Guerrico, presentóse sorpresivamente el general San Martín; y que gracias a tan feliz circunstancia, pudo conversar con él y describir luego, con lujo de detalles en su diario de fecha 14 de setiembre, cuál era en esa época el estado del ilustre exiliado. Fue esa la única vez que lo vio, si hemos de atenernos a sus propias palabras. En efecto, al retirarse San Martín, dice concretamente Alberdi que **"en ese momento —día 1º de setiembre— se despedía** para uno de los viajes que hace en el interior de Francia en la estación del verano", lo cual nos permite asegurar que cuando, entre el 2 y el 14 de setiembre, Alberdi visitó Grand - Bourg **"invitado por Balcarce"** —esta afirmación la hace él mismo—, San Martín no se hallaba presente. Y así ha sido sin duda alguna porque, luego de relatar la llegada del convoy a Ris, agrega: "De allí a la casa del general San Martín hay una media hora, que anduvimos en carruaje **enviado en busca nuestra por el señor Balcarce**".

En el comentario de esta visita —de ahí la confusión— Alberdi no concreta si San Martín estuvo o no entonces. Pero, por la forma como habla de él, es evidente que el héroe **no estaba** en Grand-Bourg aquel día. Es indudable, también, que Alberdi tampoco vuelve a tratar a San Martín en el escaso tiempo de su permanencia en París, ciudad que Alberdi abandonó el 15 de octubre, pues de haberse encontrado de nuevo con él, lo hubiera destacado en su manual de viaje. Con quien realmente convivió Alberdi fue con Guerrico; y si bien probablemente frecuentó algo menos a Balcarce, lo recuerda en sus "Memorias" del 17 de octubre diciendo: **"Balcarce se ha portado conmigo tan fino, tan delicado como nadie"**.

Otra prueba de que San Martín estuvo ausente por largo tiempo de Grand-Bourg e inmediatamente desde aquel inesperado encuentro con Alberdi del primero de setiembre, es que este último en sus "Recuerdos" del 10 de octubre, di-



ce: "El domingo, antes de ayer, estuve convidado a comer en casa del general San Martín. Por la maldita fiebre falté a esta invitación". Convengamos que, el estar "convidado en casa de San Martín" —damos por descontado que la comida debió realizarse en París, en la casa de la calle Saint Georges—, no implicaba forzosamente comer **con** San Martín, ni significa tampoco haber sido convidado **por él**. Además, es difícil creer que Alberdi, ni ningún otro argentino en su lugar, hubiera dejado de concurrir si San Martín hubiese regresado entonces: máxime si consideramos que la fiebre no podía ser muy alta ni tan grave su enfermedad, desde el momento que pocos días después —el quince de octubre— partía para El Havre. Todas estas acotaciones y los antecedentes traídos a colación tienen por exclusivo objeto demostrar que Alberdi no tuvo oportunidad de dialogar con San Martín fuera de aquel encuentro casual en el domicilio de Guerrico; y por tanto, en ningún momento pudo Alberdi conocer por intermedio de San Martín el borrador de su famosa carta a Bolívar, ni tampoco sus juicios ya compuestos y aún inéditos sobre O'Higgins y La Mar.

¿Quién pudo, pues, haberle exhibido a Alberdi estos manuscritos? Evidentemente ningún otro que Balcarce; máxime si eliminamos también a Lafond, quien tampoco estaba en París en esa época. Obsérvese, además, que Lafond no publicó en su libro todo el material que le había preparado San Martín, el cual no obstante aparece en la publicación de Alberdi. Si se acepta, por otra parte, que Lafond hallábase a la sazón en Italia, no resta sino concluir que Alberdi tuvo conocimiento de estos juicios complementarios por una confidencia de Balcarce, quien se ocupó sin duda, también, de incorporarlos al apéndice del folleto de Alberdi, impreso un año después de haberse ausentado éste de Francia.

Cuando Alberdi dice: "Los documentos que a continuación... se publican **por primera vez en español**...", se refiere, obviamente, sólo a la carta del 29 de agosto y a los juicios de San Martín sobre Bolívar y Sucre, únicas piezas difundidas con anterioridad en francés por Lafond. Esos apuntes de Alberdi —escritos seguramente el mismo día o el siguiente de su viaje a Grand-Bourg— están pregonando a gritos que sólo desde entonces él está en conocimiento de su versión castellana, pero no como efecto de nuevos vuelcos del francés al español sino como resultado evidente de que su anfitrión —Balcarce— en el curso de su visita le había facilitado la lectura de los borradores.

Esta "**delicadeza**", esta "**fineza**" de Balcarce hacia Alberdi de **exhibirle** los papeles del archivo de San Martín, no debe considerarse como una infidencia de aquél hacia su padre político, pues —como acabamos de decir— la carta y dos de los cuatro juicios —sus opiniones sobre Bolívar y Sucre— ya figuraban traducidos en la obra "Voyages dans L' Amérique Espagnole", de la que se editaron en París varios miles de ejemplares.

Con esta interpretación, que es la única razonable, queda a salvo el ejemplar silencio de San Martín sobre los acontecimientos de Guayaquil, así como libre de toda sospecha de que haya violado la palabra empeñada y su respeto hacia Bolívar, fallecido hacía trece años.

Pero sigamos analizando los "Recuerdos" de Alberdi. Al retirarse "el gran hombre" de la casa de Guerrico —ese 1º de setiembre de 1843—, confiesa Alberdi: "Acepté y cerré con mis dos manos la derecha del que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y Perú". Con esta emocionada y demostrativa despedida, Alberdi traduce la certeza y a la vez su pena de que ya no volvería a verlo, en razón de la "tournée" que San Martín mismo anunció iba a emprender de inmediato. Nótese, además, que Alberdi describe al héroe al comienzo de sus "Memorias" del día 1º de setiembre y en el párrafo siguiente al del apretón de manos, descripción que no hace luego de su v i s i t a a Grand-Bourg, efectuada algunos días después. De esta jornada campestre, relata el viaje, habla de la casa y del jardín; describe las habitaciones y el gabinete de trabajo; menciona la espada y las pistolas inglesas "conque nuestro guerrero hizo la campaña del Pacífico". En una palabra, rememora las cosas y las personas con quienes alternó esa tarde. Cuando, al final de estas impresiones, cita nuevamente a San Martín, lo hace sólo para referir acontecimientos allí comentados, recordando distintas facetas de su conducta con respecto a Bolívar, al rey de Francia, a Aguado, al gobierno español y a los Arenales, pero no hace ninguna referencia a San Martín mismo o a alguna actitud o frase pronunciada por éste durante aquella jornada. ¿Por qué? Sencillamente, p o r q u e **San Martín no estaba entonces en Grand-Bourg**, adonde concurrió Alberdi acompañado por Guerrico e invitado por Balcarce y con evidente conocimiento de la ausencia del venerable abuelo y jefe de familia.

Detengámonos en la frase: "La fisonomía de la digna hija **recuerda** con mucha vivacidad la del padre". Al utilizar el verbo "recordar" está manifestando Alberdi que el dueño de casa, cuya fisonomía se parece a la de la hija, no estaba entre los allí presentes. De haber ocurrido lo contrario habría dicho "se asemeja", o hubiera hecho uso de algún otro vocablo que implicase la presencia de la persona en cuestión. El **v e r b o recordar** significa traer a la memoria, del olvido o de la ausencia, una persona o una cosa.

No olvidemos, tampoco, lo aseverado por Alberdi al comienzo de sus apuntes con referencia a San Martín —el primero de setiembre—, en lo de Guerrico. Dice así: "Rara vez o nunca habla de política. Jamás trae a la conversación sus campañas de Sud América". De haber estado el Protector en su casa aquel día, Alberdi hubiera aclarado con toda seguridad que dichas referencias le fueron relatadas por Guerrico, por Balcarce o por Merceditas. No lo hace, por cuanto, en razón de lo que escribe y de la manera en que se expresa, resulta concluyente, por sobreentendido, la ausencia de San Martín de Grand-Bourg.

Complementa **f i n a l m e n t e**

nuestro planteo esta otra declaración de Alberdi:

"No hay ejemplo —que nosotros sepamos— de que el general San Martín haya facilitado datos ni notas para servir a redacciones que hubieran podido serle muy honrosas; y difícilmente tendremos hombre público que haya sido solicitado más que él para darlas. La adjunta carta al general Bolívar, que parecía formar una excepción a esta práctica constante, fue cedida al señor Lafond, editor de ella, por el secretario del Libertador de Colombia".

Aquí, Alberdi está declarando implícitamente que con él tampoco se hizo una excepción a esta práctica constante y que las referencias anotadas no le fueron suministradas por San Martín, porque además, por añadidura, no se hallaba presente ese día.

En 1950 la Academia Nacional de la Historia editó un folleto, caratulado "Autenticidad de la Carta de San Martín a Bolívar del 29 de agosto de 1822", y en el correr de las colaboraciones que contiene —Ariosto D. González (págs. 53, 55 y 66), Alamiro de Avalo Martel (pág. 71), Ricardo Levene (págs. 95, 113 y 127), Raffo de la Reta (págs. 131 y 132) y Margaret Harrison (pág. 116)— dejan entrever unos y afirman concretamente otros que San Martín estaba en Grand-Bourg el día de la visita de Alberdi, y, asimismo, que fue el propio San Martín quien años antes había facilitado a Lafond el texto de la discutida carta, para su publicación.

Ninguno de los historiadores insinúa en el citado compendio que San Martín haya hecho lo mismo con Alberdi, en razón de que todos pensaban y piensan todavía que el texto de la carta a Bolívar lo retradujo Alberdi al castellano del divulgado en francés por Lafond. En esta suposición se está porque —sin promover investigación alguna— se da por cierto lo que erróneamente afirmó la "Revista del Paraná" (Nº 7, pág. 7) del año 1861, cuando en el Río de la Plata reprodujo en sus páginas el controvertido documento. Además, como estaba en pleno auge por esos días la equivocada tesis que sostenía la presencia de San Martín durante la visita de Alberdi, hubiera sido por demás impolítico —recordemos el juicio de Pacífico Otero— traer nuevamente a colación el hasta entonces poco claro proceder de nuestro adalid en lo que respecta a la supuesta entrega de la tan discutida carta. Errores todos en los que aún persiste la Academia Nacional de la Historia.

En consecuencia, se hace indispensable y urgente una declaración del Instituto Nacional Sanmartiniano sobre los asuntos aquí planteados. Declaración que traería como resultado un mayor apoyo a la tradicional doctrina argentina respecto a lo debatido por ambos Libertadores en su evidente "desencuentro" de Guayaquil, y pondría término, además, a las gratuitas y reiteradas denostaciones que vienen formulando con tanto descaro varias academias de América, al acusar a San Martín de haber sido el autor de una premeditada falsificación que, de ser ella cierta, echaría por tierra su indiscutible personalidad moral.

Infortunadamente estas calumnias continuarán proliferando mientras se mantengan caprichosa y desaprensivamente las erróneas afirmaciones: de que en 1843-44 se difundió por Europa un solo y mismo texto de la discutida carta; que ésta fue facilitada por San Martín a Lafond, quien la tradujo al francés y que, luego, fue inexplicablemente volcada por Alberdi, en una retraducción libre, al castellano. Y así seguirá aconteciendo mientras no se concreten las rectificaciones históricas correspondientes, por cuanto **con la vigencia de dichos postulados, el fraude del que se acusa a nuestro Libertador "podría en efecto" haber sido materialmente "factible" en su realización práctica propiamente dicha.**

En cambio, con una declaración estableciendo de una buena vez: que las dos reproducciones de la carta son copias, una del original y la otra del borrador; que San Martín no facilitó el borrador, ni a Lafond ni a Alberdi; que San Martín no estaba en Grand-Bourg cuando la visita de Alberdi; que Alberdi no retradujo texto alguno, y que, además, hallábase ausente de Francia, desde hace un año, cuando su libro fue dado a la estampa en París; se haría entonces insostenible la configuración de cualquier tipo de engaño, en razón de los muchos cómplices que habría precisado San Martín para coordinar en 1843 y desde París, el inaudito fraude, que consistiría en componer una carta y hacer creer a la opinión pública —al antidatarla— que la escribió y envió a Bolívar desde Lima el 29 de agosto de 1822. Si se insistiese, no obstante y a pesar de nuestras conclusiones, en las antiguas y ya superadas premisas, los exégetas bolivarianos de mala fe continuarán firmes en su postura, comprometiendo en la supuesta y execrable conspiración histórica no sólo a San Martín, Balcarce, Guerrico y a Alberdi, sino también a Mitre y a Sarmiento. Al primero, por haber tomado dicha carta como base del "renunciamiento sanmartiniano", y al segundo, por el aval dado a dicho documento en su "Memoria" presentada al Instituto Histórico de Francia en 1847, después de sus reiteradas visitas al Padre de la Patria durante su permanencia en París.

Si a todas estas conclusiones se agregan las de tantos historiadores antiguos y modernos, no sólo deberá reconocerse la existencia de la carta en su momento dado, sino que, en cuanto al firmante, a la fecha y al lugar de su data —"Lima, 29 de agosto de 1822"—, **es irrefutablemente legítima.**

Falta sólo que así lo admitan todas las academias de América, lo cual hasta el presente no acontece. Y no acontece —téngase esto por seguro— por faltar precisamente las rectificaciones que insistentemente venimos propugnando. Estas rectificaciones definitorias tendrán que hacerse algún día, por vía de las academias integradas por conciudadanos de quien en vida dio el ejemplo de un acto de humildad sin par en la historia, "dejando a su gran colega de Colombia la gloria de concluir la obra que él había casi llevado hasta su fin".

SAMUEL BAJARLIA (Capital Federal). — Con referencia al artículo "El Desencuentro de Guayaquil", nos escribe la siguiente carta:

Se sostiene en uno de sus párrafos una inexactitud que debo señalar en honor a la verdad histórica y que el autor, por causas que desconozco, no ha observado. Tal vez por falta de información pero que, si procede con espíritu crítico, debió pensar antes de referirse



al hecho. Pues en historia, como en política, antes de hacer afirmaciones hay que documentarse. Claro está que para ello es previo ese análisis crítico pues, si se escribe al compás de textos, se cae en el error.

Cuando se refiere a la batalla de Ayacucho, que sella la Independencia de América del Sur que comienza con San Martín, dice que en aquélla combatieron "argentinos, peruanos y colombianos". Se olvida el autor que los soldados chilenos se desangraron hasta Junín, en que participa sin mando O'Higgins. Y también después, vale decir, con los restos del cuerpo de chilenos que quedaron de esa batalla, pues la campaña comenzada por Bolívar registra 1.300 hombres.

Lo que debió señalar el autor, la verdad histórica, es que si bien oficialmente no estuvo representado ningún batallón de Chile, participaron aquellos restos y en especial —y eso es muy importante— oficiales de graduación que fueron sacados del Ejército Libertador para organizar el Ejército del Perú, habida cuenta que no fue óbice para ello la promesa de Bolívar a O'Higgins de asignarle un lugar en el Ejército. (Después de esto creo que los panegíricos laudatorios sobran en el artículo ante el alejamiento del Libertador por antonomasia, vale decir, del Protector del Perú.)

Esos jefes que contribuyen a la victoria desde el anonimato deben ser conocidos por el público que lee la revista para que no se lleve la impresión falsa de un ausentismo total, y son: comandante del Nº 2 del Perú, señor D. González; sargento mayor, José María Garzón; mayor de Artillería, Felipe Contreras; teniente de Húsares de Junín, Manuel Silva; teniente de Húsares, José Antonio Espina; ayudante mayor, José Riquelme; subteniente J. A. Rivas y los alférez de Húsares, M. Carreras y José Núñez. Y, reitero, numerosa tropa que no por consolidar un batallón desde el punto de vista militar, como cuerpo representativo, signifique que los soldados chilenos no participaron.

Por eso es que el día 26 de octubre de 1825, cuando el Libertador Bolívar, acompañado de Sucre y de los delegados argentinos generales Alvear y Díaz Vélez, ascienden a la cumbre del Potosí para dar por terminada la obra de la Independencia, son izadas en el histórico Cerro las banderas de ARGENTINA, PERU, COLOMBIA y CHILE. Que le hacen decir al autor: "Los chilenos estamos reconocidos por esa gentileza". Los Tres Grandes de la Emancipación de Sudamérica Hispana, p. 462, de Rojas Mery.

JORGE ALVAREZ ULIARTE (Capital Federal). — Nos envía una carta que reproducimos, por considerarla de interés:

Con respecto al artículo que firma Enrique de Gandía en el número 16 de vuestra revista: "La Vida Secreta de San Martín" y en el cual termina aseverando que San Martín era masón, un volteriano que sonreía frente a las ceremonias y a las creencias del catolicismo, me he decidido a escribir para contestar respetuosamente al señor Gandía que San Martín jamás fue masón, en el sentido en que se da hoy día a esta palabra, por la simple razón de que en su tiempo no existía la masonería en el sentido condenado y condenable de esta designación.

En tiempos de San Martín se entendía por masonería y por Logias ciertas agrupaciones políticas o sociales, y las había también antirreligiosas y con otros fines destructivos.

Hoy día ya hace tiempo que la Santa Iglesia ha condenado la masonería por sus fines anticatólicos (destrucción del altar, etc.).

Es verdad, San Martín perteneció a la Logia Lautaro pero esa Logia nada tenía de masónica, en el sentido de oposición al dogma católico de esta palabra. Lo que tenía de masónica eran algunas de sus formas externas y el secreto de sus componentes y de sus actividades.

Además, el ingreso a las Logias de Cádiz y de Londres, la fundación de la Logia Lautaro y cualquier otra intervención logista de San Martín, responde exclusivamente a su decisión de servir a la causa de la Independencia de su patria y de América de "cualquier" poder extranjero.

Además Mitre, gran maestro de la masonería argentina, afirma que "la Lautaro nada tenía que ver con la masonería"; esto es lógico, ya que los fines de la Lautaro eran únicamente políticos.

Con respecto al catolicismo o no catolicismo de don José de San Martín, podemos decir que es un asunto reservado al juicio de Dios y no es digno que los hombres demoren su turbia mirada de interés o de pasión en el alma del prójimo. Sin embargo podemos juzgar la conducta pública del general San Martín.

Podría traer a colación solamente el primer artículo del código de "Deberes militares y penas a sus infractores", redactado por San Martín:

1º) "Todo el que blasfemare del Santo Nombre de Dios o de su adorable Madre, e insultase a la Religión, por primera vez sufrirá cuatro horas de mordaza, atado a un palo en público, por el término de ocho días, y, por segunda vez, será atravesada su lengua con un hierro ardiente y arrojado del Cuerpo".

Semejante rigor, no exento de caridad en la justicia militar, no admite comentario alguno.

Además, se puede traer como prueba irrefutable contra lo dicho por el señor Gandía de que era "un volteriano que sonreía frente a las ceremonias y creencias del catolicismo", el hecho de que impuso la obligación de rezar el santo Rosario a la tropa, sus confesiones periódicas, y que puso bajo la protección de la Virgen a su Ejército Libertador.

Todo esto y mucha otra documentación prueba que San Martín ha sido un dechado y ejemplo de caballero católico, hispano y mariano.

JORGE OSCAR SULE (Capital Federal). — Nos envía una carta que reproducimos, por considerarla de interés:

Me quiero referir a algunos aspectos del extenso artículo "LA VIDA SECRETA DE SAN MARTIN" redactado por el historiador Enrique de Gandía y publicado por su revista.

El eminente historiador afirma que la certeza se logra con "la base de documentos indiscutibles", agregando categóricamente que "cuando esta do-

cumentación no existe todo lo que se supone es con seguridad un error".

No obstante esta afirmación, el señor de Gandía adhiere a Mitre cuando éste afirma, sin haber encontrado la partida de bautismo, es decir "cuando esta documentación no existe", que San Martín nació en 1778.

Pero como Mitre no tiene el documento indiscutible, el señor de Gandía debe volver sobre sus pasos y se ve obligado a precisar que esa omisión "no invalida las referencias que traen otros documentos". Redondea su pensamiento expresando que todos los intentos de demostrar que San Martín no ha nacido en 1778 han caído en el vacío por ausencia de documentos, como si hubiera un documento incontrovertible, el acta de nacimiento, que cierra posibilidad a toda duda, o no existieran "las referencias que traen otros documentos" y que él encuentra tan legítimas solamente cuando las aporta Mitre, que por otra parte son de segunda mano.

Este exclusivismo metodológico es inadmisible, porque pueden existir y existen "otras referencias documentales" que no pudo saber Mitre ni García del Río, que fue verdaderamente el primero en hacer alusión al año de nacimiento del Libertador en una pequeña biografía que se publicó en 1823. Así y todo la afirmación de García del Río no fue categórica, contentándose con decir que San Martín nació en Yapeyú "por los años de 1778". Esta afirmación que repitieron Gutiérrez, Sarmiento, Mitre y otros y ahora de Gandía, está definitivamente deteriorada.

El eminente historiador José Pacífico Otero ha publicado en su monumental obra "Historia del Libertador", la partida del bautismo de la hermana menor de San Martín y he aquí que María Elena de San Martín, nació según este documento indiscutible, el 18 de agosto de 1778. Imposible que el Prócer haya nacido en febrero de ese mismo año. Razones de orden biológicas se encargan de destruir la tesis del mitrismo en este tema.

Los documentos podrán violentarse, como las interpretaciones de los mismos, pero lo que no pueden violentarse son las leyes de la naturaleza, a no ser que el señor de Gandía revolucione la ciencia de la obstetricia demostrando que doña Gregoria Matorras sólo precisaba de cuatro, cinco, o seis meses para gestar en su seno y dar a luz con vida a sus hijos. San Martín no pudo por estas razones haber nacido a fines de febrero de 1778 y nos inclinamos con Pacífico Otero a darlo por nacido en 1777, en virtud de otras referencias documentales que en homenaje al espacio nos reservamos y que el señor de Gandía no tiene derecho a excluir porque sí nomás. Pero más lógico que Mitre en la técnica de la interpretación de los documentos por lo menos en lo que hace a este detalle, es Juan Pradere, ex director del Museo Histórico de Buenos Aires, que da y con muchos fundamentos documentales el año de 1781 como año de nacimiento del Libertador.

En otros aspectos el trabajo del señor de Gandía es valioso; por ejemplo el plan napoleónico para con América al que supone no sin fundamentos, enrolado a San Martín y sus conmilitones, como así también la irreverencia religiosa del Prócer. Esto no supone mi identificación con de Gandía, sino el reconocimiento hacia un planteo que hace con seriedad documental.

Pero al finalizar su trabajo vuelve a caer en un exclusivismo dogmático que por ello resulta inadmisible, máxime cuando sus últimas apreciaciones son suposiciones que "no están fuertemente documentadas". Efectivamente: hablando de San Martín concluye que "al final de su vida dedicó su sable a Rosas porque creyó que defendía la independencia de la patria". No pasa inadvertido para nadie que en esta frase se deja deslizar muy sutil y cazurramente, sin decirla, la idea de que la creencia de San Martín con respecto a Rosas era desacertada.

Hubiera sido más honesto que el señor de Gandía lo hubiera proclamado directamente, es decir, hubiera afirmado en ese escrito que Rosas no defendió la independencia nacional y que San Martín, por lo tanto, estaba equivocado.

Es claro que esto no lo hubiera podido demostrar con documentos, porque no solamente San Martín creyó y creyó bien que Rosas defendió la soberanía de la patria sino la posteridad toda, por testimonio de sus mismos enemigos y por la abrumadora documentación histórica que hoy se conoce.

De esta manera como el señor de Gandía sabe que no puede demostrar la equivocación de San Martín, prefirió dejarla insinuada en la elaboración de una frase equívoca. Con la misma ligereza afirma a renglón seguido que San Martín "no regresó nunca a la Argentina porque no podía soportar la atmósfera rosista, no era federal y además se le hacía irrespirable el ambiente católico de Buenos Aires". Tan rico en documentos en otros pasajes de su trabajo, acá no aporta ninguno para sostener esa tesis.

Es que esa tesis es indemostrable. Ella supervive en el prejuicio ideológico doctrinario liberal de ya muy contados historiadores, y no en los hechos reales que tienen en el documento la consagración definitiva de su veracidad.

Durante mucho tiempo y en virtud de una interpretación histórica realizada por un partido triunfante en Caseros, se aceptó como válida la idea de que el rosismo, entre otras cosas, configuró una época de oscurantismo católico reaccionario y ultramontano: esta idea que trae aparejadas imágenes de hogueras inquisitoriales y visiones tenebrosas no está fundamentada en aporte documental serio, aunque ella supervivió por algún tiempo en los delicados y sensibles espíritus liberales y sólo perdura en aquellos que quieren seguir siendo más fieles a ese prejuicio ideológico que a los aportes documentales que tanto reclama el señor de Gandía.

Y aquí va uno. El 5 de agosto de 1838 desde Grand-Bourg, San Martín le escribe a Rosas en estos términos:

"Excmo. señor capitán general D. Juan Manuel de Rosas.

"Muy señor mío y respetable general:

"He visto por los papeles públicos de ésta, el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país, ignoro los resultados de esta medida, si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano: pero en mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, si usted me cree de alguna utilidad, que espere sus órdenes, tres días después de ha-



berlas recibido me pondré en marcha para servir a la patria honrosamente, en cualquier clase que se me destine. Firmado JOSE DE SAN MARTIN".

Es decir que San Martín no solamente soporta la atmósfera rosista, sino que pide estar a su servicio, porque en ese momento por lo menos, la atmósfera rosista significaba la independencia y soberanía nacional. ¿Cómo compagina el señor de Gandía este documento con su afirmación anterior? Pero hay otros documentos tan terminantes como éste que llegado el momento pueden publicarse. Pero supongamos por un instante que el señor de Gandía haya ignorado ese documento, en donde se expresa la voluntad y el deseo de San Martín de volver a su patria en épocas de Rosas; ¿puede un historiador explicar sin más la inmovilidad de San Martín en Europa solamente porque no lo supone partidario del régimen de su patria? ¿Acaso no volvieron otros del extranjero que inclusive se habían declarado expresamente antirrosistas?

Nos parece pueril y pobre este argumento. (Otros intentaron demostrar aunque infructuosamente el no federalismo de San Martín, pero con argumentos más convincentes.)

Además, la simplificación argumental y la brevedad de su exposición se nos ocurre un gesto apresurado por correr un telón que quite visualidad a un interior rico en sugestiones interpretativas. Esta simplificación por supuesto que no es ni sería ni metodológica. Por supuesto que si ser federal para de Gandía significa integrar la Mazorca, pertenecer a alguna montonera, o ser asesinado por Rivadavia, Sarmiento o Mitre, es cierto que San Martín no puede ser considerado federal; no podemos simplificar este tema a esa fácil ecuación porque el tema tiene miga y merece una honda dilucidación que ahora por razones de espacio no puedo desarrollar. Pero si solamente tenemos en cuenta algunos detalles, como por ejemplo el hecho que San Martín ya el 8 de octubre de 1812 le hace una revolución a hombres que posteriormente militarían en el unitarismo; si les desobedece como les desobedeció cuando le ordenaron que bajara con su ejército para librarlos del asedio federal; si se exilia no solamente por el "desencuentro" de Guayaquil sino por la persecución de que es objeto por parte del unitarismo (está demostrado en parte en otro artículo de su revista); si no les ofrece sus servicios al unitarismo durante la guerra del Brasil, porque "con un hombre como éste al frente de la administración (Rivadavia), no creí necesario ofrecer mis servicios en la actual guerra contra el Brasil y por el convencimiento en que estaba de que hubieran sido despreciados" (carta de San Martín a O'Higgins del 20 de octubre de 1827); si se embarca de regreso a su patria cuando cree que los unitarios ya no están en el gobierno; si cuando llega no desembarca, desencantado por la crisis y la anarquía desatada por el unitarismo que a través de Lavalle se había enseñoreado nuevamente en el escenario nacional fusilando al federal Dorrego; si al unitarismo lo califica como "despreciable", "infernal", "desastrosa" (administración) y al jefe del unitarismo o sea al señor Rivadavia lo califica como "malvado, innoble persona" y otras lindezas por el estilo; si por el contrario fueron los federales los que lo buscaron para hacerlo jefe de su Movimiento, lo asistieron en los momentos en que San Martín era miserablemente perseguido, y observamos que San Martín le ofrece a Rosas sus servicios que no los había ofrecido a los unitarios; que tiene un nutrido intercambio epistolar con Rosas y a pesar de escuchar las versiones furiosamente antirrosistas le lega a éste su sable; si ante la amenaza de una expedición punitiva de desembarco contra la Confederación de Rosas, San Martín elabora un documento que tiene repercusión en Europa, en el que demuestra que será inútil toda invasión no solamente por razones geográficas, sino porque "bien es sabida la firmeza de carácter del jefe que preside a la República Argentina... y el ascendiente que posee...", etc., prestando de esta manera otro servicio al país, mientras los unitarios lo traicionaban uniéndose con los agresores; y si tenemos en cuenta que cuando San Martín arriesgó una actitud y fueron varias, y cuando expresó algún juicio y fueron varios, no fue para identificarse con el unitarismo y sí para apuntalar el federalismo, no ya por una alineación facciosa partidista sino porque el federalismo era la corriente política que más afinidad tenía con sus convicciones y más celo demostraba por la independencia nacional, objeto supremo de su epopeya y de sus desvelos; si podemos documentar todo esto es evidente que estamos constatando una preferencia de San Martín por los federales, sin dejar de reconocer sus excesos y errores.

Aun sin tantas referencias documentales es explicable esta preferencia del Libertador, y se pudiera afirmar teniendo en cuenta el hecho de que los federales nada apetecieron tanto como la soberanía nacional, conciliándose esta filosofía con la del Libertador, que consideraba también la libertad de todo sometimiento extranjero el paso primero y fundamental. Por el contrario, los unitarios nada ambicionaron tanto como el progreso material de la patria, sin importarle mucho la Independencia, Soberanía o Libertad nacional, primer bien que da sentido a los demás bienes jurídicos, culturales y materiales. El mismo San Martín, en orden a este tema resume magistralmente su pensamiento cuando expresaba: "Seamos libres y lo demás no importa nada". Me reservo para otra oportunidad, porque las afirmaciones del señor de Gandía no dan para más, mayores aportes documentales.

Pero no resisto la tentación de transcribir una carta del unitario Félix Frías a su correligionario V. Alsina, en donde hace referencia a las predisposiciones y preferencias de San Martín: "Como militar fue intachable, un héroe, pero EN LO DEMAS ERA MUY MAL MIRADO POR LOS ENEMIGOS DE ROSAS. Ha hecho un gran daño a nuestra causa (unitaria) con sus prevensiones casi agrestes y cerriles contra el extranjero. Era de los que en la causa de América no ven más que la independencia del extranjero sin importárseles nada de la libertad (derechos individuales) y sus consecuencias...

Nos ha dañado mucho fortificando allá (Europa) y aquí LA CAUSA DE ROSAS, CON SUS OPINIONES Y SU NOMBRE; y todavía lega a Rosas tan luego su sable. ESTO ATURDE, HUMILLA E INDIGNA... PERO MEJOR ES NO HABLAR DE ESTO..." Esto es una confesión sin desperdicio. El unitario se queja de que el Libertador ha apuntalado la política de Rosas "allá y aquí" a tal extremo, que "lega a Rosas tan luego su sable" y concluye abrumado con esta frase: "ESTO ATURDE, HUMILLA E INDIGNA", retirándose en derrota con estas sugestivas palabras: "PERO MEJOR ES NO HABLAR DE ESTO". Esta apabullante confesión de un unitario de aquella época es la mortaja definitiva en donde yace sepultada la interpretación de una historia que el señor de Gandía comparte en su aspecto y lineamiento general, aunque discrepe en algunos detalles que no modifican el sentido colonial de su mensaje.

En otras épocas este escrito que puede titularse SAN MARTIN ¿1778 ó 1777, UNITARIO O FEDERAL?, no hubiera encontrado, estoy seguro, ningún auspicio en ninguna publicación, pero como su revista ha sabido eludir la mordaza de una interpretación dogmática y de monólogo, convencido estoy que el silencio no será esta vez la respuesta a mi discrepancia.

Lo saludo con la consideración más distinguida.

CAYETANO VILLANUEVA (Capital) — Nos envía una carta que, por considerar de interés, transcribimos a continuación:

Escribo a ustedes a raíz del artículo sobre Francisco Canaro aparecido en el Nº 17.

Excelente el mismo, simpático, emotivo, pintoresco, que pudo ser extraordinario a no ser por ciertos detalles que, sintéticamente, paso a enumerar:

1º) El título recuerda "700 tangos". Si no todos ellos, por supuesto, es desconcertante que el señor Piernes no haya citado por ejemplo, a "Cara sucia", "El alacrán", "El chamuyo", "Te quiero", "La brisa", "La Tablada", "Charamusca", "Envidia", "Casas viejas", "Yo también soñé", "El pollito", "El Tigre Millán", "Tiempos viejos", "La última copa", "Destellos", "Nueve puntos", "Nobleza de arrabal"... Asimismo, el fantástico compositor y director creó valses, milongas, marchas, rancheras, tangones, etc. ¿Por qué dejar en silencio títulos como "El jardín del amor", "Yo no sé qué me han hecho tus ojos", "¿Dónde hay un mango?", "La ribera", "Me enamoré una vez", "Vibraciones del alma", "Allá en el monte", "Corazón de oro"...?

2º) Un vacío imperdonable en el autor. Si bien "La muchachada del centro" y "El muchacho de la orquesta" son comedias por él mencionadas, hubo otras dos que marcaron época: "Rascacielos" y "La canción de los barrios". ¿Qué pasó con ellas? Y también quedaron en el tintero las temporadas de folklore y tango sinfónico de Radio El Mundo, donde Canaro pasaba gallardamente de "Mulita" y "Pericón Nacional" a "Pájaro azul" y "Halcón negro"...

3º) Faltó perspectiva histórica al no nombrar a otras orquestas, a otros cantantes. Entre los directores Francisco Lomuto (durante largos años luchó fraternalmente por desbancar a "Pirincho" del primer puesto popular, sin lograrlo); Roberto Zerrillo, Edgardo Donato; al mismo Firpo se le nombra como si simultáneamente hubiera triunfado y desaparecido; Maglio Pacho, Di Sarli, Antonio Sureda, etc. Entre los cantantes no veo a Alberto Gómez, Corsini, Magaldi, Devin, Lamarque, Simone, Tania, Dorita Davis, Virginia Doris, Rosita Quiroga... Y lo más inexplicable: Ada Falcón, que no sólo llenó una página grande del tango, sino que, inclusive, durante muchos años estuvo unida artística y sentimentalmente al maestro. Rogaría al señor Piernes que, de serle posible, me conteste a qué se debió tal anomalía y, más aún, qué se hizo de esa maravillosa cancionista y si todavía vive.

4º) En la foto que, según la aclaración, están Charlo y Sabina Olmos, me parece que no es ésta la que aparece a la derecha de Canaro, sino Nelly Omar. Y creo que también están Chola Luna y Lolita Torres. ¿Me equivoco?

5º) El más célebre cantor de Canaro fue Ernesto Famá. Y sólo es nombrado de pasada, y encima "incompleto"... Tampoco se cita a Francisco Amor, lo que también es muy injusto. En cuanto a Maida, supongo que aquí se le quemaron los papeles al señor Piernes, ya que o mucho me engaña la memoria o el cantor de "Pirincho" fue Roberto, y no su hermano Antonio.

6º) Desde la diligencia hasta el hombre en la Luna... De acuerdo, más, ¿qué ocurrió en Buenos Aires y en la Argentina en tan prolongado lapso? Salvo hablar de la caída de Yrigoyen y la aparición de los "caños" en Puerto Nuevo, hechos importantísimos, pero no únicos, el señor Piernes calla cien episodios que, sin alargar en demasía su artículo, nos hubiesen "ubicado" realmente en las épocas progresivamente evocadas, y entendido mejor el sentido homenajístico de la nota.

Felicitaciones a TODO ES HISTORIA, con mis mejores deseos de prosperidad.

EDELMIRO A. CORREA FALCON (Capital Federal). — Nos envía la siguiente carta, que por considerar de interés, la transcribimos:

Tengo a la vista las páginas tituladas "Lectores amigos" del número de la revista correspondiente al mes de setiembre corriente, en las que se transcriben las cartas que he dirigido a usted para aclarar erróneos conceptos vertidos en la colaboración "Los Vengadores de la Patagonia Trágica". Los comentarios que han sugerido mis cartas a esa redacción, no desvirtúan los hechos que he puntualizado en ellas. No podemos manejarnos con sofismas, señor Director, que inducen a equivocadas interpretaciones; es necesario exponer los hechos con verdad, para que el lector los juzgue con acierto y no sobre las fantasías expuestas con suspicacia. Lo equívoco y lo evasivo no pueden tener cabida en estos asuntos que ya son historia.

Voy a referirme a todos los párrafos donde la verdad está ausente en "Lectores amigos":

a) "Los dos, Pozzo y Correa Falcón, habían sido nombrados por Yrigoyen creyendo que le iban a ser fieles". ¿Fieles a qué o a quién? No fuimos a Santa Cruz para practicar política partidista. La misión fue desempeñada con corrección, ajustada a las leyes del país y, desde luego, aprobada por el Ministerio del Interior. Lo prueba así el hecho de que se me designara para ocupar la Gobernación interinamente y en ella estuve muy cerca de los dos años, pese a mi expresado deseo de que se me rele-



vara de ese cargo. Al abandonarlo en manos del señor Iza, el Ministerio me dirigió una nota, fechada el 5 de febrero de 1921, en la que se puede leer este párrafo: "En esta oportunidad me complazco en expresar a usted las gracias por los servicios prestados con dedicación patriótica en el desempeño de la comisión que el Ministerio le encomendó". Esa nota lleva el Nº 784 del Ministerio del Interior, Dirección Territorios Nacionales.

b) Sin duda, el general D. Elbio Carlos Anaya, que es mi amigo y ex condiscípulo, no puede haber dicho que el teniente coronel Varela tuviera una entrevista conmigo antes de iniciar su primera campaña pacificadora. Si tuvo una entrevista con el gobernador, habrá sido con el titular, señor Iza. En todo caso, confirmo categóricamente que la supuesta entrevista del teniente coronel conmigo no tuvo lugar, ni me pidió ni le di informaciones. Esta es la verdad de los hechos.

c) Al tenerse conocimiento de los hechos ocurridos en El Cerrito, el 1º de enero de 1921, dirigí la siguiente proclama a la población, según consta en el ejemplar que conservo en mi archivo: "Ciudadanos: La situación creada por los desmanes de elementos disolventes, hace necesaria la unión de los hombres respetuosos de las leyes y de las libertades que acuerda la Constitución Nacional. No se trata en este caso de un movimiento obrero, hay algo más grave: una subversión del orden y de todos los principios de equidad y justicia. Sujetos sin patria y sin ley, asesinan cobardemente en la campaña a honestos trabajadores y a meritorios servidores del país; estos hechos no han podido ser ejecutados por obreros, ellos son cometidos por gente maleante que aprovecha las circunstancias para dar rienda suelta a sus instintos criminales. Para reprimir y evitar la repetición de estos hechos vandálicos, es necesario que se organicen los ciudadanos honrados. La tranquilidad del territorio exige el concurso de todos los hombres sanos de espíritu que habitan en él y tengo la seguridad de que han de responder amplia y satisfactoriamente a esta invitación. El honor, la vida y los bienes de los pobladores no pueden quedar a merced de desalmados mentecatos. Velemos, pues, por el respeto a nuestra Constitución y a nuestras leyes y mantengamos alto, la sagrada enseña de la patria. Río Gallegos, enero 4 de 1921. (Fdo.:) E. A. Correa Falcón-Gobernador Interino". Tres días antes, el 1º de enero, los revoltosos habían asesinado a mansalva, en El Cerrito, al ciudadano Rodolfo Senecovic, al sargento de policía Tomás Sosa, al cabo Ernesto Marcelino Bosano y al gendarme Juan Campos e hiriendo gravemente al subcomisario Micheri y al gendarme Millán Temperley. Desde luego, la proclama no tenía nada que ver con los obreros, como es fácil advertir leyéndola.

d) No merece nuevas referencias, pues mi carta del 21 de julio ppdo. ha dejado bien aclarado este punto. También en el punto d) fue perfectamente establecido que la Sociedad Rural de Río Gallegos no aconsejó nunca el desconocimiento del convenio subscripto con la F.O.R.A. Es posible que algunos hacendados hicieran caso omiso de lo convenido, pero fueron ellos casos aislados de los cuales no se puede responsabilizar a la entidad que los agrupaba. Es verosímil que el doctor De Tomaso haya magnificado y generalizado esas infracciones al convenio, porque así convenía a su política de opositor, de socialista y a pesar suyo, de defensor de los comunistas de la Patagonia.

e) Lo dicho en mi carta anterior: jamás circuló moneda chilena en el territorio de Santa Cruz. Al referirse la F.O. R.A. al pago en moneda argentina, quiso significar que no se hiciera en vales, como fue costumbre en algunas estancias, que los daban a sus trabajadores en pago de haberes sobre casas de comercio de las poblaciones donde tenían crédito. Pero la mayoría de los hacendados pagaba a su personal con cheques al portador sobre las sucursales de los Bancos de la Nación, del Anglo-Sudamericano (después Londres y América del Sud) o Chile y Argentina, siempre en moneda argentina, como puede atestiguarlo cualquiera que haya estado en aquella época en el territorio de Santa Cruz.

f) La Liga Patriótica Argentina, que en su hora contribuyó a evitar el caos en nuestro país, no reclutaba sus adherentes por la fuerza, sino que empleó la persuasión en todos los casos y en la sede de Río Gallegos, un maestro enseñaba a leer y a escribir a los adultos que así lo deseaban.

Una sola vez he hablado con el activista Antonio Soto y fue en oportunidad que le concedí una audiencia en la Gobernación, a él y a otros miembros de la F. O. R. A. que le acompañaban. Soto aprovechó la audiencia para exponer su ideario, totalmente identificado con las teorías de Carlos Marx.

Después de las revueltas del año 1921, cuando las fuerzas armadas se dirigían al lago Argentino, Soto huyó a Chile por el paso del Centinela y, según sus correligionarios, se llevó los fondos de propiedad de la F.O.-R.A. Por este hecho, cierto o supuesto, sus pares lo acusaron de traidor a la causa obrera.

Quedo en la creencia de que mis informaciones serán útiles para rectificar errores, muy generalizados con respecto a los sucesos de 1921 en Santa Cruz.

Hago propicia la oportunidad para saludarlo muy atentamente.

TODO ES HISTORIA Nº 18. OCTUBRE DE 1968. Editores responsables: HONEGGER S.A.I.C. Director: Félix Luna. Redacción, administración y talleres: México 4286. Teléfonos: 90-9118 (redacción) y 90-8354 (administración). Registro de la Propiedad Intelectual Nº 928451. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribución interior y exterior: SADYE S.A.I.C., Belgrano 355, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO — TARIFA REDUCIDA — CONCESION Nº 8240


EN SU BIBLIOTECA NO DEBE FALTAR
TODO ES HISTORIA
LA SEMANA TRAGICA
VIDA Y MUERTE DEL ULTIMO SERVICIO SECRETO DE PERON
Regale a sus amigos, a sus hijos, a sus compañeros de trabajo, la colección de los seis primeros números de TODO ES HISTORIA encuadernada a todo lujo. Pídala personalmente o por correo a HONEGGER S.A., México 4256 con cheque o giro postal por $ 1.250 (franqueo incluido). ¡Una lectura para toda la vida!

TODO ES HISTORIA

$150

EL TESORO DEL VIRREY SOBRE MONTE

ARGENTINA SOBRE DOS MARES

OBLIGADO: LA BATALLA DE LA SOBERANIA


¿Se fijó
en la probeta?
Tal vez no. La mayoría de la gente se fija en los resultados, no en la investigación previa. ESSO, sin embargo, va más allá de los resultados ya obtenidos, buscando satisfacer hoy las exigencias de mañana. Así, en los laboratorios ESSO de todo el mundo, se realizan cuantiosos esfuerzos tecnológicos, para que usted pueda disfrutar permanentemente de más y mejores resultados, al utilizar cualquier producto derivado del petróleo. Y ESSO puede hacer mucho más aún, si se aprovechan sus recursos y su experiencia internacional para beneficio de la comunidad argentina. Porque ESSO sí se fija en la probeta... y en bastantes otras cosas.
Esso
acerca el mañana



Viaje



eficientemente



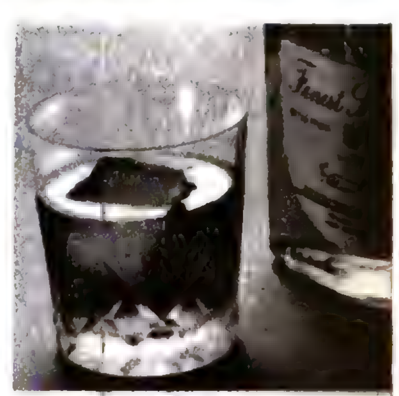
aromáticamente



velozmente



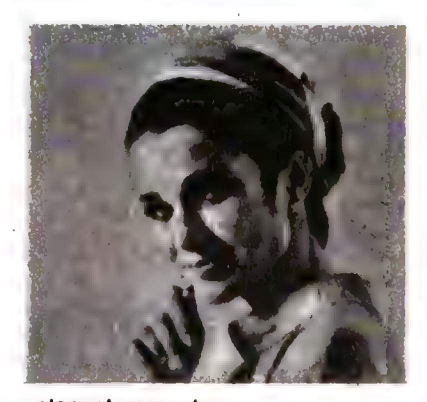
puntualmente



espirituosamente



pantagruélicamente



placenteramente



por Austral: 42 - 3411

Nuestros vuelos son siempre de cabotaje, pero el servicio es de nivel internacional. Benefíciese consultando nuestros planes de créditos y tarifas especiales con descuentos entre el 25 y 50 %. Cuentas personales y créditos hasta en 12 meses. Su agente de viajes lo sabe, consúltelo!

Austral vuela a: Bahía Blanca - Bariloche - Com. Rivadavia - Córdoba - Mar del Plata - Mendoza Montevideo (Uruguay) - Neuquén - Puerto Montt (Chile) - Río Gallegos - Trelew - Villa Mercedes.

Tenga el placer de viajar en el Jet BAC One Eleven de Austral

Una compañía argentina de nivel internacional

AUSTRAL

Reservas: Tel. 42-3411 al 19 (durante las 24 hs.)
Informes: Tel. 44-0017/8/9 y 10 (durante las 24 hs.)
Servicio de Carga Aérea: Tel. 30-7703 y 773-2304



HACE algo más de un mes se realizó en Buenos Aires una reunión que merece señalarse en su significación. Fue un Congreso —el primero— sobre historia de los barrios porteños. Es importante que se intente dar organicidad a los trabajos dispersos que se venían llevando a cabo, para reconstruir el pasado de las diferentes zonas de la ciudad. Pero lo significativo de la reunión es que, de alguna manera, se ha inaugurado el reconocimiento de una dimensión histórica total a la Capital de la República.

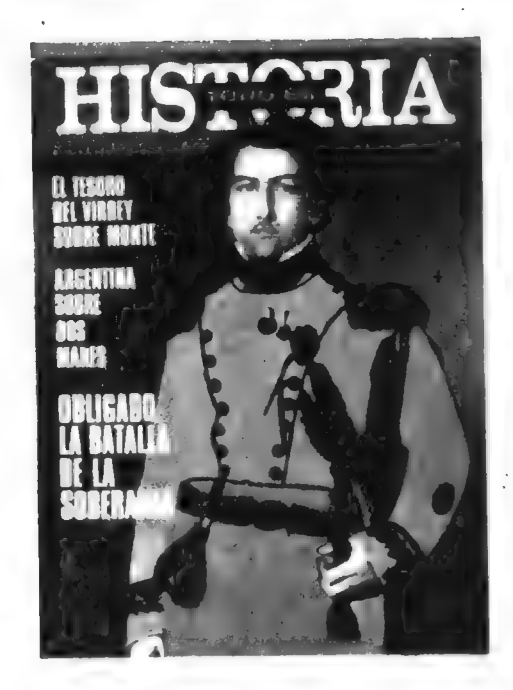
Hay barrios porteños que se jactan de tener una rica historia: San Telmo, Montserrat, Barracas, la Boca, Flores, Belgrano, Palermo, Mataderos, constituyen centros con un estilo, una tradición y un pasado propios. Pero la totalidad de Buenos Aires, la ciudad de aire moderno y cosmopolita, parecía cargar con una suerte de "complejo de modernidad". La historia empezaba más allá de la avenida General Paz: para tener la sensación de lo histórico había que llegar a las viejas ciudades del interior, a las vetustas iglesias, a las casas coloniales, a los lugares asociados con los nombres de batallas, sublevaciones o pactos civiles. Eso se creía hasta ahora.

Y no es así. Porque la historia no está necesariamente contenida en lugares viejos. También es historia el barrio que se fue levantando, lote a lote, casita a casita, con el esfuerzo anónimo de miles de habitantes, argentinos y extranjeros, o cualquier lugar donde el hombre haya dejado la impronta de sus pasiones, sus trabajos y sus esperanzas. Hay una tendencia a confundir historia con vejez. La historia está contenida en el tiempo, naturalmente, pero no hay nada que requiera el espaldarazo del tiempo para adquirir categoría histórica: es el hombre mismo el que ennoblece las cosas, confiriéndoles trascendencia y significado.

Buenos Aires, síntesis de la Nación, formada con el aporte de todo el país, es también sede de la historia. No solamente porque en su ámbito hayan ocurrido los hechos más importantes de nuestro acontecer político, sino porque la ciudad es, por su sola virtualidad, un testimonio básico de la vida argentina. Aun en los barrios más nuevos, en las zonas más ajenas a lo que aparentemente tiene carácter histórico. No son, pues, solamente los barrios tradicionales de Buenos Aires los que deben asumir la tarea iniciada por el Congreso de Historia de los Barrios Porteños. Deben hacerlo todos, cada uno en la dimensión que le es posible, pero todos con la convicción de que constituyen un pedazo significativo de la historia general.

El interés por el pasado se da en todo el país y se corresponde —como lo hemos dicho en otra ocasión— con las diversas manifestaciones de interés por el país mismo. Que Buenos Aires cobre conciencia de su esencia histórica es algo importante, porque la coloca en la misma tónica que el resto de la Nación. Sea, pues, bienvenida, esta primera expresión orgánica que hace a la reconstitución de la ciudad Capital en su fisonomía histórica.

EL DIRECTOR



La batalla de Vuelta de Obligado fue la prueba suprema de la unidad nacional contra el atropello de las potencias más poderosas de Europa; recordar el episodio y la figura de su protagonista, Lucio Mansilla, es un deber de patriotismo.

TODO ES HISTORIA

REVISTA MENSUAL DE DIVULGACION HISTORICA

> *"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir..."*
>
> **(CERVANTES, Quijote, I, IX)**

AÑO II - Nº 19 — NOVIEMBRE DE 1968

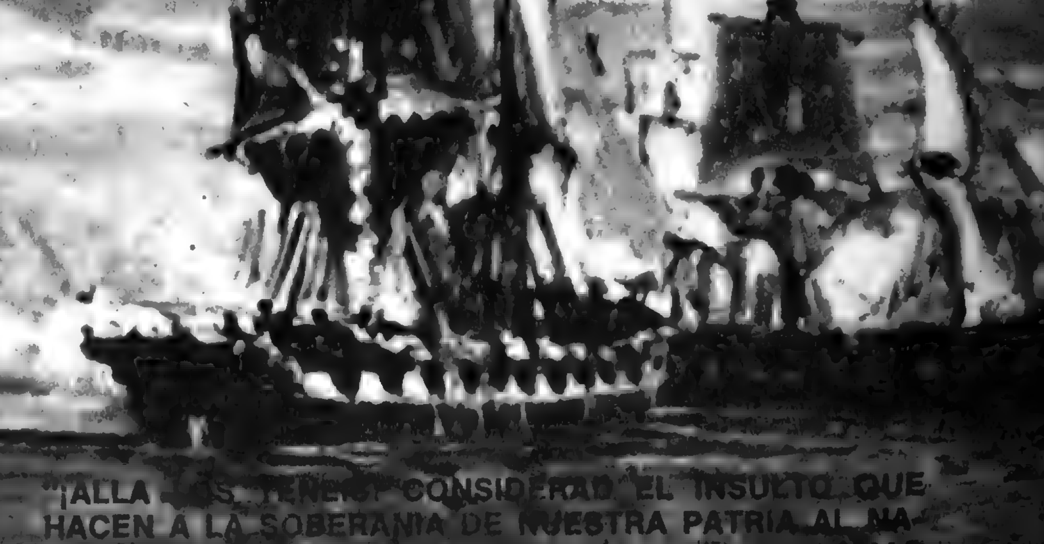
EDITOR: Honegger S. A. I. C.
DIRECTOR: Félix Luna

Redacción:
MEXICO 4256

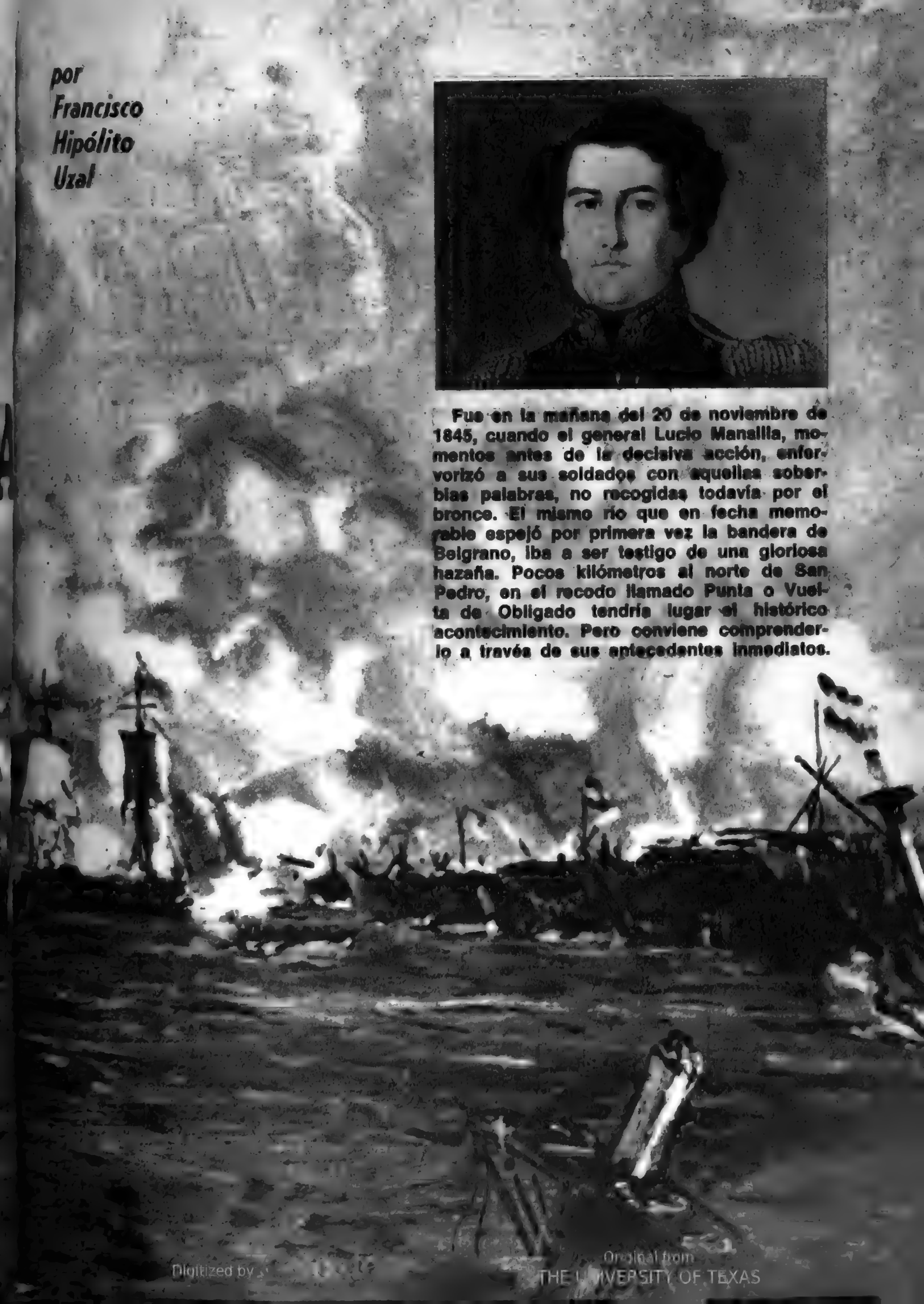
SUMARIO

Y TAMBIEN

LA BATALLA DE LA SOBERANIA



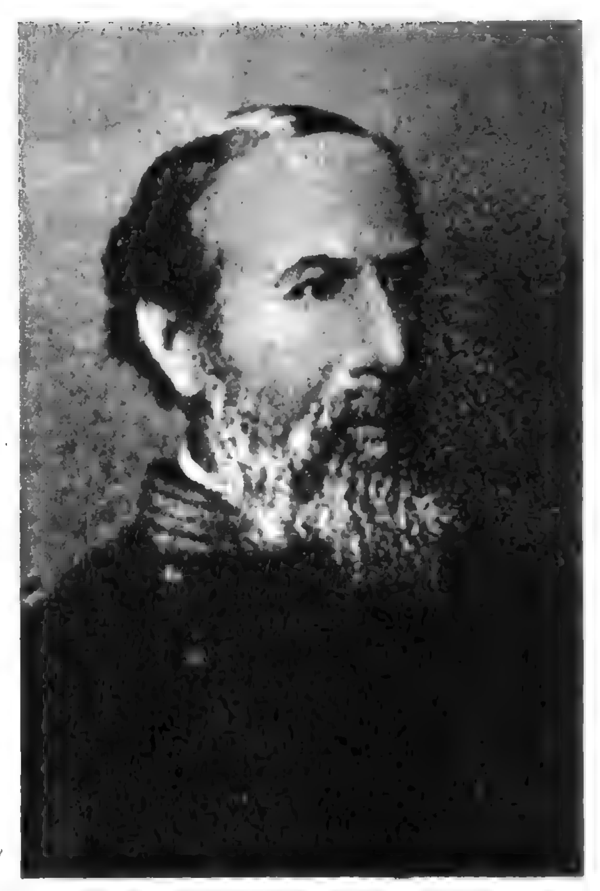
"¡ALLA LOS TENEIS! CONSIDERAD EL INSULTO QUE HACEN A LA SOBERANIA DE NUESTRA PATRIA AL NAVEGAR, SIN MAS TITULO QUE LA FUERZA, LAS AGUAS DE UN RIO QUE CORRE POR EL TERRITORIO DE NUESTRO PAIS.
¡PERO NO LO CONSEGUIRAN IMPUNEMENTE! ¡TREMOLA EN EL PARANA EL PABELLON AZUL Y BLANCO Y DEBEMOS MORIR TODOS ANTES QUE VERLO BAJAR DE DONDE FLAMEA!"
CUANDO LA BANDA COMENZO LOS ACORDES DEL HIMNO, ESTE FUE COREADO CON INENARRABLE EMOCION. NUNCA SE DIJO CON TANTA FU[illegible] ULTIMO VERSO DEL ESTRIBILLO: "¡O JU[illegible] MORIR!"



por Francisco Hipólito Uzal

Fue en la mañana del 20 de noviembre de 1845, cuando el general Lucio Mansilla, momentos antes de la decisiva acción, enfervorizó a sus soldados con aquellas soberbias palabras, no recogidas todavía por el bronce. El mismo río que en fecha memorable espejó por primera vez la bandera de Belgrano, iba a ser testigo de una gloriosa hazaña. Pocos kilómetros al norte de San Pedro, en el recodo llamado Punta o Vuelta de Obligado tendría lugar el histórico acontecimiento. Pero conviene comprenderlo a través de sus antecedentes inmediatos.

LA BATALLA DE LA SOBERANIA



Alvaro de Alzogaray, defensor de las baterías de Obligado.

EL IMPERIALISMO EN MARCHA

No se crea que el intervencionismo anglo-francés en el Plata es un hecho aislado y eventual, derivado de la "mala conducta" de un dictador sudamericano, a quien aquellas naciones querían encarrilar. Se parcializaría el problema y, en última instancia, se incurriría en una ingenuidad. Lo nuestro es sólo una parte de un todo coherente y claro, y si nos detenemos un instante en la época, resultará fácil advertirlo.

El siglo XIX es el momento histórico de la expansión colonialista europea. Desde sus albores el desarrollo industrial determinó a las potencias de primera línea —léase Inglaterra y Francia— a embarcarse en una desenfrenada carrera de conquistas territoriales, y de mercados internacionales.

El Lejano Oriente, Oceanía y luego Africa, fueron los objetivos donde, paradójicamente, los instrumentos civilizadores de la ciencia y la técnica se usaron para servir a la prepotencia, con agravio de los derechos humanos más elementales.

América latina, a pesar de su reciente independencia política, era una presa fácil y apetecible. Su suelo producía generosamente las materias primas necesarias para alimentar a muchos millones de hombres, y el algodón y el tabaco, entre otros productos, prometían un tráfico de perspectivas brillantes. Los pretextos para desencadenar una guerra de conquistas pueden tomar una forma "sui generis": lo fundamental era el resultado.

Eso creyeron, al menos, después de su acción en San Juan de Ulúa, Méjico, frente a Veracruz. En efecto, una futileza dio pie a que naves de guerra francesas destruyeran a cañonazos la fortaleza de dicha ciudad. ¿Motivo? Unos soldados mejicanos cometieron la travesura de comerle unas golosinas a un confitero francés sin pagarle: ¡agravio al honor de la Francia! Y la bárbara reacción bélica.

Fue para esa época —1838— cuando precisamente Francia da comienzo a su primer bloqueo contra nuestro país. También por motivos insignificantes e injustificados, como el apresamiento de algún francés incurso en delitos comunes; el servicio de milicias que otros extranjeros prestaban sin inconvenientes, originó una insolente reclamación del vicecónsul en Buenos Aires, Aimé Roger. El gobierno de la Confederación desestimó el apremiante "ultimátum" del funcionario, desconociéndole personería, por no ser diplomático. El funcionario se ve obligado a pedir sus pasaportes. Llega en seguida la poderosa escuadra, y el francés escribe, ya desde Méjico, a su país: nada mejor que "infligir a la invencible Buenos Aires un castigo ejemplar que será una lección saludable a todos los demás Estados americanos. La partida está empeñada y toda la América abre los ojos: corresponde a Francia hacerse conocer si quiere que se la respete".

Pero en el Plata no se repitió la hazaña de San Juan de Ulúa. A pesar de algunos unitarios en el exilio, la mayoría de ellos repudió el bloqueo y el pueblo estrechó filas en torno a su gobierno, en la emergencia.

Es en ese momento cuando San Martín escribe su primera carta a Rosas, haciendo mérito de la firmeza de su actitud y ofreciéndole su colaboración desinteresada. Epílogo: ante todos los pueblos americanos, robustecidos así en su soberanía, la gran potencia europea resigna sus pretensiones y se firma el tratado Mackau-Arana, resonante triunfo del gobierno de Buenos Aires. La lección, sí, pero a favor de la causa de América. Cuando se le respondió a Francia que "el gobierno estaba dispuesto a defender la independencia, aun al precio de la ruina del país", los franceses comenzaron a entender. Y a respetar... Pero los dirigentes unitarios de Montevideo no disimularon su despecho y su prensa, encabezada por "El Nacional", lo demostraba con elocuencia. Dicho diario publica el 14 y 21 de noviembre de 1840 unos encendidos versos de Mitre contra Mackau, que decían así: "La bandera de Austerlitz/ flameaba en Martín García/ (la bandera francesa, que había arriado a nuestra propia bandera) y a su lado relucía/ del oriente el pabellón. / Y hoy entre el polvo se ven/ porque el inmundo tirano/ las arrancó con la mano", etc. Y en esa isla comenzó a tremolar otra vez la bandera argentina: otro crimen del "inmundo tirano"...

AMERICANISMO VERSUS EUROPEISMO

En todas las naciones del Nuevo Mundo se vio el esquema sencillo de estas dos corrientes incompatibles, la de los pueblos, asimilados a su suelo, su patria, su destino propio, auténtico, y a cuyo frente aparecía generalmente un jefe, intérprete cabal de la comunidad social a que pertenecía (el caudillo); y las minorías europeizantes, desarraigadas pero con la perenne pretensión de tener el mando, así sea sirviendo de instrumentos de amos externos, contrarios por ende al interés nacional.

El tratado Mackau-Arana de 1840, dejó con sangre en el ojo tanto a los franceses como a los unitarios, mientras el Imperio del Brasil recelaba ante el poderío creciente de la Confederación Argentina. Por eso fue a Londres la misión del vizconde de Abrantes, a solicitar lisa y llanamente la intervención anglo-francesa, junto con el propio Brasil, naturalmente, para derrocar a Rosas. El fracaso de esta gestión se debe a que las potencias no querían compartir ventajas con ninguna nación sudamericana, pues no les convenía agrandar a país alguno sino balcanizar el continente. A parecidas razones se debe el fracaso de la gestión llevada a cabo por Florencio Varela, quien entrevista a Lord Aberdeen y le propone la independencia de Entre Ríos y Corrientes, a cambio de un ejército para derribar al dictador. El general Paz relata esto en sus "Memorias". Es, pues, un testimonio unitario de esta flagrante traición al país.

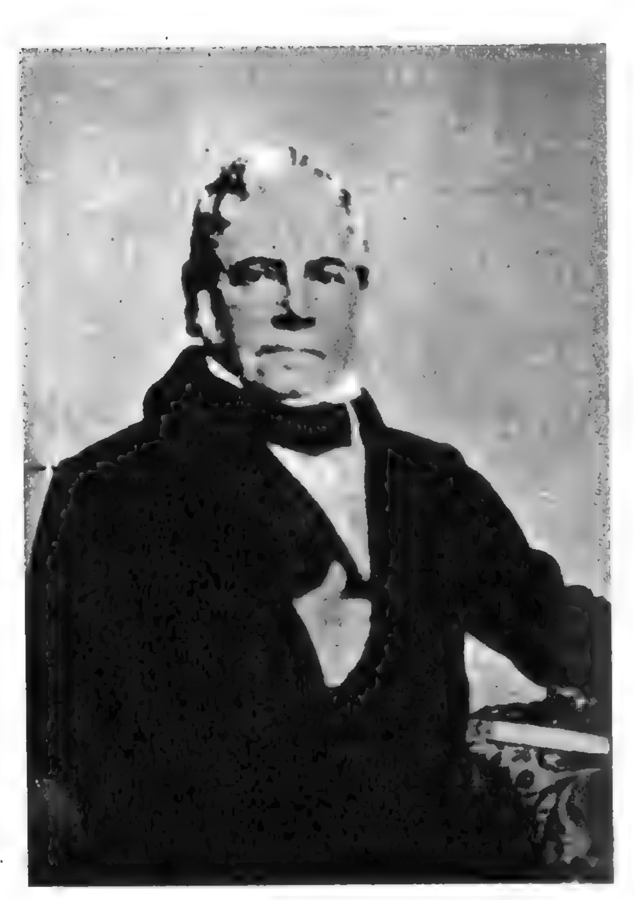
La ambición de conquistas territoriales en las potencias europeas era prácticamente insaciable y la cosa parecía ya demasiado fácil, como que se la servían en bandeja. Además, tanto Francia como Inglaterra, por otra parte, acababan de sufrir un rudo golpe en su prestigio: Estados Unidos deseaba anexarse al Estado mejicano de Tejas, y las dos naciones europeas habían respaldado a Méjico para impedir el despojo. Pero éste se produjo y nadie se atrevió a interferir en la política expansionista estadounidense. Tanto ingleses como franceses necesitaban un éxito militar para rehabilitarse. El Río de La Plata vendría a ser, pues, el pavo de la boda.

Las sugestiones del vizconde de Abrantes por un lado y las seductoras informaciones de Florencio Varela por el otro, despertaron el apetito siempre latente en los imperialismos. La creación de nuevos pequeños Estados coincidía, además, con la conveniencia egoísta de las potencias europeas: subdividiendo a las naciones recién emancipadas, les resultaría fácil controlarlas política y económicamente. Las intervenciones y ocupaciones de territorios en otros continentes no habían ofrecido generalmente tan promisorias perspectivas. Desperdiciar esa hermosa oportunidad sería imperdonable.

LA CAUSA DE LA HUMANIDAD

El objetivo comercial —principal finalidad de esta empresa— se concretaba con la libre navegación de sus barcos por nuestros ríos interiores; la creación de nuevos **Estados-tapones** les facilitaría el control político regional. Pero era necesario ofrecer, para consumo externo en aquella época de auge del romanticismo, una motivación simpática, capaz de despertar favorables resonancias en el ámbito popular.

Entonces, en base a las noveladas "tablas de sangre" de José Rivera Indarte —de quien sería

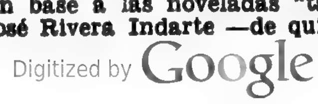


Tomás Guido: incansable propagandista de los derechos argentinos ante la opinión pública brasileña.

interesante hablar en otra nota— y al periodismo truculento de Montevideo, que presentaban a Rosas como un monstruo ávido de sangre, se montó rápidamente una estructura de propaganda para justificar la intervención anglo-francesa en los asuntos del Río de la Plata por razones elementales de **humanidad**: no se podía permanecer indiferente ante los padecimientos de los habitantes de Buenos Aires y ante el peligro de que Montevideo cayera a su vez en manos de Oribe, lugarteniente de Rosas.

Vibrantes debates parlamentarios, sobre todo en la Cámara francesa, dieron estado internacional al grave problema. Ante la prudencia especulativa de Guizot, el jefe de la oposición, Thiers, el "enano sonoro", produjo uno de sus demagógicos discursos de siempre. Se hacía el clima para justificar lo mismo que Francia había hecho en Argelia y en Tahití, como Inglaterra lo hiciera en China con la "guerra del opio"; en nombre de la civilización y de la "**causa de la humanidad**".

"Montevideo es una colonia francesa" —expresa Thiers muy suelto de cuerpo desde su banca—; en Montevideo el terreno es excelente, variado, regado. En Buenos Aires empiezan estas vastas llanuras llamadas pampas donde es muy difícil el cultivo". (Buena información tenía el hombre sobre las praderas de pastos naturales más fecundas del mundo.) Habla a continuación directamente de Rosas, "hombre tan célebre por



LA BATALLA DE LA SOBERANIA

sus crueldades", que "su barbarie excede a todo lo que podría deciros... ha fusilado sin juicio, que es el modo más humano de conducirse en ese país, porque habitualmente se degüella... se pone juntos hombres y mujeres entre tablas y se los asierra... Rosas ha colocado cabezas humanas en los mercados donde habitualmente se expenden las cabezas de los animales" (sic). Además de su fogosa elocuencia, el "enano sonoro" hizo gala, en esa circunstancia, de una imaginación muy adecuada para sus compatriotas Alejandro Dumas y Julio Verne. Pero el objetivo estaba cumplido. Invocando casi con lágrimas "la causa de la humanidad" —olvidándose de Argelia, Tahití y San Juan de Ulúa y en "entente cordiale" con Inglaterra—, Francia emprendía por segunda vez una aventura bélica en el Río de la Plata.

LA CIVILIZACION AGRESORA Y UN TURBIO NEGOCIADO

Cuando estaba por desatarse en el Plata la agresión de las potencias europeas, un periodista independiente, Emilio Girardin, denuncia en su diario "La Presse", de París, el verdadero sentido de la injusta intervención y comenta con valentía: "El gobierno francés, que hoy da la mano a la Inglaterra, ¿qué diría, qué haría si la Inglaterra hubiese intervenido con la autoridad en nuestro bloqueo de Buenos Aires, so pretexto de que ese bloqueo impedía sus relaciones de comercio con el Río de la Plata? La cuestión de justicia y derecho político no es diferente por ser la República Argentina menos fuerte que la Francia y la Inglaterra. Es preciso, pues, buscar en otros intereses el secreto de la política de Inglaterra".

Llega a la conclusión de que Francia se embarca en una peligrosa empresa haciendo el papel de lo que hoy se llamaría "idiota útil", y lo dice con estas tremendas palabras: "Hemos sostenido que nuestros compatriotas, tomando las armas en Montevideo, servían para cubrir el agiotaje tenebroso que con la ayuda del comodoro Purvis hacía una casa inglesa de Montevideo, la casa de Lafone, dueña de los bienes públicos de ese Estado y de las islas adyacentes. ¿No predijimos que la Inglaterra validaría por medio de una intervención esas adquisiciones y se colocaría en lugar de sus connacionales propietarios?... Desde 1808 la Inglaterra se figuró a Montevideo como otro Cabo de Buena Esperanza con respecto al Pacífico. Ya había ocupado esa ciudad pero se vio obligada a evacuarla; y para quien conoce su persistencia y tenacidad, es corriente que su intervención actual en esos parajes oculta sus miras ambiciosas".

El general D. Tomás Guido, a la sazón embajador de la Confederación Argentina ante el Imperio del Brasil, le escribe a San Martín suministrándole la misma información: que la verdadera causa de la intervención anglo-francesa estaba radicada en un mero problema de intereses: los pingües negocios que realizaba la casa Lafone y Cía., de Inglaterra, dueña de la Aduana de Montevideo. Volver las cosas a su normalidad, dando por terminada la intervención extranjera en el Plata, constituiría pues una especie de lucro cesante, que el comodoro Purvis y otros dignos guerreros no estaban muy dispuestos a concretar. Sería oportuno que nos preguntáramos: ¿Y la "causa de la humanidad"?

El jefe del gobierno inglés, Lord Aberdeen, instruye a su enviado especial, Mr. Ouseley, cómo ha de desenvolverse la mediación —¡curiosa mediación!— entre los rioplatenses: "La cesación del bloqueo se obtendrá de inmediato y sin dificultad —se refiere al bloqueo argentino del puerto de Montevideo—, como que nada más fácil para las escuadras combinadas que apresar la argentina".

Poco después, la escuadra argentina, que bloqueaba el puerto de Montevideo a las órdenes del almirante Brown, fue apresada, cumpliéndose la consigna ministerial. Pocas veces se habrá asistido a un atropello más flagrante de las normas de derecho internacional vigentes en todas las latitudes. Las potencias agresoras organizaron hábilmente lo que hoy denominamos "guerra psicológica", pero no lograron tapar el cielo con un harnero, y ya dimos el ejemplo de "La Presse" de París. "Triunfe la Confederación Argentina o acabe con honor, Rosas, a pesar del epíteto de déspota conque lo difaman, será reputado en la posteridad como el único jefe americano del sur que ha resistido intrépido las violencias y agresiones de las dos naciones más poderosas del Viejo Mundo", decía "O Brado de Amazonas", de Río de Janeiro, el 13 de diciembre de 1845. "O Sentinella da Monarchia", del mismo origen, del día 17 se expresaba así: "Sean cuales fueran las faltas de este hombre extraordinario, nadie ve en él sino al ilustre defensor



de la causa americana, el grande hombre de América, sea que triunfe o que sucumba". El ex presidente de Chile, general Pinto, le escribe al ministro plenipotenciario argentino: "Todos los chilenos nos avergonzamos que haya en Chile dos periódicos que defiendan la legalidad de la traición a su país, y usted sabe quiénes son sus redactores". (Suponemos que el lector de esta nota también lo sabe.)

ACTITUD DE SAN MARTIN: UNA CARTA PARA EUROPA

El Libertador se hallaba a muchas millas de su patria, pero seguía atentamente los acontecimientos que aquí se desarrollaban. Consultado por Federico Dickson sobre las posibilidades militares que a su juicio podrían tener los invasores, se apresuró a contestar con una carta definitoria, circunspecta, seria, de sentido estrictamente profesional, pero destinada a los gabinetes de las potencias europeas: "Bien es sabida la firmeza de carácter del jefe que preside la República Argentina; nadie ignora el ascendiente muy marcado que posee, sobre todo en la vasta campaña de Buenos Aires y resto de las provincias. Y aunque no dudo que en la Capital tenga un número de enemigos personales, estoy convencido que bien sea por orgullo nacional, temor, o bien por las prevenciones heredadas de los españoles hacia los extranjeros, ellos en su totalidad se les unirán y tomarán parte activa en la actual contienda. Por otra parte, es menester conocer (como la experiencia lo tiene acreditado) que el bloqueo que se ha declarado no tiene en las nuevas repúblicas de América, y sobre todo en la Argentina, la misma influencia que tiene en Europa. Sólo afectará a un corto número de propietarios, pero a la masa del pueblo que no conoce las necesidades de la de estos países, le será bien indiferente su continuación.

"Si las dos potencias quieren llevar adelante las hostilidades, es decir, declarar la guerra, yo no dudo un momento que podrán apoderarse de Buenos Aires con más o menos pérdida de hombres y gastos, pero estoy convencido que no podrán sostenerse mucho tiempo en posesión de ella: los ganados, primer alimento, o por decirlo mejor, único en el pueblo, puede ser retirado en muy pocos días a distancias de muchas leguas; lo mismo que las caballadas y demás medios de transporte, y los pozos de las estancias inutilizados. En fin, formar un verdadero desierto de doscientas leguas de llanura sin agua ni leña, imposible de atravesar por una fuerza europea, la que correrá más peligro a proporción que sea más numerosa si trata de internarse. Sostener una guerra en América con tropas europeas, no sólo es muy costoso, sino más que dudoso su buen éxito. Tratar de hacerlo con hijos del país mucho más dificultoso, y aún creo que imposible encontrar quien quiera enrolarse con el extranjero.

"En conclusión: 8.000 hombres de caballería del país y 25 ó 30 piezas de artillería, fuerzas que con mucha facilidad puede mantener el general Rosas, son suficientes para tener en un cerrado bloqueo terrestre a Buenos Aires, y también impedir que un ejército europeo de 20.000 hombres salga a más de treinta leguas de la Capital sin exponerse a una completa ruina por falta de todo recurso. Tal es mi opinión, y la experiencia lo demostrará".

San Martín decía al comienzo de esta carta extraordinaria, que no entraba a juzgar la justicia o injusticia de la guerra que llevaban las escuadras combinadas franco-inglesas sobre Buenos Aires, limitándose a dar una opinión de carácter técnico. En Europa se sabía quién era San Martín. Es de imaginar el efecto que hizo su carta por la amplia difusión periodística que alcanzó. El Libertador prestó una vez más un gran servicio a su patria.

El autor del Himno Nacional, don Vicente López y Planes, inspirado en la heroica lucha de su país contra la injusta agresión, compuso estos versos, fruto inflamado de su generosa lira: "Se interpone ambicioso el extranjero, / su ley pretende al argentino dar, / y abusa de sus naves superiores / para hollar nuestra patria y su bandera, / y fuerzas sobre fuerzas aglomera / que avisan la intención de conquistar. / Morir antes, heroicos argentinos, / que de la libertad caiga este templo: / daremos a la América alto ejemplo / que enseñe a defender la libertad". Es la denominada "Oda Patriótica Federal", que D. Manuel Lacasa recitó en la noche del 5 de noviembre de 1845, en medio de clamoroso entusiasmo, en un acto realizado en el Teatro de la Victoria.

Sin embargo, ese puñado de unitarios irredentos de Montevideo, ciegos a todo lo que no fuera su menguada parcialidad política, se expresaba de otra manera. Desde las columnas de "El Nacional" y "El Comercio del Plata" llegaron a decir, aludiendo a la actitud de los argentinos en

Grabado de Chavane sobre pintura de Barry, existente en el Museo Naval de la Nación, describiendo la batalla de Obligado.



LA BATALLA DE LA SOBERANIA

relación con los invasores extranjeros: "¿Cómo ha de combatir un pueblo contra los hombres a quienes mira como libertadores?". Y don José Luis Bustamante, secretario y el más íntimo consejero de Fructuoso Rivera, en un libro que tituló "Los Errores de la Intervención Anglo-Francesa", abre sin reservas su pensamiento de este modo: "Los pueblos del Alto Perú, saludando a sus nuevos amigos y protectores (se refiere, como es de suponer, a los invasores europeos), prontos a continuar la campaña santa de la libertad, verían con placentera esperanza flamear en sus costas y fuertes la bandera de la Francia y la Inglaterra".

Empero, no todos perdieron la visión ni se dejaron marear por las circunstancias. Muchos unitarios, sin apearse de sus ideas políticas, lucharon a favor de la soberanía de su patria contra los agresores foráneos. Un distinguido personaje, hombre de consejo por la sobriedad de sus actitudes y su conducta, don Manuel Eguía, escribe en esa hora una carta de lucidez histórica: "Las cuestiones que hoy se agitan a cañonazos en el Plata, envuelven nuestros mejores intereses, e infieren graves ofensas a nuestra nacionalidad. La intervención, sosteniendo sólo la independencia del Estado oriental, salta del Uruguay al Paraná y va a asesinar argentinos en Obligado. La prensa todo lo alaba. Nada ve el partido unitario en esta lucha que sea contrario a su nacionalidad: no sale de su eterno «muera Rosas», y de la menguada alabanza a cuanto emana de la intervención; y no admite ni la discusión de los hechos, cuando estamos ignorando qué puntos de contacto hay entre la independencia del Estado oriental y la Vuelta de Obligado. Para la prensa de Montevideo la Francia y la Inglaterra tienen todos los derechos, toda la justicia. Aún más: pueden dar una puñalada de atrás, arrebatar una escuadra, quemar buques mercantes, entrar en los ríos a coñonazos, destruir nuestro cabotaje... Todo esto y mucho más que aún falta, es permitido a los civilizadores... El francés maquinista que cae atravesado por una bala es digno de compasión, y ve caer 400 cabezas argentinas y no muestra el menor sentimiento por su propia sangre. La prensa de Montevideo es completamente franco-inglesa". El destinatario de esta notable pieza es Esteban Echeverría, a quien el autor propone valientemente la fundación de un diario auténticamente argentino. El poeta romántico no se dio por aludido...

Otro de los hombres de valía que sintió el impacto, fue el coronel Martiniano Chilavert. Había sido jefe de estado mayor en el ejército de Lavalle y era considerado el artillero científico por antonomasia. Coloca el patriotismo por encima del partidismo, y se dirige resueltamente a Oribe en una hermosa carta: "En todas las posiciones en que el destino me ha colocado, el amor a mi país ha sido el sentimiento más enérgico de mi corazón. Su honor y su dignidad me merecen religioso respeto. Considero el más espantoso crimen llevar contra él las armas del extranjero".

Juan Bautista Alberdi fue uno de los más talentosos unitarios enemigos de Rosas. Pero en su fecunda y lúcida madurez, cuando produce lo mejor de sí, libre de ataduras o intereses creados, revisa la mayor parte de sus ideas anteriores. Es la parte del pensamiento de Alberdi que sistemáticamente se ha ocultado a la posteridad, el Alberdi que ya está de regreso y a quien se debe esta significativa frase: "Prefiero los dictadores de mi patria que los libertadores extranjeros".

LA ACCION DE OBLIGADO Y SU HEROICO JEFE

Los enviados de Inglaterra y Francia, Ouseley y Deffaudis, encontraron en el gobernador de Buenos Aires y representante de la Confederación, una serena energía.

Desairados en sus pretensiones, dieron, como queda dicho, el golpe de mano contra nuestra escuadra frente a Montevideo. El paso inmediato, era de suponer, consistiría en comunicarse materialmente, a través de la navegación del Paraná, con la provincia de Corrientes y el grupo unitario que la gobernaba, eventualmente el Paraguay —que ya había declarado su independencia, no reconocida por Rosas— y, por supuesto, Entre Ríos.

Recordemos que Florencio Varela había propuesto en Londres la independencia de toda la Mesopotamia. Por consiguiente, la navegación de nuestro gran río hasta la región guaraní era la



El primer ministro sir Robert Peel.

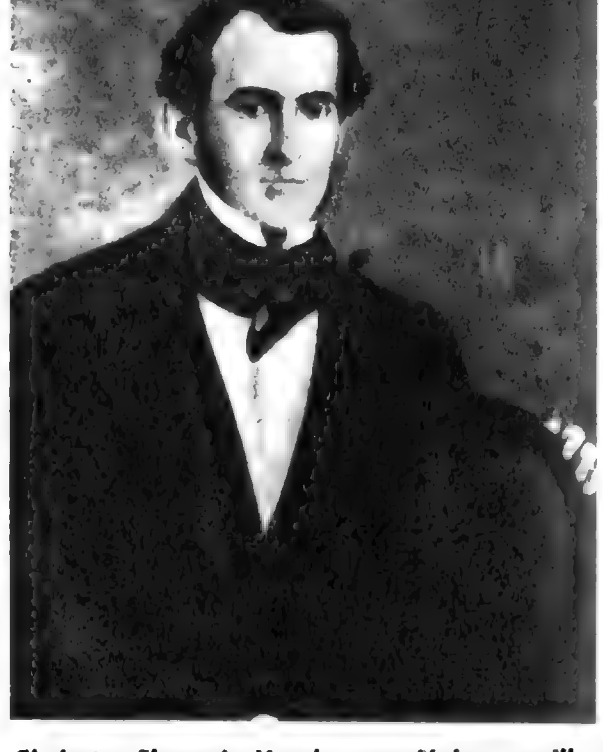
primera y necesaria acción estratégica para segregarla del resto del territorio nacional. En Corrientes los esperaba el general Paz, con quien coordinarían las maniobras ulteriores de la guerra. Pero para eso había que navegar el Paraná —por parte de las flotas anglo-francesas— no sólo contra la corriente, sino contra la firme decisión de un gobierno que había expresado reiteradamente que defendería la soberanía nacional.

A raíz de Obligado, el nombre argentino fue puesto en todas las bocas; la prensa de todos los países civilizados comentó con admiración la firmeza americanista de Rosas frente a la intrusión. Y aun los propios compatriotas de los invasores, a través de muchos de sus voceros, se hicieron eco elogiosamente del valor argentino.

¿Quién era Lucio Mansilla, el jefe que dirigió las fuerzas de la Confederación en esa inolvidable jornada? Un veterano de la Independencia, de 53 años, natural de Buenos Aires, a la que defendió de las Invasiones Inglesas siendo casi un niño, bajo las órdenes de Liniers. Poco más tarde luchó junto al infatigable Artigas para desalojar a los portugueses de la Provincia Oriental, y ese no fue su único aporte en tal sentido: intervino en el Sitio de Montevideo, al lado del general Rondeau, y por fin, en las filas comandadas por el coronel Domingo French, fue de los que tomaron al asalto la fortaleza portuguesa "El Quilombo", sobre el río Yaguarón. Por toda esa campaña se le concede un honroso escudo de plata y se le nombra "Benemérito de la Patria en grado heroico". A todo esto, se le destina al Ejército de los Andes, donde San Martín le confía misiones de responsabilidad. Con el grado de mayor interviene en la gran batalla de Chacabuco, y su desempeño le hace acreedor a la medalla de oro que le otorga el gobierno de las Provincias Unidas, mientras el de Chile, a su vez, lo nombra oficial de la Legión de Mérito y le acuerda medalla y cordones. Los relámpagos gloriosos de Maipú rubrican esta nueva etapa en las fojas del joven guerrero, que luego inicia una campaña en el sur de Chile bajo la dirección de Las Heras.

En 1820 regresa a Buenos Aires, cargado de gloria y de épicos recuerdos, con sólo 28 años sobre sus espaldas. Amigo de Alvear y de Sarratea, conoció entonces al entrerriano Ramírez.

El vencedor de Cepeda invitó a Mansilla a acompañarlo a su Entre Ríos y allí fue el jefe porteño, ayudándolo a organizar su ejército y acompañándolo en su tarea de estructurar la naciente "República de Entre Ríos". Y poco después protagonizará Mansilla un episodio oscuro: el del abandono que hizo del caudillo entrerriano cuando éste se lanzó a invadir Santa Fe. Habíale ordenado Ramírez que pasara el río Paraná en unos buques para atacar la capital de la provincia donde dominaba Estanislao López; este ataque estaría combinado con el avance que debía efectuar Ramírez al sur de Coronda. Pero Mansilla defeccionó. Al llegar frente a Santa Fe y hacer disparar unos cañonazos, algo misterioso ocurrió y después de pasar una noche inactivo frente a una plaza casi indefensa, Mansilla ordenó repasar el río y volver a Entre Ríos. La defección del porteño significó la derrota posterior de Ramírez y luego su muerte. Mansilla explicaría años más tarde este episodio, diciendo que él no podía cooperar con el caudillo entrerriano en una acción que estaba dirigida contra Buenos Aires. Pero esto debió decirlo antes de participar en los planes de Ramírez. Se dijo en su momento —y Saldías recoge la versión— que hubo una cuestión de faldas; que Mansilla estaría enamorado de la Delfina, la bella amante portuguesa del Supremo y, despechado ante la preferencia de ella, dejó fracasar una acción que sabía decisiva para su jefe. Sea como sea, la actuación posterior de Mansilla no tiene puntos negros como éste; pero que algo extraño pasó en esa oportunidad, es indudable.



El doctor Florencio Varela recorrió las cancillerías europeas en busca de aliados contra el régimen de Rosas.

Después de la muerte de Ramírez y de un breve interregno, Mansilla se hace elegir gobernador de Entre Ríos. Resulta ser un buen administrador, pone paz en la tormentosa tierra de las cuchillas y hace sancionar una de las primeras constituciones provinciales. Cuando termina su mandato la Legislatura de la provincia le hace donación de grandes extensiones de tierra, que serán luego la base de su fortuna.

No aceptó la reelección, pero la provincia lo elige diputado al Congreso de 1824. Fue asombroso para muchos las cualidades de orador brillante que demostró en esas funciones, votando favorablemente el proyecto rivadaviano de constitución unitaria.

Declarada la guerra al Brasil, Rivadavia lo nombra comandante de costas, pero poco después se incorpora al ejército de Alvear. Siendo ya general de división, se distingue en Camacuá, y manda en jefe en la batalla de Ombú, en la cual derrota completamente al famoso general brasileño Bentos Manuel, que por esa razón estuvo ausente de Ituzaingó. Su destacado desempeño ganóle a Mansilla el nombramiento de jefe de estado mayor.

LA BATALLA DE LA SOBERANIA

Cuando el ejército llega a Buenos Aires, las pasiones desatadas preludian la guerra civil. Mansilla opta por retirarse a la vida privada. Años después, en 1834, lo saca de ella el general Viamonte, nombrándolo jefe de policía. Cuñado de Rosas, no intervino sin embargo nunca en las luchas de partidos, pero fue miembro conspicuo de la Legislatura durante varios períodos.

En 1845 este hombre era comandante en jefe del departamento del norte. A él confió Rosas el mando de las fuerzas que enfrentarían al enemigo. No era poca su responsabilidad, pero estaba en muy buenas manos tamaña misión.

Todos los esfuerzos imaginables fueron desplegados por ese grupo de patriotas de vanguardia que iban a representar el honor nacional. Cuando Mansilla advirtió la inminencia de la aproximación del enemigo, pidió urgentemente el envío de municiones de artillería e infantería, para que el desnivel de la lucha no fuera tan pronunciado, pero las flotas aliadas no le dieron tiempo. Debía arreglárselas con lo que tenía.

En ese lugar al norte de San Pedro —según dijimos al comienzo— el Paraná tiene aproximadamente 700 metros de ancho. Para dificultar el paso de los invasores Mansilla lo hizo cerrar con tres gruesas cadenas; éstas partían de sus respectivas anclas y atravesaban las proas, cubiertas y popas de 24 buques y lanchones desmantelados colocados en línea, y que eran rematados por el bergantín "Republicano" en la orilla opuesta, armado de 6 cañones, al mando del capitán Craig. Este procedimiento podría objetarse como técnicamente no muy eficaz. Pero era el símbolo de la firme decisión de combatir para impedir el paso de los intrusos.

Fueron montadas cuatro baterías en tierra firme: la primera, denominada "Restaurador Rosas", al mando de Alvaro Alzogaray, ayudante mayor de Marina; la segunda "General Brown", comandada por el teniente de Marina Eduardo Brown; el teniente de Artillería Felipe Palacios dirigió los fuegos de la batería "General Mansilla", y el teniente coronel de Artillería Juan Bautista Thorne dirigió a su vez a los servidores de la batería "Manuelita". Para cualquier evento, 500 soldados de Infantería bajo el mando del coronel Ramón Rodríguez fueron apostados en el flanco derecho, mientras 600 infantes y dos escuadrones de a caballo a las órdenes, respectivamente, del ayudante Julián del Río y del teniente Facundo Quiroga —hijo del "Tigre de los Llanos"—, más algunas fuerzas de milicianos reclutados en las inmediaciones, todo bajo las órdenes del coronel José M. Cortina.

A escasa distancia de la Vuelta de Obligado habían fondeado los buques extranjeros el 17 de noviembre; el 18 se realizaban por ambas partes mutuos reconocimientos, dentro del mayor sigilo, pero el 19 una calma chicha y mucha niebla inmoviliza a las poderosas escuadras, con excepción de sus vapores. El 20 de noviembre amanece distinto: se aproximaba el momento, y nadie podía llamarse a engaño. Las naves levan anclas, despliegan su paño y preparan sus cañones, de calibre y sistema desconocido en la región del Plata.

La primera nave que pretende acercarse a las cadenas fue la "San Martín" de la flota argentina, apresada traidoramente frente a Montevideo, y ostentando ahora bandera francesa. Mansilla da la orden: "¡Fuego!", y grita a renglón seguido: "¡Viva la patria!". Las cuatro baterías respondieron simultáneamente y la embarcación recibió una andanada que de entrada la dejó maltrecha: casi pierde la arboladura, perforaciones sobre la línea misma de flotación, mientras quedaban fuera de combate más de 50 hombres. Una bala de cañón le corta la cadena del ancla, y comienza a derivar aguas abajo.

Pero los poderosos cañones de las otras unidades intrusas, el Firebrand, el Fulton, el Expeditive, el Gorgón, el Cadmus, el Procide, etc., fueron diezmando a su vez a nuestras baterías. Los argentinos tuvieron en esa acción 650 hombres fuera de combate —250 muertos y 400 heridos— y destruidos la mayor parte de sus cañones. Siete horas de enconada lucha, desde las 9 de la mañana hasta la media tarde, pueden dar una idea —siquiera sea aproximada— de lo que fue esa jornada cuyos pormenores llenarían muchas páginas. El coronel Thorne impartía órdenes a sus hombres, yendo y viniendo de un extremo a otro de su batería. En el momento en que la lucha asumía características casi apocalípticas, un disparo del adversario pica cerca suyo, levanta una enorme masa de tierra y con ella al bravo guerrero, golpeándolo violentamente contra el tronco de un tala. De resultas de ello quedó definitivamente privado del oído, por lo que a partir de entonces fue para sus camaradas, cariñosa y admirativamente, "el sordo de Obligado".

Cuando la munición se terminó, al acallarse las baterías —recién entonces— se atrevieron los extranjeros a la operación de desembarco. Pero la Infantería criolla los esperaba todavía con una carga al arma blanca. Empero, la metralla enemiga diezmó nuestras filas: a la fusilería de los soldados se sumó la incansable artillería por elevación —cohetes a la "Congreve"—, y el general Mansilla quedó fuera de combate por un casco de metralla. Hubo que replegarse, lo que se efectuó ordenadamente a dos leguas del lugar.

Merece destacarse la presencia samaritana de la mujer, representada en esta emergencia por un grupo de damas nicoleñas encabezado por doña Petrona Simonino, que integraron con singular eficacia un cuerpo de sanidad para auxilio de los heridos.

Tal fue, en cuatro trazos, el significativo encuentro de la Vuelta de Obligado: para los invasores una victoria a lo Pirro.

EL PERIODISMO, LOS PARLAMENTARIOS Y EL PRESTIGIO ARGENTINO

Tomás Guido, representante de la Confederación en Río de Janeiro, se apresura a escribirle a San Martín con noticias sobre Obligado, y el Libertador le contesta en mayo de 1846, sin poder ocultar su orgullo por el viril comportamiento de sus compatriotas: "Ya sabía la acción de Obligado: ¡qué iniquidad! De todos modos, los interventores habrán visto por este «échantillon» que los argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que abrir la boca. A un tal

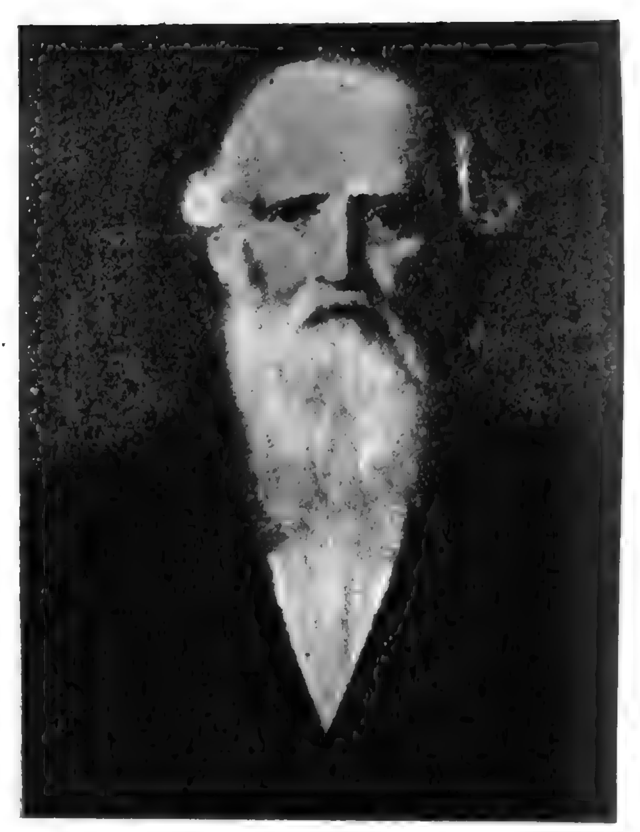
proceder no nos queda otro partido que el de mirar el porvenir y cumplir con el deber de hombres libres, sea cual fuere la suerte que nos depare el destino, que en íntima convicción no sería un momento dudosa en nuestro favor si todos los argentinos se persuadiesen del deshonor que recaerá sobre nuestra patria si las naciones europeas triunfan en esta contienda, que en mi opinión es de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de la España".

En carta a Rosas con fecha 11 de enero de 1846, habíase expresado así: "La poca mejoría que experimento en mi enfermedad me es tanto más sensible cuanto en las circunstancias en que se halla nuestra patria, me hubiera sido muy lisonjero poder nuevamente ofrecerle mis servicios (como lo hice a usted en el primer bloqueo por la Francia); servicios que aunque conozco serían bien inútiles, sin embargo demostrarían que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y de la Francia contra nuestro país, éste tenía aún un viejo servidor de su honor e independencia. Ya que el estado de mi salud me priva de esta satisfacción, por lo menos me complazco en manifestar a usted estos sentimientos, así como mi confianza no dudosa del triunfo de la justicia que nos asiste".

Estas palabras de San Martín no eran otra cosa que una interpretación cabal del sentimiento que compartía todo el pueblo argentino, respaldando así en un bloque compacto la firmeza de su gobierno. Las manifestaciones callejeras se sucedían en Buenos Aires sin solución de continuidad, y la defensa del propio suelo, de la heredad nativa, del hogar, esos sentimientos elementales y sacrosantos a un mismo tiempo, tuvieron eufóricas formas expresivas, que retemplaron el ánimo de todos y pusieron de relieve el apoyo popular que rodeaba al gobierno. Esto contrariaba los cálculos del grupo de unitarios de Montevideo, que había asegurado a los representantes de las potencias coaligadas que a su primera agresión iban a estallar internamente focos de rebelión solidarios, porque según ellos la inmensa mayoría deseaba librarse del dictador.

En "La Gaceta Mercantil", días después de la batalla, decía su editorial: "El territorio argentino ha sido atacado por las fuerzas anglo-francesas sobre las márgenes del Paraná. La poderosa artillería de las escuadras combinadas ha destruido en ocho horas consecutivas de vivo fuego nuestras baterías servidas por artilleros y soldados improvisados cuyo valor heroico no han podido abatir los invasores a pesar de la inmensa ventaja de sus fuerzas y el valor y la intrepidez que han demostrado en el ataque... Esta memorable jornada ha multiplicado nuestras fuerzas. El país, inflamado por un sacudimiento glorioso, despliega el más heroico entusiasmo".

El pueblo inglés es eminentemente práctico: si el despliegue bélico en el Río de la Plata hubiera traído un buen resultado económico o, cuando menos, las perspectivas del mismo a un plazo razonablemente breve, nadie se quejaría. Pero lo único que se recibía, como consecuencia de esta guerra sin declaración, había sido hasta el momento la supresión del tráfico comercial tan necesario a una nación en expansión industrial, como era entonces Inglaterra. Y la suspensión, además, del pago de la deuda contraída durante el gobierno de Rivadavia y que Rosas había comenzado a amortizar. Todos estos factores acumularon un hondo y latente malestar, que no dejó de ser aprovechado por nuestros representantes diplomáticos, Sarratea en París, y Manuel



Otro de los héroes de la batalla del 20 de noviembre de 1845: Juan Bautista Thorne, "el sordo de Obligado".

Moreno —el hermano de Mariano— en la capital británica. En esta última, principalmente, la idea de arribar a un entendimiento pacífico con el gobierno argentino ganaba prosélitos aceleradamente.

El 23 de marzo de 1846 tiene lugar en la Cámara de los Lores una interpelación al primer ministro, Sir Robert Peel, que se vio en graves aprietos para tratar de explicar lo inexplicable: "Todos sabemos que el comercio inglés —dijo en esa sesión el vizconde Palmerston, representante opositor— ha sufrido considerablemente con motivo de las medidas adoptadas por el gobierno inglés para poner término a la guerra entre Buenos Aires y Montevideo. El lenguaje del gobierno cuando se le ha interrogado sobre estos negocios ha sido de paz; pero los actos de nuestras autoridades en aquellos puntos han sido ciertamente actos de guerra. En primer lugar un bloqueo; en segundo lugar desembarcaron fuerzas inglesas en territorio argentino y asaltaron baterías; hubo después captura de buques de guerra argentinos y un aviso para la venta de esos buques como tomados en una guerra. Quiero saber, pues, si estamos actualmente en guerra o no con Buenos Aires. Si estamos en guerra con Buenos Aires, este hecho no se ha comunicado. Si estamos en paz con Buenos Aires, ¿cómo pueden conciliarse esas medidas de guerra? ¿Las ha aprobado Su Majestad?"

Otro eminente parlamentario, Lord John Russell, completó el acorralamiento del ministro: "La venta de barcos de guerra apresados es una medida de fuerza que no puede verificarse sin una

LA BATALLA DE LA SOBERANIA

orden en consejo, u otra providencia que autorice al almirante a proceder así. Lord Aberdeen ordenó en sus instrucciones que desembarcasen fuerzas sólo para ocupar cierta isla, o para la seguridad de las fuerzas combinadas y buen éxito de la expedición. La latitud que se dio es grande y conviene que la Cámara sepa a qué respecto eran necesarias las operaciones militares".

Peel no tuvo argumentos: en efecto, había dado a Mr. Ouseley instrucciones que lo autorizaban ampliamente a emplear medios coercitivos. Pero en esa apurada situación, desmintió esas instrucciones y cargó sobre el almirante el peso de la responsabilidad. "Quería encubrir —dice Saldías— el fracaso de sus planes colonizadores en el Río de la Plata". En la desesperación, ante la imposibilidad de responder concretamente, apeló a un argumento pueril: el coraje de los soldados de Su Majestad ha quedado reconocido. De todos modos, prometió restablecer la paz y dar información inmediata a la Cámara.

Eso fue en Londres, ante el panorama sombrío que el inminente desastre militar iba a poner en evidencia ante millones de personas. Veamos ahora la expresión de otro parlamento, la Sala de Representantes de Buenos Aires, frente a la agresión, el desembarco de los infantes de Marina en Montevideo, la toma de Martín García, el apresamiento sorpresivo de nuestra escuadra, etc. "Ese modo de tratarnos que tienen estas naciones poderosas, no sólo es injustificable, es ultrajante. Nos tratan de naciones independientes, hacen tratados con nosotros y mientras tanto, envían a nuestros puertos sus fuerzas navales para exigir que hagamos lo que sólo puede exigirse a los esclavos, lo que no se puede ni aun indicar a un Estado soberano e independiente sin agraviarlo... Tal conducta produce el resultado de enseñarnos a odiar al extranjero...", dijo en tono patético el diputado Eustaquio Torres. "La guerra es una gran calamidad —dijo Garrigós—, pero sus estragos son preferibles a la ignominia. No hay causa más poderosa ni más justa que el honor de una nación. En este augusto recinto, en la República Argentina, en la campaña oriental, no hay sino una sola opinión: resistencia al predominio extranjero, ¡muerte o independencia!". Y continúa: "Jamás el pueblo argentino consentirá en dejarse dominar por la influencia extranjera... El orbe entero verá si somos dignos de estar libres, o si merecemos esa afrentosa esclavitud conque se nos amenaza... Han creído intimidar a estas jóvenes repúblicas uniéndose dos grandes naciones para vulnerar sus derechos". Habló luego de la política de Francia en Argelia, donde "ha hecho verter torrentes de sangre, se han visto tesoros arrebatados, ciudades ricas y fértiles comarcas convertidas en cenizas, poblaciones errantes para escapar a la carnicería de los conquistadores. ¿Y qué han hecho los ingleses en la India? La inhumana mortandad, los innumerables estragos de Afghanistán; las tropas británicas han arrasado villas, han destruido las comarcas y exterminado las poblaciones: el general Pollock fue señalado por sus escenas de un carácter bárbaro e inaudito: prisioneros, ancianos, niños, heridos, mujeres, nadie escapó... De ese modo se conducen los filántropos franceses e ingleses cuya humanidad han venido a transmitirnos los señores Ouseley y Deffaudis..." Conceptos parecidos pronunciaron, entre otros, los diputados Manuel de Yrigoyen, Eustaquio Torres y Roque Sáenz Peña.



Rivera Indarte: su pluma atacó tan violentamente a Rosas como anteriormente lo había alabado.

Lo cierto es que la situación en Inglaterra, según comentamos, determinó a enviar a Mr. Hood para tratar con Rosas la paz a cualquier precio. Lo paradójico del caso es que al llegar el nuevo enviado a destino, el conflicto no lo tiene con Rosas ni con Oribe sino con los almirantes Ouseley y Deffaudis, verdaderamente interesados en la continuación de la guerra. La clave de este aparente enigma nos la da "La Presse" de París, donde Emilio Girardin hace una revelación que no deja de ser sensacional: "Mr. Deffaudis no quiso comprender y quizá, fuera de los motivos políticos, tenía para ello excelentes razones. Había dado el 30 de mayo de 1846 su garantía a un empréstito de 60.000 pesos hecho por el gobierno de Montevideo a la compañía inglesa que explotaba esa ciudad; y la conclusión de la guerra, haciendo desaparecer el gobierno intruso, dejaba al descubierto la responsabilidad del ministro. Mr. Ouseley, que había contraído el mismo empeño, apoyó a Deffaudis". A esto quedaba reducida "la causa de la humanidad..."

"El Tiempo", "El Diario" y "El Araucano", de Chile, expresaron reiteradamente su simpatía por la Confederación, considerándola en verdad defensora de la soberanía de América. "The Journal

of Commerce" de Nueva York, comentaba la adhesión que en Estados Unidos evidenciaba la opinión pública hacia Buenos Aires, y escribía lo siguiente: "No somos panegiristas del gobernador Rosas, pero deseamos que nuestros compatriotas conozcan su verdadero carácter, como describen los comodoros Ridgley Morris y Turnes y todo ciudadano de los Estados Unidos que haya visitado Buenos Aires. Verdaderamente él es un gran hombre. Y en sus manos ese país es la segunda república de América". En "The New York Sun", del 5 de agosto de 1845, se comenta también el problema en estos términos: "Nos complacemos en ver que nuestro encargado de negocios ha protestado contra la injustificable intervención en los negocios domésticos de una república americana; y nos es grato ver al gobierno argentino firme en su determinación de defender la integridad de la Unión. La rebelión del Uruguay fue puesta en pie por la Francia con la sola esperanza de obtener dominio en aquel país, o de extender los dominios del príncipe de Joinville, hermano político del emperador del Brasil. La sumisión a esa vil alianza de Guizot, sería la señal de la repartición de la República Argentina entre las potencias aliadas; pero nuestra confianza en el general Rosas y en su administración no nos deja que temer a este respecto". Otro diario neoyorquino, el "New York Herald", en su edición del 5 de setiembre de ese mismo año, se expresaba así: "Esta injusta intervención revela el deseo de introducirse en el hemisferio occidental, y mantenerse en actitud de aprovechar cualquier punto débil que les quede expuesto... El general Rosas se les opone heroicamente... La gran lucha entre el antiguo régimen y la joven democracia está próxima a estallar". En parecidos términos o, por lo menos, sosteniendo similares puntos de vista, se manifestaban "The New York Journal of Commerce", "The Daily Union", The Semy Weekly Union", órgano oficial de Washington, "The Advertiser" de Boston, "The Morning Chronicle" de Londres, "Le Journal des Débats" de París, "Le Courrir du Havre" y muchos otros. Prácticamente también toda la prensa de América latina, con la sola excepción de la que dirigían los unitarios emigrados, que festejó constantemente la agresión franco-inglesa a su propio país.

Pero pongamos las cosas en su justo punto: muchos de estos diarios —si no todos— estaban subvencionados por Rosas a través de las Legaciones argentinas en Washington, Río de Janeiro, Londres y París. El Restaurador, que sabía de la importancia de la "acción psicológica" y no ignoraba lo que vale una "buena imagen" en el exterior, se cuidó de enviar copiosos giros a sus ministros diplomáticos para que éstos ayudaran a que la posición argentina se difundiera y explicara a través de la prensa favorable. De modo que no hay que tomar muy al pie de la letra los elogios de estos diarios, cuyas opiniones —a la luz de las sumas que solían recibir— suenan a "avisos pagos"... De todos modos Rosas practicaba un método perfectamente legítimo, al difundir por todos los medios los derechos que asistían a nuestro país, frente a una poderosa propaganda montada con los mismos métodos por sus enemigos...

Pero también hay que mostrar la otra cara de la moneda. Valentín Alsina le escribe el 2 de noviembre a Félix Frías, calificando de locura la voluntad de defender el honor nacional: "Rosas ha cometido la locura de querer impedir el paso



El encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, don Juan Manuel de Rosas.

(se refiere a la escuadra anglo-francesa) con batería y buque acorazado; locura digo, porque lo es querer competir tan luego en aguas con aquellas naciones que además de la enorme ventaja de los vapores, tienen la de su tremenda artillería a lo Peysar que Rosas y su gente no conocen todavía". Con ese peregrino criterio, no muy varonil que digamos, si el enemigo es poderoso y trae la aviesa intención de violar nuestros más sagrados derechos, debemos rendirnos por anticipado, porque resistir es una locura. A su vez "El Comercio del Plata", redactado por los unitarios de Montevideo, rendía emocionado homenaje "a las dos banderas —francesa e inglesa— que juntas se impusieron en Navarino y han vuelto juntas a cubrirse de gloria en el Paraná" (sic). Califica de "insolencia" la defensa llevada a cabo por Mansilla y sus bravos, y sugiere a los extranjeros la conveniencia de apelar a "medios más directos". Huelgan los comentarios.

En cambio, un historiador brasileño, Pedro Calmon, afirma que "...por el error extranjero, (Rosas) se convirtió en el mayor criollo sudamericano. Hacia él toda la América del Sud volvía su mirada conmovida. Si necesitaran una espada para combatir al intruso, lo convocarían a él, el caballero de la pampa".

También tuvo eco americano la actitud de Rosas en el Paraguay —cuya independencia no había sido reconocida por el gobierno de la Confederación—, pues don Carlos López, según lo expresa en "El Paraguayo Independiente", con-

LA BATALLA DE LA SOBERANIA

sidera la intervención europea en el Plata "inaceptable, no sólo por la razón esclarecida de muchos siglos, sino por los más sólidos y genuinos principios de las leyes o del derecho de las naciones".

Pero el compromiso y los intereses de Ouseley y Deffaudis habían ido muy lejos. Tanto, que desacataron a Mr. Hood —que ya había llegado a un acuerdo con Rosas y Oribe, según sus instrucciones— y lo embarcaron de regreso a Londres.

Después de la cruenta acción de Obligado, tras los barcos de guerra esperaba en el Ibicuy un convoy compuesto de 92 mercantes, de los cuales sólo 50 siguieron la navegación rumbo al norte; el resto, visto los riesgos del viaje, prefirió regresar a Montevideo. Al pasar frente a Obligado, fueron nuevamente atacados por una artillería volante dirigida hábilmente por Thorne, que provocó daños de consideración en la mayoría de las unidades. Lo mismo cuando trataban de pasar frente a las barrancas de Tonelero y Acevedo: ya restablecido, el propio Mansilla dirigió aquí la ofensiva, haciendo certero blanco en los buques de guerra que iban a la vanguardia.

El río es ancho por ese paraje, y pudo eludirse sin mayores problemas el ataque argentino. Pero nuestros defensores se desplazaban con increíble agilidad, neutralizando con ubicuidad y bravura las ventajas materiales del adversario. En San Lorenzo, a la vera del campo histórico del primer combate de San Martín en América, disimuladas entre altas malezas sobre el río, ubicó Mansilla sus baterías, dispuesto a acosar hasta el escarmiento al intruso. Al paso de las naves mercantes, se iza de improviso la bandera argentina y todas nuestras piezas disparan simultáneamente un fuego que sembró el pánico en el río, una confusión tremenda, dando unos barcos contra otros, "sin que apenas un solo buque saliera sin recibir un balazo", según informa Inglefield al almirantazgo. Perdieron los aliados también 50 hombres y dos más de sus navíos de guerra, el Dolphin y el Expeditive, resultaron muy seriamente dañados. El viaje contra la voluntad de una nación soberana se les hacía un infierno.

Al fin llegaron a Corrientes, única provincia cuyo gobierno no respondía a Buenos Aires. Esperaban vender la carga que transportaban las naves mercantes, pero la guerra había sumido en una gran pobreza a los pueblos del interior, de modo que el aspecto comercial se vio signado por un rotundo fracaso. Y había que volver a desandar el río, cosa que preocupaba seriamente ahora a los orgullosos marinos. Resolvieron pedir refuerzos a Montevideo. A ese efecto despachan al Gorgón, pero no pudo pasar por el Tonelero. Después de tratar de sostener el nutrido fuego que se le hacía desde tierra, tuvo que regresar y refugiarse averiado en Esquina. "La escuadra embotellada", dice con acierto José María Rosa.

Nuestros notables artilleros, con una habilidad increíble, atando sus baterías a la cincha de fuertes caballos, seguían materialmente a las naves del enemigo, que casi no podía creer en semejante asedio.

Los refuerzos pedidos no llegaban, y la escuadra anglo-francesa, tan castigada ya, no se atrevía a emprender el regreso sin el auxilio de naves de refresco. Se despachó entonces la corbeta Philomel, atacada también en el camino, pero que logró llegar a destino. Desde Montevideo zarpan entonces los vapores ingleses Harpy y Lizard. Pero en El Quebracho, el Lizard quedó tan descalabrado, que prácticamente no serviría ya de protección. En el parte correspondiente, el teniente Tylden dice que "el enemigo volteó nuestra pieza del castillo de proa, y su terrible fuego de metralla, que cribó el barco de proa a popa, me obligó a ordenar a oficiales y tripulación que bajasen". También hubo de refugiarse en Esquina. Había recibido 35 balas de cañón...

Medio año pasó desde la acción en la Vuelta de Obligado, hasta que, después de muchas indecisiones y de grandes pérdidas, el convoy intruso se atreve a regresar: 40 barcos mercantes y 12 de guerra, aunque dos de ellos, por lo menos, fuera de combate.

El honor correspondió esta vez al Quebracho: fue donde se libró un encuentro definitivo. Allí instaló Mansilla diecisiete cañones, mientras 600 soldados de Infantería respaldaban esa fuerza contra un eventual desembarco, más 150 carabineros, complementados con piquetes del batallón de Patricios, al mando del mayor Virto; en el centro, Thorne mandaba dos baterías y dos compañías de Infantería, y hacia el otro extremo el batallón Santa Coloma, al mando de este jefe. Cuando los buques de guerra enfilaron las baterías de la Confederación, el general Mansilla, después de gritar "¡Viva la soberana independencia argentina!", dio la orden de fuego. El enemigo pretendía defender el paso de los barcos mercantes, entreteniendo a nuestra batería; fracasó en su propósito. La altura en que se encontraban los cañones criollos los hizo inaccesibles para la pesada artillería aliada; en cambio, el desconcierto en el río no pudo ser mayor. Algunos barcos vararon en su tentativa de huir, y todos sufrieron la implacable descarga de nuestras piezas. El teniente Proctor, en su comunicado al capitán Hotham, le dice así: "El fuego fue sostenido con gran determinación; fuimos perseguidos por artillería volante y considerable número de tropas que cubrían las márgenes haciendo un vivo fuego de fusilería. El Harpy está bastante destruido: tiene muchos balazos en el casco, chimeneas y cofas". Hotham, a su vez, acompañando la nómina de muertos y heridos ingleses y franceses en El Quebracho, confiesa al final sobriamente: "Los buques han sufrido mucho". Pero el regreso del convoy, maltrecho, disminuido (en El Quebracho se perdieron muchos barcos, incendiados, varados, hundidos), provocó sordo malestar en los comerciantes de Montevideo, que se prometían pingües utilidades con transacciones de gran volumen. Unos y otros comprendieron, a partir de entonces, que los ríos que surcan nuestro territorio son parte indeclinable de la soberanía nacional.



El general José de San Martín, cuyo prestigio en Europa sirvió a la causa argentina para acelerar la paz entre las potencias bloqueadoras y la Confederación.

MAS DEBATES EN EUROPA: LA CONFEDERACION IMPONE RESPETO

Los acontecimientos que hemos descrito tuvieron su necesaria resonancia en Francia e Inglaterra, donde el descontento era cada día mayor contra la equívoca política de sus gobiernos. La intervención carecía evidentemente de popularidad. En un primer momento, en base a la hábil circulación de un libelo de José Rivera Indarte titulado "Tablas de Sangre", que le atribuía a Rosas los hechos más espeluznantes que se pueden concebir, se pretendía explicar —si no justificar— la agresiva política seguida. El "London Atlas", diario antirrosista al comienzo del conflicto, denuncia que la casa Lafone —la dueña de la Aduana de Montevideo— le pagó a Rivera Indarte a razón de un penique por cada muerto que le atribuyera a Rosas. Pero así como ese diario, la mayoría de los órganos periodísticos fueron comprendiendo la verdad del problema. Europa, en esa época, se acercaba a pasos agigantados a una gran revolución de alcance continental —1848— y los buenos políticos deseaban no complicarse demasiado, sobre todo en problemas ingratos como la injusta intervención en el Río de la Plata. El "Morning Chronicle", decidido anti-intervencionista, elogia a Rosas, que "ha usado una moderación y un dominio de sí mismo que sería difícil igualar en el mundo entero... al sostener todos los derechos de su país incólumes, sin desmerecer el antiguo carácter español de benevolencia y generosidad". El "Manchester Courrier" denuncia el negociado de la Aduana de Montevideo, mientras el "Times", convencido por la evidencia, termina también por manifestar su desacuerdo con la intervención. A mediados de 1847 el "Daily News" escribía con notable franqueza: "El rey francés y el ministro británico fueron engañados, entrando en el bloqueo y en las presentes operaciones ofensivas, por la aserción de que Buenos Aires no podía resistir. Ambos se equivocaron altamente. Mr. Hood ofreció la mejor oportunidad para que saliesen de esa equivocación. Pero el enviado francés no quiso permitirla".

Pero la hora del triunfo llegó. Es decir, la consagración del triunfo, pues éste ya se había conquistado en las márgenes del Paraná. De la Vuelta de Obligado, y las acciones de San Lorenzo, Acevedo, Tonelero, El Quebracho, se hicieron eco América y el mundo. Guido en el Brasil, Alvear en Estados Unidos, Manuel Moreno en Londres, Sarratea en París, contribuyeron no poco a esa consagración. ¡Y el Libertador San Martín! ¿Qué partido tomaron estos hombres? El único posible: el de la patria. El que indujo al veterano general Necochea —él también— a enviar una hermosa carta solidaria al gobernador de Buenos Aires.

EPILOGO TRISTE DE UNA GLORIA PATRIA

Después de Caseros, Mansilla se retiró definitivamente de la vida pública. Viajó por Europa. Sus honrosos antecedentes, las condecoraciones que lucía sobre su uniforme, conquistadas todas ellas en los campos de batallas más importantes de América, su prestancia, le abrieron los salones de príncipes y magnates, de estadistas y literatos. Su vigorosa personalidad despertó admiraciones y fue, sin proponérselo, un embajador oficioso y extraordinario —esto, en el verdadero sentido de la palabra— de la Nación Argentina. Residió un tiempo en Francia, y en la ostentosa corte de Napoleón III lo colmaron de distinciones.

Años después volvió a su país. Por su refinada cultura, su casa fue una peña en la que se hizo un hábito la música, la literatura, la poesía, y en donde las personalidades más brillantes de su tiempo alternaban con él sobre todos los te-

y al respeto del mundo.

LA BATALLA DE LA SOBERANIA

Pasó el tiempo, pero la consuetudinaria jovialidad de este veterano pudo hacerle decir con Víctor Hugo: "Hoy cumplo por tercera vez 20 años", cuando cumplía sesenta. Murió casi octogenario el 10 de abril de 1871, siendo el general más antiguo de la República.

Para despedirlo, habló entre sus amigos D. Diego de la Fuente con estas expresivas palabras: "No sé, señores, en qué, ni cómo, se perpetuará algún día el nombre del vencedor del Ombú, del autor de la primera Constitución provincial argentina, del organizador avisado de la policía de Buenos Aires, de un soldado de la Independencia, de un diputado al Congreso del año 26, de un general recomendado a la gratitud pública por Bernardino Rivadavia; pero sí sé, y debo aquí decirlo, que el viajero argentino que remonta los ríos detiene siempre los ojos con noble orgullo en un recodo del gran Paraná, donde un día la entereza del general Mansilla, rindiendo el pundonoroso sentimiento nacional en lucha desigual con los poderes más fuertes de la tierra, supo grabar, con sangre que no se borra, derechos indestructibles de honor y de gloria. Qué importa el murmullo del vulgo sobre hechos de suyo efímeros, al pie de monumentos imperecederos diseñados por el heroísmo, como la Vuelta de Obligado, donde se destacó la bizarra figura de Mansilla entre el fuego y la metralla, a la sombra, señores, no de otra bandera que aquella que saludaron dianas de triunfo en los campos de Maipú y de Ituzaingó".

Pero al cadáver de Mansilla no se le rindieron los honores correspondientes a su rango militar, y en su sepelio no estuvieron presentes las autoridades nacionales...

SINTESIS PARA RECORDAR

Fue en la mañana del 20 de noviembre de 1845, dijimos al comienzo. Esa fecha puede incorporarse por derecho propio a los grandes fastos nacionales. Es el símbolo vivo de la soberanía argentina sobre sus ríos interiores, del orgullo y del vigor de la raza. Representa la decisión de hombres que se baten como leones cuando llega la hora de defender el solar nativo. ¡A la criolla! "No pregunto cuántos son, sino que vayan saliendo". Y así la patria, personificada en aquel abnegado puñado de valientes, "cometió la locura" de hacer morder el polvo a las naciones más poderosas de la tierra y el mar, y nos legó un día de gloria.

San Martín, siempre por encima de los partidismos, le atribuyó a la resistencia de Obligado tanta importancia como a la gesta que nos emancipó de España.

Pero los que vinieron después, si bien respetaron en cierto modo al Libertador, no se inspiraron en su conducta: la historia oficial está envenenada de partidismo. Por eso el 20 de noviembre transcurre inadvertido para el país: la escuela lo ignora; la prensa no se hace aún eco de aquellos marciales clarines, ni de las baterías que atronaron el espacio desde las barrancas del Paraná.

Sin embargo, la verdad triunfa siempre. La historia es una ciencia y el esclarecimiento documentado —que hoy avanza en gran escala— determinará el inevitable vuelco. Todos los argentinos sabrán muy pronto que allá por 1845, la firmeza de una política servida con heroísmo, nos hizo acreedores a la admiración de América y al respeto del mundo. ✤

Frente a las barrancas de Obligado se levanta un modestísimo monumento recordatorio; demasiado poco para un recuerdo tan grande...



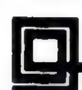
EL MENSAJE ESCRITO ES COMO SU FIRMA

Y usted y su empresa necesitan distinguirse entre todos.
Su correspondencia tiene que tener personalidad, distinción y belleza.
Solo hay una manera de conseguirlo: con la

OLIVETTI TEKNE

"En el siglo XX y medio, ya no puede simplemente hablarse de escritura a máquina. Hoy se habla de

TEKNESCRITURA



OLIVETTI ARGENTINA S.A.



SCARDULLA Y EL TESORO DE SOBRE

por
Hernán
Ceres



Así reconstruyó la pintora francesa Leonie Mattis el momento en que los ingleses se apoderan de los caudales fiscales, en Luján (Museo Colonial de Luján).

MONTE

En los primeros días de agosto de 1938, las páginas de policía de los principales diarios porteños, anunciaron con marcados moldes, una noticia que bien pronto halló eco a lo largo y ancho del país: "Apareció el tesoro del virrey Sobre Monte". Y continuando a los anuncios, la crónica daba cuenta de cómo Viernes Scardulla, argentino, de 35 años, casado, con domicilio en Moreno 1373, Venado Tuerto, provincia de Santa Fe, habíase presentado a la sección "Defraudaciones y Estafas", de la Policía de la Capital Federal, manifestando que en las inmediaciones de su residencia había hallado tres cofres conteniendo un valioso tesoro, del cual fue despojado, luego, por dos sujetos, cuya detención procuraba.

Los escribientes de turno acomodaron papel en los desnivelados carros de sus máquinas de escribir y, ante el comisario Alemán, que entendió en la causa, comenzó el más fantasioso relato que haya podido registrar jamás la crónica policial argentina.

La historia tenía su origen en una tarde de octubre de 1935. Junto con otros amigos, entre los que se hallaba su cuñado Santiago Trucco, habían decidido bañarse en el arroyo Las Garzas, en el camino que conduce a Alcorta, en las inmediaciones de Pergamino. En un determinado momento, Scardulla decidió seguir solo su camino y al llegar al campo "La Blanquita", en un lugar que "en cualquier momento podría precisar", encontró un trozo de mampostería sobre la tierra. Al arrancarlo, descubrió un túnel pequeño, en cuyo interior había tres cofres, que habrían pertenecido al virrey Sobre Monte, como restos de su marcha hacia Córdoba, en oportunidad de la primera invasión inglesa [1].

Sin hacer pausa en su relato y abundándolo de detalles, aquel extraño personaje continuó diciendo que ya de regreso, en su casa, informó del hallazgo a su cuñado Trucco y que a la noche siguiente, juntos, fueron a buscar los cofres. En medio del mayor secreto y tras ardua tarea, pudieron trasladarlos en un carro hasta su domicilio. Allí los tuvieron un tiempo y al no poder abrirlos (?), decidieron formular la denuncia ante el Senado de la Nación, dado que por la importancia del hallazgo —descontábase que la carga se componía de monedas antiguas, lingotes de oro y brillantes— habría de corresponderles una gratificación abultada, calculando que el descubrimiento no sería inferior a los cinco millones... del año 38...

El animado relato concluía con el viaje de Scardulla a Buenos Aires, con su visita al Senado y el conocimiento circunstancial con los doctores Roque Monti y Gastón, funcionarios ambos del alto cuerpo legislativo. Entre ambos, lo habrían convencido de traer los cofres a la Capital, instándolo a depositarlos en el escritorio de Monti, Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) 1920, precisamente a una cuadra del Senado.

El denunciante dijo que había vuelto a Venado. Que desde allí, mantuvo correspondencia con los "doctores" y que luego se decidió a "bajar" con los cofres, no sin antes labrar un acta documentando su contenido, señalando en ella

1 Ver TODO ES HISTORIA Nº 6: "Sobre Monte, el Gran Calumniado".

SCARDULLA

que la carga componíase de más de cien kilogramos de oro y treinta y tres de piedras preciosas. Total, una verdadera fortuna.

Durante un año, Gastón y Monti lo habrían estado engañando y al no recibir de ellos, en tal lapso, más que veintitrés mil quinientos pesos, se decidió a denunciarlos.

EL ASUNTO SE COMPLICA

El original caso adquirió bien pronto insospechados detalles. Se procedió a la inmediata detención del doctor Monti, quien puesto frente a Scardulla, fue reconocido sin titubeos, ratificando el denunciante su creencia de haberlo tratado como a un respetable funcionario del Senado Nacional. En cambio, amparada por un supuesto título de abogado, se escondía la verdadera personalidad de Carlos Valdivieso, un chileno de 52 años, dueño de un frondoso prontuario policial, supuestamente dedicado al corretaje de papel celofán y que en deuda debió estar con la justicia, a juzgar por su conducta posterior.

Al día siguiente de su detención, Valdivieso pidió ser acompañado hasta el baño del Departamento, pedido al que accedió un agente. Ya de vuelta, mientras lo traían asido de un brazo, el detenido logró zafarse y, dándole un empellón al policía, se asomó a un patio interno, amenazando tirarse. Rápidamente, el agente se rehizo y corriendo hacia aquél, logró tomarlo del cabello y de la chaqueta, a la que le arrancó tres botones. Empero, valiéndose de su mayor contextura física, Valdivieso volvió a soltarse, arrojándose esta vez al patio, desde 20 metros, fracturándose el cráneo en la caída.

Con la premura del caso fue atendido por el médico de policía y posteriormente, se lo trasladó a un hospital, donde murió la tarde de ese mismo día, llevándose a la tumba el secreto de su determinación.

Entre sus ropas se encontró un anillo, el que sirvió para aumentar, más aún, las conjeturas hechas acerca de la existencia del "tesoro". La alhaja era de oro y fue sometida al juicio del orfebre D. N. Scarinchi, quien luego de examinarla detenidamente, manifestó que dicho anillo era obra de un artista y que su confección se había realizado siguiendo prácticas muy antiguas. Además, expresó el técnico que dicho anillo presentaba características especiales; entre otras, la de haber sido trabajado con prolijidad y a cincel.

La pieza tenía, asimismo, un escudo de armas, por lo que se recurrió al concurso de un perito en heráldica, quien manifestó que ante el trazado del dibujo —escudo formado por una corona, debajo de la cual había un águila rampante y sobre la parte superior de ésta, tres estrellas— bien podía suponerse una existencia centenaria.

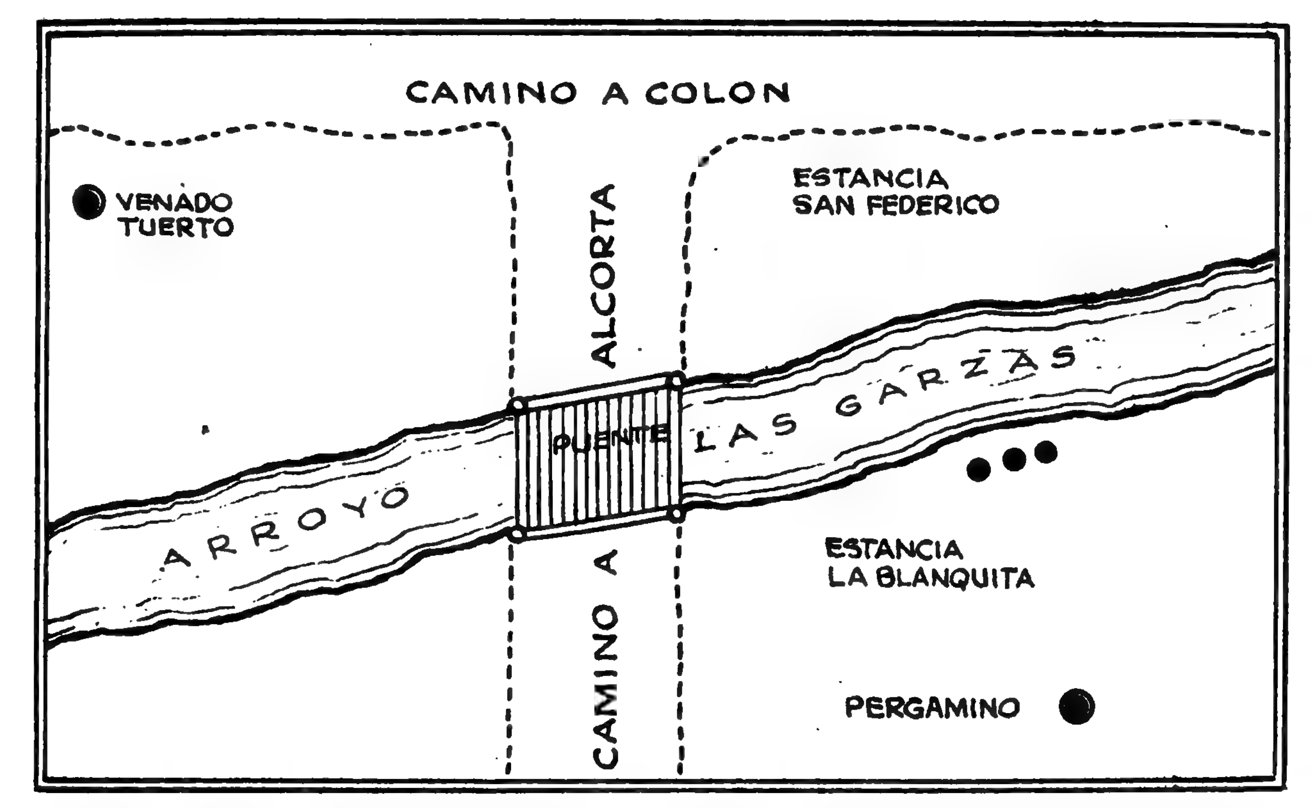
La muerte de Valdivieso imprimió un nuevo giro a la extraña denuncia de Scardulla, al tiempo que contribuyó en gran medida a darle mayor crédito a su relato. Este ganó sugestivos interrogantes, no solamente en la calle, sino en el ambiente policial y en los Tribunales, donde se buscó infructuosamente una aceptable explicación del suceso. La hipótesis más valedera fincó en la posibilidad de que el suicida hubiera tratado de encubrir con su muerte a alguien situado muy por encima de aquella rara historia.

La policía fue blanco de una inusitada campaña de desprestigio por parte de la opinión pública y del periodismo. Se dijo que "bien pudo haber fracasado, hasta ahora, en su función específica de conservar el orden público y esclarecer delitos; pero, en cambio, donde nunca fracasa, es en la tarea que se impuso de dificultar sistemáticamente, la labor de los periodistas y, en manera preferente, la de los reporteros gráficos".

Tales afirmaciones correspondieron a "Ahora", un bisemanario de la época que, en su ejemplar del 12 de agosto, al mismo tiempo de tratar la prematura muerte de Justo Suárez, comentó en otras páginas el "rodeo" que doce vigilantes hicieron a la vizcondesa María Teresa Priqué de Giuppeville, en ocasión que ésta, procesada, acudió al despacho del juez. No se trató —decía "Ahora"— de dispensarle una guardia de honor a su alto título nobiliario, ni tampoco de una medida precautoria o de amparo; aquella providencia se adoptó tan sólo para impedir que los fotógrafos lograsen retratar a quien se presumió heredera del millonario García. "Si nuestra policía fuera precavida —concluía el editorial— y aún más, protectora, hubiese evitado que



Scardulla sonriente, con una pala en la mano, observa las excavaciones que se hacen para buscar el famoso tesoro.



Plano aparecido en "La Prensa" de agosto de 1938, con el lugar donde Scardulla dijo haber hallado los cofres.

el detenido Valdivieso se hubiera suicidado tan espectacular y sorprendentemente como lo hizo".

Pero volvamos a Viernes Scardulla, a quien hemos abandonado para ocuparnos del misterioso suicidio de uno de los personajes que, según él, habríanse apoderado de su fabuloso hallazgo. Un hallazgo que, con el correr de los días, fue generando nuevas historias sobre su origen, aduciéndosele pertenencia primera a Sobre Monte, para concluir adjudicándoselo a Pancho Sierra [1], o bien a la "maffia" de aquellos anárquicos años treinta.

Scardulla tenía, en Venado Tuerto, fama de individuo muy poco afecto al trabajo. Había vivido hasta 1920 en Estación Carmen, donde fue "recogedor" de maíz, hasta que sufrió un accidente y se trasladó a Venado. Al poco tiempo, se dio a conocer allí como curandero y su "buen trato" con la Virgen de Luján, le hizo fama entre la clientela de su desprovista despensa, la que le servía, más que como comercio, como antesala a sus tareas de "manosanta".

Años después fue propietario de caballos de carrera, pero sus rápidas maquinaciones contrastaron con los lerdos desplazamientos de sus "puros", inevitables perdedores en la localidad, a pesar de las grandes sumas invertidas por su propietario. Casado con María Trucco, hija de una respetable familia de Carmen, se dedicó años después a la política, siendo encargado de un comité radical antipersonalista. Llegó a variar frecuentemente de automóvil, conociéndosele primero una "voiturette" Ford; más tarde una Dodge y, finalmente, un Lincoln. Hasta que los apremios del juego —súpose que en una noche llegó a perder 10.000 pesos, de un capital de cien mil, que dijo tener en el inexistente "Banco de Luján"— vaciaron sus alicaídas arcas, debiendo apelar entonces a "las de Sobre Monte"...

HACIA EL TEATRO DEL HALLAZGO

Toda esta historia era desconocida en la Capital Federal. Nadie supo y menos la policía, que aquel afable hombrecillo del extraño relato, tuviese tales antecedentes. Además, por si algo hubiese faltado para abundar su fantasiosa novela, Valdivieso la avaló al quitarse la vida por propia determinación.

De allí que, incondicionalmente, las autoridades policiales dieron crédito a la denuncia de Scardulla y ante su insistencia, se resolvió que una comisión a cargo del comisario Fontenla, se trasladara a Pergamino. Esto ocurrió el lunes 8 de agosto de 1938 y los diarios de la Capital no supieron entonces si prestar atención a tan extraña excursión, o a la sensacional victoria lograda en la víspera por River Plate ante Racing, en Avellaneda, donde pudieron más los tres goles de Luis María Rongo que los dos logrados por Pont y Zito, para la "Academia".

Al llegar a Pergamino, el titular de la policía local, Alfredo Lastra Hamilton, se mostró extrañado de que la policía de la Capital Federal hubiese hecho caso al "cuento" de Scardulla, quien era muy conocido en la zona por sus mentadas actividades. Pese a ello, se dispuso, para el día siguiente, el reconocimiento del lugar donde habrían sido hallados los cofres.

A las dos de la tarde, del día 9, los automóviles conduciendo a la comisión policial, al denunciante y a algunos periodistas que viajaron especialmente desde la Capital, tomó por la calle Julio A. Roca hasta desembocar en el camino a Alcorta. Cuando habían recorrido unos 26 ki-

1 Ver TODO ES HISTORIA Nº 5: "Pancho Sierra, Realidad y Leyenda".

SCARDULLA

lómetros, Scardulla, que viajaba en el auto de adelante, hizo señas de detención:

—Es allí —dijo, sacando un brazo por la ventanilla. Y todos bajaron de los autos.

El lugar señalado era uno de los lotes de la antigua estancia "La Blanquita", la cual había sido de propiedad de la sucesión Baca Castex. El lote figuraba en los planos con el nº 22 y se trataba de una extensión de terreno de pobres condiciones, tierras muy bajas y arcillosas, atravesadas por una densa cañada, conocida por "Cañada de Grondona", cubierta en algunos trechos por un cauce de agua de variable profundidad.

Cuando habían recorrido unos seiscientos metros, tropezaron con una estaca, puesta de ex profeso por la policía del lugar, para que Scardulla equivocase el sitio, descubriéndose con ello la posible fantasía de su relato. Pero todo fue inútil. Quienes lo seguían, quedaron admirados por la frescura conque aquél respondió al hallazgo:

—No es aquí. Vamos, que más adelante está el lugar exacto.

Caminaron otros cuatrocientos metros y de pronto:

—¡Aquí es! Este es el lugar...

De inmediato, dos agentes comenzaron a remover la tierra y cavaron un rectángulo de 2,80 por 1,20 metros, hasta una profundidad aproximada de dos metros. En un momento dado, la pala de uno de ellos chocó con un elemento duro,



El virrey marqués de Sobre Monte no se habrá imaginado jamás que el tesoro que intentó salvar daría motivo a una estafa.

que al ser extraído, resultó ser un cortafríos totalmente enmohecido. Al extraerse la herramienta, Scardulla exclamó:

—¡Mi cortafierro...! —Y al mismo tiempo explicó que esa fue una de las herramientas con las que se había abierto paso hacia el interior de la supuesta bóveda, perforando sus paredes de mampostería.

La búsqueda continuó por dos largas horas, resultando totalmente infructuosa. Fatigados y furiosos, todos volvieron, y alrededor de las seis de la tarde estaban de vuelta en la jefatura de policía de Pergamino. Allí, poco tiempo tardó en quedar todo descubierto, pues mientras la comisión "paseaba" por "La Blanquita", en Venado Tuerto se había presentado ante las autoridades Pedro Bonfanti, propietario de una herrería, quien dijo que por encargo de Viernes Scardulla había confeccionado, años atrás, unos cofres; tiempo después y en su negocio, había llenado con ciertos envoltorios (posiblemente hierros viejos), ordenándole que los soldara de una manera tan hermética, que fuera casi imposible abrirlos.

Recién entonces se procedió a la detención de Scardulla y la policía local lo mantuvo incomunicado hasta que se ordenó su remisión a la Capital. La historia del "mentiroso público nº 1" había tocado a su fin.

Al día siguiente, los diarios volvieron a dar profusa información del episodio, comentando el resultado infructuoso de la búsqueda. Hubo alusiones al caso, de todo tipo. Algunas publicaciones, ironizando, establecieron comparación entre Scardulla y aquel gran trágico de la escena que fue Ermete Zacconi, de cuya "Muerte Civil" se anunciaban las últimas representaciones en el Ateneo. Hubo también avisos que explotaron la popularidad de aquella historia, como aquel publicado el 10 de agosto de 1938, en la página de remates de "La Prensa", que textualmente decía: "A. Capobianco - OTRO TESORO EN MARTINEZ - 165 lotes - 10.000 ladrillos gratis a todos los lotes - Sin excepción".

REFERENCIAS SOBRE EL DESCUBRIDOR

Ante el conocimiento de la realidad, se procuraron por todas las formas antecedentes del timador, consultándose a la población de Venado Tuerto. Así pudo saberse, que Scardulla era un personaje ducho en argucias y experto en situaciones equívocas; "ladino", según la terminante definición de quienes convivieron con él, observándolo simplemente, o bien siendo víctimas de su genio mal aplicado.

—Eso sí, fue generoso. Mano abierta para todos, reacio en cambio para prodigarse con los suyos —fue la opinión vertida por su hermana, doña Josefa Scardulla de Salguero, a quien había instado a trasladarse allí, conjuntamente con sus hijos.

—A los de la familia jamás les comunicó nada. Nunca escuchó un consejo... y cuando se le acercaba alguno de nosotros, pidiéndole algo, nos arreglaba con palabras— supo decir Luis, su hermano menor.

En cambio, dióse a conocer una larga lista de "doloridos", quienes por distintas razones, y en especial por su presunto hallazgo, habíanse convertido en acreedores suyos. Catalina Giraldo de Trucco, su suegra, le había prestado dieciséis mil pesos; su cuñado Santiago, dos mil ochocientos;



En el centro, el herrero Pedro Bonfanti, a cuya derecha está el comisario Fontenla, de la comisión que buscó el tesoro.

Antonio Busquets e Inocencia Paúl, diez mil cuatrocientos y Silvestre Brétoli... ¡cuarenta y siete mil! ¡Pesos de 1938!

FINAL DE LA HISTORIA

El "tesoro de Scardulla" llenó por varios días las páginas de los principales diarios del país. La prematura muerte del "Torito de Mataderos"; el estreno de "Maniquí", con Joan Crawford y Spencer Tracy, o "Carmen, la de Triana", con Imperio Argentina, dieron menos tema que su cuento. Su rostro, sin mayores muestras de preocupación, apareció en las secciones de policía y su declaración más repetida fue la de no haber perjudicado a nadie. "Noticias Gráficas" publicó un autógrafo suyo, que decía: "Mi asunto no tiene importancia, pero sirvió para demostrar la buena organización de la policía". Aunque las represalias que pudo tomar ésta le llegaron a inquietar manifiestamente, al punto que en el tren que lo traía de regreso a la Capital, confesó al periodismo sus temores por haberse burlado de los funcionarios policiales.

Unos días después se le tomó declaración. Dijo entonces que su relato había sido urdido para ocultar el desfalco del que había hecho víctima a su suegra. Que su intención no fue la de formular denuncia alguna, pero que apremiado por su mujer y sus parientes, se vio precisado a hacerlo.

Un par de días más tarde, al inspector O'Duyer y al comisario Muscarelli, les relató otra extraña historia, diciéndoles que para obtener el indulto, o la conmutación de la pena de un primo suyo —José Dino, condenado a catorce años de prisión por homicidio—, se relacionó con el doctor Roque Monti o Carlos Valdivieso, quien le habría pedido 16.000 pesos, que fueron los que le obligó a conseguir a su cuñado Trucco, entre las amistades. Por otra parte, cuando Santiago Trucco fue llamado a declarar sobre el caso, manifestó ser totalmente ajeno a la historia de los cofres; que nunca supo de tal hallazgo y que, por lo tanto, mal pudo haber participado en la tarea de desenterrarlos. Por lo contrario, tanto él como muchos de sus familiares, habían sido víctimas incautas de quien, a cuenta de una "recompensa" que iba a recibir, les había sacado bastante dinero.

¿Qué pena se le impuso? ¿Cuál pudo corresponderle? Muy corto fue el lapso que estuvo detenido. Sin embargo, un destacado abogado de nuestro medio, que fuera consultado por aquella época, dijo que de todo ello surgía, en forma clara, el delito de desacato, al cual el Código castigaba con pena de hasta un año de prisión, porque sería patente la burla que Scardulla le hizo a la autoridad de la justicia. En caso inverso, de haber existido el tesoro y de haberle sido realmente robado, el timador estaría en situación de defraudado.

Esta última tesis, sin lugar a dudas, es la que Viernes Scardulla ha venido sosteniendo por espacio de treinta años, a juzgar por sus "Me-

morias", publicadas en 1967 en un diario de San Luis, donde residía entonces, y que, compuesta de veintiocho artículos (Un niño espiritista, Historia de caballos, Los tres cofres de hierro, En el Senado Nacional, Periodistas versus Viernes, El anillo del virrey Sobre Monte, Cambio de nombre en San Luis, etc.) tituló "Memorias de un Hombre Llamado Viernes".

En uno de esos artículos, precisamente, dijo: "Fui actor principal de acontecimientos que en su momento conmovieron el interés público y ocuparon, nerviosamente, las columnas de los diarios y revistas argentinos y extranjeros. Dijeron en esa oportunidad que Viernes Scardulla, el que suscribe, había mentido. Pocos fueron los que creyeron en la realidad, incógnita no develada a pesar del tiempo transcurrido. Y estoy seguro que esa duda ha de mantenerse y acrecentarse en el transcurso del relato de mis «Memorias». Creo por otra parte, que nací predestinado. Conocí la pobreza, el trabajo sacrificado y la riqueza. Enfrenté en varias ocasiones los helados ojos de la muerte; conocí y fui amigo de muchos personajes importantes en todos los órdenes y niveles sociales. Artistas de teatro y cine, políticos de renombre, escritores, periodistas, deportistas... Soporté a lo largo de muchos meses una persecución injusta y despiadada, tanto que en alguna época conocí la celda carcelaria, los pabellones de confinamiento solitario, la soledad de mil noches de desvelo, durante las cuales tuve que enfrentarme con mi propia conciencia y aprender a meditar sobre el destino del hombre y los planes secretos sobre los cuales, se levanta la arquitectura de la humanidad y el universo".

Acompañado por el comisario de Pergamino, señor Lastra Hamilton, Scardulla después de confesar que "todo fue un cuento"...



En el Cabildo de Luján estuvo realmente el tesoro de Sobre Monte, pero por pocas horas...

LITERATURA DE EVASION E IGNORANCIA DE LA HISTORIA

En realidad, el cuento de Viernes Scardulla forma parte de toda una picaresca que floreció por esos años y cuyos protagonistas todavía son recordados por muchos argentinos. Eran años de mishadura y desocupación, años de fraudes electorales y de entrega del país. El pueblo no tenía otro recurso para evadirse de esa puerca realidad cotidiana que endosar los grandes cuentos que se inventaban como para dar un poco de magia y maravilla a tiempos irremediablemente tristes y feos. En Europa la guerra se hacía inevitable; en España se agotaban las últimas etapas de la guerra civil... La gente argentina era receptiva para cualquiera que trajera algún recurso de evasión, desde Viernes Scardulla hasta el hombre que hacía llover [1].

Pero si se hubiera conocido mejor la historia argentina, el cuento de Scardulla no hubiera podido prosperar. Porque lo cierto es que nunca existió un tesoro del virrey Sobre Monte. O me-

1 Ver TODO ES HISTORIA Nº 18: "Baigorria, el Mago de la Lluvia".

jor dicho, existió, pero en las arcas inglesas... Recordemos un poco la crónica.

En 1806, cuando llegaron los primeros rumores de una posible invasión inglesa al Río de la Plata, el virrey, tan lerdo en los aspectos militares, adoptó eficaces medidas para salvar los caudales reales. Ordenó que se acondicionaran en zurrones de cuero y cajones de madera las onzas, los patacones, las barras de oro y plata que formaban parte de la Real Hacienda y de los depósitos de la Compañía de Filipinas en tránsito a España. El 25 de junio de 1806, apenas llegada la noticia del desembarco británico en Quilmes, el virrey ordenó que se cargaran en carretas hacia el interior. Cuando los invasores ocuparon la ciudad —después de una flaca resistencia— el virrey estaba en una quinta situada en el actual barrio de Floresta; entretanto, la millonaria caravana viajaba lentamente, protegida por una escolta que se iba disgregando hora tras hora. En Morón los cien soldados primitivos estaban ya reducidos a cuarenta, pero el jefe encargado de la preciosa carga comunicaba al virrey que al día siguiente llegaría a Luján.

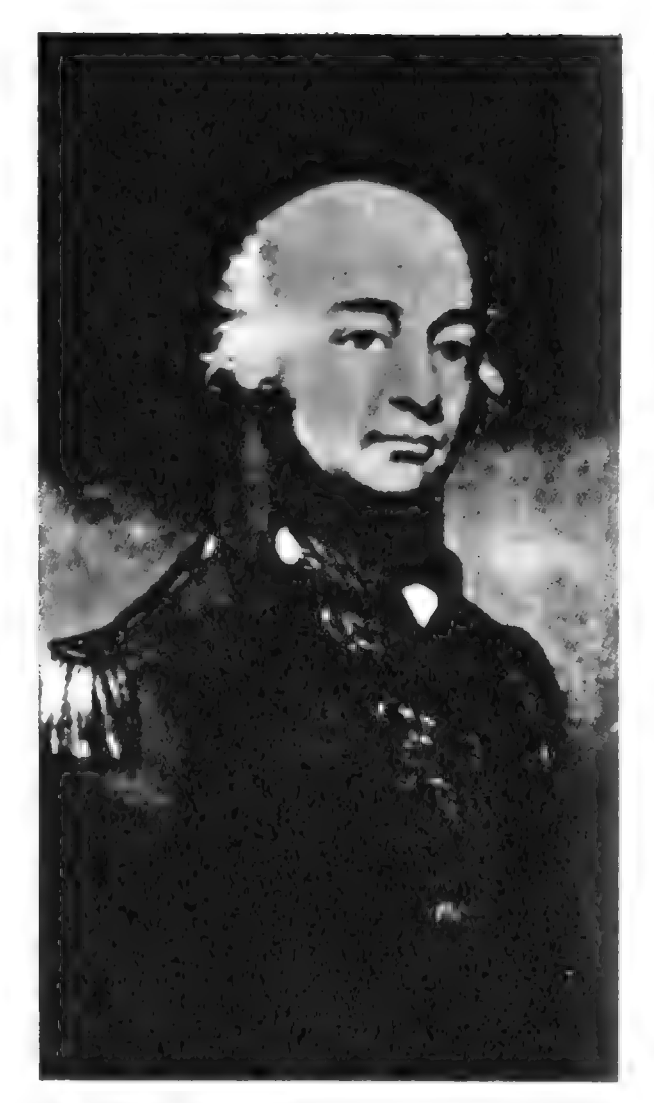
A todo esto los ingleses, que habían esperado encontrar la ciudad abarrotada de monedas, se encontraron que las cajas reales estaban vacías. De inmediato Beresford intimó al Cabildo la entrega del tesoro, so pena de confiscar los bienes de los vecinos. Y como primera medida trabó embargo sobre los buques del puerto. ¡El inglés no se andaba con vueltas!

Ahora llegó el turno de afligirse al Cabildo. Casi todos sus integrantes eran comerciantes ricos y la amenaza de los invasores afectaba directamente a sus intereses. Entonces el cuerpo capitular envió a dos de sus miembros a entrevistarse con Sobre Monte y convencerlo de que hiciera entrega de los caudales reales: de otro modo, toda la población —decían— habría de sufrir tremendas exacciones. Rápidamente se dejó convencer el virrey, quien envió una nota a Beresford accediendo a la entrega del tesoro.

Este ya había llegado a Luján. El Cabildo de este pueblo había hecho depositar las cargas en las casas capitulares, pero muy poco duró el depósito. En la medianoche del 30 de junio llegó un destacamento inglés que no sólo se apoderó de la preciosa carga, sino que hizo una cantidad de destrozos en el edificio del Cabildo buscando más dinero o simplemente haciendo daño, "pues con motivo —decía después el atribulado cuerpo lujanero— de bajar la pelota conque se divertían, andaban sobre las tejas como si de fijo anduvieran en el suelo".

Entre fútbol y travesuras los ingleses tardaron muy poco en reacondicionar las cargas en las carretas y volver a Buenos Aires. El dinero sustraído alcanzaba a la impresionante cantidad de un millón trescientos mil dólares. De ellos se apartaron doscientos mil para atender los gastos de los ocupantes en Buenos Aires; el resto se envió a Londres, quince días más tarde, y su entrada a la capital británica tuvo la magnificencia de los antiguos "triunfos" romanos. Separada la parte correspondiente a Su Majestad Británica, el resto fue escrupulosamente repartido entre los participantes de la invasión, cuyos jefes se hicieron ricos en la bolada...

Alguien más participó de la fortuna de este lance. Don Andrés Migoya, vecino y cabildante de la villa, aprovechando la confusión del momento cuando llegaron los soldados ingleses, se armó limpiamente de uno de los cajones que estaban en las carretas. Con ese dinero Migoya edificó (según relata Enrique Udaondo) una hermosa casa frente a la plaza de Luján, donde residió Belgrano en 1814 mientras era sumariado por los desastres de Vilcapugio y Ayohuma. Más tarde esa casa fue la del popular hotel Piave, como lo recuerda Vicente Sierra.

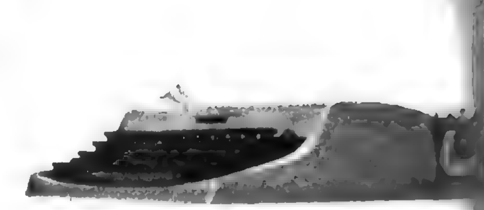


Sir William Carr Beresford: fue él y no Scardulla el verdadero beneficiario del tesoro del virrey.

Otro cajón de los que venían de Buenos Aires fue sustraído por el mismo Cabildo de Luján en circunstancias poco claras; parece que llegó a abrirse antes que llegaran los ingleses y los soldados españoles y criollos de la custodia se quedaron con unas cuantas onzas.

Y esto fue todo. Un par de cajoncitos perdidos en la confusión: el resto, ¡a Londres! Pero Viernes Scardulla no sabía nada de esto cuando aseguró haber encontrado el tesoro del virrey Sobre Monte. Por lo visto, tan ignorantes como él en esta materia fueron el público, la prensa y la policía, que durante varias semanas se tragaron bonitamente la increíble historia... ◆





EL DESVAN

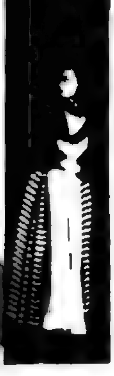
(Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia)

¿MONTEAGUDO MONARQUICO?

El espectáculo de las guerras civiles y disenciones sangrientas ocasionadas en América en el proceso inmediatamente ulterior a las luchas por la independencia, corrigió el entusiasmo ardientemente republicano de algunos políticos y militares, inclinándolos hacia la aceptación de una monarquía constitucional para los países que se liberaban entonces, como paso previo que aseguraba el orden, tal vez con mayor eficacia. Entre los exaltados de la primera hora que parecieron luego atemperar los fuegos revolucionarios, acercándose a esa solución, parece estar Bernardo de Monteagudo, hombre de confianza del general San Martín. En sus *Fastos de la América Española*, Miguel Navarro Viola deja anotado: "1824, enero 28. Usurpando el puñal (dice la *Guía de Chile*) el lugar de la ley, es asesinado en Lima el ilustre y desdichado Bernardo de Monteagudo, que tan eminentes servicios prestó a la causa de la independencia americana con sus elocuentes y vigorosos escritos en Buenos Aires y en Chile, durante la campaña libertadora del Perú, y también en los destinos públicos que sirvió. Exaltado demócrata en el principio de su carrera, como lo testifica el *Mártir o Libre*, modificó luego sus opiniones a medida que los desórdenes crecientes de la Revolución disiparon muchas de sus ilusiones, en términos que en los últimos años de su vida fue partidario decidido de la monarquía constitucional. Encargado del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores en el Perú, cuando el general San Martín pasó a Guayaquil en principios de 1822 a tener una entrevista con el Libertador Simón Bolívar, la exaltación que produjeron en Lima algunos actos de Monteagudo, promovida aún más por la intriga y por la demagogia, provocaron su expulsión, y se promulgó un decreto de proscripción contra él. Después de haber vagado por Centro América y por el Ecuador, en donde publicó un escrito elocuente y razonado en defensa de sus principios políticos, regresó al Perú bajo los auspicios del Libertador, a quien debió tantas consideraciones y distinciones que ellas excitaron los celos de los rivales políticos. A la odiosidad de uno de éstos se atribuye, no sin razón, el asesinato de aquel esclarecido americano, perpetrado por un negro, quien después de haber levantado en su declaración falso testimonio a los respetables e inocentes Moreira y Colmenares, imputándoles la incitación al delito, parece que reveló al Libertador, a condición de que le perdonaría la vida, el nombre del sujeto que le había inducido a cometer aquel crimen, tanto tiempo envuelto en el velo del misterio. El negro fue salvo, y despachado a Panamá: la espada de la ley no cayó sobre la cabeza del culpado; créese, sí, que le alcanzó la justicia divina".

EL NOMBRE DE LOS MUCHACHOS

Una cosa noté en el tiempo en que estuve en estos reinos del Perú, y es que en la mayor parte de sus provincias se usó poner nombres a los niños cuando tenían quince o veinte días, y les duran hasta ser de diez o doce años, y deste tiempo, y algunos de menos, tornan a recibir otros nombres, habiendo primero en cierto día, que está establecido para semejantes casos, juntándose la mayor parte de los parientes y amigos del padre, a donde bailan a su usanza y beben, que es su mayor fiesta, y después de ser pasado el regocijo, uno de ellos, el más anciano y estimado, tresquilla al mozo o moza que ha de recibir nombre y le corta las uñas, las cuales, con los cabellos, guardan con gran cuidado. Los nombres que les ponen y ellos usan son nombres









DE CLIO

por
LEON BENAROS

•

La batalla de Maipú se libró en Chile, el 5 de abril de 1818. Más correctamente debe llamarse "batalla de Maipo". Tuvo lugar de la 1 a las 6 de la tarde, y aseguró la libertad de Chile.

•

El deán Gregorio Funes falleció repentinamente en Buenos Aires, en el *Jardín Argentino* o *Parque Argentino*, alrededor de las cinco de la tarde.

•

Según Félix de Azara, geógrafo y naturalista español de labor muy destacada en el Paraguay y Río de la Plata, el 21 de enero de 1793, durante una tempestad, cayeron en Buenos Aires 37 rayos, que mataron a 19 personas.

EN EL ANTIGUO PERU

de pueblos y de aves, o hierbas o pescado. Y esto entendí que pasa así, porque yo he tenido indio que había por nombre Urco, *que quiere decir "carnero", y otro que se llamaba* Llama, *que es nombre de oveja ["de la tierra"] y otro he visto llamarse* Piscos, *que es nombre de pájaros; y algunos tienen gran cuenta con llamarse los nombres de sus padres o abuelos. Los señores y principales buscan nombres a su gusto, y los mayores que para entre ellos hallan; aunque Ataliba [Atahualpa] (que fue el inga que prendieron los españoles en la provincia de Caxamalca) quiere decir tanto como "gallina", y su padre se llamaba Guaynacapa [Huayna Capac], que significa "mancebo rico".*

Pedro Cieza de León (1553)

El 10 de enero de 1811 la Junta de Buenos Aires ordenó que "en cada Intendencia se elija un representante de los indios, que siendo de su misma calidad y nombrado por ellos mismos, concurra al Congreso con igual carácter y representación que los demás diputados".

•

El 24 de enero de 1811, Mariano Moreno se embarcó rumbo a Inglaterra. Se supone que lo que precipitó su muerte fue una dosis de tártaro que imprudentemente le administró quien comandaba la nave, en ignorancia de los compañeros de Moreno que viajaban con él. No hubo otra alternativa que arrojar sus restos al mar, envueltos en la bandera inglesa —única existente a bordo—, en un punto al sur de Santa Catalina.

•

Por decreto del 4 de enero de 1822, se prohibieron en la provincia de Buenos Aires las corridas de toros.

EL PADRE CASTAÑEDA, EL DE LA "SANTA FURIA"

Un personaje particularísimo, por momentos digno del *Lazarillo de Tormes*, es el padre Castañeda, prelado de verbo quevedesco en el ingenio barroco de sus panfletos y periódicos, de curioso y pintoresco nombre, clérigo de genio levantisco, enemigo declarado de la reforma eclesiástica rivadaviana y director de numerosos periódicos que, aunque de vida efímera, se singularizan por la desaforada prosa combativa y el singularísimo título que los distingue: desde el "Desengañador Gauchi-Político, Federi-Montonero, Chacuaco-Oriental, Choti-Protector y Anti-Republicador de Todos los Hombres de Bien, que Viven y Mueren Descuidados en el Siglo Diecinueve de Nuestra Era Cristiana" (1820 - 1822),

EL DESVAN DE CLIO

cuya colección consta de 26 números, hasta "Doña María Retazos" (1821 - 1822), 15 números, periódico este último comenzado en Buenos Aires y continuado en 1825, en Montevideo.

Era hombre de rostro tosco, casi chusco, y de reacciones violentas, bien que de ingenio caudaloso. Un cronista informa: "El padre Castañeda vistió el hábito de San Francisco en el convento de la Recolección de Buenos Aires, y en 1800 obtuvo por oposición la cátedra de filosofía de la Universidad de Córdoba, en donde le ordenó de sacerdote, el mismo año, el ilustrísimo obispo Moscoso.

Fue el fundador de la primera escuela de dibujo de Buenos Aires, para cuya apertura pronunció una alocución que corre impresa en 15 páginas en 4º, el 10 de agosto de 1815.

En 1818, con motivo de haberse recibido de hermano mayor de la Congregación del Alumbrado el director del Estado, señor Pueyrredón, predicó un sermón, que también corre impreso, contra la impiedad e irreligión.

Estableció en el Rincón de San José, provincia de Santa Fe, escuela de primeras letras y de latinidad. Lo mismo hizo en el Paraná y en San José de Feliciano.

Fue redactor de varios periódicos en Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe y Córdoba, cuyos títulos son: *El Teofilantrópico; El Desengañador Gauchi-Político; Paralipómenon; El Suplemento al Despertador Teofilantrópico; Doña María Retazos; Eu Non me Meto con Ninguén; La Excma. Matrona Comentadora de los Cuatro Periodistas; El Padre Castañeda; La Verdad Desnuda; Vete, Portugués, que Aquí no Es; Ven Acá, Portugués, que Aquí Es; Buenos Aires Cautiva y la Nación Argentina Decapitada a Nombre y Por Orden del Nuevo Catilina Juan Lavalle; El Teofilantrópico o El Amigo de Dios y de los Hombres; Derechos Del Hombre o Discurso Histórico-Místico-Político-Crítico-Dogmático Sobre los Principios del Derecho Político.*

Los periódicos del padre Castañeda, hasta la revolución del 1º de diciembre de 1828, a pesar de su estilo, encierran muchos datos sobre los personajes de aquella época, de que el historiógrafo no dejará de sacar provecho.

Murió en la ciudad de Paraná, el 12 de marzo de 1832. El 28 de julio del mismo año fue, por disposición superior, desembarcado en la falúa de la Capitanía del Puerto y conducido como en triunfo, el cajón que contenía su cadáver, acompañado del ministro de Gobierno, que con muchos otros empleados y un inmenso número de señoras y caballeros de todas clases y condiciones habían ido a recibirlo. El general Mansilla pronunció un discurso al desembarcar el ataúd y luego fue llevado al templo de San Francisco, cuyos padres también fueron a recibirlo. Fue depositado en el panteón de dicho monasterio".

PARA LA HISTORIA DE NUESTROS TEATROS: EL TRANSFORMISTA LEOPOLDO FREGOLI

En el mes de junio de 1895 debutó en este teatro (el *San Martín*) Leopoldo Frégoli, el primer transformista que hemos presenciado en Buenos Aires.

Hombre dotado de una extraordinaria habilidad, subyugaba la atención de su auditorio desde que aparecía en escena.

La clase de espectáculo enteramente nuevo entre nosotros y las transformaciones instantáneas que realizaba, unidas a una regular voz de barítono que él explotaba, haciéndola servir de bajo o de soprano, según las circunstancias, hicieron que desde el primer momento se captase la voluntad popular.

Tenía un variado repertorio, y entre las piezas que representaba recordamos "El relámpago", "Camaleonte", "Dorotea", "La lección de música", etc.

La que más gustó fue esta última, en la que sale Frégoli de levita y con su galera en la mano, cantando con notable voz de bajo, haciendo el que espera a su discípula. Se dirige al piano, que está colocado en el escenario, dando la espalda al público, y no bien hace como que se hubiera sentado, es sustituido inmediatamente por un muñeco, escabulléndose rápidamente por un agujero que hay en la decoración el ilustre profesor, mientras que un ayudante hace preludios en otro piano.

Aparece en seguida en la escena vestido de mujer, disimulando la cabeza con una peluca que lleva unida a una pañoleta.

Buon giorno, signor profesore, dice, dirigiéndose al maestro sentado en el piano, que no es más que el muñeco que dejó en su lugar; y el público, sorprendido por la rapidez de esta escena, estalla en aplausos.

En seguida, la discípula se dirige al piano y cantan dialogando, disimulando Frégoli, cuando canta de *profesore*, el movimiento de sus labios, llevándose la puntilla a éstos, con coquetería y disimulo, lo que hace la ilusión de escuchar un diálogo verdadero. . .

En seguida canta la popular canción *Do, re, mi fa.*

En "El relámpago", Frégoli sobrepasa a toda ponderación. Sale al proscenio infinidad de veces, con distintos trajes, cantando en todas sus apariciones diversas *chansonnetes*, entre ellas (cuando aparece de seminarista) la popular *Posso fa o prebete.*

En "Camaleonte" realiza también otra escena rápida, cuando ella se retira a sus habitaciones y aparece casi simultáneamente en la ventana, transformado y entonando una canción.

Y, por último, para que a este hombre original nada le faltase, una noche, en el *Rebecchino*, dio una sección de adivinación ante un grupo de cronistas, los que tuvieron oportunidad de admirar de cerca este prodigio.

Frégoli llevaba siempre en sus giras como secretario a un jorobadito, que era su mascota, y le acompañaba como hermano suyo.

Manuel Bilbao

EL TERREMOTO DE 1894 (1)

El año mil ochocientos
sucedió el noventa y cuatro,
temblor tan fuerte y feroz
que daba terror y espanto.

Es preciso, mis señores,
que haya un arrepentimiento,
no sea que el Creador
mande un castigo al momento.

Nos servirá de ejemplar,
nos servirá de escarmiento:
ha dejado qué contar
el año mil ochocientos.

De las cinco pa las seis
no se hallaba qué pensar,
unos decían: —¡El Juicio!
Otros decían: —¡Volcán!

Empezó a bailar la tierra,
los árboles a moverse,
varios cimientos a caerse,
varias personas con llanto.

¡Era un solo remolino
que daba terror y espanto!

Mi agradable fulanita,
Dios lo hizo así, está bien [mandado,
en el Rodeo y la Iglesia
murieron seis apretados.

Los ricos algo han sufrido,
han tenido varios gastos;
han sacudido el bolsillo
las casas como maicillos.

Este castigo ha mandado
el Eterno Poderoso,
para ver si se arrepienten
aquéllos más orgullosos.

Aquéllos que les parece
que Dios está en el bolsillo,
y por esos engreídos
pagamos el pobrerío.

Varios se pondrán camisa
si acaso la habrán ganado.
¡La limosna del gobierno
los ricos la han agarrado!

Anónimo

De *Romancero*, por Ismael Moya. Estudio sobre materiales de la colección de folklore.

(1) Parece referirse, en realidad, al del 20 de marzo de 1861.

EL ENCHALECAMIENTO: TORTURANTE INVENTO CRIOLLO

Uno de los suplicios más atroces puestos en práctica durante la época de las montoneras, fue el enchalecamiento o retobo. Un cronista lo describe así: "Para que pueda comprenderse lo horrible de esta invención (el chaleco de cuero fresco), la describiremos ligeramente. Figúrese el lector un hombre desnudo a quien le envuelven en una ancha faja de cuero de vaca mojado, en forma de chaleco, abrochado por delante, y sobre ésta otra más ancha aún, que le oprime toda la caja del cuerpo y los brazos, colocados en posición vertical sobre los costados. Terminada esta bárbara operación, lo ponen al rayo del sol, con cuyo calor se seca lentamente el cuero y va oprimiendo el pecho y pulmones del infeliz retobado, que empieza a sentir los más agudos dolores y que, al cabo de cuarenta y ocho horas, siente agonías de muerte, en tanto que la corrupción se apodera de su cuerpo, y éste comienza a ser devorado por los gusanos".

AR

por
María
Elena
Manzoni



General Juan Antonio Alvarez de Arenales, defensor de la soberanía argentina sobre Tupiza. (A la izquierda) La Argentina según la alternativa de Facundo Zuviría, con acceso al Atlántico y al Pacífico.

GENTINA

SOBRE LOS DOS MARES

Imaginemos a nuestro país con salidas al océano Atlántico y al océano Pacífico. Imaginémoslo en situación de comerciar libremente, a través de sus propios puertos, tanto con los mercados europeos como con los del Extremo Oriente, repúblicas latinoamericanas del Pacífico y California. Pensemos lo que sería la Argentina si, en vez de estar limitada su salida al mar por los puertos atlánticos, tuviera también una o varias salidas al océano Pacífico, al Mar del Sur de Balboa...

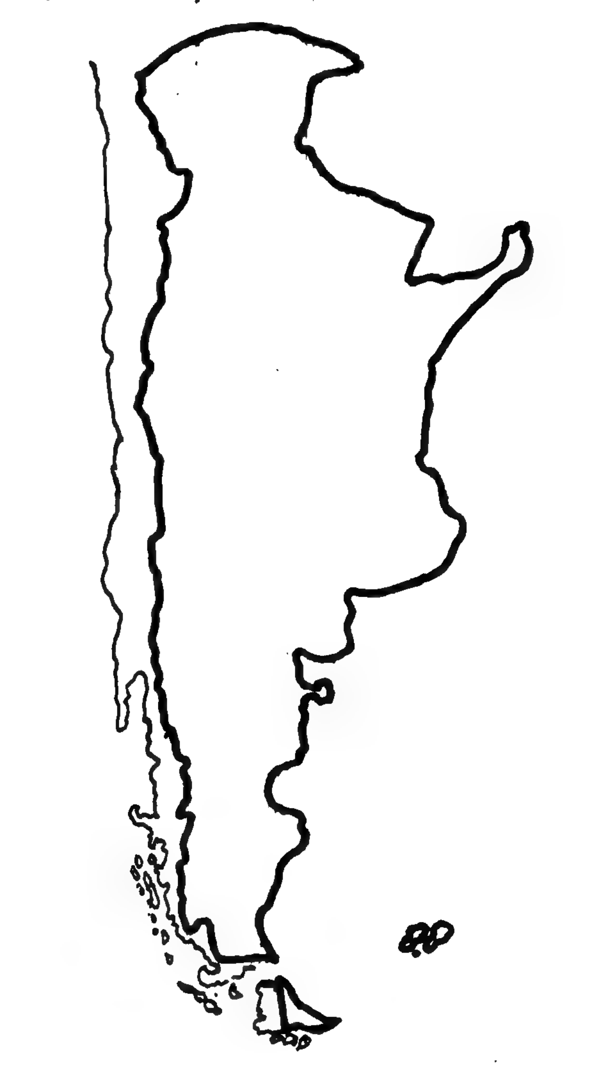
Imaginar esto es como pensar a la Argentina en dimensión geopolítica idéntica a Estados Unidos de Norteamérica. La grandeza y la virtual invulnerabilidad del país del norte radica, entre otras cosas, en su excepcional situación geográfica, que habilita su comercio hacia ambos mares.

¿Es un sueño imaginar a la Argentina así? Ahora, sí; es una utopía. La Argentina no tiene salidas al Pacífico. Pero durante diez años de su existencia independiente, entre 1816 y 1825, nuestro país bañó su suelo en aguas atlánticas y pacíficas. Concretamente: la Argentina tuvo salidas al Pacífico en esa década. Esa salida hubiera significado un destino de dimensiones inimaginables. Se frustró en 1826, cuando la provincia de Tarija, argentina hasta entonces, se separó de las Provincias Unidas del Río de la Plata por un pronunciamiento militar y su pérdida, consentida por el presidente Bernardino Rivadavia, no se compensó, como hubiera debido ocurrir, con la provincia boliviana de Atacama, que contaba con el puerto marítimo de Cobija, es decir, la salida al Pacífico.

Este es uno de los tantos hechos que la historiografía común suele olvidar. Pudimos ser, con Colombia, la única potencia de América del Sur con acceso a los dos océanos. La ineptitud e imprevisión de nuestros gobernantes de entonces impidió semejante apertura.

Vale la pena recordar los hechos.

ARGENTINA
SOBRE LOS DOS MARES



La Argentina según la alternativa de Marcos Zorrilla, sostenida en la Legislatura de Salta: sin salida al mar, pero con su territorio incluyendo el departamento boliviano de Tupiza.

El principio de Derecho Internacional "uti possidetis", es decir, "poseer lo que se estaba poseyendo", condicionó la formación de los países hispanoamericanos con su actual contorno político.

Existían en el momento de los primeros movimientos revolucionarios los Virreinatos de México, Perú, Nueva Granada y del Río de la Plata; y además las Capitanías Generales de Venezuela, Guatemala, Cuba y Chile, erigidas estas últimas por los Borbones con gobiernos autónomos. El movimiento de Independencia apartó a la metrópoli de sus posesiones y desaparece entonces la institución que unía a las Colonias entre sí: la corona española. Por consiguiente, cada una de las poblaciones se agrupa retrotrayéndose instintivamente, a los límites demarcados por el rey.

Felipe II había fundado el primer Virreinato, gobernado nominalmente por el virrey de Lima, que abarcaba desde el istmo de Panamá hasta la extremidad más austral de América, con excepción de la vasta región oriental, que correspondía a los portugueses. Desde la ciudad de los virreyes, desde Chile y desde el este, se produjeron las incursiones conquistadoras y pobladoras de nuestro territorio.

Los portugueses no respetaron la línea demarcatoria impuesta por el papa Alejandro VI, convirtiendo en una constante amenaza sus avances sobre la región del Plata. Esta situación obligó al rey español, Carlos III, a crear en 1776 el Virreinato del Río de la Plata. Para ello, desmembró del de Perú las provincias altoperuanas de La Plata, La Paz, Potosí y Cochabamba y de Chile, la provincia de Cuyo, elevando a Buenos Aires a la catégoría de capital del Virreinato, por considerar estratégica su situación para los intereses de la corona.

Estructurado sobre estas bases, el Virreinato del Río de la Plata comprendía ocho Intendencias y cuatro Gobiernos Militares; sólo dos Intendencias colindan con uno u otro océano: la de Buenos Aires con el Atlántico y la de Potosí con el Pacífico.

En 1807 la corona creó el Obispado de Salta del Tucumán, disponiendo entre otras medidas que el Partido de Tarija se segregara de la Intendencia de Potosí y fuera agregado a la de Salta del Tucumán.

En consecuencia, al producirse el Movimiento de mayo de 1810, la Intendencia de Salta del Tucumán comprendía las actuales provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, Santiago y el Partido de Tarija, este último actualmente boliviano. El 8 de actubre de 1814 el Director Posadas dividió a la nombrada Intendencia en la de Tucumán, que comprendía Tucumán, Santiago y Catamarca; y la de Salta, formada por Jujuy, Salta, Valle de Santa María, Tarija y la parte occidental de Chaco y Formosa.

En 1815 es nombrado gobernador de Salta Martín Miguel de Güemes, entrando en la escena política salteña una de las figuras más fascinantes de la Guerra de la Independencia.

La Declaración de la Independencia de las Provincias Unidas de Sud América se produce en un momento crítico y apremiante. Es necesario prepararse para enfrentar los ataques del virrey del Perú. El Ejército del Norte se acantona en Tucumán para proceder a su reorganización, adquiriendo en estos momentos la Intendencia de Salta preponderancia para salvaguardar los intereses del país. Güemes escribe a un amigo: "El ejército se retira y yo quedo a contener la entrada del enemigo a nuestro país". Y desde entonces hasta su muerte en 1821, defiende con un puñado de gauchos salto-jujeños, la Independencia declarada en Tucumán, procediendo en forma decidida, organizando pequeñas partidas que derrotan paulatinamente a las fuerzas realistas y constituyendo el frente más enconado y duro contra los ejércitos dirigidos desde el Perú.

En 1816 el Partido de Atacama solicita su incorporación a la Intendencia de Salta, separándose de la de Potosí; comprendía ésta, de acuerdo a la Real Cédula del 22 de agosto de 1783, "todo el territorio correspondiente a la provincia de



La Argentina actual. Compárese la extensión y cualidad geopolítica con el territorio concebido respectivamente por Zuviría y Zorrilla.

Porco y las Chayanta, Atacama, Lípez, Chichas y Tarija".

De esta forma, Atacama y Tarija, anteriormente dependientes de Potosí, pasan a formar parte de la Intendencia de Salta a partir de 1807 y 1816, respectivamente. Para decirlo más claramente: la Intendencia de Salta, parte integrante de las Provincias Unidas del Río de la Plata, comprendía territorios que actualmente pertenecen a Bolivia, entre ellos la salida al océano Pacífico de Atacama.

Pero las provincias altoperuanas no contaban, luego del fracaso de las tres campañas al norte, con el apoyo necesario para unir sus intereses con el Río de la Plata; muy por el contrario, la política llevada a cabo por el virrey del Perú, Abascal, ponía a estas comarcas bajo su zona de influencia.

Sin embargo, fue Atacama la región que menos sintió los efectos de la contienda. Por su situación geográfica, en plena cordillera y sobre el Pacífico, se mantuvo al margen de las rutas seguidas por las fuerzas del virrey de Lima. "Poseía más de 400 km. de costas, desde el río Loa, en las proximidades del paralelo 21, hasta el río Salado, pasando el paralelo 25. Hacia el este, se extendía hasta más allá de las cumbres de la cordillera de los Andes, llegando por el noreste hasta El Pabellón (cerro situado en la actual frontera de Chile y Bolivia, a la altura del paralelo 20), y por el sudeste hasta El Diablo, punto cercano a Antofagasta de la Sierra, en la actual provincia argentina de Catamarca, a 26° 30' de latitud sur. Eran 150.000 km² divididos en dos grandes regiones: Alta y Baja Atacama. La Alta tenía por cabecera a San Pedro de Atacama, mientras que la Baja contaba, entre otros, con los poblados de Chin-Chin, Calama y el puerto de Santa María Magdalena de Cobija".

Existen pruebas documentales de la incorporación efectiva de esta región a la judisdicción salteña, es decir, argentina: donaciones hechas por Atacama para auxiliar la expedición al norte, medidas relativas a impuestos de tránsito que se deben abonar, pedidos para que la Junta de Representantes de Salta nombre jueces competentes para el nombrado Partido y para la Puna. En suma, existe una real soberanía argentina sobre Atacama. Pero a partir de 1825 el gobierno de la provincia de Salta deja de legislar sobre Atacama, pues ésta ha sido nuevamente anexada a Potosí. Para comprender esta situación es necesario dar algunos datos sobre la situación de las Provincias Unidas al dejar Martín Rodríguez, a principios de 1824, sus funciones de gobernador de la provincia de Buenos Aires y encargado de las Relaciones Exteriores argentinas.

Las provincias argentinas abrigaban, desde el Tratado de Benegas (1820), la intención de reunirse en un Congreso en Córdoba, teniendo por objetivo la determinación del lugar del futuro Congreso Constituyente. Sin embargo, en el Tratado del Cuadrilátero, Rivadavia hace lo indecible para hacer fracasar el pequeño Congreso de Córdoba, consiguiéndolo; la reunión de representantes se hará dos años más tarde en Buenos Aires y la influencia de Bustos, caudillo de Córdoba, es neutralizada de esta manera. Rivadavia consigue por medio de sus representantes Zavaleta, Las Heras y García del Cossio que las provincias envíen sus diputados a Buenos Aires para la reunión del Congreso Constituyente. En diciembre de 1824 se instala el Congreso, siendo Las Heras gobernador de la provincia de Buenos Aires.

El 23 de enero de 1825 el Congreso Nacional aprueba la Ley Fundamental, en la que se reconoce la autonomía de las provincias; este buen comienzo se diluye al poco tiempo, pues surgen en el seno del mismo Congreso antagonismos irreconciliables sobre la forma de Estado a adoptar (centralismo unitario o federación de estados) y una evidente intención hegemónica del grupo porteño que rodea a Rivadavia.

Por su parte, la provincia de Salta reconoce la Ley Fundamental del 23 de enero, pero con la condición que integren el Congreso "las demás provincias de la antigua unión en próxima actitud de incorporarse". Esta cláusula es inaplicable para la Banda Oriental porque había sido incorporada a Brasil con el nombre de Provincia Cisplatina (1821), y el Paraguay, bajo el gobierno de Gaspar Rodríguez de Francia, no tenía contactos con las Provincias Unidas.

Arenales, gobernador intendente de Salta, ha-

ARGENTINA SOBRE LOS DOS MARES

bía pedido la inclusión de esa cláusula para abrir a las provincias altoperuanas la posibilidad de concurrir al citado Congreso. Consulta a su vez con el Poder Ejecutivo nacional sobre las medidas a adoptar para que "las provincias libres de enemigos concurran al Congreso, o impedir que invoquen la reunión de una convención de diputados del Alto Perú para que se pronunciase sobre el futuro de aquéllas". Pues la situación en el Perú y en el Alto Perú no dejaba de ser inquietante. En el ejército español repercutió la división que se vivía en España en constitucionales, que sostenían la Constitución liberal de 1812, y absolutistas; La Serna representaba a los primeros, mientras que Olañeta, comandante de las tropas del Alto Perú, estaba al frente de los constitucionalistas, encabezando un movimiento de rebeldía en Chuquisaca y Potosí. La división imperante entre los españoles favoreció al ejército peruano-colombiano dirigido por Sucre, quien afianza en Junín y Ayacucho la independencia de América.

Las Heras, encargado del Gobierno Nacional, preocupado por la situación imperante en el Alto Perú, ordena el 22 de febrero de 1825 al gobernador de la Intendencia de Salta, Arenales, la formación de "una división movida rápidamente desde Jujuy y que marche en derechura, con el sigilo posible hacia el punto o puntos donde existiera la fuerza principal enemiga que vergonzosamente para nosotros obstruye la comunicación con el Perú". Era la iniciativa que San Martín no pudo concretar por acción del grupo rivadaviano: tomar entre dos pinzas a los realistas. Y Arenales parecía ser la persona indicada para tamaña empresa; su carácter rudo y decidido, estoico por naturaleza, nunca exigiendo de sus subordinados lo que él no fuera capaz de realizar, lo condicionaban en esta oportunidad para resguardar los intereses de la República en peligro. Con sus tropas presionó a las divididas y alicaídas tropas de Olañeta, produciéndose su derrota y declarándose sus hombres partidarios de la Independencia. El Alto Perú es libre, por fin. Pero, ¿cuál será su destino político?

Mientras tanto Sucre, lugarteniente de Bolívar, está ya instalado en La Paz, desde donde expide en febrero un decreto convocando a los habitantes del Alto Perú para elegir representantes a un Congreso General a reunirse en Oruro. Comunica esta medida a Arenales desde La Paz el 20 de febrero de 1825, diciendo que la mayoría del territorio goza de libertad, pero que carece de un gobierno y que el Perú no toma ninguna medida respecto a los mismos; las Provincias Unidas no tienen aún un gobierno central organizado. Su plan es evitar en las regiones recién emancipadas la anarquía, considerando que, al contar con la absoluta neutralidad del Ejército Libertador, conviene convocar una Asamblea de las provincias altoperuanas.

Frente a esta decisión la reacción fue muy distinta en Buenos Aires que en Salta. En Buenos Aires, el problema se discutió en el Congreso Nacional, creando éste una comisión que manifestó que las provincias altoperuanas habían pertenecido al Virreinato del Río de la Plata, antes de la Independencia y durante los momentos más trascendentales de la misma. Luego de la victoria de Ayacucho, el Congreso consideró la posibilidad de enviar una expedición militar para auxiliar a dichas regiones, recomendándolo al Ejecutivo Nacional con fecha 25 de febrero: "Es visto, pues, que el primero y principal objeto de la expedición es la intención del cuerpo nacional la pronta y absoluta libertad de las provincias hermanas, y la expulsión de toda fuerza y poder español. En cuanto al destino de las cuatro provincias del Alto Perú, **ellas deben elegirlo**. El Congreso ha reconocido y consagrado el principio de que el origen legal de toda sociedad política es la libre elección de los asociados".

Es decir, que Buenos Aires acepta la proposición de Sucre, renunciando tácitamente a los derechos argentinos sobre la región, reconocidos por el mismo Bolívar: que las cuatro provincias altoperuanas hagan lo que quieran...

En Salta, el criterio es otro: la Junta de Representantes concede licencia al gobernador Arenales para que se dirija al Alto Perú al frente de una fuerza expedicionaria, y designa gobernador-intendente al secretario de Gobierno, doctor Teodoro Sánchez de Bustamante. Arenales está en Nazareno, en abril, enterándose de la muerte de Olañeta; acantona sus fuerzas en Suipacha y se dirige a Potosí al saber que Sucre lleva el mis-

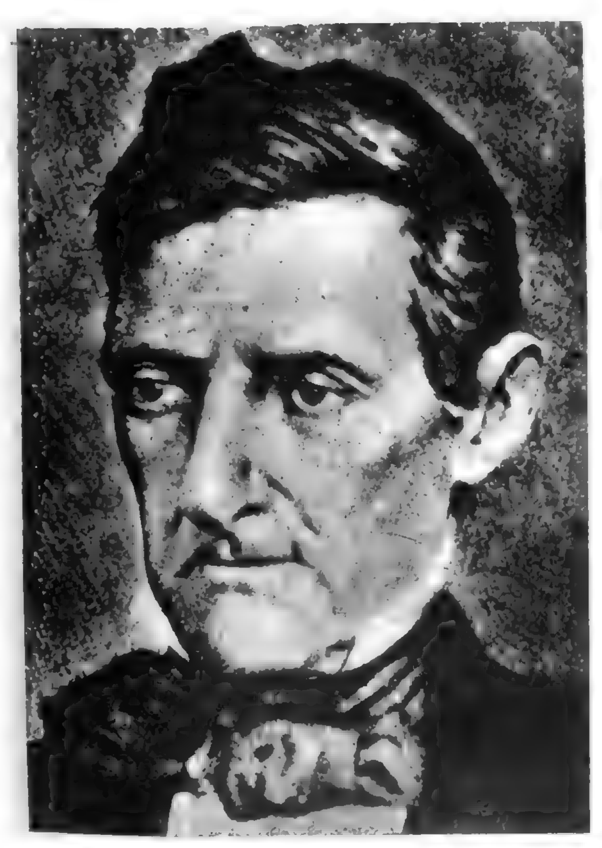


El Libertador Simón Bolívar: devolvió a la Argentina el departamento de Tupiza a cambio de Atacama... pero ni Tupiza supimos conservar.

mo destino. La entrevista entre Arenales y Sucre se realiza, pues, en la ciudad de Potosí, decidiendo continuarla en Charcas.

Encontrándose Arenales en Charcas recibe la siguiente comunicación del gobernador interino de Potosí, D. Leandro de Usín: "El Departamento de Potosí, que por desgracia ha sido el campo de la desvastación, no podía proteger la Independencia de Atacama, porque oprimido bajo el yugo español, sólo envidiaba la suerte de aquélla; pero jamás había renunciado a los derechos de unión que íntimamente ligan a estos pueblos. En este supuesto ya es llegado el caso de que dicha provincia debe restituirse al seno de su Departamento, y no dudo que el gobierno se servirá dictar las providencias que sean conducentes a este fin respecto a que las circunstancias de la guerra le dieron una posesión en ella. El Congreso que ha de fijar la suerte de estos Departamentos está próximo a instalarse, y sería sensible que Atacama careciese de representación en la Asamblea".

Arenales pone al corriente a Sánchez de Bustamante de lo tratado con Sucre, manifestándole que el Partido de Chichas con Tarija pertenece a la provincia de Salta, asegurándole que la Real Cédula promulgada por la Corte de Madrid cuando se erigió el nuevo Obispado de Salta, le agregó dicho territorio. Le expone entre otras cosas que el Partido de Atacama, por hallarse al sud del paralelo de Chichas, colindante con Salta, está bajo su jurisdicción desde 1816, manteniéndose



Facundo Zuviría, campeón de la posición que postulaba la salida argentina al océano Pacífico.

en el mismo un jefe dependiente del gobierno de Salta con la orden de defender a toda costa la región. Pero Sucre le ha expuesto que en su concepto no le corresponde a él una resolución sobre el asunto, considerando más lógico y legal que el Congreso Gene.al a reunirse dictamine sobre la actitud a adoptar, habiendo advertido a la Junta encargada de proveer los empleos civiles y militares que no incluya en sus nóminas a la subdelegación de Atacama, por haber allí un jefe nombrado por el gobierno de Salta, teniendo que ser removido por el mismo gobierno mientras que las cosas no entren en un arreglo permanente. En consecuencia, Arenales considera que debe precaverse al subdelegado de Atacama de no acatar ninguna orden, a excepción de las provenientes de Salta.

Sánchez de Bustamante recibía en junio la siguiente comunicación del subdelegado de Atacama, D. Luis A. Ortega: "Con fecha 5 de abril ha recibido este juzgado las órdenes del señor presidente en la villa de Potosí, que sustancialmente demandan que este Partido se restituya a su antiguo ser bajo aquel gobierno, ordenando se preste la obediencia a aquella superioridad".

El 8 de junio comienza a tratarse y analizarse el contenido de las notas anteriores en la Junta de Representantes de Salta. El despacho de la Comisión de Legislación aconseja, en homenaje a la armonía de América, que Atacama dependiera de Potosí hasta que el Congreso General se pronunciase. Facundo Zuviría se pronuncia por la inmediata devolución de Atacama. Marcos Zorrilla, vicepresidente del cuerpo y a la vez miembro de la Comisión de Legislación, propuso que se convocara a los diputados ausentes para tratar el asunto, lo que se aceptó, reuniéndose con la totalidad de sus miembros el 14 de junio.

Surgen entonces en el seno de la Junta de Representantes dos posiciones antagónicas sobre una misma base: a la Intendencia de Salta le corresponde por lo menos una de las dos regiones: Atacama o Tarija. Zorrilla sostuvo que debía optarse por Tarija, expresando que convenía más que Atacama por la feracidad de su suelo y la proximidad con Salta; Zuviría se pronunció por Atacama, sosteniendo que Salta tendría un puesto sobre el Pacífico que facilitaría las relaciones comerciales con otras regiones, además de facilitarle el comercio con Chile y Perú. Cualesquiera de las dos posiciones era mucho más sensata, previsora y patriótica que la fría actitud adoptada por el Congreso en Buenos Aires, que libraba a su suerte las cuatro provincias altoperuanas, históricamente vinculadas al Virreinato...

Por fin la Junta de Representantes se expide el 15 de junio, presentando a Sánchez de Bustamante la siguiente resolución: "Acabada de considerar la reclamación oficial de la Presidencia de Potosí, por el Partido de Atacama y la posesión violenta que ha tomado de él, sin esperar el resultado de aquélla, la Honorable Sala en sesión de hoy ha sancionado lo que sigue: Art. 1º - El Poder Ejecutivo de la provincia dará cuenta como corresponde al Gobierno Nacional de todo lo ocurrido con respecto al Partido de Atacama, y entre tanto sostendrá por contestaciones diplomáticas con la Presidencia de Potosí los derechos que favorecen a esta provincia sobre dicho Partido. Art. 2º - Sin embargo, en lo que se previene en el artículo precedente el gobierno, mantendrá la posesión de Atacama por medios pacíficos y legales que sean de su resorte, hasta la resolución por un poder competente".

ARGENTINA SOBRE LOS DOS MARES

Arenales recibe recomendaciones de Buenos Aires, en las que se le pide que actúe rápidamente comunicando a Bolívar y a los Cabildos de Cochabamba, La Paz, Oruro, Santa Cruz, que las provincias altoperuanas gozan de plena libertad para determinarse y estar presentes en la Asamblea convocada por Sucre.

A todo esto, el Congreso de las Provincias Unidas había sancionado una ley el 9 de mayo, en la que se disponía el envío de una misión diplomática al Alto Perú, integrada por Carlos de Alvear y Díaz Vélez, haciéndoles llegar a las provincias altoperuanas la invitación a concurrir por medio de sus representantes al Congreso General Constituyente a instalarse, reconociendo que, a pesar de que las cuatro provincias del Alto Perú han estado anexadas a las Provincias Unidas, el Congreso Nacional determina que las citadas regiones quedaban en completa libertad para disponer según lo que más convenga a sus intereses.

La actitud de Buenos Aires sorprendió a Bolívar, pues descontaba que los argentinos no aceptaríamos la segregación del Alto Perú, ya que el mismo Libertador había reconocido que integraba, por derecho, el conjunto de provincias del Río de la Plata. Bolívar hasta ese momento se había mostrado remiso a la creación de un nuevo país; llegó a amonestar a Sucre porque juzgó intempestivo el decreto en el que se esbozó la idea de reunir a los representantes de las provincias altoperuanas para que determinen su futuro político. Su conducta fue entonces dejar abierto el libre juego a las facciones políticas que bregaban por conseguir sus objetivos en el Alto Perú. Estas eran tres: a) los defensores de la Independencia (Olañeta), b) los que abogaban por la unión con el Perú (diputados del norte) y c) los que preferían la unión con Argentina (diputados del sur). La votación dio mayoría a los independicistas, que pronto promulgaron una ley llamando al país República de Bolívar y acordando que el Libertador tuviese el Supremo Poder Ejecutivo cuando residiese allí. Naturalmente, la nueva entidad nacional manifestó de entrada su intención de comprender la mayor suma posible de territorio: en junio de 1825 una división del ejército de Sucre, al mando del coronel O'Connor, ocupaba Tarija, comunicando el Cabildo de Tarija, el 17 de julio, al gobernador de Salta que "esta provincia, por su voto general, está agregada al Alto Perú".

De inmediato, el gobierno de Salta comunicó al de Buenos Aires la ocupación de Tarija. El ministro Manuel J. García manifiesta al gobernador de Salta que "evite todo motivo que pueda comprometer la armonía y buena inteligencia con el Ejército Libertador y que en su virtud será conveniente que el expresado señor capitán general (Arenales) suspenda con respecto al territorio de Tarija toda medida decisiva y que importe la decisión de la cuestión suscitada, hasta tanto que la Legación (los plenipotenciarios que irían al Alto Perú) acuerde lo conveniente".

La Junta de Representantes de Salta se manifiesta en estos términos ante la ocupación de O'Connor: "Primero, que la Villa de Tarija estuvo bajo su dependencia y del Estado argentino cuando en 1810 proclamó a la faz del mundo la libertad. Segundo, que con este conocimiento el mariscal Sucre previno al coronel Francisco O'Connor que prescindiera, y no se mezclara en los asuntos de Tarija. Tercero, que a consecuencias del pronto obedecimiento del coronel O'Connor, la Villa de Tarija ratificó su dependencia de esta provincia por actos solemnes comunicados oficialmente a este gobierno. Cuarto, que dicha Villa aun sin ratificar su asociación con la provincia de Salta, no ha podido separarse legalmente del Estado. Quinto, que por su poder el Cabildo no puede tomar decisiones de este tipo. Sexto, que no reconoce legal y bastante la resolución acordada por el Cabildo de Tarija".

Arenales partió hacia Tarija y consiguió que el Cabildo de ésta se rectificara y siguiera bajo la jurisdicción de Salta. Además, envió una tajante carta al gobernador de Potosí, días antes de partir hacia Tarija, en la que le manifiesta que, organizada ya la República Argentina bajo los auspicios del Congreso General que la preside, no tiene el gobernador de Potosí facultades para deliberar sobre la demarcación de una parte del territorio que de hecho pertenece a todo el Estado; que el Partido de Atacama en uso de su



derecho para pronunciarse sobre su destino, se incorporó espontáneamente a la provincia de Salta, en 1816, y gracias a los desvelos de la Intendencia de Salta, se ha conservado allí el orden, la libertad y la independencia... "Que el mariscal Sucre suspendió la provisión de los empleos militares y civiles correspondientes al Partido de Atacama, dejándolo en la comprensión de la provincia de Salta, hasta que por un Congreso General o por una convención, pudiese decidirse el punto en cuestión".

El gobernador de Potosí, general Guillermo Miller, puso a Sucre en conocimiento de lo manifestado por Arenales; el 29 de agosto Sucre le escribe a Arenales, comunicándole que Atacama pidió pertenecer a Salta en el año 1816 porque la Intendencia de Salta se había proclamado por la Independencia; pero ni bien ocupó la región el Ejército Libertador, el Departamento disputado pidió anexarse a Potosí, hecho éste que Arenales había aceptado sin hacer reclamo alguno. Con la intención de abrir el puerto de Cobija, es que Sucre pide se envíen tropas para que conserven el orden y la tranquilidad en aquel Partido.

En cuanto a Tarija, Sucre se mantiene más cauteloso; afirma que, a pesar del pronunciamiento de Tarija de anexarse a Potosí, él remitió a Bolívar el pedido, no cabiéndole ninguna responsabilidad, pero que si Arenales admite el principio de la anexión por propia voluntad de Atacama a Potosí y no reclamó ante este hecho, no le corresponde ahora tomar una actitud distinta con respecto a Tarija. Sucre se había mantenido en el asunto de Tarija más prescindente; en su momento decide enviar tropas, las comandadas por O'Connor, pues la situación de Tupiza es desastrosa, las enfermedades pululan y no hay qué comer.

La resistencia de Salta se diluye en un último esfuerzo que realiza Arenales al remitirle a Sucre otra carta, exponiéndole en su contenido: "Quiera V. E. permitirme la franqueza de indicar, que ni el pronunciamiento de Tarija ha sido la expresión del voto general de aquella provincia por agregarse al Perú, como lo anuncian los individuos de su Municipalidad, sino la obra de unos pocos; ni el Partido de Atacama, en su reincorporación a Potosí, ha hecho otra cosa que recibir órdenes y obedecer al presidente del Departamento de Potosí, que le fueron comunicadas al

El Congreso Constituyente de 1853 según el cuadro de Alice existente en el Congreso Nacional; su presidente, Facundo Zuviría, aparece en contraluz, de tres cuartos de perfil.



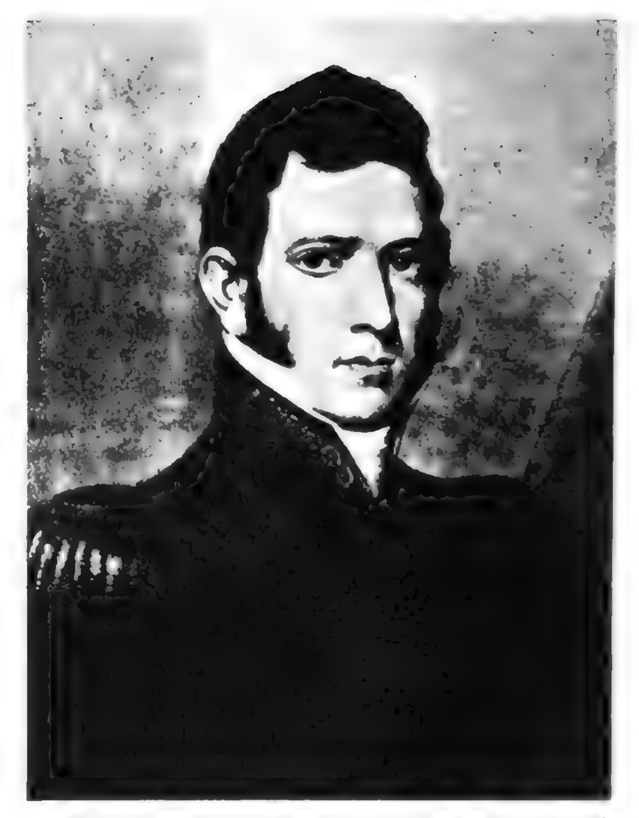
subdelegado del Partido, sin que las mismas fueran conocidas por el pueblo".

Arenales habíase enfrentado con Sucre y ya ambos conocían las mutuas intenciones. Esta situación parece salir del "statu quo" en que se encuentra, con la llegada de la misión diplomática enviada por el Congreso Nacional instalado en Buenos Aires. Los comisionados eran Carlos de Alvear y José Díaz Vélez. ¿Cuáles son las órdenes precisas que traen de Buenos Aires? Los hombres que dirigen nuestra política nacional están en otro problema, que consideran más trascendental que el obtener Tarija o Atacama, y es obtener el apoyo de Bolívar para frenar las intenciones imperialistas de Brasil, en la Banda Oriental y por el norte, pues también ocupó Moxos y Chiquitos. Sucre había informado a Buenos Aires que la invasión a Chiquitos por parte de los brasileños traería el apoyo de Bolívar a los intereses de Buenos Aires. Como vemos, lo concerniente a la devolución de Atacama o Tarija ha pasado a segundo término. Los plenipotenciarios fueron recibidos en Salta por Sánchez de Bustamante, quien les entrega toda la documentación relacionada con la disputa de Tarija y Atacama, a los efectos de tratar el asunto conforme a lo resuelto por el Gobierno Nacional respecto de Tarija, y tener en cuenta lo establecido por la Junta de Representantes salteña, respecto de Atacama. En lo concerniente al Alto Perú, Alvear y Díaz Vélez tenían instrucciones expresas de sostener que Tarija pertenecía a la Nación Argentina, pero carecían de órdenes con respecto a Atacama.

Imaginemos el enfrentamiento de estas dos personalidades, Alvear y Bolívar; sin pecar de exagerados podemos decir que ambos representan lo más enfatuado y arrogante de ambos extremos de América. El representante del Río de la Plata, antes de la entrevista, le había hecho llegar al Libertador exagerados elogios y éste se los había comunicado por carta a Santander, presidente de Colombia.

Los plenipotenciarios se entrevistaron por primera vez con Bolívar el 8 de octubre de 1825 en Potosí, rodeados de un boato excepcional, hecho que halagaba sobremanera la exquisita personalidad de Alvear; intentaron obtener el apoyo de Bolívar para la guerra con el Brasil, pero los hilos de la política internacional estaban enredados por intereses ajenos al sentir de los mismos pueblos y hombres hispanoamericanos, además de no demostrar los comisionados rioplatenses verdadero interés beligerante hacia Brasil.

Bolívar temía que el Imperio brasileño estuviese manejado por los intereses del Congreso de Viena e hiciese pública la guerra como heredero de todos los derechos de los Borbones, cuyo objetivo sería derrocar a todos los regímenes republicanos implantados en Sud América. Antes de tomar una decisión, Bolívar consultó la opinión de Inglaterra: Canning, ministro inglés, le hizo saber que tampoco Inglaterra veía con buenos ojos el desencadenamiento de esta guerra. Surgió entonces como tema de discusión la devolución de Tarija, ciudad que nuevamente había sido ocupada por las fuerzas de Sucre.



Carlos de Alvear: ministro ante Bolívar, consiguió que el Libertador reconociera la jurisdicción argentina sobre Tupiza.

Alvear y Díaz Vélez hicieron una síntesis de lo tratado. Exponiendo el acuerdo que habían establecido con Bolívar, en extensa conversación con el Libertador, manifiesta Alvear que reclamaba la devolución de Tarija, ciudad que había sido ocupada; que pensaba que este hecho no había sido en cumplimiento de órdenes de Bolívar. Este, en tono cortante y seco, repuso que él había ordenado la ocupación y afirmó que Arenales se había desempeñado en forma imprudente, muy por el contrario a la actuación que le cupo al mariscal Sucre, quien delegó en él el problema de Tarija, añadiendo que Arenales agregó a su actuación una imprudencia mayor al nombrar teniente del gobernador a José Felipe de Echazú; manifestó también Bolívar que los habitantes de Tarija habían pedido la protección del Ejército Libertador y que como Arenales se había presentado en la disputada región, no había tenido otra salida que enviar tropas allí. Alvear contestó que, a pesar de la inhabilidad de Arenales, esto no era motivo para perder las Provincias Unidas su derecho sobre ese territorio, y que no podía pensar que Arenales emplease otros manejos que los que se le permitían como gobernador de Salta.

A su vez, Díaz Vélez dijo que el título del Ejército Libertador decía que no venía a conquistar ni a cambiar límites que naturalmente tenían esos territorios, sino a libertar. Bolívar dijo que Tarija había pedido su incorporación al Perú y



Don Bernardino Rivadavia: Atacama por Tupiza, Tupiza por la Banda Oriental... y al fin, ni Atacama ni Tupiza ni Banda Oriental.

que el general Arenales había querido forzarla, siendo indudable que la voluntad general de Tarija era pertenecer al Alto Perú. Alvear opinó que, presentándose solo y sin tropas, hubiese podido Arenales ejercer un cambio político en Tarija y que podía hacerle ver documentos certificando que la voluntad de Tarija era pertenecer a las Provincias Unidas; que el movimiento hecho allí era obra de unos pocos, instigados por individuos del Alto Perú, haciéndoles concebir la idea de que serían protegidos por el Ejército Libertador, añadiendo que, fuese cual fuese la voluntad de Tarija, no se podía establecer el principio anárquico de permitir que cada pueblo se separe de la asociación política a que pertenece para asociarse a otra sin el consentimiento de la primera. Bolívar dijo que no podía reconocer tal principio, aunque éste era el expuesto por Arenales en el asunto de Atacama.

Finalmente Bolívar dijo "que no había disputa, que se entregaría Tarija, que se retirarían las tropas. La legación diplomática haría una reclamación oficial a S. E. y éste declararía oficialmente que Tarija pertenecía a las Provincias Unidas del Río de la Plata, quedando el Libertador conforme con la idea".

Bolívar sobreentendió que el razonamiento de los plenipotenciarios argentinos sosteniendo que Tarija pertenecía a la República Argentina, significaba que reconocían que Atacama pertenecía al Alto Perú. De todos modos, Alvear y Díaz Vélez no trataron el problema de Atacama.

Desde Chuquisaca, el 25 de octubre, Alvear y Díaz Vélez reclamaron oficialmente, de acuerdo con lo convenido, la devolución de Tarija. El 6 de noviembre contestó Bolívar, reconociendo el derecho de la República Argentina sobre Tarija y exigiendo que los diplomáticos argentinos expresaran que su país reconocía la Independencia del Alto Perú y que efectuarían "una renuncia completa y formal, a nombre de su gobierno, de la provincia de Atacama, a favor del territorio del Perú".

Los ministros respondieron el 10 de noviembre diciendo: "Que la ley del 9 de mayo, que deja al Alto Perú en libertad de disponer de su suerte, es la que a su juicio comprende la sanción de la Independencia por el Estado argentino", no creyendo necesaria la renuncia que se les pedía "porque perteneciendo Atacama, como parece haber pertenecido, al Departamento de Potosí, ella está incluida en la ley del 9 de mayo y correrá la suerte del Departamento a que pertenezca".

Bolívar quiso terminar la cuestión y remitió la siguiente nota: "Que se ha accedido a la entrega de Tarija, llamando la atención a los ministros plenipotenciarios por la pretensión que el gobernador de Salta alegó en su momento, que Atacama pasase a formar parte de las Provincias del Río de la Plata, creyendo que la mencionada región está comprendida en la ley del 9 de mayo, expedida por el Congreso argentino, admitiendo que Atacama pertenece a las provincias del Alto Perú".

Posteriormente, en una nueva nota, Bolívar ratifica lo resuelto: Tarija se entregaba a la Argentina, con la salvedad de que si nuestro país llegaba a renovar su pretensión sobre Atacama, entonces Bolivia dejaría a salvo sus derechos sobre Tarija. En pocas palabras, nos quedábamos con Tarija de hecho y de derecho pero debíamos abandonar toda pretensión sobre Atacama. No era mucho, ni siquiera era la mejor solución, pero era algo.

No obstante este expreso reconocimiento, ni Atacama ni Tarija fueron argentinas.

La reincorporación de Tarija a la Intendencia de Salta se produjo el 28 de abril de 1826, en momentos en que tomaba posesión del cargo de teniente del gobernador, Mariano Gordaliza. Tarija nombró representantes a la Junta de Representantes de Salta, quienes se incorporaron entre julio y agosto de ese año. Además, con conocimiento del gobierno de Salta, el Cabildo de Tarija se dirigía al Congreso de la Nación solicitando se la declarase provincia, eligiendo diputados para el Congreso de Buenos Aires.

El Congreso se ocupó de considerar el asunto. El ministro de Gobierno, Julián Segundo de Agüero, pidió que no fueran admitidos los diputados por Tarija, por haber sido elegidos bajo la influencia de un funcionario del Gobierno Nacional, Ciriaco Díaz Vélez, quien había desempeñado el gobierno de la región hasta el nombramiento de Gordaliza y se había resistido a entregar el mando al nombrado, y que se reconociese a Tarija como provincia.

Bajo el gobierno de Gordaliza, en junio de 1826, se eligieron los representantes al Gobierno Nacional: Francisco Arce, José Miguel Núñez, Juan Felipe de Echazú, José Antonio Ruiz, a quienes se les dio amplios poderes. Pero el 26 de agosto, se produce un movimiento militar, en parte preparado por el coronel O'Connor y el grupo españolista, el cual depone a Gordaliza y consigue que el Cabildo disponga la separación de Tarija de la República Argentina y su anexión a Bolivia.

ARGENTINA
SOBRE LOS DOS MARES

Naturalmente, la Junta de Representantes de Salta no reconoce legalidad a tal incorporación.

Arenales se disponía a restablecer el orden en Tarija, mas todo quedó en la nada al recibir una comunicación del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia que decía: "Debo declarar que en caso de que de Salta u otra provincia se dirijan tropas contra Tarija, las fuerzas destinadas a la frontera tienen órdenes de entrar en aquella provincia a defenderla".

Arenales puso en conocimiento de lo ocurrido al Gobierno Nacional, en ese momento a cargo de Bernardino Rivadavia. Este respondió por intermedio de su ministro Agüero, indicando que "en ningún caso haga uso de la fuerza para restablecer el orden de las cosas existentes antes de aquel momento".

Esta nota llena de indignación al más lego, pues a pesar de las negociaciones diplomáticas en las que se había reconocido ampliamente nuestra soberanía; después de haber perdido Atacama, un golpe militar apoyado incondicionalmente por el gobierno boliviano, incorpora Tarija a Bolivia. Y nosotros nos quedamos decididamente sin hacer nada para proceder a la reincorporación de nuestra región perdida; aducimos como causa de esta pérdida, nuestra guerra con el Brasil por la Banda Oriental, pero he aquí que tampoco la conservamos...

En 1938, un siglo más tarde, Argentina reconoce definitivamente que Tarija pertenece a Bolivia, mientras que ésta reconoce que una parte de Atacama nos pertenece. El problema era saber: ¿qué parte? La occidental o marítima, situada entre el océano Pacífico y la cordillera de los Andes, ya había sido tomada por Chile; el sector norte de la parte oriental, sito entre los paralelos 20 y 23, lo toma Bolivia. Queda la parte sudeste. Coincidamos que es la parte menos importante; está comprendida entre los paralelos 23 y 26.30', pero tampoco la ocupamos íntegramente, pues Chile alega derechos sobre la región, y el arbitraje inglés le da gran parte de razón.

Las primeras décadas que siguieron a la anexión de Atacama, denotan por parte de los dirigentes que encabezan la nueva República un interés muy particular por la región. Bolívar, por ejemplo, dicta un decreto por el que "habilitaba un puerto al que se le dio el nombre de Puerto Lamar, el de Cobija, instalándose oficinas correspondientes a la Hacienda Pública", encargando al mariscal Sucre la responsabilidad de ejecutar el mencionado decreto. Sucre tomó importantes medidas en relación al puerto de Cobija, se preocupó de estimular su comercio y de aumentar la población. El mariscal Santa Cruz adoptó la misma actitud de Sucre, tratando de que Cobija tuviera una relación más estrecha con Tarija.

Sin embargo, los desvelos de Sucre y Santa Cruz se vieron frustrados pues la población de la región, en 1879, al comenzar la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia, era en un noventa por ciento chilena y la boliviana alcanzaba al siete por ciento, incluido el personal que debía salvaguardar esta región fronteriza.

La provincia de Atacama formó parte por nueve años de las Provincias Unidas del Río de la Plata; hemos tratado de aportar documentos que



El Gran Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre: sostuvo los pretendidos derechos bolivianos sobre Tupiza.

lo testifiquen y aclaren, quedando librado a la discusión cuáles fueron las causas que nos llevaron a perderla.

Es factible que aquí no exista un único hecho que haya producido esta pérdida, sino un conjunto de factores externos e internos que han condicionado tal política.

Es probable que esta falta de estrategia política fuera estimulada por potencias extranjeras, específicamente por Inglaterra, la cual veía con buenos ojos que en Hispanoamérica se resquebraje la unidad originaria y se formaran Repúblicas independientes, tendiendo de ese modo a crear entre dos potencias de importancia, Perú y el Río de la Plata, un estado tapón, que resultó ser Bolivia, desgajando parte del territorio de cada uno de los países.

En resumen: la Argentina perdió Atacama —la salida al Pacífico— para conservar Tarija. Pero perdió Tarija por no irritar a Sucre y Bolívar, eventuales aliados en la lucha que llevábamos para conservar la Banda Oriental. Y finalmente perdimos también la Banda Oriental... Tantas disgregaciones se deben, directa o indirectamente, a la política del grupo rivadaviano porteño, cuyas miras no iban, indudablemente, mucho más allá de Arroyo del Medio.

Las cuatro provincias altoperuanas que formaban parte del Virreinato se perdieron para la Argentina porque San Martín no recibió los auxilios que pidió a través de su enviado Gutiérrez de la Fuente [1] y, en consecuencia, debió ceder la gloria de emancipar esa región a Bolívar. Y la única provincia, Tarija, que podía haber integrado nuestro país por sus antecedentes, su situación

1 V. "San Martín y Rivadavia, una Cordial Enemistad" por Francisco H. Uzal, TODO ES HISTORIA Nº 7; y "El Desencuentro de Guayaquil", suplemento del Nº 16 de TODO ES HISTORIA, por Miguel Angel Scenna.

geográfica y su vinculación comercial, también se perdió en una negociación cuya irresponsabilidad asombra.

Podemos hacer un poco de "historia-ficción" e imaginar las consecuencias que pudo tener para nuestro país la salida al Pacífico a través de Atacama. Conviene señalar, para completar esta ilusión, lo que era Salta a principios del siglo XIX: una de las zonas más ricas del Virreinato, que en pocas décadas había logrado un "boom" económico que la convirtió en capital de una Gobernación-Intendencia y sede de un Obispado, después de haber sido una ciudad subalterna. Este "boom" se debió a su especial ubicación geográfica, que la convertía en intermediario obligado entre el comercio que bajaba del Perú y el Alto Perú y el que subía desde las praderas litorales y zonas mediterráneas del actual territorio argentino. En Salta se reunían las grandes ferias anuales donde se traficaban las mulas engordadas aquí, con destino al trabajo de minas del norte. En pocos años, un núcleo de familias salteñas —casi todas de origen vasco— se convirtió en una verdadera oligarquía, políticamente poderosa y económicamente solvente, cuyas vinculaciones comerciales la ligaban a mercaderes y empresarios peruanos y altoperuanos. (Por eso la lucha de Güemes fue doble: contra los ejércitos realistas y contra la oligarquía local, cuyo negocio se había arruinado con la Guerra de la Independencia y que se sentía más cerca de los intereses dependientes de Lima que de aquellos que confluían a Buenos Aires.)

Pasada la Guerra de la Independencia, Salta, empobrecida y diezmada, mantuvo sin embargo el predominio de sus grandes linajes, que entraron en un período de estancamiento económico como consecuencia de la ruptura de la zona político-comercial que antes integraban. No obstante ello, estas familias mantuvieron su hegemonía política y dieron a su provincia una dirección inteligente y sagaz. La mantuvieron ajena a las contiendas civiles que destrozaban al país contemporáneamente, e hicieron de Salta un reducto donde las instituciones legislativas, por éjemplo, tenían real vigencia. El mismo Facundo Quiroga no se sentía feliz ante la perspectiva de guerrear contra los salteños, cuando después de derrotar a La Madrid hubo de continuar la liquidación de los unitarios en la provincia norteña.



Miguel Díaz Vélez, que acompañó a Alvear en su misión al Alto Perú para conseguir la solución de los diferendos fronterizos.

Todo esto viene a cuento para significar lo que hubiera sido Salta —y a su lado todo el noroeste argentino— si Atacama hubiera brindado la deseada salida al Pacífico. No creemos exagerar si pensamos que Salta se hubiera convertido en una suerte de Buenos Aires septentrional: el centro de intermediación de los productos llegados de Extremo Oriente, Filipinas y países del Pacífico en intercambio con los productos argentinos que no salían por Buenos Aires. La oligarquía salteña tenía la suficiente imaginación y empuje como para hacer del breve puerto de Cobija la gran salida del noroeste, convirtiendo a Salta en un verdadero "polo de desarrollo" cuya influencia habría de llegar a buena parte de Bolivia y Paraguay: de alguna manera, el plan que luego trataría de realizar el presidente Yrigoyen al insistir en la construcción del ferrocarril de Huaytiquina.

Así se hubiera contrapesado, también, la influencia hegemónica de Buenos Aires, llave única de la tierra y centro de su actividad comercial en función intermediadora; se hubiera creado un centro de gravedad distinto que acaso hubiera dado un sentido más armónico al federalismo regional y permitido un desarrollo más orgánico de las regiones mediterráneas, asfixiadas siempre por el embudo bonaerense que más tarde se duplicaría con el trazado de la red ferroviaria. Más aún: toda la zona noroeste de la Argentina hubiera podido regular su comercio por la salida salteña, evitando el sometimiento a la política aduanera de Buenos Aires, que durante gran parte del siglo pasado operó en función de intereses puramente locales.

Y todavía más: una Atacama argentina hubiera contribuido a evitar las fricciones que han envenenado las relaciones entre Chile por una parte y Perú y Bolivia por la otra, al crear una zona-tapón que evitaría una fuente de conflictos que todavía hoy existe.

Tal vez Facundo Zuviría —a quien le cupo la responsabilidad de presidir en 1853 el Congreso de Santa Fe que sancionaría la Constitución Nacional— intuyó todo eso cuando se pronunció por la alternativa de conservar Atacama a cambio de Tarija. Pero la intuición del hombre público salteño no fue, ciertamente, compartida por los estadistas porteños, que dejaron clausurar esta formidable posibilidad. De estos hechos no habla mucho la historiografía oficial. Se los oculta distraídamente para que la gloria de Rivadavia —indiscutible en otros aspectos— no sufra con este episodio disminuyente. Ni siquiera se ha escrito mucho sobre el tema: el folleto del profesor salteño Luis Oscar Colmenares titulado "Argentina Tuvo por Límites el Océano Pacífico", es una honrosa excepción y nos ha servido para reconstruir la historia de esta dolorosa mutilación. Una mutilación que no tuvo solamente la dimensión de esa área lunar que abarca Atacama, porque se refiere también a la frustración de un destino nacional volcado hacia los dos océanos. ◆

ADQUIERA SU AMPLACARD EN ESTOS PRESTIGIOSOS CONCESIONARIOS

CAPITAL

HARROD'S
Florida 877

AMPLACARD RUCKER
Rivadavia 1970

AMPLACARD CITY
Av. Caseros 2922

AMPLACARD SERAL
F. Lacroze 2432 / Cabildo 752

AMPLACARD GILARDI
Cabildo 4763

AMP. CONFORT CAMINITO
Lamadrid 774

AMPLACARD CONGRESO
Rivadavia 2243

AMPLACARD DIVAN-28
Medrano 41

AMPLACARD BARBARO
Castro Barros 603

AMPLACARD GRIMAUDO
Av. Gral. Mosconi 3215

AMPLACARD EL SOL
Av. San Martín 3180

AMPLACARD SCARONE
Rivera Indarte 243

AMPLACARD ZAFFARONI
Sarmiento 1383

AMPLACARD ATLANTIC
Av. San Juan 2874

AMPLACARD GAROFALO
Córdoba 6100

AMPLACARD AVENIDA
Av. San Martín 7280

AMPLACARD PALETTE
Olavarría 1066

AMPLACARD LA RUMANIA
Rivadavia 11.008

AMPLACARD KULIGOVSKY
Pueyrredón 460

AMPLACARD RIMA
Entre Ríos 1147

AMPLACARD RUCKER
Federico Lacroze 2822/3296

AMPLACARD CABILDO
Cabildo 2984

AMPLACARD SIERRA
Seraza 2086

AMPLACARD ZAIDEL
Av. Sáenz 849

GRAN BUENOS AIRES

AMPLACARD DEYA
Rivadavia 199
QUILMES

AMPLACARD DRANOVSKY
Av. Roca 869
BURZACO

AMPLACARD TESLER
Av. 51 Nº 636
LA PLATA

AMPLACARD NORTE
Av. Mitre 1840
FLORIDA

AMPLACARD VICTORIA
Av. 11 de Setiembre 3578
VICTORIA

AMPLACARD CALANDRA
Av. Santa Fe 1976
MARTINEZ

AMPLACARD HURLINGHAM
Eduardo VII 1227
HURLINGHAM

AMPLACARD DIAMANTE
Calle 43 esq. 11
LA PLATA

AMPLACARD GALICIA
Av. Galicia 700
AVELLANEDA

AMPLACARD MESCH
Av. 25 de Mayo 442
LANUS

AMPLACARD SIMM'S
Av. Santa Fe 1166
MARTINEZ

AMPLACARD VAQUER
Av. H. Irigoyen 1646
SAN FERNANDO

AMPLACARD MAIPU HOGAR
Estrada 1049
VILLA MAIPU

AMPLACARD BUENOS AIRES
Ing. Amoretti 481
CIUDADELA

AMPLACARD BERNARDO
Ant. Argentina 1549
LLAVALLOL

AMPLACARD GERLI HOGAR
Bustamente 599
GERLI

AMPLACARD NASSER
Solis y 25 de Mayo
RAFAEL CALZADA

AMPLACARD SIMM'S
Av. Centenario 2299
BECCAR

AMPLACARD LOPEZ
Av. Vélez Sársfield 4353
MUNRO

AMPLACARD REQUEIRO
Av. San Martín 1549
CASEROS

AMPLACARD GRADIE
Av. San Martín 3460
LOMAS DEL MIRADOR

AMPLACARD BERNARDO
Av. Alem 299
MONTE GRANDE

AMPLACARD LANUS
Ituzaingó 1100
LANUS

AMPLACARD NOSEDA
Belgrano 866
CAÑUELAS

AMPLACARD L. S P.
Av. 11 de Setiembre 2902
VICTORIA

AMPLACARD RIVERA
Av. Cazón 401
TIGRE

AMPLACARD LINDO HOGAR
Alvear 393
VILLA BALLESTER

AMPLACARD LA ARMONIA
Rivadavia 13962
RAMOS MEJIA

INTERIOR

ARAGONE S.A.
Chaco 1333
MAR DEL PLATA - Bs. As.

AMPLACARD SILBERMAN
Justa Lima 499
ZARATE - Bs. As.

AMPLACARD LA ESTRELLA
Av. Mitre 200
PEHUAJO - Bs. As.

AMPLACARD BUENOS AIRES
Sarmiento y Pampa
NEUQUEN

AMPLACARD ING. FISTRAIBER
Urquiza 1068
PARANA - Entre Ríos

AMPLACARD LA FLOR
Colón y Belgrano
PASO DE LOS LIBRES - Ctes.

AMPLACARD VISINO
San Martín 1622
MENDOZA

AMPLACARD TRIGO
Catamarca 1687
MAR DEL PLATA - Bs. As.

AMPLACARD SINAY
Rivadavia 232
CAMPANA - Bs. As.

AMPLACARD LA MUNDIAL
Rivadavia 434
GENERAL BELGRANO - Bs. As.

AMPLACARD ARGENSUD
San Martín 167
COMODORO RIVADAVIA - Chubut

AMPLACARD LA UNION
12 de Abril 299
COLON - Entre Ríos

AMPLACARD LA ESQUINENSE
25 de Mayo 627
ESQUINA - Corrientes

AMPLACARD REIG
Avda. J. V. Zapata 265
MENDOZA

AMPLACARD NECOCHEA
Calles 62 y 55
NECOCHEA - Bs. As.

AMPLACARD MONDANI
25 de Mayo 1075
SAN PEDRO - Bs. As.

AMPLACARD CORDOBA
Holanda 209 - Barrio Los Naranjos
CORDOBA

AMPLACARD TANARRO
España 40
RIO GALLEGOS - Santa Cruz

AMPLACARD URUGUAY
9 de Julio 870
C. DEL URUGUAY - Entre Ríos

AMPLACARD IMPERIO
Bmé. Mitre 37
SALTA

AMPLACARD GIGLIO
Av. Mitre 80
SAN RAFAEL - Mendoza

AMPLACARD BAHIA BLANCA
Corrientes 1033
BAHIA BLANCA - Bs. As.

AMPLACARD GALARDI
Marinero Panno y 1º Junta
VILLA RAMALLO - Bs. As.

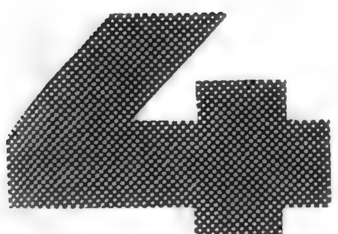
AMPLACARD SAN CARLOS
Juan B. Justo s/n.
HUINCA RENANCO - Córdoba

AMPLACARD FERNANDEZ
MAQUINCHAO
Río Negro

AMPLACARD VERCELLI
Urquiza 1000
GUALEGUAYCHU - Entre Ríos

AMPLACARD SPAGNI
San Jerónimo 2230
SANTA FE

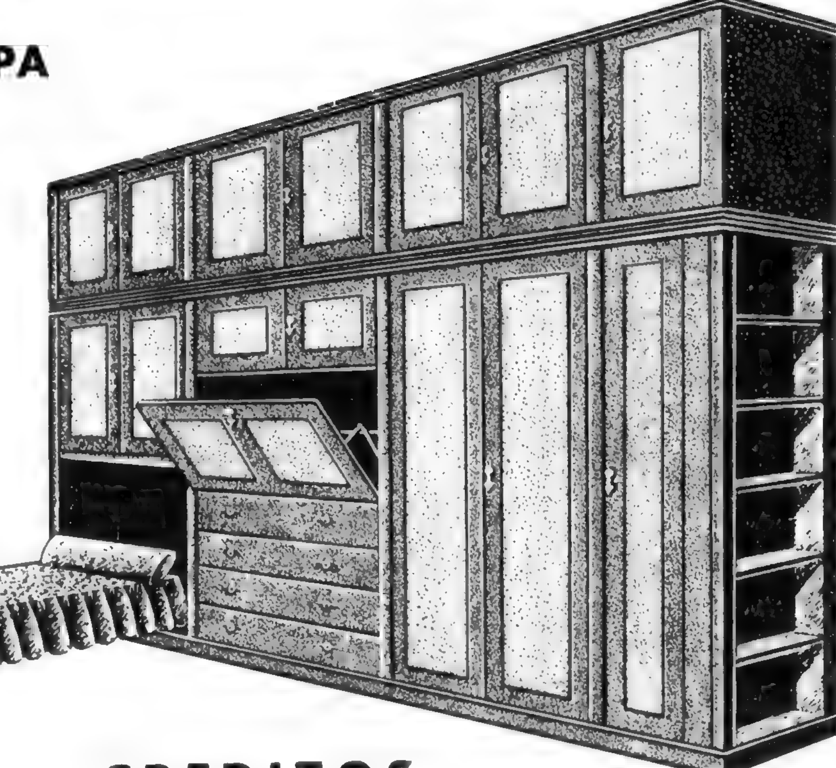
AMPLACARD PACE
Entre Ríos 73
MENDOZA



SOLUCIONES CON EL GRAN FUNCIONAL

GUARDARROPA
CAMA
BIBLIOTECA
BAR

Este estupendo mueble cumple integralmente con las fundamentales necesidades del habitat. Pero... si lo desea, cualquiera de los tradicionales modelos AMPLACARD, pueden estar dotados, separadamente, de estos 4 elementos TAN VENTAJOSAMENTE FUNCIONALES.



VARIEDAD

- En blanco o lustrados.
- Pintados al tono de su elección.
- Tapizados con telas vinílicas Carpenter formando hermosos paneles
- Divisores de ambiente, guardarropas por un lado; bauht, bar y biblioteca por el otro.
- Con super-cama extensible en su interior.
- Decorados al estilo Luis XVI.
- 60 medidas standard o proyectos especiales.

CREDITOS EXCEPCIONALES

Todo AMPLACARD lleva en su interior la chapita que lo identifica.

AMPLACARD®

ENVIENOS ESTE CUPON Y RECIBIRA GRATIS MATERIAL ILUSTRATIVO Y UNA HERMOSA AGENDA PARA USO PERSONAL

AMPLACARD
NOMBRE ....
CALLE Y Nº ....
LOCALIDAD ....
PROVINCIA .... F.C. ...... D.D. 6

Para Concesionarios dirigirse a
CORPORACION INDUSTRIAL ARGENTINA San Luis 3123 - Buenos Aires


COLE
CIONAL

EL COLEGIO DE LA PATRIA

por Horacio Sanguinetti

Hace cien años, una muchedumbre juvenil abandonaba para siempre las aulas del Colegio Nacional. Era la promoción de Cané, la primera egresada del flamante —y sin embargo, secular— instituto. Se sentía orgullosa de sus tradiciones y segura de su porvenir. Había estudiado, soñado, combatido; había sufrido y ardido en saludables rebeldías. Ese Colegio que dejaba, refundado por Mitre en 1863 sobre la base de muchos otros sucedidos desde 1772 en el mismo sitio y con semejante espíritu creador, era ya un trozo de vida y de historia.

Frente del Colegio Nacional de Buenos Aires, en la época en que estudió Miguel Cané y su célebre generación.



EL COLEGIO DE LA PATRIA

LOS ANTECEDENTES COLONIALES

Buenos Aires nunca fue, durante el período colonial, una zona privilegiada. Su pobreza material dio también la medida de su indigencia cultural. Si Santo Domingo, México, Lima y Bogotá contaron con Universidades durante el primer siglo de la dominación hispana, las orillas del Plata, huérfanas de riquezas minerales, y por lo tanto secundarias en el ordenamiento de Indias, carecían al promediar el siglo XVIII de institutos públicos que impartieran enseñanza media y superior. Los más próximos quedaban en Córdoba y Charcas. Sólo ciertas órdenes religiosas dictaban, privadamente, una docencia elemental.

En 1654, el Cabildo solicitó a los jesuitas que asumieran plenamente la educación de la juventud, a cuyo efecto les cedió un solar contiguo. En 1661, trasladados a un nuevo local —en el mismo sitio que hoy ocupa el Colegio Nacional de Buenos Aires, entre las actuales calles Bolívar, Moreno, Perú y Alsina—, proyectaron el Colegio Grande de San Ignacio, y edificaron sus aulas. Pero en 1767, Carlos III expulsó a la orden.

EL REAL COLEGIO DE SAN CARLOS

La urgencia de contar con una casa de estudios superiores movió a los porteños a solicitar reiteradamente en España la creación de una Universidad, "pero la Corte —afirma Manuel Moreno— se ha negado constantemente a estas pretensiones, y ha creído un objeto digno de su economía colonial, mezquinar los fondos que se le pedían para el efecto".

En esa circunstancia, Juan José de Vértiz fue designado gobernador. Contaba con buena disposición y también con las rentas y bienes —inclusive chacra y estancia— confiscados a los jesuitas, que él mismo administraba desde la Junta de Temporalidades. Esta Junta solicitó a los Cabildos Eclesiástico y Secular que "coadyuben con sus dictámenes" sobre materia pedagógica. El primero contestó de inmediato (5 de diciembre de 1771), mediante un informe atribuido a Juan Baltasar Maziel, que para la creación de un convictorio y Universidad postulaba como modelo el Colegio de Montserrat, fundado en Córdoba en 1687. El Cabildo propuso, además, un seminario para "indios nobles y principales".

Acorde con ambos dictámenes, la Junta de Temporalidades creó los cursos del Real Colegio de San Carlos —llamado así en homenaje a Carlos III—, que Vértiz inauguró el 10 de febrero de 1772, en condiciones precarias porque las cátedras aún estaban vacantes.

Durante los meses siguientes se designaron los primeros profesores —Villota, García y Montero—, y a comienzos de 1773, la Junta nombró cancelario y regente de los reales estudios a Juan Baltasar Maziel, que dictó el reglamento de estudios y rigió el Colegio durante quince años.

EL CONVICTORIO CAROLINO

Ya en jerarquía de virrey, el 3 de noviembre de 1783 Vértiz estableció dentro del Colegio un internado: el Real Convictorio Carolino. Su primer rector, Vicente de Jaunzarás, coexistió con Maziel, que atendía los reales estudios. Pero desterrado el último a Montevideo por el irascible virrey Loreto (1787), lo sucedió el presbítero Carlos Montero; y a Jaunzarás, tras un interinado de José Antonio Acosta (1786-91), Luis José Chorroarín, brillante egresado del Colegio y ahijado de Vértiz. Por renuncia de Montero, desde 1804, Chorroarín unificó los cargos. En 1806, con motivo de las Invasiones Inglesas, las aulas del internado se convirtieron en cuarteles. A partir de entonces sólo subsistieron los reales estudios.

REGIMEN INTERNO DEL COLEGIO

Durante este período inicial, el Colegio conoció momentos de auge y decadencia. Se inauguró con unos setenta alumnos, que vistieron la "veca" —especie de banda o faja que llevaban suspendida de los hombros—, en el solemne acto presidido por Vértiz.

Las constituciones, dadas por Vértiz en 1783, explican con detallismo las funciones de las autoridades, los deberes estudiantiles y el régimen de vida. Para ingresar como pensionado era preciso tener autorización del virrey; saber leer y escribir; contar por lo menos diez años de edad; ser hijo legítimo, y "cristiano viejo y limpio de toda mácula y raza de moros y judíos".

Existían varias becas, para hijos de "pobres honrados" y de militares. La disciplina interna era rígida, y según las constituciones, estaban prohibidos una serie de actos, como "fumar, jugar a los naipes, dados, ni de pies o manos, andarse tirando de la ropa, comer en los cuartos, leer libros contrarios a la religión, el estado y las buenas costumbres", etc. Las salidas, visitas y feriados eran muy reducidos, y generalmente se cumplían en días fijos, con gran protocolo y solemnidad: el del cumpleaños del soberano, p. ej., correspondía saludar al virrey.

Las prácticas religiosas ocupaban un lugar preponderante: se oía misa antes de entrar a clase, los alumnos confesaban y comulgaban una vez por mes, más los días de precepto, y el domingo hacían ejercicios espirituales.

El reglamento preveía severos castigos, incluyendo el cepo, grillos y azotes. Pero los alumnos resistían las medidas compulsivas, escapando con frecuencia de clase y de las ceremonias religiosas. El "campeón" resultó Pedro José de Agrelo, más tarde congresista, ministro y juez, que fugó del Colegio cinco veces consecutivas. Los actos de indisciplina fueron reprimidos a veces "con auxilio de la tropa", llegando el caso de querer conducir a un alumno maniatado "a la casa de sus padres, donde fuese más bien educado". Hacia 1783 debió prohibirse a los conventos que impartían enseñanza particular, que admitieran alumnos pasados del Colegio, para evitar un éxodo creciente.

VALORACION DEL PERIODO COLONIAL

Mucho se ha discutido sobre la utilidad y méritos del Colegio en esta época, citando sus detractores el juicio del doctor Manuel Moreno, quien en el examen sobre la vida de su hermano



El rector Juan Nielsen: encarnó toda una época del Colegio. Una vez expulsó de su despacho a un vicepresidente de la Nación que había ido a recomendar a un alumno . . .

Mariano, manifiesta que "a pretexto de la presunción de virtud que deberán infundir en sus discípulos, los clérigos y frailes se han señoreado de todas sus cátedras y han cultivado con destreza ese poderoso medio de aumentar su crédito y poder. Sin embargo, como sus miras principales son los asuntos de religión, no cuidan de instruirse en las ciencias naturales, y así mal pueden comunicar a sus discípulos unos conocimientos que ellos no poseen", criterio que compartieron Korn, Salvadores, Ravignani y otros estudiosos, afirmando que se perdía mucho tiempo útil y que no existía autonomía académica, pese al variable liberalismo de algunos profesores: Maziel, Paso, Chorroarín, etc.

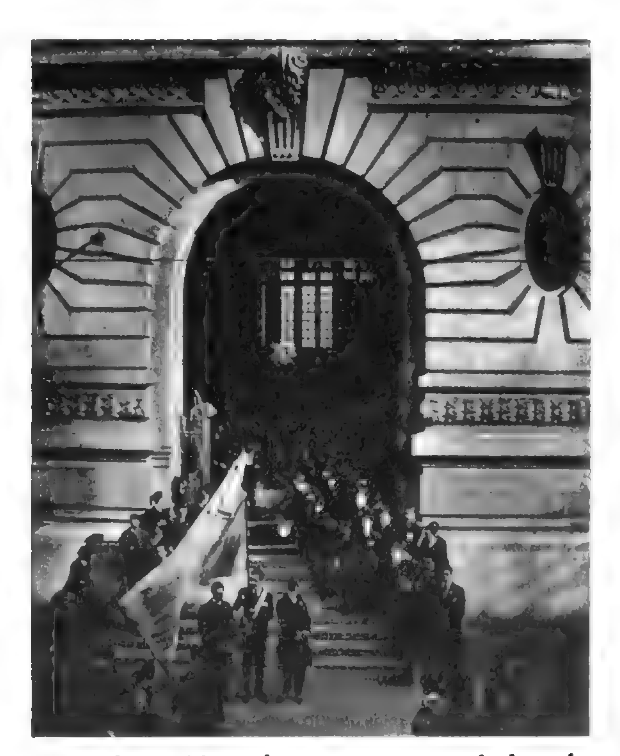
Los males del Colegio fueron, en todo caso, los de su época y condición histórica. El absolutismo monárquico no toleraba mayor libertad. En cambio, es notorio que allí se educó la Generación de Mayo, y casi todos los hombres que contribuyeron a nuestra Independencia. Entre ellos Saavedra, Moreno, Paso, Belgrano, Castelli, Alberti, Chiclana, Tagle, Anchorena, French, García, Monteagudo, Rivadavia, Pueyrredón, López y Planes, Soler, Argerich, Rodríguez Peña, Dorrego, Balcarce, Seguí, Agüero, Vieytes, Necochea, Las Heras, Warnes, Guido, Laprida y otras prominentes personalidades.

LA CHACARITA DE LOS COLEGIALES

Las constituciones de 1783, que tan minuciosamente reglaban hasta lo relativo al vestido, aseo y asueto de los colegiales, también ordenaban unas "vacaciones generales" que "no pasen de dos meses, en cuyo tiempo irán a la casa de campo del Colegio en compañía del rector o vicerrector". Dicha casa de campo era una chacra —una chacrita, o "chacarita"—, antigua propiedad de los jesuitas que junto con la estancia de Las Conchas, contribuía con sus productos agrícolas al mantenimiento del Colegio. Un capellán, un capataz y algunos esclavos estaban a cargo de la quinta. Allí los estudiantes pasaban sus vacaciones, "para que así cobren nuevo aliento para las tareas del año siguiente". La Chacarita era, por tanto, lugar de descanso, fuente de renta y, ocasionalmente, sede de importantes festejos, como el dispensado en 1799 al virrey Avilés.

Cané alcanzó a veranear en el sitio, y ha narrado en "Juvenilia" sus traviesas expediciones a la ubérrima quinta de los vascos vecinos, próxima a la actual avenida El Cano. Sobrevenidas nuevas condiciones y necesidades públicas, hubo varios proyectos para sustraer la Chacarita al patrimonio colegial. El rector Agüero logró evitarlo desde su banca de senador, pero finalmente, y a raíz de la epidemia de fiebre amarilla que diezmó en 1871 un tercio de la población de Buenos Aires, la parte principal de la chacra fue destinada a cementerio.

En la casa de campo se levantó la capilla, y alrededor de algunos ranchos fueron surgiendo caseríos que más tarde darían origen a los barrios de Colegiales y Chacarita.



Junio de 1920: solemnemente ataviados, los alumnos van a rendir homenaje a un ex alumno del Colegio: Manuel Belgrano.

EL COLEGIO DE LA PATRIA

EL COLEGIO Y LA REVOLUCION DE MAYO. EL "MOTIN DE LAS TRENZAS"

En 1806 y 1807 tuvieron lugar las Invasiones Inglesas. Los alumnos defendieron la ciudad desde sus azoteas, y muchos de ellos prefirieron continuar la carrera de las armas en previsión de los acontecimientos que se presagiaban. Por eso fueron abandonando los estudios, en busca de "otros destinos", tal como oficiaba Chorroarín al gobierno.

En el recinto tomó asiento el Regimiento de Patricios, que integrado por cuatrocientos hombres comandados por Cornelio Saavedra, batió a los ingleses. Saavedra, en su "Memoria autógrafa", recuerda que la columna de Pack, "que vino a atacarlo, con un cañón de a cuatro, fue enteramente destrozada, quedando la calle que hoy se dice de la Imprenta, empedrada de cadáveres de ingleses", y atribuye el éxito a la estrategia defensiva del sargento mayor Juan José Viamonte.

Los Patricios influyeron decisivamente en los episodios de mayo, pero como las urgencias del momento habían despoblado las aulas, Moreno lamentaba en "La Gaceta" de 13 de setiembre, que "los jóvenes quisieran ser militares antes de ser hombres", y anticipa que la Junta llamaría "hombres sabios y patriotas" para crear un nuevo centro de estudios.

En ese mismo cuartel estalló el 7 de diciembre de 1810 "el motín de las trenzas" contra el comandante del cuerpo, Manuel Belgrano, que obligó a cortar las trenzas, usadas por los soldados al estilo español. La orden se cumplió, pese a esa resistencia, y casi un siglo más tarde, al producirse el hundimiento de un pozo en el llamado "Mercado Viejo" —hoy diagonal Julio A. Roca—, se encontraron algunos restos de cabello humano que testimonian el hecho.

EL COLEGIO DE LA UNION DEL SUD

Los propósitos de Moreno no pudieron cumplirse. Nuestros gobiernos patrios, absortos por la vorágine política y bélica, apenas atendían cuanto no tuviera relación directa con esas necesidades. Empero, en 1810 fundóse la Escuela de Matemáticas; en 1813 el Instituto Médico, de carácter militar, y en 1814 la Escuela de Dibujo y la Academia de Jurisprudencia, precursora de estudios universitarios.

El Colegio, refundido con el Seminario Conciliar por orden de la Asamblea del Año XIII, arrastró precaria existencia, como lo acreditan los informes exigidos a sus Padres Prefectos por el Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, hacia 1816. En vista de ello, el 2 de junio de 1817, Pueyrredón lo refundó en el Colegio de la Unión del Sud, inaugurado un año más tarde.

El regocijo que esta posibilidad educativa creó en la ciudad, está reflejado en una "letrilla" atribuida al alumno Florencio Varela, que circuló por entonces, y que afirmaba: "Nuestra escasa suerte / ya tiene un asilo".

El Colegio de la Unión del Sud —nombre significativo que acreditaba un propósito generoso—, tuvo espíritu bastante ágil y moderno, incluyendo el estudio de lenguas vivas (francés, inglés e italiano), y una posición liberal, contraria al escolasticismo. Por primera vez la docencia de filosofía estuvo a cargo de un laico, Juan Crisóstomo Lafinur.

CREACION DE LA UNIVERSIDAD

El plan del Director Supremo, asesorado por sus ministros Vicente López y Planes y Domingo Trillo, era completar esta obra creando una Universidad, creación "que no se puede dilatar más tiempo sin agravio", como dijo en nota al Soberano Congreso. Pero las angustias políticas nuevamente dilataron la tarea. Ni Pueyrredón, ni los breves gobiernos que lo siguieron, pudieron concretarla. Sólo en 1821, bajo el de Martín Rodríguez, fue posible establecer la Universidad de Buenos Aires, gracias al esfuerzo de Esteban de Luca y Bernardino Rivadavia y del primer rector, Antonio Sáenz, todos ex alumnos del San Carlos.

Funcionó en la misma manzana del Colegio, la cual congregaba, además, la Biblioteca pública, las escuelas de dibujo e idiomas, la sala del Cuerpo Representativo, el Tribunal de Cuentas y el Archivo General; razón por la que un artículo



publicado en "El Argos" el 1º de setiembre de 1821, la denominó "Manzana de las Luces", nombre que perduró.

La vida del Colegio de la Unión del Sud registra frecuentes episodios de indisciplina por parte de los alumnos —entre los que se contaron Florencio Varela y Justo José de Urquiza—, y algunas desavenencias entre profesores o autoridades, que deterioraron su prestigio.

EL COLEGIO DE CIENCIAS MORALES

Por fin, en 1823, y bajo la égida de la flamante Universidad, el Colegio de la Unión del Sud se transformó en el de Ciencias Morales, dirigido por Miguel Belgrano. Rivadavia pretendía conferir al nuevo organismo un carácter nacionalizador, y otorgó becas a hijos de "ciudadanos beneméritos" del interior. El tucumano Alberdi obtuvo una, y el sanjuanino Sarmiento lamentó en "Recuerdos de Provincia" que la suerte no lo favoreciese de igual modo, no obstante merecerlo.

El Colegio era internado de la Universidad; poco a poco fue ampliando sus planes de estudio, alcanzando su cenit hacia 1825. La disciplina interna, al principio demasiado solemne y rígida, se suavizó luego. En 1824 se crearon los puestos de "adjuntos", de carácter docente y disciplinario, a cargo de alumnos aventajados, que así se iban fogueando en la tarea pedagógica. Sin embargo, crecientes dificultades económicas motivaron que, al caer Rivadavia, el gobernador Viamonte refundiera el Colegio con el de Estudios Eclesiásticos, originando así el Colegio de la Provincia de Buenos Aires. Tras una campaña del diario rosista "La Gaceta Mercantil" en pro de su disolución, ésta fue decretada por el gobernador Balcarce en setiembre de 1830.



El Colegio de Ciencias Morales formó a los hombres de la generación de 1838: Esteban Echeverría, Vicente F. López, Juan M. Gutiérrez, Miguel Cané (padre), José Mármol, Félix Frías, Carlos Tejedor, Luis Domínguez, Marco Avellaneda, Antonino Aberastain, Marcos Paz, Juan Bautista Alberdi, inspiradores de la Constitución de 1853 y actores de la organización nacional.

LA EPOCA DE ROSAS. PRIVATIZACION DEL COLEGIO

Luego de la clausura, y a falta de un colegio oficial, cobraron cierto predicamento las instituciones privadas de enseñanza; entre ellas, las que rigieron Pedro de Angelis y otros profesores extranjeros: a veces contaron con apoyo del gobierno.

En 1836, Rosas entregó el Colegio a seis religiosos jesuitas llegados a Buenos Aires. Pero poco después los expulsó, seguramente por razones políticas, pues llegó a acusárselos de conspirar junto con los unitarios. En ese lapso, el "Colegio de San Ignacio" educó hombres como Guillermo Rawson, José Benjamín Gorostiaga y Eduardo Costa.

Pese a aquella medida, el Colegio Republicano Federal, como se lo llamó luego, continuó desde 1842 con la dirección de Marcos Sastre y de un ex jesuita. De carácter particular, obtenía sin embargo cierta ayuda o subvención oficial, y brindaba enseñanza primaria y secundaria. El reglamento interno era severo, y su estructura recuerda en algo a la del período colonial.

EL COLEGIO ECLESIASTICO

Rosas cayó en 1852. A partir de entonces, pueden advertirse intentos aislados, en provincias, por establecer colegios que atendieran la urgencia educacional del país. En Corrientes, el Colegio Argentino (1853); en Tucumán el de San Miguel (1854), que Jacques regenteó; en Salta el de San José (1865); en San Juan el Preparatorio, etc. A su turno, el gobernador porteño Pastor Obligado había restablecido la vieja institución, ahora llamada Colegio Eclesiástico —Seminario y Colegio de estudios generales al mismo tiempo, 1854—, bajo la dirección del canónigo Eusebio Agüero.

Este había tenido actuación importante en distintos momentos de la historia nacional, como profesor, político y asesor de gobernantes: fue secretario del general Paz, prisionero de Ibarra y prófugo de Rosas. Luego de Caseros, retornó del Uruguay, fue electo senador, y administró el Colegio con el rigor y la pulcritud de un asceta. Cané y Tobal, que lo conocieron bien, han dibujado certeramente la figura del canónigo, a veces mediante una simple anécdota reveladora: en una ocasión, por ejemplo, los alumnos emplazaron un estandarte en las ventanas exteriores con leyendas que denunciaban: "Socorro, aquí nos morimos de hambre".

Piso bajo del actual Colegio Nacional Buenos Aires, terminado en la década del 30.

EL COLEGIO DE LA PATRIA

En el Colegio Eclesiástico estudiaron, además de Tobal: Juan José Romero, Octavio Bunge, el famoso médico Juan A. Argerich, y el hijo de Sarmiento, Dominguito.

FUNDACION DEL COLEGIO NACIONAL. SUS FINES

Al asumir Mitre la presidencia en 1862, sólo dos colegios dependían del gobierno nacional: el Montserrat, nacionalizado junto con la Universidad de Córdoba en 1954, y el de Concepción del Uruguay, de data reciente (1849). No existía un plan pedagógico concreto, ni unidad de criterio y esfuerzos. Corregir esa deficiencia en forma orgánica fue objetivo de Mitre, que aspiraba a ordenar la educación con sentido nacional... y hegemonía porteña. Conforme a este propósito, dictó el decreto 5447, del 14 de marzo de 1863, creando "bajo la denominación de **Colegio Nacional**, una casa de educación científica y preparatoria".

El 5 de mayo de 1863, al inaugurar las sesiones del Congreso, Mitre precisó sus propósitos de la siguiente manera: "Sobre la base del Colegio Eclesiástico existente en esta Capital, que quedó a cargo de la autoridad nacional, podía fundarse sin gravamen para el erario un Colegio en que se educase un número proporcionado de jóvenes de todas las provincias. Así procedió el gobierno, anticipando su establecimiento en el interés de la juventud, contando con vuestra sanción que no duda alcanzar.

"Colocado este establecimiento en el centro de los recursos que ofrece la Capital, bajo la dirección de distinguidos profesores, él debe necesariamente prestar importantes servicios en la formación de ciudadanos virtuosos y capaces, que al volver a sus hogares, llevarán además los sentimientos de fraternidad indispensables en la comunidad en los primeros años de la vida, y la influencia tan benéfica para la estrecha unión de los pueblos.

"Bajo su inmediata y especial atención, este Colegio podrá servir de norma para regularizar la enseñanza de los establecimientos que costea la Nación, y en los demás que se propone crear con vuestro auxilio en otras localidades, ajustándola a un plan uniforme como es de notoria conveniencia".

El Colegio fue una importante contribución a la pacificación política, y punto de partida de un amplio programa; establecimiento modelo a cuyo ejemplo, en diciembre de 1864, Mitre fundó los colegios nacionales de Catamarca, Mendoza, Salta, San Juan y Tucumán, red cuya trama continuaron Sarmiento y Avellaneda.

El plan de estudios, dictado por el decreto 5848, comprendía tres ramas principales: letras y humanidades, ciencias morales y ciencias exactas. El predominio de la tendencia humanista no excluía una importante atención científica. Por el mismo decreto se distribuyeron entre las provincias las cuarenta becas votadas, teniendo en cuenta "que en algunas de ellas hay Colegios costeados por la Nación; que no puede ser sino más cómodo para los mismos alumnos no ser removidos del lugar donde tienen sus padres o parientes; que por consiguiente, en aquellas provincias donde no hubiere establecimientos de educación costeados por la Nación, convendrá aumentar el número de los alumnos nacidos en ellas, disminuyéndolos en otras". En suma, Buenos Aires recibía 6 becas, San Luis 2, Entre Ríos y Córdoba una solamente, y las restantes provincias, tres cada una.

Agüero continuó con la dirección del Colegio, pero sólo en materia disciplinaria y económica. Ya era anciano, y Mitre confió la dirección de estudios, es decir, el rectorado real del Colegio, a Amadeo Jacques, que, unificando ambos cargos en 1864 por muerte de Agüero, ejerció por pocos meses, pues falleció al año siguiente, un poderoso influjo renovador.

EL RECTORADO DE JACQUES

No podía ser de otro modo. Jacques comprendía la misión del Colegio, y contaba para realizarla con dotes extraordinarios: personalidad, talento, juventud, honda formación pedagógica y filosófica, y hasta una talla imponente que infundía respeto por mera presencia.

Nacido en Francia, nieto del pintor Gérard, influido por el eclecticismo filosófico de Victor



Un acto académico en el salón de actos del Colegio, presidido por el rector Nielsen.

Cousin, Jacques era figura descollante de la generación del 48, amigo y compañero de Alfred de Musset, de Gustave Blanche, de Jules Simon. Cursó la Escuela Normal Superior, ocupando a temprana edad cátedras y tribunas.

Fundó revistas, publicó libros. Participó en la revolución de 1848, reclamando desde las columnas de su edición **"la libertad de pensar"**, un régimen republicano con amplias garantías de libertad. Pero al producirse el golpe de Estado de Napoleón III, Jacques fue perseguido. Expulsado de sus cátedras, clausuradas sus publicaciones, en 1851 tomó el camino del exilio, como tantos compatriotas ilustres: Tocqueville, Hugo, etc.

En 1852 llegó a Montevideo, y luego a nuestro país, donde asociado con Alfredo Cosson, para subsistir se dedicó primeramente a la daguerrotipia, novedad muy en boga. En 1855, el gobierno de Urquiza le encomendó varias investigaciones de carácter geográfico y económico, en el Chaco y Tucumán. Realizó desde entonces diversos estudios antropológicos, zoológicos, botánicos, hizo pie en Santiago del Estero y luego pasó a Tucumán, donde contrajo enlace y ejerció durante cuatro años la dirección del Colegio de San Miguel, que organizó entre dificultades de toda índole. Por consejo de Marcos Paz, Mitre lo llamó a Buenos Aires en 1863. La influencia que Jacques ejerció, durante su breve rectoría del Colegio, en el movimiento cultural y el desarrollo educacional del país, aún perdura.

Autor del plan de estudios de 1863, Jacques pretendía dotar de un sentido propedéutico a la enseñanza secundaria; es decir, que el bachillerato fuera algo así como un grado universitario inicial, y alcanzara carácter formativo mediante el adecuado equilibrio de las humanidades clásicas y las científicas. También aconsejó que este ciclo preparatorio tuviera una duración superior a la de cinco años, que se le asignó en principio. Jacques era enemigo de la especialización prematura; comprendía bien, por otra parte, las necesidades del país en materia educativa. Y fue bajo su influjo que la comisión creada por el gobierno para elaborar un proyecto de instrucción general y universitaria, al expedirse en 1865 aconsejó la institución de estudios que educasen para el comercio, la agrimensura, la minería; y de escuelas primarias superiores que enseñasen de acuerdo a las necesidades regionales; amén de otras innovaciones en materia universitaria.

EL COLEGIO HACIA FINES DE SIGLO

La disciplina en estos años fue dura. Subsistía el calabozo, los alumnos vivían en fugas y rebeldías constantes, pese a la represión que por lo común estaba a cargo del vicerrector José M. Torres. El propio Cané cuenta cómo fue expulsado, por organizar una "conjuración" contra éste.

A Jacques sucedió su viejo amigo **Alfredo Cosson,** quien siguió las hondas huellas del maestro hasta 1876, en que debió retirarse afectado por una dolencia mental. En esa misma fecha el ministro Leguizamón suprimió el internado en todos los Colegios Nacionales, donde aún subsistía.

Allá por 1877 tuvo lugar la Primera Exposición Industrial de la República, que el presidente Avellaneda inauguró en el célebre patio de arena del Colegio. El rector, desde un año antes, era **José Manuel Estrada.**

Sala de espera del rector, en el antiguo edificio del Colegio Nacional Buenos Aires.

El 18 de enero de 1881 la Universidad fue nacionalizada; también se suprimieron los estudios preparatorios, que quedaron a cargo del Colegio, y una comisión proyectó que éste pasase a depender de la Facultad de Humanidades, pero el Congreso nunca trató tal proyecto.

Al producirse el conflicto de 1884 entre el presidente Roca y el Nuncio Papal, Estrada, católico ferviente, tomó partido por este último y fue separado de sus cátedras y dirección del Colegio, despidiéndose de sus alumnos con una alocución célebre.

Lo reemplazaron **Amancio Alcorta** (1884-90), y luego **Adolfo Orma** (1890-92). A esta altura, la disciplina interna se había resentido, y los conflictos de ese orden hicieron crisis en un episodio muy grave, que provocó la exoneración del rector, solicitada en un memorial del inspector general Santiago Fitz Simons, que decía así:

"En cumplimiento de mi deber de inspector general fui hoy al Colegio Nacional (Casa Central) a las 11 y 15 a.m. No encontré allí ni al rector, ni al vice-rector, ni al secretario, ni al prosecretario. En este momento el Establecimiento se hallaba a cargo del jefe de los celadores, persona joven, sin la suficiente representación. Al toque de campana, después del primer recreo, los alumnos se congregaron en el claustro principal, y como en ese recinto se produjera un gran desorden, me acerqué para averiguar la causa. En el acto fui sorprendido por una tremenda gritería, por una silbatina, y por voces de «afuera, afuera ese gringo». Al momento fui a avisar al rector, a quien encontré rodeado por varios profesores, diciéndole que en el Colegio a su cargo me había sucedido lo que en toda mi larga vida profesional jamás me había pasado antes. Le agregué, además, que esta notable falta de respeto de parte de los alumnos, y esta carencia completa de disciplina, sólo debía atribuirse a la malísima dirección.

EL COLEGIO DE LA PATRIA

"Debo decir a V. E. que en ese Colegio el reglamento es letra muerta; los alumnos asisten mal, entran a las clases en tropel y salen de ellas de la manera que se les antoja. En ninguno de los Colegios Nacionales o Escuelas Normales que he visitado he presenciado semejante desorden, y creo firmemente que todo el mal proviene del abandono o falta de tino del encargado de cumplir y hacer cumplir el reglamento.

"Casi todo cuanto he presenciado en ese Colegio durante las visitas de inspección que he practicado, como representante de V.E., me demuestra con claridad que el Establecimiento necesita una reforma radical en su personal directivo, desde su rector hasta el último de los celadores.

"Para poner fin, de una vez y para siempre, a los gravísimos abusos que he denunciado, pido a V.E. se sirva separar de su empleo al rector doctor don Adolfo F. Orma, y mandar se levante el sumario correspondiente; entonces podré aconsejar a V.E. la adopción de otras medidas muy necesarias".

Orma fue exonerado por decreto del 25 de abril, que firmaron Pellegrini y Balestra. Quince días más tarde, se designó el sucesor, Valentín Balbín, ex condiscípulo de Cané. Pero aquella circunstancia llevó a un grupo de personas, encabezadas por el rector destituido, a fundar el Instituto Libre de Segunda Enseñanza, adscripto a la Universidad desde 1893, y que hasta hoy adopta el mismo plan de estudios del Colegio, sin llegar a ser realmente un incorporado. En 1911 el Colegio admitió como tales a tres colegios particulares (el Salvador, el Lacordaire y el de Nuestra Señora de Luján), pero el 1º de junio de 1912 el ministro Garro dejó sin efecto la incorporación.

El rector Balbín (1892-96) y sus sucesores Juan P. Aguirre (1896-1900) y Manuel B. Bahía (1900-02), debieron afrontar problemas disciplinarios, e inclusive una notoria politización del alumnado, que en parte respondía a las consignas del radicalismo, y llegó a constituir un Comité en el Colegio, editando un periódico que regentearon los futuros dirigentes Mario M. Guido y José P. Tamborini. El hecho en sí no era novedoso, si se recuerda el apasionado enfrentamiento entre "porteños" y "provincianos", que Cané relata.

En 1902 asumió el cargo de rector don Enrique de Vedia, que ya lo había sido del Colegio del Uruguay. A él alude Fernández Moreno cuando en su "Elegía", recuerda la "renegrida barba rectoral". Era hombre de vasta cultura; admirador de Echeverría, en su tiempo los alumnos del Colegio donaron a la ciudad una estatua del prócer civil, modelada por Tasso. Largos años estuvo ubicada en los jardines de Palermo, hasta que en 1957 se la trasladó a la plaza San Martín.

Por entonces (1903) comenzaron las obras de reedificación del Colegio, parte del cual fue demolido, funcionando sus cursos en espacio reducido y precario durante mucho tiempo, pues las tareas se suspendieron en 1906, y sólo estuvieron totalmente concluidas hacia 1937.



Bajo la dirección del profesor Osmán Moyano —más tarde rector— los alumnos de francés representan a Molière en el Colegio.

COLEGIOS PARALELOS. ANEXION A LA UNIVERSIDAD

Entretanto, la ciudad crecía y sus necesidades educativas también. El Colegio Nacional fue origen de cuatro secciones que dependían de la casa central y estaban a cargo de vice-rectores: la Norte (origen del actual Colegio Sarmiento); la Sud (Colegio Rivadavia); la Oeste (Colegio Mariano Moreno), y la Noroeste (Colegio Avellaneda). Queda dicho que la sede tradicional comenzó a ser conocida como el "Colegio Nacional Central", nombre que oficialmente nunca tuvo, sino que apuntaba a un sentido jerárquico y geográfico.

Durante mucho tiempo el Colegio, tan vinculado a la Universidad desde los orígenes, había cumplido una finalidad preparatoria de estudios superiores, como también lo hacían el Montserrat de Córdoba, fundado por Duarte y Quirós en 1684, el del Uruguay creado por Urquiza en 1849, y el de La Plata, que data de 1885. En Buenos Aires, Pellegrini fundó el 19 de febrero de 1890 la primera Escuela de Comercio, que hoy lleva su nombre y está anexa a la Universidad desde 1912.

Por decreto del 22 de febrero de 1907, el Poder Ejecutivo resolvió transferir a las Universidades de Córdoba y La Plata los respectivos Colegios Nacionales, y a la de Buenos Aires, el Colegio y el Instituto del Profesorado Secundario. Su propósito era realizar un ensayo, cuyo resultado serviría para fijar la orientación de los establecimientos dependientes del Ministerio, mientras la Universidad obtenía la oportunidad de completar la práctica de un régimen que ella misma había creado.

Esta incorporación fue aceptada por Córdoba y La Plata; y también por el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, el 12 de abril. Sin embargo dicho Consejo puntualizó ciertas disidencias con el decreto de anexión, solicitando que se ampliaran atribuciones para organizar y designar personal, modificar planes agregando un sexto año de estudios polifurcados, etc. En



Parte del antiguo edificio, subsistente hasta 1931: claustro alto, hacia el costado flanqueado por San Ignacio.

suma, una resolución del ministro Bibiloni del 22 de octubre, suspendió la anexión del Colegio y del Instituto de Profesorado. El Poder Ejecutivo no accedía a aquellos requerimientos, y el intento se desdibujó hasta nuevo estudio.

En su Memoria correspondiente al año 1910, el rector de la Universidad, Eufemio Uballes, advertía que desde años atrás, se intentaba separar los estudios secundarios generales de los que deberían ser preparatorios para el ingreso a las Facultades, atribuyendo "la escasísima preparación de los jóvenes que pretenden ser admitidos en la Universidad", a que se confundía en una sola clase de institutos, dos tareas diversas: la instrucción secundaria en general "debe tender a dotar al alumno del mayor número posible de nociones prácticas e inmediatamente aplicables", mientras que "la instrucción preparatoria de los estudios superiores debe prescindir de la utilidad inmediata y preocuparse, sobre todo, de la disciplina mental del alumno". Terminaba propugnando la reincorporación del Central a la Universidad, o bien la creación de un Liceo bajo dependencia de ésta.

La perseverante acción del rector fue oída por el Ejecutivo, y otro ex alumno, Roque Sáenz Peña, anexó el Colegio a la Universidad por decreto del 4 de noviembre de 1911.

Pero la anexión no conformó a todos. Nueve días después renunciaba el rector del Colegio, Enrique de Vedia, manifestando "incompatibilidad entre mis ideas sobre educación secundaria" y las que el decreto trasuntaba. "Soy un convencido —agregaba— de la extemporaneidad de los dos ciclos de nuestra escuela secundaria, que se basta y sobra para preparar jóvenes capaces de «actuar con eficiencia en la vida individual» y en las aulas universitarias, cuya alta dirección ejercen en la actualidad distinguidos caballeros que salieron de este Colegio Nacional y que no necesitaron cursar estudios especiales de preparación, para estudiar descolladamente en aquéllas". Acaso el rector temía que el Colegio perdiese su sentido formativo —pese a los principios que proclamaba el decreto de anexión—, y se tornase una simple fábrica de aspirantes a cursar carreras profesionales; acaso desconfiase de una "iniciación" universitaria prematura. Lo cierto es que se alejó definitivamente del Colegio Central, y pasó a dictar cátedras en otros. Lo sucedió **Eduardo Otamendi** (1911-1915), que ejercía hasta entonces funciones de vicedirector. Al quedar librado este cargo, el rector Uballes designó en el mismo al docente más joven que tenía el Colegio: Juan Nielsen, profesor de Ciencias Naturales, cuya personalidad pesó hondamente en el perfeccionamiento ulterior de la institución.

Pero la anexión era provisoria. No estaba sancionada por ley, sino por decreto, y año tras año, al discutirse en el Congreso el rubro presupuestario: "Para sueldos y gastos del Colegio Nacional de Buenos Aires, anexado a la Universidad: $ 450.636", el debate se reabría.

Censores mal informados intentaron, en diversas oportunidades, cortar el cordón umbilical entre la Universidad y el Colegio, atribuyendo privilegios a los alumnos de éste, exentos de rendir pruebas de ingreso en las Facultades. En realidad, los propósitos de la anexión estaban condicionados por un sentido de prudencia y provisiorato, defiriendo a los resultados de la experiencia la estabilidad o no del nuevo sistema, que exigía profundos cambios en la estructura del Colegio y en sus planes, métodos y programas.

En 1912, el Consejo Superior de la Universidad dictó la ordenanza sobre plan de estudios, ampliando la tendencia humanista de su enseñanza: se implantaron seis años de latín, la Historia del Arte y otras materias, amén de intensificarse los estudios históricos, filosóficos y de ciencias naturales. También se agregó un sexto año de cultura desinteresada, necesaria a investigadores y profesionales.

A efecto de fijar la estructura del Colegio, el Consejo Superior sancionó poco después otra ordenanza que organizó un régimen de autarquía interna, otorgándole un grado de autonomía didáctica y científica, y ciertas atribuciones en orden al nombramiento de personal administrativo y auxiliar que evitaron menudencias burocráticas.

En 1914, el diputado Saavedra Lamas —ex colegial— obtuvo que la comisión de presupuesto que presidía, eliminara la leyenda "anexado a la Universidad", a efecto de devolver el Colegio al régimen ministerial. Pero en la Cámara, tras intensa polémica, tal dictamen fue rechazado; como rechazados fueron, asimismo, otros intentos realizados años más tarde por el mismo Saavedra Lamas desde el Ministerio de Instrucción Pública.

Por fin, en 1919, el ex alumno Luis Agote obtuvo desde su banca de diputado, la anexión definitiva por ley 10.654.

Es útil conocer al menos parcialmente las discusiones esclarecedoras que se registraron con motivo de esta sanción. En la sesión del 11 de junio, el diputado Adolfo Dickman, también ex alumno, expresó entre otras cosas:

"Se ha sostenido que los colegios nacionales dependientes de la Universidad tienen un ca-

EL COLEGIO DE LA PATRIA

rácter aristocrático. Precisamente ahora, cuando se ha democratizado la Universidad, cuando en ella rige un sistema de sufragio universal, cuando las Facultades y sus consejos se han constituido sobre la base de elecciones donde intervienen todos los alumnos, precisamente el argumento de la enseñanza aristocrática sería aplicable a los colegios nacionales dependientes del Ministerio, pues éstos son de una organización perfectamente burocrática, mientras que la Universidad ahora es una organización democrática.

"Yo no deseo negar que, como en toda enseñanza secundaria del país, hay en este Colegio sus defectos. Todavía reina cierto espíritu inorgánico, y la selección del cuerpo de profesores tal vez no ha sido del todo perfecta; pero sin duda alguna la estabilidad de este Colegio, que no sufre los cambios de Ministerio, que depende de un organismo docente en cierto modo más conservador y por lo tanto más estable, da un carácter más orgánico a su enseñanza que a la de los otros".

Y el diputado Mariano Demaría manifestó:

"El ensayo iniciado lleva unos cuantos años. Insisto en que es necesario que haya dos o tres generaciones que, bajo este plan, hayan terminado sus estudios universitarios para que recién podamos formar opinión consciente sobre sus calidades. Puedo anticipar que la impresión de muchos profesores de la Facultad con quienes he hablado, es que los alumnos que salen de esos colegios nacionales (universitarios) llegan a la Facultad en mejores condiciones de las que llegan de los otros colegios dependientes del Ministerio".



Gabinete de Química (1961): los auxiliares manipulean material radiactivo. El gabinete de Química está modernamente equipado.

EL "COLEGIO DE LA PATRIA"

Andando el tiempo, los hechos demostraron el acierto de esta experiencia, y pronto surgieron iniciativas enderezadas a extender los beneficios del sistema. Córdoba y La Plata adoptaron en sus colegios planes de estudio siguiendo las bases del vigente en Buenos Aires, y dejaron claramente establecido que la docencia secundaria debe ser formativa y ajena a toda preocupación utilitaria. Bien pudo decir el rector de la Universidad de Buenos Aires, Ricardo Rojas, en su discurso en el Colegio, el 12 de agosto de 1926:

"Grande es la responsabilidad que la Universidad de Buenos Aires tomó sobre sí al reanexionar este Instituto, cuyo pasado obligaba por lo menos a mantener el prestigio de esa tradición, y creo que hemos sabido mantenerla... Mi presencia en el estrado no obedece a pasivo cumplimiento de un deber oficial, sino a móviles más dinámicos de simpatía humana, que nacen de mi culto por la tradición de este Colegio histórico en el cual se formaron los hombres de nuestra emancipación, y al cual después de ciento cincuenta años de labor civilizadora, podríamos, por antonomasia, llamarle ya el «Colegio de la Patria»".

Esta definición no es caprichosa. El "Colegio de la Patria" es el que ha formado mayor proporción de hombres eminentes. Es un hecho fácil de comprobación que los ex alumnos se destacan en aulas, gabinetes, laboratorios, y en todo orden de actividades universitarias, respondiendo a la plástica modeladora del Colegio. Comparativamente, tiene más elevado porcentaje de laureados y de individualidades sobresalientes en cualquier campo. En él enseñaron o estudiaron, los mandatarios Carlos Pellegrini, Luis y Roque Sáenz Peña, Manuel Quintana, Marcelo T. de Alvear y Agustín P. Justo; el presidente paraguayo Juan B. Egusquinza; los dos premios Nobel argentinos —Bernardo Houssay y Carlos Saavedra Lamas—, y un sinnúmero de científicos como Luis Agote, Angel Gallardo, Eduardo Holmberg, Ignacio Pirovano; artistas de la talla de Rafael Obligado, Ricardo Güiraldes, Baldomero Fernández Moreno, Martín Malharro, Calixto Oyuela, Alberto Williams y Julián Aguirre; personalidades públicas como Lucas Ayarragaray, Alfredo Colmo, Antonio Dellepiane, Pedro Goyena, Arturo Giménez Pastor, Paul Groussac, José N. Matienzo, Lucio V. López, Enrique Larreta, Ernesto Quesada, Belisario Roldán, José L. Suárez, Eugenio Cambaceres, Abel Chaneton, Luis María Drago, Martín García Mérou, Carlos Ibarguren, Ricardo Monner Sans, Tomás Le Bretón, Eleodoro Lobos, Norberto Piñero, Aníbal Ponce, Emilio Biagosch, Roberto Repetto, Mario Sáenz, Rodolfo Rivarola, Juan B. Justo, Nicolás Repetto, Alfredo Palacios, Juan José Díaz Arana, Nicolás Besio Moreno, etc.; e incluso algunas mujeres, bajo el sistema de coeducación existente a comienzos de siglo y reimplantado en 1956.

EL COLEGIO DE NIELSEN

La fecha de anexión coincide, como dejamos dicho, con el advenimiento a los cargos directivos de un hombre llamado a ejercer gran influencia en los destinos de la casa: Nielsen.

Tanto bajo el rectorado de Otamendi como el de sus continuadores **José Popolizio** (1915-18) y **Tomás Cullen** (1918-24), **Juan Nielsen** fue, como

Jacques respecto a Agüero, no un colaborador más, sino quien orientó, en verdad, toda la política educacional.

Egresado del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, no poseyó título universitario, hasta que la Universidad de Buenos Aires, en reconocimiento a su mérito, lo doctoró "honoris causa" en 1924. Designado por fin rector del Colegio, lo reorganizó y desde 1924 hasta 1941, le infundió un nuevo impulso creador. En un ciclo de treinta años, su mano rigió el complejo mecanismo de la casa, dejando en ella una impronta inconfundible.

No es fácil formular, con detalle, un repertorio de la tarea renovadora ensayada en el "Colegio de Nielsen", como solía llamarlo el presidente Yrigoyen, consustanciando por tal manera al hombre con su obra. Obra muchas veces resistida por el misoneísmo y la "tradición" mal entendida.

En un apresurado bosquejo, cabría señalar la terminación del edificio, "gran palacio" donde Nielsen cuidó cada detalle: luz, colores, dimensiones, conservando por otra parte algunas reliquias del pasado, tales como la fuente emplazada en el patio "Mariano Moreno", y un rincón que mantiene la arquitectura antigua, respetando las características columnas y el embaldosado blanco y negro. Para proyectar la remodelación, así como la sede de los Tribunales, el gobierno había contratado al arquitecto belga Maillard. El 21 de mayo de 1938, al celebrarse el 75º aniversario del decreto de Mitre, el presidente Ortiz presidió el acto de inauguración oficial del local, concluido un año antes. En 1943 fue declarado solar histórico.

Además, se equiparon los gabinetes desmantelados, cobrando especial auge los de Dibujo y Geografía. Se edificó el observatorio, cuyo telescopio dotó la Facultad de Filosofía y Letras. Se ubicó en el lujoso salón de actos, el órgano donado por el profesor Nicolás Avellaneda (h.), y diseñado por su primer ejecutante, el profesor ingeniero José A. Medina. Se fichó y amplió extraordinariamente la biblioteca. Se estableció el régimen de concursos para la selección de profesores; y entre los alumnos, una disciplina severamente patriarcal, adecuada a las condiciones del momento. Los estudiantes sin recursos recibieron becas, suministradas en forma reservada para que no se sintiesen disminuidos frente a sus compañeros más pudientes. Fueron implantados los trabajos prácticos, a fin de abandonar la enseñanza rutinaria y libresca, y despertar vocaciones científicas y experimentales. Se utilizaron, por primera vez en el país, la cinematografía y las proyecciones como elementos auxiliares de la docencia. Conferenciantes y concertistas de fama mundial visitaron el Colegio: Einstein, Ortega y Gasset, Orlando, Getulio Vargas, Pérez de Ayala.... y hasta el dúo Gardel-Razzano en alguna oportunidad ilustró con música vernácula una conferencia, como para que la sensibilidad popular no quedara ausente de los claustros académicos.

Desde 1924 —y salvo el período 1952-56, en que fue suspendida—, el 12 de agosto, aniversario de la creación de la Universidad, tiene lugar la colación de grados, ceremonia en la cual el Colegio despide a sus bachilleres y les distribuye diplomas y premios. Estos, a partir del "Rector Uballes" (1927), que se otorga al alumno sobresaliente de cada promoción, han ido aumentando en cantidad e importancia.

EL COLEGIO DE LA PATRIA

Nielsen tampoco descuidó la educación física de los jóvenes, e inauguró el gimnasio y natatorio ubicados en el subsuelo de la casa.

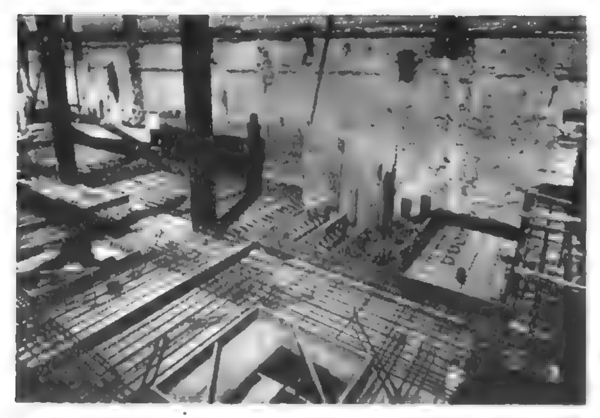
Docente admirable, que despertó y definió muchas vocaciones, Nielsen vivió exclusivamente dedicado al Colegio hasta su muerte, acaecida en 1941.

EL COLEGIO EN LA LITERATURA

Hasta aquí, la historia "seria" del Colegio. Junto a ella, sin embargo, se desliza otra historia paralela, amable y menuda. Muchas expresiones literarias han intentado reflejarla, desde la "Elegía" de Fernández Moreno hasta el soneto de Manuel Antín, desde las memorias de Tobal a las de Escardó. Pero hay un libro que sigue asociado indestructiblemente al recuerdo del Colegio... y de todos los colegios. Es "Juvenilia", de Miguel Cané.

Su mérito primordial no reside en la exactitud histórica. La fantasía del autor lo llevó a exagerar algunos episodios y caracteres, como la violencia de Jacques, que siempre aparece trompeando a algún discípulo. Groussac y otros contemporáneos han aclarado tales matices. Acaso Cané habría idealizado ciertas cosas, olvidado otras, y acaso estuviera influido por la lectura de "estudiantinas" como el "Tom Brown", de Thomas Hughes, donde leemos episodios coincidentes: el combate entre alumnos y domine, por ejemplo, o la persecución de los granjeros. Tampoco es Cané un dechado de perfección estilística. Su valor radica en la frescura, en la universalidad del retrato donde cada lector se reconoce un poco; en haber llorado y reído por todos. Cada alumno ha vivido su "Juvenilia", y por eso es difícil intentar una aproximación a los años mozos, tan proclives al asombro, la curiosidad y la alegría, sin volver a Cané.

La jerarquía de objetos y protagonistas hace



Año 1927: lentamente avanzan las obras de construcción del nuevo edificio del Colegio.

el resto. El plantel docente del Colegio, las personalidades que formó, su venerable solar, logran que todo ex alumno, aun aquél que no puede considerarse vencedor, se sienta asociado, partícipe de un retazo de gloria. No son muchos los "lugares históricos" que en nuestro joven país imponen su trascendencia tan profundamente. Esa mística —estimulada a designio por las autoridades—, crea un grado de respeto no frecuente en otras partes. Y aunque del viejo edificio no quedan sino vestigios, su espíritu se ha reencarnadó y transferido sin violencias.

LOS TUNELES

Durante las varias décadas de transición entre un edificio y otro, el ánimo aventurero de los estudiantes fue tonificado con nuevos estímulos. Así, por ejemplo, afirmaciones lindantes con la leyenda aseguraban la existencia de varios pasadizos subterráneos, que desde la Colonia y con finalidades no siempre explicables, unían el Colegio al vecino templo de San Ignacio, y aun al Fuerte, distante unos trescientos metros. Las bocas de los túneles cegados, perduran todavía. Otrora fueron utilizados por los muchachos como seguro refugio para eludir clases y obligaciones. Alguna promoción, mezclando el gusto irreverente de la "rabona" con la vocación arqueológica, comisionó metódicamente a distintos grupos de "adelantados", que poco adelantaron sus exploraciones porque fueron sorprendidos y los pasadizos, tapiados, ante los riesgos que entrañaba ese alarde espeleológico. Acaso quedó entonces clausurada, en Buenos Aires, una irrecuperable etapa del misterio.

LA PEDAGOGIA COLEGIAL

Tal vez el gran mérito del Colegio fuese la libertad académica. Los profesores enseñaban más una conducta que un programa. En los seis años allí cursados, no recordamos una sola "inspección", ningún control ostensible y humillante sobre el trabajo docente. Un profesor de francés, por ejemplo, fue quien nos reveló a Martínez Estrada.

Sin embargo, esa libertad nunca fue mal empleada ni excedió lo razonable. En cierta ocasión, un alumno, con inquietudes literarias y políticas, eludió el tema concreto de una prueba sobre "El Quijote" y "La Divina Comedia", describiendo el infierno... ¡en Sartre! Obtuvo 10 puntos. Pero cuando, engolosinado con la fórmula, dedicó a César Vallejo una composición sobre Lope, el profesor lo aplazó, advirtiendo: "Una vez, sí. Dos nos". El rigor formativo también es necesario.

Pese a los vaivenes de nuestra política pedagógica, ni el rigor formativo ni la inquietud cultural se han perdido en el Colegio. Algún misoneísta clama contra las "novedades" de la última década, contra la coeducación, el gabinete psicopedagógico o la enseñanza audiovisual, y añora el "Colegio de Nielsen", al que atribuye, no siempre racionalmente, toda perfección. Lo cierto es que los colegiales de Nielsen también organizaban grandes escándalos, y eran polémicos y viriles, y también a ellos se les imputaban defectos y "novedades". Lo que importa no es eso. Lo que importa es que cada promoción asuma —como lo hace, como lo seguirá haciendo— un compromiso de servicio con nuestro tenso y acucioso destino. ◆

LA EDAD MEDIA

LA ANTIGUA GRECIA

LOS PLATOS VOLADORES



EL KU KLUX KLAN

STRAVINSKY



CHINA ROJA

EL KREMLIN

EL LOUVRE

MIGUEL ANGEL



JESUCRISTO

PICASSO

HIROSHIMA



DE GAULLE

La historia de
los grandes
sucesos del mundo,
los hombres
que los forjaron,
el análisis de
las personalidades
más discutidas, en
documentos
inéditos!

TODO EN CADA CAPITULO DE
"PRIMERA DIMENSION"

LUNES 23.15

TELEONCE

LOS DOCUMENTOS

UNA CARTA DEL CHACHO

Del archivo familiar del señor Aníbal Gómez Llambí extraemos esta carta inédita de Angel Vicente Peñalosa, dirigida a don Prudencio Vidal Guiñazú, en la que lo exhorta a unirse a los esfuerzos de la Coalición del Norte contra el régimen de Rosas. La carta está fechada el 27 de mayo de 1841 en su "Campamento en Marcha" y toda ella expresa un eufórico optimismo sobre el inminente éxito de las fuerzas unitarias, que el Chacho integraba.

Libertad Constitución o Muerte
Campamento en marcha, 27 de Mayo de 1841.

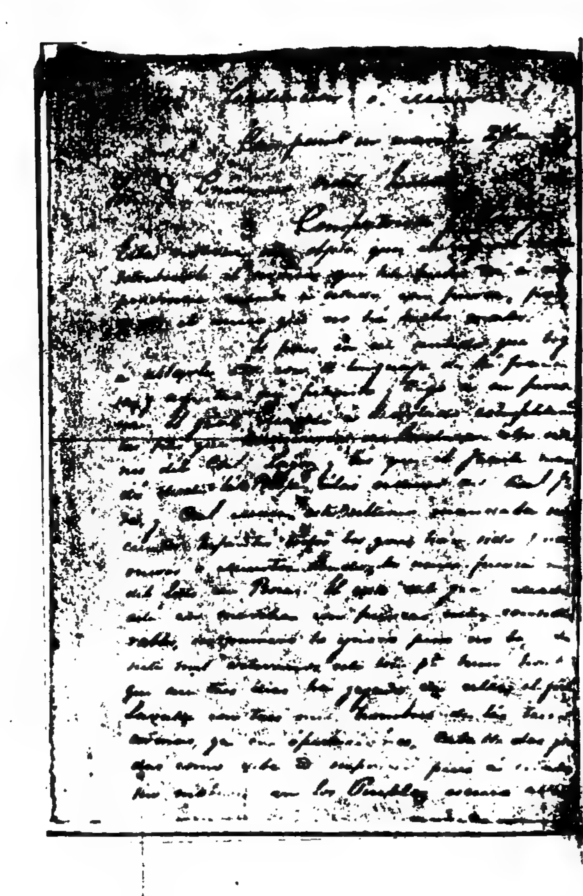
Sr. Don Prudencio Vidal Guiñazú.
Compatriota y amigo

Esta no tiene otro objeto que en algún modo retribuirle el servicio que ha hecho Ud. a esta provincia cuando ha estado con fuerzas, pués es Ud. el único que no ha hecho males.

Es pués en este sentido que voy a hablarle con el lenguaje de la franqueza y amistad que he tenido y tengo a su persona.

El *Gral. Madrid* ha derrotado completamente las fuerzas que mandaron de Córdoba a las órdenes del *Cnel. Lagos*, y las que el Fraile mandó desde La Rioja a las órdenes del *Cnel. Flores*, y *Cnel. Maza*, este último mandaba seiscientos infantes todos los que han sido prisioneros o muertos, siendo la única fuerza mejor del ejército de *Rosas*.

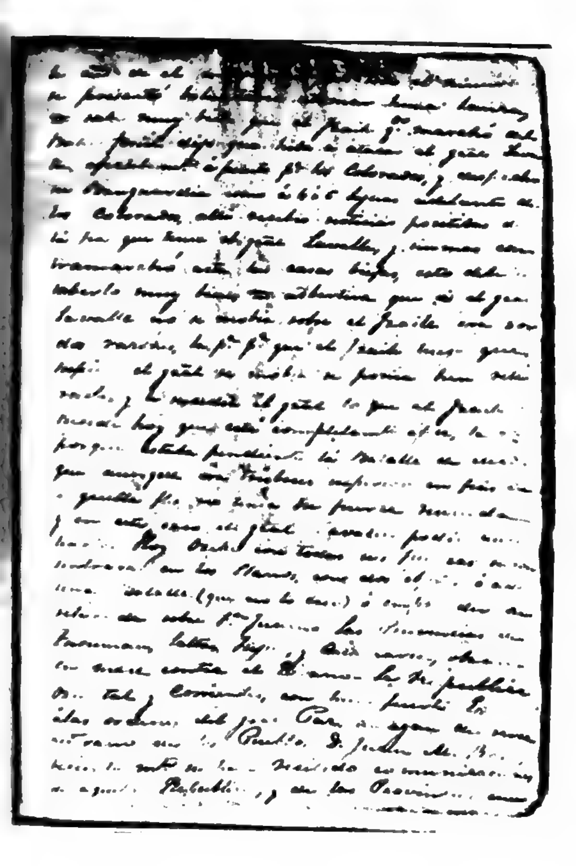
El ejército del *Gral. Madrid*, está en marcha, con fuerzas muy considerables, su número lo ignoro pero no baja de siete mil veteranos, esto lo sé por un buen hombre que hace tres días ha llegado de allí, el *Gral. Lavalle* con tres mil hom-

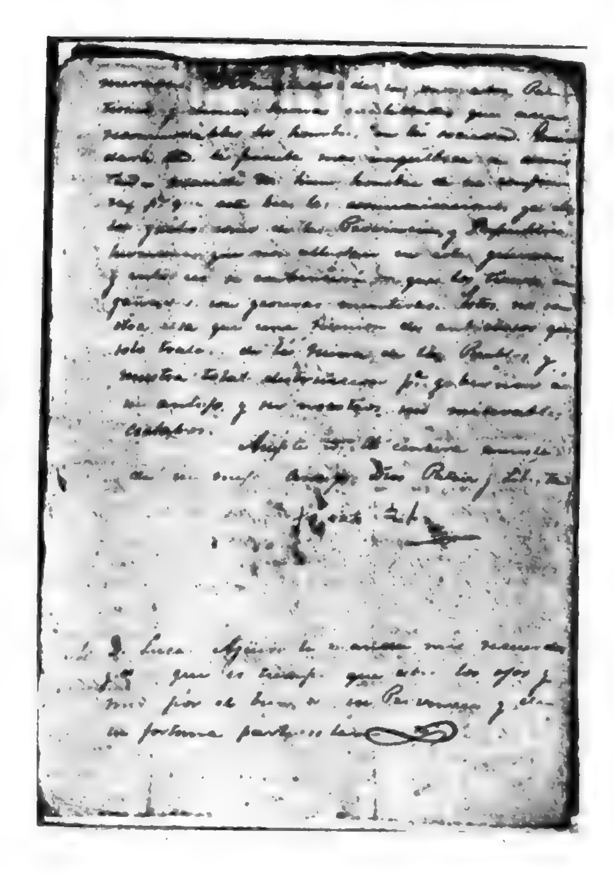


bres de las tres armas, ya en operaciones, caballadas gordas como debe Ud. suponer, pués ha estado sin moverse en los pueblos, excuso hablarles del entusiasmo pués todo el mundo se presentó voluntario a tomar una lanza.

Ud. sabe muy bien que el Fraile cuando marchó del Valle Fértil dijo que iba a atacar al *Gral. Lavalle*, efectivamente apuntó para los Colorados y despachó su vanguardia como a 4 ó 5 leguas adelante de los Colorados, allí recibió noticias positivas de la fuerza que tenía el *Gral. Lavalle*, y sin más contramarchó hasta las casas viejas, esto debe Ud. saberlo muy bien.

Ud. advertirá que el *Gral. Lavalle* no se movía sobre el Fraile, era por dos razones, la primera para que el Fraile luego que supiese el Gral. se movía se ponía en retirada, y le sucedía al Gral. lo que al Fraile le sucede hoy que está completamente a pie, la segunda porque





estaba pendiente la batalla de *Madrid* que aunqué era tres veces inferior en fuerzas en aquella fecha no tenía su fuerza reunida y en este caso el *Gral. Lavalle* podía auxiliarlo.

Hoy *Oribe* con todas sus fuerzas se concentrará en los Llanos, con dos objetos, o a dar una batalla (que no lo creo) o emprender una retirada sobre San Juan.

Los provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, y Catamarca, obran en masa contra el tirano.

La República Oriental y Corrientes, con un fuerte ejército a las órdenes del *Gral. Paz* amagan de cerca al tirano de los pueblos *Don Juan Manuel de Rosas*.

Recientemente se han recibido comunicaciones de aquella república, y de las provincias enumeradas.

Persuadido de su honrado patriotismo y demás buenas cualidades que hacen recomendables los hombres en la sociedad, quiero darle la prueba más inequívoca de amistad.

Mande Ud. un hombre de su confianza para que vea las comunicaciones ya de los generales como de las provincias, y repúblicas hermanas que nos ayudan en esta guerra y entonces se convencerá de que los tienen engañados con groseras mentiras.

Estos no son otra cosa que una reunión de ambiciosos que solo tratan de la ruína de los pueblos y nuestra total destrucción para gobernar a su antojo y ser nosotros sus miserables esclavos.

Acepte Ud. la sincera amistad de su mejor amigo, Dios patria y libertad.

ANGEL VICENTE PEÑALOSA

A.d.

Don Lucas Aguero le manda mil recuerdos y dice que es tiempo que abra los ojos y mire por el bien de su provincia y de su fortuna particular.

Hay una rúbrica.



Sobre las aguas del mar Antártico, en el límite mismo con el Atlántico Sur y próximo a las aguas del mar de Weddell que baña la costa oriental de la Tierra de San Martín en la península antártica, seiscientas millas al S. E. de la isla de los Estados, se levantan cuarenta sombríos e insólitos espectros de roca, hielo y nieve, como heraldos anunciadores de ese otro Nuevo Mundo que por allí comienza a insinuarse casi tímidamente, lo suficiente como para despertar el interés y la curiosidad del hombre, atrayéndolo hacia sus vastos dominios helados donde lo deslumbrará y lo conquistará al mismo tiempo, con el espectáculo imponente de su naturaleza singular, con la belleza de sus auroras y sus glaciares, con las extrañas arquitecturas de sus témpanos flotantes, la suavidad de sus mares apacibles y la furia de sus vientos excitantes, el fantástico paisaje plateado, escenario de brujas, creado por la luna en la noche austral, y en fin, con todo aquello que impacta al hombre por hermoso, por desafiante, por temerario, por enigmático, por grandioso.

Allí, en una de las grandes islas que componen junto con los restantes islotes el archipiélago de las Orcadas del Sur, comenzó a flamear por primera vez nuestro pabellón nacional un 19 de febrero de 1904. Quedaba así fundado el primer establecimiento argentino permanente en Antártida.

Destacamento Naval Orcadas, inaugurado el 22 de febrero de 1904, ubicado en la isla.

por Santiago Mauro Comerci

A ANTARTIDA

ARCENTINOS EN LA ANTARTIDA

Año 1903. Isla Laurie, en Orcadas del Sur. El panorama que se ofrece a nuestros azorados ojos es desalentador. Un mundo en sombras. Un ambiente totalmente gris, negro casi. Así está el mar, así el cielo, o mejor dicho, el impenetrable manto nuboso que lo cubre. A medida que avanzamos con nuestra nave imaginaria, vamos viendo surgir de entre las brumas espesas el largo perfil desdibujado e irregular de una extraña mole cubierta casi enteramente por un manto grisáceo. Aún no alcanzamos a adivinar su naturaleza: ¿témpano?, ¿monstruo?, ¿buque?, ¿isla? Más cerca ya se devela el misterio. Ya apreciamos los picos rocosos a veces truncados por la intensa y baja niebla, las abruptas y escarpadas costas que caen como murallones sobre el mar sumergiéndose en él; y todo, enteramente todo, desde los picachos montañosos del oeste hasta las costas y las pequeñas y estrechas playas de las bahías, cubierto por el hielo y la nieve que ni siquiera son blancos, sino grises. Es el mes de junio; la fría, oscura e interminable noche invernal antártica. El panorama es desolador. Ni un vestigio de vida por ninguna parte. Silencio profundo sólo quebrado a veces por el extraño rugir provocado por el chocar de los trozos de hielo roto de la superficie helada del mar. Y es tan extraño y tan insólito este ruido en medio de tanto silencio, que resulta casi extremecedor.

Pero, ¿qué es lo que vemos? Una luz. Efectivamente; sobre la pequeña playa de la bahía Scotia se levanta una diminuta construcción de piedras con una ventanita por la que se filtra la débil luz que nos trae un mensaje de vida. En su interior varios hombres conversan animadamente; el tópico es interesante y nosotros realmente podemos felicitarnos de haber llegado en momento tan oportuno. Se discute nada menos que la propiedad de las islas Orcadas del Sur. Al parecer, la conclusión general es que estas islas constituyen una verdadera tierra de nadie, "no man's land", como dicen esos hombres en un inglés con típico acento escocés, y festejan el hecho de poder gozar el privilegio de vivir, en plena época del imperialismo, en un lugar que ha escapado a las garras de todo país, pues —como afirma uno que parece tener gran ascendiente— ni ellos mismos podían pretenderla para Inglaterra, ya que no tenían mandato de su gobierno para ello.



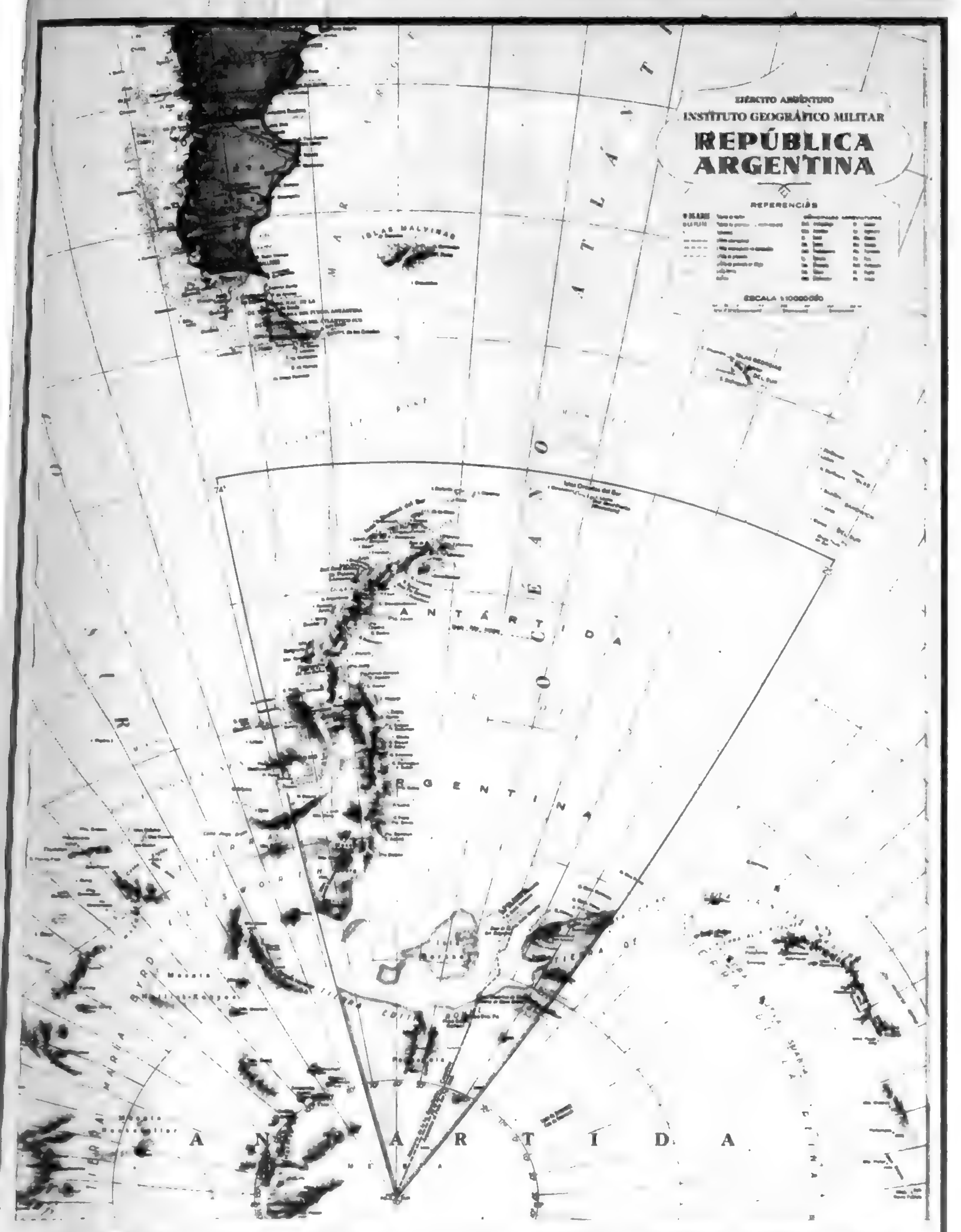
El doctor Wenceslao Escalante, ministro de Agricultura, que actuó con decisión para instalar en las Orcadas la presencia argentina.

El que así hablaba en aquella larga y forzosa velada "hogareña" del invierno orcadense, era nada menos que William S. Bruce, experimentado explorador escocés conocedor de nuestros mares australes, que había partido del puerto de Edimburgo el 2 de noviembre de 1902 con el "Scotia", al frente de una expedición organizada por la Real Sociedad de Geografía de Escocia, de acuerdo con lo recomendado por el VII Congreso Internacional de Geografía de Berlín de 1899. Se trataba de explorar el mar antártico realizando trabajos científicos, observaciones magnéticas, meteorológicas, geofísicas, oceanográficas, biológicas, etc.; el propósito había dado lugar ya a la Gran Expedición Antártica Internacional de 1901 integrada por: Inglaterra con el buque "Discovery" capitaneado por Scott; Alemania con el "Gaus", bajo el comando del capitán von Drygalski; Francia con el "Le Français", bajo la dirección científica del doctor Charcot, y Suecia con la expedición científica del doctor Otto Nordenskjold, embarcada en el buque "Antarctic", capitaneado por el noruego Larsen[1].

El doctor Bruce, cuya expedición se realizaba al margen de la Gran Expedición Antártica Internacional, pero con igual finalidad, se había propuesto explorar y estudiar científicamente el sector del casquete polar situado al sur de nuestro continente. Arribado a las latitudes antárticas después de haber recalado en las Malvinas, a los 17° de longitud oeste y 65° de latitud sur, y no pudiendo continuar la navegación por impedírselo el hielo que ya cubría en gran parte el mar, decidió poner proa hacia las Orcadas del Sur, archipiélago que ya había visitado en un viaje anterior, y en cuya isla Sadle efectuara un desembarco en esta oportunidad antes de emprender la penetración que debía abandonar.

Alcanzada las Orcadas en la isla Laurie, una de las mayores del archipiélago —la otra es la Coronación, bautizada así por el inglés sir George Powell que descubrió el archipiélago en 1821—, el "Scotia" penetró en una bahía de la costa sur de la isla, bahía que fue denominada por Bruce con el nombre de "Escocia". Esto ocurría en el mes de marzo, y a esta altura del año el mar en esta zona comienza a cubrirse rápidamente de hielo como consecuencia del congelamiento producido en su superficie, proceso originado por la proximidad del mar de Weddell, que aporta agua muy fría de latitudes más australes. Por tal motivo el "Scotia" quedó aprisionado en la bahía homónima, mientras Bruce y sus hombres decidieron invernar en la isla. Era necesario hacer una comodidad para vivir en un lugar tan inhóspito y en la peor época del año, y los expe-

1 Ver TODO ES HISTORIA Nº 8: "El Rescate de los Expedicionarios del Antartic".



En este mapa se advierte claramente la enorme extensión de la Antártida argentina, comparada con el territorio continental.

ARGENTINOS EN LA ANTARTIDA

dicionarios se dedicaron a la tarea de construir un albergue donde pasar el invierno. Así surgió "Omond House", la primera casa habitación en Orcadas del Sur, una pequeña casilla de madera recubierta por fuera con piedras recogidas en las faldas de los cerros próximos. El nombre le fue dado en honor de uno de los organizadores de la expedición. Tal fue el humilde origen de nuestro observatorio nacional de Orcadas y primer establecimiento argentino permanente en Antártida, como veremos.

En "Omond House" pasó Bruce aquel invierno de 1903, en espera de que el deshielo le permitiera salir con el "Scotia" en procura de nuestra Capital con el fin de reaprovisionarse. Mientras tanto los hombres no permanecerían inactivos. Otra pequeña casilla de madera para depósito del instrumental para observaciones de magnetismo terrestre se levantó en lugar próximo a "Omond House", además de pequeños abrigos para observaciones meteorológicas instalados en la playa de bahía Escocia.

Llegada la época propicia para la navegación, Bruce dejó en "Omond House" una dotación de seis hombres encabezada por el meteorólogo Robert C. Mossman que, durante los años 1896 a 1900, había ejercido la dirección de la principal estación de meteorología de Edimburgo y la superintendencia del observatorio de Ben Nevis (Escocia). Así se continuaría con los estudios y observaciones hasta el regreso de Bruce.

En diciembre de 1903, el "Scotia" llegaba a nuestro puerto. Buenos Aires ya estaba familiarizada con estos exploradores de las regiones polares, y Antártida comenzaba a despertar la curiosidad y atraer la atención de los porteños de la época. Cuando llegó el "Scotia" hacía apenas dos años que nuestro puerto había sido visitado por el "Antarctic", de paso para el sur; y ahora, a principios de diciembre, había arribado el buque "Le Français", de Charcot, regresando de su viaje a los mares australes, y la corbeta "Uruguay", de la Armada Nacional, trayendo a su bordo al doctor Nordenskjold y sus hombres rescatados en la isla Paulet, donde habían quedado en difícil situación al perder al "Antarctic", aprisionado por los hielos. Los porteños acompañaron y homenajearon vivando y arrojando flores a los expedicionarios a su paso por las calles céntricas de la ciudad, y lo más selecto de la sociedad del Buenos Aires de principios de siglo se dio cita en la sala del Politeama para agasajarlos, cuando las autoridades nacionales les tributaron allí una emotiva demostración. Antártida estaba en todos los comentarios: en los periódicos, en las tertulias familiares, en las charlas del café, en la oficina y en el taller.

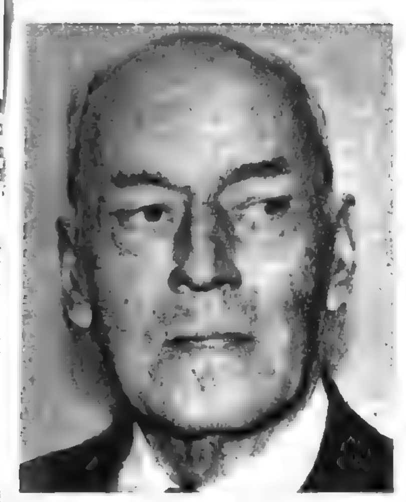
El doctor Bruce pudo maravillarse en aquella ocasión —como Nordenskjold y Charcot— con el espectáculo que ofrecía la gran ciudad del Plata, que al decir de Nordenskjold mostraba un lujo más ostentoso que el de cualquier capital europea y signos evidentes de grandes riquezas. Efectivamente; el Buenos Aires de aquel entonces impresionaba muy bien al viajero que llegaba a sus playas. La belleza de sus edificios, los imponentes palacios que comenzaban a surgir en el barrio norte, sus avenidas, parques y paseos públicos, la elegancia de sus gentes y la febril actividad que se veía en todas partes, daban una sensación de pujanza, abundancia y bienestar. Claro que todo esto estaba limitado geográfica y socialmente. Indudablemente eran los resultados del "progreso" o, mejor dicho, del "progresismo", filosofía con la que se hallaba plenamente identificado el gobierno del general Roca, que ejercía por segunda vez la magistratura del país y cuyo mandato ya tocaba a su fin. Los principios de esta filosofía habían sido adoptados como sistema por la corriente liberal posterior a Caseros, en una nueva versión aumentada y corregida de la vieja política rivadaviana.

Un aspecto apreciable de este año 1903 era la tranquilidad y la paz que se gozaban tanto en el orden interno como externo. Claro que esta paz tenía también su parte negativa. En el orden interno la tranquilidad política reinante, terminados al parecer los conatos subversivos del radicalismo dirigido por su caudillo don Hipólito Yrigoyen, radicaba mucho en la indiferencia ciudadana, hecho no muy halagador. Esto era parte también de la filosofía de la época, para la cual el "sumo bien" era el capital y —por lógica consecuencia— los negocios constituían la actividad ideal y el empresario representaba el tipo perfecto de hombre realizado, en el que se conjugaban inteligencia, dinamismo, voluntad, etc., etc. La fiebre por los negocios alcanzaba a todos, y hasta aquel que poseía una sola acción de alguna empresa guardada secretamente en su casa, se consideraba una persona importante, con inteligencia y visión como para destacarse entre sus semejantes.

En el orden externo se había disipado la inquietud provocada por el roce con Chile, en la vieja cuestión de límites que ahora sería estudiada por comisiones de ambos países y las conclusiones elevadas al arbitraje de Inglaterra. Pero aquí también había una contrapartida. El acuerdo había surgido de los pactos firmados en mayo de ese mismo año, en los que nuestro país se comprometía a no tomar ingerencia en los asuntos externos de otros países del continente, con lo cual renunciábamos a participar de manera eminente en el concierto americano. La cláusula había sido impuesta por Chile, que trataba de asegurarse nuestra neutralidad en caso de un posible y próximo conflicto con Bolivia. Por otra cláusula del mismo pacto Chile y Argentina se comprometían a limitar sus armamentos, lo que nos colocaba en situación de inferioridad en el continente donde nuestros vecinos brasileños, sin limitaciones de esa naturaleza, tomaban todas las medidas necesarias para la defensa de su soberanía.

De todos modos la situación general era de paz y trabajo, y es innegable que se daban las condiciones para que nuestro país pudiera intervenir en el quehacer científico y se ocupara de colaborar en el avance general de la ciencia. Fue así que Argentina decidió cooperar con los científicos europeos que se lanzaron en aquel momento a la exploración e investigación del extremo austral del mundo. Dicha cooperación se concretó con la instalación de un observatorio meteorológico, magnético y geofísico, en la isla Año Nuevo, al norte de la isla de los Estados, puesto bajo la superintendencia de la Armada Nacional.

Este hecho, unido a la acción que nuestra Marina acababa de realizar rescatando a la expedición de Nordenskjold y apoyando luego al "Scotia" en



Luciano H. Valette: foto obtenida poco antes de su fallecimiento en 1957. Había nacido en Montevideo en 1880.



Doctor Carlos Ibarguren, subsecretario del Ministerio de Agricultura, que redactó el decreto autorizando el establecimiento del observatorio argentino.



William S. Bruce, jefe de la expedición escocesa a la Antártida que por primera vez se instaló de manera relativamente permanente en las Orcadas.

su viaje a Buenos Aires, inclinaron quizá al doctor Bruce, preocupado por la continuación de las observaciones que había iniciado en la isla Laurie, a pensar que nuestro país podía acometer esa empresa. El 9 de diciembre se había realizado en el Politeama el acto de homenaje a los huéspedes expedicionarios, y en esa oportunidad Nordenskjold dijo en su conferencia "que expediciones aquí, una vez resueltas, son bien preparadas y bien llevadas a conclusión, lo sabe cualquiera persona que contempla la expedición que ha sido llevada a un tan gran éxito por la Armada Nacional..."

Por otra parte, nuestra situación geográfica era estratégica. No había dudas que podíamos intentar la empresa, y Bruce así lo entendió. Con tal motivo se dirigió al jefe de la Oficina Meteorológica dependiente del Ministerio de Agricultura, señor Gualterio Davis, con la siguiente proposición: le vendía al gobierno argentino la instalación de "Omond House", el depósito para instrumental y los aparatos de observación, todo por la suma de cinco mil pesos moneda nacional. Sólo ponía una condición: que dicha venta no se hiciera pública, que figurase como donación hecha por él a nuestro gobierno en retribución por la cooperación que le prestara la Armada Nacional durante su viaje a Buenos Aires.

Felizmente había en ese momento funcionarios inteligentes y patriotas, que no necesitaron meditar mucho la propuesta para comprender los beneficios que resultarían de su aceptación, no sólo desde el punto de vista práctico, sino también ético, por el prestigio que daría a nuestro país el emprender tales empresas. Así el señor Davis, hombre competente en su materia, valoró en su justa medida la importancia de continuar con las observaciones comenzadas por los escoceses en la isla Laurie, lo cual proporcionaría un conocimiento de las corrientes magnéticas polares y meteorológicas sumamente útiles desde el punto de vista práctico y del interés científico. Con estos argumentos el señor Davis entrevistó al subsecretario del Ministerio de Agricultura, doctor Carlos Ibarguren. La sola mención de este nombre ya anticipa el resultado de la gestión de Bruce. Nacido en Salta, en el seno de una tradicional familia enraizada en la vieja sociedad hispano salteña de fines del siglo XVIII, descendiente de aquel gran gobernador del Tucumán que fuera don Francisco de Aguirre, Ibarguren profesaba por su patria el amor sincero y profundo que caracteriza a los hombres de linaje, cuya vida está íntimamente ligada a la historia nacional. "En cuanto me enteré de la propuesta del señor Bruce —dice Ibarguren— percibí la importancia que tendría para la Argentina, no sólo en interés científico sino también político, práctico, el establecimiento permanente de una instalación oficial del gobierno en los que entonces se llamaban «mares australes de la República», hoy Antártida; era un primer paso; tornaríamos así en efectiva la posesión de lo que era y es parte integrante de nuestro país". Esto es lo que el subsecretario de Agricultura le dijo al ministro del ramo, doctor Wenceslao Escalante, quien inmediatamente dio su aprobación al proyecto, encargando a su subordinado redactara el decreto de fecha 2 de enero de 1904, publicado en el Boletín Oficial del 5 de enero y que dice así:

"Buenos Aires, 2 de enero de 1904.

"En vista de la nota del jefe de la Oficina Meteorológica Argentina y de los demás antecedentes y documentos relativos al establecimiento de nuevas estaciones meteorológicas y magnéticas en los mares del sur de la República, y

"CONSIDERANDO:

"Que es de alta conveniencia científica y práctica extender a dichas regiones las observaciones que se hacen en la isla de Año Nuevo y en el sur de la República,

"El presidente de la Nación Argentina,

"DECRETA:

"Artículo 1º — Autorízase al jefe de la Oficina Meteorológica Argentina para recibir la instalación ofrecida por el señor William S. Bruce en las islas Orcadas del Sur, y establecer un nuevo observatorio meteorológico y magnético en las mismas.

"Artículo 2º — El personal se compondrá de los empleados que el Ministerio de Agricultura designe y de los que posteriormente pueda suministrar el Ministerio de Marina.

"Artículo 3º — Anualmente serán reemplazados dichos empleados por los que se designe para re-

ARCENTINOS EN LA ANTARTIDA

levarlos y que conducirá un buque de la Armada.

"Artículo 4º — La asignación de sueldos y viáticos para los que no lo tengan determinados por el Presupuesto, así como los demás gastos requeridos, serán determinados por el Ministerio de Agricultura e imputados al ítem correspondiente del Presupuesto General.

"Artículo 5º — Comuníquese, publíquese y dése al Registro Nacional.

"ROCA.

"Wenceslao Escalante."

Tal fue el decreto que dio origen a la primera posesión argentina en Antártida. De ahí su importancia. Veamos el análisis que del mismo hizo su autor:

"En el primer párrafo, al referirse a la creación de 'nuevas estaciones meteorológicas y magnéticas', se afirma que se establecen 'en los mares del sur de la República' (hoy Antártida), o sea que estos mares pertenecen a la Nación y en tal carácter están sometidos a nuestra soberanía, pues la fundación de dichas estaciones es hecha por la autoridad argentina que ejerce jurisdicción exclusiva sobre esas regiones. En el considerando se proclama la conveniencia no sólo 'científica' sino también 'práctica', vale decir política, o sea la de 'extender a dichas regiones' observatorios como los que tiene el gobierno establecidos 'en la isla de Año Nuevo y en el sur de la República', territorios que integran nuestro país y sobre los que éste tiene dominio y ejerce posesión. En la parte dispositiva, el artículo primero, que autoriza al jefe de la Oficina Meteorológica Argentina para recibir la instalación ofrecida por el señor William S. Bruce en las islas Orcadas del Sur, dispone que esta instalación sea destinada a 'establecer un nuevo observatorio meteorológico y magnético en las mismas'; al decir 'nuevo observatorio' equipara éste, de las islas Orcadas, a los otros instalados en el territorio argentino. Los artículos siguientes fijan el carácter permanente de este establecimiento, cuyo personal será relevado cada año con la cooperación del Ministerio de Marina, y los sueldos y viáticos deberán ser determinados en el Presupuesto nacional. En el artículo 4º la frase: 'los demás gastos requeridos se abonarán por el Ministerio de Agricultura' alude al precio de la compra, la que por pedido de Bruce no se menciona expresamente".

Junto con el observatorio se instaló también en la isla Laurie la primera oficina de correos que funcionó en Antártida, siendo su primer jefe el señor Hugo Acuña, miembro de la comisión, que fue designado para esa tarea por el entonces director general de Correos y Telégrafos de la Nación, don Manuel García Fernández, y provisto para tal fin de una valija postal con formularios del correo nacional y un matasellos para inutilizar las estampillas argentinas utilizadas por el personal del observatorio. Autor de la iniciativa había sido un ciudadano muy preocupado por la defensa de nuestros intereses en la Patagonia y de nuestra presencia en Antártida, el famoso naturalista y geógrafo, doctor "honoris causa" en Ciencias Naturales, perito en cuestión de límites con Chile, don Francisco P. Moreno.

Grande fue la satisfacción del doctor Bruce por el feliz término de su gestión, pues al mismo tiempo que veía asegurada la continuación de los trabajos realizados por sus hombres en la isla Laurie, contaba ahora con el dinero necesario para proseguir su viaje hacia el polo sur. Como debía hacer escala en Laurie para embarcar al equipo que había quedado en "Omond House", se ofreció para trasladar a los integrantes de la comisión argentina que iría a hacerse cargo de las instalaciones adquiridas, ya que estando en reparaciones la "Uruguay", nuestra Marina carecía de medios para hacerlo.

El 21 de enero de 1904, el "Scotia" zarpaba de nuestro puerto rumbo a las Orcadas del Sur. A su bordo viajaban los siguientes integrantes de la comisión argentina: Edgar C. Szmula, empleado en la Oficina Meteorológica Argentina; Hugo A. Acuña, de la División de Ganadería, y Luciano H. Valette, de la oficina de Zoología del Ministerio de Agricultura. Este personal trabajaría en Orcadas bajo la dirección del señor Roberto C. Mossman, que de ese modo pasaría un año más en Laurie lo mismo que William Smith, otro miembro de la expedición escocesa, que quedaría en la isla como cocinero de la comisión.

Después de recalar en las Malvinas, el "Scotia" llegó a Laurie el catorce de febrero de 1904, penetrando en la bahía Uruguay, que ofrecía mejor protección a los vientos del S. E. que soplaban ese día; pero rotando éstos al siguiente hacia el N. W. buscó el fondeadero de la bahía Escocia.

El día 19 se efectuó la sencilla ceremonia de traspaso de las instalaciones, y desde ese momento comenzó a flamear nuestra bandera en aquel desolado lugar, señalando nuestra presencia en Antártida. Un pensamiento cruzó por la mente de Bruce en aquel instante viendo a la celestiblanca reemplazando al león escocés, en la que sería la primera posesión permanente del hombre en el Sexto Continente, y recordando, seguramente, el interés conque los argentinos habían aceptado su propuesta y el entusiasmo conque encaraban la empresa. En su relato de este viaje publicado en 1906, al referirse a este momento dice: "Cuando el «Scotia» volvió a las islas en febrero de 1904 con una comisión argentina para hacerse cargo del observatorio, bajo los auspicios del gobierno argentino, la bandera argentina fue izada donde primeramente ondeara el león escocés, y yo presumo que las Orcadas del Sur son consideradas como una posesión de aquella potencia". ¿Qué otra cosa podía pensarse, en verdad, ante la actitud de una Nación que adoptaba semejante posición de vanguardia en la investigación antártica recién iniciada? La Gran Expedición Antártica Internacional de 1901 es la primera empresa científica emprendida por los europeos en el continente antártico, y Argentina el primer país americano que colabora con ellos instalando un observatorio magnético y meteorológico en la isla de Año Nuevo, en la zona subantártica, y el de la isla Laurie, en Antártida misma.

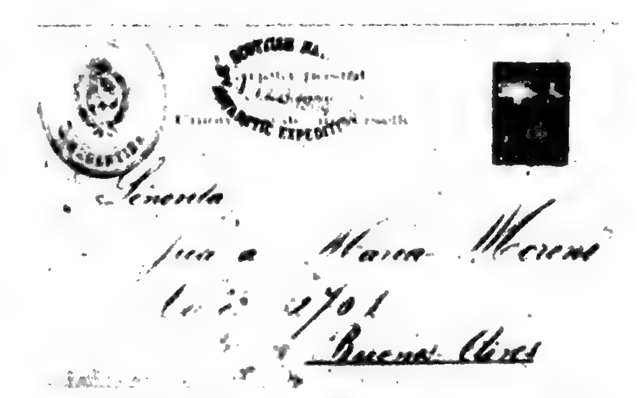
Veamos ahora cómo transcurrió la vida de nuestros protagonistas en esta primera estadía en Orcadas.

En "Viaje a las Islas Orcadas Australes", publicado en Buenos Aires en 1906, dice el señor Luciano H. Valette:

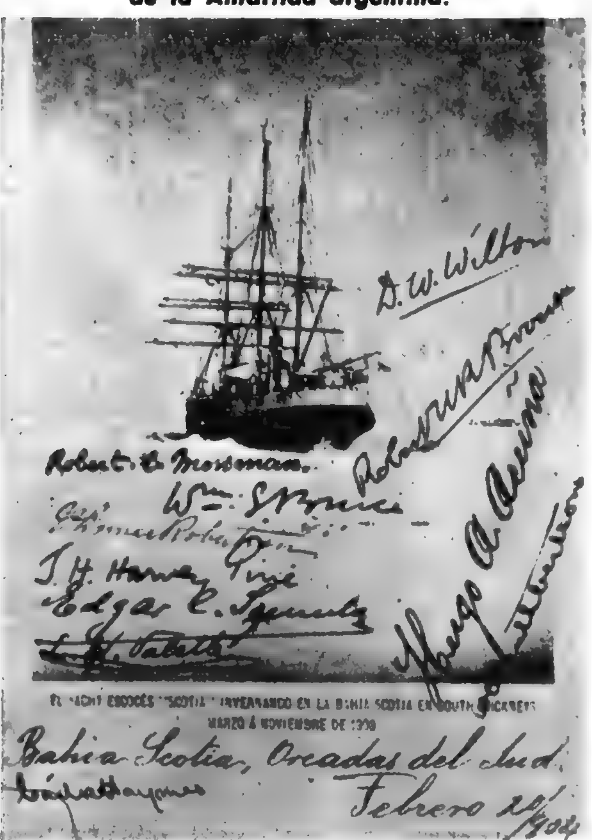
"El panorama que nos rodeaba era constituido de cerros escabrosos cubiertos de eterno hielo, témpanos formidables y enormes ventisqueros. Nuestra habitación, de lona, revestida exteriormente por una muralla de piedras era, sin ser confortable, muy sólida y debido a su edificación primitiva tuvimos siempre una ventilación natu-

ral excelente, tanto más necesaria cuanto que la sola pieza que la constituía era colectiva. Por esa circunstancia, la mala higiene doméstica fue inevitable con motivo del amontonamiento de materiales en un reducido espacio, el cual servía a la vez de cocina, dormitorio, comedor, laboratorio, etc."

Al poco tiempo de instalados ya tuvieron los expedicionarios las primeras experiencias desagradables de la vida en aquellas regiones. El clima frío y húmedo, el cielo permanentemente cubierto por espeso manto de nubes que muy de vez en cuando se abre para dejar paso al sol, la niebla, que al ocultar el paisaje torna monótono el ambiente, todo ello hace muy dura la existencia del hombre. En días de cielo descubierto, a pleno sol, el paisaje es maravilloso. Pero tal cosa ocurre muy rara vez. De todos modos no es esto lo más desagradable para quienes tienen que vivir en aquellas latitudes, sino las continuas tormentas con fuertes vientos y borrascas. Y es precisamente lo que tuvieron que soportar nuestros hombres en los comienzos de su vida antártica. Tras una primera tormenta con viento a noventa y cinco kilómetros por hora desencadenada a fines de febrero, y que produjo la pérdida de algunas pieles de aves y peces, que había coleccionado el señor Valette, encargado de los estudios de zoología, el ocho de marzo un segundo temporal mucho más bravo aún llegó a amenazar seriamente a la pequeña vivienda, cuyo parapeto de piedras fue derrumbado por el golpe de las olas del mar, que llegaron hasta dos metros de la puerta de "Omond House". Pasado el temporal comenzó la dura tarea, dado las condiciones climáticas de la época, de las reparaciones. Hubo que rehacer el parapeto que servía de protección a la casa, para lo cual se transportaron grandes bloques de piedra utilizando palancas y una considerable cantidad de piedras menores en trineos. Todo el material era proporcionado por la falda de los cerros que se levantaban a unos cien metros de las instalaciones. Casi todo el mes de marzo se empleó en estas tareas, que dejaron casi exhaustos a nuestros pobres expedicionarios recién llegados de Buenos Aires. Y... ¿para qué? En la madrugada del cuatro de abril comenzó a soplar desde el maldito S. E. un viento amenazador. A la hora, no quedaba nada del parapeto y las defensas que habían costado un mes de agotador trabajo. Todo había caído bajo los embates del mar, que en sucesivas y violentas oleadas había llegado hasta el lugar. Y no sólo piedras se llevó el mar. También algunos cajones de víveres: algo catastrófico para una expedición que permanecerá totalmente aislada, sin ningún contacto con la humanidad, pues el tiempo de su permanencia no puede ser establecido con certeza, ya que las condiciones climáticas son las que decidirán la fecha del relevo. Si el buque no puede penetrar por impedírselo los hielos, la expedición se queda otro año, al final del cual no se sabe lo que pasará. La desventura de nuestros hombres continuó con aquel terrible vendaval. La pequeña casa-habitación tuvo que ser abandonada, pues el agua la rodeó totalmente. Con viento soplando a ciento diez kilómetros por hora, el frío intenso a pesar de los modestos −6°, y la molestísima borrasca de nieve produciendo en la cara efectos de alfilerazos, los castigados hombres se dirigieron hacia la costa de la bahía Uruguay, más reparada a los vientos del S. E. Llevaban consigo dos carpas para instalar en lugar conveniente y utilizarlas como vivienda temporaria; inútil, el furioso y enloquecido viento ni



Sobre con matasellos de Orcadas, indicativo del funcionamiento permanente de la oficina postal de la Antártida argentina.



Primera pieza postal enviada por los expedicionarios escoceses y argentinos en 1904; con ella se inició la actividad de la estafeta de isla Laurie.

siquiera permitió desatarlas. ¿Adónde ir? ¿Dónde refugiarse de aquella furia de la naturaleza? La diminuta casilla magnética fue la salvación. A ella se dirigieron pues los cinco hombres y en ella permanecieron en incómoda situación pero reparados al menos, hasta las diez de la mañana en que amainó el temporal, y aprovecharon para penetrar en la vivienda y poner a salvo cuanto pudieron. Escuchemos el relato hecho por el propio Valette:

"Estábamos empapados y con mucho frío pero el salvamento nos hacía olvidar todo. Mientras

ARGENTINOS EN LA ANTARTIDA

nos encontrábamos ocupados en esa tarea oímos unos crujidos terribles. El viento había arrancado el techo del depósito de víveres. ¡La rompiente del mar llegaba a más de 50 metros adentro de la línea de las más altas aguas!

"Eran las tres de la tarde y, a pesar de la bajamar, las olas aún alcanzaban al borde de la casita. El viento seguía en su furia.

"Adentro de la cabaña era todo confusión y afuera, en el depósito de víveres, destechado, el cuadro era desconsolador. A pesar de todo esto no podíamos optar por el abandono de nuestra vivienda. ¿Adónde iríamos?

"En el desgraciado caso de que el derrumbe de la cabaña se hubiera producido, pusimos un hacha al lado de la ventanita para hacerla saltar y salir luego por ella, pues la puerta hubiera quedado sin acceso.

"Entre tanto llegaba la hora de la otra pleamar y el viento nada había calmado. La noche era horrorosa y el mar bañaba nuevamente los cimientos de la casita".

En ese momento la obsesión de aquellos hombres era la siguiente pleamar, cuya hora ya se aproximaba. ¿Qué sucedería? Pero como decía Sarmiento, "de alguna manera se salva uno...", Valette anota: "...la Providencia quiso que el mar arrastrara a la playa unos grandes bloques de hielo, que sirvieron luego para romper y disminuir así la fuerza de las olas".

Había sucedido algo realmente imprevisto. Por el momento estaban salvados. Al día siguiente, concluido el temporal, comenzó de nuevo la tarea de reparaciones y construcciones. Hubo que reconstruir el almacén de provisiones, que había quedado sin techo y todo en gran desorden. Con los mismos cajones de víveres se hicieron las paredes, y se utilizaron todos los elementos posibles y todas las artes del ingenio para hacer la mejor construcción posible.

"A fin de obtener tirantes y gruesos clavos —dice Valette—, tuvimos que deshacer un gran trineo. El techo se cubrió con lona y sobre ésta un tejido impermeable. Luego se fortificaron las paredes exteriormente con una espesa capa de piedra que acarreamos en trineo desde la falda de los cerros más próximos. Muchas de estas obras se hicieron con grandes dificultades, no sólo por falta de elementos sino debido a los fuertes vientos. La tarea era tanta y tan pesada, que nuestros semblantes agobiados nos asemejaban a presidiarios condenados a trabajos forzados".

Para el veintidós de abril se concluyeron los trabajos y el treinta ya cubría la superficie del mar una gruesa capa de hielo (pack-ice), fenómeno tan esperado por los expedicionarios, ya que el peso del hielo le hacía perder al mar toda su potencia y por tanto su peligrosidad. Un enemigo menos en otra situación semejante.

En adelante el peor enemigo sería el hastío. Efectivamente, durante el invierno antártico la actividad es casi nula, salvo las tareas habituales domésticas y sobre todo despejar de nieve ventanas y accesos. La inclemencia del tiempo y la oscuridad, excepto unas pocas horas al mediodía, obligan a permanecer en la vivienda días enteros. Si pensamos que la reducida "Omond House" era utilizada como cocina, comedor, dormitorio y laboratorio, podremos imaginar lo que



Los integrantes de la primera comisión argentina en la isla Laurie.

fue la vida de los cinco integrantes de aquella primera comisión argentina en Antártida durante el invierno de 1904. Indudablemente... ¡un invierno para recordar!

Pero llegó octubre y arribaron a Laurie los primeros pingüinos, lo cual fue muy celebrado por nuestros hombres, cansados ya de tanta soledad y silencio como habían soportado aquel singular invierno, durante el cual la única compañía extraña había sido la de las "palomas antárticas". Ahora por lo menos había otros seres en Laurie, a quienes escuchar y contemplar, observar sus costumbres y movimientos, tarea sumamente interesante y entretenida cuando se trata de personajes tan simpáticos y, sobre todo, tan desconocidos. Suponemos que si bien todos se alegraron con esta nueva compañía en la isla, el más entusiasmado habrá sido el señor Valette, cuya misión era precisamente estudiar la fauna del lugar. "Una bella mañana del mes de octubre —dice— me presenté por primera vez en un criadero (rookery) como humilde servidor. Me encontré allí ante la mejor sociedad de la isla. El pueblo no dio muestras de impaciencia y continuó sin interrupción su tarea de construcciones para el dulce 'plaisir d'amour'. En efecto, los pingüinos, viviendo durante el invierno principalmente en el mar libre de hielos en latitudes más altas, llegan a Antártida avanzada ya la primavera y se instalan en tierra firme para procrear, lo cual realizan una vez concluida la sencilla construcción del nido, un montoncito de piedritas que acarrea el macho y las deposita junto a la hembra, encargada de acomodarlas en círculo y en

cantidad suficiente para albergar e incubar los huevos. Puede suceder que la hembra permanezca impasible ante la donación de las primeras piedritas o bien que se aleje del lugar; entonces el 'galán' ante el rechazo busca una nueva 'doncella'.

"Poco a poco fueron llegando las restantes aves que en viaje de bodas suelen llegar al lugar, y con el 'calorcito' propio de la estación (+5° C. de máxima) y el permanente día todo se tornó más agradable. La presencia de las aves con sus alborotos puso una nota de alegría en el ambiente. El tiempo amable permitió la vida al aire libre y los trabajos pudieron encararse bien. De vez en cuando el regalo de un día de cielo descubierto a pleno sol, a veces por pocas horas; entonces el espectáculo era maravilloso. El paisaje de una hermosura indescriptible: color y luz por todas partes. El cielo celeste, el mar azul intenso, y sobre el fondo de uno y otro recortándose el perfil de las cumbres cubiertas por el hielo y los témpanos de un blanco brillante, con sus mil formas extravagantes esculpidas por el viento en su masa desprendida de los glaciares. Así desfilan ante el asombrado espectador fantásticas visiones: todos los cuerpos imaginables de la geometría. Altas columnas, rectas unas, retorcidas otras, obeliscos y arcos triunfales, altos bloques recortados cual muros de edificios en ruina, estatuas de seres indefinidos; y... ¡qué decir de la fiesta de colores que produce la refracción de la luz solar en estos cuerpos cuando se trata de hielo joven!"

Repartido el tiempo entre las tareas domésticas, los trabajos específicos de cada uno, las largas caminatas en los días buenos, llegó el treinta y uno de diciembre y con él el "aguinaldo de Año Nuevo", como dice Valette: "Gloria y contento. Era la corbeta 'Uruguay', la mascota polar de la Armada argentina, que avanzaba lentamente entre los hielos en demanda del puerto". Con ella llegaba el relevo para el segundo año del observatorio de Orcadas, y para nuestros hombres el regreso, la alegría del ansiado reencuentro con los familiares, amigos y... en fin, con el ambiente normal en que uno ha vivido siempre.

Tal es la historia de nuestro primer establecimiento permanente en Antártida. En 1906 una gran casa de madera reemplazó a la pequeña "Omond House", y en 1927 se construyó una estación radiotelegráfica. El tres de marzo de mil novecientos cincuenta y uno el Ministerio de Marina se hizo cargo de las instalaciones, continuando hasta el presente la ocupación permanente y las tareas del observatorio.

Los cinco hombres que por primera vez invernaron en la isla Laurie durante 1904, para estudiar la naturaleza del extremo austral del mundo, fueron, junto a Sobral, Irízar y sus bravos marinos, los pioneros de nuestra historia antártica, los que iniciaron la pléyade de hombres que en una u otra forma, con distintas misiones, vienen trabajando ininterrumpidamente aportando su pequeño granito de arena a la ardua tarea de investigar la naturaleza antártica en sus múltiples faces, posibilitando así la participación de



"Omond House", la casa-habitación construida por los escoceses en Laurie y utilizada por los argentinos hasta 1906.

nuestro país en el quehacer científico junto a otras naciones empeñadas en la misma obra. La acción de Argentina en este aspecto es de suma importancia, ya que los fenómenos originados en aquel continente influyen notablemente de diferente manera sobre la naturaleza de los países del hemisferio sur y en la vida de sus habitantes.

No quisiéramos concluir nuestro relato sin mencionar un hecho que tuvo lugar un par de años después de la instalación del observatorio, relacionado con el caso, y que tuvo un aspecto bastante cómico.

El 23 de agosto de 1906 se recibe en el Ministerio de Relaciones Exteriores, por ese entonces a cargo del doctor Manuel A. Montes de Oca, una nota del ministro plenipotenciario de Gran Bretaña en nuestro país en la que, después de recordar su intervención a pedido del señor Bruce para solicitar a nuestras autoridades que continuaran durante 1904 los trabajos iniciados por aquél, y hacer referencia al decreto del dos de enero del mismo año autorizando a la Oficina Meteorológica Argentina a tomar posesión de la estación ofrecida por Bruce (vendida: recuérdese el acuerdo secreto), dice textualmente:

"A fin de evitar alguna previsión errónea posible, he recibido instrucciones del Secretario Principal de Estado de Su Majestad en el Departamento de Negocios Extranjeros, para informar al gobierno argentino, con referencia a la correspondencia mencionada, **que el grupo de islas de South Orkney es territorio británico**[1] y que la intervención del gobierno de Su Majestad en la cuestión de traslado de la estación se fundaba no solamente en la propiedad británica, sino también en el carácter británico de la expedición de Mr. Bruce, que la había establecido originariamente".

Para poder analizar la pretensión de Gran Bretaña es necesario recordar: 1º) Aquella conversación de los expedicionarios sobre la propiedad de las islas Orcadas en que nosotros los hemos sorprendido en nuestro imaginario viaje al comenzar el relato, y que no hemos inventado sino tomado de la obra que el propio Bruce publicara en 1906 sobre su expedición. Bruce expresa su satisfacción por estar en ese momento en una "tierra de nadie", aunque teme que esa situación no dure mucho, "no porque la pretendamos para Inglaterra, porque aun cuando siempre hemos deseado ensanchar los confines de nuestro Imperio, **no hubiéramos podido pretender nuevos territorios en nombre de nuestro país sin un mandato de nuestro gobierno**"[2]; 2º) Que el doctor Bruce vendió al gobierno argentino la casa y las instalaciones por la suma de cinco mil pesos, según versión publicada por el doctor Carlos Ibarguren, a quien seguimos en este asunto, cuyo testimonio no ofrece ningún lugar a dudas no sólo por la reconocida honestidad del autor, sino también por tratarse de un actor de ese suceso, como señalamos en su oportunidad; 3º) Que la expedición del doctor Bruce era de carácter particular y se realizaba al margen de la Gran Expedición Antártica Internacional, en la que participaba Inglaterra oficialmente con la expedición del capitán Scott en el buque "Discovery"; y 4º) Que la intervención del ministro británico en diciembre de mil novecientos tres había sido —como muy bien lo señala Ibarguren— oficiosa y no oficial, ya que actuó como mediador ante las autoridades de nuestro país a pedido del propio Bruce.

Nuestro gobierno no contestó la nota de la legación inglesa y transcurrió el año mil novecientos seis sin novedad, hasta que en los primeros días de enero de 1907 se recibió en nuestra Cancillería una segunda nota de la misma procedencia, con fecha cuatro de enero de mil novecientos siete, firmada por el nuevo ministro de Gran Bretaña en nuestro país, quien manifestaba haber recibido instrucciones telegráficas del gobierno de S. M. para expresar al canciller argentino que había llamado su atención (del gobierno de S. M.) un decreto dado por el Ministerio de Agricultura fijando los sueldos del personal de la estación meteorológica de Orcadas del Sur, donde se señala a la misma como ubicada en territorio argentino del sur. Por tal motivo renovaba la declaración hecha por su antecesor el veintitrés de agosto del año anterior.

Efectivamente, nuestro gobierno había expedido con fecha 15 de diciembre de 1906 el decreto mencionado por la nota del embajador inglés, en cuyo artículo primero dice: "...Apruébase la siguiente asignación de sueldos, propuesta por la Oficina Meteorológica, para el personal de las nuevas comisiones de observación en las estacio-

1 y 2 South Orkney: Orcadas del Sur. Los subrayados son nuestros.



nes de las tierras australes argentinas..." El decreto lleva las firmas de Figueroa Alcorta, presidente de la Nación, y Exequiel Ramos Mejía, ministro de Agricultura.

El asunto quedó momentáneamente terminado con la nota cursada por nuestra Cancillería a la legación de Inglaterra, en la que el entonces ministro de Relaciones Exteriores, doctor Estanislao Zeballos, decía que antes de dar una respuesta estudiaría los antecedentes del caso. Pero no hubo respuesta.

En el año 1907 el Ministerio de Colonias de Inglaterra publica un libro semi oficial titulado "Colonial List", donde se menciona a las islas Orcadas como dependencia de las Malvinas, y el 1º de setiembre de 1908 Eduardo VII emite una proclamación imperial alegando por primera vez la soberanía británica sobre la región del Sector Antártico Argentino, incluyendo la tierra firme que en la proclamación se menciona como "Graham's Land" —Tierra de San Martín según nuestra nomenclatura— en la península antártica, y las islas Orcadas del Sur, Shetland del Sur y Sandwichs. En el mismo documento se dice, refiriéndose a dichas islas y tierra firme, que "es conveniente se declaren sus respectivos gobiernos como dependencia de nuestra colonia de las islas Falkland..."

La presencia humana resulta insignificante frente a los enormes ventisqueros y montes de las Orcadas.



Y ahora viene lo cómico de este suceso. Un día del mes de junio de 1913, el doctor Ernesto Bosch, que tenía a su cargo en esa época la cartera de Relaciones Exteriores en el gobierno de Roque Sáenz Peña, recibió la visita del nuevo embajador británico, señor Reginald Tower, que venía a adelantarle la intención del gobierno de Su Majestad de ceder a nuestro país las islas Orcadas **a cambio de un terreno en Buenos Aires**, donde se construiría el nuevo edificio de la embajada británica...

Efectivamente, de acuerdo a lo anticipado por el señor Tower, nuestra Cancillería recibió un "Memorándum" con la proposición oficial y adjunto un "Proyecto de Convención", por cuyo artículo primero Su Majestad británica cedía a la República Argentina la soberanía sobre las islas Orcadas del Sur; por el artículo segundo la República Argentina se comprometía a reconocer a los súbditos británicos derecho de pesca en las aguas territoriales de dichas islas y al renovarse las concesiones de pesca de ballenas, dar preferencia a los poseedores de las que caducaban; por el artículo tercero nuestro país se comprometía a conceder a los súbditos británicos derecho de cazar ballenas y focas, en las mismas condiciones que a los ciudadanos argentinos. La cláusula final establecía que "la República Argentina cede a Su Majestad británica un solar apropiado para la casa de la legación en Buenos Aires".

La propuesta del gobierno británico fue rechazada por el nuestro, en acuerdo de ministros. Su aceptación significaba el reconocimiento de la soberanía británica sobre las "tierras australes argentinas", como se las llamaba en esa época (hoy Sector Antártico Argentino), y que ocupábamos ininterrumpidamente desde 1904 en Orcadas. Por otra parte, lo relativo a caza y pesca era absolutamente inaceptable. En consecuencia, nuestra Cancillería hizo llegar a la legación de Gran Bretaña una contrapropuesta concebida en los siguientes términos: 1º) Gran Bretaña reconoce como pertenecientes al dominio argentino a las islas Orcadas del Sur, desistiendo de sus pretensiones a las mismas; 2º) La Argentina no alterará la situación preexistente de los súbditos británicos con relación a la pesca, por un máximo de tiempo de la concesión, siempre que los concesionarios de esos derechos se sometan a la legislación argentina y a las prescripciones que se dictaren. El gobierno argentino reconoce la existencia de esas concesiones al solo efecto de la realización de este convenio, y ofrece al de S. M. británica un solar en Buenos Aires para sede de la legación británica.

Con el rechazo de la contrapropuesta argentina por parte de la Cancillería británica, quedó concluido este episodio, en el que el gobierno de Su Majestad británica pretendió —como muy bien lo dice Ibarguren— cambalachear la soberanía sobre las regiones antárticas argentinas por un terreno en Buenos Aires.

Desde 1904 nuestra bandera flamea sobre Antártida y hombres argentinos habitan su inhóspito suelo para brindar información científica, seguridad y conocimientos meteorológicos a todo el mundo. Hay un destino nacional que también tiene un lugar para realizarse en el continente de los hielos eternos. Y la conciencia de ese destino empezó hace más de sesenta años, cuando un grupo esforzado de argentinos —científicos, funcionarios, estadistas, marinos— comenzó una aventura que todavía no ha terminado. ◆

La Historia Contemporánea de la Zona Pampeana a Través de uno de sus Persistentes Mitos:

En los finales de la década de los 20, cuando la crisis, la sequía y los problemas políticos arrasaban con los antaño prósperos campos del medio oeste argentino, un bandido que era amado por los humildes, predicaba el próximo fin del mundo y creía en el anarquismo, recorrió esas extensiones robando a los ricos y burlando a la policía. Bairoletto: el hombre cuya azarosa vida comprende un áspero capítulo de la historia contemporánea de cuatro provincias...

BAIROLETTO:

el hombre que durante casi quince años paseó su gallarda figura por Buenos Aires, La Pampa, San Luis y Mendoza...

BAIROLETTO:

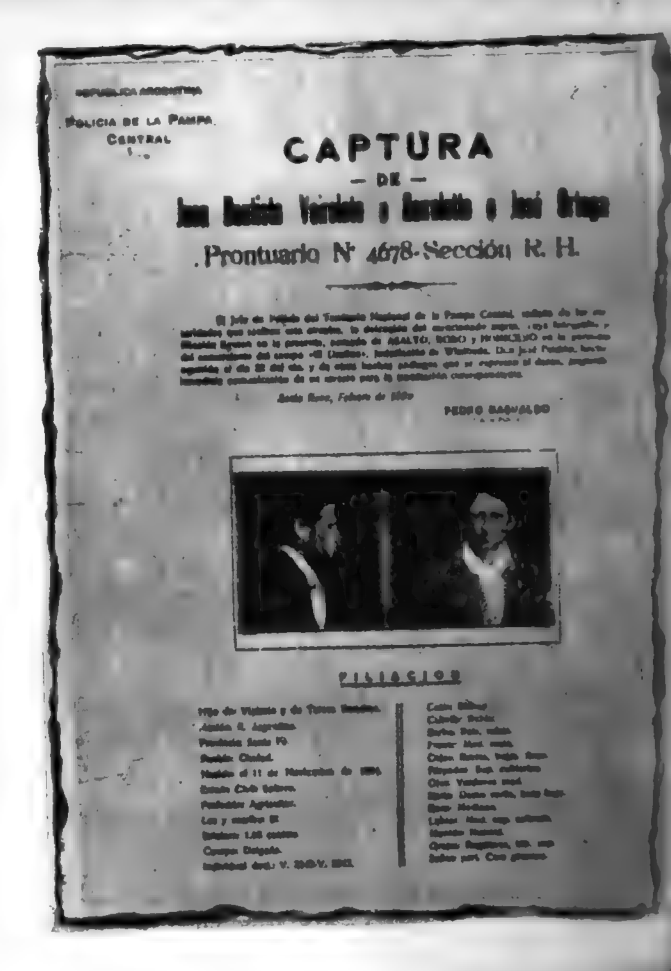
el que fue al Chaco para asociarse con Mate Cosido...

BAIROLETTO:

en cuya memoria se alza un oratorio levantado con limosnas populares...

...en una fascinante recreación de

Hugo Chumbita



BA

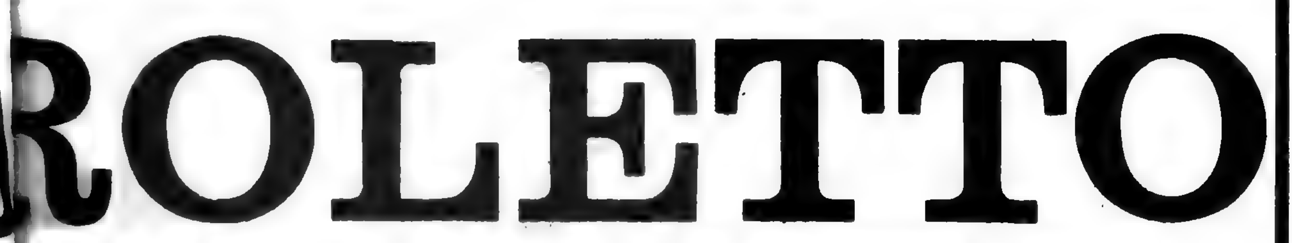
el último bandolero romántico

NUMERO ESPECIAL DE

TODO ES HISTORIA

CON FOTOGRAFIAS INEDITAS Y UN MATERIAL DOCUMENTAL TOTALMENTE DESCONOCIDO INICIANDO LA

SERIE ESPECIAL





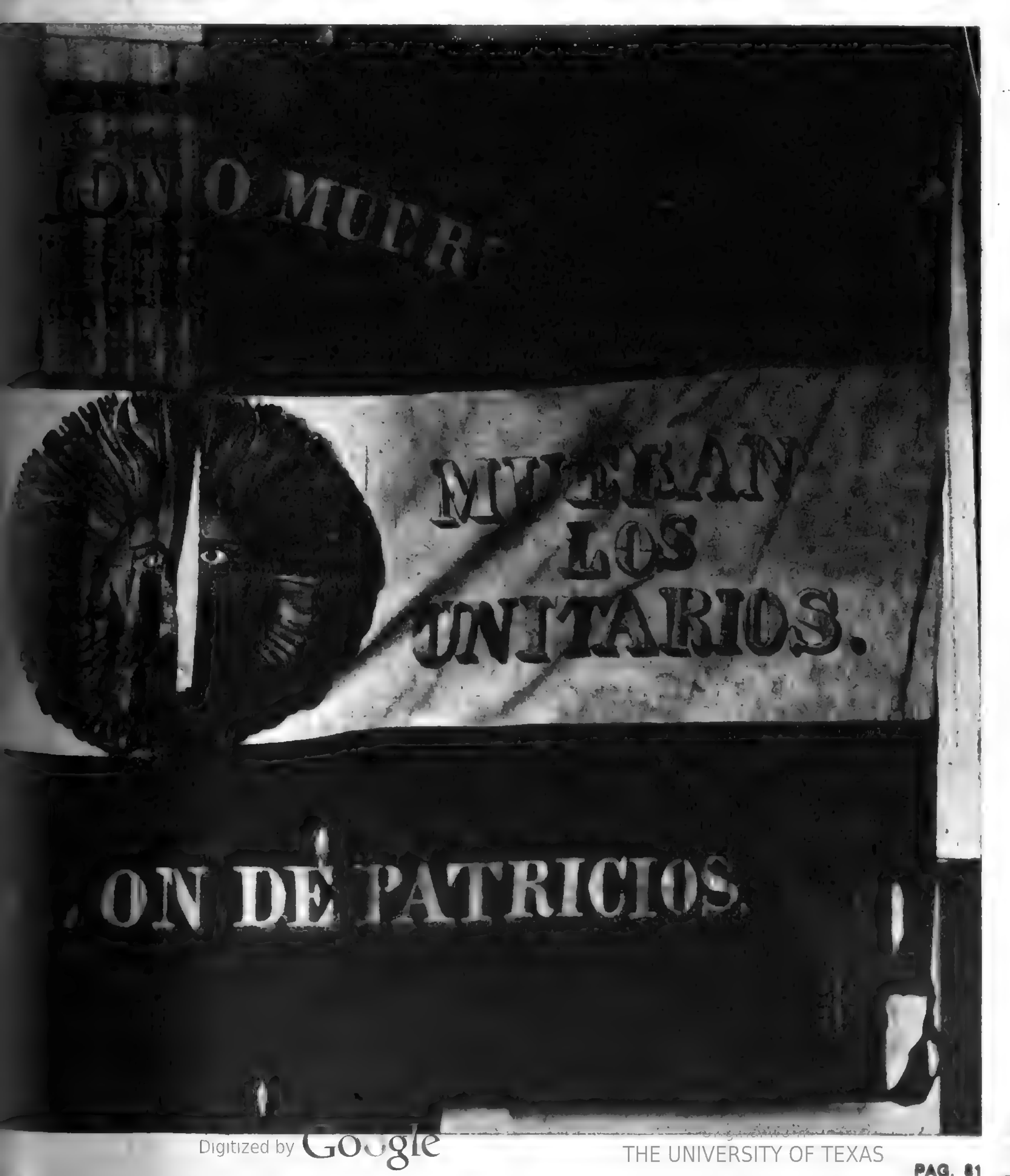
LAS BANDERAS DE ROSAS



Nuestro pabellón, creado por el general D. Manuel Belgrano, en 1812, que a partir de la batalla de Salta asistiera a todos los episodios de la epopeya emancipadora y que sancionara el Congreso de Tucumán con fecha 20 de julio de 1816, sufriría transformaciones en el formato y disposición de sus símbolos por falta de una reglamentación apropiada, según puede verse en varias piezas custodiadas en templos y museos históricos [1].

Las más antiguas se conservan en las Casas de Gobierno de Jujuy y Mendoza. La primera fue conducida por el propio Belgrano hasta el altar mayor de la iglesia matriz de la mencionada ciudad del norte, el 25 de mayo de 1812, donde fuera bendecida por el vicario Foráneo de aquella diócesis, monseñor doctor D. José Ignacio Gorriti.

[1] Ver TODO ES HISTORIA Nº 13: "La Bandera Azul y Blanca", por **Miguel Angel Scenna.**



LAS BANDERAS DE ROSAS

En cuanto a la segunda, custodiada según se dijo en la Casa de Gobierno de la ciudad de Mendoza, pertenece en realidad al histórico convento de San Francisco, depositario de grandes evocaciones patrias entre las que se encuentra la imagen de Nuestra Señora del Carmen, Generala del Ejército de los Andes, a cuyo camarín corresponde la aludida reliquia, reclamada hasta el día de hoy sin resultado por la orden franciscana.

El 5 de enero de 1817 en solemne ceremonia de juramento, las tropas de San Martín comprometían fidelidad conjunta a la Venerada Imagen y a su pabellón. El Libertador depositó en esa oportunidad su bastón de mando en manos de la Virgen, el cual hasta el presente es guardado con celo patriótico por los padres de aquella comunidad.

Sería en la década siguiente, al estallar la guerra contra el Imperio brasileño, cuando nuestra enseña toma su forma y disposición definitiva, a saber, tres franjas horizontales, dos azules y una blanca con un sol pleno fijado en su centro.

Esas insignias militares representan, para nuestro sentimiento de argentinos, las mayores reliquias patrias. En ellas se refleja el genio de nuestros próceres y el coraje de nuestros guerreros, la fortaleza del gauchaje de Martín Güemes defendiendo palmo a palmo el predio heroico por entre selvas y quebradas, o el de las tropas de San Martín salvando cordilleras y precipicios, llevando adelante su empresa redentora hasta coronarla en el ecuador. Recordemos que sus colores fueron sostenidos por Brown y sus capitanes, tripulando frágiles embarcaciones con las que sostuvieron novelescos combates. Todos ellos, por tierra o por mar, en jornadas luminosas de gloria o en desolados y tristes días de derrotas, pero siempre desplegando al viento como símbolo de liberación, el pabellón glorioso de Belgrano.

El arrebato dramático de la lucha, la incertidumbre ante los momentos de adversidad y más adelante la coronación del triunfo, en una palabra, los elementos que constituyen el alma de la patria, se han volcado en el molde armonioso de su símbolo inmortal.

Así, entre cerros y quebradas por el norte bravío, por las cordilleras peruanas hasta las del Perú, donde concurriría a sellar la Independencia americana sobre el milenario sepulcro de los incas —Hijos del Sol— o en las aguas, siguió nuestra bandera su destino triunfal: Salta, Chacabuco, Maipú, Cerro de Pasco, Ayacucho o en las acciones contra el vecino Imperio: Yerbal, Las Cañas, Ombú, Camacuá, Ituzaingó o hundiéndose antes que rendida en las escuadrillas que conocieron el comando de Brown, Espora, Rosales, Seguí y otros valientes en las jornadas de Montevideo, La Colonia, Los Pozos, Quilmes, Juncal, Monte Santiago y otras más. No era sino la afirmación definitiva de Independencia que nuestro pueblo soberano defendía desangrándose en los campos de batalla.

Pero todavía los ardientes resplandores de la lucha impondrían otras modificaciones al símbolo patrio, esta vez muy notables. Fue en el período comprendido entre los años 1836 a 1852, es decir, durante el gobierno del brigadier general D. Juan Manuel de Rosas, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires y encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina.

Fue precisamente el 13 de abril de 1836, al cumplir el general Rosas el primer aniversario de su ascensión al mando, cuando le fue obsequiada una bandera cuyos colores diferían notablemente de los conocidos hasta el momento. El azul-celeste había sido reemplazado por un azul turquí, casi índigo; llevaba además gorros frigios en las cuatro esquinas. El sol era dorado, con finas estrías rojas entre sus rayos y en la que flameó en la Fortaleza, ese mismo día, completamente rojo.

Dícese que el azul-turquí se empleó en la necesidad de no utilizar el celeste, divisa unitaria. Por otra parte, el mismo Rosas en carta al gobernador de Santiago del Estero, general Juan Felipe Ibarra, fechada el 11 de junio de 1836, sostenía que el color de la bandera no era el celeste sino el ya mencionado azul-turquí, y el resalte del rojo en el sol y gorros frigios, por ser el color oficial de la época.

Al visitar las salas de nuestros Museos históricos, correspondientes a la época de Rosas, si recorremos cuadros y retratos, objetos de arte, uniformes militares, vestimentas civiles o eclesiásticas, como así también otros elementos de la época federal, se percibe en todo una fuerte policromía, muy diferente de las otras épocas de la historia argentina. Así nos lo revela la iconografía con escenas de costumbres o pasajes épicos, debido a los pinceles de Fernando García del Molino, Carlos Morel, Gregorio Ibarra, Prilidiano Pueyrredón, Gaspar Palacio, Martín L. Boneo y otros. En todo predomina un subido carmesí que se enseñorea de toda la vida de la Gran Aldea que era entonces Buenos Aires. De "La Ciudad Pintada de Rojo", como titulara el inolvidable Manuel Gálvez a una de sus novelas históricas. Rojos en puertas y ventanas, en frentes e interiores. Divisas punzó en las prendas de los caballeros y en los tocados de las damas, en abanicos y peinetones. En las banderas e indumentos del candombe moreno, que aturde con sus masacallas y batuques desde las tradicionales barriadas de San Telmo y Montserrat hasta la plazuela de Santo Domingo. Prolongándose a veces hasta la misma residencia de Rosas en Palermo de San Benito; en fin, predominando por doquier como emblema de autoridad y dominio del Ilustre Restaurador...

No escaparían a este orden de cosas los uniformes usados por las fuerzas de mar y tierra de la Confederación Argentina, pues los regimientos de Caballería vestirán gorros de manga chaqueta, chiripá y pañuelo rojos, siendo del mismo color los adornos de cabezadas y monturas y las banderolas de las lanzas, para la guarnición de Santos Lugares. En cambio, las tropas acantonadas en Palermo de San Benito usaban chaquetilla azul oscuro, chaleco rojo y pantalón blanco, pero con grandes apliques rojos en cue-



En el Museo Sarmiento de Buenos Aires (Belgrano) se encuentra el pabellón de guerra del "Batallón Cuartel General".

llos y bocamangas; del mismo color era la boina, similar a las usadas en España, por aquellos días, por los soldados del bando carlista. Los batallones de Infantería llevaban chaquetilla completamente colorada, pantalones y correaje blancos.

Las unidades correspondientes a las demás armas del Ejército (Artillería, gastadores, maestranza, intendencia, etc.) como así también los de la Policía (batallones de serenos, vigilantes, alcaldes, tenientes-alcaldes, y guardias urbanos) vestirán uniformes similares a los de aquéllos, con las correspondientes variaciones, pero con la divisa federal en todos los pechos.

En la Marina de Guerra se respiraba la misma atmósfera cromática. Hay buques —afirma el capitán de navío Ratto— como el mandado por el teniente coronel D. Juan Bautista Thorne, que tiene sus mástiles pintados de rojo. Los oficiales usan bocamangas y cuellos del mismo color y en lugar de la típica franja naval de seda negra en la gorra, el galón rojo "propio de los buenos federales". Los marineros usarán camiseta de bayeta colorada y del mismo color son las gorras y ceñidores usados por aquéllos.

El pabellón nacional, sin perder en absoluto su sentido y simbolismo, entraría también a uniformarse de acuerdo a la época. Las provistas al Ejército y Policía serán todas de un tamaño uniforme (2 metros de largo por 1,35 mts., de ancho), formada por dos franjas laterales de color azul-turquí y una central blanca, llevando esta última un sol o el escudo nacional. En las cuatro esquinas: gorros frigios y en las tres bandas inscripciones pintadas sobre la misma tela.

Las naves de guerra las usarán de lanilla, siendo éstas más resistentes a las inclemencias marítimas y de mayores dimensiones que las provistas a las fuerzas de tierra.

Hasta el presente hemos podido localizar algunas piezas del periodo rosista, pertenecientes a los cuerpos que formaban la Guarnición "Buenos Aires". Se exhiben en los lugares que se indican a continuación: Museo Histórico Nacional, la del "Segundo Batallón de Patricios" y "Batallón Provisional"; en el Museo Colonial e Histórico "Enrique Udaondo" de Luján, "Segundo Batallón de Policía" y una que usó el almirante Brown por aquella misma época; en el Museo Histórico Sarmiento, la del "Batallón Cuartel General", y en el Museo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires "Brigadier General Cornelio de Saavedra", una pieza de aproximadamente 1,50 x 1,50 mts., lleva en su franja central la inscripción "Libertad - Independencia" separadas por un sol dorado, y está expuesta en la "Sala Rosas", ubicada en el pabellón central de dicho Museo. Otra bandera se expone en el tercer pabellón del mencionado repositorio; está confeccionada en lanilla y lleva fijada en su banda blanca la inscripción "Batallón Restauradores".

En el Museo Histórico Nacional se exhibe también una bandera de grandes dimensiones (4 x 2,45 mts.) y figura inventariada bajo el número 4604; fue devuelta en 1883 por el almirante Sullivan, de la Marina de Guerra británica, que la tenía en su poder; carece de valor militar, pues oficialmente Inglaterra devuelve en 1847 cinco cañones de bronce, manifestando ser "lo único que mantenía en su poder, como trofeos de la Vuelta de Obligado". Vale decir, que la bandera no era considerada trofeo de guerra.

Los marinos franceses tomaron en Obligado, una vez finalizada la acción y retiradas las tropas argentinas, unas banderas similares a la que tomara Sullivan y que, por carecer de valor militar y no ser por lo tanto trofeos, no fueron incluidas en el tratado Arana-Lepredour.

Esas banderas argentinas se exhiben indebida

LAS BANDERAS DE ROSAS

e injustamente en el Hotel de los Inválidos de París, siendo la que lleva el nº 329 descripta por el general Noix en la página 164 de su libro "Drapeaux et Trophees". Dice: "Combat d'Obligado, Nov. 20/1845. Flame en laine, composée de trois bandes horizontales, deux bleues separées par une blanche. Pris dan le Paraná par les marins du comandant Thehouart a l'attaque des batteries de la Junta d'Obligado..."

El teniente coronel (Expedicionario al Desierto) D. Evaristo Ramírez Juárez, refiriéndose a estas banderas expresa que las mismas "no tienen ningún valor como trofeos de guerra", y a las mismas conclusiones arriba el historiador D. Martiniano Leguizamón en un articulo publicado en el diario "La Nación", de Buenos Aires, en su edición del 24 de diciembre de 1923, titulado "Las Banderas de Obligado".

Las banderas en poder de Francia presentan las siguientes particularidades: la inventariada con el número 329 no tiene sol, gorros ni inscripción; la nº 330 lleva sol y gorros, pero carece de inscripciones federales; la nº 331 es de dimensiones menores, lleva sol únicamente; los números 332 y 333 son similares al 329.

La bandera en poder del almirante Sullivan fue entregada por dicho oficial superior al Cónsul argentino en Londres. Remitida con posterioridad a Buenos Aires, fue exhibida en el Museo Público dependiente de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Nacionalizado el Museo, la pieza de referencia fue transferida el 30 de abril de 1891. Según se dijo, no era emblema militar ni perteneció a ninguna unidad argentina en Obligado.

Con fecha marzo 4 de 1897, la señora Da. Manuela Rosas de Terrero remitió al doctor D. Adolfo P. Carranza, junto con otras reliquias que pertenecieron a su padre, una bandera que ostenta también sol y gorros frigios; la misma está en exposición en la sala "Epoca de Rosas" del mencionado Museo. Está inventariada con el nº 4599 y figura como "Bandera que usó el general Juan Manuel de Rosas en la Expedición al Desierto, 1833". Mide 2 x 1,28 mts. Según los datos que poseo, las banderas de este tipo fueron usadas a partir de 1836. Debe tratarse de algún error, y la presente pieza seguramente cubrió los restos mortales del general Rosas en 1877. Otra enseña se conserva en la precitada sala aunque el estado de la misma no permite apreciar sus detalles. Tiene nº 4619 y figura como "Restos de la bandera de la Expedición al Desierto del general Juan Manuel de Rosas en 1833". Con la misma procedencia que la anterior, la mencionamos aquí por su vinculación con la época y ser la que efectivamente se encontró en la campaña al río Colorado.

En cuanto al combate de la Vuelta de Obligado, coincidimos con el teniente coronel Ramírez Juárez, el cual opina que en la citada acción solamente un pabellón de guerra se encontró presente en el campo argentino y en su interesante obra sobre las banderas de Obligado, transcribe la solicitud que el general Lucio Mansilla eleva al general Rosas el 11 de setiembre de 1845 y que textualmente dice: "Siendo práctica constante que en todo punto fortificado o campamento en que está unida una división compuesta de tres armas, se enarbole en las ocasiones convenientes el Pabellón de la Nación, ruego al señor general se digne hacer presente al Excmo. señor gobernador y capitán general de la provincia, brigadier D. Juan Manuel de Rosas, que con aquel objeto necesito dos banderas nacionales: una para las baterías y otra para el campamento de Tonelero, a fin de que si S. E. lo tiene a bien, ordene su remisión. Dios guarde a V. S. muchos años. (Fdo.) Lucio Mansilla".

El edecán del gobernador, general D. Manuel Corvalán, contestó la nota de Mansilla indicando a éste que el general Rosas había ordenado la remisión de "los dos expresados artículos", adjuntando la orden de puño y letra de Su Excelencia al comandante del Parque para que remita al comandante de Santos Lugares, mayor edecán D. Antonino Reyes, y éste al general Mansilla "dos banderas nacionales con las inscripciones federales". El 17 de octubre de 1845 desde el campamento de Tonelero el general Mansilla acusa recibo de los dos pabellones; la relación lleva el nº 6. La bandera de la "División Norte" fue la única que estuvo enarbolada en las baterías de Artillería emplazadas en Obligado, y que fue retirada por los soldados argentinos una vez finalizado el combate.

Las banderas de este tipo sufrieron transformaciones fundamentales. En los primeros tiempos del gobierno de Rosas las inscripciones fueron colocadas en la siguiente disposición: en la franja superior "Federación o Muerte", en la central, y a ambos lados del sol "Vivan los Federales - Mueran los Unitarios" y en la tercera faja, el cuerpo al que pertenecía la bandera.

Aproximadamente hacia 1845 las inscripciones cambiaron de disposición, ocupando las bandas superior, central e inferior, respectivamente, las siguientes inscripciones: "Viva la Confederación Argentina", "2º Batallón de Policía", "Mueran los Salvajes Unitarios". En estas últimas el sol fué sustituido por el escudo nacional.

Juicios muy desfavorables se dieron sobre esta bandera. Don Domingo Faustino Sarmiento, siendo presidente de la Nación inauguró en la Plaza de Mayo el monumento ecuestre del general D. Manuel Belgrano (setiembre 24 de 1873); ese día desplegó ante el pueblo una bandera que, según se dice, fue tomada por él en Caseros, iniciando su discurso con estas palabras: "El pendón negro de los gorros sangrientos no es por fortuna nuestra bandera"... "La bandera argentina, Dios sea loado, no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra".

El historiador Mariano A. Pelliza se refirió a ella con estos párrafos: "Muy pronto los acontecimientos debían dar intervención al almirante argentino que, por el momento, no hacía flamear al tope de sus naves la insignia de Mayo, bajo cuyos colores realizara la campaña de la Independencia y en la contienda heroica contra el vecino Imperio. Llevaba ahora una bandera desconocida en las aguas; un gran paño azul oscuro como el fondo del cielo en noche de borrasca simbolizado con cuatro bonetes rojos en las esquinas y un sol también rojo en su centro. Para Rosas no existían tradiciones patrióticas; su capricho primaba sobre lo más sagrado y lo mi

digno. Quizá debemos agradecerle que ni en sus combates en tierra ni en las luchas en el mar o en los ríos usara los colores gloriosos de nuestra bandera, y que la persecución a los hombres alcanzara también a los símbolos de la libertad consagrados por la gloria y el sacrificio".

Por su parte, el general D. José María Sarobe emite el siguiente juicio: "Rosas, hombre de la generación de Mayo, había reemplazado el auténtico pabellón argentino por una bandera compuesta por dos bandas azul negras y una blanca, con bonetes rojos en las cuatro puntas", y agrega: "Por voluntad de Rosas una generación de argentinos ignoró el pabellón azul y blanco, la más bella y gloriosa de todas las banderas. Estos colores escogidos por el pueblo ante el Cabildo abierto, en la Plaza de la Victoria, en los albores de la Emancipación; enarbolados por Belgrano en las márgenes del Paraná; sancionado por el voto unánime del Congreso General de las Provincias Unidas del Río de la Plata; ungidos por la victoria en cien batallas y aclamados vencedores por Bolívar, Sucre y O'Higgins, dejaron de ser, durante veinte años, símbolo de unión, emblema de paz y lazo de amor entre los argentinos. He aquí la más terrible requisitoria que el juicio de la posteridad abre a la memoria de Juan Manuel de Rosas. He aquí también su más tremendo castigo, porque aunque el tiempo serene el huracán de pasiones que él desencadenó en aquel período triste de nuestra historia, la enseña que él desconoció como suya jamás podrá izarse en su honor, ni cobijar sus cenizas".

Respetamos tales opiniones y la memoria de quienes las sustentaron, pero no las compartimos en absoluto. La bandera que nos ocupa era, en aquel entonces, la enseña oficial de la Nación y no la del partido gobernante, ni tampoco el símbolo personal del gobernador de Buenos Aires.

La prueba más directa de ello es que veteranos guerreros de la Independencia y de la campaña contra el Imperio del Brasil, la condujeron en muchas oportunidades al combate, como en los mejores tiempos de la Magna Epopeya. No eran antipatriotas ni antiargentinos; no podían serlo de ningún modo hombres cargados de glorias y de méritos como Lucio Mansilla, Miguel Estanislao Soler, Angel Pacheco, Manuel Corvalán, Pedro Ramos, Agustín de Pinedo, Mariano Benito Rolón, Tomás Guido, Carlos María de Alvear, Evaristo Uriburu y tantos otros cuyas fojas de servicios honran no solamente sus ilustres nombres, sino también el historial augusto de la patria.

En la Armada de la Confederación, "sirven un grupo de meritorios y veteranos oficiales de la Marina enrolados en la causa federal: Toll se halla a bordo del «Belgrano», capitana de la escuadrilla; Hidalgo en el «Echagüe»; Fisher en el «San Martín»; Bathurst en el «Vigilante» y Craig en el «Libertad». Poco después, otros dos fervientes federales —José María Pinedo y Santiago Maurice— se incorporaron a la Escuadra y por último, el teniente coronel D. Juan Bautista Thorne y su colega Nicolás Jorge, herido de gravedad en la batalla de Sauce Grande, hacen lo propio procedentes del ejército del general Echagüe".



Pabellón del Batallón Provisional que se conserva en el Museo Histórico Nacional del parque Lezama; nótense los cuatro gorros federales en las esquinas.

LAS BANDERAS DE ROSAS

Y finalmente, otro meritorio historiador argentino, el doctor Dardo Corvalán Mendilaharzu, escribió sobre estas banderas lo siguiente: "Rosas era muy prolijo en todo lo concerniente al honor e integridad de la Nación; la mayoría de los hombres que lo rodeaba pertenecían como guerreros, como estadistas o como poetas a las primeras horas de la Emancipación. Los jefes argentinos de la acción de Obligado son caballeros sin tacha de la escuela de San Martín, y ellos podían ser vencidos, pero jamás humillados. En el parte de Obligado no hacen constar, como bien lo expresa el coronel Ramírez Juárez, la pérdida de semejantes banderas de guerra, que están demás en la calidad en que están, donde están. Aquellos hombres eran de la estirpe de Belgrano que, vencidos, reuníanse a los restos de su gente aunque con lágrimas en los ojos al mostrarles que el combate había sido perdido, se consolaban con haber salvado el lábaro bendito, a cuyo amparo milagroso se reharían en la próxima victoria".

Estas banderas argentinas fueron provistas a los cuerpos militares a partir, según se dijo, del año 1836, encontrándose por consiguiente en la guerra contra el presidente de la confederación peruano-boliviana, mariscal D. Andrés de Santa Cruz (1837-1839); intervención armada de Francia y Gran Bretaña contra la Confederación Argentina (1838-1850); sitio de Montevideo (1841-1843) y campaña de Caseros (1851-1852); además de las operaciones contra la expedición de Juan Lavalle (1838-1841); revolución del sur (1839); expediciones al desierto y guarnición de fortines (1836-1852); campañas navales (1841-1845) y contra los levantamientos correntinos (1839-1847).

No corresponde al presente trabajo historiar estos hechos, pero sí, señalar brevemente, los episodios más notables en los cuales estas banderas argentinas se encontraron.

El 29 de mayo de 1841 el almirante Guillermo Brown al frente de la Escuadra de la Confederación se presenta ante Montevideo, ordenando arbolar pabellón oriental y saludándolo con una salva de veintiún cañonazos, para significar que no se hacía la guerra al Estado Oriental, sino a una pequeña fracción guarecida en la ciudad. En la oportunidad las baterías del Cerro izaron bandera de la Confederación, devolviendo los honores con igual número de disparos.

El 16 de febrero de 1843 las fuerzas al mando del general D. Manuel Oribe cierran por tierra el sitio de Montevideo, estableciendo su cuartel general en el Cerrito de la Victoria; en esta circunstancia ordena izar la bandera del "Cuartel General", el cual es saludado con las descargas de ordenanza.

Las estaciones navales extranjeras no solamente dificultaron el bloqueo, sino que también agraviaron nuestro pabellón y, por consiguiente, la integridad y soberanía que representaba, en una serie de incidentes que se desarrollaron frente a Montevideo, interviniendo ostensiblemente a favor de los sitiados.

El primero de ellos fue protagonizado por el comandante Brett Purvis, quien ordenó la realización de una serie de hechos que afectaron grandemente el sentimiento nacional argentino. La oportuna intervención del ministro inglés señor Mendeville, solucionó el conflicto en forma honorable.

El segundo episodio se llevó a cabo en 1844 por parte del marino norteamericano Felipe Voorhes, el cual atacó con sus naves a la «9 de Julio» y «Americano», los cuales, luego de la correspondiente aclaración, fueron devueltos.

El comandante Jorge Fittón, accidentalmente al mando de nuestras unidades, como acto de protesta se negó a izar nuevamente el pabellón si antes no se le daba pública satisfacción, cual era, saludarlo con una salva de artillería. El comando norteamericano rechazó esta demanda. Llevado finalmente el caso ante el Ministerio de Marina de los Estados Unidos, se determinó por parte del gobierno de aquel país el envío al Río de la Plata del comodoro Turner y encargado de negocios Brentt, quienes dieron las satisfacciones necesarias al gobierno argentino y reprobaron la conducta del jefe americano, el cual fue suspendido por tres años en el mando. El pabellón de la Confederación Argentina fue desagraviado como correspondía, con una salva de veintiún cañonazos.

Por fin el 28 de julio de 1845, se consuma el último atropello a nuestra bandera en aguas del Plata. El almirante Brown en cumplimiento de órdenes superiores se disponía a regresar a Buenos Aires. Es entonces cuando tiene lugar un hecho ultrajante que se conoce en nuestra historia como "el robo de la escuadra". Las unidades de la estación naval francesa detienen a cañonazos a la «9 de Julio», «San Martín» y «25 de Mayo», por parte de las corbetas «Comus». «Satellite»; ocurriendo lo mismo con el «Maipú» y el «Echagüe», por parte del «D'Assas».

El anciano almirante envía entonces al general Rosas estas palabras llenas de amargura: "Tal agravio —decía— demandaba el sacrificio de la vida con honor y sólo la subordinación a las supremas órdenes de V. E., para evitar la aglomeración de incidentes que complicasen las circunstancias, pudo resolver al que firma a arriar un pabellón que durante treinta y tres años de continuos triunfos ha sostenido con toda dignidad en las aguas del Plata".

Cinco meses más tarde el valor argentino enfrentaría a las escuadras aliadas en los gloriosos combates de la Vuelta de Obligado, San Lorenzo, Barrancas de Acevedo y El Quebracho. El general D. Lucio Mansilla, corajudo legendario de la Independencia y uno de los oficiales superiores de más descollante actuación en el pasado nacional, fue designado comandante en jefe de la "División Norte", compuesta por once unidades de Infantería, milicias y cuatro baterías de Artillería, armadas con veintiún cañones de variados calibres, mandadas, respectivamente, por Thorne, Cerezo, Eduardo Brown y Alvaro José de Alzogaray, con más de veinticuatro pontones amarrados entre sí por medio de tres líneas de cadenas ancladas a las costas y al bergantín de guerra «Republicano», mandado por Thomas Craig. Como es notorio, el único pabellón militar que se izó fue el que pertenecía al comando



También en el Museo Histórico Nacional está esta bandera, correspondiente al 2º Batallón de Patricios.

de la "División Norte", el cual fue retirado por los argentinos al final del combate, salvándose de caer en manos de los agresores [1].

El general Mansilla, después de entonado el Himno Nacional y de expedir una vibrante proclama a sus tropas, se dispuso a hacer frente a las escuadras coaligadas, las cuales contaban con elementos cuyo número y poder redoblaban a los que podían oponer los argentinos. Las barrancas y merlones de la costa comenzaron a ser barridos por la acción de más de cien bocas de fuego; el cual fue vigorosamente contestado por nuestros artilleros, hasta que se quemó el último cartucho. Agotadas las municiones, el comandante Thomas Craig hace volar al «Republicano», mientras Erezcano hace lo propio con la veterana «Chacabuco» para evitar su captura. Comandantes y tripulaciones corren entonces a reforzar las guarniciones de la costa.

La bandera argentina salió gallarda del combate; si bien nuestras tropas no habían vencido, el honor de la jornada quedaba salvado y en las operaciones posteriores demostraron que la moral se mantenía intacta, siendo irrevocable el sentimiento del gobierno y pueblo de la Confederación en mantener la Independencia y Soberanía Nacional a toda costa.

El doctor D. Octavio R. Amadeo en su libro "Vidas Argentinas", refiriéndose a la de Rosas dice: "Defendió, como pocos, su débil país contra la agresión extranjera". Y agrega: "Defendió no sólo el honor sino también la integridad de su país con pericia enérgica; y fue él, sólo él quien mantuvo aquella decisión inquebrantable. Las dos naciones más fuertes de la tierra se inclinaron ante este minúsculo señor lejano; y al retirar Inglaterra sus tropas y sus naves, entre las que aún había algunas fragatas de Trafalgar y algunos soldados de Waterloo, los cañones de la emperatriz de las Indias saludaron con veintiún disparos de desagravio y homenaje a una humilde bandera, desconocida del mundo, pero no ignorada por ellos".

Los acontecimientos históricos de esta época fueron recogidos por el arte y dieron motivo a varias telas, algunas de ellas impresionantes por su patetismo. En las mismas se ven las banderas de la Confederación Argentina tremolando en tranquilas escenas de costumbres o de desfiles militares, como así también azotada por el viento de los combates en los motivos épicos.

Cayetano Descalzi, el pintor que ejecutara uno de los mejores retratos de don Juan Manuel de Rosas, es también autor de un cuadro sobre la batalla del Arroyo Grande. Reproduce una escena de la acción librada por las fuerzas de la Confederación al mando del general Manuel Oribe contra las orientales acaudilladas por Fructuoso Rivera, el 6 de diciembre de 1842. A la izquierda de dicha tela se ven, flotando sobre los batallones federales, dos banderas de las

1 Ver en esta misma edición "La Batalla de la Soberanía", por Francisco Hipólito Uzal.

LAS BANDERAS DE ROSAS

características que estamos historiando. El cuadro se conserva en el Museo Histórico Nacional.

Dos cuadros de historia naval pintó el marino de guerra francés Enrique Durand Brayer, titulados "Combates del 24 de mayo de 1841". En el primero, denominado "La mañana", las escuadras argentina y oriental se enfrentan en línea de fila, con aparejo y artillería en son de combate. En el «Belgrano», capitana federal mandada por el coronel de marina D. Antonio Toll, se percibe flameando a popa una bandera y sobre una de las antenas, el bauprés del almirante; a su estela el «San Martín», lleva una enseña similar sobre el espejo de popa.

El segundo cuadro, denominado "La noche", es impresionante en extremo. Más que una escena de la historia argentina, parece el pasaje del Infierno del Dante. Sobre el fondo negro de la noche, una gran mancha bermeja alumbra a la fortaleza del Cerro con su artillería en plena acción de fuego y al frente el «Belgrano» de Toll y la «Sarandí» de Coé. Las dos capitanas con sus gavias largadas, se encuentran rodeadas por el lugre y las dos goletas que quedaron rezagadas y de las cuales sólo se perciben las sombras. El «Belgrano» arbola pabellón en el palo mayor, bien al tope. Ambas piezas pertenecieron a don Angel Justiniano Carranza, y en la actualidad forman parte del salón "Epoca de Rosas" de nuestro Museo Histórico.

Se atribuye a Juan Manuel Blanes otro cuadro que representa el "robo de la escuadra" de la Confederación. En el mismo las naves argentinas aparecen con sus banderas; la «25 de Mayo» a la vela y la «Maipú» que muestra izada únicamente la pavesa de señales, a su lado la «9 de Julio» y al centro el «Echagüe», este último con aparejo aferrado y pabellón al tope.

En el cuadro anónimo titulado "Las esclavas de Buenos Aires demuestran ser libres y gratas a su noble libertador", inserto a todo color en la obra del doctor Juan A. Pradere "Iconografía de Rosas", editado en 1914, página 38, se ven, entre otros detalles de la época, una bandera con gorros y leyendas flameando sobre una tienda de campaña que se observa al costado derecho del cuadro.

Son numerosas las piezas de arte que hemos tenido oportunidad de ver sobre esos apasionantes momentos de tan discutida época de nuestra historia. Esa iconografía inconfundiblemente criolla, íntegramente argentina, nos coloca casi en presencia de episodios memorables de aquellos lejanos tiempos. Por eso no hemos podido dejar de mencionarlos, todos ellos debidos a meritorios artistas que fijaron —dulcificados por el arte— las rojas visiones de la época federal.

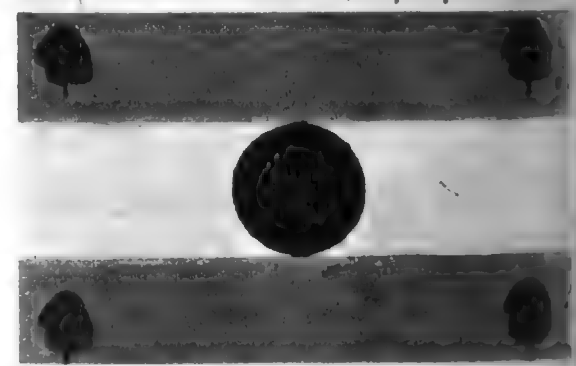
Falleció el brigadier general D. Juan Manuel de Rosas en su chacra de Swarkling, cerca de Southampton, el 14 de marzo de 1877 y sobre el ataúd que contenía sus restos fue colocada la bandera nacional, con sol y gorros frigios. Sobre el histórico pabellón fue colocado el otro home-



También la policía tenía sus pabellones al estilo federal; éste, del 2º Batallón de Policía, se encuentra en el Museo de Luján.



Pabellón de guerra de la División Norte, en el Museo Histórico Nacional del parque Lezama.



Esta bandera fue tomada por los ingleses en la batalla de Obligado y posteriormente devuelta por el tratado Southern-Arana. Se encuentra en el Museo Histórico Nacional.

naje que ostentaba Rosas —escribe don José León Pagano—, "el de temple más puro y el de mayor alteza por venir de quien venía. Recordemos: la gloria del Gran Capitán tiene como símbolo su arma de mando y de combate. Es el sable corvo de sus fastos libertadores. La elevación en Chile y del Perú. El corvo acero de nuestro Héroe Máximo trae con su brillo, con el sol de Mayo, la fulguración de los pueblos nacidos a la cumbre de los Andes, la llanura en tierras de libertad por su gloria. ¿A quién correspondería su herencia? San Martín lo consagró a Rosas en un documento impresionante..."

La gloriosa bandera de la Confederación Argentina apareció así por última vez, sobre los restos de quien fuera el infatigable animador de su causa... ◆

PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

NOVIEMBRE DE 1958

MIERCOLES 12.—"En la tarde de hoy —dice un comunicado emitido por el Poder Ejecutivo Nacional— el señor vicepresidente de la República invitó a su despacho al ministro del Interior, doctor Vítolo, y le informó de la existencia de un complot contra el gobierno, considerando a través de la información de que disponía que las autoridades militares no controlaban ya la situación de las Fuerzas Armadas. El doctor Gómez expresó su inquietud por la circunstancia que anotaba, y señaló la conveniencia de adoptar urgentes medidas de gobierno para conjurar la situación. El ministro del Interior opinó que el señor vicepresidente debía dar cuenta de inmediato al presidente de la Nación, doctor Frondizi, de los hechos. El doctor Gómez visitó al señor presidente ratificando su información. El doctor Frondizi convocó al ministro de Defensa Nacional y a los secretarios de Guerra, de Marina y de Aeronáutica, los que fueron impuestos por el presidente de la situación. Invitado el señor vicepresidente concurrió a la reunión, en la que confirmó lo afirmado al presidente, omitiendo dar nombres y detalles por haber contraído el compromiso de honor de reservarlos.

"El doctor Frondizi resolvió convocar a una reunión de gabinete que se efectuó en la residencia de Olivos, informando de lo acontecido a los señores ministros y secretarios de Estado, quienes expresaron su más completa solidaridad con el presidente de la República".

ACTITUD DEL PRESIDENTE

Ha trascendido que cuando el vicepresidente reiteró al primer magistrado la información que había trasmitido al ministro del Interior con respecto a un movimiento subversivo en gestación, el presidente reaccionó con gran energía y preguntó qué posibilidades de éxito podría tener un movimiento de fuerza si contaba el Poder Ejecutivo con el apoyo de las Fuerzas Armadas. Inmediatamente dispuso el acuartelamiento de todos los efectivos militares del país, medida que fue cumplida.

Tres figuras protagónicas durante el episodio evocado: el presidente Frondizi, el ministro del Interior Vítolo y el vicepresidente del Senado Guido, posteriormente presidente provisional de la Nación



PIDESE LA RENUNCIA DE GOMEZ

A las 3.45 de la madrugada por unanimidad de los presentes, el bloque de diputados de la mayoría resolvió pedir la renuncia del vicepresidente de la Nación, doctor Alejandro Gómez, y expresar su solidaridad con el primer magistrado y su repudio al golpe denunciado.

DOCUMENTO DEL VICEPRESIDENTE

JUEVES 13. — En un documento publicado con el título "Comunicado del señor vicepresidente de la Nación al pueblo de la República", se expresa: "En el día de ayer y en forma insólita se emitieron distintos documentos, en los cuales se formulaban apreciaciones que el pueblo del país debe conocer en su auténtica verdad. Es exacto que el vicepresidente de la Nación citó al ministro del Interior, con el fin de poner en su conocimiento las referencias que poseía con respecto a un supuesto complot de vastos alcances en toda la República, según información confidencial de un oficial de las Fuerzas Armadas.

"Es exacto que, alarmado por las proyecciones de tales posibles episodios, el doctor Gómez conversó con el ministro del Interior, sugiriéndole la posibilidad de despertar a las fuerzas sanas de la ciudadanía en defensa del régimen legal que impera en la República, mediante gestiones que, en el caso de no efectuarlas el presidente de la Nación por su circunstancial afección gripal, las haría el propio ministro del Interior. El doctor Vítolo a su vez, indicó para esa función a su interlocutor el vicepresidente de la Nación, quien expresó que si el presidente, en razón de su estado de salud, aceptaba el temperamento y le encargaba esa misión, la cumpliría con la compañía de los ministros Vítolo y Del Carril, a efectos de que la misma fuese pública y tuviera la eficacia que se deseaba. El doctor Gómez agregó que, de fracasar, renunciaría a su cargo y, en caso de buen éxito, también adoptaría esa resolución «porque no deseaba surgir de esa gestión como hombre importante y sería feliz si el país ahorrara horas de dolor». Al entrevistar el vicepresidente al doctor Frondizi en la residencia de Olivos —añade el documento—, le narró en forma circunstanciada la información de que disponía, proveniente de un militar, dándole a conocer su nombre por cuanto se trata de una persona de la amistad del señor presidente. Después de una despedida cordial y de acompañar al doctor Gómez hasta la puerta de salida, éste instó al presidente a no hacerlo hasta el coche, como le es habitual, en razón de su estado de salud. Se habla de «coalición» —sigue diciendo el documento—, atribuyéndose al vicepresidente la intención de que pudiera formarse un gobierno de este tipo, todo originado en una conversación en la cual la palabra «coalición» la pronunció el ministro Vítolo. El vicepresidente solamente la recogió sin darle mayor importancia. Las consecuencias de estos hechos son, con respecto al vicepresidente de la Nación, del más extremo rigorismo: en primer lugar, injurias en ciertos periódicos; abundante difusión radial para provocar su desprestigio en el pueblo y, por último, resoluciones en serie a las que van a sumarse, seguramente, muchas otras. En suma, con el consabido repudio al réprobo por «coalicionista» o por «golpista», se trata de colocar en la picota a uno de los hombres que con más sinceridad ha defendido en todo momento la línea programática de la Unión Cívica Radical Intransigente. Se inaugura así la práctica de pretender apartar a los hombres que defienden su autonomía y los principios. Práctica que no conocieron Leandro N. Alem, Hipólito Yrigoyen, Roque Coulin ni Moisés Lebensohn; devienen de nuevos conceptos que aquellos maestros no alcanzaron a vislumbrar y que se traducen en la «integración». Integración que ha servido para entristecer al partido, para malograr las esperanzas populares en un programa y para buscar expedientes curialescos que impidan la llegada de los convenios sobre petróleo al Congreso de la Nación. El doctor Gómez —prosigue el comunicado— afirma que no le resulta grato hablar de estas cosas, y que por eso se ha limitado a narrar los hechos tal cual se han producido".



El ministro del Interior, doctor Alfredo R. Vítolo, en el debate que siguió a la renuncia del vicepresidente Gómez.

TUMULTO EN EL CONGRESO

VIERNES 14. — A la llegada del vicepresidente de la Nación al Congreso se produjeron serios incidentes, al pretender un grupo de aproximadamente 150 personas irrumpir en el despacho del doctor Gómez, a quien reclamaron insistentemente su renuncia, expresando de viva voz: "¡Que se vaya Gómez!", "¡Racedo traidor!", "¡Frondizi!", "¡Viva Frondizi, presidente de los argentinos!", "¡Que renuncie!" y "¡Dale, Arturo!". En los pasillos que conducen al despacho se enfrentaron con funcionarios de la casa, quienes gritaban: "¡Gómez, Gómez!". Llegaron a empujarse y a golpearse en algunos casos. Los revoltosos lograron aproximarse al despacho del doctor Gómez a los gritos de "¡Racedo, Racedo!", "Que se vaya", "¡Traidor!". Al mismo tiempo se escuchó la rotura de varios vidrios y se advirtió el propósito de violentar las puertas para llegar a donde estaba el vicepresidente. Se encontraban en el grupo agresor algunos concejales municipales. En ese instante el doctor Gómez, que había recibido en su despacho a algunos amigos personales, manifestó que su inquietud era "mantener el honor y el decoro que siempre he tenido y dejar a mis hijos un nombre honrado. No tengo ambición de ocupar altos cargos, pues siempre entendí que lo moral es esencial para lo personal, para lo político y para lo social. Nada se podrá construir sin una recia base moral". Mien-

PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

tras el vicepresidente pronunciaba estas palabras, podía escucharse la grita de los revoltosos y los golpes que daban contra las puertas. Al fin pudieron quebrantar la entrada e irrumpir dentro del despacho. Los policías que se encontraban en el Senado lograron contenerlos y hacerlos retroceder, apuntalando después las puertas con muebles y sillones. Una sensación de desconcierto se produjo entre quienes rodeaban al doctor Gómez, y éste, rodeado por otro grupo que trataba de ganar la salida, fue impulsado a trasladarse al recinto de la secretaría de la presidencia del Senado. A esta altura de los incidentes, llegaron refuerzos policiales con pistolas lanzagases. Poco después los manifestantes cantaron el Himno Nacional.

PRESENTACION DEL JEFE ALUDIDO

El jefe que había sido mencionado por el vicepresidente Gómez como el que dio la voz de alarma con respecto al supuesto complot, resultó ser el teniente coronel Octavio Melitón Quijano Semino, quien concurrió al tercer piso de la Secretaría de Guerra. Allí solicitó una entrevista con el titular de ese departamento, general Héctor Solanas Pacheco, y fue recibido inmediatamente. La conversación se prolongó por espacio de media hora, aproximadamente, y minutos después el general Solanas Pacheco se trasladó a la Casa de Gobierno, donde trasmitió la novedad al doctor Vítolo, que además de la cartera de Interior estaba a cargo, interinamente, de la de Defensa Nacional. Posteriormente el secretario de Guerra regresó a su despacho, habiendo trascendido que se había designado juez de instrucción militar para hacerse cargo del sumario respectivo. El teniente coronel Quijano Semino fue detenido e incomunicado en su domicilio, hasta que prestó declaración ante el juez.

PROBABLE JUICIO POLITICO

Se comentó en el Congreso sobre las probabilidades que existían de iniciar juicio político al vicepresidente de la Nación, doctor Gómez. El tema no fue considerado en la reunión del bloque de diputados de la mayoría, pero varios legisladores consultaron los antecedentes y la doctrina sobre esa clase de procedimientos de ambas Cámaras sobre la materia.

RENUNCIA DEL VICEPRESIDENTE

MARTES 18. — Con la renuncia que el vicepresidente de la Nación, doctor Alejandro Gómez, firmó en el recinto de sesiones del Senado, culminó la crisis política producida en el seno del gobierno, cuando el vicepresidente planteó al primer magistrado la cuestión sobre la conducción del país y se refirió a un complot contra las autoridades.

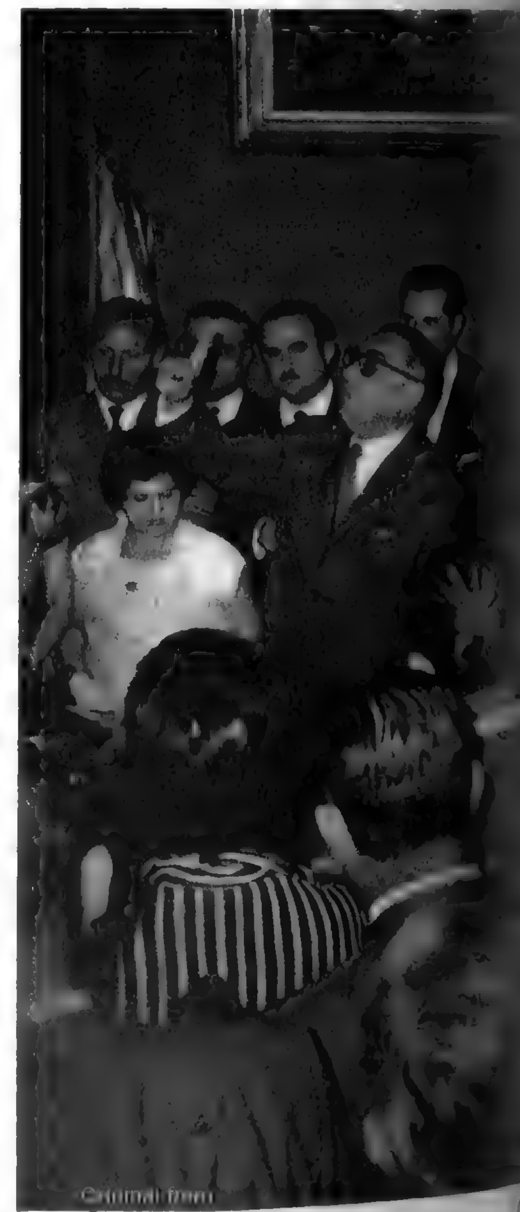
TEXTO DE LA RENUNCIA

"Al Honorable Congreso de la Nación: Elevo a ese cuerpo mi renuncia indeclinable al cargo de vicepresidente de la Nación, conque la ciudadanía argentina me honrara el 23 de febrero de 1958.

"Vuelvo así al seno del pueblo con la misma dignidad y la misma modestia que es característica del hombre argentino.

"Llevo intactos el amor a mi patria, la fe en su destino y la confianza de que estas horas difíciles serán salvadas sin detrimento de las in

El vicepresidente Gómez, evidentemente agitado, formula declaraciones a la prensa en su despacho del Senado, momentos antes de entregar su renuncia.



tuciones democráticas, a las que dediqué mi da.

"Por circunstancias que me son totalmente aje- as he padecido terribles dolores morales, y agra- esco a Dios el no haberme abandonado, permi- endo que mi espíritu los superase con serenidad.

"El pueblo juzgará la conducta de un hombre al a sus ideas y apasionado por las causas de u partido.

"Dios guarde a vuestra Honorabilidad.

Alejandro Gómez".

"VUELVO A PIE COMO LLEGUE"

El doctor Gómez se retiró del Congreso y un grupo como de cien personas lo acompañaba cuando cruzaba la calle Rivadavia. Los balcones del palacio estaban colmados de funcionarios y de empleados, quienes prorrumpieron en aplausos y exclamaciones. Al confundirse en un abrazo con el vicepresidente del Senado, señor Guzmán; a quien momentos antes había entregado la renuncia, dijo: "Me voy de esta casa con la misma emoción conque entré. Vivo el momento más glorioso de mi vida. Me siento acompañado por el cariño del pueblo; mujeres, hombres y niños rodean mis pasos por las calles, y los besos de estos últimos han sido un bálsamo al intenso dolor que soportó este hombre en la función que cumplió con ejemplar honradez. Mi nombre pasará a la historia, porque el martirio que he experimentado alguien lo va a recoger y ha de trasmitirlo a otras generaciones, para que nunca más se haga con nadie semejante infamia. Vuelvo a pie, como llegué". ◆

El doctor Gómez entrega su renuncia al senador Benjamín Guzmán, pronunciando breves palabras de despedida.



La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del ARCHIVO GENERAL DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTORICO NACIONAL, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.



H. A. HERNANDO SUAREZ (Capital Federal). — A raíz del artículo sobre Francisco Canaro (Nº 17), nostálgicamente recuerda que "el Pigall" era el cabaret Royal Pigall, similar a los ya —como aquél— desaparecidos Casino Pigall, Maipú Pigall, Casanova Pigall, etc. Rectifica este lector diciendo que Canaro, ahí, trabajaba en carácter de violinista, y no como director de orquesta; que por un copetín de un peso en la sección vermouth y veinte pesos a la noche (servían champagne francés), en el primer piso "se escuchaban los tangos de Canaro". El debut de éste en la sociedad porteña fue en el palacio San Martín, hoy Círculo Militar, propiedad de don Ezequiel Paz y doña Zelmira Zaldarriaga. Los Paz Anchorena "eran otra familia, que nada tenía que ver con la de don Ezequiel Paz"; en tanto que éste, dueño y director de La Prensa, "cada vez que viajaba a Europa, una vez por año, llevaba consigo una vaca lechera para tener leche fresca todos los días".

Transmitimos a nuestro colaborador Justo Piernes, las aclaraciones aquí reseñadas.

BENJAMIN V. MENDEZ (Salta). — Escribe para señalar errores y contradicciones. Sintetizamos los mismos:

Nº 13 ("Ultimos Años del Presidente Olvidado"). Una carta de Derqui a su hijo Simón está fechada en octubre de 1867. Empero, líneas antes se había dicho que Derqui falleció el 5 de setiembre de 1867.

Nº 16 ("La Vida Secreta de San Martín", y otros). Enrique de Gandía sostiene que "no es posible seguir repitiendo que San Martín estudió en el glorioso Seminario de Nobles, de Madrid. Los registros de alumnos no mencionan su nombre". Pero, en la Cronología de pág. 79 se dice: "1786: Ingresa en el Seminario de Nobles, de Madrid". En dicha Cronología se omite citar "el histórico abrazo con Belgrano en la posta de Yatasto, el 20 de enero de 1814, entrevista a la que habría asistido Güemes", como asimismo la entrega del mando del Ejército del Norte. Al pie del retrato del padre del Libertador se lee: "José de San Martín", en vez de "Juan de San Martín". Al hablar de Manuel Rodríguez, uno de los agentes secretos de San Martín, en tanto que en la pág. 28 se le da por muerto a manos del oficial hispano Antonio Navarro, en la 33 se le hace aparecer como asesinado por sus connacionales en Tiltil. El lector Méndez sostiene, en cambio, que "cuando O'Higgins ordenó su detención... sus guardianes, los chilenos, lo ejecutaron en el camino".

Agradecemos las observaciones del lector Méndez.

MARIO A. NAVARRO DIAZ (Capital Federal). — Rectifica al autor de "La Destrucción de Mendoza" (Nº 17), Raúl Marcó del Pont, cuando éste pone en duda la sinceridad del dolor sanjuanino ante aquel drama y sostiene que las relaciones entre los gobernantes (de Mendoza y San Juan) eran de tirantez. Más aún al leer que, enterado el gobierno de San Juan del desastre mendocino, lo festejó alegremente. Apoyándose en documentos existentes en ambas provincias y en el libro que, sobre el tema, escribió la señora madre del lector ("Olvidados y Narraciones"), éste afirma que el gobernador sanjuanino coronel Díaz de Oro, nomás llegó a su casa un espantado mendocino, hambriento y las ropas hechas jirones, con la noticia del terremoto, "redacta su pedido de ayuda a la H. Cámara Legislativa de la provincia... por estar el gobierno agobiado por urgentes necesidades y no contar con recurso alguno", y la Legislatura de inmediato "sanciona una ley que lo autoriza a disponer de 10.000 pesos de las rentas públicas y movilizar las fuerzas que estime conveniente para hacer guardar el orden y cuidar los intereses de aquella ciudad (Mendoza)". Díaz de Oro "mandó que trajeran de su propia finca de Pocitos va-



cunos, ovejas, pasto, harina, bolsas de trigo, etc., y la caravana partió con comestibles, carpas, colchones y frazadas. En la misma iba uno de los hijos del gobernador, de sólo 17 años de edad". Las relaciones entre este gobernador y su colega de Mendoza, D. Laureano Nazar, "fueron de suma cordialidad, tratándose de estimado compañero y amigo en la correspondencia habida".

Gustosamente damos cabida a las aclaraciones del lector Navarro Díaz.

RICARDO VILLADA (Córdoba). — Nos escribe en relación a "La Traición a la Revolución del 90" (Nº 17), por dos errores que desea salvar: 1º) Se llama al doctor Manuel D. Pizarro el Payo, "cuando éste nada tenía de tal"; 2º) Se afirma que el general Manuel J. Campos traicionó a la Revolución, y este lector —que oyó hablar a aquél de la misma "con entusiasmo y sinceridad"— afirma que "si el general estaba en traicionarla, hubiera mandado a su hermano a otro lugar menos expuesto a morir, y no lo hizo".

El senador Manuel D. Pizarro, conocido como "el León" y también como "el Payo", era, según las descripciones de la época, muy rubio y de tez blanca y muy sanguínea. La circunstancia de existir un pariente con el sobrenombre de "el Payo", contribuiría a pensar que estas características físicas pudieran ser un rasgo de famila.

En lo que se refiere a la "traición" de Campos, reiteramos lo dicho en la respuesta al lector Héctor M. Campos. El título de la nota no se refiere a la actitud individual de nadie, sino que da una explicación a lo que se conoce bajo el nombre de "traición a la Revolución del 90". De la explicación dada surge que la etapa final de la revuelta y su fracaso fueron digitados por el general Roca, con mucha habilidad y muy pocos escrúpulos. El general Campos, mitrista y patriota honesto, se sublevó contra el gobierno de Juárez y volcó su influencia en pro del acuerdo del 92, y lo hizo sabiendo los riesgos que corría. No se pone en duda la sinceridad de su posición antijuarista y tampoco que siempre prefirió, a una presidencia Alem como desenlace, una presidencia Mitre, y por ello luchó. Resulta obvio destacar que creía en Mitre como solución nacional, y no porque le conviniera a él.

OCTAVIO RUIZ (Rosario). — Respecto al suplemento del Nº 17 ("La Raza Negra en el Río de la Plata"), sostiene: 1º) Antonio Ruiz, "Falucho", nunca existió. Es sólo "producto de la imaginación del general Mitre"; 2º) Entre nosotros, "los negros esclavos eran tratados con bastante consideración", y el que se compraran y vendieran no significa que aquí recibiesen "el trato inhumano de allá" (el lector se refiere a Estados Unidos). Por otra parte, "la venta no siempre era una crueldad, porque muchas veces con el cambio de amo salía el esclavo ganando"; 3º) Ante el fusilamiento de Lorenzo Barcala por orden de Facundo, el lector lo fundamenta en que éste, "nada condescendiente y blando", quizás se sintió justificado porque "después de haber estado con el ejército federal a las órdenes de Facundo, se pasó (Barcala) al bando unitario, faltando, tal vez, a la palabra empeñada".

Trasladamos a nuestro colaborador Bernardo Kordon las sugerencias del lector Ruiz.

ALFREDO MASON SMART (Capital Federal). — Escribe para rectificar al lector Jorge Félix Gómez ("Lectores Amigos", Nº 17), y de su carta extraemos algunas frases: "Negar que el movimiento de obreros de la Patagonia fue un movimiento que representó el problema de los jornaleros de aquellas inhóspitas tierras, es mostrar una ceguera total hacia las cuestiones sociales del hombre de campo... David Viñas en su libro «Los Dueños de la Tierra», describió el verdadero significado de dicho movimiento... Los peones dormían en galpones sobre cueros (a veces hasta sarnosos) y la paga era inadecuada". Agrega: "La única diversión era ir «al boliche» o a la casa pública por lo que se decía que iban «a tirar la plata». Eran tratados como seres inferiores, desempeñando el papel denigrante de semi-esclavos". El lector, significativamente, aclara que la proveeduría (adonde acudían los peones con sus vales, que con éstos eran pagados) se llamaba "La Importadora y EXPLOTADORA de la Patagonia", y

también que no sólo circulaba moneda chilena, sino inclusive británica, aunque "nunca valió tanto la cabeza de un indio, al que le cortaban las orejas o los testículos". Y concluye con estas palabras: "Ese movimiento auténticamente obrero fue cegado en sangre y se hizo gala de una barbarie sin igual para acallar el grito de justicia de un sector del pueblo argentino, sojuzgado por los terratenientes poderosos de la Patagonia".

HECTOR M. CAMPOS (Capital Federal). — El artículo "La Traición a la Revolución del 90" (Nº 17), provoca su airado reclamo a nuestro colaborador Adolfo Casablanca, sosteniendo la integridad moral absoluta del jefe de la misma, general Manuel J. Campos, "que a su brillante foja como soldado y ciudadano añadió el más absoluto desprecio por las lisonjas del puesto y la fortuna". Así fue señalado por Mariano de Vedia y Mitre en su libro "La Revolución del 90", y el diario La Nación, fecha 16 de diciembre de 1908, cuando dijo: "Fiel a la disciplina militar... mantuvo siempre una conducta personal de absoluta independencia en la marcha política de la Nación. La patria siguió siendo la inmutable deidad de sus ensueños y de su culto".

La actuación pública de los hombres en episodios que hoy consideramos históricos, autoriza al investigador a analizar y explicar su conducta en base a documentos y otros elementos de juicio a los que el método histórico da validez. No cabe por ello tener en cuenta en la polémica planteada los sentimientos heridos de un descendiente y, menos aún, la amenaza de un proceso judicial.

En el único aspecto que nos interesa la carta del lector Héctor M. Campos, éste no aporta nada nuevo en torno a la participación del general Manuel J. Campos en la Revolución del 90. Menciona sí a sus parientes de actuación en el bando rebelde, ignorando a los que militaron en el gubernista, guiados por el mismo espíritu patriótico aunque con un criterio político distinto.

El título de la nota responde a una vieja versión, nacida en las mismas jornadas del Parque, de que la Revolución había sido traicionada, ya que de otra manera no se explicaba su fracaso; al intentar explicar esta frustración surge como figura clave la del jefe militar del Parque, al que suponemos dando en la oportunidad el primer paso hacia el acuerdo Mitre-Roca del 92. El telegrama transcripto en la nota del propio Campos autoriza, entre otros elementos, esta conjetura. La palabra traición sólo se aplica a Campos entre comillas, por lo mucho que se ha hablado de ella, pero el autor de la nota ha creído más razonable la actitud de Roca traicionando a su concuñado, y a buena parte de su partido, haciendo posible una revolución que ya no era viable tras la delación de Palma. Fue fácil hacer entrar a Campos en ese juego, ya que él creía "con toda la honestidad de su patriotismo, que Mitre era la gran solución". Campos no fue alemnista entonces ni radical después, sino acuerdista en el 92 y mitrista siempre, y eso no es un pecado, y menos en un hombre con la foja de servicios que ha reseñado el lector.

OMAR MATTAROLLO (Capital Federal). — Sostiene enfáticamente que el general San Martín nunca fue masón, contradiciendo así a nuestro colaborador Enrique de Gandía (Nº 16, "La Vida Secreta de San Martín"). Y aclara "algunos pasajes de su vida, que muestran su catolicidad". De ellos extraemos que la madre del Libertador, doña Gregoria Matorras, "que quiso ser amortajada con el hábito de Santo Domingo", guió sus primeros pasos en la religión. En San Lorenzo "hizo rezar varias misas por las almas de los caídos". Asistía a misa todos los domingos "mientras fue gobernador de Cuyo". Obedientes a su orden, "todos los jefes y oficiales recorrían las iglesias de Mendoza", y en 1814 "nombra Patrona del Ejército a la Virgen del Carmen", etc., etc. Así, de acuerdo al lector, en todos los actos de su vida privada y oficial, hizo gala nuestro Héroe Máximo "de la más acrisolada e insobornable fe católica, apostólica y romana".

En este mismo ejemplar responde nuestro colaborador Enrique de Gandía a varios lectores que, en números anteriores, trataron el tema que preocupa al lector Mattarollo.

ENRIQUE DE GANDIA (La Lucila). — "Estas observaciones, correcciones o puntos de vista son hermosos signos, reveladores de un interés cada día mayor por los problemas de nuestro pasado". Así comienza nuestro colaborador Enrique de Gandía, su respuesta a varios lectores que en el Nº 18 manifestaron disconformidad por ciertas frases de "La Vida Secreta de San Martín" (Nº 16).



A Jorge Alvarez Uliarte, que no cree que San Martín era masón, o al menos perteneciente "a una masonería en el sentido condenado y condenable de esa designación", y que la masonería del tiempo de San Martín "no se oponía al d o g m a católico": "Recomiendo la lectura de mi libro «San Martín: su Pensamiento Político» (Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1964), donde podrá ver explicadas las razones por las cuales San Martín, gran volteriano, fingió tanta devoción. España había caído en un liberalismo anticatólico y los americanos, para obtener la adhesión de Roma y hacer reconocer su independencia, extremaban sus muestras de catolicismo. Las cartas de San Martín, tanto tiempo ocultadas, nos descubren las burlas y el desdén que tenía para el catolicismo... C u a l q uier historiador sabe que la masonería era masonería desde muchos siglos antes. La masonería f u e condenada por los Papas Clemente XII (1738), Benedicto XIV (1751), Pío VII (1821) y León XIII (1825). Los Papas Gregorio XVI y Pío IX repitieron las mismas condenaciones... San Martín nació en 1778 y actuó casi un siglo después de la primera condenación. Era más condenada y condenable entonces que ahora, en que la Iglesia y la masonería parecen tolerarse mejor... Por otra parte, las «Memorias» monumentales del general Tomás de Iriarte... no dejan dudas acerca de estos problemas y el indiferentismo religioso de San Martín. Podemos decirle al lector Alvarez Uliarte, en confianza, algo que le agradará: «Ojalá usted tuviera razón»".

A Jorge Oscar Sule, que toca lo relacionado al año de nacimiento de San Martín y "su amistad" con Rosas: "La genealogista eminente Hubertina de Gomensoro Moyano, encontró en la Calera de las Víboras, Uruguay, la partida de bautismo de María Elena de San Martín y otros documentos relacionados con su familia". Al ser publicados, el doctor José Pacífico Otero, que afirmara ser el año 1777 el del nacimiento del Libertador, "reconoció su error pocos días antes de morir. Yo estaba al lado de su cama y le escuché su pena por haber conocido únicamente una copia de la partida presentada en España por María Elena. La joven —al fin mujer— había falsificado su partida para parecer un poco más joven... El descubrimiento del original ha terminado con todas las dudas: San Martín nació en 1778...". En lo relativo a San Martín y Rosas, "repito que aquel creyó que Rosas defendía la independencia argentina... por la sencilla razón de que las naves extranjeras no vinieron a atacar la Argentina, sino a defender la independencia del Uruguay, invadido... por Rosas. San Martín se hallaba enemistado con muchos unitarios... pero más temía y odiaba el federalismo. «Me muero —decía— cada vez que oigo hablar de federalismo». Llegó al sacrificio insuperable de ofrecerse a Rosas para defender la patria y le legó su sable, en su testamento, por creer que la había defendido; pero nunca estuvo de acuerdo con la política federal ni rosista, que detestó profundamente. He aquí el sentir de San Martín respecto al gobierno de Rosas y el porqué no volvía a su patria (carta de San Martín a don Gregorio Gómez, del 21 de setiembre de 1839): «Es con verdadero sentimiento que veo el estado de nuestra desgraciada patria, y lo peor de todo es que no veo una vislumbre de que mejore su suerte... Yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas, cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados de nuestro país; por otra parte, el asesinato del doctor Maza me convence que el gobierno de Buenos Aires no se apoya más que en la violencia». Creo que la polémica está terminada —razona nuestro colaborador—, y estuve bien en lo cierto cuando escribí lo que escribí".

TODO ES HISTORIA Nº 19. NOVIEMBRE DE 1968. Editores responsables: HONEGGER S.A.I.C. Director: Félix Luna. Redacción, administración y talleres: México 4256. Teléfonos: 90-9118 (redacción) y 90-8354 (administración). Registro de la Propiedad Intelectual Nº 928451. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribución interior y exterior: SADYE S.A.I.C., Belgrano 355, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO — TARIFA REDUCIDA — CONCESION Nº 250

visión latino-americana del mundo y de la ciencia

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO

GRAN OMEBA



UD. DEBE CONOCER LA VERDAD histórica y científica

Será su diccionario ilustrado de constante consulta porque es AGIL, MODERNO Y UNIVERSAL, y muy especialmente **destaca** la **historia** de los **pueblos americanos,** su independencia, su cultura, fauna, flora, geografía, personalidades, etc. Desde lo PALEONTOLOGICO y lo ARQUEOLOGICO, hasta la CIBERNETICA y la COSMONAUTICA. Los adelantos científicos y tecnológicos del siglo XX.

Fina y lujosa encuadernación, 8.000 páginas, 280.000 voces. Increíble profusión de láminas, mapas, cuadros y dibujos. Magníficas ilustraciones a todo color

AHORA con extraordinarios planes **presentación** en pequeñas cuotas **mensuales a sola firma.**

SOLICITE INFORMES ENVIANDO ESTE CUPON:



BIBLIOGRAFICA OMEBA
EN TODOS LOS PAISES DE HABLA CASTELLANA

LAVALLE 1328 — TEL. 49 - 0614
BUENOS AIRES — ARGENTINA

Apellido y nombre
Domicilio
Localidad

Bromar Pub.

TODO ES HISTORIA

20

ALTA TRAICION:
SANTA FELICITAS ·

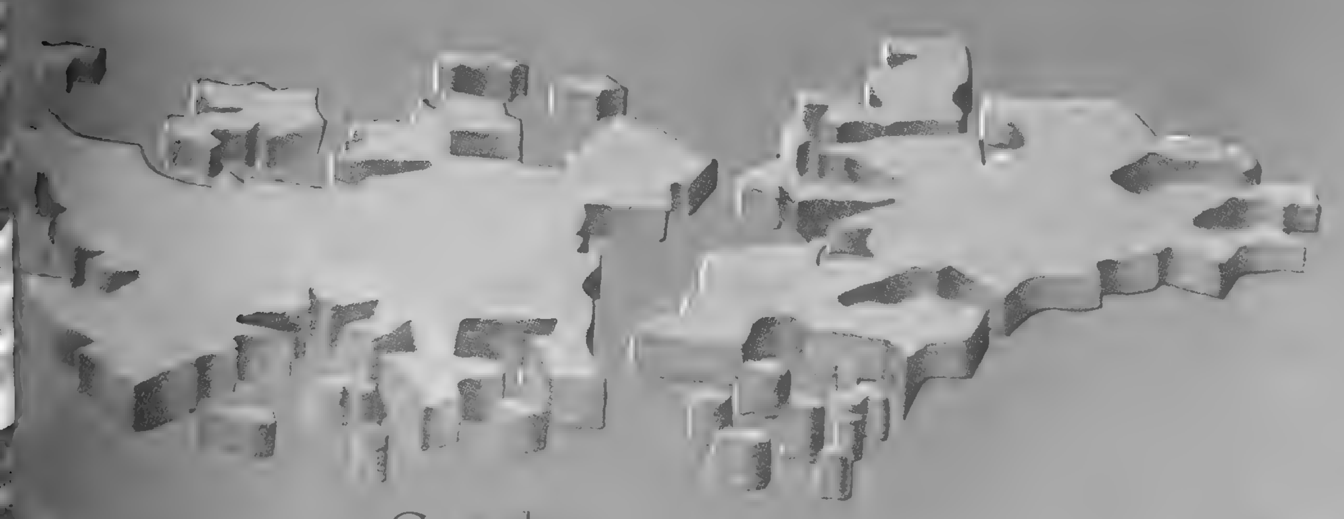
LAS ANDANZAS
DEL CURA BROCHERO

suplemento especial

BAIROLETTO

el último bandido romántico

ANTONIO RIVERO, EL GAUCHO DE LAS MALVINAS



$200

EL MENSAJE ESCRITO ES COMO SU FIRMA

Y usted y su empresa necesitan distinguirse entre todos.
Su correspondencia tiene que tener personalidad, distinción y belleza.
Solo hay una manera de conseguirlo: con la

OLIVETTI TEKNE

En el siglo XX y medio, ya no puede
simplemente hablarse de escritura a máquina.
Hoy se habla de

TEKNESCRITURA



OLIVETTI ARGENTINA S.A.

En el número anterior anunciamos la aparición del primer suplemento de TODO ES HISTORIA: la historia de Bairoletto, "el último bandido romántico", por Hugo Chumbita. La intención inicial de la Dirección fue publicar ese suplemento como un número independiente, iniciando así una serie de aparición eventual. Razones de orden técnico que sería fastidioso enumerar han aconsejado una variante en este temperamento y, en consecuencia, lo que iba a editarse como un volumen separado e independiente aparece ahora incluido en este número, dentro de la serie "TODO ES HISTORIA EN AMERICA Y EL MUNDO", con doble número de páginas que las entregas habituales. Recomendamos a nuestros lectores este notable trabajo y nos felicitamos de poder ofrecerlo incluido en la misma entrega de TODO ES HISTORIA.



El artículo de tapa, correspondiente a esta entrega, se refiere a un enigmático personaje que suscita desde hace algunos años una ardua polémica: el gaucho Antonio Rivero. El escenario de su discutida actuación fue el archipiélago de las Malvinas. No es por azar que se haya elegido esta edición para hablar de alguien que está íntimamente vinculado a los orígenes de la ocupación inglesa sobre esas islas.

En realidad, casi desde la aparición de esta revista nos han llegado pedidos de lectores en el sentido de publicar una nota sobre Rivero. Hemos demorado su aparición por dos razones: en primer lugar, para dar tiempo al encargado de redactarla para que preparara su trabajo con el sosiego indispensable. Y en segundo término, porque deseábamos publicar la nota cuando el tema de las Malvinas cobrara una mayor actualidad.

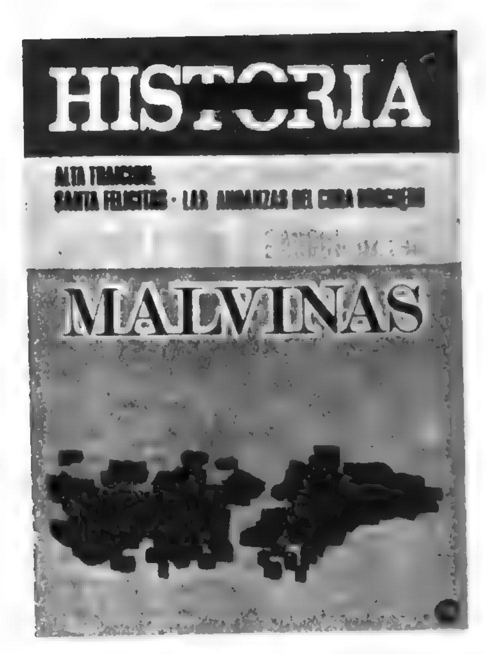
Ello ha ocurrido ahora: es notorio que se encuentran adelantadas las gestiones que culminarán, tarde o temprano, con la devolución de las islas a nuestra soberanía. Imaginamos el júbilo conque los argentinos saludarán el momento en que ese irredento pedazo de territorio se reintegre al conjunto nacional. Pero confesamos que tenemos miedo del proceso previo a ese momento.

Tememos que en la exaltación patriótica que suscitará la recuperación de las Malvinas, nuestro país ablande su posición negociadora. Porque es indudable que Gran Bretaña no entregará gratuitamente las islas: algún precio pedirá en cambio. Tal vez no se traduzca en dinero, pero de seguro será mensurable en compromisos, convenios, concesiones, privilegios o acuerdos. Tememos, entonces, que la legítima ansiedad argentina por reconquistar esas islas nos coloque en una actitud demasiado complaciente frente a las exigencias británicas, mesa de negociaciones por medio.

Si para algo sirve la historia es para no caer en los errores ya cometidos. Gran Bretaña, en sus relaciones con la Argentina, siempre obtuvo de nosotros lo que deseó. Desde el tratado de 1824 hasta el acuerdo Roca-Runciman o el Miranda-Eady, sus hábiles negociadores supieron aprovecharse de nuestras debilidades, nuestra desunión, nuestra vanidad, nuestra torpeza o nuestros metecos. ¡Que no se aprovechen ahora de nuestro patriotismo...! Desde una revista que no tiene compromisos políticos, y cuyo tema es el pasado, queremos alertar a la opinión y a los responsables argentinos de la negociación, para que no permitan que la recuperación de las Malvinas selle, en contraprestación, una nueva línea de dependencia a los intereses británicos que durante un siglo preponderaron en nuestro país.

Creemos que no están demás estas reflexiones, provocadas por la crónica del gaucho Antonio Rivero. Su actuación —cualquiera sea el juicio que merezca— está ligada a una tierra argentina cuyo destino nos preocupa. Y hay fundamentos históricos para dar esta voz de alerta.

EL DIRECTOR



La historia de las islas Malvinas, ese hachazo que nos sigue doliendo en el flanco patagónico de la patria, tiene episodios que se deben aclarar para que los argentinos las recibamos —cuando vuelvan a ser nuestras— con un completo conocimiento de amor.

TODO ES HISTORIA

REVISTA MENSUAL DE DIVULGACION HISTORICA

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir..."

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

AÑO II - Nº 20 DICIEMBRE DE 1968

EDITOR: Honegger S. A. I. C.
DIRECTOR: Félix Luna

Redacción:
MEXICO 4256

SUMARIO

Y TAMBIEN

ANTONIO RIVERO el gaucho de las MALVINAS

por Juan Lucio Almeida

Antonio Rivero, argentino, nacido en Entre Ríos a principios del siglo pasado, gaucho, al parecer analfabeto, audaz y corajudo. Un día llegó a las islas Malvinas contratado por don Luis Vernet, para trabajar en su establecimiento de campo como simple peón. El 26 de agosto de 1833 fue protagonista de un hecho de sangre. No actuó solo; lo acompañaban cinco indios y dos gauchos. Lo escrito sobre el evento y su corolario, quedó en papeles de archivos durante más de un siglo. Escasísima bibliografía menciona el acontecimiento. En ambos, papeles y bibliografía, Antonio Rivero es adjetivado asesino. En la década de 1960, un grupo de argentinos se reúne y proclama: Antonio Rivero no es un asesino; es un héroe nacional. **Se constituye la "Comisión Pro Monumento a Antonio Rivero". El episodio histórico entra en la polémica. El monumento no se hace, y surge un interrogante de dimensión nacional: Antonio Rivero, ¿héroe o asesino?**

Maqueta del proyecto de monumento al gaucho Antonio Rivero, auspiciado por la comisión que tiende a exaltar su memoria.



ANTONIO RIVERO

Es clara, profunda y arraigada la conciencia que todos los argentinos, sin excepción, tenemos de nuestros derechos soberanos sobre las islas Malvinas y de que son parte integrante de nuestro territorio nacional. Hay una abrumadora bibliografía sobre la cuestión de las Malvinas, y todo cuanto pueda decirse referente a lo internacional y jurídico, ya ha sido expuesto por hombres de vasta erudición y relevante prestigio. De todos modos, no podemos entrar directamente a tratar el episodio originado el 26 de agosto de 1833; sería como descolgarnos de entre las nubes y capotar en medio de la selva, aun teniendo conciencia geográfica del terreno que pisamos. Porque la revolución, rebelión, motín, chirinada, sublevación, bandidaje, masacre, o cualquiera sea la calificación que algún día dé la historia a la actitud de Rivero y su grupo, fue una consecuencia de la cadena de causas y efectos eslabonada a lo largo del proceso histórico de América, y específicamente el de las Malvinas. **Hagamos, pues, un racconto, y como en ciertas películas, iniciémoslo con plano general lejano.**

LAS ISLAS MALVINAS

Constituyen un archipiélago con una superficie de alrededor de 12.000 kilómetros cuadrados. De aspecto general montañoso, con sierras bajas, redondeadas y color verdoso por los pastos que las cubren; numerosas lagunas y muchos arroyuelos de corto trayecto; sus costas presentan profundas cortaduras y entradas, con paredes de poca elevación. Consta de dos islas principales: Soledad, al este, y Gran Malvina al oeste, separadas por el estrecho de San Carlos. Hay unas cincuenta islas menores y una cantidad de islotes, que sumado todo completan un conjunto de doscientas. Todo el archipiélago se encuentra dentro de la plataforma continental argentina, a quinientos kilómetros de la Patagonia, frente a la provincia de Santa Cruz y a trescientos noventa de la isla de los Estados.

De acuerdo con las bulas dictadas por el Papa Alejandro VI en 1493, y el Tratado de Tordesillas firmado entre Portugal y España el 7 de junio de 1494, las islas Malvinas se encuentran dentro de la jurisdicción que correspondía a España.

No está probado que Américo Vespucio en 1502, Magallanes en 1519, Esteban Gómez en 1520, Pedro de Vera, de la expedición de Loaiza en 1525, Sarmiento de Gamboa en 1579-1580, hayan avistado las islas Malvinas. La primera noticia documentada sobre su descubrimiento corresponde a la expedición del navegante holandés Sebald de Weert, que con su nave **Geloof**, el 24 de enero de 1600 descubrió y ubicó las islas de la parte N.O. del archipiélago y las bautizó **Islas Sebald**, nombre a veces modificado Sebaldes o Sebaldinas. En enero de 1684, el corsario inglés William Dampier con su barco **Batchelor's Delight** reconoció estas islas. En 1690, el capitán John Strong con el **Welfare**, apremiado por fuertes temporales, descubrió el actualmente llamado estrecho de San Carlos, y en memoria de su protector, Lord Falkland, lo denominó **Falkland Sound**. De este nombre derivó después el de Falkland para la Gran Malvina, y mucho más tarde los ingleses se lo aplicaron a todo el archipiélago.

El primer navegante francés que llegó a las Malvinas fue el capitán Beauchesne Gouin; lo hizo en enero de 1701 con su navío **Phelypeaux**. Los segundos fueron los capitanes Pérée y Fouquet, en octubre de 1704. Otros marinos procedentes de Saint-Malo recorrieron la costa norte de la isla Soledad en 1708. El capitán Brignon al mando de su navío **Encarnación**, exploró con detención el grupo de las Sebaldinas en 1711, y el de más al sudeste, denominándolo islas Nuevas. Tres años después, el ingeniero francés Amadeo Frézier, a bordo del **Mariana** recorrió las Malvinas, y en 1716 publicó un libro con un mapa en el que aparecen señaladas con el nombre de islas Nuevas. El hecho de ser los marinos de Saint-Malo quienes mejor conocían las islas, originó el nombre de Malouines, que más tarde los españoles transformaron Malvinas y, finalmente, los argentinos en Malvinas.

Obedeciendo a sugestiones del comodoro George Anson, en 1749 Inglaterra preparó una expedición y expuso su propósito de explorar el archipiélago. Inmediatamente España reclamó ante la Corte de Londres, y los buques ingleses no se movieron de su fondeadero.

FRANCIA, INGLATERRA Y ESPAÑA

El almirante de la Armada francesa, don Luis Antonio de Bougainville, zarpó de Saint-Malo el 15 de setiembre de 1763 al mando de dos navíos, **Aguila y Esfinge**; cruzó el Atlántico, hizo escala en Montevideo, donde embarcó vacas y caballos, y puso proa al sur; el 2 de febrero penetró en la bahía Anunciación de la isla Soledad; desembarcó gente, herramientas y el ganado; construyó el fuerte San Luis, erigió un obelisco conmemorativo, nombró un gobernador y el 5 de abril de 1764 tomó posesión de las islas en nombre de su monarca, el rey Luis XV. Fue ésta la primera ocupación efectiva de las islas Malvinas.

Egmont, primer Lord del Almirantazgo, dejó documentada la posición de Inglaterra respecto a las Malvinas con la siguiente razón: **Las Malvinas son la llave de todo el Pacífico. Esta isla debe dominar los puertos y el comercio de Chile, Perú, Panamá y, en una palabra, todo el territorio español en el mar.** El 23 de enero de 1765, el capitán John Byron, con sus buques **Dolphin y Tamar** recaló en una bahía de la pequeña isla Saunders, bautizó Puerto Egmont al fondeadero, en honor del primer Lord, desplegó en tierra el pabellón real y declaró que las islas pertenecían a Inglaterra. Cuatro días después levó anclas. Enterado el gobierno británico de los detalles de las exploraciones de Byron, dispuso el envío de una nueva expedición al mando del capitán John Mc. Bride, con el fin específico de fundar un establecimiento en Puerto Egmont. Llevaba instrucciones precisas: **Si se encuentra algún súbdito de nación amiga, debe explicársele que las islas pertenecen a Inglaterra por derecho de descubrimiento (!) y debe dársele un plazo de seis meses para el desalojo.** Mc Bride llegó a

Puerto Egmont el 8 de enero de 1766 con la fragata **Jason**, instaló un pequeño campamento y se dedicó a tareas de meteorología y exploración.

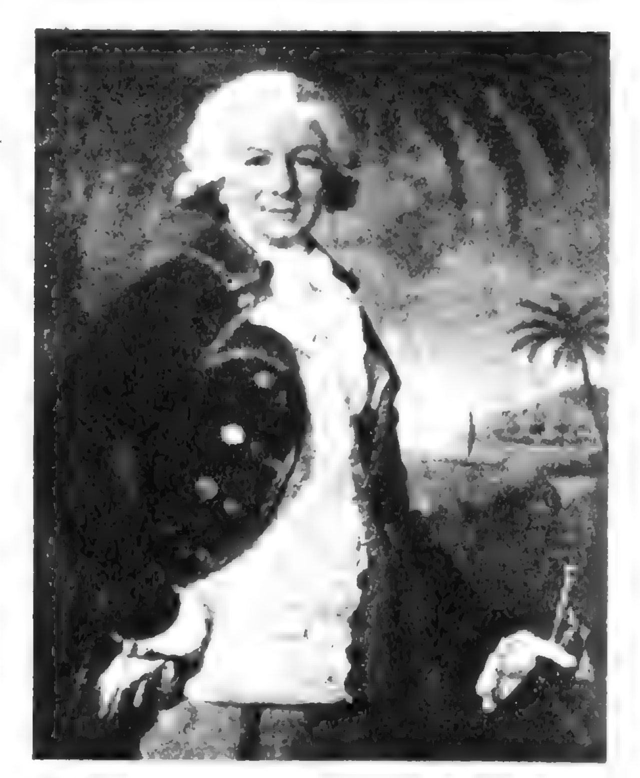
Había, pues, dos establecimientos en el archipiélago de las Malvinas; uno en la Gran Malvina, arbolando el pabellón inglés y otro en la Soledad, izando el francés.

Enterada España de la ocupación francesa de la isla Soledad, inmediatamente reclamó ante la Corte de Francia. El 1º de abril de 1767, Bounganville entregó la colonia, quien relata: "España reclamó estas islas como una dependencia del continente meridional; el rey reconoció sus derechos y recibí orden de ir a devolver nuestro establecimiento a los españoles, lo que se hizo con intervención del gobernador español don Felipe Ruiz Puente, quien comunicó a Buenos Aires y enarboló la bandera de España, que desde tierra y de los navíos saludaron con veintiún cañonazos a la salida del sol".

Les tocó el turno a los ingleses, que habían permanecido en Puerto Egmont sin darse por enterados de la nueva situación. El gobernador Bucarelli destacó al capitán de fragata Fernando Rubalcava con la fragata **Santa Catalina** y dos barcos menores, para desalojar a los intrusos de la Gran Malvina. El 17 de febrero de 1770 el capitán español encontró a la fragata inglesa **Tamar**, al mando de Antonio Hunt, protegiendo las instalaciones de Puerto Egmont. Protestó enérgicamente por la intrusión en los dominios de España y pidió, de palabra y por escrito, el abandono del lugar. Se resistió Hunt, y pretextando derechos británicos sobre las islas, exigió a su vez, en nombre de su soberano, el alejamiento de las naves de España. Rubalcava regresó a Buenos Aires. El 11 de mayo del mismo año zarpó de Montevideo una flotilla de cinco fragatas, tripuladas por mil quinientos hombres y armadas con ciento treinta cañones, al mando del capitán Juan Ignacio Madariaga. El 8 de junio llegaron a Puerto Egmont, y el 10 los ingleses fueron obligados a desalojar la isla.

A Inglaterra le afectó profundamente la forma violenta de la expulsión y la ofensa inferida a su pabellón y al honor nacional. Se creó un ambiente bélico; pero el 22 de enero de 1771, el embajador español en Londres, príncipe de Masserano, celebró un convenio por el que España devolvió Puerto Egmont. Advertimos que España no se desprendió de las Malvinas; ni siquiera de alguna de sus bahías o islas. Quedó bien explícita la pertenencia del archipiélago en la declaración, que termina diciendo: "El príncipe de Masserano declara, al mismo tiempo, en nombre del rey, su señor, que el compromiso de S. M. Católica de restituir a S.M.B. el puerto y fuerte llamado Egmont, no puede ni debe, en modo alguno, afectar la cuestión de derecho anterior de soberanía de las islas Malvinas, por otro nombre Falkland". Se trataba, a lo sumo, de un permiso para que los ingleses mantuvieran un pequeño establecimiento en la isla Saunders; que tres años después, 1774, abandonaron sin requerimiento de las autoridades españolas. Ello, en virtud de un pacto secreto concertado en ocasión de la declaración de Masserano, tendiente a dar satisfacción al orgullo británico.

A partir de entonces España continuó ejerciendo sobre el archipiélago todos los actos inherentes a su soberanía, manteniendo su guarnición en Puerto Luis, o Puerto de la Soledad, por intermedio de la comandancia marítima de Montevideo, hasta el año 1811, en que ordenó su retiro.



El fundador de la colonia de Port Louis, Luis Antonio de Bougainville: el primer poblador francés.

SOBERANIA ARGENTINA

Sabido es que en los albores de nuestra formación como Nación, no teníamos ninguna clase de poder naval. En 1811 hicimos nuestros primeros pininos con una pequeña flotilla, derrotada y disuelta en el combate de San Nicolás. En 1814 la situación cambia radicalmente con la victoria naval de Montevideo. Pero en la guerra por la emancipación nos quedaba mucho por hacer, y recién seis años después fue posible el envío de una fuerza a posesionarse de las Malvinas. La fragata argentina **Heroína**, al mando del coronel de Marina David Jewet, recaló en Puerto Soledad el 6 de noviembre de 1820. El comandante desembarcó con su gente, y en trascendente ceremonia, con todo el rigor de la época, arboló el pabellón azul y blanco en el mástil del fuerte, y lo afirmó con una salva de veintiún cañonazos en presencia de numerosos buques de diversas nacionalidades, ocupados en la pesca de anfibios.

De inmediato, en nombre de la Nación argentina, impuso su autoridad con una circular a los comandantes extranjeros, comunicándoles la absoluta prohibición de pescar en aguas jurisdiccionales, y menos aun desembarcar para matar o apoderarse del ganado existente en tierra.

En 1823 fue designado nuevo gobernador del archipiélago el capitán de milicias, retirado, don Pablo Areguati, con idénticas directivas. Ese mismo año, el general Martín Rodríguez, gobernador de Buenos Aires, a fin de darle impulso

ANTONIO RIVERO

a la colonia de la isla Soledad, concedió treinta leguas de tierra y derechos exclusivos de pesca a don Jorge Pacheco. El capitán Areguati desempeñó su cargo hasta 1829.

DON LUIS VERNET

Nacido en Hamburgo en 1791, cuando tenía catorce años de edad pasó a los Estados Unidos de Norteamérica, donde inició su carrera comercial. Vivió en permanente contacto con gente de negocios y con hombres de mar, con quienes viajó a países de Europa y América. En 1817 llegó a Buenos Aires y dos años después contrajo matrimonio con doña María Sáez, uruguaya. Mantuvo estrechas actividades mercantiles con Pacheco, a quien facilitó importantes sumas de dinero, de manera que cuando éste obtuvo derechos de explotación en las Malvinas, celebraron un convenio. Vernet recibió en pago la mitad de la concesión y formaron una sociedad, cuya dirección asumió el hamburgués. Pacheco había contraído el compromiso de reparar los edificios y baterías de Puerto Soledad y ponerlas a disposición de las autoridades. Los beneficios comerciales vendrían de las carnes y cueros del ganado vacuno. Las haciendas de la isla se habían vuelto montaraces; en consecuencia, había que llevar peonada, caballos y herramientas. Vernet contrató el bergantín *Alerta* y con gauchos escondidos en la bodega, burló la vigilancia de la escuadra bloqueadora del Imperio del Brasil en enero de 1826 y puso proa al sur. Pero al llegar a Carmen de Patagones, donde tenía reunidos más de doscientos caballos, no pudo embarcar ninguno por la acción represiva de la corbeta brasileña *María da Gloria*. Volvió hasta Bahía Blanca, y pese a las dificultades de los bancos de arena, logró acercarse a la costa. Nueva dificultad: la zona estaba copada por los indios. Negoció con ellos y logró el consentimiento para destacar peones hasta Río Negro en busca de caballos. Finalmente embarcó cincuenta.

En junio llegó a las Malvinas. Dos tercios de la caballada embarcada habían muerto en la travesía. El intenso frío reinante y el desolador paisaje cubierto de nieve amilanó el espíritu de los gauchos, pobremente vestidos, que en principio se negaron a desembarcar.

Casi a fines de junio hicieron un reconocimiento de la isla hacia las cumbres del sur y la costa del este. Al regreso de esta exploración, Vernet descubrió un conato de motín que logró frustrar. Y en agosto, un nuevo intento de insubordinación costó ingentes esfuerzos para reprimirlo. Conviene tener muy en cuenta estos detalles que dan la pauta de que, por tal o cual razón, la peonada era decididamente reacia a desempeñar sus tareas en aquella región. También, funesto presagio de acontecimientos posteriores.

COMANDANTE POLITICO Y MILITAR

En 1826 Vernet eleva una presentación al gobierno, solicitando la concesión de todas las tierras que en la isla Soledad no hubieran sido otorgadas a Pacheco, y también la isla de los Estados, a fin de establecer una colonia. Las autoridades de Buenos Aires resolvieron favorablemente con fecha 5 de enero de 1828, con la reserva de diez leguas cuadradas en la bahía de San Carlos. Los colonos quedaban libres de toda contribución.

En agosto del mismo año, zarparon de Carmen de Patagones la polacra *Fiburtina* y el bergantín *Combine* con destino a Puerto Soledad. La primera con treinta negras y negros esclavos, y el segundo con un cargamento de equinos. En 1829 la colonia adquirió vida más activa y robusta: el 10 de junio de ese mismo año el gobernador delegado de Buenos Aires, general Martín Rodríguez, firmó el decreto de creación de la "Comandancia Civil y Militar de las Islas Malvinas y sus Adyacencias", medida complementada con el nombramiento de su titular, don Luis Vernet.

Hasta aquí hemos navegado en mar abierto. Empezaremos en adelante a encontrar las primeras boyas que nos guiarán para una mejor apreciación de los acontecimientos de 1833. Luis Vernet, el flamante primer magistrado del archipiélago, alistó sin pérdida de tiempo el bergantín *Betsy*, embarcó veintitrés colonos ingleses y alemanes, algunos con sus respectivas familias y también la suya propia, con cierta cantidad de muebles, entre los que no faltó el piano; maderas, víveres, herramientas, treinta ovejas mestizas, una vaca con cría para la leche de los niños, cua-



tro cañones, cincuenta fusiles, etc. El 14 de julio ancló el Betsy en Puerto Soledad. Se calculaba que en la isla había alrededor de 40.000 cabezas de ganado y gran cantidad de caballos salvajes.

La esposa de Vernet escribió día por día un diario muy ilustrativo, que abarca desde el 15 de julio al 22 de diciembre de 1829. En él aparecen los primeros nombres de los asesinados el 26 de agosto de 1833: son los de Guillermo Dickson y Mateo Brisbane. El día del desembarco es muy frío; cuando llegan a las casas se encuentra con "una infinidad de negras chicas y grandes" que salen a recibirla con gran regocijo. La primera noticia que la señora tiene de su hermano Loreto, llega acompañada por un asado con cuero muy gordo y sabroso. Van pasando los días, se construyen las casas para los colonos; se desencajona el piano y todos bailan.

Mejora el tiempo y hay paseos por los alrededores; los hombres trabajan intensamente. El domingo 2 de agosto, los negros se visten con sus mejores galas, preparan sus tamboriles y bailan y cantan hasta las doce de la noche. Se establecen interrelaciones con los vecinos: "El pueblo se compone de más de 80 habitantes". El sábado 26 del mismo mes se corren carreras. Loreto Sáez corrió una con Guillermo Dickson, ganó Loreto; el perdedor quedó con sangre en el ojo y pidió la del desquite, que se corrió el lunes por la mañana, y ganó Dickson. El domingo 23 las familias alemanas dieron un baile a los criollos; uno de éstos, que estaba ebrio, tomó un arma cargada y amenazó matar a todos. "Posiblemente se exaltó al ver reunido tanto extranjero en una tierra argentina; fue, sin duda alguna, un precursor nacionalista", imagina Antonio Montarcé Lastra en su Redención de las Malvinas. Vernet lo hizo prender y encerrar en un calabozo. El gran acontecimiento tuvo lugar el 30 de agosto. El día anterior se habían colocado los cañones sobre la barranca, enfrente de la Comandancia. Y anota doña Mariquita de Vernet: "Muy buen día de Santa Rosa de Lima, y por lo que determina Vernet tomar hoy posesión de las islas en nombre del gobierno de Buenos Aires. A las doce se reunieron todos los habitantes, se enarboló la bandera nacional, a cuyo tiempo se tiraron veintiún cañonazos, repitiéndose sin cesar el «Viva la patria». Puso a cada uno en el sombrero cintas con los dos colores que distingue nuestra bandera. Se dio a reconocer el comandante".

No había sido ésta la primera ceremonia de exaltación del fervor nacional. El hermano del comandante, Emilio Vernet, en las anotaciones de su diario correspondientes al 25 de mayo de 1828, relata: "Al salir el sol se tiraron tres cañonazos e izaron la bandera inglesa y la de Buenos Aires; a medio día se tiraron otros tres, y a la noche otros tres. Después de almorzar carne con cuero y tortas que se habían hecho a propósito, tiramos al blanco hasta entrar el sol. La gente organizó un baile en el rancho del tonelero, que duró hasta el día" (Montarcé Lastra, libro citado). Y el 9 de julio se celebró también el aniversario de la jura de la Independencia argentina.

Nos preguntamos si Antonio Rivero habrá estado presente en estos eventos; y la respuesta afirmativa surge de un documento inglés, el Nº 12 del libro recientemente publicado por la Academia Nacional de la Historia. Está firmado por J. J. Onslow, comandante de la Clio, y tiene fecha 16 de enero de 1833. Es una lista de los pobladores de Puerto Soledad; Antonio Rivero figura en tercer lugar con 26 años de edad, nacionalidad argentina, ocupación agricultor y con seis años de permanencia en la isla. Es decir, que habría llegado a las Malvinas en 1827, siendo un muchacho de 20 años. Era uno más del montón, con jerarquía social apenas superior a la de los negros esclavos. No puede pretenderse que su nombre aparezca ni siquiera en el diario de la señora de Vernet, cuando cuenta menudencias hogareñas. Dickson sí, porque era el despensero del comandante; Mateo Brisbane también, porque colaboraba estrechamente con Emilio Vernet, con Loreto Sáez, con el propio don Luis. Los lugares de Rivero eran los galpones de las estancias o los ranchos de la peonada. Lo que no quita que el sentir nacional que haya llevado consigo desde la tierra madre hubiera permanecido vivo en su espíritu, exaltado permanentemente por ceremonias y evocaciones patrióticas que tenían lugar en la colonia. En tal sentido, no es despreciable el aporte del clima emotivo suscitado por la música y los bailes regionales que habrá reinado en su sector en ocasión de los jolgorios. ¡Cómo no soñar con el litoral amado, tan lejano! El hábito de recordar jamás se extingue. La señora de Vernet refiere que todos los domingos, los negros bailaban y cantaban al compás de sus



Plano levantado por el piloto Alex Berlinguer del establecimiento británico de Port Egmont.

ANTONIO RIVERO



tamboriles. Son muy considerables las razones que Montarcé Lastra atribuye a la conducta del criollo ebrio que Vernet hizo encarcelar. El gaucho siempre desdeñó, despreció al gringo. Tanto inglés, tanto alemán, francés, portugués. ¡Tanto gringo!

Pero no todo eran bailes, candombes y cuadreras en la colonia. En la isla abundaba el ganado en estado salvaje; vacuno, yeguarizo, porcino, amén de conejos y la riqueza anfibia. Hay cifras de veinte mil vacunos, tres mil equinos, cinco mil porcinos. La actividad era dura, intensa y continuada. "La población era empleada en la «agarradas» y domesticación del ganado alzado, en la construcción de corrales, ranchos y tambos, en la fabricación de queso y manteca, en el cultivo de las huertas, en la construcción de las casas de piedra, en la matanza de conejos y salazón de pescados, en la caza de anfibios, etc. Sin contar aquellos que, por tener oficio —tales como herreros, zapateros y sastres—, le dedicaban a aquél la mayor parte de su tiempo" (Ricardo Caillet-Bois-Las Islas Malvinas).

La colonia sentó base a la vera de una pequeña caleta con estrecha entrada desde el mar. Empezaba con la Comandancia, seguía el caserío, los ranchos, los corrales, y las estancias hacia el interior de la isla. "El edificio más importante o «Casa Principal» que servía de sede a la Comandancia, tenía unos ochenta pies de largo, con un fondo de noventa y un alto de doce. La parte inferior de sus paredes estaba hecha con cal y piedra, no así el resto, en cuya confección sólo intervenía la piedra y la arcilla. Luego venían una «casita chica llamada del horno» (habitada por el estaqueador de cueros); la «casa de la huerta», construida como la anterior con cal y piedra (habitada por el jardinero de la colonia); cruzando un pequeño puente se desembocaba en una segunda zona de Puerto Soledad, zona que se extendía hasta la misma entrada de la caletilla y que comprendía las siguientes construcciones: en primer término, una casa chica, próxima al puente antes citado, y que servía de habitación al herrero y al pedrero (su material piedra y arcilla) y un poco más distante, otra de mediana dimensión y construida también con piedra, alojamiento de Julio Grossi. En las proximidades se levantaban las casas del cirujano de la colonia y de dos familias, Klein y Hagener (ambas habitaciones hechas con cal, canto, piedra y arcilla). A una distancia mayor, pero siempre en las inmediaciones de la orilla, otras dos casitas (servía una de alojamiento del que cuidaba la hacienda) y, finalmente, más allá del muelle el almacén y habitación del despensero Guillermo Dickson. En total diez casas, de las cuales sólo cuatro poseían techumbre de madera. El resto tenía como cubierta superior, paja o junco de la que estaba abundantemente provista la isla. En el resto de la misma se levantaban «quince casitas de céspedes», utilizadas por los gauchos destacados en el interior para la caza y cuidado del ganado domesticado. Para el ganado, los habitantes contaban en Puerto Soledad con dos corrales amplios y antiguos (uno estaba situado en la entrada del puerto interior, en el lugar donde se levantara un viejo fuerte español, entonces en ruinas); otros dos corrales existían en la sección sexta (Estancia del Sud); otro en el Rincón de Oviedo y cinco más, de reciente construcción, distribuidos en otros puntos de la isla" (Caillet-Bois, obra citada).

Esta descripción obedece a la colonia del año 1831, cuando el núcleo de residentes fijos era de un centenar y medio de personas, compuesto por alemanes, franceses, norteamericanos, ingleses y sudamericanos, incluidos unos veinticinco gauchos y cinco indios. Pero ocasionalmente, con el agregado de la gente de los barcos que recalaban en la isla, población fluctuante, el número de habitantes superaba los trescientos. La gente de mar constituía una suerte de corporación humana que no conocía otra ley que la del más fuerte: era la que agrupaba a los loberos. Calaña de individuos carentes totalmente de principios, corrompidos hasta la médula, que para el desarrollo de sus duras faenas se constituían en un lobo más, viviendo meses en las cuevas de los roqueríos pelados mar adentro, guarecidos en refugios de lona o dentro de alguna pipa vacía; su mayor lujo lo disfrutaban cuando en alguna islita construían una cucha en medio de los pajonales.

Tenemos ya una ligera imagen del escenario y del medio humano en que vivió el gaucho Antonio Rivero desde los veinte años de edad.



10 de junio de 1770: la flotilla española rompe el fuego contra la flota inglesa para expulsar a los intrusos de las Malvinas.

...Y UN DIA LLEGO LA "LEXINGTON"

Precisamente, la actividad y proceder de los loberos fue el comienzo de la destrucción de la colonia que, bajo la recta dirección de Luis Vernet, había entrado en plena prosperidad. La zona estaba infestada de estos filibusteros que no sólo violaban las disposiciones gubernamentales relativas a la pesca, sino que furtivamente realizaban desembarcos y cazaban el ganado de propiedad privada. Dispuesto a imponer la autoridad de que estaba legalmente investido, Vernet había pasado una circular a los comandantes de barcos extranjeros, cuyo texto es: "El abajo firmado, gobernador de las islas Falkland, Tierra del Fuego y adyacencias, en cumplimiento de su deber, como está expresado en el decreto dado por el gobierno de Buenos Aires el 10 de julio de 1828, encargado de ejecución de la ley respecto a las pesquerías de cuyo decreto se agrega una traducción, informa a usted que la transgresión a estas leyes no quedará, como hasta ahora, sin ser notada. El abajo firmado espera que esta noticia, dada oportunamente a todos los capitanes de barcos empeñados en la pesca, en cualquier parte de la costa bajo jurisdicción, los inducirán a desistir, desde que su repetición los expondría a convertirse en una presa legal de cualquier barco de guerra perteneciente a la República o de cualquier barco que el abajo firmado crea conveniente armar en uso de su autoridad para ejecutar las leyes de la República. El abajo firmado previene a las personas contra la práctica de cazar ganado en las islas Falkland Oriental, siendo el mismo propiedad privada y por inocente que sea el acto en aquellos que no conozcan esta circunstancia, es altamente criminal en aquellos que persisten ilegalmente en ello y se hacen pasibles del rigor de la ley en casos semejantes. Por otra parte, aquellos que estén necesitados de provisiones y refrescos pueden obtenerlos a precios moderados, solicitándolos en la nueva colonia en la cabeza de la Sonda Berkley, donde no se pagan derechos de puerto: la deserción de hombres descorazonados y cualquier ayuda que sea necesaria a aquellos deben requerirse por el abajo firmado. Luis Vernet".

Entran así en escena tres goletas loberas con sus respectivos comandantes: la **Harriet**, capitán Gilberto Davison; la **Breakwater**, capitán Daniel Carew; y la **Superior**, capitán Esteban Congar. Tres piratas con la bandera de los Estados Unidos de Norteamérica.

El 18 de agosto de 1831, tras haber comprobado repetidas infracciones a la circular de la Comandancia. aun con pleno conocimiento, fue detenida la **Breakwater**. Mateo Brisbane, ejecutor de la orden, puso a bordo un pelotón de cinco hombres armados para custodiar la goleta. Dos días después el capitán Carew dominó la guardia con un golpe de mano, y el 21 cazó paño con rumbo a Norteamérica.

La **Superior** había recalado en Puerto Soledad en el mes de enero de 1831; en tal oportunidad se le entregó la circular con las ordenanzas vigentes sobre la pesca. Y desde enero hasta agosto no se dedicó a otra cosa que a la matanza indiscriminada de anfibios en el archipiélago. Con todo descaro, en este último mes, el capitán Congar arribó a Puerto Soledad, donde Vernet ordenó a Brisbane la detención de la goleta.

De ex profeso hemos dejado para este párrafo a la goleta **Harriet**, con su comandante Gilberto Davison, porque la conducta de este discípulo de Judas promovió la secuela de hechos que fue factor desencadenante de la tragedia de las Malvinas. En noviembre de 1830 había recibido la circular, prohibitiva de la matanza de lobos en cualquier punto de las islas y costas de jurisdicción de la Comandancia con asiento en Puerto Soledad. Prometió obediencia, aseverando que se dirigía a las costas del Pacífico. Pero no salió de la zona de las Malvinas e isla de los Estados, y en febrero de 1831 apareció frente a la colonia, mintiendo que en navegación hacia el Cabo de Hornos había perdido un ancla con la cadena y que regresaba para pedirle auxilio a la goleta **Pingüin**, fondeada en la bahía. Pero la goleta. en lugar de ceder un ancla, recibió de la **Harriet** el producto de la pesca mal habida. Tras la maniobra dolosa, Davison zarpó nuevamente con su goleta para una nueva campaña de características similares a la anterior. Un marinero que desertó el 27 de julio lo delató ante Mateo Brisbane, quien puso en antecedentes al comandante de la colonia. Vernet exigió el diario de navegación, y ante la negativa del pirata ordenó apresar el buque. Se hizo la requisa, pero el libro de navegación no apareció. Se interrogó a los tripulantes, y uno de ellos entregó un diario personal

ANTONIO RIVERO

que documentó las andanzas ilícitas de Davison.

Vernet resolvió que el destino final de las goletas apresadas quedaría supeditado al dictamen de las autoridades de Buenos Aires. Entonces Vernet, Congar y Davison, llegaron a un acuerdo según el cual, si el Tribunal de Presas fallaba a favor de la República, el botín de las goletas loberas sería de propiedad fiscal, caso contrario restituido a los piratas. A tales efectos, Vernet se embarcó con toda su familia en la Harriet y el 21 de noviembre de 1831, la goleta al mando de Davison recaló en Buenos Aires. Desembarcados, Vernet se encaminó a las oficinas del gobierno, y Davison al consulado de los Estados Unidos de Norteamérica. Allí, el lobero se despachó a su manera y el cónsul, Jorge W. Slacum, no tuvo el menor inconveniente en creerle todo. De inmediato reclamó insolentemente al gobierno por las medidas tomadas contra sus compatriotas, y negó también a la Argentina el derecho a actuar en las Malvinas.

El terceto estadounidense de matones se completa con la presencia del capitán Silas Duncan, que, comandando la corbeta de guerra Lexington, había llegado al puerto de la Capital ocho días después que la Harriet. En aquella nave, burlando a las autoridades, embarcó Gilberto Davison, y el 9 de diciembre la corbeta de guerra levó anclas y puso proa rumbo al sur.

Cuando el 28 del mismo mes, los colonos de Puerto Soledad vieron que a unas dos leguas de la costa una corbeta arbolando pabellón francés esperaba que el fuerte viento amainara para poder acercarse a tierra, lejos estaban de imaginar la tragedia que se avecinaba. El 31, mientras Mateo Brisbane, mayordomo y piloto de los barcos de la colonia, Enrique Metcalf, representante de Vernet en su ausencia, y el despensero Guillermo Dickson, caminaban por la playa, la corbeta izó la señal de pedido de práctico y navegó hacia el fondeadero; desde tierra, el pabellón argentino respondió al saludo del pabellón francés. Cuando Metcalf y Brisbane pisaron la cubierta de la Lexington, por invitación del comandante, que al efecto había destacado un bote al mando de un teniente, Silas Duncan enfrentó al mayordomo, tratándolo de "pirata y ladrón... que merecía ser ahorcado". Y sin mezquinar ultrajes los declaró prisioneros de su barco.

Durante los veintidós días que permaneció en la isla la corbeta, Duncan desplegó al máximo su actividad bucanera. Al frente de una fuerza de desembarco hizo ocupar los edificios principales, clavar los cañones, incendiar la pólvora, destrozar las huertas, violentar puertas y ventanas, saquear las propiedades particulares. Los bucaneros requisaron casa por casa, hasta apresar veinticinco pobladores a quienes Duncan sometió a interrogatorio para individualizar a los principales culpables de la detención de las goletas loberas. Como resultado de este acto, seis hombres fueron encerrados en los calabozos de la Lexington. Por su parte, Davison, autorizado por el jefe bucanero, se dedicó al saqueo del almacén de Dickson, incautándose de todo cuanto satisfaciera su miserable animosidad.

Pero eso no fue todo; impuesto el terror entre los pobladores, Silas Duncan se abocó al cumplimiento de la etapa de destrucción total de la colonia. Difundió la noticia de que Vernet sería procesado y que al regresaba le esperaba la horca; persuadió a los colonos a abandonar la isla, puesto que habían quedado sin protección contra los buques loberos que, por sí mismos, tomarían represalias ante cualquier traba que se les pusiera para la pesca y les ofreció la Lexington para trasladarse a Buenos Aires, con pasaje gratis. Desanimados, muchos aceptaron el ofrecimiento, mataron las vacas que poseían y regalaron los cueros a Duncan. Así, utilizando la mentira como poderosa arma psicológica, Silas Duncan completó su matonada.

Todo este episodio lo vio y vivió el gaucho Antonio Rivero, en la isla Soledad.

ASESINATO DEL NUEVO COMANDANTE CIVIL Y MILITAR

El 10 de setiembre de 1832, emanado del Ministerio de Guerra y Marina se dio a conocer un decreto de este tenor: "El gobierno de Buenos Aires. Hallándose en ésta el comandante político y militar de las islas Malvinas y sus adyacentes en el mar Atlántico, don Luis Vernet; y no pudiendo aún regresar, ha acordado y decreta: 1º) Queda nombrado interinamente comandante civil y militar de las islas Malvinas y sus adyacentes en el mar Atlántico, el sargento mayor de Artillería don Francisco Mestivier".

El nuevo comandante se había casado con Gertrudis Sánchez el 15 de octubre de 1830 y con ella emprendió viaje quince días después de su nombramiento, a bordo de la goleta de guerra Sarandí, comandada por el teniente coronel de Marina, don José María Pinedo. Y mientras el buque hace la travesía, veamos algunas noticias de cosas ocurridas en la colonia de la Soledad, después de la partida de la Lexington.

Conocemos ya a Mateo Brisbane, mayordomo de Vernet y también piloto de sus barcos; conocemos a Guillermo Dickson, despensero y almacenero del establecimiento. Aparece ahora un tercer sujeto: Juan Simón, el capataz de la peonada, transformado en cabeza principal de los que quedaron al zarpar la Lexington. Brisbane, Dickson y Simón, fueron tres de los cinco que cayeron bajo las mortíferas armas de Rivero y su banda el 26 de agosto de 1833; los otros dos fueron Ventura Pasos y el alemán Antonio Vehingar, alias Warner. Juan Simón, capataz de los gauchos, continuó leal a Vernet y cumplía las tareas que éste le encargara al regresar a Buenos Aires, y ni siquiera la destructora campaña de Silas Duncan minó su voluntad de trabajo. "Nuestro capataz sin embargo de lo sucedido, seguía ocupándonos en los trabajos que le había encargado el señor Vernet, cual fue principalmente, la agarrada de baguales en las sierras y su amance, por cuyo trabajo ganábamos siete pesos plata por cada animal amansado y de freno. Para conservarlos mejor los hicimos pasar a nado, a una isla que hay dentro de la bahía, también una majada de ovejas y algunas tropillas de chanchos mansos...". Pero Simón y su peonada tenían además otra tarea: defender de la voracidad de los piratas los intereses de su patrón. El capitán Keating, de la goleta estado-



Facsímil de los billetes que circularon en las Malvinas, firmados por Luis Vernet: fueron factor de la tragedia.

unidense Dash, en la que también andaba el carancho Davison, se llevó por delante la autoridad del capataz, mató ovejas y cerdos domesticados, y saqueó la pescadería. El capitán del cuter Susannah Ann, desembarcó con parte de su gente y se las agarró a tiros con una tropilla de caballos mansos; mataron dos y el resto se perdió en el campo al huir asustada y mezclarse con los baguales. Los forajidos de la goleta Exquisite, mataron lo poco que quedaba de ovejas y cerdos. El capitán Nash, tras haber ofrecido a Simón un precio por las reses que éste no aceptó, efectuó la siguiente maniobra pirata: en un punto distante de la colonia desembarcó parte de la tripulación y mató ganado indiscriminadamente; allá se fue Juan Simón con lo mejor de su gente, dejando el establecimiento desamparado, y entonces Nash "...vino con su barco al pueblo a forzar los gauchos para que le dieran carne, y para amedrantar a los gauchos echó gente armada en tierra con pistolas y fusiles, y el capitán a vanguardia con el sable en la mano y preguntando por el capataz Simón, que venía a matarlo sabiendo que no estaba, y una mujer que encontraron en una casa la quisieron forzar, teniendo ella que disparar de su casa para que no la forzasen y un gaucho la llevó al campo, que si el gaucho no la lleva la fuerzan o la matan, y diciéndoles a los gauchos que le diesen carne, que si no le daban habían de quemar las casas y habían de sacar todo lo que era del capataz; se fueron a tierra, en la isla mataron diez caballos mansos después que estaban avisados para que no matasen caballos mansos, sacaron los cueros y los llevaron a bordo de su buque y entraron en una casa donde no había gente y sacaron todo lo que encontraron, ropa por lo principal y todos los útiles de cocina, como ollas, jarros, etc., después hicieron fuerza a los gauchos para que le diesen carne y los gauchos, de miedo, le dieron carne...".

Sin embargo de todo esto, Juan Simón se sentía halagado de ser cabeza principal del establecimiento, no sólo por la oportunidad que tenía de demostrar su lealtad a Vernet, sino porque sus miras estaban puestas en su propio futuro. Silas Duncan había asegurado que Vernet no volvería más a la isla, y que todo lo que en ella había pertenecía a todo el mundo; entonces Simón le pidió (y obtuvo) un documento para su protección, "para que como él no se metía con nadie, tampoco nadie se metiese con él". A Simón, hombre analfabeto y de pocas luces, la cosa le parecía fácil: consistía simplemente en cancelar todas las cuentas pendientes con su patrón en Buenos Aires, y luego volver a la isla y embarcar el resto para venderlo en el Brasil. De manera que muy poca gracia le causó la llegada a Puerto Soledad de la goleta Sarandí, conduciendo a bordo a Enrique Metcalf, como representante de Vernet; se disgustó mucho y expresó a su gente que "si no fuese por la tropa que venía, no reconocería para nada la persona que el señor D. Luis Vernet había mandado en la Sarandí para hacerse cargo de sus intereses; que no entregaría a nadie ni los caballos ni los cueros que había acopiado en el establecimiento".

La Sarandí llegó a Puerto Soledad el 7 de octubre, con el flamante comandante político y militar y una guarnición de 25 soldados al mando del ayudante mayor don José Gomila. Tres días después el teniente coronel Pinedo, en una rigurosa ceremonia, hizo reconocer al nuevo titular de la Comandancia y afianzó el pabellón argentino con tres descargas de fusilería de la tropa en tierra y veintiún cañonazos de la Sarandí. Algunos días después Pinedo salió en patrullaje por todas las aguas de jurisdicción de las autoridades con asiento en la Soledad. Regresó el 30 de diciembre. Se encontró conque la guarnición militar que había traído para apoyar la autoridad del comandante, y por ende el afianzamiento de la soberanía argentina en las islas, se había amotinado. ¿Qué había ocurrido? El sargento Sáenz Valiente, encargado del armamento, al frente de un grupo adicto sorprendió en sus propias habitaciones al sargento mayor Mestivier, y en presencia de su esposa, que acababa de dar a luz, lo asesinaron a tiros y a bayonetazos. Mataron además al bolichero Gregorio Sánches y a su esposa. Robaron caballos y ganaron el campo. Incluyendo al sargento, los amotinados eran siete, quienes contaban con la pasividad del ayudante mayor Gomila, que, según Pinedo, "era el primero en consentir a la tropa desórdenes, y que todos los días amenazaba a la tropa que se iba a ir a los cerros con ella e insultaba a la mujer del finado comandante, después de haber sido robada completamente por la tropa del referido ayudante. Gomila se fue a vivir a la misma habitación de ella, y tomándose lo poco que le había quedado festejaba la muerte de su marido, diciéndole que por bárbaro le había sucedido eso...". "Su timidez y cobardía lo pusieron en un estado de confusión tal, que no sabía lo que había de hacer: una prueba de ello es que la prendición de los siete de la revolución es debida al capataz de la isla, el que de motu proprio, trató de hacerlo y solicitó junto con el capitán francés que allí se hallaba, a Gomila para que lo acompañase con algunos soldados... no tuvo valor para ir y admitió ser insultado por los dos y se quedó en las casas..."

Bien armados y bien montados, los malhechores tenían amedrantados a los habitantes de la isla y a los hombres no complicados de la guarnición. Esto se explica si recordamos que el sargento amotinado era el encargado del armamento; las armas que no portaron consigo las descompusieron, e inutilizaron también la munición; y además, todos los días venían al poblado y mudaban los mejores caballos. Así fue cómo Juan Simón, ya no solamente capataz, sino también caudillo de la colonia, reunió a sus gauchos, con-

ANTONIO RIVERO

siguió el aporte de algunos marineros de la fragata ballenera francesa **Jean-Jacques**, incorporó algunos soldados, y con tal fuerza represiva más el absoluto conocimiento del terreno, no tardó en dar caza a los asesinos y encerrarlos en la goleta inglesa **Rapid**, surta en el puerto. Resultó risueño saber que Pinedo designó al mismo Gomila para el cargo de fiscal; pero pronto fue desenmascarado por Simón, Metcalf y varios soldados, y acusado de cómplice de los amotinados. Pinedo arrestó a Gomila y trasladó a bordo todo el armamento y munición de la guarnición. Los maltrechos espíritus de los pobladores de la colonia pensaron que, por fin, podrían disfrutar de un poco de tranquilidad.

Todos estos sucedidos los vio y vivió el gaucho Antonio Rivero, en la isla Soledad.

LA "SARANDI" Y LA "CLIO"

Resulta tremendamente mortificante relatar este episodio y necesitamos realizar un esfuerzo de espíritu para hacerlo en forma objetiva y breve. El caso es que la tranquilidad de la colonia duró menos que una flor.

El 2 de enero de 1833, la fragata inglesa de guerra **Clío** penetró en la bahía de Puerto Soledad. Inmediatamente el comandante de la **Sarandí** destacó dos oficiales, a fin de informarse del motivo de la presencia de la nave de guerra. El comandante inglés, capitán John James Onslow, informó que tan pronto como fondease pasaría a la **Sarandí**, para hablar con el comandante argentino. La conferencia tuvo lugar apenas pasado el medio día. Onslow comunicó que por orden del Almirantazgo tomaría posesión del archipiélago en nombre del rey, por lo que requería que para el día siguiente el pabellón argentino fuese arriado. Pinedo protestó enérgicamente. De acuerdo con las instrucciones recibidas, Onslow redactó una nota intimidatoria y se la entregó a Pinedo. Su texto: "Señor: Comunico a usted que he recibido órdenes de su Excelencia el comandante en jefe de los buques S. M. B. de estación en Sud América, en nombre de Su Majestad, de ejecutar derechos de soberanía sobre estas islas. Es mi intención izar mañana por la mañana la bandera nacional de la Gran Bretaña en tierra, por lo que solicito tenga a bien arriar su bandera y retirar sus fuerzas, llevando consigo todos sus propósitos, etc., que pertenezcan a su gobierno".

Para la situación planteada, Pinedo debía proceder de acuerdo con los artículos 9º y 10º de sus Instrucciones. Dicen: "9º) El comandante de la goleta **Sarandí** guardará la mayor circunspección con los buques de guerra extranjeros, no los insultará jamás; mas en el caso de ser atropellado violentamente y que se le hiciese fuego, llenará en toda su extensión el artículo 41 del Título 4º del Código Naval, que previene que todo comandante de bajel de guerra suelto deberá defenderlo de cualquier superioridad de que fuese atacado con el mayor valor, y siendo una de las ocasiones de guardarlo, nunca se rendirá a fuerzas superiores sin cubrirse de gloria en su gallarda resistencia; por la que si fuese tal que los enemigos no puedan aprovechar el casco, se hará digno de una distinguida recompensa, como todos aquellos súbditos que secundaren su bizarría; lo mismo sucederá en el buque cuyo comandante siguiendo los impulsos de su intrepidez se resolviese a atacar o no excusar fuerzas decisivamente superiores, y las venciere, y cuando combatiendo con ellas varase sobre la costa o por evitarla estará obligado también a defender su bajel con el mayor valor, y a quemarlo, si no pudiese evitar de otro modo que el enemigo lo aprese. 10º) El camandante de la **Sarandí** no podrá retirarse de las islas Malvinas, mientras no le fuese orden competente para efectuarlo".

Pinedo reunió a sus oficiales, expresándoles que estaba resuelto a batirse; todos apoyaron la determinación, excepto Mateo Brisbane, quien manifestó que como súbdito de S. M. B. no levantaría las armas contra su bandera, pero que como piloto práctico cumpliría lealmente con su deber. Referente a la conducta de los suboficiales, hay dos versiones: el segundo comandante, teniente Roberto Elliot, aseguró que unánimemente respondieron que apoyarían a su jefe hasta el último extremo; en cambio, Pinedo informó que todos contestaron que ellos eran ingleses y pertenecían a esa Marina y no podían hacer fuego a su pabellón.

A las diez de la noche dos oficiales de la **Sarandí**, comisionados por su comandante, llegaron a la **Clío** para informar a Onslow que la invasión sería resistida por las armas; se les comunicó que "el comandante dormía y no podía recibir a nadie a esa hora".

Comenzaron, por fin, los aprestos bélicos. Pinedo puso en libertad a Gomila, entregándole armas y municiones para que alistara no solamente a la guarnición de tierra, sino también al capataz Juan Simón con sus peones, en tanto que la artillería de a bordo quedaba lista para entrar en combate a la primera orden. Según el teniente Elliot, "no hubo uno solo que no concurriese gustoso a desempeñar la parte que le tocaba".

A la mañana siguiente el comandante argentino pasó a la **Clío** y presentó una nueva protesta a Onslow; éste ni se inmutó.

Pinedo regresó a la **Sarandí**, ordenó reembarcar a la guarnición de tierra, y comunicó a los colonos que todos los que quisieran abandonar la isla podían embarcar en el buque a su mando. Según sus cálculos, no tenía ninguna posibilidad de éxito en caso de entablar combate. El propio Brisbane, al saber que el pabellón azul y blanco no sería defendido, se permitió decirle: "Yo no puedo batirme contra mi bandera, pero usted, colocando la **Sarandí**...". Pinedo le dio la espalda, sin dejarle concluir la frase.

Después informó en Buenos Aires: "En el momento embarqué los diez y seis soldados que se hallaban en tierra para en caso de ser insultado o atacado, tener con quién defender el buque haciendo izar el pabellón argentino en tierra, ordenando al mismo tiempo que no se arriase por órdenes ninguna, encargando de esto al capataz de las islas D. Juan Simón, al que autoricé por un documento que le di nombrándolo comandante político y militar de las islas Malvinas, cual individuo ha quedado en ellas con algunos hombres, después de esto, a las nueve de

la...". Recordemos que Juan Simón no sabía leer ni escribir...

A las nueve de la mañana del 3 de enero de 1833, Onslow, al frente de un trozo de desembarco, plantó un mástil en una de las casas de Puerto Soledad, y entre redobles de tambores arboló el pabellón de Gran Bretaña. A unos cuatrocientos metros, en el edificio de la Comandancia, flameaba el pabellón argentino: "...se dirigió a él un oficial con un soldado, el que lo arrió... y a los 15 minutos se embarcó la tropa retirándose a su bordo, dejando la bandera izada, y un oficial vino a mi bordo trayéndome la bandera de tierra". Con un mensaje que aclaraba "haberse encontrado esa bandera extranjera en territorio de S. M. B.". La Sarandí zarpó rumbo a Buenos Aires al día siguiente, a las cuatro de la tarde.

En sus instrucciones, Onslow tenía indicado que antes de partir debía encargar el cuidado de la bandera al súbdito británico más respetable; la misión recayó en el despensero Guillermo Dickson. Y el día 14 la Clío levó anclas y zarpó rumbo al Río de la Plata.

Todo esto lo vio y vivió el gaucho Antonio Rivero, en la isla Soledad.

"DRAMATIS PERSONAE"

Antes de presentar el relato de lo sucedido el 26 de agosto de 1833, día en que se cometieron los asesinatos, trataremos de aclarar lo mejor posible el rol que hasta ese momento había jugado cada una de las personas presentes.

Las víctimas:
Mateo Brisbane
Guillermo Dickson
Juan Simón
Ventura Pasos
Antonio Vehingar (alias Antonio Wagner)

Los victimarios:
Antonio Rivero (gaucho)
Juan Brasido (id.)
José María Luna (id.)
Manuel González (indio)
Luciano Flores (id.)
Manuel Godoy (id.)
Felipe Salazar (id.)
M. Latorre (id.)

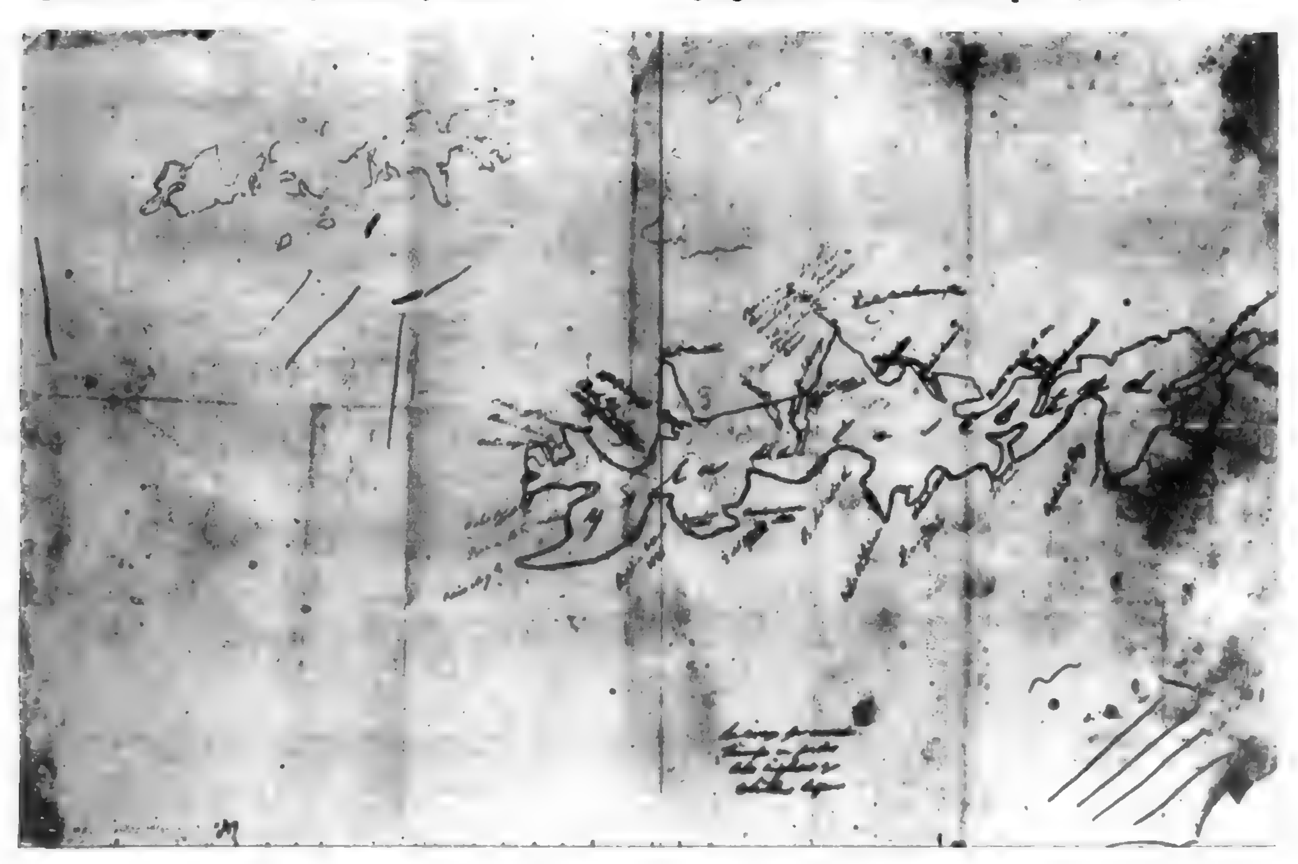
Un relator de los acontecimientos:
Thomas Halaby

Cinco personajes secundarios:
Faustino Martínez (gaucho)
Santiago López (id.)
Pascual Diez (id.)
Manuel Coronel (id.)
Charles Kusler (sastre)

Dos hombres de color:
Antonio Manuel
Honesto John

Además:
Antonia Roxas
Gregoria Madrid
Carmelita con sus dos niños

Veintiséis almas, en total, constituían la población de la isla. A eso había quedado reducida la progresista colonia creada por Luis Vernet.



Croquis de la isla de los Estados, dibujado por Luis Vernet, que dejó destacamentos temporarios allí.

ANTONIO RIVERO

Había también un grupo de residentes accidentales: diez loberos que habían vendido su goleta Unicorn al capitán Fitz Roy de la Beagle, hacía ya varios meses. Ellos eran:

William Low (ex capitán de la goleta)
Henry Shannon
John Stokes
Daniel Mc. Kay
Patrick Kirnen
George Hopkins
Joseph Douglas
Francisco Machado
José Manuel Prado

Los ocho primeros, súbditos ingleses; los otros restantes, sudamericanos, al parecer.

Del grupo de las víctimas, las tres figuras principales resultan Brisbane, Dickson y Simón. De los tres el "legajo" más abultado corresponde a Simón, y parecería que es allí dónde se encuentran las razones que provocaron la rebeldía de Rivero y su grupo.

Mateo Brisbane, aunque súbdito inglés, no tenía porqué sentirse representante legal del gobierno de S. M. B. Hacía ya varios años que estaba al servicio de Vernet; lo hemos visto como mayordomo y piloto de sus barcos; fue apresado junto con Metcalf, por Silas Duncan, cuando atendían el establecimiento, en ausencia del comandante, pero solamente como empleado administrativo de la empresa. Trasladado por Duncan en la Lexington, cuando recupera su libertad regresa a las Malvinas como piloto práctico de la Sarandí, a las órdenes de Pinedo. Ya conocemos su actitud en el episodio de la Clío. A bordo de la Sarandí vuelve a Buenos Aires cumpliendo con las obligaciones de su profesión. El 3 de marzo estaba nuevamente en Puerto Soledad. Llegó a bordo de la goleta Rapid, acompañado por Ventura Pasos y Thomas Halsby, munido de la correspondiente documentación otorgada por Vernet para que asumiera su representación. De inmediato confirmó a Juan Simón en su puesto de capataz. "Venciendo no pocas dificultades acumuladas pacientemente por la naturaleza y por el hombre, Brisbane y los suyos dieron comienzo a las tareas que le fueron encomendadas. Pero los males, cuyos síntomas ya habían aparecido, fueron agravándose, sobre todo porque en lugar de pagar a los gauchos con plata, se les pagaba con papel moneda" (R. Caillet-Bois, Las Islas Malvinas). Brisbane aparece también como firmante de un documento de fecha 25 de octubre de 1831, en Puerto Soledad, según el cual "V. S. (Vernet) podrá contar con nuestro reconocimiento siempre que tome el paso importante que hemos solicitado, y prometemos todos que durante su ausencia observaremos el mismo orden y obedeceremos a las personas que quiera nombrar para sustituirle..." (El Episodio Ocurrido en Puerto de la Soledad de Malvinas el 26 de Agosto de 1833 - Academia Nacional de la Historia). El "paso importante" era el pedido de que la pesca fuese derecho exclusivo de los pobladores. Este documento, además de Brisbane, lo firman Juan Simón, Antonio Rivero, Juan Brasido y otros. Al parecer la situación de Brisbane está bien clara; no representaba ningún interés británico en las Malvinas, ni político, ni comercial. Era sencillamente el representante de Vernet. Ya veremos que Simón, tan agresivo con Metcalf, se subordinó muy complaciente a Brisbane.

Veamos al segundo hombre de la lista de las víctimas: **Guillermo Dickson**. Fue despensero del establecimiento de Vernet hasta su muerte. Es el irlandés que corrió las carreras de cuadreras con Loreto Sáez, el cuñado de su patrón. Onslow le encargó verbalmente el cuidado de la bandera inglesa. Cuando el 1º de marzo de 1833 la Beagle llegó a Puerto Soledad, Fitz Roy destacó un oficial a tierra; allí se entrevistó con Dickson, quien al principio desconfiaba de encontrarse ante un oficial de la Armada inglesa, puesto que, de acuerdo con su apreciación, los botones del uniforme no eran iguales a los de los uniformes de los oficiales de la Tyne, nave que apoyó la operación de usurpación de la Clío. Pero como era un hombre simple —informó el citado oficial a Fitz Roy—, pronto se puso locuaz y manifestó que tenía orden de izar y arriar la bandera cuando llegaran barcos y todos los domingos. Informó también este oficial a su comandante, que al retirarse la Clío y la Tyne, no habían dejado ninguna clase de autoridad británica establecida en tierra. El 26 de marzo el despensero Dickson le escribe a Luis Vernet, informándole que cuando la Clío estuvo en Puerto Soledad, Simón le había dictado una carta (para Vernet) que finalmente no pudo despachar y por tal razón, el capataz la rompió. El contenido era como sigue: "Los gauchos dijeron en mi presencia que ellos no trabajarían más para usted [1] o por cuenta suya, y Simón le replicó a ellos que debían darle cuatro o cinco meses para retirarse o enviar una persona aquí, y que durante ese tiempo ellos debían trabajar bajo sus órdenes y por cuenta de usted, como de costumbre, en lo que todos convinieron a condición de que él, Simón, les pagase tanto en oro como en plata, a cuya proposición consintió Simón.[2] También dijo Simón que a la expiración de los cinco meses, él no tendría nada más que hacer con ellos [3], a menos que quisiesen trabajar bajo sus órdenes como capataz al igual que antes, por cuenta de usted.

Su amigo
William Dickson".

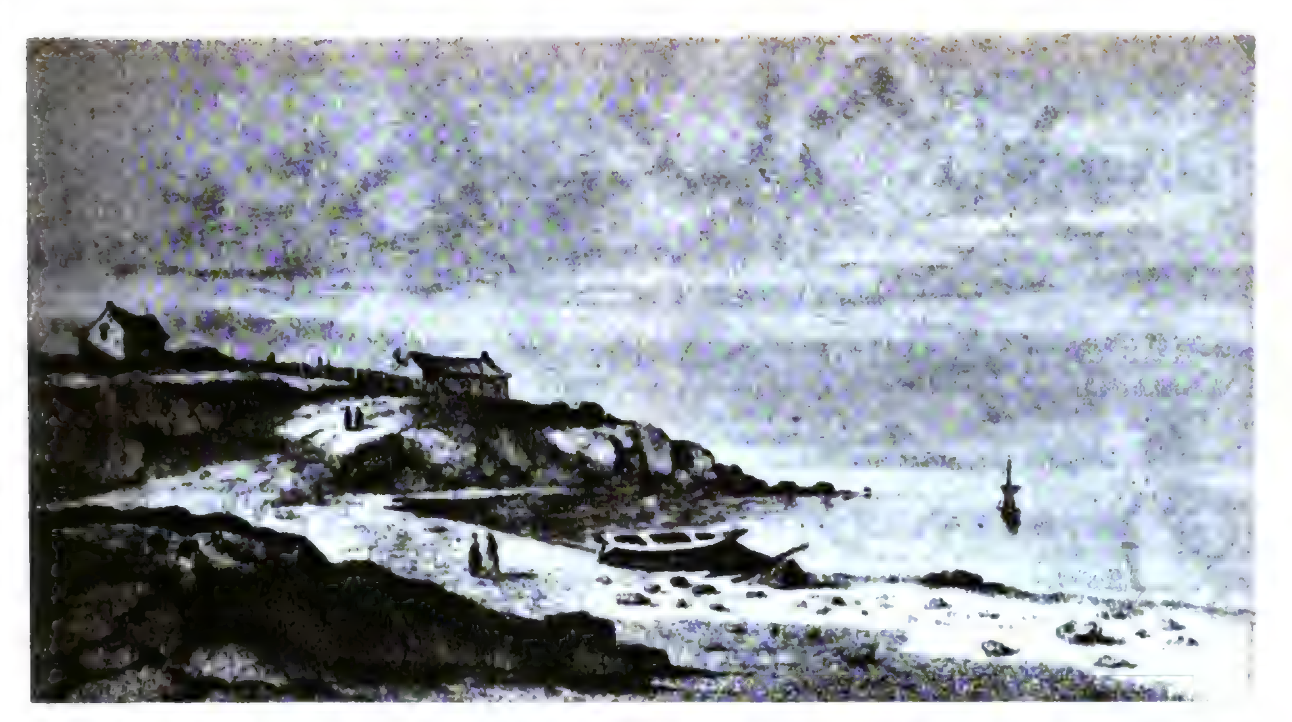
(Las llamadas que aparecen en el texto numeradas 1, 2 y 3, así como los comentarios, fueron agregados posteriormente a la carta de su puño y letra por el mismo Vernet, al tener noticia de los sucesos del 26 de agosto.)

Este texto lo hemos tomado del citado libro de la Academia Nacional de la Historia, que cita como fuente al Archivo General de la Nación,

1 "Ellos no podían trabajar para ningún otro, por cuanto todos los caballos eran míos".

2 "Estando debiendo dinero, que habían recibido adelantado por su futura labor, ellos no tenían derecho a exigir pago alguno hasta que los anticipos hubiesen estado saldados. Pero habiendo sido removidas las autoridades de Buenos Aires, y como las nuevas nos dejaron sin apoyo, cada uno pensó que podría hacer como le gustase: de aquí las exhorbitantes demandas de los gauchos".

3 "Después de la expiración de los cinco meses, tuvo lugar la masacre de Simón, Brisbane, Dickson y los otros".



Colonia de Port Louis en la isla Soledad. Grabado de Frederic Lacroix en una obra sobre la Patagonia, Tierra del Fuego y Malvinas.

S. VII, 2-3-5-, doc. 50/60. Este volumen publica un **Extracto del Diario Atribuido a Guillermo Dickson.** Reproducimos algunas de las anotaciones; son las que más contribuyen a la formación de una imagen del medio ambiente cruel y despiadado en que transcurría la existencia de aquella gente. Empieza el 3 de marzo de 1833, es decir el mismo día en que llegaron Brisbane, Ventura Pasos y Halsby a Puerto Soledad. Para este día anota: "Llegó la goleta Rapid de Buenos Aires, capitán Ross, el H. M. S. Beagle, capitán Fitz Roy, y la barca ballenera francesa Magallan, capitán Dilly; restos de un naufragio en la orilla. **Abril 6, sábado:** El capitán Low y M. Halsby fueron en un bote hasta los restos del naufragio... **15, lunes:** A las 8 a. m. los gauchos salieron al campo en busca de ganado... Juan Brasido figura en la lista para cobrar por haberse hecho cargo de la hacienda... **17, miércoles:** Escuchamos disparos que venían más allá del asta de la bandera... **29, lunes:** Los gauchos se negaron a construir un corral... **Mayo 8, miércoles:** Juan Brasido fue sacado del cargo de encargado de la hacienda... **21, martes:** Los gauchos fueron al campo para hacer el corral... **25, sábado:** Esta noche la muchacha negra Carmen dio a luz un hijo... **26, domingo:** Le di a Simón un poco de alcohol, para que ofreciese a los gauchos como anticipo del bautismo de la criatura, pero después fue insultado y golpeado en su propia casa hasta hacerlo caer al suelo, por una persona llamada Martins (sic); estando ambos un poco achispados; Simón sacó su cuchillo y le cortó la cara a Martins, dándole también una puñalada en el cuello. Yo curé las heridas y volvió por tanto la tranquilidad... **28, martes:** Envié afuera a Simón y a otros dos gauchos más en busca de los desertores del barco **Susannah Ann**, retornando a la tarde con ellos... **Junio 15, sábado:** A media noche murió Domingo Valija, después de una enfermedad de cuatro meses... **16, domingo:** Enterramos a Domingo Valija... **17, lunes:** De la estancia regresó enfermo Coronel (Manuel)... **18, martes:** Antonia volvió de la estancia... **Julio 5, viernes:** Pedro Fermín muy enfermo, y sin esperanzas... **8, lunes:** A las 9 p.m. murió Pedro Fermín, después de ocho meses de padecimientos, seis de los cuales estuvo confinado en la cama... **9, martes:** A las 4 p.m. enterramos a Pedro Fermín... **Agosto 25, domingo:** Se recibió un cuero de buey de la estancia, muerto por algún perro de la gente... **26, lunes:** (en blanco). Fuentes: Public Record Office, Admiralty 1/42".

Con esto cerramos el "legajo" del despensero de Luis Vernet, a quien le habían encargado izar y arriar la bandera inglesa cuando llegaran barcos y todos los domingos.

El tercero en la lista de las víctimas es Juan Simón: capataz, caudillo, comandante político y militar de las islas Malvinas, según el nombramiento escrito dado por Pinedo, y era también "intocable", puesto que obtuvo de Duncan un documento para su protección en razón de que, como él no se metía con nadie, tampoco quería que nadie se metiese con él. En el censo levantado por el comandante de la Clío el 16 de enero de 1833, Simón figura con cinco años de permanencia en las islas, por lo que habría llegado allí en 1828. Como dijimos antes, es uno de los que firmaron el 25 de octubre de 1831 el compromiso de reconocer la autoridad de Vernet. Después del episodio de la Lexington, al ser encarcelados Brisbane y Metcalf, Simón quedó como autoridad máxima; parece que su capacidad para manejar el establecimiento dejaba mucho que desear, y la indisciplina reinante más su actitud frente a Metcalf, dio lugar a la iniciación de un expediente aclaratorio iniciado en Buenos Aires el 6 de febrero de 1833, que lo coloca en una situación bastante embarazosa.

Ventura Pasos declara "...que habiéndole in-

ANTONIO RIVERO

vitado D. Enrique Metcalf (a Simón) viniese a Buenos Aires en la goleta **Rapid**, con los efectos que tenía a su cargo para rendir al señor Vernet cuenta de ellos y cancelarla entre los dos, se negó a todo, diciendo que sólo llevaría de la isla los efectos, llevándolo a él preso...".

Francisco Freyre, que había sido conchavado por el capataz para servirle de amanuense y para llevar las cuentas desde la zarpada de la **Lexington** hasta la llegada de la **Sarandí**, dijo que solamente llevó el debe y haber de los peones por sus jornales, a razón de dos pesos metálicos por cada animal que agarraban. Que el capataz le hizo romper las cuentas de los efectos y dinero de la venta de reses a los buques, pero que él sabía que aquél había vendido muchas reses por dinero y por efectos, ignorando las cantidades. Más de cuarenta hombres de una fragata francesa que zozobró, vivieron como tres meses en la casa de Vernet recibiendo la carne que necesitaban, pero que ignoraba los tratos del capitán de los náufragos con el capataz, "...pero sabe que le dio (el capitán) tres botes balleneros buenos, como cien cueritos de lobo, su propio reloj y varias otras cosas más...". Que cuando Pinedo dijo a Simón que si quería podía irse a Buenos Aires, éste no quiso. Que cuando Metcalf había preparado los cueros para cargarlos en los botes y transportarlos a bordo de la **Rapid** destino Buenos Aires, llegó el capataz, se los quitó y los volvió a acomodar en el depósito de donde habían salido. Que después de los trastornos que había sufrido el establecimiento, Simón se había engreído tanto, que hasta los peones parecían reconocerlo como único patrón, aunque él (Freyre) les decía "...que si no reconocían al representante del señor Vernet, ¿por qué le pedían y recibían dinero y ropas? ¿Por qué no pedían del capataz lo que necesitaban si lo consideraban su patrón?"

Cuando a Mateo González le preguntaron por qué al capataz le habría disgustado tanto el restablecimiento de la autoridad, declaró que después del ataque de la **Lexington** la colonia había quedado abandonada a sí misma, y proclamada propiedad de todo el mundo por Duncan. Simón, entonces, obtuvo una papeleta para su resguardo, y luego resolvió no hacer ningún trabajo hasta ver si Vernet volvía o no a la isla; en caso negativo "regresaría con toda la gente a Buenos Aires llevando los cueros que hubiese, cancelaría todas las cuentas, y después volvería a la isla para cuerear por su cuenta, a cuyo efecto había ya ajustado al declarante y a varios de los peones; pero como no dejaría de reconocer que el restablecimiento de una autoridad impediría la ejecución de sus planes ambiciosos, sería éste el motivo de su disgusto...". También por González nos enteramos que Simón era francés, que vino a Buenos Aires muy pequeño, que hacía muchos años que servía a Vernet, quien le enseñó a trabajar en el campo y en los últimos años lo hizo capataz para la agarrada y domesticación de ganados alzados. Todos los peones deben a Vernet de quinientos a setecientos pesos plata cada uno; eso por culpa del capataz que los tuvo tanto tiempo ociosos; caso contrario podían haber agarrado más de quinientos animales por mes a dos pesos plata cada animal durante nueve meses, y el resto del año emplearse en otros trabajos. Simón jugaba mucho a los naipes con los peones y generalmente ganaba, "de cuyas resultas varios le deben mucho dinero, y a éstos no les ha querido permitir se embarcaran para Buenos Aires en la **Sarandí**, pues quería que primero le pagasen lo que le debían a él, mientras que a los que debían a su patrón les permitía embarcar francamente".

José Báez declaró que cuando Vernet salió de las Malvinas, dejó orden de formar primero una caballada nueva con los baguales del campo, agarrar después todos los animales que pudiesen y armar un gran rodeo de ganado manso. Que indicó al capataz que a la bagualada la agarraran con un señuelo de ganado manso; no obstante, Simón siempre mandaba enlazar, "por más que le decían los peones inteligentes que era muy mal modo de trabajar, que ninguna caballada bastaba para semejante trabajo y que ni al patrón ni a ellos les convenía...". Corrobora lo dicho por González referente de la deuda de los peones a Vernet por culpa del capataz, como también lo que éste ha recibido de los buques. Y cuando le preguntan en qué ocupaba la gente el capataz cuando no trabajaban en el campo, dice que en nada, "que se jugaba mucho a la baraja, juntamente con el capataz, a quien de resultado de esto le debían; a éstos no se les permitió venir en la **Sarandí**".

Son declaraciones quemantes. Invitamos al lector a dar un nuevo vistazo a la lista de los habitantes de la isla en el mes de febrero, teniendo en cuenta que estas exposiciones son del mes de febrero, en Buenos Aires. Rivero y su banda, ¿eran del grupo de peones a quienes Simón no dejó embarcar en la **Sarandí** porque le debían dinero?

A principios de marzo Brisbane, Ventura Pasos y Halsby llegan a Puerto Soledad. Simón es confirmado en su puesto de capataz, y el dos de abril éste le escribe una extensa carta a Vernet. Le da cuenta de las divergencias entre él y Enrique Metcalf, que no mostró ningún papel que legitimara la representación que pretendía. Expresa su desconcierto por cuanto también el comandante Mestivier lo mandaba, y no sabía con quién debía entenderse. Le informa del incidente de los cueros que no le dejó cargar a Metcalf, y lo acusa de haber vendido varias docenas a los marineros del **Rapid** y regalado otras cuantas, "y también robaron platos, cuchillos y tenedores y hasta un cuchillo mío que tenía de trabajar dentro de la misma casa...". Hace reiteradas muestras de su lealtad hacia Vernet, "...no trato de ocultar a usted nada y puede creer que mi corazón no abriga ningún sentimiento contra usted, ni mala intención, antes al contrario de servirlo a usted en todo lo que pueda, y yo soy el mismo que era antes...", así es que no le ha dado cuenta a Metcalf de la carne vendida, ni de las cosas compradas, ni del dinero recibido, porque quería entenderse directamente con Vernet y rendirle a él todas las cuentas. Acusa a Freyre de haber llevado mal las cuentas, que a veces se iba a conejear al campo por cuatro o cinco días y él, como no sabía escribir, debía retener en la memoria lo que daba a los peones;

y un día que se fue al campo y dejó las llaves de la caja a Freyre, éste sacó bebida y se emborrachó con los demás peones.

Informa que antes que Metcalf se fuera para Buenos Aires en la Rapid, se reunieron con Onslow, los tres, en la Clío; el comandante inglés le dijo que siguiera trabajando para Vernet lo mismo que antes, y en eso quedaron de acuerdo. Después, en tierra, Onslow hizo reunir a toda la gente y les tomó nombre y edad y les dijo "que trabajasen cuatro meses por cuenta de usted y mandándolos yo; los peones le dijeron que querían tener un hombre que les pagase y no querían trabajar por papel; me dijo a mí que les pagase en oro o en plata y Dickson era el intérprete de esto; los peones le dijeron también al comandante que después de los cuatro meses y en caso de venir usted o mandar una persona que lo representase, cumplidos los cuatro meses querían trabajar para ellos, y el comandante les dijo que estaba bueno; yo le dije al comandante que no viniendo usted o mandando a alguno que lo representase, pasado el término de los cuatro meses me iba a Buenos Aires donde usted estaba, llevándole los frutos de esta isla; a los dos días después de la llamada de esta gente, lo encontré a Pedro Salinas hablando con el comandante y le dijo Salinas al comandante que él quería repartirse los caballos con todos los peones, y también del ganado que habían trabajado ellos (es curioso que este Salinas no aparece en el censo de Onslow, fechado el 14 de enero de 1833; en cambio, sí aparece en la lista de los peones deudores de Vernet, confeccionada por Metcalf y fechada en Buenos Aires el 27 de enero de 1833: Pedro Salinas debe 415 pesos metálicos, con dos reales); después Salinas habló con Santiago (Santiago López, deudor de 231 pesos metálicos, con 2 reales), y le contó que había hablado con el comandante de esto mismo, y Santiago contestó diciéndole «Vamos a avisar a todos los compañeros y hablaremos al comandante, a ver si podemos conseguir eso», y habiendo yo sabido esto me incomodé con el comandante y le dije que me llevase a mí a Buenos Aires con todos los frutos donde usted estaba, y también le dije que no debía haber dado a los peones la orden que les ha dado; entonces me respondió el comandante que ahora era tarde, que mañana vendría a tierra y nos compondría a todos, y le dije que viniera, con eso le daba dos cartas para entregar a usted, y ese mismo día que había de venir se hizo a la vela al amanecer y no vino más... Vino Santiago esa noche y se puso a hablar conmigo y me dijo que, saliendo una legua de las casas, podía hacer lo que quería de la hacienda que encontrara; le respondí yo que antes que ellos se hicieran dueños de esto, primero me habían de asesinar a mí, pero que estando vivo nadie se había de hacer dueño, y en todo esto iban de acuerdo con Salinas, y me han tenido en cierto recelo y no han hecho nada; también Martínez me dijo que era dueño de las redes y de los botes, y yo le respondí que se



Otra vista de Port Louis por Guillermo Lagdom, publicada en 1841.

ANTONIO RIVERO

abstuviese de tocar nada, que si algo tocaba se atuviese a las resultas; entonces me fui yo a recoger las redes que había dejado Mr. Metcalf tiradas en el agua, en la costa de la bahía, las traje a las casas y las guardé...".

Se lamenta luego por la pérdida de cincuenta cabezas de ganado que se perdieron una noche de temporal, y arremete nuevamente contra Metcalf, que cuando se fue "arrió con todo lo que estaba aquí; no quedó ni un cuero, se llevó hasta los platos, tenedores y cuchillos; y una botella de cristal la regaló al comandante Pinedo...". Le adjunta la cuenta de todas las reses vendidas a los buques; tiene en su poder un poco de plata que entregará a Vernet hasta el último centavo. Metcalf le ha dejado un barril de vino y tres de aguardiente. El vino fue para él; del aguardiente, Metcalf se llevó dos damajuanas en la **Rapid**, y todo lo que quedó se lo ha dado a Dickson para vender lo mismo que antes. Es decir, que aunque encargado de la bandera inglesa, la situación de Dickson no había variado para nada. Además, hasta la llegada de Brisbane, el "representante" del rey de Inglaterra llevó las cuentas del analfabeto capataz de Vernet. Agrega que el capitán Fitz Roy, que se encuentra allí con la **Beagle**, de acuerdo con Brisbane, le ha suplicado vuelva a hacerse cargo del mando de capataz, a lo que ha accedido y queda recibido igual que antes, "...y no le digo a usted más nada de lo que ha ocurrido con Mr. Metcalf porque yo les he dicho a los peones que dieran una declaración de lo que ha sucedido y saben, y en estas declaraciones sabrá usted todo lo que ha pasado en la isla". Se despide con saludos para la señora de Vernet, y a su ruego y por no saber firmar, lo hace Ventura Pasos. Luego agrega:

"P. D.: Aunque le digo a usted en ésta que Salinas se ha comportado mal respecto a lo que hablaron con el comandante de la **Clío**, de quererse repartir de la caballada y de la hacienda mansa que habían trabajo ellos, y querer también trabajar por su cuenta, mas Salinas por lo que hace al trabajo mientras ha trabajado conmigo por cuenta de usted ha sido buen peón, pues no ha faltado nunca a su trabajo, me hará usted el favor de no hacerle saber a él nada de lo que yo le he comunicado a usted con respecto de querer trabajar por su cuenta, pues él va para ésa y dice va a verse con usted; aviso a usted también que Salinas y Mariano fueron los que asesinaron a Telésforo, y suplico a usted que no se le siga ningún perjuicio por esto". Con referencia a ello, la Academia Nacional de la Historia agrega que en el Archivo General de la Nación existe un escrito del capataz Juan Simón que dice: "En el mes de junio —1832— murió asesinado un gaucho llamado Telésforo Moreno, y fue una muerte bien ésta; por ser un hombre muy peleador con los demás y que si no hubiese muerto, habría hecho varias muertes porque andaba por ese tiempo con armas cargadas para matar a otros hombres, y después que falleció la gente andaba sosegada, lo que antes de su muerte tenía a toda la gente en agitación". La fecha indicada está en el período comprendido entre la partida de la **Lexington** y la llegada de la **Sarandí**, cuando Simón era "cabeza principal".

Hemos subrayado "yo les he dicho a los peones que dieran una declaración de lo que ha sucedido y saben", porque tenemos a la vista las declaraciones de Santiago López, Antonio Wagner y Antonio Rivero. Aunque en general son coincidentes con lo dicho por Simón referente a Metcalf (norteamericano, de 28 años de edad, comerciante), por quien tan poca simpatía siente el capataz, ofrecen no obstante, nuevos aportes que ayudan a conformar el panorama de relaciones humanas previo a la actitud agresiva de Rivero y su banda.

Así, por ejemplo, Santiago López dijo que el motivo de haberse paralizado el trabajo en el establecimiento "fue la venida de una fragata americana a esta isla, y de miedo a ella dispararon al campo, mas de día venían a pasear a las casas, mas de noche se retiraban al campo por temor de haberlos corrido una vez, que el único hombre que quedó en las casas fue el capataz con dos peones y un enfermo, que después de la ida de la fragata americana vinieron un



cuter y una goleta inglesa en la mejor estación por ser verano, y que estuvieron dos meses, cuyos buques no se ocuparon en otra cosa que en destruir el establecimiento, matando todas las ovejas y chanchos, que eran un número crecido, como igualmente una grandísima redomada; todos estos animales fueron muertos a bala y los que quedaron dispararon asustados al campo, a los que mandó el capataz buscarlos con la gente, pero fue en vano pues se habían juntado con la bagualada, así se perdió el mejor trabajo; que en esta ocasión ninguno disparó al campo porque el capataz les dijo que era preciso que estuviesen en las casas para el cuidado de la hacienda y de todos los intereses del establecimiento. Que después salió el capataz al campo a buscar ganado para el consumo de la misma gente, llegó después el invierno y no se pudo trabajar, que a más el hombre que cuidaba la hacienda mansa la perdió por descuido, y viendo el capataz la escasez grandísima de caballos y que no había cómo trabajar, mandó a varios peones que trabajasen un corral y zanjeasen, y contestaron no querían porque el sueldo era poco, entonces les contestó el capataz que les aumentaría más y dijeron que no; que también dice es imposible agarrar por volteadas la hacienda por no haber un caballo casi bueno, pues todos los más de los pocos que hay en la isla están malísimos como también son los campos tan malos, pero que se puede agarrar en algunas partes haciendo de ese modo, más habiendo una buena caballada y no con facilidad, que la caballada que hay en el establecimiento hoy día no da más que para montar cuatro o seis hombres y eso es para el servicio". Dijo, asimismo, que después de esto "llegó una goleta americana y empezó a matar los caballos a bala, estando el capataz en el campo con cinco hombres en el servicio de la hacienda, que si él hubiese estado, hubiera muerto primeramente con todos los peones por defender los caballos, y que el mismo día que llegó el capataz con la gente se hizo a la vela la otra goleta, que en tiempo de la **Lexington**, estando en esta isla Mr. Metcalf haciendo las veces de don Luis...", y aquí repite las cuestiones de Simón y Metcalf, para concluir "...que el declarante recuerda que el capataz les dijo a todos que trabajasen bien para hacer un buen cargamento y fletar un buque y llevarlo él mismo a Buenos Aires y entregarlo a don Luis; que se les ha perdido la hacienda en los corrales, mas no ha sido por culpa del capataz ni de los peones; que el comandante inglés que puso la bandera inglesa en esta isla le dio orden al capataz que trabajasen cuatro meses por cuenta de don Luis y pagase a los peones a plata y no a papel, vendiendo las cosas más baratas, mas se ha seguido trabajando y sirviendo del mismo modo que antes; que el comandante Pinedo les propuso a su regreso a Buenos Aires con la goleta **Sarandí** que llevaría al que quisiese venir para ese destino, como se llevó algunos. Que no tiene más que decir a cargo de su palabra de honor, y de la señal de la cruz que hace por no saber firmar. Como testigo de lo dicho y a pedido de don Juan Simón. Firmado: Joaquín Julio Pereyra".

Suspendemos aquí la confección del "legajo" de Juan Simón, al que luego incorporaremos las declaraciones de Antonio Wagner, puesto que es muy poco lo que hay de él, y lo que hay está estrechamente ligado a los antecedentes del capataz.

Antonio Wagner, la cuarta de las víctimas caídas el 26 de agosto. Al parecer fue muerto por la desdichada circunstancia de encontrarse junto con Dickson en el instante en que éste fue asesinado. Wagner era el último que quedaba del grupo de pobladores alemanes de la colonia. Sobre el atraso y detención del cargamento, su declaración es concordante con la exposición de Simón relacionada con Metcalf. Respecto a la hacienda y a todos los intereses del señor don Luis, si su paralizamiento ha sido por culpa del capataz o de quién, informa que no ha sido por culpa del capataz ni de la gente, sino por la revuelta y muerte del comandante (Mestivier); porque los sublevados robaron caballos y ganaron el campo, y todos los días venían y mudaban los mejores caballos, y por esto fue el que el capataz y toda la gente se dispusieron el ir a prenderlos para salvar los caballos y todos los intereses de don Luis, exponiendo nada menos dicho capataz que su vida, como igualmente to-



La "Heroína", saludando el pabellón nacional en las islas Malvinas.

ANTONIO RIVERO

dos, que después se tranquilizó todo y siguió el capataz su trabajo en el campo, aunque poco, por el estado malísimo de los caballos como por su poco número; e igualmente saber que dicho capataz ha vendido alguna carne a los buques, por plata y por galleta, y que la poca plata que ha recibido la ha dado a la gente cuando ha necesitado para remediar sus necesidades; que igualmente el comandante inglés que puso la bandera inglesa le dio orden al capataz de que trabaje cuatro meses por cuenta de don Luis y pagase a los peones a plata y no a papel, por no querer los peones trabajar, y por esto viendo el capataz se comprometió con la gente a cumplir esta orden para así conseguir el que trabajasen, como también dijo dicho comandante diese las cosas más baratas. Que el comandante Pinedo, cuando se iba con la Sarandí para Buenos Aires, dijo públicamente a toda la gente que el que quisiese irse para otro destino lo llevaría, como efectivamente llevó. Que no tiene más que decir a cargo de su palabra de honor, y lo firma en prueba de ello. Como testigo de lo dicho y a pedimento de don Juan Simón.

Firmado: Joaquín Julio Pereyra.

Aquí firmó el
declarante también en
su idioma, que es el alemán.
Firmó, digo, en el original".

Esto es todo lo que encontramos del alemán.

El grupo de las víctimas se completa con Ventura Pasos. Este es otro personaje secundario. No figura en la lista de deudores confeccionada por Metcalf; tampoco figura en el censo de Onslow. Se encontraba en la isla cuando llegó la Clío, regresó a Buenos Aires en la Rapid, pero antes de embarcar le hizo de escriba a Juan Simón para una carta que éste pensaba remitir a Vernet con la Clío, lo que no fue posible. Ventura Pasos regresa a Puerto Soledad en el mes de marzo, junto con Brisbane y Halsby. Al parecer, era un colaborador inmediato de Brisbane en los asuntos administrativos. Y lo mismo que Wagner por encontrarse junto a Dickson, Ventura Pasos muere bajo las armas homicidas por encontrarse con Brisbane y Simón cuando llegan los sublevados.

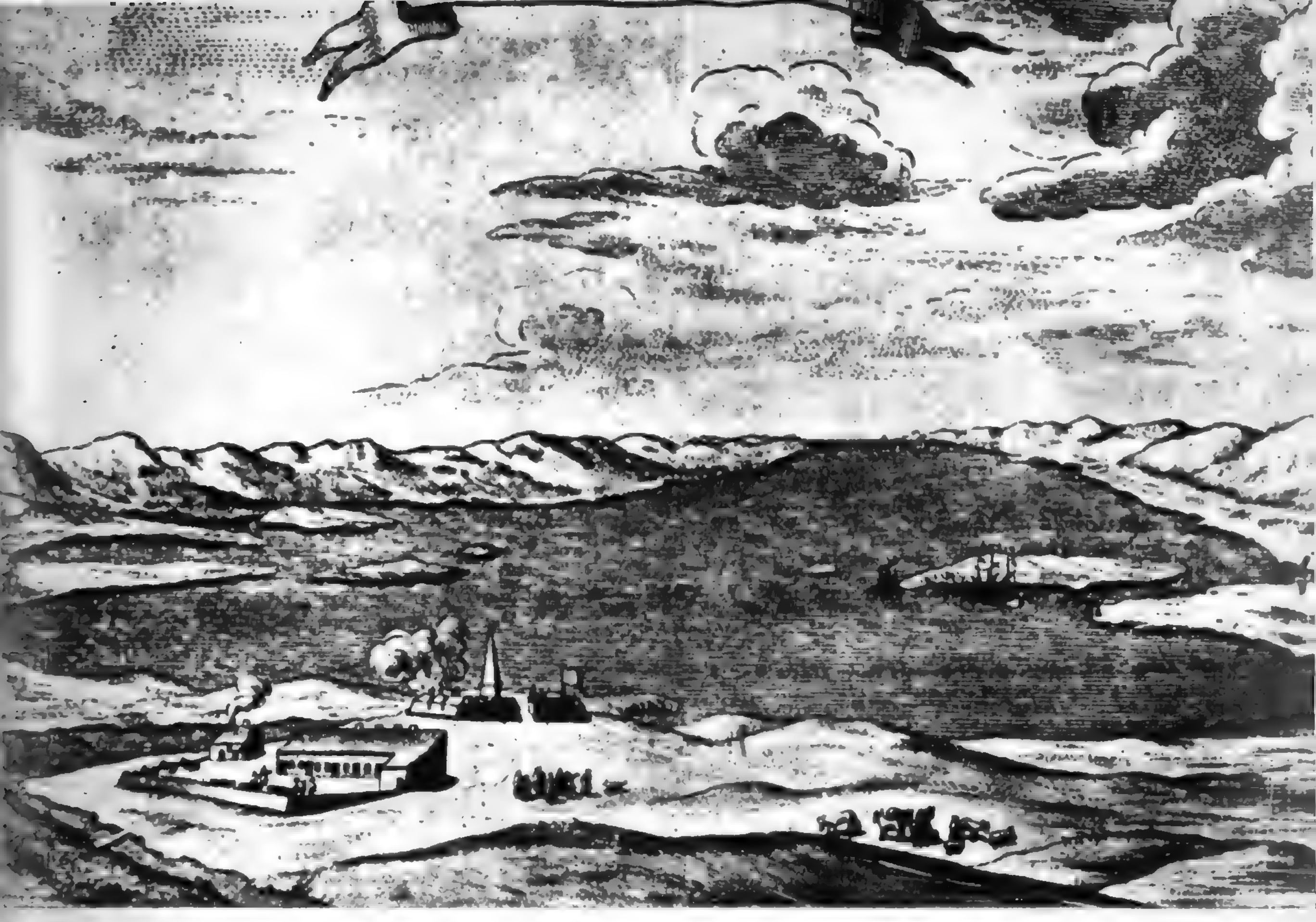
Previo a referirnos al grupo victimario se imponen unas breves reflexiones. Antes de refugiarse a bordo de la Sarandí, Pinedo dio a Simón un documento por el que lo nombró comandante político y militar de las islas, con orden de no dejar arriar el pabellón argentino. Sin embargo, un rato después los ingleses lo arriaron sin la menor resistencia, y lo devolvieron al buque. A su vez, Onslow encargó a Dickson el cuidado del pabellón inglés, que quedó flameando cuando días después zarpó la Clío. ¿Cómo se entendieron Dickson y Simón cuando quedaron solos? Con respecto a Vernet, Dickson estaba subordinado a Simón. ¿Qué conciencia tenía Simón del cargo del cual estaba investido? ¿Qué importancia le dio? ¿Lo hizo conocer a la magra población que quedó en la isla? Luego llegó Brisbane, y Simón se subordinó a él en razón de los intereses de Vernet. ¿Y el cargo político? A su vez, Dickson, también empleado de Vernet, y en consecuencia subordinado a Brisbane por funciones administrativas del establecimiento, ¿qué importancia le dio a su misión de encargado del pabellón inglés? ¿Se sintió autoridad en alguna medida? Los peones del establecimiento, ¿consideraban a Dickson como autoridad inglesa o simplemente como el despensero que siempre conocieran? Cuando Rivero le disparó un balazo y el indio Salazar lo derribó de un sablazo, ¿a quién vieron ante sí? ¿A la autoridad inglesa o al despensero? Y cuando Rivero hizo un mortífero disparo de fusil sobre Simón, ¿a quién vio ante sí? ¿Al capataz o al comandante político y militar?

Veamos ahora al grupo victimario. Evidentemente el líder fue Antonio Rivero. Lo encontramos como firmante del reconocimiento (condicionado) de la autoridad de Vernet, de fecha 25 de octubre de 1831. Lo encontramos como deudor de 227 pesos metálicos, con dos reales, a Vernet, en la lista confeccionada por Metcalf, fechada en Buenos Aires el 27 de enero de 1833. Figura en el censo de Onslow con seis años de permanencia en la isla y con 26 años de edad. Y aparece declarando por pedido de Simón "sobre los motivos que han ocurrido en esta isla y atraso del trabajo". Su declaración es un calco de la de Santiago López, concluyendo también con "...recuerda el declarante que el capataz les dijo a todos los peones que trabajasen bien para hacer un cargamento bueno y fletar un buque, y él mismo llevarlo a Buenos Aires y entregarlo al mismo don Luis; también sabe que el comandante inglés que levantó la bandera inglesa le dio orden al capataz de que trabajase cuatro meses por cuenta de don Luis y pagase a los peones a plata y no a papel, que también diese las cosas más baratas, mas siempre se ha seguido trabajando lo mismo que antes y sirviendo del mismo modo. Y es cuanto tiene que decir a cargo del juramento que hace, y de su palabra de honor. Otro sí dijo: que el comandante Pinedo propuso a todos los peones que el que quisiese ir a Buenos Aires lo llevaría y llevó a algunos. Como testigo de lo que ha dicho y a pedimento de don Juan Simón. Firmado: Joaquín Julio Pereyra". No se encuentra ninguna otra mención de Rivero hasta el 26 de agosto; tampoco en el diario atribuido a Dickson figura para nada.

Juan Brasido, segundo de la lista de los victimarios, figura como firmante del reconocimiento de la autoridad de Vernet; no figura en el censo de Onslow, pero sí como deudor de 91 pesos metálicos a Vernet, y también en el diario atribuido a Dickson: "lunes 15 de abril, Juan Brasido figura en lista para cobrar por haberse hecho cargo de la hacienda...". Y el miércoles 8 de mayo, "...Juan Brasido fue sacado del cargo de encargado de la hacienda...". No hay nada más hasta el 26 de agosto.

El tercero es José María Luna. Figura como deudor de 280 pesos metálicos, con 2 reales, a Vernet, y en el censo de Onslow como gaucho de 30 años de edad, con dos de permanencia en la isla.

De los cinco indios, solamente Luciano Flores figura en el censo de Onslow como gaucho de 26 años de edad, con dos de permanencia en



Vista de la bahía del este de la Gran Malvina, con sus alojamientos y población: grabado francés de 1770.

la isla. Los otros cuatro, Manuel González, Manuel Godoy, Felipe Salazar y M. Latorre, no aparecen en ningún lado hasta el 26 de agosto.

DESDE EL 26 DE AGOSTO DE 1833 EN ADELANTE: ¿INSURRECCION O MASACRE?

Las intenciones del motín no fueron ningún secreto celosamente guardado hasta el instante mismo de llevarlo a cabo. El propio Brisbane tuvo noticias con varios días de anticipación. Para su mal, quizás creyó que los peones eran demasiado mansos para tamaña osadía. Mediante un testimonio de Henry Shannon, del grupo de los loberos del capitán Low, de fecha 8 de marzo de 1834, nos enteramos de lo siguiente: "La primera vez que oí algo relacionado con los crímenes fue de parte de Francisco Machado (otro del grupo de los loberos). El vino a nuestra casa y dijo que no era contra nosotros (significando los ingleses) que iba a haber una revuelta en el lugar; cerca de tres días después el capitán Brisbane vino a nuestra casa buscando una sierra para trozar; nosotros le informamos de lo que habíamos oído. «Yo he oído demasiadas historias a propósito de eso», fue la respuesta. Todo estuvo tranquilo hasta cuatro días después de nuestras informaciones, cuando Luciano (Flores) vino a la casa a pedirnos un pedazo de tabaco, y en el curso de la conversación dijo que dentro de dos o tres días no estaríamos más escasos de tabaco, y el viernes previo al lunes en que se cometieron los asesinatos, yo había estado afuera en mis ocupaciones, y a mi regreso George Hopkins (lobero) me dijo que iba a haber una revuelta.

"El domingo siguiente Rubio (se refiere a Juan Brasido) vino a pedirnos a George Hopkins y a mí, de ir a la casa de Antonio Rivero; fuimos alrededor de la una, después que ellos habían terminado de faenar ganado. Nosotros encontramos allí a Rubio, Luna, Manuel Cristiano (sic) [son tres los Manueles: González y Godoy, indios, del grupo victimario, y Manuel Coronel; es posible que se trate de alguno de los indios], Latorre y Antonio Rivero. Ellos nos invitaron a comer; en el curso de la conversación me preguntaron si yo había sido piloto de algún barco, a lo que contesté que no.

"Entonces me preguntaron que si efectuaban una revuelta, tendrían alguna probabilidad de escapar; les dije que era probable que yendo hacia el oeste ellos pudieran conseguirlo con una chalupa. Yo oí a Rubio decir en español repetidas veces mientras Antonio Rivero estaba hablando, que esa noche el golpe debía estallar. Volvimos alrededor de las dos a nuestra propia casa y dijimos a los demás lo que habíamos oído. Cerca de las seis o siete de la noche, Rubio vino a la casa y nos pidió si podíamos prestarle a él un fusil; yo estaba dormido y Hopkins me despertó diciéndome lo que quería; tuvimos una

ANTONIO RIVERO

consulta entre nosotros, y se lo negamos. Entonces él dijo que le dieran dos o tres cargas de pólvora y algunas balas; le dimos tres cargas y siete balas entre todos nosotros. A las siete de la mañana siguiente vino Luciano (Flores, indio) a la casa y le di un pedazo de tabaco. Al parecer, el capitán Brisbane había bajado para ver la partida de Mr. Low. En seguida después se fue Luciano, cuando yo había terminado mi desayuno. Me fui a lo de Mr. Dickson, a quien encontré cocinando su desayuno; él quiso que me quedara para templar una pieza de acero; yo traté de hacerlo pero el fuego no tenía fuerza bastante y le dije que lo haría en lo de Wagner, pues tenía un fuego de turba; en la puerta de lo de Wagner encontramos a Mr. Halsby, y todos entramos, encontrando allí a Douglas y a Mc. Kay (ambos loberos). No siendo el fuego lo suficientemente fuerte. llevé la pieza de acero a mi propia casa, viniendo Mr. Halsby conmigo; habíamos hecho cerca de mitad de camino cuando encontramos a los asesinos, Felipe (Salazar, indio) a caballo, y todos armados..."

Dejamos ahora el relato a Thomas Halsby, empleado de Vernet, que llegó a la isla en marzo junto con Brisbane y Ventura Pasos; Halsby llevó un diario desde el 26 de agosto hasta 9 de enero de 1834. Comienza con un detalle de los pobladores de Puerto Soledad, permanentes y accidentales, y luego entra en el relato de lo acontecido ese día. "En la mañana del 26 de agosto, como se ha mencionado más arriba, el capitán Low ha abandonado el establecimiento en una ballenera con cuatro hombres, a saber: Faustino Martínez, Francisco Machado, José Manuel Prado y el hombre de color (Antonio Manuel) que había pertenecido al Transport, con el propósito de cazar focas en las rocas del norte y al sur de la boca del estrecho, acampando en Johnson's Harbour (Faustino Martínez era peón de Vernet; los otros dos, gente de Low, loberos). Alrededor de los 10 a.m., de esa fecha, yo descendía caminando desde la casa del capitán Brisbane hacia los almacenes en la punta, con el propósito de obtener algún aceite de Mr. Dickson, a quien encontré con Henry Shannon, Daniel Mc. Kay y Joseph Douglas, en la casa de Antonio Wagner.

"Yo me volví inmediato después de eso hacia el mástil, con Henry Shannon, dejando a las tres personas citadas más arriba con Antonio Wagner en su casa. Cuando habíamos pasado la casa de Santiago López, nos encontramos con Antonio Rivero, José María Luna, Juan Brasido, Manuel González, Luciano Flores, Manuel Godoy, Felipe Salazar y Latorre, caminando hacia la casa de Antonio Wagner y hacia la punta, armados con fusiles, pistolas, sables, puñales y cuchillos.

"Era muy evidente que ellos iban a matar a alguna persona, y me apresuré a ir en dirección de la casa de Mr. Brisbane, con la intención de informarlo de lo que estaba ocurriendo; a mi llegada me alarmé al hallar las puertas cerradas, y luego de golpear algún tiempo fui informado por las mujeres, que los ocho hombres arriba mencionados habían matado al capitán Brisbane, a Juan Simón (el capataz), y habían dejado por muerto a don Ventura Pasos estando herido por un balazo en la garganta, su cabeza cortada abiertamente, y algunos de sus dedos tronchados por un sablazo; después de eso se escapó por una ventana de atrás y alcanzó a llegar a la casa de Antonia Roxas, a una distancia de cincuenta a sesenta yardas; en mi camino desde la punta yo oí dos tiros de fusil, disparados en la casa de Antonio Wagner, donde lo mataron a él y a William Dickson, de lo cual dos de los tripulantes del bote, Daniel Mc. Kay y Joseph Douglas, fueron testigos de «visu».

"Luego ellos regresaron a la casa del capitán Brisbane, y no hallando el cuerpo de don Ventura, salieron a buscarlo, por lo cual escapó corriendo y yo vi cómo lo mataban disparándole dos o tres tiros de fusil. Después yo fui informado de lo que había ocurrido con las dos mujeres; al llegar a la punta estaba tratando de escapar corriendo al campo, pero pronto fui alcanzado por Felipe Salazar, quien estaba a caballo, y viendo que era imposible evitarlo, yo caminé a su encuentro —él tenía un sable desenvainado en su mano—, después me subí en el lado norte de la parte del jardín para mirar dónde estaba el resto de los siete hombres armados; cuando ellos pasaron a lo largo por afuera de la pared sud del jardín, entraron por la entrada y vinieron cruzando para tirarme, ordenando con tal propósito que bajara; una pequeña conversación se entabló entre ellos, y fui perdonado, pero en ese momento yo ignoraba quién se había interpuesto; esto ocurrió inmediatamente al regresar ellos de matar a Antonio Wagner y a William Dickson, y antes que pasara por alto el cuerpo de Ventura.

"Me ordenaron luego que entrara en la casa del capitán Brisbane, y entonces vi por primera vez su cuerpo, yaciendo muerto en el piso; parecía que había estado tratando de alcanzar sus pistolas antes de caer, y había una sonrisa en su semblante.

"Arrastraron su cadáver con un caballo a considerable distancia, y saquearon la casa. Después fue cerrada, y recibí orden de ir a casa de Antonia Roxas, donde la encontré, así como a otra de las mujeres, y a Pascual Diez. Yo argumenté con firmeza para que me permitiesen ir a la casa de la tripulación de los botes, pero no se me permitió. Yo me consideraba todavía condenado a ser muerto, y me dejaron con el propósito de saquear la casa de W. Dickson, el almacén en la punta; después de tener alguna conversación a su regreso, fui ordenado que me retirase a mi propia pieza, y aproveché esta oportunidad para reunirme con la tripulación de los botes (siete en total) en la propia casa de ellos.

"Los asesinos estaban ahora en posesión de todas las armas y municiones que había en el lugar, excepto las que tenían los tripulantes de los botes, tan sólo dos revólveres que no servían para nada, los cuales puede decirse que componían todas las armas que tenían para defenderse. La casa de Faustino Martínez (que estaba con el capitán Low) fue robada de todo lo que tenía. En el momento en que ocurrieron estos asesinatos, el resto de los habitantes masculinos del establecimiento estaban en los siguientes lu-



En 1829: primeras casas de piedra de las Malvinas, construidas por el gobernador Luis Vernet.

gares: Henry Shannon y yo, estábamos regresando de la casa de Antonio Wagner en dirección al mástil de la bandera, habiendo dejado dos de los tripulantes de los botes allí, como se ha dicho antes, con él y con Mr. Dickson; Santiago López estaba en la casa de los tripulantes de los botes, con cuatro de ellos, empleados en varias cosas; Pascual Diez estaba cocinando en la casa de Antonia Roxas; Manuel Coronel estaba en su propia casa enfermo en cama, y también estaba en la suya «Honest John» (el otro negro), cuyos dedos de la mano y del pie habían sufrido congelación.

"Los ocho asesinos hicieron de la casa de Santiago López su cuartel general, donde vivieron después, y desde donde tenían una vista de la casa de las tripulaciones de los botes, la entrada de la ensenada y de todo el estrecho.

"Luego de dos horas de haber sido cometidos los asesinatos, vimos la ballenera verde derivando a través de la ensenada, la cual había sido botada por ellos (desde el sitio que yacía, en lo alto y seco) para evitar nuestra huída.

"Nosotros mantuvimos una buena vigilancia todo el día, y una guardia regular se organizó durante toda la noche para evitar sorpresas.

"El viento sopló muy fresco del oeste, y cuando vimos el bote en la orilla al otro lado de la ensenada, sobre las rocas, nosotros suponíamos que estaría en tal estado que no nos resultaría útil para realizar nuestra fuga".

Veamos otro testimonio directo, el de Daniel Mc. Kay. Dice que "estaba en la casa de Wagner cuando vinieron siete hombres a pie y uno a caballo. Que él no conocía entonces a todos por su nombre, pero que puede señalarlos. Conocía a Felipe (Salazar), que estaba a caballo; lo vio a él derribar de un sablazo a Dickson, y vio que le disparaban después un tiro a Dickson, pero no puede decir quién lo hizo, por cuanto estaba muy alarmado para darse cuenta. Vio al hermano de Felipe (Latorre) golpear a Wagner en la cabeza con sus bolas (boleadoras) cuando estaba en el suelo, y entonces él —Mc. Kay— y Douglas corrieron para salvar sus vidas.

"Dickson y Wagner fueron llamados fuera de la casa por los asesinos y muertos en el exterior. No había manera de escapar salvo por la puerta, y él y Douglas salieron por la puerta. Conoce al viejo Luna. Lo vio formando parte del grupo con una pistola de caballería en sus manos".

Lo declarado por José María Luna, que en enero de 1834 se entregó al capitán Seymour del H.B.M. Challenger, y fue recibido como testimonio del rey: "Testimonio directo. Es nativo de la Punta de San Luis, en el lado chileno de la cordillera (?); fue soldado durante la guerra entre

ANTONIO RIVERO

Buenos Aires y Brasil; se quedó en Montevideo cuando la paz. Hizo contrato en Montevideo con el hermano de Luis Vernet, de reunirse con él en las Malvinas.

"Seis indios que habían sido deportados de Montevideo lo acompañaron entonces a las islas. De esos, cuatro están ahora a bordo. Uno murió en las islas antes de la masacre, y uno en Río de Janeiro desde aquéllo.

"La causa del disgusto que condujo al asesinato de Brisbane y de los otros, fue pagarles a ellos en peso papel en lugar de plata, como se había convenido anteriormente. Rivero o Antook, Luciano Godoy, Salazar o Felipe (muerto en Río de Janeiro), Latorre, Juan Brasido o Rubio (asesinado en el campo después de la masacre), González, Luna, fueron los ocho que determinaron una revuelta.

"Simón fue el quinto, muerto por Rivero mientras estaba salando cueros, con un fusil. Una bala le rompió el brazo y le entró por el costado. Luciano tiene el saco que Simón usaba. El no vio este crimen, pero oyó decir a Rivero que él lo había hecho, y describir la forma.

"Brisbane fue el segundo, muerto en su propia casa; él no vio pero oyó a Rivero decir que él le había disparado cuando estaba tratando de tomar sus pistolas, y Luciano dijo que lo alcanzó en el costado con su cuchillo. Vio la herida de bala y la cuchillada después de haber muerto Brisbane.

"Vio cómo perseguían a Ventura cuando corría a los fondos de la casa. Vio a Latorre arrojar sus boleadoras y agarrarlo por las piernas, haciéndolo caer. Vio a Rubio golpearlo con su espada. Lo dejaron entonces para ir a buscar a los otros, pero ellos debían estar advertidos y sobre aviso

"Ellos fueron desde la casa de arriba a lo largo del camino, al costado del agua, a la casa de Antonio (Wagner), habiendo primero roto sin contemplaciones la casa de Simón y tomado las espadas, escopetas y pistolas que había. Al deponente le dieron una pistola tomada allí. Antonio (Wagner) fue el primero muerto aquí. Rivero (Antook) lo llamó afuera y vino agachándose bajo; Antook le puso un fusil al costado y le disparó. Dio unos pocos pasos y cayó al suelo donde recibió cortaduras en la cabeza, ocasionadas por Luciano y los otros que lo rodearon.

"Guillermo (Dickson) fue el siguiente muerto. Al deponente, estando en el portal de entrada con una pistola, le fue ordenado por el resto que le tirase, pero no lo hizo; él entró y Dickson haciendo la señal de la cruz, rogó que le salvase la vida. El le ordenó salir a Dickson, por cuanto si se ponía de su parte hubiera podido ser muerto él también. Dickson salió y fue al encuentro de Antook, quien le disparó con una pistola, pero se alejó, cuando Felipe que estaba a caballo corrió tras él y lo derribó con su sable. El resto se le fue encima, y cayendo sobre él fue desarmado, observando en el cuerpo una herida de sable y una bala. Dos ingleses huyeron de la casa dejando olvidadas sus gorras. Ellos no mataron a los ingleses por cuanto tenían intenciones de hacer que los transportaran a la Patagonia.

"Vi a Rubio (Rubio Brasido, o Brasilio, es una misma persona. Esto ocurrió posteriormente) cuando lo asesinaron en el campo; estaba por entregarse y ellos no aprobaron esto. Lo pillaron cuando estaba carneando un animal para obtener alimentos; estaba armado y después de algunos esfuerzos le hicieron rendir sus armas. Luego, lo mataron; Felipe lo golpeó con una espada. Saltó sobre su caballo y voló, pero lo capturaron, lo amarraron y lo mataron".

Esto fue lo que ocurrió el 26 de agosto de 1833 en Puerto Soledad, según testigos presenciales. Hay otros testimonios, que palabra más, palabras menos, repiten lo mismo. Un resumen informativo, redactado en el Almirantazgo británico de acuerdo con las informaciones enviadas por el contraalmirante Michael Seymour, nos hará saber de lo sucedido hasta el apresamiento de Rivero. Como ya conocemos lo del día 26, transcribimos a partir del 27.

"Al día siguiente (agosto 27) los asesinos ofrecieron parlamentar, pero siendo rechazados, ellos se retiraban parcialmente, y entonces algunos de los grupos de la casa se aventuraron a ir al establecimiento para examinar la extensión del daño y enterrar los muertos. Los asesinos habían tomado con ellos todas las armas que pudieron reunir, y todos los caballos; ellos también habían dejado al garete todos los botes a fin de prevenir la fuga del grupo que estaba en la casa.

"El día 29, los asesinos habiéndose retirado por completo con el propósito, como se suponía, de ir en busca del capitán Low y de su grupo (quien, como ya se ha dicho, estaba ausente en una excursión en busca de pieles), cuatro de los hombres faltantes y también las 3 mujeres y 2 niños se unieron al grupo de la casa, y uno de los botes que fuera dejado al garete habiendo podido ser recuperado, el conjunto de ellos se trasladó para mayor seguridad a una isla que con la marea baja distaba 250 yardas de la costa, llamada Hog; faltaba un hombre (el negro llamado John), pero se lo incorporó pocos días después.

"El día 30 los asesinos bajaron hasta el borde del agua y trataron de nadar con sus caballos hacia la isla, pero habiéndoles hecho disparos, se retiraron. El 1º de setiembre el grupo, para mayor seguridad, se mudó de la isla Hog a una más pequeña llamada Peat.

"El 13 de setiembre el capitán Low y su grupo (que había estado buscando focas) se unieron a ellos, y el 14 de nuevo visitaron el establecimiento, y trajeron con ellos al único hombre que entonces faltaba, a saber, el negro John.

"Luego del regreso del capitán Low ellos dividieron el grupo y no sólo reocuparon la isla Hog, sino que tomaron posesión de una tercera llamada Ridney, quedando por lo tanto divididos en tres cuerpos, de lo cual puede conjeturarse que entre ellos no existía un muy buen entendimiento. Ellos sufrieron también, aunque no en forma muy rigurosa, de la falta de alimentos y de techo.

"De este modo ellos continuaron viviendo sin ningún otro intento de reocupar el establecimiento hasta el arribo del barco Challenger de Su Majestad, el 8 de enero de 1834, y sin mucha

variedad en las incidencias. El 3 de enero, sin embargo, 5 hombres habiendo sido enviados desde la isla Hog a tierra firme, sin las precauciones suficientes, cayeron en manos de los asesinos, y Halsby fue uno de ellos. Al principio amenazaron con matarlo, pero después le prometieron conservarle la vida si los ayudaba a escapar a la Patagonia. El permaneció en su poder tres o cuatro días, pero en el apuro de disparar a la vista del Challenger, lo dejaron ir.

"Durante los cuatro meses que estuvieron viviendo en esas tres pequeñas islas, tres buques ingleses los visitaron, pero les proporcionaron poca o ninguna ayuda. El capitán Low, sin embargo, y algunos de sus hombres, partieron en uno de ellos. Los buques fueron la goleta Hopefull, el cuter Rose y Susannah Ann, todos dedicados a la pesca de focas.

"Una acusación ha sido hecha contra el capitán Low, en el sentido que había cargado una cantidad de pieles de foca que no le pertenecían; esto no tiene nada que ver con la masacre, pero puede servir a probar que no existía un buen entendimiento entre aquellos que escaparon.

"Pocos después de la llegada del Challenger, el capitán Seymour despachó al teniente Smith con cuatro suboficiales y treinta soldados de Marina en busca de los asesinos. Ellos volvieron, sin embargo, luego de una ausencia de cuatro días sin haber tenido ningún éxito. Ellos se aproximaron una vez hasta estar muy cerca, pero teniendo sus caballos los asesinos estuvieron en condiciones de escapar.

"Uno de los asesinos, sin embargo, se entregó al capitán Seymour, y se lo recibió como testimonio del rey.

"El Challenger se alejó de las islas Malvinas el 21 de enero, pero el capitán Seymour dejó al teniente Smith con seis soldados de Marina, y ellos reocuparon el establecimiento.

"El Beagle (buque de reconocimiento) al mando del capitán Fitz Roy arribó el 12 de marzo, y entre tanto parece que todos los asesinos habían caído en poder del teniente Smith, pero los documentos no explican en qué forma. Dos de los más peligrosos, y el testimonio del rey (Luna), fueron alojados en el Beagle: los restantes habían de ser embarcados a bordo del Conway, el cual se esperaba que en breve tocara allí.

"A través de la narración de Thomas Halsby, los asesinos son llamados «indios», pero conforme a las manifestaciones de las personas que formaban el establecimiento, tan sólo cinco son descriptos como tales, y se dice que habían sido enviados allí por el gobernador de Montevi-

ANTONIO RIVERO

deo. En la narración no está explicado si el resto de los nombres españoles es de origen europeo o indio.

"En una carta del capitán Fitz Roy del 4 de abril se menciona a Henry Shannon como habiendo sido puesto a bordo del Beagle, por ser uno de ellos «más notorios» de los criminales. Sin embargo, en la narración de Helsby no es citado como uno de los asesinos. El fue uno de los hombres del capitán Low, y aparece habiendo estado constantemente al lado de Halsby, ambos juntos, en la casa en donde ellos primero se refugiaron, y luego en la isla Hog.

"También estuvo con Halsby cuando él cayó en manos de los asesinos el 3 de enero, y él fue la primera persona que dio aviso al Challenger de lo que había sucedido.

"Es probablemente en razón de esta narración del nombre de Shannon por el capitán Fitz Roy, que Sir Michael Seymour afirma en su carta del 6 de marzo «que algunos de los ingleses que se hallaban en la isla, estaban más o menos complicados en la masacre». No hay más en los documentos como para justificar esa sospecha. Almirantazgo, 2 de agosto 1834. George Gipps".

Mediante el diario del teniente Henry Smith, conocemos detalles de cómo Rivero pasó de su condición de prófugo a la de prisionero de los ingleses.

"Martes 7 de enero de 1834: A las 6 a.m. se presentó a la vista la tierra de la East Falkland; a las 2 p.m. desembarcamos a alguna distancia del establecimiento por haber un viento muy fuerte; al encaminarnos hacia allí encontramos un hombre llamado Henry Shannon, quien nos informó de los asesinatos que habían tenido lugar el 26 de agosto de 1833; regresamos al barco; a las 5 llegó el Hopefull, al mando de un Mr. Rea; a las 8 p.m. desembarcamos en el establecimiento con dos botes equipados y armados, en busca de los asesinos, y también con una botella en la cual había un pedazo de papel con un crucifijo, prometiendo a José María Luna el perdón si quería prestar testimonio ante el rey, y trajese los caballos... Volvimos sin encontrar a los asesinos...

"Miércoles 8: Visitamos el establecimiento, al que hallamos en condiciones ruinosas, habiendo los asesinos quemado y destruido algunas cosas en busca de dinero y de clavos; a las 10 y 30 encontramos a Mr. Halsby, quien había logrado evadirse la noche anterior...

"Viernes 10: A medio día izamos la Unión Jack, que fue saludada con 21 cañonazos disparados por el Challenger...

"Sábado 11: A las 8 apareció el gaucho José María Luna con dos caballos en una eminencia hacia el N.O.... donde dos o tres personas salieron a su encuentro; él fue admitido como testigo de la Corona, por el capitán Seymour...

"Domingo 12: A las 6 desembarcamos con guardiamarinas y 13 soldados de Marina, empleándolos en sacar los desperdicios; los carpinteros siguieron reparando la casa; a las 8 dejamos el establecimiento en persecución de los asesinos con las personas nombradas anteriormente...

"Miércoles 15: A las 6 llegó Pascual Diez, habiéndose escapado de entre los asesinos el día 12..."

Para un mejor entendimiento de estos "escapados" que van apareciendo, transcribimos seguidamente las anotaciones del diario de Halsby, correspondientes al día 3 de enero, esto es, cuatro días antes de la llegada del Challenger. Dice: "Viernes 3. Viento O, tiempo más moderado. Los indios volvieron otra vez hasta la punta; cuatro hombres fueron hacia ellos, para ver si podían obtener alguna carne de ellos. Los indios se apoderaron del bote, mantuvieron a los dos españoles guardados en la orilla por dos de su grupo, y obligaron a los otros dos a conducirlos a ellos (los cinco indios restantes) a la isla, donde hallaron a Henry Shannon, a mí y al negro John trabajando en la lancha. Ellos nos dijeron que nos forzarían a llevarlos en la lancha a la Patagonia, o que nos matarían, y nos tomaron con ellos para ir a tierra. Los dos individuos a quienes habían obligado a traerlos a la isla, escaparon en el chinchorro, y alcanzamos a llegar a la isla Kidney, en la boca del estrecho". Ahora continuamos con el diario del teniente Smith.

"Lunes 20: Visité al capitán Seymour antes de partir (con el Challenger); recibí seis soldados de Marina para seguridad de la colonia, con provisiones para seis semanas...

"Lunes 27: A las 9 y 30 llegó un gaucho llamado Santiago Lópes, quien había sido retenido como prisionero en el campo, trayendo un mensaje de Antonio Rivero, el principal de los asesinos, diciendo que si yo prometía el perdón, o si él pudiese ser un cooperador para aprehender al inglés que instigó el crimen (¿qué inglés?), él entregaría los caballos y se entregaría él mismo, ayudaría a capturar a los otros; a quien envié la siguiente respuesta (suponemos que verbal; Rivero no sabía leer): «Yo, Henry Smith, teniente de la Armada de S.M. y oficial comandante en la East Falkland, aseguraba a Antonio Rivero que no estaba en mi poder concederle el perdón, pero si él quería encargarse de traer todos los caballos y después de eso ayudar a capturar a los indios, yo usaría mi influencia con el comandante en jefe para que intercediese él mismo respecto a la clemencia del gobierno británico»...

"Jueves 30: Permití a Santiago López que volviese con mi respuesta para Antonio Rivero, quedando establecido el plazo en que volvería con una contestación...

"Viernes 31: A las 3 y 40 a.m. Santiago Lópes regresó, no habiendo visto a Antonio Rivero; a las 5 y 40, José María Luna me trajo una pistola, un sable y 26 dólares con 4 reales, que había escondido en el campo el día que se entregó...

"Jueves 27 de febrero: A las 6 envié a 5 soldados de Marina con Santiago Lópes, Pascual Diez, C. Kutgler y José Manuel Prado, dándole a Santiago López el papel con la respuesta al mensaje de Antonio Rivero (¿quién se lo habrá leído?)...

"Viernes 7 de marzo: A las 4 los soldados de Marina con Santiago regresaron con todos los caballos, habiendo Antonio Rivero traicionado a ellos entregándolos en sus manos, así como tam-

bién a cuatro indios (Antonio Rivero having betrayed them into their hands, and also four indians), permaneciendo el otro en el campo por haberse fracturado la cadera debido a una caída ocurrida algún tiempo antes; envié a los indios a la isla Peat...

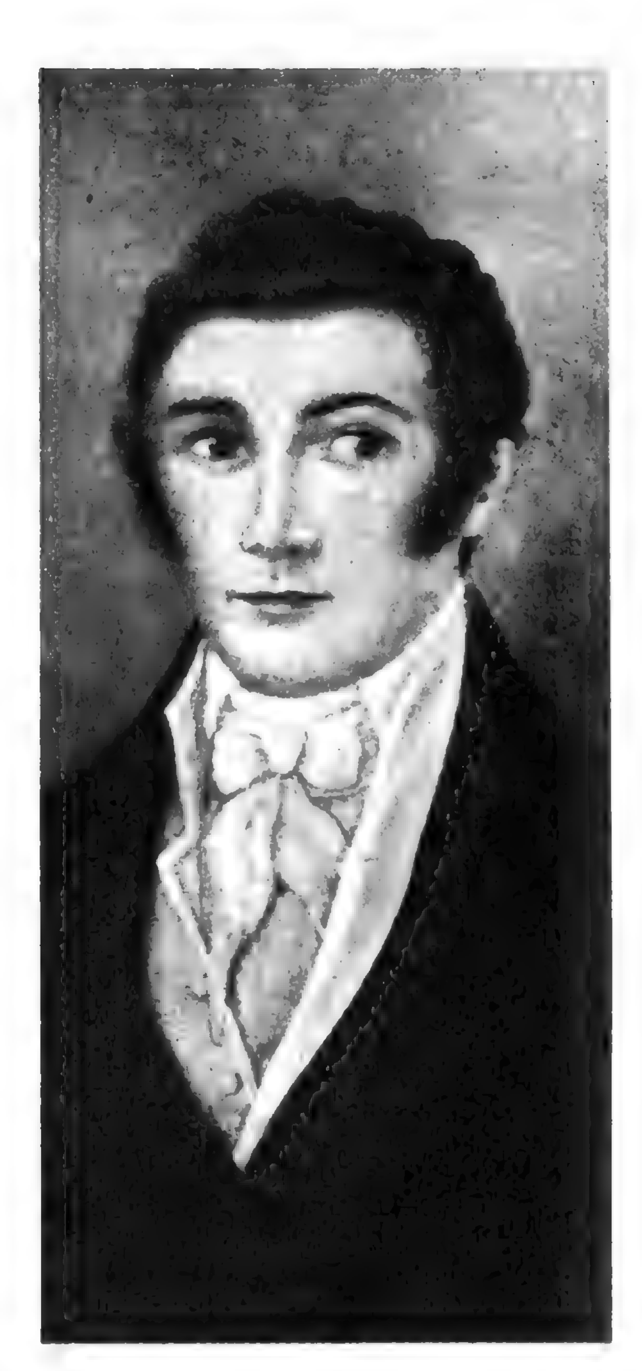
"Lunes 10: A la 1 observamos un buque de guerra... A las 3 abordamos el H.M.S. Beagle; a las cuatro fondeó en Johnson's Harbour...

"Martes 18: Llegó el gaucho Antonio Rivero; a las 2 vino el capitán Fitz Roy al establecimiento y condujo a Antonio Rivero a bordo del Adveture para seguridad..."

Antes de exponer los criterios sustentados por las dos posiciones, resultará interesante saber qué pensaba Vernet luego de haber recibido las primeras noticias de los acontecimientos de Puerto Soledad. No obstante ser un conocedor profundo del elemento humano de su establecimiento, parecería que su desorientación era grande, y los pocos detalles que le había hecho llegar el único de sus directivos que había quedado con vida, poco contribuyeron al esclarecimiento, no digamos del objetivo de los rebeldes, sino siquiera de los motivos inmediatos de sus conductas. El borrador de una carta respuesta de Vernet a Halsby, traducida del inglés, que publica la Academia Nacional de la Historia en el volumen ya citado, constituye un magnífico aporte para conocer los pensamientos del desesperado empresario.

Está fechada en Buenos Aires, el 16 de mayo de 1834. En ella Vernet acusa recibo a dos cartas de Halsby; una del 18 de enero, desde las Malvinas, y la otra del 17 de febrero, desde Valparaíso. Nos enteramos así que Halsby llegó a Chile a bordo del Challenger que zarpó de Puerto Soledad el 20 de enero, casi dos meses antes de que se entregara Rivero, quien lo hizo el 18 de marzo. Vemos también que la esposa y el hijo de Halsby viven en Buenos Aires, en la propia casa de Vernet, quien cuida de ellos. En Valparaíso, Halsby se ha encontrado con un hermano suyo; solicita a su patrón una remesa de dinero a cuenta de los servicios prestados; Vernet se lo niega pretextando que será mejor empleado invirtiéndolo en el cuidado de la familia de aquél; y confesando estar a oscuras sobre muchos aspectos, le formula diecisiete preguntas. Las primeras tres, y algunas otras, se refieren a asuntos que nosotros conocemos. Las que restan, por considerarlas de mucho interés para reflexionar sobre las causas de la matanza del 26 de agosto, las transcribimos textualmente:

"4º) Las causas que usted supone han ocasionado los asesinatos, son lejos de ser satisfactorias. ¿No es mucho más probable suponer que para hombres que habiendo sido por varios años excluidos del uso de caballos —quienes puede usted decir se han criado y han nacido en el lomo de un caballo—, el conseguir posesionarse de los caballos fue el principal móvil para que ellos cometieran el crimen? Cinco de los asesinos eran indios de a caballo, prisioneros de guerra de la Banda Oriental, enviados allí por las autoridades de Montevideo, y a un indio de a caballo despojado de caballos, si usted lo deja elegir entre un montón de oro y un caballo, él preferirá ciertamente el caballo; lo mismo es el caso de los gauchos; es en consecuencia muy improbable que (ilegible) disputa del corral pueda haber sido la causa.



Don Luis Vernet, gobernador político y militar de las Malvinas por nombramiento del gobierno de Buenos Aires.

"5º) ¿Sabe usted si el corral era o no lo bastante alto para servir a contener el ganado salvaje? ¿O bien si era practicable o conveniente enviarlos al interior otra vez para hacer entre tanto el corral más alto de lo que ellos ofrecieron? Yo tengo demasiada buena opinión de Brisbane y lo conozco muy bien para creer por un momento que hubiese cometido una injusticia con esos hombres, y usted debe haber estado muy bien enterado de los hechos antes de aventurarse a darme una opinión tan ofensiva de

ANTONIO RIVERO

un hombre cuyo carácter estaba muy bien asentado. Esta parte de su carta me ha retenido de mostrarla a nadie, y espero que usted se guardará de dar la misma opinión en conversaciones (ilegible).

"El cuento del pan, que usted alega como otra causal, es todavía menos probable; la gente sabe que el pan había sido obtenido siempre cambiándolo con los barcos por carne fresca o por pieles, y que si no tocaban barcos, entonces no había pan, y ciertamente no ha sido culpa de Brisbane, ni tampoco de ninguna de las otras víctimas, que sólo unos pocos barcos hayan hecho escala después de la ruina del establecimiento. Por otro lado, usted debe acordarse muy bien que los gauchos y los indios de ese país están acostumbrados a vivir de carne y agua.

"Yo estaré muy contento de ver el diario que dice que ha llevado desde el 24 de agosto, y espero que me envíe un extracto o copia de él, y deseo que usted haya conservado uno desde el día de su llegada al establecimiento.

"6º) ¿Cómo ha tenido usted la extraordinaria buena suerte de escapar de morir asesinado, habiendo estado, como usted dice, en la lista negra de aquellos que debían ser asesinados, y habiendo permanecido tantos días en sus manos?

"10º) ¿Dejó usted la isla porque el gobernador Smith tomó posesión de mis bienes, o tomó él posesión de éstos porque estaba usted por dejar la isla?

"11º) ¿No se sintió usted seguro después de la llegada del gobernador Smith y de sus hombres, como para quedarse un poco más, o al menos hasta que se ofreciese alguna oportunidad de embarcar mis pieles y cueros hasta un mercado? Un ballenero francés llegó a Montevideo que dijo haber dejado las Malvinas el 1º de marzo, y hubiera voluntariamente traído mis bienes, lo que hubiera evitado el inconveniente de llegar desamparado a un lejano país, y estar dependiendo de mí para lograr recursos que sólo puedo obtener con los propios bienes que usted ha dejado fuera de mi alcance.

"12º) ¿Por qué no le solicitó al gobernador Smith un recibo o certificado de la cantidad de pieles y cueros que él tomó a su cargo?

"13º) ¿Qué cantidad de cueros u otros bienes dejó usted allá? ¿Había allí pieles de conejo?

"16º) ¿Qué cantidad de ganado manso había allí el 24 de agosto, quién se ocupaba del mismo, y qué se hizo con él después?"

ANTONIO RIVERO, ¿HEROE O ASESINO?

Un viejo y sabio precepto dice que la fuerza carece de valor si no va acompañada de los más altos valores morales.

Los que proclaman héroe defensor de la soberanía argentina en las islas Malvinas al gaucho Antonio Rivero, están profundamente convencidos que en la acción rebelde del 26 de agosto de 1833 esos valores están dados. Parten de la premisa de que todo movimiento subversivo tiene origen en el drama del hombre; que si en un caso concreto el desenlace violento aparenta estar inspirado en móviles puramente materiales, puede también ser sólo pretexto inmediato, que sirva de plataforma de lanzamiento hacia fines más elevados, cuya fuerza propulsora tiene su fuente de origen en ideales postergados pero no destruidos; y sostienen que esos motivos nutren la rebeldía del gaucho Antonio Rivero. Que es la protesta contra la injusticia; que el levantamiento obedeció al noble propósito patriótico de expulsar a los usurpadores de la soberanía nacional en esa tierra de las Malvinas, que es territorio argentino, en el que él y sus compañeros eran los únicos representantes auténticos por la legitimidad de sus orígenes. Rivero es más que un hombre, es una raza, es un pueblo. Brisbane, Dickson, Simón y Wagner son la contrafigura; el inmigrante acomodaticio que procura congraciarse con la autoridad usurpante, con miras a medrar con los derechos y bienes ajenos. Ventura Pasos y el resto de los peones, solamente argentinos sojuzgados, sumisos, sin fuerza de carácter para la reacción. Rivero, en cambio, es la encarnación de nuestras instituciones, de nuestras costumbres, creencias, vicios y virtudes. Y dicen:

"No está probado que Antonio Rivero y sus hombres después del triunfo de la revolución arriasen la bandera inglesa, pues ese 26 de agosto del año 1833 era un lunes, posiblemente no estaría izada, pero sí está probado y lo decimos con orgullo, que tenemos la seguridad que la bandera del usurpador no flameó en nuestras islas Malvinas desde ese 26 de agosto hasta el 10 de enero del año 1834; es decir que, gracias al coraje y a la audacia de un puñado de criollos, durante 134 días quedó interrumpido el dominio abusivo e injusto que ejercía Inglaterra sobre nuestras islas" (Capitán de fragata [R.] D. Ernesto M. Campos).

Y dicen también: "La acción del 26 de agosto de 1833 tuvo auténtica jerarquía heroica, y fue empeñada por un reducido número de gauchos esforzados con el único designio de evitar que en las Malvinas —jirón entrañable de nuestro suelo— fuesen violados los derechos sagrados de nuestra patria, por un invasor extranjero. Aquellos héroes humildes, con su gesto ejemplar, honraron la tradición de sus hermanos de la Independencia y corresponde a nuestra gratitud cívica, honrar sus nombres y defenderlos de la calumnia interesada de los enemigos. El tremendo denuesto de los adversarios, los juicios en donde solamente tuvo voz el poderoso y el más débil careció de defensor, no han podido, ni ayer ni ahora, hundir en la sombra el valor de la gesta de Antonio Rivero y sus valientes. Y aquí estamos nosotros para demostrarlo con el fervor de nuestro homenaje y la validez de nuestras probanzas históricas" (Dr. Ismael Moya).

Y lo exaltan: "Entre los que, en una orgía de proezas con sus triunfos y sucesos, con sus sacrificios y luchas, con su espíritu y su sangre, forjaron la patria, legándonos tradiciones y ejemplos, leyendas y anécdotas que el tiempo no logrará borrar, sino depurar, está —a muy justo título— el gaucho entrerriano Antonio Rivero quien, en la madrugada del 26 de agosto de 1833, con un reducido número de criollos, se sublevó y tomó Puerto Luis... Antonio Rivero, tu nombre jalona la extensión de nuestra patria y quedará adherido al suelo de esas islas de tenebrosas riberas



Medalla conmemorativa de la fundación de Port Louis en la isla Soledad de las Malvinas, por Bougainville (1764).

en que actuaste. Bien está que te recordemos, pues en la historia malvinera es difícil encontrar otro tan ostensivo del bregar argentino por el dominio de nuestro archipiélago" (Dr. Martiniano Leguizamón Pondal).

Ante este propósito redentor de Antonio Rivero, la Academia Nacional de la Historia expone su criterio, que en realidad no agota prácticamente la etapa reflexiva, teniendo en cuenta —como señala la institución oficial— que "el resultado de la investigación histórica siempre está supeditado al descubrimiento de nuevos datos y documentos". He aquí su dictamen:

"Los documentos conocidos sobre la sublevación de Antonio Rivero y sus siete compañeros el 26 de agosto de 1833, son de origen británico. Su lectura permite conocer con cierto detalle cómo ocurrieron los hechos, con la base de las declaraciones de cinco testigos. No se desprende que un móvil patriótico impulsara a esos hombres a dar muerte al delegado y gente enviada por Luis Vernet, luego de cometida la usurpación de las islas Malvinas por la corbeta Clío. No eran las víctimas, por lo tanto, soldados o marinos británicos, sino empleados del ex comandante político y militar del gobierno de Buenos Aires, enviados para vigilar sus intereses y defender sus derechos ante el nuevo ocupante intruso. Esos hombres no fueron muertos con las armas en la mano, aprestados para una lucha franca, sino cuando estaban ocupados en tareas pacíficas o en solaz del descanso; el capataz Simón, salando cueros; el delegado Brisbane, entregado a la lectura en su casa; Dickson muerto fríamente con disparo de pistola y a sablazos; Ventura Pasos al intentar huir, también alevosamente.

"El móvil, según se desprende de la prevención sumaria abierta, elevada desde el buque Spartiate de estación en Río de Janeiro, al Almirantazgo el 23 de marzo de 1835, fue que Rivero y los suyos recibían como paga no dinero británico, sino billetes papel para uso en el establecimiento de las Malvinas, en vez de moneda plata.

"La documentación conocida es indudablemente auténtica y no obstante su origen, nada hace presumir que los hechos relatados no se ajusten a la verdad.

"No fue la sublevación encabezada por Rivero la primera producida en las Malvinas. Se cuenta con el precedente de la del 30 de noviembre de 1832, con el asesinato alevoso del comandante Mestivier. Habría que conocer la participación que le cupo en este episodio a Rivero y sus hombres para poder juzgar la acción violenta, en casos como el de Mestivier (abuso de autoridad) o el de Brisbane (pago en moneda papel en vez de la metálica de plata).

"Antecedentes inmediatos al 26 de agosto de 1833 —fecha en que se produjo el alzamiento y las muertes ya mencionadas— y de origen siempre británico, nos muestran a Rivero bajo una faz en la que el patriotismo y el coraje nada tienen que ver.

"En unas declaraciones de Rivero, Antonio Wagner, Santiago López y otros hechas a pedido de Simón, consta casi sin variaciones, que al llegar la Lexington «de miedo de ella dispararon al campo, mas de día venían a pasear a las casas, mas de noche se retiraban al campo por temor de haberlos corrido una vez que el único hombre que quedó en las casas fue el capataz (Simón), dos peones y un enfermo».

"Que cuando arribó una goleta americana y empezó a matar caballos, «estando el capataz en el campo con cinco hombres al servicio de la hacienda, pues si hubiese estado en las casas

ANTONIO RIVERO

hubiese muerto el capataz y todos los peones para defender los caballos».

"Aún hay más: Antonio Rivero es categórico cuando dice: «Cuando el motivo, si no hubiese sido el capataz Simón se hubiese perdido todo».

"Es decir que las declaraciones dejan constancia del coraje de Simón y de la huída de los restantes, que «de miedo dispararon al campo». Conviene puntualizar asimismo, que Roberto Fitz Roy, el 20 de marzo de 1833, dirigiéndose a M. Brisbane le recomendó que retuviese a Jean Simon «en su actual empleo»; que deploraba mucho la remoción de éste, «cuya conducta ha sido evidentemente tergiversada y cuyos servicios son aquí, hasta el presente, esencialmente necesarios». Y reforzando su pedido añadió: «Parece que los gauchos se le han unido, y confían en él; si él permanece, ellos también desearían permanecer; pero si él deja la isla, ellos no permanecerán de buen grado; y si él y ellos se van, es evidente cuánto quedarán comprometidos los intereses del señor Vernet y todo lo que les concierne, pues casi todos los trabajos productivos cesarán con su partida».

"A lo ya dicho hay algo más que añadir: de los integrantes de la partida que acompañó a Antonio Rivero, cinco o seis eran indios charrúas «que habían sido, algunos años antes, confinados en la isla por el gobierno de Montevideo —nos informa Luis Vernet— y habían poco después entrado voluntariamente a mi servicio como gauchos». Fueron ellos y tres gauchos descontentos los que asesinaron a los diversos colonos el 26 de agosto. El resto de los gauchos rehusó asociarse a Rivero y se refugiaron con mujeres y niños en una isla próxima. Al parecer, más tarde, colaboraron para perseguir y apresar a Rivero y los suyos.

"Los antecedentes documentales hasta ahora conocidos no son nada favorables para otorgar a Rivero títulos que justifiquen el homenaje que se proyecta, con más buena fe y entusiasmo patriótico que verdad histórica. Es deber y responsabilidad de la Academia Nacional de la Historia, como institución asesora del Poder Ejecutivo, comprobar fehacientemente el hecho y si el mismo reviste carácter de verdad histórica indubitable de la defensa de la heredad patria.

"Si no se aportan pruebas de que el levantamiento obedeció al noble propósito patriótico de expulsar a los usurpadores de la soberanía nacional, no corresponde el homenaje proyectado" (Boletín de la Academia Nacional de la Historia - Volúmenes XXXIX - 1966).

UNA BALA AL ROJO ENTRE LOS INGLESES

La lectura de algunos documentos, de origen británico, evidencia el tremendo problema que se les planteó a los ingleses cuando llegó el momento de resolver qué habrían de hacer con los amotinados de Puerto Soledad. Fue una brasa quemante pasando de mano en mano, y que como último recurso debieron depositar en tierras rioplatenses, aunque de modo muy poco elegante.

Cumplida con éxito la misión del teniente Smith en la isla Soledad, los presos y los testigos fueron enviados a la fuerza de la estación naval británica en Río de Janeiro, en donde fueron trasladados a bordo del Spartiate. El comandante en jefe, contraalmirante Graham E. Hammond, tomó interrogatorios, se convenció a sí mismo de que el hecho era suficientemente claro, directo y positivo como para obtener una condena, y a bordo del sloop Shake remitió el paquete humano a Inglaterra, pues "...soy decididamente de opinión que hay suficientes evidencias para condenar a los asesinos, y por lo tanto mi deber es enviarlos a Inglaterra para ser enjuiciados, por cuanto no hay medio mediante el cual pueda habérmelas con ellos de acuerdo a la ley, conforme a lo que deduzco del Estatuto del Almirantazgo, que en acta Geo. 3, Cap. 53, prevé el juicio en las Cortes Coloniales de crímenes cometidos en lugares no incluidos en los dominios británicos, que no es de aplicación en este caso, pues las islas pertenecen a Gran Bretaña; y el acta Geo. 3 establece que los delitos cometidos en lugares bajo el dominio británico deberán ser juzgados en Inglaterra".

En aquel país los presos fueron alojados a bordo del "buque insignia en Sheerness, a la espera de instrucciones de Lord Glenelg para su ulterior ubicación", puesto que "la cuestión de ningún modo tiene relación con el Departamento de Marina".

El abogado del rey, fiscal y procurador, opina que "...los testimonios pueden ser suficientes para expedir un fallo de culpabilidad bajo del acta Geo. 4, C. 31, pero que frente a todas las especiales circunstancias del caso, sería escasamente aconsejable si resultase una condena, de llevar a ejecución la sentencia, y por eso ellos no recomiendan proseguir con la acusación fiscal. Por tanto Lord John Russell desea que Lord Glenelg preste atención al asunto, en el sentido de que se puedan hacer arreglos de común acuerdo con el Consejo del Almirantazgo para el destino de los aludidos individuos...".

Por alguna razón desconocida para nosotros, la brasa quema cada vez más, y así es cómo en junio de 1835, C. Wood, del Almirantazgo, ordena a Hammond repatriar a los acusados tan pronto como sea posible. "Me ha sido ordenado por los Lores comisionados del Almirantazgo, de poner en su conocimiento que al parecer los magistrados judiciales de la Corona no pueden aconsejar proseguir la acción fiscal de los individuos que han sido traídos a Inglaterra bajo la acusación de asesinato, cometido en las Malvinas en agosto de 1833, y sus señorías han ordenado por lo tanto que los hombres, con las personas arrestadas como testimonio del rey, sean enviados de vuelta a Sud América, por el primer paquete..."

Los vapuleados turistas de soga al cuello cruzan nuevamente el Atlántico. Se encuentran ya en aguas del Plata, enviados desde Río de Janeiro a bordo del Cockatrice. Y aquí surge un nuevo e inesperado inconveniente. Junto con los peregrinos viene una nota del contraalmirante Hammond, solicitando al cónsul inglés en Buenos Aires obtenga permiso del gobierno argen-

tino o de la Banda Oriental, para desembarcar a los insurrectos de las Malvinas. A dicho funcionario (Hamilton Hamilton) le tiembla la pera y esquiva al bulto informando a la superioridad que "no habiendo recibido de su señoría ninguna instrucción al respecto, y considerando que una solicitud tal como la que sugiere el almirante, puede en su tramitación envolverme en una larga correspondencia que es mejor evitar, he declinado por el momento intervenir en este asunto".

Pero Hamilton Hamilton, a fuer de estar por estos lares, ha asimilado bastante de "viveza criolla", y tras darle explicaciones al contraalmirante Hammond, le desliza una sugerencia: "No tengo instrucciones del Ministerio de Relaciones Exteriores sobre este particular, y siendo así, no estoy dispuesto a abrir correspondencia con el gobierno, la cual puede finalmente conducirnos mucho más allá del simple hecho de cómo ha de resolverse la entrega de esos hombres", y agrega que si bien en Inglaterra no hay dudas sobre sus legítimos derechos sobre las Malvinas, no pasa lo mismo en el Río de la Plata, donde los argentinos no están dispuestos a abandonarlas, y piensa que "sería poco justificado tomar una medida que podrá ser posiblemente tergiversada por aquél (el gobierno argentino) en forma de un reconocimiento por mi parte, de un derecho que no existe". Y termina: "Pero aunque no me parezca conveniente hacer ningún pedido oficial a fin de lograr permiso para desembarcar esos hombres en estos territorios. yo no sé que puedan suscitarse dificultades en autorizarlos a ir a tierra, bajo propia responsabilidad, en cuanto se ofrezca una oportunidad; en realidad, viendo que los magistrados de la Corona no pueden aconsejar la acusación, el darles a ellos la libertad está apenas fuera de razón, y por eso me he aventurado en expresárselo. al capitán del **Talbot**, a cuyo buque habían sido transferidos".

Cuando la oportunidad se presentó, la vía crucis de los supuestos asesinos llegó a su fin, y Hamilton Hamilton informó a su Lord que "a los individuos en cuestión se les permitió durante una visita del **Talbot** a Montevideo, a que aprovechando una oportunidad conveniente, desembarcasen bajo su responsabilidad".

Esto nos recuerda a Bernard Shaw cuando dice que "nunca se encontrará un inglés que no tenga razón. Todo lo hace por principios. Te guerrea por principios patrióticos; te esclaviza por principios imperialistas; te oprime por principios de fuerza; te roba por principios de comercio; sostiene a su rey por principios de lealtad y lo decapita por principios democráticos". A lo que podemos agregar, que cuando hay que esquivarle al bulto también lo hace como cualquier hijo de vecino.

Pero, ¿qué razón asistió a los ingleses para no condenar a los amotinados de las Malvinas? Si los testimonios podían ser suficientes para expedir un fallo de culpabilidad, ¿cuáles fueron esas especiales circunstancias del caso por las que, si resultase una condena, sería tan poco aconsejable la ejecución de la sentencia y recomendaron no proseguir con la acusación fiscal? ¿Por qué hemos de creer a pie juntillas todo lo que dicen los papeles ingleses encontrados? ¿Y si existen otros desconocidos, o si los hubo y fueron destruidos? ¿Quién fue ese inglés que instigó el crimen, que menciona Rivero? ¿Halsby, Shannon, Low?

Hemos querido presentar una objetiva e imparcial relación de hechos, que permita al lector pronunciar su veredicto. Antonio Rivero: ¿patriota o asesino? ¿Los hechos del 26 de agosto de 1833 fueron una insurrección criolla o una masacre?

Hemos de reconocer que faltan elementos de juicio, a nuestro entender, para formalizar una opinión fundada. No hay aportes documentales que permitan decir que Antonio Rivero actuó movido por patriotismo. Pero a la vez, hay demasiados puntos oscuros como para concluir que su acto fue el de un criminal común. Por empezar, como hemos visto, los extranjeros, los gringos, eran para él y los gauchos e indios que con él estaban, los instrumentos del engaño, la explotación y la inhumanidad. Además está el hecho de que, aparentemente, durante la "hegemonía" de Rivero en las islas, la bandera inglesa no fue enarbolada. Y está también el muy sugestivo trato que las autoridades británicas dispensaron a Rivero y sus compañeros, cuando fueron juzgados: no se los colgó —como correspondería a criminales comunes—, sino que el juicio se suspendió por razones que no se expusieron claramente y los gauchos e indios fueron devueltos a su pago de origen. ¿Qué ocurrió?

Es cierto: no hay documentos que digan concretamente lo que íntimamente quisiéramos que se dijera: que Antonio Rivero fue un gaucho patriota que en un momento de desesperación se alzó contra los ocupantes de la isla, extranjeros todos, y se apropió de una tierra que consideraba suya. No hay documentos que afirmen eso. Pero hasta ahora —señalémoslo— toda la documentación manejada en torno a este episodio es de origen británico.

Habría que buscar en los archivos nacionales para agotar el proceso de Rivero. Tendrían que hurgarse nuestros repositorios con el mismo afán conque la Academia Nacional de la Historia ha hecho la rebusca en los archivos británicos. Una vieja tradición asegura que Rivero murió peleando en la batalla de Obligado. ¿Qué hizo desde que desembarcó en Montevideo hasta entonces? Ahí están las dos puntas del hilo.

No podemos decir que el gaucho Rivero fue un patriota. Tampoco podemos afirmar con certeza que fue un asesino. Pero si en realidad murió en Obligado, ¡ninguna muerte pudo ser más bella para este gaucho entrerriano que un día protagonizó en la Argentina irredenta un episodio que todavía hay que develar!

Para terminar, entregamos la imagen que de Rivero y sus hombres ha dejado el autor de un libro de época, que tuvo oportunidad de verlos personalmente el 3 de febrero de 1833: "Un vivaz y enérgico español vino a bordo con un acompañante a recibir el pago. Esos hombres estaban armados con revólveres de doble caño, pistolas, puñales y cuchillos. El español es el evidente jefe de la banda, y ellos lo llaman capitán Antook. Una vez recibido el pago por los animales, saludó con un educado adiós, y en un instante estuvo lejos. Sus ojos eran cortantes e inquietos, y su porte como el de uno que está intranquilo"

Ante la historia todavía lo está, porque su caso no ha sido totalmente esclarecido. ◆





EL DESVAN

(Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia)

CARNE BARATA EN BUENOS AIRES: SI SE CAE UN CUARTO DE RES AL SUELO, NADIE LO LEVANTA (1773)

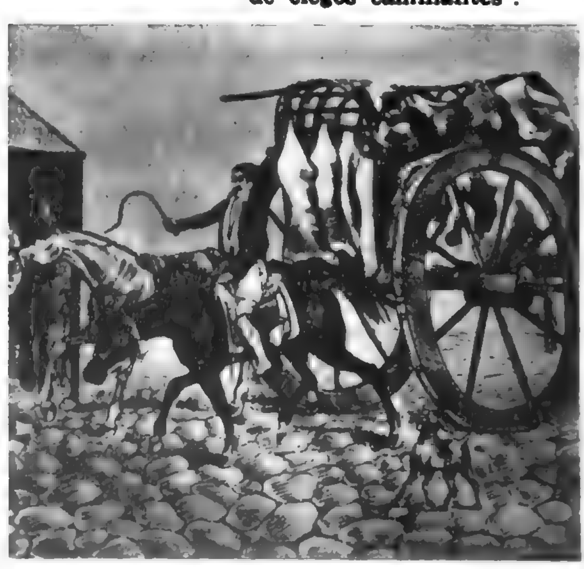
Esta ciudad está bien situada y delineada a la moderna, dividida en cuadras iguales y sus calles de igual y regular ancho, pero se hace intransitable a pie en tiempos de aguas, porque las grandes carretas que conducen bastimentos y otros materiales, hacen unas excavaciones en medio de ellas en que se atascan hasta los caballos e impiden el tránsito a los de a pie, principalmente el de una cuadra a otra, obligando a retroceder a la gente, y muchas veces a quedarse sin misa cuando se ven precisados a atravesar la calle.

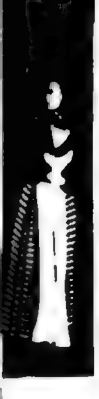
Los vecinos que no habían fabricado en la primitiva y que tenían solares o los compraron posteriormente, fabricaron las casas con una elevación de más de una vara y media, por donde pasa la gente con bastante comodidad y con grave perjuicio de las casas antiguas, porque inclinándose a ellas el trajín de carretas y caballos, les imposibilita muchas veces la salida, y si las lluvias son copiosas se inundan sus casas y la mayor parte de las piezas se hacen inhabitables; defecto casi incorregible.

La carne está tan en abundancia que se lleva en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, como he visto yo, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerlo, aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo, no le lleva a su casa porque no le cueste el trabajo de cargarlo. A la oración se da muchas veces la carne de balde, como en los mataderos, porque todos los días se matan muchas reses, más de las que necesita el pueblo, sólo por el interés del cuero.

Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos, están tan gordos que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles a tomar el fresco, en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos, que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos. Las gallinas y capones se venden en junto a dos reales, los pavos muy grandes a cuatro, las perdices a seis y ocho por un real y el mejor cordero se da por dos reales.

Concolorcorvo: "El lazarillo de ciegos caminantes".








DE CLIO

por
LEON
BENAROS

MINAS DE POTOSI: MITAYOS Y MINGADOS

Acerquémonos a Potosí para ocuparnos de sus célebres minas.

Cuatro son las principales vetas del mineral de Potosí: la Rica, la del Centeno, la del Estaño y la de Mendieta. Cada una de estas vetas tiene una historia oriental, su fábula y su crónica. Los caudales extraídos asombran, la riqueza de sus dueños sorprende y su lujo deslumbra.

Hay abiertas más de cinco mil boca-minas, gran parte de ellas cegadas; en 1791, según Helms, había en laboreo sólo trescientas, todas con la mayor irregularidad. En 1803, al decir de Araujo, sólo había 97 labores de trabajo corriente. Conder, citando a Miller, fija el número del laboreo en cincuenta a sesenta vetas en el primer tercio de este siglo...

La mita, conscripción civil impuesta a todos los distritos, obligaba a suministrar anualmente un cierto número de indios desde 18 años hasta los 50 para la mita. Para este fin se hacían listas y se arreglaban en siete divisiones; aquellos a quienes tocaba la cédula tenían que servir durante seis meses, quedando libres por el espacio de tres años. Dejaban entonces sus familias, abandonaban su hogar y emprendían la peregrinación de la muerte, porque era tal la mortalidad que de cada cinco indios sólo sobrevivía uno el primer año.

En pos de aquellos mitayos venían sus familias, que no querían abandonarlos en los días de la amarga prueba, y así se iban despoblando las aldeas y las campañas. Cuando volvían a sus lares, la destrucción había borrado hasta los vestigios de la cabaña de sus antepasados.

A estos infelices, que a veces hacían un viaje de muchas leguas, se les pagaba cuatro reales diarios por su trabajo. Pero, ¡qué trabajo!

El padre Acosta lo describe así: "Trabajan allá dentro, donde es perpetua la oscuridad, sin saber poco ni mucho cuándo es día ni cuándo es noche. Y como son lugares que nunca los visita el sol, no sólo hay perpetuas tinieblas, más también mucho frío y un aire muy grueso ajeno a la naturaleza humana".

Este trabajo es incesante de día y de noche, y se hace por turno.

Doce mil indios estaban sujetos anualmente a la mita de Potosí; después se redujo a cinco mil, y hay quien calcula que en el laboreo de las minas del Perú han perecido más de ocho millones.

Se observó que en los distritos donde los indios estaban sujetos al laboreo de las minas, la disminución de la población llegó a la mitad y en otras a la tercera parte, de la que existía en 1581.

El vencido no se libraba de uno de estos dos extremos: o mitayo o yanacona; o el trabajo forzado de las minas o el trabajo obligatorio para el amo o para el dueño de la tierra. El indio no podía emanciparse de la mita, sino cuando pasaba de cincuenta años.

Estaban privados de usar traje español y vestían una camiseta cerrada sin mangas, que llevaban sobre las camisas, con una faja que la sujetaba; pantalones anchos hacia abajo, piernas y pies desnudos. Mientras que los negros y mulatos podían vestir a la moda de los conquistadores, los indios estaban privados de usar armas...; hasta en su traje se notaba su triste condición, y en la prohibición de llevar armas estaba implícita la privación de defenderse de la arbitrariedad de las otras razas.

Dentro de las minas hay vientos encerrados que hielan y secan a aquellos pobres indios, cuyo único consuelo es la masticación de la coca, de que se hace un gran consumo... En los lugares en que los vapores minerales y sulfurosos hacen difícil la respiración, recurren a la yerba del Paraguay [mate], que la beben en infusión en la forma conocida.

Las gruesas velas de sebo de que se sirven para

EL DESVAN DE CLIO

alumbrar la profunda oscuridad de la mina, vician más el aire, y sucede que los que no están habituados a respirarlo se marean y aun desmayan.

Como generalmente el metal es duro, lo sacan con barretas, quebrándolo; lo suben desde la profundidad, cargando cada hombre dos arrobas en la manta sobre el pecho. Suben y bajan por escaleras formadas de tres ramales de cuero de vaca retorcido, con otros transversales para poner el pie. Por un lado suben y por otro bajan, simultáneamente.

El indio que va adelante lleva una vela atada en el dedo pulgar, para alumbrar así a los otros que suben o bajan en pos de él. Estas escalas tienen diez estados de largo; entonces hay un descanso o andamio hecho de madera, desde el cual empieza otra escala de otros diez estados, y así sucesivamente; teniendo a veces, dice el padre Acosta, ciento y cincuenta estados, "cosa horrible que sólo pensarlo causa espanto".

Basta conocer este detalle para juzgar lo penoso de este trabajo para los pobres mitayos.

Los mejores trabajadores eran destinados como barreteros para romper el pedernal, uno de los trabajos más fuertes. La barreta es un hierro de pie y medio de largo, muy incómodo, según Helms, y en algunos lugares estrechos no puede hacerse uso de ella. El martillo era cuadrado, de plomo, de veinte libras de peso; instrumento que agota las fuerzas del trabajador.

Dos clases de trabajadores había en las minas: los mitayos y los mingas. Los primeros eran cédulas, desempeñaban un trabajo forzado durante el tiempo que en turno les correspondía por la mita; tenían salario fijo señalado por la ordenanza. Los mingas eran trabajadores voluntarios y libres; ganaban salarios convencionales, más altos que el de los mitayos. Sin embargo, trabajaban durante las mismas horas...

Vicente G. Quesada

LA SOCIEDAD ARGENTINA EN 1813. EL SALON DE MARIQUITA THOMPSON

La época de la Asamblea General Constituyente y del gobierno del director Posadas, es también una época de transformación en las costumbres, en la vida interior de la familia y en el carácter de los negocios comerciales. Aseguróse entonces un sentimiento espontáneo de que el país tenía ganada ya su independencia. Cierta alegría pública y comunicativa comenzó a poner lúcida e inspirada a la buena sociedad. Abriéronse algunos salones, y entre ellos el de Lasala y el de la señora María Sánchez de Thompson (de Mandeville después), donde Alvear, Larrea, Monteagudo, Rodríguez, algunos médicos y publicistas extranjeros como Carta Molina, Gaffarot, Belmar (el padre y el hijo), Loreille, el físico Lozier, el botánico Ciarinelli, Wilde, el iniciador de los estudios económicos, el pintor Gould y otros, se reunían allí animados de la más exquisita galantería, a pasear su espíritu por las grandes novedades del tiempo y por los azares de la causa del país. Mientras Belmar lucía su intimidad con Benjamín Constant, y trazaba los caracteres de su talento y de sus doctrinas ante la atención encantada de los liberales que lo escuchaban, Lozier y Ferrati amenizaban la culta tertulia con pruebas de física y de química, que iniciaban en los conocimientos naturales a sus contertulianos, y que hacían del salón de la sala Thompson una verdadera academia de progreso y de cultura. Alvear y Larrea primaban entre todos por la rapidez, la originalidad y la audacia de sus concepciones, y eran los galanes más favorecidos de las damas que acudían a hacer estrado, alrededor de la dueña de aquel templo un tanto profano en que todos abrían su espíritu a las luces del siglo. Allí leía López sus estrofas, y algunas veces un niño, Juan Cruz Varela, declamaba sus loas a la patria y a la victoria, en que Júpiter hacía el primer papel entre los protectores que nuestra causa tenía en el cielo. Don Saturnino de la Rosa, el más inocente y satisfecho de los hombres que han manejado consonantes, llevaba las inspiraciones —¡qué inspiraciones!—, los acomodos, más bien, de su cándida fantasía: África, inundada de gratitud, besaba los pies de América; Asia, ruborizada, lloraba sus cadenas, y Europa, sorprendida, no sabía qué pensar de que su esclava de poco ha —América— fuese ahora su modelo.

La dueña de aquel salón, en cuya cabeza entraban todas las reminiscencias e imitaciones de los salones del Directorio y del Consulado francés, prodigaba su inmenso caudal en el delicado placer de reunir en su casa adornos exquisitos y curiosos de la industria y del arte europeos: porcelanas, grabados, relojes mecánicos con fuentes de agua permanentes figuradas por una combinación de cristales, preciosidades de sobremesa, antojos fugaces si se quiere, pero que eran novedades encantadoras para los que nada de eso habían visto hasta entonces, sino los productos decaídos y burdos que el monopolio colonial les traía. Después de eso, banquetes, servicio francés y cuanto la fantasía de una dama rica entregada a las impresiones y a los estímulos del presente, sin amargas ni perturbadoras impresiones del porvenir, podía reunir en torno de su belleza proverbial, con la vivacidad de uno de los espíritus más animados que pueden poner alas al cuerpo de una mujer. Era también poetisa, y prosista llena de ingenio y de oportunidad.

Las mismas causas habían producido fenómenos paralelos en esferas más prácticas y más utilitarias, si se quiere, de la vida social. El espíritu impulsivo y la reproducción económica del crédito habían comenzado a introducir el valor del plazo y el mecanismo del papel de comercio en las transacciones. Las estancias y la faena de las haciendas se habían vivificado, por el valor

de las pieles y por la necesidad de representar en los retornos el creciente aumento de los consumos. Varias casas inglesas de bastante importancia surtían el mercado, con un cúmulo no visto hasta entonces de mercaderías; y haciendo de agentes bancarios para con el gobierno, le suplían numerarios y armas, burlándose de las convenciones de su gobierno con Fernando VII. En menos de año y medio, las rentas tuvieron un aumento de dos millones y medio de pesos fuertes. Si a todo eso se le pone por complemento la formación de la escuadra y del ejército, que expulsó las tropas españolas del Río de la Plata, será difícil negar ante la notoriedad histórica los grandes méritos de la Asamblea General Constituyente y del gobierno directorial, que dio su espíritu y sus luces a la obra fecunda de 1814.

Vicente Fidel López

LA HISTORIA DE ENTRECASA

El 2 de setiembre de 1827 falleció en Buenos Aires, a los 85 años de edad, Juan Bautista Tupa-Maru, nieto de Túpac Amaru.

* * *

Pedro de Angelis, el famoso polígrafo que trajo Rivadavia y prestó servicios a Rosas, dejó entre otras publicaciones de importancia su muy útil **Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna del Río de la Plata**, que publicó de 1836 a 1837. Menos conocida es su **Memoria Histórica Sobre los Derechos de Soberanía y Dominio de la Confederación Argentina a la Parte Austral del Continente Americano, Comprendida Entre las Costas del Océano Atlántico y la Gran Cordillera de los Andes, Desde la Boca del Río de la Plata Hasta el Cabo de Hornos, Incluso la Isla de los Estados, Tierra del Fuego y el Estrecho de Magallanes en Toda su Estensión** (sic), obra escrita en 1849 y publicada en 1852.

De Angelis estaba casado con una institutriz suiza, Melanía Dayet. No dejó descendencia.

* * *

Los apodos tuvieron y tienen un auge duradero en la política argentina. Constituyen, inclusive, un arma de combate, que utiliza el ridículo como regocijante perdigonada. Desde los primeros tiempos del periodismo porteño, ya existieron. Algunos han sido salvados por la historia. Un cronista anota los apodos siguientes: "El señor don Tomás Manuel de Anchorena era designado con el de **Torquemada**; don José María Rojas con el de **Zumaca**; el doctor don Manuel Moreno con el de **don Oxide**; don Pedro F. Cavia con el de **don Magnífico**, etc.; el doctor don Felipe Arana con el de **Campanillas y Batata**; el doctor don Baldomero García con el de **Mudo de los Patricios**; don Nicolás Anchorena con el de **Plata Blanca**; el general Pacheco con el de **Espuela**; Rosas con el de **Ancafilú**, y Oribe con el de **Ciriaco Alderete**...".

J. Mellet
Dit L'américain

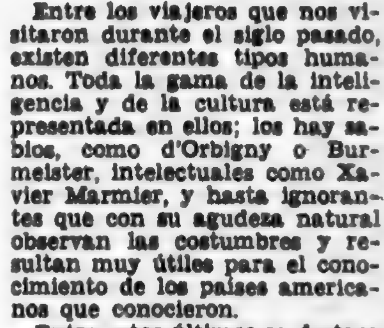
por
Sáenz
Jimena

el mercachifle



Un vendedor ambulante francés recorrió nuestro país y América entre 1808 y 1823, y su relato aporta un precioso testimonio sobre aquella época.

escritor



Entre los viajeros que nos visitaron durante el siglo pasado, existen diferentes tipos humanos. Toda la gama de la inteligencia y de la cultura está representada en ellos; los hay sabios, como d'Orbigny o Burmeister, intelectuales como Xavier Marmier, y hasta ignorantes que con su agudeza natural observan las costumbres y resultan muy útiles para el conocimiento de los países americanos que conocieron.

Entre estos últimos se destaca Jullien Mellet, francés de modesta condición, comerciante y aventurero, que recorrió nuestro continente desde Punta del Este hasta Cuba, entre los años de 1808 y 1820. Este viajero, autor de un libro publicado en 1823 en Agen y al año siguiente en París, era un vendedor ambulante que desde los 26 años visitó América vendiendo baratijas y cintas de mujer, y que trató vanamente durante doce años de hacerse una fortuna que se le escapaba siempre de las manos.

En el prólogo de su libro anuncia sus propósitos: "Me preocupé especialmente —dice— en conocer la manera de viajar en esos climas, los peligros a que se está expuesto en ciertos parajes, las distancias que separan las ciudades de las aldeas y pueblos, su diversa población, la rica producción del suelo, las artes que pueden florecer y, en fin, las diversas ramas del comercio que se lleva a cabo".

La plaza principal de la ciudad de Mendoza, con su pequeño ornamento en el medio, en la época en que la conoció "el Americano".

el mercachifle escritor

El programa de Mellet es típico del viajero del siglo XVIII. Su libro es especialmente geográfico y está dedicado a los negociantes, y sólo para romper la monotonía contará de cuando en cuando episodios personales. Si se decide a relatarlos es porque éstos son sabrosos. El autor garantiza la verdad de sus afirmaciones y requiere indulgencia por el estilo, que al menos "tiene la ventaja de la exactitud".

Sin embargo, el estilo de Mellet no es tan deficiente como él cree. Es simple y directo, con algunos toques de humor en los momentos trágicos, y el tono se adecúa al libro semi-geográfico que publica, y que leerán los futuros comerciantes que quieran aventurarse en América.

Porque Mellet es un aventurero hecho y derecho. Pasa muchísimos años haciendo negocios en los lugares más recónditos del continente sudamericano, comprando oro en San Juan, perlas en Cartagena de Indias y vendiendo cintas en Corrientes. En Francia, a su regreso, lo llaman el Americano, pero en América le decían el Francés. Es el hombre de dos continentes, y si sus aventuras contadas en forma resumida nos parecen irreales y folletinescas, no lo son si las incorporamos al contexto de la narración.

Debemos suponer que la América española de 1810 era la tierra de la aventura. Si aún hoy en esta América hispánica las encontramos, ¿qué no pasaría hace un siglo y medio? Por eso no debe sorprendernos que cada vez que Mellet sube a un barco, corra el peligro de zozobrar, ni de que persigan a nuestro héroe tigres en Ecuador y un caimán en Piura, o de que sea aprisionado por la Santa Inquisición en Trujillo.

Jullien Mellet inicia su viaje en 1808, junto con la misión del marqués de Sassenay, y casi desde el principio empiezan sus tribulaciones. A la altura de Maldonado dos barcos ingleses persiguen y hunden a "Le Consolateur", el barco en que viajaba, y nuestro héroe, que ha perdido a bordo todas sus mercaderías, debe ganar a nado la costa de Punta del Este. Los cuarenta marineros pasan unos días en Maldonado y van luego a Montevideo. Allí les esperan nuevos infortunios, pues el gobernador Elío se acaba de enterar de la prisión del rey Carlos IV por Napoleón. El pueblo oriental, fiel a su rey, escupe en la cara de los franceses, lanzándoles los epítetos más insultantes, y el gobernador los pone en prisión para defenderlos de la turba, según parece. A pesar de encontrarse preso en la ciudadela, salía Mellet tres veces por semana con un guardián, y pudo así describir la Montevideo de entonces y sus habitantes.

Se viven los últimos años del gobierno español en América, y las agitaciones políticas no cesarán de acompañar al francés durante todo su viaje. Unas veces deberá recurrir a la protección de los independientes, otras a la de los realistas.

Tras largos esfuerzos consigue pasar a Buenos Aires por la Colonia, exhibiendo una carta de recomendación para el virrey Liniers del marqués de Sassenay, también prisionero en la Banda Oriental. En Buenos Aires se entrevista con aquél —a quien llama Linier-Evremont—, y lo elogia mucho. Compadecido de las desgracias de su compatriota, el virrey le da cuarenta onzas y con eso puede el comerciante iniciar un nuevo negocio.

Presencia, en nuestra ciudad, la partida de convoyes de negros esclavos para Lima. La



Una casa típica de la ciudad de Salta, de las que llamaron la atención al andariego y observador mercachifle francés.

caravana salía de Buenos Aires y el francés, horrorizado por lo que ve, lo describe minuciosamente en su libro. Se entregaba a los esclavos un pantalón, un saco y una boina de lana. A las mujeres se les daba una túnica y un pañuelo para la cabeza; luego se separaban los sexos y se los apeñuscaba en grandes carretas. En esa penosa forma iban hasta Mendoza, vigilados por capataces y acompañados de un cirujano. Luego debían cruzar en mulas la cordillera —lo que resultaba un nuevo sufrimiento, pues no sabían montar a caballo—, y embarcarse en Chile para el Perú.

"Terribles sufrimientos los esperan en las cordilleras; acostumbrados a un clima excesivamente cálido y enteramente opuesto a éste... se sienten tan transidos de frío en la cercanía de las montañas, que muchos de ellos se quedan rígidos, y han cesado de existir cuando se los cree en buena salud".

De Buenos Aires se dirige al Paraguay. Habla de la yerba y del mate con bombilla, de los pájaros y de los monos. Considera a Asunción una provincia muy rica, pues tiene de todo: algodón, mandioca, caña de azúcar, etc.

Las mujeres de Corrientes, religiosas y caritativas, son amigas de las novedades y de las cintas, y rezan devotamente el rosario. "Esas mujeres gustan en general de los europeos, y no hay sacrificio que ellas no hagan para casarse (establecerse, dice) con alguno de ellos. Aunque de un color muy oscuro, son muy amables".

Vuelve Mellet a Buenos Aires, de donde parte a Mendoza. Describe la manera de prepararse para soportar esa larga travesía con caballos resistentes, ponchos, etc. Menciona al iniciar su viaje a los indios bravos que venían a vender cueros. Según él, estos indios pampas "tienen las facultades intelectuales limitadas".

En San Luis critica a los hombres que maltratan a sus mujeres. Luego va a Córdoba, donde observa que sólo trabaja el sexo femenino y no los hombres. (Si pensamos en Recuerdos de Provincia y en doña Paula Albarracín, no nos puede extrañar demasiado este detalle.) La siesta tucumana, característica de toda América, llama la atención del viajero. También habla de la batalla de Tucumán, librada entre los independientes de Buenos Aires y los realistas de Lima, aunque equivoca su fecha. Es importante señalar cómo a medida que se va alejando de nuestra Capital, Mellet sigue siempre vinculando a los revolucionarios con Buenos Aires. Pasan los años, pero el autor continúa relacionando ambos términos y esto demuestra que, para él, el origen de media independencia americana fue obra de la Junta de Buenos Aires.



También por Corrientes anduvo Mellet y desde su puerto debe haber visto este paisaje de torres, tejados y vegetación.

En Salta habla de los hermosos sillones que hacen sus habitantes, "aunque ese estilo está anticuado en Europa, no dejan de ser valorados en este país. Los cueros empleados están adornados por grabados de oro y plata, o por dibujos de distintos colores; forma un lindo conjunto y da al asiento cierta majestuosidad". Las ciudades vecinas encargan muebles a Salta. En Chuquisaca encuentra Mellet un gran gusto por la pintura, y dice que se ven allí cuadros no inferiores a los de Europa. "Limpios, inteligentes y apasionados por las mujeres", dice de los "cuicos", habitantes del Alto Perú.

Retrocede hasta La Rioja y asegura que "los habitantes son muy afables, aunque la manera como pronuncian el castellano anuncia algo de brutal en el carácter; sin embargo, son de una bondad y dulzura increíble". Parece que el acento esdrújulo de la tonada riojana amilanó un poco a nuestro héroe...

Llega a San Juan y, siguiendo una costumbre inveterada de los franceses, que siempre se preocupan por el pan, dice que el sanjuanino es el mejor de toda la zona, lo mismo que el aguardiente.

Corre el oro en San Juan y Mellet no resiste la tentación de ir a investigar y comprar oro a las cercanas minas. Un atardecer vuelve con las mulas cargadas, y como se le ha escapado un caballo recién comprado, manda a su peón a buscarlo. El hombre se resiste a dejarlo solo a esas horas y existiendo el peligro de los mineros ladrones, pero Mellet afirma que nada teme. Sin embargo, cuando cae la noche y él ni reconoce su camino ni llega a poblado, comienza a preocuparse. Aparecen tres hombres y se acercan al fogón que ha encendido el francés. Uno le pide fuego, y Mellet le da por toda respuesta una puñalada. Surgen los demás, y el viajero apunta con su revólver a uno y persigue al otro hasta matarlo a balazos. Momentos después se acerca a los bandidos heridos y les pregunta si están muertos. "No, señor —contestan ambos—, pero nos gustaría estarlo, acábenos, por favor". Llega en eso el peón con el caballo rescatado y, ¡cuál no sería su sorpresa al reconocer en uno de los heridos a su propio hermano! Ahí mismo lo quiere ultimar por bandido, pero Mellet lo impide, y llevan a los frustrados ladrones hasta el hospital de San Juan.

El francés sigue luego con sus retorcidos itinerarios. De Mendoza pasa a Chile y allí tiene otra aventura, esta vez con mal resultado. En Coquimbo los realistas se han apoderado del gobierno —corre el año 1814—, y apresan a los extranjeros con el pretexto de que se han meti-

el mercachifle escritor



Buenos Aires, "la ciudad de la Revolución", atrajo la atención de Mellet, que habrá andado por muchas esquinas como la del grabado.

do en política. Algunos son llevados a las islas de Juan Fernández, pero Mellet consigue la libertad en Valparaíso gracias a un francés que es amigo de Osorio, jefe de Santiago. Otra vez en Coquimbo, reclama sus bienes consistentes en varias valijas y dieciocho cargas de plata, pero no se los devuelven porque, según le dicen, el que se los quitó se ha pasado a la causa independiente. Sin embargo consigue, en una escena muy graciosa, que un catalán le pague cuanto le debe; el subdelegado realista invita al deudor a su despacho, sin que éste se entere de que Mellet lo escucha tras una cortina. El hombre, que lo cree en Juan Fernández, asegura que le pagaría si no fuera por esa circunstancia. Mellet sale teatralmente de su escondite y el catalán casi sufre un ataque. Al día siguiente todo Coquimbo se presenta a la puerta del viajero, a pagarle lo que le deben por la antigua mercadería. El autor se disculpa luego por haberse explayado tanto en su aventura personal; es ya la segunda vez que pierde su fortuna en América.

Llega nuestro héroe a Lima por mar, y allí habla largamente sobre las limeñas y sus atractivos. De día visten con mantos oscuros como si fueran "semireligiosas", pero de noche aparecen con todas sus galas, sombreros y hermosos vestidos. Las considera "altivas y orgullosas hasta un grado insoportable", y comenta que una salida nocturna con alguna dama ligera es un programa caro, pues deben ir primero a la picantería, luego a la fonda, donde, no contenta la dama con devorar los mejores platos, pasa al interior al terminar y, cual una romana, devuelve la comida ayudándose con una pluma, para comenzar de nuevo. No sabemos si esta extraña costumbre era común en Lima, o si sólo le tocó a Mellet advertirla, pero es de suponer que la dama en cuestión estuviera al menos en connivencia con el dueño de la fonda. El francés perdona, diciendo que vale la pena el gasto porque no son mujeres difíciles. Además, llevan en la liga un puñal pequeño o una navaja, elemento que utilizan cuando el amante no les ha dado el dinero que ellas exigen.

No sólo las limeñas dejan mucho que desear; también los sacerdotes y la Iglesia en general son motivo de crítica para Mellet. En los lugares alejados y teniendo el poderío más absoluto sobre los indios, se cometen verdaderas atrocidades en las que no es difícil creer. Nuestro viajero, que es un verdadero católico, sufre en persona los últimos efectos de la Inquisición alrededor de 1815, pues en cierta ocasión en que con un andaluz noble se aloja en casa de un cura en Perú, éste los denuncia como herejes por el gusto de hacerlo, y la autoridad civil los detiene para entregarlos al obispo de Trujillo y, posteriormente, llevarlos a la Inquisición de Lima. Mellet oculta su nacionalidad, y dice ser flamenco, pues en esos años era peligroso declararse francés; los hispano-americanos los asociaban en seguida con los jacobinos regicidas.

Los dos reos tiemblan pensando en la suerte que les tocará, y ya el andaluz ha desesperado sin escuchar los sabios consejos de resignación del francés, cuando se les ocurre escribir al obispo contando los hechos tal cual fueron. Inmediatamente el andaluz es requerido a la presencia del diocesano, que resultó ser tío suyo, aunque ambos no se conocieran. Mellet es también liberado rápidamente, y el proceso no tiene lugar. Pocos años faltaban para que llegara la libertad a Lima con San Martín. El libro del viajero nos informa sobre la importancia que a los ojos del pueblo conservaba la palabra



Lima, con sus tapadas, su Inquisición y su gracia andaluza, no gustó mucho a Mellet; sus aventuras en ella lo escaldaron...

"hereje", y sobre la fuerza de la Inquisición. "Por suerte —dice el francés— el cielo ha permitido que la suprimieran".

En cada lugar aprovecha el comerciante para describir una costumbre. Ya sea las procesiones en Guayaquil, como el velorio del angelito o el entierro con gran banquete de un adulto en Quito. No comprende el fasto de las procesiones —como buen francés tiene tendencia a la austeridad jansenista—, y le parece que se hacen para ostentar el lujo; le choca "sobre todo en estos países, donde se afecta una devoción tan rígida".

Las corridas de toros son apenas mencionadas, pero no descriptas, aunque hacía ya cincuenta años que existía la hermosa plaza de Acho, en Lima.

El hermano del andaluz con quien corrió la peor aventura americana, lo quiere casar con una dama de Cuenca, cuñada suya, pero aún no ha llegado la hora del amor para el francés. Más tarde se enamora perdidamente en Santiago de Cuba, y con tan mala suerte que no obtiene el permiso para casarse de los padres de la novia, que viven en otra localidad. El gobernador, hombre despótico y arbitrario, lo pone preso, aprovechando la oportunidad para despojarlo de cuanto posee: Mellet había cometido el único pecado de quererse casar, y dejar a su novia en una casa amiga hasta conseguir el permiso paterno. Finalmente lo deportan de Cuba a Francia, y él se va lamentando la pérdida de todos sus tesoros sin acordarse ya, ante la magnitud del desastre financiero, de su novia, también encarcelada y abandonada en Cuba.

Así, terminaron los desvaríos amorosos y la aventura americana de Jullien Mellet. El libro responde totalmente a las características de la literatura de viajes del siglo XVIII. Se mencionan leguas, distancias, posibilidades de comercio, recursos naturales y características generales de los habitantes, con un rigor científico que sólo puede convenir a futuros mercaderes. Sin embargo, este viajero adorna la árida exposición con sus divertidas aventuras y con ciertos rasgos humorísticos, como cuando se refiere al guardián de la cárcel de la Inquisición de Trujillo, que primero rechaza el soborno que le ofrece "un excomulgado", y termina aceptándolo sin mirar si las monedas están también excomulgadas.

Mellet es un viajero simpático que vuelca en su libro todo su saber, aprendido en la dura escuela de la vida. Es un hombre algo ingenuo, pero vivo y perspicaz. Soporta con entereza y resignación cristianas todos los accidentes que le sobrevienen, y es un excelente ejemplo de viajero curioso que todo lo contempla con igual atención y benevolencia.

El pintoresco viaje de Jullien Mellet —uno de los hombres que mejor recorrió la Argentina y la América española—, nos da una visión general de las costumbres que existían en todos los lugares que formaron luego las distintas repúblicas. El lector argentino, al leer la obra de Mellet, con justicia llamado "el Americano", puede comparar con beneficio para nuestra patria, las aventuras que le ocurrieron en su largo y azaroso viaje. A pesar de la similitud de costumbres —marcadas todas por el sello español—, hay ciertas diferencias entre nuestro país y otras latitudes americanas: la fuerte Inquisición peruana no tenía aquí parangón, ni tampoco la despótica actitud del gobernador español de Cuba, o las horribles crueldades cometidas con los esclavos en el Caribe.

La descripción del campo y las ciudades, de las características y modos de vida de cada una de las provincias argentinas, lo mismo que sus aventuras en otras tierras hermanas, harán perdurar este libro mucho más que los datos topográficos y comerciales que el mercachifle consideraba lo más importante en su momento, y que ahora encontramos consignados con mayor exactitud en cualquier geografía. ◆



La plaza Mayor de Córdoba, en la época del viaje del comerciante francés, con su Catedral, su Cabildo y sus raquíticos árboles.

10 Razones para confirmar que Ud. compra lo mejor...



Todo AMPLACARD lleva en su interior la chapita que lo identifica

1 - **PUERTAS** - Tratadas especialmente para eliminar torceduras.

2 - **CANTOS** - Encajan en techo y piso con lengüetas encoladas a nivel.

3 - **ARMADO** - Con plaqueta enchavetada, inamovible, de gran consistencia.

4 - **PISOS Y TECHOS** - Embutidos a nivel. Travesaños de refuerzocomplementario.

5 - **ESTANTES** - Más grandes, movibles y graduables sobre soportes de bronce.

6 - **CAJONES** - Encolados y malletados sistema americano.

7 - **FONDO** - Marco y soportes encolados y atornillados. Total aislación de agentes externos.

8 - **MADERAS** - Estacionadas y secadas por el sistema de "circulación continua".

9 - **TERMINACION** - Insuperable. Nuestros muebles tienen personalidad.

10 - **CONFIANZA** - Su compra está garantizada por el prestigio de la marca.

TRIPLEX

Modelo ideal para preservar la individualidad, aún en este aspecto del habitat. Tres unidades independientes e iguales se hallan contenidas en un solo AMPLACARD. Si la necesidad lo exige, también puede ser DUPLEX.

ENTONCES... RECHACE IMITACIONES!



AMPLACARD®

Para Concesionarios dirigirse a

CORPORACION INDUSTRIAL ARGENTINA San Luis 3123 - Buenos Aires

ALTA TRAICION:

EL CASO MAC HANNAFORD



El mayor Guillermo Mac Hannaford, con su uniforme de jefe del Ejército Argentino, antes del episodio que se describe aquí.



Aquí estuvo recluido el penado Mac Hannaford desde el año 1937 hasta el año 1956.



El penado Guillermo Mac Hannaford en el penal de Ushuaia, cumpliendo la pena que se le impuso por el delito de traición.

Diciembre de 1936. Todavía bajo la grata impresión suscitada por la visita del presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt a Buenos Aires, el ministro de Guerra, general Basilio Pertiné, hizo pasar a su visitante de aquella tarde. Era el coronel Torreani Vieira, agregado militar de la embajada del Paraguay. Aun antes de intercambiar los saludos de práctica, Pertiné advirtió que algo grave ocurría.

—Señor ministro: vengo a formular una seria denuncia.

—Le escucho, coronel.

—Un argentino se ha apersonado en mi embajada, ofreciéndome documentos militares secretos.

El ministro Pertiné lo miró a los ojos. Curtido por años de experiencia, difícilmente algo podía asombrarlo. Pero esta noticia era realmente insólita, de manera que no pudo disimular una leve palidez.

No tardó en escuchar la escueta historia. Se trataba de un civil, Horacio Pita Oliver, agregado a los servicios de información del Ejército. Y la denuncia no podía sorprender, ya que Paraguay, en esos momentos en guerra con Bolivia por la cuestión del Chaco, recibía ayuda subterránea de la Argentina, según era un secreto a voces. De manera que los paraguayos tenían interés en congraciarse con el gobierno porteño.

por Armando Alonso Piñeiro

ALTA TRAICION:

Diciembre 3. Los servicios militares de seguridad detienen a Pita Oliver, sometiéndolo a un severo y largo interrogatorio. ¿Cuáles eran los documentos ofrecidos en venta al gobierno paraguayo? ¿Cómo los había conseguido? ¿Quien se los había facilitado? ¿Cuánto hacía que desarrollaba estas actividades? ¿Cuáles eran sus ideas políticas? ¿Qué conexiones tenía con el exterior?

La inquisitoria arroja de pronto un resultado inesperado. Los documentos, explica Pita Oliver, le fueron entregados por un militar: el mayor Guillermo Mac Hannaford, ayudante del jefe del Estado Mayor, general Nicolás C. Accame, y uno de los edecanes argentinos del presidente Roosevelt.

A las once de la noche los agentes de Inteligencia llegaron a la casa de Mac Hannaford, en Olivos, y lo condujeron detenido. A pesar de sus protestas de inocencia, las primeras instancias comenzaban. Juez instructor de la causa fue designado el coronel Manuel M. Calderón, y el mayor Rodríguez Jurado, defensor militar. Más tarde se permitió al acusado designar un defensor civil, elección que recayó en el doctor Oscar Semino Parodi.

El proceso duró año y medio, realizándose en el más impenetrable secreto, hasta el punto de que la prensa no pudo enterarse de nada. Recién en el segundo semestre de 1938, al trascender que el fallo militar estaba a punto de dictarse, la opinión pública adquirió una conciencia más clara de lo que este proceso significaba. Era un delito sin precedentes en la historia argentina: traición a la patria. Las inevitables concomitancias novelescas le conferían un aspecto diferente. Había, por ejemplo, otras personas complicadas, como el teniente primero de ingenieros Aquiles T. Azpilicueta, y hasta una mujer, para darle adecuado carácter equívoco al episodio: Jorgelina Argerich, en cuya casa de la calle Ecuador "fueron encontrados documentos militares desaparecidos del Estado Mayor", según lo publicó la revista "Ahora" en su número 331, del 23 de agosto de 1938, para quien, por otra parte, "Pita Oliver frecuentaba la casa de Jorgelina Argerich".

TRAICION A LA PATRIA

Mac Hannaford se empeñaba en alegar su inocencia, pero frente a esta insistencia se acumulaban pruebas que, aparentes o no, sirvieron para condenarlo. Ni siquiera faltó el detalle que proyectó la imaginación popular hacia los más apasionantes recovecos del espionaje internacional: la revista "Ahora" contó prolijamente cómo le habían entregado a Mac Hannaford una pistola para ser dignamente utilizada. Pero el mayor se negó a suicidarse. Su absoluta inocencia era la banderilla insistentemente clavada en el cuerpo del sumario, que sus abogados reiteraban con fervor.

Mientras Mac Hannaford aguardaba su sentencia recluido en el Regimiento 3 de Infantería, los lectores de los diarios argentinos tenían otras noticias para desviar su interés: las tensiones de la preguerra mundial y las alternativas de la contienda civil española, por ejemplo.

De pronto, a mediados de agosto de 1938, la noticia empezó a filtrarse, a reptar por las redacciones y golpear en las conciencias. La corte militar condenaba al mayor Guillermo Mac Hannaford a reclusión perpetua y degradación públi-



El presidente Roberto M. Ortiz firmó el decreto por el que se confirmó la sentencia impuesta por el Consejo Supremo.

ca, en vista de que se le había encontrado culpable de traición a la patria.
En París, el jefe de Estado Mayor de la Aviación francesa, general Vuillemin, preparaba su entrevista "con el señor Adolfo Hitler". Horas después, el oficial galo sería agasajado por el ministro del Aire del Reich, mariscal Goering.
Simultáneamente, el curso de la guerra civil española preocupa también al mundo. Hay combates en las orillas del río Zújar. Los republicanos resisten el avance nacionalista. Por otra parte, se producen desórdenes en la Guayana Británica, donde obreros en huelga y policías chocan con un penoso saldo: una mujer y un agente del orden muertos.
En Buenos Aires, en las últimas horas de la noche del 16 de agosto el presidente Roberto M. Ortiz estampaba su firma bajo el decreto confirmatorio de la sentencia contra Mac Hannaford. No tardó en llegar el ministro de Guerra, que entonces lo era el general Carlos Márquez, quien aceptó sin titubeos la invitación del primer magistrado para refrendar el documento.
El defensor, doctor Semino Parodi, intentó recurrir ante la Corte Suprema de Justicia, pero no se otorgó el plazo ni el permiso necesario para ello.

LA DEGRADACION

El día 18 de agosto de 1937 se llevó a cabo la ceremonia de degradación, acto que iba a registrarse por primera vez en el Ejército nacional. La versión de que sería "público" hizo creer a la opinión que todos podían presenciarlo. Pero en realidad, sólo era apto para militares, de manera que una crecida cantidad de público, frustrada su curiosidad, debió quedar a las puertas del Colegio Militar de el Palomar.
En las primeras horas de la mañana Mac Hannaford fue sacado de la celda que ocupaba en el Regimiento 3 de Infantería, ubicado en Garay y Pichincha, de la Capital. Su defensor, el mayor Rodríguez Jurado, le leyó la sentencia, y luego se procedió a trasladarlo, en un coche celular blindado, hasta el Palomar.
Hora siete. El patio principal del Colegio presentaba un impresionante panorama. El cuerpo de cadetes, formado en cuadro. A un costado, setecientos jefes y oficiales de las unidades, dependencias e institutos militares de la Capital Federal, Campo de Mayo, Ciudadela y el Palomar. Entre los presentes era fácil reconocer al inspector general del Ejército, general de división Guillermo J. Mohr, que asistía en nombre del ministro de Guerra, y que en tal carácter presidía el acto. También estaban el jefe de Estado Mayor, general de división Abraham A. Quiroga, el director del Colegio Militar de la Nación, coronel Juan N. Tonazzi, el presidente del Consejo de Guerra para Jefes y Oficiales, general Rodolfo Márquez, y los generales Francisco Reynolds, Ramón R. Espíndola y Avelino J. Alvarez.
Mac Hannaford es conducido ante este cuadro, en medio de un pelotón de ocho soldados al mando de un sargento. Al avanzar el condenado hacia el centro de la formación, los cadetes montan armas sobre el hombro. Se oye el prolongado, vibrante, casi quejoso sonido del corneta llamando a silencio. Todas las miradas se concentran hipnóticamente sobre Mac Hannaford, que se muestra aplomado y sereno, aunque no puede ocultar



El presidente Agustín P. Justo, bajo cuyo mandato se inició el proceso a Mac Hannaford.

la palidez del rostro en esta fría mañana de invierno.
El secretario del tribunal militar, capitán Carlos Casoni, lee la sentencia y el decreto del Poder Ejecutivo ordenando cumplirla. Lo hace con tono monocorde, sin inflexiones, como si estuviera ausente.
El coronel Tonazzi se adelanta entonces. Se le ha encomendado el acto de la degradación. Y lo inicia pronunciando en tono firme las palabras rituales: "Mayor Guillermo Mac Hannaford: Sois indigno de llevar las armas y vestir el uniforme de los militares de la República. En consecuencia, en nombre de la patria, os declaro degradado".
El suboficial al mando del pelotón entrega seguidamente al detenido su sable. Mac Hannaford se lo ciñe. El mismo sargento se lo arranca luego, tirándolo al pavimento. Seguidamente quita con gran violencia las presillas y el distintivo de oficial de Estado Mayor, adheridos al uniforme de Mac Hannaford, arrojándolos al suelo.
El silencio parece presidir la ceremonia. Es un silencio denso, total, que envuelve a protagonistas y espectadores, a los impresionados oficiales y cadetes presentes, con un hálito de angustia. Casi un siglo y medio de tradiciones militares está comprometido en este acto de honda tragedia. Mac Hannaford no necesita de instrucciones para cumplir su papel en el espectáculo. Conoce muy bien, a través de reglamentaciones castrenses que ha leído durante toda su vida adulta y que nunca sospechó que pudiera inaugurar, cómo le corresponde actuar. De manera que en cuanto el sargento acaba su ingrata tarea, el ahora ex mayor se apresta a desfilar, siempre en

ALTA TRAICION:

el centro del pelotón que lo custodia. El desfile concluye en su celda, desde donde será trasladado a Martín García primero y a Ushuaia después.

LA MARCHA DEL MUNDO

Al día siguiente, el público se entera del acto por los diarios. Pero la crónica ha sido relegada a las páginas interiores. Previamente, los cables señalan, sin mayores comentarios, que la fiesta anual de la Aviación soviética cuenta con la presencia del conocido aviador norteamericano Charles Lindberg. Se interpreta que esta visita tiende a instalar nuevas líneas aéreas entre Moscú y Nueva York vía Alaska, pero no se descarta que también supone un inminente aumento en la cooperación de los Estados Unidos hacia la construcción de la Fuerza Aérea soviética.

Una noticia trae de pronto la asociación con el caso Mac Hannaford. En Viena ha sido detenido por la Gestapo el capitán Thomas Kendrick, de la oficina británica de pasaportes. Pero la atención no tarda en desviarse hacia los avisos donde los grandes establecimientos compiten por productos perecederos y de los otros. Mientras Harrod's ofrece arroz Carolina a 55 centavos el kilo, la tienda San Juan promete telas para vestidos a 65 centavos el metro, casacas y camperas para señoras a 5,70 y tapados con forro de seda a 16,50 pesos.

No es tiempo todavía de preocuparse por el primer caso de alta traición registrado en el país. Los mismos editoriales periodísticos se refieren a otros temas. Para un rotativo, la invasión alemana de Checoslovaquia puede producir una guerra. Los premonitorios temores periodísticos se alternan con noticias menos inquietantes. Gerardo de Alvear expone en la Galería Müller. En el Centro Cultural Ricardo Gutiérrez, la doctora Violeta Shinya, sobrina nieta de Guillermo Enrique Hudson, se apresta a conferenciar sobre "Un pueblo y su educación", refiriéndose a su ascendencia japonesa. Mientras el whisky Dewar se enfrenta en extraño maridaje con los anuncios del "tome Toddy tres veces por día", el diputado nacional Juan Antonio Solari presenta su proyecto para jubilar a los empleados de comercio. Similares preocupaciones —pero enderezadas a otros objetivos— revela el Centro de Comerciantes de Avellaneda, al objetar la nueva ley que indemniza el despido por matrimonio. "La nivelación total es utópica", brama la entidad patronal.

Estas intolerancias sociales tratan de ser atemperadas por Adhemar, de Cangallo y Suipacha, que ofrece camisones a 1,35 pesos, mientras La Piedad, al anunciar sábanas a 2,50 pesos, subraya la ventaja de sus créditos: "Pida una solicitud por teléfono y de inmediato se la enviaremos".

Ya es el momento de enterarnos lo que ha ocurrido ayer en la ceremonia de degradación del mayor Guillermo Mac Hannaford. La escueta noticia rivaliza con la importancia asignada a la adjudicación del gran campeonato Shorthorn, que ese día se definirá en Palermo, y con avisos inquietantes: "¡Compañeros! ¡Púrguense... pero con Castoria!".

Al día siguiente, los melómanos podían regocijarse con el último concierto del pianista Wilhelm Backhaus en el teatro Colón, a 30 pesos el palco bajo. Entretanto, esa noche era posible asistir al teatro San Martín, en Esmeralda 255, donde Lola Membrives ofrecía "Frenesí", por sólo 2,50 pesos la platea. Pepe Arias y Luis Arata, en el Maipo y el Ateneo, rivalizaban con Ermete Zacconi, que ofrecía "Hamlet" en otro teatro céntrico.

Era todavía una época agradable, a pesar de las tensiones mundiales y los casos sensacionales como el de Mac Hannaford. Todavía se pagaba dos pesos por asistir al estreno de una película como "Ingratitud", en el Gran Rex, con Walter Houston, Charles Coburn y un nuevo actor que prometía: James Stewart. Los grandes diarios apelaban a críticas agresivas para comentar otros films. "Cuatro hombres y una plegaria", que presentaba a Loretta Young, Richard Greene, George Sanders y David Niven, bajo la dirección de John Ford, merecía de "La Nación" este título: "Es un discreto film de aventuras, con un absurdo y deprimente capítulo sudamericano".

Se vivía también el tiempo dorado, cuando los dólares se cotizaban, no por unidad, sino de a centenas. Cien dólares costaban 307,45 pesos. Todo tenía su correlación, claro, porque el martillero R. Bravo acababa de vender la esquina de Córdoba y Uruguay en 295.000 pesos; un chalet en Barrancas de Belgrano, con jardín, garage, recepción, 4 dormitorios, 2 baños y dependencias costaba 65.000 pesos, y los alquileres todavía se mantenían en un discreto nivel, ya que en Beruti al 3000 un departamento a estrenar, de dos ambientes y cuatro dependencias, se conseguía por 140 pesos mensuales.



General Nicolás Accame, jefe del Estado Mayor y superior directo del imputado.



General Francisco Reynolds, que presenció la emocionante ceremonia de la degradación.



Coronel Manuel Calderón, que instruyó como juez militar el proceso contra Mac Hannaford.



Coronel Juan N. Tonazzi, jefe del Colegio Militar: degradó al infortunado jefe.

El optimismo del país apenas si era conmovido por sucesos exteriores e interiores. Optimismo que tenía su primitiva calidez en la ingenuidad de persuaciones prepsicodélicas: "Los fumadores geniales... fuman todos Imparciales".

LA CAMPAÑA DE LA PRENSA

Fue el periodismo, naturalmente, el que comenzó a machacar sobre algunos extraños aspectos del caso Mac Hannaford, ya que la lucha entablada por el hermano del ex militar —el dentista Juan E. Mac Hannaford— era silenciosa y enderezada a obtener la intercesión de altas autoridades. La revista "Ahora" —que en aquella época no presentaba las características sensacionalistas y morbosas que la definieron años más tarde— dedicó el editorial de su edición del 26 de agosto de 1938 a analizar el episodio, bajo el siguiente titular: "Si no pudo haber traición, ¿en qué delito incurrió entonces el militar condenado? Dada la gravedad de la pena impuesta, convendría que el gobierno diese un comunicado".

Recordaba el suelto que el artículo 103 de la Constitución Nacional establece que "la traición contra la Nación consistirá únicamente en tomar las armas contra ella, o en unirse a sus enemigos prestándoles ayuda y socorro". Por añadidura, el Código de Justicia Militar coincide con esta definición, y aunque se especifican 19 casos que "se consideran, particularmente, actos de traición", todos y cada uno de ellos se caracterizan por actos a favor de "enemigos". Era clara la teoría periodística: en ningún momento el Paraguay podía definirse como "país enemigo".

"La opinión pública —agregaba el editorial— no duda de que Mac Hannaford haya cometido graves delitos... Mac Hannaford estuvo vinculado a la dictadura uriburista... La opinión pública no siente la más ligera simpatía...". Al establecer que el calificativo de "alta traición" no existe en ninguna de nuestras leyes, concluía: "Si no hubo traición, ¿qué es lo que hubo entonces? Y si de las esferas militares y gubernativas ha trascendido que la condena se dictó por «alta traición» —cosa, por lo que hemos visto, inexacta o inexistente—, ¿ha sidó para conmover e impresionar a la opinión de tal manera que no atine a reclamar información más detallada y explícita?".

Pasaron los meses. El total silencio oficial con que había sido recibida la campaña de aquella revista no era propicio para renovar suspicacias. Primero las inquietudes de la situación europea con su siempre probable influencia en nuestro país, y luego los fragores de la guerra mundial, se confabularon para que Guillermo Mac Hannaford continuara cumpliendo calladamente su reclusión en el penal de Ushuaia.

Pero en 1940 volvió a agitarse el caso. Una nueva revista, "Linterna", inauguró sus ediciones con una campaña en favor de la inocencia del mayor Guillermo Mac Hannaford. Afiches sensacionalistas aparecieron en las calles de Buenos Aires con la leyenda: "CASO DREYFUS EN LA ARGENTINA. GUILLERMO MAC HANNAFORD SERIA INOCENTE. SENSACIONALES REVELACIONES SOBRE EL PROCESO QUE MAS HA CONMOVIDO AL PAIS. SE PEDIRA SU REVISION".

A las pocas horas, sin embargo, la policía arrancó o inutilizó todos los afiches murales, y cuando la revista apareció reclamando la revisión del caso —ocasión aprovechada para efectuar un resumen e impugnar el proceso—, se presentaron obstáculos para su circulación. "No se respeta la libertad de prensa —bramó «Linterna» en su edición del 15 de marzo de 1940—. A raíz de haber iniciado, desde su primer número, la revisión de un proceso que afecta al honor del Ejército argentino, esta revista ha debido de inmediato su-

ALTA TRAICION:

frir diversas represalias". Y al efectuar otras consideraciones, añadía: "Luego, es evidente que: o esa prédica obedece a propósitos menguados, o las autoridades correspondientes, presionadas por intereses ajenos al periodismo, han incurrido en un grave error que destruye, por su sola acción de presencia, la obra de un siglo de sacrificios y de austeridad".

El juez Jantus ordenó el secuestro de la revista, lo que obligó a la empresa editora a lanzar una segunda edición, sin publicar ya las notas sobre el caso Mac Hannaford. El secuestro se inició ante la querella del procurador fiscal, doctor Paulucci Cornejo.

Hábilmente, "Linterna" se ponía a cubierto de posibles molestias de cualquier origen, ya que en otro número volvía sobre el problema con estas palabras: "Debemos aclarar que las sensacionales revelaciones que habíamos comenzado a hacer del proceso Mac Hannaford, en ningún momento pretenden efectuar ataques contra magistrados intervinientes, ya sea del fuero civil como del militar. Queremos dejar constancia de ello y al publicar los entretelones del proceso, sólo nos ha guiado el propósito de que la justicia, a la que los griegos pintaron ciega, levante su venda y un posible inocente sea reintegrado al seno de la sociedad. Y ello es, además, porque admiradores de la institución que constituye el Ejército de la Nación, deseamos que si hubiera error, la verdad se hiciera luz en uno de sus miembros que fuera degradado públicamente y condenado por tiempo indeterminado".

El secuestro de la revista había sido fundado en una presunta violación del secreto del sumario, acusación que negó la publicación al precisar que la causa había sido fallada. La defensa de la revista —sin ningún éxito, en definitiva— corrió a cargo de los doctores Enrique Corona Martínez, Eduardo Araujo, Juan Antonio Solari, Víctor Juan Guillot, Francisco Eyto y Silvio L. Ruggieri.

La conmoción se había producido, de todos modos. El diario "Tribuna Popular", de Montevideo, ordenó que un enviado especial arribara a Buenos Aires. Y el periodista Carlos Balsán, al reproducir íntegramente las publicaciones efectuadas, compartió también la sospecha de la inocencia de Mac Hannaford, o al menos de que su proceso y condena estaban revestidos de notables incorrecciones.

Pero tanto "Tribuna Popular" como los otros diarios uruguayos y chilenos que se ocuparon del caso fueron detenidos en la Aduana argentina, no permitiéndose su introducción al país.

LA MURALLA DE LAS DUDAS

¿Pero cuáles fueron, en definitiva, los indicios que alimentaban tales dudas? Este es un resumen de hechos y presunciones:

- Los famosos documentos ofrecidos en venta por Horacio Pita Oliver al gobierno paraguayo, nunca aparecieron. Los servicios de Inteligencia levantaron el piso y derribaron el cielorraso en la casa de Mac Hannaford, situada en Olivos, sin encontrar ninguna prueba. En su portafolios, sólo se halló un compás, entre otras cosas intrascendentes.
- Según Pita Oliver, el ex mayor deseaba cobrar 300 pesos por la venta de aquellos documentos. Pero se desconocía que el entonces oficial tuviera problemas económicos. Inclusive, esperaba su ascenso a teniente coronel, con un aumento de sueldo de 400 pesos.
- Apenas iniciado el sumario, el general Nicolás C. Accame fue enviado al Brasil en misión especial, de manera que ni siquiera pudo declarar en el proceso.
- Ocho defensores de Guillermo Mac Hannaford fueron sistemáticamente recusados, rechazados o trasladados.
- El general Rodolfo Martínez Pita, presidente del Consejo de Guerra para Jefes y Oficiales, era primo de uno de los acusados, Horacio Pita Oliver, y a la vez mantenía enemistad con Guillermo Mac Hannaford por razones ideológicas (mientras Mac Hannaford era conocido por su devoción a la causa que más tarde sería la aliada, Martínez Pita encarnaba la corriente germanófila cuya mejor expresión iba a concretarse en el famoso GOU —Grupo de Oficiales Unidos—, de cuyas filas emergería Juan Domingo Perón. Por añadidura, Mac Hannaford se negó siempre a participar de logias o fracciones militares).
- Aunque el teniente primero Azpilicueta fue condenado como cómplice en la acusación de traición a la patria con cinco años de prisión y destitución, se le reincorporó a las filas una vez cumplida la sentencia.

En cuanto a las incoherencias de tipo jurídico del proceso incoado a Mac Hannaford, ellas pueden resumirse de la siguiente manera:

- El artículo 103 de la Constitución Nacional especifica que "la traición contra la Nación consistirá únicamente en tomar las armas contra ella o en unirse a sus enemigos, prestándoles ayuda y socorro". Mac Hannaford no "tomó las armas contra la Nación" ni se unió "a sus enemigos prestándoles ayuda y socorro".



General Rodolfo Márquez: refrendó el decreto confirmatorio del presidente Ortiz.

• Mac Hannaford fue sentenciado a reclusión perpetua, una condena que no existe en las leyes argentinas. El Código de Justicia Militar establece (artículo 753 del vigente en aquella época, correspondiente al 621 del actual) que "la pena será de reclusión por tiempo indeterminado...", y el 534, antes 524, aclara: "La pena de reclusión no puede imponerse por toda la vida, sino por un número determinado o indeterminado de años".

• Según las disposiciones militares, para sentenciar a un reo por un delito de esta naturaleza, era necesario el voto unánime de los jueces, y en este caso, **hubo empate.**

• Aun aceptando la culpabilidad de Mac Hannaford, su hipotético delito había sido frustrado, pues la denuncia del agregado militar paraguayo consistió en que "se le había ofrecido en venta documentos militares secretos". En este sentido, el Código de Justicia Militar establece: "En todo acto de traición, el delito frustrado se reprimirá con reclusión por seis a quince años y degradación pública".

Indudablemente que Guillermo Mac Hannaford no permanecía ajeno, en su celda de Ushuaia y enfundado en el ya desaparecido traje a rayas del presidiario, a las inquietudes jurídicas y las preocupaciones de amigos y familiares. Sin embargo, nada pudo hacerse.

Llegado a este punto, parece legítimo que el lector se pregunte en qué consistió el delito de Guillermo Mac Hannaford y si realmente era culpable. El espeso secreto conque se rodeó al proceso —antes, durante y después de su elaboración— se prolonga todavía. Ha impedido e impide conocer siquiera la naturaleza de los documentos ofrecidos en venta al gobierno paraguayo. ¿Planes de fortificaciones militares? ¿Pensamiento íntimo —político o internacional— de nuestros generales de la época? ¿Proyectos defensivos u ofensivos argentinos? Los rituales sacramentos del más cerrado arcano se ciernen sobre el tema, como si se quisiera cumplir cinematográficamente con todos los requisitos de un inviolable caso de gran espionaje.

Es más; hasta el decreto del presidente Aramburu indultando al ex mayor está clasificado en aquella enigmática categoría confidencial, a pesar de que todo el asunto es ya cosa juzgada.

En cuanto a la culpabilidad de Mac Hannaford, son varios los altos oficiales de la época que han vertido, en sigilosos comentarios íntimos, su más total incredulidad. Para las jóvenes generaciones de hoy, el nombre de Mac Hannaford es apenas una vaga reminiscencia, en la mayoría de los casos un apellido sin significación. Esta vaguedad es menos difusa cuando se trata de la joven generación militar —que oye susurrar en los claustros del Liceo, año a año, la vergonzosa historia del único caso de traición a la patria—, y deja de serlo francamente al invadir los recuerdos de quienes cuentan más de cuarenta años.

Rescatar este caso para todos ellos es el propósito de la presente nota. No es conveniente olvidar un proceso que conmovió las fibras más sensibles de la nacionalidad, a pesar de ese manto impenetrable de enigmas prefabricados. Y no es conveniente porque si bien es cierto que **todo es historia**, la historia no debe servir para diluir secretos, sino como aglutinante de los mejores principios nacionales.

Pero la historia no concluye aquí. El hermano del ex mayor visitaba frecuentemente a los ministros de Guerra de turno, con la esperanza de una revisión o indulto. En 1944, alentado por las actitudes de un nuevo ministro, lo entrevistó en la Casa de Gobierno, a la razón ocupada por el presidente Edelmiro J. Farrell. El coronel Perón prometió conseguir el indulto, pero nunca cumplió. En 1956, el presidente provisional Pedro Eugenio Aramburu dictó un decreto de carácter secreto: en él se concedía el esperado indulto para Guillermo Mac Hannaford.



El general Accame, pocos meses antes de su fallecimiento, en 1968.

R. I. P.

Culpable o inocente, semiculpable o víctima, Mac Hannaford vivió veinte años de su vida en una celda. En ese lapso, el mundo asistió a una guerra mundial y varias localizadas, y la Argentina a infinidad de revoluciones y golpes de estado que produjeron doce presidentes. Al salir de la cárcel, un día de 1956, lo hizo doblado algo más que por el estigma mayor que pueda ostentar un argentino: la tuberculosis y otros males mortales habían hecho presa en su organismo, incubados por los mordientes fríos sureños.

Pero tampoco la historia concluye aquí. Se prolongó en un escueto aviso fúnebre, aparecido en el diario "La Prensa": "Guillermo Mac Hannaford (q.e.p.d.). Falleció el 5/9/61, c.a.s.r. y b.p. Su esposa Margarita Vallanchon de Mac Hannaford; sus hermanos Juan, Carlos, María Elisa Mac H. de Reddel; sus hermanos políticos; nietos; sobrinos; primos y demás deudos invitan a sus relaciones a acompañar sus restos al cementerio de la Chacarita, hoy a las 15 hs.".

Quizás tampoco la historia concluya aquí. ◆

Felicitas Guerrero de Alzaga

por E. M. S. Danero

Al finalizar el siglo la iglesia de Santa Felicitas ya tenía su leyenda. La hermosa construcción de estilo gótico levantaba sus dos airosas torres en medio de las frondas. Barracas al Norte, extendiéndose, era aún una masa de edificación chata, con algunas chimeneas humeantes, con una que otra torre. Para el paseante desprevenido, entre los restos de las residencias y casas quintas coloniales menoscabadas por el utilitarismo y las urgencias de una industria empecinada en afincarse a toda costa, aquellas líneas de un gótico bastante puro eran algo insólito.



Felicitas Guerrero de Alzaga

El interior del santuario asemejábase a una sala de arte. Abundaban las pinturas de mérito, desde luego de inspiración religiosa. Las esculturas, en mármoles de calidad, por la pureza de sus tallas y la verdad de su expresión, revelaban la labor de manos maestras.

En la entrada, en un reducido ámbito, veíanse dos bustos en mármol de carrara: un caballero y una dama. Representaban a los fundadores del templo, donantes del mismo en memoria de su hija Felicitas. Él, don Carlos J. Guerrero, de aspecto grave y majestuoso; ella, doña Felicitas Cueto de Guerrero, la madre, dulce y tierna en la expresión.

Unos pasos más y aparecían dos estatuas: la de don Martín de Alzaga, el legendario caudillo español, alma de la resistencia contra los invasores ingleses; el discutido rebelde de 1812 contra el entonces no consolidado gobierno patrio. Frente a la adusta marcialidad del vizcaíno, también de cuerpo entero, la imagen de una mujer hermosa, joven, elegante, sugestiva, con un niño de cinco años, y ambos en una como desmayada y simbólica actitud.

Una placa de bronce, todavía en la actualidad, explica los motivos de este ornato estatuario:

"Capilla de Santa Felicitas, fundada el 30 de enero de 1879, por Carlos J. Guerrero y Felicitas C. de Guerrero, en memoria de su hija Felicitas G. de Alzaga".

(Digamos aquí que la Iglesia católica venera dos santas Felicitas, ambas mártires. El 10 de junio, a la que, con sus siete hijos, en los días de Antonino (86-161), según san Gregorio, "fue más que mártir, pues, antes que el suyo, presenció el suplicio de sus hijos"; el 23 de noviembre a la otra, que, bajo Valeriano (256)), preñada de ocho meses, fue entregada en el anfiteatro a la voracidad de los leopardos.)

"Desde las alturas que dominan a Barracas al Norte abarca la mirada una vasta extensión de territorio, llena de encanto y de sabor local extraordinarios —dice Roberto J. Payró—. Arboles y casas, esparcidos allá abajo, techos de pizarra, de tejas, de ladrillo, alejándose y empequeñeciéndose al propio tiempo en vistosa perspectiva... La fuerza de las líneas, de las sombras, de los colores del paisaje, tan poéticos y tan verdaderos al propio tiempo, llenan de admiración al que lo contempla por un instante, y lo fascinan con ese encanto de la ciudad que llega a confundirse con el campo... Quintas elegantes elevan sus torrecillas en el primer término en este cuadro aún no pintado, y entre el verde follaje asoman acá y allá, más blancas cuanto más lejanas, las paredes de material que se suceden a las paredes de verdura... Miremos también al pasar la avenida Montes de Oca... Contemplando esa calle sombreada de árboles, en que se notan ya bellezas estéticas de ciudad moderna que se va prolongando hacia el río, miremos atentos las agujas de Santa Felicitas, punto de atracción del panorama..."

Un fragmento de Manuel Bilbao nos conduce al escenario del drama, con toponimia de la época:

"Las calles que por lo general tomaban los viajeros que se dirigían a estos pueblos —Lomas de Zamora, Quilmes, Magdalena, Chascomús, Dolores...— eran las de Buen Orden (hoy Bernardo de Irigoyen), hasta la esquina de la Tapia Verde (Cochabamba y Buen Orden), de donde se dirigían a la bajada de Santa Lucía, para tomar la calle Larga de Barracas y continuar en dirección al Riachuelo, pasando por la pulpería de La Banderita, en donde hoy es Suárez y Montes de Oca, parada entonces de las diligencias que iban a los pueblos del sur y también cancha de carreras entre ésta y las Tres Esquinas. Más adelante se encontraba el almacén de La Estrella..."

Era La Banderita apeadero, fonda y otras cosas más. Debió frecuentarla y a ser popular en ella, por años, un criollo apellidado Barragán. Cuidador de los padrillos ingleses que importaba, don Felipe Piñeiro lo tenía agregado a su establecimiento. A Barragán, siendo chiquilín, lo había adiestrado William Miles, y era fama que hizo ganar muchas cuadreras al parejero Gustavus, invencible en la playa de la calle Larga de Barracas y en la de La Banderita. Barragán vivía en 1872. Alguno lo señaló, en los finales de su larga vida, como alojado en La Postrera de Felicitas de Alzaga.

Las amistades de Felicitas de Alzaga no debían desdeñar aquellos festejos y pruebas de criolla destreza que tenían por escenario la cancha vecina, atalayándolos desde el mirador de la esquina de Pinzón, que subsistió hasta muy avanzado este siglo.



Al mencionar las residencias y quintas aledañas a la de la familia de Guerrero, así como a las tierras linderas de los Alzaga, corresponde anotar las de Díaz Vélez, Masculino, Cambaceres, Reval, Escribano, Nóbrega, Senillosa, Atkinson y las de Gálvez, sobre el Riachuelo, al puente del cual daba nombre esta última.

Toda esta gente ocupaba suntuosas residencias coronando, por ambos lados, las barrancas que bordeaban el viejo camino. Casi palaciegas algunas, destacábanse entre los cultivados jardines que, en suave pendiente y entre flores y escalinatas, iban a morir al nivel de la calzada por la que, con las vías resguardadas por trota-a correr los "trangüecitos" de la línea Plaza dorás de piedra, más acá de 1870, comenzaron Victoria-Barracas-Cinco Esquinas.

En los planos más antiguos de la zona barraqueña no figura el nombre de Alzaga. Se ve que el laborioso y aprovechado vizcaíno comenzó a maniobrar y especular después que dejó a don Gaspar Santa Coloma. Entonces adquiriría por muy poca cosa aquellas tierras cercanas al Riachuelo, bajas, anegadizas.

Tenemos que llegar al plano trazado por Sourdeaux (1850?) para comprobar que entonces las propiedades de los Alzaga ocupaban el final de la denominada calle Larga. No obstante, las escapatorias de don Martín cuando su conspiración de 1812, así como las siniestras comprobaciones del denominado "crimen de la noria", en el cual tuvo indigna actuación su hijo Francisco, en 1828, demuestran cuán dilatadas eran las posesiones que tenían en Barracas.

En el plano de Aymez (1866), las tierras de Alzaga llegan hasta las proximidades de Santa Lucía. Finalmente, en el plano de Uzal (1879), en el gran predio correspondiente a la sucesión de Alzaga, aparece ubicada la flamante capilla votiva y la desembocadura de la calle Banderita.

De la antigua calle Larga perduran algunos testimonios gráficos, verdaderos contrastes de bucólico tono con las dos elevadas murallas de moderna edificación que limitan la actual avenida Montes de Oca. El bordelés Raymond Quinsac Monvoisin (1790-1870) estuvo en Buenos Aires en pleno bloqueo. Rosas, que tenía sus cosas, le otorgó toda suerte de garantías, de manera que en su breve residencia en nuestro país el francés pintó no menos de veinte telas. Entre éstas se destaca **La barranca de Santa Lucía**, óleo conservado en el Museo Municipal de Arte Colonial. En este cuadro, entre gratos verdores, avanza la calle bordeada por las construcciones correspondientes a las quintas residenciales que entonces la hacían famosa. Se barruntan las líneas modestas de la capilla de Santa Lucía. En el primer plano vénse carretas, gente de toda laya. Un tropel de novillos precipítase acosado por los perros. El amplio cielo, con esas severas tonalidades propias, a veces, del tornadizo Plata, completa la seducción de este poco conocido cuadro del suburbio porteño de hace algo más de un siglo. Witcomb, en 1880, obtuvo una nítida vista, con la curva de la que denomina avenida Santa Lucía, y en cuya parte superior derecha muéstrase el flamante templo con sus enhiestas torres gemelas.

La avenida Santa Lucía (hoy Montes de Oca) en su comienzo, hacia la época del resonante crimen de Santa Felicitas.



Felicitas Guerrero de Alzaga

Sucesivamente, en la serie documental que perdura, con cierta melancolía, ve uno lo que el progreso y los años han arrebatado al paisaje porteño. La actual plaza Colombia, con su templo al fondo, es lo único que perdura.

Felicitas Guerrero era una mujer bella. Una criatura privilegiada, acaudalada, joven, feliz, desenvuelta, de carácter franco y sentimientos apasionados. Mostraba cierto gusto artístico. Miraba la vida con energía, procurándole la parte amable y sonriente.

Hija de don Carlos Guerrero, antiguo y prestigioso agente marítimo porteño, y de doña Felicitas Cueto, emparentada con la familia colonial de los Gorriti, Felicitas era una niña cuando se vio solicitada por don Martín de Alzaga.

Este don Martín, anciano respetable, agregaba a lo tradicional de su apellido una bien saneada fortuna, estimada en sesenta millones de pesos.

Los Alzaga constituían una dilatada familia, iniciada en el Río de la Plata, como ya hemos adelantado, por don Martín de Alzaga, vizcaíno de pura cepa, "cerrado en el vascuence". Hasta los veintidós años había permanecido bajo la tutela severa de don Gaspar Santa Coloma. Con ahorros, conducta intachable y buen crédito, don Martín dio rienda suelta a su tremenda ambición. Hombre de prepotencia, actuó entre milicias y cabildantes en las postrimerías de la Colonia. Español de los de macha martillo, enfrentóse en el Consulado con Manuel Belgrano y Cerviño. Fue uno de los bravos entre los bravos frente a los ingleses en 1806 y 1807. Se enredó con Liniers el 1º de enero de 1809, conociendo los sinsabores del confinamiento en Carmen de Patagones. Producida la Revolución de Mayo, cauto y taimado, aguardó la que creyó sería su hora para alzarse contra el primer Triunvirato. Las sospechas recayeron de inmediato sobre don Martín de Alzaga, "que abonado tenía ya su crédito en esto desde mucho antes". Como poseía en Barracas al Norte una extensa quinta cuyos fondos daban a las playas y juncales solitarios del Riachuelo, allí se encaminaron las pesquisas. Un negro junquero participó en la delación. El resultado fue que, a las diez de la mañana del 6 de julio de 1812, don Martín de Alzaga fue ejecutado, lo mismo que sus treinta y dos compañeros conjurados. Minutos más tarde, el cuerpo del insobornable vasco pendía del leño de la justicia. Don Bernardino Rivadavia manifestó en tal emergencia terrible energía, creyendo que podía resultar ejemplarizadora. "En el público se tuvo por excesivo el rigor de la represión, y decayó visiblemente el crédito del Triunvirato...". Así opinaba López, el historiador.

De este desventurado personaje, casado con doña María Magdalena Carrera en Buenos Aires, el 13 de setiembre de 1780, nacieron Francisco, Félix y Cecilio, varones, agregándoseles diez mujeres.



Doña Felicitas Guerrero, viuda de Martín de Alzaga, protagonista y víctima del suceso pasional más resonante de su época.

El segundo de los varones, Félix, nacido en 1792, fue hombre de larga actuación en las funciones públicas, militar y diplomático, correspondiéndole intervenir en los prolegómenos de la paz con España, precisamente, bajo directivas de Rivadavia...

Félix de Alzaga fue defensor de José María Pinedo, luego de la pérdida de nuestras Malvinas. Se distanció de don Juan Manuel de Rosas. Hubo de vivir retirado, sometido a permanente vigilancia en la finca de Barracas, que era entonces como una expatriación por lo alejada. Falleció en 1841.

Tuvo don Félix dos hijos varones, Martín y Félix, los cuales se complicaron con los revolucionarios del Sur, en 1839. La derrota tuvo por consecuencias el embargo de los cuantiosos bienes paternos. Los recuperaron a su debido tiempo.

Don Martín de Alzaga, hijo de Félix y de doña Cayetana Pérez Fernández, y nieto, por consiguiente, del ajusticiado de 1812, fue el esposo de Felicitas Guerrero.

En 1862, don Martín de Alzaga sintióse arrebatado por inesperada pasión senil. Su fortuna y su nombradía social allanáronle el camino hacia un tálamo manifiestamente desproporcionado. Algunas resistencias encontró, provenientes

LA EDAD MEDIA

LA ANTIGUA GRECIA

LOS PLATOS VOLADORES

EL KU KLUX KLAN

STRAVINSKY

CHINA ROJA

EL KREMLIN

EL LOUVRE

MIGUEL ANGEL



JESUCRISTO

PICASSO

HIROSHIMA



DE GAULLE

La historia de
los grandes
sucesos del mundo,
los hombres
que los forjaron,
el análisis de
las personalidades
más discutidas, en
documentos
inéditos!

TODO EN CADA CAPITULO DE
"PRIMERA DIMENSION"

LUNES 23.15

TELEONCE

Felicitas Guerrero de Alzaga

de la tierna futura esposa. Felicitas debió relegar, olvidar, algunas de las más caras ilusiones. Naturalmente, propias de la edad...

En poco tiempo se consumó el desparejo enlace. Mucho se le comentó, por el brillo y, desde luego, por las circunstancias. "Dio ejemplo para otros semejantes..."

Las urticantes páginas de **La Gran Aldea**, de Lucio Vicente López, mencionan algunos de estos episodios en los cuales, los inconmensurables predios y las vacas paridoras, renovaban los desvaídos fulgores de muchos apellidos tenidos por aristocráticos.

El Club del Progreso y, de éste, aquel famoso salón de los retratos que ocupaba el frente de la calle de la Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen), fue el mentidero en el cual, a dentelladas, en aquellos días de felicidad para don Martín de Alzaga, las severas damas de la defensa de la moralidad aldeana no le dejaron una pulgada para despellejar. Y todo, mientras "las parejas en vuelo espiralado eran impelidas por el soplo cálido de un vals de Metrá... ¡Cuánto viejo fatuo, teñido de pies a cabeza, prendido como un paje, apestando a menta, no instalaba sus pretenciones intolerables ante cualquier mujer bonita, para que el mundo le cuajara el sabroso renombre de afortunado...", había escrito en sus folletines evocativos y un sí es no es caricaturescos del **Sud América**, el futuro autor de **La Gran Aldea**.

Un niño nació al año siguiente de aquel comentado enlace. Le dieron el nombre de su abuelo don Félix. Pero, el pequeño no vivió mucho. Antes de los seis años falleció, en 1869.

La pérdida del tan anhelado vástago acrecentó los achaques de don Martín de Alzaga. No sobreviviría mucho al que pudo ser verdadero consuelo para sus últimos años. Hizo testamento, designando heredera universal a su esposa. El deceso acaeció el 17 de marzo de 1870.

Veintidós años tenía Felicitas al enviudar. Se refugió en una de sus estancias próximas a Buenos Aires, en **La Postrera**. Voluntariamente separada del gran mundo, no la olvidaba, empero, la sociedad. De inagotable tildaba un cronista a la fortuna que le había legado su esposo. Más de sesenta millones. Aquello de "joven, viuda y estanciera" era, en su caso, algo bien exacto.

Al año regresó a su quinta de Barracas al Norte. Sin grandes alharacas reabrió sus salones, acogiendo a los familiares, a contadas amistades de su no muy remota juventud. Uno de los preferidos y de los más asiduos fue Enrique Ocampo. Era gallardo, vivaz, apasionado. El joven Ocampo hacía honor a su cuna.

Con leve suspicacia, un cronista de **La Nación** decía en su siempre solicitada columna: "Felicitas de Alzaga, por su belleza y fortuna, es asediada por innumerables pretendientes..."

"Era tan bella (según declaraba en edulcorado estilo otro de los cronistas, digno de figurar entre los que compondrían la redacción de **El Album del Hogar**, del poeta **Gervasio Méndez**), tan gentil, que contituía «la joya de los salones»... Se hallaba modelada en forma casi perfecta. Sin ser muy alta, era esbelta. Su rostro oval, encuadrado en undosa cabellera de castaño oscuro; sus ojos, «de dulce mirar» y de expresión distinguida; la modalidad graciosa de sus labios coralinos que, al sonreír, dejaban entrever el doble arco de su blanquísima dentadura, igual y apiñonada; el tinte de su tez pálido mate, todo ello, reunido a su natural elegancia, sin afectaciones estudiadas, hacían resaltar el conjunto de las propiedades distintivas de su carácter amable y bondadoso, fundido, indudablemente, en las sanas costumbres religiosas de su hogar paterno... Era niña y ya parecía mujer cuando se desposó con Alzaga. La evolución de la naturaleza debió operarse en ella sin transición violenta, sin desconocimientos superficiales, impropios de quien ya sabe darse cuenta de su misión en la tierra..."

Tal la silueta que figuró entre otras de la prensa porteña, fértil entonces en tales floraciones laudatorias, las cuales solían aparecer con las iniciales de las beldades agraciadas. Y la mención de la calle donde vivían, para resultar más localizables.

De todas maneras, el retrato de Felicitas de Alzaga que aparece en estas páginas informa al respecto y justifica, por lo demás, los recursos a que la joven viuda debió apelar en "la resistencia a la galantería de sus perseguidores".

En una breve biografía, el poeta y cronista Joaquín L. Carreras, autor, también, de un poema que tituló **El Dinero y el Amor**, retrata a Felicitas de Alzaga y explica: "Cuando su esposo abandonó este mundo de lágrimas, dejándole en posesión de una fortuna grandiosa, la gentil dama lloró... Lloró con dolor sincero la pérdida del hombre caballeresco que había sido su marido; pero, como el tiempo cicatriza las más hondas heridas, a los dos años la joven viuda enjugó sus lágrimas, sin que por eso dejara de consagrar los más delicados y suaves recuerdos al que en un tiempo fue su compañero".

Volvamos al estilo de la época para decir que Ocampo se enamoró perdidamente de ella. De tal modo le expresó a Felicitas su pasión, y tanta verdad había en sus palabras de ternura, que la joven viuda, deslumbrada, sintióse contaminada por aquel irresistible entusiasmo. Y la realidad fue que, en un instante de irreflexión, Felicitas le hizo concebir las más promisorias esperanzas al rendido pretendiente.

Enrique Ocampo creyó en el amor de Felicitas. Se sintió correspondido.

Y aquí es cuando aparece, como en la tragedia griega, el coro de las arpías. Habladoras, calumniantes, sañudas matronas, de las cuales es digno modelo la inolvidable Tía Medea, perfilada para siempre en el libro de Lucio López.

Hasta podemos ubicarlas en la sala que, a tal efecto, hemos evocado entre las del prócer Club del Progreso.

Convertido Enrique Ocampo en el preferido de Felicitas, comenzó el chismorreo: ¿Amaba Enrique desinteresadamente a la joven viuda? ¿No buscaría en Felicitas el inmenso caudal de pesos y novillos dejado por don Martín de Alzaga? ¿Se trataba de una sincera pasión? ¿No sería un supremo recurso para restaurar las desquiciadas finanzas del pretendiente? ¿Se amaban de verdad? ¿Desde cuándo? ¿Acaso desde antes de ser viuda?

El coro de la maledicencia proseguía. Insistía. Elevaba sus voces. Agudizaba su tono. No perdonaba.

Una copla comenzó a correr por ahí. Era la obra de un aprovechado gacetillero español recién llegado, ávido de notoriedad y en trance de pretendido humorista. Decía:

"Que eres hermosa he sabido
y aunque coqueta, yo infiero
que has de hallar pronto marido,
pues tienes mucho dinero..."

Felicitas administraba personalmente las propiedades y estancias heredadas de su marido. Era minuciosa en los detalles, particularidad que le venía de su progenitor. Compaginaba las obligaciones con la buena vida. Rodeábase, como hemos dicho, de personas adictas y, además, gratas.

Una de las permanentes compañeras de Felicitas era Tránsito Cueto, joven hermana de su madre, recién desposada con don Bernabé Demaría.

Este don Bernabé Demaría, frisando los cincuenta también, había vuelto a casarse, al parecer. Hombre de mundo, había realizado una abundante labor pictórica, a punto tal que, con sus cuadros, podía constituir la más completa colección de motivos vernáculos.

Demaría tenía un enorme taller. En él, a las escenas camperas, con efectivos tipos gauchos y bien captados indígenas, agregaba los muchos recuerdos de su época de estudios en España. Distribuidos los cuadros en hiladas superpuestas, según uno de los que lo visitaban con asiduidad, llegaban éstos hasta la garganta del cielo raso.

Don Bernabé había abierto una escuela de pintura, la cual le resultó un fracaso económico. Su obsesión de verdadero precursor, por aquel entonces, era la creación de un museo de bellas artes. También poeta y novelador, tenía escrito un drama histórico, **La América Libre**, y una obra de tono melodramático, **Las Revelaciones de un Manuscrito**. Don Bernabé no era hombre de estancarse en ocios: su varia, larga y laboriosa existencia así lo ha demostrado.

Felicitas teníale por uno de sus dilectos allegados. Don Bernabé y doña Tránsito, entonces embarazada, acompañábanla en sus periódicas excursiones a las estancias. Ni que decir que don Bernabé, bien provisto de bastidores y colores, la acompañaba complacido. Entre las cuatrocientas obras que el pintor legó al Museo Nacional, no han de ser pocas las que muestran lugares y tipos de los campos de Felicitas de Alzaga.

Tenemos que recurrir a Demaría para conocer en forma fidedigna el episodio que trastornó fundamentalmente la existencia de Felicitas.

Se hallaban en la estancia denominada **Guancho**. Luego de cenar, en una noche de noviembre de 1871, Felicitas, en vista de lo placentero del tiempo, propuso trasladarse a la cercana **La Postrera**, como hemos dicho, su preferida.

Impartió las órdenes del caso y media hora más tarde se hallaban listos los peones de confianza y la necesaria tropilla.

Recordaba don Bernabé que en la soledad mágica de la noche estival, Felicitas sintió impulsos de cantar, haciéndolo con su dulce y afinada voz. Era ésta una costumbre muy de ella y los íntimos la incitaban sin rodeos.

El tiempo, repentinamente, se descompuso. A los pesados nubarrones siguiólos una torrencial tormenta pampeana. El camino se convirtió en un torrente intransitable.

Felicitas, en eso, le observó al postillón ladero del breque:

—Este no es el camino de la estancia...

Hubo una cierta vacilación en el hombre. Se confirmó el temor de Felicitas. Mientras escampaba y rastreaban la huella, guareciéronse bajo unos árboles. Siempre impaciente, al cabo de un rato, Felicitas, en voz alta, preguntó:

—¿Dónde estamos?

Una voz varonil, desconocida para ella, repuso:

—En mi estancia, que es la suya, señora...

El jinete, aproximándose al carruaje, se presentó:

—Samuel Sáenz Valiente.

El estanciero, vecino de **La Postrera**, los invitó a refugiarse momentáneamente en las casas. Felicitas aceptó y terminada la tormenta, todos regresaron a Barracas. Con ellos también volvió a la ciudad Sáenz Valiente.

El acendrado amor de Enrique Ocampo, fugaz, casi diríamos meteórico, había abandonado el corazón de la voluble viudita.

Tal cual en el caso de la heroína de Benjamín Constant, en cuanto Felicitas enviudó, se había presentado a las miradas de Enrique Ocampo en el instante en que el corazón de éste más necesitaba de amor. Al joven le pareció que era aquélla una conquista digna de él. Felicitas misma, en los comienzos, habíale manifestado una viva complacencia, encontrándolo distinto de cuantos se le aproximaban. La juventud de Ocampo constituía un vivo contraste con el amor sincero, pero senilmente apasionado, de su difunto esposo.

Como el Adolfo en cuestión, un poco fatuo, Enrique Ocampo atribuyó a su propio atractivo aquel efecto casi mágico. Sin duda, consideró que su obligación era la de avanzar lo más rápido posible hacia el logro que se había propuesto.

Así las cosas, repentinamente, Felicitas se enfrentó con la realidad. Esta realidad era Sáenz Valiente. Experimentó un choque decisivo, rotundo. Su intuición de mujer que ya había vivido intensamente, no la engañó. Sáenz Valiente era el escogido por su corazón. Era el amor soñado, recónditamente anhelado: el casi imposible amor. No podía dejarlo pasar.

Quiso ser sincera y franca con Ocampo. Aquella franqueza y aquella sinceridad constituían la parte esencial de su modo de ser. Intentó disuadirlo, atenuar sus ardientes arrebatos. Apeló a su bondad, a sus afectuosos consejos. Le ofreció una amistad sincera, pura, permanente. Ese recurso extremo para las horas extremas. Su amistad podía ser la de antes, cuando el precipitado desposorio con don Martín borró las más puras ilusiones juveniles...

Enrique Ocampo no cejó. El quería lo que amaba. Estaba dispuesto a obtenerlo. De lo contrario, no cedería. Felicitas, esta vez, no sería la esposa de otro. O suya o de ninguno.

El conflicto amoroso, como se ve, estaba en su punto y muy dentro de los cánones de la época. Romanticismo del más alquitarado. Werther del más puro. Aunque, quizá, un poco pasado.

Es axiomático aquello de que, cuando un amor comienza, también se inicia la posibilidad de un drama: de un suicidio o de un homicidio. Muy pronto los comentarios en los salones llegaron a Enrique Ocampo.

Felicitas Guerrero de Alzaga

Se convenció de que existía un rival afortunado. Es posible que su mismo nombre llegara hasta él. Hombre de más sólida posición económica, Samuel Sáenz Valiente, en cierto modo, le superaba.

Con expresiones románticas, podríamos decir que Ocampo "llamó en vano a las puertas del corazón de Felicitas. Inútilmente se arrodilló ante ella, con palabras de imploración en los labios, con lágrimas en los ojos, con latidos de ternura en el pecho..."

Lo concreto fue que Felicitas, si alguna vez lo había amado, ya no lo quería. Otro era, y, no desde hacía mucho tiempo, el objeto de su preferencia.

La pasión impetuosa se incubó y acrecentó al encontrar un terreno propicio en Enrique Ocampo. Rompió el ritmo de su vida normal. El desdén de Felicitas, la felicidad que en aquellos momentos ésta evidenciaba, constituyó un ultraje para el que ya se había considerado su prometido.

Debiéronse agregar los celos, vulgares o no, pero tóxicos al final. Su orgullo vulnerado incitó a Ocampo a llevar su pretensión hasta la última instancia. Como en un dramón vulgar, debió decirse: "El amor o la vida".

Convirtió aquella enloquecida vulgaridad en su divisa. Desplazado, lesionado, pensó que tenía derecho absoluto a ser correspondido.

Jurídicamente, diríamos, Enrique Ocampo, ya antes de perpetrarlo, hizo de su delito un acto premeditado.

Su abogado, el doctor José Francisco López, hubo de aconsejarle, disuadiéndole, animándole.

Como tenía con él una regulación de honorarios pendiente, en aquellos días quiso documentarla.

—¿Por qué tanto apuro? —le preguntó el letrado.

—Porque podría morir antes de que terminara.

—Yo espero que usted no se morirá por la sola satisfacción de no pagarme... —dijo en broma el doctor López.

—Sin embargo... —habría replicado Ocampo—, es más probable que así sea, antes de que este pleito termine.

Por lo visto, estaba convencido de su fracaso sentimental, seguro de la trágica determinación que adoptaría.

El mismo padre de Felicitas, don Carlos Guerrero, recibió de Enrique Ocampo la manifestación de que se hallaba dispuesto a darle muerte antes de verla casada con otro. Ni sus antecedentes personales, ni las peculiaridades del medio en el cual actuaba el empecinado enamorado, hacían verosímil el cumplimiento de la siniestra amenaza. Toda medida preventiva pareció de una oficiosidad innecesaria. El estado de irritabilidad de Ocampo se atribuyó a la circunstancia coincidente de haber perdido una importante suma de dinero en un negocio en el cual, estafándole, había intervenido un amigo íntimo.

En la mañana del martes 30 de enero de 1872, en la segunda página de un periódico porteño, aparecieron dos gacetillas. Arriba, escueta, con la parquedad impuesta por la urgencia de última hora, anotábase: "Un hecho espantoso...". Y en tres líneas se decía que Felicitas estaba agónica, y que Ocampo acababa de fallecer. Abajo, entre ocurrencias intrascendentales, también de último momento, otra información: "El puente de La Postrera... La inauguración que debía tener lugar el 3 de febrero, se ha postergado para más tarde por orden del gobierno. Creemos que tal determinación se ha tomado por estar ocupados en las faenas de la cosecha gran número de los pobladores de la campaña que debían concurrir a la fiesta..."

Es obvio que ambas informaciones nada tenían que ver entre sí.

En el atardecer del 29 de enero de 1872, varias visitas de familiares y amigos de la viuda de Alzaga hallábanse en su residencia de la calle Larga de Barracas invitadas para cenar. Algunos aprovechaban la luna llena para tomar el fresco en el cenador ubicado en la esquina de Pinzón. De puertas y ventanas volcábase la luz en el amplio parque.

Entre otros, se hallaban los hermanos de Felicitas, su tía Tránsito Cueto, el esposo de ésta don Bernabé Demaría; Cristián, hijo de este último, y su íntima amiga Albina Casares.

El ama de casa no había regresado aún del centro, donde temprano acudiera para realizar las compras impuestas por los festejos de la inauguración del puente sobre el Salado. La viuda de Alzaga había contado con la presencia del gobernador de la provincia de Buenos Aires, don Emilio Castro, al cual acompañaría el ministro de Gobierno, doctor Malaver. Es de presumir que aquella misma tarde se enteró de la postergación de los festejos. En dichos actos se iba a realizar un simulacro de batalla, con fuerzas de caballería vistiendo la simbólica camiseta celeste, evocando la revolución del año 1839 contra Rosas.

Temprano aún, un carruaje se detuvo ante el portón principal de la residencia. Un criado anunció la visita del joven Enrique Ocampo, quien deseaba entrevistarse de inmediato con Felicitas.

Acudió doña Tránsito a recibirle, haciéndole pasar a la sala que daba al jardín, frente a la avenida.

Rafael Barreda ha reconstruido los diálogos, siguiendo la relación de los testigos en el sumario, que actualmente ha desaparecido. Los mismos los hemos confrontado nosotros con los publicados en los días subsiguientes por La Nación, La Tribuna y otros periódicos de la época.

—Felicitas en este momento, no está en la quinta —manifestó la señora de Demaría.

Ocampo, momentáneamente, mostrábase sereno, tranquilo, sonriente, cual correspondía a un hombre de su posición en tales circunstancias.

—Puesto que usted me asegura que Felicitas no está —dijo—, me retiro y volveré más tarde. Deseo celebrar con ella una conversación urgente —completó en amable tono.

Iba ya a retirarse cuando escuchó la llegada de otro carruaje.

Ocampo, por la ubicación de la sala que ya se disponía a abandonar, vio a la persona que bajaba, la cual, recibida por el mucamo, se dirigió al quiosco donde estaban reunidos los visitantes.

Felicitas Guerrero de Alzaga

Aquel recién llegado era su afortunado rival: don Samuel Sáens Valiente. En pos de éste, otro carruaje. Esta vez abrieron la portada de hierro. Entró por una avenida del parque. Descendió una dama.

Señalándole a Felicitas, que era la que acababa de llegar y se dirigía al interior de la residencia por una puerta de la derecha, Ocampo le dijo a la de Demaría:

—Ahí está Felicitas... ¿Quisiera tener la bondad de decirle que la aguardo...?

A doña Tránsito no le quedó otro remedio que abandonar la sala, disponiéndose a satisfacer el ruego de Ocampo.

Al parecer, en vista del arribo del ama de casa, las visitas abandonaron el quiosco, trasladándose por el jardín hasta el comedor de la residencia, separado de la recepción por un corredor y un pasillo.

La señorita de Casares acudió a Felicitas que, en su tocador, ya estaba cambiándose el traje de calle por un vestido apropiado para la cena.

Fue ella la que le anunció la presencia de Enrique Ocampo en la casa. Al escucharla, Felicitas no pudo ocultar en su semblante la contrariedad y el desagrado que la visita le ocasionaba. Le pidió a su amiga que, aduciendo cualquier pretexto, le manifestara a Ocampo que no le era posible recibirlo en aquel momento. Que no estaba visible para él.

Ocampo, al escuchar la negativa, perdió la obligada compostura:

—Sí, está visible... Yo sé más aún... A su lado se encuentra ese hombre... odioso.

—Le aseguro a usted...

—No me asegure usted nada. Vuelva adentro y dígale a Felicitas que si no viene aquí, yo no responderé de mis acciones.

Pronunció estas palabras con resolución tal, que la señorita Casares consideró que era muy capaz de producir un escándalo si no se accedía a su conminación.

Felicitas intentó negarse aún. Como se lo expresó en voz baja a su íntima amiga, un misterioso presentimiento decíale que no debía recibir a Ocampo. Sus relaciones con él habían concluido definitivamente. Sabiendo que en la casa se hallaba su pretendiente actual, no le parecía digno acceder a tal exigencia.

Luego, dado el empecinamiento de Enrique, reflexionó. Bajó al comedor. Saludó cariñosamente a los que la aguardaban. Notó la mirada expresivamente irónica de su futuro, quien la contempló en silencio, sin aproximársele.

Sus tíos, los Demaría, en voz baja, le aconsejaron que no accediera al pedido de Ocampo. Felicitas repuso que aquello tenía que ser definitivo. Era menester evitar el enfrentamiento de ambos rivales. Tenía que darle una lección y se la daría.

Acudió a la sala. La acompañó su leal amiga. Sólo le permitió a ésta llegar hasta la puerta, la cual quedó entornada.

Iba Felicitas envuelta en una rica bata blanca, de abundante cola. Su expresión, hermosa como era, no ocultaba los encontrados sentimientos que la embargaban. Ocampo la recibió en silencio. Felicitas le invitó a sentarse. Lo hicieron ambos. La entrevista comenzó con la obligada ceremoniosidad.

Ferri, el criminalista entonces en boga, hubiera dicho que el huracán de la pasión estaba ya incubándose, para abatir todos los obstáculos, surgiendo en un ciego acceso, violento, descubierto.

Así ocurrió tras la fugaz expectación.

—Quiero hablarte por última vez —dijo Enrique—. Quiero que me digas francamente si siempre me desdeñas y si continúas prefiriendo a ese hombre.

—Señor... Ese tono... —habríale atajado ella.

—Este tono es el de un hombre que te ama con toda su alma, pero al cual desesperan tus desdenes —manifestó Ocampo, tuteándola, como en los felices tiempos de su amorío—. Si te amaba cuando me dabas dulces esperanzas, hoy ya no te amo... ¡Te idolatro! ¡Vivo constantemente pensando en ti y soñando en ti... ¡La idea de que llegues a ser de otro me vuelve loco...! Antes de que te vea en los brazos de ese miserable te daré una y mil veces la muerte.

Felicitas le respondió altanera, despectiva. Posiblemente haciendo befa de aquellas palabras teatrales dictadas por la obsesión pasional.

Subieron las voces de tono, llegando al comedor. Los tíos de Felicitas, temerosos de un desenlace desagradable, se aproximaron a la entrada de la sala.

Felicitas, oyendo pasos y cuchicheos, con voz nerviosa y vibrante, inquirió:

—¿Quién anda ahí? ¡He dicho que no quiero que venga nadie!

Los esposos Demaría y la señorita de Casares no contestaron. Tampoco se retiraron.

Salvo leves variantes, las versiones que hemos consultado coinciden. En seguida, Felicitas intentó retirarse, dejando a Ocampo solo en la sala.

Ocampo se opuso:

—¡No te irás! ¡No te irás mientras no me contestes a la pregunta! ¿Quieres casarte conmigo? ¿Sí o no?

Felicitas, reaccionando, exclamó:

—¿Con qué derecho me pide usted eso? —Y, en el colmo de la excitación, le ordenó—: ¡Basta, ya! ¡Le exijo que no vuelva a poner los pies en mi casa!

La mirada terrible y amenazadora del insano, que no profirió palabra, hizo que Felicitas realizara un último esfuerzo para ponerse en fuga.

Según la versión de La Tribuna, Ocampo, sacando a relucir un revólver de grueso calibre y blandiendo en la izquierda su bastón-estoque, habríale dicho a la despavorida mujer:

—¡Elige el arma conque he de matarte!

De todas maneras, Felicitas, al verse amenazada con el revólver, volvióse espantada hacia el pasillo, clamando auxilio.

Antes de llegar a la puerta, sus gritos empavorecidos fueron ahogados por el estruendo de dos disparos. Tras éstos se escuchó un lamento desgarrador.

El primero en acudir, por estar detrás de la puerta, fue don Bernabé. Según declaró, Felicitas, corriéndole la sangre por las desnudas espaldas, avanzaba aún, tambaleante. Dio un paso más. Se le enredó la cola de la bata en un mueble y cayó, para levantarse de inmediato con

el rostro también cubierto de sangre. Ciega, entonces, desapareció por el pasillo. Fue entonces cuando, exánime, cayó en los brazos de su amiga la de Casares y de su prometido, quien, sin proferir palabra, había acudido.

—¡Me muero! ¡Me muero! —murmuraba Felicitas, desfalleciente— ¡No me abandone!

Entre la señorita de Casares y Samuel Sáenz Valiente condujeron a la herida a su dormitorio, depositándola en el lecho.

Inmediatamente después de descargar su arma contra Felicitas, Enrique Ocampo habríase disparado un tiro en el corazón y, apoyando el caño del arma en su boca, casi en forma simultánea, otro en el paladar.

De tal manera, volviendo a Ferri, podíase decir que el asesino, viéndose en descubierto y ante testigos, agotada, con el homicidio, la irrefrenable descarga nerviosa, con el impulsivo e inmediato suicidio había apagado el huracán de la pasión.

Las heridas no terminaron inmediatamente con la vida de Ocampo. Quince minutos permaneció sin realizar movimiento alguno, pero reconociendo a los que lo rodeaban. Luego, el cadáver fue trasladado a la cercana parroquia de Santa Lucía, utilizándose el mismo carruaje en que había llegado al teatro del siniestro.

Para atender a Felicitas fueron llamados los doctores Montes de Oca y Larrosa. Examinada por éstos, comprobáronse dos heridas. Una en la frente, en el ángulo izquierdo, producida contra un mueble, al caer. La otra en la espalda, en el ángulo superior izquierdo del omoplato, yendo en dirección de la columna vertebral y comprometiendo la médula espinal. El diagnóstico fue fatal. Había desgarramientos y rotura de partes vitales. Todo recurso de la ciencia sería estéril. Dos médicos más, los doctores Blancas y Gonzáles Catán, declararon lo mismo.

Felicitas sólo tenía a su lado a la señorita de Casares. Prohibió que la molestaran. Se recobró levemente durante la noche para cambiar algunas palabras con su amiga. Supo que Ocampo había sido herido. Le trajeron los auxilios de la religión. Falleció a las seis menos cuarto del martes 30 de enero.

En la página 2 de **La Nación** del 31 de enero de 1872, así como en otros periódicos, se insertó la invitación para el sepelio. Decía:

"Felicitas Guerrero de Alzaga. Sus padres, hermanos y demás deudos invitan a sus relaciones a acompañar los restos de dicha finada hoy, 31 de enero de 1872, a las 8 de la mañana. Los carruajes estarán en la calle Méjico número 92, a disposición de las personas que se dignen acompañarlos".

Dos informaciones desvirtúan una leyenda que, agregada a otras muchas, se echó a rodar. Los restos de Felicitas y de Enrique no coincidieron en su llegada al cementerio de la Recoleta. En los diarios del jueves 1º de febrero, se consigna: "Anteayer fue inhumado Enrique Ocampo, de 30 años, suicidado". En los del viernes 2, se dice: "Entre las inhumaciones de anteayer, Felicitas G. de Alzaga, 24 años, heridas".

Rafael Calzada, en una crónica originariamente aparecida en la revista **Caras y Caretas** y luego publicada en un opúsculo, introduce una variante en el relato del suicidio de Enrique Ocampo. Esta, en el libro viene avalada por una carta de don Bernabé Demaría, donde le manifiesta que "un testigo ocular no hubiera hecho más acertadamente, pues todo lo que dice es exacto..."

Y lo que el escritor español dice, vale la pena transcribirlo:

"El asesino, sobre el que iba a arrojarse don Bernabé, le dirigió a él la boca del revólver con gesto de imponente amenaza... Pero hay versiones distintas, y hay quien asegura haberle oído contar a don Bernabé Demaría que, en el instante de hacerle fuego Ocampo, sin tocarlo, incrustándose la bala en el marco de la ventana, su hijo Cristián saltó sobre aquél, que no sólo esgrimía el arma de fuego, sino un estoque desenvainado de grueso bastón... «Cristián fue a él con la rapidez del rayo; le tomó ambas muñecas. Lucharon y Ocampo cayó soltando el revólver, del que se apoderó mi hijo para hacerle fuego junto al corazón. He oído muchas veces hablar de un tiro a quemarropa y, efectivamente, yo vi que el chaleco blanco de Ocampo humeaba de sangre y fuego»; pero, aún con vida, Ocampo pretendió herir a Cristián con el estoque. Cristián, entonces, diciéndole: «¡Vas a morir como un perro, miserable asesino de mujeres!», le introdujo el cañón del revólver en la boca y, sonando una nueva detonación, le destrozó el cráneo".

Conviene puntualizar aquí que el mismo Barreda, cuando habla de los postreros momentos de Felicitas, dice, textualmente: "En su lenta y horrible agonía, supo que Ocampo había sido herido por Cristián, pero no que hubiese muerto, y preguntó por él...".

Todo es confusión, tergiversaciones y fantasías en este suceso, como si, tanto como a los testigos presenciales, se hubiera consultado al protervo coro de arpías del salón aquel del Club del Progreso.

Todavía más. El doctor Eusebio Gómez, en **Pasión y Delito** (1917), luego de estudiar el caso a su manera o como se estilaba en su época, dice: "Se ha dicho que Enrique O. (la discreción lo puso en el trance de eludir la mención de los apellidos) fue muerto por el novio de Felicitas. El proceso, en que intervino el juez doctor Angel J. Carranza, da como probado el suicidio...".

Lógicamente, Samuel Sáenz Valiente no pudo duplicarse en la acción: transportar el cuerpo de su novia al dormitorio y luego hacer justicia a su manera. En los comienzos del siglo, Rafael Barreda no vaciló en estampar las declaraciones de don Bernabé Demaría.

Casi a los cien años, el expediente ha desaparecido del archivo judicial donde debiera hallarse. Igualmente, se hace difícil dar con el fallo de don Angel Justiniano Carranza, ni con algún escrito suyo que uno sospecha se relacionaba con el episodio.

El caso Santa Felicitas queda cerrado así. Y también abierto a las más diversas imaginaciones.

Como en la prensa hemos hallado algunos senderos, terminemos esta larga crónica transcribiendo lo que en **La Nación** del 4 de febrero de aquel año, se dijo:

"Deploramos el fin trágico de esa distinguida y virtuosa dama, víctima del furor de un hombre enamorado... Pero, nos alegraríamos que las niñas sacaran de este hecho aislado un saludable ejemplo, una lección provechosa... El amor de la coqueta es también como las alas de la mariposa... Polvo de oro y carmín, que desvanece el más leve soplo..." ◆

La Academia Sanmartiniana y "TODO ES HISTORIA"

CLARIN ☆ Buenos Aires, Sábado 9 de Noviembre de 196

Rechaza la Academia Sanmartiniana una Versión Sobre el Libertador

Luego de su última sesión, la Academia Sanmartiniana, que preside el general Carlos A. Salas, ha dado a conocer una declaración vinculada con un artículo aparecido en el número 16 de este año, de la revista "Todo es Historia". . .

El texto de la misma es el siguiente:

"La Academia Sanmartiniana, en su reunión del día 6 de noviembre de 1968, ha tomado conocimiento de los aventurados comentarios expuestos por el historiador Enrique de Gandía en un artículo aparecido en el Nº 16 —año II— de la revista "Todo es Historia", que aluden a la determinación tomada por el General José de San Martín de trasladarse al Río de la Plata a fin de ofrecer sus servicios a la causa de la emancipación.

Sobre este particular resolvió —con el voto unánime de los académicos presentes— rechazar por infundada la insinuación que formula el articulista, en el sentido de que el viaje estuvo financiado y auspiciado por Napoleón, cuenta habida que esa temeraria apreciación tiene por único respaldo los dichos de un irresponsable personaje, agente especializado en intrigas de cancillería que los asentó con la premeditada intención de sembrar la discordia entre los patiotas.

Las calidades morales del Libertador y el ejemplo de su intachable conducta, son las pruebas más fehacientes de los oscuros propósitos perseguidos en su época por el difamador, al lanzar esa calumniosa imputación."

En su reunión del 6 de noviembre de 1968, la Academia Sanmartiniana resolvió por el voto unánime de sus miembros presentes "rechazar por infundada" la insinuación que habría formulado nuestro colaborador, el doctor Enrique de Gandía, en su artículo "La Vida Secreta de San Martín" (TODO ES HISTORIA Nº 16) en relación con los motivos del viaje del Libertador a Buenos Aires en 1811.

En dicho artículo nuestro colaborador transcribe una carta escrita el 13 de agosto de 1812 por el espía británico Mariano Castilla a Roberto Staples, representante de los comerciantes británicos en Buenos Aires, en la que afirmaba que el grupo de militares arribados al Río de la Plata con San Martín el año anterior, había sido enviado y ayudado financieramente por el gobierno de Napoleón. También transcribe una carta de Staples a un señor Hamilton, del 18 de noviembre de 1813, en la que se menciona a San Martín y sus compañeros como "pertenecientes a los intereses franceses".

En ningún momento De Gandía suscribe lo afirmado por Castilla y Staples. Simplemente presenta los documentos y da por abierto el debate. "La revelación de un San Martín masón y pagado por el gobierno francés para dirigirse a la Argentina —señala De Gandía— puede ser discutida, pero nada tiene de inverosímil dentro de la política de aquellos momentos".

Frente a estas precisiones, fundadas en documentos, la Academia Sanmartiniana se limitó a fulminar el artículo de nuestro colaborador con la calificación de "aventurados comentarios", y a continuación lanza un argumento "ad hominem": "Esa

temeraria apreciación tiene por único respaldo los dichos de un irresponsable personaje, agente especializado en intrigas de cancillerías", etc.

La Dirección de TODO ES HISTORIA —que de todos modos no comparte íntegramente lo expuesto en el artículo de Enrique de Gandía, pero aprecia su rigor histórico y su coraje intelectual— debe manifestar públicamente su asombro por la reacción de la Academia Sanmartiniana. Si el organismo encontró "aventurados" los dichos de nuestro colaborador, debió refutarlos con argumentos menos elementales que el esgrimido o con recursos menos lastimosos que el de apelar a "las calidades morales del Libertador y el ejemplo de su intachable conducta". El deber de la Academia Sanmartiniana es difundir el conocimiento de la vida y la trayectoria del Libertador; no contribuir al hastiante coro escolar que tanto ha hecho para deshumanizar y mitificar la figura de nuestro héroe máximo.

Sin duda, Castilla era un espía a sueldo del gobierno inglés y Staples un mercader con sus propios intereses: el propio De Gandía lo señala. Pero estos aspectos personales no son suficientes para invalidar drásticamente sus expresiones y, en todo caso, éstas sirven para dar cuenta del ambiente en que debió desenvolverse San Martín después de su llegada a Buenos Aires. Frente a documentos como éstos, lo que corresponde es debatirlos objetivamente, oponiendo, si cabe, el documento al documento, la inferencia a la inferencia, la deducción a la deducción. No creemos que la repetición de lugares comunes ni las votaciones —por más unánimes que sean— ayuden a esclarecer nada.

Por supuesto, San Martín no vino al Río de la Plata por cuenta del gobierno francés; hay otros hechos y documentos que permiten desechar esta hipótesis. Pero la hipótesis en sí debe ser debatida, ya que ha sido planteada a base de documentos. Por otra parte, señalemos que si, eventualmente, San Martín hubiera venido por cuenta del gobierno de Napoleón, en nada disminuiría ello el significado de su trayectoria. En el momento histórico de la Emancipación, la lucha de Napoleón contra España favorecía la causa independentista americana y viceversa. No existía ni remotamente una nacionalidad argentina y la eventual ayuda de Napoleón a los insurgentes americanos sería —siempre en el terreno de las hipótesis— un recurso de guerra perfectamente legítimo.

Nadie puede negar a TODO ES HISTORIA el profundo cariño y admiración con que dedicó su Nº 16 a la memoria de San Martín. La Academia Sanmartiniana tampoco lo ha negado. Pero para que quede perfectamente en claro la intención con que ese número se elaboró y al que jerarquizó con su colaboración el académico de la Historia doctor Enrique de Gandía, nos place transcribir algunas frases de la carta con que el Director de TODO ES HISTORIA inició ese número:

"Hablar de don José de San Martín sin retórica es algo bastante riesgoso. Hay organismos que se sienten dueños del prócer y apuntan con toda su artillería contra quienes se animen a decir algo del Libertador que no coincida exactamente con lo convencional. Pareciera que sólo se puede hablar de San Martín en tono de efemérides oficial o de fiesta escolar (. . .). El presente número de TODO ES HISTORIA quiere iniciar, modesta y respetuosamente, una nueva visión de nuestro héroe máximo. Una visión que apunte a su totalidad humana y cuyo juicio no esté aplastado por el culto del héroe; que lo considere en su dimensión de hombre, susceptible de errar, pecar o dudar, tal como ocurre con todos los hombres. Sólo mirándolo así, creemos, podrá seguir teniendo San Martín una vigencia realmente fecunda en el espíritu nacional".

Por eso titulamos el Nº 16 con un nombre insólito: **"El Otro San Martín"**. ¿Quién es ese "otro San Martín"? Lo dijimos en esa misma carta· "Aquel que empezamos a sentir oscuramente en el fondo del corazón, cuando callan las marchas sonoras y se apagan los ecos de los altavoces. El que sentimos como un viejo amigo, un vecino de siempre, un compañero de los siglos al que podríamos llamar con los nombres de la amistad... El otro San Martín es el que ha escapado al mármol y al bronce".

Con este "otro San Martín" nos seguimos quedando. La Academia Sanmartiniana puede seguir con el suyo.

J. L. HOGAN

las andanzas del cura brochero

Tuvo una acción tan decidida que todo sufrió su incontestable influencia: el tiempo, la distancia, las inclemencias de la naturaleza, las montañas, los hombres y las cosas.

José Luis Hogan



J. Gabriel Brochero

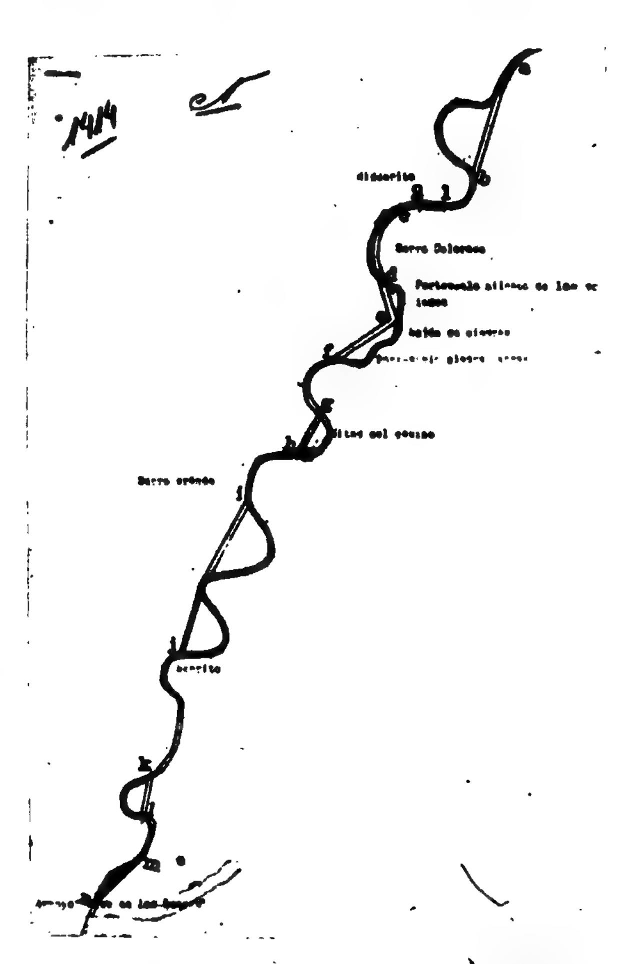
EL POBLADO NATAL

El venerable apóstol de las serranías cordobesas nace en una población que, allá por 1775, se vincula a estanzuelas del lugar, y señalando límite de lo civilizado a las continuas correrías de los indios que, provenientes del Chaco lejano, dejaran recuerdos de desolación, espanto y muerte. Se le nombra documentalmente como "Santa Rosa de la Frontera del Río Primero". Poco tiempo después, hacia 1780, el inolvidable obispo fray José de San Alberto, crea el curato del "Beneficio del Río de Córdoba de Santa Rosa". Por obra del destino, Brochero cumplirá su célebre acción apostólica en una población dentro del departamento político provincial signado con el nombre del ilustre prelado. El curato no será provisto hasta 1796, dado el escaso número de sacerdotes de que disponía a la sazón el Obispado, como que cinco años después, en informe al marqués de Loreto, fechado el 5 de marzo de 1785, se fija en sólo 16 ó 18 los clérigos de la ciudad de Córdoba. En 1803, el pbro. Juan Antonio López Crespo eleva informe-inventario de los bienes de la parroquia, y dice al obispo doctor Angel Mariano Moscoso y Péres, que desde hace siete años —es decir, desde 1796— es párroco del curato, al que recién se vincula en 1800, fecha presumible de su llegada al lugar.

Pasan los años, y Santa Rosa, poblado a orillas del Río Primero, aquel mismo Suquía de los aborígenes, ese memorable San Juan, como le llamara Jerónimo Luis de Cabrera al fundar en 1573 la Córdoba hidalga y azul, no es más que una simple aldea entre bosques de algarrobos y añosos quebrachos. El caserío es pobre, en su mayoría edificado con barro o adobes crudos, con techos de pajas que dorará el astro rey. La vida sigue siendo dura para los pobladores, como testimonia Eufrasio Agüero, al notificarse el 17 de junio de 1814 de su nombramiento como comandante de la frontera. Expresa haberse compenetrado de su deber de imponer al vecindario de "los actuales riesgos de invasión de los bárbaros del Chaco", que siguen amenazantes. Las tierras pertenecen "a la Santísima Virgen Patrona", como rezan las escrituras de Santa Rosa, y son enajenadas a los distintos propietarios por orden del Obispado de Córdoba, que designa para ello un encargado con amplias facultades.

Dentro del silencio de sus soledades irá creciendo la aldea, vinculada a la provinciana capital por veloces diligencias. Triunfa la tesonera labor de nuevas generaciones, con otros conceptos de prosperidad, modificando la idiosincracia vernácula. La vida sosegada de Santa Rosa, la devota y centenaria, es turbada cuando José María Paz, tratando de unirse a la guarnición del pueblo, es tomado prisionero al ser boleado su caballo. Hay quienes afirman, sin ningún fundamento histórico, que el hecho acaeció en Concepción del Tío, diceres desmentidos por el propio héroe de La Tablada en sus "Memorias", cuando recuerda que, cautivo, cabalgó toda una noche para llegar al citado lugar. En relación al trascendental acontecimiento, el historiador Rodolfo de Ferrari Rueda expresará: "En un lugar ubicado aproximadamente a quince kilómetros de Villa Santa Rosa, cerca de la estancia de don Dámaso Alvarez, fue apresado el jefe unitario, general José María Paz, por una partida comandada por el capitán Esteban Acosta, perteneciente a las fuerzas federales del general Estanislao López. El acontecimiento ocurrió en las últimas horas de la tarde del 10 de mayo de 1831, en circunstancias que el general Paz practicaba un reconocimiento de avanzada, en cuya oportunidad le fue boleado el caballo por el soldado Francisco Zeballos". Difiero en cuanto al sitio, para mí ubicado al sud de la Villa, a unos 10 kilómetros, en "Los Guindos", donde niños de cercana escuela construyeran un pequeño monolito recordatorio.

Dos hechos más acaecen en el poblado antes de 1840. En 1837, el gobernador Manuel López designa al comandante Manuel Isleño, tan vinculado a la familia Brochero por amistad y parentesco, como juez general de Santa Rosa y Segundo Abajo. Y, precisamente en el año de 1840, tenemos la primera referencia a un maestro, el llamado José Domingo Alsina, que muy



Trazado hecho por Brochero de su proyectado camino de altas cumbres, y conocido por Camino de Altautina.

pronto se marcha del pueblo. He querido así evocar brevemente, y en alguna medida al humilde poblado, con sus principales instantes históricos, haciendo ambiente a lo que era Santa Rosa del Río Primero, cuando los designios del Hacedor le deparan la gloria del nacimiento del sacerdote insigne, honra de la Iglesia argentina y figura ilustre de la patria.

EL NIÑO. SU FAMILIA

En vieja casona, convertida en museo, con muros encalados, resistiendo airosa los vendavales del tiempo, como para demostrar a hogaño que sus pobres terrones pueden ostentar majestad de templo, nacía el 16 de marzo de 1840 quien alcanzaría caracteres de figura legendaria, merced a sacerdocio en regiones que, según comentarista de su vida y obra, están dominadas "por la roca paleolítica de las resquebrajadas y agrietadas serranías cordobesas". El acta de nacimiento dice, con grafía de la época:

"J^{e}. Gabriel del Rosario Brochero.
En el año del S^{or}. del mil ochoc^{tos}. quarenta á 17 de Mzo bautise Solemnem^{te}. puse oleo y crisma á Jose Gabriel del Rosario (de un dia) hijo legt. de Dn. Ignacio Brochero y D^{a}. Petrona Davila y p^{te}. Dn. Manuel Ant^{o}. Ceballos y D^{a}. Josefa Davila a quien^{es}, adverti el parentesco espiritual y p^{a}.q^{e}. conste.
D^{r}. J^{e}. SILVESTRE CEBALLOS MORO".

Sus padres entroncaban en tradicionales familias de hondo arraigo en el medio, y contaban con la unánime consideración del vecindario, valorando las prendas morales del digno y virtuoso hogar. El doctor Arturo de Lazcano Colodrero piensa que esta familia Brochero proviene de la española, procedente de Salamanca, y tiene la certeza de un origen común. Aquella familia que probara su hidalguía en la Real Chancillería de Valladolid en 1753 y 1754, tuvo entre sus figuras más preclaras a fray Alonso Brochero, comendador de Calatrava, y Juan Brochero y Zarco, Caballero de la Orden de Santiago, en la que ingresara el 4 de diciembre de 1623. El mismo genealogista señala que nuestro héroe tiene su primer antepasado criollo conocido en Juan Brochero de la Cruz, "que debió florecer por 1625, más o menos", y que casara en Córdoba hacia 1655, con Margarita Fonseca y García de la Jara.

Doña Margarita Fonseca fallece bajo disposición testamentaria en 1661, siendo su albacea fray Juan de la Cruz, mercedario, posiblemente pariente de su esposo, dado que este apellido lo adoptan algunas de sus hijas, tales Juana y María. Sus otros hijos fueron Isabel de la Jara, y Francisco Brochero de la Cruz, casado en 1686 con Ana Ferreyra de Acevedo y Cárdenas, hija del alférez Manuel Ferreyra de Acevedo y de Francisca de Cárdenas Mascareñas. Al fallecer don Francisco en 1688, deja como hijo único a Ramón Brochero y Ferreyra, que casa en Río Primero con Rosa Gómez. La familia se prolonga en José Antonio Brochero y Gómez, "que por sus méritos alcanzó el grado de Maestre de Campo", siendo dueño de numerosas tierras situadas en Navarrete, Castaño y Puesto del Medio, en Capilla de Santa Rosa, "donde poseía cómoda vivienda", y adquirido al gobierno hacia 1794. Ya tenemos a los Brochero en Santa Rosa, y siguiendo este detalle de familia que me perdonarán los lectores, pues lo creo de interés, y



Una fotografía del padre Brochero que traduce con fidelidad su recia personalidad.

brindado en carta inédita al insigne brocheriano, pbro. Pedro Aguirre López, sabemos que José Antonio "testó en 1800, y de acuerdo a dicho documento habría casado cuatro veces".

Fue su primera esposa María Magdalena Mansilla, que le hace padre de José Vicente, que desposará a Juliana Pucheta; Ventura, estanquero de Palo Blanco en 1804, y casado con María Gómez; Ramón, esposo de Francisca Gómez, y María Ignacia Brochero y Mansilla. Casa en segundas nupcias con Dolores Guzmán, con quien no tiene descendencia; y luego con María Ignacia Ferreyra, con quien tiene cinco hijos: Teodoro, casado con Marquesa Mansilla; José Laureano, marido de Juana Gómez; Ignacio —padre de nuestro biografiado—; Marcelina y Catalina. De su último matrimonio, con Juana Rosa Olmos, tendrá otros tres hijos: María de los Dolores, Rosalía y Catalina. Ignacio Brochero y Ferreyra, estanciero de Río Primero, ha de contraer nupcias con doña Petrona Dávila, digna matrona que en su testamento, pleno de piadosas expresiones y fechado en Santa Rosa el 18 de julio de 1881, dilucida dudas de algunos autores sobre el número de sus descendientes. Dice su Item. 4:

J. Gabriel Brochero

"Declaro que fui casada y velada según el rito de nuestra Santa Iglesia con don Ignacio Brochero, de cuyo matrimonio tuvimos diez hijos que son, Ramón, Rosario, Aurora, Gabriel, Aurora, Rosario, Jesús, Josefa, Eulogio y Rosaura, de los que sólo siete están vivos, a los cuales instituyo por mis únicos herederos. Lo declaro para que conste". Se repiten los nombres Aurora y Rosario, siguiendo costumbre de la época de dar a los nuevos hijos la misma denominación de los ya fallecidos.

Algunos cronistas mentan como sitio del nacimiento de José Gabriel del Rosario una estancia situada en el departamento cordobés de San Justo. Pero olvidan que ese campo recién fue adquirido por don Ignacio, años después de haber visto la primera luz de la vida el célebre cura de San Alberto, a los señores Lorenzo Lencinas y Dionisio Sueldo, el 17 de enero de 1843. Suerte de tierra que "vende en el lugar del Monte Largo y se compone de treinta cuadras de naciente a poniente, y tres leguas, treinta y seis cuadras dos candeladas de sud a norte, cuyo lindero principal y desde donde debe medirse es un poste de coronilla que se encuentra inmediato a la laguna conocida por el pozo de tío Pedro, a la parte del norte". En 1885, José Gabriel habrá de donar la estancia de "1.200 cuadras" cuadradas a sus hermanos Ramón, Aurora, Rosaura y Eulogio. Allí, en el sitio donde existió la casa de la estancia, en pleno pueblo de La Tordilla, se levanta el monumento a Brochero, coronado por busto obra del escultor Luis Perlotti, autor también de los bellos bajorrelieves alusivos.

En cambio, la escritura de adquisición de la casa natal del "cura gaucho", se labra "en la parroquia de Santa Rosa a veinte y tres días de julio de mil ochocientos treinta y siete años". Por el documento, extrajudicial, don Félix José Medina y su esposa María de los Santos Olmos, enajenan a don Ignacio Brochero, "las casas de nuestra habitación, sitas en este pueblito, con todo lo cercado, plantado y edificado; que lindan por el naciente con la huerta de la señora doña Luisa Lescano; por el sud con el sitio de Herera Alvarez; por el poniente con el de don Juan Isidro Gudiño; y por el frente, calle de por medio, con casas del doctor don José Roque Savid: todo en cantidad de sesenta y cinco pesos, de los cuales hemos recibido veinte y seis pesos, concediéndole por la restante el término de veinte y cinco días, contados desde la fecha para que se haga la total entrega de conformidad a esta escritura...". La vieja casona pertenece hoy al Instituto Brocheriano de Córdoba, que la hizo suya por la suma de $ 45.000, aportados por el gobierno del doctor Arturo Zanichelli. El 30 de agosto de 1961, en solemne ceremonia presidida por el entonces arzobispo de Córdoba, monseñor doctor Ramón J. Castellano, la casona fue entregada al pueblo de Santa Rosa, para que fuera museo y casa de cultura. Es celoso custodio de la casa don Manuel Maidana, y ha sido reconstruida por el fervor brocheriano del intendente lugareño, señor David Cecilio Trucchi.

El pequeño ve transcurrir sus primeros años de existencia en esa humilde aldea, y en ese hogar con ambiente de rancio señorío y ejemplares virtudes, comiendo el pan cotidiano en una digna pobreza, a la que alguna vez alude el hijo llamado a inmortalizar el apellido, orgulloso de sus padres, de quienes abrevara inolvidables lecciones de sana moral. Su padre es figura importante del lugar, desempeñando con eficacia y probidad funciones de juez pedáneo, cargo que resigna en 1845. Es el mismo año, nos refiere Efraín U. Bischoff, que "en una lista que manda confeccionar el gobierno por intermedio del juez de alzada, tareas ejercidas por don José Leandro Argüello, figura como propietario con 800 pesos fuertes, cantidad por cierto respetable en aquella época". José Gabriel posee vivaz inteligencia, y acudirá seguramente a alguna escuelita particular que hubo de existir "in illo tempore", ya que no pudiera lograr ninguna referencia en documentos o consultas con familiares del sacerdote. Bischoff pretende, con razones que comparto, ver el hombre de influencia decisiva en el futuro de Brochero en el destacado sacerdote José Gregorio Ardiles, oriundo también del mismo departamento Río Primero, y cuyos padres residen en la misma Santa Rosa. Llega al pueblo como párroco en 1847, luego de magnífico apostolado en el oeste de la provincia, y será gran amigo de la familia Brochero. Tantas veces habrá descrito en presencia del niño y vívidamente las regiones de "traslasierra" que, años después, ya ordenado sacerdote, con aquel recuerdo en su mente, pedirá se lo destine a esas tierras, donde su nombre alcanzará alturas legendarias.

Brochero, aún niño, enferma de gravedad en epidemia de viruela, y su rostro para siempre quedará marcado con profundas huellas. Ellas servirán para darle "un sello tal de bondad que nadie, absolutamente nadie, podía dejar de sentirse atraído hacia su persona, por una simpatía irresistible", según anota su médico y amigo de



CUATRO PAISANOS EN EJERCICIOS

Cuatro humildes feligreses se habían comprometido a ir a la Casa de Ejercicios, pero a condición de que se les admitiera llevar sus chifles con aguardiente, para mejor soportar el forzado encierro de penitencia. Acepta Brochero el pedido, pero imagina una broma. Cuando llegan a la Casa de Ejercicios Espirituales, llama a la Madre Superiora, y le indica los acomode en habitación a la calle, con ventana con rejas. Sumisos acuden a todos los actos de oración que se realizan, demostrando arrepentimiento de sus culpas. Brochero pide esa noche al sacerdote encargado de las pláticas, que hable de los tormentos del infierno, y cuando se le responde que ya se ocupó del tema en otra noche, indica haga nuevas reflexiones, y "¡caígales fuerte, que traigo cuatro mostrencos que ni el diablo los caza!" ¡El orador pone tanto calor en su palabra, que los oyentes creen sentir el calor del fuego mismo! Nuestros paisanos regresan a la habitación llevando en sus mentes todo el horror del infierno, y cuando el sueño parece ganarles, pasan la noche más terrible oyendo tropel de animales y coces contra esa pared ¿Qué había hecho Brochero? Pues mandar poner ramas de sauce en la reja, a las que parecían haber venido a comerlas "todos los burros y caballos sueltos del pueblo". Ocurre entonces lo que también había previsto: los paisanos, medrosos, impresionados, creyendo todo era pesadilla de otro mundo, corren hasta el sacerdote para entregarle, contritos, sus chifles con aguardiente, que aún no habían probado, haciendo mil promesas de enmienda en sus vidas.

iempre, doctor Benjamín Galíndez, que vive en restigiosa ancianidad, y a cuya casa de barrio General Paz acudía de continuo el apóstol de las erranías. De esos años infantiles es el memoable episodio que recoge Bischoff, en referencia el señor Julio A. Carranza. Con otros pequeños a a jugar a orillas del río de su pueblo natal, n tarde de primavera, luminoso luego de lluvia n la noche anterior. Unos se bañan, y otros azan avecillas en bosque cercano, y Brochero stá solo, sentado en alto bordo. De pronto un migo de su padre, don Sebastián, le insta a rrojarse al agua, allí poco profunda, que se va aciendo parduzca, evidencia de creciente. Advierte a gritos a sus compañeros, en tanto don Sebastián se aleja. Los chicos tratan de ganar la orilla, pero uno resbala y el agua lo arrastra. José Gabriel, desesperado, cae de rodillas y devotamente implora: "¡Virgen Santa!... ¡Señor!... ¡Que no se ahogue!...". El niño es salvado por don Sebastián, que explica no había andado más de tres cuadras, cuando algo le indujo a regresar al río, cuyas aguas se llevaban al muchacho. Se despojó de algunas ropas, y decidido se lanzó a salvar el niño imprudente. Brochero siempre dijo que sólo pudo salvarlo la intercesión divina.

El pbro. Ardiles alcanzó notoriedad por su dedicación a la enseñanza de la niñez, y al marcharse de Santa Rosa, el 21 de enero de 1849, lleva consigo a José Gabriel, que en conmovedora escena se despide de padres y hermanos, entre lágrimas y enternecedoras recomendaciones. Ya no volverá, sino en vacaciones, y más tarde esporádicamente a ese hogar de tantos felices recuerdos para su corazón, ni a ese pueblo natal cuyas calles jamás olvidará, como tampoco a compañeros y amigos de toda su vida. El destino le conduce desde ese día por camino en cuya lejanía está la gloria humana. Brochero será uno de los alumnos fundadores del internado del Colegio Argentino, anexo a la iglesia de San Roque, en Córdoba, donde recibieran educación tantos niños pobres. Cinco años dura el instituto, ya que su propietario y director, el

Plano de la región serrana donde se halla El Tránsito, hoy Villa Cura Brochero, y que era parte del extenso curato de San Alberto. Vemos allí lugares muy frecuentados y mil veces citados por Brochero en sus cartas: Nono, San Lorenzo, Mina Clavero —a cuyo prestigio de sus aguas curativas tanto propendiera junto a la renombrada doña Anastasia Favre de Merle, la "dama de las serranías"—, Los Hornillos, etc.

J. Gabriel Brochero

pbro. Ardiles, debe trasladarse enfermo a San Javier, buscando en ese clima lenitivo a sus graves dolencias. En tanto, junto a ese espíritu superior, ha crecido la vocación religiosa del niño, que pide a sus padres, tan creyentes y católicos, le permitan seguir estudios sacerdotales. Don Ignacio y su noble esposa asienten, entendiendo que ello es bendición del hogar, culminar de santas esperanzas de sus corazones.

EL SEMINARISTA

Empieza la historia de su fama aquel 5 de mayo de 1856, cuando Brochero con sus ambiciosos dieciséis años, ingresa en los claustros del Seminario de Nuestra Señora de Loreto, en la Córdoba de los campanarios. Es rector el doctor Pedro N. Clara; vice-rector, don Emiliano G. Clara, y prefecto el doctor Uladislao Castellano, luego arzobispo de Buenos Aires. Entre sus condiscípulos estarán luego preclaras figuras nacionales, como el que fuera obispo, doctor Juan Martín Yañiz, y el doctor Miguel Juáres Celman, primer mandatario de la República, su amigo en el aliento de sus ensueños de ferrocarril para los esforzados habitantes serranos. Queda memoria, lo anota en papel inédito quien será canónigo de la Catedral de Córdoba, monseñor doctor Luis Rosendo Leal, que tuvo allí ejemplar conducta, destacando su celo en la enseñanza del catecismo y por los Ejercicios de San Ignacio. Su ingreso al Seminario es honra para su familia, que debe esforzarse para abonar la modesta pensión exigida a los estudiantes. José Ignacio Dutari, al referirse a los estudios de Brochero, comenta que los cursos del Seminario de ese tiempo "apenas implicaba cumplir con un programa de enseñanza media, como ahora lo llamaríamos, que sólo facilitaba la concurrencia posterior a la Universidad, para doctorarse en leyes o teología".

Mientras es brillante estudiante, acaece el 25 de julio de 1856 la asonada contra el rector, doctor Clara, en esa madrugada en que las aulas venerables oyen los juveniles gritos de rebeldía. El doctor Clara, con rostro que refleja su indignación, pide el auxilio del provisor, doctor Balgorri, que dispone la expulsión de los autores del desacato, algunos de ellos hijos de notables familias de la ciudad. Pero la bondad del rector no le permite cumplir resolución tan violenta, y se limita, según consta en archivo del Arzobispado, a ponerlos contra la pared y, "sin bajar a ninguno el calzón, les dio unos cuantos chicotazos por sobre las ropas, vestidos como estaban todos ellos". Brochero no ha participado del motín, siendo solamente un azorado testigo. El doctor Ramón J. Cárcano, cuenta que el traje de nuestro héroe "mostraba la escasez de sus recursos; así como su abierta y franca fisonomía manifestaba cierta aspiración que devoraba su alma". Cursa provechosamente los estudios formados por dos ciclos preparatorios, con la enseñanza en el primero de francés, aritmética y geometría; y en el segundo de gramática latina, filosofía, gramática castellana, historia universal y religión, nociones de álgebra, matemáticas, física y astronomía, más la traducción de clásicos latinos.

Su franqueza y sencillez eran el secreto de su simpatía, nobleza e hidalguía, que destacaban una personalidad ya vigorosa. En su mirada, poema de íntima paz, se advertía la serenidad de espíritu y la pureza de su alma, en un carácter de natural afectuoso. Recuerdan sus condiscípulos que gustaba acudir y ofrecer ayuda a los compañeros cuanto podía y cuando era menester, logrando el sincero aprecio de todos. Brochero, dada la organización del Seminario, debe acudir a los claustros famosos de la Universidad de San Carlos, faro de cultura continental, y cuya fundación se atribuye en craso error a monseñor Trejo y Sanabria. Entre sus compañeros han de contarse entonces José Figueroa Alcorta, Tristán Achával Rodríguez, Genaro Figueroa, Alejandro Centeno y Miguel Nougués. En tanto, a Pedro Nolasco Clara reemplaza como rector de la Casa de Loreto en 1857 su hermano Jerónimo Emiliano, el luego célebre vicario. Tres años después asume tan altas funciones el doctor Uladislao

ME HA FREGADO EL PAISANO...

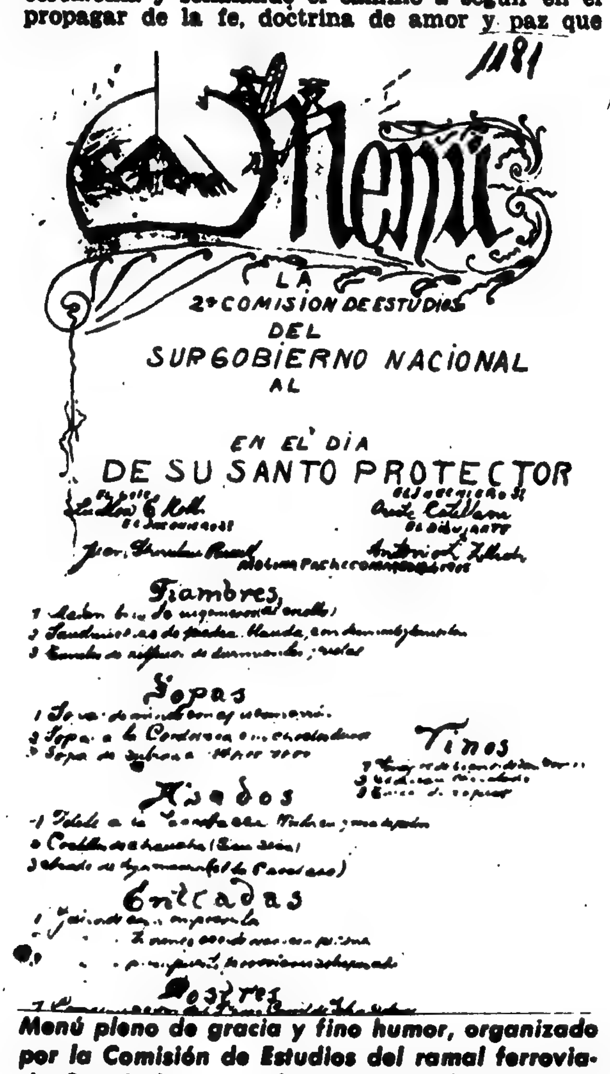
Cierto día, en San Vicente, se aserraban árboles para hacer tirantes, y Brochero contemplando esos obreros que se afanaban en la tarea, y por falta de quienes les reemplazaran estaban evidentemente cansados, incita a otro, que como él miraba el trabajo, a ayudarlos. Se ata a la cintura la sotana con su gran pañuelo colorado, dice al paisano qué lugar desea ocupar en el trabajo, y decidido, Brochero baja al pozo. Tomados los mangos del serrón, nuestro cura recomienda: "A no aflojar, mi amigo". Pensaba Brochero que el paisano a poco se iría a cansar, pero el ritmo era intenso, y mientras él mostraba señales de fatiga, su compañero parecía no sentir el esfuerzo. Hasta que Brochero le dice: "¿Dejamos el convenio, amigo?", y tras la respuesta de asentimiento, el párroco se marcha entre las sonrisas de los circunstantes a cambiarse de ropa, comentando: "¡Pucha, caray, que yo pensé correr al paisano y me ha fregado!..."

Castellano. Estas tres figuras tan distinguidas serán las que asistan al ascender del joven estudiante hacia las gradas del altar, destino de inmortalidad para Brochero.

Por su ejemplar dedicación merece en 1861 los honores del título de bedel o inspector, empleo de jerarquía en esos tiempos. Ya viste sotana, traje clerical con un cinto azul, que todavía se usa. Es estudiante de teología, obteniendo en 1862 una de las becas instituidas por el gobierno nacional para aquellos que demostrasen la mejor capacidad asimilativa en las disciplinas del estudio. A fines de junio del mismo año, pide al obispo se le confieran las órdenes menores, advirtiendo ser alumno del Seminario desde hace seis años, y en sugestión que Cárcano señala provenía de sus propios profesores. En razón, dice, de "haber sentido desde mis más tiernos años inclinado al estado sacerdotal", practicando "los medios conducentes a examinar mi vocación y adquirir en cuanto lo permitan mis fuerzas, la idoneidad que para tan santo estado se requiere". Resuelta favorablemente su petición, recibe el 16 de julio de 1862, y de manos del entonces obispo, doctor José Vicente Ramírez de Arellano, la tonsura eclesiástica, y un día después, nuevo goce para su corazón, y por el mismo prelado, las otras cuatro órdenes menores: ostiario, lectorado, exorcistado y acolitado.

Brochero confesará que al asistir cierto día a sermón, "en que se bosquejaban las exigencias y sacrificios de una y otra bandera, y que apenas le concluí de escuchar, la duda ya no atormentaba mi alma. El ser sacerdote era para mí una inquebrantable resolución". Cárcano aclara que, para Brochero, ser sacerdote "se le presentaba a la mente como un ministerio digno sólo de los hombres superiores. No sabía qué estado adoptar, si el seglar o eclesiástico, cuyas puertas se le abrían. Su espíritu fluctuaba y su corazón sufría con esta indecisión". Aquel feliz sermón ya vemos qué efectos tuvo en su ánimo. Hacia 1866 finaliza sus cursos de Teología. Por ello, el 14 de mayo comunica a su obispo la conclusión de aquellos estudios y los de Derecho Canónico. Manifiesta que "he examinado nuevamente mi vocación y pensamiento firme en el propósito de consagrarme al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Santa Iglesia, por medio de las órdenes mayores hasta el Presbiterado; si Vuestra Señoría Ilustrísima se digna acogerme con benignidad y contarme en el número de los Ministros Sagrados, deseo dar principio a la recepción de dichas órdenes en el tiempo y forma que Vuestra Señoría Ilustrísima tuviere a bien, para lo que me preparo con el estudio de la Teología, Moral y Sagradas Ceremonias, estando dispuesto a tomar oportunamente los ejercicios espirituales. Mas, no teniendo título canónico que presentar, por la suma escasez de recursos de mis padres y por no habérseme ofrecido hasta hoy ninguna capellanía, me es forzoso implorar de la benignidad de V. S. Ilustrísima se digne admitirme a título de coadjutor de párroco o de servicio de la Iglesia o como V. S. I. juzgue más oportuno para suplir el defecto de título expreso en el Derecho". Este documento del archivo del Arzobispado de Córdoba es citado por Bischoff al referir curso de expediente, donde Francisco Escalante certifica que los padres del peticionante "según es fama pública, pertenecen a la primera clase". Acordado lo que solicita, obtendrá las órdenes mayores del Presbiterado, culminación de hermosos ensueños, y hora de júbilo para sus ancianos padres, que ven satisfechos sus más fervientes anhelos. La vida le deparará el placer inmenso de ver cumplidos sus ideales, gracias a sus admirables actividades.

Recibe de manos del ilustre obispo José Vicente Ramírez de Arellano, tan vinculado a faustos episodios de su existencia, el 4 de noviembre de 1866, la consagración de sacerdote. Junto a él, gozando de las mismas emociones, está Juan Martín Yañiz, luego relevante figura del clero argentino. Seis días después, mientras se entonan cánticos en honor de la Santa Patrona del benemérito Colegio donde cursara sus estudios, celebra su primera misa, acción de gracias al Hacedor por tanta dicha. Es su padrino de altar su maestro ilustre, doctor Uladislao Castellano, y padrino de vinajeras Mariano Vicente Gonzáles, quien donara residencia de calle 9 de Julio para "Casa de Ejercicios", en la Córdoba hidalga. El ilustrado sacerdote jesuita, padre Cubas, orador de larga fama, pronuncia conmovedor sermón donde campean frases inspiradas, plenas de nobles acentos, significando la trascendencia de la ceremonia y señalando el camino a seguir en el propagar de la fe, doctrina de amor y paz que



Menú pleno de gracia y fino humor, organizado por la Comisión de Estudios del ramal ferroviario Soto-Dolores, en honor del padre Brochero que acostumbró festejar su cumpleaños el 18, en vez del 16 de marzo como correspondía.

J. Gabriel Brochero

enseñó Jesucristo. Palabras que deben haber emocionado profundamente al novel sacerdote, que tiene ante sí un horizonte nuevo y amplio para una obra de sublime apostolado. Como si presintiera que el futuro iba a ser de laureles, el "Eco de Córdoba" del día siguiente lo congratulaba: "Saludemos al joven sacerdote que, formado al lado de otros ilustrados y virtuosos, ha de saber comprender su elevada misión y colocarse sobre las miserias que nos rodean, para predicar la verdad evangélica".

Al conmemorar el centenario de su ordenación sacerdotal en noviembre de 1966, los prelados cordobeses dirán en elocuente documento: "Como el Señor, él también habló en parábolas y extrajo su lenguaje figurado de los elementos de su tiempo y lugar. Por eso su palabra era directa, sencilla, realista. Todos la entendían y gustaban. Quedaba grabado de un modo indeleble en sus memorias". Más adelante, han de expresar: "Quienes lo oyeron, jamás olvidaron ni sus enseñanzas, ni su forma inimitable de gran narrador". Muchos le tacharon de inculto y se burlaron de sus sermones, no advirtiendo que con ese lenguaje gráfico llegaba mejor a las almas de sus humildes feligreses. Cuando se lo propuso, o las circunstancias lo impusieron, supo deslumbrar con predicaciones plenas de frases galanas, y así lo recuerdan los que le escucharan en la localidad bonaerense de Quilmes. Pero a todo eso ya habré de referirme. Por de pronto, su alegría de verse sacerdote, se nubla con la tristeza del fallecimiento de su padre en 1867, en esa Santa Rosa que el primer gobernador constitucional, doctor Alejo Carmen Guzmán, considerando que merecía "al presente mejor arreglo", declarara Villa por decreto del 8 de junio de 1855. Antes de expirar, bendice a su hijo muy querido, que colmara de satisfacciones su ancianidad. Le queda su madre, sostén de sus amarguras y desalientos, y a la que volverá cuantas veces pueda para recibir su ternura y sus consejos.

Infatigable, siempre presto a socorrer al prójimo, desempeña el cargo de capellán de coro en la iglesia Catedral, en la que a veces oficia de teniente cura. Permanecerá en esas funciones desde 1857 hasta 1869, año en que aparece en la ciudad el "colera morbus", sembrando desolación y muerte. Se prueba allí el temple extraordinario de Brochero, que no teme el contagio del flagelo implacable, llevando de casa en casa su aliento, su consuelo, su caridad, y haciendo penetrar la esperanza, la serenidad en las almas desesperadas. La ciudad encomia su sacrificio, su heroísmo, pero tantas fatigas resienten su físico. Busca el descanso en el cariño de su madre en Santa Rosa, pero breve será su tranquilidad. Allí aparece el cólera con sus garras de muerte, y otra vez muestra esa entereza que será cualidad sobresaliente de su personalidad. El cansancio parece no mellar su voluntad, y merece la gratitud del pueblo en momentos de tanta angustia. Regresa a la ciudad, y tiene breve actuación como prefecto en el Seminario Conciliar de Loreto, en 1869, mostrando esa inteligencia que le permite establecer un brillante régimen interno. Su permanencia allí concluye el 24 de noviembre de ese mismo año, al ser designado por la Diócesis para ocupar el curato de San Alberto. Al abandonar para siempre el sitio de tantos instantes felices e inolvidables, no oculta las lágrimas. Va a iniciar su ministerio hecho de profundo amor al prójimo. Sufrirá hambre para dar lo poco que tiene al menesteroso, y hasta de ropas ha de carecer, pues sus menguados recursos, en una feligresía pobre, los utiliza en obras de caridad, ayudando y socorriendo a cuantos acuden a esa bondad, que será columna de su larga fama.

Al finalizar el curso universitario de 1869, pocos días antes de ser destinado al curato de San Alberto, formula petición al rector del ilustre claustro de la Universidad de San Carlos, en estos términos: "Gabriel Brochero, clérigo presbítero, alumno que fue de esta Universidad, ante V. S., en la mejor forma que haya lugar en derecho, parezco y digo: Que, habiendo desempeñado todos los exámenes necesarios para optar al grado de Maestro en Filosofía, a V. S. pide que, habiéndome por presentado, se servirá acordar se me confiera dicho grado. Que es justicia. J. Gabriel

FRUSTRADA ENTREVISTA

Cuando andaba en sus ajetreos por su soñado ferrocarril Dolores-Soto, Brochero acude un día a la casa del ministro de Obras Públicas de la Nación. Como era su costumbre, procurando ganar la buena voluntad del funcionario, le lleva dos quesos serranos. Pero el portero, inflexible, dice que "el señor ministro no está en la casa". Brochero presume es una mentira, y entonces antes de marcharse, molesto, entrega al portero el paquete, y con tono de enojo expresa: "Tomá, entregale estos quesos a tu patrón, y decile que a vos no te dé ni las cáscaras por zonzo y mentiroso".

SU FAMOSO MACHO MALACARA

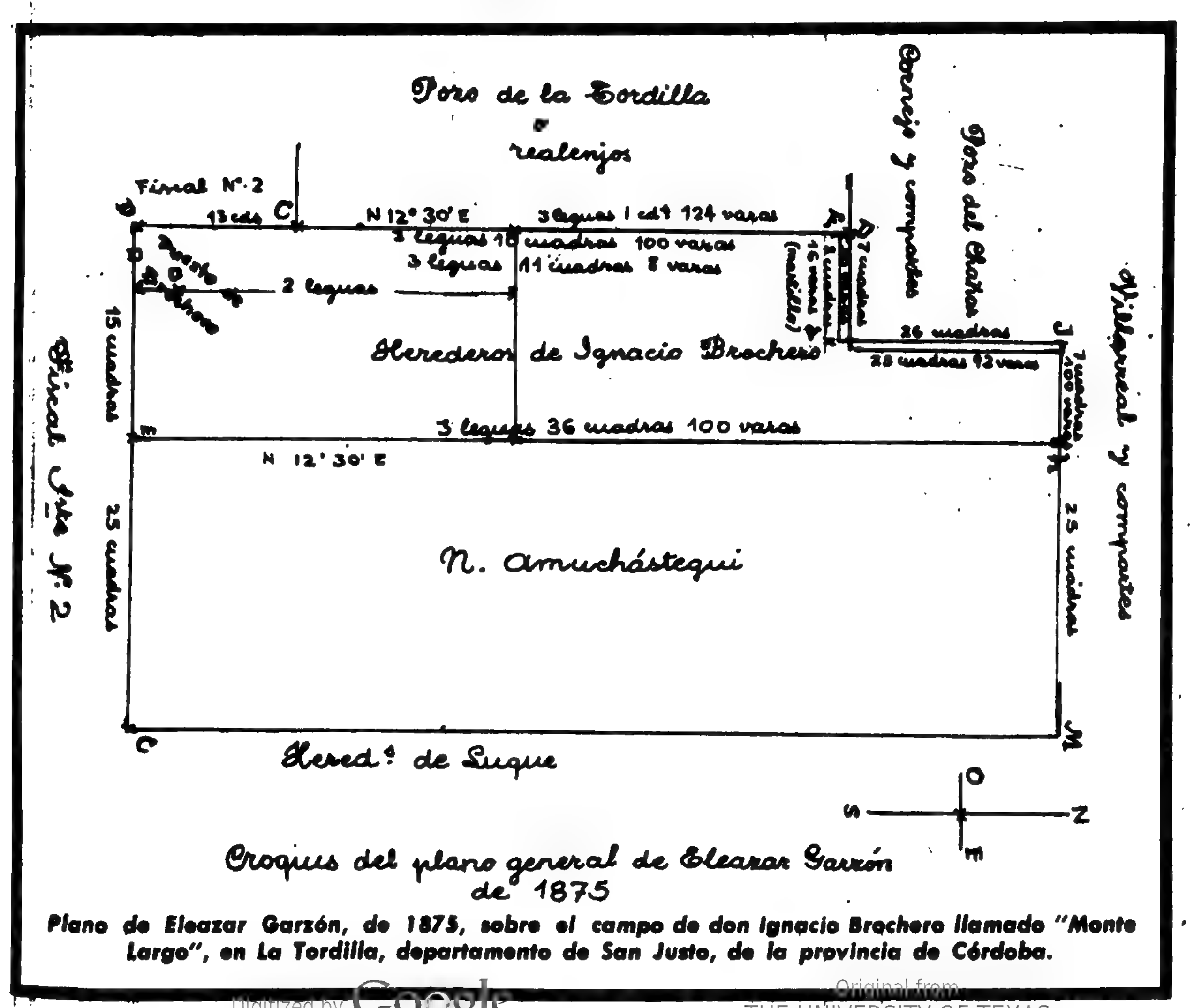
Brochero era incesante en su trajinar por esos valles y alturas serranas, y el animal que lo conducía se iba agotando en esos esfuerzos. Allá por San Vicente, lugarejo de su curato, Brochero ha debido ir a pasar la noche a casa de Basilio López, su buen amigo que, conociendo los problemas del sacerdote, le lleva al corral. Allí le muestra el animal que le tiene destinado, "un macho malacara" fuerte, apto para aquellas evangélicas hazañas del párroco de El Tránsito. Y será ese macho malacara quien le llevará y traerá por esos caminos, inmortalizados hoy jinete y cabalgadura. Cierta vez el animal no obedece las órdenes de la rienda, y Brochero extrañado lo deja hacer, y he allí que de pronto se halla en el patio de don Basilio López. Comentando en sermones ese buscar de la "querencia" de su manso macho, Brochero dice a los feligreses: "¡Ah, mis amigos, ya los veo a todos ustedes aquí, muy mansitos, pero en cuantito salgan van a hacer como mi macho malacara: se van a volver a la tropilla de sus pecados!"

Brochero, noviembre 10, 1869". En otro documento que, testimoniando la cultura del sacerdote legendario, lograra la paciente labor del noble amigo Pedro Grenón, S. J., encontramos la respuesta: "En doce del mismo mes y año, noviembre de 1869, el señor rector de la Universidad, doctor Lucrecio Vázquez, confirió a don Gabriel Brochero el grado de Maestro en Filosofía. Teodomiro Páez, secretario". Se otorga así el diploma universitario que "le acredita de suficiencia y capacidad para enseñar, y la facultad de cargar ostensiblemente una estrella que lo simboliza". Brochero, alma humilde, no hará alarde de esa jerarquía, aunque como bien anotara Ricardo Hogg, "fue un clérigo ilustrado, y no un gaucho rústico como hace correr la leyenda". Por el contrario, su mayor afán fue dejar recuerdo de generoso padre de pobres, cualidad humana que le obtuviera la admiración de aquellos pueblos, que no lo han olvidado.

BROCHERO EN SAN ALBERTO

Cuando con sus esperanzas y ensueños desciende de la mensajería en San Pedro, sede y lugar principal de su extenso curato, comprende cuán ardua será su tarea de transformar la vida pueblerina, donde la proverbial modestia de los moradores ha impedido la debida conclusión del pobre edificio de la capilla, pese a la diligencia de su antecesor, otro sacerdote ilustre, lamentablemente poco conocido en hogaño, quien realizara valiosa labor apostólica con su esfuerzo, su dinero y el apoyo popular. Quizás sorprendido por la resolución superior, que él pareciera ignorar, y estando en Ambul, donde posee un predio y acostumbra pasar sus días de reposo, Francisco Aguirre hace entrega en esta localidad de la parroquia a su sucesor. Muy poco después, en abril de 1870, se crea el "Beneficio de El Tránsito", y se designa su párroco a Aguirre, por coincidencia fundador de esa población, y quien desde Córdoba notifica a Brochero su designación. Dice que en esa fecha el señor obispo "ha dividido el curato de su cargo y el de San Javier en tres, creando un nuevo curato con la denominación de El Tránsito, de conformidad a la división hecha por el gobierno en lo civil y militar, de manera que los límites que en esa división se fijen a los departamentos serán los límites de los curatos". Tendremos a Brochero en San Pedro hasta fines de 1872, y allí mientras erige una escuela, reconstruirá la capilla con la colaboración de dieciséis colegiales de su querido Seminario de Loreto, que descansan en el lugar.

Recorre el departamento requiriendo donaciones, y advirtiendo necesidades. Cimenta de tal modo nuevos templos, y coloca en condiciones



Plano de Eleazar Garzón, de 1875, sobre el campo de don Ignacio Brochero llamado "Monte Largo", en La Tordilla, departamento de San Justo, de la provincia de Córdoba.

J. Gabriel Brochero

dignas los ya existentes. Sufrirá reveses, pero su corazón optimista los supera por ese dinámico afán que le brinda el concretar de muchas de sus iniciativas. El sacerdote, ansioso de progreso, resuelve transformar en capilla lo que fuera hacia 1859 improvisado oratorio del padre Burela, en San Vicente, al oeste de su curato. El mismo hará de arquitecto y, por feliz expresar del R. P. Aguirre López, donde se hallare "nadie manda y todos obedecen", no desdeñando "dar una mano" a los albañiles. Se fractura una pierna, y se hace alzar a caballo para seguir el avance de la construcción, sin amilanarse por sus padeceres. Alegre bendecirá esas obras el 10 de febrero de 1872. Con la ayuda del vecindario, ha hecho otro tanto en Nono, y ambas capillas serán dotadas en mucho de su peculio para cuanto es menester al oficio religioso.

Mientras, predica incansable. Desarraiga hábitos perniciosos, inculcando amor a la laboriosidad, aconsejando, persuadiendo con su palabra. Con rústico poncho y típico chambergo, con buen o mal tiempo, marcha por esas sierras, donde su figura se torna inconfundible. No vacila en largas travesías buscando beneficios para sus capillas, y más cuando alguno de sus fieles enfermo necesita auxilios espirituales, o en la indigencia espera su socorro material. Es el párroco abnegado, manso y afable, asequible, y ya es para esos pueblos "el cura Brochero", cual otro "cura de Ars". Bien se comentará: "Por donde cruzaba ,iba dejando un reguero de beneficios, sembrando a manos llenas favores que nacían espontáneos del fuego de su ardiente caridad, que muchas veces sirvió para mitigar el dolor, para transformar una lágrima en sonrisa, para llevar un poco de felicidad a hogares que no la tenían, y aun para despertar el sentimiento del amor en corazones en que él estaba adormecido". De allí que con el tiempo, reverenciado en sus obras, "su nombre llena la República, la cubre con el temple de su espíritu, con el ardor de sus convicciones, con los rasgos inconfundibles de su apostolado, y con los ejemplos del verdadero cura de almas".

PARROCO EN EL TRANSITO

El padre Aguirre es designado en 1872 cura y vicario foráneo de la iglesia matriz de San Luis, funciones que detentará hasta 1875. Brochero va a reemplazarlo, y se instala en El Tránsito, escenario central de sus grandes hazañas evangélicas. Pero no se aleja de San Pedro por la indiferencia de sus habitantes, como sin razón se ha dicho, sino por encontrar mayor religiosidad en sus gentes, merced a que Aguirre, su noble precursor, ha dejado formada una villa, "con su iglesia espaciosa, su plaza, su escuela, sus tomas, sus canales, sus cultivos, sus ríos".

Evocando la eficacia de los Ejercicios Espirituales, prácticas de oración y penitencia, cuando en Córdoba fuera doctrinero y lector, se empeña en brindarlos a sus fieles. El jesuita padre Bustamante recuerda que Brochero era habilidoso, y "cumplía con los hombres rudos con toda paciencia y a las mil maravillas". Los prelados cordobeses, a su vez, manifestarán: "En ellos encontró el secreto para ganar para Cristo a miles de feligreses, dispersos a lo largo y ancho de su extenso curato. Primero les llevaba a la ciudad de Córdoba, cruzando en pleno invierno las sierras nevadas". Nada ni nadie podía escapar a su influencia, recorriendo los hogares, "lugar por lugar, invitando, mandando, imponiéndose, solucionando dificultades, pagando gastos. Pronto notó el cambio que se obraba. No sólo hubo conversiones extraordinarias. Las costumbres públicas y familiares mejoraron. Hubo más hermandad entre los vecinos". Lleva peregrinaciones que constaban de centenares, en un espectáculo que se me ocurre excelso por el poder de la fe. Algunos van a pie; otros, los más, cabalgando y a su frente, dominando las bravías, inhóspitas montañas, va Brochero, cuya acción resuena en las provincias de San Luis y La Rioja, límites de su curato.

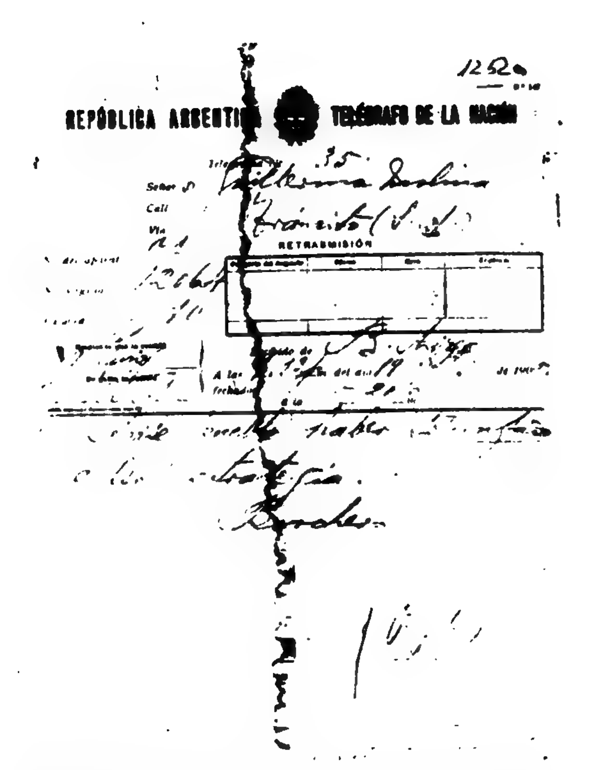
No habrá sido tarea fácil organizar la larga caravana, y hallar solución a las grandes dificultades y detalles de tamaña empresa. Nada arredra a nuestro héroe. Pero luego de conducir durante algunos años hombres y mujeres a través de la serranía, al regreso de una de esas excursiones propone edificar dentro de su curato una Casa de Ejercicios. Según narra Juan J. González, "buscó primeramente apoyo en la cabeza del departamento y en Villa Dolores, pero no encontró sino desdén por su proyecto, creyéndolo muy difícil". Es cuando, con el apoyo y dinero de sus feligreses de Villa del Tránsito, resuelve llevar adelante su iniciativa. Ha reunido mil pesos, cuenta con el aporte entusiasta del vecindario, y esto le decide a "comenzar la obra proyectada aunque sólo fuera con el primer patio, y continuarlo con el segundo a medida que los recursos se proporcionaran". Nuestro cura refiere, cual otro Don Bosco, que en sueños el Niño Jesús, en forma de ángel, le ha señalado cuanto debe erigir y dicho confiara en El. Apuntemos que, junto al colegio que construye después, la Casa de Ejercicios constituirá la cima de la inmortalidad brocheriana, y también para la época asombrosa edificación. Brochero cuenta la historia de su ilustre fundación, y nos dice que el 15 de agosto de 1875 hace fervorosa exhortación a la Virgen en su fiesta, invitando a sus fieles a iniciar los trabajos el día siguiente, dado que todo está dispuesto para ello. Pero esa noche enferma nuestro héroe, y el 16 llama ante su lecho al mayordomo y oficiales, y les insta a iniciar de inmediato las obras, tras orar en el templo. Desde ese instante la actividad es intensa. "Todos a porfía tomaban parte": señoras, niñas, ancianos y chiquillos acompañaban a su cura a llevar ladrillos, maderas, toda suerte de materiales, hacer mezclas, etc.

Es cuando él, creador de trabajo, se hace experto en negocios, triunfando en todas partes su ingenio para obtener aportes, muchos a título de "oblación", procurando no llamarles ni donaciones ni contribuciones. Hojeando sus prolijas cuentas vemos cómo le apoyan los vecindarios, aun los de su Río Primero, que le entregan novillos, terneros, vacas y bueyes. Es que su nombre gozaba de estima, y si en alguna parte "estaba anunciada su visita, era recibido con arcos triunfales generalmente". Entre sus gastos, vemos que abona "6 libras de azúcar para los que cortaron la madera gratis, 1 peso, 4 reales; al peón Salinas por dos días de trabajo, 4 reales; a Martín González, que labró 114 tirantes, 28 pesos, 7 reales", y así se va desgranando la historia

menuda de esa casa, única por su éxito en el país. Y abundando en referencias, como una curiosidad, advertimos que las cuentas tienen su parte simpática, como cuando brinda "ginebra para los peones de la quema, cuatrocientas manzanas para los chicos que trajeron la cal de Los Mogotes, queso y pasas para los maestros y peones en un día de ayuno". Si bien se mira, en estas cosas nimias está presente la adhesión de su pueblo. Todos quieren contribuir con su esfuerzo y desinterés. Está presente también la psicología del cura, que deja contentos a adultos y niños, con un regalo oportuno, ese que para aquellos espíritus sencillos vale más que todo el oro.

Años después, hará justicia a cuantos fueron sus colaboradores, y cita en primer término a Ireneo Altamirano, "quien me sirvió de mayordomo 7 años sin ganar un cobre y desatendiendo por completo sus pocos intereses. El señor Juan A. Aguirre, que me sirvió 10 años de tesorero hasta terminar las obras en 1880, sin ganar un real, a pesar de ser muy escaso de bienes de fortuna". No olvida a nadie, y con pocas palabras va expresando su conmovida gratitud a cada uno, entre ellos a José María Soria, de Pocho, que sin conocerle le ofrece en préstamo la suma que necesitare, "sabiendo que yo no me resolvía a emprender las benéficas y grandiosas obras mencionadas que me pedía a gritos el pueblo reunido en la plaza, por temor de que a lo mejor me faltase el dinero para terminarlas". Pide se dé nombre de esos benefactores a calles de El Tránsito, y se congratula que una de ellas se denomine "Pbro. Francisco Aguirre". Noticia que lo edificado es tasado por expertos en $ 400.000, pero todo costó solamente $ 52.000, por "óbolo de la piedad y generosidad de las gentes", sin requerir "ni un solo peso al gobierno provincial ni al nacional". En agosto de 1877 se inaugura la Casa de Ejercicios, trayendo ese mes y el siguiente padres dominicos y jesuitas. En agosto se darán cinco tandas que exceden de 700 personas, llegando la última a 800. Con gozo inefable de Brochero, damas y caballeros, teniendo a honra esa tarea, rivalizan para atender necesidades de los ejercitantes.

Un cuaderno inédito con nóminas de ejercitantes, nos dice de 366 personas en agosto de 1878, mientras vemos otra tanda de nada menos que 903 hombres, aun cuando no fueran menos devotas las mujeres. En un resumen de 8 tandas, tenemos un total de 4.012 personas que contribuyen de diversa manera, sea en dinero, "reses, velas y grasa, músicos (sic), maíz, porotos, charqui, pan, pasto", etc. Vienen de todas partes, de San Javier, San Alberto, hasta de La Rioja y San Luis, de donde llega la esposa de un ex gobernador luego de viajar 500 kilómetros, mientras otros, refiere Dutari, "deben marchar a caballo, durante cuatro o cinco días, para recorrer sesenta o setenta leguas, soportando temperaturas cruelmente frías o abrasadoramente achicharrantes". Una estadística demuestra que, entre 1877 y 1927, pasaron por esa Casa de Ejercicios nada menos que 73.518 personas, que merced al cura apóstol apreciaron las bondades de oraciones y penitencias. Las enseñanzas de Brochero habían calado tan hondo, que en 1964, a cincuenta años de su desaparición, un diocesano podrá manifestar admiración por la manera notable de confesar de esas gentes. Puede afirmarse, con los propios conceptos de los prelados de Córdoba, que desde aquella época lejana "hasta nuestros días, la vida espiritual del oeste cordobés crece y se sostiene gracias a esta gran obra. La


REPÚBLICA ARGENTINA TELÉGRAFO DE LA NACIÓN

RETRASMISIÓN

Uno de los telegramas de Brochero anunciando éxito de su proyecto de ferrocarril Soto-Dolores. Luego la iniciativa no se llegó a concretar.

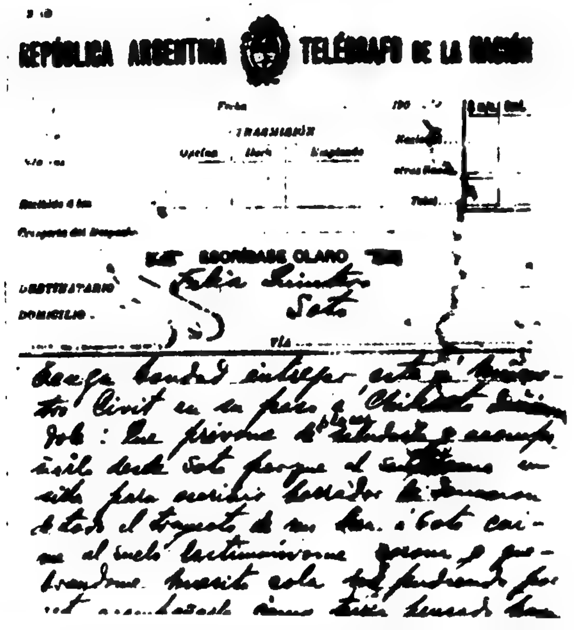
J. Gabriel Brochero

mejor historia de Brochero no está —añaden— en los ladrillos ni en las piedras, sino en las almas y en los pechos de miles de serranos, fieles suyos". Constando en el diario de la Compañía de Jesús, en Córdoba, del 5 de octubre de 1878, que "había cundido una especie de fervor por los Ejercicios", Brochero logra que muchos arrepentidos de malandanzas, se conviertan en hombres útiles a la comunidad.

Pero temiendo su fundación se frustre, tratará de evitarlo. Como refiere el P. José Bustamante, S. J., y en bella idea que pronto será realidad, ha de levantar "un edificio para colegio de niñas que estuviese a cargo de una corporación religiosa; la cual tuviese por objeto, no sólo la enseñanza, sino también atender casas de Ejercicios". Encomendará el cuidado de sus fundaciones a Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, cuya casa florecía desde 1872 en la ciudad de Córdoba.

SANTOS GUAYAMA

Brochero decide buscar a Guayama, quien, "no obstante sus yerros y sus errores en el orden humano de la vida, forma con otros gauchos de tiempos legendarios de la patria, el fondo incunable de una noble y feliz estirpe", según acota Aguirre López, reflexionando que, cual buen pastor, procura salvar la oveja perdida de su rebaño. Sabe que ganado Guayama para su causa, habrá conquistado los llanos poblados por gauchos indómitos. Así, apenas iniciadas las obras de su Casa de Ejercicios, deja los trabajos en manos de Irineo Altamirano, y marcha hacia La Rioja con Rafael Ahumada, de quien dirá: "Anduvo 80 leguas de ida y otras tantas de vuelta cuando, desde Noquebe (provincia de La Rioja), le mandé a Córdoba para poder finalizar los arreglos con el gaucho Santos Guayama, quien debía estrenar la Casa de Ejercicios, junto con los amigos que tiene en el gran desierto, comprendido entre San Luis, Mendoza, San Juan y La Rioja". Ese andar de 160 leguas hace pensar obtuvo el indulto del salteador, más cuando Guayama el 22 de febrero de 1876 escribe al general Taboada, mencionando que el gobierno nacional ha prometido la libertad a él, Elizondo y compañeros. Brochero, años después, refiere que "de Guayama se decía que era muy malo, pero para mí era un manso cordero y muy buen amigo".



REPÚBLICA ARGENTINA TELÉGRAFO DE LA NACIÓN

ESCRÍBASE CLARO

DESTINATARIO

DOMICILIO

Soto

Uno de los telegramas de Brochero, en relación a su proyecto de ferrocarril Soto a Dolores. En éste solicita a un amigo de Soto sea su intérprete ante el ministro Ing. Civit, y le disculpe por no hallarse presente dado que en accidente se ha quebrado el "huesito Cola".

Cárcano crea dramática escena del encuentro. Brochero la desvirtúa, señalando que apareció ante él llevando chaleco blanco de piqué y gran cadena de oro. Larga fue la entrevista, y al final de ella, logrado que Guayama acepte dejar su vida aventurera, le invita a los Ejercicios, pero por motivos desconocidos, quizá por temor a la autoridad, ni él ni sus hombres vendrán a El Tránsito. Aguirre López, haciendo justicia al gesto magnífico del infatigable cura de San Alberto, dirá: "Su enjundia de sacerdote y hombre criollo aparece en toda la prestancia del apóstol abnegado y celoso, que olvida los peligros para conquistar un alma para el bien y el honor. Nadie, ningún jefe militar, ningún civil, ningún sacerdote, se habría atrevido a internarse en el desierto en búsqueda de la oveja perdida. Sólo Brochero pudo hacerlo. Consigue deje su vida de delitos, y resida en alrededores de San Juan, donde la policía le ha de apresar en noviembre de 1878, cuando es fama ha corregido sus hábitos morales". Sarmiento había puesto precio a la cabeza de Guayama, fusilado a las 5 de la tarde del 3 de febrero de 1879 por Sandes, figura sanguinaria de la historia, quien cumple aquella orden simulando en la cárcel una revolución que no existía. El mismo Sarmiento escribe artículo necrológico en "El Nacional", y empieza diciendo: "La justicia se ha hecho, al fin, como se hace entre nosotros, por el exceso del crimen". Así, de manera trágica, se truncaba la preciosa acción de Brochero. Había podido, más que su bondad atrayendo al redil de los buenos un hombre otrora temido, el encono de los hombres en época turbulenta de la patria. Se cerraba, con la muerte del gaucho, uno de los bellos capítulos brocherianos.

EL COLEGIO DE NIÑAS Y OTRAS OBRAS

Vimos que decide construir junto a su Casa de Ejercicios, un colegio, con el que se adelanta, con visión de educador y sociólogo, a tiempos de luchas católicas en el país. Riendo comentará que esa obra se la pidió el pueblo, pues "me agarraron de la esclavina y casi me ahorcaron para que edificara un colegio". La edificación constará de claustros para religiosas, departamento para internas, dos patios con hermosos corredores, y aulas para clases. Desde Córdoba salen el 30 de enero de 1880, encabezadas por el propio Brochero, y a caballo para cruzar las cumbres serranas, 16 hermanas designadas para atender el colegio. Tras viaje nada placentero, entran el domingo 1 de febrero solemnemente en El Tránsito, donde les esperan los jesuitas



Fotografía de 1968 de fachada de la casa en Santa Rosa del Río Primero, donde naciera en 1840 el cura Brochero. El distinguido publicista, padre Antonio Aznar, S. J., pretende sin documentación, y sólo con testimonios orales muy discutibles, que Brochero nació en "Carreta Quemada", cerca de Santa Rosa. Documentalmente, ello no es exacto.

Bustamante, Dalmán y Cherta, que todo lo han preparado para recibirles y alojarles.

El edificio no está aún concluido cuando se abren las clases, y el primer día asisten 15 internas y 130 externas, habiendo rechazado muchas por carecer todavía de comodidades. Muchas de esas niñas venían de varias leguas de distancia, y se reunían en grupos para alquilar alguna habitación, alimentándose mezquinamente, y acudir a clases hasta el término del año lectivo. Otras, eran miembros de distinguidas familias. Surgirán allí muchas vocaciones religiosas, en ambiente de unción y cultura. Para dar cima a obras tan magníficas como la Casa de Ejercicios y el Colegio de Niñas, ha debido Brochero superar muchos inconvenientes y sufrido largos sacrificios. Ha tenido el apoyo de su pueblo, traducido en donaciones y aportes de toda índole. Cuando a su pedido se examinan sus cuentas, el informe brinda "una palabra de aliento al infatigable obrero, al apóstol abnegado, autor principal de estos establecimientos. Sólo espíritus calentados al soplo de la caridad cristiana pueden sacrificar todo cuanto hay de más caro en la vida por el bien de sus feligreses. Una de estas almas privilegiadas se encuentra en el cura presbítero don José Gabriel Brochero". En 1888, nuestro párroco, por escritura del 27 de setiembre, cede al Obispado de Córdoba los terrenos en que se hallan sus fundaciones de la Casa de Ejercicios y Colegio de Niñas, estableciendo que serán por siempre a cargo de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, y que esos edificios no podrán ser enajenados, ni darles otros destinos que los establecidos al ser erigidos, detallando al par cada uno de ellos.

Sueña con el progreso del oeste, y proyecta el camino llamado de Altautina, por las Sierras Grandes, y esa magna idea del ferrocarril Soto-Dolores. El mismo realiza los planos, y con noble carta los envía a su inolvidable compañero de estudios, doctor Miguel Juárez Celman, a la sazón presidente de la República. Interesa a vecinos de su curato, que le obsequian dinero, haciendas, los terrenos por donde debe cruzar la vía férrea. Escribe y entrevista a legisladores. Va y viene sin descanso de Buenos Aires. En carta de agosto de 1905, señala que concretando esas ideas, especialmente la del riel, vendrán días de abundancia a zonas aisladas de los grandes centros. Afirma que si esos 64 kilómetros costarán cinco millones y medio de pesos, mayor será el beneficio para regiones de fértiles tierras sin colonizar ni trabajar. Añade conocer esas sierras como ninguno, pues en ellas "he pasado los mejores años de mi aporreada vida: allí he levantado templos, escuelas, y un colegio dotado del personal docente y demás enseres a la altura del siglo XX; he hecho también sesenta caminos vecinales, y un camino carretero de doscientos kilómetros que une a Soto con Dolores, luchando en todas estas obras con millares de dificultades, que ahora son las que pretendo eliminar con este ramal".

ATRAYENDO CONFESIONES

Era teniente cura, allá por 1888, el más tarde ilustre deán de la iglesia Catedral de Córdoba, Luis Rosendo Leal. Cierto día gran número de vecinos procuraban confesarse con el joven sacerdote, pues Brochero, según los comentarios, de inmediato los absolvía. Así tuvo unos pocos, y luego hubo de contentarse mirando cómo trabajaba su joven ayudante. Pero nuestro párroco no era de aquellos que se "dejan arriar", y así de pronto, llamando con unas palmadas la atención de todos, exclama: "A ver, a ver, le doy veinte al que se confiese conmigo...".

J. Gabriel Brochero

Su tremenda voluntad procura superar la indiferencia de autoridades. El 11 de marzo de 1905 escribe al doctor Ramón J. Cárcano, su gran amigo, y luego su notable biógrafo. Comenta andanzas y conversaciones con el ingeniero Jacobacci, encargado del estudio de ese proyecto ferroviario, y en aflorar de su buen humor dice que desde el 19 de febrero ha empezado a despedir "un algo a grasa de potro", y desde "el 7 del corriente creo que hemos quedado fritos en grasa de macho o de burro (así como suena, así como suena)". En tanto, todos siguen contribuyendo a sus iniciativas, y sus viajes a la metrópoli. Cuando el 25 de agosto de 1904 la Cámara de Diputados de la Nación aprueba el proyecto, hace a don Guillermo Molina aquel famoso telegrama, pleno de júbilo: "Avise pueblo haber triunfado. Calzó estrategia". Es cuando su amigo Rivero, de Córdoba, en otro telegrama, expresa profético: "Con esto se hace usted una vez más acreedor a que esta provincia en tiempo no lejano le sea grata en inmortalizar su nombre". Cárcano suma su elogio, diciendo a hombres del oeste que ese ferrocarril es "resultado del trabajo infatigable, entusiasta y patriótico de Brochero, que tiene el concepto, la acción y la virtud del cura modelo". Brochero, que ha "cinchado fuerte" para imponer su idea, telegrafía nuevamente a Guillermo Molina, desde Buenos Aires, el 30 de setiembre, y aludiendo a éxitos del almirante nipón, manifiesta: "Hoy obtuvimos triunfo definitivo y más completo que Togo". Es la hora más feliz de su vida, cuando su nombre resuena en las serranías como el de un ser providencial. Los vecindarios de Pocho y Salsacate, donde se firma el 15 de octubre breve y emotiva nota, también celebran el culminar de esos largos esfuerzos del sacerdote, a quien entregan "la medalla conque obsequiamos al benemérito canónigo Brochero, exteriorizando así nuestra gratitud".

SOTANA NUEVA

Sabido es que Brochero era íntimo amigo de Juárez Celman, su antiguo compañero de estudios, por entonces presidente de la Nación. En una de sus visitas, la esposa del mandatario señala que la sotana de Brochero no era adecuada para andar entre grandes señores, y debía cambiarla. El párroco de El Tránsito aduce que lo exterior no interesa, y lo que vale es "ser bueno por dentro". Al fin acepta la sugerencia, y marcha a la calle acompañado de dos muchachas del servicio, que llevan órdenes para casa de comercio. Pero, al verlas tan "almidonadas", el cura se detiene para decirles: "No, yo no voy con ustedes en tanto relumbre. Vayan por la vereda de enfrente, y cuando tenga que cruzar me hacen señas". Y así se hizo, y Brochero volvió ante la esposa de Juárez Celman con nueva sotana, y sonriente.

Si pudiera copiar algunos de los cientos de telegramas y notas de esos días, hogaño sentiría asombro por las luchas, por los nobles ideales de un hombre que soñaba con cumbres, y trataba de alcanzarlas con heroísmo. Verían todos cómo se yergue de entre derrotas, a las que no se conforma, procurando, tesonero, trocar en victorias esas gigantes empresas que le alientan. Pero aun cuando estaba escrito en el libro del destino que ese anhelo ferroviario, síntesis de prosperidad de su vasto curato, quedara al fin "en los papeles", su esfuerzo serviría para la gloria de este humilde cura de aldea, "un hombre extraordinario que pasó por estas tierras haciendo el bien a manos llenas, que fue todo para todos en la más alta expresión de la palabra", según conceptos de Domingo Acevedo, su sucesor en el curato de San Alberto. Era hombre por encima de su época.

EL PARROCO

Es inconfundible su silueta, montado sobre aquel vigoroso macho malacara, que le obsequiara su amigo Basilio López. Dutari le retrata diciendo: "Calza espuelas de hierro y estribos largos, en los llamados baúles de madera... Anudada la sotana en la cintura, hundido en la frente el chambergo negro de amplias alas, no le faltaba nunca un cigarro de chala en la comisura de los labios. Un ponchito de vicuña, liviano y claro, le resguardaba del sol y de la tierra en el verano, en tanto un «puyo», bien grueso, le defendía del frío y de la nieve, en el invierno". Era práctico de criterio para resolver los problemas de sus fieles, mediante su bondad y caridad. Los niños le adoraban, y los adultos le respetaban con sincero afecto. Sabía calmar angustias, en un apostolado infatigable, que le hizo penetrar profundamente en el alma de esos pueblos. Brochero es vida y calor, altruismo, y nadie llamará en vano a su puerta, siempre presto a mitigar desdichas. Con un físico que parece tallado en la roca de sus montañas, irá brindando a sus fieles esas preciosas energías que hacen germinar en los valles de traslasierra la semilla espiritual. Es un pastor extraordinario de almas, un propulsor animoso del progreso, como que en treinta años, lo que no fue su obra tuvo su adhesión, y así vio surgir caminos, puentes, escuelas, oficinas públicas, templos, hasta aparecer su bello ensueño de la locomotora.

Cárcano afirmará que las sociedades necesitan sacerdotes como Brochero: idea y acción, enseñanza y civilización. Ese ideal lo encarna nuestro cura, hasta en su modestia y pobreza, en su bondad. Le vemos cierto día salir a buscar pan con la única moneda que hallara en su sotana, y regresar poco después, diciendo como excusa de un gesto que le era común: "Nosotros podemos comer este asado sin pan. Hallé a uno más desgraciado que nosotros, y le di la moneda". En otra oportunidad vemos aflorar su innata sencillez, cuando a punto de salir para fiesta en Panaholma, y ya a caballo, acompañado de su amiga doña Zoraida de Recalde, y de varias damas más y caballeros, aparece un humilde matrimonio con un pequeño, pidiendo: "Señor cura, venimos para que nos haga el favor de cristianizar a este chico". Ello suscita un diálogo que muestra la campechanía de Brochero, que responde: "Caracho, que son fregados. ¿No ven que están a caballo hace una hora, y también nos está esperando doña Zoraida? Vengan mañana".

—¡Pero, señor cura, si usted sabe que vivimos tan lejos y nos cuesta tanto venir!

J. Gabriel Brochero

Ello es exacto, y nuestro párroco se decide entonces:

—Caracho... Bueno, ponele la cabecita sobre ese lavatorio.

Y levantando jarra con agua la derrama sobre la cabeza del niño, con un: "Críspulo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo". Y concluye: "Andá, que te apunte Palito". Palito, de figura desgarbada, era su diligente sacristán y "alter ego" en la parroquia.

Su palabra estaba matizada de ingenio fresco y gracioso, en una humana y gráfica picardía criolla, que servía plenamente a su predicar, expresivo en "la ruda franqueza de un estilo peculiar, empapado en el espíritu de la raza y del terruño". Ese lenguaje está en mil anécdotas que andan camino, pero muchas como invenciones de quienes pretenden popularizarlo, sin advertir en su torpeza que el párroco insigne no necesita de ellas para brillar con su personalidad vigorosa, aliada de esa acción estupenda que le inmortalizará. Por algo se le reconocerá a este hombre incansable ser promotor de "todo el movimiento espiritual y material de ese oeste cordobés. Tránsito cambió nombre por el de su «santo cura», y puso su estatua en la plaza". Siempre hallamos lo festivo en sus expresiones, como cuando para tanda de Ejercicios en El Tránsito, invita a Miguel Infante, ilustrado orador jesuita chileno. Ochocientos hombres esperan turno de confesión, mientras Brochero aconseja comportamiento en la piadosa casa. Con esa psicología que es parte de su larga fama, señala a Infante, de baja estatura: "Ese padre que está ahí es el que va a hacer las pláticas; es chiquito, pero tiene el pico como de bandurria". Vuelve el índice, añadiendo: "Y ese otro viejo, es para que se confiesen todos los que tengan miedo: es mansote, de subirlo por los garrones". Demás decir que monseñor Ferreyra, el "viejito mansote", tuvo tarea abundante escuchando tantas cuitas. Otra vez, espera ansioso a dos misioneros para las fiestas patronales. Cuando le anuncian su llegada, contento lo avisa en medio del sermón, pidiendo "abran paso ahora mismo, ahí en medio, y dejen camino como para dos mulas cargadas". Los fieles así lo hacen, mientras avanzan los sacerdotes, y Brochero agrega, haciendo su propia semblanza: "Hay que atenderlos bien. Estos son muy buenos padres predicadores. Ellos suben muy alto. Yo soy corteza de tronco viejo para paso de hormigas, pero ellos son ramas donde brotan flores que dejan fruto. Así que hoy tenemos en casa algo bueno para la fiesta".

Pero no todo será alegría. En 1886, primero, violenta tormenta en febrero, y un temblor seguido de fuerte lluvia el 29 de marzo, derrumban el templo de El Tránsito. Su esfuerzo, la ayuda de pobladores y del gobierno, al que "pecha" por dinero para esos fines, logran pronto la reconstrucción. Hace veinte años que es párroco de San Alberto, cuando el 20 de noviembre de 1889 requiere su reemplazo en el curato, donde gastara "la primavera y otoño de mi sacerdocio", batallando "con los enemigos del alma, como los leones que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa". Sabe que hay mucho que realizar todavía, y sus energías para tanta actividad no son las de sus años mozos. Abundando en argumentos, bromea anotando su temor al caballo, "a causa de 115 rodadas que he dado hasta la fecha (como 50 antes de ordenarme)". El silencio es la respuesta. El prelado conoce el valer de ese hombre magnífico, animoso, emprendedor, tesonero. Nuestro cura sigue en su labor cotidiana, incesante, y un año más tarde, aquel turbulento 1890 de la política argentina, le depara el dolor del fallecimiento, el 21 de octubre, de su amada madre, allá en su nativa Santa Rosa.

ENCONTRE UNO MAS POBRE QUE NOSOTROS

Era su teniente cura el pbro. Gerardo Nis Sanmillán. Sentados a la mesa, y frente a un suculento asado, se dieron con la novedad de que carecían de pan. Brochero salió entonces a la calle, para adquirirlo, luego de hallar en su sotana una moneda. A poco vuelve sin el pan, y frente a la pregunta del caso, responde sencillamente: "Encontré uno más pobre que nosotros y le di la moneda. Al fin, podemos comer el asado sin pan". Así era siempre Brochero con los pobres: generoso, nobilísimo.



El entonces gobernador, Dr. Arturo U. Zanichelli (*), mientras en la Cuesta del Cura, en Villa Cura Brochero, se coloca piedra basal del monumento al sacerdote. Imparte la bendición el pbro. Olmos. 26 de enero de 1960.

El tiempo pone nieve en su cabellera, pero sigue infatigable, fluyendo a su corazón nuevas inquietudes, como esos caminos que desde su sede comunican con Copina y Panaholma. En tanto, va renovando el deseo de ser sustituido en el curato. Pero cuando el obispo le comunica el 14 de abril de 1898 su nombramiento de canónigo de la Catedral, tiene pretextos Brochero para permanecer entre esos serranos vecindarios. Bischoff copia carta que entonces remite al secretario del prelado, inquiriendo "si el sueldo de mi silla se recibe desde que el canónigo tomó posesión, para ir inmediatamente a garantir el sueldo, o si se percibe desde que lo nombran, para no ir a media rienda y a espuela, no sea que ruede y me quiebre, porque, amigo, ya veo que yo no tengo con qué alquilar casa, según el sueldo de mi silla, y según mis tantas riquezas, a no ser que venda una estancia que me regalaron". Al fin marcha a Córdoba, y toma posesión de su cargo el 12 de agosto. Pero vecindarios que lo vieron alejarse con tristeza, no le olvidan. El 28 de octubre encargan medalla de oro para testimoniar la gratitud del oeste "al inolvidable cura", honrando una labor que nunca podría igualarse. Brochero, que estaba alojado en casa del doctor Benjamín Galíndez, médico distinguidísimo que aún vive, no dejaba de mirar hacia las serranías. Por ellas se preocupa, y merced a sus gestiones se logra la instalación de correo a caballo de San Carlos a San Pedro, así como una mensajería que, pasando por El Tránsito, y en cuatro viajes al mes, una Villa de Soto y Villa Dolores, con lo que hace en alguna medida realidad su noble empeño de ferrocarril entre ambas poblaciones.

Aunque las tertulias en los diarios y en las casas principales lo tengan por asiduo concurrente, Brochero no está cómodo en la ciudad y, cuando sus obligaciones de canónigo lo permiten, viaja a su pueblo natal, y será en una de esas circunstancias, acompañando a monseñor Toro, cuando el obispo enferma gravemente, y se hace aquel despacho telegráfico que se atribuye a nuestro cura, quien siempre lo niega y asigna a Cárcano, autor de la broma. Alguna vez vuelve a El Tránsito, a casa de su hermana, motivo más en su añorar de esas regiones. En tanto, como lo dijera al secretario del obispo, ha tenido que vender el 23 de diciembre de 1901 una estancia ubicada en el departamento San Alberto, y compuesta "de tres lotes de terreno, todos ellos bajo alambrado", a don Ramón Arellano. Al fin, sus anhelos de regresar a esos pueblos que tanto significan en su vida se concreta el 31 de agosto de 1902, fecha en que renuncia la canonjía, aceptando el curato de El Tránsito, que reasume el 1º de setiembre, día de gran fiesta y de hermosas emociones para esos pueblos y para el párroco, profundo, sencillamente piadoso, consagrado al bien de todos, como que "no fue sacerdote para sí, sino para los demás". De allí que un periodista pueda decir en ese mismo año, que "para socorrer al pobrerío no hay quien le ponga el pie adelante". En 1903 surge el nuevo templo de Panaholma, bendecido el 4 de octubre de 1906.

A poco de regresar a su curato, Brochero se ve afectado por la lepra, quizá confesando alguna viejecita en los vericuetos de la serranía. La enfermedad se traduce en amarguras, como si Dios quisiera probar su fe y su temple. Hasta sus mejores amigos, temiendo contagio, procuran no encontrarle. Y es por ese 1906 cuando es designado teniente cura el pbro. Domingo Acevedo, que será andando el tiempo uno de sus ponderables biógrafos. Brochero, feliz y animoso, pese a su ancianidad, anuncia al diocesano que por dos años más le ha de acompañar, pero el prelado el 1º de julio de 1907 le insinúa su retiro. La respuesta, como anota Bischoff, "en cada una de sus palabras parece una lágrima", anticipando: "No me dejaré pillar con otro junio en El Tránsito, pues mi vejez, señor, me ha apretado muy de golpe". Conociendo a Brochero, mientras escribe debe sentir sangrar el corazón. El 26 de ese mes, fecha dolorosa, desde Ambul, renuncia al curato, y después, el 16 de agosto, tras prolijo inventario de su parroquia, viaja a Santa Rosa, buscando en el afecto de amigos y familiares el lenitivo a dolencias físicas y morales. El 22 de enero de 1908 se acepta su dimisión, y el 2 de febrero asume el curato el pbro. Acevedo.

El 13 de febrero de 1909 fecha carta a don Egidio Vilches. Parece encerrar en esa despedida a cuantos le comprendieron y apoyaron en sus grandes empresas del espíritu y de la religión. Expresa: "No se me acaba la gratitud de tantas veces que me hospedó en su casa a mí, y a todos los que yo sabía llevar, y también de las veces que me ayudó con todo el cuerpo, y con todos sus elementos en las obras patrióticas, y en las de la gloria de Dios, que hemos llevado a cabo". Vivirá sus últimos días en casa de su hermana Aurora Brochero de Aguirre, en El Tránsito, pobre, leproso y ciego, solo. Rudo golpe para su alma es saber la muerte de su gran amigo, el doctor Miguel Juárez Celman, acaecida el 15 de abril de 1909. Algunas veces le acompaña un seminarista, hijo de Santa Rosa, el luego ilustre arzobispo de Cuyo, monseñor Rodríguez y Olmos. Siguiendo su costumbre, el poco dinero que recibe lo distribuye entre los pobres. Sus postreros sermones serán inolvidables, pues quizá por aumentar sus males físicos el brillo de la inteligencia, sus sencillas palabras, plenas siempre de nobles ejemplos, penetran con más hondura en el corazón de sus oyentes.

Nada puede quebrar su voluntad laboriosa, y cuando visita en 1910 al párroco de Obispo Trejo, aún sabe estimular a los vecindarios, y él mismo integra la comisión que marcha a la metrópoli a pedir otro trazado ferroviario para ese humilde poblado, y su solo nombre es razón de éxito ante el doctor Figueroa Alcorta, primer mandatario de la Nación. De allí en adelante, su ensueño seguirá siendo aquel bello proyecto de ferrocarril Soto-Dolores. Como él dirá, ni un riel podrá tocar antes de morirse...

Su testamento es una expresión de amor a los desheredados, y a su familia. Conmueve saber cómo llega a ser dueño de la estancia de Monte

POR AQUI ABUNDAN LOS TUNALES . . .

Juárez Celman pide a Brochero procure adecuado alojamiento en Mina Clavero a cierta pariente que debe guardar reposo y fortalecerse. Brochero se ocupa debidamente de satisfacer aquel deseo, y como se le urgieran noticias, escribe a su amigo en este tono: "Decile a tu parienta, ya que tanto se preocupa por venir, que todo lo tengo listo. Sólo falta una cosa, que nosotros no usamos y que se puede imaginar cuál es. Si se las tira de niña delicada que se quede en Buenos Aires; por aquí abundan los tunales".

J. Gabriel Brochero



Largo, aquella que el 30 de enero de 1885 donara a sus hermanos Ramón, Aurora, Rosario y Eulogia, no deseando más recompensa que entonces, "y después de mi muerte vivieran en paz los agraciados". Pero ya está muy enfermo, cuando llega a su lado el padre José Pío Angulo, sacerdote digno de Brochero, y que tiene hoy su monumento en Bell Ville. Le administra los últimos sacramentos y escucha sus expresiones, "ratificadoras de la grandeza de su alma saturada de fe envidiable y de confianza en Dios, firme como las montañas que fueran testigos de sus proezas". En tanto, el estudiante de medicina Teófilo A. Meana le aplica inyecciones de morfina, para calmar "unas neuritis terriblemente dolorosas". Su vida fecunda se apaga el 26 de enero de 1914, sabiendo —como lo ha manifestado— que "el demonio nada encontrará en él, ya que todo está pagado por la sangre de Jesucristo". Sus restos, por concesión diocesana, se depositan en la Casa de Ejercicios, y dirán el elogio fúnebre los pbros. Acevedo y Angulo, y señores Justiniano Recalde, Casiano Vidal y Antonio Andújar. La prensa del país honrará con encomios a esa gran figura del clero argentino. En el inventario y avalúo de sus bienes, consta que el señor Pedro J. Isleño invirtiera "en el entierro y dos funerales por el alma del extinto, 314 pesos", y que "el médico y botica", más otros gastos, insumieron $ 94,20.

SU GLORIA

El gobierno de Córdoba nombra una comisión especial para honrar la memoria del santo cura que, "sin más recursos que los obtenidos del propio esfuerzo, construyó templos, colegios, escuelas, caminos, puentes, canales de irrigación, proyectó y gestionó ferrocarriles, fomentó el comercio y las industrias locales y el mejoramiento del estado de la clase trabajadora". El tiempo pone sombras sobre el decreto, y recién por gestión del vecindario de El Tránsito, apoyado por el canónigo Julián Pío Cuestas, obtiene que el 26 de enero de 1916, "en el segundo aniversario de su fallecimiento y cumpliendo así un acto de justicia", el gobierno del doctor Ramón J. Cárcano, su amigo dilecto, designe a Villa del Tránsito con el nombre de Villa Cura Brochero. El 30 de agosto de 1920, una ley autoriza al P. E. a erigir en Villa Cura Brochero, monumento al gran sacerdote, que, obra del escultor Alejandro Pereckrest, se inaugura solemnemente el 26 de enero de 1922. "Ahí está ahora en el bronce sencillo y simbólico que lo ha perpetuado, en la única plaza de la aldea de su nombre, y de sus preclaras acciones cristianas, descubierto de pie, con el gesto iluminado e inconfundible, señalando a las generaciones que pasan el único camino, el de la verdad y la vida", según dirá el diario "Los Principios".

Escuelas, entre ellas la de su natal Santa Rosa, y calles de diversas ciudades, aun la misma Córdoba, llevan en su denominación el recuerdo de esta figura que evoca toda una época argentina, y que en estos tiempos de materialismo simboliza el cantar del poeta, al tener dos corazones para cada pena y una mano vacía para sí, pero llena de todo para cada mano ajena. El gobierno, la jerarquía eclesiástica, el pueblo todo del oeste, han conmemorado con emoción fechas memorables de la Casa de Ejercicios y Colegio de Niñas, y otras fundaciones del legendario sacerdote. El cincuentenario de su desaparición fue celebrado ante su tumba, rodeada por altas autoridades civiles, militares y religiosas, dejando el testimonio de placas de bronce en la fachada del histórico edificio.

Mientras, poco costaba soñar con Brochero jinete en su mula, pleno de esos afanes que en él, también montaña en la reciedumbre de sus convicciones, eran impetuosos como los arroyos que descienden del imponente Champaquí. El padre Aguirre López, el más erudito propagador de la admiración al "cura gaucho", inspira la creación del Instituto Brocheriano y alienta aparición de filiales, mientras agranda su obra con la iniciativa magnífica de erigir en la Cuesta del Cura, como para que desde las alturas tutele estas regiones que le conocieron, gran monumento a este hombre de bondad auténtica y cotidiano sacrificio, que sigue poseyendo el cariño fervoroso de los vecindarios de la serranía. ◆

BROCHERO GENEROSO

Nunca quería cobrar las misas que oficiaba, pero casi siempre en su sotana le ponían a viva fuerza algunos billetes. A ese dinero Brochero de inmediato le daba destino. Así, un sobrino suyo, Rubén Dávila, comerciante de Santa Rosa de Río Primero, recibe la visita del cura con una lista de cinco personas, a quienes debe enviar un peso de víveres. Son los cinco pesos que acaba de recibir. Pero el sobrino encuentra en esa lista el nombre de un bebedor consuetudinario, y lo objeta. Brochero no lo deja terminar, y le dice: "Yo no pido tu opinión. Ese es un hombre pobre, y eso me basta. De lo que le envío sólo puede chupar el fideo...".

PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

DICIEMBRE DE 1913

LUNES 1º — Fue inaugurada en Buenos Aires la primera línea de tranvía subterráneo construida por la compañía Anglo Argentina y que comprende el trayecto de las avenidas de Mayo y Rivadavia, entre las plazas de Mayo y 11 de Setiembre (hoy Miserere).

Asistieron al acto el vicepresidente de la República, doctor Victorino de la Plaza, ministros, el intendente, doctor Anchorena, y secretarios, miembros del Concejo Deliberante y numerosos invitados.

El tren oficial partió en horas de la tarde de la estación Plaza de Mayo, y los invitados siguieron en otros trenes, que salieron de la misma estación y de la situada frente al edificio del diario La Prensa. La comitiva recorrió la línea y visitó la estación 11 de Setiembre, donde hizo uso de la palabra el presidente del directorio local de la empresa, señor Samuel Hale Pearson. Contestó el intendente municipal, doctor Anchorena, que declaró inaugurada la línea. Acto seguido la concurrencia fue invitada con un "lunch", el que fue servido en la estación 11 de Setiembre.

La obra, de gran trascendencia para el tránsito y el progreso de la Capital, había sido iniciada en 1911, después de una laboriosa gestación por parte de la compañía ante las autoridades edilicias, las que aprobaron la ordenanza el 28 de diciembre de 1909.

LA INAUGURACION

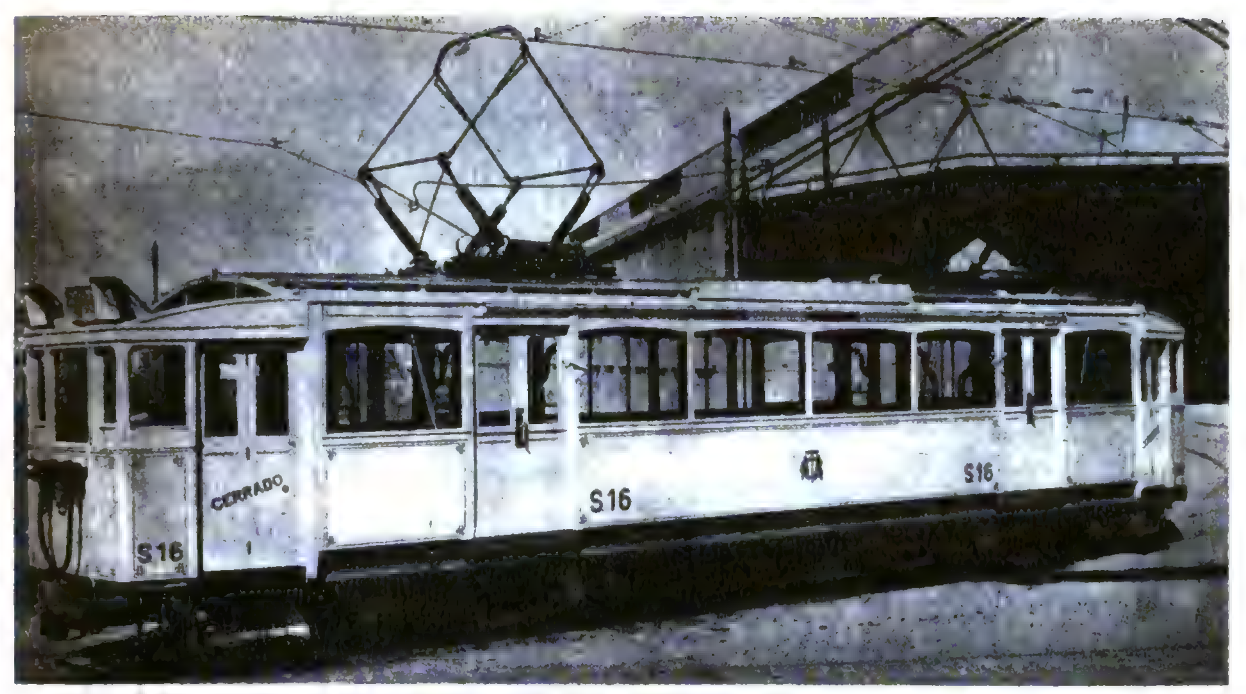
Desde mucho antes de la hora fijada para la partida de los convoyes especiales que habían de conducir a los invitados, numeroso público se aglomeró en las rampas de acceso a la estación Plaza de Mayo. Un servicio especial de agentes de policía uniformados de gala, se había establecido en las estaciones de la línea.

El tren que conducía a la comitiva presidencial se puso en marcha a las 3.25 de la tarde, y con intervalos de cinco minutos fueron despachados los otros dos que transportaron a los demás invitados. En el primer convoy, adornado como los otros con escudos y trofeos, tomaron asiento el vicepresidente de la República, algunos ministros del Poder Ejecutivo, representantes del cuerpo diplomático, el intendente municipal, el presidente del directorio de la empresa, señor Samuel Hale Pearson, el vicario del Ejército, monseñor Echagüe, varios concejales y altos funcionarios de la administración. El tren presidencial se detuvo unos minutos en la estación Congreso, donde los viajeros descendieron de los coches y observaron las instalaciones. Los trenes restantes efectuaron directamente el recorrido entre las estaciones de cabecera, empleando cinco minutos en cubrir la distancia.

La estación Once aparecía vistosamente adornada con trofeos y banderas de todos los países europeos y americanos. En el centro de la plataforma se había levantado un palco tapizado



Trabajando a cielo abierto, sobre la calle Rivadavia, entre Once y Caballito.



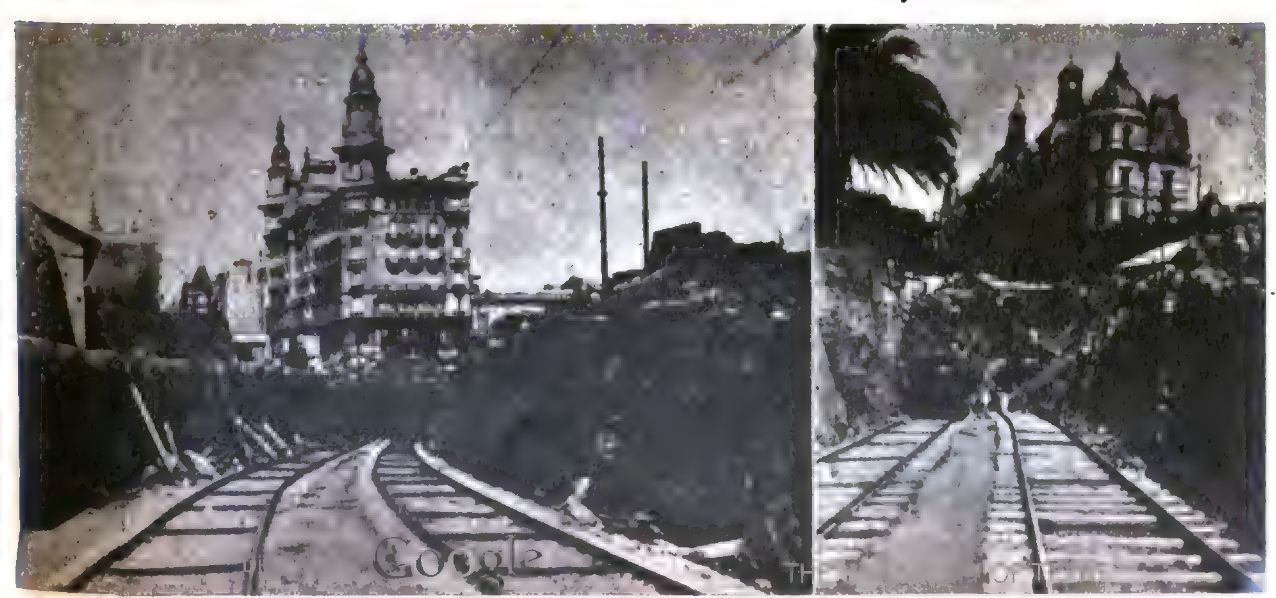
Uno de los primeros coches usados para el servicio del subterráneo "Anglo".

con los colores argentinos; en él se ubicó la comitiva de honor y las numerosas damas que concurrieron a la fiesta. El señor Hale Pearson pronunció un discurso en representación de la empresa, en el que dijo, entre otros conceptos, que el advenimiento de este nuevo servicio público, elemento de progreso que esta gran Capital incorporaba a su poderoso organismo, "se debía a una feliz cooperación armónica entre una autoridad investida de un alto espíritu de justicia y anhelosa de grandeza, y una empresa que considera el primero de sus deberes hacerse acreedora al amparo de esa justicia, sin la cual no se alcanza en los días que corren ni prosperidad ni bienestar".

DEL INTENDENTE MUNICIPAL

El intendente municipal, que siguió en el uso de la palabra al señor Hale Pearson, dijo en un pasaje de su discurso: "Señores, saludo complacido y con verdadera satisfacción esta victoria del trabajo en una de sus manifestaciones más simpáticas, y anhelo que no sea la última que obtenga la empresa Anglo Argentina para su propio bien y el de los habitantes de esta gran ciudad".

Final y comienzo: la rampa sobre Plaza del Congreso (izquierda) y la rampa sobre Plaza de Mayo (derecha).



PEQUEÑO CALENDARIO CONTEMPORANEO

EL REGRESO

Después de las palabras del doctor Anchorena, que merecieron de los oyentes una salva de aplausos, fue servido un "lunch" a la concurrencia, y a las 4.30 los convoyes eléctricos emprendían la marcha de regreso hacia Plaza de Mayo.

Terminada la ceremonia oficial de la inauguración, el personal superior de la empresa se reunió en una fiesta íntima en el local de la administración, celebrando el éxito con una copa de champaña. El gerente, ingeniero Pedriali, dirigió la palabra a los empleados, expresándoles que el triunfo obtenido representaba la suma de la tarea de todos y exhortándolos a consagrarse al trabajo con la misma contracción que hasta el presente.

La estación terminal de Plaza de Mayo, construida bordeando los viejos cimientos del Fuerte.

EL SERVICIO PUBLICO

MARTES 2. — Desde la fecha será entregada al servicio público la línea subterránea de la empresa Anglo Argentina.

El primer tren partirá a las 5.20 de la mañana de la estación Once, y desde esa hora, convoyes de tres coches correrán cada cinco minutos, hasta las 6.20 de la mañana. Desde las 6.20 hasta las 8 de la noche los trenes marcharán con intervalos de cuatro minutos, y desde las 8 de la noche con igual intervalo, pero sólo se compondrán de dos coches.

NUMEROSO PUBLICO

Empezaron a correr los primeros tranvías subterráneos a las 5.20, como estaba dispuesto, y desde entonces el número de pasajeros que los ocupó fue crecidísimo. Todos los coches han hecho sus viajes "completos". La ansiedad pública por conocer el subterráneo y viajar en éste, está de manifiesto en el hecho de que hasta las 6 de la tarde se vendieron alrededor de 110.000 boletos.

EN LAS ESTACIONES

En la plaza Once, en la de Mayo y, en general, en todas las estaciones intermedias, los andenes estaban repletos de gente. Los guardas que realizaban la fiscalización de los pasajes no daban



abasto, tanta era la afluencia de gente. Esta debía esperar turno para pasar. Es así, que por momentos debió suspenderse la venta de boletos. Pudo observarse este hecho con más frecuencia en la plaza Once, por cuyos andenes se hacía imposible transitar en ciertos momentos.

A pesar de tratarse de la inauguración de los servicios, la gente, en general, realizaba sus viajes y los preliminares de éstos con gran desenvoltura, como si el subterráneo fuera en Buenos Aires cosa vieja y, por tanto, muy conocida. El personal de la empresa, por su parte, ha demostrado estar compenetrado de sus tareas. Correctos y atentos en la generalidad de los casos, los empleados merecen un aplauso por la gentileza observada para con el público.

TERMINO PROVISIONAL DEL VIAJE

La empresa Anglo Argentina, en vista de las dificultades que se notaron para que el público ocupara los coches en la estación terminal de Plaza de Mayo, debido a que la mayor parte de los viajeros procedentes del Once y estaciones intermedias regresaban en los mismos, dispuso que, a partir del día 3 —y provisionalmente—, la estación terminal entre Once y Plaza de Mayo sea Perú. Todos los viajeros deberán descender allí de los vehículos, de manera que éstos lleguen libres a Plaza de Mayo, donde el movimiento es mayor que en las demás partes del recorrido.

MIL CUATROCIENTOS TRENES

MIERCOLES 3. — Durante todo el día no decayó el interés del público por conocer el tranvía subterráneo. Lo mismo que el anterior, concurrió un gran número de personas de todos los barrios de la Capital, ávidas de conocer el nuevo servicio y viajar en los trenes. Según informes de la empresa, circularon de ida y vuelta 1.400 trenes, con un total de viajeros que puede calcularse en 100.000, aproximadamente.



La fotografía muestra con claridad el trazado subterráneo que bordea la Plaza del Congreso.

Trabajos sobre la zanja que bordea la Plaza del Congreso: al fondo, el Palacio Legislativo.

Ordenando la carga de tierra

Zanja núm. 3 en la Plaza del Congreso



La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del ARCHIVO GRAFICO DE LA NACION, MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES y MUSEO HISTORICO NACIONAL, cuya diligencia y eficacia han permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.

CARLOS OSVALDO ACOSTA (Capital Federal). Desea saber en qué libros encontrará datos sobre la Revolución del 90.

"El Noventa", de Juan P. Balestra. "Tres Revoluciones", de Roberto Etchepareborda. "La Revolución del 90", de Luis V. Sommic.

JOSE ALVAREZ (Santos Lugares). Sobre "El Tranvía Porteño", de Miguel Angel Scenna (Nº 18), razona que "un vehículo de transporte que recorre la ciudad a 60 km. no es lento, y la mayoría de los ómnibus y colectivos que hoy tratan de reemplazar a los tranvías conservan el mismo horario de estos últimos". Entonces, la tan mentada desaparición "no tuvo nada de lógica". Continúa el lector Alvarez: "El último día de los apreciados (sic) tranvías, no corrió ningún coche especial; las líneas 3, 20 y 38 (las últimas) circularon como en cualquier jornada anterior. El único y más evidente motivo para suprimir los tranvías fue el de vender sus valiosas instalaciones, olvidando que lo que correspondía era modernizar el servicio, nunca destruirlo". En conclusión, sostiene que el tranvía es "el mejor medio de transporte en las ciudades más adelantadas del mundo; lo demás son mentiras y negociados".

Transmitimos a nuestro colaborador Scenna sus opiniones.

RAUL A. ZARATE (Rosario). No está de acuerdo con nuestro colaborador Enrique de Gandía, en referencia a lo dicho por éste sobre la amistad o no amistad, admiración o no admiración que San Martín sintiera por Rosas, y que lo contestado por aquél en el Nº 19 a varios lectores se contradice con lo escrito en el mismo ejemplar por Francisco Hipólito Uzal, artículo "La Batalla de la Soberanía". El lector Zárate tacha de "parcial" a De Gandía, por dejar

San Luis, Noviembre 18 de 1968

Sr. Director Félix Luna:
S. D.

El que suscribe, Viernes Scardulla, se dirige a Ud. con el respeto que se merese, para poner en su conocimiento, que me ha causado admiración y sorpresa, lo que he leído en su revista, de lo que no hay nada de cierto en lo publicado, con respecto a mi persona y al hallazgo del tesoro de Sobremonte como Ud. creí no ha existido tal tesoro. La realidad de los hechos, es que el tesoro existió, pero fui desfraudado en la Capital Federal por lo tanto después de 30 años he escrito mis memorias, donde aclaro la realidad de los acontesimientos. Señor Director para que Ud. escriba la realidad de los hechos, puedo venderle mis memorias, pero no el derecho de autor, por que no hay palabras exactas de lo que Ud. escribió, por lo tanto le ruego, no escriba semejantes cosas. Señor perdone lo expresado, pero quisiera entrevistarme con Ud., Mi dirección es: Calle Leandro N. Alem Nº 1996, San Luis.

Lo saluda muy atte.

Viernes Scardulla

N. de la D.: La nota de nuestro colaborador Hernán Ceres refleja con toda fidelidad la realidad de los hechos acontecidos en torno al supuesto hallazgo del tesoro del virrey Sobre Monte, según las versiones recogidas por la prensa de la época y los testimonios de los policías que actuaron en la oportunidad. No obstante, la Dirección no descarta la posibilidad de que existan elementos de juicio desconocidos, que el señor Scardulla u otras personas pudieran brindar. En cuanto al ofrecimiento de venta de sus "Memorias", esta revista no tiene interés en la operación. Por supuesto, la Dirección tendría mucho gusto en recibir al señor Scardulla en la revista, cuando le fuera cómodo.

en la transcripción "trunco" el pensamiento de San Martín cuando escribe a Gregorio Gómez, pues si es cierto que "por primera y única vez" emite (San Martín) una opinión desfavorable sobre Rosas, al final de esa carta sostiene: "Yo no aprobaré jamás que ningún hijo del país se una a nación extranjera para humillar a su patria". San Martín se carteó con Rosas empleando términos como "mi apreciable general y **amigo**", "su **apasionado amigo** y compatriota". Y cuando escribe al general Guido desde Bruselas, dice de aquél: "Yo no conozco al señor Rosas, pero según tengo entendido tiene un carácter firme y buenos deseos...". "El general San Martín —prosigue este lector—, en toda su correspondencia y salvo la mencionada y circunstancial carta a Gómez, manifestó su adhesión y simpatía a Rosas y su política". Y finaliza: "Hay que insistir en las fechas. La carta a Gómez, que señala por única vez su disconformidad con Rosas, es del año 1839; el legado de su espada, como reconocimiento a la defensa que de la soberanía y el honor nacionales hiciera el gobernador bonaerense, de 1844. Y la muerte del gran argentino se produjo en 1850, cuando ambos aún mantenían correspondencia. ¡Vaya si tuvo el «Santo de la Espada» tiempo de meditar sus determinaciones!"

Agradecemos las felicitaciones a la revista, y giramos a nuestro colaborador Enrique de Gandía sus reflexiones.

MIGUEL ANGEL SCENNA (Bolívar). Responde al lector Samuel Bajarlía que, en el Nº 18, se manifestó en desacuerdo con algunas de sus expresiones en "El Desencuentro de Guayaquil" (Nº 16): "El lector me recrimina «falta de información» y aconseja que «antes de hacer afirmaciones hay que documentarse», pues «si se escribe al compás de textos se cae en el error». Dejando de lado esa metodología algo confusa, pues siempre creí que «para documentarse hay que recurrir a los textos», aclaro que con referencia a la batalla de Ayacucho y que en ella combatieron «argentinos, peruanos y colombianos», no pretendí historiar en ningún momento las campañas de San Martín, Bolívar o Sucre, a las que no hago referencia alguna que no sea circunstancial; el tema del trabajo, como lo aclara bastante el título, es la «entrevista de Guayaquil», a la que el lector no menciona para nada. Hace una referencia falsa, citándome mal, cuando en esa nota no



menciono en absoluto a la batalla de Ayacucho. De manera que de aconsejado me convierto en consejero, y tengo derecho a señalar a dicho lector que «se informe mejor» y «se documente» sobre los trabajos de crítica, para someter esa crítica «al compás del texto» que analiza. Finalmente, he omitido involuntariamente a la bandera chilena, y me apresuro a consignarlo, para que no se traduzca torcidamente que traté de ocultar la valiente y admirable acción de un ejército y un pueblo como el de Chile, que no necesitan del menoscabo ajeno para tener un bien ganado lugar en la historia".

JORGE MARIA RAMALLO (Capital Federal). Rectificando a nuestro colaborador Juan Carlos de Lellis ("Las Banderas de Rosas", Nº 19), afirma que "la bandera que cubrió el féretro de Rosas en su trayecto al cementerio de Southampton, y sobre la cual fue colocado el sable de San Martín, no era argentina... sino una bandera española, tomada por el general Juan Antonio Alvarez de Arenales en la batalla de Pasco, el 6 de diciembre de 1820, y que, de acuerdo con su voluntad, fuera presentada por su hijo, el coronel José Arenales, al gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1832. Dicha bandera fue donada al Museo Histórico Nacional, al igual que el sable del Libertador, por Manuelita Rosas y su esposo Máximo Terrero... y se exhibe actualmente (esa bandera) en la sala Chacabuco".

Presentamos su argumentación a nuestro colaborador.

JOSE NARCISO SAN MARTIN (Capital Federal). Sostiene que Enrique de Gandía "parece de lo más ingenuo, al creer que las naves extranjeras vinieron «sólo» a defender las costas uruguayas..., como si no estuviese enterado de las «inclinaciones colonialistas» que practicaron durante muchísimo tiempo Francia e Inglaterra". Este lector comparte la opinión del lector Zárate, de Rosario (ver este mismo número), respecto a la relación San Martín-Rosas, y termina afirmando que "lo que el Libertador veía, sí, con malos ojos, era el federalismo que ostentaban algunos caudillos del interior, que no querían un gobierno central, aunque éste estuviese representativamente bien elegido".

Vale para el caso la respuesta al lector Zárate.

N. A. MONZON (Resistencia). Con justificado orgullo nos envía copia de la Resolución Nº 1.239 del Consejo General de Educación de su provincia (Chaco), y al paso que nos dice de su argentina ambición de que "el ejemplo de una provincia de breve tradición histórica sea emulado por el resto del país", nos solicita su publicación, lo que en seguida hacemos.

"VISTO:

Que el próximo 20 de noviembre se cumple un nuevo aniversario de la gesta del combate de la «Vuelta de Obligado», en el que las armas de la patria defendieron la soberanía argentina contra la agresión de las más poderosas naciones de la tierra;

Que aquel hecho heroico de 1845, así como los de Tonelero, El Quebracho y otros, en el que centenares de compatriotas anónimos ofrendaron su vida, debe ser recordado en las escuelas, como ejemplo para la niñez y juventud que en ellas se forman;

Que es menester, en consecuencia, incorporar a los Calendarios Escolares en vigencia tan significativa recordación; POR ELLO, y atento al dictamen de la Comisión de Didáctica, Vocalía Rama Secundaria, EL CONSEJO GENERAL DE EDUCACION, en sesión de la fecha RESUELVE:

1º - INCORPORAR, con carácter permanente, a los Calendarios Escolares, la conmemoración del combate de la «Vuelta de Obligado», el día 20 de noviembre.

2º - DESE al Registro General de Resoluciones y Boletín Oficial del Consejo General, comuníquese y archívese.

DADA en la Sala de Sesiones, a los veintiún días del mes de octubre de mil novecientos sesenta y ocho.

HECTOR BENITEZ, Secretario General. Prof. CESAR FERNANDO DIAZ, Presidente".

TODO ES HISTORIA Nº 20 - DICIEMBRE DE 1968 - Editores responsables: HONEGGER S.A.I.C. Director: Félix Luna. Redacción, administración y talleres: México 4256. Teléfonos: 90-9118 (redacción) y 90-8354 (administración). Registro de la Propiedad Intelectual Nº 928451. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribución interior y exterior: SADYE S.A.I.C., Belgrano 355, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO | TARIFA REDUCIDA | CONCESION Nº 8240